ABELLY: Vida de SAN VICENTE DE PAÚL

TITULO ORIGINAL:

«La vie du Vénérable Serviteur de Dieu, Vincent de Paul, Instituteur et Premier Supérieur Général de la Congregation de la Mission, divisée en trois livres» par Messire Louys Abelly, Eveque de Rodez. A Paris Chez Florentin Lambert, rue de Saint-Jacques, devant Saint Yves, à l'Image de Saint Paul. M. DC. LXIV Avec Approbation et Privilège

Traducción: Martín Abaitua C.M
Introducción y notas históricas: Jaime Corera C.M
Notas bibliográficas: Martín Abaitua y Corpus J. Delgado C.M

© Editorial CEME
Apartado 353
Salamanca

Con las debidas licencias eclesiásticas
ISBN: 84-7349-081-9
Depósito legal: S. 361994
Printed in Spain Josmar, S. A
Polígono «El Montalvo» Salamanca, 1994

PRESENTACION. pgs. 9 - 14

Toda biografía es una interpretación, y además una interpretación parcial. Incluso lo es toda autobiografía. El trabajo de filtración de la memoria sobre los recuerdos de la vida pasada es equivalente a la selección que hace el paso del tiempo entre los documentos que sirven de materia prima para la biografía. No puede, en consecuencia, ninguna biografía o autobiografía, sea buena o mala, dejar de ser parcial. Pero es que, además, el adulto que escribe su autobiografía «ve» sus experiencias vividas en el pasado, tales las de la niñez, con los ojos del adulto que es y no con los del niño que fue. O sea: interpreta sus experiencias anteriores. Lo mismo hace el biógrafo; y no sólo el alejado históricamente de su personaje sino incluso el que lo ha conocido vivo.

No es en esto una excepción la presente biografía de san Vicente de Paúl aparecida en 1664, sólo cuatro años después de la muerte del santo, y que se publica ahora por primera vez entera traducida al castellano. También ella es una interpretación parcial de la figura de san Vicente vista a través de los ojos de un escritor, Luis Abelly, que conoció a san Vicente durante los treinta últimos años de la vida de éste. Varios críticos recientes, también algunos antiguos y contemporáneos del autor, han notado, a veces con un cierto tono de reproche, las evidentes parcialidades de esta obra de Luis Abelly. Es útil para el lector común que los expertos le hagan notar lo que no sabría descubrir por sí mismo. Pero no es justo reprochar al autor el que haya escrito una biografía parcial tal como la escribió, pues no podría haberla escrito más que a «su manera». Y aún menos se le debe decir nada en tono de reproche si la obra está fuertemente condicionada, como lo está la presente, por otras personas de quienes depende la selección de documentos; personas que además han escogido a éste biógrafo precisamente, porque saben de antemano qué tipo de biografía va a salir de su pluma.

En suma: esta biografía de san Vicente de Paúl, que, a pesar de las parcialidades de su interpretación, sigue siendo la biografía básica e imprescindible para conocer a san Vicente, es el fruto de un hombre que era como era, y que fue además asesorado y aún dirigido por otros que querían una biografía de Vicente de Paúl predicamental como Abelly la escribió

Luis Abelly nació en París, veinticuatro años más tarde que su biografiado. Estudio en la misma ciudad y llegó a doctorarse en teología. Desde su misma ordenación, o tal vez antes, entró en la órbita del Sr. Vicente al poco tiempo de que éste fundara la Congregación de la Misión en 1626. San Vicente le estimaba mucho; dejó de él escrito este juicio: «es un espíritu bueno, muy sabio y muy juicioso». De la estima que de él tenía Vicente quedan otros testimonios indirectos. En 1646 intentó cederle su cargo de director de los conventos de la Visitación de París; en 1657 le propuso como capellán del gran Hospital General, cargo que efectivamente Abelly desempeñó durante casi dos años y para el que las autoridades civiles habían pensado en san Vicente, pero que éste no aceptó. Abelly fue uno de los primeros miembros y de los más entusiastas de las Conferencias de los Martes; dio varias misiones con otros de las mismas Conferencias y

también junto con misioneros de la congregación fundada por san Vicente. Por recomendación de éste fue a Bayona como vicario general. Allí estuvo hasta 1643, año en que vuelve a París para ser párroco de Saint-Josse. En 1664, cuatro años después de fallecido san Vicente, es nombrado obispo de Rodez, cargo al que renunció a los dos años por razones de salud. Se retiró a San Lázaro, la Casa Madre de la Congregación de la Misión, y en ella residí ha llegado hasta nosotros, hoy disponemos de una documentación más completa que la suya. Por ejemplo, Abelly no tuvo en sus manos -parece que no se las quisieron proporcionar- las Conferencias de san Vicente a las Hijas de la Caridad. Pero halago más importante: la documentación que le proporcionaron en San Lázaro fue cuidadosamente seleccionada. Abelly cita sólo 313 cartas de entre los varios miles que se conservan escritas por o dirigidas a san Vicente. Se puede asegurar sin miedo a equivocarse que no pudo -si es que él tuvo intención de ello- ver todas. Además trabajó no sobre los originales, sino sobre copias. Así lo afirma él mismo con más que moderada vehemencia. Algún crítico había puesto en duda su honradez en transcribir las palabras de san Vicente; él se defiende diciendo: «puedo protestar y confirmar, si es necesario, con juramento... que en cuanto a las cartas del Sr. Vicente no he hecho otra cosa que poner en mi libro las copias cuyos originales están en manos de la Misión». No hay motivo fundado para no creer a Abelly, apesar de las reticencias de algún estudioso de prestigio de estos años. De manera que las divergencias entre los textos de las cartas que cita Abelly y la redacción original han de atribuirse no a él, sino a quienes le proporcionaron las copias.

Algo semejante habría que observar acerca de las numerosas variantes, algunasde cierta importancia, que se advierten entre las citas de las Conferencias de san Vicente en el libro de Abelly y la redacción que ha llegado hasta nosotros publicada por Coste 4. Se puede fácilmente suponer que también en cuanto a las Conferencias Abelly se tuvo que contentar con copias, mientras los originales se guardaban celosamente en San Lázaro. Pero es que además tampoco la redacción de las Conferencias que han llegado hasta nosotros es la original. Todas ellas, excepto una, nos han llegado a través de copias, que se suponen fieles, de la redacción original. Por otro lado la redacción «original» nunca nos da verbatim las palabras de san Vicente. Son bien conocidas las circunstancias precarias en que los amanuenses se vieron forzados a tomar y a escribir la palabra viva de san Vicente

En conclusión: es difícil saber a veces qué redacción es más fiel a lo que dijo san Vicente, si la de Abelly o la del texto publicado por Coste. Pero en ningún caso se podrían poner a cuenta de Abelly las variaciones textuales. Es casi seguro que, como en el caso de las cartas, él se limitó a copiar lo que le dieron. Todo lo que él escribía lo sometía a la «censura» de las autoridades de San Lázaro, quienes sin duda hubieran puesto objeciones a que el biógrafo encargado se atreviera a desfigurar las palabras del fundador: «antes de enviar nada a la imprenta he enviado siempre mis manuscritos a los señores de San Lázaro, para que pudieran verlos... ellos se han preocupado de la impresión y de corregir las pruebas». Decir esto era tanto como declarar al lector que toda posible infidelidad a la palabra «original» del Sr. Vicente había que ponerla a cuenta de «los señores de San Lázaro»

No querríamos dar la impresión -al hablar de «parcialidad» y de «interpretación», así como al exponer las discrepancias del texto de Abelly con los textos originales- de que el retrato de san Vicente que nos proporciona Abelly sea un retrato desfigurado. En su conjunto la obra de Abelly nos proporciona el Vicente de Paúl más vivo y más directo -aunque no el más completo- de cuantos aparecen descritos en las muchas biografías que se han escrito de san Vicente de Paúl hasta hoy mismo. No en vano Abelly tuvo la doble ventaja de conocer bien a su biografiado y de ser un escritor hagiográfico «profesional», ventajas de que no ha disfrutado ninguno de sus grandes biógrafos posteriores, Collet, Maynard o Coste, ni tampoco otros no tan grandes

No es que sólo Abelly tuviera a su disposición documentos que biógrafos posteriores no han tenido la suerte de conocer, ni que no hayan tenido la suerte de conocer a san Vicente en vida. Ya hemos dicho que el biógrafo de hoy, en conjunto, tiene una documentación más completa que la que tuvo Abelly, documentación que incluye además no toda la que tuvo a su disposición, pero sí toda la que él cita. Hay que admitir, visto el resultado final, que Abelly no era del todo una mala elección para escribir la vida del Sr. Vicente, los «señores de San Lázaro» sabían muy bien lo que se hacían y eligieron al que les pareció, vistas todas las circunstancias, el más adecuado para ello. Había, en efecto, una cierta sintonía previa entre lo que quería San Lázaro y lo que era capaz de hacer Abelly, bien conocido y apreciado en aquella casa como persona y como escritor

Pero la sintonía se cobró su precio; por ejemplo, y sobre todo, en relación a los años juveniles, los treinta primeros más o menos, de la vida del Sr. Vicente. Ninguno de ellos, ni biógrafo ni señores de San Lázaro, le habían conocido antes de los 45 años. La documentación de que disponían para esos años era por otro lado escasa. Y esa sí que fue sometida a una operación sistemática no sólo de interpretación, sino en un caso -el de la fecha de nacimiento de san Vicente- a una operación de desfiguración pura y simple. En San Lázaro se sabía muy bien la edad exacta de san Vicente a través de las varias menciones de su edad, doce al menos, que de ella hizo él mismo por escrito y de palabra. Se sabía también con seguridad que había sido ordenado sacerdote en 1600. Todos ellos, y el público en general, le habían conocido en la santidad de su edad madura; hubiera sido altamente escándalos o hacer de dominio público en una biografía «oficial» el hecho de que este gran reformador del clero había sido él mismo ordenado, contra las ordenanzas del concilio de Trento, a la edad de veinte años, habiendo nacido, como se sabía por sus propias alusiones a su edad, en 1580 ó 1581. La placa puesta en su tumba a los pocos días de fallecer declaraba en letras de molde que Vicente había fallecido «alrededor de los 84 años de edad», lo cual retrotraía la fecha de su nacimiento a 1576, que es exactamente la fecha que da Abelly.

Si el mismo Abelly era sabedor de la desfiguración y se avino además a aceptarla, no hay manera de saberlo. Pero lo que pretendía la desfiguración -evitar el escándalo público- encajaba muy bien con la visión altamente «hagiográfica» que Abelly se impuso a sí mismo, sin duda inconscientemente, por convicción personal y por su oficio de escritor de vidas edificantes. El había conocido santo a Vicente de Paúl desde el principio de su

relación, y se imaginó que Vicente lo había sido efectivamente desde que nació. Y así, bien por convicción personal, bien porque no le fueron mostrados los documentos pertinentes, en la descripción del Vicente juvenil no aparecen numerosos detalles reveladores de una vida no ya descarriada o inmoral, pero sí de una clara deficiencia en santidad, datos que el mismo Vicente, de joven o de maduro, no tuvo ningún empacho en revelar por escrito y de palabra. Tal, por ejemplo, el caso de la vergüenza que sentía siendo adolescente en Dax por la pobre apariencia personal y por la cojera de su padre, cuando iba éste a visitarle a la ciudad desde la aldea natal, dato que el mismo Vicente reveló para su vergüenza en su edad madura, pero que Abelly no menciona. También otros datos que aparecen en las llamadas «cartas de cautividad», pero que no aparecen en las citas de esas cartas que trae Abelly. Por ejemplo, el hecho de que vendiera un caballo alquilado como si fuera suyo propio, lo que no es precisamente un rasgo de santidad. Tampoco lo es perseguir a un pobre ratero y bribón por una modesta cantidad de dinero, como dice que hizo el mismo Vicente, dato que tampoco aparece en Abelly.

En suma: Abelly, experto biógrafo de vidas piadosas, no hace más que aplicar al joven Vicente el «género literario» hagiográfico que conocía tan bien, y lo superpuso a su héroe casi desde su nacimiento en contra de toda la evidencia documental proporcionada por el mismo Vicente. Hay que decir en su descargo, y para salvar su indudable honradez como biógrafo, que tal vez nunca le proporcionaron los datos que estaban en contradicción con su visión interpretativa. Nos inclinamos por esta explicación, pues Abelly nos parece sincero cuando escribe que «la verdad es el alma de la historia».

La biografía de san Vicente escrita por Abelly es, ya se ha dicho repetidas veces, una hagiografía en sentido estricto; es decir, la biografía de un santo escrita no por un historiador ni por un sociólogo sicólogo, sino por un hagiógrafo-teólogo. Las claves de la interpretación de la figura del santo son casi siempre de tipo providencialista. Es Dios quien ha asumido la vida de este hombre y la ha modelado de la cuna a la tumba. Esta perspectiva está muy lejos de ser falsa; es la única perspectiva justa desde el punto de vista teológico: el hombre santo es una obra privilegiada de Dios. Pero hay que tener cuidado con esa perspectiva cuando se trata de describir el detalle del obrar de Dios en el santo.

En primer lugar, se corre el riesgo de que la invocación excesiva a un actuar omnipresente de la providencia deje en el lector la penosa impresión de que el actor, San Vicente en este caso, sea una especie de marioneta en manos de un poder sobre el que no tiene control. Es decir, se corre el riesgo de vaciarlo de su humanidad. La riquísima sicología de san Vicente casi no aparece en la vida escrita por Abelly más que cuando éste le deja hablar citando sus palabras. El mismo, Abelly, que tuvo la fortuna de conocer a su santo tan de cerca, podía habernos proporcionado el más acabado retrato de un ser vivo. Pero no lo hizo; se lo impidió la unilateralidad de su perspectiva teológica. Y de paso marcó el estilo de las grandes biografías posteriores. Ninguna de ellas, que por cierto han sido también hechas de encargo, nos da un retrato verdadero de lo que fue en realidad la personalidad humana de san Vicente de Paúl. Sólo algunos autores que están al margen

de la tradición «oficialista», tal es el publicista A. Redier, tal la sicoanalista Siiri Iuva, han tenido la valentía y el acierto de bucear en la riquísima mina de la «verdadera vida» de san Vicente de Paúl.

En segundo lugar: la perspectiva unilateralmente teológica puede llevar al escritor a situaciones muy complicadas. ¿Cómo sabe él que en este caso, en un hecho o en un aspecto concreto, es Dios el responsable de lo que sucede, y no el hombre con sus capacidades o sus debilidades? ¿Hay que atribuir a Dios, o más bien al santo, una manera de ser peculiar del santo? ¿Es esa manera peculiar una virtud, obra de Dios, o una característica del carácter peculiar de este santo, y no de otro?

Abelly se da cuenta de que el tono general de su biografía es tan laudatorio que habrá lectores incómodos ante tan acabada perfección, y que hasta verían con gusto habrá lectores incómodos ante tan acabada perfección, y que hasta verían con gusto algún defecto, aunque fuera pequeño, en el héroe, defecto que le acercaría algo al modo común de los mortales. Efectivamente, admite Abelly, el Sr. Vicente tuvo algún defecto «porque lo afirma la Escritura y ni los Apóstoles ni los otros santos se vieron libres de ellos». Menciona dos en concreto: la conocida lentitud de san Vicente en tomar decisiones importantes -lentitud que a veces exasperaba a algunos de sus contemporáneos, tal el prior Le Bon cuando éste le ofreció San Lázaro, y la costumbre que tenía de «hablar demasiado mal de sí mismo y demasiado bien de los demás». Pero no se le ocurre a Abelly atribuir estos «defectos» a, por ejemplo, el carácter circunspecto y algo desconfiado ante los grandes proyectos y las grandes ilusiones tan propio del gascón Vicente, hijo además de labrador, y a un posible complejo de inferioridad no del todo bien asimilado de quien, habiendo nacido pastor de puercos, había llegado a las más altas cotas de consideración social. Le cuesta al autor sus buenas páginas y su buena cantidad de tinta el explicar estas peculiaridades de san Vicente, pero lo consigue: no se trata de dos peculiaridades de carácter, dice, y mucho menos de dos defectos; son dos virtudes en sentido estricto. Tal vez fueran virtudes, probablemente lo fueron; pero al ofrecer esta única explicación teológica nos priva de saber qué lugar ocupaban estas dos curiosas características en el conjunto de aquella rica personalidad.

Esta Vida de san Vicente, publicada originalmente en tres tomos, está en realidad compuesta de tres libros muy diferentes entre sí, aunque se refieran al mismo personaje. Sólo el primero es una biografía en sentido propio, narración de los hechos más significativos de la vida de san Vicente desde su nacimiento hasta su muerte. El libro tercero completa con multitud de datos el retrato del biografiado a través de una estructura muy curiosa, tradicional en la hagiografía hasta casi de este mismo siglo. Es un estudio sistemático de las «virtudes» de san Vicente, las teológicas en primer lugar. Casi se podría decir que es más bien un tratado sistemático de las virtudes teologales y morales ilustrado con ejemplos y palabras de san Vicente. Pero su lectura es imprescindible para tener una imagen adecuada del san Vicente que nos quiere ofrecer el autor

El segundo libro es muy otra cosa, y apenas si añade nada a la descripción de la vida o la personalidad del santo. Casi todo él es poco más que un centón de larguísimas citas de cartas de misioneros que describen las obras en que están ocupados en diversos lugares de Francia y de otros países. No hacía falta ser un Abelly para escribir un tal libro. Bastaba ser un competente archivero. De hecho el libro da la impresión, por su estilo y por su enfoque, de que ha sido preparado para la imprenta por otras manos. La lectura de este segundo libro es de interés para saber qué clase de hombres eran y cómo trabajaban los misioneros animados por el celo y el estilo de su fundador, pero es de escaso interés para conocer la persona del fundador mismo

El mismo Abelly lo advierte en el Prefacio de este segundo libro: «al que no desee más que ver la narración de la vida y las virtudes del Sr. Vicente le bastará la lectura del primero y del tercer libro para quedar enteramente satisfecho». Lo dice como quien no parece tener excesivo interés en que se lea el segundo libro, y como quien espera que el lector se concentre en los otros dos. Abelly, que sin duda no era tan santo como san Vicente, y que, a diferencia de su biografiado, sí tendría algún defecto, no se vería seguramente libre del todo de lo que se llama vanidad de autor. ¿Sería del todo desacertado suponer que no es enteramente Abelly el autor del segundo libro?

Jaime Corera C.M

NOTA DEL TRADUCTOR págs. 15 -16

En cuanto a los términos usados: He procurado mantener en la traducción una serie de palabras propias de la época del hagiografiado, p.e.:

- eclesiástico: esta palabra comprende, al referirse a personas, a todo aquel que ha recibido la tonsura clerical: clérigo, subdiácono, diácono, sacerdote, obispo, papa, etc.

- prelado: se refiere casi siempre a las más altas dignidades de la Iglesia

- espíritu: espíritu, alma, mente, inteligencia, talento, etc.

- para los miembros de la C.M. he usado Sr. Vicente, Sacerdotes, Hermanos

- La palabra «potaje»: en el siglo XVII podía significar (según J. Dubois R. Lagane): 1. carne cocida con legumbres; 2. caldo de carne con trozos de pan. Por esa razón, hasta para traducir «soupe» he usado potaje

- La palabra «miserable» la he traducido por «desgraciado», «digno de lástima», porque tanto en latín «miserabilis», como en francés, «misérable», yen español, «miserable», tienen por primera acepción el de «digno de lástima»,«desgraciado», y es ésta, a mi parecer, la acepción mas apropiada que viene al caso, salvo en algunas ocasiones

- En castellano no significa lo mismo «pobre enfermo» que «enfermo pobre», mientras que en francés viene a ser lo mismo. Por eso, los enfermos, o términos parecidos relacionados con las Cofradías de la Caridad, Hijas de la Caridad,etc. siempre los he procurado traducir «enfermos pobres», porque ése me parece que es el sentido obvio

II. En cuanto al estilo: He intentado agilizarlo. Para ello he suprimido muchos gerundios (muy del gusto de la época, pero no tanto de la actual), así como innumerables conjunciones, relativos, etc. He alterado la puntuación, aumentando el número de puntos a costa de tantos puntos y comas, dos puntos, etc., como aparecen en el original

III. De los textos de san Vicente citados por ABELLY:

- unos corresponden, más o menos fielmente, a los originales conservados en archivos

- de otros no existen otras fuentes documentales que el testimonio de ABELLY; por lo que ABELLY constituye por sí mismo fuente

- para facilitar el trabajo del investigador, el número entre paréntesis colocado al principio de los textos vicencianos remite a los textos de la edición francesa de Coste y a la edición española de Sígueme CEME, que figuran al final década tomo

- El número colocado a la derecha de una palabra remite a pie de página. Se trata de una cita histórica o similar

- En numerosas ocasiones ABELLY forma centones de diversos párrafos vicencianos

IV. Cordialmente agradezco a los PP. Jaime Corera y Corpus Juan Delgado la generosa y abundantísima ayuda, que me han prestado. Dios se lo pague todo

Martín Abaitua C.M

ASTRABUDUA 1. marzo. 1993

A LA REINA MADRE DEL REY 1 pgs.1187

SEÑORA

La favorable acogida que siempre concedió Su Majestad al Sr. Vicente mientras vivió en la tierra, y los testimonios de benevolencia con que honró su memoria después de muerto me dan motivos para esperar que aceptará gustosamente esta obra, que sólo es un boceto de la vida y las virtudes del gran Siervo de Dios, y que he tratado de bosquejar con toda la fidelidad posible. No se encontrarán en ella adornos que parecerían convenientes para hacerla digna de ser presentada a tan gran Princesa. Pero he pensado, que cuanto más sencilla e ingenua sea esta copia, será tanto más conforme al original, y tanto más favorablemente acogida por Su Majestad, porque reconocería más fácilmente al Sr. Vicente, cuando lo vea aparecer en su indumentaria ordinaria, es decir, con la humildad, la sencillez y el candor acostumbrados. Y para conseguir eso con mayor perfección, aunque este santo varón durante su vida haya siempre mantenido, en cuanto le ha sido posible, bajo el velo del silencio, las excelentes gracias recibidas de Dios, sin embargo, he hecho todo lo posible para obligarle a hablar después de su muerte, y a declararnos algo de esas gracias. He recogido con todo cuidado lo que dijo acerca de ese asunto en diversas circunstancias, cuando su caridad le obligó a descubrir lo que su humildad hubiera querido ocultar. Si Su Majestad se digna concederle una audiencia, tendrá el honor de hablarle de varias cuestiones, que indudablemente satisfarán a Su piedad

Y además, la consolarán mucho, reconociendo las magníficas cosas que se han hecho para la gloria de Dios y el crecimiento del reino de Jesucristo durante 2. Ana de Austria fue regente del reino desde la muerte de Luis XIII en 1643 hasta la declaración de la mayoría de edad de Luis XIV en 1651, a los catorce años el tiempo de Su Regencia 2 , no sólo con el permiso y el apoyo de Su autoridad, sino también con la cooperación de Su celo, y por la aplicación de Sus cuidados y liberalidades

Y lo que debe colmar de alegría a Su Majestad es que todas esas grandes obras subsistan todavía, y que vayan creciendo y perfeccionándose siempre con el favor de la sapientísima dirección de nuestro incomparable Monarca, que brilla como el sol, y vivifica, al mismo tiempo, todas las partes de su reino, y que, entre los más importantes asuntos a los que se consagra por el bien del estado con una infatigable fortaleza de ánimo, no deja de extender sus desvelos y de emplear su celo para mantener en todos los sitios la verdadera religión y la sólida piedad

Eso es, Señora, lo que obligará aún más particularmente a aquél, cuya vida hemos escrito y cuya inocencia y santidad nos dan pie para creerle en el cielo con Dios, a emplear incesantemente sus ruegos para impetrar de la infinita Bondad toda clase de bendiciones sobre la persona del gran Príncipe, sobre la de Su Majestad y sobre toda la Casa Real en agradecimiento de las gracias y favores recibidos de Ella, y que continúa recibiendo en la persona de los suyos

Mientras el Siervo de Dios vivió en la tierra y, sobre todo, en los tiempos más peligrosos y difíciles, siempre profesó una constante fidelidad al Rey, y un afecto sincero por todo lo que se refería al bien de su servicio. Y como las virtudes de los santos no mueren en absoluto, y su caridad siempre está viva, hay razón para creer que el Sr. Vicente conserva en el cielo ese mismo afecto y ese mismo celo para conseguir de Dios toda clase de bienes para la persona del Rey, para Su Majestad, y para todo lo que tenga de más querido. No es pequeño motivo de consuelo estar segura de disponer de un fiel Servidor, o mejor, para hablar más de acuerdo con los sentimientos de Su piedad, de un intercesor y de un protector, que le es perfectamente propicio ante Dios, quien, como otro Jeremías, está continuamente postrado ante el trono de la adorable Majestad para pedirle todo lo que, en el gran día de la gloria, ve que le es verdaderamente saludable a Su Majestad y favorable al cumplimiento de sus justos deseos

En cuanto a mí, Señora, por haber sido prevenido y colmado de gracias por el Rey, y sentido los efectos de Su benevolencia sin haberlos merecido nunca; y, por otra parte, como me juzgo incapaz de rendir a Su Majestad un agradecimiento tal como yo le debo, Le suplico que permita que tome yo prestado, de aquel cuya vida he escrito, lo que me falta para cumplir con mi deber, y que, a su ejemplo, y con el favor de los méritos adquiridos por sus fieles servidores, diga con todo el respeto que me es posible SEÑORA De Su Majestad

Su muy humilde, muy obediente y muy fiel servidor y súbdito

LUIS, OBISPO DE RODEZ

ADVERTENCIA PARA EL LECTOR págs. 19 -20

Querido lector: Tengo que advertirle en pocas palabras tres cosas. Le ruego, les dedique alguna atención antes de enfrascarse en la lectura de este libro

La primera, que la verdad, por ser el alma de la historia (sin ella la historia no merece el nombre de tal, sino más bien el de novela o de cuento), puede estar seguro de que ha sido observada en esta obra con toda fidelidad y con toda exactitud. Todo lo que usted lea es ya públicamente conocido, o está apoyado en el testimonio de personas dignas de fe, o bien, es de tal condición que puedo certificarle que lo he visto con mis propios ojos u oído con mis oídos, ya que he tenido la dicha de conocer y de tratar al Sr. Vicente durante un gran número de años, e incluso he visitado el lugar de su nacimiento y a sus parientes más próximos en un viaje que hice a Guyena hace unos veinticinco años

Entre otros testimonios aduzco también extractos de sus cartas y de sus charlas, recogidas en parte por algunos de los suyos con gran fidelidad; pero esto solamente en los últimos años de su vida. Los he usado pensando que no puedo crear una expresión más sincera ni más exacta de su espíritu interior, sino presentando lloque él dijo, cuando la caridad le obligaba a hablar y a descubrir alguna vez lo que la humildad le hacía ordinariamente ocultar. Su testimonio es tanto más digno de ser creído, cuanto que todos los que lo han conocido saben que no tenía ningún espíritu de vanidad y de jactancia, y que una de sus más frecuentes prácticas era buscarla abyección y el envilecimiento de sí mismo, diciendo y haciendo de buena gana, en las reuniones, lo que podía hacerle más despreciable a los ojos de los demás

Como este santo varón pronunciaba de ordinario sus charlas sin haberlas preparado de antemano, hablaba a los de su Compañía sobre los temas que se le iban presentando, como un padre a sus hijos; y así no se podrá ver en ellas ni todo el orden, ni toda la trabazón, que se encontraría en un discurso estudiado y preparado. A pesar de eso, hemos pensado que, citándolos con sencillez, el lector estaría más satisfecho y edificado de su lectura, que si viera pintado ingenuamente el fondo del alma y de la virtud de este gran Siervo de Dios, porque su boca hablaba, en esas ocasiones, de la abundancia de su corazón

La segunda es, que esta obra parecerá quizás demasiado amplia y prolija, y hasta algunos podrán pensar que no sería necesario detenerse en aportar tantos detalles que se hubieran podido omitir en silencio, pues hubiera bastado con relatar en general los principales y más dignos de la atención del lector. Mas como no se puede juzgar bien de las cosas si sólo se las conoce superficialmente o en parte, hemos creído que, para destacar la grandeza y la utilidad de las obras que Dios ha realizado por medio del Sr. Vicente, era necesario referirlas al detalle y publicarlas, y no sería bastante con narrarlas sumariamente y sólo en general, sin bajar a lo particular

Por lo demás, el lector podrá ver, si le place, que aquí no se trata de una pieza

oratoria, ni de un panegírico, sino de un sencillo relato de la vida y de los actos virtuosos de un Siervo de Dios, y por haber hecho durante toda su vida profesión particularísima de humildad, sería en cierto modo ir contra su espíritu y desfigurar esa virtud tan querida de él, revestirla con los adornos pomposos de una elocuencia mundana. El estilo, que se usa cuando se escribe un libro, debe tener siempre plena relación con el tema de que se trata; y sólo se puede considerar que se ha logrado perfectamente, cuando se narran los actos virtuosos de los santos, si se describen con el mismo espíritu con el que estuvieron animados

Finalmente, querido lector, la tercera y última cosa que le voy a advertir es que, para estar de acuerdo con las disposiciones muy sabiamente establecidas por la Santa Sede Apostólica, declaro que no entiendo, y que no tengo ningún otro propósito de hacer entender a nadie todo lo que se relata en este libro de otra manera que aquella en que se acostumbra a tomar las cosas que están apoyadas en el testimonio de los hombres, y no en la autoridad de la Iglesia. Y que no uso el título de santo, que a veces le doy al Sr. Vicente, sino en el sentido con que san Pablo se dirige a todos los fieles: no quiero significar otra cosa con esa honorable cualidad y por todas las demás, que este gran Siervo de Dios estuvo dotado de una virtud eminentísima, y que sobrepasaba con mucho la del común de los cristianos.

Aprobación del Señor Arzobispo de Auch pg. 21

Nos, Enrique de la Mothe, Doctor por París y Arzobispo de Auch, declaramos haber leído el libro titulado «La vie du Vénérable Serviteur de Dieu, Vincent dePaul», escrito por don Luis Abelly, Obispo de Rodez. En él no hemos hallado nada que no esté lleno de edificación, y que no pueda servir de ejemplo a toda clase de personas para imitar a un hombre, cuyos actos y cuya vida han sido descritos por el autor con tanta fuerza, sinceridad y colores tan vivos, que es preciso haber tenido la dicha que Nos hemos poseído de la amistad particular y trato familiar con este varón admirable para volverlo a encontrar en este libro con más ventajas para el público, que lo que pudo hacerse durante su vida, pues la mantenía oculta a los ojos de los hombres para sólo descubrirla ante Dios. Por eso, lo juzgamos muy digno de ser impreso y leído por todo el mundo

Dado en París el 30 de agosto de 1664

ENRIQUE DE LA MOTHE, Arzobispo de Auch

Aprobación del Señor Obispo de Évreux pg.22

La Iglesia ha suspirado por largo tiempo no sólo bajo la crueldad de los tiranos, sino también bajo la vergüenza de las críticas que los profetas hicieron a sus ministros varios siglos antes de su nacimiento. Ezequiel se lamentó porque las ovejas del Señor habían quedado dispersadas por falta de pastor. O si el pastor ha sido negligente, Zacarías lo llama ídolo, porque es inútil para guardar el rebaño, cuya dirección abandonó cobardemente. Los Padres de la Iglesia han gemido bajo la consideración de una desgracia tan de lamentar, y san Gregorio de Nacianzo, entre otros, se aflige y se maravilla de ver a un pastor que sufre las injurias de las estaciones con tanta perseverancia por la seguridad del rebaño, cuyo guardián es, y de que al mismo tiempo se encuentren en el Aprisco del Salvador del mundo almas que el santo llama ovejas razonables, expuestas a la voracidad de los lobos, porque hay mercenarios en lugar de pastores, despreocupados de la salvación de ellas en el exceso de su ociosidad

Pero, al fin, la bondad del Soberano Pastor, que vela por su Iglesia, nos ha suscitado en la persona del Sr. Vicente de Paúl un ministro fiel henchido del celo de su gloria, y ardentísimo de amor por la salvación de las almas. No hay más que leer esta agradable Historia de su vida, escrita por el señor Obispo de Rodez, para quedar persuadido de ello. Confieso que he leído y releído varias veces una parte de las obras tan llenas de doctrina y piedad, que este gran Prelado ha dado al público, y que las he estudiado con admiración. Y debo invitar a los fieles a meditar este último libro, que puede ser utilísimo para grabar en los corazones sentimientos de una sólida y verdadera devoción

Dado en Évreux el día de san Bernardo, 10 de agosto de 1664

ENRIQUE, Obispo de Evreux

VIDA DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS VICENTE DE PAÚL FUNDADOR Y PRIMER SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO pag. 27

Estado de la Iglesia en Francia, cuando el venerable Siervo de Dios Vicente de Paúl vino al mundo

La sabiduría y el poder de Dios en la dirección de la Iglesia nunca parece más admirable que cuando toma a su cuidado las miserias que la afligen para practicar con ella sus mayores misericordias, y cuando saca provecho de las pérdidas que le ocurren, gloria de las humillaciones y abundancia de la esterilidad. Siguiendo lo que El dijo por boca de un Profeta, cuando parece haberla abandonado por algún tiempo, no es más que para hacerle sentir mejor, un poco más tarde, los efectos de su misericordia y de su amor: cuando le aparta su rostro y parece haberla olvidado, no es más que para colmarla de nuevas bendiciones, y para favorecerla con gracias más particulares

Es lo que hizo decir al gran san Hilario, al escribir contra los arrianos, que en su tiempo tenían la verdad cautiva de la injusticia, "que es propio de la Iglesia de Jesucristo vencer cuando está herida; hacerse conocer mejor cuando está más desfigurada por las calumnias de sus adversarios; y obtener de Dios una ayuda más poderosa, cuando parece estar más desprovista de su protección»

Eso mismo podría verificarse a lo largo de la Historia eclesiástica, que presenta al místico bajel de la Iglesia bogando en el mar proceloso de este siglo entre una infinidad de peligrosas coyunturas, que parecen amenazarla a menudo con un naufragio inevitable y con llevarla a veces a dos dedos de su pérdida y de su última desgracia. Sin embargo, es de ahí de donde la mano de Dios la saca siempre con ventaja, sirviéndose incluso de las tempestades más violentas y de los vientos más contrarios, para hacerla avanzar más felizmente hacia el término de su navegación. Pero para no extendernos en un asunto tan prolijo, bastará con poner los ojos en el estado deplorable en que se hallaba la Iglesia de Francia a finales del último siglo, para conocer los cuidados paternales que Dios tomó no sólo de su conservación, sino también de su crecimiento en un tiempo en que parecía casi abandonada, y para ver cuáles fueron los particulares designios de su Providencia sobre su fiel siervo Vicente de Paúl y las grandes cosas que quiso obrar en él y por él para el socorro y el beneficio de la Iglesia, y para el aumento de su servicio y de su gloria. Fue a fines del siglo dieciséis cuando Dios hizo nacer a este gran siervo en un tiempo en el que Francia estaba agitada por horribles galernas a causa de las nuevas herejías de Lutero y Calvino, quienes, después de haber separado una parte de los franceses de la unión que todos los

católicos deben tener con el Jefe de la Iglesia, los llevaron inmediatamente una rebelión abierta contra su Rey. Ciertamente, es propio de los herejes, como lo ha hecho notar un santo Apóstol, despreciar toda dominación y pisotear el respeto que deben a su Soberano

No podemos decir cuántos males causaron esas dos plagas de la guerra civil y de la herejía a todo lo largo de una serie de años. Francia, que hasta entonces había sido una de las más florecientes monarquías de la tierra, se convirtió en un teatro de horror, donde la violencia y la impiedad hicieron representar extrañas tragedias: en todos los sitios se veían los templos destruidos, los altares derribados, las cosas más santas profanadas, los sacerdotes asesinados. Y lo más grande y más funesto de todos esos males era el vuelco casi universal de todo orden y de toda disciplina eclesiástica. De ahí se siguió que en la mayor parte de las provincias de este reino la gente era como pobres ovejas dispersadas, sin pasto espiritual, sin sacramentos, sin instrucción y casi sin ninguna ayuda exterior para su salvación

Habiendo Dios devuelto la calma y la paz poco después a Francia por el valor invencible y el gobierno sapientísimo de Enrique el Grande, de gloriosa memoria, los prelados, apoyados por su autoridad, usaron de varios recursos para poner remedio a toda aquella confusión, y para volver la religión a su primer esplendor. A este efecto, se convocaron varios concilios provinciales, que decretaron unas ordenanzas muy santas y muy saludables, y los obispos, en los sínodos particulares, no dejaron de hacer todo lo que dependía de ellos para consolidar la observancia. Pero los desórdenes causados por la infección de la herejía y por la licenciosidad de las armas eran tan grandes, y los males tan fuertemente enraizados, que esos remedios, aunque soberanos, no tuvieron todo el efecto prometido. Y a pesar de todos los cuidados que pusieron los superiores eclesiásticos en el desempeño de sus cargos, siempre se veían, y aún se vieron mucho después, grandes defectos en el clero

Por esa razón, el sacerdocio estaba sin honor; más todavía, con tal desprestigio en algunos lugares, que se llegaba a considerar como una especie de degradación para las personas de condición un tanto honrada según el mundo, recibir los sagrados órdenes, salvo que se tenga algún beneficio de cierta entidad con el que cubrir la humillación. Según la opinión común del mundo entonces se consideraba como una especie de contumelia o de injuria decirle a un eclesiástico de categoría que era un sacerdote

De esta falta de virtud y de disciplina en el clero procedía otro gran daño, a saber, que el pueblo, y particularmente el del campo, no estaba en absoluto instruido, ni asistido, como debía estarlo, en sus necesidades espirituales. Casi no se sabía qué hacer con la catequesis: los curas de pueblo, en su mayor parte, eran como esos pastores de los que habla el Profeta, que se contentan con quedarse con la lana y con ordeñar la leche de sus ovejas, y se preocupaban muy poco de darles el pasto necesario para la vida de sus almas. Se veían por todas partes cristianos, que pasaban la vida en una ignorancia tan grande de las cosas de su salvación, que con gran dificultad sabían si existía Dios; y en cuanto a los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación del Hijo de Dios, que

todos los fieles deben saber explícitamente, no se les daba ninguna explicación ni exposición, y aún menos, en lo que se refiere a los sacramentos que debían recibir y de las disposiciones con que debían acercarse a ellos. Dios sabe cómo sería el estado de la conciencia de esa gente en semejante ignorancia de las cosas de su salvación, y cómo sería su fe, al no haber casi nadie que se preocupara de enseñarles lo que estaban obligados a creer

En cuanto a las personas que vivían en las ciudades, aunque por la ayuda de las predicaciones que se tenían en las parroquias y demás iglesias tuvieran más conocimiento y luz, sin embargo este conocimiento era extraordinariamente estéril y la luz sin calor. No se veía en ellos casi ninguna señal de la verdadera caridad que seda a conocer por las obras. Las obras de misericordia espiritual para con el prójimo no estaban, no, en uso entre las personas seglares, y eran poquísimas las que procuraban limosnas y ayudas corporales, de forma que las personas más acomodadas creían que hacían bastante cuando daban alguna monedita a los mendigos comunes; y si sucedía que alguno daba alguna limosna más cuantiosa, la consideraban como una obra de caridad muy extraordinaria

Así era el estado del cristianismo en Francia, cuando Dios, que es rico en misericordia, al ver las grandes necesidades de su Iglesia en una de sus partes más importantes, quiso atenderla suscitando entre otros grandes y santos personajes a su fiel siervo Vicente de Paúl, quien animado del espíritu divino y fortalecido por la gracia, se dedicó tanto como pudo con celo infatigable a reparar todos esos fallos ya aplicarles remedios convenientes

Y en primer lugar, siempre se propuso como una de su obras principales procurar, en cuanto le era posible, que la Iglesia estuviera dotada de buenos sacerdotes, que trabajaran útil y fielmente en la viña del Señor: para eso servían los ejercicios de ordenandos, los seminarios, los retiros de eclesiásticos, las conferencias espirituales y otros medios parecidos, de los que ha sido autor y promotor, y a los que ha contribuido notablemente, como se verá más adelante en este libro

Al celo por el bien del estado eclesiástico unía una caridad ardentísima para procurar la instrucción y la asistencia espiritual de las almas necesitadas, y, sobre todo, de los pobres campesinos, que veía los más abandonados de todos y hacia los cuales sentía una ternura particularísima. No se puede decir cuánto trabajó por librarlos del pecado y de la ignorancia, catequizándolos y disponiéndolos a hacer confesión general. Y como si no estuviera contento de los trabajos y de las fatigas que emprendía con ese fin, incitaba en cuanto podía a los demás a hacer lo mismo. Su amor a los pobres nunca quedó satisfecho, hasta que llegó a fundar una congregación de virtuosísimos sacerdotes misioneros, dedicados, siguiendo su ejemplo con un celo infatigable a las mismas obras de caridad, no sólo en Francia, sino también en otros países, como Irlanda, Escocia, Islas Hébridas, Polonia, Italia, Berbería y hasta en la zona tórrida, en la Isla de Madagascar, donde varios de esos obreros evangélicos acabaron su vida por el fervor de su caridad

Pero a Vicente de Paúl no le bastaba con socorrer a las almas, si no se atendía también a las necesidades corporales de los pobres. El se había hecho pobre por amor a Jesucristo, y había dejado todo por seguirle, y ya no le quedaba nada para dar; con todo, como tenía el corazón enteramente abrasado en el fuego celestial que el Divino Salvador vino a encender en la tierra, no le fue difícil comunicar una parte de ese santo ardor a las personas bien dispuestas con las que se encontraba. Veremos unos ejemplos maravillosos a lo largo de su vida, que harán conocer la gracia que Dios había puesto en su fiel Siervo, el cual era de tal entidad, que parece que entre la corrupción del siglo hizo revivir en varias almas el espíritu y la caridad de los primeros cristianos. Y por más que sea cierto, y hasta se podría, en estos últimos tiempos, repetir con más razón que nunca la queja del Apóstol, y decir que "todos se preocupan sólo de buscar su interés, y no el de Jesucristo», sin embargo, el ejemplo, a veces, y la palabra de Vicente de Paúl tuvo tanta eficacia que llegó hasta el punto de arrancar del corazón de gran número de personas virtuosas esa raíz de toda clase de males, y a inspirarles disposiciones tan perfectas, de forma que su alegría y satisfacción más grandes hayan sido, y aún lo son en la actualidad, no sólo hacer una santa distribución de sus bienes temporales para prestar asistencia y socorrer a los pobres, sino también entregarse a sí mismas y consumir su salud y su vida en las más laboriosas y penosas obras de la virtud de la caridad.

No fue sólo la ciudad de París la que experimentó los efectos en la asistencia prestada a un número casi innumerable de pobres vergonzantes, de toda condición, de edad y sexo que la miseria de las guerras y de otras calamidades públicas había reducido a extrema indigencia. Su caridad se extendió hasta las provincias más alejadas, y además de los socorros oportunos prestados a las fronteras de Francia durante los mayores estragos de la guerra, Lorena, las Islas Hébridas, Berbería y otros países extranjeros han recibido de él grandísimas ayudas en sus necesidades más agobiantes, como más adelante se verá.

CAPITULO SEGUNDO pg.31

Nacimiento y educación de Vicente de Paúl

Fue el año 1576, martes después de Pascua, cuando Vicente de Paúl nació en la pequeña aldea de Pouy, cerca de Dax, ciudad episcopal situada en los confines de las Landas de Burdeos, cerca de los Pirineos. Hay en el territorio de esa parroquia una capilla dedicada la Santísima Virgen, con la advocación de Nuestra Señora de Buglose, donde se suele ver ordinariamente a gran número de personas que vienen a venerar y a ofrecer plegarias a la Madre de Dios. Ese fue uno de los motivos, que indujo a nuestro Vicente a concebir desde su más tierna infancia, y a alimentar en su corazón durante toda su vida, una devoción particularísima a la Reina del cielo, sabiéndose nacido en un lugar, que le estaba dedicado y bajo su protección especial

Sus padres fueron pobres en bienes de este mundo, y vivían de su trabajo. Su padre se llamaba Juan de Paúl; su madre, Beltrana de Moras, y ambos vivieron no sólo sin que se les hiciera ninguna crítica, sino también con gran inocencia y rectitud. Poseían una casa y unas pequeñas heredades, a las que hacían valer con sus manos; para ello eran ayudados por sus hijos, que fueron seis, a saber: cuatro muchachos y dos muchachas. Vicente era el tercero, y desde su infancia estuvo, como los demás, dedicado a trabajar, en concreto a llevar a pacer y a guardar los animales de su padre.

Parece que Dios quiso poner y fundar sobre este humilde y pobre origen el primer cimiento del edificio de las virtudes, que más adelante levantó en el alma de su fiel servidor. Porque, como dijo muy bien san Agustín, llegar a ser grande ante Dios debe empezar por un profundo rebajamiento de sí mismo, y cuanto más pretenda elevar el edificio de sus virtudes, tanto más ha de ahondar los cimientos de su humildad». Y en efecto, entre las actividades de más categoría, a las que la Providencia Divina destinó más tarde a Vicente de Paúl, y en medio de los mayores honores que se rindieron a su virtud, con mucha frecuencia solía mencionar la bajeza de su nacimiento; y se le oyó frecuentemente repetir en semejantes ocasiones «que no era más que el hijo de un pobre campesino, y que había guardado cerdos», etc. ¡Es señal de virtud muy sólida conservar el amor de la propia abyección y de la propia bajeza en medio de los aplausos y las alabanzas! Y san Bernardo tuvo mucha razón cuando dijo que la humildad llena de honores es una virtud muy poco frecuente, y que son pocos los que llegan a tal grado de perfección, que busquen los desprecios cuando se ven abrumados por los honores

Por más que las perlas nazcan en un nácar mal pulido y a menudo lleno de fango, hacen brillar su viva blancura en medio del cieno, que sólo vale para resaltar más el brillo y para dar a conocer mejor su valor. La viveza de espíritu con la que Dios dotó a nuestro joven Vicente, cuando empezó a destacar en medio de las bajas ocupaciones a las que estaba dedicado, quedó por ello más en relieve; y su padre se dio cuenta de que aquel niño podía hacer algo más que apacentar animales

Por eso tomó la resolución de llevarlo a estudiar. Se prestó a ello más de buena gana, porque había conocido a cierto prior de su vecindad, que, siendo de una familia no más acomodada que la suya, había contribuido mucho con las rentas de su beneficio a mejorar a sus hermanos. Así, el buen hombre pensaba en su simplicidad que su hijo Vicente, siendo como era capaz para el estudio, podría algún día conseguir un beneficio, y sirviéndose de la Iglesia, ayudar a la familia y favorecer a los otros hijos. Pero los pensamientos de Dios son muy diferentes de los de los hombres (eso mismo lo atestigua un Profeta) y sus designios están muy por encima de todas las pretensiones de ellos. El padre del niño Vicente cuando lo llevó a estudiar, pensaba en las modestas ventajas que podría sacar para su familia. Pero Dios había decidido servirse de él para hacer unos

bienes muy grandes a su Iglesia, y quería que, al dejar a sus padres en su baja condición y en su pobreza exterior, se dedicara sólo a procurar el crecimiento del reino de su Hijo, Jesucristo

A este propósito, un cura de su región fue a verlo en París, años más tarde, para presentarle la precaria situación de su familia y pedirle que prestara alguna ayuda a sus parientes y les procurara algún favor. El gran Siervo de Dios le preguntó si no vivían de su trabajo honrada y pasablemente según su condición. Y como el cura le respondiera que sí, Vicente le agradeció la caridad que había tenido con ellos, e inmediatamente le informó de los planes del prior arriba indicado, el cual se había valido de las rentas de su beneficio para mejorar a sus parientes. Y le hizo ver que aquella gente, después de haberlo disipado todo durante la vida y después de la muerte de su bienhechor, había caído en una situación peor que la que tenían anteriormente

Porque, como él decía, «en vano el hombre construye su casa, si Dios no la edifica». Y le adujo ese ejemplo como prueba de la experiencia que tenía de muchas familias arruinadas a causa de sus parientes eclesiásticos, los cuales queriendo enriquecerlos a costa de la Iglesia, les habían causado mucho más daño que bien, por concederles la porción de los pobres: Dios tarde o temprano les había desposeído de ella

Hemos de subrayar que su negativa a mejorar a los parientes no procedía de la dureza de su corazón, ni de ninguna falta de caridad para con ellos, sino solamente de cierta rectitud y pureza de intención, alma de todas sus obras y que siempre le hacía andar por el camino recto que conduce a Dios, sin nunca volverse atrás por cualquier consideración. Porque, el hecho es que poseía un corazón que se enternecía mucho ante las miserias del prójimo y que siempre estaba dispuesto a socorrerlo en cuanto de él dependiera. Se podía decir con el antiguo Patriarca, que la misericordia había nacido con él»,y que siempre había tenido una inclinación particularísima para practicar esa virtud, y que, incluso desde su más tierna edad ya se había hecho notar, pues daba todo lo que podía a los pobres. Cuando su madre le mandaba al molino por harina, si encontraba pobres por el camino, abría el zurrón y les daba unos puñados cuando no disponía de otra cosa para ayudarles. Ante aquello, su padre, que era un hombre de bien, no se mostraba nunca contrariado

En cierta ocasión, a la edad de doce o trece años, después de haber reunido hasta treinta «sueldos» de lo que había podido ganar, cantidad que él consideraba importante en aquella edad y en aquella región donde el dinero es muy escaso, y que guardaba con sumo cuidado, habiendo tropezado con un pobre que parecía que estaba sumido en una gran miseria e indigencia, compadecido de él, le dio todo su pequeño tesoro sin quedarse con nada. Si se quiere prestar alguna atención al natural apego que muestran los niños por las cosas que les vienen bien y que les gustan, podremos juzgar que aquello fue un efecto particular de las primeras gracias que Dios había puesto en este niño de bendición, y de ahí podría presagiarse el grande y perfecto desapego de las criaturas y el grado eminente de caridad adonde Dios lo quería subir

CAPÍTULO TERCERO pag.35

Estudios y promoción a los sagrados órdenes

Todas esas buenas disposiciones del alma del joven Vicente y su inclinación al bien movieron a su padre a realizar un pequeño esfuerzo, dada la limitación de sus cortas posibilidades, para dedicarlo a los estudios. A ese fin, lo puso de pensionista en los franciscanos de Dax, previo pago de sesenta libras según la costumbre del tiempo y de la región.

Hacia el año 1588 comenzó los estudios con los primeros rudimentos de la lengua latina. Se aplicó de tal manera y realizó tales progresos, que, cuatro años más tarde el Sr. de Comet, el abogado más veterano de la ciudad de Dax y juez del lugar de Pouy, cuando se enteró por el P. Guardián de las buenas cualidades del joven estudiante, se interesó por él, lo sacó del convento de los Franciscanos y lo recibió en su casa para que fuera preceptor de sus hijos. Se hizo cargo de la instrucción y la formación de ellos, y de esa manera pudo proseguir los estudios sin ser carga para su padre. Lo llevó todo a cabo con grandísimo aprovechamiento, y dedicó nueve años a los estudios en la ciudad de Dax

Al cabo de ellos, el Sr. de Comet, persona de méritos y de piedad, satisfecho con el servicio que el joven Vicente le había prestado en la persona de sus hijos, y con la edificación que había recibido toda su familia de la virtud y sabia actuación de él muy superiores a su edad, pensó que no se debía dejar aquella lámpara bajo el celemín y que sería más provechoso para la Iglesia colocarla en el candelero. Por eso, indujo a Vicente de Paúl, que le tenía gran respeto y que lo consideraba como a su segundo padre, a ofrecerse a Dios para servirle en estado eclesiástico, y le hizo tonsurarse y recibir los cuatro órdenes llamados menores el 19 de septiembre de 1596, siendo de veinte años. Viéndose así comprometido en el ministerio de la Iglesia, y tomando solamente a Dios por herencia, dejó su tierra y nunca más volvió a vivir allí. Y con el consentimiento de su padre, y con algunos ahorrillos que él le dio (para eso vendió una pareja de bueyes). Probablemente en otoño de 1597 se marchó a Toulouse para dedicarse a los estudios de teología durante unos siete años. Es cierto que durante ese tiempo fue a España, y que residió durante algún tiempo en Zaragoza para realizar algunos estudios

El 7 de febrero y el 19 de diciembre de 1598 recibió los órdenes del subdiaconado y diaconado y finalmente el 23 de septiembre de 1600 fue promovido al santo orden del presbiterado. Como después vivió hasta el 27 de septiembre de 1660 se puede deducir que fue sacerdote en la Iglesia de Jesucristo por espacio de sesenta años. Dios sabe cuáles fueron las disposiciones y los sentimientos de su corazón cuando recibió ese sagrado carácter. Si se puede conocer a los árboles por sus frutos y a las causas por sus efectos, al ver la perfección y la santidad con la que este dignísimo sacerdote ejerció las funciones de su sacerdocio, se puede creer con toda seguridad que, en el momento en que fue consagrado sacerdote, nuestro Señor Jesucristo, sacerdote eterno y príncipe de los sacerdotes, derramó sobre él con abundancia la plenitud de su espíritu sacerdotal, y que ese espíritu le dio tan altos pensamientos sobre ese sagrado carácter, que podría hablar siempre de ello con admiración como de una cosa que no podía apreciarse nunca bastante. Reconocía que estaba muy asombrado cuando hablaba del poder maravilloso que Dios graba con un carácter imborrable en el alma del sacerdote en virtud del cual perdona los pecados a los pecadores arrepentidos, y con cuatro o cinco palabras cambia la sustancia del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre del mismo Jesucristo, y ofrece ese mismo cuerpo y esa misma sangre en sacrificio a Dios Padre, y distribuye ese mismo cuerpo de Jesucristo como un pan de vida para alimento de los fieles.

Estaba tan penetrado de los pensamientos de aprecio de la excelencia y de la eminencia del carácter sacerdotal y de la obligación indispensable que impone a los que lo han recibido, de llevar una vida purísima, santísima y muy angelical, que más tarde se le oyó decir con frecuencia que si no fuera ya sacerdote, nunca se habría resuelto a serlo por considerarse muy indigno» aunque él fue tanto más digno cuanto más indigno se creía, pues no hay nadie que merezca estar en los primeros asientos del banquete nupcial del Cordero, sino los que se colocan en el último lugar. No hemos podido saber en qué lugar ni tampoco cuándo celebró la primera misa. Sólo se le ha oído decir que tenía tal miedo a la majestad de aquella acción tan divina, que estuvo temblando; y que, como no tenía valor para celebrarla en público, eligió para decirla una capilla muy retirada, con la sola asistencia de un sacerdote y un ayudante

Los vicarios generales de Dax, como estaba la sede vacante, en cuanto supieron que estaba ya ordenado sacerdote, a petición del Sr. de Comet y también por el aprecio que sentían por su virtud le procuraron la parroquia del lugar de Tilh. Pero, al ser impugnado por un competidor, que la había solicitado de la curia de Roma, no quiso entablar un proceso (por aquel asunto), y Dios lo permitió así para que no se viera obligado a dejar los estudios que tanto deseaba continuar

Por entonces, ya hacía dos años que había muerto su padre. En el testamento, después de haber hecho el reparto entre los hijos, había declarado que quería y entendía que su hijo Vicente fuera ayudado y sostenido en sus estudios según las posibilidades de los bienes que dejaba. En virtud del testamento Vicente hubiera podido exigir algo de su

madre y de sus hermanos; sin embargo, no queriendo serles gravoso ni causarles dificultades, y al ver que no podía seguir en Toulouse, resolvió aceptar un pequeño pensionado que le ofrecieron a cuatro leguas de allí en la ciudad de Buzet. Allí varios gentiles hombres le entregaron sus hijos como pensionistas, y también se los enviaron desde Toulouse, tal como lo informó a su madre en una carta. La gran preocupación que tuvo por la instrucción y buena educación de sus pupilos le procuró la vuelta a Toulouse poco más tarde y allí se llevó a los pensionistas con el consentimiento y el agrado de sus padres. Así pudo, instruyendo al grupito de jóvenes, continuar los estudios de teología. Y lo realizó todo con tanta entrega y diligencia, que, después de haber pasado allí siete años, tal como se puede ver en un atestado auténtico del mes de octubre de 1604 del P. Espíritu Iarran, religioso agustino, doctor regente en teología de la universidad de Toulouse, firmado por él y por el secretario, Assolens, y sellado, recibió el título de bachiller en teología. Así aparece también en otras cartas del mismo mes firmadas por Andrés Gallus, doctor regente y rector de la universidad, y de Assolens, su secretario, y selladas; en virtud de lo cual se le permitió explicar y enseñar públicamente el libro segundo de las Sentencias 16 en la misma universidad, tal como aparece en otras cartas del mismo año, selladas y firmadas por Coelmez, canciller de la universidad de Toulouse, y de Soffores, tesorero. Estos tres documentos los han encontrado después de la muerte del gran Siervo de Dios, algunos de su Compañía que, en vida del señor Vicente, los desconocían en absoluto. Por lo tanto, habida cuenta de las memorias mandadas de su tierra, se puede deducir que estuvo más de seis años continuos estudiando, ya en la ciudad de Dax, ya en la universidad de Toulouse

No fue de los que se dejan hinchar por un poco de ciencia que creen tener. Al contrario, ocultaba lo adquirido, y por un movimiento de humildad bastante extraordinaria, trataba de persuadir a los demás de que estaba en posesión de muy poca ciencia. Y con frecuencia, al hablar de sí mismo, se llamaba pobre estudiante de cuarto para dar, en cuanto podía, una baja opinión de su ciencia. Al hablar así no decía nada contra la verdad, puesto que era cierto que había sido estudiante de cuarto; pero, por un artificio de la virtud de la humildad, cubría con el velo del silencio los demás estudios; y aunque, en las ocasiones en que se trataba de intereses de la verdad o de la caridad, se vio obligado a hablar y a dar a conocer que no ignoraba cosas que su condición le obligaba a saber. Con todo, estaba muy contento porque creyesen que no poseía nada de ciencia, con el fin de reprimir esa viciosa inclinación procedente de la raíz de la soberbia y que ordinariamente la encontramos entados los hombres: la de hacerse pasar por capaces y entendidos cada cual en su profesión; hasta los más ignorantes e inhábiles fingen estar en posesión de semejante reputación tanto y a veces más que los demás. Pero, Vicente de Paúl, aunque abundantísimamente dotado de doctrina y de capacidad, de buena gana se aplicó así mismo el lema del Apóstol, y hubiera podido decir imitándole, que no quise saber entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado». Esa era su ciencia principal y su más alta sabiduría; ése era el libro que siempre tenía abierto ante los ojos de su alma, y del que extraía conocimientos y luces mucho más elevadas que todos los que hubiera podido sacar de otras ciencias, aunque buenas y santas, adquiridas en el curso de sus estudios.

CAPITULO CUARTO pg. 39

Lo que le sucedió cuando le hicieron cautivo y fue llevado a Berbería

Durante todo el tiempo que Vicente de Paúl se dedicó a los estudios, tanto en la ciudad de Dax como en la universidad de Toulouse, actuó con tanta modestia y cordura difundiendo en todos los sitios tan buen olor por su virtud, que por ello fue apreciado y querido de todos los que lo conocían. Además de la buena dirección que usó con los jóvenes pensionistas que estaban con él, ponía un cuidado especial en grabar en ellos, con la ciencia que les enseñaba, sólidas impresiones de piedad cristiana. Y eso le atrajo tal reputación en Toulouse, que podía prometerse una posición muy notable en la vida. El Sr. de Saint Martin, canónigo de Dax, antiguo e íntimo amigo suyo, que le ha sobrevivido, ha afirmado que, por ese tiempo, le habían prometido un obispado gracias a la intervención del Sr. Duque de Epernon, dos de cuyos parientes próximos había tenido Vicente entre los pensionistas. A comienzos del año 1603 hizo un viaje a Burdeos, aunque no se sabe para qué, pero hay motivos para sospechar que fue por una gran mejora que le querían proporcionar; en una de sus cartas, escrita por ese tiempo, dice «que lo había emprendido por un asunto que exigía muchos gastos, y que no podía revelar sin ser temerario»

De vuelta para Toulouse se encontró con que, durante su ausencia, una persona, que apreciaba mucho su virtud y que había deseado procurarle algún favor, había muerto y lo había instituido heredero suyo en el testamento; eso le obligó a dedicar un poco de tiempo para hacerse con dicha herencia. Pero cuando supo que un hombre que debía cuatrocientos o quinientos escudos a la difunta, se había marchado a Marsella para evitar la persecución a la que se veía sometido, y que había ganado algún dinero en el trapicheo, y que, por lo tanto, estaba en situación de satisfacer la deuda, se trasladó a Marsella para hacerse pagar. Por medio de un arreglo consiguió de él trescientos escudos. Era el mes de julio del año 1605, cuando se disponía a volver por tierra a Toulouse, y un gentilhombre de Languedoc, con el que había estado hospedado, le invitó a embarcarse con él hasta Narbona. Fácilmente debió de persuadirlo, porque, siendo un tiempo apto para navegar, esperaba de esa forma acortar mucho su camino.

Ciertamente, según la forma de pensar más corriente, el hecho de embarcarse le resultó muy funesto; pero, si miramos con ojos iluminados por la luz de la fe, fue muy venturoso para el cumplimiento de los designios de Dios sobre él

Dejemos que haga él mismo el relato de lo que le sucedió en esa coyuntura, relato que se encuentra en una carta escrita desde Avignon, después de escapar del cautiverio, con fecha del 24 de julio de 1607, al Sr. de Comet el joven, pues el mayor había muerto de mal de piedra algún tiempo antes.

«Me embarqué para Narbona por llegar allí antes y para ahorrar, o por mejor decir, para no regresar nunca y perderlo todo. El viento nos fue tan favorable como para poder llegar aquel mismo día a Narbona (que estaba a cincuenta leguas),

si Dios no hubiera permitido que tres bergantines turcos, que costeaban el golfo de León para atrapar las barcas que venían de Beaucaire, donde se celebraba una feria que se cree es de las más hermosas de la cristiandad, no hubieren cargado y atacado tan vivamente, que, habiendo matado a dos o tres de los nuestros y herido a los demás incluso a mí con un flechazo, que me servirá de reloj por el resto de mi vida, nos viésemos obligados a rendirnos a aquellos felones. Los primeros estallidos de su rabia consistieron en descuartizar a nuestro piloto en mil pedazos por haber perdido a uno de sus principales, además de otros cuatro o cinco forzados que los nuestros habían matado. Hecho esto, nos encadenaron, y después de habernos curado groseramente, siguieron su rumbo cometiendo mil robos, aunque dando libertad a los que se rendían sin luchar, después de haberlos robado. Y finalmente, cargados de mercancías, al cabo de siete u ocho días, se encaminaron a Berbería, madriguera y cueva de ladrones sin conocimiento del Gran Turco, en donde, una vez llegados, nos pusieron en venta, con un proceso verbal de nuestra captura, que ellos decían haber realizado en un barco español; porque sin esa mentira habríamos sido libertados por el cónsul que el Rey tiene allí para asegurar el libre comercio a los franceses. Para proceder a nuestra venta, después de despojarnos, nos dieron a cada uno un par de calzones, una casaca de lino con un gorro, y nos pasearon por la ciudad de Túnez, adonde habían ido expresamente para vendernos. Tras obligarnos a dar cinco o seis vueltas por la ciudad con la cadena al cuello, nos devolvieron al barco, para que los mercaderes viniesen a ver quién podía comer bien o no y mostrar que nuestras heridas no eran mortales. Hecho esto, nos condujeron de nuevo a la plaza, adonde acudieron los mercaderes para ver todo igual que se hace en la compra de un caballo o de un buey, haciéndonos abrir la boca para ver nuestros dientes, palpando nuestros costados, sondeando nuestras llagas, y haciéndonos caminar, trotar y correr, levantar luego cargas, y también luchar, para ver la fuerza de cada uno, y otras mil clases de brutalidades»

«Yo fui vendido a un pescador, que pronto tuvo que desprenderse de mí, por no haber nada tan contrario para mí como el mar; y después el pescador me vendió a un anciano médico espagírico, fenomenal destilador de quintaesencias, hombre muy humano y tratable, el cual, según me decía, había trabajado durante cincuenta años en la búsqueda de la piedra filosofal. Me quería mucho, y le gustaba discurrir conmigo sobre alquimia, y más aún sobre su ley, a la que se esforzaba mucho en convertirme, prometiéndome grandes riquezas y todo su saber. Dios mantuvo siempre en mí una esperanza de liberación gracias a las asiduas plegarias que le dirigía a El y a la santa

Virgen María, por cuya intercesión creo firmemente que he sido liberado. De este modo, la esperanza y la firme creencia que tenía de volver a verle, señor, me hizo estar más atento para instruirme acerca del medio de curar el mal de piedra, en el que todos los días le veía hacer milagros; lo cual me enseñó e incluso me hizo preparar y administrar sus ingredientes. ¡Oh! ¡Cuántas veces he deseado haber sido esclavo antes de la muerte de su hermano! Porque creo que, si hubiera sabido el secreto que ahora le mando, no hubiera muerto de esa enfermedad», etc

«Estuve pues con aquel anciano desde el mes de septiembre de 1605 hasta el mes de agosto, cuando fue tomado y llevado al Gran Sultán a trabajar para él; pero fue en vano, porque murió de pena en el camino. Me dejó a un sobrino suyo, verdadero antropomorfita, que me volvió a vender inmediatamente después de la muerte de su tío, porque oyó decir que el señor de Brèves, embajador del Rey en Turquía, venía con buenas y expresas patentes del Gran Turco a reclamar todos los esclavos cristianos. Un renegado de Niza (Saboya), de mala índole, me compró y me llevó a su temat; así se llama la finca que uno tiene como aparcero del Gran Señor, ya que el pueblo no posee nada: todo es del Sultán. El temat de éste estaba en la montaña, donde el terreno es sumamente cálido y desértico. Una de las tres mujeres que tenía era grecocristiana, pero cismática; la otra era turca y sirvió de instrumento a la inmensa misericordia de Dios para retirar a su marido de la apostasía, y devolverlo al seno de la Iglesia, y contribuyó a libertarme de la esclavitud. Curiosa por conocer nuestra manera de vivir, acudía a verme todos los días en el campo en que yo cavaba, y un día me mandó cantar alabanzas a mi Dios. El recuerdo del «Quomodo cantabimus in terra aliena» de los hijos de Israel cautivos en Babilonia me hizo comenzar, con lágrimas en los ojos, el salmo «Super flumina Babylonis», y luego la «Salve Regina», y varias otras cosas; todo lo cual le gustó tanto que quedó grandemente maravillada. Por la tarde no dejó de decir a su marido que se había equivocado al dejar su religión, que ella creía sumamente buena por la idea que yo le había dado de nuestro Dios y por algunas de sus alabanzas que yo había cantado en su presencia; en lo cual, decía, había tenido tal placer que no creía que el paraíso de sus padres y el que ella esperaba fuese tan glorioso, ni acompañado de tanta alegría, como el placer que había experimentado mientras yo alababa a mi Dios, concluyendo que había en todo ello algo maravilloso. Esta mujer, como otra Caifás, o como la burra de Balaán, hizo con sus razonamientos que su marido me dijese al día siguiente que no esperaba más que una buena ocasión para escaparnos a Francia; y que en poco tiempo encontraría tal remedio, que Dios sería alabado por ello. Esos pocos días fueron diez meses en que él me entretuvo en esta esperanza, al cabo de los cuales nos escapamos en un bote pequeño, y llegamos el 28 de junio, a Aigues Mortes y poco después a Aviñón, donde el señor Vicelegado recibió públicamente al renegado con lágrimas en los ojos y profundos sollozos en la iglesia de San Pedro para honor de Dios y edificación de los espectadores. Monseñor nos ha retenido a ambos para llevarnos a Roma, adonde irá apenas venga su sucesor. Prometió al penitente hacerle entrar en el austero convento de los Fate ben Fratelli, donde ya ha profesado», etc

Hasta aquí las palabras del señor Vicente tomadas de la carta que escribió estando en Aviñón, carta que fue hallada por casualidad, entre otros papeles, por un señor de Dax, sobrino del Sr. de Saint Martín, canónigo, el año 1658, cincuenta años después de escrita. La entregó al Sr. de Saint Martín, tío suyo, y éste mandó una copia al señor Vicente dos años antes de su muerte, pensando que le gustaría leer sus antiguas aventuras, y verse joven en la ancianidad. Pero en cuanto leyó la carta la echó al fuego inmediatamente, y al tiempo que le agradecía al Sr. de Saint Martín por haberle enviado aquella copia, le rogó que le remitiera también el original, y además se lo insistió una y otra vez por medio de una carta que le escribió seis meses antes de su muerte. El que escribió esa carta siguiendo las órdenes del señor Vicente, sospechando que contenía alguna cosa que pudiera redundar en alabanza del señor Vicente y que sólo la pedía para quemarla, como había quemado la copia, para así evitar que la pudieran conocer, introdujo una nota en la carta dirigida al Sr. de Saint Martin, rogándole que dirigiera el original a otra persona que no al santo, si no quería perderlo todo. Por eso la envió a un sacerdote de la Compañía, superior del seminario situado en el colegio de Bons Enfants. Así es cómo se ha podido conservar esa carta, de forma que el señor Vicente no ha sabido nada de ella antes de su muerte. Sin ese piadoso artificio ciertamente no se hubiera sabido nada de lo que sucedió en su esclavitud, porque este humilde Siervo de Dios siempre se esforzó en ocultar a los hombres las gracias y los dones recibidos de Dios, y todo lo que hacía para gloria y servicio de los suyos. Los que lo han observado más de cerca, lo han conocido bien en toda clase de circunstancias, y difícilmente llegaríamos a creer hasta qué punto alcanzaba su diligencia y sus precauciones con el fin de evitar todo lo que pudiera promover, de la manera que fuese, directa o indirectamente, su propia estima o alabanza

En todo el relato de su vida no se verá más que lo que su humildad no ha podido arrebatar a la vista y al conocimiento. Y si por alguna razón de caridad se vio alguna vez obligado a descubrir algún detalle que no podía negar a la edificación del prójimo, no lo hizo sin una gran violencia; y después de haber expuesto lo que pensaba de no haber podido mantenerlo en secreto, se le vio frecuentemente pedir perdón por haber hablado de sí mismo. Y cuando podía hacerlo en tercera persona, sin que nadie se diese cuenta de que era de él de quien hablaba, lo hacía con toda la destreza que su humildad le podía sugerir

Además de la confianza y entereza en profesar la fe de Jesucristo entre los infieles, la perfecta confianza en la ayuda de la Bondad Divina junto con el desasimiento y el abandono de las criaturas, la fidelidad en las prácticas piadosas referidas a Dios y en la devoción a la Santísima Virgen en medio de las impiedades de Berbería, la gracia de ablandar los corazones más duros, y de inspirar sentimientos de respeto y amor a nuestra santa Religión a las personas más opuestas, y otras virtudes y dones de Dios se manifestaron en el Sr. Vicente durante su cautiverio, y dejamos que el piadoso lector los considere y sopese en tanto sirva para su edificación. Pero hay aquí dos cosas que merecen una atención particular

Una es la virtud extraordinaria del Sr. Vicente para retener y guardar en su

memoria todos los conocimientos que el médico espagírico le había comunicado acerca de preciosos secretos de la naturaleza y del arte, y cuyos experimentos maravillosos había visto a lo largo del año en que estuvo a su servicio, tal como lo afirma en la continuación de la carta dirigida al Sr. de Comet (2), y de la cual solamente hemos ofrecido un extracto, y en otra que escribió más tarde, después de su llegada a Roma. No hay duda de que si hubiera querido aprovecharse de dichos conocimientos en aquella gran ciudad, donde viven tantos personajes curiosos, hubiese podido sacar grandísimas ventajas temporales en un tiempo en que parecía haber más necesidad de ellos. Pero si juzgamos que todo eso sería indigno de un sacerdote de la Iglesia de Jesucristo, no solamente no quiso en absoluto hacer ningún uso de ellos, sino, lo que es más admirable, desde su vuelta de Roma a Francia no se le ha oído decir ni una sola palabra para demostrar que sabía de esas cosas ni a los de su Compañía, ni a ninguno de sus amigos más íntimos, así como tampoco de otras particularidades de su cautiverio, aunque haya tenido ocasión de hablar de eso más de cien mil veces al escribir y hablar a propósito de los esclavos que tuvo que atender su caridad. Se le oyó decir, eso sí, muchas veces, las cosas más humillantes de su vida, pero nunca nada acerca de su estancia en Túnez, a causa de las circunstancias que pudieran redundar en alabanza suya

La otra cosa digna de consideración en el cautiverio del Sr. Vicente es el espíritu de compasión que tuvo y que dedicó a todos los pobres cristianos que vio quejarse y languidecer lastimosamente en los hierros y bajo el yugo de la tiranía de los bárbaros, sin que nadie los atendiese ni consolase corporal o espiritualmente, expuestos a ultrajes llenos de crueldad, a trabajos insoportables, y, lo que es peor, en peligro continuo de perder la fe y la salvación. Dios quiso darle experiencia de todo ello, para que el sentimiento de dolor le quedase grabado en el alma y lo llevara más eficazmente algún día a socorrer a los pobres abandonados, como así lo hizo, consiguiendo medios para fundar una residencia de misioneros en Túnez y en Argel para consolarlos, fortalecerlos, alentarlos, administrarles los sacramentos y procurarles toda clase de servicios y asistencias, tanto en sus cuerpos con en sus almas, y hacerles en cierto modo sentir entre las cadenas y las penas, los efectos de la infinita dulzura de la misericordia de Dios.

CAPITULO QUINTO pg.43

Vuelta de Roma a Francia, y primera estancia en París

El Sr. Vicente luego que hubo llegado a Roma, permaneció allí hasta finales del año 1608 gracias a la ayuda recibida del Sr. Vicelegado, que le proporcionó mesa y con qué vivir. Así lo afirma en una carta que escribió treinta años más tarde a un sacerdote de su Compañía residente en Roma

«Que estuvo tan consolado -ésas son sus palabras- por verse en esa ciudad cabeza de la cristiandad, en la que se halla el Jefe de la Iglesia militante, y en donde están los cuerpos de san Pedro y san Pablo, y de tantos otros mártires y santos, que antaño derramaron su sangre y dieron su vida por Jesucristo; que se consideraba feliz por pisar la tierra que tan grandes santos pisaron, hasta el punto de que este consuelo lo había enternecido hasta llegar a derramar lágrimas»

Y como, entre los sentimientos de consuelo espiritual, la afición que siempre había tenido por el estudio no había disminuido en nada a causa de las penas y los contratiempos que le habían ocurrido, cuando se vio algo más tranquilo en aquella gran ciudad, dedicó todo el tiempo que tenía libre para refrescar y renovar en su mente las ideas aprendidas en la universidad de Toulouse. Durante su estancia en Roma el Sr. Vicelegado lo presentó al Cardenal d'Ossat . Este después de haber hablado con él en varias ocasiones y conocido el temple de su alma, quedó tan satisfecho de él y concibió un juicio tan favorable, que, como tenía que informar al rey Enrique IV acerca de un asunto muy importante, que no podía confiarse a una carta, tan secreto era, por lo que era necesario exponerlo verbalmente a Su Majestad, este cardenal digo no encontró a nadie más apto ni más capaz para semejante servicio que al Sr. Vicente. Confió, pues, el secreto a su discreción y fidelidad, para que lo llevara con toda garantía al Rey

Y fue en esa circunstancia cuando el Sr. Vicente mostró nuevamente la solidez de su virtud y la rectitud de su alma, que sólo miraba a Dios, y que no tenía ninguna otra pretensión que agradarle y prestarle un servicio fiel y agradable. Llegado que fue a París, tuvo una favorable acogida ante el gran Rey, buen conocedor de gentes, siendo por ello Vicente bien conocido por él; y, por eso mismo, podía esperar un ascenso muy considerable según el siglo. Sin embargo, de ninguna manera quiso aprovecharse de aquella ocasión, que otros habrían buscado y aprovechado con toda la solicitud y habilidad posibles. Temió que el favor del Rey de la tierra pudiera poner obstáculos a las gracias del Rey del cielo, a cuyo servicio se había obligado con lazos indisolubles, y por eso creyó que no debía en absoluto comprometerse en adelante con la corte. Una vez cumplida su misión, y conservando en su corazón un sincero afecto de obediencia y de fidelidad al Príncipe, se retiró a la vida privada con el propósito de llevar una vida verdaderamente eclesiástica, y de cumplir perfectamente todas las obligaciones de tal carácter

La vivienda que había elegido al principio en el barrio de Saint Germain, en cuanto llegó a París, le procuró el conocimiento de algunos de los principales oficiales de la difunta reina Margarita, que vivía en la misma zona. Uno de ellos era el Sr. Dufresne, secretario de Su Majestad, y con él trabó desde entonces una estrechísima amistad debido a la virtud y las buenas cualidades que veía en él. Después de la muerte de la Princesa, lo llevó a la casa de Gondi, de donde era secretario y más tarde intendente del Sr. Manuel de Gondi, conde de Joigny y general de las Galeras de Francia. Ha sido él quien

ha testificado «que por ese tiempo el Sr. Vicente parecía muy humilde, caritativo y prudente, haciendo el bien a todos, y no siendo carga para nadie, circunspecto en sus palabras, y que escuchaba a los demás afablemente, sin interrumpirles nunca, y que desde entonces iba solícitamente a visitar, a servir y a exhortar a los pobres enfermos de la Caridad.

Durante la primera estancia del Sr. Vicente en París le sucedió un extraño contratiempo, que Dios permitió para probar su virtud, y que sólo se ha sabido después de su muerte por medio del Sr. de Saint Martin, canónigo de Dax, que lo ha confirmado con fiel y seguro testimonio. Fue el año 1609. Viviendo todavía en el barrio de Saint Germain en una misma habitación con el juez del lugar de Sore, pueblecito situado en las Landas, y de la jurisdicción de Burdeos, fue acusado en falso de haber robado cuatrocientos escudos. Veamos cómo sucedió el hecho

Cierto día, el juez, después de levantarse muy de mañana, se marchó a la ciudad para tratar algunos asuntos, y se olvidó de cerrar la alacena donde había dejado el dinero. Dejó al Sr. Vicente acostado, algo indispuesto, en espera de que le trajeran una medicina. El mancebo de botica vino con la medicina, se encontró con el dinero al buscar un vaso en la alacena, que vio abierta, y, sin decir palabra, lo metió en el bolsillo y se lo llevó. Así se verificó el refrán que dice, que la ocasión hace al ladrón

Cuando volvió, el juez quedó muy extrañado al no dar con su bolsa. Se la pidió al Sr. Vicente, pero éste no sabía qué decirle, sino que él no la había cogido ni visto coger a nadie. El juez empieza a vociferar, a echar pestes, y quiere que Vicente responda de la pérdida. Lo obliga a separarse de su compañía, lo difama por todas partes como malvado y ladrón, y difunde sus quejas por todas las personas que lo conocían y a las que pudo descubrir que Vicente adolecía de ciertas mañas. Y como se enteró de que por aquellos días el Sr. Vicente se veía de vez en cuando con el R.P. de Bérulle, por entonces Superior General de la Congregación de los Sacerdotes del Oratorio y, más tarde, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, fue donde él cierto día en que estaba allí el Sr. Vicente en compañía de otras personas de honor y piedad, y en su presencia lo acusó de aquel hurto, e incluso le hizo notificar un monitorio

Mas el varón de Dios sin perder la compostura y sin mostrar resentimiento alguno ante una ofensa tan dura, y sin pretender justificarse, se contentó con decirle mansamente, «que Dios sabía la verdad». Y manteniendo su serenidad ante el oprobio de una calumnia tan vergonzosa, edificó grandemente a los presentes con su moderación y con su humildad

Pero ¿qué es lo que sucedió al final de semejante coyuntura? Dios permitió que el empleado que había realizado el robo fuera detenido años más tarde en Burdeos por un hecho semejante: pertenecía a una región de la jurisdicción del Juez de Sore, y movido por los remordimientos de su conciencia, rogó al juez que fuera a verle en la cárcel; y allí le confesó que había sido él quien le había robado el dinero, y le prometió restituirle todo

por miedo a que Dios lo castigara por el hurto. Y si por un lado el juez quedó contento al ver recuperado su dinero cuando menos lo esperaba, por otro quedó tan pesaroso por haber calumniado a un sacerdote tan virtuoso como el Sr. Vicente, que le escribió inmediatamente una carta para pedirle perdón. Y le suplicó que le concediera su perdón por escrito, diciéndole que si se lo negaba, iría en persona a París a echarse a sus pies, a pedirle perdón con una cuerda al cuello

Hemos hallado la confirmación de este hecho en el manuscrito de una conferencia tenida en San Lázaro, cuyo tema era hacer y recibir bien las correcciones. En ella el Sr. Vicente, entre los buenos consejos que dio a la Comunidad, sacó un ejemplo, no como de una cosa que le hubiera sucedido a él, sino como hablando de una tercera persona. He aquí las palabras que dijo a propósito de este asunto, y que son dignas de señalar:

«He conocido a una persona, que, acusada por su compañero de haberle cogido algo de dinero, le dijo mansamente que no lo había cogido; pero al ver que el otro insistía en acusarlo, se volvió al otro lado, se dirigió a Dios, y le dijo: ¿Qué voy a hacer? ¡Tú sabes la verdad! Y entonces, puesta la confianza en El, resolvió no responder nada a las acusaciones, que llegaron hasta el punto de conseguir un monitorio de robo, y hacérselo comunicar. Pero, sucedió, y Dios lo permitió, que, al cabo de seis años, el que había perdido el dinero, estando a más de seiscientas leguas de aquí, se encontró con el ladrón que lo había cogido. ¡Ahí pueden ver el cuidado que tiene la Providencia de quienes se abandonan a Ella! Entonces el hombre, al reconocer la sinrazón que había tenido al actuar con tanto enardecimiento y calumnia contra su amigo inocente, le escribió una carta parapedir le perdón, diciéndole que sentía una gran contrariedad por lo sucedido, y que estaba dispuesto, para expiar la falta, a ir al sitio donde él estaba para recibir el perdón de rodillas. Pensemos, pues, Señores y Hermanos míos, que somos capaces de todo el mal que se hace, y dejemos a Dios el cuidado de manifestar el secreto de las conciencias», etc

CAPITULO SEXTO pag.47

Párroco de Clichy; ejerce el oficio de un buen pastor

Aunque el Sr. Vicente estuviera muy resuelto a entregarse totalmente a Dios, ya prestarle todos los servicios que pudiera en el estado eclesiástico, el accidente ocurrido le sirvió para atraer nuevas gracias, que lo impulsaron aún con más fuerza a poner en práctica sus buenas resoluciones. Y al ver que la vivienda a la que se vio obligado a retirarse cuando llegó a París, entre personas seglares, no era muy conveniente para los deseos que Dios le había inspirado de ponerse en un camino verdaderamente eclesiástico,

tomó la resolución de salir de allí. El aprecio que su virtud le había adquirido le hizo hallar acogida donde los RR. PP. del Oratorio, quienes lo recibieron en su casa, no para ser uno más de la Compañía (más adelante declaró que no había tenido nunca semejante intención), sino para ponerse un poco al abrigo de los compromisos del mundo, y para conocer mejor los designios de Dios sobre él y disponerse a seguirlos. Como sabía muy bien que somos ciegos en dirigirnos a nosotros mismos, y que el medio más seguro para no separarse de los caminos de Dios es tener algún ángel visible que nos guíe, es decir, algún prudente y virtuoso director que nos ayude con sus buenos consejos, creyó que no podía hacer mejor elección que escoger al mismo que dirigía con tanta prudencia y bendición la santa Compañía del Oratorio, al R. P. de Bérulle, como hemos dicho, y cuya memoria despide olor de santidad. El Sr. Vicente le abrió el corazón y el gran Siervo de Dios, dotado de una de las inteligencias más preclaras del siglo, inmediatamente reconoció que Dios lo llamaba a grandes cosas. También se dice que previó ya desde entonces, y que le declaró que Dios quería servirse de él para que prestara un señalado servicio a su Iglesia y formara con ese fin una nueva Comunidad de buenos sacerdotes, que trabajarían con fruto y bendición

Vicente residió unos dos años en aquel retiro, y, como por entonces el R. P.Bourgoing, párroco de Clichy, pensaba dejar la parroquia con el fin de entrar en la Congregación del Oratorio, de la que ha llegado a ser más adelante dignísimo Superior General, el R. P. de Bérulle persuadió al Sr. Vicente que aceptara la resignación que le había hecho de aquella parroquia, y así comenzara a trabajar en la viña del Señor. El Sr.Vicente accedió por espíritu de obediencia, contento por rendir aquel servicio a Dios y tener así ocasión de humillarse y de preferir la condición de simple cura de aldea a otras más ventajosas y más honoríficas en las que podía prevalecer por haber sido dos o tres años antes nombrado por el Rey, por recomendación del Cardenal d'Ossat, para la abadía de San Leonardo de Chaume, en la diócesis de Maillezay, actualmente de La Rochela. Además, la reina Margarita, enterada de sus virtudes, lo tomó por ese tiempo de capellán limosnero ordinario suyo y le hizo formar parte, en calidad de tal, de su casa. Pero este humilde siervo de Dios renunció de buen grado a todas esas ventajas, y prefirió, siguiendo al Profeta, ser siervo en la casa de Dios, a vivir en las tiendas de los pecadores»

Después de tomar posesión de la parroquia de Clichy, y viéndose ya pastor del rebaño que le había confiado la Providencia de Dios, se propuso cumplir fiel y cuidadosamente con todos los deberes del cargo. Siguió lo prescrito en los santos cánones y, en particular, en el último Concilio General. Se dedicó, como un pastor auténtico, en primer lugar a conocer a sus ovejas y después a darles pasto saludable para sus almas, pidiendo a Dios en sus sacrificios las gracias necesarias, distribuyéndoles el pan de la palabra divina en sus homilías y en sus catequesis, abriéndoles la fuente de las gracias con la administración de los sacramentos, y, finalmente, entregándose totalmente, de la manera que podía, a procurarles toda clase de ayudas y consuelos. Podía verse a este caritativo pastor ocupado continuamente en el servicio de su rebaño, visitando enfermos, consolando afligidos, socorriendo pobres, apaciguando enemistades, manteniendo la paz y la concordia en las familias, reprendiendo a los que faltaban al deber, alentando a los

buenos, y haciéndose todo a todos para ganarlos a todos en Jesucristo; sobre todo, el ejemplo de su vida y de sus virtudes era una predicación continua que producía tal efecto, que, no sólo los habitantes de Clichy y las personas honradas de París poseedores de casas en aquel lugar, lo respetaban y miraban desde entonces como un santo varón, sino también los curas de las proximidades le tenían en gran aprecio y confianza: buscaban el trato con él para aprender a realizar bien sus funciones y cumplir con todos las obligaciones de su cargo

Una vez se vio obligado a ausentarse por algún tiempo de la parroquia para realizar un viaje corto, pero indispensable. Cuando su vicario le comunicó el estado de la parroquia, le dijo entre otras cosas

«que los señores párrocos vecinos deseaban mucho su vuelta; que los burgueses y habitantes lo deseaban cuando menos tanto como aquéllos. Venga, pues, señor -le dijo- venga a mantener su rebaño en el buen camino donde lo ha puesto, porque todos ansían su presencia»

Un doctor de la facultad de París, religioso de una orden célebre, que, de cuando en cuando, predicaba en la parroquia de Clichy, nos lo ha confirmado:

«Me alegro mucho -dice- porque en los comienzos de ese bendito Instituto dela Misión yo confesaba a menudo en el pequeño Clichy al que ha hecho nacer por orden del cielo esa fuentecilla, que comienza tan felizmente a regar la Iglesia, y que visiblemente se va haciendo un gran río, mil veces más precioso que el Nilo en el Egipto espiritual. Yo me limitaba, cuando Vicente ponía los cimientos de una obra tan grande, tan santa y saludable, a predicar en ese buen pueblo de Clichy, de donde él era párroco. Y confieso que me encontré con esa buena gente que vivía, toda ella, como los ángeles y, que, a decir verdad, yo venía a añadir luz al sol»

La alabanza que ese doctor dedica al rebaño, da a conocer la vigilancia y el celo del pastor, y el desvelo, que tenía por instruirlo y por formarlo en las virtudes y en la práctica de una vida verdaderamente cristiana

A su entrada en la parroquia halló la iglesia muy pobre, tanto en el edificio como en sus ornamentos, y trató de rehacerla por entero, y de hacerse con todos los muebles y ornamentos convenientes para el honor y la santidad del servicio divino. Llevó a cabo con toda felicidad su intento, ciertamente no a costa de su dinero, porque era pobre, pues daba todo lo que tenía a los indigentes y no se quedaba con nada, ni tampoco a costa de sus habitantes, que no eran precisamente acomodados, sino con la ayuda de personas de París a las que acudió y que de buena gana secundaron sus buenas intenciones

Procuró también establecer en la parroquia la Cofradía del Rosario, de forma que cuando él se marchó, dejó a la iglesia totalmente nueva, bien dotada de ornamentos y en muy buen estado. Además de eso, la puso pura y sencillamente, sin quedarse con ningún emolumento, en manos de su digno sucesor llamado Sr. Souillard, quien, además de

cuidar la parroquia, formó a varios jóvenes clérigos que le fueron encargados por el Sr. Vicente y los dejó en la mejor disposición para rendir un servicio útil a la Iglesia

CAPITULO SEPTIMO pg. 51

Entrada y actuación en la casa de Gondi

Hacia el año 1613 el R. P. de Bérulle indujo al Sr. Vicente a aceptar el cargo de preceptor de los hijos del Sr. Manuel de Gondi, conde de Joigny, a la sazón general de las Galeras de Francia, y de la Sra. Francisca Margarita de Silly, su esposa, mujer de excelente virtud, tanto más digna de aprecio, cuanto que la piedad era por ese tiempo más rara entre las personas de la Corte. Y la elección, que hizo el Sr. Vicente para tal empleo, no es pequeña prueba del juicio favorable que el primer Superior General del Oratorio hacía de su virtud y de las buenas cualidades de su espíritu, ofreciéndolo a una delas familias más piadosas y más ilustres del reino, y confiándole la dirección y la educación de tres jóvenes señores de gran porvenir: el mayor es duque y par de Francia, el segundo ha sido elevado a la dignidad de cardenal de la Santa Iglesia, y en cuanto al tercero, que prometía tanto por sus bellas cualidades de cuerpo y de alma de las que estaba dotado, Dios lo retiró de este mundo a la edad de diez u once años, para darle en el cielo una parte más provechosa, que la que hubiera conseguido en la tierra

El Sr. Vicente pasó doce años en esta ilustre casa, y siempre actuó con tal prudencia, moderación y dominio de sí, hasta el punto de conseguirlo todo a la vez: el aprecio y el afecto de todas las personas que lo conocieron. Nunca se presentaba al Sr.General, ni a la Señora, si no lo llamaban antes. No se ingería por propia decisión, sino en lo que correspondía al cargo que le habían confiado; y fuera del tiempo destinado al servicio de los tres pequeños señores, permanecía en aquella gran casa, adonde acudía una continua afluencia de toda clase de personas, como en una cartuja. Retirado en su habitación como en una celda, no salía más que cuando lo llamaban o cuando la caridad lo obligaba a salir. Tenía por norma que, para presentarse fuera de casa con seguridad entre tantas ocasiones peligrosas y tan frecuentes en esta gran ciudad, hay que mantenerse de buena gana en el retiro y en el silencio, cuando no haya necesidad de salir ni de hablar. Es verdad que cuando se trataba de prestar algún servicio para el bien espiritual del prójimo, dejaba también de buena gana el retiro, pero se mantenía en él, si no había alguna causa que lo obligara a salir; y entonces se le veía hablar e intervenir con mucha caridad y hacer todo el bien que podía a unos y a otros. Serenaba las disputas y disensiones y procuraba la unión y la concordia entre los servidores, los iba a visitar en sus habitaciones cuando estaban enfermos, y después de consolarlos les ofrecía hasta los servicios más nimios: al acercarse fiestas solemnes los reunía a todos para instruirlos y disponerlos a la recepción de los sacramentos, introducía en la mesa buenos temas de conversación para evitar

palabras inútiles, y cuando el Señor o la Señora lo llevaban al campo con los Señores hijos, como a Joigny, a Montmirail, a Villepreux y a otras de sus tierras, disfrutaba grandemente dedicando las horas libres a instruir y a catequizar a los pobres, o a administrar los sacramentos, y, en particular, el de la penitencia, con la aprobación de los obispos del lugar y el beneplácito de los párrocos

Una manera tan prudente y tan virtuosa de obrar se ganó muy pronto el corazón y el afecto de todos los que vivían con él, y en particular de la Señora. Quedó tan edificada de la modestia, de la discreción y de la caridad del Sr. Vicente, que ya en el primero o segundo año de su estancia en la casa se decidió a confiarle la dirección de su alma. A este fin, acudió al R. P. de Bérulle y le rogó que obligara al prudente y virtuoso sacerdote a encargarse de su conciencia y a ayudarla con sus buenos consejos. Así lo hizo el Sr. Vicente por espíritu de deferencia y de sumisión a la manera de pensar de quien respetaba como a Padre de su alma, aunque sintió mucha confusión por ello, debido a su gran humildad

Esta virtuosa Señora, que buscaba el bien por encima de todo y que deseaba ardientemente procurarlo a su familia y a todos sus súbditos, quedó sensiblemente consolada por la gracia que Dios le había hecho con haberle dado un sacerdote, tal como ella lo había deseado, y en quien reconocía, además de las disposiciones y cualidades propias para la ejecución de sus buenos propósitos, una dirección sapientísima y una caridad perfecta para poder confiarse a él con toda seguridad

Mas para conocer mejor todavía el espíritu con el que el Sr. Vicente actuaba y cómo se portaba en el tiempo de su permanencia en aquella grande e ilustre casa, es preciso saberlo por él mismo. He aquí cómo habló en dos ocasiones: la primera vez en tercera persona en una conferencia dada a varios sacerdotes reunidos en San Lázaro. En ella se trataba de la importancia de cumplir bien con el oficio de capellán en la casa de los Grandes. Dijo, entre otras cosas,

«que sabía de una persona que había sacado provecho para sí y para los demás de la casa en el cargo de capellán, mirando y honrando siempre a Jesucristo en la persona de su Señor, y a la Santísima Virgen en la persona de su Señora; que esa consideración lo mantuvo siempre en una modestia y circunspección en todos sus actos y palabras; y así le había ganado el afecto de su Señor y de su Señora y de todos los servidores; y le había proporcionado el medio de conseguir notables frutos en dicha familia»

La segunda vez habló de ese tema abiertamente con un joven abogado de París, muy sabio y muy piadoso, que pensaba entrar en la casa de Retz para encargarse de la administración. El joven le rogó que le dijera cómo podría mantenerse piadoso en medio de las distracciones inevitables debidas a la multiplicidad de los asuntos, que le habían encomendado. A lo que el Sr. Vicente respondió:

«Que por haber vivido él también en esa familia, Dios le había hecho la gracia de actuar de tal forma que había mirado y honrado en la persona del Sr. de Gondi, general de las Galeras, la de Nuestro Señor; en la persona de la Señora, la de Nuestra Señora; y en las de los oficiales y servidores, domésticos y otras personas que venían a la casa, la de los discípulos y las gentes que se acercaban a Jesucristo, Nuestro Señor»

He aquí cómo el Sr. Vicente se mantenía unido a Jesucristo, mirándole y honrándole en sus criaturas como en sus imágenes vivas, y ordenando todos sus actos externos e internos con esa manera de ver. Mantenía así siempre abierto ante los ojos de su alma el místico libro, en cuya lectura y meditación continua aprendía la ciencia de todas las virtudes

Pues bien, aunque tuviera gran respeto al Sr. General de las Galeras, eso no impedía que le prestara todos los servicios caritativos, y que, cuando lo juzgaba necesario para el bien de su alma, usase con él de la misma libertad que con otros, pero siempre con grandísima circunspección. El celo que tenía por el bien y por la virtud, y que le causaba tal horror del mal y del pecado que no podía sufrir la menor debilidad ni en otros ni en sí mismo, siempre iba acompañado de la prudencia, y si tenía firmeza también disponía de discreción. Ahí va un ejemplo digno de notarse que conocemos por él mismo. Hace ver de qué forma actuó cierto día con el buen Señor para obligarle a desistir de un duelo para el que estaba ya comprometido por su arrojo y su honor según costumbre reprobable de aquel tiempo, y que nuestro Monarca ha abolido felizmente, portándose como un Hércules cristiano que desde su más tierna edad ha degollado a ese monstruo, y de un solo revés ha cortado las cabezas de la Hidra

«Conocía -dijo cierto día hablando de sí mismo en tercera persona en una conferencia que se tuvo en San Lázaro ante varios eclesiásticos- a un capellán, quien, al saber que su amo tenía la intención de ir a batirse en duelo, después de haber celebrado la Santa Misa y haberse retirado la gente, fue a echarse a los pies del Señor, que había quedado solo en la capilla; y le dijo: 'Señor, permítame, si le parece bien, que muy humildemente le diga una palabra: He sabido de buena fuente que piensa ir a batirse en duelo; pero le digo de parte de mi Salvador, al cual acabo de mostrarle, y a quien usted acaba de adorar, que si no abandona ese mal deseo, actuará su justicia sobre usted y sobre toda su descendencia'. Dicholo cual, el capellán se retiró, y en eso podrán notar, si les parece, el tiempo oportuno escogido por él, y los términos que usó, dos circunstancias que es preciso tener en cuenta particularmente en semejantes ocasiones»

CAPITULO OCTAVO pag. 55

La confesión general, que recomienda hacer a un campesino, da lugar a la primera misión, y el éxito de la misión le hace emprender otras

La Señora Generala de las Galeras sentía una alegría y un consuelo indecible por tener en su casa al Sr. Vicente; lo miraba como a un segundo ángel de la guarda, que atraía todos los días nuevas gracias sobre la familia por su celo y por su prudente comportamiento. Como aspiraba incesantemente a la perfección, y ése era también el deseo de su sabio director: ayudarla y proporcionarle todos los medios posibles para hacerle avanzar en ella; así impulsados por el mismo espíritu, ambos se dedicaban a diversas obras buenas. La virtuosa Señora hacía grandes limosnas para socorrer a los pobres, particularmente a los de sus tierras. Iba a visitar a los enfermos y les servía con sus propias manos. Ponía particular empeño en que sus oficiales hicieran buena y pronta justicia, y para eso se preocupaba de dotar los cargos con personas honradas; y no contenta con eso, se dedicaba a culminar por sí misma amigablemente los procesos y las diferencias nacidas entre los súbditos y a serenarlas disputas. Y, sobre todo, se convertía en protectora de las viudas y de los huérfanos, e impedía que se les causara alguna opresión o injusticia. En fin, contribuía, en cuanto podía, a procurar que Dios fuera honrado y servido en todos los lugares en donde ella tenía algún poder. Para todo eso estaba autorizada y sostenida por la piedad de su Señor marido, y ayudada por la presencia y por los consejos del Sr. Vicente, quien, por su parte, no dejaba de ejercer su caridad y su celo en tales ocasiones, visitando y consolando a los enfermos, instruyendo y exhortando a la gente con sus charlas públicas y particulares, y usando de todas las formas posibles para ganar almas a Dios

Sucedió, más o menos el año 1616, que habiendo marchado a Picardía con la Señora dueña de aquellas tierras, se detuvo en el castillo de Folleville, diócesis de Amiens. Cuando estaba ocupado en obras de misericordia, un día le vinieron a rogar que fuera a la aldea de Gannes, a unas dos leguas del castillo, para confesar a un campesino gravemente enfermo y que había manifestado deseos de recibir tal consuelo

Aunque aquel hombre había vivido siempre con fama de hombre de bien, el Sr. Vicente, cuando fue a verlo, pensó en recomendarle una confesión general para poner su salvación en mayor seguridad. Pareció por sus consecuencias que el pensamiento le venía de Dios, que quería mostrar su misericordia a aquella pobre alma, y servirse de su fiel ministro para retirarla de la pendiente del precipicio adonde iba a caer; porque por muy buena que fuera en apariencia la vida de aquel hombre, se encontró con que tenía la conciencia abrumada por varios pecados mortales sin confesar por vergüenza, y que nunca había declarado en confesión, según afirmó e hizo público en alta voz más tarde hasta en presencia de la Señora, que le había hecho la caridad de visitarle. «¡Ah, Señora! -le dijo- me hubiera condenado, si no llego a hacer una confesión general por causa de los

pecados graves que no me había atrevido a confesar». Esas palabras son suficiente testimonio de la viva contrición del pobre enfermo y de los sentimientos con los que terminó su vida al cabo de tres días a la edad de sesenta años, debiendo su salvación ante Dios al Sr. Vicente.

Al relatar más adelante lo que había pasado en cierta ocasión a los Señores de su Compañía añadió:

«Que la vergüenza impide a mucha de esa gente campesina confesar a sus párrocos todos sus pecados, y eso los mantiene en un estado de condenación. A este propósito preguntaron un día a uno de los hombres más ilustres de este tiempo si podía salvarse esa gente con la vergüenza, que les quita el valor de confesar ciertos pecados. Respondió que era indudable que, si morían en ese estado, se condenarían. ¡Ay Dios mío! -dije entonces en mi interior- ¡Entonces cuántos se perderán! ¡Y qué importante es la práctica de la confesión general para remediar esa desgracia, ya que va acompañada de ordinario de una verdadera contrición! Aquel hombre decía en voz alta que se habría condenado, porque estaba verdaderamente tocado del espíritu de penitencia; y cuando un alma está llena de él, concibe tal horror al pecado, que, no sólo lo confiesa al sacerdote, sino que estaría dispuesto a acusarse públicamente de él, si fuera necesario para su salvación. He visto a algunas personas que, después de su confesión general, deseaban declarar públicamente sus pecados delante de todo el mundo, de forma que apenas se las podía contener; y aunque les prohibía que lo hicieran, me decían: No, Padre, se los diré a todos; soy un desgraciado, merezco la muerte. Fíjense en la señal de la gracia y en la fuerza del arrepentimiento. He visto muchas veces ese deseo, y se observa con frecuencia. Sí, cuando Dios entra de ese modo en el corazón, le hace concebir tal horror de las ofensas que ha cometido, que le gustaría manifestarlas a todo el mundo. Hay quienes, tocados por ese espíritu de compunción, no encuentran ninguna dificultad en decir en alta voz: Soy un malvado, porque en tal y tal ocasión he hecho esto y esto. Le pido perdón a Dios, al Sr. párroco y a toda la parroquia. Vemos cómo lo han practicado los mayores santos. San Agustín, en sus Confesiones, manifestó sus pecados a todo el mundo, imitando a san Pablo, que declaró en voz alta y publicó en sus Epístolas que había sido blasfemo y perseguidor de la Iglesia, a fin de manifestar las misericordias de Dios para con él. Tal es el efecto de la gracia, cuando llena un corazón: echa fuera de él todo lo que le es contrario».

Así fue la gracia que causó tan saludable operación en el corazón del campesino, hasta hacerle confesar públicamente, incluso delante de la Señora Generala, cuyo vasallo era, las confesiones sacrílegas y los enormes pecados de su vida pasada. Esta virtuosa Señora, llena de admiración, exclamó, dirigiendo la palabra al Sr. Vicente:

«¡Ah, señor! ¿Qué es esto? ¿qué es lo que acabamos de oír? Eso mismo les pasa a la mayor parte de esta pobre gente. Si este hombre, que pasaba por un hombre de bien estaba en estado de condenación, ¿qué no ocurrirá con los demás que viven tan mal? ¡Ay, Sr. Vicente! ¡Cuántas almas se pierden! ¿Cómo podríamos remediar esto?»

«Era el mes de enero de 1617 cuando sucedió esto. Y el día de la Conversión de san Pablo, que es el 25, esta Señora me pidió -dijo el Sr. Vicente- que tuviera un sermón en la iglesia de Folleville para exhortar a sus habitantes a la confesión general, y luego les enseñé la manera de hacerlo debidamente. Y Dios tuvo tanto aprecio de la confianza y de la buena fe de aquella Señora (pues el gran número y la enormidad de mis pecados hubieran impedido el fruto de aquella acción) que bendijo mis palabras y todas aquellas gentes se vieron tan tocadas de Dios que acudieron a hacer su confesión general. Seguí instruyéndolas y disponiéndolas a los sacramentos, y empecé a escucharlas en confesión. Pero fueron tantos los que acudieron, que, no pudiendo atenderlos junto con otro sacerdote que me ayudaba, la Señora esposa del General rogó a los PP. Jesuitas de Amiens que vinieran a ayudarnos. Le escribió al P. Rector, que vino personalmente, y como no podía quedarse mucho tiempo, envió luego a que ocupara su puesto al R. P. Fouché, de su misma Compañía, para que nos ayudara a confesar, predicar y catequizar, encontrando, gracias a Dios, mucha tarea que realizar. Fuimos luego a las otras aldeas que pertenecían a aquella Señora por aquellos contornos y nos sucedió como en la primera. Se reunían grandes multitudes, y Dios nos concedió su bendición por todas partes. Aquel fue el primer sermón de la Misión, y el éxito que Dios le dio el día de la Conversión de san Pablo: Dios no hizo esto sin alguna intención en semejante día»

Esta misión del lugar de Folleville fue la primera que dio el Sr. Vicente, y siempre ha sido considerada como la semilla de las que se llevaron a cabo hasta su muerte. Todos los años ese mismo día 25 de enero daba gracias a Dios efusivamente, y recomendaba a los suyos que hicieran lo mismo, como muestra de agradecimiento por las consecuencias llenas de bendiciones, que plugo a Dios conceder en su infinita bondad a la primera predicación. Por ello había querido que el día de la Conversión de san Pablo fuera el de la concepción de la Congregación de la Misión, aunque todavía, ni más de ocho años más tarde, hubiera pensado en absoluto que aquel granito de mostaza iba a crecer y multiplicarse tanto; y menos aunque iba a servir de fundamento a una nueva Compañía en la Iglesia, como sucedió más tarde. Esa es la razón por la que los misioneros de su Congregación celebran, con mucha devoción, el día de la Conversión del Santo Apóstol, en memoria de que este nuevo Pablo, Padre y Fundador de ellos, comenzó con toda felicidad ese día su primera misión, seguida de tantas otras que han logrado la conversión de un número tan grande de almas, y contribuido tan ventajosamente al crecimiento del Reino de Jesucristo

La Señora Generala reconoció por esta primera prueba, que resultó tan llena de bendiciones, la necesidad de las confesiones generales, sobre todo, en la gente del campo, y la utilidad de las misiones para promoverlas y prepararlas. Por esa razón, tuvo desde entonces el propósito de dejar un legado de dieciséis mil libras a la Comunidad que fuera, con tal de que quisiera encargarse de dar misiones cada cinco años por todas sus tierras. Para ponerlo en ejecución se valió del Sr. Vicente, quien de parte de ella hizo la propuesta al R. P. Charlet, provincial de los jesuitas, y éste le respondió que escribiría a Roma acerca de dicha cuestión; hecho lo cual, le contestaron que no lo debía aceptar. Ofreció la misma fundación a los RR. PP. del Oratorio, pero tampoco quisieron encargarse. Finalmente, no sabiendo a quién dirigirse, la Señora redactó el testamento, que era renovado cada año, en virtud del cual dejaba dieciséis mil libras para fundar la misión en el lugar y en la forma que el Sr. Vicente juzgara más a propósito, y para usar de los términos que éste usaba de ordinario, «a disposición de este desgraciado»

57

CAPITULO NOVENO pag. 59

El Sr. Vicente se retira de incógnito de la casa de Gondi, y vuelve otra vez a ella algo más adelante

Los éxitos, colmados de bendiciones, que Dios daba a las actuaciones caritativas del Sr. Vicente agrandaban cada vez más la opinión que se tenía de su virtud

Los que lo conocían lo miraban como a un hombre lleno del espíritu de Dios. El Sr.General de las Galeras y su Señora lo apreciaban cada vez más, aprecio cuyas muestras se manifestaron en diferentes ocasiones. Todo ello era un suplicio para su humildad empeñada sólo en rebajarse y en mantenerse en la abyección, de forma que cuando no vio otro remedio, resolvió, siguiendo el ejemplo de grandes santos, huir para evitar el peligroso escollo de la vanagloria, que tantas veces ha causado triste naufragio a las almas más virtuosas, cuando iban viento en popa y se prometían realizar una feliz travesía

Moisés, como señala san Ambrosio, huyó de la corte del faraón por miedo de que el buen trato que recibía no manchase su alma, y para que el poder y la autoridad que le habían dado, no le creasen una atadura que lo mantuviese sujeto: huyó, no por falta de decisión o de valor, sino para dar con el sendero seguro de la inocencia, y para ponerse en el camino de la virtud y asegurarse en la piedad»

Aunque la casa del Sr. General era una de las mejor regladas de la corte, y el Sr. Vicente no veía cosa contraria a la verdadera piedad, sin embargo el honor y los testimonios de afecto que recibía, y el aprecio que se hacía de su virtud le molestaban

mucho. Temía que el gran crédito adquirido ante las personas de esta ilustre familia no fuese una trampa que le retuviera y le impidiese adelantar en la perfección de su estado. Por eso, cerrando los ojos a todos los sentimientos naturales y a todos los intereses del siglo, resolvió marcharse de aquella casa para entregarse con mayor perfección a Dios

Había, además de ésta, otra razón que le movía a retirarse. La Señora Generala había recibido grandes y notables favores de él para consuelo de su alma, muy turbada por los escrúpulos y las penas interiores con las que Dios la probaba para así unir la corona de la paciencia a la de la caridad. Dicha Señora había concebido hacia el Sr. Vicente un aprecio y una confianza exagerados, que hicieron nacer en ella un gran temor a perderlo y a que no pudiera hallar otro parecido, dotado de luz y de gracia como él, para mantener en paz su conciencia, endulzar las penas de su espíritu y conducirla por las vías seguras de la verdadera y sólida virtud. Ese temor se acentuó de tal manera, que con dificultad toleraba su ausencia. Y cuando los asuntos del Sr. Vicente le imponían algún viaje, se inquietaba por miedo a que el calor o algún otro percance le causara alguna enfermedad o molestia. Ciertamente no dejaba de ser una imperfección en semejante Señora, por otra parte, muy virtuosa. En cuanto el Sr. Vicente se dio cuenta de eso, trató de ponerle un remedio. A este fin, la obligó a confesarse de vez en cuando con un P. Recoleto muy experto en la dirección de las almas, y de quien, eso pensaba el Sr. Vicente, quedaría contenta. Y habiéndole hecho afirmar que, efectivamente, la había consolado mucho, se sirvió de esa experiencia para convencerla de que Dios la guiaría felizmente por otro que no fuera él, si la Señora ponía su total confianza en la infinita Bondad de Dios

Mas todo eso no bastó para eliminar la impresión de la necesidad que ella pensaba tener de que un hombre como Vicente, muy caritativo y prudente, permaneciera junto a ella, para acudir donde él en sus necesidades, y particularmente cuando iban al campo; porque, como poseía muchas tierras, se veía obligada a visitarlas con frecuencia y a pasar en ellas parte del año. Y, claro, allí no podría decidirse a descubrir sus dificultades a un sacerdote de aldea. El Sr. Vicente, cuando la vio con semejante disposición, y no pudiendo sufrir que ninguna persona tuviera apego a su forma especial de dirigir, y, además, como estaba molesto al ver el aprecio que le tenían a un desgraciado, según creía y decía de sí mismo, temiendo que tal exceso de confianza fuera un impedimento para el verdadero bien de aquella alma tan virtuosa, que buscaba pura y simplemente a Dios, y que, en lugar de ayudarla, le sirviera de obstáculo para su progreso en el camino de la perfección, resolvió marcharse

Había entrado en aquella casa por persuasión del R. P. de Bérulle; por eso trató de hablar con él, y le rogó que aceptase de buen grado su salida; pero no le dio ninguna otra razón, sino que se sentía interiormente movido por Dios para ir a alguna provincia lejana y así consagrarse a la enseñanza y al servicio de la pobre gente del campo. El R. P. de Bérulle no se opuso a ello, cuando reconoció en el Sr Vicente un espíritu que iba tan por lo derecho a Dios y que estaba tan iluminado por su gracia. Creyó, pues, que no le podía aconsejar una cosa mejor que la que el Sr Vicente le proponía

Salió de la casa de Gondi en el mes de julio del año 1617 con pretexto de hacer un corto viaje; aunque se dio cuenta de que se juzgaría de varias maneras su modo de proceder por retirarse de aquella manera, y que incluso le acusarían de ingratitud después de tanto honor y tan buen trato como había recibido en aquella casa. Indudablemente debió sentirlo mucho, porque tenía un corazón siempre dispuesto al agradecimiento. Sin embargo, pasó por encima de todas esas consideraciones para ser fiel a Dios, y para procurar (hasta por un medio que parecía muy sorprendente) el mayor bien espiritual de la virtuosa alma cuya dirección le había sido confiada, mostrándole con su propio desinterés, que sólo había que apegarse a Dios

El R. P. de Bérulle, al ver al Sr. Vicente decidido a marcharse sin haber concretado previamente el lugar adonde debía retirarse, le propuso que fuera a trabajar en algún pueblo de Bresse, lugar en que había gran escasez de Obreros Evangélicos, y le señaló en concreto la parroquia de Châtillon-les-Dombes; allí podría su celo recoger abundante cosecha. El Sr. Vicente, haciendo caso del consejo, marchó a la aldea de Châtillon, y en cuanto llegó, uno de sus primeros actos fue reunir en una especie de comunidad a cinco o seis sacerdotes que allí encontró, para dedicarse por ese medio de un modo más perfecto al servicio de Dios y de la Iglesia. Accedieron los sacerdotes a las palabras persuasivas del Sr. Vicente y se han mantenido largo tiempo en esa unión con gran edificación de toda la parroquia. Después se dedicó con su gran celo habitual a la instrucción del pueblo y a la conversión de los pecadores con catequesis y exhortaciones públicas y privadas, realizadas con grandísimo fruto. No se olvidó de los enfermos y de los pobres, visitándolos y procurándoles toda clase de consuelos y ayudas, y se dedicó (como diremos más adelante), con gran bendición, a la conversión de algunos herejes

Por entonces nada se sabía de todo esto en la casa del Sr. General de las Galeras, porque el Sr. Vicente había comunicado sus proyectos en París sólo a una o dos personas de confianza. Algún tiempo después de su llegada a Châtillon, pensó que estaba obligado a comunicárselo al Sr. General, por entonces en Provenza. Le escribió, pues, una carta; en ella le suplicaba que aceptase de buen grado su marcha, porque no tenía -decía- bastante gracia y capacidad para la educación de sus Señores hijos. Añadía que no había dicho nada a la Señora, ni a nadie de la casa su intención de no volver. Esta noticia tan inesperada afligió en gran manera al buen Señor, que inmediatamente informó a la Señora, esposa suya, y le declaró la pena recibida por medio de una carta que le escribió. He aquí sus mismos términos:

«Estoy desesperado por una carta que me ha escrito el Sr. Vicente, y que os envío para ver si es que no hay algún remedio para la desgracia que tendríamos de perderle. Estoy muy extrañado, porque no os haya dicho nada de su resolución, y porque no hayáis tenido el mínimo aviso. Os ruego que uséis de todos los medios para que no lo perdamos, porque, aunque el motivo que aduce sea verdadero, yo no lo aceptaría, pues nada hay más importante que mi salvación y la de mis hijos. A ellos les podrá ayudar mucho algún día, y,

en cuanto a las resoluciones que deseo poder tomar más que nunca, y de las que os he hablado con frecuencia, todavía no le he contestado, y esperaré antes vuestras noticias. Mirad si será adecuada la mediación de mi hermana de Ragny, que vive no lejos de él, pero pienso que no habrá nada más eficaz que el Sr. de Bérulle. Decidle que, aunque el Sr. Vicente no domine el método de enseñar a la juventud, podrá tener a su disposición un hombre; pero que, de todas formas, deseo apasionadamente que vuelva a mi casa: en ella vivirá como él quiera, y yo algún día seré un hombre de bien, si ese hombre está conmigo»

Esta carta es del mes de mayo de 1617, y en el día de la Exaltación de la Cruz la recibió la Señora. Por ella supo el lugar y la disposición de ánimo del Sr. Vicente. Fue para ella verdaderamente una cruz muy penosa y una espada de dolor que le traspasó tan profundamente el alma, que, en cuanto supo la noticia, no cesó de llorar, y no podía ni comer ni dormir. Ahí van algunos de los pensamientos que manifestó a una persona de su confianza, desahogando en ella su corazón:

«Nunca hubiera pensado -dice- que el Sr. Vicente, que se había manifestado tan extremadamente caritativo para con mi alma, me abandonara de ese modo. Pero loado sea Dios; no lo acuso de nada. Al contrario, creo que no ha hecho nada, sino por especial providencia de Dios y movido por su santo amor. De verdad, su alejamiento me resulta extraño. Confieso no entender nada. Ya conoce la necesidad que tengo de su dirección y las cosas que necesito comunicarle, las penas espirituales y corporales que he sufrido privada de su ayuda, el bien que deseo hacer en mis aldeas imposible de emprender sin su consejo. Total, que vea a mi alma en un estado muy digno de compasión. Vea usted con qué amargura me ha escrito el Seño rGeneral. Mis hijos están peor cada día; el bien que el Sr. Vicente hacía en mi casa y a siete u ocho mil personas de mis tierras no se hará ya más. ¿Es que esas almas no han sido redimidas por la sangre preciosa de Nuestro Señor, como las de Bresse? ¿Es que no le son tan queridas? Verdaderamente, no sé cómo piensa el Sr. Vicente; pero me parece que esto es bastante importante como para hacer yo lo que pueda, y así volverlo a tener entre nosotros. Sólo busca la gloria de Dios, y yo no lo deseo contra su santa voluntad; pero le suplico con todo el corazón que me lo vuelva a dar. Se lo ruego a su Santa Madre, y se lo rogaría aún con más ahínco, si mi interés particular no se mezclara con el del Sr. General, de mis hijos, de mi familia y de mis súbditos»

He aquí cuáles eran los pensamientos de esta virtuosa Señora, quien deseando usar de los medios más eficaces para conseguir lo que pretendía, rogó mucho a Dios e hizo que le rogaran con ese mismo fin todas las buenas personas que conocía. Encomendó también este asunto a las oraciones de las principales Comunidades religiosas de París; fue a visitar, varias veces, llorosa al R. P. de Bérulle; le abrió su corazón, y le declaró la gran pena y aflicción en que se hallaba. Sus lágrimas y sus razones apremiantes dieron a

conocer al gran Siervo de Dios la necesidad que tenía de la presencia y del consejo del Sr. Vicente, de forma que, respondiendo a la pregunta que le había hecho, le dijo el R. P. de Bérulle que, en conciencia, podía hacer todo lo posible para obligar al Sr. Vicente a volver a su casa; porque veía que en medio de sus mayores angustias, conservaba siempre en su corazón una resignación absoluta ante el beneplácito de Dios, no queriendo, por lo que fuera, ir de ninguna manera contra sus determinaciones. Y para consolarla aún más, le hizo confiar en que acudiría al Sr. Vicente para persuadirle a que volviera. Con eso quedó su alma muy consolada, y le hizo decir poco más tarde que el Sr. de Bérulle era el hombre que más la había consolado en el mundo. Con todo, la Señora no podía quitar de su mente el temor de perder al Sr. Vicente, «porque -decía- no es hombre que haga las cosas a medias: ha previsto todo lo que yo podría decir o hacer, y luego se ha decidido a marchar». Pero eso no impidió que la Señora usara de todos los medios, que podía, para invitar y obligar al Sr. Vicente a volver. Le escribió acerca del caso varias cartas, que enseñaba previamente al R. P. de Bérulle; le envió la del General, y le rogó que sopesara mucho el gran deseo que sentía de su vuelta, con las condiciones que le pluguieran. Y quejándosele en una de sus cartas le dice estas palabras, que dan a conocer aún más las disposiciones de su espíritu en lo tocante al caso:

«Razón tenía yo -le dice- en temer perder su asistencia como ya se lo he demostrado tantas veces, ya que la he perdido. La angustia en que estoy metida me resulta insoportable sin una gracia muy extraordinaria de Dios, que no la merezco. Si esto sólo fuera por cierto tiempo, no tendría tanta pena; pero cuando considero todas las ocasiones en que necesitaré ser asistida, por dirección o por consejo, sea en la muerte sea en la vida, mi dolor vuelve a empezar. Juzgue, pues, si mi alma y mi cuerpo podrán soportar durante mucho tiempo esta pena. Estoy en situación de no buscar, ni recibir ayuda de otros, porque usted sabe bien que no tengo libertad para las necesidades de mi alma con mucha gente. El Sr. de Bérulle me ha prometido escribirle, y pido a Dios y a la Santísima Virgen que lo devuelvan a nuestra casa para la salvación de toda nuestra familia y de muchas otras, con quienes podrá ejercer su caridad. Le suplico una vez más, practíquela con nosotros, por el amor que tiene usted a Nuestro Señor, a cuya disposición me vuelvo a poner en esta circunstancia, pero con gran temor de no poder perseverar. Si después de todo esto se me niega, cargaré a su cuenta ante Dios todo lo que me suceda y todo el bien que dejaré de hacer por verme privada de su ayuda. Usted me pondrá en ocasión de estar muy a menudo sin recibir los sacramentos por los grandes sufrimientos que paso y las pocas personas que son capaces de ayudarme. Ya ve usted que el Sr. General tiene el mismo deseo que yo, que sólo Dios le da por su misericordia. No resista al bien que usted puede hacer ayudando a su salvación, porque él está para ayudar algún día a la de muchos otros. Sé que es peligroso dejar en peligro mi vida, que no sirve más que para ofender a Dios; pero a mi alma hay que asistirla en el momento de morir. Recuerde la angustia en que me vio en mi última enfermedad en un pueblo. Estoy como para ponerme peor que entonces; y sólo ese miedo me causaría tanto daño, que no sé si no me haría morir sin tener mi buena disposición anterior»

Antes de ir más adelante, hemos de reflexionar un poco acerca de la actuación admirable de Dios en las almas a las que quiere elevar a un grado excelente de virtud, en cuanto que dispone de tal manera los diferentes sucesos y circunstancias de su vida, que todo contribuye a su adelanto en el camino de la perfección. Lo que hace aparecer más la sabiduría y el poder de Dios es, que a menudo se sirve de medios que parecen totalmente opuestos al efecto que desea conseguir. El Sr. Vicente había sido dado por Dios a la Señora Generala para servirle de guía fiel en la peregrinación de esta vida. El gran progreso que ella hacía en el camino de la virtud y la ardiente caridad, que iba día a día encendiéndose cada vez más en su corazón y produciendo al exterior tan maravillosos efectos eran una señal certísima de la bendición que Dios concedía a la dirección de su sabio director. Por su parte, el Sr. Vicente hallaba todos los días nuevas ocasiones de dar a conocer su celo, y de extender el Reino de Jesucristo. Sin embargo, Dios había asociado a esas dos grandes almas para prestarle servicios tan grandes, y santificarse cada vez más en las obras piadosas y caritativas. Pues bien, es ese mismo Dios quien los separa y los aleja a uno de la otra, y quien se sirve, a pesar de todo, de esa separación, que parecía tancontraria a la continuación de todos los bienes comenzados, e incluso tan perjudiciales para esta virtuosa Señora; El se sirve, ya lo he dicho, para disponerlos a recibir mayores gracias y a practicar virtudes más excelentes, y para hacerlos instrumentos más dignos de su todopoderosa misericordia, con el fin de cooperar de forma más fructífera y más llena de bendición a la salvación de un grandísimo número de almas, como se verá más adelante en este libro

Dios quería que su fiel sierva hiciera en estas circunstancias varios actos de resignación heroica; que le ofreciera en sacrificio a su Isaac, su apoyo, su consejo, su consuelo, en fin, su ayuda, que le parecía más necesaria, no sólo para la perfección, sino también para su salvación. Y recíprocamente quería que el Sr. Vicente tuviera ocasión de hacer varios actos heroicos de desprendimiento perfecto de las personas que debían serle más queridas en Dios, y con quienes el mismo Dios lo había comprometido y como atado con lazos de purísima y sincera caridad. Indudablemente se vio obligado a realizar un gran esfuerzo, cuando resolvió separarse, y cuando tomó aquella resolución sin decir nada a nadie. Pero también estuvo obligado apracticar otra no menor, cuando recibió la carta, para no darse a las razones, a las reconvenciones, a los ruegos y a las insistencias muy acuciantes de que estaba llena. La pena y la angustia en que veía a aquella alma tan querida en Dios, la gran necesidad que tenía ella de su asistencia, los términos que usaba para suplicarle que no la rechazase, el recuerdo de tantos testimonios de aprecio, de respeto, debenevolencia recibidos hubieran sido capaces de sorprender a una persona menos perspicaz y de quebrantar un corazón menos unido a Dios que el de Vicente de Paúl. Como se había entregado perfectamente a Nuestro Señor, y no quería obrar sino en total dependencia de su voluntad, en cuanto leyó la carta, lo primero que hizo fue levantar su alma a Dios, renovar a su Divina Majestad las protestas de una fidelidad inviolable, hacer un sacrificio de todos sus sentimientos y respetos humanos, pedir su luz y su gracia para conocer y seguir lo que fuera más agradable, y después de haber considerado todo en su presencia, no viendo claro que Dios le pedía que cambiase de resolución y que volviera al lugar de donde había salido, escribió la respuesta a la Señora

Generala. En ella le manifestó todo lo que pensaba de más apropiado para aliviar su dolor y para llevarla cada vez más a conformarse con las disposiciones de la Divina Voluntad

Como le habían asegurado a la virtuosa Señora que podía en conciencia usar de todos los medios posibles para la vuelta del Sr. Vicente, esa carta no impidió que ella usara de todos los recursos de que disponía para doblegar el ánimo del Sr. Vicente: procuró que varias personas de toda condición le escribieran para obligarle a volver. Así, hallamos cartas de los Señores hijos suyos, del Sr. Cardenal de Retz, cuñado suyo, por entonces obispo de París, y de otros parientes próximos, de los principales oficiales de su casa, de varios doctores y religiosos, y de gran número de personas de condición y de piedad, que rogaban y urgían al Sr. Vicente que volviera. También le escribió el R. P. de Bérulle, tal como se lo había prometido a la Sra. Generala, pero con un estilo digno de su gran prudencia y de su eminente piedad: porque se contentó con exponer la magnitud de la pena que embargaba a la virtuosa Señora y del peligro que la amenazaba, y del enorme deseo que el Sr. General tenía de su vuelta, sin añadir nada más sobre lo que tenía que hacer en aquella circunstancia. Dejó a su discreción y a su caridad considerar si la voluntad de Dios le había sido suficientemente manifestada, y que tomara la determinación que juzgara más conforme con la divina voluntad, pues le creía capaz de discernir por sí mismo los planes de Dios sobre su persona y de seguirlos sin otro consejo ni persuasión

Finalmente, como todas esas reconvenciones tan apremiantes no quebrantaban en absoluto el ánimo del Sr. Vicente, le enviaron, en el mes de octubre del mismo año 1617, a uno de sus más íntimos amigos, al Sr. Dufresne, secretario del Sr. General. Fue a verlo a Châtillon, y usó de tan fuertes razones, que puso en duda al Sr. Vicente de si Dios quería servirse de él por más tiempo en aquella tierra; y le indicó que no debía tomar una determinación ni decisión por sí mismo en asunto de tanta importancia, sino que, para conocer mejor lo que Dios quería que hiciese era necesario que, a imitación del gran Apóstol san Pablo, acudiera a Ananías, es decir, que se asesora se de alguna persona prudente y virtuosa. A este fin, le persuadió que fuera con él a Lyon. Allí acudió al R. P.Bence, superior del Oratorio, quien, luego de haber considerado la cuestión, le aconsejó volviera a París, y le dijo que allí podría, con los buenos consejos de los que le conocían desde hacía mucho, discernir con más luces y seguridad cuál era la voluntad de Dios

Luego que recibió este consejo, escribió al Sr. General, por entonces en Marsella,y le hizo saber que esperaba en cuestión de dos meses realizar un viaje a París. Allí vería lo que Dios le ordenaba. Escribió también lo mismo a París por medio del Sr. Dufresne sin comprometerse a nada; y un poco más adelante, estando en Châtillon, recibió del Sr. General la respuesta siguiente el 15 de octubre del mismo año:

«*Recibí hace dos días la que me ha escrito desde Lyon; por ella veo su determinación de hacer un corto viaje a París a fines de noviembre. Me he alegrado muchísimo, esperando verle por entonces, y que concederá a mis oraciones y a los consejos*

de todos sus amigos el bien que yo le deseo. No le diré más cosas, porque usted ha visto la carta que escribí a mi esposa. Solamente le ruego que considere que parece que Dios quiere que por su medio el padre y los hijos sean buenas personas», etc

El Sr. Vicente partió de Châtillon dejando en los que abandonaba un grandísimo sentimiento por verse privados tan pronto de las ayudas que recibían de su caridad, y llegó a París el 23 de diciembre. Después de haber hablado con el R. P. de Bérulle y con algunas personas muy experimentadas, por fin, siguiendo sus consejos fue a casa del Sr. General de las Galeras la víspera de Navidad con tan gran contento de toda la familia y, en particular, de la Señora, que le recibió como a un ángel del cielo que Dios le enviaba para guiarla por los caminos seguros de la salvación y la perfección. Y para que ella no se inquietase más por temor a que la abandonara por segunda vez, le hizo prometer que la asistiría hasta la muerte, como así lo hizo, y así lo quiso Dios, para comenzar la Congregación de la Misión por medio de esta santa Señora, tal como se verá en este libro

CAPITULO DECIMO pag. 65

Primeros pasos de la Cofradía de la Caridad en favor de los enfermos pobres

Durante la estancia del Sr. Vicente en Châtillon sucedió que un día de fiesta, cuando estaba para subir al púlpito para predicar un sermón al pueblo, la señora de una casa noble vecina que había ido a oírle lo detuvo para rogarle que encomendase a la caridad de la parroquia a una familia, porque la mayor parte de los hijos y criados habían caído enfermos en una granja situada a media legua de Châtillon, y estaban muy necesitados de ayuda. El Sr. Vicente se vio obligado a hablar en su sermón de la ayuda y de los socorros que se debían prestar a los pobres, y, en particular, a los que estaban enfermos; y así estaban los que él les recomendaba

Plugo a Dios dar a sus palabras tal eficacia, que, después de la predicación, un gran número de personas salió para ir a visitar a aquellos pobres enfermos, llevándoles pan, vino, carne y otras cosas útiles por el estilo. Y hasta el Sr. Vicente, después del oficio de vísperas, se encaminó hacia la granja con algunos vecinos del lugar

Como no sabía que ya habían ido tantas personas, quedó muy admirado al encontrarlas por el camino, cuando volvían en grupos, y al ver también a algunos que estaban descansando bajo los árboles, porque era grande el calor que hacía. Entonces le vinieron a la mente las palabras del Evangelio que aquella buena gente era como ovejas sin pastor». «Esto es -se dijo- una gran obra caritativa, pero no está bien organizada; esos

pobres enfermos tendrán demasiadas provisiones de golpe, pero se echarán a perder y se estropearán, y después volverán a caer en su primera necesidad»

Eso le movió a hablar los días sucesivos con algunas mujeres más llenas de celo y más acomodadas de la parroquia acerca de los medios que habían de usar para poner algún orden en la ayuda que se prestaba a aquellos pobres enfermos y a otros que en lo futuro podrían verse reducidos a una necesidad semejante, de forma que pudieran ser socorridos todo el tiempo en que estuvieran enfermos. Y después de prepararlas para esa empresa caritativa y convenir con ellas la manera cómo habían de actuar, redactó un proyecto de reglamento, que las mujeres trataron de observar, con el fin de hacerlo aprobar y fijar por la autoridad de los superiores, e invitó a aquellas virtuosas mujeres a darse a Dios para ponerlo en práctica

Así comenzó la Cofradía de la Caridad para la asistencia espiritual y corporal de los enfermos pobres. Eligieron de entre ellas algunas oficialas, se reunían todos los meses con el Sr. Vicente, y le informaban de todo lo que había pasado

El mismo ha referido todo esto en diversas ocasiones para demostrar con este ejemplo que no había nada suyo en la institución de las diversas obras de su Congregación, y que todo se había hecho sin ningún plan previo por su parte, y sin pensar que aquellos humildes comienzos imprevistos habían de tener tan grandes consecuencias y éxito tan sobresaliente concedidos por el beneplácito de Dios.

Precisamente la Cofradía de la Caridad que el Sr. Vicente fundó en Châtillon ha sido la primera y como madre que ha hecho nacer en tan gran número a otras establecidas por él y los suyos en Francia, Italia, Lorena, Saboya y en otras partes

Cuando el Sr. Vicente volvió a la casa del Sr. General de las Galeras, ya lo hemos dicho en el capítulo anterior, como su celo no podía permanecer ocioso, lo llevó a predicar varias misiones para instruir a los pobres del campo. Como en el pasado había trabajado en todas las tierras de la Señora Generala, le invitaron a que hiciera la misma caridad en todas las que pertenecían a la casa de Gondi. Y según ese plan, fue a misionar Villepreux y las aldeas que dependían de ella. Y se le unieron los Sres. Berger y Contière, clérigos consejeros del parlamento de París, el Sr. Cocqueret, doctor en teología de la Casa de Navarra, y otros virtuosos sacerdotes. El 23 de febrero de 1618 fundó allí la Cofradía de la Caridad de los enfermos pobres con la autorización del Sr. Cardenal de Retz, obispo de París, que aprobó los reglamentos. Esta Cofradía es la segunda que instituyó el Sr. Vicente, y todavía se mantiene, por la bendición de Dios, tan fuerte como la primera. La tercera fue igualmente establecida por él en la localidad de Joigny, y la cuarta en la de Montmirail: de tal forma Dios bendijo estos comienzos, que idénticas Cofradías fueron instituidas algún tiempo más adelante en más de treinta parroquias dependientes tanto del Sr. General de las Galeras como de la Señora, su esposa

CAPITULO ONCE pag. 67

Lo que sucedió en la conversión de algunos herejes, que el Sr. Vicente atrajo felizmente a la Iglesia Católica

Cuando estuvo en Châtillon, Dios se sirvió de su celo y de su prudencia, para desengañar a algunos espíritus inficionados de herejía, y para ponerlos en el camino de la verdad

Aquí sólo relataremos lo que sucedió en la conversión de dos de esos herejes, entre otros muchos, que, después de Dios, han recobrado gracias a la actuación caritativa del Sr. Vicente, el don de la fe, que la herejía les había hecho perder

El primero fue un joven de Châtillon, llamado Sr. Beynier, nacido de padres herejes, que lo habían instruido con el mayor esmero en sus errores. Era hijo único y había heredado de sus padres grandes riquezas, y usado bastante mal de ellas. La mala libertad que le daba su falsa religión lo llevó a una vida disoluta y licenciosa. El Sr. Vicente, movido por un auténtico celo de la gloria de Dios, y deseando arrancar la presa de las manos de los demonios y entregársela a Jesucristo, poco a poco se fue insinuando en la amistad del joven, y, a pesar de que figuraba ante todos los que lo conocían como un perdido, no dejaba de ir a verlo a menudo y a hablar con él. Aquello causaba mucha extrañeza a todos y celos a los Ministros de Châtillon, que no se preocupaban de que el Sr. Beynier continuara en su vida desenfrenada, con tal de que no abandonara su facción. Comenzaron a desconfiar, cuando lo vieron más moderado que antes: ése fue precisamente el primer paso que el Sr. Vicentele hizo dar para disponerlo a reconocer y a abrazar la verdad. Llegada que fue su hora, habiéndole Dios abierto los ojos y tocado el corazón, abandonó al mismo tiempo los excesos y la herejía, y adelantó tanto de un golpe en la práctica de las virtudes cristianas, que determinó guardar el celibato durante toda su vida. En cuestión de una semana entregó dos o tres granjas a personas a las que, según temía, su padre no había dado entera satisfacción, aunque nadie lo había llevado a pleitear; y con lo que le quedaba, hizo limosnas y otras obras caritativas. En su testamento destinó el resto a legados piadosos y, particularmente, a una fundación para instalara los Padres Capuchinos en Châtillon. Ha sido el R. P. Des Moulins, del Oratorio, por entonces superior en la ciudad de Mâcon, quien ha conocido al detalle los felices efectos de la gracia de Dios en este virtuoso converso, y quien ha dado fiel testimonio de todo por escrito. En él, entre otras cosas, pone «que lo que más le ha llamado la atención en esta conversión de costumbres como de credo, y lo que más encuadra con nuestro propósito, es que Dios se ha servido del Sr. Vicente para llevarlo a cabo (son sus propios términos), pero que dejó todo el honor a los que no habían tenido otra parte que la de haber asistido a la abjuración y dado la absolución. Pudo haberla dado él en persona según órdenes del Sr. de Marquemont, arzobispo de Lyon, pero su humildad no le permitió recibir el honor, que quiso ceder a otros»

El segundo hereje que el Sr. Vicente condujo a la Iglesia fue el Sr. Garron, que más adelante se retiró a Bourg-Ville, capital de Bresse. Conocemos su conversión de la herejía gracias a él mismo: dejó escrita una carta de agradecimiento al Sr. Vicente con fecha del 27 de abril de 1656, es decir, unos cuarenta años después de su conversión

«Soy uno de sus hijos en Jesucristo -le dice- que acude a su bondad paternal, cuyos efectos experimentó en otro tiempo, cuando, dándolo a luz para la Iglesia por medio de la absolución de la herejía, que su caridad le dio públicamente en la iglesia de Châtillon-les-Dombes el año 1617, usted me enseñó los principios y las más hermosas verdades de la Religión Católica, Apostólica y Romana; en ella he perseverado por la misericordia de Dios, y espero continuar el resto de mi vida. Soy aquel Juanito Garron, sobrino del Sr. Beynier, de Châtillon, en cuya casa residía usted mientras estuvo en Châtillon. Le suplico me conceda la ayuda necesaria para que me impida hacer algo contra los planes de Dios.»

«Tengo un hijo único. Después de finalizar los estudios ha decidido hacerse jesuita. Es el hijo mejor dotado en bienes de fortuna de toda esta provincia. ¿Qué debo hacer? Mi duda procede de dos cosas», etc. Y aduce a continuación los pros y los contras de semejante plan, y concluye de esta manera: «Temo equivocarme, y he pensado que usted podría hacerme la gracia de dar su opinión a uno de sus hijos, que se lo suplica humildemente. Le agradará que le diga que en Châtillon la asociación de la Caridad de las servidoras de los pobres se mantiene siempre vigorosa.»

No se conoce qué respuesta dio el Sr. Vicente a esta carta; pero su contenido deja ver suficientemente la gracia que Dios le había concedido de conocer perfectamente los corazones, y enseñando la verdad, de inspirar al mismo tiempo el amor a la virtud verdadera y a la sólida piedad. Vemos a un padre de familia de los más ricos de su provincia, que sólo tiene un hijo, al que ama tiernamente, y que quiere dejarle y privarle del consuelo más dulce del mundo. Pero no consulta ni a la carne ni a la sangre, sino que se dirige al que está más cerca de Dios; él tiene en sus manos la vida de su alma, y le pide su parecer para conocer lo que Dios desea en tal circunstancia, siempre dispuesto a sacrificar a su Isaac, si es ésa la voluntad divina. ¡Tan grande era la piedad y el amor de Dios que el Sr. Vicente había inspirado en su alma, tan profundas raíces habían echado, que producían, después de cuarenta años, frutos de una virtud heroica! Esta misma carta le sirvió también a Vicente de gran consuelo en su ancianidad extrema, dándole a conocer que Dios, por una especial protección de su gracia, mantenía aun entonces en su primer fervor la primera Asociación o Cofradía de la caridad, comenzada hacía cuarenta años en la aldea de Châtillon, y que sirvió de motivo y de modelo para fundar otras en tan gran número y en tantos lugares, donde los enfermos pobres, miembros dolientes de Jesucristo, reciben una ayuda tan notable para sus cuerpos y para sus almas

CAPITULO DOCE pag. 69

Cambio maravilloso acaecido en la persona de un gran Señor, que se puso bajo la dirección del Sr. Vicente

La fama del Sr. Vicente, mientras estuvo en Bresse, se fue extendiendo por diversos lugares, y el Sr. Conde de Rougemont, que vivía en aquella provincia, habiendo oído hablar de él, fue varias veces a verle a Châtillon. Habló a menudo con el Sr. Vicente de los asuntos de su conciencia y de su salvación, y quedó tan contento de sus entrevistas, que resolvió ponerse totalmente bajo su dirección. Era un señor de Saboya, que se había retirado a Francia cuando el Rey Enrique el Grande unió Bresse a su reino. Se trataba de un hombre que había frecuentado durante toda su vida la corte, y vivía todas las ideas y todo el estilo de vida cortesanos. Por aquel tiempo desgraciadamente los duelos eran uno de los medios más corrientes entre los gentiles-hombres para demostrar el valor, y el Sr. Conde obtuvo mucha fama por haber sido uno de los más grandes duelistas de su tiempo. Pero, maravillosa eficacia de la gracia, Dios se había servido de la palabra del Sr. Vicente para darle a conocer el mísero y condenable estado en que vivía. Quedó tan impresionado por aquellas palabras, que no sólo renunció para siempre a aquella práctica furiosa y a todos los desarreglos de su vida; además, para reparar el mal pasado, se puso a practicar los actos más heroicos de una vida perfectamente cristiana

Y en primer lugar, vendió su tierra de Rougemont en más de treinta mil escudos y empleó gran parte de esa cantidad en fundaciones de monasterios, y distribuyó lo que quedaba entre los pobres. Después, se entregó a la meditación de los misterios de la Pasión de Jesucristo, y su piedad le llevó hasta querer saber cuántos azotes había recibido el Hijo de Dios en la flagelación, por lo que dio otros tantos escudos a la casa del Oratorio de Lyon. En poco tiempo se vio tal cambio en él, y progresó tanto en la virtud bajo la dirección del sabio director, que llegó a ser verdaderamente ejemplar. La oración era su ocupación ordinaria y se le veía todos los días pasar tres o cuatro horas en meditación de rodillas sin apoyarse en nada y siempre con la cabeza descubierta. El castillo de Chandes, donde él vivía, vino a ser la residencia de todos los religiosos y el hospital de todos los pobres, sanos y enfermos, porque allí eran asistidos con increíble caridad tanto en las necesidades corporales como en las espirituales, manteniendo unos eclesiásticos para darles a los enfermos toda clase de consuelos y ayudas

No había pobre en sus tierras al que no fuera a visitar y a servirlo en persona, o que no lo hiciera visitar y servir por sus criados, cuando tenía que ausentarse, cosa que ocurría raras veces

Ha sido el R. P. Des Moulins, del Oratorio, quien ha dado un testimonio fiel de todo:

«Y no digo nada -afirma- que no lo haya visto con mis propios ojos. Este buen Señor se había cansado de poseer bienes, aunque parecía que era el arrendatario, y quería serlo para provecho de los pobres. Un día me dijo derramando lágrimas: ¡Ay, Padre! ¿Cómo no se me dejará hacer? Y ¿por qué hará falta que yo sea siempre tratado como el Señor, y que

posee tantos bienes? El Sr. Vicente que le dirigía por entonces lo mantenía -afirmaba- en aquella situación. Si me soltara la mano, le aseguro, Padre, que antes de un mes el Conde de Rougmenot no sería dueño ni de una pulgada de tierra. Se extrañaba cómo un cristiano podía guardarse algo para sí, al ver al Hijo de Dios tan pobre en la tierra»

¡Qué lección más notable para los Grandes del mundo para hacerles conocer cómo deben usar de sus riquezas y con qué desasimiento de corazón deben poseerlas, acordándose de la palabra del santo Apóstol, que advertía a los que tenían bienes temporales que usaran de ellos como si no los tuvieran, porque la apariencia de este mundo pasa». También es motivo de consuelo para los pobres ver su estado tan querido y buscado por un señor tan grande, para así parecerse mejor a Jesucristo. También para los misioneros es éste un motivo para agradecer a Dios por haber comunicado gracias tan admirables a dicho señor por medio de las oraciones y por la buena dirección de su sabio Fundador, quien sólo habló de este asunto una vez con ocasión de exhortarlos al desprendimiento de las criaturas; les propuso el ejemplo del Conde de Rougemont sin aludir para nada a lo que él había contribuido por medio de sus consejos y de su dirección. He aquí sus propias palabras, que encontramos en la relación que se hizo entonces de su discurso:

«Conocí a un gentilhombre de Bresse llamado Sr. de Rougemont, que había sido pendenciero y gran duelista. Era alto, arrogante; se había encontrado muchas veces en esa situación rogado por otros nobles que se querellaban entre sí, o él mismo retaba a duelo a cualquiera que le hiciera un agravio. El mismo me lo dijo, y es increíble con cuántos peleó y a cuántos hirió odio muerte. Finalmente, Dios lo movió tan eficazmente que entró dentro de sí mismo y al ver la triste situación en que se encontraba, se decidió a cambiar de vida, y lo hizo. Después de aquel cambio, tras ir progresando poco apoco, llegó tan adelante en la vida del espíritu, que pidió al sr. Obispo de Lyon permiso para tener el Santísimo en su capilla, y así poder honrar allí a Nuestro Señor, y sostener mejor su piedad, que era singular y conocida por todos. Esto me dio el deseo de ir a verlo un día en su casa, donde me contó sus prácticas de devoción y, entre otras cosas, la del despego de las criaturas. Estoy seguro -me decía- de que si no estoy atado a nada, me dirigiré a Dios, que es mi único anhelo; para ello miro si me detiene la amistad con tal señor, con tal pariente, con tal vecino, si me impide avanzar el amor a mí mismo, si me atan las riquezas o la vanidad, si me retrasan mis pasiones o mis placeres; y cuando me doy cuenta de que hay algo que me aparta de mi soberano bien, rezo, corto, sajo, me libro de aquella atadura. Estos son mis ejercicios.»

«Y me dijo concretamente esto; lo he recordado a menudo: un día, yendo de viaje, estaba pensando en Dios, como solía hacerlo, y se examinaba sobre si le había quedado desde su conversión o le había sobrevenido alguna cosa que lo mantuviera apegado; estuvo recorriendo sus negocios, sus bienes, sus amistades, su reputación, sus grandezas, los pequeños entretenimientos del corazón. Piensa, cavila y, finalmente, se fija en su espada. ¿Porqué la llevas? -pensó-. ¡Dejar esta querida espada que tan bien me ha servido en tantas ocasiones y que, después de Dios, me ha sacado de mil peligros! Si alguien me

atacara, me vería perdido sin ella. Pero también es verdad que podría surgir algún agravio, y tú no tendrías el valor, llevando la espada, de no servirte de ella, y ofenderías a Dios en seguida. ¿Qué haré, Dios mío? -se dijo-; ¿Es posible que me trabe el corazón este instrumento de mi vergüenza y de mi pecado? No encuentro ninguna otra cosa que me tenga atado más que esta espada; sería un cobarde si no me desprendiera de ella. Y en aquel momento vio una piedra grande; se bajó del caballo, cogió la espada y la rompe y la hace trizas sobre aquella piedra, y montándose a caballo, se marchó. Me dijo que aquel acto de desprendimiento, al romper aquella cadena de hierro que lo tenía preso, le dio una libertad tan grande que, a pesar de ser contra la inclinación de su corazón, que amaba a esa espada, ya nunca tuvo ningún afecto a las cosas perecederas; y que sólo buscaba a Dios»

Por estas cosas podemos ver lo que puede un acto heroico de virtud, y una victoria conseguida a la fuerza sobre sí mismo, para hacer en poco tiempo un gran progreso en la santidad, y cuánto importa renunciar al apego que se tiene a las menores cosas de la tierra para unirse perfectamente a Dios

CAPITULO TRECE pag. 73

Obras piadosas a las que el Sr. Vicente se dedicó después de volver a la casa de Gondi

La verdadera caridad nunca está ociosa, y en cuanto se adueña perfectamente de un corazón, lo anima y le impulsa continuamente a hacer todo lo que puede por la gloria de Dios y por la salvación y la santificación de las almas. El Sr. Vicente estaba animado de esa virtud, y promovió obras de ese estilo en todos los lugares por donde pasaba. En cuanto estuvo de vuelta en la casa de Gondi, comenzó a trabajar como lo había hecho en Châtillon y en todos los lugares donde había estado. Después de la misión de Villepreux y de las aldeas circunvecinas -ya hemos hablado de eso en los capítulos anteriores- emprendió otras misiones en todas las aldeas que dependían de la casa de Gondi. Consiguió en ellas frutos incontables. La Señora Generala siempre participaba de ellos en buena medida, no solamente con sus limosnas y favores que repartía por doquier, sino también actuando personalmente, a pesar de ser de salud delicada y frecuentemente enferma, en todos los lugares dependientes de ella o de su Señor marido, visitando y consolando a los enfermos, arreglando desavenencias, poniendo fin a los pleitos, y apoyando con su autoridad todos los bienes que el Sr. Vicente y los que trabajaban con él trataban de conseguir, para extirparlos abusos y escándalos, y para el progreso del Reino de Jesucristo. Cuando volvió a Montmirail, el Sr. Vicente dio comienzo a sus habituales obras caritativas, impartiendo catecismo a los pobres y a los niños, sentándose asiduamente a confesar y visitando a los pobres enfermos. Y como hubiera hablado en

una de sus exhortaciones de la devoción especial que todos los cristianos deben profesar a la Santa Madre de Dios, enseñó a los niños a cantar todos los sábados la salve en honor de ella. Esa costumbre devota está siendo continuada hasta hoy día. Y los más ancianos del lugar, que han sobrevivido al Sr. Vicente, han atestiguado después de su muerte, que desde entonces siempre lo han considerado como santo

Fue el año 1620; trabajaba en la forma dicha en Montmirail, cuando la Señora Generala supo que había por allí tres herejes. Invitó al Sr. Vicente a que tratara de convertirlos. Para ese fin, les hacía ir al castillo, y el Sr. Vicente dedicaba diariamente dos horas enteras en su instrucción y en resolver sus dificultades. Al cabo de una semana, hubo dos a los que Dios abrió los ojos del alma y tocó el corazón para conocer la verdad y así abrazarla. Pero al tercero, que se las daba de enterado y que se ponía a dogmatizar, y que tampoco llevaba una vida demasiado recta, aunque estaba convencido, no logró persuadirlo: buscaba escapatorias, y cada día volvía con nuevas dudas. Una vez, entre muchas, (como el Sr. Vicente lo hubiera citado a una reunión para edificación de los que allí estaban), ya casi dispuesto a hacer la abjuración, le puso la objeción siguiente:

«Señor, -le dijo- me ha dicho usted que la Iglesia de Roma está guiada por el Espíritu Santo, pero eso no lo puedo creer, porque, por un lado, vemos a los católicos del campo abandonados a Pastores viciosos e ignorantes, que desconocen sus obligaciones, y la mayor parte de ellos no saben lo que es la religión cristiana; y por otra parte vemos las ciudades llenas de sacerdotes y de monjes que no hacen nada (quizás en París haya hasta diez mil), y que abandonan a la pobre gente del campo en una ignorancia espantosa, y por ella se pierde. Y ¿querría usted persuadirme que esto está guiado por el Espíritu Santo?: no lo creeré nunca».

El Sr. Vicente quedó muy impresionado por la objeción del hereje, y en su alma recibió una nueva impresión de la gran necesidad espiritual de los pueblos del campo y de la obligación de asistirlos, que ya conocía demasiado bien por propia experiencia. Pero sin dar a entender su propia convicción respondió a aquel hombre:

«Que no estaba bien informado de lo que hablaba; que en muchas parroquias había buenos párrocos y vicarios; que entre los eclesiásticos y los religiosos tan abundantes en las ciudades había muchos que iban a catequizar y a predicar al campo; que otros estaban dedicados a orar y a cantar las alabanzas de Dios día y noche; que otros servían útilmente al público por medio de libros compuestos por ellos, por la doctrina que enseñan y por los sacramentos que administran; y que si había unos inútiles y que no cumplían como debían con sus obligaciones, se trataba de algunos pocos que cometen fallos, y que no constituyen la Iglesia. Que cuando se dice que la Iglesia está guiada por el Espíritu Santo, eso se entiende, hablando en general, cuando se constituye en concilio; y más en particular cuando los fieles siguen las luces de la fe y las reglas de la justicia cristiana. Mas en cuanto se separan de ella, hacen resistencia al Espíritu, y aunque sean miembros de la Iglesia, son de los que viven según la carne (como dice san Pablo), y que morirán»

Aunque esta respuesta era más que suficiente para contentar a aquel hereje, a pesar de todo, permaneció siempre obstinado en su error, tan convencido estaba de que la ignorancia de los pueblos y el poco celo de los sacerdotes eran un argumento infalible de que la Iglesia Romana no era en absoluto conducida por el Espíritu Santo

No obstante aquella obstinación, el año siguiente el Sr. Vicente, de vuelta ya de Montmirail, fue en compañía del Sr. Féron, por entonces bachiller en teología, y más tarde doctor de la Sorbona y arcediano de Chartres, y del Sr. Du-Chesne, también doctor de la misma facultad y arcediano de Beauvais, y de algunos sacerdotes y religiosos de la misma facultad, a trabajar en los actos de la misión tanto en aquel sitio como en las aldeas circunvecinas. En consecuencia toda la región quedó impregnada del bien que se hacía en las misiones. Y aquel hombre que nunca tuvo curiosidad por ver los diversos actos de las misiones, asistió a las predicaciones y a la catequesis, y vio el esmero con que se instruía a los que estaban en la ignorancia de las verdades necesarias para su salvación y la caridad con que se adaptaban a la tosquedad y torpeza de los más cortos y zotes para darles a entender lo que debían creer y hacer, y los efectos maravillosos que aquello operaba en el corazón de los más grandes pecadores para llevarlos a la conversión y a la penitencia. Todo aquello causó grandísima impresión en su alma. Fue donde el Sr. Vicente, y le dijo:

«Ahora sí que veo que el Espíritu Santo dirige a la Iglesia Romana, porque se preocupa de la instrucción y de la salvación de los pobres aldeanos. Estoy dispuesto a entrar en ella, cuando le plazca recibirme»

El Sr. Vicente le preguntó si le quedaba alguna dificultad más:

«*No -le respondió- creo todo lo que me ha dicho; y estoy dispuesto a renunciar públicamente a todos mis errores»*

Después de hacerle una vez más algunas preguntas más concretas acerca de las verdades católicas para ver si las recordaba con precisión, como quedara satisfecho por las respuestas, le dijo que el domingo siguiente se presentara en la iglesia de la aldea de Marchais, cerca de Montmirail, donde por entonces se estaba dando la misión, con el fin de hacer allí la abjuración y recibir la absolución de su herejía. No faltó el señor a la cita; y el Sr. Vicente, al terminar la predicación que tuvo por la mañana, después de advertidos sus oyentes, llamó al hombre por su nombre. Al preguntarle ante todos los asistentes, si perseveraba en la voluntad de abjurar la herejía y entrar en el redil de la Iglesia, le respondió que sí perseveraba, pero que todavía le quedaba una dificultad, que acababa de ocurrírsele, al ver una imagen de piedra bastante tosca que representaba a la Santísima Virgen. «Nunca podría creer -dijo- que haya ningún poder en semejante piedra», señalando la estatua que estaba ante él. El Sr. Vicente le replicó: «Que la Iglesia enseñaba que no había ninguna virtualidad en aquellas imágenes materiales, sino cuando a Dios le placía comunicar, como es claro que lo puede hacer, y como lo hizo en tiempos pasados con la vara de Moisés, que hacía tantos milagros, tal como se lo podían explicar hasta los mismos niños»

«En esto, el Sr. Vicente llamó a uno de los mejor instruidos, y habiéndole preguntado qué debíamos creer acerca de las imágenes sagradas, el niño respondió que era bueno tenerlas y rendirles el honor debido, no por razón de la materia de que están hechas, sino porque nos representan a Nuestro Señor Jesucristo, a su gloriosa Madre y a los otros Santos del cielo, que triunfaron del mundo y nos exhortan por medio de esas figuras mudas a seguirlos en su fe y en sus buenas obras»

El Sr. Vicente volvió a repetir la respuesta, que creyó que estaba bien hecha, y se sirvió de ella para hacer reconocer al hereje que no había tenido razón para detenerse en aquella dificultad, después de haber sido instruido e informado en la Fe Católica, tanto en aquel artículo como en los demás. Y como, a pesar de todo, todavía no lo juzgó suficientemente dispuesto para hacer su abjuración, lo citó para otro día. El hereje se presentó de nuevo. Y hecha la abjuración de la herejía ante toda la parroquia, hizo profesión pública de la Fe Católica con edificación de toda la región, y en adelante perseveró en ella con constancia

Lo que sucedió en la conversión de este hereje, y particularmente el motivo que lo impulsó a renunciar a su herejía y a abrazar la Fe Católica, es decir, el cuidado que se puso en instruir caritativamente a la pobre gente campesina, dio motivos al Sr. Vicente, cierto día que lo contaba a los Señores de la Compañía, para exclamar: «¡Oh! ¡Qué felices son nuestros misioneros por ser testigos de la dirección del Espíritu Santo sobre la Iglesia, trabajando, como nosotros lo hacemos, en la instrucción y santificación de los pobres!»

CAPITULO CATORCE pag. 77

Nombrado capellán real de las galeras, hace un viaje a Provenza y otro a Guyena, y procura el socorro corporal y espiritual de los pobres galeotes

Como viera el Sr. General de las Galeras con qué bendición y fruto trabajaba el Sr. Vicente para procurar la salvación de las almas, quiso darle ocasión para extender la caridad a los forzados condenados a galeras. A este fin, solicitó para él del difunto rey Luis XIII, de gloriosísima memoria, el cargo de Capellán Real de Galeras, cosa que le concedió y después hizo expedir la patente. Este nuevo oficio obligó al Sr. Vicente a emprender un viaje a Marsella el año de 1622 con el fin de visitar las galeras y conocer personalmente las necesidades y carencias de los pobres forzados, y así proveer a sus necesidades y consolarlos en cuanto le fuera posible

Llegado que fue a aquel lugar, vio el espectáculo más lastimoso que pueda imaginarse: criminales doblemente desgraciados, tan abrumados por el insoportable peso de los pecados, como por la sobrecarga de las cadenas; agobiados por la miseria y los

sufrimientos, y a quienes se les negaba la atención y el pensamiento de su salvación, y se les inducía sin cesar a la blasfemia y a la desesperación. Era un remedo del infierno: allí sólo se oía hablar de Dios para renegar de él y deshonrarlo, y así la mala disposición de aquellos desgraciados encadenados convertía en inútiles y sin fruto todos los sufrimientos. El Sr. Vicente, movido por un sentimiento de compasión para con los pobres forzados, trató de consolarlos y atenderlos lo mejor posible: usó de todo lo que la caridad le sugirió para serenar sus espíritus y hacerlos capaces por ese medio del bien que deseaba procurar a sus almas. Para eso se dedicaba a escuchar sus quejas con mucha paciencia, compadecía sus penas, los abrazaba, besaba sus cadenas y procuraba, mientras pudo, por medio de ruegos y amonestaciones a los cómitres y demás oficiales, que fueran tratados con más humanidad, insinuándose así en sus corazones para ganarlos más fácilmente a Dios

Es lo que le escribió un día a uno de los sacerdotes de su Congregación, quien por un celo un poco demasiado ardiente se servía de palabras rudas y ásperas en sus predicaciones entre los campesinos, para manifestarle que si quería tener éxito y producir algún fruto entre la pobre gente, debería actuar con un espíritu de mansedumbre, pues ése es el verdadero espíritu de Jesucristo

Fue el deseo de atender y servir a los pobres forzados y de procurar que fueran del número de los pecadores penitentes que dan alegría al cielo, lo que le hizo aceptar el cargo de Capellán Real, para que, teniendo jurisdicción sobre ellos y supervisión sobre los demás capellanes de las galeras, se lograra con aquel medio conseguir su piadoso propósito, muy digno de la caridad ardentísima que abrasaba su corazón y que le hacía abrazar con tanto afecto todas las ocasiones de procurar, de la manera que fuera, la salvación y la santificación de las almas y, en particular, de las que veía más abandonadas.

Después de permanecer durante algún tiempo en Marsella, se vio obligado a volver a París. Allí Dios se sirvió de él en nuevas ocasiones muy importantes para su gloria. Quiso Dios que hiciera aquel viaje para conocer mejor el desgraciado estado de los pobres forzados, con el fin de facilitarles algún lenitivo para los sufrimientos del cuerpo y algún remedio para las necesidades de sus almas, cosa que realizó más adelante enviando Sacerdotes de la Compañía a Marsella. Allí siguen encargados del hospital de los galeotes, y de vez en cuando dan misiones en las galeras. Pero de ellas hablaremos en otro lugar

Estando, pues, de vuelta en París, se consideró obligado a ir a visitar a los criminales condenados a galeras. Los halló en una situación mucho más deplorable todavía que los que había dejado en Marsella. Estaban encerrados en las mazmorras dela Conciergèrie y de otras cárceles. Allí estaban pudriéndose, a veces durante largo tiempo, comidos por gusanos, demacrados por la debilidad y la pobreza, y completamente abandonados en el cuerpo y en el alma.

Viéndolos en semejante miseria, informó de todo al Sr. General de las Galeras y le recordó que aquella pobre gente le pertenecía, y que, en espera de que los llevaran a las

galeras, correspondía a su caridad tener algún cuidado de ellos. Le propuso al mismo tiempo un medio para asistirlos corporal y espiritualmente, cosa que el virtuoso Señor lo aprobó todo encantado y le concedió plena autoridad para realizarlo. Alquiló expresamente una casa en el barrio de SaintHonoré, cerca de la iglesia de San Roque, para poder alojar allí a los pobres forzados bien custodiados. Y actuando con grandísima diligencia, logró que la casa estuviera lista para recibirlos el mismo año de 1622; y allí los llevaron de inmediato. Fue en ese lugar donde adquirió toda su grandeza la caridad del Sr. Vicente, testimoniando toda clase de buenos servicios a aquellos pobres abandonados: los visitaba muy a menudo, los instruía, los consolaba, los disponía para hacer una buena confesión general, les administraba los sacramentos. Y no contento con preocuparse de sus almas, atendía también al alivio de sus cuerpos, y hasta, a veces, se encerraba con ellos y allí permanecía para prestarles más atenciones, y darles más consuelos. Eso mismo hacía cuando se temían enfermedades contagiosas: el amor a aquellos pobres le hacía olvidarse de sí mismo, y de su propia conservación, para darse totalmente a ellos. Cuando se veía obligado a ausentarse por otros asuntos, encargaba de su cuidado a dos buenos y virtuosos sacerdotes, uno de los cuales era el difunto Sr. Portail, compañero del Sr. Vicente desde varios años antes, y como había recibido con su ayuda y sus consejos el santo orden del Sacerdocio, estaba inseparablemente unido a la voluntad y a las órdenes del sabio director, y ha perseverado hasta el año 1660 en que la muerte los ha separado a uno del otro en la tierra para juntarlos más perfectamente en el cielo. El otro era el difunto Sr. Belin, capellán de la casa de Gondi en Villepreux. Los dos vivían en el hospital de los forzados y allí celebraban la Santa Misa. A Dios le gustó tanto aquella obra de caridad, que, comenzada que fue de aquel modo por el Sr. Vicente, su Providencia la ha hecho que subsista hasta el presente, en que ha continuado permanentemente alojando, socorriendo y atendiendo corporal y espiritualmente a los pobres forzados, que han sido trasladados del barrio de SaintHonoréa la puerta de Saint-Bernard

Este caritativo capellán de las Galeras tuvo tanto éxito en esta su primera gestión, que el Sr. General quedó muy consolado. Y como el año siguiente, 1623, trasladaron las galeras de Marsella a Burdeos por causa de la guerra contra los herejes, aceptó de muy buen grado que el Sr. Vicente emprendiera un viaje a Guyena, con el fin de prestar en aquella provincia los mismos servicios a los pobres galeotes, que los prestados en Marsella y en París. Llegado a Burdeos, se puso de acuerdo con buenos religiosos de diferentes órdenes; y una vez distribuidos y puestos a trabajar dos en cada galera, dieron una misión y prepararon a aquella pobre gente a reconciliarse con Dios por medio de una buena confesión general, y a someterse en todo a su voluntad, aceptando sus penas con paciencia y para satisfacción de sus pecados. El Sr. Vicente ganó a un turco para Dios y para la Iglesia, lo llevó a París y lo presentó al Sr. General, que lo recibió con gran contento. Le pusieron en el bautismo el nombre de Luis, y hoy en día aún está vivo y da testimonio de lo muy obligado que se siente al Sr. Vicente, a cuya caridad debe su salvación después de Dios

CAPITULO QUINCE pag. 81

Provee a las necesidades corporales y espirituales de los pobres de la ciudad de Mâcon con gran fruto.

La caridad del Sr. Vicente iba creciendo cada vez más en su corazón y Dios se complacía en ella proporcionándole nuevas ocasiones para servirle de materia y dándole medios para extender y hacer abundar aun más esta divina virtud. Al pasar por la ciudad de Mâcon, la encontró abarrotada de pobres, más desprovistos aun de bienes del alma que del cuerpo, y, lo que era peor, por no darse cuenta de su miseria espiritual y del estado deplorable de su conciencia, vivían en tal insensibilidad por las cosas de su salvación y como en una especie de irreligión y de libertinaje, que causaba horror, sin que hubiera modo de saber cómo remediar aquello. Los pobres, doblemente desvalidos, no hacían más que recorrer las calles y las iglesias para pedir limosna, sin preocuparse de cumplir con las leyes de la Iglesia y sin cuidarse de guardar los mandamientos de Dios. No oían casi nunca misa. No sabían lo que era confesarse o recibir algún sacramento. Pasaban su vida en profunda ignorancia de Dios o de las cosas de su salvación y se hundían en toda clase de obscenidades y de vicios. El Sr. Vicente, al ver aquella miseria, les tuvo mucha compasión, y aunque no pensaba detenerse en aquel lugar, no pudo pasar más adelante. Porque, como verdadero imitador del buen samaritano, considerando a todos aquellos pobres como otros tantos viajeros que habían sido despojados y heridos peligrosamente por los enemigos de su salvación, resolvió quedarse algunos días en Mâcon para tratar de vendar sus heridas y darles o procurarles alguna atención. Y, efectivamente, estableció allí una muy buena organización reuniendo algunos hombres para asistir a los pobres, y mujeres para cuidar de los enfermos. He aquí lo que el R. P. Des-Moulins, entonces superior del Oratorio de aquella ciudad, afirma por escrito:

«No es que yo haya sabido de nadie la situación en que vivían aquellos pobres: lo he visto con mis propios ojos; porque cuando se creó la Caridad, se determinó que, todos los primeros días de mes, los pobres que recibían limosna, se confesaran. Otros confesores y yo nos encontramos con ancianos de sesenta y más años que nos decían con franqueza que no se habían confesado nunca. Y cuando se les hablaba de Dios, de la Santísima Trinidad, de la Natividad, Pasión y Muerte de Jesucristo y de otros misterios, era algo que no entendían, se quedaban sorprendidos. Pues bien, por medio de la Cofradía, se solucionaron aquellos desórdenes. Y en poco tiempo se sacó a los pobres de las miserias del cuerpo y del alma. El Sr. Obispo de Mâcon, que por entonces era Don Luis Diner, aprobó el plan del Sr. Vicente. Los Señores del Cabildo de la Catedral y los Señores del Cabildo de San Pedro, formados por canónigos nobles de cuatro categorías, lo apoyaron. Al Sr. Chambon, deán de la catedral y al Sr. de Relets, preboste de san Pedro, les rogaron que fueran los directores con el Sr. Fallart, lugarteniente general; y todos ellos siguieron el reglamento redactado por el Sr. Vicente. A saber: que se debería redactar una lista de todos los pobres de la ciudad que quisieran avecindarse; que se les daría limosna ciertos

días, y que si se les hallaba mendigando en las iglesias o por las casas, serían castigados con la prohibición de no darles nada; que los transeúntes serían alojados por una noche y se les despediría a la mañana siguiente con dos 'sueldos; que los pobres vergonzantes de la ciudad serían atendidos en sus enfermedades y se les proporcionarían alimentos y remedios convenientes, como se hace en otros sitios donde está establecida la Caridad. Empezó a funcionar este nuevo ordenantes de reunir ningún fondo. Pero el Sr. Vicente supo tratar con tal miramiento a grandes y pequeños, que todos se prestaron voluntariamente a contribuir a tan buena obra, unos con dinero, otros con trigo, otros con géneros, según sus posibilidades; de forma que cerca de trescientos pobres fueron alojados, alimentados y mantenidos muy razonablemente. El Sr. Vicente dio la primera limosna y después se retiró»

Pero ¿es que se retiró? Lo vamos a saber por él mismo. He aquí lo que le escribió el año 1635 a la Señorita Le Gras, que había ido por consejo suyo a Beauvais para alguna obra semejante, y que necesitaba un poco de ánimo

«Ya se lo decía yo -le dice- que hallaría grandes dificultades en lo de Beauvais. ¡Bendito sea Dios, por usted que lo ha encaminado todo felizmente! Cuando fundé la Caridad en Mâcon, todos se reían de mí, se me señalaba con el dedo por las calles, pues pensaban que nunca podría tener éxito. Y cuando se hizo la cosa, todos derramaban lágrimas de alegría. Y los regidores municipales, cuando estaba ya para marcharme, me colmaron de honores, de tal manera que no pudiéndolo aguantar, me vi obligado a salir de incógnito para evitar los aplausos. Y ahora hay allí una de las Caridades que mejor marcha. Espero que la confusión que ha tenido que sufrir al principio, se convertirá al final en consuelo y que la obra quedará muy sólida»

Los RR. PP. del Oratorio de Mâcon tuvieron la atención de alojarlo en su casa durante unas tres semanas. Y se fijaron en que retiraba el colchón de la cama y se acostaba sobre paja: había comenzado aquella mortificación unos años antes y la había continuado hasta su muerte, es decir, más de cincuenta años. Y al verse descubierto por aquellos buenos Padres, sólo el último día, cuando entraron en su habitación muy de mañana para despedirse de él, excusó su mortificación con algún pretexto.

CAPITULO DIECISEIS pag. 83

Bienaventurado Francisco de Sales, obispo de Ginebra, y la Madre Chantal lo eligen primer Padre espiritual y Superior de las Religiosas de la Visitación de Santa María de París

Ya hacía unos años que Dios había hecho nacer a la Santa Orden de las Religiosas

de la Visitación como una nueva flor, que comenzaba en su floración a difundir una fragancia suave en el jardín de la Iglesia. Del Bienaventurado Francisco de Sales, obispo de Ginebra, se valió Dios para dar la vida y los primeros cuidados a la mística planta y se había dedicado a ello usando de toda clase de atenciones que su caridad incomparable le había podido sugerir. La Reverenda Madre de Chantal, bendito sea su recuerdo, había sido enviada a París por su Bienaventurado Padre para fundar un monasterio de la santa orden. Trabajó con tanto celo y prudencia, que, a pesar de todas las dificultades, contrariedades y persecuciones que se le presentaron, las murallas de la pequeña Jerusalén y de aquella mansión de paz fueron levantándose con favorable éxito. Acudían allí almas deseosas de su salvación y de su perfección para buscar un refugio seguro contra las vanidades y las tentaciones del mundo: la humildad, la modestia, la mansedumbre, la paciencia, la obediencia, la caridad y todas las demás virtudes de las nuevas esposas de Jesucristo causaban maravillosa edificación a todos los que las conocían o que oían hablar de ellas. Buscaban un Padre espiritual y un Superior propio para esta comunidad religiosa; es decir, un ángel visible que fuera el guardián y que, por su caridad, por su prudente dirección y por su vigilancia y fidelidad conservase el espíritu primitivo que Jesucristo les había dado por medio del ministerio de su Santo Fundador y que les prestase las ayudas necesarias para ir de virtud en virtud y para progresar en el camino de la perfección

Pero si este Santo Prelado dijo en su Filotea, y lo dijo con muchísima razón, hablando del director de unan persona particular, «que había que escogerlo de entre diez mil, y que se encontrarían menos de los que pudieran pensarse, para ser capaces de semejante oficio», por ahí puede verse lo difícil que sería encontrar un verdadero Padre espiritual y un digno Superior para esa santa Congregación, que continuamente iba creciendo tanto en número como en virtud y cuya dirección requería tanta gracia y luz en quien se hiciera cargo de ella. Porque la vida religiosa es más sublime, la perfección más importante y su menoscabo más pernicioso para la Iglesia. Por eso, entre las cualidades que dicho Bienaventurado Fundador deseaba en aquel a quien pudiera confiar aquel cargo, además de las que son comunes con los otros directores, exige que sea hombre de virtud y de gran caridad, y, además de eso, de doctrina y de experiencia. En una palabra, eso significa que hace falta un hombre consumado en toda clase de virtudes y tan perfecto que sea capaz de perfeccionar las almas que Dios llama a la más alta perfección.

Tratándose, pues, de hallar un hombre de semejantes características, no resulta pequeño testimonio de la excelente virtud y de las demás cualidades espirituales del Sr. Vicente, el que, entre tantos personajes notables en doctrina y piedad como se presentaron por entonces, el Bienaventurado Francisco de Sales, dotado de gran discernimiento de espíritus, y la dignísima Madre de Chantal, inteligencia tan preclara, hayan juzgado que el Sr. Vicente fuera el más digno y el más capacitado para aquel puesto, y a quien pudieran confiar lo que les era más querido y más precioso en el mundo. Había por aquellos días en París varios sacerdotes sabios, virtuosos y de más edad que el Sr. Vicente. Había también Pastores muy prudentes y muy vigilantes en las parroquias, doctores insignes por su piedad en las Casas de la Sorbona, de Navarra, y otros de la

célebre universidad de la primera ciudad del reino, además de varios particulares que se dedicaban con fruto a la dirección de las almas. Y, sin embargo, el Bienaventurado Prelado, después de haberlo pensado largamente ante Dios y perseverado mucho tiempo en oración con ese fin, junto con la prudentísima y virtuosa Superiora, pensó que no podía hacer una elección mejor para cargo tan importante, que la de la persona de Vicente de Paúl. En él encontró todas las cualidades que podía desear para el primero y dignísimo Padre espiritual y Superior de su querida Congregación naciente

Ciertamente, lo que ha dicho un escritor antiguo es mucha verdad: es una gran alabanza ser apreciado y alabado por una persona que es a su vez muy digna de alabanza; y que la excelencia y la virtud de quien da el testimonio, contribuye grandemente al honor y al provecho de quien ha hecho la alabanza». Debemos confesar que el Sr. Vicente no podía recibir por entonces un testimonio más elocuente de su virtud y de sus méritos: más adelante se verá que el Santo obispo no se había equivocado

Desde entonces el Sr. Vicente ejerció muy dignamente aquel cargo bajo la autoridad y por mandato del Sr. Cardenal de Retz, por entonces obispo de París, y de sus sucesores. En el libro tercero veremos la forma de actuar del sabio director en lo que respecta a las casas de esta santa Orden que se han establecido en París, y que han producido otras en diversos lugares, y la bendición que Dios ha concedido a su gobierno, a lo largo de treinta y ocho años, y hasta el final de su vida a pesar de los muchos esfuerzos que hizo, de cuando en cuando, para exonerarse de él por causa de sus muchas ocupaciones; y además por creer que aquel cargo no era propio ni conveniente para el Instituto de los misioneros, consagrados preferentemente al servicio y a la instrucción de los pobres, particularmente del campo, y dedicarse a otras obras parecidas de Caridad más descuidadas

CAPITULO DIECISIETE pag. 85

Le nombran principal del Colegio de Bons Enfants, e inmediatamente se hace la primera fundación de la Congregación de la Misión

La Señora Generala de las Galeras, tal como ya lo hemos dicho, en cuanto reconoció la necesidad y los frutos de las misiones, había concebido, al cabo de varios años, el piadoso propósito de hacer una fundación para el mantenimiento y la subsistencia de algunos buenos sacerdotes o religiosos que fueran de vez en cuando a ejercer aquella obra de caridad en sus tierras. Y el deseo de ver cumplido aquel plan iba creciendo cada día en su corazón, de forma que, renovando todos los años su testamento, en virtud del cual destinaba dieciséis mil libras para aquella buena obra, encomendó también al Sr. Vicente su ejecución, quien por su parte buscaba por todos los lados los

medios y la ocasión propicios para poder realizar el plan de la virtuosa Señora. Habló varias veces con Superiores de diversas comunidades y empleó toda su habilidad para persuadirles que aceptaran aquella fundación. Pero no pudo conseguir su propósito, al no encontrar ningún superior que quisiera comprometer a su comunidad. Todos tenían sus razones particulares y pensaban que no debían aceptar. Mas la razón principal era que Dios reservaba esa obra al Sr. Vicente

Y como la Providencia dispone suavemente de todas las cosas para llegar a su propio fin, usó de las causas segundas más adecuadas para lograr sus fines y para comprometer al fiel siervo en aquella obra. Veamos de qué modo

La Señora Generala, cuando conoció la negativa de las Comunidades Religiosas, y, más, cuando vio que varios doctores y otros virtuosos sacerdotes se reunían habitualmente con el Sr. Vicente para trabajar en las misiones, pensó que si hubiera una casa en París destinada a quienes quisieran continuar las misiones, algunos de ellos podrían retirarse a ella y vivir juntos en una especie de comunidad. En ella podrían ser recibidos más adelante otros sacerdotes, y así aquella buena obra podría perpetuarse, y su fundación conseguir el efecto que pretendía. Habló con su Señor marido, quien no sólo aprobó el pensamiento de su mujer, sino que quiso constituirse también él en fundador conjuntamente con ella, y ambos comunicaron su proyecto al Sr. Juan Francisco de Gondi, hermano suyo, sucesor del Sr. Cardenal de Retz en el gobierno de la iglesia de París y su primer arzobispo, el cual dio por bueno su celo. Y considerando que su diócesis podría recibir de las misiones muchas ventajas, quiso contribuir a ellas destinando el Colegio de Bons-Enfants, que dependía de él, para vivienda de aquellos sacerdotes. Después de haber considerado juntos lo que sería más conveniente para conseguir un bien tan grande, decidieron hablar los tres juntos con el Sr. Vicente para rebatir todas las excusas que su humildad podría presentar y obligarle con mayor eficacia a ponerse de acuerdo con ellos.

Lo cual sucedió de acuerdo con dicho plan, ya que el gran respeto que les tenía el Sr. Vicente a los tres, lo hizo ceder en todo lo que deseaban de él. Aceptó la propuesta que le hicieron, primero de recibir la Principalía del Colegio con la dirección de los sacerdotes que se retiraban con él allí, y de las misiones a las que se dedicarían; segundo, de aceptar la Fundación en nombre de dichos sacerdotes, y, en tercer lugar, de elegir él mismo a los que hallase aptos y dispuestos para aquel piadoso proyecto.

Resuelta que fue la cosa, se llevó a la práctica inmediatamente y días más tarde, es decir, el primer día de marzo de 1624, el Sr. Arzobispo le hizo expedir la documentación de la Principalía del Colegio de Bons-Enfants.

Y el 17 de abril del año siguiente, el Sr. General de las Galeras, y la Señora, su esposa, firmaron el Contrato de Fundación, que por orden suya y siguiendo sus intenciones fue redactado en unos términos dignos de su piedad:

«Declararon, en primer lugar, que, habiéndoles dado Dios desde hace algunos años el deseo de procurar su honor tanto en sus tierras como en otros lugares, ya que su Divina

Majestad ha querido proveer por su misericordia infinita a las necesidades espirituales de los habitantes de las ciudades por medio de gran número de buenos doctores y de virtuosos religiosos que les predican y catequizan y que los conservan en el espíritu de devoción, habían pensado que únicamente quedaba el pobre pueblo del campo poco menos que abandonado»

«Por eso les ha parecido que se podría remediar esta situación con la piadosa asociación de algunos eclesiásticos de reconocida doctrina, piedad y capacidad, que desearan renunciar tanto a las comodidades de dichas ciudades, como a todos los beneficios, cargos y dignidades de la Iglesia, para que, con el beneplácito de los prelados, se dedicaran por entero y exclusivamente a la salvación del pobre pueblo, yendo de aldea en aldea a expensa de la bolsa común, predicando, instruyendo, exhortando y catequizando a esa pobre gente y moviéndola a hacer una confesión general de toda su vida pasada, sin recibir por eso retribución de ninguna clase, con el fin de distribuir gratuitamente los dones que hayan recibido de la mano de Dios»

«Para conseguirlo, dichos Señor y Señora, en reconocimiento de los bienes y gracias que han recibido y reciben diariamente de su Divina Majestad, para contribuir al ardiente deseo que ella tiene de la salvación de las pobres almas, para honrar el misterio de la Encarnación, de la vida y de la muerte de Jesucristo Nuestro Señor, por amor a su Santísima Madre, y también para poder alcanzar la gracia de vivir tan bien el resto de sus días de forma que puedan con su familia llegar a la gloria eterna, y para este fin, dichos Señor y Señora han dado y entregado de limosna la cantidad de cuarenta mil libras contantes en manos del Sr. Vicente de Paúl, sacerdote de la diócesis de Dax con las cláusulas y cargas siguientes. A saber, que dichos Señor y Señora han puesto y ponen en poder del Señor Paúl la facultad de elegir y escoger en un año tal número de personas eclesiásticas, como la renta de la presente fundación pueda sostener, cuya doctrina, piedad, buenas costumbres e integridad de vida le sean conocidas, para trabajar en dicha obra bajo su dirección, mientras viva. Es lo que dichos Señor y Señora piensan y desean expresamente, tanto por la confianza que tienen en sus dotes de gobierno, como por la experiencia que ya ha adquirido en dichas misiones, a las que Dios les ha concedido una gran bendición. A pesar de esa dirección, dichos Señor y Señora desean que el Señor de Paúl siga residiendo en su casa de ellos como hasta ahora, para que les siga ofreciendo a ellos y a su familia la asistencia espiritual que desde hace largos años les viene prestando»

«Que dichos eclesiásticos y otros que en la actualidad y en el porvenir quieran consagrarse a esta santa obra se dedicarán enteramente al cuidado delpobre pueblo del campo, y a este fin, quedarán obligados a no predicar ni administrar ningún sacramento en las ciudades en las que haya arzobispado, obispado o tribunal de primera instancia, sino en caso de notable necesidad. Que dichos eclesiásticos vivirán en comunidad bajo la obediencia del Sr. de Paúl y de los Superiores sucesores suyos después de su muerte con el nombre de Compañía o Congregación de los Sacerdotes de la Misión. Que los que sean admitidos en dicha obra, quedarán obligados a tener intención de servir en ella a Dios de la forma indicada, y a observar el Reglamento que será redactado a ese efecto. Que

estarán obligados a ir cada cinco años por todas las tierras de dichos Señor y Señora para predicar en ellas, confesar, catequizar y hacer todas las buenas obras arriba indicadas; y a asistir espiritualmente a los pobres forzados, para que se aprovechen de sus sufrimientos y para que el Sr. General satisfaga así a sus obligaciones; caridad que él entiende que debe ser continuada a perpetuidad con los forzados por dichos eclesiásticos por buenas y justas razones. Y finalmente, que dichos Señor y Señora se considerarán ambos a dos fundadores de la obra, y como tales, ellos y sus herederos y sucesores descendientes de su familia gozarán a perpetuidad de los derechos y las prerrogativas concedidas y otorgadas a los Patronos por los Santos Cánones, exceptuando el derecho de nombrar para los cargos, cosa a la que han renunciado»

Hay algunas cláusulas más en el contrato, que se refieren al buen orden que debe ser observado por dichos Sacerdotes, tanto en el espacio que media entre dos misiones, como en su propia perfección, pero serían demasiado largas para ser transcritas. Lo arriba extractado bastará para dar a conocer no sólo cuál fue la primera fundación de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, sino también cuán pura y agradable a Dios fue la intención de sus primeros fundadores, pues sólo buscaron la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas que parecían más abandonadas, tales como las de los pobres campesinos. Y lo que es particularmente digno de crédito, y que nos hace ver el gran desinterés en este asunto es que no quisieron imponer ninguna obligación de misas, ni de oraciones por ellos, ni otras cargas o buenas obras que les fueran especialmente aplicables ya durante la vida o después de la muerte; para que los Sacerdotes de esta Congregación, desprendidos de esa clase de obligaciones, pudieran con más libertad dedicarse a las fundaciones de su ministerio, y trabajaran con más asiduidad en las misiones. Estos caritativos fundadores se vieron así voluntariamente privados de todos los consuelos espirituales que hubieran podido pretender, para que los pobres fueran mejor servidos y socorridos y por ese medio Dios fuera más glorificado

Poco tiempo después de firmado el contrato, el Sr. General de las Galeras se marchó a Provenza, y la Señora quedó en París, ambos muy contentos por el sacrificio que acababan de ofrecer a Dios, y satisfechísimos de haber asegurado su fundación, al haberla puesto en manos del Sr. Vicente, persona en quien depositaban toda su confianza: daban por cierto que se comportaría como el siervo vigilante del Evangelio, que trató de sacar provecho de los talentos recibidos de su amo. No quedaron frustradas sus esperanzas: esta primera fundación tuvo tal éxito en manos y bajo la dirección sabia y fiel del Sr. Vicente, que ha llegado a producir gran número de otras, con la bendición que Dios ha querido darle, como lo veremos más adelante en este libro.

CAPITULO DIECIOCHO pag. 89

La Señora Generala de las Galeras pasa a mejor vida, y el Sr. Vicente se retira al colegio de Bons-Enfants

Como la fundación de los Sacerdotes de la Misión era la obra que esta virtuosa Señora había querido más, vislumbrando los frutos que podía producir en la Iglesia, en la salvación y la santificación de grandísimo número de almas, después de que Dios le hubiera hecho la gracia de ponerle la última mano, viéndola perfecta y cabal, parecía que no podía desear nada más en esta vida, y como otra santa Mónica, bien pudo decir en su corazón que no tenía ya nada más que hacer en la tierra: Dios había colmado sus más ardientes aspiraciones; y suponía que no le quedaba más que aspirar al cielo, para recibirla corona preparada a los servicios que había tratado de prestar a su Divina Majestad

Y así fue efectivamente: no habían pasado todavía dos meses desde que se firmó el contrato de fundación, cuando se sintió atacada por una enfermedad, que, en pocos días, habiendo agotado hasta el extremo su cuerpo ya muy debilitado por enfermedades anteriores y por todas las penas y fatigas que su celo y su caridad le habían hecho emprender, lo separó de su alma para llevarla al descanso eterno. Acaeció la muerte la víspera de la fiesta de san Juan Bautista del año 1625, muerte que debió de ser preciosísima ante Dios, precedida como estaba de una vida santísima, que sería capaz de proporcionar materia para llenar todo un volumen y para una muy grande edificación de toda la posteridad. Pero sólo el Sr. Vicente podría suministrarnos los mejores recuerdos, porque conocía mejor que nadie las excelentes cualidades y excepcionales virtudes de la difunta. Pero como en su humildad procuraba siempre ocultar bajo el velo del silencio todos los bienes en los que tomaba parte, evitó declarar lo que sabía para no darnos a conocer sus propias cosas

Esta santa y virtuosa Señora no había hecho casi nada digno de consideración para el servicio y la gloria de Dios sin que el Sr. Vicente hubiera cooperado en gran manera con ella y, por consiguiente, hubiera merecido tener mucha parte en las alabanzas que se le habrían prestado a ella, y eso es lo que él más temía y lo que evitaba en cuanto podía

Después de rendidos los últimos deberes a la Señora Generala y de que su cuerpo fuera llevado al monasterio de las Carmelitas de la calle Chapon, siguiendo las instrucciones que había dejado la difunta, el Sr. Vicente, lo antes que pudo, partió para Provenza a llevar la triste nueva al Sr. esposo. Sabía muy bien que le iba a causar un dolor muy grande y que tal separación sólo podría serle muy de sentir. Al principio, por prudencia, disimulando el objeto de su llegada, le habló sólo de las grandes obligaciones debidas a Dios por las particularísimas gracias que había recibido, tanto en su persona, como en toda su familia, y del agradecimiento que le debía, uno de cuyos actos principales era mantenerse siempre en perfecta dependencia y conformidad con su santísima voluntad en todas las cosas, sin reservas. Y después de prepararlo así, poco a poco, por fin le declaró lo que había sucedido. Y después de haber dado lugar a los primeros movimientos de la naturaleza, usó de todo lo que su lúcida mente y la unción del Espíritu Santo, de la que estaba abundantemente lleno, le pudieron sugerir, para suavizar el dolor

causado por una noticia tan de lamentar y para ayudarle a sobrellevar su pena, tan de sentir y tan amarga, con paz y tranquilidad de espíritu. Porque podemos decirlo con verdad, que entre las gracias particulares que el Sr. Vicente había recibido de Dios, una de las principales era la de consolar a los afligidos y atemperar las mayores penas y angustias internas

Nuestro Señor Jesucristo le había dado para tal fin una comunicación especial de su Espíritu, por la virtud y la unción de quien podía decir a imitación suya que el Espíritu del Señor estaba sobre él para evangelizar a los pobres, y para consolara los tristes y curar las heridas de sus corazones». Y la Señora lo había experimentado con frecuencia en sus angustias y penas interiores, con las que Dios se complacía en ejercitarla. En ese estado de sufrimiento no podía hallar consuelo más sólido que el que recibía del Sr. Vicente. Había reconocido en él una caridad perfecta para procurarle el verdadero bien de su alma y para atraer toda clase de gracias sobre la familia. Por eso, siempre había deseado que no se le marchara nunca, pensando que el Sr. Vicente sería el arca en la casa de Obededom, que atraería abundantemente las bendiciones divinas. Por esa razón, la Señora, con ocasión de hacerle un legado por testamento, en testimonio de su agradecimiento,

«le suplicaba por el amor de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santa Madre, que no quisiera nunca dejar la casa del Sr. Generalde las Galeras; ni después de la muerte de éste, a sus hijos. Y no contenta con eso le suplica en su testamento al Sr. General que quiera retener en casa al Sr. Vicente y manda a sus hijos, después, rogándoles que recuerden y que sigan sus santas instrucciones, conociendo bien, si así lo hacen, la utilidad que recibirán sus almas y la bendición que les llegará a ellos y a toda su familia»

Pero el Sr. Vicente no estaba en su elemento en aquella gran casa por más que anduviera muy bien reglada y ordenada. Quedaba expuesto demasiadas veces al ambiente mundano. Y mirando más por lo que Dios le pedía que por los ruegos dela virtuosa Señora, y prefiriendo el amor soberano debido al Creador, a todas las consideraciones humanas que parecían obligarlo a dar satisfacción y reconocimiento a la criatura, rogó insistentemente al Sr. General que aceptase su marcha al colegio de Bons-Enfants. Obtuvo la autorización y con su permiso se despidió de la casa y se fue a vivir en el nuevo domicilio

Fue el año 1625 cuando el fiel Siervo de Dios, después de haber bogado durante varios años por la mar procelosa del mundo, arribó, por fin, gracias a una particularísima orientación dada por la Divina Providencia, a este refugio, como a un puerto seguro, para dar comienzo a una vida totalmente apostólica. Y renunciando en absoluto a los honores, a las dignidades, y a los demás bienes del mundo, hizo en él profesión particular de trabajar en su propia perfección y en la salvación de los pueblos, en la práctica de las virtudes enseñadas por Jesucristo y mostradas con su ejemplo

Fue en ese sitio donde puso los primeros cimientos de la Misión, dedicada enteramente, como la de los primeros discípulos de Jesucristo, a seguir al gran y primer

misionero venido del cielo, y a trabajar en la misma labor que El en su vida mortal

Para entender mejor los planes de Dios referentes a la nueva institución de la Congregación de la Misión es necesario conocer bien quién ha sido aquél de quien su Providencia infinitamente sabia en todos sus actos se ha querido servir para que fuera su primer fundador, y cómo le ha concedido todas las cualidades de cuerpo y de alma convenientes para llevar a cabo felizmente una empresa tan importante para su gloria y para el bien de la Iglesia. Seguramente no será fácil hacernos con lo que este gran Siervo de Dios se ha esforzado en ocultar, en cuanto le ha sido posible, bajo el velo de una profundísima humildad. Solamente podremos hablar de lo que la caridad o la obediencia le han obligado a manifestar al exterior, pero, claro, la parte principal, totalmente interior y espiritual, nos es desconocida. Y para empezar, presentaremos en el capítulo siguiente solamente un esbozo, que por muy tosco e imperfecto que sea, no dejará de dar alguna luz al lector para que se haga una idea más clara de todo lo que vamos a relatar acerca de él en la continuación de esta obra.

CAPITULO DIECINUEVE pag. 93

Cualidades de cuerpo y de alma del Sr. Vicente y características de su forma de actuar

En cuanto al cuerpo, el Sr. Vicente era de talla mediana y bien proporcionada. De cabeza algo calva y bastante grande, pero bien hecha en justa proporción con el resto del cuerpo. La frente, ancha y majestuosa; la cara ni muy llena ni muy seca; su mirada era dulce; su vista, penetrante; su oído, agudo; su porte, grave y su gravedad, benigna. Su continente, abierto y sin doblez; su manera de presentarse, muy afable, y su natural, bonachón y amable. Era de temperamento bilioso y sanguíneo, y de complexión bastante fuerte y robusta. Eso no impedía que fuera más sensible de lo que parecía a los cambios de aire, y, como consecuencia, era muy atacado por la fiebre

Estaba dotado de un alma grande; comedido, circunspecto, capaz de grandes cosas y difícil de ser sorprendido. No entraba superficialmente en el conocimiento de los asuntos; pero cuando se metía de lleno, llegaba hasta el mismo meollo de la cuestión: descubría todas las circunstancias, pequeñas y grandes. Preveía los inconvenientes y sus consecuencias, pero nunca daba su opinión de antemano por miedo a equivocarse, salvo que se viera obligado. No decidía nada sin sopesar previamente las razones en pro o en contra, y estaba siempre dispuesto a ponerse de acuerdo con los demás. Cuando tenía que manifestar su parecer o tomar alguna resolución, desarrollaba la cuestión con tanto orden y claridad, que causaba admiración a los más expertos, sobre todo, en materias espirituales y eclesiásticas

Nunca se precipitaba en los negocios, ni se asustaba por su número, ni por las

dificultades que se le presentaban; sino que, con una presencia y una entereza de ánimo infatigable, se enfrentaba con ellas, y se aplicaba con orden y sabiduría a resolverlas, y toleraba la pesadumbre y la molestia con paciencia y tranquilidad

Cuando se trataba de algún asunto que había que estudiar, escuchaba con mucho gusto a los demás, sin interrumpir nunca a nadie mientras hablaba. Toleraba, sin molestarse, que le interrumpieran, parándose inmediatamente, y después, volvía a coger el hilo de su discurso. Cuando daba su parecer sobre alguna cosa, no se extendía mucho en su exposición: declaraba sus pensamientos con términos escuetos. Dotado, como estaba, de cierta elocuencia natural no sólo para explicar con claridad y solidez, más también para conmover y persuadir con palabras muy afectuosas a los que le escuchaban, cuando se trataba de conducirlos al bien. En todos sus discursos mezclaba en justa proporción la prudencia con la sencillez. Decía las cosas con sinceridad tal como las pensaba. Pero también sabía callarlas acertadamente, cuando veía algún inconveniente para hablar de ellas. Estaba siempre con presencia de ánimo y atento para no decir nada, ni escribir algo mal digerido, o que manifestase acritud, desprecio, o falta de respeto y de caridad con quien fuera

Su espíritu se mantenía muy alejado de los cambios, novedades, y singularidades. Tenía como norma no cambiar fácilmente las cosas, cuando estaban bien, con el pretexto de ponerlas mejor. Desconfiaba de todas las clases de proposiciones nuevas y extraordinarias, especulativas o prácticas, y se mantenía firme en los usos y opiniones comunes, sobre todo, en materia de religión. Decía a este propósito:

«Que el espíritu humano es pronto e inquieto; que los espíritus más listos e ilustrados no siempre son los mejores, sino los más prudentes y los que andan en seguridad y no se separan del camino por donde ha caminado la mayoría de los sabios»

No se detenía en la apariencia de las cosas; antes bien, consideraba su naturaleza y su fin. Por su gran sentido común sabía distinguir bien lo verdadero de lo falso, y lo bueno de lo malo, aunque aparecieran con la misma cara

Poseía un corazón muy tierno, noble, generoso, liberal, y fácil para aficionarse de todo lo que veía verdaderamente bueno y según Dios. Sin embargo, poseía un dominio absoluto sobre todos los movimientos, y a sus pasiones las mantenía tan sujetas a la razón, que apenas podía uno darse cuenta de que las tenía

Finalmente, aunque no se pueda decir que careciera de defectos, no en vano la Sagrada Escritura dice lo contrario, y hasta los Apóstoles y demás Santos no han estado exentos de ellos, a pesar de todo, es verdad que apenas hemos visto en este último siglo a hombres tan expuestos como él a toda clase de ocasiones, de negocios y de personas, y que hayan dado menos que hablar. Dios le había hecho la gracia de dominarse siempre hasta tal punto, que nada le sorprendía. Tan al alcance de sus ojos tenía a Nuestro Señor Jesucristo, que copiaba de ese divino original todo lo que debía hablar o hacer. Este principio es el que le hizo actuar con tanta circunspección y dominio entre los más

grandes, y con tanta afabilidad y bondad entre los más pequeños. Su vida y su forma de actuar nunca dieron un solo motivo de reproche, ni tampoco de aprobación universal y pública

Como sucede siempre, hay quienes se separan del común sentir: a ciertos espíritus prontos y activos, este personaje les pudo parecer lento en las decisiones de los asuntos y en ejecutarlos. Y a otros, que hablaba demasiado mal de sí mismo, y demasiado bien del prójimo.

Es cierto que en estos dos puntos parece singular; pero esa singularidad era tanto más laudable, cuanto que la mayor parte del mundo, en lugar de pasarse por ese extremo, cae de ordinario en los defectos contrarios. Se podría decir con razón de Vicente de Paúl lo que san Jerónimo escribió de santa Paula: que sus defectos eran virtudes en otros.

En cuanto a lo primero, el Sr. Vicente era lento y tardo en sus asuntos, tanto por su natural como por norma virtuosa. Por su natural, a causa de que su poderoso entendimiento le proporcionaba diversas luces acerca de un mismo tema, de forma que lo mantenía durante algún tiempo en suspenso y sin resolverse. Por norma virtuosa, en cuanto que no quería (por usar de su término habitual en esta materia) adelantarse a la Providencia: temía anticiparse un poco a sus órdenes. Incluso hubiera preferido por respeto especial a Dios y por una bajísima estima de sí, que su Divina Majestad hubiera hecho todo sin él, más que por él. Por un lado reconocía que lo que Dios hacía por su medio era siempre lo más seguro y lo más perfecto; por otro, que de ordinario los hombres antes impiden el bien, que hacerlo; o, cuando menos, le aportan mucho de menoscabo, y siempre mezclan algún defecto o imperfección. Decía a este propósito, «que no había visto nada más común que el mal resultado de los asuntos precipitados». Y la experiencia ha demostrado que tan lejos está que la lentitud del Sr. Vicente haya echado a perder o impedido algún buen negocio, que hasta se puede decir por el contrario que es uno de los que más cosas ha hecho y más variadas y más importantes, y que ha estado más continuamente ocupado, y que ha llegado más felizmente a término en sus actividades, como se verá más adelante. Por eso, parece que Dios ha querido dar a conocer que el éxito de los buenos proyectos no depende de la prisa ni del ardor con que actúan los hombres. La tierra, por muy lenta que sea, es la que produce árboles y frutos; y la actividad del fuego, si no es moderado y proporcionado, sólo vale para destruir.

En cuanto al segundo punto, podemos decir con verdad, que el mundo está tan acostumbrado a alabarse a sí mismo y a rebajar el aprecio del prójimo, que si el Sr Vicente hubiera seguido en eso la forma ordinaria de comportarse otros, no se habría dicho nada. Mas, porque hizo lo contrario, habrán encontrado de qué murmurar, y no les habrá gustado la costumbre que le era habitual, de alabar a las personas virtuosas, y de rebajarse a sí mismo al nivel de los pecadores. Naturalmente, así seguía el ejemplo no sólo de los más grandes Santos, sino también del mismo Santo de los Santos, quien hablando de sí mismo por boca de un Profeta decía que era no un hombre, sino un gusanillo. Y aunque era justo e inocente, o mejor, la justicia y la inocencia misma, quiso pasar por

pecador ante los hombres, y presentarse ante su Padre celestial, como cargado de todas las iniquidades de los pecadores

El Sr. Vicente había tomado tan a pechos la práctica de la humildad y el envilecimiento de sí mismo, que, al oírle hablar, parecía que sólo veía en sí vicio y pecado. Deseaba que se le ayudara a dar gracias a Dios, no tanto por las gracias singulares que su liberalidad le comunicaba, cuanto por la paciencia que su divina misericordia tenía para con él aguantándole, como afirmaba habitualmente, en sus abominaciones e infidelidades. Eso no se debía a que en el secreto de su corazón no estuviera lleno de agradecimiento por los grandes favores y por los dones excelentes recibidos de la mano de Dios; hablaba con temor de atribuirse algún bien, o considerando todas las gracias como bienes de Dios, y juzgándose indigno de ellas, gracias que, aunque estuvieran en él, no eran de él ni debidas a él, sino únicamente a Dios y en Dios. A ejemplo de un gran Apóstol, sólo se fijaba en sus debilidades y ocultaba cuidadosamente todo lo demás. Por el contrario, cerrando los ojos a la debilidad y a los defectos de los demás, particularmente de aquellos de cuya conducta no estaba encargado, manifestaba gustosamente el bien que reconocía en los otros, no para atribuírselo a ellos sino para glorificar a Dios, soberano Autor de todo bien. Decía,

«*que hay personas que piensan siempre bien del prójimo, mientras se lo permite la verdadera caridad, y que no pueden ver la virtud sin que la alaben, ni a las personas virtuosas, sin que las amen»*

Así es como lo practicaba él, pero siempre con gran prudencia y discreción. Porque a los suyos los alababa muy rara vez en presencia de ellos, y solamente cuando pensaba que era conveniente para la gloria de Dios y para su mayor bien. Pero con las demás personas virtuosas se congratulaba de buena gana por las gracias recibidas de Dios y por el buen uso que ellas hacían; y hablaba de ellas, cuando lo juzgaba conveniente, para animarlas a la perseverancia en el bien.

Para expresar en pocas palabras lo que pensamos decir con más amplitud en el Libro tercero sobre las Virtudes del Sr. Vicente, el Siervo de Dios se había propuesto a Jesucristo como el único modelo de su vida, y llevaba tan bien grabada la imagen en su alma, y poseía tan perfectamente sus máximas, que no hablaba, ni pensaba, ni obraba, sino a imitación suya y guiado por El. La vida del divino Salvador y la doctrina de su Evangelio eran la única regla de su vida y de sus actos. Era toda su moral y toda su política, y, según ella, se regulaba a sí mismo y a todos los asuntos que pasaban por sus manos. Ese era el único fundamento sobre el que levantaba su edificio espiritual. Ciertamente podemos afirmar que nos ha dejado, sin él pensarlo, una descripción resumida de las perfecciones de su alma y el lema particular en las bellas palabras que dijo un día salidas de la abundancia de su corazón: «*Nada me place sino en Jesucristo*». De esa fuente procedía la entereza y la constancia inquebrantable en el bien, que no se doblegaba por ninguna consideración ni respeto humano, ni propio interés, que lo mantenía siempre dispuesto a sostenerse firme ante todas las contradicciones, a sufrir todas las

persecuciones, y como dijo el Sabio, a luchar hasta la muerte en defensa de la justicia y de la verdad. Fue lo que declaró al final de su vida en estos términos tan notables: «Quien dice doctrina de Jesucristo, dice roca inquebrantable, dice Verdades eternas, que producen infaliblemente sus efectos. Antes se trastocaría todo el cielo, que fallar la doctrina de Jesucristo»

Y para que se entienda mejor esta máxima y se insinúe con más fuerza en el alma, presentamos un razonamiento familiar usado a veces por él

«La buena gente del campo decía sabe que la luna cambia, que hay eclipses del sol y de otros astros. Hablan a menudo de esas cosas y son capaces de ver cuándo tienen lugar esos sucesos. Pero un astrólogo, además de ver esos sucesos, como los campesinos, hasta los prevé desde mucho antes: conoce los principios del Arte o de la Ciencia; dirá: Tendremos un eclipse tal día, a tal hora, y a tal minuto. Pues bien, si los astrólogos poseen ese conocimiento infalible, no sólo en Europa, sino incluso en China y en otros sitios, y si en la oscuridad del futuro, lanzan su mirada tan a lo lejos, que conocen con certeza los extraños efectos que deben ocurrir por el movimiento de los cielos de aquí a cien años, a mil años, cuatro mil años y más, siguiendo las reglas que poseen; si, digo yo, los hombres tienen ese conocimiento, ¿con cuánta más razón debemos creer que la Sabiduría Divina que penetra hasta las reconditeces de las cosas más ocultas, ha visto la verdad de las máximas y de la Doctrina Evangélica, aunque sea desconocida a la gente del mundo, que no ve los efectos más que después que han sucedido, y sólo, de ordinario, a la hora de la muerte? ¡Ah! ¿Estaremos convencidos de que esa misma doctrina y esas mismas máximas que nos han sido propuestas por la infinita caridad de Jesucristo, no nos pueden engañar? Pero lo malo es que no nos fiamos de ellas y que fácilmente nos inclinamos del lado de la prudencia humana. ¿No ven ustedes que somos culpables por fiarnos más bien del razonamiento humano, que de las promesas de la Sabiduría Eterna? ¿de las apariencias engañosas de la tierra, más que del amor paternal del Salvador que bajó del cielo para librarnos del error?»

El Sr. Vicente no sólo había llenado su corazón y su alma de las máximas y verdades evangélicas, sino que trataba en toda ocasión de infundirlas en los espíritus y en los corazones de los demás, y, en particular, de los de su Compañía. Veamos cómo les hablaba cierto día sobre este tema

«*Es necesario les dijo que la Compañía se dé a Dios para alimentarse de esa ambrosía celestial, y para vivir de la misma manera que Nuestro Señor vivió, y para orientar nuestras vidas hacia El y amoldarlas a la suya»*

«El nos ha puesto como primera máxima buscar siempre la gloria de Dios y su justicia, antes que todas las demás cosas. ¡Qué hermoso es esto! ¡Buscar en primer lugar el reino de Dios en nosotros, y procurarlo en el prójimo! Una Compañía que siguiera la máxima de promover cada vez más la gloria de Dios, ¿cuánto bien no conseguiría para su propia felicidad? ¿qué motivo no tendría para esperar que todo se le tornara en bien? Si

pluguiera a Dios hacernos esta gracia, nuestra felicidad sería incomparable. Si en el mundo, cuando se inicia un viaje, se comprueba si se sigue el camino correcto, ¿cuánto más los que profesan seguir a Jesucristo en la práctica de las Máximas Evangélicas (en particular, la que nos manda buscar en todo la gloria de Dios) deben comprobar lo que hacen, y preguntarse: ¿Por qué haces esto o aquello? ¿es para complacerte?, ¿es porque tienes aversión a otras cosas?, ¿es para complacer a alguna mezquina creatura? O más bien, ¿no es para cumplir el beneplácito de Dios y buscar su justicia? ¡Qué vida, qué vida sería esa! ¿sería una vida humana? No; sería una vida angelical, ya que sería por puro amor de Dios por lo que yo haría todo lo que hiciera y dejaría de hacer todo lo que no hiciera»

«Cuando a esto se añade la práctica de hacer en todo la voluntad de Dios, que debe ser como el alma de la Compañía y una de las prácticas que mantener antes en el corazón: es para darnos a cada uno en particular un medio de perfección fácil, excelente e infalible; y hace que nuestros actos no sean actos humanos, ni siquiera angélicos, sino en cierto modo divinos, ya que se hacen en Dios y por el impulso de su Espíritu y de su gracia. ¡Qué vida! ¡Qué vida será la de los misioneros, qué Compañía, si se estableciera muy dentro de ella!»

«Sigue la sencillez, que hace que Dios encuentre sus delicias en el alma en la que reside. Veamos entre nosotros, ¿no son por ventura los más amables aquéllos en los que el carácter de esta virtud aparece con más fuerza? ¿no nos gana su candor el corazón? y ¿no quedamos consolados cuando tratamos con ellos? Pero, y ¿quién no, si hasta Nuestro Señor se complace con los sencillos?»

«Igualmente, la prudencia bien entendida nos hace agradables a Dios, porque nos lleva a cosas relacionadas con su gloria, y nos hace evitar las que nos alejan de ella, y nos hace ir no sólo contra la doblez en los actos, en las palabras, sino que nos mueve a realizar todo con sabiduría, circunspección y rectitud para llegar a nuestros fines por los medios que el Evangelio nos enseña; no durante una temporada, sino siempre. ¡Qué vida y qué Compañía sería la nuestra, si actuara de esa forma!»

«Si a eso añaden ustedes la mansedumbre y la humildad, ¿qué nos faltará? Son dos hermanas gemelas, que viven muy juntas, igual que la sencillez y la prudencia; no se pueden separar. Es una lección de Nuestro Señor Jesucristo que nos enseña que aprendamos de El, que es manso y humilde de corazón. 'Aprended de mí' dice ¡Oh Salvador! ¡Qué palabra! ¡Oh qué honor ser tus discípulos! ¡Aprender esta lección tan corta y tan llena de energía, pero tan excelente que nos hace tal como eres Tú! ¡Oh Salvador mío!, ¿tendrás sobre nosotros la misma autoridad, que la que tenían en otro tiempo unos filósofos sobre sus seguidores, que se adherían tan fuerte y estrechamente a sus opiniones, que bastaba con decir, 'el Maestro lo ha dicho' para creerlo y no apartarse nunca de él? ¿Qué responderemos a Nuestro Señor, que nos ha dado unas santas lecciones tan numerosas, cuando nos eche en cara que las hemos aprendido mal? Pero ¿cuál será nuestra felicidad, si abrazamos esas virtudes de tan noble origen como es el corazón de

Jesucristo? ¿Quieren saberlo? Nos conducirán a un horno de amor, allí vuelven a su centro. ¡Dios mío! ¡Estamos todos enamorados de ellas!»

«El que busque el Reino de Dios, el que abrace la santa práctica de hacer su santísima voluntad, el que practique la sencillez y la prudencia cristiana y, finalmente, la mansedumbre y la humildad de Nuestro Señor, ¿cómo será, les pregunto, ese misionero? ¿cómo seremos todos, si somos todos fieles a esas máximas? ¿Cómo será entonces la Compañía de la Misión? Dios puede dároslo a entender; en cuanto a mí, no lo sabría expresar. Mañana en la oración dedíquense a pensar cómo será una Compañía así, y cómo el hombre que posee semejante fidelidad»

El Sr. Vicente aún añadió a todo eso dos máximas muy importantes, que poseía perfectamente en su corazón, y que se esforzaba en imprimirlas especialmente en el corazón de los suyos.

La primera era la de no contentarse con tener un amor afectivo a Dios, y con concebir una gran idea de su bondad, unos grandes deseos de su gloria; sino de hacer efectivo ese amor, y, como dice san Gregorio, de demostrarlo con obras. A propósito de eso, hablando cierto día a los de su Compañía, les dijo:

«Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente. Pues muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia y otros efectos semejantes y prácticas interiores de un corazón tierno, aunque muy buenos y deseables, resultan, sin embargo, muy sospechosos, cuando no se llega a la práctica del amor efectivo. 'Mi Padre dice Nuestro Señor es glorificado en que deis mucho fruto'. Hemos de tener mucho cuidado en esto; porque hay muchos que, preocupados de tener un aspecto externo de compostura y el interior lleno de grandes sentimientos de Dios se detienen en eso. Y cuando se llega a los hechos y se presentan ocasiones de obrar, se quedan cortos. Se muestran satisfechos de su imaginación calenturienta, contentos con los dulces coloquios que tienen con Dios en la oración; hablan como los ángeles; pero luego, cuando se trata de trabajar por Dios, de sufrir, de mortificarse, de instruir a los pobres, de ir a buscar a la oveja descarriada, de desear que les falte alguna cosa, de aceptar las enfermedades o cualquier cosa desagradable, ¡ay!, todo se viene abajo y les fallan los ánimos. No, no; no nos engañemos. Totum opus nostrum in operatione consistit. Repetía a menudo estas palabras, y decía que las había aprendido de un gran Siervo de Dios, quien, cuando se encontraba ya en el lecho de la muerte, como se le pidiese alguna palabra de edificación, respondió que en esta hora veía con claridad que lo que algunas personas consideraban contemplaciones, arrobamientos, éxtasis y lo que llamaban movimientos anagógicos, uniones deíficas, sólo era humo, y que eso procedía o de una curiosidad engañosa o de resortes naturales de un espíritu poseído de tal inclinación y facilidad para el bien, cuando, en realidad, la acción buena y perfecta es el verdadero carácter del amor de Dios»

«Y esto es tan cierto dijo el Sr. Vicente que el Apóstol llega a declararnos que

solamente nuestras obras nos acompañarán en la otra vida. Pensemos pues en esto, añadía ¡cuántos que en este siglo parecen virtuosos y que, realmente, lo son, prefieren llevar un camino suave y cómodo que no una devoción laboriosa y sólida! A la Iglesia se la ha comparado a una mies que requiere trabajadores, pero trabajadores que trabajen. Nada hay tan conforme al Evangelio como acumular por un lado luces y fuerzas para el alma en la oración, en la lectura y en la soledad, e ir luego a hacer partícipes a los hombres de esa comida espiritual. Es hacer lo que Nuestro Señor hacía, y tras de El, los Apóstoles; es juntar el oficio de Marta al de María; es imitar a la paloma, que medio digiere la comida que ha cogido, y después pone lo restante con su pico en el de sus polluelos para alimentarlos. Es así como debemos hacer; es así como debemos manifestar a Dios con nuestras obras, que le amamos: Totum opus nostrum in operatione consistit»

La segunda máxima del fiel Siervo de Dios era ver siempre a Nuestro Señor Jesucristo en los demás para excitar con mayor eficacia su corazón a tributarles todos los deberes de caridad. Veía a este divino Salvador como Pontífice y Cabeza de la Iglesia en nuestro Santo Padre el Papa, como obispo y príncipe de los pastores, en los obispos, doctor en los doctores, sacerdote en los sacerdotes, religioso en los religiosos, soberano y poderoso en los reyes, noble en los gentiles-hombres, juez y sapientísimo político en los magistrados, gobernadores y demás oficiales. Y el Reino de Dios, que es comparado en el Evangelio a un comerciante, lo veía como tal en los hombres de negocios, obrero en los artesanos, pobre en los pobres, enfermo y agonizante en los enfermos y moribundos. Y viendo así a Jesucristo en todos esos estados, y en cada uno de ellos viendo la figura del Soberano Señor, que aparecía resplandeciente en la persona de su prójimo, se animaba con aquella vista a honrar, respetar, amar y servir a cada uno en Nuestro Señor, y a Nuestro Señor en cada uno de ellos. Invitaba a los suyos y a los que dirigía a asimilarse esa máxima y a servirse de ella para lograr una caridad más constante y más perfecta en relación con el prójimo.

He aquí un pequeño esbozo, que nos muestra en conjunto el espíritu del Sr. Vicente. En gran parte ha sido diseñado por su propia mano, sin pensarlo, y más aún, contra su propia intención, que siempre era ocultarse y tapar los dones y las virtudes recibidas con el velo del silencio y de la humildad. Pero Dios ha querido que así se haya inocentemente equivocado y, en cierta manera, traicionado para dar a conocer mejor las gracias y las excelentes dotes que había derramado abundantemente en su alma, con el fin de hacerlo digno instrumento de su gloria y servirse de él en las grandes obras que quería realizar por medio de él para mayor bien de su Iglesia. De eso hablaremos más adelante en este libro

Y para recoger en pocas palabras todo lo que hemos dicho en este capítulo sobre la forma de obrar del Sr. Vicente, podemos afirmar con verdad que ha sido:

1. Santa, pues tuvo únicamente a Dios por objeto; que iba a Dios; que llevaba a los demás a Dios, y que relacionaba con El todas las cosas como con su último fin

2. Humilde, desconfiaba de sus propias luces, se aconsejaba en todas sus dudas, y se confiaba al espíritu de Jesucristo, como a su guía y su doctor

3. Mansa, en su forma de actuar, condescendiente con las debilidades y adaptable a las fuerzas, a la inclinación y al estado de las personas

4. Firme, en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en todo lo referente al adelantamiento espiritual de los suyos y el buen orden de las Comunidades, sin desalentarse por las contradicciones, ni cansarse ni abatirse por las dificultades

5. Recta, para no ladearse nunca ni desviarse de las vías de Dios por ningún respeto humano

6. Sencilla, rechazando todo artificio, doblez, fingimiento y toda prudencia dela carne

7. Prudente, en la elección de los medios propios para llegar al fin único que se proponía en todo, y que era el cumplimiento de lo que conocía ser lo más agradable para Dios, guardándose en el uso de los medios y en todo lo que hacía, de lastimar ni contristar a nadie en cuanto dependía de él, y evitando juiciosamente los obstáculos, o superándolos con paciencia y oraciones

8. Secreta, para no divulgar los asuntos antes de tiempo, ni comunicarlos a nadie más que a los interesados. Decía a este propósito «que el demonio se solaza con las buenas obras descubiertas y divulgadas sin necesidad, y que eran como minas reventadas, que quedan sin efecto»

9. Reservada y circunspecta, para no comprometerse demasiado a la ligera,para no precipitar nada, ni avanzar con demasiada rapidez

10. Finalmente, desinteresada: no buscaba el honor, ni la propia satisfacción, nialgún bien perecedero, sino solamente, a imitación de su Divino Maestro, la gloria de Dios, la salvación y la santificación de las almas

CAPITULO VEINTE pag. 101

Nacimiento y erección de la Congregación de la Misión

Se puede afirmar en verdad que esta Congregación fue en sus comienzos como el granito de mostaza del Evangelio: siendo, como es, la menor de las semillas se convierte al cabo en árbol, en cuyas ramas los pájaros pueden posarse. No había nada tan pequeño como esta Congregación, no sólo en su exterior, cuando empezó, sino hasta en los

sentimientos internos del Sr. Vicente y de los primeros Sacerdotes que se asociaron con él. Se consideraban los más pequeños de los trabajadores en el ministerio de la Iglesia, y estaban destinados únicamente a servir en las obras más bajas, más abandonadas y más despreciadas por el común sentir del mundo: tales eran instruir y catequizar a los pobres, particularmente en las aldeas y otros lugares más abandonados; atender, socorrer y ayudar a los pobres enfermos; preparar a unos y a otros para hacer buenas confesiones generales, y a prestarse como los servidores de los aldeanos, de los galeotes y de las personas más míseras; para servir a todos gratuitamente y sin recibir nada a cambio, sintiéndose muy honrados por servir a Jesucristo en sus personas, y considerando gran ventaja que los párrocos quisieran permitir y tolerar que practicaran las obras caritativas en sus parroquias según su propio Instituto. A pesar de todo, Dios quiso derramar grandes bendiciones sobre aquellos humildes comienzos y hacer nacer en tan reducido espacio de tiempo una Compañía numerosa, que felizmente se ha extendido por diversos sitios, como explicaremos más adelante, y que ha contribuido santamente, y contribuye también en nuestros días con una especial bendición al avance del Reino de Jesucristo

Sucedió, como ya lo hemos dicho, el año de 1625, después de la muerte de la Señora Generala de las Galeras: el Sr. Vicente se retiró al Colegio de Bons-Enfants, cuya principalía había puesto en sus manos el Sr. Arzobispo de París, a instancias de la susodicha Señora y del Sr. General, para que sirviera a los fines de su fundación. El Sr. Portail, de quien ya hemos hablado antes, había convivido doce o quince años con el Sr. Vicente, y no lo quiso abandonar en tan hermosa ocasión para servir a Dios: resolvió nuevamente no separarse nunca de él, y se retiró con el Sr. Vicente al Colegio indicado con el propósito de consagrarse en su Compañía a dar misiones. Y para trabajar con más fruto invitaron a otro buen sacerdote a que se les juntara, y le daban cincuenta escudos por año para su sostenimiento. Iban los tres de aldea en aldea a catequizar, exhortar, confesar y a realizar otras funciones y prácticas de la misión, con sencillez, humildad y caridad, a sus propias expensas, sin andar pidiendo, ni queriendo recibir nada de nadie. Trabajaban primero en los sitios donde la misión había sido fundada, y después iban a darla en otras parroquias, particularmente de la diócesis de París. Y como no disponían de medios para sostener criados que residieran en el Colegio para guardarlo en su ausencia, cuando iban a misionar, dejaban las llaves a uno de los vecinos

¿Quién hubiera podido pensar entonces, que, de tan pequeños principios, fueran a obtener semejante progreso como vemos hoy en día, y que dos pobres sacerdotes, yendo así a trabajar en las aldeas y en otros lugares desconocidos y abandonados, habrían de poner, sin haber pensado en ello, los fundamentos de un edificio espiritual tan grande como el que Dios ha querido levantar en su Iglesia? Esa era una de las cosas que le sorprendieron al Sr. Vicente. Un día, hablando sobre ese tema a la Comunidad de San Lázaro,

«Ibamos dijo buena y sencillamente enviados por los Sres. Obispos a evangelizar a los pobres, como lo hacía Nuestro Señor. Eso es lo que hacíamos. Y Dios por su parte llevaba a cabo lo que tenía previsto desde toda la eternidad. Dio su bendición a nuestros

trabajos. Al ver aquello otros buenos eclesiásticos se nos juntaron y solicitaron estar con nosotros; no todos a la vez, sino en diversos momentos. ¡Oh Salvador! ¿Quién hubiera nunca pensado que aquello llegaría al estado actual? Si alguno me hubiera dicho eso entonces, hubiera creído que se estaba riendo de mí. Pero fue por ahí por donde Dios quiso dar comienzo a la Compañía. Pues bien, ¿llamaréis humana una cosa que ningún hombre había jamás pensado? Porque ni yo, ni el pobre Sr. Portail pensamos en eso, ¡estábamos muy lejos de eso!»

El Sr. Arzobispo de París, Don Juan Francisco de Gondi dio después una aprobación auténtica al primer proyecto de institución de la Congregación de la Misión con Letras del 14 de abril de 1626 con idéntica forma de expresión que la que aparecía en el contrato de Fundación: dos buenos sacerdotes de Picardía, llamados Sres.Francisco du Coudray y Juan de la Salle, vinieron a ofrecerse al Sr. Vicente para vivir y trabajar bajo su dirección junto con el Sr. Portail. El los recibió y asoció a los tres con él, ejecutando así la fundación. Dos notarios del Châtelet levantaron acta el 4 de septiembre del mismo año, 1626. Y el difunto rey Luis XIII, de gloriosa memoria, por Letras patentes del mes de mayo de 1617 expedidas en favor del susodicho Sr. General de las Galeras, confirmando y aceptando el contrato de Fundación, permitió la Asociación y Congregación de los Sacerdotes de la Misión para vivir en comunidad, y establecerse en los lugares del reino de Francia que les pareciera bien, y para aceptar todos los legados, limosnas y donaciones que les fueran hechos

Así es como Dios dio principio a la Congregación de la Misión por una tutela especialísima de su misericordiosa Providencia. Extendió los desvelos de esa misma Providencia para hacerla crecer y multiplicarse. Y a ese fin, inspiró a otros virtuosos eclesiásticos a unirse al Sr. Vicente para trabajar con él en la cosecha de las almas. Además de los tres arriba mencionados, hubo otros cuatro sacerdotes que entraron de los primeros en la Congregación, a saber, Juan Bécu, de la aldea de Brache, diócesis de Amiens; Antonio Lucas, de la ciudad de París; Juan Brunet, de la ciudad de Rion, en Auvernia, diócesis de Clermont; y Juan Dehorgny, de la aldea de Estrée, diócesis de Noyon. Estos siete, así asociados y unidos con el Sr. Vicente para vivir y morir en la Congregación de la Misión, prometieron a Dios dedicarse de por vida a procurar la salvación y la santificación del pobre pueblo del campo en la misma Congregación

Y lo han cumplido fielmente, y se puede decir que fueron como los siete sacerdotes, que guiados por Josué, tocaron las trompetas para derribar las murallas de Jericó, y que, con el ejemplo de su celo y de sus virtudes, atrajeron a muchos otros a esta santa milicia.

Por Bula del Papa Urbano VIII del mes de enero de 1632 la Compañía fue erigida en Congregación y aprobada por la Santa Sede con el título de Sacerdotes de la Congregación de la Misión, y bajo la dirección del Sr. Vicente, a quien su Santidad dio el poder de hacer y redactar los Reglamentos para el buen orden de la Congregación. Más adelante, el Rey hizo despachar otras Letras Patentes en el mes de mayo de 1642, registradas en el Parlamento de París en septiembre del mismo año

Por la Bula de Urbano VIII la Santa Sede dio a los que son de esa Congregación el nombre de Sacerdotes de la Congregación de la Misión. Por ese nombre se distinguen de otras Comunidades, y también de los eclesiásticos particulares que se dedican a su vez a dar misiones. Esto es lo que hemos juzgado necesario señalar en este libro, para obviar los inconvenientes que podría causar la carencia de esta distinción

CAPITULO VEINTIUNO pag. 105

Notables palabras del Sr. Vicente referentes al espíritu de humildad y a las demás virtuosas disposiciones que quiso poner como fundamento en la reciente Institución de la Compañía

El Sr. Vicente, al ver que la mano de Dios estaba con él para levantar el nuevo edificio de la Congregación de la Misión, y que su Providencia concedía un éxito lleno de bendición a los comienzos de la Santa Obra, quiso, a fuer de sabio arquitecto, poner unos cimientos que fueran proporcionados a la altura a que debía llegar, y que pudieran sostener toda la estructura, de forma que pudiera mantenerse firme e inquebrantable en su asiento. Sabía bien que, para todas las tentaciones y distracciones a las que iban a estar más expuestos los misioneros por sus ocupaciones, no había mejor medio, para cada uno de ellos en particular, que conservar su alma y su salvación seguras, que mantenerse en un sentimiento muy bajo de sí mismos, y que era necesario ser despreciado y abyecto ante sus propios ojos para ser grande y apreciado ante Dios. Es decir, que no había nada que temer de la humillación por muy grande que fuera, pero que sí había algo de temer y hasta horrorizarse de la menor elevación a la que podía llegarse por alguna presunción de sí mismo. Por eso, siempre procuró, desde los primeros momentos de la fundación de la Compañía, inspirar a los suyos un espíritu de rebajamiento, de humillación, de envilecimiento y de desprecio de sí mismos. Siempre los exhortó a considerarse como los menores de todos los que trabajan en la Iglesia, y a poner a todos los demás por encima de ellos. No sabríamos dar a conocer mejor esta afirmación, que por las palabras que pronunció el Sr. Vicente cierto día desde la abundancia de su corazón a propósito de que un sacerdote recién recibido en la Congregación la calificara de Santa Congregación

«Este humilde siervo de Dios le cortó en seco, y le dijo: Señor, cuando hablemos de la Compañía, no debemos nunca servirnos de esa palabra (de Santa Compañía o Santa Congregación) o de otros términos parecidos y elevados, sino servirnos de estos otros: la pobre Compañía, la pequeña Compañía y parecidos. Y en esto imitaremos al Hijo de Dios que a la Compañía de sus Apóstoles y Discípulos la llamaba pequeño rebaño, pequeña Compañía. ¡Oh! ¡Cuánto deseo que Dios quiera dar esa gracia a esta insignificante Congregación: la de fundarse bien en la humildad, buscar pie y construir sobre esa virtud, y que se mantenga allí como en su puesto propio. Señores, no nos engañemos; si no tenemos humildad, no tenemos nada. No hablo sólo de la humildad externa, hablo sobre todo de la humildad de corazón, y de la que nos lleva a creer en verdad que no hay nadie

en la tierra más dignos de compasión que ustedes y yo; que la Compañía de la Misión es la más insignificante de todas las Compañías, y la más pobre por el número y la condición de sus miembros; y a estar muy contentos, porque el mundo habla de nosotros así. ¡Ah! ¿Qué es querer ser apreciado de otra manera, sino querer ser tratado de distinta forma que lo fue el Hijo de Dios? Eso es un orgullo insoportable. Cuando estuvo en la tierra el Hijo de Dios, ¿qué es lo que no se decía de él? ¿Por quién quiso pasar ante los ojos del pueblo? Por un loco, por un sedicioso, por un animal, por un pecador, aunque no fue nada de eso. Hasta quiso sufrir ser pospuesto a un Barrabás, a un bandido, a un asesino, a un malvado. ¡Oh Salvador! ¡Oh Salvador mío! ¡A cuántos pecadores como yo, desgraciado, no confundirá tu santa humildad en el día del juicio! ¡Cuidado con esto! ¡Cuidado ustedes que van de misiones, ustedes que hablan en público! A veces, y más que a veces, vemos a un pueblo tan con movido por lo que le han dicho..., vemos que todos están llorando, y hasta nos encontramos con que, yendo más adelante aún, llegan hasta a proferir palabras como éstas: ¡Bienaventurado el vientre que los ha llevado y los pechos que los han amamantado! Varias veces hemos oído decir palabras como ésas. Oyendo eso, la naturaleza se llena de satisfacción, se engendra la vanidad y se alimenta, si no se reprimen esas vanas complacencias y no se busca puramente la gloria de Dios, pues por ella sólo hemos de trabajar. Sí, puramente por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Porque usar de ella de otra forma es predicarse a sí mismo, y no a Jesucristo. Y una persona que predica para hacerse aplaudir, alabar, apreciar, dar de qué hablar de sí misma, ¿qué es lo que hace esa persona, ese predicador? ¿qué es lo que hace? Un sacrilegio, sí, un sacrilegio. ¿Qué? ¡Servirse de la palabra de Dios y de las cosas divinas para conseguir honor y fama! ¡Sí! Eso es un sacrilegio. ¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío! Concede la gracia a esta pobre y pequeña Compañía de que ninguno de sus miembros caigan en esa desgracia. Créanme, Señores, no seremos nunca aptos para hacer la obra de Dios, si no somos dueños de una profunda humildad y de un completo desprecio de nosotros mismos. ¡No! Si la Congregación de la Misión no es humilde, y si no está persuadida de que no puede hacer nada que merezca la pena, que es más propia para estropearlo todo, que para triunfar, no será una gran cosa. Pero, cuando sea y viva en el espíritu que acabo de decirles, entonces, Señores, será apta para los planes de Dios, porque es de esa clase de individuos de los que Dios se sirve para llevar a cabo los grandes y verdaderos bienes»

«Algunos doctores, explicando el Evangelio de hoy, donde se habla de las cinco vírgenes prudentes y de las cinco necias, creen que esta parábola se debe entender de las personas de Comunidad que se han retirado del mundo. Si es cierto que la mitad de esas vírgenes, de esas personas se pierde, ¡ah!, ¿no deberemos tener miedo? y ¿no debo aprender yo el primero? Ea, pues, Señores, animémonos; no nos descorazonemos; démonos a Dios de buena gana; renunciémonos a nosotros mismos y a nuestras satisfacciones, a nuestros gustos y a nuestras vanidades; pensemos que no tenemos peor enemigo que nosotros mismos; hagamos todo el bien que podamos, y hagámoslo con la perfección debida. No está todo en atender al prójimo, en ayunar, en hacer oración, en trabajar en las misiones. Eso está bien, pero no es bastante. Además hay que hacer bien esas cosas, a saber, en el espíritu de Nuestro Señor, de la forma que Nuestro Señor las hacía, humildemente y con pureza de intención,para que el nombre de su Padre sea

glorificado y cumplida su voluntad»

«Las plantas nunca producen frutos más excelentes que la naturaleza de sus ramas. Somos como las ramas de los que vendrán después de nosotros, verosímilmente no producirán nunca unas obras y una perfección superiores a las nuestras. Si hemos trabajado bien, el ejemplo pasará de unos a otros. Los que quedan enseñan a los que les siguen la manera en que los primeros se dieron a la virtud, y éstos a su vez a otros que vendrán después. Y eso por la ayuda de la gracia de Dios, que les ha sido merecida por los primeros. ¿A qué se debe que veamos en el mundo a ciertas familias que viven tan rectamente en el temor de Dios? Me acuerdo ahora de una entre otras muchas, cuyo abuelo y padre he conocido; eran muy buenas personas, y aún conozco a sus hijos, que hacen lo mismo. ¿Cómo es eso? Es que sus padres merecieron de Dios esa gracia por su buena y santa vida, según la promesa del mismo Dios, que bendecirá a esas familias hasta la milésima generación. Pero, por el contrario, vemos a maridos y mujeres, que son gente de bien, y que viven bien, y, sin embargo, todo se les hunde y pierde entre sus manos: no consiguen nada. ¿A qué se debe eso? El castigo de Dios que han merecido sus padres por las grandes faltas cometidas, pasa a sus descendientes, según está escrito: Dios castigará al padre que es pecador en sus hijos hasta la cuarta generación. Y aunque esto se entiende principalmente de los bienes temporales, sin embargo lo podremos también entender de los bienes espirituales. De forma que, si guardamos con exactitud nuestras Reglas, si practicamos bien todas las virtudes convenientes a un verdadero misionero, mereceremos en cierta manera de Dios esta gracia para nuestros hijos, es decir, para los que vengan detrás de nosotros, que se portarán bien como nosotros. Y si obramos mal, es muy de temer que vayan a hacer lo mismo, y todavía peor, porque la naturaleza arrastra siempre tras de sí, y lleva incesantemente al desorden. Nos podemos considerar como los padres de los que vengan detrás de nosotros. La Compañía todavía está en la cuna, acaba de nacer, hace muy pocos años que ha comenzado, ¿qué quiere decir eso? ¿es que no está en la cuna? Los que vengan después de nosotros dentro de doscientos o trescientos años nos mirarán como a sus padres, y los que acaban de venir serán considerados como los primeros, porque los que son de los primeros cien años vienen a ser como los primeros padres. Cuando ustedes quieren recalcar alguna frase, que está en algún Padre de los primeros siglos, dicen, esta frase está en tal Padre que vivió en el siglo primero o segundo. De igual manera se dirá: en los tiempos de los primeros Padres de la Congregación de la Misión se hacía esto, vivían así, estaban en vigor tales y tales virtudes. Siendo esto así, Señores, ¿qué ejemplo no debemos dejar a nuestros sucesores, pues el bien que ellos vayan a hacer depende en cierto modo del que nosotros practicamos? Si es cierto que, como dicen algunos Padres de la Iglesia, que Dios hace ver a los padres y a las madres condenados el mal que sus hijos realizan en la tierra, para que el tormento sea mayor, y que, cuanto más multipliquen los hijos sus pecados, tanto más sus padres y madres que fueron su causa por el mal ejemplo que les dejaron, sufren la venganza de Dios, también san Agustín dice que Dios hace ver a los padres y a las madres que están en el cielo el bien que hacen sus hijos en la tierra, para que su alegría sea mayor. Igualmente, Señores, ¡qué consuelo y qué alegrían o tendremos, cuando Dios quiera hacernos ver la Compañía que está trabajando bien, que abunda en buenas obras, que observa fielmente el orden del día

y de las actividades, que vive practicando virtudes y buenos ejemplos que les hemos dado nosotros! ¡Qué desgraciado soy! que digo y no hago. Rueguen a Dios por mí, Señores. Rueguen a Dios por mí, Hermanos míos, para que Dios me convierta. ¡Ea, pues, démonos todos a Dios, y, trabajemos de veras! ¡Vamos a asistir a la pobre gente del campo, que está esperándonos! Por la gracia de Dios hay entre nuestros Padres quienes están casi siempre trabajando, unos más, otros menos; en esta misión y en aquella otra, en esta aldea y en esa otra. Me acuerdo que una vez, cuando volvía de misionar, me parecía, cuando me acercaba a París, que las puertas de la ciudad se me caían encima y me aplastaban, y muy pocas veces volvía de misionar sin que ese pensamiento acudiese a mi memoria: la razón de eso es que yo me hacía la idea de que aquello se me decía a mí: Tú te marchas, y mira esas otras aldeas que están esperando de ti la misma ayuda que acabas de dar aquí y allí. Si no hubieras ido allí, seguramente que tales y tales personas, si hubieran muerto en el estado en que las encontraste, se habrían perdido y condenado. Si tú has hallado tales y cuales pecados en esta parroquia, ¿no tienes motivos para pensar que iguales abominaciones se cometen también en la parroquia vecina, en la que la pobre gente está esperando la misión? Y tú te marchas, tú les dejas; pero si se mueren, si se mueren en sus pecados, tú serás en cierto modo el culpable de su pérdida, y debes temer que Dios te castigue. Miren cuáles eran las agitaciones de mi alma»

«El estado de los misioneros, les decía en otra ocasión es un estado conforme a las máximas evangélicas, que consiste en dejar y abandonar todo, igual que los apóstoles, para seguir a Jesucristo, y para hacer a imitación suya lo que conviene. Y siendo esto así, como me decía una persona en cierta ocasión solamente el demonio puede encontrar qué censurar en ese estado. Porque ¿hay algo más cristiano que ir de aldea en aldea con muchas fatigas e incomodidades para ayudar al pobre pueblo a salvarse como ustedes ven que se hace? Ahí están unos cuantos de nuestros cohermanos, que en la actualidad están trabajando en una aldea de la diócesis de Évreux, donde incluso tienen que dormir sobre paja. ¿Por qué? Para llevar almas al cielo, con la instrucción y el sufrimiento; y eso ¿no está muy cerca de lo que vino a hacer Nuestro Señor? Ni siquiera tenía una piedra donde reclinar la cabeza, e iba y venía de un sitio para otro para ganar almas a Dios, y acabó muriendo por ellas. Verdaderamente no podía hacernos comprender mejor cuánto las quería, ni persuadirnos con más eficacia para no escatimar nada para instruirlas en su doctrina, y para lavarlas en las fuentes de su preciosa sangre. Pero ¿queremos que nos haga esta gracia? Trabajemos en la humildad; porque cuanto más humilde es uno, tanto más caritativo será para el prójimo. El paraíso de las comunidades es la caridad. Ciertamente, la caridad es el alma de las virtudes, y la humildad la que las atrae y las guarda. Existen Compañías humildes como los valles, que atraen sobre ellas todo el jugo de las montañas. En cuanto estemos vacíos de nosotros mismos, Dios nos llenará de Sí mismo, porque no puede sufrir el vacío. Humillémonos, pues, Hermanos míos, porque Dios ha puesto sus ojos en esta pequeña Compañía para servir a su Iglesia, si es que se puede llamar Compañía a un puñado de personas, pobres de nacimiento, de ciencia y de virtud, la hez, la basura y el desecho del mundo. Pido a Dios diariamente dos o tres veces, que nos aniquile si no somos útiles para su gloria. ¡Qué! Señores, ¿querríamos estar en el mundo sin agradar a Dios y sin procurarle una mayor gloria?»

He aquí cuáles han sido los cimientos sobre los que el Sr. Vicente ha tratado de levantar el edificio espiritual de su Congregación, a saber: la humildad y la caridad

A este propósito, el difunto R. P. de Gondren, general del Oratorio, su memoria es bendita, decía un día al Sr. Vicente:

«¡Señor! ¡Qué feliz es usted, porque su Compañía tiene las características de la Institución de Jesucristo! Al instituir la Iglesia, le gustó escoger a unos pobres, a personas cortas y rudas para fundarla y para extenderla por toda la tierra, con el fin de que se manifestara, por encima de tan débiles instrumentos, todo su poder, derrocando la sabiduría de los filósofos con ayuda de pobres pescadores, y el poder de los reyes con la debilidad de unos modestos obreros: de la misma manera la mayor parte de los que Dios ha llamado a su Compañía son personas de baja, y a lo más, de mediocre condición, o que no destacan mucho en ciencia; y así son instrumentos aptos para los designios de Jesucristo, que se servirá de ellos para destruir la mentira y la vanidad»

CAPITULO VEINTIDOS pag. 109

Los Sacerdotes de la Congregación de la Misión se instalan en San Lázaro, de París

Esta mística Jerusalén iba así edificándose poco a poco, como una ciudad nueva, y las piedras vivas que debían formar su estructura se recogían y se colocaban cada vez más por la práctica de las virtudes convenientes. Ciertamente, el poco espacio y los pocos ingresos del Colegio de Bons-Enfants sólo podían proporcionar alojamiento y recursos para pocas personas. Pero Dios quiso proveer de forma que va a sorprender al Lector y le hará admirar los designios de su infinita Sabiduría. Mientras esos bueno s Sacerdotes Misioneros dedicaban sus pensamientos y sus desvelos a conseguir solamente el engrandecimiento del Reino de Jesucristo y ganarle almas, la Providencia Divina preparaba los medios que quería emplear para instalarlos en la casa de San Lázaro de París

Se trata de un señorío eclesiástico, con «justicia alta, media y baja». Además de los numerosos alojamientos y de la gran extensión del terreno que tenía cercado, podían encontrar en él todos los recursos razonables para asentarse y multiplicarse. Pues bien, lo que más claramente demuestra que esta fundación es obra especial de la mano de Dios es que se hizo contra todas las apariencias humanas, y que los medios, gracias a los cuales se consiguió, sólo pueden, según el razonamiento humano, servir para impedirlo y poner obstáculos en el camino. El mejor modo de saber eso es el testimonio que nos dejó el Sr. Vicente mientras vivía, y que ha sido confirmado después de su muerte por quien fue el principal intermediario, y cuyas virtudes, así como su cualidad de doctor de la Sorbona y párroco de una parroquia de la ciudad de París merecen una fe especial. Fue el difunto Sr. de Lestocq, doctor de la Facultad de la Sorbona y párroco de San Lorenzo de París, quien,

no contento con haberlo declarado de viva voz, quiso además dar testimonio escrito por su puño y letra, de la forma siguiente, que nos hace ver cuán admirable ha sido la protección de Dios sobre la Congregación de la Misión, y cuán puro y desinteresado el espíritu de quien la Providencia quiso servirse para realizar la fundación

Relato escrito y firmado de puño y letra por el difundo Sr. de Lestocq, doctor de la Sorbona y párroco de San Lorenzo, y que nos cuenta lo que pasó cuando los sacerdotes de la Misión se instalaron en la casa de San Lázaro de París

«Don Adriano Le Bon, religioso de la Orden de Canónigos Regulares de san Agustín y prior de San Lázaro, tuvo algunas dificultades el año 1630 con sus religiosos, lo que le hizo pensar en permutar dicho priorato por otro beneficio. Fueron varios los que le urgieron a ello, ofreciéndole abadías y otros beneficios con rentas; pero, habiendo comunicado este proyecto a algunos amigos, le disuadieron diciéndole que se podrían remediar las diferencias que habían surgido con sus religiosos mediante una conferencia que podría tener con ellos en presencia de cuatro doctores. Así lo aceptó, estando de acuerdo en ello sus religiosos»

«La reunión se celebró en casa de un doctor muy distinguido en méritos y santidad. El P. Prior alegó sus quejas y oyó a continuación la respuesta del subprior, que hablaba en nombre de los religiosos; después, se ordenó que se trazara una fórmula de vida y un reglamento, que habría de seguirse en el futuro. Habiéndolo ejecutado así, el P. Prior no dejó de perseverar en sus deseos de dejar el priorato. Y habiendo oído hablar de unos buenos sacerdotes que se dedicaban a dar misiones bajo la dirección del Sr. Vicente, al que no conocía, pensó que, si los establecía en su priorato podría participar de los grandes frutos que producían en la Iglesia. Preguntó dónde residían y cuando supo el lugar, me rogó, como a vecino y buen amigo, que le acompañase. Lo hice de buena gana, indicándole que era lo mejor que podía hacer, y que ese pensamiento venía seguramente del cielo, que había suscitado a esos buenos sacerdotes para el bien del campo, muy necesitado de ellos, tanto para la instrucción que de ellos recibirían los aldeanos, como para la declaración de sus pecados en el tribunal de la confesión, en el que abrían libre y enteramente sus conciencias y descubrirían lo que no se habían atrevido a confesar a los confesores del lugar, bien porque no les preguntaron sobre ello, bien por su vergüenza en manifestarlo; que yo podía decírselo y asegurárselo por haber estado con ellos y haberlo experimentado; que, por lo demás, él podría ver y reconocer a un hombre de Dios en el director de su Compañía, aludiendo al Sr. Vicente, como él mismo lo vería»

«Así pues, nos reunimos en el colegio de Bons-Enfants, junto a la Puerta de Saint-Victor, y el P. Prior habló con el Sr. Vicente, manifestándole el motivo que le había traído. Y era que le habían hablado muy bien de su Congregación y de los caritativos trabajos a los que se dedicaba en favor de la pobre gente campesina; que se sentiría feliz de poder contribuir en algo; que tenía la casa de San Lázaro y que se la cedería de buena gana para un ejercicio tan digno»

«Esta oferta tan ventajosa le impresionó mucho a aquel humilde Siervo de Dios, produciéndole el mismo efecto que un relámpago imprevisto que deslumbra a un hombre y lo deja aturdido. Dándose cuenta de ello el buen Prior le dijo: ¡Pero, Señor, si está usted temblando! Es verdad -le respondió-; y me asusta la proposición y me parece que está muy por encima de lo que yo me atrevería a pensar. Somos unos pobres sacerdotes que vivimos sencillamente, sin más designio que servir a la pobre gente del campo. Agradecemos mucho su buena voluntad y le damos nuestras más humildes gracias. En una palabra demostró que no tenía ninguna apetencia por aceptar aquel ofrecimiento, y se retrajo hasta el punto de quitarnos todas las esperanzas de volver a verlo por este motivo. Sin embargo, el amable y cariñoso recibimiento que nos hizo el Sr. Vicente impresionó tanto el corazón del Sr. Le Bon, que no pudo cambiar sus propósitos, y le dijo que le daba seis meses para pensar en ello»

«Transcurrido aquel tiempo, me volvió a rogar que le acompañara para ir otra vez donde el Sr. Vicente, y volvió a hacerle la misma propuesta, y le conjuró a que aceptase su priorato, ya que Dios le inspiraba cada vez más que lo pusiera en sus manos. Yo insistí también por mi parte, y le pedí al Sr. Vicente que no desaprovechara tan buena ocasión. Todo aquello no cambió su ánimo ni sus sentimientos. Siguió diciendo con firmeza que no eran más que un número muy reducido; que apenas acababan de nacer, que no quería que se hablara de él; que aquello haría demasiado ruido; que no le gustaba brillar y, en fin, que no merecía aquel favor del Sr. Prior. Entonces el Sr. Le Bon, oyendo que tocaba a comer, dijo que deseaba comer con él y con su comunidad; como así lo hizo, y yo también con él. La modestia de aquellos Sacerdotes, la buena lectura y todo el orden que se observaba agradó tanto al Sr. Le Bon que concibió una veneración y un amor tan grande hacia ellos que no cesó de insistirme en que intercediera ante el Sr. Vicente. Así lo hice por más de veinte veces en el espacio de seis meses, hasta el punto de que fiado en mi amistad con él le dije en varias ocasiones que estaba resistiendo al Espíritu Santo, y que tendría que responder ante Dios de aquella negativa, ya que por aquel medio podría establecerse y formarse un cuerpo y una Congregación perfecta en todas sus circunstancias»

«No me es posible decir la insistencia que se empleó. No tuvo tanta paciencia Jacob para obtener a Raquel ni insistió tanto para obtener la bendición del ángel, como el Sr. Prior y yo para obtener el sí del Sr. Vicente, al que urgíamos para que nos concediera su aceptación. Gritamos más fuertemente ante él que la cananea ante los apóstoles. Finalmente, el Sr. Prior llegó a decirle al cabo de un año: Pero, Señor, ¿qué clase de individuo es usted? Si no quiere oír hablar de este asunto, dígame al menos con quién se aconseja, en quién tiene usted confianza, qué amigo tiene usted en París a quien podamos dirigirnos para tratarlo? Pues tengo el consentimiento de todos mis religiosos, y no me falta más que el de usted. No hay nadie que desee el bien de ustedes que no le aconseje recibir lo que le presento»

«Entonces el Sr. Vicente le indicó a Andrés Duval, doctor de la Sorbona, que era un santo varón, y que había escrito la vida de varios santos. Haremos -nos dijo- todo lo que él nos aconseje»

«En efecto, fue a verlo el Sr. Prior, trataron juntos el proyecto, quedaron de acuerdo en las condiciones, y a continuación se firmó el acuerdo el 7 de enero de 1632 entre el Sr. Prior y los religiosos de San Lázaro por una parte, y el Sr. Vicente y los Sacerdotes de su Congregación por otra. De esta forma, el Sr. Vicente cedió finalmente a las importunas súplicas que hicimos, yo entre otros, que puedo decir muy bien que en aquella ocasión Raucae factae sunt fauces meae. Hubiera llevado de buena gana a mis espaldas a aquel Padre de misioneros para transportarlo a San Lázaro y obligarle a aceptar; pero él no se fijaba en lo exterior ni en las ventajas del sitio y de todas sus dependencias, ya que ni siquiera quiso ir a verlo durante todo aquel tiempo. De forma que no fue su buena situación lo que le atrajo, sino solamente la voluntad de Dios y el bien espiritual que allí se podía conseguir»

«Habiéndolo aceptado entonces únicamente por este motivo, después de todas las resistencias que pueden imaginarse, fue allá el día siguiente, 8 de enero de 1632, y se hizo todo con gran amabilidad y contento de toda la casa. Esto hace ver que digitus Dei hic est, que es ésta la tierra de promisión a donde fue llevado Abraham, esto es, el Sr. Vicente, verdadero Abraham, gran Siervo de Dios, cuyos hijos están destinados a llenar la tierra de bendiciones, y su familia perdurará por los siglos»

El Sr. párroco de San Lorenzo envió este relato al Sucesor del difunto Sr. Vicente en el cargo de Superior General de la Congregación de la Misión, y lo acompañó con la siguiente carta del 30 de octubre de 1660:

«Señor: El deseo que ha manifestado usted de saber lo que sucedió cuando el Sr. Vicente y su Congregación entraron en San Lázaro, junto con el respeto que debo a su memoria, me han movido a dirigirle el breve relato que le envío. Señor: no he dicho ni la centésima parte. No puedo acordarme de todas las piadosas conversaciones que el Sr. Prior de San Lázaro y yo hemos oído de boca del difunto Sr. Vicente en las visitas que le hicimos más de treinta veces, a lo largo de un año, durante el cual hemos tenido que superar mil dificultades para moverlo y disponerlo a aceptar San Lázaro. Muchos hubieran quedado encantados ante tal oferta, y él la rechazó. Así es como se asientan las cosas buenas: Moisés no quería ir a Egipto, ni Jeremías acudir ante el pueblo, pero a pesar de sus excusas Dios los elige y quiere que vayan. Es una vocación verdaderamente divina y milagrosa; en ella la naturaleza no tiene parte. El papel no puede expresar la marcha de este asunto; es Dios su autor y consumador. Yo sólo lo he garabateado y emborronado. Quien quiera perfilarla, tendrá que rehacerla y suplir mi silencio. Le ruego que crea que he venerado hasta el extremo la memoria del difunto Sr. Vicente, y que aprecio como un favor el haber sido conocido y querido por él»

Ahí tenemos un testimonio muy auténtico, y que contiene muchos detalles interesantísimos, que el piadoso lector sabrá bien pesar con las pesas del santuario, y reconocer cuál era por aquel tiempo el grado de virtud y de perfección, al que Jesucristo había elevado al Sr. Vicente; cuánto se había desprendido su corazón de todos los propios intereses y de todos los respetos humanos; cuán puramente veía a Dios en todas sus

empresas, no queriendo sólo escuchar las propuestas que parecían serle más ventajosas, sin consultar y reconocer antes cuál era la voluntad de Dios y lo que le era más agradable, no deseando otra ventaja ni otro éxito que el que fuera para su mayor gloria

Pero hay una circunstancia que no debemos omitir, que nos hará ver mejor no sólo el perfecto desprendimiento que tenía el gran Siervo de Dios de toda clase de bienes y ventajas temporales, sino también la exactitud y fidelidad que mantenía inviolable, y que quería que la guardaran los suyos hasta en los menores detalles que pudieran contribuir al buen orden de su Congregación y a la mayor perfección del servicio que se proponía rendir a Dios

Los principales artículos del contrato estaban ya redactados; quedaba uno que no parecía de mayor entidad, pero que el Sr. Vicente consideró muy importante: Era que el Sr. Prior deseaba que sus religiosos compartiesen el dormitorio con los misioneros, pensando que eso no causaría ningún daño a unos y serviría de mucho para los otros: era decir a sus religiosos que podrían sacar mucho provecho del buen ejemplo y de todos los actos de virtud y de regularidad que pudieran ver en la persona del Sr. Vicente y los suyos. Mas el prudente Superior no quiso consentir nunca en ello por los inconvenientes que preveía habían de suceder, y que hubiesen condicionado el buen orden ya establecido entre los misioneros. A este efecto, rogó al Sr. Párroco de San Lorenzo que informara al Sr. Prior,

«que los Sacerdotes de la Misión guardaban silencio desde las oraciones de la noche hasta la mañana siguiente, después de comer. A continuación disponían de una hora de conversación; después de ella observaban el mismo silencio hasta la noche, después de la cena, en que tenían otra hora de conversación; y que inmediatamente empezaban el silencio, durante el cual sólo se hablaba de cosas necesarias, y eso en voz baja. Que estaba persuadido de que, si se quitaba eso de una Comunidad, introducía el desorden y la confusión, cosa que había hecho decir a un santo personaje, que, cuando se veía a una Comunidad observar exactamente el silencio, podía decirse con toda seguridad que también observaba con exactitud el resto de la regularidad. Y, por el contrario, en las que no se observaba el silencio, era casi imposible que las demás Reglas fueran observadas»

«Pues bien, como tenía razones para temer que los Señores Religiosos no quisieran someterse y obligarse a aquella observancia tan estricta; que, si no la guardaban, sería un impedimento que arruinaría por entero aquella práctica de los misioneros»

Esto es lo que el Sr. Vicente rogó al Sr. de Lestocq que informara al Sr. Prior, y se ha encontrado en una de sus cartas escritas de su puño y letra. Sugirió de inmediato una propuesta para el alojamiento de los religiosos fuera del dormitorio, y para finalizar, declaró abiertamente su resolución con estas palabras dignas de notarse:

«Preferiría -dijo- permanecer en nuestra pobreza, que desviarnos del plan de Dios sobre nosotros»

Y se mantuvo tan firme en dicha resolución que hubo que tachar el artículo del contrato, porque, de otro modo, no habría aceptado los demás y hubiera preferido verse privado de todas las grandes ventajas temporales que pudieran sobrevenirle, que consentir en algo que pudiera causar el menor obstáculo al bien espiritual de su Congregación. Lo que le mantenía aún más firme y más inflexible en aquel punto era el aprecio y el amor a la soledad y al recogimiento interior. Pensaba que los misioneros debían amarlos tanto más cuanto más necesitaban precaverse de la disipación del espíritu a que los exponían sus ocupaciones. A propósito de lo cual llegó a decir: *«que los verdaderos misioneros debían ser cartujos en casa y apóstoles fuera»*

Formalizado el contrato, y hecha entrega por el Sr. Le Bon del Priorato, de la casa y de las dependencias de San Lázaro, para que fueran unidos a la Congregación de la Misión, el Sr. Arzobispo de París hizo la unión, por ser un beneficio de su colación, por Letras de fines de diciembre de 1631. Y N. S. P. el Papa Urbano VIII la confirmó con bulas del 15 de marzo de 1635, y ha sido confirmada de nuevo el 18 de abril de 1655.

Los Señores Preboste de Mercaderes y Regidores municipales de París consintieron de igual modo en la instalación de los Misioneros en la casa de San Lázaro. Y el Rey hizo despachar en favor de la instalación de los misioneros nuevas Letras Patentes. Cuando fueron presentadas al Parlamento para ser registradas, una comunidad religiosa muy célebre se opuso a ellas, pretendiendo que la casa le pertenecía. Pero la oposición quedó allanada por un decreto contradictorio y solemne, y las Letras reales registradas el 17 de septiembre de 1632. A este propósito, no debemos omitir que mientras los abogados litigaban la causa, el Sr. Vicente estuvo en la Santa Capilla del Palacio en oración, manteniéndose ante Dios en completa indiferencia por lo que podía pasar. Por ese tiempo escribió a cierta persona muy virtuosa, en quien tenía plena confianza:

«Ya sabe usted -le dijo- que los Religiosos de N. N. nos impugnan San Lázaro. Le costaría a usted creer los actos de sumisión que les he prestado a tenor del Evangelio. Por más que en verdad no tengan razón por lo que me ha asegurado el Sr. Duval, y por lo que me dicen todas las personas que saben de qué se trata. Sucederá lo que plazca a Nuestro Señor, que conoce en verdad que su bondad me ha hecho más indiferente en esta coyuntura que en ninguna otra: ayúdeme a darle gracias, por favor»

Hay todavía otra cosa muy digna de ser destacada en el asunto del pleito. Nos hace ver el maravilloso desprendimiento del gran Siervo de Dios. Al tomar posesión de la casa de San Lázaro, se vio obligado a encargarse de tres o cuatro pobres dementes confiados por sus padres al cuidado del Sr. Prior Le Bon. Imposible decir con qué caridad les hacía servir el Sr. Vicente, y hasta los servía él mismo en persona, y con tanto más agrado se dedicaba a aquel menester, cuanto que la naturaleza encuentra en eso menos satisfacción. Aquellas personas no eran capaces de agradecer el favor que se les prestaba, y de ordinario estaban sucias, eran molestas y, a veces, hasta peligrosas. Precisamente entonces, se vio el Sr. Vicente en riesgo de ser desposeído de la casa de San Lázaro por aquella Comunidad religiosa opositora, rica en crédito y amigos. Y para prepararse, según

su buena costumbre, para la solución que pluguiera a Dios dar al proceso, un día se puso a considerar (lo declaró él mismo a personas de confianza), qué podría causarle alguna contrariedad, si tuviera que dejar su nueva vivienda, tan cómoda y ventajosa para su Congregación. Y entre todas las comodidades y ventajas de una Casa Señorial, situada a la entrada de París, como la de San Lázaro, no halló otra cosa que más pena le pudiera dar, que la de abandonar a los pobres locos, cuyo servicio, o mejor, el servicio que prestaba a Jesucristo en sus personas, le llegaba más al corazón que todo lo demás del Señorío y de todas las posesiones, pues las miraba con entera indiferencia. ¡Verdaderamente el corazón de este santo sacerdote tenía sentimientos bien diferentes de los del mundo, y sus pensamientos eran mucho más elevados que los pensamientos habituales de los hombres! Consideraba una locura apegarse a los bienes y a las comodidades de la tierra, y sabiduría servir a los dementes. Apreciaba aquel servicio prestado por amor a Jesucristo como un gran tesoro que temía perder; y no le causaba pena ser despojado de una rica posesión que empezaba a gozar, y que podía serle tan cómoda para la subsistencia y el robustecimiento de su nueva Congregación. ¡Qué gran razón tuvo el Apóstol cuando dijo, que Dios se complacía en perder y confundir toda la sabiduría del mundo! Y que para hacerse sabio según Dios, a veces hay que comportarse como un loco ante los hombres. Los que han conocido al Sr. Vicente pueden atestiguar que poseía una mente tan aguda e iluminada como no se podía esperar en una persona de su condición. No había en él mezcla alguna de ligereza ni de fervor indiscreto en su conducta. Se apoyaba no sobre el simple razonamiento humano, sino sobre las máximas y verdades del Evangelio, que había puesto por fundamento, y que llevaba grabadas en su corazón, y siempre las tenía presentes en su mente. Según ese principio se conformaba en todo a la doctrina y a los ejemplos de Jesucristo; y, a su imitación, evitaba en cuanto le era posible todo lo que olía, aunque fuera poco, a vanagloria, o a ostentación y, por el contrario, abrazaba con mucho afecto la humillación, la abyección, el desprecio, la negación de sí mismo y otras prácticas parecidas para hacerse tanto más conforme al que, siendo Dios por naturaleza, quiso rebajarse por nosotros hasta el punto de hacerse no solamente hombre, sino el oprobio de los hombres y abyección del pueblo

El Sr. Vicente, después de haber sido pacífico poseedor de la casa de San Lázaro, quiso en ese espíritu mantener siempre, aunque sin ninguna obligación, la misma práctica de humildad y de caridad, recibiendo en aquella casa a los pobres locos que todo el mundo rechaza y de los que nadie quiere encargarse, considerándolos como miembros débiles de Jesucristo, y, en condición de tales, prestándoles todo el servicio y toda la asistencia corporal y espiritual de que son capaces.

CAPITULO VEINTITRES pag. 115

Enumeración de los grandes bienes que, para la Iglesia, han acompañado o seguido a la fundación de la Congregación de la Misión y de

los que Dios quiso que el Sr. Vicente fuera el autor o el principal promotor. Y en primer lugar la fundación de las Cofradías de la Caridad para la asistencia corporal y espiritual de los enfermos pobres

Es algo sorprendente, y que parecería increíble, si no hubiera tantos testigos como personas hay que conocieron al Sr. Vicente, que un solo hombre que tenía tan bajos pensamientos de sí mismo hasta llegar a considerarse como el último de los sacerdotes, y que además estaba encargado de los cuidados y de la dirección de una Compañía recién fundada, que iba creciendo cada día en número; es algo sorprendente digo, que este pobre y sencillo sacerdote, que evitaba cuanto podía ser conocido y que no se exhibía sino a pesar suyo y con una contrariedad extrema, haya al menos emprendido y llevado felizmente a término unas obras tan grandes e importantes para el servicio de la Iglesia y para la gloria de Dios, como veremos más adelante en este libro.

¡Qué verdad es, -como dice un Santo Padre-, que la caridad no tiene límites! Nunca dice, ¡basta! Y cuando anima a un corazón, lo hace infatigable en los trabajos: le hace emprender, tanto como la prudencia se lo permite, todo lo que ve que puede contribuir a la mayor gloria de su Divino Salvador; le parece que todo le es posible en virtud de quien lo conforta. Si conocemos un árbol por sus frutos y la caridad por sus obras, hay que confesar que Dios había prevenido al Sr. Vicente con gracias muy especiales porque quiso hacer por su medio tan grandes cosas, y que la caridad que el Espíritu Santo derramó en su alma era muy perfecta, porque le dio un corazón tan grande, que parecía que el mundo era demasiado estrecho y la tierra demasiado pequeña para proporcionarle una materia adecuada al deseo ardentísimo que tenía de procurar que Dios fuera cada vez más conocido, amado y glorificado.

En este capítulo y en los siguientes vamos a hacer una enumeración sumaria de algunas de las santas realizaciones que acompañaron o siguieron a las primeras casas de la Congregación de la Misión. Las referiremos casi en el mismo orden en que fueron hechas. Pero no nos ceñiremos a dicho orden de forma que, a veces, no lo interrumpamos para continuar las materias que puedan tener alguna relación o conexión. Reservaremos para el segundo libro el desarrollo de lo que sea más digno de consideración en todas las obras piadosas.

Comenzaremos en este capítulo por la fundación de las Cofradías de la Caridad para la asistencia de los enfermos pobres. Su miseria corporal y espiritual conmovía vivamente el corazón del Sr. Vicente, extremadamente tierno en esa materia. Cuando vio los buenos efectos producidos por la primera Asamblea o Cofradía de la Caridad que Dios había fundado por su medio en Bresse, como ya lo hemos dicho en capítulos anteriores, decidió extender aquella buena obra en cuanto le fuera posible. En todas las misiones que dio él, o los suyos, por las aldeas, trató de fundar la Cofradía para la asistencia corporal y espiritual de los enfermos pobres. Y Dios quiso conceder tal bendición a aquel piadoso

proyecto, que hubo pocos sitios, en los que se dio la misión, donde no se fundó la Cofradía de la Caridad

Pero no basta con empezar las buenas realizaciones, si no se las sostiene y sino se trata de llevarlas a su perfección. El Sr. Vicente estuvo preocupado por lo que debía hacer para mantener y perfeccionar las nuevas Cofradías. Por estar constituidas de sencillas mujeres de pueblo necesitaban de alguna ayuda exterior, ya para animarlas en la práctica de las obras caritativas, pues en ellas encontraban a veces contrariedades; ya para darles consejos necesarios en las dificultades que podían surgir en sus actividades; ya finalmente para prepararlas para el servicio de los enfermos. Porque aunque el Sr. Vicente les había dado Reglamentos muy adaptados a su actuación, e hizo lo que pudo para ir de vez en cuando a visitarlas personalmente o por algunos de los suyos, en los lugares donde había Cofradías, éstas se habían multiplicado por tantos sitios, y los misioneros se hallaban tan ocupados en sus tareas que no podían atenderlas como hubieran deseado. Entonces Dios, que siempre tiene una Providencia que vela sobre todas las cosas, inspiró a una virtuosísima Señorita que se dedicara de modo especial a las obras de caridad bajo la dirección del Sr. Vicente. Y como había trabajado mucho para las Cofradías de la Caridad y cooperado con el Sr. Vicente en otras actividades de las que hablaremos inmediatamente, es preciso darla a conocer más en concreto al lector.

Nos referimos a la Señorita Le Gras, Luisa de Marillac, viuda del Sr. Le Gras, secretario de la Reina Madre, María de Medicis. Dios le había dado virtudes y disposiciones convenientes para tener éxito (con bendición) en todas las santas obras a las que la destinaba. Estaba dotada de un extraordinario sentido común, de una virtud varonil y de una caridad universal, que le hacía abrazar con celo infatigable todas las ocasiones de socorrer al prójimo, y, en particular, a los pobres. Su Providencia la ejercitó durante algún tiempo con penas interiores que la afligieron y molestaron mucho. Se vio llena de fuertes perplejidades ante su propia manera de actuar y ante la resolución que debía tomar para darse a Dios como ella quería. Había sido durante varios años dirigida del difunto obispo de Belley, y por consejo suyo se decidió a tomar al Sr. Vicente para Director. Aunque no se solía encargar fácilmente de dirigir a las almas en particular y evitaba esa ocupación en cuanto le era posible, por miedo a que le quitara tiempo, y le impidiera dedicarse a obras más importantes para el servicio de la Iglesia, el Sr. Vicente creyó que en aquella ocasión debía acceder al parecer del gran obispo y prestar ese oficio de caridad a la virtuosa Señorita. Así lo dispuso Dios por los grandes bienes que su Providencia quería sacar, bienes que aparecieron muy pronto.

Esta fiel servidora de Jesucristo se sintió fuertemente tocada en sus oraciones para entregarse al servicio de los pobres. Pidió consejo al Sr. Vicente, y éste le respondió con una carta.

«Sí, ciertamente, mi querida Señorita, me parece muy bien. Y ¿cómo no? Si ha sido

Nuestro Señor quien le ha sugerido ese santo sentimiento. Comulgue, pues, mañana y prepárese para la revisión saludable que se propone, y, después de eso, comience los santos ejercicios que se ha impuesto. No me siento capaz de expresarle cuán ardientemente desea mi corazón ver el suyo para saber cómo ha ocurrido eso en su corazón, pero deseo mortificarme por el amor de Dios, que es lo único en que deseo esté ocupado el de usted»

«Me imagino que las palabras (del Evangelio) de este día le habrán impresionado profundamente. ¡Tan apremiantes resultan para el corazón que ama con un amor perfecto! ¡Oh! Le suplico que su infinita Bondad haga, que usted sea siempre un verdadero árbol de vida, que produzca frutos de verdadera caridad»

Fue un rasgo muy especial de la Providencia Divina: La Señora Generala de Galeras había muerto el año 1625, después de haber cooperado con tanta bendición a las primeras misiones y a la fundación de los misioneros. El Sr. Vicente se había retirado entonces, como ya lo hemos dicho, al Colegio de Bons-Enfants. Y Dios quiso que muy pronto la Señorita Le Gras fuera a vivir cerca del Colegio para cooperar con grandísimo celo en todas las iniciativas de caridad a las que se dedicaba el fiel Siervo de Dios, con el fin de asistir corporal y espiritualmente a los pobres. Halló el Sr. Vicente en Luisa tan buenas disposiciones, y después de comprobar su virtud durante algunos años, le propuso, a comienzos de 1629, que se diera de modo particular a Nuestro Señor para honrar su caridad en los pobres y para imitarle en cuanto pudiese en sus fatigas, cansancios y contrariedades a las sufridas por El. La invitó a emprender, siguiendo el ejemplo de un Señor tan caritativo, algunos viajes y a ir por las aldeas para ver cómo andaban las Cofradías y reuniones de caridad, que se habían fundado, y las que se seguían fundando en las misiones. Y lo llevó todo acabo por espíritu de obediencia, aunque, por lo demás, estaba dispuesta por su celo y por el amor que sentía por los pobres. No se puede decir el fruto y la bendición que produjo en todos los sitios donde realizó la visita caritativa de las Cofradías de la Caridad, levantando a las que estaban caídas; animando a las mujeres que las componían; haciéndolas aumentar en número, cuando eran demasiado pocas para llevar las cargas; dándoles consejos para cumplir dignamente con sus obligaciones; preparándolas para el servicio de los enfermos pobres; distribuyendo camisas y ropa blanca que llevaba consigo e ingredientes para formar remedios; sugiriéndoles varios recursos y otros medios con que lograr el alivio y la salvación de los enfermos pobres.

De ordinario se detenía en cada una de las parroquias, y en el entre tanto, además de procurar el bien de las Cofradías de la Caridad, reunía a las muchachas en alguna casa particular con la aprobación del Sr. Párroco, y las catequizaba e instruía en las obligaciones de la vida cristiana. Si había en el lugar una maestra, le enseñaba caritativamente a desempeñar bien su oficio; si no la había, trataba de poner una que fuera apta, y para prepararla mejor, ella misma empezaba a dar las clases y a instruir a las niñas en presencia de la nueva maestra

Durante varios años se dedicó a este tipo de trabajos y obras caritativas en las diócesis de Beauvais, de París, de Senlis, de Soissons, de Meaux, de Châlons, de Champaña y de Chartres, con frutos y bendiciones inconcebibles. Disponía de una instrucción escrita de puño y letra por el Sr. Vicente acerca de la forma que debía observar en su actuación. Ella le iba escribiendo de vez en cuando acerca de todo lo que sucedía, y no hacía nada de extraordinario sin su consejo. Los viajes y las limosnas los hacía a sus expensas, y era siempre acompañada de algunas Señoritas piadosas y de una criada. Después de haber empleado la mayor parte del año en estas ocupaciones penosas y caritativas, ordinariamente volvía, para pasar el invierno, a París. Allí seguía prestando la misma asistencia a los pobres. Pero no contenta con lo que iba haciendo, la caridad que movía su corazón la impulsaba a convidar, en cuanto podía, a otras personas virtuosas a darse a Jesucristo para prestarle un servicio semejante en sus miembros. Se ha de destacar que era de complexión muy delicada y sujeta a muchas dolencias, pero no por eso menguaba su caridad

He aquí el extracto del comienzo y del final de una carta que le escribió el Sr. Vicente acerca de esa cuestión:

«¡Bendito sea Dios por haberla hecho llegar con buena salud! Tenga cuidado en conservarla por el amor de Nuestro Señor y de sus pobres miembros, y evite trabajar demasiado. Es una astucia del demonio, con la que engaña a muchas almas buenas, incitarlas a hacer más de lo que pueden, para que luego no puedan hacer nada; y el espíritu de Dios incita suavemente a hacer el bien que razonablemente se puede hacer, a fin de que lo hagamos con perseverancia. Obre, pues, así Señorita, y obrará según el espíritu de Dios», etc

«Cuando se vea usted honrada y estimada, una su espíritu a los desprecios y malos tratos que sufrió el Hijo de Dios. Ciertamente, un espíritu verdaderamente humilde se humilla tanto en los honores como en los desprecios, y hace como la abeja que fabrica su miel tanto con el rocío que cae sobre el ajenjo como con el que cae sobre la rosa. Espero que sabrá hacerlo así»

El Sr. Vicente no tuvo al principio otro propósito que fundar la Cofradía de la Caridad en las parroquias de las aldeas y los pueblos donde al no haber hospitales, los pobres enfermos a menudo quedaban en gran abandono, privados de ayuda y de remedios. Pero cuando el difunto Sr. Obispo de Beauvais conoció los grandes frutos producidos por la Cofradía de la Caridad para el bien espiritual, así como para el alivio corporal de los enfermos pobres, quiso que se fundara en todas las parroquias de la ciudad de Beauvais, que son dieciocho. Y cuando algunas Señoras virtuosas y caritativas de París vieron los buenos efectos de la Cofradía en las aldeas, trataron de que se fundara también en París, en su parroquia, a saber, la del Salvador. El año 1629 el Sr. Vicente hizo en París la primera fundación, siguiendo los deseos del Sr. párroco. Y el año siguiente la Señorita Le Gras invitó a cinco o seis señoras conocidas suyas de la parroquia de san Nicolás du Chardonnet, donde ella vivía, a juntarse con ella para el servicio de los

enfermos pobres; y así lo hicieron. Escribió al Sr. Vicente, que entonces estaba dando misiones, para darle cuenta del progreso que habían realizado en aquella obra caritativa. El le recomendó de forma especial que siguieran los Reglamentos de las Cofradías ya establecidas, y le añadía otros consejos convenientes para tener éxito en la santa obra de aquella parroquia, así como había tenido el año precedente en la del Salvador. Luisa cumplió todo fielmente, y Dios les concedió tal bendición que otras señoras se asociaron a las primeras, y los pobres han estado desde entonces siempre muy bien atendidos bajo la sabia dirección del Sr. párroco

El mismo año y el siguiente, 1631, fue fundada la Cofradía por el Sr. Vicente con el permiso del Sr. Arzobispo de París, y la aprobación de los Sres. Párrocos en la parroquias de San Mederico, San Benito y San Sulpicio. Y más adelante, se han fundado, en diversas ocasiones, en las parroquias de San Pablo, San Germán de Auxerre, San Eustaquio, San Andrés, San Juan, San Bartolomé, San Esteban du Mont, San Nicolás des Champs, San Roque, Santiago de la Boucherie, Santiago du Haut Pas, San Lorenzo y, por decir así, en casi todas las parroquias de la ciudad y de los arrabales de París

Los Sres. Descordes y Lamy, administradores del hospital de Quinze-Vingts, rogaron también al Sr. Vicente que fundara allí la Cofradía de la Caridad; y él accedió

No debemos omitir aquí que en uno de los primeros años en que la Señorita Le Gras se dedicaba a las prácticas de la Cofradía de la Caridad en la parroquia de San Nicolás du Chardonnet, le ocurrió que un día se le acercó una joven apestada. Cuando el Sr. Vicente se enteró, le escribió en estos términos:

«Acabo de saber ahora mismo, no hace más de una hora, el accidente que ha sufrido la joven a la que recogieron sus guardianas de los pobres. Le confieso, Señorita, que de momento esto me ha enternecido tanto el corazón, que, si no hubiera sido de noche, habría partido inmediatamente para ir a verla. Pero la bondad de Dios sobre los que se entregan a El para el servicio de los pobres de la Cofradía de la Caridad, en la que ninguno de cuantos a ella pertenecen ha sido tocado por la peste, me obliga a tener una perfectísima confianza en El en que no la alcanzará el mal. ¿Creerá, Señorita, que no sólo visité al difunto Sr. Subprior de San Lázaro, que murió de la peste, sino que incluso percibí su aliento? Sin embargo, ni yo ni los demás que le asistieron hasta el último momento hemos sufrido mal alguno. No, Señorita, no tema; Nuestro Señor quiere servirse de usted para algo que se refiere a su gloria, y creo que la conservará para ello. Celebraré la santa misa por esa intención. Iría a verla mañana, si no fuera por la cita que tengo con algunos doctores de la Magdalena para unos asuntos concernientes al establecimiento de esta casa»

Ya se ha hecho notar acerca del contenido de esta carta, que la predicción del Sr. Vicente se ha realizado, y que esta caritativa Señorita, a pesar de continuar con sus penosas prácticas y todas sus grandes y frecuentes dolencias, vivió aún casi treinta años, después de que el Sr. Vicente le escribiera esa carta. Dios quiso servirse de ella no

solamente para el bien de las Cofradías, tan útiles y saludables para los enfermos pobres, sino también para la fundación de una nueva Comunidad de virtuosas mujeres, que han contribuido tanto al bien de esas Cofradías y que prestan además tan buenos servicios a la Iglesia, como lo veremos en Capítulo siguiente.

CAPITULO VEINTICUATRO pag. 121

Fundación de la Compañía de las Hijas de la Caridad, siervas de los enfermos pobres

Si es cierto, como dijo el Profeta, que un abismo llama a otro abismo, con más razón se puede decir que una bendición atrae otra nueva bendición y que la caridad, que es la más fecunda de todas las virtudes, al acabar una de sus obras, ordinariamente concibe y comienza otra nueva. Eso se verifica especialmente en la presente obra. Porque la Cofradía de la Caridad, -hemos hablado de ella en el capítulo anterior- dio origen a una santa Compañía de mujeres que llevan el mismo título, y se llaman Hijas de la Caridad. Y Dios, que hizo al Sr. Vicente Fundador de una Congregación de hombres para evangelizar a los pobres, quiso también que fuera el Padre y Fundador de una nueva Comunidad de Mujeres para el servicio también de los pobres, y principalmente de los enfermos. Esta obra debe atribuirse a la guía de la Divina Providencia tanto más cuanto que el Sr. Vicente contribuyó menos que en otras a ella por su propia iniciativa, y se vio como obligado, contra sus propios planes, a prestar ayuda a la nueva fundación. Veamos cómo sucedió todo

Las Cofradías de la Caridad fueron primeramente fundadas en las aldeas, como ya lo hemos indicado. Las mujeres que formaban parte de ellas se dedicaban personalmente al servicio de los enfermos, yendo unas después de otras a visitarlos y aprestarles toda clase de las ayudas necesarias. Cuando esas mismas Cofradías fueron instaladas en las parroquias de París, las señoras que habían intervenido en la fundación, impulsadas por el mismo espíritu de caridad, quisieron también visitar personalmente a los enfermos en sus casas y ofrecerles los mismos servicios. Con el tiempo, las Cofradías se multiplicaron mucho, y sucedió que quisieron afiliarse a ellas muchas señoras de condición, que no podían, sea por la oposición de sus maridos, o por otras razones, prestar personalmente a los enfermos las asistencias necesarias y acostumbradas, tales como llevarles la comida, hacerles la cama, preparar los remedios y otras cosas semejantes. Y cuando empleaban a la servidumbre para prestar esos servicios, ocurría muy a menudo que carecían de destreza y de ganas para cumplir bien el cometido. Aquello les hizo ver que les era absolutamente necesario disponer de unas criadas que estuvieran totalmente dedicadas a servir a los pobres enfermos y que les repartieran la comida y los remedios según lo exigían sus enfermedades

Se lo sugirieron al Sr. Vicente el año 1630. Después de haberlo considerado ante Dios y reconocido la necesidad de aquella ayuda, le vino a la mente que en las misiones de las aldeas solía haber unas buenas jóvenes que no estaban dispuestas a casarse y que carecían de medios para hacerse religiosas; y que entre ellas podría encontrar algunas bien dispuestas para entregarse por amor de Dios al servicio de los pobres enfermos. La Providencia de Dios dispuso las cosas de forma que en las primeras misiones siguientes se encontraron dos que aceptaron la propuesta que se les hizo, y fueron enviadas una a la parroquia de San Salvador y la otra a la de San Benito. Y enseguida se presentaron otras, que fueron colocadas en San Nicolás du Chardonnet y en otras parroquias

El Sr. Vicente y la Señorita Le Gras les dieron los consejos que juzgaron necesarios para ayudarlas a portarse en la forma adecuada, tanto con las señoras, como con los enfermos. Pero estas jóvenes, como habían venido de diferentes lugares, no tenían entre sí ninguna conexión ni comunicación, ni otra dependencia que con las señoras de las parroquias donde vivían. Y como no habían sido adiestradas para los actos de caridad relacionados con los enfermos pobres, había entre ellas algunas que no satisfacían, y que era preciso despedir. Mas, al no haber suficientes jóvenes experimentadas y formadas en reserva, acaecía que las señoras y los pobres volvían a caer en la situación anterior. Eso hizo ver con claridad que era necesario disponer de un gran número de jóvenes para poder distribuirlas por todos los sitios de París, donde hubiera Cofradías. Y además de eso, había que poner también un esmero especial en adiestrarlas para el servicio de los enfermos y enseñarles a sangrar y a preparar los remedios. Más aún, para educarlas y formarlas en la práctica de la oración y de la vida espiritual, al ser poco menos que imposible perseverar durante mucho tiempo en aquella vocación tan penosa y vencer la repugnancia que experimenta la naturaleza, si no se tiene una virtud sólida

El Sr. Vicente conocía esta gran necesidad y había importunado con ese asunto más de una vez a las señoras, que sólo habían acudido a él para conseguir muchachas como eran de desear, pero que eran muy difíciles de hallar. El Sr. Vicente, como no era de los que suelen inquietarse y apurarse por nada, se contentó con acudir a Dios en la oración, esperando que pluguiera a su Providencia descubrirle algún medio para cubrir aquella necesidad. No quedó defraudado en su espera. Al cabo de poco tiempo se le presentaron varias muchachas; escogió a tres o cuatro que consideró más aptas y las puso en manos de la Señorita Le Gras, que por entonces vivía cerca de San Nicolás du Chardonnet. La había preparado para recibirlas, alojarlas y mantenerlas en su casa, y así hacerlas capaces de corresponder a los planes de la Providencia de Dios sobre ellas.

Esto se hizo el año 1633, solamente a manera de prueba, y Dios bendijo aquellos comienzos: creció el número de muchachas, y se formó con ellas una pequeña Comunidad, que sirvió y todavía sirve de semillero de las Hijas de la Caridad para asistir a los enfermos pobres en las parroquias, en los hospitales y en otros sitios a los que son llamadas

Cuando la Señorita Le Gras vio las bendiciones que Dios derramaba sobre aquella

pequeña Comunidad naciente, y el cariño que sentía por los pobres, la movieron a dedicarse de un modo particular a formar a las muchachas, pues podían prestar un servicio tan útil y saludable. Quiso saber del Sr. Vicente si podía dedicarse enteramente a tan santa tarea, y después de haberle urgido varias veces a resolverse y decirle si debía ella escuchar aquel pensamiento y seguir aquel movimiento, ahí vala respuesta recibida de él, de acuerdo con su norma habitual de no dedicarse a obras nuevas y extraordinarias sino a manera de ensayo

«En cuanto a esa ocupación, -le dice- le ruego una vez para siempre que no piense en ello hasta que Nuestro Señor haga ver lo que quiere. Por que se suelen a menudo desear cosas buenas con un deseo que parece ser de Dios, y, sin embargo, no siempre lo es. Dios lo permite para que el espíritu se vaya preparando a ser como El desea. Saúl iba buscando unas borricas y se encontró con un reino; san Luis buscaba la conquista de Tierra Santa y se encontró con la conquista de sí mismo y con la corona del cielo. Usted trata de convertirse en servidora de esas pobres muchachas y Dios quiere que sea servidora de El y quizás de otras muchas personas a las que no serviría de esa otra forma. Por Dios, Señorita, honre su corazón la tranquilidad del de Nuestro Señor. Así estará en estado de servirle. El reino de Dios es paz en el Espíritu Santo. El reinará en usted, si su corazón está en paz. Esté, pues, en paz, Señorita, y honrará soberanamente al Dios de la paz y del amor».

Y en otra carta le confió:

«Ante Dios todavía no veo las cosas claras en ese asunto: una dificultad me impide ver cuál es su voluntad. Le suplico, Señorita, que Le encomiende ese proyecto durante esos santos días en los que El comunica con más abundancia las gracias del Espíritu Santo»

Por esas cartas y otras muchas que el Sr. Vicente le escribió sobre el mismo tema, vemos con qué miramientos procedía en el discernimiento de la verdadera vocación de la virtuosa Señorita para dirigir a aquellas jóvenes, no sólo porque la consideraba capaz de mayores cosas que aquélla, que parecía en aquel momento tan pequeña, para limitar los talentos y las gracias que había recibido Luisa de Dios, sino también porque su humildad no le permitía presumir que Dios quisiera servirse de él para ejecutar todo lo que su Providencia hizo por medio de la caritativa Señorita. La mantuvo así durante dos años en aquella indiferencia, y exhortándola a confiar únicamente en Dios, gracias al cual, -se lo aseguraba- no quedaría confundida. En cuanto a él, su gran humildad le movía a desear siempre que Dios hiciera todo sin él. No se consideraba capaz de nada, sino de poner obstáculos a los planes de la Providencia, y parecía totalmente opuesto a que Dios se complaciera en servirse de la mano de su fiel Siervo, a pesar de él, para comenzar y llevar a cabo las cosas más importantes para su gloria

Por fin, la palabra que le había repetido tan a menudo a la Señorita Le Gras acerca de aquel asunto, que confiara únicamente en Dios que no quedaría defraudada, se verificó a lo largo del tiempo por las bendiciones extraordinarias derramadas por Dios sobre los

primeros intentos emprendidos y continuados por Luisa en espíritu de obediencia. Podemos decir que hasta el mismo Sr. Vicente se equivocó en cierto sentido. Porque sólo pretendía hacer instruir y preparar algunas jóvenes para el servicio de Dios y de los enfermos pobres, y así poder distribuirlas a continuación por las parroquias de París, sin que transcendiera nada al exterior. Pero Dios ha multiplicado a la pequeña Comunidad de Hermanas de tal modo en número y en gracia, que el Sr. Vicente y la virtuosa Señorita han tenido el consuelo durante su vida de verla extendida no sólo en veinticinco o treinta puntos de París, también en más de treinta ciudades, villas y aldeas de diversas provincias de Francia, e incluso de Polonia, donde la Reina ha querido establecerlas para el bien de los pobres de su reino

Esos han sido los frutos de la humildad del Sr. Vicente. No pensaba, ni mucho menos, en ser el fundador de una nueva Comunidad de Mujeres, sobre la que Dios quiso derramar tan abundante rocío de sus bendiciones y de sus gracias, hasta el punto de ser deseada y buscada por todas partes, y no dar tiempo ni para prepararse a las muchachas, porque (si se puede hablar así) esas plantas tan jóvenes son arrancadas de su seminario en cuanto están dispuestas, sin darles tiempo para formarse. Pero Dios ha suplido con su misericordia, las ha asistido siempre, de forma que, por su frugalidad, asiduidad en el trabajo, amor a la pobreza, paciencia, modestia y caridad, han sido y continúan siendo de gran edificación en todos los lugares donde han sido empleadas

Los primeros fundamentos de su Comunidad fueron puestos en la casa de la Señorita Le Gras, parroquia de san Nicolás du Chardonnet. De aquí, por consejo del Sr. Vicente, las trasladó a otra casa en el pueblo de La Chapelle, a media legua de París, como lugar más propio para educarlas, alimentarlas y vestirlas como las jóvenes del campo en un espíritu de pobreza y de humildad, estando como están destinadas para sirvientes de los pobres. Más adelante, hacia el año 1642, volvieron a París, y se alojaron e instalaron en el arrabal de San Lázaro, en la casa donde aún hoy moran. El Sr. Vicente les prescribió Reglas y Constituciones, aprobadas a su debido tiempo por el Sr. Arzobispo de París, quien con su autoridad las erigió en Congregación o Compañía con el nombre de Hijas de la Caridad, Sirvientes de los pobres, y bajo la dirección del Superior General de la Congregación de la Misión. El Rey ha confirmado y autorizado su fundación por Letras Patentes, confirmadas en el Parlamento de París. Además del servicio y de la asistencia que prestan a los enfermos pobres, se dedican aún hoy en diversos lugares a instruir a las jóvenes, y les enseñan sobre todo a conocer y servir a Dios y a cumplir con los principales deberes de la vida cristiana

Esta obra podrá parecer pequeña a los ojos del mundo, que sólo se fija en las cosas con apariencia y brillo. Pero los que conocen cuán preciosas son ante Dios, y de qué manera han sido recomendadas por Nuestro Señor las obras de misericordia y de caridad, sabrán que este Instituto, aunque pequeño ante los hombres, es, a pesar de todo, grande ante Dios; y tanto más meritorio en sus trabajos, por cuanto Jesucristo expresamente ha declarado que consideraba tan agradable el servicio que se les presta a los pobres, como el que se hace a su misma Persona; y que, además, la caridad con que se acompaña el

servicio en la persona de los pobres es más pura y, por consiguiente, más perfecta al no haber nada que esperar de los pobres, sino contrariedades, quejas e injurias

Es Dios quien por el humilde y caritativo Vicente de Paúl ha hecho nacer y multiplicarse a esta pequeña Comunidad, que en el pasado produjo y sigue continuamente produciendo frutos de humildad, de paciencia, de caridad y de otras virtudes más queridas del Hijo de Dios, y más particularmente recomendadas en el Evangelio. Hablaremos también de eso en la Segunda Parte.

CAPITULO VEINTICINCO pag. 125

Ejercicios de Ordenandos para ayudar a los que quieran recibir los Santos Ordenes

La advertencia de san Pablo al obispo san Timoteo diciéndole que no impusiera fácilmente las manos para conferir el sacramento del Orden es importantísima, no sólo para los obispos para no hacerse partícipes, como dice el mismo Apóstol, de los pecados del prójimo, sino también para toda la Iglesia, que de ordinario recibe el mayor daño, como dice un santo Padre, de sus propios ministros. Hasta se puede decir con verdad que las persecuciones de los tiranos no han causado tanto daño a la salud de las almas, como la vida escandalosa y el comportamiento pernicioso de los malos sacerdotes

Ese suele ser el motivo de una de las mayores penas de los buenos obispos, deseosos de desempeñar dignamente su cargo. Por un lado se ven obligados a proveer sus iglesias de sacerdotes y otros ministros sagrados, y por otro se ven muy coaccionados cuando tratan de elegirlos. Es casi imposible que, dado el gran número de los que se presentan y que se ven obligados a recibir para proporcionarlos a la gran extensión de sus diócesis y a la multitud numerosa de pueblos que llenar las parroquias, no se hallen muchos bastante mal dotados de las cualidades y virtudes requeridas para tan santo ministerio. Y por mucha diligencia que puedan poner en el examen de la aptitud de los que se presentan y en la investigación de su vida y sus costumbres, no pueden conocer todos los detalles y a menudo se equivocan. El difundo Don Agustín Potier, obispo de Beauvais, su memoria es bendita, por su celo, su vigilancia pastoral y otras virtudes conocía perfectamente ese mal, y con frecuencia trató de hallar el oportuno remedio

Por eso, viendo con qué abundancia Dios había comunicado su espíritu al Sr. Vicente para proveer a las necesidades espirituales de su pueblo por medio de las misiones (extendidas, ya por entonces, por la mayor parte de las parroquias de su diócesis) y por las Cofradías de la Caridad, también organizadas por él, pensó que el Sr. Vicente no tendría menos luces ni menos gracia para ayudarle a mejorar su clero. Como apreciaba mucho su virtud y tenía particular confianza en su caridad, frecuentemente le

abría el corazón y le declaraba las dificultades que sufría a este respecto. Lo llamaba a menudo a Beauvais, o también, iba a visitarlo a París para pensar en los medios y remedios más convenientes y más eficaces. Un día, entre otros, el buen prelado preguntó al Sr. Vicente qué se podría hacer para poner algún remedio a los desarreglos de su clero y reformarlo. El sabio y experimentado misionero le respondió, que era casi imposible reformar y enderezar a los malos sacerdotes ya inveterados en sus vicios, y a los párrocos de vida desordenada que se habían desorientado en su conducta. Pero que, para trabajar con esperanza de fruto en la reforma del clero, era necesario ir a la raíz del mal para aplicar allí el remedio y que como no se podía, sino con mucha dificultad, convertir y cambiar a los sacerdotes ya mayores, era preciso esforzarse en formar buenos en el futuro. En primer lugar habría que tomar la resolución de no admitir a los órdenes, sino a los que tuvieran la ciencia requerida y demás señales de verdadera vocación. En segundo lugar, habría que trabajar en los que quisiera admitir para hacerlos capaces de sus obligaciones, y obligarles a obtener el espíritu eclesiástico: con ellos se podría después ir dotando a las parroquias

Al Sr. de Beauvais le gustó mucho la sugerencia, y un día, yendo de viaje y llevando consigo al Sr. Vicente en su carroza, el mes de julio del año 1628, quedó el buen prelado por algún tiempo con los ojos cerrados, sin hablar, meditando alguna cosa en su mente. Y los que lo acompañaban se quedaron callados, pensando que dormitaba. Abrió los ojos el Sr. Obispo y les dijo que no estaba dormido, sino que acababa de pensar en cuál sería el medio más breve y más seguro para educar y preparar a los aspirantes a los Santos Ordenes; y que le había parecido que sería hacerles venir a su casa y alojarlos en ella varios días. Durante ellos se les haría practicar algunos actos convenientes para informarles de las cosas que debían saber y de las virtudes que debían practicar. Entonces el Sr. Vicente, que ya por entonces le había sugerido la necesidad de la preparación, aprobó totalmente el dicho proyecto, y elevando la voz le dijo: *«¡Monseñor! Ese pensamiento es de Dios: he ahí un excelente medio para reformar poco a poco el clero de su diócesis».* Y con eso le alentó cada vez más a comenzar tan santa tarea. El virtuoso prelado se resolvió entonces a ponerla en ejecución, y al separarse del Sr. Vicente, le dijo que iba a poner todo en ejecución con ese fin, rogándole que pensara en las materias propias para los que se iban a presentar a los Ordenes, y que pusiera por escrito la distribución del día que debía observarse durante el retiro. También le convidó a volver a Beauvais quince o veinte días antes de la próxima ordenación (iba a ser en el mes de septiembre inmediato). El Sr. Vicente hizo lo que le había mandado el Prelado: «Estaba más seguro -como él decía- de que Dios le pedía aquel servicio por haberlo sabido de la boca de un obispo, que si se lo hubiera revelado un ángel». Cuando llegó a Beauvais el Sr. Obispo, después de examinados los ordenandos, dio comienzo a los Ejercicios. Y las charlas, según el proyecto, fueron continuadas hasta el día de la ordenación por el Sr. Vicente y por los Sres. Messier y Duchesne, doctores de la facultad de París con el mismo orden que se ha seguido posteriormente, y que aún hoy sigue. Concretamente, el Sr. Vicente explicó el Decálogo a los ordenandos; y lo hizo de una formatan clara y, en conjunto, tan emotiva y tan eficaz, que los oyentes quisieron hacer con él la confesión general; y hasta el mismo Sr. Duchesne, doctor, que también daba algunas charlas, quedó

tan conmovido que quiso hacer confesión general de toda su vida con el Sr. Vicente. Los ordenandos quedaron todos muy edificados por ello

Pasado algún tiempo, el Sr. Obispo de Beauvais vino a París, y habló con el difunto Sr. Arzobispo de los grandes frutos que los Ejercicios habían empezado a produci ren su diócesis; le hizo ver su importancia, su utilidad y hasta su necesidad, de forma que el buen prelado mandó que, al comenzar el año 1631, todos los que estuvieran admitidos para recibir los Ordenes en su diócesis estaban obligados a retirarse a la casa de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión durante diez días antes de cada ordenación, para que fueran informados por ellos de las disposiciones requeridas y ayudados a obtenerlas de Dios. El Sr. Vicente, obedeciendo aquella disposición, comenzó desde la siguiente cuaresma a recibir a los ordenandos en el Colegio de Bons-Enfants, pues todavía no disponía de la casa de San Lázaro. E hizo que practicaran los Ejercicios durante el tiempo prescrito por la misma disposición. Hasta el día de hoy siempre se ha observado ese ordenamiento. Desde esta primera casa de la Congregación de la Misión, esta santa práctica de retirarse a Ejercicios los ordenandos durante algunos días se ha comunicado y extendido, por el celo del Sr. Vicente, a varias diócesis de Francia y de Italia, e incluso hasta Roma, con un fruto y una bendición más fáciles de reconocer por los efectos, que explicar con palabras

Nos reservamos hablar más concreto en el Libro Segundo sobre el orden que se observa en los Ejercicios, los frutos que producen, y las razones principales que dan a conocer su importancia y su necesidad para el bien de la Iglesia.

CAPITULO VEINTISEIS pag. 127

Usos de los ejercicios espirituales para toda clase de personas

«La tierra entera está desolada -decía tiempos atrás un Profeta-, porque no hay nadie, que se recoja interiormente, y se dedique a pensar y meditar en su corazón». Se derraman al exterior, y dejan que sus pensamientos vayan tras toda clase de objetos sensibles, sin entrar nunca dentro de sí. Se piensa rarísimamente en Dios: no es objeto de consideración el fin por el que Dios nos ha dado el ser y la vida, con los medios para llegar a El. De ahí proviene la ceguera de espíritu, el desarreglo del corazón, y, finalmente, la pérdida de la salvación de la mayor parte de los que se condenan.

Los más grandes santos han hablado frecuentemente contra este desorden, han exhortado a los fieles a entrar dentro de sí mismos con la práctica de la meditación. En estos últimos tiempos, san Carlos Borromeo, san Ignacio, el bienaventurado Francisco de Sales y otros santos personajes han introducido el uso de los Ejercicios espirituales para llevar las almas a un ejercicio de recogimiento tan necesario. Pero aunque haya producido grandísimos frutos, al carecer de lugares adecuados y de otras ayudas y comodidades

exteriores para la práctica de los Ejercicios, han sido pocas las personas, sobre todo las laicas, que se han aprovechado de ellos. Esta consideración movió al Sr. Vicente a tener abierta la puerta de su casa, y, más aún, la de su corazón, para recibir a los que querían tener esta devoción, e incluso, para convidar a las personas que tuvieran necesidad de ella a venir a pasar unos días en los actos del Santo Retiro. Parecía que este fiel Siervo decía más con el corazón que con la boca, a imitación de su Divino Maestro: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados con el fardo de vuestros pecados y de vuestros vicios, que yo os aliviaré»

Desde que el Sr. Vicente comenzó esta tarea caritativa en el Colegio de Bons-Enfants, siempre la han continuado en todas las casas de la Misión, y, particularmente, en las de París y Roma. En ellas los Sacerdotes de su Congregación (que también realizan todos los años los actos del Retiro, a ejemplo de su Padre y Fundador, quien nunca faltaba a ellos por muchos asuntos que lo abrumasen) reciben con los brazos abiertos y con una caridad cordial a los externos que se presentan, de la condición que sean: ricos o pobres, eclesiásticos y laicos, Doctores e ignorantes, nobles y artesanos, amos y criados. Y al hacerles compartir la propia mesa, les prestan toda clase de ayudas y servicios para el bien de sus almas, ya sea preparándolos a hacer una buena confesión general para convertirse perfectamente a Dios; ya sea dándoles luz y consejo para redactar un orden o un reglamento de vida según su condición; o también, para elegir un estado, y conocer los designios de Dios sobre ellos. En la casa de san Lázaro se han visto muchas veces, en un mismo refectorio, Señores que llevaban palaciegos, artesanos, ermitaños y lacayos, que hacían al mismo tiempo su Retiro, con varios Eclesiásticos. Y por eso, el Sr. Vicente decía a veces con cierto gracejo que sabía usar según tiempo y lugares, «que la casa de San Lázaro era como el Arca de Noé: en ella eran recibidos y alojados toda clase de animales grandes y pequeños»

Veremos más al detalle en el Segundo Libro los grandes frutos y los efectos admirables que los Retiros produjeron en diversas ocasiones. Por ellos sentía el Sr. Vicente sentimientos muy particulares de agradecimiento para con Dios, dándole gracias, y viéndose muy obligado a su Bondad, porque se dignaba servirse de él y de los suyos para operar todos los efectos de su misericordia y de su gracia. Por esa misma consideración, siempre tuvo muchísimo interés en conservar en la Compañía la práctica de los Retiros: los llamaba regalo del cielo, aunque fueran en realidad una carga muy grande, y que, además de las molestias que él y los suyos recibían, le obligaban a realizar un gasto muy notable, dando de comer gratuitamente a la mayor parte de los numerosos ejercitantes, que pasaban todos los años por San Lázaro y por las otras casas de la Misión, sin que hubiera ninguna fundación, ni rentas para sostenerlos. Pero este gran Siervo de Dios no reparaba nada en gastos cuando se trataba de procurar la salvación de las almas que habían resultado tan caras a Jesucristo. Le parecía, según afirma el Espíritu Santo en los Salmos que, aún cuando hubiera empleado todas las existencias de su casa para tales obras de caridad, no había hecho nada al precio de lo que creía que esa virtud divina lo obligaba a hacer

Parecía que aún no estaba plenamente satisfecho de que hombres de toda clase y condición encontraran en las casas de la Compañía ayudas tan propias para su santificación y para su salvación. Su caridad, que nunca decía «basta», procuró también que las mujeres y muchachas tuvieran alguna que otra vez una ayuda semejante para el bien espiritual de sus almas en la casa de las Hijas de la Caridad. Allí la Señorita Le Gras las recibía con los brazos abiertos, y les prestaba todos los servicios que podía, con un corazón incansable para ejercer el bien

He aquí el extracto de una carta que le escribió el Sr. Vicente a propósito de este asunto:

«La Señora Presidenta Goussault y la Señorita Lamy van a su casa de usted a practicar un pequeño Retiro. Le ruego que las atienda: déles la distribución del tiempo que le he entregado; señáleles los temas de oración; escúcheles la relación de sus buenos pensamientos en presencia una de la otra, y procure que haya lectura durante la comida; al terminar ésta, podrán distraerse de forma alegre y modesta. La conversación podrá versar sobre las cosas que les han ocurrido en su soledad, o las hayan leído en las historias santas. Y si hace buen tiempo, después de comer podrán pasear un poco. Fuera de esos dos tiempos guardarán silencio. Estaría bien que escribieran los pensamientos más importantes que hayan tenido en la oración, y que preparen la confesión general para el miércoles. La lectura espiritual podrá hacerse en la Imitación de Jesucristo de Tomás de Kempis, deteniéndose un poco a meditar al final de cada período, como también en alguna cosa de Granada relacionada con la meditación. También podrán leer algunos capítulos de los Evangelios. Y estaría bien que el día de la Confesión General usted les hiciera la oración a base del Memorial de Granada para excitarlas a contrición. Por lo demás, vigile para que no se concentren demasiado intensamente en esos actos. Ruego a Nuestro Señor que le dé su Espíritu para eso»

Cierta señora había realizado el Retiro en la casa de las Hijas de la Caridad en otra ocasión, y, al terminar, le había dado por escrito a la Señorita Le Gras sus pensamientos y resoluciones para que los enviara al Sr. Vicente; y así lo hizo. El sabio y experimentado director, después de leerlos, le escribió en estos términos:

«Le devuelvo las resoluciones de la señora N. Son buenas, pero me parecerían mejores, si bajase un poco a los detalles. Será bueno ejercitar en eso a las ejercitantes de la casa de usted. Lo demás es sólo producto del espíritu, que, en cuanto ha hallado alguna facilidad, y hasta alguna dulcedumbre en la consideración de una virtud, se halaga con el pensamiento de ser muy virtuoso; pero para llegar a serlo conviene hacer buenas resoluciones prácticas sobre los actos particulares de las virtudes, y después ser fiel en cumplirlas. Sin eso, con frecuencia todo queda en imaginaciones».

CAPITULO VEINTISIETE pag. 131

Conferencias espirituales para los Eclesiásticos

Las Conferencias espirituales han estado siempre en uso en la Iglesia principalmente entre las personas deseosas de virtud. Los antiguos Padres del Desierto se servían de ellas como de un excelente medio para ayudarse mutuamente en la vía estrecha de la perfección evangélica. Y todavía poseemos volúmenes enteros llenos de materias que trataban en sus santas reuniones. En ellas consideraban a Jesucristo presente, según la palabra que nos dio El en su Evangelio: "*cuando se reúnan dos o tres en su nombre, El se encuentra en medio de ellos»*

El Sr. Vicente, como reconocía la excelencia y la utilidad de ese medio por propia experiencia, lo introdujo en su Compañía desde el comienzo de su fundación con gran bendición. Aprovechó de buena gana la ocasión que Dios le brindaba para introducir esas mismas conferencias espirituales entre los Eclesiásticos

He aquí cómo sucedió el hecho: Unos virtuosos Eclesiásticos que habían realizado los Ejercicios de Ordenes y recibido por aquel medio gracias abundantes, y, en particular, una gran ilusión por llevar una vida digna del carácter sagrado recibido por ellos, tuvieron grandes deseos de mantener vivos aquellos buenos pensamientos, y de perseverar en aquellas santas disposiciones. A este fin, se dirigieron al Sr. Vicente, rogándole que les quisiera ayudar con sus buenos consejos, y les indicara cómo debían portarse para corresponder fielmente a las gracias recibidas en la Ordenación

El Sr. Vicente, que sólo respiraba caridad y que tenía un celo ardentísimo para promover el bien espiritual de los Eclesiásticos, les propuso, entre otros medios, que se reunieran una vez a la semana para hablar juntos de cosas relativas a su estado, como de las virtudes eclesiásticas, de las funciones propias de su ministerio y de otras materias parecidas, porque podían sacar una gran utilidad de ellas para el bien de sus almas. Además, las conferencias les servirían para crear entre ellos lazos especiales en el servicio de Jesucristo y de su Iglesia, y, ayudándose unos a otros, darse ánimos en los trabajos y perfeccionarse en sus actividades

Aceptaron la propuesta como un aviso que les venía del cielo por boca del Sr. Vicente. Eligieron el martes como el día de la semana más propio para la Conferencia, y las reuniones empezaron desde aquel momento con la aprobación y el permiso del Sr. Arzobispo de París (sucedió esto el año 1633), y desde entonces siempre las han continuado con grandísimo fruto, no sólo para su propio adelantamiento en la virtud, sino también para el bien de toda la Iglesia, como se verá en el Libro Segundo

Aquella asamblea, pequeña al principio en cuanto al número, se ha multiplicado con una bendición especial, y ha servido de semillero sagrado, que ha dotado a Francia de Arzobispos y Obispos, que desempeñan santamente sus cargos, y de un gran número de Vicarios Generales, Oficiales, Arcedianos, Canónigos, Párrocos y otros Eclesiásticos que cumplen dignísimamente con los Beneficios, Oficios y Dignidades de la Iglesia, y que se han extendido por todas las diócesis del reino, donde han destacado siempre por el buen

ejemplo de su vida y por el celo que anima sus funciones, y que les hace trabajar con bendición en el progreso del Reino de Jesucristo. En verdad que no era para darse a conocer de algún modo, ni para procurarse alguna ventaja temporal, o para ingresar en algún beneficio por lo que esos Eclesiásticos se comprometían a venir a las Conferencias. Por el contrario, entre las disposiciones que se deseaban en los participantes, una de las principales era un gran desprendimiento de todo interés personal, con una intención pura y simple de entregarse totalmente al servicio de Dios y de corresponder fielmente a su vocación. Su sabio y celoso director les inculcaba sólo una cosa: el amor a la humillación, al desprecio, a la pobreza y a los sufrimientos a ejemplo de Jesucristo, su divino Maestro. Hacían profesión especial de hacerse imitadores suyos, y sus ocupaciones más frecuentes eran dedicarse a catequizar y a confesar pobres en los hospitales, en las cárceles, y en otros lugares parecidos; o bien, ir a trabajar, cuando el Sr. Vicente les invitaba, con los Sacerdotes de la Congregación, en las parroquias campesinas, y prestar los servicios que podían a los pobres del campo; y, en fin, a ocuparse en los trabajos eclesiásticos que parecen más bajos y menos apreciados.

Sin embargo, Dios, que se complace tanto en exaltar a los humildes como en rebajar a los soberbios, quiso servirse de su rebajamiento para levantarlos: porque las Conferencias y los Ejercicios habían producido un cambio bastante considerable en los Eclesiásticos de París. Entre ellos se ven muchos de nacimiento ilustre, que llevan una vida muy ejemplar, y que se dedican celosamente a obras caritativas. Cuando el Sr. Cardenal de Richelieu oyó hablar de ellos, quiso estar mejor informado, y, a este fin, mandó llamar al Sr. Vicente. Habló con él de las reuniones y Conferencias de Eclesiásticos y hasta de la forma de actuar y de los trabajos de los Sacerdotes de la Misión. Quedó muy satisfecho de todo, y desde entonces concibió un mayor aprecio por la persona y la virtud del Sr. Vicente, que el que le había dado la fama, como lo dio a entender a la Señora Duquesa de Aiguillon, su sobrina. Más adelante tuvo ocasión de verse con él en varias circunstancias, y le animó a continuar las buenas obras comenzadas, y también le dijo que creía que su Congregación haría mucho bien en la Iglesia, prometiéndole a su vez toda su protección y ayuda

Deseó también conocer quiénes eran los buenos Eclesiásticos que se reunían todas las semanas en San Lázaro, cuál era la finalidad de sus reuniones, de qué temas trataban las conferencias y a qué actos piadosos se entregaban. Y manifestó una satisfacción particular ante las respuestas del Sr. Vicente. Como deseaba que las iglesias de Francia fueran ocupadas por buenos obispos, y que todos los que fueran elevados a semejante dignidad estuvieran dotados de todas las cualidades requeridas para cumplir dignamente con sus obligaciones, le preguntó quiénes eran en concreto los que consideraba dignos del episcopado con la intención de proponerlos al Rey, y así Su Majestad los nombraría para los obispados vacantes. El Sr. Vicente le sugirió varios nombres; el sabio y celoso ministro cogió enseguida la pluma, y se tomó la molestia de escribir de su puño y letra la lista según el orden con que el Sr. Vicente se los iba nombrando. Pero hay algo que no debo omitir: todo pasó tan en secreto, y el Sr. Vicente fue tan reservado en ese punto, que ninguno de los Eclesiásticos de la Conferencia supo jamás nada mientras él vivió; preocupado, como

estaba, por mantenerlos en el espíritu de humildad, sencillez y desinterés evangélico nunca les dijo una palabra que les diera a entender que tenía el menor pensamiento de procurarles grandes cargos, sino que los exhortaba incesantemente a evitar todo lo que pudiera parecer deslumbrante y elevado, y amar y abrazar la propia abyección. Veremos en el Libro Segundo más en concreto los grandes bienes que Dios sacó del grupo que se reunía en San Lázaro para la santificación del clero y para el servicio de toda la Iglesia. Uno de estos servicios ha sido que esta práctica de las Conferencias Eclesiásticas así iniciadas en París se haya introducido después en varias diócesis. En ellas gracias al desvelo de los Sres. Prelados se ven a párrocos, beneficiados y otros sacerdotes, tanto de las ciudades como del campo, reunirse ciertos días en los sitios señalados para tratar y discutir juntos materias propias de su estado y obligaciones anejas, todo ello con grandísima utilidad, no sólo para la reforma del clero, sino también para la edificación de los pueblos

El año 1642 se le presentó al Sr. Vicente una ocasión para fundar la segunda Conferencia de Eclesiásticos en el Colegio de BonsEnfants, y fue de esta manera

Las Señoras de la asamblea de la Caridad de París, (ya hablaremos de eso más adelante) se interesaron porque cierto número de sacerdotes, además de los que vivían en el Hôtel-Dieu, se dedicara al cuidado de los enfermos. El Sr. Vicente con su caridad habitual recibió en San Lázaro a los seis primeros destinados a ese ministerio para prepararlos con unos Ejercicios espirituales. Después de exhortarlos a desempeñar dignamente su cargo y a conservar el espíritu de piedad y la unión fraterna entre ellos, se le ocurrió proponerles varios medios. De ellos el principal fue el de reunirse una vez por semana en el Colegio de Bons-Enfants para celebrar allí conferencias espirituales por el estilo de las de San Lázaro. Aquellos buenos Eclesiásticos aceptaron de buena gana la sugerencia. El les señaló el jueves, como día más conveniente que el martes, porque este día tenía lugar la Conferencia de San Lázaro, y porque como el jueves no era de ordinario día de clase, eso les facilitaría a varios eclesiásticos estudiantes de teología universitarios la asistencia a la nueva Conferencia, sin perder ninguna lección. Así comenzó la segunda Conferencia, y siempre ha seguido así, y ha servido a varios eclesiásticos para unir el estudio de la virtud con el de la ciencia, y para hacerlos más aptos en el servicio de la Iglesia y dar mayor gloria a Dios.

CAPITULO VEINTIOCHO pag. 135

Fundación de los Hospitales de París y de Marsella para los pobres galeotes

La misericordia del Sr. Vicente por los pobres forzados de las galeras surgió del conocimiento de dicha miseria por propia experiencia, según afirmó él. Y la caridad que

animaba a su corazón no le permitía olvidarlos, a pesar de que vivía sumergido entre importantes ocupaciones que se lo impedían. Una y otra vez dirigía su pensamiento al alojamiento que les había procurado junto a la iglesia de san Roque. Allí los visitaba con el afecto, al no poder hacerlo de modo efectivo por falta de tiempo. Pero considerando que esta caritativa iniciativa no podría subsistir largo tiempo sin alguna renta segura y sin una casa propia, porque la habitada por los galeotes era de alquiler, resolvió trabajar, con ayuda de la Providencia, para poner remedio conveniente a dichas necesidades

Para ese fin solicitó e hizo solicitar al difunto Rey Luis XIII, de gloriosa memoria, y a los Sres. Regidores municipales de la ciudad de París, que aprobasen y consintiesen que la antigua torre, situada entre la Puerta de Saint-Bernard y el río, fuera destinada para albergue de los pobres encadenados. Accedieron a su petición el año 1632, e inmediatamente fueron conducidos a ella. Durante algunos años sólo pudieron subsistir gracias a las limosnas de las personas caritativas. El Sr. Vicente por su parte, no queriendo ser importuno, solamente atendía a la asistencia espiritual, mandándoles sacerdotes de su Congregación, que vivían en el Colegio de Bons-Enfants, para decirles la Santa Misa, y para instruirlos, confesarlos y consolarlos; y en ocasiones invitaba a personas de virtud y de condición, para que fueran a visitarlos y a procurarles algún favor

La Señorita Le Gras no fue de las últimas en prestarles toda clase de servicios caritativos, y en ayudarlos con sus propias limosnas. Y como por entonces ya era superiora de la Cofradía de la Caridad de la parroquia de San Nicolás du Chardonnet, al Sr. Vicente se le ocurrió si no sería conveniente que ella propusiera a las señoras de aquella Cofradía, que distribuyeran a los pobres galeotes, alojados en la misma parroquia, parte de las limosnas de la Caridad. He aquí en qué términos el Sr. Vicente le propuso aquella buena obra por medio de una breve carta:

«La caridad con los pobres forzados es de un mérito incomparable ante Dios. Ha hecho usted bien en asistirles; y hará bien, si continúa asistiéndolos en la forma que pueda, hasta que nos veamos, cosa que será dentro de dos o tres días. Piense un poco si la Caridad de san Nicolás se podría encargar de eso, al menos durante algún tiempo. Les ayudarían ustedes con el dinero que les sobra. Pero ¿qué? Eso es difícil, y eso es lo que me hace sugerirle esta idea a la buena de Dios»

Fue durante varios años el proveedor de aquellos pobres desgraciados. Su casa era la que contribuía a las necesidades corporales, así como a las espirituales de aquellos desgraciados. Hasta que la Divina Providencia quiso inspirar a una persona rica, que murió hacia el año 1639, dejar en testamento seis mil libras de renta, para que las aplicara la Sra. N., hija y heredera suya, siguiendo el consejo de algún eclesiástico, para alivio de los criminales condenados a galeras. El Sr. Vicente, no sin molestias, después de haber hecho muchas solicitudes, y sufrido varias negativas de parte del marido de la señora, obtuvo por fin de él y de ella, por mediación del difunto Sr. Molé, por entonces Procurador General, que asignaran fondos suficientes para asegurar la renta, y así lo hicieron. Esta señora conoció por el Sr. Vicente el estado deplorable a que estaban reducidos los forzados,

antes de que nadie cuidara de ellos, y cuán importante era perpetuar la ayuda. Tomó ella con mucho interés este asunto, y consintió, después de haber hablado varias veces con él, que el Procurador General tuviera la administración temporal a perpetuidad. Más tarde quiso que hubiera Hijas de la Caridad destinadas al servicio de los pobres forzados, en especial de los enfermos, e hizo asegurar su sostenimiento con la misma renta de seis mil libras. Como se pretendía que los Señores Eclesiásticos de san Nicolás du Chardonnet fueran los encargados de administrar los sacramentos a aquella pobre gente, y de enterrar los muertos, porque vivían en aquella parroquia, el Sr. Vicente aseguró que la carga resultaba muy grande; y algunas señoras, puestas de acuerdo con el Sr. Vicente, lograron que les concedieran trescientas libras de renta a condición de decirles la Santa Misa, de darles charlas y catequesis, y prestarles otros servicios espirituales. Los de San Nicolás siempre han cumplido, y cumplen aún hoy, muy dignamente y con una gran caridad ese cometido. Pero eso no ha impedido que el Sr. Vicente haya hecho dar misiones de vez en cuando a los pobres encadenados, particularmente, cuando se acumulaban en gran número, y cuando estaban para ser llevados a las galeras, y así consolarlos y disponerlos a hacer buen uso de sus tribulaciones

Parecía que no se podía hacer nada más para el alivio de los pobres forzados, y un corazón menos abrasado de caridad que el del Sr. Vicente se hubiera contentado con haberles procurado aquel retiro espiritual, con todas las ayudas corporales y espirituales que allí recibían. Pero el amor que les tenía no le permitía abandonarlos, ni separarse de ellos. Los acompañó con su caritativa abnegación hasta Marsella, y allí los encontró en un estado todavía más miserable que el que sufrían en París antes de ser aliviados por el Sr. Vicente. Porque los que caían enfermos, estaban siempre atados a la cadena de las galeras. Allí eran roídos por la miseria, extenuados por los dolores, y poco menos que consumidos por la podredumbre y la infección. El compasivo corazón del Sr. Vicente quedó sensiblemente conmovido al ver a unos hombres hechos a imagen de Dios en una miseria tan extrema, y a unos cristianos reducidos a morir como animales. Aquello le hizo acudir al Sr. Cardenal de Richelieu, por entonces General de Galeras, y a la Señora Duquesa de Aiguillon, sobrina suya. Después de exponerle el estado de los desagraciados forzados, y la extrema necesidad de un Hospital para recogerlos y atenderlos, cuando cayeran enfermos, su piedad logró que se construyera uno en Marsella. Han contribuido también mucho a este hospital con sus desvelos y su solicitud el difunto Sr. Gault, obispo de Marsella, su memoria es bendita, y el difunto Sr. Caballero de Simiane de la Coste, gentil-hombre provenzal muy caritativo. Pero como no era suficiente con tener una casa sin renta, al Sr. Vicente, después de la muerte de Luis XIII, lo llamó la Reina Regente para que diera su parecer en los asuntos eclesiásticos y en otras obras piadosas, y movió a Su Majestad a actuar de forma que el Rey, su hijo, felizmente reinante, fuera el fundador del Hospital: así lo hizo por Letras Patentes del año 1645. Por ellas Su Majestad asignó al Hospital doce mil libras de renta anual, que habían de tomarse de las gabelas de Provenza. Y ordenó que los Sacerdotes de la Misión, ya establecidos en Marsella, como lo diremos más adelante, se encargaran de la dirección espiritual del Hospital a perpetuidad, según las facultades que les había otorgado el Sr. Obispo, y que detentaran perpetuamente la dirección temporal del hospital conjuntamente con cuatro de los principales y más celosos

burgueses de la ciudad. Finalmente, para que las galeras estuvieran en lo sucesivo dotadas de buenos capellanes, Su Majestad dispuso por las mismas Letras arriba mencionadas, que el superior de la casa de la Misión de Marsella pudiera nombrarlos, y también destituirlos, cuando hubiera necesidad, y hasta a obligarlos a vivir en comunidad en su casa, cuando las galeras tuvieran la base en el puerto de Marsella. Así podrían, con los actos que practicaran, desempeñar bien las funciones de capellanes. A tal fin, Su Majestad unió a perpetuidad el cargo de Capellán Real a la Congregación de la Misión, para que los misioneros que estuvieran empleados en procurar la salvación de los forzados tuvieran todo el poder necesario para trabajar con más fruto y bendición

El Sr. Caballero de la Coste sentía tal celo por aquella fundación, que fue expresamente a París con el fin de solicitar la expedición de las Letras; y las obtuvo gracias a la recomendación del Sr. Vicente. He aquí con qué términos le escribió en 1645:

«Le escribo para informarle sobre la marcha del Hospital, a cuya fundación ha contribuido usted tanto. En mi última ya le había indicado cómo,después de muchas resistencias, con la ayuda de Nuestro Señor, nos han concedido los enfermos de las galeras. En verdad, no sabría expresarle la alegría que reciben los pobres forzados, cuando se ven trasladados de ese infierno al Hospital: lo llaman cielo. Sólo con ingresar vemos que se curan de la mitad de sus males, porque les limpian la miseria con que llegan cubiertos, les lavan los pies y los ponen en una cama algo más blanda que la madera sobre la que suelen estar echados. Quedan muy emocionados por verse acostados, servidos y tratados con algo más de caridad que en las galeras, adonde hemos devuelto a gran número de convalecientes, que, de otra forma, estarían muertos. Señor, verdaderamente podemos decir que Dios ha bendecido esta obra, lo cual se echa de ver no sólo por la conversión de los malos cristianos, sino también de los turcos que solicitan el bautismo»

Con el tiempo, a la mayor parte de las galeras las han trasladado de Marsella a Toulon, y también se ha trasladado la atención de los enfermos, alquilándose para tal fin una casa donde recogerlos. Ordinariamente hay allí un sacerdote de la Misión, que los asiste espiritualmente, y que vela para que se les dote de todo lo necesario para el alivio de los cuerpos en sus enfermedades.

CAPITULO VEINTINUEVE pag. 139

Institución de una Compañía de Damas para el servicio del Hôtel-Dieu de París y para otras obras públicas de caridad tanto en París como fuera

La multiplicidad de las miserias de este valle de lágrimas obliga a las almas caritativas a multiplicar los cuidados y a diversificar los medios para socorrer a los desgraciados y darles o procurarles algún alivio. El Sr. Vicente, como estaba

verdaderamente animado por esa virtud, mantenía siempre su oído atento para escuchar las llamadas de semejantes desgraciados y el corazón dispuesto para acogerlas. Tenía como norma no entrometerse nunca por sí mismo, cuando se trataba de emprender nuevas obras, sino que esperaba a que se le manifestase la voluntad divina preferentemente por ideas de otros, en especial de sus superiores, que por las suyas propias. Su humildad le hacía desconfiar siempre de sus luces particulares, y le inclinaba a creer que podía equivocarse, sobre todo, cuando se trataba de conocer los planes de Dios en obras extraordinarias. Por eso escuchaba no sólo con atención, sino hasta con respeto lo que le proponían en tales ocasiones personas que hacían profesión de virtud. Con ese espíritu escuchó una propuesta que le sugirió el año 1634 la Señora Presidenta Goussault, su memoria es bendita por sus virtudes poco comunes, y, en especial, por su excelente caridad. Esta Dama había quedado viuda en la flor de la edad y podía pretender una alta posición en el mundo por estar adornada con todas las buenas cualidades y con todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, que normalmente son, de ordinario, lo más apreciado y buscado. Pero renunció con toda el alma a todas aquellas ventajas, e hizo de ellas un sacrificio a Jesucristo. Resolvió generosamente consagrarse únicamente a su servicio en la persona de los pobres, especialmente de los enfermos. Frecuentemente iba a visitarlos en el Hôtel-Dieu de París, y como vio que las cosas no estaban como ella hubiera deseado, y tal como después se han establecido, acudió al Sr. Vicente con el ruego de que extendiera su caridad a aquellos pobres, y que procurara alguna ayuda al Gran Hospital. Mas el Sr. Vicente actuaba en todo con prudencia y discreción; por eso, ante todo , no pensó que debía meter (como dicen) la hoz en mies ajena, ni entrometerse a hacer algo en un Hospital con directores y administradores, tanto para lo espiritual como para lo temporal, personas que consideraba muy prudentes y muy capaces para imponer los reglamentos necesarios. La virtuosa Dama, después de haber insistido durante largo tiempo ante él, al ver que no podía conseguir nada de su persona, y que siempre se excusaba de mezclarse en aquel asunto, se dirigió al difunto Sr. Arzobispo de París. Este le hizo saber al Sr. Vicente que le gustaría mucho atendiera a la propuesta de aquella Señora, que consistía en fundar una asociación de Damas, que podrían tener algún cuidado de los enfermos del Hôtel-Dieu, y que pensara en los medios para proceder a aquella fundación

El Sr. Vicente, al recibir aquella orden, reconoció la voluntad de Dios en la palabra de su Prelado, y resolvió poner manos a la obra. Reunió algunas Damas, y les habló con palabras tan llenas de energía, que decidieron darse a Dios cuanto antes para emprender aquella buena obra. A continuación van los nombres de las primeras Damas que comenzaron la obra, las cuales figuran en una de las cartas dirigidas a la Señorita Le Gras:

«Tuvimos ayer la reunión en casa de la Señora Goussault; estuvieron presentes las Señoras de Villesabin, de Bailleul, Dumecq, Sainctot y Poulaillon. Agradó la propuesta y resolvieron reunirse también el lunes siguiente, y, entre tanto, encomendar el asunto a Dios, y comulgar con ese fin. Cada una propondrá la cosa a las Señoras y Señoritas que conozcan. La Señora de Beaufort será una de ellas. Necesitaremos de usted y de sus jóvenes; parece que harán falta cuatro. Por eso, habrá que pensar en la forma de hacerse con unas buenas jóvenes»

La segunda reunión fue más numerosa que la primera: estuvo presente la Señora Cancillera, la Señora Foucquet, la Señora Traversa y y otras Damas de virtud y de condición, que se asociaron a las primeras; y todas juntas eligieron a Tres Oficialas, a saber, una Superiora, una Asistenta y una Tesorera. La Señora Goussault fue la primera Superiora, y el Sr. Vicente siguió de director perpetuo de la Compañía. El perfume de las virtudes y del buen ejemplo de las Señoras atrajo a gran número de otras hasta asociarse más de doscientas Damas, incluso del más alto abolengo, como Presidentas, Condesas, Marquesas, Duquesas y Princesas, que han tenido el honor de ofrecerse a Dios para servir a los pobres, reconociéndolos como miembros vivos de su hijo Jesucristo

El Sr. Vicente comenzó con esta Compañía, a partir del año 1634, a proporcionar servicios y socorros muy útiles para el HôtelDieu a lo largo de toda su vida, y todavía hoy se continúa con bendición después de su muerte. Consiste en diversas ayudas corporales y espirituales prestadas por las Damas a los enfermos pobres, y que este Padre de los pobres les aconsejó que añadieran a las antiguas costumbres del hospital, que hasta entonces, falto de cuidados o de medios, dejaba que los pobres carecieran de cosas necesarias para su alivio. Habitualmente solían ser cuando menos mil o mil doscientos, y más tarde han llegado a ser hasta dos mil y más. Es un flujo y reflujo continuo de enfermos pobres, que están entrando y saliendo continuamente. Unos están ocho o quince días; otros, un mes o más. Hay días en que reciben cincuenta o sesenta u ochenta, y a veces cien. Y todos los años pasan de veinte mil, o veinticinco mil: de ellos unos se curan, otros se mueren. Tanto por unos como por otros hay una gran cosecha de almas en perspectiva, y una ocasión favorable para trabajar con mucho fruto, tanto para iniciarles en una vida buena con una confesión general y por una verdadera conversión de costumbres, como para ayudarles, al llegar la última hora, a acabar la vida con una buena muerte

El Sr. Vicente no tuvo dificultades para asociar aquellas Damas, ni para disponerlas a trabajar por los pobres, pero sí para ponerlas a actuar en el HôtelDieu: les anunció, cuando puso a su consideración el mérito y la importancia de aquella tarea, que habría dificultades de parte de algunas personas, que podían serles contrarias, pensando que las obras de caridad servirían para conocer los defectos existentes en el hospital. Debían hacerse a la idea de que si había que promover grandes bienes, habría también muchos obstáculos que vencer. Era necesario prepararse, y tomar las medidas consiguientes. No dejó de darles los consejos más convenientes sobre la forma de actuar; y pensó por su parte que debía prevenir a los Sres. Responsables en lo espiritual y en lo temporal del hospital, dándoles a conocer la buena intención de las virtuosas y caritativas Damas, y de la orden dada por el Sr. Arzobispo, con el fin de que aceptaran la asistencia que las Damas intentaban prestar a los enfermos, cosa que aceptaron

Por fin, después de nombrar a las que debían empezar la caritativa visita de los pobres enfermos, y a las que habían de seguirlas, les recomendó, tal como lo ha hecho en varias ocasiones: 1. Invocar diariamente, al entrar en el Hôtel-Dieu, la ayuda de Nuestro Señor, verdadero Padre de los pobres, por medio de la Santísima Virgen y de san Luis,

fundador del hospital. 2. Presentarse enseguida a las Religiosas encargadas de los enfermos ofreciéndose a servirlos con ellas para participar del mérito de sus buenas obras. 3. Apreciar y respetar a las Religiosas como a ángeles visibles, hablándoles con dulzura y humildad, y presentándoles muestras de respeto. 4. Si ocurriera que aquellas buenas hermanas no siempre echaran a buena parte la buena voluntad de las Damas, les presentaran excusas, y trataran de tener en cuenta su manera de pensar, sin nunca contradecirlas, ni contristarlas, ni querer humillarlas

«Tratamos -les decía- de contribuir a la salvación y al consuelo de los pobres, y eso es algo que no se puede lograr sin la ayuda y la aceptación de las buenas Religiosas que los cuidan. Así que es justo anticiparse en el honor, como a sus madres de ustedes, y tratarlas como a esposas de Nuestro Señor y a Señoras de la casa. Porque es propio del Espíritu de Dios obrar suavemente, y ese es el medio más seguro para obtener éxito: imitarlo en la manera de obrar»

Este era el espíritu con el que el Sr. Vicente inició aquella santa Obra, y la prudencia y sabia dirección bajo la cual las virtuosas Damas comenzaron a practicar la caridad con los pobres del Hôtel-Dieu. Encontraron una entrada fácil por su amistoso y respetuoso acceso a las Religiosas; se ganaron sus corazones al instante por los servicios y las asistencias que ofrecían no sólo a los enfermos convalecientes, sino también a los parientes de las Religiosas, cuando ellas lo solicitaban para algún asunto familiar. Y por ese medio obtuvieron plena libertad para andar de sala en sala, y de cama en cama, consolando a los pobres enfermos, hablándoles de Dios e invitándoles a sacar provecho de sus dolencias

Y para no realizar la visita de los enfermos con las manos vacías, convinieron con el Sr. Vicente que sería conveniente, además de las palabras de consuelo y de edificación que les decían, llevarles algunos dulces a modo de merienda entre comida y cena. Para eso alquilaron una habitación cerca del Hôtel-Dieu para preparar y guardar allí dulces, fruta, barreños, platos, ropa blanca y otros menesteres. También resolvieron ayudarse de las Jóvenes de la Caridad, para comprar y preparar las cosas necesarias, y para ayudar a las Damas a distribuir las colaciones a los enfermos. El Sr. Vicente estaba ausente cuando ingresaron en el hospital sus Hijas, y en cuanto lo supo, escribió a la Señorita Le Gras en estos términos:

«Dios la bendiga, Señorita, porque se ha decidido a poner a trabajar a sus jóvenes en el Hôtel-Dieu, y por todo lo que ha sucedido después. Cuide su salud, porque ya ve la necesidad que tienen de usted»

Pero como esta virtuosa Señorita, llena de celo para el servicio de los enfermos pobres, siempre temía con no hacer bastante para corresponder a los planes de Dios, por más que se esforzaba cuanto podía, el Sr. Vicente en una carta le dice estas palabras dignas de ser destacadas:

«No conviene estar siempre en el Hôtel-Dieu; lo más conveniente es ir y venir. No

tema excederse, si hace el bien que se le presenta a usted; tema más bien desear hacer más de lo que puede, y para lo que Dios no le da el medio de hacer. El pensamiento de ir más allá me hace temblar de miedo, porque me parece un crimen para los Hijos de la Providencia. Le agradezco a Nuestro Señor por la gracia que le hace a sus jóvenes de ser tan generosas y tan bien dispuestas para servirle. Hay razones para creer que su bondad, como usted dice, se digna suplir a lo que puede faltar de su parte por hallarse usted obligada a dedicarse frecuentemente a otras cosas, que a las que corresponden a su dirección».

Las Damas, como disponían de la habitación y de estas jóvenes, al principio hacían preparar sopa de leche muy propia para los enfermos, habitualmente muy numerosos, y la repartían todas las mañanas. Después de comer, a eso de las tres, llevaban la merienda a todos; a saber, pan blanco, galletas, mermelada y jalea; uvas y cerezas en su tiempo y durante el invierno, limones, peras cocidas y asadas con azúcar. Aunque más adelante hayan suprimido el pan, las galletas y los limones por no poder sostener tanto gasto, como también las sopas de leche, porque ya las dan los Señores Administradores. Iban cuatro o cinco juntas cada día a repartir la merienda, puesto el delantal, y se distribuían por las salas, pasando de cama en cama, ofreciendo golosinas, y prestando aquel servicio a los enfermos pobres, o mejor, a Nuestro Señor en la persona de ellos. Eso es lo que hacían para el alivio del cuerpo

Y la asistencia espiritual de las almas consistía en hablarles con mucha dulzura, manifestándoles una gran compasión por sus males, exhortándoles a sufrir con paciencia y con sumisión a la voluntad de Dios. Y en cuanto a las mujeres y muchachas, si veían que no estaban suficientemente instruidas en las cosas necesarias para salvarse, les enseñaban familiarmente y en forma de charla lo que estaban obligadas a creer y a obrar. Luego las preparaban para una buena confesión, si veían que la necesitaban y, finalmente, trataban de prepararlas a bien morir, si sus enfermedades eran peligrosas, o a formar un firme propósito de vivir bien, si había esperanza de recobrar la salud

Para facilitarles ese ejercicio de caridad el Sr. Vicente hizo imprimir un librito con los puntos principales, que más necesitaban saber los pobres enfermos. Y, en concreto, recomendó cuatro cosas a las Damas para cuando fueran a ejercer su oficio caritativo

1. Que tuvieran el libro en sus manos, cuando hablaran a los pobres, con el fin de que no pareciese que querían predicarles, ni tampoco hablar de sí mismas, sino sólo según lo que contenía el libro, y lo que en él aprendían

2. Que fueran vestidas lo más sencillamente posible los días en que iban al Hôtel-Dieu, con el fin de aparecer, si no pobres con los pobres, al menos muy lejos de la vanidad y del lujo en sus vestidos, para no apesadumbrar a las personas enfermas, que, al ver los excesos y las superfluidades de las personas ricas, se contristan de ordinario más que cuando les faltan las cosas necesarias

3. Que se portaran con los enfermos pobres con gran humildad, mansedumbre y

afabilidad, hablándoles de forma familiar y cordial, para ganarlos más fácilmente a Dios. Finalmente les señaló de qué manera debían hablarles sobre la confesión general

Aunque usaban términos sencillos y populares, al piadoso lector le gustará, al leerlos aquí, ver en ellos una manifestación ingenua de la caridad de la que estaba lleno el corazón del Padre de los pobres. He aquí el modo de hablar a las pobres mujeres y jóvenes enfermas que recomendaba a las Damas, para prepararlas e instruirlas con vistas a una confesión general.

«Mi buena hermana, ¿hace mucho que se ha confesado? ¿no le gustaría hacer una confesión general, si le dijera cómo hay que hacerla? A mí me han dicho que era importante para mi salvación hacer una buena confesión antes de morir, para reparar los defectos de las confesiones ordinarias quizás mal hechas, y para tener un gran dolor por mis pecados, recordando lo malo que he cometido en toda mi vida, y la gran misericordia con que Dios me ha aguantado, no condenándome, ni enviándome al fuego del infierno cuando lo he merecido, sino esperándome para hacer penitencia, perdonármelos, y darme finalmente el cielo, si me convierto a El de todo corazón, como tengo grandes deseos de hacer con la ayuda de su gracia. Pues bien, usted puede tener las mismas razones que yo para hacer la confesión general, y para darse a Dios, y para vivir bien en el futuro. Y si usted quiere saber qué tiene que hacer para recordar los pecados, y después confesarse bien, me han enseñado a examinarme como le voy a explicar, etc. También me han enseñado cómo hay que formar en mi corazón un verdadero dolor de mis pecados y realizar los actos de esta manera, etc. También me han enseñado a hacer actos de fe, de esperanza y de amor de Dios, de la siguiente manera, etc.»

Es así como las virtuosas y caritativas Damas, por sugerencia del sabio Director de su grupo, se comportaban con los pobres enfermos, para instruirlos y prepararlos a hacer una buena confesión. Y ellas lo realizaban con éxito y bendición, pero también de forma que nadie pudiera criticar, sino más bien edificarse y aprovecharse de sus buenos ejemplos

Unos dos años después de la fundación de esta Compañía, el Sr. Vicente pensó que era oportuno destinar a un cierto número de Damas cada tres meses a dedicarse en concreto a instruir y consolar espiritualmente a los pobres enfermos, mientras las demás se dedicarían a proporcionarles algún alivio corporal. Porque la experiencia había enseñado que era difícil que las que trabajaban en una cosa, pudieran también emplearse en la otra. Además de que podría por ese medio elegirse y destinar a las que se hallaran más aptas para la práctica de ciertas obras de misericordia que a otras. Se reunieron pues todas las Damas, y la Compañía aprobó la propuesta presentada; resolvieron llevarla a cabo, y escogieron a catorce para trabajar durante tres meses en aquella santa ocupación. Al día siguiente, las así elegidas fueron, siguiendo el consejo del Sr. Vicente, a recibir la bendición del o de los canónigos de Notre Dame, que ejercían el cargo de Superiores del Hôtel-Dieu, y después empezaron a ir dos cada día de la semana, unas después de otras, a visitar, consolar y enseñar a los enfermos. De tres en tres meses, en las cuatro témporas

del año, elegían a otras que hacían lo mismo. Y el Sr. Vicente reunía tanto a las que terminaban con su cometido como a las que lo empezaban, con las Oficialas de la Compañía, en la habitación que habían alquilado cerca del Hôtel-Dieu. Allí las que salían informaban de cómo habían procedido y los frutos que, gracias a Dios habían conseguido, para que lo que habían hecho bien, sirviera de regla a las que les sucedían, y los aciertos sirvieran de aliento para consagrarse con mayor interés al mismo ejercicio. El Sr. Vicente respaldaba con sus consejos, cuando lo juzgaba necesario, las cosas que había que seguir manteniendo, y hacía prevenirse de las que había que evitar, recomendándoles siempre que se portaran con las Religiosas y los pobres de la forma referida anteriormente

Cuando los pobres enfermos estaban suficientemente instruidos y preparados para la confesión general, las Damas se encargaban de avisar de antemano a algunos religiosos que fueran a oírlos en confesión. Pero como surgieron algunas dificultades que les impidieron continuar, se sirvieron, con la aprobación y el permiso de los Superiores, de dos sacerdotes con la honesta retribución consiguiente; uno de ellos sabía hablar varias lenguas para facilidad de los pobres enfermos extranjeros. Mas como no fueron suficientes los dos confesores, y además había aumentado el número de los enfermos, las Damas se vieron sobrecargadas en su labor de enseñar. Por otra parte, la decencia no les permitía preparar a los hombres para una confesión general bien hecha. Así, acordaron con las autoridades del hospital, destinar seis sacerdotes al Hôtel-Dieu para la instrucción de los hombres, y para oír las confesiones tanto de hombres como de mujeres; de esa manera suplieron la falta de los sacerdotes pertenecientes a la plantilla del hospital, que, como estaban obligados al coro para los divinos oficios, no podían dedicarse al cuidado de los enfermos. Los seis sacerdotes sólo debían emplearse en la asistencia espiritual de los pobres enfermos, y no estaban obligados en absoluto a los oficios. Antes de entrar en el Hôtel-Dieu debían tener un retiro en la casa de San Lázaro, donde habitaba el Sr. Vicente, y repetirlo en la misma casa todos los años, con el fin de prepararse bien para las obras de caridad que tendrían que realizar. Las Damas les daban cuarenta escudos a cada uno, y además disponían de sus misas en la iglesia de Notre-Dame, y se alojaban y comían en el Hôtel-Dieu

Para conocer los grandes bienes producidos por la Compañía de las Damas en la salvación y la santificación de los pobres enfermos del Hôtel-Dieu, hemos de señalar que, antes de su fundación, existía la costumbre de obligar a los enfermos a confesarse al ingresar, sin que estuvieran de ordinario instruidos ni preparados; y sumidos, como estaban, en la turbación y en el dolor causados por la enfermedad, a menudo hacían confesiones nulas y sacrílegas. Solía haber también entre los enfermos con bastante frecuencia herejes, quienes, por no atreverse a decir de qué religión eran, por miedo a ser despedidos, simulaban confesarse como los demás, de forma que cometían grandísimos abusos, y había muy pocas conversiones. Nunca se les hablaba de confesión general, ni de ninguna otra confesión salvo al acercarse la muerte, cuando se hallaban tanto o más incapacitados para confesarse bien que cuando la hicieron por primera vez. Dios quiso prevenir todas esas necesidades y esos abusos con la fundación de la Compañía de las Damas. Con sus caritativos desvelos y con su celo, sostenido y asistido por la sabia

dirección del Sr. Vicente no sólo han remediado esos males, mas también han proporcionado grandísimos bienes para la santificación y la salvación de los pobres enfermos. Sólo Dios conoce todos los buenos efectos que esta asistencia ha producido con la ayuda de la gracia. El sabe el número de los preparados a bien morir, o a comenzar una buena vida. Pero cuando menos podemos decir que ha sido muy grande en cuanto a la conversión de las costumbres, si nos es permitido juzgar por la comparación de las conversiones a la verdadera religión. Solamente desde el primer año, sin hablar de los años siguientes, la bendición de Dios fue tan abundante en aquella santa obra, que hubo más de setecientas sesenta personas desviadas de la verdadera fe, tanto luteranos, calvinistas, como turcos, de los que varios habían sido heridos y capturados en el mar y llevados después a París e ingresados en el HôtelDieu, que se convirtieron y abrazaron la Religión católica. Y esta gracia extraordinaria que Dios derramaba sobre los trabajos y las atenciones caritativas de las Damas puso en tan grande aprecio el Hospital, que una buena burguesa de París, cuando cayó enferma, pidió ser recibida en él, pagando todos los gastos y aún mucho más, con tal de ser socorrida y atendida exactamente igual que los pobres: cosa que le fue concedida

El Sr. Vicente tuvo el consuelo de ver todos esos grandes bienes, verdadero fruto de sus manos y de sus caritativas iniciativas, que Dios le había hecho gustar durante la vida, a lo largo de más de veinticinco años, y que en la actualidad aún continúan, después de su muerte, con la misma bendición. Cierto día invitó a las Damas, en una de las reuniones, a agradecer a Dios porque se había dignado escogerlas y servirse de ellas para realizar tan grandes beneficios:

«¡Ah, Señoras! -les dijo- ¡Cuántas gracias deben dar ustedes a Dios por la atención que les ha hecho poner en las necesidades corporales de esos pobres! Porque la asistencia a sus cuerpos ha producido este efecto de su gracia, de hacerles pensar en la salvación de ellos, en un tiempo tan oportuno, como que la mayor parte no han tenido nunca otro para prepararse bien a la muerte. Y los que sanan de la enfermedad nunca hubieran pensado en cambiar de vida, sin las buenas disposiciones que se les ha tratado de inculcar».

CAPITULO TREINTA pag. 145

Fundación de un hospicio para los niños abandonados

Los pintores, cuando quieren representar la caridad bajo una forma sensible, la pintan ordinariamente con varios pechos y con niños en los brazos y sobre el regazo. Si se quisiera crear un emblema de la caridad del Sr. Vicente, habría que servirse de esa misma representación, que vendría también muy a propósito para el asunto que vamos a tratar en este capítulo. Veremos a este Santo Varón como padre nutricio de gran número de

pobres niños abandonados, a los que (podemos decir) él les dio y conservó la vida, procurándoles, en lugar de las madres indignas, que los habían expuesto y abandonado inhumanamente, tantas madres caritativas suscitadas por él, como son las Damas virtuosas, que se encargan de su alimentación y demás necesidades. Veamos cómo y cuándo empezó esta iniciativa verdaderamente cristiana

La ciudad de París posee una extensión excesiva, y el número de sus habitantes es casi innumerable. Se dan en ella muchos desórdenes en la vida de las personas particulares, que no es posible remediar, sin que se causen siempre otros desarreglos; entre éstos uno de los más perniciosos es la exposición y el abandono de los niños recién nacidos, y con frecuencia no sólo está expuesta a peligros su vida, sino hasta su salvación. Las madres desnaturalizadas u otras que practican semejante inhumanidad con esas criaturas inocentes no se preocupan en absoluto de bautizarlos ni de ponerlos en estado de salvación

Dicen que no pasa ningún año, sin que se recojan al menos trescientos o cuatrocientos expósitos, tanto en la ciudad como en los arrabales; y según las órdenes de la Policía, pertenece a la Oficina de los Comisarios del Châtelet recoger los niños así expuestos, y promover los procesos verbales del lugar y del estado en que han sido hallados

Antes los solían llevar a una casa llamada la Couche en la calle Saint-Landry, donde los recibía cierta viuda, que vivía allí con una o dos criadas: era la encargada de cuidar de la alimentación de los niños. Como la casa no era suficientemente capaz para tantos como eran, ni podía sostener nodrizas para amamantarlos, ni tampoco para dar de comer y educar a los destetados por carecer de rentas suficientes, la mayor parte de los niños morían de inanición. Las criadas, para librarse de la molestia de sus gritos, hasta les hacían tomar drogas, adormeciéndolos y causando a muchos la muerte. Los que se libraban de aquel peligro eran o entregados a quienes los vinieran a buscar, o vendidos a un precio tan bajo, que hubo algunos por quienes sólo se pagaron veinte «sueldos»; los compraban así, a veces para hacerles mamar a mujeres enfermas cuya leche corrompida las hacía morir. Otras veces, dando satisfacción a los malos instintos de algunas personas, intercambiaban niños en las familias, y de ahí se seguían desórdenes insospechados. Y sabemos también que los han comprado (causa horror el pensarlo) para utilizarlos en operaciones mágicas y diabólicas, de forma que parecía que los pobres inocentes estaban, todos ellos, condenados a muerte o a algo peor: no hubo uno que pudiera escapar de semejante desgracia, porque no se había interesado nadie en conservarlos. Y lo que todavía es más de lamentar, muchos morían sin bautismo; según confesión de la viuda, ella no había bautizado nunca a nadie, ni hacía que los bautizaran.

Desorden tan espantoso en una ciudad tan rica, tan civilizada y tan cristiana como París conmovió, cuando se enteró, el corazón del Sr. Vicente. Pero no sabía cómo remediarlo. Por eso habló con algunas de las Damas de la Caridad, y les sugirió que fueran de vez en cuando por aquella casa, no tanto para descubrir el mal, ya suficientemente

conocido, sino para ver, si era posible, alguna forma de poner remedio a aquella situación. Cuando las Damas fueron a la Couche, quedaron vivamente impresionadas con un sentimiento de compasión tan grande por los pobres inocentes, más dignos de lástima que los que mandó matar Herodes. Y al no poderse encargar de todos ellos, se les ocurrió que podrían hacerse cargo de algunos para salvarles la vida. Al principio decidieron alimentar a doce; y para honrar a la Providencia Divina, como no conocían los designios de Dios sobre aquellas criaturas, las sortearon. Las pusieron en una casa de alquiler cerca de la Puerta de Saint-Victor el año 1638 bajo el cuidado de la Señorita Le Gras y de algunas Jóvenes de la Caridad enviadas por el Sr. Vicente. Al comienzo trataron de mantenerlos con leche de cabra o de vaca, y más adelante les proporcionaron nodrizas. Las virtuosas Damas fueron sacando de vez en cuando a otros a tenor de su fervor y de los medios disponibles, y siempre mediante sorteo, como los primeros. Se sentían muy apremiadas por los impulsos de la caridad y de la compasión que sentían por los que quedaban en pleno abandono, hasta querer hacerse cargo de todos, y responsabilizarse de su alimentación y educación. Pero como aquella carga y esta empresa eran superiores a sus fuerzas, la imposibilidad de su realización las obligó a frenar los buenos sentimientos de su corazón, y no pasaron a los hechos

Finalmente, después de haber orado mucho a Dios y hablado entre ellas sobre ese asunto, convocaron una asamblea general al comienzo del año 1640. En ella el Sr. Vicente les propuso con palabras animadas por su celo la importancia y la necesidad de aquella buena obra y el gran servicio que se podría tributar a Dios, practicando admirablemente una virtud que le es tan agradable

Tomaron la resolución generosa de encargarse de la comida y de la educación de los pequeños. Para no comprometerse más de lo que podían en semejante empresa, siguiendo el consejo del sabio director, empezaron la tarea sólo como prueba, sin intención de obligarse, puesto que en aquel momento únicamente había mil doscientas o mil cuatrocientas libras de renta anual segura. Aunque, más adelante, el Rey les asignó doce mil libras como limosna sobre las cinco grandes granjas, por haber acudido el Sr. Vicente con ese fin a la piedad de la Reina Madre. Como todos los años los gastos ascendían a cerca de cuarenta mil libras, las Damas se encontraban en más de una ocasión con muchas dificultades para sostener carga tan pesada, y con miedo a sucumbir bajo el peso de semejante obligación. El Sr. Vicente se vio en la necesidad de convocar otra asamblea general hacia el año 1648, y en ella sometió a deliberación si debía cesar en su actuación la Compañía (de Damas), o bien continuar encargándose de la alimentación de los niños, pero dejándoles en libertad para renunciar a la obra, porque la única obligación que las ataba a tan buena obra era solamente la caridad. Les propuso las razones que podían disuadirlas o persuadirlas. Les hizo ver que hasta entonces, gracias a sus caritativos desvelos, habían conservado vivos hasta quinientos o seiscientos niños, que hubieran muerto sin su asistencia; de ellos algunos estaban aprendiendo algún oficio, y otros estaban en situación de aprenderlos (algún día); que, gracias a ellas, todas aquellas pobres criaturas, al aprender a hablar, habían aprendido también a conocer y a servir a Dios; que por el comienzo podrían deducir cuál sería en el futuro el fruto de su caridad. Y después,

levantando la voz, terminó con estas palabras:

«Bien, Señoras, la compasión y la caridad les han hecho adoptar a estas criaturas como hijos suyos; ustedes han sido sus madres según la gracia desde que las abandonaron sus madres según la naturaleza. Vean ahora si los quieren también abandonar. Dejen ahora de ser sus madres según la gracia para convertirse en sus jueces; su vida y su muerte están en manos de ustedes. Voy a recoger ahora sus votos y sus opiniones; va siendo hora de que pronuncien su sentencia y de que todos sepamos si quieren tener misericordia con ellos. Si siguen ustedes ofreciéndoles sus caritativos cuidados, vivirán; por el contrario, si los abandonan, morirán y perecerán sin remedio; la experiencia no nos permite dudar de ello».

Después de que el Sr. Vicente hubo pronunciado esas palabras con un tono de voz que daba bastante a conocer cuál era su ánimo, las Damas quedaron tan fuertemente conmovidas, que todas unánimemente resolvieron sostener al precio que fuera aquella obra caritativa; y a tal fin deliberaron sobre los medios de mantenerla.

Inmediatamente después de dicha resolución obtuvieron del Rey los edificios del Castillo de Bicêtre. En él se han alojado durante algún tiempo los niños después de destetados. Pero por ser allí el aire demasiado sutil para las criaturas y por otros problemas que se presentaron, las Damas se vieron obligadas a volverlos a París, y a tomar en alquiler una gran casa en el barrio de San Lázaro. Allí siguen todavía hoy alimentados y educados por diez o doce Hijas de la Caridad. En ese hospicio se da de comer a varias nodrizas encargadas de amamantar a los niños recién ingresados, en espera de que otras nodrizas del campo vengan a hacerse cargo de ellos. Les pagan al mes el sueldo convenido. Cuando los niños son destetados, los devuelven al hospicio; y allí los cuidan unas buenas Hijas de la Caridad, y al enseñarles a hablar, también les enseñan a rezar a Dios, a conocerlo bien, a amarlo y a servirlo. Y cuando se hacen un poco mayores, los ocupan en hacer algún trabajito para evitar la ociosidad, con la esperanza de que la Providencia de Dios presente alguna ocasión para ponerlos en disposición de mantenerse con su trabajo y habilidad

Esos han sido los frutos de esta santa obra; aún hoy, después de veinticinco años, sigue en pie con gran bendición, gracias a la sabia dirección del Sr. Vicente ya los cuidados y favores de las virtuosas Damas. Su caridad ha sido tan provechosa y favorable a los niños, que son más felices en el abandono en que han sido puestos, que si hubiesen sido alimentados y educados por sus padres, que, presumiblemente, son muy pobres y muy viciosos. Parece que Dios ha querido verificar por inspiración de la gracia el primer principio de la caritativa empresa, expresado en otro tiempo por un Profeta: «Que si hay madres tan desnaturalizadas, que se olvidan y abandonan a sus propios hijos, su Providencia paternal cuidará de ellos, suscitándoles y dándoles otras madres mucho mejores, que les tendrán cariño y que procurarán suplir con abundancia la carencia de las otras».

CAPITULO TREINTA Y UNO pag. 149

Fundación de seminarios de Eclesiásticos

Los ríos grandes fluyen siempre, a lo largo de su curso hacia el océano, aumentando e incrementando su caudal con la aportación de los ríos y arroyos que van recibiendo en su cauce. Igualmente, la caridad del Sr. Vicente, encaminándose siempre cada vez con mayor perfección hacia Dios, iba creciendo continuamente tanto exterior como interiormente, no tanto por recibir ayuda de otros, cuanto comunicándose y extendiéndose cada vez más hacia el exterior según las ocasiones que la Providencia Divina le iba deparando

Hemos visto en algunos capítulos anteriores el celo del Sr. Vicente y la preocupación que tuvo para reavivar el primitivo espíritu eclesiástico del clero. Precisamente para eso se esforzó en promover los Ejercicios de Ordenandos, las Conferencias y los Retiros de Eclesiásticos. Pero como todos esos medios, aunque muy excelentes y muy aptos, aún no producían todo el fruto deseado por su caridad, pensó que sería necesario poner el remedio en el mismo manantial de la clericatura, es decir, preparar y disponer con mucha antelación a los niños que dieran muestras de poseer alguna inclinación y vocación para ese estado, con la creación de Seminarios según los moldes del santo Concilio de Trento

Por eso, después que fueron a vivir a la casa de San Lázaro, hacia el año 1636, destinó el Colegio de Bons-Enfants para seminario. En él formarían a los jóvenes clérigos en las Letras y Buenas Costumbres, para hacerlos capaces y dignos del estado al que aspiraban. Pero, cuando reconoció que los frutos de los seminarios de los jóvenes clérigos resultaban un poco tardíos a causa del tiempo tan largo como transcurría antes de que tuvieran la edad y las disposiciones para recibir los Santos Ordenes; y más, cuando vio la gran necesidad que la Iglesia tenía de que se formaran buenos sacerdotes, su celo le hizo desear que Dios quisiera remediara quella necesidad, con la creación de seminarios para los que habían recibido los Sagrados Ordenes, o estuvieran con deseo de recibirlos, a fin de que asimilasen el espíritu eclesiástico y se formaran en las funciones de su estado. Mas su humildad no le permitía meterse por sí mismo en tan santa empresa. La Divina Providencia, por su parte, lo había dado a conocer al Sr. Cardenal de Richelieu, quien daba muestras de contento, cuando, en alguna ocasión lo veía y hasta llegó a consultarle alguna vez acerca de los medios para promover la gloria de Dios entre el clero, hasta el punto de darle una oportunidad para manifestar al buen Señor sus ideas sobre aquella cuestión. Le dijo que, después de los ejercicios de Ordenandos y las Conferencias espirituales de los Eclesiásticos, que ya se practicaban en varios sitios, le parecía que sólo faltaba la creación de Seminarios en las diócesis, no tanto para los jóvenes clérigos, que producían frutos

muy tardíos, cuanto para quienes habían entrado ya, o tenían intención de entrar pronto en los Santos Ordenes, con el fin de ejercitarse durante un año o dos en la virtud, en la oración, en el servicio divino, en las ceremonias, en el canto, en la administración de sacramentos, en la catequesis, en la predicación y en otras funciones eclesiásticas, como también para aprender Casos de Conciencia, y las otras partes más necesarias de la Teología. En una palabra, para hacerlos capaces no sólo de trabajar en su perfección personal, sino también en la dirección de las almas por las vías de la justicia y de la salvación. Porque, por carecer de esas cualidades había muy pocos sacerdotes dotados de las cualidades necesarias para servir y edificar la Iglesia. Y, por el contrario, había muchos viciosos, ignorantes y escandalosos, verdadera piedra de escándalo para el pueblo.

El Sr. Cardenal, después de escucharlo con satisfacción, le manifestó que le agradaba mucho la sugerencia, y le animó eficazmente a que emprendiera él mismo un seminario como aquél. Y como ayuda para comenzarlo, le mandó mil escudos que se emplearon en el sostenimiento de los primeros Eclesiásticos a los que el Sr. Vicente recibió en el Colegio de BonsEnfants en el mes de febrero del año 1642. Los hizo mantener e instruir durante dos años para hacerlos capaces de todo lo perteneciente a su condición. Más adelante se presentaron varios más, dispuestos a pagar la pensión, para ser a su vez formados en la piedad y en la ciencia. Así es como empezó el Seminario de BonsEnfants bajo la sabia dirección del Sr. Vicente, con el permiso y la aprobación del difunto Arzobispo de París. Este buen prelado ya había permitido a los sacerdotes de la Comunidad de san Nicolás du Chardonnet abrir otro (seminario); Dios vertió sobre él muchas bendiciones por medio de los cuidados de dichos Señores, y, en particular, por el celo incomparable del Sr. Bourdoise, a quien Nuestro Señor había infundido el espíritu clerical en abundancia desde su juventud y un celo ardiente para comunicarlo a otros.

Unos años después de la creación del nuevo Seminario en el Colegio de Bons-Enfants,el número de los seminaristas había crecido mucho, y el alojamiento resultaba demasiado pequeño y falto de comodidades para tan gran número de personas. El Sr. Vicente sacó de allí a los seminaristas que estudiaban Humanidades y los trasladó a una casa situada en una esquina del cercado de San Lázaro fuera de los arrabales, y lo llamó Seminario de san Carlos. Allí los sacerdotes de su Congregación han continuado siempre desde entonces, y continúan todavía enseñando Humanidades y educando en la virtud a los niños que dan muestras de tener alguna inclinación para abrazar el estado eclesiástico

Desde entonces los Prelados del reino, después de considerar la necesidad que había de fundar unos seminarios parecidos para las personas eclesiásticas, los han erigido en la mayor parte de las diócesis; y algunos de ellos han confiado la dirección a los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, como en Cahors, Saintes, Saint-Malo, Tréguier, Agen, Montauban, Agde, Troyes, Amiens, Noyon y en otros sitios, no sólo de Francia, mas también de Italia y de otras Provincias extranjeras. En todo esto se ha hecho notar, que, como el fruto de las misiones dadas por el Sr. Vicente y los de su Congregación ha impulsado a otros virtuosos Eclesiásticos a consagrarse a dar misiones, así también, después de que él se ha dedicado a la obra de los Seminarios, y que la experiencia le ha

hecho ver con más claridad su necesidad, utilidad y facilidad, los han fundado en varias diócesis del reino. Y han contribuido mucho al bien del clero de Francia, que, por la misericordia de Dios, ha empezado a recuperar su antiguo esplendor, que parecía haber quedado algo velado en los pasados siglos.

CAPITULO TREINTA Y DOS pag. 151

Servicios prestados por el Sr. Vicente al difunto Sr. Comendador de Sillery y a la Orden de San Juan de Jerusalén, comúnmente llamados Caballeros de Malta

El difunto Sr. Noel Brulart de Sillery, Comendador del Temple de Troyes, de la Orden de San Juan de Jerusalén, después de haber participado en diversas embajadas en Italia, en España y en otras Provincias extranjeras, y haber intervenido en importantes negocios al servicio del Rey, desempeñados siempre con honor y con entera satisfacción de Su Majestad, se sintió especialmente movido por Dios, para que se entregara más perfectamente a El y, separándose de la corte y de todos los impedimentos del siglo, se dedicara con mayor atención a los negocios concernientes al servicio de Dios y a la santificación y perfección de su alma. Había conocido al Sr. Vicente y concebido un alto aprecio de su virtud desde el tiempo en que estaba metido en el gran mundo. Eso le movió a comunicarle su propósito y a rogarle que le asesorara para ponerlo en ejecución: presentó por su parte tan buenas disposiciones, y manifestó tan gran docilidad en seguirle y hasta en adelantarse alguna vez a los saludables consejos del sabio director, que en poco tiempo se vieron cambios notabilísimos en su persona y en toda su conducta.

Y, en primer lugar, cuando reconoció la vanidad del lujo y el enorme derroche de riqueza del mundo, abandonó el palacio parisino de Sillery con todas las suntuosas y magníficas habitaciones, de las que se había servido para sostener honoríficamente, como creía que debía hacerlo, los grandes cargos desempeñados por él. Despidió a la mayor parte de su servidumbre, recompensando a sus servidores en proporción al servicio prestado. Vendió los muebles más ricos y preciosos y distribuyó grandes y notables cantidades de dinero en obras de caridad. Después, sintió la inspiración de consagrarse todavía más enteramente a Dios en el santo Orden del Sacerdocio. Aconsejado por el Sr. Vicente, se preparó al gran sacramento con los actos de piedad más convenientes; y recibido el Sacerdocio, empezó a llevar una vida digna de la santidad de ese carácter, practicando toda clase de virtudes. Y con el fin de afirmarse aún más en el Sacerdocio, quiso unirse más estrechamente al Sr. Vicente en el nuevo estado, y tomó una nueva resolución de seguir enteramente sus consejos y actuar en todo según su dirección. He aquí cómo le habla en una de sus cartas:

«Reverendo Sr. y muy querido Padre: No dudo que conociendo, como conoce, el corazón de su indigno hijo, haya querido llenarle, con su tan amable y tan cordial carta, de tantos consuelos de su exhuberante bondad, que en materia de cordialidad no cede a nadie, ahora le obliga a rendir las armas y a reconocerle por su maestro y superior, cosa que él acepta de buen grado en eso y en todo. Y verdaderamente, sería muy rudo y agreste para no derretirse todo en amor a una caridad tan amorosamente ejercida por un Padre tan digno y bondadoso con un hijo que sólo sirve para causarle preocupaciones. Pero no hay remedio. Yo recibo humildemente y con gusto la confusión debida a tantas faltas y debilidades como sufre por mí, después de haberle pedido perdón por ello con toda reverencia y sumisión. Le aseguro, mi queridísimo Padre, que con toda conciencia siento ganas de enmendarme, con la gracia de Nuestro Señor. Sí, ciertamente, mi único Padre, estoy cierto de que jamás me he sentido tan tocado por esa mirada como lo estoy en este momento. ¡Oh si pudiéramos y llegásemos a trabajar eficazmente en una buena enmienda de tantas miserias de las que sabe su reverencia que estoy lleno y rodeado por todas partes, estoy seguro de que recibirá entonces consuelos indecibles! Y aunque este bien no llegue tan pronto ni en el grado en el que su piedad desea, yo le conjuro, mi buen Padre, per viscera misericordiae Dei nostri in quibus visitavit nos oriens ex alto, que no se canse su bondad y no abandone jamás a este pobre hijo; bien sabe que quedaría bajo una mala dirección, si quedase bajo la propia»

Esa es una parte de la carta; en ella es difícil decir qué cosa sea más admirable de ver, o tal humildad y sencillez en un personaje que había pasado la mayor parte de su vida metido en las intrigas de la Corte y en el manejo de los más importantes asuntos del reino; o bien, un comportamiento tan prudente y tan lleno de unción, como el del Sr. Vicente, que produjo con la gracia de Dios tan grandes efectos, y ganó tal crédito ante el alma de ese Señor

Después de un cambio de estado y de vida tan considerable, el Sr. Comendador de Sillery, movido por el celo que iba creciéndole cada día, tuvo la ocurrencia de atender a las necesidades espirituales de los Religiosos y de los Párrocos de su Orden, dependientes del Gran Priorato del Temple: y recibida la comisión del Sr. Gran Maestre de Malta para visitarlos, se puso en comunicación con el Sr. Vicente, y concertó con él la forma de realizar útilmente las visitas. Ambos convinieron en que se diesen misiones en las parroquias al mismo tiempo que se pasaba la visita, tanto para reformar a los pueblos como para dar a los Religiosos y a los Párrocos encargados de su cuidado los consejos y remedios más propios y convenientes para las necesidades de las parroquias. Se llevó todo a la práctica con feliz resultado. Cuando lo supo el Sr. Gran Maestre de Malta, se alegró tanto, que escribió la siguiente carta al Sr. Vicente en señal de agradecimiento:

«Señor: Me han comunicado que el venerable baile de Sillery ha escogido a usted para que le ayude a visitar las iglesias y parroquias dependientes del Gran Priorato, en las cuales ya había usted empezado a emplear sus cuidados y fatigas para la instrucción de los que tenían una extrema necesidad de ella: eso me convida a darle por medio de estas líneas las más expresivas gracias, y a pedirle que continúe su labor, ya que no tiene otro

objeto que el avance de la gloria de Dios y el honor y fama de esta Orden. Suplico con todo mi corazón a la bondad de Dios, que recompense su celo y caridad con sus gracias y bendiciones. Y me conceda la facultad de testimoniarle lo agradecido que estoy. Suyo etc.»

«El Gran Maestre Láscaris de Malta, septiembre 1637»

El S. Comendador pensó que no era bastante con limpiar los arroyos, si no se purificaba el manantial; por eso, no se contentó con hacer bien las visitas. Quiso además que se formaran buenos Eclesiásticos en la casa del Temple de París, y que se eligieran a tal efecto personas reconocidas como llamadas por Dios, para servirle en aquella religión, con el fin de que los que tomaran el hábito, recibieran también el verdadero espíritu, y se pudiera sacar de ellos individuos aptos para desempeñar dignamente los curatos, y renovar así poco a poco toda la faz de la Gran Orden. Pero aquel buen propósito no logró todo el efecto esperado, por más que rogaron al Sr. Vicente que se dedicara a ello, y que para eso residiera durante algún tiempo en el Temple. Porque, como no iba a tener libertad para actuar a su estilo, no pudo acceder tal como hubiera deseado. He aquí lo que escribió sobre este asunto a una persona de confianza:

«Me urgen -dice- *por la precipitación del asunto del Temple; temo que no tenga el éxito tal como yo lo deseo. Lo digo y lo vuelvo a decir, pero no me hacen caso. La humildad me obliga a dar largas, y la razón me inclina a temer. In nomine Domini. No he visto cosa más común, que el mal éxito en los asuntos precipitados»*

Sabemos por otra carta del Sr. Gran Maestre de Malta, que el Sr. Vicente le había escrito varias en favor del Sr. Comendador de Sillery, y para recomendarle sus piadosas intenciones. Y, en efecto, el Sr. Comendador logró autorización de su Orden para disponer de sus grandes riquezas, y las empleó todas en obras piadosas muy considerables. Entre ellas no debemos omitir aquí que este virtuoso Señor en agradecimiento a los favores que debía al Sr. Vicente, y, más aún, por consideración a los grandes servicios que su Congregación le hacía y podía en el futuro prestar a toda la Iglesia, donó una considerable suma tanto para la fundación de una casa y de un Seminario en la ciudad de Annecy, diócesis de Ginebra, como para ayudar a la fundación de la de Troyes, y al mantenimiento de la de San Lázaro de París, que viene a ser la madre de las demás, y que tiene obligaciones inmortales para su caridad. Dios le recompensó también por medio de las grandes gracias que le hizo, no solamente en vida, sino de modo particular en su muerte, santa y preciosa ante los ojos de su Divina Majestad. El Sr.Vicente le administró en la última hora todos los servicios y toda la ayuda que pudo, y dio acerca de él este favorable testimonio: que no había visto nunca morir a nadie que estuviera tan lleno de Dios, como lo estaba este virtuoso y caritativo Señor en su último momento.

CAPITULO TREINTA Y TRES pag. 155

Misiones predicadas al ejército el año 1656, y reglamentos dados por el Sr. Vicente a los misioneros que fueron a trabajar a ellas

Está todavía reciente el recuerdo de la irrupción que hicieron por el frente de Picardía: en poco tiempo se apoderaron de varias plazas fuertes, y, entre ellas, de Corbie. Como su ejército era muy numeroso y había desplegado mucho sus bases, lanzaba muy por delante a sus avanzadillas. Aquello produjo una alarma tanto más grande, cuanto que menos posible parecía la pronta llegada de recursos por estar los ejércitos del Rey ocupados, o fuera del reino, o en las Provincias más alejadas. Sin embargo, el difunto rey Luis XIII, de gloriosa memoria, en muy poco tiempo levantó un nuevo ejército, y la casa de San Lázaro tuvo ocasión de testimoniar no solamente su obediencia, sino también su simpatía por todo lo que pudiera contribuir al servicio de Su Majestad: fue elegida como plaza de armas para la instrucción de los soldados recién enrolados, y ponerlos en situación de ir a rechazar a los enemigos. He aquí lo que el Sr. Vicente escribió a uno de sus Sacerdotes, que estaba en Auvernia dando misiones con el difunto Abad Olier:

«París -le dice- está temiendo el asedio de los españoles que han entrado en Picardía y la están devastando con un poderoso ejército, cuya vanguardia se extiende hasta diez o doce leguas de aquí, de forma que la población rural viene a refugiarse a París. Y París anda tan asustado que muchos huyen a otras ciudades. El Rey, sin embargo, intenta levantar un ejército para oponerse, ya que los suyos están fuera o en las extremidades del reino. Y el lugar donde se adiestran y se arman los soldados recién enrolados es aquí: el establo, la leñera, las salas y el claustro están llenos de armas, y los patios, de gente de guerra. El santo día de la Asunción no se ha visto libre de este jaleo tumultuoso. El tambor empieza a redoblar, aunque sólo sean las siete de la mañana, de suerte que en sólo ocho días se han formado aquí setenta y dos compañías. Pues bien, aunque esto sea así, toda nuestra Compañía no deja de hacer su Retiro, exceptuando tres o cuatro, que están a punto de ir a trabajar a lugares apartados. Le escribo al Sr. Abad que podré enviarle cuatro o cinco sacerdotes de la Compañía. Enviaré otro a los Señores (Obispos) de Arlés y de Cahors, y espero que marchen lo antes posible, antes de que los asuntos se enreden más todavía»

Esta carta nos demuestra no sólo la maravillosa fuerza del espíritu del Sr. Vicente, sino también la grandeza de su virtud y el fervor de su celo. Está metido en me dio del ruido y del tumulto de un ejército nuevo; su casa está repleta de soldados; por todos los rincones no se ven más que armas y pertrechos de guerra; sólo se oye el redoblar de los tambores; y a pesar de todo eso, como si viviera en la paz más grande y en la tranquilidad exterior, pone a sus Sacerdotes en Retiro y les obliga a realizar los actos ordinarios; y al tiempo que ve su casa ocupada para el adiestramiento de los soldados en el servicio del Estado y del Rey, se sirve de ella para preparar misioneros que presten nuevos servicios a Dios y a la Iglesia: la ha convertido en plaza de armas para formar soldados de Jesucristo, y mandarlos a combatir contra el demonio. Pero, ¿en qué país? Pensaba, como el profeta Habacuc, enviar alguna ayuda a los Prelados que figuran en su carta, y se siente transportado de repente a Babilonia, en medio de los leones. Recibe una orden del Rey por medio del Sr. Canciller: que mande veinte Sacerdotes al ejército, para misionarlo, cosa

no menos difícil que nueva y extraordinaria. Bien podía decir con el Profeta, que no conocía el camino de aquella Babilonia, y que no había estado nunca en ningún ejército; pero se dejó coger y llevar por la cabeza, es decir, sometió su juicio, y se vio que no destacaba menos en la obediencia y en el deseo de servir al Rey, que en las demás virtudes. Al no disponer de más, hizo marchar cuanto antes a quince misioneros, y los mandó al sitio señalado por el ejército. De allí se dispersaron por todos los acantonamientos en los que estaban acampados los regimientos, con el fin de trabajar según los planes para los que se les había enviado. El Sr. Vicente marchó por aquellos días a Senlis, donde estaba el Rey, para ofrecerle sus servicios y los de toda su Congregación de la Misión; y después de cumplir con su deber, dejó a uno de sus Sacerdotes en espera de las órdenes de Su Majestad, y las envió al Superior de aquella misión. En seguida hizo comprar una tienda para el servicio de los misioneros del ejército, y les mandó útiles y víveres con un mulo y una carreta, para que los pudieran trasladar y servirles en sus necesidades. Y les entregó el siguiente reglamento; en él les prescribe lo que debían observar y hacer durante la misión:

«Los Sacerdotes de la Misión, que están en el ejército, tendrán presente que Nuestro Señor los ha llamado a esa santa ocupación. Para ofrecer sus oraciones y sacrificios a Dios por el feliz éxito de los planes del Rey, y por la conservación de su ejército. Para ayudar a la gente de guerra que esté en pecado, a librarse de él, y a los que están en estado de gracia a mantenerse en él. Y finalmente, para hacer todo lo posible para que los que vayan a morir salgan de este mundo en estado de salvación»

«A este fin, tendrán particular devoción al nombre que Dios toma en la Escritura, Dios de los ejércitos, y al pensamiento que tenía Nuestro Señor cuando decía: Non veni pacem mittere, sed gladium, y eso para darnos la paz, que es el fin de la guerra»

«Tendrán presente que, aunque no puedan eliminar todos los pecados del ejército, quizás Dios les conceda la gracia de disminuir su número; que es tanto como decir, que si Nuestro Señor debiera ser crucificado cien veces, quizá sólo lo sea noventa veces; y si mil almas por su malas disposiciones deberían ser condenadas, los misioneros, con la misericordia y la gracia de Dios, quizás consigan que sean menos las que se condenen»

«Las virtudes de la caridad, del fervor, de la mortificación, de la obediencia, de la paciencia y de la modestia les son muy necesarias: harán una práctica interior y exterior de ellas, y, sobre todo, del cumplimiento de la voluntad de Dios»

«Celebrarán la Santa Misa todos los días, o comulgarán a ese fin»

«Honrarán el silencio de Nuestro Señor en las horas acostumbradas, y siempre en lo tocante a los asuntos de Estado; y sólo manifestarán sus dificultades al Superior, o a quien él ordene». «Si les dedican a oír confesiones de los apestados, se mantendrán lejos y con las precauciones obligadas; y dejarán la asistencia corporal, tanto de ésos como de los demás enfermos, a quienes la Providencia emplea en esos trabajos»

«A menudo tendrán Conferencias, después de haber pensado ante Dios sobre el tema propuesto; por ejemplo:

1. De la importancia de que los eclesiásticos asistan a los ejércitos

2. En qué consiste esa asistencia

3. Medios para llevarla bien a la práctica»

«Podrán tratar con el mismo método de otros asuntos convenientes para su oficio: como la asistencia de los enfermos; de qué forma hay que comportarse durante los combates y las batallas; de la humildad, de la paciencia, de la modestia y de otras prácticas exigidas en los ejércitos»

«Observarán con la mayor exactitud que puedan los pequeños Reglamentos de la Misión, particularmente los que se refieren a las horas de levantarse y de acostarse, de la oración, del oficio divino, de la lectura espiritual y de los exámenes»

«El superior distribuirá los oficios de cada uno: a uno le dará el de la sacristía; a otro el de oír confesiones de la Compañía, y de la lectura de la mesa; a otro, de los enfermos, de la economía y del aderezo de la comida; a otro, de la tienda y demás útiles para hacerlos cargar y descargar, y ponerlos en su sitio; y unos y otros se dedicarán a predicar y a confesar, según que el superior lo juzgue conveniente»

«Vivirán juntos, si pueden, aunque estén repartidos por los regimientos, y aunque los empleen en diferentes lugares, como la vanguardia, o la retaguardia, o en el cuerpo del ejército. El superior que los vaya a distribuir, actuará de forma que todos se alojen en las tiendas, si es posible»

Ese fue el Reglamento que el Sr. Vicente dio a aquellos buenos misioneros; y lo observaron fielmente. El hecho atrajo sobre ellos y sobre sus santos trabajos grandísimas bendiciones, como podemos ver por una carta de congratulación, que el Sr. Vicente escribió a uno de ellos:

«Bendito sea Dios, -le dice- por la bendición que da a su trabajo. ¡Oh Jesús! Señor ¡qué cosa más grande han hecho! ¿Qué? ¡Haber logrado ustedes el buen estado de trescientos soldados, que han comulgado tan devotamente, y de soldados que van a la muerte! Sólo quien conozca el rigor de Dios en los infiernos, o quien sabe el precio de la Sangre de Jesucristo derramada por un alma puede comprender la grandeza de ese bien. Y aunque conozca yo mal una y otra cosa, sin embargo le place a la bondad de Diosdar me alguna luz y un aprecio infinito del bien que han hecho en esos trescientos penitentes. El martes pasado ya se habían hecho novecientas confesiones en todas las demás misiones del ejército, sin contar las de ustedes; ni lo que se ha hecho posteriormente. ¡Dios mío! Señor: eso supera mis esperanzas. Hemos de humillarnos, alabar a Dios, continuar con ánimo, y seguir, salvo contraorden»

Y en una carta del 20 de septiembre escrita al Sr. Portail para excusarse de que no había podido enviar los misioneros prometidos al Sr. Abad Olier:

«Nos es imposible -le dice- enviarles inmediatamente los misioneros que ustedes esperan, porque los que habíamos preparado se han visto obligados a seguir a los regimientos acantonados en Usarche, Pons, Saint-Leu y en La ChapelleOrly, y a acampar con ellos en el ejército. Son ya cuatro mil los soldados que han cumplido con el tribunal de la penitencia, con gran efusión de lágrimas. Espero que Dios concederá a muchos su misericordia gracias a esa pequeña ayuda, y eso es fácil que no perjudique al buen éxito de los ejércitos del Rey»

Después de esas cuatro mil confesiones, los misioneros se vieron obligados a seguir al ejército y a acampar con él; y en cada uno de los campamentos, además de las asistencias espirituales ofrecidas a los soldados, con el permiso de los Sres. Obispos, confesaron y repartieron la comunión a gran cantidad de personas de las diócesis por las que pasaban con el permiso expreso de los Sres. Obispos. Uno de los misioneros, que dirigía el grupo, hizo saber al Sr. Vicente que ellos trabajaban siempre en el servicio y la ayuda espiritual de los enfermos, tanto soldados como refugiados picardos, y que habían muerto muchos de los que habían recibido los sacramentos. Por fin, una parte de los misioneros, después de seis semanas de trabajo, volvieron a París, y los demás continuaron acampando con el ejército hasta el mes de noviembre, en que volvió victorioso de sus enemigos.

CAPITULO TREINTA Y CUATRO pag. 159

Fundación del primer Seminario interno de la Congregación de la Misión en la casa de San Lázaro

Entre los antiguos Padres cenobitas existía la norma de no recibir en sus agrupaciones a ninguno sin que previamente fueran conocidas sus disposiciones y probada su virtud. Esta norma posteriormente ha sido siempre observada en todas las Comunidades, tanto seculares, como regulares, fundadas en la Iglesia. Porque, como ha dicho muy bien uno de los más experimentados de la antigüedad en esa forma de vida, no se puede afinar ni acrisolar el oro sin antes probarlo; y los aspirantes a la perfección de un estado, al que se creen llamados por Dios con el fin de entregarse especialmente a su servicio necesitan pasar por diversas pruebas, tanto para conocerse a sí mismos, como para estar mejor dispuestos y ser más capaces de llegar al fin propuesto.

Durante los primeros años, cuando el Sr. Vicente empezó a trabajar en las misiones, como aún no conocía los planes de Dios, ni lo que quería hacer de él y por él, no observaba forma ni estilo especial en la recepción de quienes deseaban juntarse a él para participar en sus santos trabajos. Se contentaba con la buena voluntad con que se presentaban, y con algún Retiro, que les invitaba a hacer para reafirmarse más e implorar la ayuda de la divina gracia. Más adelante, pensó que había que añadir al Retiro otros actos espirituales, que fueron un poco más largos que el Retiro ordinario. Y, cuando vio ya formada su Congregación, y conoció la importancia de admitir solamente a individuos bien dispuestos y claramente llamados de Dios, decidió que en adelante todos los que se presentaran para ingresar en la Comunidad, harían, antes de ser admitidos, una especie de probación en un Seminario bajo un director, que los ejercitaría en la práctica de las virtudes, y los formaría en la vida espiritual

Escogió para primer director al Sr. Juan de la Salle, uno de los tres primeros sacerdotes en juntarse a él. Después de redactar una distribución del día y algunas reglas particulares propias para la probación, el Seminario empezó el mes de junio del año 1637 en la casa de San Lázaro. Allí ha continuado siempre, y continúa aún hoy con bendición. De ordinario suele haber unos treinta o cuarenta seminaristas tanto sacerdotes como clérigos. Ese Seminario es propiamente el primer Seminario creado para los miembros de la Congregación de la Misión, a diferencia de otros seminarios, de los que ya hemos hablado anteriormente, y que fueron fundados para formar eclesiásticos, que no son de esta Congregación. El Sr. Vicente lo llamaba «spem gregis» y semillero de misioneros; y siempre confió en la Providencia paternal de Dios, que cuidaría de llenarlo con individuos aptos para su servicio: porque tenía como máxima, que correspondía a Dios elegir y llamar a quienes quisiera, y como los primeros misioneros del Hijo de Dios, que fueron los Apóstoles, no ingresaron por propio impulso, sino que fueron elegidos por el divino Señor, que llamó a quienes quiso, igualmente era necesario que los que se entregaran a Dios para trabajar en la imitación de los grandes Santos, en la instrucción y en la conversión de los pueblos fueran elegidos y llamados por el mismo Señor

Por esa razón, el Sr. Vicente nunca quiso decir una sola palabra a nadie para atraerlo a su Congregación; y prohibió que los suyos persuadieran a entrar a nadie en ella. He aquí con qué términos les habló un día sobre este asunto:

«Dios se sirve de ordinario de personas de poca entidad para realizar grandes obras. Tenemos algunos en nuestra Congregación, a quienes hemos admitido con mucha dificultad, porque ofrecían pocas esperanzas; pero que en la actualidad son muy buenos obreros, y algunos hasta superiores, que llevan sus casas con prudencia y mansedumbre, de forma que hay que alabar a Dios y admirar sus designios sobre esas personas. ¡Ah! Señores: guárdense mucho, cuando atiendan o dirijan a los que vienen a hacer los Ejercicios espirituales en esta casa, de decirles nunca nada que pueda atraerlos a la Compañía. Corresponde a Dios llamarlos y darles la primera inspiración

Aún más, incluso cuando algunos les descubran su intención de ingresar, y les

manifiesten que tienen esa inclinación, guárdense mucho de persuadirlos a hacerse misioneros, aconsejándoles o animándolos; en ese caso, díganles solamente que encomienden más y más sus deseos a Dios; que lo piensen bien, pues se trata de una cosa importante. Preséntenles también las dificultades que podrán encontrar por su carácter; que deben esperar, si abrazan este estado, sufrir mucho y trabajar mucho por Dios. Y que si, después de eso, se deciden, magnífico, se les puede presentar al superior para hablar más ampliamente con ellos acerca de su vocación. Dejemos actuar a Dios, Señores, y mantengámonos humildemente a la espera, dependiendo de las órdenes de su Providencia. Por su misericordia así es como hemos obrado en la Compañía hasta el día de hoy; y podemos decir que no hay nada en ella que no haya sido enviado por Dios; y que no hemos buscado ni hombres, ni riquezas, ni fundaciones. En el nombre de Dios, mantengámonos así, y dejemos hacer a Dios. Sigamos, les ruego, sus órdenes, y no nos adelantemos a ellas. Créanme, si la Compañía actúa de esa forma, Dios la bendecirá»

«Y si vemos que piensan retirarse a otra parte, que quieren irse a servir a Dios en alguna santa Religión o Comunidad, ¡Dios mío! ¡no se lo impidamos! De otra forma tendríamos que temer que la indignación de Dios cayera sobre la Compañía por haber querido tener lo que Dios no quiere que tenga. Y, díganme, se lo ruego, si la Compañía no se hubiera mantenido hasta el presente en ese espíritu de no aceptar a otros individuos por excelentes que fueran, sino a los que Dios ha querido enviar, y que han tenido largo tiempo ese deseo, los PP. Cartujos y otras Comunidades religiosas ¿nos enviarían, como ya lo hacen, para hacer el Retiro en nuestra casa, a muchos jóvenes que solicitan entrar donde ellos? Ciertamente se guardarían mucho de eso»

«Pues ¿qué? Supongamos que un buen joven tiene el pensamiento de meterse cartujo; lo envían acá para tratar con Nuestro Señor por medio de un Retiro, y ustedes ¿tratarían de persuadirle que viviera con nosotros aquí? Y ¿qué sería eso, Señores, sino querer retener al que no nos pertenece, y querer hacer que un hombre entre en una Congregación a la que Dios no lo llama, y en la que ni él ha pensado? Y ¿qué podría hacer o producir semejante acción, sino atraer la maldición de Dios sobre toda esta Compañía? ¡Pobre Compañía de misioneros! ¡En qué lastimoso estado caerías, si hicieras tal! Pero por la gracia de Dios no ha sido así, has estado muy lejos de eso. Pidamos a Dios, Señores, pidamos a Dios que confirme a esta Compañía en la gracia que le ha hecho hasta el presente, de no querer otra cosa que lo que le es agradable».

Otro día el Sr. Vicente recibió una carta de un sacerdote de su Congregación, para que se la entregara a un eclesiástico muy virtuoso, a quien consideraba muy apto para la vida y las actividades de los misioneros, y que hasta le había manifestado en alguna ocasión que sentía inclinación para entrar en la Congregación. Y el Sr. Vicente le dio esta respuesta:

«No he mandado su carta al Sr. N., porque usted intenta persuadirle a que entre en la Compañía, y porque tenemos como norma una máxima contraria, que es la de no invitar a nadie a abrazar nuestro estado. Sólo a Dios toca elegir a los que El quiera llamar. Y

estamos seguros de que un misionero concedido por su mano paternal, le será de mayor bien que muchos otros que no tengan una vocación pura. A nosotros nos corresponde pedirle que envíe buenos trabajadores a la mies, y vivir tan rectamente que nuestros ejemplos les sirvan de atractivo para trabajar con nosotros, si Dios los llama».

Así es como hablaba el Sr. Vicente; y he aquí cómo obraba. Se sabe que varias personas se dirigieron a él, y le escribieron o hablaron con él en particular:

«Señor: Me pongo en sus manos para hacer todo lo que piense V. que Dios me pide. Dígame pues, ¿qué debo hacer? ¿debo dejar el mundo para abrazar tal o cual estado? Me parece que Dios me manda a usted para conocer su voluntad. Estoy en completa indiferencia acerca de la elección que debo hacer, y seguiré su parecer como la señal más segura de la voluntad de Dios».

Le hicieron varias veces consultas y preguntas como ésa; y, cosa maravillosa, el humilde y prudente Siervo de Dios casi nunca quiso dar solución a nadie, ni recomendar el estado que debían abrazar por miedo a atentar -como él decía- contra la dirección de la Providencia de Dios y a prevenir las órdenes de su soberana voluntad, que hemos de seguir humilde y fielmente. Su respuesta habitual la daba, más o menos, en estos términos:

«La resolución de su duda es un asunto que compete a Dios y a usted. Continúe pidiéndole que le inspire lo que ha de hacer usted. Haga un Retiro de varios días a ese propósito; y piense que la resolución que obtenga en presencia de Nuestro Señor será más agradable a su Divina Majestad, y más útil para el verdadero bien de usted».

En cuanto a los que se dirigían a él, una vez decididos a abandonar el mundo, pero sin concretar aún la Religión o Comunidad en la que debían entrar, si le proponían dos que eran muy observantes, para saber cuál debían elegir les sugería que resolvieran ellos lo que debían hacer con Dios. Pero si la Congregación de la Misión era una de las dos, les decía:

«Señor: somos una pobre gente indigna como para compararnos con esa otra Santa Compañía; vaya allí en nombre de Nuestro Señor; allí será ustedincomparablemente mejor que con nosotros»

Para quienes venían a presentársele con voluntad decidida de ingresar en su Congregación, les mostraba una gran circunspección antes de recibirlos. Ordinariamente se informaba acerca de ellos: ¿desde cuándo tenían aquella idea? ¿cómo y por qué ocasión se les presentó? ¿qué clase de personas eran? ¿por qué motivo se habían decidido a abrazar el estado de misioneros? ¿estaban dispuestos a ir a todos los sitios adonde los podían mandar, incluso a los países extranjeros más lejanos? ¿y a pasar por encima de tales y cuales dificultades?, al tiempo que les presentaba las que con más frecuencia se suelen ofrecer en el estado que querían abrazar. Algunas veces los despedía sin darles ninguna solución, y hasta con pocas esperanzas de ser recibidos, para probar su

vocación y su virtud. De ordinario, los mantenía fuera durante un tiempo notable, pero obligándoles a volver varias veces para conocerlos mejor; y nunca les daba palabra, aunque hubiera puesto a prueba sus disposiciones y su perseverancia, sin que no les mandase expresamente hacer un Retiro para consultar la voluntad de Dios. Después, si perseveraban en su primera idea, los presentaba a algunos de los más antiguos de la casa, y si éstos los juzgaban aptos para la Congregación, eran recibidos en el Seminario para completar la prueba de dos años con actos de humildad, mortificación, devoción, recogimiento, puntualidad y otras prácticas necesarias para conseguir una base sólida de virtud, y honrar, como el Sr. Vicente decía, el estado de infancia de Nuestro Señor. Quería que se volvieran muy interiores, y que hicieran buen acopio de la unción del espíritu de Dios, que pudiese después conservar el fuego de la caridad en sus corazones en medio de todas las ocupaciones y de todos los trabajos de las misiones. Y luego de transcurrido el tiempo y cumplido con su deber en el Seminario, si aún no habían terminado sus estudios, les hacía continuar todo el tiempo necesario para poder desempeñar dignamente las funciones de su estado. Ahí va un pequeño resumen de las disposiciones exigidas a los suyos escritas de su propia mano:

«El que quiera vivir en Comunidad, debe decidirse a vivir como un peregrino en la tierra. Debe hacerse loco por Jesucristo, cambiar sus costumbres, mortificar todas sus pasiones, buscar a Dios con pureza de intención, someterse a todos, como el menor de todos, y a no vivir en placeres y ociosidad. Debe saber que va a ser probado como el oro en el crisol, que no se puede perseverar en la Congregación, si no quiere humillarse por Dios, y persuadirse que, obrando así conseguirá verdadera satisfacción en este mundo y la vida eterna en el otro»

En tan pocas palabras ha resumido este buen hombre muchas cosas, y podemos decir que ha ido eliminando de la obra a todos los que, no habiendo hallado comodidades ni satisfacciones en el mundo, piensan satisfacer sus gustos y comodidades en la Congregación de los misioneros

He aquí finalmente una palabra sobre las disposiciones requeridas por él. Dijo cierto día a su Comunidad a propósito de un misionero que había sido maltratado en un país extranjero:

«¡Plegue a Dios, queridos Hermanos míos, que todos los que vengan para ingresar en la Compañía, vengan con el pensamiento de ser mártires, y con el deseo de padecer la muerte y consagrarse enteramente al servicio de Dios ya en los países lejanos, ya en éste, o en cualquier otro lugar, donde a Dios le plazca servirse de la pobre pequeña Compañía! ¡Sí, con el pensamiento del martirio! ¡Oh! ¡Frecuentemente deberíamos pedir esa gracia a Nuestro Señor! ¡Ah Señores y Hermanos míos!, ¿hay algo más razonable que consumirse por quien tan liberalmente ha dado su vida por nosotros? Si Nuestro Señor nos amó hasta el punto de morir por nosotros, ¿por quéno le vamos a tener el mismo amor para ponerlo a su disposición, si se nos presenta una ocasión? Vemos a tantos Papas martirizados uno tras otro. ¿No es algo sorprendente ver a mercaderes, que, por una pequeña ganancia

atraviesan los mares y se exponen a infinidad de peligros? Estuve el domingo pasado con uno que me decía que le habían propuesto ir a las Indias, y estaba decidido a ir. Le pregunté si había algún peligro; me dijo que había y muy grandes; que era cierto que un mercader a quien conocía había vuelto, pero que otro se había quedado allí. Entonces me decía en mi interior: «Si esa persona, por ir a buscar unas piedras preciosas y hacer alguna ganancia, quiere exponerse a tantos peligros, ¿cuánto más debemos exponernos nosotros para conseguir la piedra preciosa del Evangelio y ganar almas a Jesucristo?»

CAPITULO TREINTA Y CINCO pag. 165

El Sr. Vicente se dedica a socorrer a los pobres loreneses durante las guerras, y se encarga con especial solicitud de varios gentiles-hombres y muchachas de condición refugiados en París

San Agustín dijo, y con mucha razón, que Dios era tan bueno, que nunca permitiría un mal, si no se considerase lo bastante poderoso como para sacar de él un bien mayor. Podría aducirse un número casi infinito de ejemplos para hacer ver cuán verdadera es esa afirmación. Pero sin ir a buscarlos más lejos, no hay más que fijarnos en lo que ha sucedido durante las últimas guerras en Lorena. En ellas aparece que Dios ha permitido la miseria más extrema, a la que han sido reducidos los habitantes de aquella Provincia en tiempos pasados tan rica y tan abundosa en toda clase de riquezas, para poder extraer de ella grandísimas ventajas espirituales; particularmente para proporcionar a muchas personas virtuosas una ocasión de practicar obras de caridad heroica, y entre otras al Sr. Vicente, quien ha mostrado su virtud en esta ocasión, y ha hecho sentir a la pobre gente angustiada hasta qué extremo podía alcanzar la caridad en estos últimos siglos, por más que, según la predicción de Jesucristo, se encuentre hoy en día tan fría a causa de la iniquidad que abunda y rebosa por todas partes.

El Sr. Vicente, cuando conoció el año 1639 el estado deplorable al que había sido reducida Lorena por los desastres de las guerras y de la extrema necesidad de los habitantes, resolvió socorrerlos. Y después de recoger algunas limosnas, a las que él contribuyó notablemente por su parte, las mandó distribuir por manos de sus misioneros. Pero después de repartirlas muy pronto, algunos de los que había enviado se volvieron, y le contaron las inauditas necesidades casi increíbles que habían visto con sus propios ojos. Todo aquello conmovió de tal manera el corazón del Sr. Vicente, y de otras personas de condición y virtuosas de uno y de otro sexo de la ciudad de París, a quienes les dio a conocer el hecho, que decidieron socorrer a aquella pobre gente al precio que fuera. A tal efecto, esas caritativas personas aportaron cantidades muy notables de dinero, que el Sr. Vicente envió por medio de algunos de los suyos con el fin de distribuirlas y usarlas a tenor de las más urgentes necesidades que salieran al paso, no sólo en las aldeas, sino

también en las ciudades, y hasta en las más populosas, que, según se creía, eran las menos vejadas por las guerras, como Metz, Toul, Verdun, Nancy, BarleDuc, PontàMousson, Saint-Michel y otras. Porque en aquel tiempo tan ominoso había en todos los sitios personas de todos los estados en la extrema aflicción e indigencia, hasta el punto de que hubo madres, que, por hambre rabiosa, comieron a sus propios hijos; muchachas y Señoritas en gran número, que estuvieron a punto de prostituirse por evitar la muerte; y también religiosas de las más reformadas, que se vieron en situación de verse obligadas, a causa de su extrema necesidad, a quebrantar la clausura y así buscar el pan con peligro de su honor, y con gran escándalo de la Iglesia .Aquel número de personas de toda condición y sexo, reducidas a la extrema necesidad, agotaban al instante las limosnas, aunque muy abundantes, que les mandaban para socorrerlas. Una caridad menor que la del Sr. Vicente se hubiera desanimado, y considerado aquella empresa como algo imposible, dadas las grandes y acuciantes necesidades que había que atender, al mismo tiempo, desde París y desde el resto de Francia. Pero ¿qué no podrá hacer un corazón que ama a Dios, y que confía plenamente en El? Todo lo puedo -decía el santo Apóstol- en aquél que me conforta». El Sr. Vicente podía decir muy bien algo semejante y, efectivamente, Dios concedió tal bendición a sus caritativas instancias, dirigidas a todos aquéllos y aquéllas que veía dispuestos a practicar obras de misericordia, que procuró e hizo mandar en diversos momentos cerca de un millón seiscientas mil libras en limosnas para los pobres de Lorena; parte de ellas las suministró la Madre del Rey, y las Damas de la Caridad de París por su parte también contribuyeron notablemente. Se ha hecho notar que un solo Hermano de la Misión hizo cincuenta y tres viajes a Lorena durante los nueve o diez años que duró la extrema necesidad para llevar el dinero de las limosnas. Y no solía llevar menos de veinte mil libras cada vez, y a veces veinticinco y treinta mil, y más. Y lo que es maravilloso, y que da a conocer la protección manifiesta de Dios sobre aquella buena obra es que, habiendo hecho la mayor parte de los viajes a través de los ejércitos y por sitios llenos de soldados, y expuestos a los saqueos de semejante gente, nunca le robaron, ni cachearon, y siempre llegó felizmente a los sitios donde tenía que ir a repartir las limosnas. Para hacerlas más útiles a los pobres, y hasta para que llegaran a más lugares, el Sr. Vicente había ordenado a los misioneros, que estaban en Lorena, distribuir diariamente en todos los sitios donde hubiera pobres pan y potaje, que preparaban para su alimento. Y particularmente les recomendaba que se cuidaran de los enfermos, y tampoco se olvidaran de dar limosna espiritual al tiempo que les repartían la corporal, instruyéndolos, consolándolos, animándolos y proporcionando así comida a las almas, al tiempo que alimentaban y aliviaban los cuerpos.

¿Quién podrá decir ahora a cuántas personas ha salvado la vida del cuerpo y del alma aquel fiel distribuidor con su caritativa solicitud e intervención? ¿A cuántas ha retirado del precipicio de la desesperación, en donde iban a perderse? Sólo Dios, primer autor de todos esos bienes, lo sabe. Y nosotros veremos algo de todo eso en el Segundo Libro, donde hablaremos más en detalle de lo que sucedió en aquella maravillosa empresa

Pero todavía no es esto todo. La Providencia de Dios iba preparando nueva materia por aquel mismo tiempo para rematar la caridad del verdadero Padre de los pobres. La

continuación de la guerra y de las miserias extremas de Lorena obligó a parte de sus habitantes a marcharse, y a venir a buscar refugio en París. Muchos de ellos vinieron a echarse en brazos del Sr. Vicente, común y más seguro asilo de los pobres y afligidos. Se preocupó de darles alojamiento en varios sitios, les procuró pan y ropa. Y cuando se enteró de que por la desgracia del tiempo y la falta de asistencia de sus Pastores, en su mayor parte muertos o huidos, había muchos que no se habían acercado a los sacramentos durante largo tiempo, procuró que en tiempo de Pascua y durante dos años consecutivos les dieran dos misiones en la iglesia de una aldea situada a una media legua de París, llamada La Chapelle. En dichas misiones hubo gran número de personas de condición de París, interesadas en asistir: unas para tomar parte en el trabajo, y otras en los frutos y en el mérito de la obra con sus buenas acciones y limosnas. Y por ese medio, la pobre gente, al recibir el bien espiritual que les distribuían, fue también atendida en sus necesidades temporales, poniéndoles a unos en circunstancias y a otros en estado de ganar su vida

Entre los refugiados de Lorena había personas nobles de ambos sexos, Gentiles-hombres y Señoritas, a quienes la necesidad obligó a venir a París. Aquí, después de vender lo que habían podido traer y salvar de los restos de sus bienes, gracias a los cuales se mantuvieron durante algún tiempo, después de que hubieran consumido todo y no teniendo ya nada con qué subsistir, se hallaban en su mayor parte reducidos a necesidad tan grande, que no se atrevían ni a aparecer en público: la vergüenza de verse derrocados de su anterior estado les cerró la boca y les obligó a sufrir toda clase de miserias antes que manifestar su pobreza. Una persona de honor y de mérito tuvo conocimiento de ello, y lo puso en conocimiento del Sr. Vicente, y le sugirió la forma de asistirles. A lo que éste le respondió: «¡Señor: qué bien por haberme informado de todo eso! Sí, es justo atender y aliviar a esos pobres nobles para honrar a Nuestro Señor, que también era noble y muy pobre, todo a la vez». Después encomendó aquel asunto a Dios, y pensó en sus adentros cómo podría ayudarlos. Pensó que aquella obra era un objeto digno de la caridad de personas de condición. Y, en efecto, dispuso de siete u ocho de ellas, de insigne piedad. Una de ésas era el difunto Sr. Barón de Renty, cuya santa vida, puesta por escrito y publicada después de su muerte, puede servir de modelo perfecto de toda clase de virtudes para las almas verdaderamente nobles

El Sr. Vicente invitó a esos Señores a reunirse con ese fin. Les habló con tanta eficacia sobre la importancia y el mérito de aquella obra caritativa, que determinaron unirse y asociarse para socorrer y asistir a aquellos nobles pobres; y algunos se encargaron de ir a verlos en sus viviendas, para así conocer mejor sus necesidades, apuntar sus nombres, y saber con certeza el número de las personas de cada familia. Presentaron el informe en la siguiente reunión, y en ella todos escotaron para reunir las provisiones de un mes. Y en adelante siguieron reuniéndose en San Lázaro todos los primeros domingos de mes, y escotaban de nuevo según las necesidades de los pobres refugiados. El Sr. Vicente también contribuía con su parte, y a veces con más de lo que podía.

Una vez, entre otras, sucedió que todos habían ya aportado su parte, y todavía

faltaban doscientas libras para completar la suma necesaria. Al ver aquello el Sr. Vicente, llamó al sacerdote Procurador de la casa, y retirándose un poco, le preguntó en voz baja qué dinero tenía. El ecónomo le respondió que sólo disponía de lo necesario para cubrir un día los gastos ordinarios de la Comunidad, entonces muy numerosa. «¿Cuánto hay?» -le preguntó el Sr. Vicente-. «Cincuenta escudos» -le contestó-. «Pero, ¿sólo hay ese dinero en casa?» -replicó el Sr. Vicente-. «Sí, señor»;-respondió el otro- «no hay más que cincuenta escudos». «Le ruego -le dijo una vez más el Sr. Vicente- que vaya usted a traérmelos», y cuando se los trajo, los dio para completar casi todo lo que faltaba para la provisión de un mes de aquella nobleza pobre, prefiriendo pasarlo peor y verse obligado a pedir prestado lo que necesitaban para vivir los suyos, que dejar sufrir a los pobres refugiados. Uno de aquellos Señores, que había aguzado su oído para oír la conversación, cuando oyó la respuesta del Procurador, admiró la generosa caridad del Sr. Vicente; y cuando se lo contó a los demás, quedaron todos tan emocionados, que uno de ellos al día siguiente envió, como limosna, una bolsa de mil francos a la casa de San Lázaro

Aquella obra de caridad para con la nobleza pobre lorenesa continuó por unos ocho años. Durante ellos les daban todos los meses los medios de subsistencia; y además, aquellos Señores los iban a visitar uno tras otro, rindiéndoles siempre en las visitas algún testimonio de respeto, y diciéndoles alguna palabra de consuelo; también les ofrecían toda la ayuda que podían en sus asuntos. Finalmente, cuando Lorena se vio algo aliviada de todos aquellos disturbios, que la habían agitado, algunos de los refugiados volvieron a sus casas; y el Sr. Vicente se preocupó de proporcionarles lo necesario tanto para el viaje, como para su mantenimiento durante algún tiempo en su tierra, y continuó siempre ayudando a los que quedaban en París.

Como una obra de caridad nunca ocupaba el corazón del Sr. Vicente de forma que no estuviera preparado para acoger otra, cuando supo, por ese mismo tiempo, que había varios señores y gentileshombres ingleses y escoceses, obligados, por ser católicos, a refugiarse en París, habló de ellos a los Señores que habían socorrido a los loreneses, y procuró, de acuerdo con ellos, socorrerlos como a los de Lorena. Y el Sr. Vicente ha continuado siempre, casi hasta el momento de su muerte, asistiéndolos con sus atenciones y limosnas. Ahí va un extracto de lo que uno de los más cualificados Señores de aquella ilustre y caritativa asamblea puso por escrito sobre ese tema

«El Sr. Vicente era siempre el primero en dar; abría su corazón y su bolsa, de manera que, cuando faltaba algo, contribuía con lo suyo, y se privaba de lo necesario para acabar la obra comenzada. En una ocasión, para completar una considerable cantidad a la que faltaban trescientas libras, las entregó inmediatamente. Y luego se supo que era el dinero que una persona caritativa le había entregado para comprar un caballo mejor que el que tenía, pues varias veces había caído debajo de él, porque era muy viejo. Pero prefirió exponerse al peligro de quedar malherido, que abandonar a personas, que creía necesitadas, 'sin socorrerlas'»

Aquella Asociación se mantuvo cerca de veinte años, más o menos; y con razón se

la puede colocar entre las grandes obras, en las que cooperó el Sr. Vicente, pues fue él el autor y el promotor, y quien con la caridad y el celo de personas ilustres, que la componían, remedió infinidad de males, y suministró una grandísima cantidad de bienes muy considerables

No debemos omitir aquí que el Sr. Vicente, al ver tantos malos efectos causados por la guerra, y considerando los horribles pecados, las blasfemias, los sacrilegios y las profanaciones de las cosas más santas, los asesinatos y todas las violencias y crueldades a que eran sometidas las personas más inocentes, además de la desolación de las Provincias, y la ruina de tantas familias, su corazón quedó tan abrumado y como traspasado de dolor, que decidió contra toda clase de razones que la prudencia humana podía sugerirle, usar de un medio cuya eficacia parecía muy dudosa, y que podía serle muy perjudicial. Ya lo hemos dicho en otro lugar, que el Sr. Cardenal de Richelieu le mostraba una gran benevolencia. Y precisamente quiso el Sr. Vicente valerse de esa misma benevolencia, no para sus propios intereses, sino para el bien público. Con ese fin, fue cierto día donde él; y después de haberle expuesto con toda clase de miramientos el sufrimiento extremo del pobre pueblo, y todos los desórdenes y pecados causados por la guerra, se echó a sus pies, al tiempo que le decía: «Monseñor: denos la paz; tenga compasión de nosotros; dé la paz a Francia». Y lo volvió a repetir con tanta emoción, que el Gran Cardenal quedó conmovido. Y echando a buena parte dicha reconvención, le dijo que estaba trabajando en ello, y que la paz no dependía sólo de él, sino también de varias personas más, tanto del Reino, como de fuera.

Seguramente que si el Sr. Vicente hubiere consultado a algún sabio del siglo, le hubiera dicho que por aquella libertad de hablar, se exponía a no poder acceder y amás al primer Ministro. Pero la caridad que apremiaba a su corazón le hizo perder todo el miedo y cerrar los ojos a todo el respeto humano, para mirar únicamente a lo que intentaba: el servicio de Dios y el bien del pueblo cristiano. Hablando de un asunto parecido «Me encargaron un día -dijo- que fuera a rogar al Cardenal de Richelieu que ayudara a la pobre Irlanda. Era cuando Inglaterra estaba en guerra con su Rey. Y habiendo realizado la petición, «¡Ah, Sr. Vicente!» -me dijo. «El Rey tiene demasiados problemas para meterse en eso». Le dije que el Papa le ayudaría, y que ofrecería cien mil escudos. «Cien mil escudos -replicó- no son nada para un ejército: se necesitan ¡tantos soldados!, ¡tanta impedimenta!, ¡tantas armas! y ¡tantos convoyes!: un ejército es una gran máquina, que se pone trabajosamente en marcha»

Aunque entonces su petición no resultó eficaz, ni se pudo poner en práctica lo que pretendía, con todo, vemos por ahí con cuánto amor y celo se consagró siempre a procurar el provecho de la Religión y el verdadero bien de los católicos.

CAPITULO TREINTA Y SEIS pag. 169

Servicios prestados por el Sr. Vicente al difunto Rey Luis XIII, de gloriosa memoria, en su última enfermedad, para el bien espiritual de su alma

Aunque la dignidad de los Reyes los eleva por encima de la condición de los demás hombres, hasta el punto de que la Sagrada Escritura los llama dioses, en cuanto que son los Lugartenientes y la representación viva de Dios en la tierra, esa misma Escritura, después de haberles dado un título tan sublime y tan glorioso, les advierte, en el mismo pasaje, que no deben olvidar que son hombres, y por consiguiente, obligados a pagar el común tributo a la naturaleza, y a morir como los demás.

Esa ley no admite excepciones, y comprende tanto a los más sabios y más virtuosos Príncipes, como a los otros que no son tales. Mas con esta diferencia, que la muerte es para los buenos Reyes, como declara la Iglesia, un feliz inter cambio de una soberanía temporal y terrestre en un reino celestial y eterno. Y para los otros, al contrario, es el término de sus vicios, igual que de su vida, y el comienzo del castigo, que el poder de Dios les hará sentir

Si las virtudes y cualidades muy reales de Luis XIII, de gloriosísima memoria, han hecho que se le considerara ya en vida como uno de los más grandes monarcas de la tierra, su piedad sobresalió en el momento de la muerte. No es éste el lugar de relatar todo lo que este Príncipe, auténticamente cristiano, realizó y dijo durante su última enfermedad. Gracias a ella dio a conocer cuán desprendido estaba su real corazón de las cosas de la tierra, y cuál era su celo para lograr la conversión de los herejes y de los pecadores, y hacer cuanto estuvo en su mano para que Dios fuera cada vez más conocido, honrado, servido y glorificado en todos los lugares de su obediencia. Bastará con señalar aquí que este buen Rey, habiendo oído hablar de la virtud y santidad de vida del Sr. Vicente, y de todos sus trabajos caritativos por el bien espiritual de sus súbditos, le pidió que le fuera a ver en Saint-Germain-en-Laye, cuando le empezó la última enfermedad, para ser asistido en aquel estado con sus buenos y saludables consejos, y para comunicarle también algunos planes piadosos que estaba pensando, particularmente para procurar la conversión de los herejes de la ciudad de Sedán. El primer cumplido que le hizo el Sr. Vicente en la primera visita a Su Majestad fue decirle estas palabras del Sabio: «Majestad: Timenti Deum, bene erit in extremis». A lo que Su Majestad, rebosando de sentimientos de su piedad habitual, que le había hecho leer y meditar a menudo las bellas sentencias de la Escritura, respondió acabando el versículo: «et in die defunctionis suae benedicetur»

Y otro día, como el Santo Varón le hablara a Su Majestad acerca del buen uso de las gracias de Dios, el gran Rey, reflexionando sobre todos los dones recibidos de Dios, y considerando la eminencia de la dignidad real, a la que su Providencia lo había elevado, los grandes derechos anejos y, en especial, el de nombrar para los obispados y las prelaturas de su reino, «¡Ah Sr. Vicente! -le dijo- si volviera a recuperar la salud, los

obispos estarían durante tres años en casa de usted», queriendo decir que obligaría a los nombrados para los obispados a prepararse para desempeñar bien sus cargos con la frecuentación de los sitios y el trato de las personas, que podrían serles útiles para tal fin. Así, el gran Príncipe dio un testimonio notable de los sentimientos que tenía sobre la importancia del cargo episcopal, para el que, según él, había que preparase bien; y sobre el aprecio que manifestaba tanto de la Congregación del Sr. Vicente, como de los medios empleados para el bien espiritual de los eclesiásticos, porque los juzgaba muy aptos y muy convenientes para preparar los para desempeñar con honor y mérito la función muy llena de responsabilidad de las grandes dignidades.

El Sr. Vicente residió esta primera vez, unos ocho días en Saint-Germain. Tuvo allí varias veces el honor de visitar al Rey y de hablarle palabras de salvación y vida eterna. Y Su Majestad manifestaba especial satisfacción por ello. Finalmente, la enfermedad del Rey se iba agravando cada vez más, y agotados todos los remedios, este Príncipe cristiano, viendo que Dios quería retirarlo del mundo, hizo venir nuevamente al Sr. Vicente para que lo asistiera en los últimos momentos. Volvió, pues, a SaintGermain, y se presentó ante Su Majestad tres días antes de su muerte. Allí se mantuvo, casi siempre en presencia del Rey, para ayudarle a elevar su espíritu y su corazón a Dios, y a formular interiormente actos de religión y de otras virtudes propias para prepararse bien ante el último momento, pues que de él depende toda la eternidad.

El Gran Príncipe acabó su vida con una muerte cristianísima. Sucedió el hecho el 14 de mayo de 1643. Y el Sr. Vicente, viendo a la Reina sobrecogida de gran dolor, y que no estaba como para recibir consuelos de parte de los hombres, volvió en seguida a San Lázaro, con el fin de mandar rogar a Dios por Sus Majestades, muy afligido por una parte a causa de la pérdida de un Príncipe tan justo y piadoso, pero por otra, consolado por la buenísima disposición con que había muerto: falleció muy cristianamente, después de haber vivido como un Príncipe cristianísimo. Al día siguiente el Sr. Vicente hizo celebrar un servicio solemne en la iglesia de San Lázaro, y ofrecer el Santo Sacrificio de la misa por todos los sacerdotes de la casa por el descanso del alma del Rey.

CAPITULO TREINTA Y SIETE pag. 171

El Sr. Vicente es nombrado miembro del Consejo de Asuntos Eclesiásticos del Reino durante la Regencia de la Reina Madre

El Rey Luis XIII, de gloriosa memoria, dejó, al morir, la Regencia del Reino a la Reina, durante la minoría de edad de su hijo y dignísimo sucesor. Esta prudente y virtuosa Princesa, considerando la magnitud de esta gran monarquía y la multiplicidad de los

asuntos que llevaba consigo la Regencia, y, sobre todo, la importancia de las cuestiones relacionadas con la Iglesia y la Religión, pensó que sería conveniente crear un Consejo especial para los Asuntos Eclesiásticos. Lo componían cuatro personas, a saber, el Sr. Cardenal Mazarino, el Sr. Canciller, el Sr. Charton, penitenciario de París, y el Sr. Vicente. Y la Reina decidió que no dispondría de los beneficios dependientes de su nombramiento propio sin oír antes las opiniones de sus Consejeros

Aunque el Sr. Vicente siempre estaba muy dispuesto para prestar toda clase de servicios a Sus Majestades, sintió una gran contrariedad al verse llamado a la Corte y tener un puesto en el Consejo, cosa que le resultaba tanto más insoportable, porque parecía más honorable a los ojos de los hombres. Su gran humildad le había hecho siempre considerar los honores como cruces cuyo peso no podía sobrellevar. Intentó por todos los medios obtener la gracia, así decía él, de ser dispensado de aquella carga, pero la Reina, buena conocedora de su virtud y de su valer, quiso decididamente mantenerlo en el cargo. Empezó a actuar en él el año 1643 por pura deferencia a la voluntad de Su Majestad, y con gran temor, no tanto a desaparecer entre los honores del mundo cuya vanidad conocía demasiado, sino de no poder retirarse en cuanto quisiera para dedicarse sólo al cuidado de su Congregación y a la práctica de la humildad y de otras grandes virtudes que prefería a todas las grandezas de la tierra. Eso le obligaba a dirigirse sin cesar a Dios, rogándole todos los días que le librara de aquel compromiso. A una persona de confianza le dijo que desde entonces no había celebrado la Santa Misa sin que le pidiera a Dios esa gracia, cosa que deseaba hasta el punto de que, habiéndose alejado de París durante unos días y corrido la noticia de que había caído en desgracia y que había recibido orden de retirarse de la Corte, como a su vuelta un eclesiástico, amigo suyo se congratulara porque la noticia no había resultado verdadera, le contestó levantando los ojos al cielo y golpeándose el pecho: «¡Ah! ¡qué desgraciado soy! ¡No soy digno de esa gracia!»

Dios quiso que permaneciera cuando menos diez años en aquel puesto, que le resultaba penosísimo, porque venían a parar a él la mayor parte de los asuntos que se debían tratar en el Consejo. El recibía los Placets que se presentaban a Su Majestad, y se preocupaba de conocer las razones y cualidades de las personas solicitantes, o para las que se solicitaban beneficios, y así redactar inmediatamente un informe al Consejo. La Reina le había encargado especialmente que le hiciera saber la aptitud de las personas, con el fin de no verse sorprendida. Mas era algo digno de admirarse ver al gran Siervo de Dios conservar una santa igualdad de ánimo en medio de un ir y venir de personas y asuntos, que lo asaltaban continuamente, y mantener su alma en paz entre el agobio debido a distracciones e importunidades. Recibía a todos los que le venían a ver siempre con la misma serenidad en su cara, y sin salirse de sí mismo, atendía a todos y se hacía todo a todos para ganarlos a todos a Jesucristo

A quien le viera metido de lleno en las ocupaciones del nuevo cargo, junto con la dirección de su Congregación y de las otras Comunidades, Casas y Asociaciones de las que hemos hablado en los capítulos anteriores, le parecería que debía estar como derramado

y dividido en medio de infinidad de preocupaciones y de pensamientos divergentes, velando por todo y atendiendo a todo, y trabajando día y noche para desempeñar bien todas las obligaciones que la obediencia o la caridad le habían impuesto. Mas, por un efecto admirable de la gracia, le veían siempre recogido en su interior y unido a Dios, siempre presente en sí mismo, y controlándose perfectamente con tanta paz y tranquilidad como si no tuviera ningún asunto (pendiente); siempre presto y dispuesto a escuchar a quienes acudían donde él, y a satisfacer a todos sin nunca rechazar a nadie, ni manifestar alguna contrariedad por muchas molestias que se le pudieran causar; recibiendo con la misma afabilidad a los pequeños y a los pobres, que a los ricos y grandes. En fin, podemos decir del Sr. Vicente a propósito de su actuación en los asuntos públicos lo que el santo Apóstol decía de sí mismo, «que se había hecho como un espectáculo para el mundo, los hombres y los ángeles», y que la Corte fue como un teatro, donde la virtud de este fiel siervo de Dios apareció ante la luz del día. Es ahí donde triunfó su humildad entre los aplausos de los hombres; ahí su paciencia se manifestó invencible entre las pérdidas, los sinsabores y todos los dardos envenenados de la envidia y de la malicia; ahí su entereza en sostener los intereses de Dios y de la Iglesia se dejó ver por encima del miedo y del respeto humano. Es ahí donde manifestó su fidelidad inviolable y entrega constante al servicio de Sus Majestades; su respeto y su misión a los prelados; el aprecio y la caridad que conservaba en su corazón a todas las Ordenes de la Iglesia y a todas las Comunidades eclesiásticas y religiosas; el gran deseo que tenía de desterrar la avaricia y la ambición de todos los Beneficiados, de poner remedio a los abusos que se cometían en la administración de los bienes de la Iglesia, y en los medios que habitualmente se usaban para ascender a los beneficios y demás dignidades eclesiásticas. De todo eso hablaremos más ampliamente en la Segunda Parte

Pero lo que principalmente es más digno de notarse y hace ver claramente el perfecto desinterés del Sr. Vicente es que la Reina, estando como estaba por aquellos días rodeada y agobiada por todas partes por peticionarios y por personas que aspiraban ardientemente a los cargos, a los beneficios y a otra clase de bienes, el Sr. Vicente no le pidió, ni le hizo pedir nada para él ni para los suyos, a pesar de estar tan cerca de la fuente de donde manaban abundantemente para todos los demás. Y hay motivos para pensar que la Reina, que sentía una estima especial de su virtud, le hubiera muy gustosamente gratificado con varias ofertas, si él hubiera estado en disposición de aceptarlas. Durante varios días corrió la voz de que iba a ser Cardenal; hasta hubo personas que llegaron a felicitarle. Ciertamente, no se sabe si Su Majestad tuvo tal intención, como se afirmaba ya públicamente. Pero, sea como fuere, se puede asegurar que si ella hubiera tenido tal intención, la humildad del Sr. Vicente habría sido bastante elocuente como para disuadirla de ello.

CAPITULO TREINTA Y OCHO pag. 173

Contribución del Sr. Vicente a la fundación y al bien espiritual de las

Hijas de la Congregación de la Cruz

La caridad del Sr. Vicente no se limitaba sólo a unas obras particulares, sino que se extendía universalmente sobre todas aquellas en que veía que Dios podía ser glorificado, aprobándolas y apreciándolas siempre, y hasta contribuyendo a ellas con sus consejos y su intervención, cuando lo juzgaba necesario o se lo solicitaban. De ahí resulta que no se llevó a cabo en su tiempo casi ninguna obra pública de piedad, sin que dejara de tomar alguna parte en ella, y para la cual no se hubiera acudido a él, para pedirle consejo, o para rogarle que interviniera o la apoyara de alguna manera. He aquí, entre otros muchos, un ejemplo muy digno de ser destacado

Una señora muy piadosa llamada María L'Huillier, viuda del difunto Sr. de Villeneuve, había ocasionalmente acogido en su casa a varias jóvenes virtuosas de Picardía obligadas a venir a París para sus asuntos. Cuando supo que las buenas muchachas manifestaban un celo especial para formar en la piedad a personas de su sexo, y particularmente a las niñas, instruyéndolas en toda clase de conocimientos necesarios para llevar una vida verdaderamente cristiana, la Señora, impulsada por el mismo celo, las mantuvo en casa mientras pudo; y como las necesidades espirituales son de ordinario más grandes en las aldeas y en los lugares del campo que en las ciudades, se retiró a unas casas del campo para proporcionar a aquellas muchachas un medio adecuado de practicar más útilmente dicha caridad. Hasta las mandaba a diversos sitios, donde, aunque se detuvieran poco, se dedicaban a enseñar con mucho fruto. Eso animó a otras jóvenes que también sentían interés en practicar aquella obra caritativa, a unirse a las primeras, que la habían comenzado, y con el tiempo, aquella Señora comprobó, por medio de una pequeña prueba, la gran necesidad que había de procurar que las niñas fueran, desde su más tierna edad, formadas en el conocimiento de Dios y en las buenas costumbres. Porque por ser pocas las personas que vivían en las poblaciones pequeñas, en los pueblos y en las aldeas, que fueran capaces de dar una buena instrucción; y las Religiosas Ursulinas y otras, que hacen profesión especial de dedicarse a la enseñanza, no podían establecerse en lugares tan pequeños. Y, como por otra parte, las jóvenes y viudas, deseosas de crear escuelas, eran a menudo muy incapaces y no se preocupaban deformar y enseñar a las muchachas en la piedad, y, además, había un número grandísimo de sitios donde no había ninguna maestra; debido a todo eso, las muchachas campesinas se veían obligadas a permanecer en una ignorancia grandísima, o a ir a las escuelas con los muchachos. De ahí se derivaban grandísimos desórdenes, como la experiencia lo había dado a conocer

Esa Señora, después de sopesar todo atentamente, resolvió aportar un remedio más universal: convenció a aquellas buenas jóvenes que vivían con ella, y que conservaban un respeto muy grande y total deferencia a sus ideas, a que se dedicaran no solamente a continuar con la enseñanza, sino también a formar a otras jóvenes a las que las consideraran aptas, para ir a vivir en diferentes lugares, donde desempeñar más cristianamente y con mayor fruto la función de maestras. Y como todas las obra piadosas

inspiradas por Dios están siempre expuestas a contrariedades y defectos, aquellas muchachas tuvieron, al comienzo de la obra, muchas dificultades; por eso, alguien les dijo que podían con razón ser llamadas Hijas de la Cruz, nombre que les ha quedado desde entonces. Y lo han conservado con un afecto tanto más grande, cuanto que parecía que las obligaba en cierto modo a mantenerse más unidas a Jesucristo crucificado, a quien san Pablo llama poder y sabiduría de Dios», con el fin de sacar, como de la verdadera fuente, la luz y la fuerza necesarias para corresponder dignamente a los planes de la Providencia sobre ellas, y para dedicarse con bendición a destruir entre las personas de su sexo los dos mayores obstáculos de la vida cristiana: la ignorancia y el pecado

Esta virtuosa Señora no quiso fiarse en sus propias ideas en una obra de tal importancia. Habló con varios siervos de Dios sobre aquel asunto. Entre ellos apreciaba de modo particular la virtud y las dotes del Sr. Vicente. Habló con él a menudo sobre el tema, y él le dio unos cuantos consejos saludables, ya para animarla a emprender dicha buena obra, ya para ayudarla a formar y a dirigir a las jóvenes que la debían sostener junto con ella. Más adelante, cuando creció el número de las jóvenes, con el fin de consolidar aún más tan buenos propósitos, la Señora obtuvo la aprobación del Sr. Arzobispo de París, y también la erección de la Compañía en Comunidad y Congregación formada con el nombre de Hijas de la Cruz. Inmediatamente consiguió la autorización por unas Letras patentes del Rey registradas en la Corte del Parlamento. Y la Señora Duquesa de Aiguillon, cuando vio los grandes bienes que podía producir la nueva Congregación en la Iglesia, y movida por su habitual caridad, contribuyó notablemente a su fundación en la ciudad de Aiguillon y en otros sitios.

Pasaron varios años antes de que la Congregación pudiera subsistir por sí misma. Las graves y casi continuas dolencias de la Señora de Villeneuve fueron causa de su mucho retraso, y, finalmente, la muerte acabó con ella antes de que pudiera dar su última mano a lo que había empezado tan bien. Aquellas buenas Hermanas quedaron como huérfanas, al perder a su madre; y la pérdida les ocurrió precisamente en un momento bastante difícil (Dios así lo permitió para sacar mayor gloria). Podemos decir que Satanás comenzó a atacar la incipiente Congregación para cribarla, lo mismo que hizo con los Apóstoles en los primeros años de la Iglesia según la predicción de Jesucristo. Ciertamente había por entonces muchas personas virtuosas y de condición que deseaban y se empeñaban en hacer subsistir a la Congregación.

Pero se presentaban unas dificultades enormes debidas a los obstáculos que les ponían, y a otros accidentes enojosos que les sucedieron por aquellos años, hasta el punto de que las personas más simpatizantes y más interesadas en su conservación resolvieron, casi todas, disolverla, o bien, unirla a otra Comunidad. Le consultaron el caso al Sr. Vicente, y se reunieron en su presencia varias veces para hablar del caso. Cosa maravillosa, a pesar de todo lo que adujeron para hacerle ver que, según las apariencias humanas, no podía subsistir, aquel gran hombre, como inspirado por Dios, y a pesar de que era bastante lento en tomar una última decisión en los asuntos de aquella naturaleza, y de que le costaba aprobar nuevas fundaciones, fue absolutamente de la opinión de que

debían emplearse todos los medios posibles para sostener y hacer subsistir aquella Congregación; y aunque, se pudiera afirmar lo contrario, se mantuvo firme en dicha posición. Aconsejó incluso a una Señora virtuosa, cuyo celo y caridad conocía, que protegiera aquella buena obra, y que se constituyera en protectora y tutora de las jóvenes huérfanas. Tal fue la Señora Ana Petau, viuda del Sr. Renauld, Señor de Traversay, consejero del Rey en el Parlamento de París. Accediendo al consejo del Sr. Vicente, se dedicó llevada de un amor infatigable, a sostener y defender los intereses de la Congregación de las Hijas de la Cruz. Y gracias a su contribución, y principalmente a la ayuda de Dios, ha superado todos los obstáculos, y está en situación de subsistir y de prestar, como ya lo hace, un servicio útil a su Iglesia. El Sr. Vicente no contento con haber salvado así a una Congregación, que parecía estar en la pendiente de su ruina, y haberle procurado una ayuda tan favorable, aconsejó además a un eclesiástico, que consideraba muy adecuado para el fin que pretendía, que aceptara el cargo de Superior, supuesta la anuencia del Sr. Arzobispo de París, con el fin de ayudar a las virtuosas Hermanas a perfeccionarse en su estado, y para suplir lo que no pudo realizarse en vida de la Señora de Villeneuve. El Sr. Vicente les dio después, en varias entrevistas, consejos muy útiles relacionados con la forma de actuar de la Congregación, a la que Dios quiso concederle desde entonces una bendición especial, de forma que ha contribuido y contribuye todos los días a la salvación y a la santificación de muchas almas. Las Hermanas de esta Congregación se dedican no sólo a formar a las que se les presentan para hacerlas hábiles en instruir útil y cristianamente a otras según su Instituto; también practican toda clase de obras de caridad espirituales convenientes a las personas de su sexo, y principalmente a los pobres, para recibirlos y ofrecerles toda clase de atenciones en sus necesidades espirituales, ya sea enseñándoles las cosas necesarias para salvarse, ya preparándolos a hacer una buena confesión general, o recogiéndolos durante algunos días en su casa para practicar un Retiro, a tenor de sus necesidades

Después de Dios, fue el Sr. Vicente quien les tendió la mano para sostenerlas y librar a su Congregación de una caída, de la que no habría podido levantarse. Y como fue él quien había contribuido con sus prudentes consejos a conseguir la buena situación en que se hallan, se han visto obligadas a reconocerle, si no como Fundador e Instituidor, al menos sí como su Restaurador y Conservador, y a dar gracias a Dios por todas las ayudas y los socorros temporales y espirituales, recibidos gracias a su caritativa intervención.

CAPITULO TREINTA Y NUEVE pag. 177

Actuación del Sr. Vicente durante las primeras revueltas del año 1649 y de lo que le sucedió en los viajes que emprendió por ese tiempo

El reino había disfrutado de gran calma durante los primeros años de la Regencia

de la Reina Madre, que se esforzaba en mantener la paz interior, mientras que usaba las armas en el exterior para rechazar los ataques de los enemigos. Pero sea que nuestros pecados nos hacen indignos de gozar por más tiempo de un bien tan grande, o porque Dios por otras justas razones desconocidas quiso privarnos de ellas, a la calma le siguió una de las más violentas tempestades que ha sacudido a Francia desde hacía mucho tiempo. A fines de 1648 empezó a fraguarse la tormenta, que obligó a Sus Majestades a trasladarse a Saint-Germain-en-Laye el mes de enero del año siguiente. Y al acercarse inmediatamente las tropas a esta gran ciudad, quedó (París) bloqueado y poco después reducido a situación extrema

La primera cosa que hizo entonces el Sr. Vicente fue poner su Compañía en oración para pedir a Dios la ayuda de su misericordia, previendo con razón que la aflicción pública sería grande, si duraba la división. Pensó además que sería su obligación aportar lo que pudiera, con el fin de buscar alguna solución. Y a este efecto, decidió aprovecharse de la ocasión, al ir a ofrecer sus servicios a Sus Majestades en Saint-Germain, de presentar a la Reina con todo el respeto y toda la humildad posible lo que pensaba ante Dios que sería más conveniente para mediar por la paz y la tranquilidad del Estado. Partió de San Lázaro resuelto en su determinación el 13 del mismo mes de enero. Para no causar sospechas por aquella marcha, entregó una carta al que dejaba la dirección de la casa de San Lázaro, para que la llevara inmediatamente al Sr. Primer Presidente. En ella le declaraba la inspiración, venida de Dios, de ir a Saint-Germain a hacer lo que pudiera para conseguir la paz; y que si no había tenido el honor de verlo antes de partir, era para poder asegurar a la Reina, que no había concertado con nadie lo que tenía que decirle. Pensó que debía usar de aquella precaución por dos fines: uno, para evitar toda sospecha en la Corte que hubiera tenido alguna comunicación con los del bando contrario, y para disponer de un medio de hablar con mayor eficacia a Su Majestad, cuando estuviera segura de que le hablaba solamente según las ideas recibidas de Dios; el otro, para no disgustar al Parlamento, que habría podido hallar razones para censurar que un hombre como él, hubiera podido abandonar París de aquella manera, sin dar cuenta a alguno de los principales de aquella Corporación acerca de su viaje y de sus intenciones.

Salió de París muy temprano, y llegó a Saint-Germain a eso de las nueve o las diez de la mañana, no sin peligro a causa del desbordamiento extraordinario de los ríos y de las descubiertas realizadas por los soldados. Se presentó a la Reina, y le estuvo hablando cerca de una hora. E inmediatamente fue a verse con el Sr. Cardenal Mazarino; tuvo con él una entrevista bastante larga. Fue recibido y escuchado favorablemente por Su Majestad y Su Eminencia, que conocía bien la sinceridad de su corazón y la rectitud de sus intenciones. Mas, aunque su sugerencia no obtuvo el efecto deseado para el fin que pretendía, que no era otro que la paz y la consolidación perfecta del Estado, porque los problemas no estaban despejados, tuvo al menos la satisfacción de haber hecho todo lo que había podido para manifestar su fidelidad y su celo en el servicio de Sus Majestades, y, al mismo tiempo, su interés en promover el bien público y el alivio de los pobres, pues ellos eran, a pesar de ser los más inocentes, quienes sentían más vivamente que todos los demás los embates de aquella tormenta.

Una vez realizado lo que pretendía hacer en Saint-Germain, el tercer día salió para Villepreux, pensando, por varias razones, que no debía volver a París. De Villepreux marchó a una pequeña granja situada en Beauce, a dos leguas de Étampes, en una pobre aldehuela llamada Fréneville, de la parroquia de Val-de-Puisseaux. Dicha granja la había regalado a San Lázaro la Señora de Herse para fundar misione. Permaneció allí por espacio de un mes. En ese tiempo, podemos decir que se alimentó sólo con el pan de la tribulación y el agua de la angustia. La estación era extremadamente fría, y el alojamiento muy pobre, y faltaban además todas las comodidades; y como era tiempo de revuelta y guerra, se podía temer todo. El Sr. Vicente residió allí todo el tiempo, como otro Jeremías, llorando las miserias del reino, y ofreciendo a Dios sus lágrimas, sus sufrimientos y sus penitencias para implorar su misericordia; o bien, como otro Job, sobre un poco de paja, para esperar la realización de los designios de Dios y someterse a su santa voluntad. Y, en efecto, mientras estuvo en aquel chamizo, le informaron que las otras fincas de San Lázaro situadas en los alrededores de París y de las que sacaba la mayor parte de las provisiones de los suyos, habían sido saqueadas por los soldados, los muebles arrebatados, los rebaños robados junto con dieciocho o veinte modios de trigo. Por otro lado supo que la casa de San Lázaro, después de marchar él, había sufrido muchos atropellos: se habían albergado en ella seiscientos soldados, que causaron grandes destrozos, y habían forzado las puertas de la casa y de los graneros, y habían llevado el grano y la harina a las Halles (mercado de mayoristas de París) por orden de un consejero, que decía habérselo encargado el Parlamento. Como después se comprobó que no había sido cierto el mismo Parlamento hizo salir de allí a los soldados y devolvió las llaves; pero no repararon los destrozos. Todos los días venía alguno a contarle al Sr. Vicente detalles de los saqueos y las pérdidas; y él siempre respondía: «¡Bendito sea Dios, bendito sea Dios!»

Y para dar a conocer mejor lo que sucedió en la casa de San Lázaro en aquella coyuntura, y cuál fue el motivo que ejercitó la paciencia del Sr. Vicente, contaremos aquí lo que escribió un virtuoso eclesiástico, que frecuentaba los Sacerdotes de esta Santa Casa. He aquí en qué términos habla en una carta:

«Hemos sido testigos -dice- de la persecución que la casa de San Lázaro ha sufrido en sus bienes, comodidades y provisiones durante la guerra y la rebelión de París por la agitación de ciertas personas hostiles y hasta alguno de los primeros magistrados. Porque con el pretexto de inventariar las provisiones de grano, que había en la casa y en la granja, fueron allá a registrar y a investigar por todas partes, como si hubiera grandes tesoros ocultos; y además de eso, hicieron alojarse a un regimiento de soldados muy insolentes, que durante varios días causaron unos destrozos y una dilapidación espantosa. Y para colmo de su malicia prendieron fuego a las leñeras del corral, donde estaba almacenada toda la leña. He visto sus restos aún humeantes, cuando fui a visitar al Sr. Lamberto, sustituto del Sr. Vicente. El virtuoso misionero soportó todas las afrentas y sufrió la persecución con su serenidad y tranquilidad habitual, contento por haber sufrido algún oprobio con su buen Padre, Vicente, y por ver los desperfectos y el robo (Dios lo quiso así) no tanto de sus bienes, como de las provisiones de los pobres, a los que las pensaban repartir, según su costumbre, muy liberal y caritativamente a lo largo del año. «Et rapinam

bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis». Podría haber dicho con toda justicia a los que veía tan ávidos de tesoros y riquezas que buscaban a mano armada en la casa, lo que san Lorenzo respondió a sus perseguidores mostrándoles los pobres, almacenes vivos donde había escondido las riquezas de la Iglesia, causa de su persecución: «Facultates quas requirisin caelestes thesauros manus pauperum deportaverunt». El buen Sr. Vicente fue como un justo Job sacado de aquel incendio y de aquella confusión por un movimiento especial, como por un ángel. Y saliendo de París con el corazón traspasado de dolor por las miserias de tantos pobres como iban a ser reducidos a extrema necesidad, pasó por Saint-Germain-en-Laye para exponer sus impresiones a Sus Majestades. Y después de retirarse de allí, fue a visitar las casas de su Congregación, que aprovecharon la dulzura de su presencia, durante nuestra privación y nuestra pérdida»

El Sr. Vicente, mientras estuvo refugiado en el pobre chamizo de Fréneville, sufrió grandísimas incomodidades, tanto por el rigor del frío, muy riguroso por entonces, como por no disponer más que de un poco de leña verde para encender el fuego, por carecer de todo en aquel mísero lugar, y por tener sólo pan de centeno y habas. Con todo no se le oía ninguna queja; lo sufría todo en espíritu de penitencia, pensando que, a fuer de sacerdote, debía apagar la cólera de Dios, que hacía sentir cada vez más sus efectos en todo el reino. Predicó a los habitantes de aquel paupérrimo lugar para animarlos a usar bien de la tribulación presente, y les exhortó a la penitencia, como el medio más eficaz para aplacar a Dios. Y luego de prepararlos a confesarse, les hizo la caridad de oírlos en confesión junto con el párroco del lugar y otro Sacerdote de su Congregación

Después de haber estado en aquel mísero lugar durante algún tiempo, se marchó, a pesar del rigor de la estación, y se dirigió a Le Mans a visitar una casa de su Congregación, situada en el arrabal de la ciudad. Desde allí se encaminó a Angers, y en el viaje sufrió un accidente a media legua de Durtal. Al pasar por un riachuelo, si no llegan a prestarle rápidamente ayuda, se hubiera ahogado, porque su caballo quedó tumbado en él. Después que le sacaron del río, volvió a montar, todo mojado, en el caballo, sin que manifestara en su rostro muestras de susto alguno. Era cuaresma; y con mucha dificultad encontró, para secarse, una choza a la vera del camino. Estuvo sin comer hasta la tarde, que fue cuando llegó a una posada. La dueña, al ver que el Sr. Vicente estaba catequizando, según su costumbre, a los criados de la casa, salió a reunir a todos los niños del lugar, y, sin ponerse previamente de acuerdo con él, los subió a su habitación, cosa que el Sr. Vicente agradeció mucho. Los dividió en dos grupos: uno se lo encargó al Sacerdote que estaba con él, para que los fuera instruyendo, mientras que él daba el catecismo al otro.

Se detuvo cinco días en Angers. Visitó a las Hijas de la Caridad que atendían a los enfermos del Hospital. E inmediatamente se puso en camino para Bretaña. Cuando estaba para llegar a Rennes, le ocurrió un accidente que puso en grave peligro su vida. Porque, al pasar un canal entre un molino y una balsa muy profunda por un puentecito de madera, el caballo fue a buscar la sombra de la rueda del molino, y al recular, iba ya a precipitarse en la balsa, con una pata trasera fuera del puente, y estaba a punto de caerse, si Dios, como

por un milagro, no lo hubiera detenido y parado en seco. El Sr. Vicente, cuando se vio fuera de peligro, confesó que nunca se había librado de un peligro tan grande. Y bendiciendo a Dios por una protección tan evidente y maravillosa, rogó al que lo acompañaba que le ayudara a dar gracias a Dios por su Divina Bondad.

El Sr. Vicente en todo el viaje no había realizado ninguna visita de cumplimiento y de cortesía ni en Orleáns, ni en Le Mans, ni en Angers, ni en otros sitios por donde había pasado. Quería hacer lo mismo en Rennes, y atravesar de incógnito la ciudad para ir a la casa de su Congregación en Saint-Méen, a ocho leguas de allí, si le fuera posible; pero, a pesar de todo, fue reconocido al entrar en la ciudad de Rennes, por aquellos días muy atemorizada por las turbulencias del reino, igual que París. Una persona, con autoridad en la ciudad, le comunicó que su estancia en ella resultaba sospechosa por su cargo en los Consejos; que se tenía la intención de mandarlo detener, y que se lo advertía, para que se marchara al momento de la ciudad. El Sr. Vicente recibió el aviso como un favor, e inmediatamente se dispuso a partir; pero cuando estaba ensillando el caballo, un gentil-hombre, alojado en la misma posada que él, lo reconoció, y todo encolerizado, le dijo a gritos que «el Sr. Vicente quedará muy asombrado, si a dos leguas de aquí no le dan un tiro en la cabeza», e inmediatamente desapareció. Enterado de aquella amenaza el Sr. Lectoral de Saint-Brieu, en cuanto supo de la llegada del Sr. Vicente, fue a visitarle en la posada; le impidió marcharse, y le convenció de que fuera a ver al Sr. Primer Presidente y a otras personas, quienes lo recibieron cortésmente. Al día siguiente, estando ya el Sr. Vicente presto para marchar, vieron entrar al gentil-hombre, que, después de amenazarlo de muerte, se había ido, y había dormido fuera de la ciudad. Aquella circunstancia dio lugar a la sospecha de que había salido a esperar en el camino al Sr. Vicente para llevar a cabo su amenaza. Pero el fiel Siervo de Dios, puesta su confianza en la Divina Providencia y siempre preparado para morir, y hasta deseándolo, a imitación del santo Apóstol, para estar con Jesucristo, no se apuró. El Sr. Lectoral de Saint-Brieu, temiendo por su persona que le era muy querida, no quiso dejarlo solo, y le acompañó hasta el pueblo de Saint-Méen; allí llegó el martes de la Semana Santa. Permaneció en el pueblo quince días; durante ellos, la mayor parte del tiempo estuvo en el confesonario, oyendo a los pobres que venían de todos los lados en peregrinación a aquel lugar santo para obtener la curación de sus enfermedades, cosa que Dios les concede frecuentemente por intercesión del Santo

De allí se trasladó a Nantes por algún asunto piadoso. Pasó luego a Luçon con la intención de continuar viaje a Saintes, y más tarde a Guyena, con el fin de continuar allí la visita de las casas de su Congregación. Mas como recibió orden expresa de la Reina de volver a París, adonde ya había vuelto el Rey, llegó a Richelieu, y cayó enfermo. En cuanto lo supo la Señora Duquesa de Aiguillon, le mandó una carroza pequeña con dos de sus caballos y uno de los cocheros para traerlo en cuanto pudiera ponerse en camino; ya mucho antes le había dejado la misma carroza por las molestias de sus piernas y no quiso servirse de ella

En todas las casas que visitó en aquel viaje dejó un gran consuelo a sus hijos

espirituales y un suave olor de humildad, cordialidad, mansedumbre y de todas las demás virtudes que puso en práctica, y les dio ejemplos de ellas. Por fin, volvió a París el mes de julio de 1649, después de seis meses y medio de ausencia. En cuanto llegó, devolvió al punto los caballos a la Señora Duquesa de Aiguillon con un montón de gracias; mas ella se los volvió a mandar, diciendo que se los había dado para servirse de ellos. Los rechazó inmediatamente, protestando que si las molestias de sus piernas, que iban a más cada día, no le permitían andar ni a pie ni a caballo, había resuelto permanecer toda su vida en San Lázaro antes que dejarse llevar en una carroza. Accedió, sin embargo, no sin gran contrariedad y extrema confusión, y llamó a la carroza, que no era muy sólida, «su ignominia», y deseó que los caballos, que tiraban de ella, fueran también empleados en arar y en tirar de carro cuando no debía trasladarse a la ciudad. Tenía entonces setenta y cinco años, y con tantas molestias, que le costaba mucho levantarse cuando estaba sentado, de forma que sólo fue por obediencia y por necesidad como se valió de aquella pobre carroza. Gracias a ella pudo trabajar con bendición en importantes asuntos, y prestar grandes servicios a la Iglesia que, sin ella, no los hubiera podido hacer.

CAPITULO CUARENTA pag. 181

El Sr. Vicente procura la asistencia a los pobres habitantes de las fronteras de Champaña y Picardía, arruinadas por la guerra

Como dice la Sagrada Escritura es cierto que las enfermedades de larga duración y que degeneran en languidez aburren al médico, quien muchas veces llega hasta a abandonar al enfermo, cuando no ya sabe qué remedio usar para curarlo. Igualmente se puede decir que hay motivos para entibiarse y enfriarse en el ejercicio de las obras de caridad emprendidas en favor de los pobres, cuyo número, así como las necesidades y la miseria van creciendo diariamente por la fatalidad de las guerras, sobre todo de las interiores y civiles que han causado tremendas ruinas en Francia. Pero cuando le comunicaron al Sr. Vicente, a su vuelta a París, el deplorable estado a que se vieron reducidas las Provincias de Champaña y Picardía por la parte de la frontera, y se vio, después de tanto desastre, como abrumado por el número casi innumerable de pobres de todo sexo y condición, a quienes era preciso ayudar, hay que confesar que un corazón menos lleno de caridad que el suyo se habría desanimado y sucumbido bajo el peso de aquella sobrecarga, pensando que no podría con ella, ni hallaría recursos para remediar tantas necesidades

Precisamente en esa ocasión el Santo Varón mostró excelentemente la grandeza de su virtud, porque levantándose, como la palmera, con tanto mayor vigor cuanto más cargada, y confiando más que nunca en la omnipotente bondad de Dios, resolvió emprender aquella obra de caridad, igual que había hecho con todas las demás. Después de haber implorado la ayuda de la Divina Misericordia, cuyos tesoros son inagotables, presentó la propuesta a las Damas de la Caridad de París, que solían reunirse para esa

clase de obras de misericordia; y aunque entonces las miserias comunes que también ellas habían sufrido, las redujeron a una situación tal que no podían hacer más de lo que habían hecho en tiempos pasados, con todo, las caritativas Damas cerraron los ojos a toda otra consideración humana, y creyendo que la voluntad de Dios les había sido manifestada por boca de su fiel siervo, hicieron un esfuerzo entre todas para socorrer a aquellos pobres en la desolación de sus Provincias después de añadir lo que pudieron recoger en las colectas, el Sr. Vicente envió a varios de los suyos a repartir las limosnas. Dios les concedió tan gran bendición, que, una vez iniciada aquella ayuda, fue siempre continuada por espacio de diez años, hasta la firma de la Paz. De forma que, contra toda esperanza y apariencia humana, vieron que durante aquel tiempo habían sido repartidas por valor de seiscientas mil libras en limosnas, tanto en dinero, como en pan, víveres, ropa, remedios para los enfermos, aperos para cultivar la tierra, grano para la sementera y otras cosas parecidas necesarias para la vida: todo eso se llevó a cabo bajo la dirección y las órdenes del Sr. Vicente, que envió a los misioneros de su Compañía a las Provincias. Allí residieron y recorrieron todos los lugares donde sabían que había pobres en extrema necesidad, y, particularmente, en las ciudades y los alrededores de Reims, Fismes, Rethel, Rocroy, Mezières, Charleville, Donchéry, Sedan, Sainte-Menehould, Vervins, Laon, Guise, Chauny, La Fère, Péronne, Noyon, Saint-Quentin, Han, Marle, Riblemont, Amiens, Arras; en una palabra, todas las ciudades, pueblos y aldeas donde la pobre gente, o habitantes, o refugiados, estaban más arruinados, o más dignos de lástima. Gracias a aquella caritativa ayuda se logró que un gran número de pobres no murieran de hambre y de frío, particularmente los más necesitados y más abandonados, como los enfermos, los ancianos y los huérfanos, reducidos en su mayor parte a un grado de escualidez espantosa, recostados en paja podrida, o sobre tierra, expuestos, durante los mayores rigores del invierno, a todas las injurias del aire, con sus casas saqueadas y quemadas, y despojados hasta de su camisa, no teniendo donde retirarse sino a chozas, donde esperar, un día tras otro, la muerte.

En los primeros años la desolación llegó al extremo, pero la ayuda fue también más grande, y además de los ocho o diez misioneros enviados por el Sr. Vicente, fueron también, mandadas por él, Hijas de la Caridad. Mientras ellas se dedicaban a socorrer y asistir a los pobres enfermos, una parte de los misioneros repartía el pan y las otras cosas necesarias para remediar la extrema necesidad de los demás. Y los sacerdotes iban por el campo, visitando las parroquias desprovistas de pastores, a distribuir el pasto espiritual a las pobres ovejas abandonadas, a instruirlas, a administrarles los sacramentos, a consolarlas y a reparar lo mejor que podían el desastroso estado de las iglesias, en su mayor parte saqueadas y profanadas por los soldados.

Veremos en la Segunda Parte más en detalle cómo los caritativos y fervientes misioneros actuaron bajo las órdenes de su dignísimo Padre en la realización de las obras de caridad, y de qué modo las iglesias, los sacerdotes, las Comunidades religiosas de hombres y de mujeres, la nobleza empobrecida, las jóvenes en peligro, los niños y los enfermos abandonados, en una palabra, toda clase de personas indigentes y llenas de aflicción recibieron alivio y consuelo.

Ciertamente, los siglos pasados contemplaron semejantes desastres y miserias, mas no leemos en la historia que hayan visto jamás tal fervor en proporcionar el remedio, y un remedio tan grande, tan rápido, tan amplio y tan universal como éste. Y todo se hizo con la bendición de Dios gracias a un pobre sacerdote y a un pequeño número de Damas animadas por la caridad y alentadas por los consejos de aquél.

CAPITULO CUARENTA Y UNO pag. 183

Muerte del Sr. Prior de San Lázaro, y muestras de agradecimiento que le dio el Sr. Vicente

Dios se sirvió del Sr. Adrián Le Bon, prior de San Lázaro, como ya lo hemos dicho, para introducir al Sr. Vicente y a su Compañía en la casa de San Lázaro. Nominalmente había dado su consentimiento, sino hasta se lo había ofrecido al Sr. Vicente, y había perseverado durante todo un año en su ofrecimiento, a pesar de dadas las negativas de éste. Le hizo tantas instancias, y se sirvió de tantísimos ruegos ante el fiel Siervo de Dios, para que aceptase la casa y el Priorato, como otros los habrían hecho para conseguir del Sr. Prior la donación del Priorato. Así (ejemplo rarísimo y quizás único en nuestros días) se suscitó entre ambos Siervos de Dios un conflicto de virtudes: la humildad del Sr. Vicente se oponía a la caridad del buen Prior, y el amor de la pobreza luchaba contra la liberalidad. Y si la obediencia a las órdenes de Dios reconocidas, por fin, como tales por el Sr. Vicente, y a las que no se atrevió a resistir, no hubiera puesto fin a aquel desacuerdo, habría durado mucho más tiempo. Y puede ser que en aquellas circunstancias la mayor de las virtudes se habría visto obligada a ceder en cierta manera a las que le eran inferiores, aunque no hubiera dejado de triunfar de otra forma también excelente, pero menos ventajosa para el progreso de la Congregación de la Misión

El caritativo Prior había conservado el alojamiento en San Lázaro con sus Religiosos, y no se puede expresar qué satisfacciones y consuelos recibió durante el resto de su vida de parte de todos aquellos buenos misioneros y, por encima de todos, del Sr. Vicente, quien lo consideraba como el insigne Bienhechor y el auténtico Padre nutricio de los misioneros que vivían en San Lázaro. Trataba de rendirle todos sus respetos, todas sus complacencias y todos los favores que pudiera con un verdadero espíritu de sincero y filial agradecimiento; y lo continuó haciendo así por espacio de más de veinte años, hasta el año 1651. En esta fecha quiso Dios sacar de esta vida, exactamente el día de Pascua, a aquel verdaderamente caritativo y buen Prior, para darle a gustar los frutos de su caridad en el cielo

Como el Sr. Vicente le había honrado, amado y servido durante la vida, le mostró aún más la sinceridad de su afecto en el último momento: le brindó todos los deberes y todas las ayudas que el celo que tenía por la salvación de un alma tan querida le podía

sugerir. Llamó a los misioneros residentes en aquel momento en casa para rezar alrededor de la cama del enfermo querido, y él en persona recitó en alta voz durante la agonía, que fue larga, las oraciones por los agonizantes, y añadió otros sufragios sugeridos por su caridad

Cuando el buen anciano (tenía entonces setenta y cinco años), dio su último suspiro, después de rezar la Recomendación del alma, el Sr. Vicente se levantó a hablar a los presentes de la siguiente forma:

«Ea, Hermanos míos, nuestro buen Padre está ya ahora ante Dios». Y después, levantando los ojos al cielo, y dirigiéndose a Dios, «Quiera tu bondad, Dios mío, aplicarle las buenas obras que puede haber hecho la Compañía y los pequeños servicios que ha tratado de ofrecerte hasta hoy. Te lo ofrecemos, Dios mío, suplicándote que le apliques su eficacia. Quizás alguno de nosotros estaríamos en la indigencia, y él nos ha provisto de comida y manutención. Procuremos, Hermanos míos, no caer nunca en el miserable pecado de ingratitud para con él, y con los demás Sres. Mayores de esta casa, de quienes somos como los hijos, ya quienes debemos reconocer y respetar como a nuestros padres. Agradezcamos les mucho por el bien que nos han hecho; y tratemos de acordarnos todos los días del Sr. Prior, y de ofrecer nuestras oraciones a Dios por él»

Organizó unos funerales muy honoríficos; y celebró, e hizo celebrar a su intención un grandísimo número de misas en la iglesia de San Lázaro y en otras partes

Y además, escribió a todas las casas de su Congregación en estos términos:

«Dios ha querido hacer a la Compañía huérfana al privarla de un Padre, que nos había adoptado por hijos. Me refiero al buen Sr. Prior de San Lázaro, que murió el día de Pascua, recibidos los sacramentos, y con una conformidad tan grande con la voluntad divina, que en toda su enfermedad no dio la menor muestra de impaciencia, como tampoco en sus dolencias anteriores. Ruego a todos los sacerdotes de su casa que celebren misas a su intención, y a todos los Hermanos que comulguen»

Después, el Sr. Vicente hizo poner un bello epitafio en medio del coro de la iglesia de San Lázaro, junto a la tumba del caritativo difunto, para perpetua memoria de la obligación grandísima y particularísima que la Congregación de la Misión tiene con él, y que siempre desea reconocer que le tiene. Y además decidió que todos los años, el nueve de abril, día de su fallecimiento, se celebrara en la iglesia de San Lázaro un servicio solemne a su intención.

CAPITULO CUARENTA Y DOS pag. 185

Servicios prestados o procurados por el Sr. Vicente a los pobres de París

y de otros sitios durante las revueltas del año 1652 y siguientes

Además de los socorros caritativos prestados y procurados por el Sr. Vicente a los pobres de Lorena, de Champaña y de Picardía -hemos hablado de ellos en los capítulos anteriores- nuevas turbulencias sobrevenidas en el reino el año 1652 47 le proporcionaron otra vez nueva materia más amplia y más abundante para practicar la caridad, que Dios quería perfeccionar aun más con el fin de culminar por ese medio los méritos de su fiel Siervo y de todas las personas virtuosas, cuyo celo por promover el bien espiritual y el alivio corporal de los pobres, se ha manifestado en esta ocasión. He aquí cómo sucedieron los hechos:

El acampamiento y la estancia de los ejércitos en los alrededores de París causaron por todas partes extraordinaria desolación y miseria. La ciudad de Étampes fue la que experimentó en mayor medida los funestos efectos: había estado asediada largo tiempo, y varias veces, sin interrupción. Los habitantes de la ciudad y de las aldeas vecinas quedaron reducidos a un estado de languidez y pobreza digno de lástima: la mayor parte de la gente estaba enferma, y sólo les quedaba la piel pegada a los huesos. Además de eso, estaban tan desprovistos de socorros, que no disponían de nadie que les pudiera dar aunque sea un vaso de agua. Para colmo de las miserias, la pobre ciudad de Étampes, después de haber sido tomada y vuelta a tomar, estaba totalmente infectada a causa de las basuras podridas esparcidas por todas partes: en ellas habían sido abandonados gran cantidad de cadáveres tanto de hombres como de mujeres, mezclados con carroña de caballos y otros animales, que exhalaban una fetidez espantosa

El Sr. Vicente, cuando conoció el lamentable estado de aquella ciudad y de sus alrededores, después que lo hubo presentado a la reunión de las Damas de la Caridad, que le ayudaban con tan buena voluntad en todas sus santas empresas, envió a varios misioneros a socorrer espiritual y corporalmente a aquellos pobres abandonados. Una de las primeras cosas que hicieron nada más llegar y ver tan insólito espectáculo fue hacer que vinieran de otras partes hombres fuertes y robustos con carros para eliminar todos los estercoleros y limpiar la ciudad. Su ejecución supuso muchos gastos. Después dieron sepultura a todos los pobres cuerpos medio podridos, y a continuación hicieron perfumar las calles y las casas, para así evitar la infección, y volverlas habitables. Al mismo tiempo empezaron a repartir comida, que todos los días preparaban tanto en la ciudad de Étampes como en otras aldeas, que los misioneros, después de recorridos todos los alrededores, habían visto peor tratadas por los ejércitos, y en las que los habitantes estaban reducidos a extrema necesidad: tales fueron especialmente, además de Étampes, Guillerval, Villecouils, Estrechy y Saint Arnoul. Los pobres de esos lugares igual que los de otros sitios próximos se acercaban todos los días a recibir su correspondiente ración. Estuvieron en Palaisseau; allí los soldados habían causado grandes estragos, y también iniciaron el reparto de la sopa para conservar la vida a gran número de pobres famélicos. Dado que muchas de las parroquias a las que asistían se encontraban sin pastores, porque

habían muerto o huido, y los sacerdotes misioneros no podían satisfacer a las necesidades espirituales y corporales al mismo tiempo, el Sr. Vicente envió a Hijas de la Caridad para preparar y repartir el potaje, y para cuidar que se atendiese a las demás necesidades externas de los pobres enfermos, como también de un gran número de pobres huérfanos como había por aquellos lugares: los reunieron y recogieron en una casa de Étampes, y allí los vistieron y alimentaron. Mientras las buenas Hermanas se entregaban a las obras de Caridad externas y corporales, los sacerdotes misioneros iban de un lado a otro por las parroquias a visitar y consolar a los pobres desconsolados, a decirles la Santa Misa, a instruirlos, a administrarles los sacramentos, todo con los permisos y las aprobaciones exigidas por parte de los superiores

Todas esas ayudas espirituales y corporales no podían llevarse a cabo sin dificultades y fatigas extraordinarias, y sin exponerse al peligro de contraer las mismas enfermedades que trataban de remediar, a causa de la infección de los lugares. Poreso, sucedió que varios de aquellos buenos misioneros cayeron enfermos y consumieron su vida en las obras de caridad. No hay por qué dudar de que su muerte fue muy preciosa ante Dios, y por haber trabajado y combatido por su gloria, guardando inviolable fidelidad a su Santa Voluntad con su pronta y perfecta obediencia, y así acabado felizmente su carrera, han recibido de su Divina Misericordia la corona del cielo

También hubo varias de aquellas buenas Hijas de la Caridad, que, después de haber sufrido mucho ofreciendo sus servicios a los pobres, y su vida a Dios en holocausto de suavidad con un valor que sobrepasaba a su sexo, participaron de la misma corona

Mientras el Sr. Vicente dedicaba toda su atención a la asistencia de los pobres de aquellas tierras, Dios le preparaba un nuevo campo donde extender las obras de caridad. Porque sucedió que los ejércitos se aproximaron a París, y provocaron un tremendo estrago en todas las aldeas y los lugares circunvecinos. Y cuando le comunicaron al Padre de los pobres que los habitantes del pueblo de Iuvisy y alrededores estaban en deplorable situación en cuanto al cuerpo y al alma, mandó allí Sacerdotes con limosnas para repartirlas entre los más necesitados. Y al saber que la desolación era general, y que en todos los lugares los habitantes de las aldeas, después de saqueados y tratados brutalmente por los soldados, estaban en su mayor parte reducidos a una grandísima y casi extrema necesidad, varias personas de categoría y de piedad de uno y otro sexo, movidas por Dios e impulsadas por una caridad auténticamente cristiana, se juntaron al Sr. Vicente para socorrer a los pobres angustiados. Y considerando que no se podrían llevar a cabo dichos socorros, sino a costa de enormes gastos para poder proporcionar todo lo necesario a los que habían sido despojados de todo lo que tenían, la caridad, que es ingeniosa, o mejor, el Dios de la caridad, les sugirió el pensamiento de crear un almacén caritativo. Se invitó a todos, que llevaran o enviaran allí muebles, ropa, herramientas, víveres y otras cosas parecidas que les resultaran superfluas, o que podrían entregar con más facilidad que el dinero, por entonces muy escaso en la mayor parte de las familias

No debemos omitir aquí que es al Sr. du Plesis Monbart, cuya virtud y celo han

destacado tanto en muchas otras circunstancias, a quien se debe ese caritativo y admirable proyecto, porque de él fue la idea del plan del almacén caritativo, y él quien propuso los medios para hacerlo útil y fructífero. De todo eso hablaremos con más amplitud en la Segunda Parte.

Pues bien, de ese maravilloso almacén, como de un manantial inagotable de caridad, se sacaron durante seis o siete meses, toda clase de socorros para los pobres, es decir, vestidos, ropa blanca, muebles, herramientas, utensilios, fármacos para preparar los remedios, harina, pesas, manteca, aceite, pasas y otras cosas necesarias para la vida; y también ornamentos, cálices, copones, libros y otros útiles y lienzos sagrados con los que dotar las iglesias saqueadas: enviaban todo a ciertos lugares del campo, y de allí los distribuían con orden y medida. Los misioneros iban diariamente de aldea en aldea con los animales cargados de víveres y de ropa, para repartirlos según la necesidad de cada cual. A eso se añadía además el reparto diario del potaje que salvó la vida a un número casi innumerable de pobres famélicos que no sabían dónde encontrar pan.

Los trabajos de los misioneros fueron tan grandes en viajes y servicios que prestaban a los pobres, y las enfermedades que contraían tan malignas, que cuatro o cinco llegaron a morir, y otros estuvieron enfermos largo tiempo. Aunque el Sr. Vicente sintió vivamente las fatigas y la muerte de los buenos misioneros a los que amaba tiernamente como a hijos espirituales suyos, sin embargo, alababa y bendecía a Dios al verlos trabajar y sufrir por los miembros de Jesucristo con tantos ánimos, y acabar así gloriosamente su vida en el campo de batalla, y se puede decir que con las armas en la mano; porque sabía muy bien, que morir de aquella manera no era morir, sino dejar de morir para empezar una vida mejor y más feliz en la posesión perfecta de quien es la fuente y el principio de la verdadera vida

Además de los auxilios prestados a los pobres habitantes de las aldeas de fuera de París, atendieron también a los que huyendo de los ejércitos venían a refugiarse a la ciudad. Un gran número de mujeres y muchachas e incluso religiosas se vieron en apurada situación, y el Sr. Vicente las hizo acoger en sitios seguros. Invitó a algunas Damas de la Caridad a prestar ese caritativo oficio, y después de dividirlas en varios grupos, fueron alojando a cada grupo en una casa. Durante el tiempo de su acogida, además de facilitarles comida y otras necesidades del cuerpo, se sirvieron de aquella ocasión para darles, en cada uno de los sitios, como una pequeña misión, tanto para instruirlas en las cosas necesarias para la salvación que algunas ignoraban, como para prepararlas a hacer una confesión general y ponerse en estado de ofrecer a Dios por la paz y la tranquilidad del reino oraciones, que mereciesen ser escuchadas. Atendieron de modo especial al retiro de las Religiosas a tenor de los consejos del Sr. Vicente, quien por ese tiempo, escribiendo sobre todas esas desgracias a un doctor de Teología de la Facultad de París, que entonces estaba enRoma, le hablaba en estos términos:

«No dudo que estará usted enterado de todo esto. Sólo le diré a propósito de la bajada solemne del relicario de Santa Genoveva y de las procesiones generales que se han

organizado para pedir a Dios el cese de todas las calamidades públicas por intercesión de esta santa, que nunca se había visto en París más afluencia de gente ni tanta devoción exterior. El resultado ha sido que, antes del octavo día, el duque de Lorena que tenía su ejército a las puertas de París, estando él mismo en la ciudad, ha levantado el campo para volverse a su tierra. Tomó esta decisión, cuando el ejército del Rey estaba a punto de lanzarse sobre el suyo. Desde entonces se están llevando a cabo las conversaciones de paz con los Príncipes y se espera que la bondad de Dios hará que se consiga, tanto más cuanto que se procura aplacar su justicia con grandes limosnas que se recogen actualmente en París para ayudar a los pobres vergonzantes y a los campesinos refugiados aquí. Todos los días se da de comer a catorce o quince mil personas, que morirían de hambre sin esa ayuda. Además se ha acogido a las jóvenes encasas particulares, en número de ochocientas o novecientas. Van a reunir a todas las religiosas refugiadas que viven por la ciudad, algunas -según se dice- en lugares sospechosos, en un monasterio preparado para ellas, donde estarán bien atendidas. Ya va bien de noticias, señor, en contra de la norma que tenemos de no escribir de cosas de ésas; pero ¿quién puede impedir que publique la grandeza de Dios y sus misericordias?» etc

No hemos de omitir aquí que el reparto de casi todo el potaje lo hacían las Hijas la Caridad, y todo gracias a los desvelos y las limosnas de las Damas de la Compañías la Caridad, que siempre tomaron parte muy activa en todas esas grandisonaras. Como los pobres refugiados estaban separados en diferentes puntos de París, sobre todo en los arrabales, el Sr. Vicente tuvo una preocupación especial por la alimentación y la instrucción de los situados en los barrios próximos a San Lázaro; eran setecientos u ochocientos. Les hacía venir todos los días por la mañana y porra tarde para repartirles la comida y para darles, aprovechando la circunstancia, lastimaos enseñanzas y tener los mismos actos que se suelen practicar en las misiones. Después de la predicación, invitaba a los hombres y a los muchachos a entraren el claustro de San Lázaro, y los dividía en nueve o diez grupos. En cada grupo había un sacerdote para instruirlos, mientras que otros sacerdotes se dedicaban a enseñara las mujeres y a las jóvenes en la iglesia. El Sr. Vicente quiso participar en aquel trabajo y catequizar también él a aquellos pobres

Quiso Dios conceder tal bendición a todas aquellas caritativas iniciativas emprendidas por los desvelos y los consejos del Sr. Vicente, que las han continuado con el mismo celo en las diversas situaciones que se han ido presentando ulteriormente, hasta después de la muerte del gran Siervo de Dios, quien, cual otro Elías, parece que ha dejado su espíritu no sólo a su santa Congregación, sino también a todas esas personas virtuosas tan unidas a él en la realización de las obras de caridad. Lo hemos visto al comienzo del año 1661. Ese año un gran número de personas pobres se han visto reducidas a extrema necesidad a causa de la prohibición de hacer encaje, trabajo que anteriormente les surtía con qué vivir, como también a causa de la gran carestía del grano. Para colmo, hacia el mes de julio y de agosto del mismo año, una enfermedad maligna, y en cierto modo contagiosa, se difundió casi universalmente por todos los lugares del campo, impidiendo a parte de la pobre gente recoger la cosecha, que, desgraciadamente, resultó muy exigua, y, debido a eso, la carestía del pan y de los demás alimentos creció considerablemente. Los

Sres. Vicarios Generales de París mandaron a varios sacerdotes de la Congregación de la Misión, casi por toda la diócesis, a cerciorarse de las necesidades de los diferentes lugares y a redactar un informe fidedigno. Hallaron más de ocho mil enfermos en ochenta parroquias visitadas por ellos, y parecida proporción en otros lugares, la mayor parte sin ayudas de ninguna clase, con las familias atacadas del mal; y la escasez de víveres era tremenda en todos los sitios. En consecuencia, siguiendolas mismas órdenes que se observaron cuando vivía el Sr. Vicente, llevaron y repartieron víveres y remedios por todas partes gracias a los cuidados de las Damas de la Caridad, y con la ayuda de las limosnas que ellas entregaban, o que recogían con sus colectas

Y como el hambre fue tan grande a fines del año indicado de 1661 y durante el año siguiente, no sólo en los alrededores de París, sino también en otras Provincias, como Maine, Perche, Beauce, Touraine, Blaisois, Berry, Gastionis y otras, las mismas Damas, reavivando en sus corazones el espíritu que animaba al Sr. Vicente, y que le impulsaba a aceptar la asistencia de toda clase de pobres hambrientos, con una caridad infatigable acometieron la tarea de socorrer a los pobres hambrientos, y a mandarles con qué alimentarse. Y felizmente lo lograron: Dios bendijo sus desvelos y multiplicó su caridad en tal forma, que consiguieron salvar la vida, por medio de los misioneros del Sr. Vicente, a gran número de pobres criaturas fuera cual fuera su edad, sexo y condición, que hubieran perecido sin su ayuda. Las limosnas recogidas a ese efecto desde el año 1660, fecha en que murió el Sr. Vicente, hasta el actual, 1664, han ascendido a más de quinientas mil libras.

CAPITULO CUARENTA Y TRES pag. 189

Lo que el Sr. Vicente hizo por el bien de este reino y por el servicio del Rey durante las revueltas del año 1652

Para remediar eficazmente algún mal no basta con impedir sus efectos; es necesario, si se puede, hacer desaparecer la causa. Todas las asistencias caritativas que el Sr. Vicente procuraba a los pobres durante la guerra, podían aliviarlos de parte de las miserias que dicha calamidad les hacía sentir; pero para librarlos totalmente de ellas y hacer cesar los demás desórdenes espantosos y los enormes pecados que se cometían por todas partes durante el tiempo de turbación y división, el gran Siervo de Dios, vivamente impresionado y dotado de tanta prudencia como celo, veía acertadamente que todo lo que hiciera obtendría poco éxito, si no se aplicaba el remedio a la raíz del mal, y si no se hacía desaparecer su causa, que era la división y la guerra, instaurando una paz duradera por la total sumisión y obediencia que los súbditos deben a su Soberano. La unión y la adecuada correspondencia de los miembros con su jefe ha sido establecida por Dios tanto

en el cuerpo político como en el natural para mantener dentro de él el orden y, por consiguiente, para introducir en él la paz, que no es otra cosa, como dice san Agustín, sino la tranquilidad en el orden.

El Sr. Vicente, cuando vio que el fuego de la guerra iba encendiéndose de día en día en la mayor parte de las Provincias del reino, previendo los grandes desastres que iban a suceder tanto para el estado como para la Religión, si continuaba el mal, resolvió actuar, en cuanto estaba de su parte, para poner remedio y apagarlo. La primera y principal cosa que hizo a este propósito, fue acudir a Dios e invitar a todas las personas virtuosas y bien intencionadas que conocía a hacer lo mismo con oraciones, limosnas, ayunos y otros actos de penitencia, para aplacar su justicia, reparar las ofensas cometidas contra Su Majestad, atraer su misericordia y obtener la paz. A ese fin, ordenó que en la casa de San Lázaro todos los días tres misioneros ayunaran con esa intención, un sacerdote, un clérigo y un hermano; que el sacerdote celebrara la misa ese mismo día, y que los otros dos comulgaran con dicha intención. Y él, a su vez, cumplía exactamente aquella obligación, cuando le tocaba, aunque ya era más que septuagenario

Y una vez, entre otras, como estuviera extraordinariamente conmovido por las miserias que el azote de las guerras causaba no sólo en Francia, sino también en otros Reinos cristianos, al salir de la oración mental, cuyo tema de meditación había sido la utilidad de los sufrimientos, habló a toda su Comunidad en estos términos:

«Renuevo la recomendación que les he hecho tantas veces, y que nunca sabría hacer bastante, de rezar a Dios por la paz, para que quiera reconciliar entre sí los corazones de los Príncipes cristianos. Hay guerra por todos los sitios y por todos los lugares: guerra en Francia, en España, en Italia, en Alemania, en Suecia; en Polonia, atacada por tres frentes; en Irlanda, sus pobres habitantes son trasladados de sus tierras a lugares estériles, a montañas y roquedales casi inaccesibles e inhabitables; Escocia no está mucho mejor; de Inglaterra, ya sabéis su triste situación. En fin, guerra en todos los reinos, miseria por todas partes, tantas personas en Francia que están sufriendo. ¡Oh Salvador! ¿Hay algo más? Si por cuatro meses que hemos tenido la guerra encima, hemos visto tanta miseria en el corazón de Francia, donde suelen abundar los víveres por doquier, ¿qué hará esa pobre gente de la frontera, expuesta a todas esas miserias y que están sufriendo esa plaga desde hace veinte años? Si siembran, no están seguros de poder cosechar: vienen los ejércitos y siegan y lo saquean y lo roban todo; y lo que no han robado los soldados, los funcionarios lo cogen y se lo llevan. Después de todo esto ¿qué hacer? No queda más que morir. Si hay verdaderas virtudes, sobre todo es entre esa pobre gente. Conservan una fe viva, creen sencillamente; se someten a las órdenes de Dios; tienen paciencia en la miseria más extrema; sufren todo lo que Dios quiera y en cuanto que Dios quiera, ya por los atropellos de la guerra, y también por la dureza del trabajo; todos los días están metidos de lleno en fatigas, expuestos ya a los ardores del sol, ya las demás injurias del aire. ¡Pobres trabajadores y viñadores que sólo viven del sudor de su frente, que nos dan sus trabajos y esperan a su vez que, al menos, recemos a Dios por ellos! ¡Hermanos míos! ¡Mientras ellos se cansan de esa forma por alimentarnos, nosotros buscamos la sombra, y

nos ponemos a descansar! Hasta en las misiones, cuando nosotros trabajamos, estamos en la iglesia a resguardo de las injurias del aire, y no expuestos al viento, a la lluvia y a los rigores de las estaciones. Vivimos ciertamente del sudor de esa pobre gente y del patrimonio de Jesucristo. Deberíamos pensar siempre cuando vamos al refectorio, si verdaderamente hemos ganado la comida que vamos a tomar. En cuanto a mí, con frecuencia pienso en esto, que me llena de confusión, y me digo en mi interior: Desgraciado, ¿has ganado el pan que vas a comer? ¿el pan, ese pan que te viene del trabajo de los pobres? Al menos, si no lo ganamos, como ellos, pidamos a Dios por ellos, y que no pase ningún día sin que los ofrezcamos a Nuestro Señor, para que quiera concederles la gracia de haber buen uso de los sufrimientos. Decíamos estos días, que Dios cuenta especialmente con los sacerdotes para detener el curso de su indignación; cuenta con que harán lo que Aarón, y que se pondrán con el incensario en la mano entre El y los pobres; o bien, que actuarán como intermediarios, como Moisés, para impetrar el cese de los males que sufren por su ignorancia y por sus pecados, y que quizás no sufrirían si los hubieran instruido, y si hubieran trabajado en su conversión. A esos pobres es a quienes debemos ofrecer nuestros servicios caritativos, tanto para satisfacer a las obligaciones de nuestro carácter (sacerdotal), como para corresponder de alguna manera con nuestro agradecimiento a los bienes que recibimos de sus trabajos. Mientras ellos sufren y mientras ellos luchan contra la necesidad y contra todas las miserias que los abruman, debemos hacer lo que Moisés, y a su ejemplo levantemos continuamente las manos al cielo por ellos. Y si sufren por sus pecados y por su ignorancia, debemos ser sus intercesores ante la Divina Misericordia, y la caridad nos obliga a tenderles las manos para sacarlos de la miseria; y si no nos dedicamos aún a costa de nuestras vidas a enseñarles y a ayudarles a convertirse perfectamente a Dios, somos hasta cierto punto la causa de todos los males que soportan».

Así es como el Sr. Vicente animaba a rezar, a trabajar y a sufrir para desterrar la ignorancia y los pecados del pueblo, como principales causas de todos los azotes que sufrían, y para obtener de la bondad de Dios una paz verdadera y segura, el mejor remedio de todos los desórdenes que se veían entonces por todas partes. No podía dejar de recomendar a los suyos que perseveraran en pedir a Dios la paz con sus oraciones; y acostumbraba a recitar todas las mañanas públicamente en la iglesia de San Lázaro, junto con los suyos, las letanías del Nombre de Jesús, y cuando llegaba a las palabras «Iesu, Deus pacis», las pronunciaba con un tono más grave y más devoto, y las repetía siempre dos veces. Además de eso, siempre hacía la misma recomendación a todas las personas virtuosas que conocía, exhortándolas a ofrecer a Dios oraciones, y a dar limosna, y a hacer peregrinaciones, ayunos, mortificaciones y actos de penitencia con el fin de obtener de Dios una paz tan necesaria y tan deseada. Ponemos a continuación lo que ha manifestado un Eclesiástico muy virtuoso y uno de los más antiguos asistentes a la Conferencia de San Lázaro

«Si su caridad -dice, hablando del Sr. Vicente- fue grande en socorrer y aliviar a los pobres arruinados por las guerras, su celo no fue menor en tratar de acabar con su causa. Mientras las Damas de la Caridad y otras personas virtuosas se ocupaban en recoger

limosnas y ayudas necesarias para el sostenimiento de las Provincias desoladas, sabemos con qué ardor y qué ternura de corazón les recomendaba que unieran a las obras de misericordia, los votos, las oraciones, los ayunos, las mortificaciones y otros actos de penitencia, las devociones, las peregrinaciones a Notre Dame, a Santa Genoveva y a otros Santos tutelares de París y de Francia; las confesiones y comuniones frecuentes, las misas y los sacrificios para tratar de inclinar a la misericordia de Dios y aplacar su cólera. Sabemos lo que hicieron unas almas buenas por su consejo a lo largo de varios años; cuántas Damas muy delicadas practicaron rigurosísimas austeridades en sus cuerpos hasta el punto de no escatimar cilicios, disciplinas y otras maceraciones, para unirlas a las de él y a las de su Compañía, con el fin de conseguir la paz tan deseada, que disfrutamos hoy en día. ¿Quién podría expresar su dolor por los desórdenes de los ejércitos? ¿cuán sensible y vivamente conmovido estaba por las violencias que se cometían por todas partes y contra toda clase de personas? Sacrilegios y profanaciones del Santísimo Sacramento y de las iglesias; y todos los demás excesos cometidos por la gente de guerra. Cuántas veces dijo, hablando de los eclesiásticos: ¡Ah Señores! Si nuestro Maestro está dispuesto a recibir cincuenta garrotazos, tratemos de disminuir su número y de evitarle algunos. Hagamos algo para reparar esos ultrajes; que, al menos, haya alguno que le consuele en sus persecuciones y sufrimientos.»

El Sr. Vicente pensaba que, además de con oraciones y actos de penitencia, debía atender cuanto pudiera a las personas influyentes para moverlas a lograr la paz y a actuar de forma que la autoridad del Rey fuera aceptada por todos los súbditos, y que se le rindiera en todos los lugares del reino una total y perfecta sumisión, único medio para acabar con las guerras civiles y las divisiones intestinas. Y aunque el Sr. Vicente se había abstenido siempre de entrometerse en los asuntos públicos, sea por humildad por juzgarse incapaz, sea también por prudencia cristiana, para no desviarse de sus otras ocupaciones concernientes al servicio de Dios y al bien espiritual de las almas, con todo, al ver a Francia amenazada por una ruina definitiva, si las guerras intestinas duraban aún más tiempo, y como conocía perfectamente que el amor a la patria es un deber de caridad, y que el servicio con que se obsequia al Rey forma parte del que se debe a Dios, decidió hacer todo lo que estuviera en su poder para socorrer a su patria y para servir a su Príncipe en coyuntura tan apurada y tan decisiva

Pensó que, a tal fin, debía dirigirse en primer lugar a los Sres. Obispos. Varios disfrutaban de algún crédito ante él, y se sirvió de eso para exhortarlos y animarlos a residir en sus diócesis, mientras durasen las revueltas, a fin de que, con su presencia y con su autoridad, pudieran retener a los pueblos en su deber y oponerse a los planes de quienes los querían sustraer a la obediencia del Rey. Escribió varias cartas a algunos de esos Prelados: a unos, para felicitarles por haber impedido que las ciudades de sus diócesis recibieran y favorecieran al partido contrario; a otros, para disuadirles a que no vinieran a la corte a quejarse de los destrozos causados por los ejércitos, pensando que no era tiempo oportuno, sino más bien a residir en sus diócesis con el fin de consolar a su pueblo y prestar allí todos los servicios que pudieran al rey, que sabría algún día agradecérselo y reparar todos los daños. Aquí sólo presentaremos unos fragmentos de

dos o tres cartas. En una de ellas, dirigida al difundo Sr. Obispo de Dax, diócesis de la que era originario el Sr. Vicente, le habla en estos términos:

«Confieso, Monseñor, que sentiría una gran alegría por verlo en París, pero sentiría igual pesar, si su venida aquí fuera inútil, pues pienso que su presencia no conseguiría nada en unos tiempos tan calamitosos, pues el mal de que se queja es poco menos que universal en todo el reino: en todos los sitios por donde han pasado los ejércitos han cometido los mismos sacrilegios, los mismos robos y las mismas impiedades sufridas por su diócesis. Y no sólo en Guyena y Périgord, también en Saintonge, Poitou, Borgoña, Champaña, Picardía y en muchas otras partes, y hasta en los alrededores de París. En general, por todas partes los eclesiásticos, igual que el pueblo, están muy atribulados y carentes de todo deforma que hay que mandar desde París a las Provincias más cercanas ropa blanca y trajes con que puedan cubrirse y limosnas para ayudarles a vivir, si no quedarían muy pocos para la administración de los sacramentos a los enfermos. En cuanto a dirigirse a los Señores (Diputados) del Clero para reducir los diezmos, le dirán que la mayor parte de las diócesis piden lo mismo, y que todas están experimentando la aflicción de la guerra, y que no saben en qué se puede rebajar. Es un azote general, con que Dios quiere probar al reino. Y así, Monseñor, lo mejor que se podría hacer es someternos a su justicia con la esperanza de que su misericordia ponga remedio a tantos males. Si le nombran diputado para la Asamblea General de 1655, entonces podrá intentar lograr con más eficacia algún alivio para su clero, que entre tanto se consolará por gozar de su presencia en la diócesis, donde hace tanto bien hasta en el servicio del Rey», etc

Esta carta demuestra por una parte la deplorable situación a que se veía reducida F rancia, y la ayuda que se daba a los eclesiásticos arruinados, para que el servicio de Dios no quedara abandonado, cuando el demonio se esforzaba en destruirlo. Y por otra parte nos hace ver cómo el Sr. Vicente disuadía prudentemente al buen Prelado de su intención de venir a París para animarle a permanecer en su diócesis. Allí podría consagrarse mejor al bien de su Iglesia y al servicio del Rey

Hay otra carta que escribió al Sr. Santiago Raoul, Obispo de La Rochela, sobre el mismo asunto. En ella le habla en los siguientes términos:

«Recibí como una bendición de Dios la carta con que se dignó honrarme. Me ha consolado mucho en medio de las desgracias que está padeciendo todo el país. Si las que han amenazado a su diócesis no le han perjudicado tanto, creo que, después de Dios, se lo debe a su sabia conducta, que ha alejado la tormenta, al haber servido al Rey. Doy por ello gracias a Dios, así como también por tantos bienes como usted hace dentro y fuera de su ciudad, gracias a los cuales los pueblos se mantienen en sus deberes para con Dios, para con la Iglesia y para con su Monarca. Los mismos herejes, al ver esto, ven también la excelencia de nuestra santa Religión, la importancia y la gracia del episcopado, y lo que puede hacer cuando está santamente administrado, como en el caso, por su sagrada persona. Le pido a Dios, Señor Obispo, que nos de un gran número de Prelados que se parezcan a usted y que trabajen por el progreso espiritual y temporal del pueblo»

Era una práctica bastante habitual del Sr. Vicente, cuando escribía o hablaba a personas constituidas en dignidad, animarles a acciones propias de su estado, más bien a modo de congratulación que de exhortación: y hacía esto tanto para manifestarles el respeto que les debía, como también para insinuarse con mayor eficacia y más suavemente en su espíritu

Ahí va un párrafo de una tercera carta que escribió a otro Prelado que todavía vive, y que demuestra mejor que las dos anteriores el interés del gran Siervo de Dios por el servicio del Rey y la prudencia con que se dirigía a las personas de semejante categoría

«Siento mucho, Monseñor, -le dice- *que este tiempo tan calamitoso le prive de los frutos de su abadía. Me cuesta mucho expresarle mi pesar, tanto porque no estoy en situación de servirle, como por las desavenencias del reino. Sin embargo, Monseñor, me parece que el presente estado de los asuntos le debe disuadir del viaje a la Corte, hasta que las cosas se aclaren un poco. Varios Señores Obispos se encuentran en igual situación penosa. Monseñor de N. no sólo ha perdido todas sus rentas habituales, sino también todas las provisiones, que había realizado para mucho tiempo. Aunque goza de mucha fama en la Corte, y con razón, ha venido hasta aquí pensando que recuperaría su situación anterior, pero no ha conseguido lo que esperaba. Monseñor de N. se ha mantenido firme en su diócesis, ha hecho volver su ciudad a la obediencia del Rey, cuando en los primeros disturbios se había declarado del partido contrario; pues bien, por eso ha sido muy alabado en la Corte, y ha logrado hacerse con cierto derecho al agradecimiento. Y aunque usted no haya tenido ocasión de prestar semejante servicio a Su Majestad, con todo, su presencia puede ayudar de forma notable a mantener la paz en la Provincia, siendo como es usted apreciado y considerado. Es algo que ahora es mucho de desear, y que será también digno de notarse. Le suplico humildemente que acepte mi franqueza y el ofrecimiento de mi obediencia», etc*

El Sr. Vicente escribió otras cartas parecidas a diversos Prelados sobre este mismo asunto

Más adelante, cuando se acordó de que San Bernardo y otros Santos que llevaban una vida más retirada que él, habían dejado la soledad y el retiro para ir a la Corte de los Emperadores y de los Príncipes, cuando se trataba de pacificar las divisiones y los motines y de procurar la paz y la tranquilidad pública, pensó que los debía imitar cerrando los ojos a todas las razones humanas que le podían disuadir, y prefiriendo el servicio del Rey y el bien de Francia a toda otra consideración del propio interés, decidió intervenir y hacer todos los esfuerzos para lograr la reunión de los Príncipes con Su Majestad. No se ha sabido en concreto todo lo que hizo para conseguir tal propósito, porque mantuvo un total secreto; pero se sabe ciertamente que acudió varias veces a la Corte y a los Sres. Príncipes; y les habló en varios encuentros por orden de Su Majestad, e informó a la Reina de las respuestas recibidas. Después de su muerte se ha encontrado una minuta de la carta siguiente escrita de su puño y letra al Sr. Cardenal Mazarino sobre cierto asunto, cuando la Corte estaba en Saint-Denis. En ella podemos ver algo de su gestión

«Suplico humildemente a Su Eminencia que me perdone por haber venido ayer tarde sin haber recibido previamente sus órdenes. Me vi obligado a ello por encontrarme indispuesto. El Sr. Duque de Orleáns acaba de indicarme que me enviará hoy al Sr. d'Ornano, para que me traiga la respuesta, que él ha querido darme de acuerdo con el Sr. Príncipe. Le hablé ayer a la Reina de la conversación que tuve el honor de celebrar con ambos por separado, que fue muy respetuosa y agradable. Le dije a Su Alteza Real que, si el Rey volvía a recuperar su autoridad y se le daba un decreto de justificación, Su Eminencia daría la satisfacción deseada; que difícilmente podría arreglarse este acuerdo por medio de delegados y que era menester que intervinieran personas de mutua confianza, que tratasen la cuestión por las buenas. El me demostró de palabra y en su actitud que le parecía bien, y me respondió que hablaría con su consejo. Mañana por la mañana espera estar en disposición de ir a llevarle su respuesta a Su Eminencia, con la ayuda de Dios», etc

No hemos encontrado entre los papeles del Sr. Vicente lo que siguió a su intervención, porque la mantuvo muy en secreto, como ya lo hemos dicho; pero el éxito ha demostrado que Dios le había dado su bendición, porque un poco más tarde se trató sobre ese arreglo tan importante, y se llevó a buen término

Por la Divina Misericordia terminaron así las turbulencias internas del reino. El Sr. Vicente mantuvo siempre en su casa de San Lázaro las oraciones, las misas, las comuniones, los ayunos y otros actos de penitencia, que había impuesto anteriormente. Y como quisieran persuadirle que los diera por acabados, ya que aquellos actos de penitencia sobrecargaban en exceso a la Comunidad, y las divisiones públicas y las guerras civiles, por las que se hacían, habían terminado, respondió: «No; no; hay que mantenerlos; hay que seguir con ellos para pedir a Dios la paz general». Y así fue; se siguieron practicando hasta el momento en que el año 1660 fue felizmente concluida la paz tan deseada. Es decir, ocho años después de que empezaron los actos de penitencia, y seis o siete meses antes de su fallecimiento. Dios quiso darle antes de su muerte el consuelo de ver el fruto de sus oraciones, de sus ayunos y de su perseverancia.

CAPITULO CUARENTA Y CUATRO pag. 195

El Sr. Vicente siempre fue muy opuesto a los nuevos errores del Jansenismo

Los Santos siempre han considerado como un gran honor mantenerse en humilde dependencia no solamente a las órdenes de la voluntad de Dios, sino también a las directrices de la Iglesia, pues profesaron someterle a ella su libertad con una obediencia exacta a las leyes prescritas por ella, y también su razón, concediendo plena aceptación a las verdades que enseña, teniendo así cautivo su entendimiento para honrar a Jesucristo,

su Jefe Soberano

Todos los que han conocido al Sr. Vicente han comprobado que, entre todas las virtudes, ha sobresalido especialmente en la sumisión y dependencia con respecto a la Iglesia; y que, cuando ella habla sea para dar una ley, o para definir alguna verdad, o condenar algún error, no hay ni lengua para replicar, ni mente para razonar en contra, sino sólo oídos para escuchar y un corazón para someterse sincera y perfectamente a todo lo que haya prescrito o propuesto por su parte.

Todo eso lo practicó santamente el Sr. Vicente, cuando comenzaron a aparecer los nuevos errores del Jansenismo, y, aún más, cuando fueron condenados por las Constituciones de los Soberanos Pontífices.

Y en primer lugar desde el momento en que el libro de Jansenio, titulado «Augustinus» salió a luz y la novedad de sus opiniones comenzó a suscitar controversias entre los doctores. El fiel y prudente Siervo de Dios, acordándose de la advertencia del Santo Apóstol, de no creer a toda clase de espíritus, sino comprobarlos si son de Dios, se mantuvo sobre aviso para no dejarse sorprender por aquella novedad. Y lo que más le obligaba a esa actitud era el trato muy familiar con uno de los primeros autores de la secta del Jansenismo, cuyo espíritu y conducta le hacían considerarlo como muy sospechoso, según lo declararemos más en concreto en el Segundo Libro.

Pero cuando el Sr. Vicente vio aquella nueva doctrina fulminada por los anatemas de la Iglesia y de las Constituciones de los Soberanos Pontífices Inocencio X y Alejandro VII, que la condenaron, recibidas y publicadas por la autoridad de los Prelados, entonces pensó que no sólo estaba obligado a someterse al juicio de la Santa Sede Apostólica, sino también que debía profesar abiertamente dicha sumisión, poniendo bajo sus pies los respetos humanos y todas las razones de la prudencia política que hubieran podido disuadirle; y declarándose totalmente opuesto tanto a los errores condenados, como a todos los perniciosos propósitos de los obstinados en sus ideas.

Y lo llevó todo a cabo con tanto vigor y valor, como prudencia y moderación, no disimulando, cuando debía hablar, y no hablando sino cuando lo juzgaba necesario, ya para confirmar a los que aceptaban el juicio de la Iglesia, ya para reducir a los que no querían someterse a ella, sea para enderezar y fortalecer a los que dudaban y estaban en peligro de caer, o para rendir el testimonio debido a la verdad. Pero, aunque siempre manifestó un grandísimo celo en defender las Constituciones de los Soberanos Pontífices y en oponerse a todo lo que algunos espíritus mal intencionados se esforzaban en hacer para eludir su ejecución, supo distinguir las personas del error, detestando el error y conservando siempre en su corazón una verdadera y sincera caridad a las personas. Sólo hablaba de ellas con gran comedimiento y más bien por espíritu de compasión que por algún movimiento de indignación. Usó de varios medios, e hizo esfuerzos caritativos cuando las ocasiones le fueron propicias para llevarlos a reconciliarse con la Iglesia, hasta el punto de que, después de la publicación de la Constitución del Papa Inocencio X, los fue

a buscar y a visitar a varios de ellos en PortRoyal para invitarles con honor y obligarlos suavemente a volver de nuevo a la unión; pero no logró el efecto deseado

Sobre todo procuró con particular esmero, que los de la Compañía se mantuvieran libres no sólo de los errores condenados, sino también de la menor sospecha de adherirse a ellos de la manera que fuese. Y si veía que alguno no andaba en la humilde y sincera sumisión que él quería que todos los suyos rindieran a las Constituciones de la Sede Apostólica, le obligaba a marcharse de la Compañía

Su vigilancia, igual que su caridad, se extendió aún más a las partes de la Iglesia, que veía más necesitadas de socorro y prevenidas contra el contagio de los nuevos errores. Al ver que los que se obstinaban en sostenerlos, se esforzaban con diversos artificios en propagarlos por los monasterios y comunidades de monjas, como más fáciles de ser sorprendidas y engañadas con la falsa apariencia del bien, (los falsos profetas, según el aviso que Jesucristo nos da en el Evangelio, siempre trataron de colorear y disfrazar sus ideas más peligrosas), el Sr. Vicente usó de todos los medios que se le ocurrieron para impedir que aquellos lobos cubiertos con piel de oveja causaran algún destrozo en la ilustre porción del redil de Jesucristo, y también que no tuvieran ningún acceso, sobre todo, a los monasterios que Dios había especialmente confiado a su dirección

Se valía de la misma precaución y circunspección para impedir que en el Consejo de los Negocios Eclesiásticos se diera alguna sorpresa, y que se introdujeran en los cargos y dignidades de la Iglesia quienes estuvieran infectados de la doctrina condenada, o que fueran sospechosos de ello

Finalmente, su celo por la conservación de la unión de la Iglesia y por la defensa de la Doctrina ortodoxa le obligó a actuar ante los Prelados del reino, ya para exhortarlos o alentarlos a oponerse a las iniciativas de los enemigos de la verdad, ya para aconsejarles con el fin de que estuvieran sobre aviso y no los sorprendieran. Presentaremos en el Segundo Libro cartas que él escribió; por ellas se podrá ver cómo el gran Siervo de Dios sabía muy bien lograr una equilibrada mezcla del respeto debido a la dignidad de ellos con los caritativos favores que deseaba ofrecerles a sus personas. La humildad, la discreción, la prudencia y la caridad acompañaban siempre tanto a sus palabras como a sus actos

Pero como toda la habilidad y todos los esfuerzos de la criatura pueden poco, si no los sostiene y robustece la ayuda de lo alto, ponía su principal apoyo en la confianza que ponía en la bondad de Dios. Para eso le ofrecía continuas plegarias, e invitaba a todos a hacer lo mismo, para que Dios quisiera mirar a su Iglesia con ojos misericordiosos, y no permitiera que el espíritu del error y de la mentira causase grandes estragos entre los fieles. Decía que las mejores armas para combatir los errores eran la oración y la fidelidad en la práctica de las virtudes contrarias a los vicios más notorios y más habituales de los que se obstinaban en mantenerlos. Que había que oponer una profunda humildad y sumisión de espíritu al orgullo y a la presunción que tenían de su suficiencia; un amor a la

abyección y al desprecio, a todas las vanas lisonjas buscadas por ellos, y que se prodigaban unos a otros; una gran rectitud y sencillez de corazón, a todos los artificios, los disimulos, las falsificaciones e imposturas empleados por ellos para tapar sus errores y ocultar su deformidad; en fin, una ardiente caridad que no pudiera ser apagada con todas las malignas aguas de las contradicciones, maledicencias y calumnias que el espíritu de la mentira usa ordinariamente para oprimir y sofocar la verdad.

Con frecuencia se le oyó decir y repetir gimiendo, que había muchos motivos para temer que la corrupción de costumbres y los desarreglos que se veían en el reino en la vida ordinaria de los cristianos, tan opuesta a las máximas del Evangelio de Jesucristo, no fuera la causa de la herida que la Religión sufría por la herejía nueva; y que si no tratábamos de enmendarnos y de aplacar a Dios justamente irritado contra nosotros, habría que temer el efecto de una amenaza parecida a la que hizo el Señor a los judíos en el Evangelio: Que nos quitasen el Reino de Dios para trasladarlo a otras naciones que usarían mejor de él; que debíamos temblar de espanto viendo ante nuestros ojos a reinos en otro tiempo tan florecientes en religión y en piedad, como Inglaterra, Dinamarca, Suecia y la mayor parte de Alemania, a los que Dios por su justo juicio había dejado caer en la herejía; que la desgracia de nuestros vecinos debía hacernos prudentes; y que la fe, siendo como es un don de Dios adquirido por el mérito de la sangre y de la muerte de Jesucristo, había que conservarla como un bien precioso, y preocuparse encarecidamente en su conservación.

CAPITULO CUARENTA Y CINCO pag. 199

El asilo de los ancianos pobres fundado en París por el Sr. Vicente, sirvió de ocasión para la fundación del Hospital General de los Pobres en la misma ciudad

La caridad del Sr. Vicente se parecía al fuego, que siempre está en acción cuando encuentra materia propia; o mejor, estaba animada y abrasada por el fuego celestial que Jesús vino a traer al mundo, y que pone a los corazones en continua disposición de trabajar por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. Por eso, el fiel Siervo de Dios no dejaba que se le escapara ninguna ocasión de servir a la Iglesia, o de promover el verdadero bien del prójimo. Y aunque, además del peso de la edad y de las enfermedades, que acompañan ordinariamente a la vejez, estaba agobiado y como abrumado por el gran número de obras piadosas, cuya carga y peso sobrellevaba; eso no impedía que siempre estuviera presto y en disposición de emprender nuevas obras por la gloria de Dios. Su celo iba creciendo y fortificándose con los trabajos, como si hubiera recibido un aumento de vigor y de fuerzas en lugar de debilitarse y agotarse.

Eso es lo que le sucedió en cierta ocasión, cuando con una tarea que le presentó la Divina Providencia el año 1653, la cual lo embarcó en una nueva acción caritativa, hizo surgir más adelante una de las más grandes y más considerables empresas jamás vistas desde el comienzo de la Iglesia, a saber, la fundación del Hospital General de los Pobres de París. De él podemos decir, sin quitar nada al honor y al mérito de todas las personas virtuosas que han contribuido muy santa y muy honorablemente a su creación, que el Sr. Vicente puso como la primera piedra, o mejor, que Dios se sirvió de su mano, sin que él apenas conociera los planes de su Providencia, para poner los primeros cimientos, sobre los que el celo y la cooperación de otros grandes e insignes obreros han levantado el maravilloso edificio que todos los días va creciendo con bendición.

He aquí un breve relato del modo como sucedió la cosa

Un ciudadano de París, movido del deseo de ofrecer algún servicio a Dios y de hacer algo que le fuera agradable, se dirigió un día al Sr. Vicente, en cuya caridad confiaba plenamente; y le dijo que tenía la intención de entregarle una cantidad considerable de dinero para emplearla en obras caritativas, como le pareciera más convenientemente, pero con la condición de que nunca revelaría el autor, y que no diría su nombre a nadie, porque quería llevar a cabo aquella obra puramente por Dios, y sin que lo supiera nadie fuera de Dios y de él

El Sr. Vicente pensó que no debía rechazarle aquel servicio, recibió el dinero en depósito, y después de haberlo meditado ante Dios y pedido su luz para conocer en qué buena obra le sería más de su agrado emplearlo, no quiso determinar ni resolver nada sin haberlo antes comunicado más en detalles a quien le había puesto el caritativo depósito en las manos: cambiaron impresiones entre ellos, y ambos convinieron en emplear el dinero en la fundación de un asilo que sirviera de retiro a los artesanos pobres, que por no poder ganarse la vida a causa de la vejez, o por estar enfermos, se veían reducidos a la mendicidad (en ella vemos, que de ordinario no pueden cuidar de su salud), pensando que ese sería el medio de ejercer doblemente la caridad en su ciudad, remediando juntas las necesidades de sus cuerpos y de sus almas. Propuso la idea al bienhechor, y éste la aprobó con plena satisfacción, y la aceptó de muy buena gana, pero con la condición de que la administración espiritual y temporal del asilo estuviera en manos del Superior General de la Congregación de la Misión.

Para realizar el proyecto el Sr. Vicente compró dos casas y una explanada bastante grande en el arrabal de San Lorenzo de la ciudad de París. Las dotó de camas, ropa blanca y otras cosas necesarias; también mandó preparar una capilla con todos los detalles convenientes. Y del dinero restante obtuvo una renta anual. Acogió en aquel asilo cuarenta pobres, a saber, veinte hombres y veinte mujeres, que han sido alimentados y mantenidos hasta el presente, pero que, por haber venido a menos la renta, se verán obligados a disminuir el número, si la Providencia de Dios no lo remedia pronto. El Sr. Vicente mandó pues poner los cuarenta pobres en dos pabellones separados los unos de las otras, pero de tal manera estaban repartidos que todos podían oír una misma misa, y

una misma lectura en la mesa, mientras comían en común, pero cada sexo por separado, sin verse ni hablarse entre sí. También mandó comprar y preparar telares, herramientas y otras cosas convenientes para ocuparlos según sus débiles fuerzas y habilidades, con el fin de evitar la ociosidad. Encargó a las Hijas de la Caridad el cuidado y el servicio de aquella pobre gente, confió a un Sacerdote de la Misión la celebración de la Santa Misa en el asilo, y la administración de la palabra de Dios y los sacramentos. El fue de los primeros en instruirlos y en recomendarles la unión entre ellos, la piedad para con Dios, y, sobre todo, el agradecimiento para con su infinita bondad por haberlos retirado de la indigencia y de la miseria y procurado un retiro tan tranquilo y tan cómodo para las necesidades de sus cuerpos, y para la salvación de sus almas.

El Sr. Vicente puso por nombre a la casa el de Asilo del Nombre de Jesús, y registró una declaración de su fundación ante notarios, pero sin nombrar al fundador. Después la aprobó el Sr. Arzobispo de París, quien le dio toda la dirección de la casa a él y a sus sucesores, y el Rey ha confirmado y autorizado todo con Letras Patentes.

Cuando alguno de los pobres fallece, se acoge a otro en su lugar. Viven con mucha paz, y se consideran felices por estar así mantenidos y atendidos, tanto en su vida como en la muerte, sin otra preocupación que vivir cristianamente con el fin de prepararse de esa forma a bien morir. Y su forma de vida tranquila y reglada les produce a otros tales deseos de relevarles, que son muchos los que buscan y solicitan las plazas años antes de estar vacantes.

Después de que el Sr. Vicente dejó así instituido y reglamentado el nuevo Asilo, le vinieron a visitar varias Damas de la Caridad y otras personas de condición y de virtud. Y después de observarlo todo, advirtieron un orden tan perfecto y una economía tan santa, que quedaron maravillosamente edificadas. Vieron allí una paz y una unión maravillosa; estaban desterradas la murmuración y la maledicencia con los demás vicios. Los pobres estaban ocupados en sus pequeños quehaceres, y cumplían todos los actos de piedad adaptados a su condición. En fin, aquello era una modesta reproducción de la vida de los primeros cristianos, y más bien una Religión que un asilo de gente seglar

La vista de aquel lugar tan bien regulado les daba motivo a las personas virtuosas que lo venían a ver para deplorar la desgracia de tantos pobres como andaban pidiendo limosna por las calles y las iglesias de París, y que en su mayor parte llevaban una vida fuera de lo común, con toda clase de vicios y desarreglos, sin que hasta entonces se hubiera podido remediar nada. A algunas Damas de la Caridad se les ocurrió que no le sería difícil al Sr. Vicente sacarlos de aquel desorden, y organizar una vida reglada para muchos, como lo hizo para pocos; porque Dios daba su gracia y bendición a todas sus iniciativas. Y además, porque disponía en la casa de San Lázaro y en la de las Hijas de la Caridad de personas muy capacitados para tal fin, con tal de que hubiera sitio suficiente donde recoger y dar ocupación a los pobres.

Las primeras Damas, a las que se les ocurrió la idea, la comunicaron a otras. Y éstas

fueron a visitar el pequeño asilo, y quedaron convencidas de lo mismo. Una de ellas ofreció, primeramente, cincuenta mil libras para comenzar un Hospital General. Y otra se obligó a dar tres mil libras de renta con el mismo propósito. Finalmente, llegó el día de la reunión de las Damas, a la que siempre asistía el Sr. Vicente si no se le presentaba algún impedimento extraordinario, como ya lo hemos dicho. Ellas le presentaron un gran proyecto, que de momento, le sorprendió y le dio ocasión para admirar el celo y la caridad de las virtuosas Damas. Alabó por todo a Dios y las felicitó efusivamente. Sin embargo, les dijo que el asunto era de tal importancia, que merecía ser considerado con prudencia, y que era muy necesario encomendarlo a Dios.

En la siguiente reunión, mostraron las Damas nuevos entusiasmos para proceder a la ejecución de su gran idea. Dieron seguridades de que no faltaría dinero, ya que conocían a otras personas ricas con intención de contribuir generosamente, y de este modo apremiaron al Sr. Vicente a aceptar el proyecto y a consentir que su Compañía lo acometiera. Puesto a discusión el plan, determinaron que harían lo posible por iniciarlo. Con todo, el Sr. Vicente hubiera preferido tardar un poco más antes de embarcarse en semejante empresa, pero no pudo detener el fervor de las virtuosas Damas. Y como se necesitaba una casa muy amplia y con grandes espacios para poder albergar a todos los pobres, propusieron al Rey la casa y todas las dependencias de la Salpetrière, cerca del río, y enfrente del Arsenal, entonces en desuso. El Sr. Vicente habló a la Reina Regente del proyecto, y ella accedió de buen grado a la petición, y se expidió el documento de la donación. Y ante la oposición de una persona que pretendía tener algún derecho en aquello, una de las Damas le prometió ochocientas libras de renta para compensarla.

Después de eso, a las caritativas Damas les pareció que todo estaba suficientemente preparado para iniciar la ejecución del proyecto. A algunas de las más fervorosas se les hacía muy largo el tiempo para ver a todos los pobres recogidos en aquel lugar, y por eso se lo urgían al Sr. Vicente. Pero como éste no estaba de acuerdo con ellas en la manera de llevar a los pobres a aquella casa, y en la de dirigir semejante empresa, se vio en dificultades para contener a las impulsivas, porque le parecía que iban demasiado aprisa. Por eso un día les dijo a ellas en particular para moderar su celo:

«Que las obras de Dios se hacen poco a poco en los tanteos y en su desarrollo: cuando Dios quiso salvar a Noé del diluvio con toda su familia, le mandó construir un arca, que podía haber estado terminada en poco tiempo. Y sin embargo, se la hizo empezar cien años antes, para que la hiciera poco a poco. Igualmente, Dios, cuando quiso guiar e introducir a los hijos de Israel en la Tierra de Promisión, podía obligarles a hacer el viaje en pocos días; y sin embargo, pasaron más de cuarenta años antes de que les concediera la gracia de entrar en ella. De igual manera, cuando Dios trató de enviar a su Hijo al mundo para poner remedio al pecado del primer hombre, que había inficionado a todos los demás, ¿por qué tardó tres o cuatro mil años? El no se precipita en hacer sus obras, hace todo en su tiempo. Y Nuestro Señor, cuando vino a la tierra, podía haber venido con edad perfecta para realizar nuestra redención, sin dedicar treinta años a una vida oculta, que podría parecer superflua. Por el contrario, quiso nacer niño, y crecer en edad igual que los

demás hombres, para así llegar poco a poco a la consumación de este incomparable beneficio. ¿No solía decir también a veces, hablando de lo que tenía que hacer, que su hora no había llegado todavía? Para enseñarnos que no nos adelantemos en las cosas que dependen más de Dios que de nosotros. Incluso podía en su tiempo haber establecido la Iglesia en todo el mundo; pero se contentó con poner los cimientos, y dejó lo demás para que lo hicieran los Apóstoles y sus sucesores. Según esto, no conviene querer todo a la vez, y todo de golpe, ni pensar que se perderá todo, si todos y cada uno no se apresuran con nosotros a cooperar con este poco de voluntad que tenemos. Entonces ¿qué hemos de hacer? Ir despacio, rezar mucho, y actuar de común acuerdo».

Y añadió: Que,

«Según su parecer, pensaba que había que hacer primero una prueba, y recibir a cien o a doscientos pobres, y aún así sólo a los que vinieran por su propia voluntad, sin obligar a nadie. Porque si estuvieran bien tratados y muy contentos, atraerían a otros; y así iría creciendo el número en proporción a los fondos que enviara la Providencia; que había que asegurarse para no estropear nada de modo irreflexivo, y que, por el contrario, si se usaba de la precipitación y la coacción, podría ser un obstáculo para los planes de Dios: que si la obra era cosa suya, saldría adelante y subsistiría; pero que si era sólo cosa del ingenio humano, no resultaría, ni mucho menos»

Esas eran las ideas del Sr. Vicente y las observaciones que les hizo a las Damas, y que lograron serenar su celo ardiente. Pero lo que retrasó aún más la ejecución de la obra fue que varios de los Magistrados más importantes, pensando que era poco menos que imposible su ejecución, no podían decidirse a aceptarla y a darle su visto bueno. De ahí resultó que los años 1655 y 1656 se pasaron sin poder hacer otra cosa que madurar algunos proyectos y proponer medios para la ejecución de la gran idea. Y a ella se consagraron personas de condición y de virtud con grandísimo celo. Por fin, Dios le dio su bendición, y convinieron en la forma de la empresa, y en el modo de dirigirla, y nombraron administradores o directores, personas, todas ellas, de honor y de piedad, para que dieran comienzo a la obra. Las Damas de la Caridad, que habían tenido la iniciativa de esta gran obra bajo la dirección sabia del Sr. Vicente, quedaron muy consoladas al verla apoyada y sostenida por la autoridad pública. Y por consejo del Sr. Vicente encomendaron su gestión a los Sres. Administradores. Y con el fin de darles medios para construir sobre sus cimientos, el Sr. Vicente les devolvió por medio de ellas no sólo la Salpetrière, sino también el Castillo de Bicêtre, que él había conseguido y poseído algunos años antes para los niños abandonados

Además de todos esos edificios cedidos por las Damas para acoger a los pobres, ellas contribuyeron también con unas cantidades muy notables de dinero, y de ropa blanca, de camas y otros muebles, por cierto, algunos de ellos hechos por los carpinteros de San Lázaro, para abastecer las primeras urgencias de aquellas casas, al recibir a los pobres. Y así se llevó a cabo aquella obra, no por vía de ensayo, ni de acuerdo con los pobres según el primer proyecto del Sr. Vicente, sino por una decisión absoluta de

encerrarlos y así evitar que anduvieran mendigando: obligaron a todos los mendigos que hallaron en París, o a trabajar para ganarse la vida, o a ingresar en el Hospital General

Veamos lo que el Sr. Vicente escribió sobre esto en el mes de marzo del año1657 a una persona de su confianza:

«Van a suprimir la mendicidad en París, y a reunir a todos los pobres en unos locales apropiados para mantenerlos, instruirlos y darles trabajo. Se trata de un gran proyecto y muy difícil, pero que está ya muy avanzado, gracias a Dios, ya probado por todo el mundo. Muchas personas contribuyen abundantemente con sus limosnas, y otras se ocupan en él de buena gana. Tienen ya diez mil camisas y lo demás en proporción. El Rey y el Parlamento lo apoyan decididamente y, sin hablar conmigo, han destinado ya a Sacerdotes de nuestra Congregación y a Hijas de la Caridad para el servicio de los pobres, con el beneplácito del Sr. Arzobispo de París. Sin embargo, nosotros no estamos aún decididos a comprometernos en esa tarea, por no conocer suficientemente si es voluntad de Dios, pero, si la emprendemos, al principio será solamente en plan de prueba»

Cuando el Sr. Vicente se enteró de la intención que había de emplear a los Sacerdotes de su Congregación en la asistencia espiritual de los pobres del Hospital General, creyó que tal compromiso era de tal importancia para su Congregación que merecía la pena de considerarlo ante Dios, y que había que aconsejarse de si era conveniente aceptarlo. Por eso, después de rezar por dicho asunto, reunió a los Sacerdotes de la casa de San Lázaro para estudiar el caso, y después de presentarles las consideraciones que podían llevarles a aceptar o a rechazar semejante ocupación, al final se decidieron eximirse, como así se hizo por muy poderosas y muy importantes razones. Y como las Letras Patentes del Rey, que ya estaban expedidas para la fundación del Hospital General, les atribuían aquel derecho, renunciaron a ellas en absoluto con un Acta auténtica, para que otros eclesiásticos pudieran dedicarse a aquella tarea con plena libertad.

Por otra parte, como el Hospital estaba ya a punto de empezar a funcionar, y los Directores y Administradores se veían presionados a abrirlo cuanto antes, para evitar que la negativa de los Sacerdotes de la Misión causara algún retraso en una obra tan santa, o que los pobres carecieran de ayuda espiritual, el Sr. Vicente invitó a Luis Abellyun eclesiástico de la Compañía de los que se reúnen los Martes en San Lázaro a aceptar el cargo de Rector del Hospital General; y así lo hizo.

Y después de prestar sus servicios por algún tiempo, con otros eclesiásticos que se le juntaron, y de haber dado misiones en las casas del Hospital con ayuda de virtuosos eclesiásticos de la misma Compañía y de otros que residían en iglesias de París, como sus achaques no le permitían desempeñar por más tiempo aquel cargo, muy laborioso y agotador, renunció a él en manos de los Sres. Vicarios Generales del Sr. Cardenal de Retz, arzobispo de París, quienes, en su lugar, pusieron a un doctor de la Facultad de París de la misma Compañía. Dicho señor ha ejercido durante varios años el cargo de Rector del

Hospital General con gran bendición, y ha trabajado con celo infatigable organizando misiones casi continuas llevadas a cabo gracias a sus desvelos en todas las casas del Hospital.

CAPITULO CUARENTA Y SEIS pag. 205

Enumeración de las casas de la Congregación de la Misión fundadas en vida del Sr. Vicente

Dios plantó la Congregación de la Misión en su Iglesia como una viña mística; debía dar fruto con ayuda de su gracia para la santificación de gran número de almas; quiso, para hacerla fértil, que extendiera sus pámpanos, y que echara renuevos por varios sitios con las nuevas casas que se han ido fundando, y que verdaderamente se puede atribuir más a la voluntad de Dios que a la de los hombres, porque el Sr. Vicente, que era quien debía cooperar en su extensión más que nadie, no daba su consentimiento sino cuando veía que no lo podía negar sin resistir a Dios.

Además de las tres casas fundadas en París, a saber: el Colegio de Bons-Enfants, San Lázaro y en San Carlos (ya hemos hablado de ellas)

La Primera se fundó en la ciudad de Toul a instancias de Don Carlos Cristián de Gournay, obispo de Escitia, que era entonces administrador de la diócesis de Toul, de donde llegó a ser obispo. Esta comunidad fue fundada el año 1635 en la casa del Espíritu Santo con la anuencia de los religiosos. La casa fue unida a la Congregación de la Misión, y su unión autorizada por Letras Patentes del Rey, registradas en el Parlamento.

Tres años más tarde, es decir, el año 1638, el Sr. Cardenal de Richelieu, queriendo dejar un recuerdo de su piedad y dar muestras del aprecio en que tenía al Sr. Vicente y a su Instituto, fundó una casa de los Sacerdotes de la Misión en la ciudad de Richelieu, con obligación de dar algunas misiones todos los años, no sólo en la diócesis de Poitiers, (allí está situada la ciudad de Richelieu), sino también en la de Luçon, de donde había sido obispo; con la esperanza de que otros Sacerdotes de la misma Congregación se instalaran en Luçon, y que, cumpliendo con la obligación de las misiones, pudieran multiplicar sus actividades. Y con ese deseo dejó algún dinero para el alojamiento de los misioneros.

Algo más adelante, cuando se compró una casa, el Sr. Vicente destinó, el año 1645, a tres o cuatro de sus Obreros, para que definitivamente residieran allí, deseando contentar así a Don Pedro de Nivelle, obispo de Luçon, que los estaba pidiendo. En cuanto los recibió, les dio todas las facultades ordinarias para trabajar en toda la diócesis. Así lo

han hecho siempre, no solamente para aligerar el trabajo a los misioneros de Richelieu, que por esa razón les han asignado una pequeña ayuda para su subsistencia, sino también para el mayor bien de las almas que de ese modo quedarán mejor atendidas.

El año 1638 se abrió otra casa de la misma Congregación en la ciudad de Troyes, en Champaña, gracias a la generosidad del difunto Sr. Renato de Bresse, obispo de dicha ciudad, y del difunto Sr. Comendador de Sillery.

El año 1640, el Sr. Vicente envió algunos Sacerdotes de su Congregación a trabajar en la diócesis de Ginebra, Saboya, para satisfacer el deseo ardentísimo que Don Justo Guérin, entonces obispo de Ginebra, le había manifestado; y a los ruegos caritativos de la Venerable Madre de Chantal, Fundadora y primera Superiora de la santa orden de las Religiosas de la Visitación en la ciudad de Annecy, pues esperaba conservar en aquella diócesis, gracias a las misiones, los grandes bienes que había hecho el Bienaventurado Francisco de Sales. El Sr. Comendador de Sillery, movido por su especialísima devoción al Santo Obispo, hizo una fundación para el sostenimiento de los Sacerdotes Misioneros, que, en adelante, siempre han trabajado allí, y se han dedicado no sólo a dar misiones para la instrucción y la santificación del pueblo del campo, sino también a procurar la reforma y el perfeccionamiento del clero, tanto con los Ejercicios de Ordenandos como con los que se hacen en el seminario, pues lo habían empezado a regir el mes de octubre del año siguiente, 1641, para formar a los eclesiásticos en el estudio de la ciencia y de la virtud

El mismo año de 1641 el Sr. Domingo Séguier, obispo de Meaux, aprobó y autorizó una casa de Sacerdotes de la misma Congregación en la ciudad de Crécy-en-Brie, para que dieran misiones en la diócesis, y la casa fue fundada por el Sr. l'Orthon, Consejero Secretario del Rey, en nombre del Rey

El año siguiente, 1642, se hizo la fundación y la instalación de los Sacerdotes de la Misión en la ciudad de Roma, gracias a la esplendidez de la muy noble Señora María de Vignerod, duquesa de Aiguillon, sobrina del Sr. Cardenal de Richelieu, dama llena de celo por la gloria de Dios y con una grandísima caridad paracon el prójimo, que la ha hecho siempre muy tierna y sensible a las miserias corporales y espirituales de los pobres, especialmente de los más abandonados, y también de los que estaban en lugares más alejados. Esta virtuosa dama tenía sentimientos extraordinarios de estima y confianza para con el Sr. Vicente, y el Sr. Vicente, a su vez, sentía hacia ella un respeto, una deferencia y un agradecimiento especialísimos.

La misma Señora Duquesa también fundó, en diversas ocasiones, una base económica para mantener a siete sacerdotes misioneros que trabajaban dando misiones en su ducado de Aiguillon y en su condado de Agenois y de Condomois. Y el Sr. Obispo de Agen los estableció en Nuestra Señora de la Rose en su diócesis, cerca de la ciudad de Sainte Livrade según la fundación

Gracias a la generosidad y caridad de la misma Dama los Sacerdotes de la

Congregación de la Misión fueron fundados y establecidos el año siguiente, 1643, en la ciudad de Marsella, con el fin de realizar allí todas sus funciones y, especialmente, para enseñar y consolar a los pobres forzados de las galeras de Francia, y ayudarles a procurar su salvación. Y esta fundación de Marsella fue aumentada los años posteriores por la misma Dama, con el fin de que los misioneros atendieran espiritual y corporalmente a los pobres esclavos cristianos de Berbería.

El mismo año 1643 el difunto D. Alano de Solminihac, obispo de Baron, y conde de Cahors, cuya memoria es venerada en toda la Iglesia por las eminentes virtudes con que ha estado adornada su vida, y particularmente por su vigilancia pastoral, y por el celo de la gloria de Dios y de la salvación de sus diocesanos, que lo animaba, este santo Prelado, digo, haciendo profesión declarada de honrar y apreciar las singulares gracias que reconocía en la persona del Sr. Vicente y en su Instituto, creyó que proporcionaría un gran beneficio a toda su diócesis, estableciendo allí, como así lo hizo, una casa de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión.

El difunto Rey, Luis XIII, de gloriosísima memoria, había adquirido por ese mismo tiempo la soberanía de Sedan, que estaba totalmente inficionada de herejía. Quiso que el Sr. Vicente mandara Sacerdotes de su Congregación para dar misiones y para instruir y robustecer a los católicos que, en su mayor parte, estaban poco instruidos, y su fe estaba en continuo peligro de perderse a causa del trato frecuente con los herejes

Para eso su Majestad ordenó que una notable cantidad de dinero fuera entregada al Sr. Vicente con el fin de emplearla en los gastos de las misiones. Pero después de la muerte de este gran Rey, Luis XIV, su sucesor actual gloriosamente reinante, por consejo de la Reina Regente, su madre, quiso que el dinero que quedara sirviera de fundación para una casa fija y definitiva de los mismos Sacerdotes de la Misión, como, en efecto, así la estableció D. Leonor d'Étampes de Vallançay, arzobispo de Reims el año 1644.

La casa de la Misión de Montmirail, pequeña ciudad de Brie, en la diócesis de Soissons, fue fundada el año 1644 por el Sr. Duque de Retz. Y el Sr. Toublan, su secretario, contribuyó piadosamente con parte de su riqueza a aquella fundación.

También a la de Saintes la hizo el mismo año Don Santiago Raoul, obispo de dicha ciudad, y con aportación de los Señores de su clero, para las misiones y el seminario.

El año siguiente, 1645, se estableció otra casa en la ciudad de Le Mans a instancias repetidas del D. Emerico de la Ferté, obispo de Le Mans, por cuya autoridad, y a solicitud del Sr. Abad Lucas, prior de la Colegiata de Nuestra Señora de Coëffort, de fundación real, en la susodicha ciudad, y con el consentimiento de los canónigos, se hizo la unión de esa iglesia, casa y pertenencias a la Congregación de la Misión, unión que fue autorizada y confirmada por Letras Patentes del Rey, con el consentimiento de los Señores de la ciudad

Y el mismo año, 1645, Don Aquiles de Harlay, obispo de Saint-Malo, pidió Sacerdotes de la misma Congregación de la Misión al Sr. Vicente, para que trabajaran en

su diócesis. Le envió algunos que, al poco tiempo, fueron establecidos por el mismo prelado en la abadía de Saint-Méen, de la que era abad, y con el consentimiento de los religiosos, los cuales cedieron su casa y su mesa a los misioneros. Posteriormente se ha realizado la unión a la misma Congregación por nuestro Santo Padre el Papa, Alejandro VII por bulas apostólicas, autorizadas por Letras Patentes del Rey.

No hemos de omitir aquí que en dicho año de 1645 y en los siguientes del Sr. Vicente, impulsado por ciertas personas virtuosas y llenas de celo, y, aún más, por su propia caridad, envió sacerdotes suyos a países extranjeros y lejanos para diferentes obras de caridad, y obtenidas las facultades y autorizaciones necesarias de la Santa Sede Apostólica, destinó a algunos a la ciudad de Túnez y a la de Argel (Berbería) para asistir espiritual y corporalmente a los cristianos cautivos, estuvieran sanos o enfermos, ya que se hallaban en gran abandono.

Mandó también a otros a Irlanda para instruir y alentar a los pobres católicos de aquel reino, en gran manera oprimidos por los herejes de Inglaterra.

Y su celo, que no ponía límites a los efectos de su caridad destinó también a otros a la isla de Madagascar, llamada San Lorenzo, que está situada más allá del Ecuador. Allí los pueblos viven unos como idólatras, y otros casi sin ninguna religión. Esta isla es muy grande. Viene a ser como un gran campo cubierto de zarzas, que este Obrero evangélico ha comenzado a desbrozar gracias al laboreo que los suyos han tratado de realizar con fatigas indecibles, que han acabado con varios de ellos. Y lo que es más digno de consideración, el Sr. Vicente ha demostrado una entereza y una constancia invencible en la prosecución de sus empresas apostólicas, particularmente en aquella isla infiel, y en las ciudades de Túnez y de Argel (Berbería), a pesar de las grandes dificultades que encuentra en ellas yde las notables pérdidas sufridas. Reservamos para el Segundo Libro hablar másen detalle de las bendiciones que Dios ha derramado sobre estas misiones tan lejanas, y sobre los frutos recogidos por su gracia.

El mismo año de 1645 el Sr. Cardenal Durazzo, dignísimo arzobispo de Génova (Italia), habiéndose enterado de los servicios que el Sr. Vicente y los Sacerdotes de su Congregación prestaban a la Iglesia en varios sitios, y principalmente en Saboya y en Roma, quiso proporcionar un bien parecido a su diócesis. Por eso, manifestó al Sr. Vicente su gran deseo de tener Sacerdotes de su Congregación en la ciudad de Génova, y habiéndole rogado con insistencia que le procurase esa satisfacción, el Sr. Vicente le envió algunos. Los recibió con mucho afecto, y procedió a instalarlos en una casa que él fundó. Los Sres. Baliano, Raggio y Juan Cristóbal Moncia, sacerdotes, nobles genoveses, también contribuyeron con su fortuna a esta fundación.

El año 1650 los Sacerdotes de dicha Congregación fueron establecidos en la ciudad de Agen por D. Bartolomé d'Elbène, obispo de la ciudad, que les concedió la dirección de su seminario.

El año 1651 el Sr. Vicente destinó a Sacerdotes de su Congregación aPolonia. Por

algún tiempo quedaron instalados y fundados en la ciudad de Varsovia gracias a la liberalidad y a la generosidad de la piadosísima y serenísima Reina de Polonia, que los había solicitado. Veremos en el Segundo Libro lo más notable de lo sucedido en esta fundación, que dio ocasión al Sr. Vicente para ejercer una santa generosidad, un celo auténticamente apostólico y un perfecto desprendimiento de sí mismo.

El mismo año 1651 el Sr. Vicente mandó a Sacerdotes de su Congregación a trabajar en la salvación de las pobres almas abandonadas y desasistidas de las Islas Hébridas, situadas más allá del reino de Escocia, hacia el Norte.

El año siguiente, 1652, los Sacerdotes de la misma Congregación se establecieron en la diócesis de Montauban. Allí D. Pedro de Bertier, obispo de la ciudad, les dio la dirección del seminario y los ha dedicado a dar misiones en la diócesis.

El establecimiento de esos mismos Sacerdotes se llevó a cabo en la ciudad de Tréguier (Baja Bretaña) el año 1654 por la generosidad de Don Baltasar Granger, obispo y conde de dicho lugar, como también por la liberalidad del Sr. Thépant, señor de Rumelin, canónigo de la iglesia catedral de Tréguier, que es el fundador.

El mismo año el Sr. Vicente destinó a sus misioneros a la ciudad de Agde (Languedoc), siguiendo el deseo de Don Francisco Fouquet, obispo y conde de Agde, y en la actualidad arzobispo de Narbona, que los había solicitado con la intención de establecerlos allí

Ese mismo año el Sr. Vicente destinó a Sacerdotes de su Congregación a Turín, capital del Piamonte, a instancias del Sr. Marqués de Pianezza, primer ministro.de Estado del Duque de Saboya. Es un señor de piedad ejemplar; movido por un grandísimo deseo de procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, quiso ser el fundador de una casa de la Congregación de la Misión en la ciudad de Turín.

El año 1657 la Corte se había trasladado a la ciudad de Metz, y la Reina Madre del Rey siempre preocupada a tenor de su piedad habitual por promover el bien público, cuando le informaron de algunas de las necesidades espirituales de la gran ciudad, pensó que uno de los medios más eficaces para remediarlas sería mandar allí a los Sacerdotes de la Congregación de la Misión. Estando Su Majestad ya de vuelta en París, y habiendo hecho llamar al Sr. Vicente, le expuso su plan, y le dijo que para ponerlo por obra desearía que le mandase unos misioneros a la ciudad de Metz para dar allí una misión, a lo que el Sr. Vicente respondió:

«Señora, ¿No sabe Su Majestad que los pobres Sacerdotes de la Congregación de la Misión sólo son misioneros de los pobres? Si estamos establecidos en París y en otras ciudades episcopales sólo es para el servicio de los seminarios, de los ordenandos, de los que hacen Ejercicios espirituales y para salir a dar misiones en el campo, y no para predicar, catequizar, ni confesar a los habitantes de esas ciudades. Pero hay otra Compañía de Eclesiásticos que se reúnen en San Lázaro todas las semanas que pueden, si a

Su Majestad le parece bien, llevar a cabo con mayor dignidad ese trabajo»

A lo que la Reina respondió, que no se había enterado de que los Sacerdotes de la Congregación de la Misión no daban misiones en las ciudades grandes; que no tenía la intención de apartarlos de su Instituto; y que los Señores de la Conferencia de San Lázaro, actuando por su parte, le parecía muy bien que dieran la misión. Y, efectivamente, la dieron con gran bendición durante la cuaresma del año 1658. Fueron más de veinte sacerdotes, todos ellos Obreros escogidos, elegidos por el Sr. Vicente, quien rogó al difunto Sr. Abad de Chandenier, persona de singular virtud y muy ejemplar, que aceptara encargarse de la dirección de la misión. Cumplió su cometido con dignidad, y siguió exactísimamente los consejos que le había dado el Sr. Vicente, y observó todas las normas que consideró propias para el éxito de la misión. Este virtuoso abad informó sobre la misión a Su Majestad; quedó ella tan complacida, que pensó en establecer en la ciudad de Metz a los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, pero no se pudo realizar la fundación hasta después dela muerte del Sr. Vicente

El año 1659 el Sr. Vicente envió sacerdotes de su Congregación a Narbona con el fin de satisfacer el deseo del D. Francisco Fouquet, arzobispode aquella ciudad, que los había pedido para establecerlos allí

El difundo abad de Séry, de la Casa de Mailly (Picardía), había propuesto varias veces y en diversos años al Sr. Vicente su intención de contribuir a la fundación de una casa de los Sacerdotes de su Congregación en Amiens. Pero aunque Nuestro Señor lo retiró del mundo antes de que cumpliera su cometido, no dejó de ponerlo en ejecución después. Y fue Don Francisco Faure, obispo de Amiens, quien llevó a cabo el establecimiento, y quien entregó la dirección perpetua del seminario a los Sacerdotes de la Congregación de la Misión. El buen abad sobrevivió poco tiempo al Sr. Vicente, y quiso ser enterrado junto a él en la iglesia de San Lázaro

El difunto D. Enrique de Baradat, obispo y conde de Noyon, par de Francia, deseando disponer de Sacerdotes de la Misión en su diócesis, escribió sobre ello al Sr. Vicente, e hizo que le hablaran del caso. Pero el Sr. Vicente, como no vio en aquel entonces las cosas preparadas para la fundación de la casa, difirió el envío de los misioneros. La Providencia de Dios reservaba la ejecución del piadoso proyecto a su dignísimo sucesor, D. Francisco de Clermont, quien, en cuanto se hizo con el gobierno de la diócesis, pensó en los medios con que atender a sus necesidades particulares. Y para eso, llamó a los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, y puso en sus manos la dirección perpetua del seminario el año 1662.

Hemos de señalar que en todo tiempo gran número de Prelados, no sólo de Francia, sino también de otros países de la cristiandad, se dirigieron al Sr. Vicente con objeto de disponer de los Obreros de su Compañía, a fin de establecer los en sus diócesis, y de emplearlos en las misiones, en los Ejercicios de Ordenandos y en los seminarios. Pero este sabio Fundador, como no podía atender a todos, o por no disponer de hombres

preparados, o por otras dificultades, dejó esas peticiones sin efecto por no querer aceptar nada ni fuera de tiempo, ni que estuviera más allá de sus fuerzas.

Es así como quiso Dios que este Padre de los misioneros recogiera, también en esta vida, parte de los frutos de sus santos trabajos, y que tuviera el consuelo de ver a sus hijos espirituales multiplicados como las estrellas del cielo, y su Congregación felizmente establecida, en muy poco tiempo, en diversos lugares del mundo. Sus más ardientes deseos no tendían a otro fin que el de tratar que Dios fuera glorificado, y las almas, que costaron la sangre de Jesucristo, santificadas y salvadas. También sentía un agradecimiento indecible al ver que su Providencia se había dignado servirse de él, aunque ruin y desgraciado, como solía decir, para lograr todos esos grandes beneficios: porque el pensamiento de todas sus excelentes obras le inclinaba, no tanto a gloriarse y a complacerse, cuanto a abismarse cada vez más en la consideración de su inutilidad y de su nada, y a dar continuamente gracias a su Divina Majestad, pues pensaba que debía ser tanto más glorificada por todos los efectos de su misericordia, que había querido servirse del instrumento más débil y más inútil, así se reconocía a sí mismo, para producirlas.

CAPITULO CUARENTA Y SIETE pag. 211

El Sr. Vicente entrega las Reglas a su Congregación, y dice unas cosas dignas de destacarse acerca de ese asunto

Acaeció el año 1658. El Sr. Vicente ya había dado forma definitiva a las Reglas y Constituciones de su Congregación. Su mucha edad y sus casi continuas enfermedades le hacían ya prever que apenas le quedaba tiempo para vivir. Y como había amado siempre a los suyos durante su vida, antes de morir quiso darles notables muestras de su amor, dejándoles su espíritu recogido en las Reglas y Constituciones.

Estaba pues reunida la Comunidad de la casa de San Lázaro el viernes por la tarde del 17 de mayo de dicho año, cuando el Sr. Vicente les dirigió, lleno de afecto y muy paternal, una charla sobre el tema de la Observancia de las Reglas. La charla fue recogida por uno de los presentes, y traeremos aquí algunos párrafos, que harán ver de qué espíritu estaba animado el Siervo de Dios, y con cuánta prudencia, discreción, caridad y celo había redactado las Reglas para bien de su Congregación.

Empezó por los motivos que tenía la Congregación para amar y observar las Reglas

«Me parece -dijo- que, por la gracia de Dios, todas las Reglas de la Congregación de la Misión tienden a apartarnos del pecado e, incluso, a evitar las imperfecciones, a procurar la salvación de las almas, a servir a la Iglesia y a dar gloria a Dios. Así, todo el que

las observe como es debido, se alejará de los pecados y de los vicios, se pondrá en el estado que Dios le pide, será útil a la Iglesia y dará a Nuestro Señor la gloria que El espera. ¡Qué motivos Señores y Hermanos míos para estar libres de vicios y de pecados en la medida que puede permitirlo la debilidad humana, glorificar a Dios y hacer que sea amado y servido en la tierra! ¡Oh Salvador, qué felicidad! No es posible considerarlo suficientemente. Nuestras Reglas en apariencia sólo nos prescriben una vida bastante común, pero con la fuerza suficiente para llevar a quienes las practiquen a una elevada perfección, y no solamente eso, sino incluso a destruir el pecado y la imperfección en los demás, como ellos lo habrán destruido en sí mismos. Si pues la pequeña Compañía ha conseguido algún progreso en la virtud, si cada uno de nosotros ha salido del estado de pecado y avanzado en el camino de la perfección, ¿no es la observancia de las Reglas la que ha hecho todo esto? Si, por la misericordia de Dios, la Compañía hace algún bien por medio de las misiones y con los Ejercicios de Ordenandos, ¿no será porque ha guardado el orden y la costumbre que Dios había introducido en ella, y que está prescrito por las Reglas? ¡Qué motivos más grandes tenemos para observarlas con toda fidelidad, y qué feliz será la Compañía, si es fiel en esto!»

«Otro motivo por el que debemos ser fieles a la observancia de nuestras Reglas es que todas ellas están sacadas del Evangelio, como veréis; y todas ellas tienden a conformar nuestra vida con la que Nuestro Señor llevó en la tierra. Porque se dice que el Divino Salvador había venido y que fue enviado por su Padre a evangelizar a los pobres. «Pauperibus evangelizare misit me». Pauperibus, para anunciar el Evangelio a los pobres, como así trata de hacer, por la gracia de Dios, la pequeña Compañía, que tiene motivos para humillarse y confundirse, al ver que, hasta el momento, nunca ha habido ninguna otra Compañía, que yo sepa, que haya tenido como fin especial y principal anunciar el Evangelio a los pobres, ya los pobres más abandonados. «Pauperibus evangelizare misit me»: ésa es nuestra finalidad. Sí, Señores y Hermanos míos, nuestra porción son los pobres. ¡Qué felicidad! Hacer lo mismo que hizo Nuestro Señor cuando vino del cielo a la tierra, y por lo cual esperamos con su gracia ir de la tierra al cielo. Hacer eso es continuar la obra del Hijo de Dios, que gustosamente iba a los lugares del campo a buscar a los pobres. Ved a lo que nos obliga nuestro Instituto, a servir y a ayudar a los pobres, a los que debemos reconocer por nuestros señores y nuestros amos. ¡Oh pobres, pero bienaventuradas Reglas, que nos comprometen a ir a las aldeas excluyendo a las grandes ciudades para hacer lo que Jesucristo ha hecho! Vean, les ruego, la felicidad de quienes las guardan, por conformar así su vida y todos sus actos a los del Hijo de Dios. ¡Señor! ¡Qué motivo más grande para observar bien las Reglas que nos conducen a un fin tan santo y tan deseable!»

«Ya hace tiempo que las estaban ustedes esperando, Señores y Hermanos míos, y hemos tardado mucho en entregárselas, en parte para imitar la conducta de Nuestro Señor, que empezó a hacer antes de enseñar: «Coepit Iesus facere et docere». Practicó las virtudes durante los primeros treinta años de su vida, y ocupó solamente los tres últimos años en predicar y enseñar. Además, la Compañía ha tratado de imitarle, no solamente haciendo lo que El vino a hacer a la tierra, sino además haciéndolo de la misma forma que

El lo hizo, pues la Compañía puede decir que ella ha hecho primero y ha enseñado después: «Coepit facere et docere». Hace más o menos treinta años que la empezó Dios, y desde entonces hasta ahora siempre ha cumplido, por la gracia de Dios, las Reglas que les vamos a dar. Por eso no encontrarán en ellas nada nuevo, nada que no lleven practicando con mucha edificación desde hace muchos años. Si diéramos Reglas que no se hubieran antes practicado, habrían podido surgir algunas dificultades; pero al darles lo que ya han hecho y practicado tantos años con edificación, con fruto y consuelo en el pasado, no hay nada que no les deba resultar igualmente fácil y posible en el futuro. Se ha hecho lo mismo que hicieron los Recabitas, según el testimonio de la Sagrada Escritura, que guardaban por tradición las Reglas que les habían dejado sus padres, aunque no estuvieran escritas. Y ahora que tenemos las nuestras escritas e impresas, la Compañía no tendrá que hacer otra cosa más que mantenerse en lo practicado durante muchos años y continuar haciendo siempre lo que ha estado haciendo y practicando hasta el presente»

«Si hubiéramos dado las Reglas desde el principio y antes de que las hubiese practicado la Compañía, habría motivos para pensar que en ello había más de humano que de divino, y que había sido éste un proyecto concebido y ejecutado humanamente, y no una obra de la Providencia Divina. Pero, Señores y Hermanos míos, todas estas Reglas y todo lo que están viendo en la Congregación se ha hecho sin que yo sepa cómo, pues nunca había pensado en ello; todo se ha ido introduciendo poco a poco, sin que pueda decirse cuál ha sido la causa. Pues bien, es una regla de San Agustín que, cuando no se puede encontrar la causa de una cosa buena, hay que atribuírsela a Dios, y reconocer que El es su principio y su autor. Según eso, ¿no es Dios el autor de todas nuestras Reglas, que se han ido introduciendo yo no sé de qué manera y no sé decirles ni cómo ni por qué? ¡Oh Salvador! ¡Qué reglas! Y ¿de dónde vienen? ¿Había pensado yo en ellas? Ni mucho menos. Les puedo asegurar, Señores y Hermanos míos, que jamás pensé en nuestras Reglas, ni en la Compañía, ni siquiera en la palabra Misión. Los hombres no hemos tenido parte alguna. Por lo que a mí se refiere, cuando pienso en la forma con que Dios quiso dar origen a la Compañía en su Iglesia, les confieso que no sé qué parte he tenido en ello, y que me parece que es un sueño todo lo que veo. ¡No, esto no es de nosotros! ¡Todo esto no es humano, sino de Dios! ¿Llamaréis humano a lo que el entendimiento del hombre no ha previsto nunca, a lo que la voluntad no ha deseado ni buscado en lo más mínimo? ¡Nuestros primeros misioneros no habían pensado en ello, igual que yo!; todo se hizo en contra de mis previsiones y esperanzas. Cuando pienso y veo todas las tareas que ha emprendido la Compañía, realmente me parece un sueño. Cuando al profeta Habacuc lo tomó un ángel y se lo llevó muy lejos, para que consolara a Daniel, que estaba en el foso con los leones; y luego el ángel volvió a traerlo al lugar de donde lo había tomado, él, al verse en el mismo sitio de donde había salido, ¿no tendría motivos para pensar que todo eso no era más que un sueño? y si me preguntan cómo se han ido introduciendo las prácticas de la Compañía; cómo nos vino el pensamiento de todas sus obras y trabajos, les diré que no sé nada, y que no lo puedo conocer. Aquí está el Sr. Portail que ha visto tan bien como yo el origen de la Compañía; él les puede decir que pensábamos en todo menos en esto; todo se ha hecho como por sí mismo, poco a poco, una cosa después de otra. El número de los que se nos juntaban iba aumentando; y todos trabajaban en la virtud, al mismo tiempo que el

número crecía. También las buenas prácticas se iban introduciendo para poder convivir juntos y portarnos con uniformidad en nuestros trabajos. Esas prácticas han sido observadas siempre, y se observan todavía hoy por la gracia de Dios. En fin, hemos creído oportuno ponerlas por escrito, y convertirlas en Reglas. Espero que la Compañía las aceptará como emanadas del Espíritu de Dios, «A quo bona cuncta procedunt», de El proceden todas las cosas buenas, y sin El «Non sumus sufficientes cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis». No tenemos capacidad para pensar algo por nosotros mismos, como de nosotros mismos»

«¡Señores y Hermanos míos! Estoy asombrado de pensar que soy yo quien reparte las Reglas, que no sabría hacerme la idea de cómo he llegado hasta aquí; y me parece que estoy siempre empezando. Cuanto más lo pienso, tanto más alejado me parece de la invención de los hombres, y más evidentemente voy conociendo que ha sido Dios solo quien ha inspirado estas Reglas a la Compañía: que si yo he contribuido con alguna cosa, temo que eso poco sea lo que impida quizás que sean tan bien observadas en el futuro, y que no produzcan todo el fruto y todo el bien que deberían»

«Después de esto, ¿qué me queda, Señores, sino imitar a Moisés, cuando, después de haber dado la ley de Dios al pueblo, les prometió a cuantos la guardasen toda clase de bendiciones en sus cuerpos, en sus almas, en sus bienes y en todas sus cosas? También nosotros, Señores y Hermanos míos, hemos de esperar de la bondad de Dios toda clase de gracias y bendiciones para cuantos observen fielmente las Reglas que El nos ha dado: bendición en sus personas, bendición en sus pensamientos, bendición en sus proyectos, bendición en sus tareas y en toda su actuación, bendición en sus entradas y en sus salidas, bendición, finalmente, en todo cuanto les corresponda. Espero que la fidelidad pasada con que han observado las Reglas, y su paciencia en esperarlas durante tanto tiempo, obtendrá para ustedes de la bondad de Dios la gracia de observarlas aún con mayor facilidad y perfección en el futuro. ¡Oh Señor! Da tu bendición a este librito, y acompáñalo con la unción de tu Santo Espíritu, para que produzca en las almas de cuantos las lean el alejamiento del pecado, el desprendimiento del mundo, la práctica de las virtudes y la unión contigo»

El Sr. Vicente, cuando terminó de hablar, pidió que se acercaran los Sacerdotes. Entregó a cada uno de ellos el librito que contenía las Reglas impresas; ellos las quisieron recibir de rodillas. Y dejó para el día siguiente el reparto para el resto de la Comunidad, porque era ya demasiado tarde.

Después de repartirlas, el Asistente de la casa se puso nuevamente de rodillas, y le pidió la bendición en nombre de toda la Compañía, que también se puso de rodillas. Entonces el Sr. Vicente se arrodilló a su vez, y dijo estas hermosas palabras con un tono lleno de afecto, y de forma que daba bien a entender el fervor de su amor paternal:

«¡Señor, tú que eres la ley eterna y la ley inmutable, que gobiernas con tu sabiduría todo el universo! De Ti emanan todas las normas de las criaturas y todas las

leyes y todas las Reglas de bien vivir, como de su propia fuente. ¡Señor: bendice, bendice, si Te place, a los que Tú mismo has dado estas Reglas y que las reciben como procedentes de Ti! ¡Concédeles, Señor, la gracia necesaria para observarlas siempre e inviolablemente hasta su muerte! Con esta confianza y en Tu nombre, yo, desgraciado pecador, pronunciaré las palabras de la bendición, que voy a dar a la Compañía»

He ahí una parte del discurso que el Sr. Vicente pronunció en dicha ocasión; lo pronunció con un tono moderado, humilde, dulce y devoto, y de tal forma que hacía sentir a los corazones de todos los que le estaban escuchando el particular afecto del suyo propio. Les parecía que estaban con los Apóstoles oyendo hablar a Nuestro Señor, especialmente en el último sermón, antes de la pasión, pues fue entonces cuando El también les entregó sus Reglas, imponiéndoles el gran mandamiento del perfecto amor

De todo lo dicho y, más aún, de la lectura de las Reglas de la Congregación de la Misión se puede deducir, que ha sido instituida para tres fines principales: el primero, para trabajar en la propia perfección, tratando de practicar las virtudes que Nuestro Señor se dignó enseñar con sus palabras y con su ejemplo. El segundo, para predicar el Evangelio a los pobres y, en particular, a los del campo, que son los más abandonados. Y el tercero, para ayudar a los Eclesiásticos a adquirir los conocimientos y las virtudes necesarias para su estado. Ese es el compendio de este Instituto, y a lo que tienden las Reglas repartidas por el Sr. Vicente, que, con razón, decía que procedían de Dios, porque habían sido sacadas del Evangelio. También afirmaba que él no sabía cómo habían empezado a practicarse en la Compañía, ya que no se consideraba el autor de aquel bien; pero los Sacerdotes de la Compañía lo miraban como su Regla viviente. Y como veían en él un verdadero reflejo de la vida de Jesucristo y de sus santas máximas, trataban de conformarse a sus prácticas, y de andar sobre sus pasos. Y así es cómo las Reglas de su Congregación fueron practicándose antes de ser escritas, porque hizo antes que enseñó, y su gracia y su ejemplo han animado a otros a hacer lo que él.

CAPITULO CUARENTA Y OCHO pag. 215

Otras obras de piedad a las que se ha dedicado el Sr. Vicente, y sus ocupaciones más habituales

Los que han conocido mejor al Sr. Vicente, y han sabido de la magnitud de su celo y de las ocasiones que la Divina Providencia le fue presentando continuamente para ponerlas por obra, pueden afirmar con verdad que desde hace treinta o cuarenta años, se han realizado poquísimas obras de piedad o de caridad públicas y de cierta entidad en París, en las que no haya tenido alguna parte o con sus consejos, o cooperando de otra

manera

La casa de San Lázaro era de fácil acceso: allí acudían todas las personas interesadas en acometer alguna buena obra, o en prestar algún servicio notable a la Iglesia, con la intención de buscar en la persona del Sr. Vicente el consejo, la ayuda y la cooperación necesaria para lograr éxito en una empresa. Le consultaban casi continuamente al gran Siervo de Dios sobre asuntos y planes piadosos no sólo los de París, ciudad que le brindaba amplia materia, sino incluso los de otros lugares. Recibía a menudo cartas de personas desconocidas, y que sólo sabían de él por la fama de su virtud y de su caridad, lo cual les daba confianza para acudir a él en sus dudas. Por otra parte, además de las reuniones ordinarias que se tenían al menos tres veces por semana y a ellas asistía con toda exactitud, le llamaban a otras reuniones particulares, ya de Prelados, o de doctores, o también, a veces, de superiores de comunidades, o, en fin, de personas de toda clase de categorías, ya para resolver dificultades importantes, ya para reglamentar e instituir un régimen, o bien para arreglar algunos desórdenes, o, finalmente, para buscar un medio con que promover la gloria de Dios y procurar el bien de la diócesis, de las comunidades o de las familias

También lo llamaban para poner paz y buen orden en las casas religiosas, tanto de hombres como de mujeres; y para componer litigios y pleitos a las personas particulares, y hasta a comunidades

Su caridad lo llevaba a visitar a personas enfermas o atribuladas, ya porque se lo rogaban, ya por iniciativa propia, para consolarlas y ejercitar con ellas todas las obras de una verdadera y sincera misericordia

Estuvo encargado, como ya lo hemos dicho en uno de los capítulos anteriores, de la dirección de las casas de las Religiosas de la Visitación de Santa María establecidas en París y en SaintDenis. Tuvo gran solicitud para con ellas, visitándolas de cuando en cuando, y atendiendo a todas sus necesidades espirituales

Añádase a todo eso la continua dedicación de su pensamiento y de su atención al gobierno y a la dirección de todas las casas de su Congregación. El gran número de cartas que recibía diariamente de todas partes, y a las que daba respuesta. Y a pesar de todas las ocupaciones y todos los asuntos extraordinarios que lo abrumaban, no dejaba ningún día de levantarse, como mandaba la Regla, a las cuatro de la mañana. Después acudía a la iglesia; allí permanecía tres horas, y a veces más, empleándolas en la oración, la misa y en alguna de las partes del breviario, dedicando siempre con maravillosa tranquilidad de espíritu un tiempo notable para su preparación y su acción de gracias, sin suprimir nada por mucha prisa que tuviera, salvo en muy rara ocasión y en circunstancias extraordinarias. Durante el día se le veía agobiado por las visitas de personas externas, y por las tardes, de las de casa. Atendía a todos a medida de sus deseos con gran dignidad y con mucha atención, como sino tuviera otra cosa que hacer. Casi todos los días salía de casa por asuntos de piedad y de caridad que tenía por obligación, alguna vez hasta dos

veces por día, y volvía ordinariamente muy tarde. En cuanto llegaba, se ponía de rodillas para rezar el breviario; en casa, siempre lo recitaba de ese modo mientras sus dolencias le permitieron mantenerse en aquella postura. El resto del tiempo lo dedicaba a escribir cartas, o a estudiar otros asuntos, cosa que muy a menudo le obligaba a quedar sin dormir parte de la noche; pero no por ello dejaba de levantarse a la hora acostumbrada, salvo que estuviera enfermo o muy indispuesto.

Todos los años hacía su Retiro y sus Ejercicios espirituales, tomando para ello el tiempo necesario, a pesar de todas sus ocupaciones y de todos sus asuntos; y consideraba con razón que lo principal, que era la salvación y la santificación de su alma, debía preferirse a todo lo demás. Aconsejaba esa piadosa práctica, que él cumplía exacta y fielmente, tanto para mover a los demás más eficazmente a aquel acto piadoso, como para renovarse y extraer del seno de Dios las luces, las fuerzas y las gracias necesarias para desempeñar dignamente todos sus grandes trabajos, a los que se había comprometido; así imitaba a Moisés, quien en medio de agotadores trabajos producidos por la conducción de un gran pueblo, no disponía de refugio más seguro, ni de retiro más dulce que el santuario: allí se ponía al abrigo de todas las impertinencias de la multitud, y pedía a Dios para ellos y para él la ayuda y protección. Es así como se pasaban los días y los años de aquel gran Siervo de Dios. Verdaderamente de él se puede decir que tuvo los días y los años llenos, según el modo de hablar de la Sagrada Escritura, de forma que su vida estuvo no sólo llena, sino también colmada de virtudes y de méritos.

Y ciertamente, quien quiera observar las grandes obras que Dios ha hecho por medio del Sr. Vicente, y que todavía siguen en pie; quien considere todas las casas de su Congregación establecidas en tantos lugares; todas las misiones en las que ellos trabajan con tanta bendición; los seminarios donde sus sacerdotes están tan útilmente ocupados; los ejercicios de Ordenandos; las Conferencias y los Retiros espirituales que tanto contribuyen al bien del estado eclesiástico y de las personas seglares de toda clase y condición; la Institución de las Hijas de la Caridad y el establecimiento de las Cofradías de la misma Caridad en innumerables parroquias; las reuniones y Compañías de las Damas de la Caridad con tan numerosas obras buenas; la fundación de tantos hospitales, y la asistencia temporal y espiritual de Provincias arruinadas y de tantos pobres abandonados; quien quiera -digo- reflexionar atentamente sobre todas esas cosas, se verá obligado a reconocer que no son obras de un hombre solo, sino que la mano de Dios estaba con él, su fiel Siervo, para llevar a cabo todos esos grandes efectos de su misericordia. Y aunque toda la gloria pertenezca a Dios, que es el primer y principal autor de todo, quiere El que se honren y que se aprecien sus dones y sus gracias en sus servidores, cuando han cooperado con El fiel y santamente. Precisamente en eso, podemos afirmar, que el Sr. Vicente es tanto más digno de estima y de alabanza, cuanto que él se consideraba menos digno, buscando en todo su envilecimiento y su abyección; y que, por un rasgo admirable de humildad, cuando más se le quería felicitar por las grandes obras realizadas por él, respondía, *«que él sólo era cieno y barro vil y abyecto, y que si Dios lo había empleado en todas sus obras, se había servido de ese barro para sujetar las piedras de aquellos edificios».*

CAPITULO CUARENTA Y NUEVE pag. 217

Reflexión acerca de las penas y los sufrimientos experimentados por el Sr. Vicente

Todos los que quieran vivir virtuosamente en el servicio de Jesucristo deben sufrir, como dice el Apóstol, alguna contrariedad y tribulación. Hay que llevar su librea, es decir, alguna porción de su cruz y de sus espinas, para ser digno de seguirlo, y para reinar en la eternidad con El, hay que sufrir con El a lo largo de esta vida.

El Sr. Vicente, por haber prestado tan grandes y fieles servicios al Rey de la gloria, y por haber tratado de imitarlo en todo, no debía ser privado del honor de participar de su cruz y de sus sufrimientos. No hablaremos aquí de los que se procuraba así mismo con austeridades y mortificaciones externas e internas; ya hablaremos de ellas en el Libro Tercero; sino solamente de algunas penas y congojas producidas o por parte de los hombres, o por particular permisión de la Providencia de Dios.

Y en primer lugar, aunque el Sr. Vicente haya actuado siempre en todo con tanta prudencia, tanta circunspección, tanta deferencia, tanta humildad y caridad, hasta el punto de que se podía decir, que quizás no se haya visto ni en nuestro tiempo ni en el de nuestros Padres a un hombre acometer y sostener diversas obras de piedad y de caridad públicas y expuestas a la censura de todo el mundo con menos ruido y contradicción, sin embargo, no ha dejado de sentir en más de una ocasión los dardos enemigos de la murmuración y de la calumnia. Como no podía contentar siempre a Dios y a los hombres, especialmente durante su actuación en los Consejos para la concesión de los Beneficios, que le obligaba a menudo a negarse y hasta a oponerse a las injustas pretensiones de los particulares, que se consideraban muy ofendidos, se veía obligado a sufrir quejas, murmuraciones, reproches, y, a veces, atroces injurias y tremendas amenazas hasta en su propia casa; sin contar las invectivas y las calumnias difundidas en diversos ambientes por espíritu de venganza contra su reputación y contra su honor. Pero no era ése el principal motivo de sus penas, porque en lugar de molestarse por ello, era para él una de las mayores alegrías sufrir afrentas e injurias por el servicio y por el amor de Jesucristo.

También le ocurrió más de una vez experimentar pérdidas muy notables y grandes daños y perjuicios, principalmente en tiempo de guerra. Por esos días vio la casa de San Lázaro y casi todas sus fincas, asoladas por los soldados; los animales, robados, y todas las provisiones de grano, de vino y de otras cosas, disipadas y agotadas. Mas él creía que esas pérdidas eran un gran beneficio, ya que veía en ello el cumplimiento de la voluntad de Dios, y una ocasión favorable para hacerle un holocausto de todas las cosas externas, y

para conformarse perfectamente con su santa voluntad, que era su principal, o mejor dicho, su único tesoro.

Las persecuciones y las vejaciones en su honor o en sus bienes, aunque penosas y molestas para el sentir de la naturaleza, no eran las que le causaban mayores penas. Había otras causas de dolor y de aflicción más sensibles y que le afligían mucho más cruelmente el corazón. Esos motivos eran ver por un lado a Francia, y a casi todas las Provincias de la Cristiandad asoladas por las guerras, causa de tantos asesinatos, violencias, sacrilegios, profanaciones de iglesias, blasfemias y atentados horribles contra la misma persona de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar. Por otro lado, los cismas y las divisiones surgidas entre los católicos, con ocasión de los nuevos errores, que han perturbado a la Iglesia, y dado tantas ventajas a los enemigos de la Fe católica. En una palabra, todas las impiedades, todos los escándalos y todos los crímenes que veía, o que sabía que se cometían contra Dios, eran otras tantas flechas aceradas que le traspasaban el corazón. Y como todos esos males habían inundado en su tiempo a toda la tierra, podemos pensar que tuvo siempre a su alma, como hundida y anegada en un mar de amargura y de dolor

Hubo también para su pena otro motivo, que le era particularmente sensible: la muerte de los buenos servidores de Dios y de hombres apostólicos, al ver, por un lado, que el número de sus hombres era pequeño, y, por el otro, que la Iglesia tenía de ellos grandísima necesidad, y al creer que no había nada en el mundo nada más precioso ni más deseable que un buen Obrero del Evangelio. Por eso, quedó muy impresionado por la pérdida, a lo largo de varios años, de los mejores misioneros de su Compañía, tanto en Francia, como en los países extranjeros, que estaban en edad y en disposición de prestar todavía grandes servicios. Cinco o seis murieron en Génova, atacados por la peste, cuando asistían y servían a los apestados; cuatro en Berbería, adonde habían ido a socorrer y asistir a los pobres cautivos cristianos; seis o siete en la isla de Madagascar, (en las Indias), adonde habían ido a trabajar en la conversión de los infieles; y dos en Polonia, adonde los habían destinado para el servicio de la Religión Católica; sin hablar de los que habían sido arrebatados por las fatigas y las enfermedades durante las guerras, atendiendo y socorriendo a los pobres, tanto de las fronteras, como de los alrededores de París, y en otras circunstancias. Pero las separaciones más dolorosas le ocurrieron el año 1660. Quiso Dios sacar de este mundo, poco antes de morir él, a tres personas que le eran muy queridas entre todas las demás

La primera fue el Sr. Portail. Dios se lo había dado por compañero durante cerca de cincuenta años. Había sido el primero en asociarse a él para la Misión, el primer Sacerdote de su Congregación; fue el secretario y el primer Asistente de ella, y quien más le había ayudado en el gobierno de la Congregación, y en quien depositaba mayor confianza

La otra fue la Señorita Le Gras, Fundadora y primera Superiora de las Hijas de la Caridad, a quien Dios había concedido grandes gracias para la salvación y el consuelo del prójimo. Tenía particularísima confianza y gran respeto al Sr. Vicente, y, a su vez, apreciaba mucho su virtud y sus consejos relativos a los pobres. El Sr. Vicente le escribía a

menudo sobre cuestiones relacionadas con las Hijas de la Caridad, pero la veía pocas veces y solamente en caso de necesidad. Sufría la Señorita graves enfermedades, y casi siempre estaba enferma. El Sr. Vicente decía de ella que hacía ya veinte años que vivía sólo de milagro. Luisa temía morir sin la asistencia del Sr. Vicente; mas Dios quiso que así sucediera para probar su virtud, y darle ocasión de merecer, por estar en aquellos momentos el Sr. Vicente en tal estado que no podía sostenerse sobre sus piernas. Ella le pidió al menos algunas palabras de consuelo escritas de su mano; mas él no se las quiso conceder. En su lugar le mandó a uno de los sacerdotes de su Compañía, como una carta viva, con estas palabras: «Que ella iba por delante, y que él esperaba verla pronto en el cielo». Murió poco después. Y aunque el Sr. Vicente sintió mucho la muerte, como estaba preparado para los golpes más rudos de la mano de Dios, la aceptó con gran su misión y tranquilidad de espíritu. Siempre se vio ayudado por el Sr. Portail y por ella en lo tocante al gobierno de las Hijas de la Caridad, de las que era Fundador y Superior; pero después de la muerte de ambos, la Compañía de las Hermanas dependía enteramente de él, aunque ya no estaba para salir de casa, ni para trabajar mucho. Todo esto aumentaba su pena.

La tercera persona, cuya muerte acaeció ese mismo año y conmovió muy profundamente al Sr. Vicente fue la de Don Luis de Rochechouart de Chandenier, abad de Tournus. Vivía retirado en San Lázaro desde hacía algún tiempo con el Sr. Abad de Monstier-Saint-Jean, su hermano, y el Sr. Vicente los había recibido por importantes razones y de tal entidad, que no se pueden casi dar más que en ellos dos. Eso es lo que le hizo quebrantar la resolución que tanto él como los suyos habían adoptado de no admitir a pensionarios que vivieran en su Comunidad, sino en las casas donde había seminario para los eclesiásticos.

Los dos hermanos estaban tan unidos por la virtud, como por la sangre y eran dignos herederos de la piedad del difunto Cardenal de la Rochefoucauld, su tío, cuya memoria goza de grandísima bendición en toda la Iglesia; dos abades muy eminentes por su nacimiento, y aún más por su vida muy ejemplar. La modestia de uno de ellos, que todavía vive, no permite hablar de él con la misma libertad que del difunto, su hermano mayor, que era sacerdote, y podía servir de regla y de ejemplo a los abades comendatarios más reformados del reino. La oración era su comida más frecuente; la humildad, su ornato; la mortificación, sus delicias; el trabajo, su descanso; la caridad, su ejercicio; y la pobreza, su querida compañera. Pertenecía a la Compañía de los Eclesiásticos que se reúnen los Martes en San Lázaro para la conferencia. Había asistido y trabajado en varias misiones dadas para los pobres, y había dirigido la misión que la Reina Madre deseó que se diera en la ciudad de Metz el año 1658. Era visitador general de las Carmelitas de Francia. Varios obispos le habían querido ceder sus sedes y sus diócesis, pero les había agradecido el gesto, pensando que Dios no lo llamaba a aquel estado de tanta categoría: prefirió, y hasta buscó, obligarse y someterse a la dirección de otro, mejor que dirigir y gobernar a otros. Aunque su hermano y él usaran santísimamente de las rentas de sus beneficios, (los pobres de los sitios donde estaban situados se llevaban buena parte de ellos), con todo, viendo que los muchos beneficios que poseía cada uno de ellos no estaba de acuerdo con los Santos Cánones, ni con el espíritu de la Iglesia,

determinaron que cada cual sólo conservaría uno, y se desprendería de todos los demás. Así lo hicieron, poniéndolos en manos de personas, que sabían que iban a usar bien de ellos. De esta forma dieron un ejemplo tanto más digno de ser imitado, cuanto que es más raro en este mundo.

Los dos virtuosos hermanos emprendieron un viaje a Roma a finales del año 1659 con dos sacerdotes de la Congregación de la Misión que el Sr. Vicente, en atención a sus deseos, les dio como acompañantes. Nuestro Santo Padre el Papa Alejandro VII, al verlos, se sintió muy complacido, y toda la Corte romana muy edificada por su modestia y su virtud, durante los tres o cuatro meses que estuvieron por allá.

Fue entonces cuando, el Sr. Abad de Tournus, quien algún tiempo antes de ese viaje había determinado entrar en la Congregación de la Misión, al verse importunado por una enfermedad, urgió al Superior de la casa de Roma de la misma Congregación a recibirlo en ella, temiendo morir sin tener la dicha de contarse entre el número de los misioneros. El superior creyó que no debía acceder a tal petición, sino en el caso de que se viera en peligro de morir en Roma, pues pensaba que su ingreso podría hacerse mejor en París en manos del Sr. Vicente, si es que podía llegar hasta allí. Pero al ver que se encontraba algo mejor en el mes de abril del año siguiente, 1660, recibió la bendición de Su Santidad con el Señor, su hermano, y partió para París, resuelto a realizar todos sus esfuerzos ante el Sr. Vicente para conseguir la gracia de ser admitido en la Congregación. Se puso en camino con esa intención, y Dios quiso recompensar de antemano aquella santa y generosa resolución de abandonar todo para entregarse perfectamente a su servicio. En el camino se vio atacado por la fiebre, que le obligó a detenerse en Chambéry (Saboya). El mal iba creciendo, y en pocos días se vio en grave peligro. Finalmente Dios lo sacó de este mundo con una muerte santa, para concederle la corona de la vida.

He aquí lo que uno de los sacerdotes de la Misión, que lo acompañaba escribió a l Sr. Vicente:

«Le he informado a usted -le dice- sobre la enfermedad y el peligro en que se encontraba el Sr. de Chandenier, abad de Tournus. Ahora le diré, Señor, que Dios ha querido llamarlo a Sí ayer, el día 3 de mayo, a las cinco de la tarde. Tuvo un final semejante a su vida, quiero decir que fue muy santa. Le enviaré en otra ocasión los detalles, porque ahora estoy muy atareado. Solamente le diré, Señor, que el abad me ha urgido tanto, varias veces en diferentes días, que le recibiera entre el número de los misioneros, y le concediera el consuelo de morir como miembro de la Congregación de la Misión, en la que quería ingresar, que no he podido rehusárselo, ni negarle la sotana de misionero. La recibió en presencia del Sr. Abad de Monstier-Saint-Jean, su hermano»

Oigamos ahora hablar al Sr. Vicente sobre este asunto

«Hace seis o siete años -dice escribiendo a uno de sus sacerdotes, residente en Berbería- que los Señores Abades de Chandenier se retiraron a SanLázaro. Ha sido una gran bendición para la Compañía, a la que han edificado maravillosamente. Pues bien,

hace ya un mes que Dios ha querido llamar a sí al mayor, Sr. Abad de Tournus, que estaba tan lleno del espíritu de Dios, como no he visto nunca. Vivió como un santo, y ha muerto de misionero. Había ido a hacer un viaje a Roma con el Señor hermano suyo y dos de nuestros sacerdotes; y al volver, ha muerto en Chambéry. Insistió una y otra vez a uno de nuestros sacerdotes que estaba con él, para que lo recibiera en la Compañía; como así se hizo. Varias veces me insistió también a mí sobre lo mismo; no lo quise escuchar: éramos indignos de semejante honor. Y, en efecto, sólo nuestra Misión del cielo ha merecido la gracia de poseerlo en calidad de misionero. Las de la tierra únicamente han heredado los ejemplos de su santa vida, tanto para admirarlos como para imitarlos. No sé qué vería en nuestra insignificante Compañía, como para tener tal devoción y querer presentarse ante Dios cubierto con nuestros harapos, con el nombre y la vestidura propia de sacerdote de la Congregación de la Misión: es en cuanto tal como se lo encomiendo a sus santos sacrificios»

El cuerpo del virtuoso Abad fue llevado a París por los cuidados del Sr. Abad de Monstier-Saint-Jean, que quería tan tiernamente y tanto veneraba a ese hermano, que hacía para él de padre. Allí descansa esperando la resurrección general. No hay duda de que ha sido una grandísima pérdida para la Iglesia y para la Congregación de la Misión, y una de las más dolorosas jamás sentidas por el Sr. Vicente, que hasta lloró, aunque no lo hacía casi nunca. He ahí cómo Dios ha querido, en el último año de su vida, dar cima a sus méritos, enviándole grandes motivos para su dolor, es decir, grandes ocasiones para resaltar aún más su virtud, privándole en brevísimo tiempo de tres personas, que amaba santísima y tiernísimamente entre todas las demás.

CAPITULO CINCUENTA pag. 221

Enfermedades del Sr. Vicente y santo uso que hizo de ellas

Para hacer un holocausto perfecto de la vida de este santo Sacerdote, y para que no quedara nada en él que no fuera consumido en el honor y por el amor de su Soberano Señor, faltaba que las enfermedades acabaran en su cuerpo el sacrificio, que las tribulaciones y las penas habían comenzado en su alma. Por eso, Dios quiso que, durante el curso de su vida se viera sometido a varias dolencias y que, al final, se viera sometido a grandes y dolorosas enfermedades, para que su paciencia llegara al culmen, y conceder la corona de la vida a su perseverancia y a su amor.

Hemos dicho en uno de los capítulos anteriores que, aunque era de salud bastante robusta, padecía varias enfermedades, que empezaron a molestarle desde los días en que vivió en la casa de Gondi. Fue entonces cuando sufrió una grave enfermedad, que le dejó las piernas y los pies hinchados en tal forma, que aquella afección le duró hasta la muerte

Además de eso, era, como ya lo hemos dicho, muy sensible a la influencia del aire,

y, como consecuencia, sufría una fiebrecilla, que le era habitual, y que alguna vez le duraba tres o cuatro días, y otras, quince o más, sin que por eso interrumpiera sus actos acostumbrados, levantándose a las cuatro, con los demás, yendo a la iglesia a hacer la meditación, y dedicándose a las otras ocupaciones y asuntos, como si estuviera completamente bien. El la llamaba su pequeña fiebrecilla, y la curaba a base de sudores, y a ellos se sometía durante varios días seguidos, sobre todo, en verano. A tal fin, en el tiempo de los más grandes calores, cuando apenas se puede tolerar una sábana por la noche, tenía que cubrirse con tres mantas, y se ponía a ambos lados dos grandes botellas de estaño llenas de agua hirviendo, y pasaba la noche en aquel estado; así que a la mañana siguiente salía de la cama como de un baño, dejando el jergón y las mantas llenas de sudor; y se secaba solo: no quería permitir a nadie que le tocase.

No hay duda de que el remedio era aún más molesto que el mismo mal. Pero, el Sr. Vicente lo usaba de buen grado a pesar de la grandísima incomodidad que le acarreaba. El Hermano, que de ordinario le asistía en aquel menester, asegura que aquella mortificación le parecía insoportable, no sólo porque al Sr. Vicente le quitaba todo el descanso de la noche hasta el punto de no poder dormir cuando sentía semejante tormento, sino porque el excesivo calor que se veía obligado a sufrir le producía una incomodidad extrema, ya que en verano el calor más ligero parece tan molesto y difícil de sobre llevar.

Esos intensos y largos sudores unidos a la falta de sueño, que, por cierto, no lo reparaba con ningún descanso voluntario durante el día, lo debilitaban muchísimo. De ahí provenía que la naturaleza, sucumbiendo ante la debilidad, llegara a dormirse a veces en presencia de quienes le estaban hablando, y en alguna ocasión ante personas de categoría. Se hacía gran violencia para resistir al sueño, y en lugar de manifestar la causa de sus adormilamientos, que era la carencia de sueño por la noche, sólo lo atribuía a su miseria, éste era el término del que se servía ordinariamente.

Además de la fiebrecilla, sufrió durante largo tiempo una fiebre cuartana, que le atacaba una o dos veces por semana; y, a pesar de todo, era precisamente en el tiempo de las fiebres, cuando Dios se servía de él para hacerle participar en grandes cosas, -ya hemos hablado de ellas-, y en ese tiempo fue cuando, en lugar de reposar en una enfermería, trabajaba con más asiduidad y bendición en el servicio de la Iglesia, y por el consuelo y la salvación de los pobres.

Tuvo otra notable y peligrosa enfermedad el año 1645. Durante ella comulgó devotamente todos los días. La violencia del mal le atacó a la cabeza: durante varias horas estuvo delirando y sólo hablaba de la abundancia de su corazón, es decir, palabras que manifestaban las santas disposiciones de que estaba lleno, y, entre otras, se le oyó repetir muy a menudo éstas: «In spiritu humilitatis, et in animo contrito suscipiamur a te, Domine», es decir, «Dígnate, Señor, recibirnos con un espíritu de humildad y un corazón contrito»

Durante esa grave enfermedad del Sr. Vicente sucedió una cosa digna de referirse: un sacerdote de su Congregación llamado Sr. Dufour, de la diócesis de Amiens, se hallaba también enfermo en la misma casa, y al oír que la vida del Sr. Vicente estaba en peligro, expresó por el Padre de su alma el mismo deseo que David había expresado tiempo atrás por su hijo Absalón, la de morir en su lugar, y, si fuera posible, la de salvar la vida del Sr. Vicente a costa de la propia. Y se vio que desde entonces el Sr. Vicente empezó a mejorar, y la enfermedad de aquel buen Sacerdote se agravó de tal manera que murió poco tiempo después. La noche que falleció, los que velaban al Sr. Vicente oyeron a eso de la medianoche tres golpes en la puerta de su habitación; fueron a ver quién había llamado, y no encontraron a nadie. Entonces el Sr. Vicente llamó a uno de los clérigos de la Compañía que lo estaba velando, y le hizo coger el breviario, y rezar algo del Oficio de Difuntos, como si supiera que dicho Sacerdote acababa de expirar, sin que nadie le hubiera dicho nada.

Estando en Richelieu el año 1649 se vio atacado por una fiebre terciana, pero no por eso interrumpió ninguno de sus actos habituales, aunque los accesos fueron bastante largos y violentos.

El año 1656 otra enfermedad que empezó con una fiebre continua de varios días, y que terminó con una gran fluxión en una pierna, que le mantuvo en cama algún tiempo, y le obligó a estar encerrado en la habitación cerca de dos meses, con tantas molestias, que, como no se encontraba bien en ninguna postura, había que llevarlo y traerlo desde la cama junto al fuego. Solamente con ocasión de esta enfermedad consiguieron de él y le obligaron a acostarse en una habitación provista de chimenea, para encender en ella fuego que le era tan necesario para aliviar sus molestias.

Después del año 1656 hasta el final de su vida, sufrió frecuentes ataques de fiebre y de otras enfermedades. Pasó una cuaresma sin apenas ganas de comer, hasta el punto de que casi no podía tomar nada. El año 1658 tuvo inflamado un ojo, irritación que le duró mucho tiempo, y después de haber probado varios remedios sin lograr ningún alivio, el médico mandó que le aplicaran sangre de un pichón recién matado. El Hermano cirujano de la casa de San Lázaro trajo el pichón, pero el Sr. Vicente no pudo sufrir que lo matasen, por más razones que le dieron, y decía que aquel inocente animal le recordaba a su Salvador, y que Dios sabría curarlo de otra forma; como así sucedió en efecto.

A fines del mismo año de 1658, cuando volvía de la ciudad con otro sacerdote, en la pequeña carroza, se rompió la correa de suspensión, y de repente volcó la carroza e hizo caer al Sr. Vicente, que se golpeó fuertemente con la cabeza en el empedrado; el golpe le causó molestias durante bastante tiempo, hasta el punto de que creía estar en peligro de muerte por aquella herida, y más por la fiebre que le había sobrevenido unos días después de su caída.

Finalmente, para no cansar al lector con el relato de todas las enfermedades que Dios le envió de vez en cuando al Sr. Vicente para ejercitarlo en la virtud, bastará con decir

que hay pocas enfermedades e indisposiciones corporales que no haya experimentado. Dios lo quiso así a fin de que estuviera más capacitado para compadecerse de las del prójimo, y especialmente de las de sus hijos espirituales. No dejaba de visitarlos, cuando podía, en las enfermerías y en otros sitios, edificándolos, consolándolos y alegrándolos en todas sus visitas. Cuando se encontraba con alguno que estaba desanimado, o que se imaginaba que su enfermedad, por ser larga o extraordinaria, lo llevaría a la muerte o a un debilitamiento general, después de dirigirle alguna palabra de edificación para ayudarle a levantar su alma a Dios, decía de ordinario y, sobre todo, a los más jóvenes para animarlos:

«No tenga miedo, Hermano; yo he padecido esa misma enfermedad cuando joven, y aquí estoy curado; yo he padecido ahogos, y ya no los tengo; he tenido hernias, y Dios me las curó; me daban vahidos, y han desaparecido; sufrí operaciones en el pecho y debilidades de estómago, y salí de ello. Tenga un poco de paciencia -le decía-, hay motivos para esperar que su indisposición será pasajera. Dios quiere servirse de usted todavía. Déjele hacer, entréguese a El con paz y tranquilidad», etc

Pero llegamos a la mayor y más penosa de todas las penalidades del Sr. Vicente. La podemos llamar especie de martirio; ella acabó con su vida y lo hizo más conforme a los sufrimientos de Jesucristo, como había siempre tratado de ser en la práctica de las virtudes y en la imitación de los trabajos. Conviene saber que sufrió la incomodidad de la hinchazón de piernas y de pies (ya hemos hablado de eso) por espacio de cuarenta y cinco años; y a veces llegaba a ser tan grande, que le costaba mucho mantenerse de pie, o andar, y otras veces solían estar tan inflamados y dolorosos, que se veía obligado a guardar cama. Por esa razón el año 1632, cuando vino a vivir a San Lázaro, se vio en la necesidad de disponer de un caballo, porque la casa estaba alejada de la ciudad, y por la multitud de asuntos que empezó a tratar en ese tiempo, y que siempre ha tratado en adelante. El caballo le sirvió hasta el año 1649; entonces el mal de las piernas creció sobre manera a causa de un largo viaje que hizo a Bretaña y a Poitou, viéndose por ello reducido a tal estado que ya no podía ni montar a caballo, ni bajar de él, por lo que se vio forzado a quedar en casa, y ya estaba resuelto a ello, si el difunto Arzobispo de París no le hubiera mandado servirse de una pequeña carroza.

La hinchazón de las piernas iba a más, y le subió hasta las rodillas el año 1656; solía doblarlas con dificultad, y no podía levantarse sino con grandes dolores, ni andar sino apoyándose en un bastón. Al cabo de poco tiempo, una de las piernas se le abrió en el tobillo del pie derecho, y le aparecieron nuevas llagas el año 1658. Los dolores de las rodillas fueron siempre aumentando, hasta que ya no pudo, a comienzos del año 1659, salir de casa. A pesar de todo, siguió por algún tiempo bajando a la planta baja para encontrarse en la oración en la iglesia con la Comunidad, y para celebrar la Santa Misa, y también para asistir a las Conferencias de los Eclesiásticos en el salón destinado a tal fin. Por lo que toca a la misa, algún tiempo más adelante, como no podía subir ni bajar las escaleras de la sacristía, tuvo que revestirse y desvestirse ante el altar. A propósito de eso decía a veces sonriendo que se había hecho un gran señor, porque hacía lo que pertenece

de suyo a los obispos.

A fines del año 1659 tuvo ya que celebrar en la capilla de la enfermería, pero las piernas, al fin, le fallaron totalmente el año 1660, último año de su vida, y ya no pudo decir más la Santa Misa; pero siguió oyéndola hasta el día de su muerte, por más que sufriera lo indecible en trasladarse de su habitación a la capilla, viéndose obligado a usar muletas para andar .

Iba perdiendo día a día, y no comía casi nada, y en aquel estado de decrepitud acompañado de enfermedades muy graves, quería que le llevaran muy poca comida, y nada de delicadezas. El médico empero, y algunas personas de condición y de grandísima virtud muy interesadas en su conservación le hicieron consentir, aunque muy contra su voluntad, que tomaría todos los días consomés, y que comería un poco de pollo. Pero, desde la primera o segunda vez que le ofrecieron aquella comida, dijo que le producía náuseas, que no la quería comer más, y consiguió de aquellas personas que no se la presentaran ya más. Eso no le impidió dedicarse continuamente a los asuntos pendientes, y a ordenar todo según su costumbre.

El buen Siervo de Dios se vio reducido a no poder andar más sino con muletas, y aún así con dolores indecibles, y hasta con peligro continuo de caerse por no poder casi mover las piernas. Por eso, el mes de julio del mismo año de 1660 le rogaron con insistencia que aceptara que en la habitación contigua a la suya se hiciera una capilla, para que sin salir pudiera oír la misa. Mas no quiso acceder nunca, diciendo con razón que las capillas domésticas, preparadas para celebrar misa en ellas, no debían permitirse sin gran necesidad, la cual no se daba según su punto de vista. Le rogaron que, al menos, diera por bueno hacerle una silla para trasladarle de su habitación a la capilla de la enfermería y así no sufrir tanto, y para que no se pusiera en peligro de caerse, cuando iba a oír la Santa Misa. Una vez más, su humildad logró impedir la realización de aquella propuesta hasta el mes de agosto, cuando, al no poderse sostener ya más ni con las muletas, consintió, por fin, que le hicieran una silla. Empezó a usarla el día de la Asunción de la Santísima Virgen, y continuó usándola unas seis semanas hasta su muerte. Aquella silla era para él motivo de una nueva pena, porque se la causaba a los dos Hermanos que la transportaban; y por eso, sólo quiso que lo llevaran a la capilla, que distaba de su habitación unos treinta o cuarenta pasos

Ciertamente, aún cuando el venerable anciano no hubiera padecido ninguna otra enfermedad que la de haber estado cerca de dos años obligado a vivir siempre sentado desde la mañana hasta la tarde, sin poder casi moverse ni aliviar sus molestias, y, especialmente el último año, le habría servido mucho para practicar la paciencia. Pero si consideramos los grandes dolores que las rodillas hinchadas y los pies ulcerados le causaban sin cesar, y, principalmente, durante la noche, pues no podía encontrar ni sitio ni postura que lo aliviaran, debemos reconocer que su vida era en aquellas circunstancias un continuo martirio. Pero, además, Dios permitió que le apareciera una nueva causa de sufrimiento, que lo purificó tanto, que bien se podía decir de él, comparándolo con el

Divino Maestro, que en verdad era un varón de dolores. El último año de su vida le sobrevino una gran dificultad para orinar, que le produjo muchos dolores y molestias sin cuento; porque no podía levantarse ni ayudarse de ninguna de sus piernas, y el menor movimiento que hacía al coger con sus manos una cuerda que estaba atada a una viga de la habitación, le producía dolores muy agudos. En medio de los mayores sufrimientos no se le oía ninguna queja; solamente algunas aspiraciones hacia Dios, y repetía con frecuencia estas palabras: «¡Ah, Salvador mío! ¡Mi buen Salvador!», y otras parecidas, que profería con un tono de voz lleno de devoción. Dirigía a menudo sus ojos a una crucecita de madera, en la que estaba pintado Jesucristo, y que la había mandado poner frente a él delante de su silla para su consuelo.

Entre tantos dolores siempre se mantuvo en su estilo de vida dura y austera, sin tolerar jamás que le acostaran en una cama blanda, sino en un jergón, para pasar sobre él cinco o seis horas de la noche, no tanto para descansar, cuanto para experimentaren él nueva materia de sufrimientos; porque las serosidades cáusticas que fluían durante el día de las úlceras de sus piernas en tal abundancia que formaban, en alguna ocasión, un arroyuelo sobre el suelo, por la noche eran detenidas en las articulaciones de las rodillas, y le causaban un incremento de los dolores, que, con su continuidad y violencia, le iban enflaqueciendo y consumiendo poco a poco.

Se le veía debilitarse y perder peso día a día, y, sin embargo, no dejaba ni un solo momento de atender a las necesidades de su Congregación, de las Compañías de fuera dirigidas por él, y de otros asuntos que estaban a su cargo. Enviaba a algunos de sus Sacerdotes a los sitios adonde no podía ir él, confiándoles lo que tenía que decir, y de qué forma debían portarse. Recibía gran cantidad de cartas, las leía y respondía. Reunía a menudo a los Oficiales de la casa, y a sus Asistentes; les hablaba a todos juntos, o a cada uno en particular, según necesidad; se informaba cómo estaban los asuntos, y deliberaba con ellos; atendía a todo, y daba las órdenes precisas; mandaba Obreros a trabajar en las misiones, y los reunía para acordar con ellos la forma de hacerlas útil y fructíferamente.

Finalmente, entre todos sus esfuerzos por trabajar y por padecer, su naturaleza quedó tan exhausta, que ya no podía atender, ni hablar, sino con mucha dificultad. Y, a pesar de todo, en medio de aquella postración de espíritu y de cuerpo, pronunciaba charlas de media hora y aún más, con tanto vigor y tanta gracia, que los que le escuchaban quedaban admirados. Y ellos son los que después han asegurado que no le habían oído nunca hablar con tanto orden y tanta energía. Y lo que todavía causa más admiración es, que en medio de todas sus angustias tan largas y tan molestas siempre aparecía, tanto a los de la Misión, como a las personas de fuera que iban a verle, con un ánimo dulce, una cara sonriente, y con palabras tan afables, como si estuviera gozando de buena salud.

Si le preguntaban sobre su enfermedad, hablaba de ella como de una cosa de la que no había que preocuparse; y decía que no era nada en comparación con lo que sufrió Nuestro Señor, y que había merecido otros castigos mayores. Y cambiaba con habilidad la conversación para compadecer a quien le hablaba, cuando se había enterado de alguna de

sus penas o enfermedades, como si le fuera más de sentir que sus propios dolores.

CAPITULO CINCUENTA Y UNO pag.227

Preparación para la muerte

El Sr. Vicente veía que se le iba acercando cada vez más el final, y también iban notándolo todos los demás, aunque con pensamientos muy diferentes; porque los suyos y todos los que lo apreciaban temían aquella separación, y sentían mucho verla tan próxima. Y, por el contrario, el santo anciano, como otro Simeón, esperaba con alegría la última hora, y a todos les mostraba una cara muy serena. Se preparaba sufriendo alegremente en espíritu de penitencia y de humildad, aspirando a la vida en la que esperaba poseer a su Dios, invocándolo en su corazón, y uniéndose interiormente a El por medio de una total conformidad con su voluntad, y poniendosu cuerpo y su alma en sus manos para que dispusiera de ellos según su beneplácito en el tiempo y en la eternidad. Y aunque toda su vida fue una continua preparación para una buena muerte, y la práctica de las virtudes y los actos piadosos y la caridad, que llenaban sus días, fueron otros tantos pasos para acercarse con bendición al último período; a pesar de todo eso, se había servido desde hacía mucho de una preparación más inmediata, rezando todos los días, después de la acción de gracias de la misa, las oraciones de los agonizantes y la recomendación del alma, preparándose así de antemano a la salida de la suya

Si por las mañanas se preparaba de esa forma para bien morir, por las tardes nohacía menos. Ponemos a continuación cómo llegó a saberse esto

Poco antes de su fallecimiento, un Sacerdote de la casa de San Lázaro, al escribirle a otro que estaba fuera, le decía, entre otras cosas, en su carta, que el Sr. Vicente no iba a vivir mucho tiempo, y que por lo que parecía iba a morir pronto. Después, sin pensar más en ello, fue a llevar con toda su candidez la carta al Sr. Vicente, para que la leyera, según la práctica de la Compañía. El Sr. Vicente cogió la carta y le dijo que la vería con tiempo; como así lo hizo. Y fijándose en las palabras que hablaban de su fin próximo, pensó para sí por qué razón aquel sacerdote pondría aquello en la carta que le había entregado para que la viera. Otro cualquiera habría condenado aquella imprudencia; pero el Sr. Vicente pensó que quizás habría querido hacerle un favor, advirtiéndole sobre su muerte. Y yendo más adelante, su humildad le hizo temer si no habría dado algún motivo a dicho Sacerdote, para que le hiciera aquella advertencia sin saber cómo hacérsela, ni con qué ocasión. Le mandó buscar, y agradeciéndole el aviso, le dijo que le había gustado mucho, y le rogó que si había notado en él algún defecto más, le hiciera la caridad de advertírselo. Le respondió el Sacerdote que no había advertido ninguno, y el Sr. Vicente le respondió en estos términos:

«En cuanto al aviso que creía que usted quería darme, le diré con toda sencillez que Dios me ha concedido la gracia de evitar el motivo del mismo. Se lo digo para que no se escandalice por no verme hacer ninguna preparación extraordinaria. Hace ya dieciocho años que no me acuesto nunca sin ponerme en disposición de morir aquella misma noche».

Aquel sacerdote le presentó inmediatamente sus excusas por la falta de consideración, y le aseguró que no era su intención darle ningún aviso, y que no había pensado en lo que contenía la carta, cuando se la presentó. Así es como lo ha manifestado él mismo, al contar lo que sucedió entre el Sr. Vicente y él en aquella circunstancia, sabiendo como sabía demasiado bien cuál era la virtud del Sr. Vicente, y era como para no dudar de que estuviera siempre perfectamente preparado, tanto para la muerte como para los demás designios de la voluntad de Dios. Sobre esta misma cuestión se ha encontrado una carta escrita de puño y letra del Siervo de Dios veinticinco años antes, y que contiene estas palabras:

«Caí gravemente enfermo hace dos o tres días; y me ha hecho pensar en la muerte. Por la gracia de Dios, adoro su voluntad, y la acepto de todo corazón; y examinándome si tendría algo que pudiera causarme alguna inquietud, no he hallado nada, salvo que no hemos hecho todavía nuestras Reglas»

Hacía, pues, mucho tiempo que el Fiel Siervo, según se dice en el Evangelio, tenía ceñidos sus lomos y la lámpara encendida en la mano para ir por delante de su Señor cuando llegara. Y su última hora la tenía casi siempre presente ante sus ojos. Unos años antes de su muerte decía a los suyos:

«Uno de estos días el miserable cuerpo de este viejo pecador será enterrado y reducido a polvo, y ustedes lo pisotearán»

Y cuando hablaba de su edad, decía:

«Hace tantos años que estoy abusando de las gracias de Dios. ¡Ay, Señor! He vivido demasiado, porque no hay enmienda en mi vida, y mis pecados se multiplican con el número de mis años», etc

Y cuando comunicaba a los suyos la noticia de la muerte de un buen misionero, añadía de ordinario:

«Me dejas a mí, Dios mío, y te llevas a tus servidores. Yo soy la cizaña, que echa a perder el buen grano que Tú recoges, y estoy aquí ocupando siempre inútilmente la tierra. ¡Ah, Dios mío! ¡Hágase tu voluntad, y no la mía!»

A veces les ponía a los suyos ante los ojos el pensamiento de la muerte como uno de los más saludables, y les exhortaba a prepararse a ella con buenas obras, asegurándoles que ése era el mejor y más seguro medio para morir bien. Sin embargo,

quería que el pensamiento de la muerte estuviera acompañado de la confianza en la bondad de Dios, y no que nos causara abatimiento alguno o inquietud en el alma. De ese estilo fue el consejo que le dio una persona, que, por sentir mucho miedo a la muerte, la tenía siempre presente. Le dijo, como se puede ver en una carta que le escribió sobre ese tema,

«Que el pensamiento de la muerte era bueno, y que Nuestro Señor lo había aconsejado y recomendado; pero que debía ser moderado, y que no era necesario ni conveniente tenerlo continuamente presente en su memoria; que bastaba con que pensara dos o tres veces al día, sin detenerse mucho tiempo; y si aún así se encontraba turbada, que no pensara nada en ella, y que procurara distraerse suavemente».

Cuando se conoció en Roma la larga y peligrosa enfermedad del Sr. Vicente, y que seguía, a pesar de su debilitamiento debido a los dolores y a los asuntos, rezando siempre el breviario, Nuestro Señor el Papa, Alejandro VII, reconociendo la importancia que tenía para la Iglesia la conservación del gran Siervo de Dios, expidió un Breve apostólico para dispensarlo, sin que el Sr. Vicente lo supiera; y al mismo tiempo, los Sres. Cardenales Durazzo, arzobispo de Génova, Ludovisi, penitenciario mayor de Roma, y Bagni, nuncio que fue de Francia, entonces en Roma, le escribieron para aconsejarle que se mejorara y conservara. Eso prueba el aprecio en que tenían a la persona del Sr. Vicente

Para abreviar, sólo expondremos aquí la carta del Sr. Cardenal Durazzo, porque fue la primera, y porque contiene sustancialmente lo que se dice en las otras. He aquí en qué términos le habla:

«Los trabajos de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión siempre resultan para el bien del prójimo por el impulso que se les ha dado gracias a las instrucciones y al ejemplo de su Superior General. Por eso, toda persona bien intencionada tiene que pedirle a Dios que le prolongue la vida y le conceda una buena salud, a fin de que así pueda ser más duradera la fuente de tan gran bien. Y como me intereso mucho por el feliz progreso de ese Santo Instituto, y le tengo un cariñoso afecto a usted, habiéndome enterado de su edad, de sus fatigas y de su mérito, me siento obligado a suplicarle, como lo hago, que se aproveche de la dispensa de Su Santidad; que anteponga la atención a su persona al gobierno de sus queridos Hijos y que niegue a la devoción de su alma toda ocupación capaz de abreviar la duración de su vida. Y sea todo para mayor servicio de Dios. Roma, 20 de septiembre de 1660».

Pero todas esas precauciones llegaron demasiado tarde, hallaron a la víctima consumida. Dios quiso descargar al fiel siervo de tantas fatigas y penas, por las que había tratado de rendir a su Divina Majestad todo el honor y el servicio que pudo, durante su larga vida, pero le concedió la gracia, antes de sacarlo del mundo, de poner a su Congregación y a todas las Compañías por él fundadas en la mejor situación que él les podía desear.

CAPITULO CINCUENTA Y DOS pag. 231

Lo que precedió, acompañó y siguió al fallecimiento del Sr. Vicente

El fiel Siervo de Dios, entre las acometidas de su larga enfermedad, esperaba, cual otro Simeón, la hora deseada en la cual su Divino Redentor vendría a liberarlo del cuerpo de muerte que mantenía su alma cautiva. Y si el cumplimiento de su deseo había sido diferido, sólo era para dar cima a sus méritos por medio del ejercicio de la paciencia y de las demás virtudes que él practicaba tan dignamente, y para terminar, la corona preparada para su fidelidad. Finalmente, cumplido ya todo eso, el Padre de la Misericordia y el Dios de todo consuelo, quiso concederle la mayor y más deseable de todas, que era la de morir con la muerte de los justos, o, por mejor decir, la de dejar de morir en esta vida mortal, para comenzar a vivir la verdadera vida de los Justos y de los Santos en la bienaventurada eternidad.

La Historia Sagrada nos enseña que Dios, cuando llamó a Moisés a la cumbre del monte Nebo, le ordenó morir en aquel sitio, y que el Santo Patriarca, sometiéndose a la voluntad de Dios, murió en aquel momento, no tanto por estar atacado de alguna enfermedad, sino simplemente por la eficacia de su obediencia: «Y murió, -como dice la Sagrada Escritura- en la boca del Señor», es decir, recibiendo la muerte como un favor singularísimo, y como un beso de paz de la boca de su Señor.

Si se nos permite comparar las gracias que Dios hace a los Santos, y a sus más queridos Servidores, dejándole a El el juicio de sus méritos, podemos decir que, por una misericordia especialísima, ha hecho algo parecido en favor de su fiel Siervo, «Vicente de Paúl». Había vivido en una total y perfecta dependencia de su voluntad, y murió, no tanto por la acometida de la fiebre o enfermedad violenta alguna, cuanto por una especie de obediencia y de sumisión a la Divina Voluntad. Falleció con una muerte tan apacible y tan tranquila, que pudiera considerarse más un dulce sueño que una muerte, de forma que, para expresar con más claridad lo que fue el óbito de este Santo Varón, se ha de decir que durmió en la paz de su Señor, que ha querido anticipar en esos últimos momentos las bendiciones más ansiadas de su Divina dulzura, y poner sobre su cabeza una corona de precio inestimable. Fue una recompensa especial que Dios quiso conceder a su fidelidad y a su celo. Había consumado la vida en los desvelos, en los trabajos y en las fatigas para su servicio. Y la acabó felizmente en la paz y en la tranquilidad. El Sr. Vicente se privaba por propia voluntad del descanso y de sus propias satisfacciones durante su vida para procurar el avance del Reino de Jesucristo, y el aumento de su gloria y al morir, halló el verdadero descanso, y empezó a entrar en la alegría de su Señor. Veamos más al detalle cómo sucedió todo.

El Sr. Vicente, al ver que el final de su vida se iba acercando, se preparaba cada vez más interiormente al último momento, continuaba practicando en el fondo de su alma todas las virtudes que consideraba más agradables a Dios, y desprendiéndose de todas las cosas creadas, mientras se lo podía permitir la caridad, para levantar más perfectamente su corazón al Príncipe de todo bien. El 25 de septiembre, hacia el mediodía, se durmió en la silla, cosa que ocurría desde hacía unos días, más que de ordinario; y era debido a que no podía descansar nada durante la noche y a su gran debilidad, que iba siempre aumentándosele cada vez más, y que lo mantenía la mayor parte del tiempo como adormilado. El Sr. Vicente consideraba la somnolencia como la imagen y la precursora de su próxima muerte; y como alguno le preguntara cuál sería la causa de aquel sueño tan extraordinario, le contestó sonriendo: «Es el hermano que viene a esperar a la hermana», llamando así al sueño hermano de la muerte, para la que él se estaba preparando

El domingo, 26 de septiembre, pidió que lo llevaran a la capilla; allí oyó la Santa Misa y comulgó, como lo hacía a diario. De vuelta para su habitación, cayó en un sopor más profundo que de ordinario, de manera que el Hermano que lo atendía, al ver que el sopor se iba alargando demasiado tiempo, lo despertó, y después de hacerle hablar, cuando vio que volvía a caer enseguida en el mismo sopor, avisó al que estaba al frente de la casa, y éste ordenó que se fuera a buscar al médico. En cuanto llegó el doctor encontró al Sr. Vicente tan débil que ya no estaba para recibir ningún remedio, y dijo que había que darle la Extremaunción. Pero antes de marcharse, despertó al enfermo y le invitó a hablar. El virtuoso enfermo respondió, como así lo hacía habitualmente, con una cara sonriente y afable, pero dichas unas palabras se cortó, pues ya no tenía fuerzas para acabar lo que quería decir

Uno de los principales Sacerdotes de la Congregación de la Misión vino a verlo en seguida, y le pidió la bendición para todos los de la Congregación tanto ausentes como presentes. El Sr. Vicente hizo esfuerzos para levantar la cabeza y para acogerlo con su afabilidad acostumbrada, y cuando empezó las palabras de la bendición, pronunció en voz alta la primera mitad, y el resto en muy baja. Por la tarde, al ver que se iba debilitando cada vez más, y que parecía que iba a entrar en agonía, le administraron el sacramento de la Extremaunción. Pasó la noche pensando en Dios dulce, tranquila y casi continuamente; y cuando se adormilaba, no había más que hablarle de Dios para despertarlo, cosa que no podía conseguir ninguna otra palabra. Entre las devotas aspiraciones que le sugerían de vez en cuando, sentía especial devoción ante las palabras del Salmista: «Deus in adjutorium meum intende». Y a tal fin, se las repetían con frecuencia, y él respondía inmediatamente: «Domine, ad adjuvandum me festina». Y siguió haciendo así hasta el último suspiro. Imitaba así la piedad de los grandes Santos que habitaron en otro tiempo en el desierto: usaban con muchísima frecuencia jaculatorias, con cuya repetición continua trataban de manifestar su dependencia del soberano poder de Dios, la necesidad permanente de sus gracias y sus misericordias, su esperanza en la bondad de Dios y el amor filial, de que estaban animados sus corazones, que los impulsaba incesantemente a buscar a Dios, como a su bondadosísimo Padre, sin miedo a molestarle, con una grandísima y perfectísima confianza en su caridad más que paternal.

Un virtuosísimo Eclesiástico de la Conferencia de San Lázaro estaba aquellos días de Retiro en la misma casa. Honraba y quería mucho al Sr. Vicente, y recíprocamente el Sr. Vicente le tenía mucho aprecio y afecto. En cuanto supo la extrema gravedad del enfermo, fue a su habitación poco antes de que expirase, y le pidió la bendición para todos los Señores de la Conferencia que él había creado: le suplicó que les dejase su espíritu, y que obtuviera de Dios que su Compañía (de ellos) no viniera a menos en la virtud que él les había inspirado y comunicado. Le respondió el Sr. Vicente con su humildad habitual: «Qui coepit opus, ipse perficiet». E inmediatamente pasó dulcemente de esta vida a una mejor, sin estertores ni convulsión.

Fue el lunes, 27 de septiembre de 1660, a eso de las cuatro y media de la mañana, cuando Dios lo llevó a Sí, en el momento en que sus Hijos espirituales reunidos en la iglesia empezaban la oración mental para atraer a Dios sobre ellos. Sucedió el hecho en la misma hora y en el mismo momento en que, desde hacía cuarenta años, acostumbraba a invocar al Espíritu Santo sobre él y sobre los suyos, cuando ese Espíritu adorable llevó su alma de la tierra al cielo, como su santidad de vida, su celo por la gloria de Dios, su caridad por el prójimo, su humildad, su paciencia y todas las demás virtudes en cuya práctica había perseverado hasta su muerte nos dan motivos razonables para creer de la infinita bondad de Dios. Este fiel Siervo de la Divina Majestad pudo muy bien decir al morir, con humilde reconocimiento de sus gracias, a imitación del Santo Apóstol, que había combatido valerosamente, que había terminado santamente su carrera, que había guardado una fidelidad inviolable, y que sólo le quedaba recibir la corona de justicia de la mano de su Soberano Señor.

Después de exhalar el último suspiro, su cara no cambió nada: siguió con su dulzura y serenidad habitual, estando en la silla en la misma postura, como si estuviera dormido. Expiró sentado, y completamente vestido, y había permanecido así las veinticuatro últimas horas de su vida, porque los que lo atendían pensaron que en aquel estado era difícil tocarle sin causarle algún daño y sin acortarle la vida. Murió sin fiebre, y sin ningún fenómeno imprevisto. Dejó de vivir por puro agotamiento de la naturaleza, como una lámpara que se va apagando insensiblemente, cuando le falta el aceite. Su cuerpo no se puso rígido, sino que permaneció flexible y manejable, como lo estaba antes. Le abrieron y le encontraron muy sanas las partes nobles. Se le había formado en el bazo un hueso de la anchura de un escudo blanco (escudo de plata), y más largo que ancho, los médicos lo consideraron muy extraordinario; y podemos decir que se había formado por un particular influjo de la Providencia de Dios para con su Siervo. Porque como el bazo es por su naturaleza de materia fofa y esponjosa, que sirve de receptáculo al humor melancólico, cuando llega a rebosar, envía ordinariamente gran cantidad de vapores al cerebro, que ofuscan el entendimiento y llenan la imaginación de ilusiones, y a veces debilitan y hasta conturban completamente el juicio. Pero Dios, por haber destinado al Sr. Vicentea prestar tan grandes servicios a su Iglesia, parece que le quiso exceptuar de ese defecto, dando a aquella parte de su cuerpo una consistencia ajena a su naturaleza, para que su espíritu nunca estuviera sometido a falsas luces y engañosas apariencias. Y efectivamente, el Sr. Vicente estaba por encima de todas esas debilidades, y gozaba de un

juicio sano, que sabía discernir muy bien el bien del mal, lo verdadero de lo falso, y lo cierto de lo dudoso, como se ha visto en su modo de comportarse a lo largo de toda su vida.

Estuvo expuesto el día siguiente, 28 de septiembre, hasta el mediodía, tanto en el salón, como en la iglesia de San Lázaro, donde se celebró solemnemente el Servicio Divino, y a continuación el entierro. Estuvo presente el Sr. Príncipe de Conti con el Sr. Piccolomini, nuncio del Papa, arzobispo de Cesarea, y varios Prelados más, como también algunos de los párrocos de París, gran número de eclesiásticos y cantidad de religiosos de diversas órdenes. La Señora Duquesa de Aiguillon y otros Señores y Damas quisieron también honrar de igual manera su memoria con su presencia, así como el pueblo, que acudió en gran número. El corazón se guardó en un pequeño recipiente de plata que regaló la Duquesa para ese fin; y su cuerpo, colocado en un ataúd de plomo con otro de madera encima, fue sepultado en el coro de la iglesia de San Lázaro, y cubierto con un sepulcro. Sobre él sus Hijos han hecho grabar este epitafio:

«Hic jacet Venerabilis Vir Vincentius a Paulo, Presbyter, Fundator seu Institutor, et primus Superior Generalis Congregationis Missionis, necnon Puellarum Charitatis. Obiit die 27 septembris anni 1660, aetatis vero suae 85»

Los Eclesiásticos de la Conferencia de San Lázaro, a quienes el Sr. Vicente había congregado y dirigido durante tantos años, celebraron días más tarde un servicio solemnísimo en la iglesia de San Germán de Auxerre de París. Don Enrique de Maupas du Tour, anteriormente obispo de Puy, y en la actualidad de Évreux, que sentía una veneración y un afecto especialísimo por este gran Siervo de Dios, pronunció la oración fúnebre con tanto celo, erudición y piedad, que le escuchó con singular admiración y edificación todo el auditorio, compuesto por un gran número de Prelados, de Eclesiásticos, de Religiosos y de una increíble multitud de fieles. Pero no pudo decir todo lo que había proyectado, aunque estuvo hablando más de dos horas: la materia era tan amplia y tan vasta que, como lo confesó él mismo, tenía suficiente como para predicar durante toda una cuaresma

Varias iglesias catedrales, y entre otras la célebre metropolitana de Reims, han celebrado también Servicios solemnes, igual que muchas iglesias parroquiales y comunidades; y un gran número de personas particulares, tanto en París, como en otros sitios de Francia han querido ofrendar ese testimonio de las obligaciones que tenían con su caridad y ese agradecimiento por los servicios que había prestado a toda la Iglesia

Fin del Libro Primero

EXTRACTO DEL PRIVILEGIO DEL REY. pág.235

Por gracia y privilegio del Rey se autoriza a Florentino Lambert, comerciante librero de París, a imprimir o hacer imprimir, vender y distribuir en todo el Reino un libro titulado: «La vie du Vénérable Serviteur de Dieu, Vincent de Paul, Instituteur et premier Supérieur Général de la Congrégation de la Mission.- Par Messire Louis Abelly, Evesque de Rodez»; y con el tamaño, el tipo de letra y tantas veces como le parezca bien durante veinte años consecutivos. Con prohibición a todos los impresores, libreros y demás de imprimir, hacer imprimir, vender ni distribuir dicho libro, de la forma y manera y con el pretexto que sea, sin el consentimiento de dicho Lambert, o de los que ostenten su derecho, bajo la pena de confiscación de los ejemplares, de una multa arbitraria, de costas, perjuicios e intereses, como se ha hecho notar a lo largo de dicho privilegio, dado en París, el día 19 de mayo de 1664

Y el 22 de nuestro Reinado. Firmado BARDON

«Registrado en el libro del Gremio de Impresores y Comerciantes Libreros de esta ciudad el 19 de agosto de 1664»

E. MARTIN, síndico

Se acabó de imprimir por primera vez el 10 de septiembre de 1664

«Han sido depositados los ejemplares»

VIDA DEL VENERABLE SIERVO DE DIOSVICENTE DE PAULFUNDADOR Y PRIMER SUPERIOR GENERALDE LA CONGREGACION DE LA MISION

LIBRO SEGUNDO

Prefacio pág. 243

Aunque en el libro primero hemos hablado de las grandes obras en las que se ha manifestado el celo y la virtud del Sr. Vicente, a veces sólo lo hemos podido hacer muy sucintamente para no interrumpir, con digresiones demasiado frecuentes y demasiado extensas, el relato de la vida de este santo varón. Por eso hemos juzgado necesario presentar una narración más amplia y una reseña más pormenorizada en este Libro segundo, para que el Lector no quede privado del consuelo y de la utilidad espiritual que podía sacar de su lectura. Por ella se verá impulsado a admirar la forma de actuar de la sabiduría de Dios en la santificación y la salvación de grandísimo número de almas, y a agradecer a su Bondad por la abundante efusión de gracias que quiso hacer en este siglo por el ministerio de su fiel siervo, y, finalmente, a sacar diversos temas de edificación y también de imitación en las ocasiones que se puedan presentar al llevar a cavo obras parecidas. El camino de los santos, según el testimonio de la Escritura, crece como la luz hasta el día perfecto, que ilumina a los que quieren seguirla; está perfumada con la fragancia de Jesucristo, difundida por su virtud, que consuela y fortalece a los que andan sobre los pasos de ellos. Y es alabar perfectamente a Dios, como El quiere serlo en sus santos, evocar con el recuerdo de El los hermosos actos de la vida de los santos, estudiar sus virtudes, entrar en los sentimientos de su piedad, imitar los ejemplos que nos han dejado, continuar las obras empezadas por ellos, y esforzarse, en unión de una perfecta caridad, por rendir a Dios sobre la tierra la misma gloria que le rinden y rendirán eternamente en el cielo.

Ciertamente este libro segundo podrá parecer un poco más extenso, y a los que aman la brevedad no les gustará, para empezar, su extensión y la largura de algunos capítulos. Pero si quieren considerar un poco la clase de temas que aquí se tratan y el fin propuesto al escribirlo, sabrán dispensarnos por haber obrado de esta manera.

Tratamos de dar a conocer más al detalle las grandes obras hechas por Dios por medio del Sr. Vicente, los motivos que Dios le inspiró para ejecutarlas, los medios de los que se sirvió para acabarlas, y los grandes frutos conseguidos, tanto para invitar al lector a dar gracias y glorificar a Dios, como para presentarle diversas posibilidades de hacer algo parecido en las coyunturas que pudieran presentársele, cuando se trate de prestar los mismos servicios a Dios, y los mismos favores al prójimo. Pues bien, seguramente, eso no se podía hacer sino desarrollando los detalles y particularidades que hemos juzgado dignos de ser destacados. De ahí podrán extraer indudablemente mucha más luz que si las cosas sólo estuvieran relatadas de modo general.

Sin embargo, si alguno no dispusiera de tiempo, o no quisiera tomarse la pena de leer lo que se encuentra en este Libro segundo, y sólo quiere ver la historia escueta de la vida y de las virtudes del Sr. Vicente, le bastará con leer los Libros primero y tercero para quedar totalmente satisfecho.

CAPITULO PRIMERO pág. 245

MISIONES DEL SEÑOR VICENTE

SECCION I pág. 246: De las misiones en general

No es necesario que hagamos aquí un largo discurso para hacer ver al lector la necesidad o la utilidad de las misiones llevadas a cabo por el Sr. Vicente y los suyos.

La experiencia, desde que empezaron hace más de cuarenta años, la ha dado a conocer suficientemente. Y si todavía alguno no estuviera plenamente persuadido de eso, no tienen más que ver a un lado el estado deplorable en que se hallaban antes de ese tiempo la mayor parte de los pueblos, y, particularmente, los del campo, que parecían estar sepultados en las tinieblas de una profunda ignorancia de las cosas de su salvación, y como consecuencia, sumergidos en toda clase de vicios; y al otro, los saludables efectos producidos por las misiones del Sr. Vicente y las conversiones admirables logradas por medio de dichas misiones. Seguramente que se verá obligado a reconocer y a confesar, que la mano de Dios estaba con su fiel siervo, y que entre otros excelentes medios externos para la salvación de las almas, su misericordia ha querido particularmente usar, en este último siglo, las misiones, como uno de los más eficaces y más excelentes, y sobre el que Dios ha querido derramar con mayor abundancia sus divinas bendiciones.

He aquí lo que un sacerdote de condición y de virtud, que había asistido y también trabajado en una misión en una población importante de la provincia de Anjou, escribió a este propósito, hace más de veinte años, al Sr. Vicente:

«Entre las personas —le dice— que han hecho confesión general, le puedo asegurar que hemos hallado más de mil quinientas que no habían hecho nunca una buena (confesión); y que, además de eso, en su mayor parte estaban encenagadas en pecados enormes por espacio de diez, de veinte y de treinta años. Y que han manifestado ingenuamente, que nunca se habrían confesado con sus pastores o confesores ordinarios. La ignorancia que hemos encontrado es grandísima; pero aún había más malicia; y la vergüenza que tenían para manifestar sus pecados llegaba hasta el punto de que algunos de ellos no podían decidirse a declararlos sino en las confesiones generalas que hacían con los misioneros. Mas, por fin, apremiados por lo que oían en los sermones y en los catecismos, se han rendido, y han confesado sin titubear sus faltas con gemidos y

lágrimas».

Un gran prelado, cuya memoria es bendita, Don Santiago Lescot, obispo de Charter, escribiendo al Sr. Vicente sobre el tema de las misiones el año 1647, le habla en estos términos:

«No puedo recibir una noticia más grata ni más provechosa que la que usted me da, que desea que continúen las misiones en la diócesis, si me parece oportuno. No hay ninguna diócesis en Francia de la que usted pueda disponer más libremente; y no sé si habrá alguna en la que las misiones puedan ser más útiles y necesarias, al ver la extraña ignorancia que observo en mis visitas y que causa horror. No quiero decir nada sobre el tiempo, el lugar y las circunstancias. Lo dejo todo en sus manos, diciéndole lo que decía Abraham: Ecce universa coram te sunt.Soy de verdad y con todo el corazón, su...» etc

Otro prelado, a quien no nombramos porque todavía vive, escribiéndole al Sr. Vicente el año 1651 sobre ese mismo asunto:

«La misión —le dice— es uno de los mayores bienes y más necesarios que yo conozco, porque en el pobre pueblo reina la mayor ignorancia del mundo, y si usted pudiera ver cómo es la que existe en mi diócesis, se movería a compasión. Puedo decirle con toda verdad, que la mayor parte de los católicos son sólo de nombre, y únicamente porque lo eran sus padres, y no por saber lo que es ser católico. Y esto es lo que nos llena de aflicción, especialmente al no poder poner orden alguno en la diócesis, porque aquellos a quienes les desagrada este orden no se muestran tan contentos de ir al sermón como de ir a misa».

El Sr. Vicente estaba demasiado convencido por su propia experiencia de la extrema necesidad que los pueblos tenían de instruirse en las cosas necesarias para la salvación, y de estar preparados para hacer una confesión general. Y como era en las misiones cuando se les ofrecían esos servicios caritativos con más fruto y más éxito, ésa era la causa por la que el Sr. Vicente se entregaba a ellas con todo su poder, y a las que solía invitar y orientar, en cuanto podía, a todos los que veía aptos para trabajar en ellas tanto de la Congregación como de otras. Vamos a presentar en el párrafo siguiente el sumario de un pequeño discurso familiar, que dirigió un día a los suyos sobre este tema; en él se podrá ver cuáles eran sus ideas acerca de la necesidad y de la utilidad de las misiones

§. I Notables palabras del Sr. Vicente sobre las misiones

«Tenemos la obligación —dijo, hablando cierto día a los de su Compañía— de trabajar en la salvación de la pobre gente del campo, porque Dios nos ha llamado para eso. Y san Pablo nos invita a andar en nuestra vocación y a corresponder a los eternos designios que Dios tiene para nosotros. Pues bien, este trabajo es el principal de nuestra Congregación; todo la demás es accesorio. Porque no hubiéramos trabajado nunca en los Ordenandos ni en los Seminarios de los eclesiásticos, si no hubiéramos pensado que era

necesario, para mantener a los pueblos en buen estado y para conservar el fruto de las misiones, actuar de forma que hubiera buenos eclesiásticos en ellos, imitando en eso a los conquistadores, que dejan guarniciones en las plazas que han tomado, por miedo a perder lo que habían conquistado con tantas dificultades. ¿No somos felices, hermanos míos, por realizar ingenuamente la vocación de Jesucristo? Porque ¿quién manifiesta mejor la forma de vida que Jesucristo tuvo en la tierra que los misioneros? No lo digo sólo de nosotros; también me refiero a los grandes Obreros apostólicos de diversas órdenes, que dan misiones dentro y fuera del Reino. Ellos son los grandes misioneros, nosotros sólo somos su sombra. Miren cómo se trasladan a las Indias, al Japón, al Canadá, para tener terminada la obra que Jesucristo empezó, y que no ha abandonado desde el primer instante en que fue dedicado a ella por voluntad de su Padre. Pensemos que nos dice en nuestro interior: ¡Adelante, misioneros! ¡Id a donde yo os envío! ¡Ahí tenéis a las pobres almas que os están esperando, y cuya salvación depende en parte de vuestras predicaciones y de vuestras catequesis!. ¡Eso es, Hermanos míos, lo que debemos considerar con detenimiento, porque Dios nos ha destinado para trabajar en tal tiempo, en tales sitios, y por tales personas! Es así como destinaba El a sus profetas para ciertos lugares y para ciertas personas, y no quería que fueran a otro sitio. Pero, ¿qué responderíamos a Dios, si sucediera que, por nuestra ausencia, alguna de esas pobres almas murieran y se perdieran? ¿No sería motivo para echarnos en cara, porque seamos en cierto modo la causa de su condenación, por no haberlas asistido como podíamos? Y ¿no deberíamos temer que se nos pidiera cuenta en el momento de nuestra muerte? Por el contrario, si correspondemos fielmente a las obligaciones de nuestra vocación, ¿no tenemos motivos para esperar que Dios nos aumentará de día en día sus gracias, que multiplicará cada vez más la Compañía, y le dará hombres con tales disposiciones como convienen para trabajar con su espíritu, y que El bendecirá todos nuestros trabajos? Y, en fin, todas esas almas que conseguirán la salvación eterna por medio de nuestro ministerio, atestiguarán ante Dios en favor de nuestra fidelidad a nuestras funciones».

«¡Qué felices serán los que a la hora de la muerte vean cumplidas en ellos las hermosas palabras de Nuestro Señor: Evangelizare pauperibus misit me Domi nus. Vean, Hermanos míos, parece que Nuestro Señor nos quiere manifestar con esas palabras que una de sus principales obras ha sido trabajar por los pobres. Pero, desgraciados de nosotros, si nos hacemos perezosos en servir y socorrer a los pobres, porque, después de haber sido llamados por Dios y habernos entregado a El para eso, en cierta manera, El descansa en nosotros. Recuerden las palabras de un santo Padre: Si non pavisti, occidisti,que ciertamente se refieren al alimento corporal, pero que pueden aplicarse al espiritual con tanta verdad y aún con más razón. Piensen si no tendríamos motivos para temblar, si falláramos en ese punto; y, si, a causa de la edad, o bien, con el pretexto de alguna dolencia o indisposición, llegáramos a reducir y a perder nuestro primer fervor. En cuanto a mí, a pesar de mi edad, no estoy dispensado de la obligación de trabajar en el servicio de los pobres. Porque, ¿quién podría impedirlo? Si no puedo predicar todos los días, predicaré dos veces por semana; y si no tengo fuerzas suficientes para hacerme oír en las grandes iglesias, hablaré en las pequeñas; y si no tuviera bastante voz ni para eso, ¿quién me impedirá hablar sencilla y familiarmente a la buena gente, como estoy

hablando ahora, permitiéndoles acercarse y ponerse en torno a mí como están ustedes? Conozco a ancianos que en el día del juicio final podrán levantarse contra nosotros y, entre otros, a un buen padre Jesuita, todo un santo, que, después de predicar varios años en la Corte, a los sesenta años padeció una enfermedad que lo puso a morir. Dios le dió a conocer cuánta vanidad e inutilidad había en la mayor parte de aquellos sermones estudiados y pulidos, que constituían sus predicaciones, de forma que empezó a sentir remordimientos de conciencia. A causa de eso, en cuanto recobró la salud, pidió y obtuvo de sus superiores permiso para ir a catequizar y exhortar familiarmente a los pobres del campo. Empleó veinte años en aquellos caritativos trabajos, y perseveró en ellos hasta la muerte; y estando para expirar, suplicó una gracia que fue que enterraran junto con su cuerpo una varita que usaba en la catequesis, para que, decía, aquella varita fuera testigo de cómo había abandonado los trabajos de la Corte para servir a Nuestro Señor en la persona de los pobres del campo».

«Alguno de los que tratan de vivir mucho tiempo pudiera quizás temer que el trabajo de las misiones podría abreviar el número de sus días y adelantar la hora de su muerte, y por eso trataría de eximirse de ellas, en cuanto le fuera posible, como de una desgracia que tenía motivos de temer. Pero yo le preguntaría a ese tal que tuviera semejante pensamiento: ¿es una desgracia para quien viaja por un país extranjero avanzar en su camino, y acercarse a su patria? ¿Es una desgracia para los que están navegando acercarse al puerto? ¿Es una desgracia para un alma fiel ir a ver y poseer a su Dios? Finalmente, ¿es una desgracia para los misioneros ir lo antes posible a disfrutar de la gloria que su Divino Maestro les ha merecido con sus sufrimientos y con su muerte? ¿Qué? ¿Se tiene miedo a que suceda una cosa, que no sabríamos desear bastante y que siempre sucede demasiado tarde?»

«Pues bien, lo que digo aquí a los Sacerdotes, lo digo también a los que no lo son, lo digo a todos nuestros Hermanos. ¡No, Hermanos míos! No crean, porque no están dedicados a la predicación, que están por eso libres de la obligación que tenemos de trabajar en la salvación de los pobres, porque ustedes lo pueden hacer a su manera, quizás tan bien como el mismo predicador, y con menos peligro para ustedes. Están obligados por ser miembros de un mismo cuerpo que nosotros. Exactamente igual que todos los miembros del Sagrado Cuerpo de Jesucristo han cooperado, cada cual a su manera, a la obra de nuestra Redención; porque, si la cabeza de Jesucristo ha sido agujereada por las espinas, los pies también han sido perforados con clavos, que le sujetaban a la cruz. Y si después de la resurrección esta sagrada Cabeza fue recompensada, los pies también han participado en esa recompensa, y han compartido con ella la gloria, con la que ha sido coronada»

§. II Ideas del Sr. Vicente acerca de las virtudes más necesarias para los misioneros, y sobre su forma de predicar

Como este gran siervo de Dios estaba lleno de un espíritu verdaderamente apostólico, podría saber bien cuáles eran las virtudes más convenientes y necesarias a los

misioneros, puesto que él las poseía todas en grado eminentísimo, y las había practicado perfectísimamente, como se verá en el libro tercero de esta obra. Pero no tanto como efecto de su razonamiento como por su propia experiencia, decía que, entre todas las virtudes, los misioneros estaban necesitados de una profunda humildad y de una gran desconfianza en sí mismos, para no atribuir a su habilidad, ni a su trabajo la conversión de las almas y los éxitos de sus misiones; sino que debían atribuir fielmente toda la gloria a Dios, no quedándose con nada para sí, salvo la confusión de sus defectos y de sus fallos. Creía también que debían tener mucha fe y una perfecta confianza en Dios, para no dejarse llevar por el desánimo en las penas y contrariedades, y no desalentarse por las dificultades que hallaran en sus actividades; una gran caridad y un celo ardentísimo por la salvación de las almas, para ir a buscarlas y a socorrerlas y servirlas; una gran mansedumbre y paciencia para atraerlas y aguantarlas; una gran sencillez y prudencia para conducirlas directamente a Dios; un gran desprendimiento de las cosas de la tierra para estar más libres en los trabajos iniciados por Dios, y más propios para inspirar a los demás el amor a los bienes del cielo; una continua mortificación de cuerpo y de espíritu, para que los movimientos de la naturaleza no impidan en ellos la actuación de la gracia; una gran indiferencia en todo lo referente a los trabajos, lugares, cosas y personas, para pretender hacer en todo sólo la voluntad de Dios, de forma, que los que hablan en público, estén siempre dispuestos a consentir de buena gana que otro le sustituya en su lugar, y ocupe su vez durante la misión, si es ésa la voluntad del superior. Y a este propósito mandaba especialmente a sus misioneros, que dieran la preferencia a los religiosos y a otros predicadores que encontraran en las parroquias, sobre todo, cuando tenían Vía Crucis, cediéndoles gustosamente la palabra de la predicación y mostrándoles toda clase de muestras de respeto. Finalmente, quería que sus misioneros fueran personas de oración y ejemplares, porque pensaba que con ese medio conseguirían más fruto que con toda la ciencia y la elocuencia que hubiera podido emplear. La oración atrae sobre ellos abundantes gracias y unción interior, y el buen ejemplo prepara a las almas para recibir bien lo que ellos iban a comunicar, después de recibirlo de Dios.

En cuanto a la forma de predicar en las misiones, veamos lo que el Sr. Vicente escribió a uno de sus sacerdotes el año 1633:

«He sabido por varias personas —le dice— la bendición que la bondad de Dios ha querido derramar sobre la misión de N. Me he quedado muy consolado por ello; y para que reconozcamos que esa gracia tan abundante viene de Dios, y solamente es concedida a los humildes, los cuales reconocen que todo el bien que se hace por medio de ellos viene de Dios, le pido con todo mi corazón que les conceda cada vez más el espíritu de humildad en todas sus funciones, porque ustedes deben creer con toda seguridad que Dios les quitará esa gracia desde el momento en que admitan en sus almas algo de vana complacencia, atribuyéndose lo que pertenece solamente a Dios. ¡Humíllese, pues, mucho señor!, pensando en Judas que había recibido unas gracias más excelentes que usted; y que producían mayores efectos que las suyas; y que, a pesar de todo, se perdió. Y ¿qué le aprovechará al mayor predicador del mundo, y dotado de los mayores talentos, haber hecho resonar sus predicaciones con aplausos por toda una provincia, y hasta haber

convertido a varios miles de almas para Dios, si, a pesar de todo eso, llega a perderse?»

«No le digo todo esto, señor, por alguna razón especial que tenga yo para temer esa vana complacencia ni en usted ni en N., su compañero de trabajo; sino para que, si el demonio les ataca por ese lado, como seguramente lo hará, le dediquen mucha atención y fidelidad para rechazar sus sugestiones, y para honrar la humildad de Nuestro Señor. Estos días tenía como tema de mi charla la vida ordinaria que Nuestro Señor quiso llevar en la tierra. Y veía que había amado tanto aquella vida común y humilde de los demás hombres, que para acomodarse a ella se rebajó cuanto pudo, hasta ella, (¡Qué cosa más maravillosa y que sobrepasa toda la capacidad del entendimiento humano!) que, aunque era la sabiduría increada del Padre Eterno, sin embargo, había querido predicar su doctrina con un estilo mucho más bajo y más despreciable que el de los ángeles. Vea usted, se lo ruego, cómo fue el estilo de su predicación, y compárelo con las Epístolas y predicaciones de san Pedro, de san Pablo y de los demás Apóstoles. Parece que el estilo usado por El es el de un hombre de poca ciencia, y que el de los Apóstoles parece como de personas que tienen mucha más ciencia que El. Y lo que todavía es más de admirar, El quiso que sus predicaciones causaran mucho menos efecto que las de los Apóstoles, porque vemos en el Evangelio que se ganó a los Apóstoles y sus discípulos, casi de uno en uno, y eso con mucho trabajo y fatiga. Y vemos que san Pedro convirtió a cinco mil ya en su primera predicación. Ciertamente, eso me ha dado más luz y más compresión, eso me parece, de la grande y maravillosa humildad del Hijo de Dios, que ninguna otra consideración que haya podido tener sobre este asunto».

«Todos los días decimos en la santa misa las palabras in spiritu humilitatis, etc. Pues bien, un santo varón me decía el otro día, que así lo habían aprendido del bienaventurado obispo de Ginebra, que ese espíritu de humildad, que solemos pedir a Dios en todas nuestra eucaristías, consiste principalmente en mantenernos en una continua atención y disposición de humillarnos sin cesar, en toda ocasión, tanto interior como exteriormente. Pero, señor, ¿quién puede darnos ese espíritu de humildad? Será nuestro Señor, si se lo pedimos, y si nos hacemos fieles a su gracia, y cuidadosos en practicar sus actos. Hagámoslo así, se lo suplico, y tratemos para eso de acordarnos uno del otro, cuando pronunciemos esa misma palabra ante el santo altar. Así lo espero de su caridad»

Y hablando una vez a los Sacerdotes de su casa sobre este mismo asunto

«Es preciso —les decía—, que la Compañía se dé a Dios para explicar con comparaciones familiares las verdades del Evangelio, cuando se trabaja en las misiones. Tratemos pues de acomodar nuestro estilo de hablar a este método, imitando a Nuestro Señor que, como dice el evangelista, Sine parabolis non loqueba tur ad eos.Usemos sobriamente en nuestra predicaciones los párrafos de autores profanos, y, aún entonces, que sirvan de trampolín para la Sagrada Escritura».

También recomendaba a sus misioneros que no se dejaran llevar de un fervor excesivo en su predicación, y que no elevaran tanto la voz, sino que hablaran al pueblo

sencillamente, y a media voz, tanto para que le aprovechara mejor al auditorio, que entonces atiende más a gusto y recibe mejor lo que se le dice, como también para economizar fuerza y salud. Porque al tener que predicar muy a menudo, y casi todos los días durante una buena parte del año, y en ocasiones hasta dos veces por día, quedarían reducidos a la impotencia, si continuaran de esa forma; si a fuerza de gritar, echaran a perder la voz y la salud. He aquí lo que se le escribió cierto día a uno de sus sacerdotes:

«Me han advertido —le dice— que hace usted demasiados esfuerzos cuando habla al pueblo, y que eso le debilita mucho. En nombre de Dios, señor, cuide su salud y modere su palabra y sus sentimientos. Ya le he dicho en otra ocasión que Nuestro Señor bendice las predicaciones que se hacen hablando a media voz y familiarmente, porque El enseñó y predicó de esa forma, y que esa manera de hablar, como es la natural, es también más cómoda que la otra, que resulta forzada, y que al pueblo le gusta más y le aprovecha mejor. Créame, señor, que los comediantes así lo han reconocido, y han cambiado su forma de hablar, y no recitan ya sus versos con un tono elevado, como hacían antes; ahora lo hacen a media voz, y como hablando familiarmente a sus oyentes. Cierta persona, que había sido actor me lo decía uno de estos días. Pues si el deseo de agradar más al mundo ha podido influir en los actores de teatro, ¿qué motivo para su confusión no tendrán los predicadores de Jesucristo, si el deseo y el celo de procurar la salvación de las almas no tuviera el mismo poder en ellos?".

«Por lo demás, he sentido mucho que en lugar de hacer el gran catecismo por las tardes, usted haya predicado sermones en su misión. Cosa que no debe hacerse. 1. Porque el predicador de la mañana puede tener dificultades en la segunda predicación. 2. Porque el pueblo tiene mayor necesidad de ese catecismo, y saca de él mayor provecho. 3. Porque al predicar ese catecismo me parece que hay en cierto modo mayor ocasión de honrar la forma que usaba nuestro Señor Jesucristo para enseñar y para convertir el mundo. 4. Porque ésa es nuestra costumbre, y nuestro Señor ha querido conceder grandes bendiciones a esa práctica, ya que en ella encontramos más ocasiones para practicar la humildad»

§. III Orden que el Sr. Vicente observaba y que quiso fuera observado por los suyos en las misiones

Puesto que todas las cosas que vienen de Dios están ordenadas según nos enseña el santo Apóstol y que el orden, como también lo afirma san Agustín, nos lleva a Dios, las misiones, como son obras de la gracia divina para ayudar a las almas a volver a Dios cuando están separadas de El por el pecado, deberían realizarse, por eso mismo, con orden y cada grupo de misioneros debería ser como una compañía de soldados bien disciplinados, o como un pequeño ejército bien ordenado, que por su buen orden se hace terrible y formidable para los enemigos de Jesucristo.

Esa es la razón por la que el Sr. Vicente ha puesto desde el principio un orden en sus misiones, que ha querido que se observara por todos los suyos de la forma siguiente.

En primer lugar, los misioneros no van a trabajar a las misiones, sea donde sea, sin una orden escrita del Sr. obispo de la diócesis, para presentarla a los Sres. párrocos; antes de empezar cualquier función deben obtener de ellos el consentimiento, y recibir su bendición, o en su ausencia, la de sus vicarios. Y en caso de que se la negaran, los misioneros se vuelven despidiéndose humildemente de ellos, para imitar y honrar así la conformidad de nuestro Señor, cuando fue rechazado en semejantes circunstancias, tal como lo cuenta el Evangelio.

Una vez obtenido el mandamiento del obispo y el consentimiento del párroco en cuya parroquia se va a dar la misión, un sacerdote hará la apertura un día de fiesta o un domingo con un sermón que, de ordinario, será por la mañana, para informar a los habitantes sobre la próxima llegada de los misioneros y del servicio que desean prestarles, y para exhortarlos a la penitencia, y prepararlos para hacer buenas confesiones. Y el mismo día, después de vísperas, ordinariamente predica otro sermón más para enseñarles la forma de hacer buenas confesiones y, especialmente, de examinarse bien, explicándoles brevemente los pecados más ordinarios, que se cometen contra los Mandamientos de Dios, o bien, alguna otra predicación breve para animarlos aún más a confesarse.

Unos días más tarde, después que hayan llegado los otros misioneros destinados a trabajar en aquella parroquia, comienzan a actuar en los actos y las funciones ordinarias de las misiones, que consisten principalmente en predicar los catecismos grandes y pequeños, oír confesiones, mediar en las reconciliaciones y arreglos de los causantes de enemistades o discordias, visitar y consolar a los enfermos, corregir fraternalmente a los pecadores impenitentes, poner remedio, en cuanto cabe, a los abusos y desórdenes públicos, y generalmente consagrarse a todas las obras de misericordia y caridad espiritual que sean convenientes, cuyas ocasiones la Providencia se encargará de proporcionar, pero sin olvidar los actos propios y particulares de la oración mental, del oficio divino en común, del santo sacrificio de la misa, los exámenes generales y demás actos espirituales parecidos

Tienen también todas sus horas regladas, tanto para levantarse, acostarse, la comida, la meditación, la misa, el oficio divino y otros actos que ya hemos indicado, como para las predicaciones, catequesis, confesiones y otras funciones propias de la misión a las que se aplican con asiduidad.

Ordinariamente todos los días hacen tres clases de actos públicos, a saber: una predicación muy de mañana, para que la pobre gente del campo pueda asistir a ella sin desatender a sus trabajos acostumbrados; el pequeño catecismo a determinada hora después del mediodía, y el gran catecismo, al anochecer, a la vuelta del trabajo.

Los temas más habituales de las predicaciones, además de las dos que se tienen en la apertura de la misión (de las que ya hemos hablado) son las partes, más al detalle, de la Penitencia, de las postrimerías del hombre, de la enormidad del pecado, de los rigores de

la justicia de Dios para con los pecadores, del endurecimiento del corazón, de la impenitencia final, de la mala vergüenza, de las recaídas en el pecado, de la maledicencia, de la envidia, de los odios y las enemistades, de los juramentos y las blasfemias, de la intemperancia en la bebida y en la comida, y de otros pecados parecidos que comete más ordinariamente la gente del campo; como también, de la penitencia, del buen uso de las tribulaciones y de la pobreza, de la caridad, del buen empleo del día, de la manera de rezar bien, de frecuentar dignamente los sacramentos, de asistir devotamente al santo sacrificio de la misa, de la imitación de nuestro Señor, de la devoción a la Santísima Madre, de la perseverancia, y de otras virtudes parecidas y buenas obras propias de las personas campesinas.

Se cambian el orden y los temas de las predicaciones, según las circunstancias y las necesidades; y se acortan o alargan otras, según que la misión sea más o menos corta; y su duración se regula según el tamaño de los poblados, el número y la preparación de las personas. De ordinario se prolonga hasta que todos los habitantes del lugar, mayores y pequeños, estén suficientemente instruidos y puestos en estado de salvarse por medio de confesiones generales a las que se les suele invitar tanto como se pueda.

En cuanto al gran catecismo, que se predica al anochecer, las materias ordinarias son: en primer lugar, la explicación de los misterios principales de la religión, a saber: la Santísima Trinidad, Encarnación del Hijo de Dios y el santísimo Sacramento del altar; además de los Mandamientos de Dios, de los de la iglesia, y también de los Sacramentos, de los artículos de fe, de la oración dominical y de la salutación angélica. Todo ello en proporción con la duración de la misión, como ya hemos dicho al hablar del tema de las predicaciones de la mañana. Y si la misión no dura co mo para explicar todas esas cosas, se reduce a las más importantes y necesarias, que se enseñan breve y familiarmente, según el alcance de los oyentes.

El gran catecismo se predica, como ya lo hemos dicho, a eso del anochecer desde el púlpito para mayor comodidad de los oyentes; y se comienza ordinariamente con una recapitulación del anterior catecismo. Sobre él, durante algo menos de un cuarto de hora, se hacen algunas preguntas a los niños, e inmediatamente se explica el tema que se va a tratar, y después de esa explicación, a la que se da un poco de más extensión, se sacan de ella algunos frutos y algunas consecuencias morales para juntar la enseñanza y la edificación de los oyentes.

El catecismo pequeño se tiene a una determinada hora después del mediodía para enseñar a los niños. El primer día se comienza con una breve exhortación familiar, con la que se les invita a que asistan, y se les dan los avisos necesarios para portarse bien en la misión. Y después, los días siguientes se les explican las verdades de la fe, de los principales misterios de nuestra religión, de los Mandamientos de Dios y de las demás materias que se tratan en el gran catecismo. Pero todo familiar y de modo adaptado al alcance de su corto desarrollo intelectual. El catecismo pequeño se hace sin subir al púlpito; se da el catecismo entre los niños. Al final, se les hace cantar los Mandamientos

de Dios para inculcarlos mejor en su memoria.

Al final de la misión se cuida de modo especial la preparación de los niños que aún no han recibido el Santísimo Sacramento y que se cree que ya son capaces de recibirlo, para que hagan su primera Comunión; y además de las enseñanzas particulares que se les hicieron durante la misión, se les añade una exhortación más la víspera de la Comunión para prepararlos mejor, y otra, inmediatamente antes de comulgar en presencia del Santísimo Sacramento para excitarlos a una mayor devoción y reverencia al adorable Misterio. Y después de vísperas se organiza una procesión solemne. En ella se lleva el santísimo Sacramento, los niños que han hecho la primera comunión asisten a la procesión y van de dos en dos con el pueblo detrás. Y a la vuelta de la procesión, se tiene otra breve exhortación a los niños y al pueblo, y, finalmente, como acción de gracias y conclusión de la ceremonia, se canta el «Te Deum laudamus». Y algunas veces, al día siguiente, muy temprano, se canta una misa de acción de gracias. Al final de ella, se predica sobre la perseverancia, si es que no se habló de ella algún día antes. Todavía está vigente la costumbre, introducida por el Sr. Vicente en las misiones, de fundar, cuando se ve posible dadas las circunstancias del lugar, la Cofradía de la Caridad, constituida por mujeres y muchachas para asistir corporal y espiritualmente a los enfermos pobres; y, para eso, cuando está para acabarse la misión, se dan unos avisos especiales sobre el tema de la caridad para con los pobres, y de los reglamentos y actos ordinarios de la Conferencia

Cuando los confesores han quedado ya libres al final de la misión, se dedican a confesar a todos los niños que todavía no han alcanzado la edad propia para comulgar, pero que ya tienen suficiente discernimiento para cometer pecados y ofender a Dios. Para prepararlos a ese sacramento y enseñarles a confesarse bien, se les dan algunas lecciones particulares, proporcionadas a su alcance. Con ellas se trata de poner remedio a dos abusos que había tiempo atrás en la mayor parte de las parroquias del campo: uno es que en algunos lugares les hacían confesarse a los niños públicamente y todos juntos; y en otros no les hacían confesarse nunca, sino en edad de comulgar

Finalmente, durante el tiempo de la misión, se visita a menudo a los enfermos, y, sobre todo, a los pobres, procurándoles, en cuanto se pueda, toda clase de ayudas corporales y espirituales, y preparándoles y ayudándoles a hacer buenas confesiones con el fin de asegurar mejor su salvación.

Visitan también a los maestros y maestras de escuela, y les dan las lecciones y los consejos necesarios para desempeñar dignamente su oficio, y para encaminar a los niños a la virtud, y a inspirarles la piedad.

También se da una cosa que el Sr. Vicente observaba en las misiones, y que quería fuera observada con exactitud por los suyos, a saber, que dieran sus enseñanzas y prestaran todos los servicios, de los que ya hemos hablado, gratuitamente y sin ser en absoluto gravosos para las personas a las que se les ofrece el servicio caritativo,

exceptuando simplemente el alojamiento y utensilios necesarios, que no se pueden llevar con comodidad. Los sacerdotes de su Congregación siempre han observado esos detalles.

Además de todas esas funciones que se practican con las personas seglares, el Sr. Vicente quería también que sus misioneros se dedicaran, como ya lo hacen, durante el tiempo de sus misiones, a prestar los servicios que puedan a los eclesiásticos de los lugares donde trabajan, especialmente por medio de Conferencias espirituales, en las que tratan con ellos acerca de las obligaciones de su estado, de los defectos que principalmente deben evitar, de las virtudes que están obligados a practicar, y que los hacen más aptos y más preparados, y de otros temas parecidos.

Ya desde el principio, como ya lo hemos dicho, el Sr. Vicente era muy asiduo en dar misiones, al ver la necesidad de esa caritativa ocupación, y el gusto que sentía el pueblo en aprovecharse de ellas, de forma que, cuando se veía obligado a volver a París, le parecía, así lo dijo varias veces, que «las puertas de la ciudad debían caérsele encima», tantos eran sus escrúpulos por dedicarse a otras cosas, que no a la salvación de aquellas pobres almas, que se perdían por carecer de asistencia.

Pero, cuando reconoció por propia experiencia que aquella ocupación, muy penosa por cierto y que, además, disipa mucho el alma, no se puede continuar sin sufrir alguna relajación, decidió conceder cada año algún tiempo de descanso a los Obreros dedicados a las misiones. Y le pareció que el tiempo más propio era el de la recolección y la vendimia, porque los campesinos están tan ocupados en recoger la cosecha, que no pueden, sin un contratiempo notable, asistir a los actos de la misión. Dedicó, pues, esa época tanto para dar tiempo a los misioneros para estudiar, componer y preparar las materias que deben predicar y enseñar en las misiones siguientes, como para darles también medios, después de haber servido a los demás, para trabajar para ellos mismos y en su propia perfección, dedicándose con más desahogo y tranquilidad al recogimiento y a la oración, igual que nuestro Señor hacía con sus apóstoles, cuando un día estando ya de vuelta de los lugares por donde los había mandado a predicar, y después de contarle lo que habían hecho, les dijo: «Venite seorsum in desertum locum, et requiescite» Marc.6 «Venid un poco a un lugar solitario, para estar allí durante algún tiempo descansando tranquilamente». Y eso es lo que el Sr. Vicente procuraba a sus miembros durante las vacaciones espirituales que les hacía tomar. Buena parte de ellas las empleaban en hacer los actos del Retiro, las confesiones anuales y la renovación de su interior. Porque a las personas que se dedican a la salvación de los demás y a las funciones apostólicas les sucede lo que a los relojes, que, según van sirviendo al público, se les van bajando las pesas, y se paran. Por eso necesitan de un cuidado especial para reparar la pérdida que causa la disipación externa con la práctica del recogimiento interior. Y el Sr. Vicente para eso les decía a veces:

«que la vida de un misionero debía ser la vida de un cartujo en casa y de un apóstol en el campo, y que, cuanto más cuidadosamente trabaje en su perfección interior, tanto más fructuosos serán sus actividades y sus trabajos en el bien espiritual de los demás".

Y en una carta que escribió el año 1631 a uno de sus sacerdotes, hablándole del mismo tema: *«Llevamos —dice— una vida casi tan solitaria en París como la de los cartujos, porque no predicamos, ni catequizamos, ni confesamos en la ciudad, casi nadie se preocupa de nosotros, y tampoco nosotros nos preocupamos de nadie. Y esta soledad nos hace desear el trabajo del campo y el trabajo en la soledad»*

§. IV Consejos del Sr. Vicente a sus misioneros referentes a la forma de actuar con los herejes en las misiones

Así como se encuentran con frecuencia herejes en los sitios donde se dan misiones, particularmente en ciertas provincias, como las de Guyena, Languedoc, Poitou, etc., donde la cizaña se ha extendido más que en otras partes; así, el Sr. Vicente, cuya caridad no conocía límites, y que se preocupaba de la salvación de esos descarriados con tanto afecto como de las de los demás, quería que los de su Compañía se dedicaran, según sus posibilidades, en las misiones a procurar la conversión de los herejes con quienes se tropezaban. Pero para tener éxito les prescribía varias normas que la experiencia le había dado a conocer como muy convenientes para ese fin.

Estaba persuadido de que las discusiones y las disputas en materia de religión, y especialmente las que se llevan a cabo con acritud y palabras mordaces, eran en absoluto impropias para convertir herejes. Por eso a los suyos les recomendaba que las evitaran totalmente, sobre todo, las invectivas y las recriminaciones. Decía a este propósito que la gente docta no podía ganarle al demonio en soberbia, porque él tiene aún más que ellos, pero que, por el contrario, lo vencerían fácilmente con la humildad, porque era un arma de la que no podía usar él. Y añadía que no había visto ni oído que un hereje se convirtiera con la sutileza de un argumento, pero sí con la mansedumbre y con la humildad.

Aunque el Sr. Vicente no fuera de la opinión de que sus misioneros se metieran en debates y disputas con los herejes, con todo les recomendaba que aprendieran con interés todo lo perteneciente a la Teología polémica y a las controversias para estar preparados, según la máxima del príncipe de los apóstoles, para dar razón de su fe, defendiendo la verdad y convenciendo la falsedad de los errores contrarios; conversando amistosamente con los herejes, y respondiendo mansamente a sus objeciones, más bien para convertirlos que para confundirlos. Y siempre les ha obligado a dar conferencias, y a estudiar especialmente esa cuestión. Pongo a continuación lo que escribió sobre ese tema el año 1628, desde la ciudad de Beuvais, donde entonces estaba, a quien había dejado en su ausencia la dirección del Colegio de Bons-Enfants de París.

«¿Cómo sigue la Compañía? ¿Están todos bien de salud? ¿Están alegres? ¿Continúan observando los pequeños reglamentos? ¿Estudian y se ejercitan en la controversia? Y ¿se observa el orden prescrito? Le suplico, señor, que se esfuercen en dominar el manual de Bécan. Es imposible ponderar bastante la utilidad de ese pequeño libro. Dios ha querido servirse de este desgraciado (está hablando de sí mismo) para la conversión de tres personas, después de salir yo de París. Y tengo que confesar que la

mansedumbre, la humildad y la paciencia en el trato con estos pobres descarriados es el alma de este bien. He dedicado dos días para convertir a uno. Los otros dos no me han costado tanto. He querido decirle esto para mi confusión, para que la compañía vea que, si Dios ha querido servirse del más ignorante y desgraciado de ella, con mayor eficacia se servirá de cada uno de los de dicha compañía».

Esa era su norma, unir a la doctrina y al estudio de la controversia una buena provisión de humildad, de mansedumbre, de paciencia, para servirse de ellas cuando había que hablar o discutir con los herejes. Quería también que se les manifestara respeto y afecto, no para halagarlos en sus errores, sino para ganar más fácilmente y eficazmente sus almas. Sobre todo creía que la vida virtuosa y ejemplar de los católicos, y, en especial, de los eclesiásticos y de los misioneros tendrían mayor fuerza que ninguna otra cosa para arrancarlos del error, y hacerles abrazar la verdadera religión. Eso es lo que más ha inculcado en sus cartas, como, cuando entre otras, escribiendo al superior de la casa de Sedan, le habla en esos términos:

«Cuando el Rey lo envió a Sedan, fue con la condición de no disputar nunca con los herejes, ni desde el púlpito, ni en particular, sabiendo que eso sirve de poco y que muchas veces se hace más ruido que fruto. La vida buena y el buen olor de las virtudes cristianas llevadas a la práctica atrae a los descarriados al camino recto, y confirma en él a los católicos. Así es como la Compañía podrá hacer algo en la ciudad de Sedan, añadiendo a los buenos ejemplos los actos de nuestras funciones, instruyendo al pueblo según nuestros usos, predicando contra el vicio y las malas costumbres, hablando de la necesidad, la belleza y la práctica de las virtudes y de los medios de adquirirlas. En eso es en lo que usted debe trabajar principalmente. Y si desea hablar de algunos puntos de controversia, no lo haga, a no ser que aluda a ello el evangelio del día: entonces podrá usted sostener y probar las verdades que combaten los herejes, e incluso responder a sus razones, pero sin nombrarlos para nada y sin hablar de ellos».

Y uno de los Hermanos de la Congregación de la misión, muy hábil cirujano, tuvo la idea de marchar a la isla de Madagascar para ayudar al establecimiento de la fe por medio de las posibilidades de su arte y de su caridad. El Sr. Vicente le envió, para embarcarse, a la Rochela en el mes de diciembre del año 1659, con otros sacerdotes de su misma Compañía. Pero el buen hermano, cuando vio que varios hugonotes iban a realizar el mismo viaje que él y a embarcarse en el mismo barco que los debía llevar a aquella isla, sufrió una grave contrariedad, y la dio a conocer al Sr. Vicente por una carta. El prudente superior de los misioneros le respondió de esta manera:

«Estoy muy apenado, porque he sabido que usted va a tener algunos herejes en su barco y, por consiguiente, tendrá mucho que sufrir por parte de ellos. Pero en fin, Dios es el Amo, y así lo ha permitido por unas razones que no conocemos; quizás para obligarle a usted a estar más recatado en presencia de ellos, más humilde, y más devoto para con Dios, y más caritativo para con el prójimo; así verán la hermosura y la santidad de nuestra religión y, por ese medio, se verán movidos a volver a ella. Será necesario evitar con

cuidado exquisito toda clase de disputas y de invectivas contra ellos, mostrarse paciente y bondadoso, incluso cuando digan algo contra usted, o contra nuestra fe y nuestras costumbres. La virtud es tan hermosa y tan amable, que se verán obligados a amarla en usted, si la practica bien. Es de desear que en los servicios que va a prestar usted a Dios en el barco, no haga ninguna acepción de personas, y que tampoco haga distinción entre los católicos y los hugonotes, para que éstos sepan que usted los ama en Dios. Espero que sus buenos ejemplos aprovecharán a unos y otros. Cuide su salud, se lo ruego, y la de los misioneros», etc

§. V De los frutos en general producidos por las misiones del Sr. Vicente y los suyos

Ya que, según la frase del Evangelio, el árbol se conoce por sus frutos, y que no hay señal más segura de su bondad y fertilidad, que ver la abundancia y la utilidad de los frutos que producen, no podríamos conocer mejor la excelencia y la utilidad de las misiones, y de los trabajos de los misioneros instruidos por el Sr. Vicente, que relatando los efectos saludables que han causado y los grandes bienes que han producido en toda la Iglesia. Diremos en primer lugar algo sobre los frutos en general, y después bajaremos al detalle y a lo particular, pero todo sencillamente y sin ninguna exageración, porque no pretendemos aquí hacer un panegírico, sino un sencillo relato donde, no obstante, el lector hallará tanta mayor satisfacción y aún edificación, cuanto que verá la pura verdad de las cosas contadas sin ningún artificio y con la mayor sinceridad.

Hemos dicho en la parte primera cómo, aún antes de que el Sr. Vicente instituyera la Congregación, empezó sus primeras misiones el año 1617, y las fue predicando hasta el año 1625, no sólo en los pueblos y las aldeas de varias diócesis, sino también en el Hospital de Petites Maisons de París y en el de los Galeotes, y en Burdeos, en las galeras. Le ayudaron en ellas varios eclesiásticos de erudición y de piedad, y también de condición y de nacimiento. No conocemos el número de misiones que predicó él en persona durante esos siete u ocho primeros años; pero consta que las dio en casi todas las tierras de la casa de Gondi, comprendiendo en ellas las de la señora generala de las Galeras, que abarcaban cerca de cuarenta poblaciones entre ciudades, pueblos y aldeas; y que, además, predicó en otros sitios. Después del nacimiento de la Congregación de la Misión, hecho que ocurrió el año 1625, hasta el año 1632 en que se estableció en San Lázaro, dieron entre él y los suyos, cuando menos ciento cuarenta misiones. Y después del año 1632 hasta la muerte del gran siervo de Dios, sólo la casa de San Lázaro por orden suya había dado unas setecientas misiones; y en varias de ellas ha trabajado con gran bendición. Si a todas esas se añaden todas las que han predicado las otras casas de su Compañía repartidas en más de veinticinco diócesis, de dentro y de fuera del reino de Francia, ¿quién podrá concebir la magnitud, la extensión, y la multiplicidad de los bienes que ha conseguido para gloria de Dios y para utilidad de su iglesia? ¿Quién podrá decir cuántas personas, que estaban en ignorancia criminal de las cosas de su salvación, han sido instruidas en las verdades que tenían obligación de saber? ¿cuántas otras que se habían estancado durante toda su vida en el estado de pecado han sido recuperadas con las confesiones generales? ¿cuántos

sacrilegios, que se cometían en la recepción indigna de los sacramentos, han sido reparados? ¿cuántas enemistades y cuántos odios desarraigados, y cuántas usuras desterradas? ¿cuántos concubinatos y otros escándalos eliminados?. Pero también, ¿cuántas prácticas religiosas y actos caritativos instaurados? ¿cuántas buenas obras y virtudes se han puesto en práctica en lugares donde ni siguiera eran conocidas? Y además, ¿cuántas almas santificadas y salvadas, que glorifican ahora a Dios en el cielo, que, sin la ayuda que recibieron en las misiones, quizás habrían perseverado en sus pecados hasta la muerte, y que ahora blasfemarían y maldecirían de Dios con los demonios en el infierno? Sólo El que conoce la magnitud y el número de todos los bienes que su gracia ha obrado por el ministerio de sus servidores en los trabajos apostólicos, y que los publicará un día para su mayor gloria. Y para comprender todo en pocas palabras, me parece que su Providencia misericordiosa ha querido usar las misiones para cooperar eficazmente a los principales efectos que había determinado producir por medio de la Encarnación de su Hijo, y que había hecho predecir por su profeta, a saber:Borrar la iniquidad, abolir y exterminar el pecado, y restablecer la santidad y la justicia».Con la esperanza de que Dios descubrirá en la eternidad todo eso, solamente referiremos algunas pequeñas muestras en los capítulos siguientes. Pero antes haremos aquí unas observaciones necesarias sobre este asunto.

La primera es que los misioneros no han puesto por escrito los frutos de sus misiones

Han preferido hacer buenas obras que escribirlas, y lo que vamos a presentar lo hemos encontrado por casualidad hace poco por aquí y por allá, en algunas cartas, entre tantísimas, escritas tanto por los obispos en cuyas diócesis el Sr. Vicente hizo trabajar siguiendo órdenes de ellos, como por los misioneros de su Congregación al darle cuenta de las misiones. Si hubiera podido revisarlas todas, habría hallado todavía cosas mucho mejores, pero sería demasiado inmenso hablar largo y tendido acerca de ese tema, y lo poco que vamos a referir servirá para juzgar del resto.

La segunda observación es que el Sr. Vicente no quería que sus misioneros hicieran los trabajos aprisa y corriendo; sino que les dedicaran todo el tiempo disponible y necesario para llevarlos bien a cabo, y para conseguir el fruto que se proponían, que era la instrucción de los ignorantes, la conversión de los pecadores, la santificación de las almas y el restablecimiento del servicio de Dios. Y a tal fin, cuando trabajaban en algún sitio, no se marchaban hasta que todo el pueblo hubiera quedado bien instruido y puesto en estado de salvarse, empleando para eso cinco o seis semanas en los pueblos mayores, aunque, a decir verdad, el tiempo que de ordinario empleaban en las aldeas medianas era de tres semanas más o menos, y para lugares más pequeños, quince días o poco más.

Además, con el fin de que los que trabajaban en las misiones estuvieran mejor dispuestos para darlas con bendición, el Sr. Vicente instituyó una regla: que todos los que iban a darse a Dios para servirle en la Congregación, renunciaran a todos los cargos y a la gestión de los negocios; y así desprendidos de todo y enteramente libres, pudieran

dedicarse sin ningún impedimento a las funciones caritativas de las misiones, y, a imitación del Hijo de Dios, ir de aldea en aldea a evangelizar a los pobres.

Aunque el principal proyecto del Sr. Vicente haya sido proveer a las necesidades casi extremas de los pobres del campo, y aunque haya aplicado especialmente a ese servicio y esa asistencia a los de su Compañía, no por eso ha tenido menos caridad para con los habitantes de las ciudades. Porque ha animado e impulsado a varios virtuosos eclesiásticos, particularmente a los que se reúnen en San Lázaro para las Conferencias espirituales a emprender misiones en diversas ciudades del reino, e incluso, en la de París. Allí, asistidos con los caritativos consejos y la prudente dirección del Sr. Vicente, han logrado éxito con una gran bendición. Y no sólo los que han sido empleados por él se han dedicado a esas santas actividades; también hemos visto a un gran número de otros eclesiásticos, después de que el Sr. Vicente había fundado su Congregación de misioneros, unirse y asociarse, y hasta formar unas Compañías en varias Provincias para dar misiones y trabajar en la instrucción y en la salvación de los pueblos; unos, imitándole y animados por su celo; otros, alentados por el éxito de sus misiones, y algunos puede ser que por emulación. Pero el gran siervo de Dios animado por una caridad verdaderamente apostólica aprobaba, apreciaba y alababa siempre muchísimo todo lo que se hacía para el servicio de Dios, ya fuera por su imitación o por emulación, o por algún otro motivo. No le importaba, con tal de que Jesucristo fuera anunciado, su Santo Nombre conocido y glorificado, y las almas redimidas por su sangre, santificadas y salvadas.

SECCION II pág. 257: Relación de los frutos más considerables de algunas misiones particulares dadas en diversos lugares de Francia

§. I En la diócesis de París

Por el Sr. Vicente hemos conocido el fruto muy considerable de una misión en una aldea de la diócesis de París. El es quien la relata a la Comunidad para moverla a dar gracias a Dios

«Ruego a la Compañía —le dice— que agradezca a Dios las bendiciones que ha derramado sobre las misiones que acaban de terminar, y particularmente la de N., que han sido notables. Existía en esta parroquia una singular división: los habitantes sentían una gran aversión contra su párroco, y el párroco por su parte, estaba resentido por el mal trato recibido de sus feligreses. Por esa razón, los había llevado a pleito, y hasta había hecho meter en la cárcel a tres o cuatro de los principales, porque habían llegado hasta el extremo de poner las manos sobre él dentro de la iglesia, o sobre alguno de los suyos. La mayor parte de los feligreses ni siquiera querían oír misa, y se salían de la iglesia, cuando lo veían subir al altar. El escándalo era mayúsculo; yo no había visto una cosa semejante.

Aseguraban que no acudirían nunca a confesarse con él, y que en la fiesta de Pascua no comulgarían».

«Al verse reducidos a tal estado, algunos de ellos vinieron aquí, hace ya algún tiempo, para rogarnos que fuéramos a darles una misión. La hemos dado, y por la misericordia de Dios, todos han entrado en el buen camino. Pero lo que más nos mueve a bendecir y a dar gracias a Dios es que se han reconciliado perfectamente con su pastor, y que ahora se hallan en una gran paz y unión; por eso, están contentos de una y otra parte, e igualmente agradecidos. Porque diez o doce han venido aquí a darnos las gracias de parte de toda la parroquia, y me han contado tantas cosas buenas de la misión, que me ha costado creerles».

«¿Quién es el que ha hecho eso? Señores, únicamente Dios. ¿Dependía de los hombres conseguir aquella reconciliación? Seguro que, aunque todo un parlamento hubiera intentado una pacificación tan difícil entre unos individuos tan acalorados, apenas hubiera podido tener éxito, ni siquiera en lo que se refiere al orden externo».

«Es Dios el autor de esa buena obra, y a quien debemos darle gracias. Les ruego, señores, que hagan eso con todo el fervor que puedan, y, además, pidan a su Divina Bondad, que dé a la Compañía el espíritu de unión y el espíritu unitivo, que no es otro que el Espíritu Santo, a fin de que, estando siempre unida, pueda unir a los externos, ya que hemos sido fundados para reconciliar las almas con Dios, y los hombres con los hombres»

Veamos ahora el resultado de otra pequeña misión predicada en la parroquia de N., cercana a París, que sólo tiene trescientos comulgantes. En ella se han llevado a cabo nueve cosas diferentes, dignas de ser destacadas, y que servirán para hacer ver la utilidad de las misiones, que de ordinario hacen las mismas cosas en todos los sitios pues se encuentran con las mismas necesidades

1. Los mayordomos de las parroquias, que suelen ser elegidos dos cada año, y que desde hacía diez o doce años no habían rendido ninguna cuenta, retenían en su poder varias cantidades pertenecientes a la iglesia y a la fábrica, fueron advertidos de la injusticia que cometían, y han presentado las cuentas, y pagado todo lo que debían

2. Varios particulares que guardaban desde hacía mucho varios títulos y papeles de la iglesia, los han traído y entregado, y los han puesto en un arca cerrada con tres llaves

3. Han cesado varios concubinatos, y los concubinarios se han separado, o bien, se han marchado fuera de la parroquia

4. Todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, han recibido con tanto fruto la semilla de la palabra de Dios, y han venido con tanta asiduidad a los actos de la misión, que no han perdido ninguna predicación de la tarde, ni de la mañana, ni tampoco la catequesis que se daba después del mediodía; asistían con una atención maravillosa

5. Aunque eran pobres, han encargado un tabernáculo y regalado un copón y un cáliz de plata. El que se usaba era de estaño

6. Han reparado en parte la iglesia, amenazada como estaba de una ruina total y próxima. Y además, han tomado la resolución de rehacerla del todo, aunque todo esto les suponga cuando menos doce mil libras

7. Todos los pleitos y desavenencias han quedado arreglados, de forma que no hay ninguno, que se sepa, y han llegado a un acuerdo tan a lo cristiano, que llegaron a pedirse perdón de rodillas unos a otros

8. Todos los enfermos pobres han sido visitados, socorridos y asistidos corporal y espiritualmente

9. Finalmente, todos los habitantes han hecho la confesión general buena y lealmente, y han cumplido con sus otras obligaciones, y durante el tiempo de la misión han quedado no solamente muy bien instruidos y muy consolados en su interior, sino también con una verdadera disposición y resolución de vivir cristianamente en el futuro

No seguiremos aquí relatando en detalle los éxitos de las otras misiones, porque sería demasiado prolijo y estaría sujeto a repeticiones. Nos contentaremos solamente con señalar las principales circunstancias de las que se ha tenido conocimiento por el testimonio de los misioneros y de otras personas fidedignas

§. II En la diócesis de Saintes

El Sr. Vicente destinó a unos sacerdotes de su Congregación a trabajar en las misiones en la diócesis de Saintes, hacia el año 1634. Una persona muy piadosa le escribió lo siguiente:

«Nuestro Señor bendice más de lo que pudiera creerse la misión de Saintonge. Ha habido cantidad de conversiones de costumbres y de religión; pero lo que hace admirar más el trabajo de los misioneros es que hacen ver al pueblo la hermosura de la religión católica según el método habitual que usan, sin disputar. Eso hace que varios herejes se hayan convertido. La señora de N. me ha dicho que ve a estos buenos misioneros como a los Obreros de la primitiva iglesia, por lo que han contado los que vienen de allí, tanto católicos como herejes».

Hubo otros sacerdotes misioneros enviados a la misma diócesis de Saintes por el Sr. Vicente el año 1640, a petición del difunto Sr. de Raoul, entonces obispo de dicha ciudad, y que con su clero los ha establecido en dicha ciudad. Dios ha querido dar su bendición a las misiones que predicaron en esa diócesis; consiguió muchos bienes según el testimonio de los Obreros, que ha sido confirmado por varias cartas de ese buen obispo

«Estamos —dice un misionero en una de sus cartas— terminando nuestra misión

de N., que ha durado siete semanas. No me atrevería a enviarle las bendiciones que hemos recibido por miedo a quedar demasiado satisfecho. Todo se reduce a decir que esta parroquia, que era la de peor fama de todo Saintonge por las enemistades, las discordias, los asesinatos, y por otras abominaciones que se cometían, ahora por la misericordia de Dios ha cambiado totalmente, y ha hecho una reparación pública de todos los escándalos dados por ella. Ha acudido muchísima gente a todos los actos de la misión, incluso a la catequesis; las divergencias se han apagado, los rencores se han disipado, y ha habido reconciliaciones sin que hayamos intervenido nosotros. Atribuimos todas esas gracias a la Bondad de Dios, y a los méritos de la Santísima Familia de Nuestro Señor, a la que hemos dedicado esta misión. Los habitantes de una parroquia situada a una legua de aquí, después de reunirse, se han dirigido a su párroco, y le han dicho que, ya que no pueden tener la misión en su parroquia, deseaban y le pedían que todas las mañanas les enseñaran a rezar y a servir bien a Dios. Y el buen cura ha empezado a hacer eso con mucho gusto»

Otra persona, escribiendo de una misión que se dió en otra parroquia de la misma diócesis:

«Esta misión —decía— *ha recibido bendiciones, y por la gracia de Dios muy extraordinarias. Se han logrado reconciliaciones muy importantes y muy difíciles que no habían podido arreglar en el pasado ni personas de gran influencia y ni el obispo. Los corazones estaban muy amargados desde hacía tiempo, y había de por medio intereses y grandes perjuicios, causantes de pleitos enojosísimos.*

Pero por la misericordia de Dios ha acabado todo, y las personas perfectamente reconciliadas; de manera que, a nuestro parecer, a pesar de que esta parroquia estaba totalmente dividida, la hemos dejado muy unida y en gran paz por la misericordia de Dios, quien, además de eso, le ha concedido otras gracias singulares para unos grandes pecadores y pecadoras públicas, que se han convertido; para grandes y notables restituciones que se han hecho secreta y públicamente; y también para algunos herejes a los que Dios ha tocado el corazón, y se han convertido»

Otro misionero, al darle cuenta al Sr. Vicente de lo que habían hecho en la misión de Gémozac, de la misma diócesis, el año 1647, le decía que, además de los frutos ordinarios y habituales de todas las misiones, eran siete u ocho los herejes que habían abjurado. Y añadía que varios más estaban muy inclinados a convertirse, pero que se veían impedidos por miedo a verse sobrecargados de impuestos, porque los «principales» que los imponen, son herejes. E incluso, que la mayor parte se alegraría de que el rey les obligara a ir a misa, para vencer el respeto humano que les retiene

«Uno de esos convencidos es un anciano, al que habíamos exhortado inútilmente en varias ocasiones, Después de haber hecho el último esfuerzo, cuando ya estábamos para marcharnos, al ver que no sacábamos nada de él, se nos ocurrió acudir a la Santísima Virgen y suplicarle que usara de sus intercesión para obtener la conversión de aquel pobre

descarriado. Con esta intención fuimos a postrarnos de rodillas ante Ella y a rezar las letanías, y he aquí que, al terminarlas, vimos a aquel anciano que venía a confesarnos que reconocía la verdad y que deseaba abjurar de la herejía. Así lo realizó ante nosotros y luego hizo confesión general, y a continuación lo recibimos a la comunión. Al decirnos adiós, nos rogó insistentemente que lo encomendáramos a las oraciones de todos los católicos»

El superior de la casa de la misión de Saintes escribió en una de sus cartas que, habiendo permanecido un mes entero trabajando en el pueblo de Deniat, se halló agotado, lo mismo que los otros misioneros que estaban con él, por la gran muchedumbre que venían desde los lugares circunvecinos, y que se vieron obligados, al verse completamente exhaustos hasta caer agotados en el confesionario, a suprimir los actos de la misión, y a dejar con mucho sentimiento, a un grandísimo número de personas que acudían de todas partes, sin poderles ofrecer el servicio que deseaban".

Añade que durante esa misión, hubo más de cuatrocientas reconciliaciones, y más de cien pleitos cancelados.

«Y aquella buena gente —dice— *tenían tal deseo de confesarse que, al saber que no absolvíamos a nadie si antes no se había reconciliado, y si no había hecho lo posible para acabar con sus pleitos, iban de casa en casa a buscarse unos a otros para tal fin. La víspera de nuestra marcha, una gran muchedumbre se hallaba en la iglesia en las oraciones del anochecer, y como el Sr. párroco dijera en alta voz que los misioneros le pedían su bendición para marcharse al día siguiente, queriendo de ahí aprovecharse de la ocasión para animarles a hacer buen uso de las enseñanzas que les habían hecho durante la misión, toda aquella gente quedó muy conmovida, y se pusieron a gritar y llorar de tal forma, que no pudo articular palabra que pudieran entender, y los misioneros tuvieron mucha dificultad para separarse de ellos, pues no los querían dejar partir».*

Sucedió casi lo mismo en otro pueblo llamado Usseau, cerca de la ciudad de Niort, donde, después de haber trabajado un mes entero, los misioneros cayeron en un agotamiento parecido; y al no poder sostenerse de pura debilidad, se vieron obligados, muy a pesar suyo, a dar por terminada la misión, dejando a una casi innumerable cantidad de personas sin confesar. Lo pedían con tantos ruegos, derramando lágrimas y lanzando agudos gritos, que no había corazón que no quedara conmovido. Se hicieron gran número de reconciliaciones, pero los misioneros al principio hallaron mucha resistencia por haber querido suprimir el baile público, que se celebraba en aquel lugar en las fiestas de Pentecostés. Era en esos días, cuando se cometían muchos desórdenes, hasta raptos de muchachas y asesinatos. Y como se predicó contra ese abuso el día de Pentecostés, hubo algunos, que, contraviniendo a lo dicho por el predicador fueron a bailar por la tarde de aquel mismo día. Se lo dijeron al Director de la misión, y éste, acompañado de otros eclesiásticos, se trasladó al lugar. Todos los que estaban bailando se escaparon. Y al día siguiente, después de hablar duramente desde el púlpito sobre aquel asunto, rompió el violín del que se valían, en presencia de todo el pueblo, que estaba allí en gran número.

Aquello causó tal efecto por la gracia de Dios en la gente, que después del sermón, todos aquellos y aquellas que habían bailado vinieron donde los misioneros a postrarse a sus pies, y a pedir perdón por su falta; y todos los habitantes de aquel lugar concibieron tal horror al baile y a los males que de él se derivaban, que lo suprimieron totalmente de su parroquia.

Todavía se logró otro bien en aquella misión, que fue una reunión de eclesiásticos de los alrededores. Se juntaron hasta diecisiete curas; se les dieron varias conferencias, y quedaron muy conmovidos, y decidieron llevar una vida verdaderamente eclesiástica, y llevar las señales externas con el espíritu interior

Finalmente las misiones que se predicaron en esta diócesis estuvieron acompañadas de una bendición tan grande, y produjeron tan buenos efectos, que el difunto Sr.obispo de Saintes en una carta que escribió al Sr. Vicente el año 1642 le decía que los pueblos habían acudido a darle gracias por todo. Y en otra carta del mismo año:

«He hecho venir —le decía— a sus misioneros a esta ciudad para que descansaran algunos días. La verdad es que hace seis meses que están trabajando con tanta asiduidad, que me extraña cómo han podido resistir, y yo mismo he ido a buscarlos a los sitios en que estaban».

Y en otra carta de 1643

«He pasado —dice— *la fiesta de Pentecostés con sus misioneros, que trabajan con celo maravilloso, y he visto con gran consuelo la bendición que Dios les da a sus trabajos. No puedo darle unas gracias proporcionadas a mi obligación», etc*

§. III En las diócesis de Mende y de SaintFlour

A la diócesis de Mende, en Cévennes, que estaba inundada de herejes, el Sr. Vicente envió en varias ocasiones a algunos de sus misioneros, ya para tratar de volverlos a la verdad, o bien, para fortalecer a los católicos e impedirles que cayeran en el error. Y el digno superior de los misioneros resolvió ir también él en persona el año 1635. Por aquellos días estaba en Roma uno de sus sacerdotes muy versado en el conocimiento de la lengua hebrea y siríaca. Le querían persuadir que trabajara en la versión de la Biblia siríaca al latín; pero el Sr. Vicente pensó que sería mucho mejor hacerle venir a ayudar a la misión que quería dar en las Cévennes. Veamos en qué términos le escribió:

»Le suplico —le dice— *que no se detenga en la propuesta que le han hecho de trabajar en esa versión (de la Biblia) Sé muy bien que serviría para satisfacer la curiosidad de algunos, pero no, según creo, para el bien de las almas del pobre pueblo al que la Providencia de Dios ha predestinado a usted desde toda la eternidad. Debe bastarle, señor, que, por la gracia de Dios, haya empleado tres o cuatro años en aprender el hebreo y que*

sepa lo bastante para sostener la causa del Hijo de Dios en su lengua original y confundir a su enemigos en este reino. Piense, pues, que hay miles de almas que le tienden la mano y le dicen así: ¡Ah señor! Usted ha sido escogido por Dios para ayudar a salvarnos; tenga piedad de nosotras y venga a tendernos la mano para sacarnos del mal estado en que esta mos. Mire que estamos sumidas en la ignorancia de las cosas necesarias para nuestra salvación, y en los pecados que jamás hemos confesado por vergüenza, y que, sin su ayuda, estamos en gran peligro de condenarnos»

«Pero, además de los gritos de esas pobres almas que la caridad le ha hecho oír interiormente, escuche también por favor, señor, lo que mi corazón le dice al suyo, que se siente sumamente apremiado por el deseo de ir a trabajar y a morir en las Cévennes, y que se marchará para allá, si no viene usted pronto a estas montañas, desde donde pide a gritos ayuda el obispo y dice que esta región, que en otro tiempo era la más floreciente en piedad de todo el reino, está ahora empecatada y que el pueblo muere de hambre de la palabra de Dios»

El Sr. Vicente envió años más tarde a otros misioneros para que trabajaran en la misma diócesis, a propósito de lo cual el difunto Sr. Marcillac, que era entonces el obispo, le escribió en estos términos:

«Le aseguro —le dice— *que aprecio más el trabajo que los suyos hacen en la actualidad en mi diócesis, que si me dieran cien reinos. Estoy plenamente satisfecho al ver que todos mis diocesanos se portan tan bien, y que mis párrocos sacan provecho de las Conferencias que sus sacerdotes fundan con éxito y bendición».* Y por una carta escrita el año siguiente, esto es, 1643, el mismo prelado le habla en estos términos:

«Ya se van —le dice— su señores misioneros a darle cuenta de lo que he-mos hecho en las Cévennes de mi diócesis. He pasado visita general y recibido a treinta o cuarenta hugonotes para la abjuración de sus errores, y dejado otros tan-tos en situación de hacer lo mismo dentro de pocos días. Hemos celebrado solemnemente la misión con un aprovechamiento increíble. Y como estos bienes nos llegan de Dios y de la buena ayuda de usted, no puedo usar de nadie que le haga una relación más fiel que esos buenos sacerdotes».

El año 1636, el difunto Sr. Abad Olier, que posteriormente fue fundador y primer superior del Seminario de San Sulpicio, gran siervo de Dios, de altísima virtud, y cuya memoria es bendita, pidió al Sr. Vicente algunos sacerdotes de su Congregación para ir a dar misiones en las tierras de su abadía de Pébrac, en la diócesis de Saint-Flour.Se encaminó a la misión con ellos y con otros virtuosos y celosos eclesiásticos. Dieron su primera misión en Saintllpize. Cuando terminó la misión, el abad, admirado de los efectos de la gracia que aparecieron en aquellas actividades, escribió la carta siguiente en el mes de junio del mismo año al Sr. Vicente y a los Eclesiásticos de la Conferencia de San Lázaro, a la que también él pertenecía:

«No puedo —les dice— estar por más tiempo ausente de la Compañía de ustedes

sin darles cuenta de lo que ha pasado en estos pueblos. Se empezó la misión el domingo después de la Ascensión, y duró hasta el 15 de este mes. El pueblo, al comienzo, venía como nosotros debíamos desear, a saber, según que los podíamos ir confesando; pero esto se hacía con tales movimientos de la gracia, que era fácil saber donde confesaban los sacerdotes,ya que los penitentes, con sus suspiros y sollozos se hacían oír por todas partes».

«Pero, al final, el pueblo acudía en tan gran número, y nos apremiaba con tanto ardor, que nos resultaba casi imposible atenderlo. Se les veía, desde el alba hasta el anochecer, en la iglesia, sin beber ni comer, esperando la ocasión para confesarse».

«A veces, en favor de los forasteros, nos veíamos obligados a prolongar más de dos horas la catequesis. Salían tan hambrientos de la palabra de Dios como entraron; y teníamos que servirnos del púlpito para dar la catequesis, por no haber sitio en la iglesia a causa de la gran multitud que la llenaba del todo hasta las puertas y las ventanas, que estaban atestadas de oyentes. Esto mismo se veía también en el sermón de la mañana y en la instrucción de la tarde. No puedo decir más sino que Dios sea bendito, pues se comunica con tanta misericordia y liberalidad a sus criaturas y, sobre todo, a los pobres. Porque hemos observado que es en ellos donde El reside, y para asistir a los pobres El pide la cooperación de sus servidores».

«No le nieguen, señores, esa ayuda a Jesucristo; es demasiado grande el honor de trabajar bajo El, y de contribuir a la salvación de las almas y a la gloria que obtendrá de allí para toda la eternidad. Han comenzado ustedes felizmente, y sus primeros ejemplos me han hecho salir de París. Continúen con esos divinos trabajos, ya que realmente no hay nada semejante en la tierra».

«¡París! ¡Tú entretienes a personas, que, con la gracia de Dios podrían convertir a gran número de almas! ¡Ah! ¡Cuántas buenas obras se hacen sin fruto en esta gran ciudad! ¡Cuántas conversiones aparentes! ¡Cuántos discursos perdidos por falta de disposiciones en los que los escuchan! Aquí, una palabra es una predicación, y todos los pobres con poquísima instrucción se ven llenos de bendiciones y de gracias,» etc

Y en otra carta del 10 de febrero del año siguiente habla en los siguientes términos:

«La cuarta misión se ha dado hace quince días. En ella se han administrado dos mil confesiones generales, aunque sólo estábamos seis obreros, y, a la noche, estábamos agotados por la gente que nos llegaba desde siete u ocho leguas de la región, a pesar del riguroso frío y de la incomodidad del sitio, que es un verdadero desierto. Aquella buena gente traía provisiones para tres o cuatro días, y se retiraban a las granjas; y en ellas se les oía conversar de lo que habían oído en la predicación y en el catecismo. Y en la actualidad se les ve a los campesinos y a sus mujeres dar la misión en sus familias, a los pastores y labradores cantar los Mandamientos de Dios en el campo, y preguntarse unos a otros sobre lo que habían aprendido durante la misión. En fin, la nobleza, para la que parecía

que no hablábamos por ser nuestro lenguaje tan vulgar, después de cumplir cristiana y ejemplarmente con su deber, nos ha dejado marchar derramando lágrimas. Cinco hugonotes han abjurado su herejía en esta última misión: cuatro de ellos, que nos seguían ya antes, han vuelto a buscarnos, y eso, señores, para enseñarnos, como lo han enseñado con frecuencia ustedes, que la conversión de las almas es obra de la gracia; nosotros somos los que le ponemos obstáculos por nuestra parte, y Dios quiere siempre obrar o en la nada, o por la nada, es decir, en aquellos y por aquellos que reconocen y confiesan su impotencia y su inutilidad».

§. IV En las diócesis de Ginebra y de Marsella

No podemos conocer los frutos que los misioneros establecidos en Annecy han producido con la gracia de Dios por un testimonio más auténtico y más seguro que el de D. Justo Guérin, obispo de Ginebra, que escribió sobre ella al Sr. Vicente el mes de junio de 1640 en estos términos:

«¡Ojalá Dios le hiciera ver el centro de mi corazón, ya que realmente le amo y le venero a usted con toda la intensidad de mi afecto, y reconozco que soy el hombre más obligado de todos los hombres del mundo a la caridad de usted por los grandes beneficios y los frutos que realizan los señores misioneros, sus queridos hijos en Dios, en nuestra diócesis, que son tales que yo no los puedo expresar y que resultan increíbles, excepto para los que los ven. Yo pude ser su testigo ocular con ocasión de la visita que empecé después de Pascua. Todo el mundo los quiere, los aprecia y los alaba unánimemente. Cierto, señor, su doctrina es santa y su conducta también. Provocan en todos una grandísima edificación con su vida irreprochable. Cuando acaban su misión en una aldea, se marchan de allí a otra y todo el pueblo los acompaña con lágrimas y gemidos diciendo: ¡Ay Dios mio! ¿Qué vamos a hacer? ¡Se marchan nuestros buenos Padres!Y durante varios días van a buscarlos a las aldeas. Se ven personas de otras diócesis que acuden a confesarse con ellos y se han observado conversiones admirables conseguidas por su medio. Su superior ha recibido de Dios grandes dones, junto con un celo maravilloso por su gloria y por la salvación de las almas. Predica con mucho fervor y gran fruto. La verdad es que estamos muy agradecidos al Sr. Comendador de Sillery por haberse cuidado de su manutención. ¡Qué digna de admiración es la Divina Providencia por haber inspirado suavemente en el corazón de ese buen señor la idea de procurarnos esos Obreros evangélicos! Dios es el que ha hecho todo esto, sin que haya intervenido para nada el hombre, teniendo en cuenta nuestra necesidad y la triste vecindad en que estamos de la desgraciada ciudad de Ginebra».

Y en otra carta del mes de octubre de 1641:

«Reconozco que estoy obligado para siempre con usted y con sus queridos hijos, nuestros buenos señores de la misión, que cada vez van trabajando mejor y ganando más almas para el cielo. Ciertamente, señor, no dejaré nunca de admirar la protección de la Divina Providencia sobre esta pobre diócesis, por habernos enviado a esos buenos obreros

por medio de usted. Por eso no dejaré nunca de agradecerles, y de igual modo a usted, ya que sería demasiado ingrato si no lo hiciera. ¡Ay! Hemos perdido, con gran pena de nuestra parte, al Sr. Comendador de Sillery, nuestro gran bienhechor», etc

El mismo prelado escribió otra carta al Sr. Vicente el mes de agosto de 1644 en estos términos:

*«Sus misioneros continúan enriqueciendo cada vez más el cielo con las almas que ponen en estado de salvación, enseñándoles el camino y proponiéndoles los medios para llegar allí, con sus enseñanzas, catequesis, exhortaciones, predicaciones y administración de sacramentos, con la vida buena que llevan y los buenos ejemplos que dan en todos los lugares adonde van a misionar. Sólo hay una cosa que lamento, que son muy pocos en relación con la gran extensión de nuestra diócesis, que tiene 585 parroquias, ¡Ay! ¡Si nuestro Señor me concediera la gracia, antes de morir, de ver que han recorrido todos los lugares de esta diócesis, diría verdaderamente con todo mi corazón y con un consuelo especialísimo de mi alma: Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace!»,*etc

En cuanto a las misiones predicadas en Marsella y en Provenza las ha habido de dos clases: unas en la costa y las otras tierra adentro. Las primeras a los forzados a galeras, y las segundas a los campesinos, y todas han recibido grandes bendiciones de Dios

Las misiones de la galeras empezaron el año 1643 con gran contento de Juan Bautista Gaud, dignísimo obispo de Marsella; murió poco después en olor de santidad

Veamos lo que escribió el 6 de marzo a la señora Duquesa de Aiguillon, que estaba muy interesada porque el duque de Richelieu, su sobrino, era entonces general de las Galeras, y por eso había rogado al Sr. Vicente que enviara allí a sus sacerdotes

«Todavía no hace mucho —le dice el buen prelado— que le he escrito, a la llegada de los señores de la misión que ha querido usted enviar aquí para trabajar en las galeras; pero no puedo retrasarme más en darle cuenta de lo que pasa aquí, del consuelo que reciben todos los que estan ocupados en ese trabajo tan penoso, y yo con ellos. No dudo que usted sentirá lo mismo. Hemos empezado a dar la misión al mismo tiempo en siete galeras con ocho misioneros de los que están en Provenza para trabajar en cuatro, y hemos distribuido en las otras tres a los que han mandado desde París. Les presto ayuda a unos y a otros cuando tienen necesidad de ella, particularmente para los italianos, que son muchos en las galeras. El fruto ha superado con mucho las esperanzas. Ciertamente se han encontrado en primer lugar personas no sólo ignorantes, sino también empedernidas en sus pecados y que no querían ni oír hablar de las cosas de Dios, amargadas hasta el extremo por su miserable condición. Pero poco a poco la gracia de Dios, por medio de esos eclesiásticos, de tal manera ha ablandado los corazones que al presente manifiestan tanto arrepentimiento, como anteriormente obstinación. Quedaría usted admirada, Señora, si conociera el número de los que han estado tres, cuatro, cinco y diez años sin confesarse; ha habido quienes han permanecido en ese estado por espacio de veinticinco años, y que

afirmaban que no querían hacer nada, mientras estuvieran en cautividad. Pero, por fin, nuestro Señor se ha manifestado el Dueño y ha expulsado a Satanás de esas almas sobre las que había adquirido tanto poder. Alabo a Dios porque le ha dado ese deseo; la venida de los misioneros me ha decidido a dar esta misión, que quizás la hubiera diferido para otro tiempo. Y es de temer que varios de los galeotes habrían muerto en el mal estado en que estaban. Espero que se recogerán los mismos frutos en las demás galeras. No le puedo decir, Señora, cuántas gracias dan esos pobres forzados a quienes les han proporcionado una ayuda tan saludable para sus almas. Estoy buscando los medios para conseguir que las buenas disposiciones en que están puedan continuar. Me voy ahora a dar la absolución a cuatro herejes que se han convertido en las galeras; todavía hay más que tienen el mismo deseo, porque estas cosas extraordinarias les mueven en gran manera».

Dos o tres meses más tarde el Sr. Vicente recibió una carta del superior de sus misioneros de Marsella. En ella, después de comunicarle la triste noticia de la muerte del Sr. Obispo, le habla a continuación de esa misión en estos términos:

«Todavía nos queda una misión que dar en una galera, y basta por este año. Este trabajo es muy pesado; pero lo que más nos ayuda a soportarlo es el cambio notable que se advierte en estos pobres forzados, que nos da toda la satisfacción posible. Ayer catequicé a siete turcos de varias galeras a quienes había hecho venir aquí. Dios, por su misericordia, quiere bendecir esta empresa, que encomiendo a sus santos sacrificios. Otro turco ha sido bautizado en la galera, cuando estaba enfermo. Y además de esos turcos, se han convertido unos treinta herejes, y han abjurado todos».

Y por otra carta del primero de junio del mismo año de 1643 escrita por el mismo al Sr. Vicente:

«Ayer —le dice—, fiesta de la Santísima Trinidad, bautizaron en la iglesia catedral a nueve turcos a la vista de toda la ciudad de Marsella, encontrándose todas las calles cubiertas de gente que bendecía a Dios. Hemos querido a propósito darle relieve a este acto para animar a otros turcos que parecen vacilar. Hoy han venido dos nuevos a verme y a decirme que también quieren hacerse cristianos. Venían acompañados de otro a quien bautizaron hace unos diez días. Seguimos dándoles la catequesis en italiano dos veces al día para darles la mayor firmeza y solidez posibles; si no, correrían el peligro de volverse de nuevo al mahometismo».

En adelante, el Sr. Vicente siempre ha mantenido misioneros en Marsella, que han continuado y siguen todavía manteniendo de vez en cuando la obra de las misiones en las galeras, incluso después de su traslado a Toulon. Y siempre producen grandísimos bienes para la salvación de las almas de los pobres forzados.

Además de las misiones de galeras, los mismos sacerdotes las han predicado en varios sitios del campo con no menos fruto. He aquí lo que uno de ellos contaba de lo que hacían en una de las misiones el año 1647:

«Acabamos de salir —dice— de una misión que nos ha tenido cinco semanas atados al confesionario, al púlpito y a los arreglos de pleitos con tanto éxito y tan gran fruto que puedo decir sin exageración que no es posible desear más. Se han rehabilitado nueve o diez matrimonios clandestinos, se han hecho veinticinco o treinta arreglos de pleitos, donde se trataba a veces de sumas importantes y hasta de cuestiones de honra y de vida; y casi todas se han hecho de buena gana, sin que interviniera un tercero, y hasta algunas en la iglesia públicamente y durante la predicación, con tanta emoción y lágrimas que tenía que interrumpirse el predicador. También sucedió que un hombre de condición mediana, llevado por la cólera, respondió con poca discreción a uno de los nuestros, acompañando su respuesta con una blasfemia públicamente en la puerta de la iglesia. Quince días más tarde se sintió tan arrepentido que espontáneamente, para satisfacer aquel pecado, se impuso a sí mismo la penitencia de pagar cien escudos para reparar la iglesia ante la que había proferido aquella blasfemia».

§. V En las diócesis de Reims, de Toul y de Ruán

Entre las misiones de la diócesis de Reims una de las más importantes es la que se dio por orden del rey en la ciudad de Sedan el año 1643. El superior de la misión le escribía al Sr. Vicente lo siguiente:

«Le diré, señor, que desde que Dios quiso formar la pequeña Compañía de la misión, no ha trabajado nunca con tanta utilidad y necesidad como aquí lo hace. Los herejes siguen edificándose y acudiendo a las predicaciones, que alaban mucho. Y en cuanto a los católicos, hay que trabajar con ellos como se haría con personas totalmente nuevas; pues, como desde hace cuatro o cinco años la predicación es libre en esta ciudad, casi no se ha hablado más que de controversias y muy poco de las prácticas y los actos de religión y de piedad. Ha habido muchos que han confesado francamente que no creían que fuera necesario confesar todos los pecados. Estos mismos abusos se cometían en la recepción de la sagrada Comunión, etc.; de forma que hubo que empezar por instruirles en los primeros principios de la religión. Es cierto que no ha sido sin mucho consuelo, al ver el gusto con que todos escuchaban lo que se les decía y cómo lo practicaban con fidelidad. No sabrían admirar bastante la gracia que Dios les ha concedido, ni saben qué hacer para agradecérselo como a ellos les gustaría»

Por la gran necesidad que había se puede juzgar cuáles han sido los frutos de esta misión, que fueron efectivamente muy considerables. El difunto Sr. d'Étampes, por entonces arzobispo de Reims, manifestó su agradecimiento y dio gracias especialísimas con las cartas que escribió a este propósito al Sr. Vicente

También se predicaron más adelante misiones en varios sitios de la misma diócesis, y, entre otras, el director de la misión que dio en el pueblo de Sillery (29) al terminar las guerras, le decía al Sr. Vicente, que sólo había encontrado ochenta habitantes, pues todos los demás habían muerto de hambre y miseria; pero aquel

pequeño número había manifestado tan buenas disposiciones, que no se podía desear más; y particularmente, hablando de los que se habían presentado al acercarse a la sagrada mesa:

«Han comulgado —dice— con tan gran sentimiento que sus lágrimas atestiguaban de forma imposible de explicar la presencia muy adorable de su divino Salvador, que tomaba posesión de sus corazones sensiblemente tocados. Su conversión es tan sincera que todos ellos protestan en alta voz que no solamente quieren renunciar a todos los pecados sino sufrir mejor con paciencia y resignación todo lo que Dios quiera, y servirle lo mejor posible sólo por amor a El. Eso es lo que dicen, repitiendo con frecuencia: ¡todo por amor a Dios!».

El mismo sacerdote escribiéndole al Sr. Vicente desde el pueblo de Lourdes, donde se estaba dando la misión algún tiempo más adelante:

«Por aquí —dice— las cosas van tal como usted desea; con eso está dicho todo. Uno de nuestros frutos ha sido que han echado la última mano para acabar de construir lo que faltaba de la iglesia, lo cual no habrían hecho nunca sin la misión. Se han prohibido las tabernas, lo mismo que las reuniones por la noche. No jura nadie, y el nombre santo de Dios se pronuncia siempre con mucho respeto. Algunos han ido a casa de sus enemigos para pedirles perdón de rodillas por las ofensas que les habían hecho».

Y desde otro sitio de la misma diócesis llamado Fontaine, al escribir al Sr. Vicente, le habla con estas palabras:

«Dios, que ha bendecido las misiones anteriores, parece aumentar sus gracias en ésta, ya que se ha puesto fin a concubinatos que habían durado más de veinticinco años y han terminado todos los pleitos. Un gran número de personas, no sólo del pueblo sino de los lugares vecinos, que llevaban veinte, treinta y treinta y cinco años abusando de los sacramentos, han reconocido y detestado sus crímenes. Los vecinos del pueblo llaman y convidan a parientes de sitios más alejados, para que vengan a participar de los frutos de la misión. Y venía gente principal desde siete, diez y catorce leguas de la parte de Rethel».

Finalmente, este buen misionero que trabajaba en el pueblo de Ay, de la misma diócesis, dice en una de sus cartas dirigidas al mismo Sr. Vicente:

«Cuando llegamos aquí, algunos de los principales querían cerrarnos las puertas, pues habían indispuesto a la gente en contra nuestra; pero después de unos días de paciencia, Dios, que nos había enviado a esta lugar por orden de nuestro superiores, ha cambiado de tal forma los corazones que jamás ha comenzado mejor ninguna misión.

Se confiesan con toda seriedad, y con las señales de una verdadera contrición; restituyen puntualmente; van a pedirse perdón de rodillas unos a otros; rezan por la mañana y por la tarde, y demuestran que están decididos a cambiar completamente de vida y a ser cristianos de verdad; no se cansan de escuchar la palabra de Dios. El Ministro

(protestante) que había en este pueblo ha huido y los pocos herejes de este lugar, que son unos pobres viticultores muy ignorantes, no se pierden ninguna de nuestras predicaciones».

En cuanto a la diócesis de Ruán, el Sr. Vicente envió en diversos momentos a Sacerdotes de su Congregación, que consiguieron en sus misiones, con la ayuda de la gracia de Dios, los mismos frutos que en las otras diócesis. Para evitar repeticiones nos contentaremos con presentar aquí una carta que el Sr. Arzobispo de Ruán escribió al Sr. Vicente el año 1656, y que da a entender la satisfacción que tenía por los misioneros y por sus trabajos:

«No me cansaré —le dice— *de enviarle cartas, ya que usted no se cansa de hacernos el bien. El que mi diócesis ha recibido por medio de sus santos Obreros, es una prueba certísima. Y como doy gracias a Nuestro Señor por ver que su espíritu se ha difundido tan abundantemente en los sacerdotes que usted ha formado por su gracia, no quisiera por mi parte desear para su Iglesia y la gloria de su sagrado Nombre, sino que todos los eclesiásticos tuvieran la misma capacidad y el mismo fervor. Le devuelvo pues al valiente Sr. N. y a su generosa tropa; han combatido valerosamente contra el pecado. Espero que en otras circunstancias no se cansará de continuar bajo el estandarte del primado de Normandía, que aprecia sus virtudes, que alaba su celo, y que está a disposición de su ilustre Jefe, su muy humilde y muy ...» etc*

En cuanto a la diócesis de Toul, aunque quedó devastada por los desastres de la guerra, con todo, los misioneros establecidos en la ciudad de Toul no han dejado de sentir las bendiciones de Dios en las misiones donde han trabajado. Veamos en qué términos le escribe el superior al Sr. Vicente el año 1656 acerca de una misión, la tercera en la que había intervenido:

«No puedo —le dice— expresarle las bondades que nuestro Señor ha tenido con nuestra localidad. Hemos oído cerca de quinientas confesiones generales, sin tener un sólo día de descanso durante todo el mes. El mal tiempo invernal, que había cubierto los caminos con nieve de dos pies de espesor, no ha podido impedir que esta pobre gente, rica en fe y ávida de la palabra de Dios, a pesar de las vejaciones extraordinarias que recibe de la gente de guerra, nos haya hecho ver que el reino de los cielos es para ellos. Se ha prodigado todo el bien que se puede desear, y nos vemos obligados a decir que Jesucristo ha quedado contento al ver que se extendía por estos lugares la fragancia de su Evangelio».

Y en otra carta escrita algo más adelante por el mismo:

«Acabamos —dice— *de dar la misión en un pueblo grande llamado Charmes, de donde, después de haber trabajado durante cinco semanas, hemos vuelto un poco cansados, pero con el corazón lleno de gozo y de consuelo por las bendiciones que nuestro Señor ha derramado sobre nosotros y sobre todas las personas de aquel sitio, y también de otras muchas parroquias de los alrededores. El Sr. Párroco es un hombre muy celoso, y*

desde él hasta el más pequeño de su parroquia, todos han hecho la confesión general, sin que haya habido uno solo sin confesarse; pero además esas confesiones estaban bien hechas y con unos sentimientos de tan sincera conversión, que, de las veinticinco misiones que llevo predicadas, no recuerdo ninguna en la que el pueblo me haya parecido tan impresionado como en ésta. Después de haber satisfecho a Dios y al prójimo ofendido de la mejor manera que sería de desear, todos se esfuerzan ahora en seguir nuestros consejos para mantenerse en gracia de Dios. En este mismo lugar hay un convento de buenos religiosos; estos reverendos Padres estaban muy sorprendidos al ver tantas maravillas, y, sobre todo, su superior, que es un verdadero santo».

«Todos estos gloriosos trofeos que Nuestro Señor ha conseguido con su gracia sobre los corazones que habían sido rebeldes a sus leyes y que le han dado gloria mediante una verdadera penitencia, nos obligan a darle muy humildemente las más rendidas gracias, y a mí, sobre todo, a trabajar, más aún que lo que he hecho, reconociendo por experiencia que éste es el mejor medio para ayudar a las almas. He vuelto de esta misión con este pensamiento y este deseo».

§. VI En varios sitios de Bretaña

Las misiones de Bretaña no tuvieron menos éxito que las de otras Provincias. El superior de los misioneros instalados en SaintMéen, de la diócesis de SaintMalo, escribió al Sr. Vicente el año 1657, al terminar la misión de Pleurtuit, que habían oído en confesión a más de tres mil personas, y que si volvían, se necesitarían más de veinte confesores para poder satisfacer a la multitud que se presenta. Dice entre otras cosas, que en esta misión cierta persona de condición, a la salida de la iglesia, se puso de rodillas en el cementerio, delante de todo el mundo, para pedir perdón a los que había ofendido; todos quedaron muy sorprendidos por aquella acción.

Y que otra, antes de presentarse al tribunal de la confesión, fue por su propia iniciativa hasta ocho leguas de distancia, para suplicar perdón a una persona que había ofendido muy levemente.

Y en otra carta del año 1658 cuenta varias cosas notables que se hicieron en la misión de Mauron:

«Todos los días, incluso los laborables, había más de mil doscientas personas que asistían a la catequesis; no faltaban nunca los principales del lugar, así como tampoco a la predicación. Ha habido muchos criados y criadas que han dejado a sus amos, porque no querían darles tiempo para venir, prefiriendo perder sus ganancias que la ocasión tan hermosa que tenían de instruirse. También ha habido madres que, después de haber cumplido con sus deberes en esta misión, se han puesto a servir en lugar de sus hijas, para que éstas pudieran hacer otro tanto, y varios criados y criadas que han pedido a sus amos y amas, que les permitieran venir a las instrucciones, descontándoles de la paga el tiempo

que emplearan en ellas sin poder trabajar».

«El domingo de Quincuagésima y los días siguientes hubo una afluencia tan grande y tan extraordinaria de gente que se presentó a recibir la sagrada Eucaristía que nos vimos obligados a seguir dando la comunión hasta las siete de la tarde. Y una vez acabada la misión, me enteré que, del gran número de tabernas que había en aquel lugar, no había quedado ni una sola, ya que nos habían oído decir en una de nuestras predicaciones que era muy difícil que se salvaran los taberneros por dar de beber en exceso, según se acostumbra en esta tierra, de manera que actualmente, en los intercambios comerciales que hacen unos con otros, en vez de poner algún dinero para beber juntos, según se estila en esta tierra, lo entregan a la Cofradía de la Caridad, que hemos fundado para los pobres enfermos del lugar».

El año siguiente el mismo misionero escribiendo lo que había sucedido en otra misión:

«Ya ha terminado —dice—, gracias a Dios, nuestra misión de Plessala. Dios ha derramado sobre ella con tanta abundancia su bendición, que todos los que han trabajado allí están de acuerdo en afirmar que no han visto cosa parecida, ni donde haya habido tanta cosa buena».

«Hemos notado que ha venido gente de diecisiete parroquias aldeanas. Varios hombres me han dicho, cuando se acercaron a confesarse, que llevaban diez días esperando en la iglesia, y pienso que les ha ocurrido lo mismo a más de quinientas personas. Se han conseguido grandísimos bienes a propósito de las reconciliaciones, sobre todo entre la nobleza. En todo esto nos ha ayudado mucho el Sr. Barón de Rechau. Tiene una casa en esta parroquia, adonde había venido a pasar unos días desde SaintBrieu, que es donde tiene su residencia habitual. Y habiendo escuchado nuestra primera predicación, vino a vernos con su Señora esposa a la casa en la que nos alojábamos y nos dijo que no se marcharía hasta que hubiera terminado la misión. Entonces le pedí que nos ayudara a acabar con las disensiones, que aquí son muy numerosas, y a conseguir la avenencia entre las personas que están reñidas, sobre todo, las personas más distinguidas. Y lo ha conseguido con una bendición extraordinaria».

«Los días de Carnaval transcurrieron entre actos piadosos. El lunes tuvimos procesión solemne; en ella el Sr. Obispo de SaintBrieu llevó el santísimo Sacramento. Asistió todo el pueblo con tanta devoción y modestia y con un orden tan bello, marchando de cuatro en cuatro, que, aunque estuvo lloviendo durante toda la procesión, que duró unas dos horas, no hubo nadie que abandonara su fila. Este mismo prelado administró la confirmación el martes siguiente en el cementerio, bajo el viento y la lluvia, por no haber sitio suficiente en la iglesia, pues estaba totalmente llena de comulgantes».

El Sr. Obispo de Tréguier ordenó que se diera una misión en Guincamp, después de la de Morlaix, el año 1648. Para tal fin le escribe al Sr. Vicente y le dice:

«Su carta nos ha encontrado a todos atareados en nuestra misión, de la que espero mucho. Uno de sus sacerdotes predica en ella admirable y devotamente. Otro hace el catecismo principal a una hora después del mediodía, y se hace admirar y amar de pequeños y de grandes. Y otro predica el catecismo pequeño, y mi lectoral lo hace por las mañanas en bajo bretón. En fin, todos trabajan, y no me han querido dejar ocioso, porque predico dos días por semana. Todos empezaremos a confesar mañana, Dios mediante. La gente de esta tierra está muy admirada, porque no están acostumbrados a las misiones; todos dan su opinión sobre ellas de manera distinta, pero con respeto. Espero que con la gracia de Dios todo irá bien».

Y en otra carta del año 1650, que escribió al Sr. Vicente a propósito de otra misión, le habla en estos términos:

«Le doy las gracias por el fiel ministerio de sus cuatro sacerdotes en las misiones de este lugar. Su capacidad, su celo y su asiduidad en predicar y confesar han sido tan grandes que han obtenido un gran éxito; y puedo decir que todos los habitantes de este lugar, de toda edad, sexo y condición, se han convertido, y tengo muchos motivos para alabar a Dios por haberme dado, por medio de usted, tan buenos obreros. El Sr. N. tiene una energía en el púlpito que nadie le resiste. Se lo pido ya para la misión de N. del año próximo».

§. VII En varios sitios de Borgoña y de Champaña

El Sr. Vicente había mandado algunos sacerdotes de su Congregación el año 1642 a predicar la misión en la parroquia de SaintCyr, de la diócesis de Sens. He aquí lo que le dice el señor del lugar después de terminarse la misión:

«Los trabajos —le dice— *de sus señores sacerdotes, junto con el ejemplo de su piedad han logrado tal cambio de vida en mis campesinos que apenas pueden reconocerlos sus vecinos. De mí sé decirle que no los conozco, y no puedo menos de estar convencido de que Dios me ha enviado una nueva colonia para poblar mi aldea. Esos señores no encontraron más que espíritus rudos, cuyo cambio sólo era posible lograr por medio de la gracia que acompaña a sus obreros, y especialmente a éstos, a quienes usted se ha tomado la molestia de enviar para la conversión de este pueblo y la mía. Es un efecto de la misericordia de Dios y una muestra de la prudencia de usted el haber enviado a unas personas tan apropiadas para nuestras necesidades. Y después de darle gracias por todo ello, no nos queda más que ofrecer ardientes plegarias a Dios, para que llene de bendiciones a su Compañía, a la que juzgo como una de las más útiles para la gloria de Dios que hay en la iglesia. No obstante, me quedo con el temor de que esta pobre gente, por carecer de un buen pastor que la guíe y la mantenga en las buenas resoluciones que han tomado en esta misión que les ha resultado tan útil, caigan fácilmente en el pecado de omisión, y se olviden o dejen de poner en práctica todo lo que tan juiciosamente les han enseñado. Como usted no les ha querido dar un párroco, creo que, al habernos*

engendrado de nuevo para nuestro Señor, está obligado al menos a procurarles uno con sus oraciones, tal como se lo suplico con todo mi corazón».

La señora de SaintCyr no fue menos agradecida que su señor esposo. Veamos cómo le habla al Sr. Vicente en una carta que le escribió sobre el mismo asunto:

«Aunque me considero incapaz de poder agradecer dignamente tanto honor y tantos bienes como hemos recibido por su medio en nuestra parroquia, no puedo mantener prisionera esta verdad de que, después de Dios, es usted en cierto modo nuestro salvador, por medio de esos buenos señores que nos ha enviado y que han logrado maravillas en este lugar. Se han ganado hasta tal punto el afecto del señor de SaintCyr, que tengo miedo de que caiga enfermo al verse sin su presencia. Me creo incapaz de expresarle mis sentimientos, ya que estoy demasiado triste para poder decirle otra cosa».

El Sr. Le Boucher, vicario general de la abadía de MonstierSaintJean, le escribió el año 1644 al Sr. Vicente a propósito de las misiones que se estaban dando en Borgoña:

«Por todas partes —le dice— va usted haciendo el bien en servicio de Dios, de la Iglesia y de la santa religión. Vengo ahora de Tonnerre, donde he visto a sus queridos hijos los Sacerdotes de la Misión conducidos por un hombre de Dios. He de confesarle, Señor, que todos esos buenos sacerdotes hacen maravillas con sus enseñanzas y sus buenos ejemplos, reconcilian a muchas almas con Dios y con su prójimo», etc

Uno de los misioneros que trabajan en esa Provincia el año 1650, escribiendo al Sr. Vicente:

«He de darle cuenta —le dice— del fruto que sus oraciones y santos sacrificios han conseguido tanto en Joigny como en Longron, donde ahora estamos dando la misión. De Joigny sólo le diré que es admirable la asiduidad de sus habitantes en venir a escuchar las predicaciones y catecismos, y su diligencia en levantarse por la mañana, ya que a veces se empezaba a tocar para la predicación a las dos después de media noche, y , sin embargo, se llenaba la iglesia», etc

«Pero he de confesarle con franqueza, que noto mayores bendiciones en el campo que en las ciudades, y advierto allí más señales de una verdadera y sincera penitencia y de la primera rectitud y sencillez del cristianismo naciente. Esa buena gente no se acerca ordinariamente a confesarse sino derramando lágrimas, se creen los mayores pecadores del mundo y piden mayores penitencias que las que se les puede imponer. Ayer una persona que se había confesado con otro misionero vino a rogarme que le impusiera una penitencia mayor que la que le habían impuesto, y que le mandase ayunar tres días por semana durante todo el año. Otro, que le pusiera como penitencia caminar con los pies descalzos sobre el suelo durante la helada. Y también ayer vino un hombre, y me dijo: Padre, he oído en la predicación que no hay mejor medio para dejar de jurar que ponerse en seguida de rodillas ante las perso nas delante de las cuales se ha jurado; así lo acabo de hacer, pues apenas advertí que había dicho «por mi fe», me arrodillé ante todos y pedí a

Dios misericordia».

Unos dos meses más tarde, el mismo sacerdote, que seguía dándole cuenta al Sr. Vicente de las cosas sucedidas en las misiones de Borgoña:

«Si es justo —le dice— que el que ha plantado un árbol, disfrute viéndolo producir fruto, también es justo que usted participe de las bendiciones que Dios ha dado abundantemente a nuestro pequeño trabajo. Le puedo asegurar que en las misiones que hemos dado después de la de Joigny, creo que no ha quedado nadie sin hacer la confesión general. Y es una maravilla ver qué conmovido ha quedado este pueblo, hasta el punto de que me he visto obligado a hablarles sólo en los primeros días acerca de los temas que excitan a la penitencia, a causa de la compunción de sus corazones. Porque tenía miedo que les causara daño a su imaginación».

Sobre esto hemos de señalar que aquel sacerdote misionero que tenía la gracia de mover al pueblo a la penitencia, era también él muy penitente, y hacía lo que predicaba

Entre las misiones que se dieron en Champaña una de las más interesantes fue la de Ruán, de la diócesis de Troyes; tuvo lugar el año 1657. El Sr. Obispo envió a ella a sus dos Vicarios Generales, y también acudió él en persona, y trabajó durante varios días. Duró seis semanas, y con la gracia de Dios estuvo acompañada de grandes bendiciones, por lo que el pueblo manifestó su agradecimiento a su prelado; pues en ella se dieron todas las clases de bienes que se pueden dar en las misiones. Y los señores Vicarios Generales, maravillados, decían que era tiempo perdido para los eclesiásticos, si no se dedicaban de aquella forma a la salvación de las almas; y que el medio más seguro de conseguir fruto era predicar y catequizar según el método de la misión. El pueblo era tan asiduo a las predicaciones y a las catequesis que el párroco del lugar les decía que no había visto nunca tanta gente en su iglesia el día de Pascua, como la que veía los días laborables durante el tiempo de la misión

El Sr. Obispo de ChâlonssurMarne pidió al Sr. Vicente algunos de sus sacerdote el año 1658 para predicar la misión en varios lugares de su diócesis, y obligó a varios de sus curas a asistir para aprender la manera de instruir a sus feligreses. Veamos lo que uno de los sacerdotes misioneros escribió al Sr. Vicente:

«Nuestra misión de Vassi, —le dice— ha recibido todas las bendiciones que podía esperar. Nos han estado ayudando cuatro curas párrocos y un buen eclesiástico, todos ellos capaces y virtuosos. Dos de ellos han asimilado tan bien el método de la Compañía en sus predicaciones, que, aunque estaban poco preparados para hablar en público, ahora sí lo hacen tan útilmente y con la facilidad que yo conozco entre las personas de su profesión. Los católicos, que la herejía había dejado manchados e infectados de ideas perniciosas, las han abandonado y han quedado confirmados en los buenos sentimientos, dispuestos a llevar una vida verdaderamente cristiana. Y no sólo los habitantes del lugar, sino los de cuatro y cinco sitios de alrededor han aprovechado maravillosamente la misión».

«Estamos ahora ocupados en la misión de Holmoru. Esperamos todavía alcanzar mayores bienes, dada la cantidad de gente, y el afecto que nos tienen los Sres párrocos es tan grande, que hoy mismo han acudido expresamente doce curas desde tres o cuatro leguas para asistir a los actos y aprender el método de enseñar al pueblo».

§. VIII En otros lugares de Francia

Cuando el Sr. Vicente empezó a mandar a sus sacerdotes para trabajar fuera de la diócesis de París y en los lugares más alejados del reino, un abad muy célebre escribió una carta de congratulación en el mes de diciembre de 1627. Y en ella le hablaba sobre aquel asunto

«Acabo de volver —le dice— de un largo viaje que he hecho por cuatro Provincias; ya le he informado del buen olor que se extiende por las Provincias donde hay instalada una casa de su santa Compañía, que trabaja en la instrucción y en la edificación de los pobres aldeanos. En verdad, pienso que no hay nada en la Iglesia de Dios que sea más edificante, ni más digno que los que llevan sobre sí el carácter y el orden de Jesucristo. Hay que pedir a Dios que infunda su Espíritu de perseverancia a un proyecto tan provechoso para el bien de las almas; a él se dedican muy pocos de los que se consagran como conviene al servicio de Dios».

El Sr. Vicente envió a dos de sus sacerdotes a la diócesis de Montauban (48) hacia el año 1630 para fortalecer a los católicos en la pureza de la fe, porque, como vivían entre herejes, estaban en continuo peligro de mancharse con sus errores, y al cabo de dos años de trabajo continuo, los hizo volver al redil. Pero, aunque habían sido principalmente enviados allí para ayudar a los católicos, Dios le hizo la gracia, mientras allí estuvieron, de convertir a veinticuatro herejes.

Y años más tarde, el difunto Sr. de Murviel, obispo de Montauban, escribió al Sr. Vicente sobre el asunto de los brujos que había en su diócesis, y la pena que tenía por tener que limpiarla de aquella gentuza. Y concluía la carta con estas palabras:

«Los sacerdotes de la Misión son muy necesarios en esta diócesis, pues en los lugares donde han trabajado anteriormente no se ha encontrado ningún brujo, ni bruja. He ahí el provecho que los catecismos y las confesiones generales hacen por toda partes: poner a los pueblos en tan buena situación, que los demonios no pueden hacer nada contra ellos con sus sortilegios, tal como hacen con las personas que están sumidas en la ignorancia y en el pecado».

El año 1634 el Sr. Vicente envió a otros misioneros a trabajar en la diócesis de Burdeos, y ellos le dijeron que el pueblo acudía a la misión desde los lugares más lejanos con tanto fervor, que en su mayor parte se quedaban semanas enteras en el lugar donde se daba la misión, esperando que les tocara la vez para hacer la confesión general.

Algunos se ponían de rodillas y declaraban en voz alta sus pecados para obtener la absolución; otros decían que preferían morir que volverse a sus casas sin hacer la confesión general.

Y el año 1638 algunos sacerdotes de la misión fueron enviados por el Sr. Vicente a trabajar en la diócesis de Luçon. He aquí lo que uno de ellos le escribió tres años más tarde de que se hubieran dedicado a misiones por aquellos lugares:

«Es inimaginable —le dice— *cuán empapados están ahora nuestros trabajos por los consuelos que nuestro buen Dios nos envía para darnos ánimos. Las almas del Poitou que parecían duras como piedras han quedado prendidas en el fuego sagrado de la devoción tan intensamente y con tanto fervor, que parece que no puede apagarse en mucho tiempo».*

Otro, al escribirle sobre la misión que se dió en SaintGilles a orillas del mar, dice que en aquel lugar las disensiones y disputas se habían apagado, los corazones divididos reconciliados, los pleitos más difíciles arreglados, los bienes ajenos restituidos, los pobres aliviados y los enfermos consolados y atendidos por la Cofradía de la Caridad. Y finalmente los católicos fortalecidos en la verdadera religión

El difunto Sr. de Nivelle, obispo de Luçon, al escribir al Sr. Vicente el año 1642 sobre las misiones que los Sacerdotes de su Compañía estaban dando en su diócesis, le dice:

«Si Dios quiere que el Instituto de Sacerdotes de su Congregación permanezca muchos años en su Iglesia, podemos esperar grandes frutos. La diócesis de Luçon, donde desde hace tres o cuatro años trabajan siguiendo las órdenes de usted, ya los ha recibido en tal abundancia, especialmente en el mismo Luçon, en donde su misión ha sido tan fructuosa, que me siento infinitamente agradecido al Sr. Cardenal de Richelieu por haberlos proporcionado, y a usted, señor, por haberlos enviado. Sobre todo, su superior trabaja continuamente con un tesón admirable; tiene talentos muy apropiados para conseguir el efecto deseado, y su celo hace que lo aprecien todos. Es digno de elogio en todo lo que hace, fuera de que se pasa en sus trabajos, si es que puede haber algún exceso en las actividades que se emprenden para ganar almas a Dios».

Otros sacerdotes misioneros habían salido hacia Angulema el año 1640, y una dama de alcurnia deseaba que dieran la misión en el pueblo de Saint-Amant, que le pertenecía. Uno de sus principales oficiales le escribió a la señora en estos términos:

«Pienso —le dice— *que no puedo empezar mi carta por un asunto que le sea más agradable que por el feliz éxito de la misión de su tierra de Saint-Amant. Ha sido un éxito con tantas bendiciones, que no solamente los pueblos que dependen de ella, más también las treinta y cuatro parroquias vecinas han comparecido en ella y se han manifestado con actos de piedad inimitables. Los Mínimos y los Capuchinos no eran menos celosos: su ejemplo ha atraído a gran parte de los personajes más importantes de la ciudad de*

Angulema. Le puedo asegurar, señora que, según el común sentir, los misioneros nunca han trabajado con mayor utilidad por la gloria de Dios: han convertido a cinco o seis de los hugonotes importantes de Montignac. El Sr. Duque de la Rochefoucauld ha quedado tan satisfecho que se ha decidido a pedírselos al Sr. Vicente para dar la misión en Verteuil la primavera próxima, y también en Marsillac. Los señores N. y N. que han asistido a la misión, han quedado tan fuertemente conmovidos, que uno de ellos se ha separado y ha resuelto no ver ya más a su concubina y el otro se ha casado legítimamente con la que estaba con él».

El Sr. Vicente envió también misioneros a la misma diócesis el año 1643; no se conocen detalles de sus trabajos, pero le parecieron tan útiles al Sr. du Perron, obispo de Angulema, que le escribió al Sr. Vicente el mes de enero del año siguiente en estos términos:

«Aunque ya le di las gracias por el envío de sus señores misioneros a esta diócesis, he creído que no debería dejar pasar la carta de nuestra pequeña Conferencia sin acompañarla de esta muestra, aunque muy débil, del vivo sentimiento que tengo ante el fruto que recibe esta diócesis por la caridad que usted ha tenido con nosotros, al darnos estos Obreros. Sin embargo, mi consuelo será siempre imperfecto hasta que usted no colme esta felicidad, que no es más que pasajera, con una misión estable y permanente en esta diócesis, mucho más necesitada que las demás. Cuando yo sepa que está usted en disposición de concedernos este favor, procuraré encontrar por aquí los medios para hacer esta fundación, de la que espero que Dios recibirá mucha gloria y la Iglesia no pocas ventajas para la salvación de las almas, que ya sé que es lo único que ustedes buscan como finalidad de todas sus acciones».

A esta carta le siguió otra, a los quince días, de un virtuoso eclesiástico de Angulema dirigida al Sr. Vicente en estos términos:

«Dentro de unos momentos tomaré el caballo para llevar a sus misioneros que trabajan en Blanzac el dinero que usted me ha enviado para sus necesidades. Permítame, por favor, que me muestre de nuevo importuno y le reitere mis humildes súplicas en favor de esta pobre y desolada diócesis, que le pide Obreros estables para socorrerla en sus necesidades espirituales, que son de suma gravedad, y que no serían irremediables, si hubiera aquí personas con tanto celo y con una caridad tan desinteresada como los de esa casa de San Lázaro, que se cuidaran de ellas. Sé muy bien, señor, que la Providencia podrá servirse de otros mil medios, cuando le plazca; pero está claro que ha puesto sus ojos sobre usted y le ha escogido entre otros muchos miles para socorrer no solamente a las pobres diócesis de este reino, sino principalmente a las que parecen estar casi abandonadas por todo el mundo»,etc

El difunto Sr. de Montchal, arzobispo de Toulouse, que le escribe al Sr. Vicente el año 1640:

«No puedo —le dice— *dejar marchar a esos dos misioneros, que ha enviado usted*

a esta tierra y que ahora vuelven para ahí, sin agradecerle con todo mi corazón los grandes servicios que le han hecho a Dios en mi diócesis. No sería capaz de indicarle los esfuerzos que han realizado ni los frutos que han obtenido, por los que me siento especialmente agradecido con usted, ya que han estado trabajando precisamente en mi descargo. Uno de ellos ha llegado a dominar la lengua de esta tierra hasta hacerse admirar por los que la hablan, y se ha mostrado infatigable en su trabajo. Cuando hayan recobrado las fuerzas, le suplico que me los envíe de nuevo, ya que estoy pensando en obligar a hacer los Ejercicios a los Ordenandos, y tengo necesidad una vez más de su ayuda por este motivo. Todo será para la gloria de Dios, si usted nos ayuda», etc

El año 1648 el superior de la misión de Richelieu escribió al Sr. Vicente que tres misioneros acababan de dar dos misiones en el BasPoitou; y que entre las gracias que Dios había hecho por su ministerio, la conversión de doce herejes no fue ciertamente la menor

A propósito de eso es bueno destacar una circunstancia bastante notable, que es que esas conversiones de herejes, a las que acabamos de aludir, y otras muchas que tuvieron lugar desde las primeras misiones del Sr. Vicente hasta ahora, se lograron no disputando contra ellos, ni prometiéndoles ayudas, empleos, u otras ventajas temporales, sino por una gracia especial de Dios, que acompañaba a las enseñanzas y a los buenos ejemplos de los misioneros; solamente dándoles a conocer las verdades cristianas en su pureza los han atraído a la religión católica, de una forma tanto más segura cuanto más apartada está de todo interés humano.

Por ese tiempo, los mismos misioneros, después de dar la misión en la parroquia de Saché, de la diócesis de Tours (58), le escribieron al Sr. Vicente que, aunque sólo había seiscientas personas en edad de comulgar en esta parroquia, sin embargo, hubo mil doscientas en la comunión general; que esta misión había estado acompañada de grandísimas bendiciones de Dios, que había producido gran número de reconciliaciones, de restituciones, de verdaderas conversiones, y de otros frutos parecidos; que el Sr. Párroco, su vicario y otros cinco eclesiásticos habían hecho confesión general; y que uno de los más ricos del pueblo, muy apegado a sus riquezas y que no hacía limosnas sino rarísima vez y en pequeñísima cantidad, había quedado tan tocado que había hecho decir en el sermón que daría pan tres veces a la semana a todos los pobres que se presentaran pidiendo en su puerta.

Después de esta misión, se dio otra en el pueblo de Villaine, de la misma diócesis. Y la misma bendición se manifestó en la concurrencia y la asiduidad de los pueblos, en las conversiones de los pecadores, y en las reconciliaciones de enemigos, entre los cuales hubo trece o catorce por desavenencias importantes. La comunión general se realizó con gran efusión de lágrimas; y en la procesión, a la que asistían cerca de dos mil personas, el Sr. Párroco, de ochenta y ocho años de edad, dijo llorando de alegría, que estaba agradecido a Dios por tantas gracias como hacía a las almas que estaban bajo su guía, y que nunca había visto tal cantidad de gente, ni devoción semejante en su iglesia, como la que veía entonces

Aún se dió otra misión el año 1640 en la misma diócesis de Tours, en la parroquia de Chailly. En ella, además de las bendiciones ordinarias que Dios derrama por su bondad en semejantes circunstancias, hubo cuatro o cinco arreglos y reconciliaciones muy importantes. Uno, entre el Sr. párroco y un habitante, que lo había injuriado

Otro, entre los mayordomos de la parroquia que habían administrado los bienes de la iglesia los cinco años anteriores, y el que estaba entonces de administrador; y este arreglo fue muy ventajoso para la iglesia, que estaba muy mal dotada de ornamentos. Y el tercero, entre unos oficiales de justicia, que, desde hacía seis o siete años vivían muy enemistados. El cuarto, entre dos gentileshombres, que estaban enzarzados en un pleito. El quinto, entre uno de los principales burgueses y un arrendatario suyo, por unas cuentas que estaban en discusión, y que podrían llevar a la ruina al labrador.

Omitimos aquí infinidad de frutos parecidos de las misiones que se dieron en grandísimo número en otros sitios de este reino, que si las tuviéramos que narrar al detalle, además de las repeticiones continuas y enojosas, habría que utilizar varios volúmenes. Lo poco que se ha relatado aquí bastará para servir de muestra, y para hacer ver las grandes gracias y bendiciones que Dios ha querido derramar sobre todo el reino por el ministerio del Sr. Vicente y de los suyos. Digo grandes gracias, si se las quiere pesar en la balanza del santuario, y juzgar su valor por el precio que han costado a Jesucristo; quien, para hacernos conocer cuánto deberíamos apreciar la conversión de los pecadores, y, por consiguiente, todos los medios que puedan contribuir a ello, declaró en el Evangelio «Que habrá una alegría muy especial entre los ángeles en el cielo aún cuando se convierta y haga penitencia un solo pecador» en la tierra, y debemos creer que esos espíritus celestiales tan sabios y tan esclarecidos sólo se alegran por un motivo que lo merece

SECCION III pág. 276: Relaciones de los frutos logrados en las misiones dadas en Italia

§. I En varios lugares de los alrededores de Roma

Pasaremos de Francia a Italia, y nos acompañarán los misioneros que el Sr. Vicente, como lo hemos dicho en su vida, envió para que se establecieran en la primera ciudad de la cristiandad. Allí, habiendo sido favorablemente acogidos por el Soberano Pontífice, Urbano VIII, de felicísima memoria, hallaron donde ejercer su celo acostumbrado, siguiendo las órdenes que les habían dado de parte de Su Santidad, no sólo en el recinto de Roma por las ordenaciones, conferencias espirituales, retiros y otros servicios caritativos que prestan a los eclesiásticos, sino también en las misiones a las que han sido invitados en varios sitios, tanto de los alrededores de la ciudad, como en el resto de Italia

Hablaremos en primer lugar de una especie de misión muy extraordinaria, y tan

difícil como caritativa, en la que empezaron a trabajar hace veinte años y continúan hoy: me refiero a los pastores de vacas y de ovejas

Y para que los que no han estado en Roma se hagan una idea más clara de lo que vamos a decir sobre este tema, hay que saber que esta gran ciudad está como en medio de un pequeño desierto, es decir, que en cuatro o cinco leguas a su alrededor, no hay ni pueblos ni aldeas. Ello es debido, no tanto a la naturaleza del terreno, que es bastante bueno, cuanto a la calidad del aire que allí es malsano. Por esta razón no se encuentran personas trabajadoras que lo cultiven, porque no pueden vivir allí. Por eso las tierras quedan sin cultivar, y abundan los pastos para el ganado, que acude de todas partes para pasar allí el invierno; y en primavera lo vuelven a llevar al reino de Nápoles y a otros sitios de donde han venido, de modo que los hombres que lo guardan viven cinco o seis meses en estos campos desiertos, sin oír casi nunca la santa misa ni recibir los sacramentos. Por eso, no tienen mayor preocupación, porque la mayor parte son gente ruda y muy poco conocedores de las obligaciones del cristiano. Van todos los días de un lado a otro, separados unos de otros, con el fin de llevar sus rebaños a pacer. Y por la noche los encierran en unas majadas y junto a ellas levantan unas cabañas portátiles, adonde se retiran habitualmente diez o doce pastores juntos, y alguna vez, más de doce en cada una.

El Sr. Vicente, que siempre trató de atender a las necesidades de las almas más abandonadas, cuando supo el estado en que se hallaban aquellos pobres pastores la mayor parte de su vida, recomendó especialmente a los sacerdotes que destinó a Italia, que socorrieran a aquella pobre gente, y le dieran el pasto espiritual, mientras ellos se dedicaban a dar el corporal a sus rebaños. Sentía tanta compasión por ellos y tantos deseos de que los atendieran, cuanto que él honraba con mayor devoción en sus trabajos, aunque bajos y viles según los hombres, a una de las más excelentes cualidades del Salvador del mundo, llamado por excelencia en el Evangelio el «Buen Pastor», y que le ha transmitido esa cualidad a todos los que ha confiado la dirección de su redil, que es la Iglesia, y, particularmente, al que es el primero y la Cabeza de todos los fieles, a saber, el Soberano Pontífice.

Aquellos buenos misioneros, habiendo recibido el encargo de parte de su Padre, y guiados además por su propio celo, estuvieron pensando cómo podrían trabajar en la instrucción de los pobres pastores. Antes de nada vieron que no había forma de reunirlos en ninguna iglesia para predicarles y catequizarles, como se hace en otras misiones, dado que ellos no podían decidirse a dejar nunca solos a sus rebaños, y tampoco sería razonable exigirles eso por los inconvenientes que se podrían seguir. Pero la caridad les sugirió la solución para aquella coyuntura, que era la de ir a esperarlos todos los días al anochecer, cuando volvían a sus cabañas, y pasar la noche con ellos y así tener ocasión de hablarles e instruirlos. La Cuaresma les pareció a su vez el tiempo más propicio para obtener de ellos una fácil audiencia. Siguiendo esa determinación, se dividieron para lograr más fruto, y acudió un sacerdote a cada cabaña. Allí esperaban, al anochecer, la vuelta de los pastores, y allí trataban de insinuarse mansamente en sus espíritus, diciéndoles en primer lugar que no venían a pedirles nada, sino más bien para hacerles bien, y les pedían que, a tal fin,

aceptaran que pasaran la noche hablándoles de las cosas necesarias y útiles para la salvación, instruyéndolos en las principales verdades de la fe, y sobre las disposiciones requeridas para recibir dignamente los sacramentos, especialmente los de la Penitencia y de la Eucaristía, como también la forma de vivir bien y cumplir los deberes de un cristiano. Y cuando llegaba el momento del descanso, les hacían rezar, e inmediatamente se acostaban junto a ellos sobre las pieles de oveja, y a menudo, sobre la tierra desnuda. Después de haber tenido en diferentes ocasiones aquellas enseñanzas, viéndolos suficientemente preparados, los recibían en el sacramento de la Penitencia, y les invitaban a hacer confesión general de noche o de día, según su propia conveniencia. Y cuando habían cumplido con el oficio de caridad en todas las cabañas de los alrededores, los juntaban a todos un día de fiesta, o un domingo, en la capilla más próxima, pues hay varias en estas extensas campiñas; y allí celebraban la santa misa, les hacían una exhortación, y les daban a todos la sagrada Comunión. Después de ese acto, aquellos pobres pastores, a imitación de los que fueron a adorar a Jesucristo en el pesebre, se volvían alabando y glorificando a Dios, y dándole gracias por la misericordia que había tenido con ellos, por medio de aquellos buenos misioneros, que aún ahora acuden de vez en cuando a ofrecerles su caritativa asistencia.

Aunque todos esos actos de caridad para con los pobres pastores, unidos a todos los demás trabajos que la ciudad de Roma ofrece a los misioneros ocupan una gran parte de su tiempo, sin embargo, eso no les ha impedido extender su celo a todos los lugares de la campiña de Roma y de las diócesis vecinas, y aún a otras diócesis más lejanas, en donde han predicado misiones que no han producido menores frutos que las de Francia. No pretendemos hablar aquí de todas, ni tan siquiera de la vigésima parte de las que se han dado, sino solamente de algunas más notables, para darle al lector una ligera idea de las ventajas espirituales que los pueblos de estas provincias han recibido y reciben todavía hoy todos los días, con la ayuda de la gracia divina, del celo del Sr. Vicente y de los trabajos de sus hijos espirituales.

El año 1642 el superior de los misioneros de Roma escribiendo al Sr. Vicente sobre este asunto:

«Hemos dado —le dice— una misión en un lugar, cuyo nombre vamos a omitir; es un pueblo amurallado, de tres mil habitante más o menos, en el camino de Roma a Nápoles. La misión ha durado un mes; durante ella hemos hallado miserias y desórdenes espantosos. La mayor parte de los hombres y de las mujeres no sabían ni el «Pater» ni el «Credo», y mucho menos las otras cosas necesarias para la salvación. Había un gran número de enemistades inveteradas; las blasfemias eran frecuentísimas, pero eran blasfemias que infundían horror. Varias personas de toda clase y condición vivían en concubinato; había varias mujeres públicas y disolutas, que corrompían a la juventud; y, además de todo eso, hemos encontrado mucha oposición y resistencia, y el maligno espíritu nos ha lanzado violentos ataques de quienes debían apoyarnos más. En fin, esta misión ha sido un sufrimiento para nosotros. No existía humildad capaz de ganar el corazón de aquella gente, porque creían que su honor perdería con instruirse y convertirse,

y no había forma de hacer las paces con ellos, sino dejando de predicar y de confesar. A pesar de todo, después de quince días de paciencia y de perseverancia en nuestros actos y funciones ordinarias de misiones, los pueblos han empezado a abrir los ojos y a conocer sus desórdenes y, al final, la gracia de Dios ha producido grandes bienes. Ha habido cantidad de reconciliaciones, las enemistades han desaparecido y las blasfemias han cesado. Cuatro mujeres perdidas se han convertido, y entre los concubinarios uno de los más obstinados que vivía desde hacía doce años en público adulterio y creaba mucho desorden en su familia y escándalo en el pueblo, se ha convertido, ha dejado el pecado y ha roto con la ocasión»

«Otro gran fruto entre los que se recogen habitualmente en misiones es tener que arrancar un pecado abominable que no se suele nombrar, al cual estaban extraordinariamente sometidos. Se ha hecho la comunión general con gran preparación, y todos han quedado conmovidos al oír el llanto y los gemidos, al ver las lágrimas de las almas convertidas. Y finalmente, a pesar de todos los esfuerzos del maligno espíritu, esta misión ha terminado con gran bendición»

Otro sacerdote de la misión de Roma escribió el año 1654 una carta en la cual, después de hablarle de varias misiones en la diócesis de Sarfina, en la Romaña, y de todo lo que de más notable había sucedido, añade lo siguiente:

«En la última misión que tuvimos en las montañas más altas de los Apeninos nos encontramos con un desorden general, que a pesar de ser cosa ordinaria en la Romaña, es sin embargo mucho mayor en aquellos lugares apartados. Toda la juventud, muchachos y muchachas, se entretienen en amoríos locos y vanos, muchas veces sin ningún deseo de casarse; y de eso no se confiesan de ordinario, así como tampoco de los malos efectos que de ello se siguen, que son los entretenimientos peligrosos en los que pasan con frecuencia una parte de la noche; esto acontece especialmente en vísperas de fiesta. Siguiendo con estos malos afectos de unos con otras, ni siquiera tienen respeto a las iglesias, adonde no van casi nunca si no es para entretenerse con las miradas y gestos inmodestos. Aparte de los malos pensamientos y de otros desórdenes interiores, llegan a veces a caídas muy escandalosas, que, sin embargo, no logran hacer a los demás precavidos ni a los parientes más avisados para evitar cosas semejantes».

«Habiendo conocido por casualidad estos abusos y todas estas peligrosas y molestas consecuencias, hablamos en nuestras predicaciones de esta cuestión lo más fuertemente que pudimos a fin de acabar con todo eso. Pero el mal parecía incurable, y no faltaban buenas razones para pensar así; esto nos daba mucha pena. Más, al fin, con la gracia de Dios, pusimos remedio negando la absolución a todos los que no veíamos muy decididos a renunciar absolutamente a todos esos locos amoríos. Eso les ha impresionado mucho y ha sido el motivo de que casi todos se rindieran. Les leí públicamente en Italiano un capítulo del libro de Filotea, que trataba de este defecto y que les descubría las faltas que cometían, como si el autor lo hubiera escrito expresamente para ellos. Muchos demostraron con lágrimas el dolor por su pasado y disposiciones para el provenir. ¡Quiera

Dios concederles la perseverancia!»

«En fin, señor, aunque al principio los párrocos de aquellos lugares nos tenían por espías y nos hicieron pasar ante los ojos de aquellos pueblos por personas sospechosas, al ver, sin embargo, la sencillez de nuestra conducta, el respeto que les mostrábamos, nuestra manera de actuar en las misiones y principalmente que no teníamos nada de interés, empezaron a tenernos más afecto y puedo decirle que nos hemos ganado sus corazones. Muchos de ellos nos lo han demostrado incluso con lágrimas»

§. II En los obispados de Viterbo, de Palestrina y otros sitios

Un sacerdote de la misión de Roma escribiendo al Sr. Vicente, el mes de diciembre de 1655, a propósito de lo que sucedió en una misión dada en el obispado de Viterbo:

«El Sr. Cardenal Brancaccio —dice— nos hizo el honor de llamarnos a Viterbo, de donde es obispo, y nos envió a Vetralla, pueblo importante de su diócesis, a dos jornadas de Roma. Al llegar allí, aunque tropezamos con muchas dificultades en nuestro humilde trabajo, conseguimos oír a mil setecientas personas en confesión general, que demostraban estar muy impresionadas y arrepentidas. Lo que me parece que contribuyó más a conmover a aquel pueblo es lo que aparentemente debía tener menos efecto, a saber: 1º. La explicación de los actos del cristiano, que teníamos todas las mañanas a la salida de la primera misa; 2º. La instrucción familiar que se tenía luego sobre los principales misterios de la fe, y sobre el modo de confesarse bien; 3º. El examen general que hacíamos en voz alta, con las oraciones ordinarias al anochecer, inmediatamente después de nuestra predicación. Pero lo que causó impresión en sus espíritus fue una reprimenda muy seria que les hizo nuestro predicador al final de su exhortación para la preparación a la comunión, diciéndoles de parte de Dios que nadie tuviera el atrevimiento de acercarse a la sagrada mesa sin haberse reconciliado previamente con sus enemigos. Y creo que esa exhortación, animada como estaba del espíritu de Nuestro Señor, obró más fruto que todo lo demás, sobre todo respecto a la reconciliación de quienes se tenían un odio mortal y las restituciones notables que se hicieron, ya que desde aquella predicación ni se ha visto ni oído ya más que de los arreglos que se llevaban a cabo y del perdón que se pedían unos a otros con lágrimas en los ojos, no sólo en las casas, sino en medio de la calle, y especialmente en la iglesia delante de todo el mundo. Lo mismo se hacía en lo referente a la restitución de los bienes mal adquiridos y en el pago de las antiguas deudas abandonadas, y todo ello de forma pública y sin preocuparse para nada de la propia reputación»

«Si me pusiera a referir aquí todos los casos particulares que hemos visto y oído sobre este tema, tendríamos demasiadas cosas que decir; solamente referiré tres o cuatro de las principales. La primera tuvo lugar durante la procesión: en ella, cuando uno de nuestros sacerdotes iba poniendo a los hombres de dos en dos para hacerles ir ordenadamente, la Divina Providencia dispuso las cosas de tal manera que dos habitantes

de aquel lugar, que se tenían un odio muy arraigado desde hacía años, se vieron colocados por casualidad uno junto al otro, y caminaron incluso durante algún tiempo los dos juntos sin que ninguno de ellos se diera cuenta; pero, cuando se reconocieron, Dios les tocó el corazón tan fuertemente, que en un instante su odio tan vivo se trocó en una sincera amistad y sus corazones se encontraron en tal disposición que, derramando lágrimas, se abrazaron y se pidieron perdón, delante de toda la concurrencia, y con unas palabras tan cordiales que todo el mundo se llenó de admiración y de consuelo».

«El segundo caso fue el de cierto vecino de aquel mismo lugar, que desde hacía mucho tiempo le debía a otro 400 escudos y nunca se los había querido pagar, aún cuando a veces se le presionó por medio de la justicia y hasta con sentencia de excomunión, de modo que ya no quedaba esperanza alguna para su fiador. Mas, se sintió de pronto tan impresionado que en aquel mismo instante le pagó los 400 escudos, y desde entonces siguen siendo buenos amigos».

«El tercero fue que un rico avaricioso, que, desde hacía bastante tiempo, le debía 100 escudos a un pobre hombre que había acabado perdiendo todas las esperanzas de cobrar su dinero, de pronto se sintió tocado por Dios, y sin que nadie se lo pidiera, puso en práctica casi lo de Zaqueo: le devolvió al pobre hombre tres o cuatro veces más de lo que le debía, dándole una casa y una viña, con lo que pudo arreglarse toda su familia».

«En fin, el cuarto caso fue el de un padre que, habiendo concebido y fomentado en su corazón durante cerca de tres años un odio mortal contra otra persona que había querido matar a su hijo y hasta le había herido en un brazo, dejándolo mutilado y obligándole además a gastar mucho dinero para que se pudiera curar, a pesar de eso y del resentimiento que le guardaba, llevó a cabo dos acciones dignas de un verdadero cristiano: la primera, perdonó de corazón a su enemigo, el cual había intentado asesinar a su hijo; y la segunda, dispensó y perdonó voluntariamente todos los gastos que podía haberle exigido, a pesar de que antes de aquella misión hubo muchas personas que intentaron reconciliarlos y buscar un arreglo sin haber conseguido nada».

«Esta es una parte de los frutos de esta misión, de la que se puede decir con verdad que produjo efectos maravillosos por la mano omnipotente de Dios, pues los obreros que trabajaban en ella no eran, ni mucho menos, capaces de obrar esas maravillas con unos medios tan débiles como los que hemos referido. Esto es lo que me da motivos para decirle lo mismo que en otro tiempo decían aquellos que veían los milagros que hacía Moisés en presencia del faraón: «Digitus Dei est hic»: es el dedo de Dios el que hace estas cosas admirables, y no la elocuencia ni la ciencia ni la sabiduría ni el poder de los hombres. Quizás ha sido por esto por lo que la Divina Providencia no ha querido que nuestro prelado y eminentísimo cardenal asistiera a nuestra misión, como nos lo había hecho esperar, al haberse roto una rueda de su carreta cuando ya se había puesto en camino para venir; pues, si nos hubiera hecho ese honor, quizás se hubiera atribuido a su presencia y autoridad la gloria de estas maravillas, que Dios ha querido reservarse solamente para El».

El mismo sacerdote misionero cuenta en una de sus cartas el éxito de otra misión que se dió el mes de enero del año siguiente. En ella habla de esta manera:

«En la misión que acabamos de dar en Breda hemos observado una gran asistencia del pueblo a nuestros sermones y catecismos, a los que asistían con tantos deseos de aprovecharse que todo lo que escuchaban causaba una viva impresión en sus corazones, de manera que los veíamos luego instruirse y exhortarse los unos a los otros. Toda la mañana del día de la comunión se pasó en medio de reconciliaciones y abrazos, que se hacían unos a otros. Ahí se veía manifiestamente la fuerza de la gracia de Dios, ya que los más distinguidos del lugar, tanto hombres como mujeres, dejando aparte todos los respetos humanos, no ponían ninguna dificultad en humillarse ante los más pobres, y en pedirles perdón por las faltas que habían cometido contra ellos. Pero cuando llegamos a la predicación, que se tuvo inmediatamente antes de la comunión, los corazones se enternecieron de tal modo que faltó muy poco para que algunos no cayeran desvanecidos. El que estaba predicando se vio obligado a interrumpir por dos veces su sermón, y a dejar de hablar para detener las lágrimas y los suspiros de este pueblo. Acabada que fue la predicación, un sacerdote de aquella tierra se adelantó hacia el altar mayor, y postrado en tierra, pidió en voz alta perdón, por la vida escandalosa que había llevado, en primer lugar a Dios y luego al pueblo; la gente, extraordinariamente impresionada por aquel ejemplo, se puso a gritar en voz alta: «Misericordia».

«El demonio, envidioso de tan grandes éxitos, se esforzó en impedirlos perturbando el buen orden y la disposición del pueblo en la procesión que tuvo lugar después de vísperas, a causa de la precedencia entre algunas cofradías de penitentes establecidas en la parroquia. Pero Dios, por su bondad, impidió aquel desorden, pues en medio de la disputa alguno indicó que el predicador había dicho que les tocaba la precedencia a los penitentes vestidos de blanco; y entonces, por el gran respeto que todo el mundo sentía a cuanto viniera de él, hizo que todos acataran aquella palabra, sin meterse en más discusiones. De este modo la procesión transcurrió con mucha piedad y con una especial edificación de todos».

«Creo que no debo omitir aquí una cosa que sucedió. Le exhortamos al pueblo a comprar una cruz de plata para su iglesia, y no hubo ni una sola persona que no quisiera participar en tan buena obra, de manera que todos hicieron un esfuerzo por contribuir a ella, y se logró recoger una cantidad superior a cien escudos, que era mucho más de lo que se necesitaba».

En cuanto al obispado de Palestrina, la relación de las misiones que se predicaron el año 1657 nos dice que la primera se dio en un pueblo grande de mil doscientos comulgantes, llenos todos de enemistades y, si hemos de hablar con propiedad, todos ensangrentados por los frecuentes homicidios que se cometían, pues llegan hasta setenta en tres años. Este pueblo, aunque era cruel y habituado a los crímenes, a pesar de eso, gustó la palabra de Dios, acudió con exactitud a los actos de la misión que duró un mes, y, al final, usó tan bien de ella que casi todos hicieron confesión general, y se reconciliaron

perfectamente con Dios y con sus enemigos. Hemos visto a varios que habían estado diez o quince años sin querer hablarse, que lo han hecho de buena gana en dicha ocasión. Una viuda, cuyo marido había sido asesinado, y que había negado la paz a sus enemigos, a pesar de todos los ruegos que le hicieron, entre otros el Sr. Cardenal Colonna, señor de dicho lugar, para que se la concediera, quedó tan conmovida por una predicación, que sin ninguna reconvenón previa hizo llamar al Sr. Párroco y al notario, y se reconcilió, concediendo el perdón con gran alegría.

Otra viuda, que se había manifestado tan difícil en perdonar a un hombre que había matado a su marido, le perdonó también de muy buena gana en esa ocasión, y decía que jamás había sentido tal consolación en todo el tiempo de su vida. Después de eso algunos de sus parientes, como le hubieran querido recordar que no debía haber perdonado ni tan fácilmente ni tan pronto, para manifestar mejor su amor hacia su marido difunto, les respondió que quería salvar su alma, y que si no lo hubiera hecho, lo haría aún de buena gana.

Un joven, que tenía un brazo mutilado por un enemigo suyo, a quien no quería ni ver, habiéndole encontrado a la salida de una predicación en la plaza pública, se puso de rodillas, y levantándose lo abrazó con tanto afecto y cordialidad, que su ejemplo y su palabra sirvieron muchísimo para mover a otras personas a perdonar las injurias que habían recibido.

Pero la más importante de todas las reconciliaciones realizadas en esta misión, y donde más manifiestamente ha aparecido el efecto particular de la gracia de Dios fue la que se consiguió entre dos de las principales familias del pueblo, entre individuos de una de las familias, que habían matado a uno de otra familia y herido gravemente a su hermano. Ese hecho de tal modo enfureció a los hermanos que quedaban vivos y que eran muy crueles, que decidieron exterminar a aquella familia, pues algunos miembros de ella habían cometido el asesinato, y uno de los hermanos, para vengar la muerte del otro, había matado, después de tres años, a diez personas inocentes. Esta reconciliación era muy difícil de lograr, tanto porque las ofensas eran recientes, como porque los que querían cometer el asesinato andaban recorriendo todo el día por el campo de miedo a que los pudiera coger la justicia, y sólo volvían a casa por la noche, así que era muy difícil hablar con ellos. Además, estando como estaban tan enfurecidos no había ni traza de poder doblegar sus corazones; uno de ellos llegó a decir que no quedaría contento hasta que hubiera matado a todos los de la otra familia. Sin embargo, a pesar de todas esas dificultades, y después de varias tentativas, Dios quiso que se lograra aquella buena obra por un efecto singularísimo de su gracia. El predicador de la misión había ido a buscar, en un lugar apartado, a los que querían cometer los asesinatos, y después de hablarles durante unos cinco minutos, les suplicó en nombre de nuestro Señor Jesucristo, al tiempo que los abrazaba cordialmente, que perdonaran e hicieran las paces. E inmediatamente el principal de ellos, vivamente emocionado por sus palabras, se quitó el sombrero, y levantando los ojos al cielo, bañado en lágrimas, le dijo: «Prometo a Dios y a su Reverencia la paz, y quiero hacerla». Dicho eso, se retiró para llorar con más libertad. Después

convino en hacer las paces el día siguiente; pero aparecieron nuevos obstáculos y tan grandes que se creía que se iba a estropear todo. Pero se le comunicó que se había acudido a la Santísima Virgen,por cuya poderosa intercesión todos los impedimentos quedaron superados e hicieron las paces con tanta bendición, que la mayor parte de los habitantes que habían venido a la iglesia para admirar un acto tan hermoso, lloraba de alegría, bendiciendo a Dios, porque veía a los ofendidos y a los ofensores abrazarse con tanto afecto. Un anciano dijo a un joven de la parte contraria, a quien odiaba antes a muerte: «Quiero ante todo tenerle por hijo», a lo que el otro le respondió: «Y yo le tendré por mi padre».

Sería demasiado largo contar al detalle todos los arreglos y todas las reconciliaciones que se hicieron en esta misión. La división de los corazones era casi general en aquel lugar, porque la ofensa que se hace a un particular se extiende a todos sus parientes, y su enemistad recíprocamente a toda la parentela de quien ha ofendido, de modo que llegan a no hablarse entre sí, ni a saludarse nunca más unos a otros. Mas, por la misericordia de Dios, no hemos sabido, que, al terminar la misión, haya quedado alguno enemistado: todos se han reconciliado verdadera y sinceramente.

Otro equipo de misioneros había ido a trabajar a las parroquias que dependían de la Abadía de Subiaco. Dieron allí cuatro misiones a las que Dios concedió grandísimas bendiciones, tanto en razón de las reconciliaciones por las que varias enemistades habían quedado superadas, como por los remedios que se pusieron a las malas amistades y a varios escándalos públicos. Por no repetir, aquí solamente referimos lo sucedido en una de las parroquias. Tres mujeres públicas pidieron públicamente perdón en la iglesia a todo el pueblo por el escándalo que le habían dado en el pasado. En cuanto a la blasfemia, como reinaba en gran manera en aquel lugar, todos acordaron firmemente evitar aquel funesto pecado, y varios convinieron entre sí, que si alguno de ellos profería blasfemias en el juego, perdería la partida, o bien pagaría cierta cantidad de dinero que sería distribuida entre los pobres; pero otros acordaron abandonar por entero el juego, lo cual es mejor y más seguro. Y porque los días de fiesta el pueblo, en la mayor parte del tiempo, estaba ocioso sin saber a qué dedicarse, aceptaron con mucha docilidad y afecto el consejo que les dieron de hacer comprar un salterio grande y un antifonario para cantar las vísperas en sus iglesias los días de fiesta y domingos. Y además, algunos libros espirituales, a saber, la Vida de los Santos, las obras de Granada y otros parecidos, para hacer, esos días, reunidos en la iglesia, una hora de lectura espiritual.

En otra relación enviada por el superior de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión de Roma se dice, al hablar de las últimas misiones dadas en sitios que no nombra, que Dios ha derramado sus bendiciones habituales: han cesado los escándalos, se han eliminado lo concubinatos, las mujeres públicas se han convertido, las ocasiones de los pecados deshonestos, muy frecuentes en aquellos sitios, han desaparecido, y ha habido tal cantidad de arreglos de desavenencias y pleitos tanto civiles como criminales, que sólo en una misión un notario inteligentísimo estuvo ocupado seis días escribiendo los acuerdos realizados. Hemos logrado terminar con contratos usurarios y revocar algunas

enajenaciones de los bienes de la iglesia, que se habían hecho injustamente. Y no sólo los vicios y los desórdenes han quedado suprimidos, sino que también se ha plantado en los corazones el gusto por la virtud, y se han puesto en uso todas las clases de buenas obras, especialmente las de la caridad. Ahí van dos o tres ejemplos.

Al final de una de las misiones, el médico de uno de los lugares en que se habían dado, movido por un impulso de caridad, se ofreció a no quedarse durante tres años, con nada de todos sus honorarios, a condición de que el celemín de trigo que cada casa tenía que darle todos los años, se fuera acumulando a lo largo de esos tres años con el fin de hacer un monte de piedad de unos cien sextarios de trigo, que servirían para prestar a los pobres; cosa que quedó decidida con el consentimiento de los habitantes.

En el mismo sitio, un oficial, al ver que los niños estaban poco instruidos por no haber una persona capaz de enseñarles, se obligó a dar todos los años una gran parte de su sueldo que serviría de salario para un buen maestro.

La comunidad de los habitantes del mismo lugar eligió a dos protectores de los pobres. Su oficio consistía en impedir que los pobres fueran gravados injustamente con impuestos por ciertos daños que los arrendatarios del señor pretenden a veces que les han hecho. Y también eligieron a un depositario de los muebles de los pobres que los policías exigen al aplicar la ley; dichos muebles, por no haber depositario, casi siempre se perdían para los pobres.

Vemos ahora una pequeña muestra de los excelentes frutos que el Sr. Vicente ha hecho nacer en Italia por el ministerio de los sacerdotes de su Congregación establecidos en Roma. Hemos hablado de lo que sucedió en ocho o nueve misiones, aunque se hayan dado más de doscientas en los veinte años que llevan en la ciudad capital de la cristiandad. Pero hemos creído que basta con eso para dar a conocer la abundante gracia, que Dios quería derramar sobre todos los proyectos de su fiel siervo, y sobre lo trabajos y las ocupaciones que Dios había puesto bajo su dirección.

Concluiremos este capítulo con un párrafo de una carta que el Sr. cardenal Spada escribió desde Roma al Sr. Vicente, el año 1651, donde le habla en estos términos:

«El Instituto de la Congregación de la Misión, del que usted es Fundador y Superior General, adquiere cada día mayor crédito y fama por aquí. Me han servido mucho y bien en mi ciudad y en toda la diócesis de Albano, donde he visto los frutos extraordinarios conseguidos en estos pueblos, sus buenos sacerdotes han trabajado con tanto esfuerzo, caridad, desinterés y prudencia, que todos se han quedado sumamente edificados. Es mi deber darle gracias por ello, como lo hago, asegurándole que lo hago con un sentimiento especial, y que no dejaré de publicarlo para el bien y la propagación de ese santo Instituto, siempre que se me presente la ocasión», etc

SECCION IV pág. 283: Misiones dadas en el estado de Génov

No sabría empezar mejor a hablar de estas misiones, que presentando el testimonio que ofrece el Sr. Cardenal Durazzo, dignísimo arzobispo de Génova, en una carta que escribió al Sr. Vicente el mes de agosto de 1645 en estos términos:

«Uno de estos meses, al pasar por aquí el Sr. N, he sabido que pertenecía a la Congregación de la Misión, y he utilizado su ministerio en varios lugares de mi 283 diócesis, donde ha trabajado con mucho fruto y bendición para el servicio de Dios, la salvación de las almas y mi satisfacción particular. Pero como me ha dicho que, para obedecer a sus superiores, tenía que volver a París, he accedido a ello, ya que usted ha enviado a otros sacerdotes para continuar con lo que él ha comenzado con tanto éxito. Hay esperanza de que podrá establecerse aquí su Instituto tan piadoso para mayor gloria de su divina majestad. He querido hacerle participe a usted de nuestro consuelo espiritual en este caso».

Pero para hacer ver más en detalle los efectos de la gracia de Dios en estas misiones, presentamos aquí muy sencillamente los párrafos de algunas de las cartas de los misioneros destinados a aquellas tierras por el Sr. Vicente.

Un sacerdote misionero escribiendo al superior de la casa de Génova para darle cuenta de las cosas que han ocurrido en las misiones en donde él había trabajado:

«Dios da grandes bendiciones —le dice— a nuestra misiones, y principalmente a esta última del lugar llamado Chiavari; porque además de los frutos habituales y de las reconciliaciones de personas particulares que han sido muy numerosas, tres parroquias enteras, que anteriormente estaban muy desunidas, se han reconciliado», etc

Dicho superior de la misión de Génova, contando el éxito de otra misión, cuyo nombre no cita, en una carta que escribió al Sr. Vicente el mes de julio de 1646:

«Hemos llegado a estar —le dice — *hasta dieciocho confesores. Ha habido más de tres mil confesiones generales y gran número de reconciliaciones de grandísima importancia; gracias a ellas han acabado unas desavenencias que habían causado veintitrés o veinticuatro asesinatos. La mayor parte de los que se habían manchado con ellos, después de obtener el perdón y la paz por escrito de las partes ofendidas, podrán obtener la gracia del príncipe y alcanzar la anterior situación».*

La misma persona añade en otra carta que escribió al Sr. Vicente más o menos por ese tiempo, una particularidad que merece ser tenida en cuenta:

«Cuando le escribí —dice— sobre el orden que guardamos en nuestras misiones, me olvidé decirle lo que hacíamos para instruir al pueblo y para aligerar la tarea de los

confesores. Tenemos dos jóvenes eclesiásticos, que fuera del tiempo del catecismo enseñan los misterios a todos los que quieren confesarse, y cuando están suficientemente instruidos, les dan una pequeña nota impresa con ese fin, y los penitentes la presentan a su confesor, quien por ese medio está seguro cuando un penitente va a confesarse de que está bastante instruido en las verdades cristianas, y así no se molesta en preguntarles. Eso hace que los confesores adelanten en su trabajo y no hacen esperar tanto a los que están alrededor de los confesionarios».

En otra carta del 6 de mayo de 1647 el mismo superior escribe:

«Ya hemos regresado de la misión de N. Comprendía cinco parroquias, aparte de la asistencia a otras vecinas. Ha habido un gran número de conversiones y confesiones generales, a pesar de la dureza del pueblo, que ha resultado muy difícil de conmover hasta el punto de que casi nos fallaron las ánimos al comienzo. Pero nuestro Señor quiso consolarnos al final de la misión, tocando estos corazones endurecidos y derramando sobre ellos gracias tan abundantes que los que al comienzo no querían escucharnos, al final de la misión no querían apartarse de nosotros. De modo que el día de nuestra partida, al ir a la iglesia a recibir la bendición del Sr. Párroco, acudió todo el pueblo a la Iglesia y se puso a llorar y a gritar «¡Misericordia!», como si marchándonos les hubiéramos quitado la vida. Por eso nos costó mucho escapar de allí».

«Hay muchos de la nobleza de la ciudad de Génova que han venido aquí para asistir a los actos de la misión, quedando muy edificados. El Sr. Cardenal, arzobispo de Génova, ha venido a administrar la confirmación; luego, cuando estaba comiendo con los misioneros y algunos señores que le acompañaban, le envió un obsequio cierto señor de aquellas tierras, pero él se excusó de aceptarlo, diciendo que los misioneros tenían como regla no recibir nada durante la misión, y lo despidió».

Por una carta del 16 de diciembre de 1647 el mismo misionero, al escribirle al Sr. Vicente acerca de otra misión, dice que, entre otras cosas, siete bandoleros se habían convertido; y que un turco, criado de un gentilhombre del lugar, había pedido el bautismo, pero que no se lo habían querido administrar hasta después de estar bien instruido y bien probada su fe

Y en una misión posterior varios bandoleros más se habían convertido también; obtuvieron el perdón y la paz de quienes ellos les habían matado a su padre, o a los hermanos, o a los hijos. Y algunos de esos bandoleros, poniéndose de rodillas a los pies de los ofendidos, habían sido recibidos y acogidos con mucha caridad, y con abundancia de lágrimas derramadas por una y otra parte. En el pueblo de Sestri, donde se estaba dando la misión, el pueblo, que había acudido con asiduidad y docilidad grandísima a todas las instrucciones, exhortaciones y predicaciones que se habían dado, al final dio muestras de tanto afecto a los misioneros que les habían ofrecido aquellos servicios caritativos, que, al saber que iban a marchar, tuvieron como asediada durante dos o tres días la casa de los misioneros, no pudiendo consentir que se marcharan; así que se vieron obligados, para

poder escaparse, a partir de noche

Y en otra carta del 10 de diciembre del mismo año 1648 dice que en la misión de L'Avagna había habido aún más bandoleros convertidos y recibidos a la gracia y al perdón

En otra misión dada en enero del año 1650, aunque los habitantes del lugar estaban en la miseria, a pesar de eso les propusieron establecer en la parroquia la Cofradía de la Caridad para los enfermos pobres. Aquella gente hizo tal esfuerzo para contribuir a una obra que creían tan buena y tan santa, que en la primera colecta recogieron quinientas libras de plata, y, además, setecientas libras en fondos y obligaciones.

Se fundó también una Cofradía para los hombres, llamada de la Doctrina Cristiana. Su finalidad era enseñar el «Pater» y el «Ave» y los principios de la fe a los que no los sabían, e ir por la parroquia recogiendo niños para hacerlos acudir al catecismo

Uno de los sacerdotes más antiguos de la Misión, yendo de París a Italia, se encontró con una misión que los de Génova estaban dando en Castiglione en el mes de diciembre de 1650, y le escribió sobre ella al Sr. Vicente en estos términos:

«He visto todos los actos de la misión que se celebra en esta parroquia, y al mismo tiempo en otras siete u ocho de los alrededores. Los pueblos se muestran muy asiduos a la asistencia a los sermones y al catecismo, y dan continuo trabajo a los confesores. Hay que confesar que no ceden en lo más mínimo los otros países, y que hasta los sobrepasan un poco. Dos concubinarios públicos, movidos a penitencia, han hecho confesión pública en la iglesia en medio del sermón, en presencia de un gran gentío. Varios usureros se han obligado por escrito y ante notario a restituir todo lo que les había exigido injustamente a los pobres a quienes les había prestado dinero. La Cofradía de la Caridad ha quedado fundada en esta parroquia y en todas las aledañas. El superior de la misión todos los lunes pronuncia una conferencia a diez o doce párrocos de la comarca. He asistido a una de ellas. Todo marchó muy bien; cabe esperar mucho provecho de ellas para los sacerdotes y para los pueblos».

El superior de la casa de Génova en una carta que escribió al Sr. Vicente el 6 de febrero de 1659:

«Acabamos —le dice— *de tener dos pequeñas misiones, a las que Dios ha concedido muchas bendiciones, especialmente a la última».*

«La parroquia contaba solamente con doscientos cuarenta comulgantes, en un lugar muy apartado; sin embargo, acudieron a la comunión general más de setecientas personas que habían venido de lugares circunvecinos muy alejados. Entre las reconciliaciones hay que mencionar la de un padre, cuyo hijo había sido asesinado mientras dormía y sin ningún motivo hacía poco tiempo. Varias personas importantes habían intervenido inútilmente para conseguir que perdonara al autor del asesinato;

incluso un día antes de su conversión, él mismo me lo había negado, cuando quise hacerle esta misma petición, rogándome que no le hablara jamás de aquello. Pero Dios hizo con su gracia lo que los hombres no habían podido conseguir con sus consejos y exhortaciones; porque, habiéndome atrevido, el día siguiente, a conjurarle de nuevo con súplicas para que concediera ese perdón y esa paz por amor a nuestro Señor, cambió de repente y me concedió lo que le pedía con sentimientos verdaderamente cristianos, que hicieron derramar lágrimas a todos los presentes».

Y en otra misión del mismo año hubo otra reconciliación de un hijo, cuyo padre, de sesenta años, había sido muerto, el cual, no habiendo podido durante todo el tiempo de la misión superar el violento resentimiento de su corazón, ni conceder la paz y el perdón para el que había cometido el asesinato, lo hizo después de terminar la misión y de marcharse los misioneros. La semilla de la palabra de Dios, que había sido sembrada en su corazón por medio de las exhortaciones y las predicaciones que había escuchado, finalmente produjo su fruto, aunque un poco tardío, lo suficientemente pronto para hacer ver una muestra notable de la divina misericordia en aquel lugar.

SECCION V pág. 286: Misiones dadas en Córcega

Esta isla está situada en el Mediterráneo y forma un pequeño reino, que pertenece a la República de Génova, cuyas principales autoridades conocedoras de las necesidades espirituales, pidieron el año 1652 al Sr. Vicente algunos sacerdotes de su Congregación para que fueran a dar misiones. Y les concedió siete, que fueron a trabajar a diversos lugares de esa isla, ayudados por otros cuatro eclesiásticos y cuatro religiosos que el Sr. cardenal, arzobispo de Génova, les había dado para ayudarles.

La primera misión se dio en Campo Lauro, donde habitualmente reside el obispo de Alleria. Pero, por aquellos días, estaba vacante la Sede Episcopal y la diócesis era gobernada por dos Vicarios Generales. Uno estaba nombrado por la Congregación «De Propaganda fide», y el otro por el cabildo de la iglesia catedral. Pues bien, los dos Vicarios Generales no se ponían de acuerdo en su forma de actuar, y a menudo eran opuestos en sus ideas, de forma que uno deshacía lo que el otro acababa de hacer, y si uno excomulgaba, el otro levantaba la excomunión. A causa de eso, el clero y el pueblo estaban muy divididos, y, como consecuencia, había muchos desórdenes en toda aquella tierra.

La segunda misión se dio en un lugar llamado Il-Cotone.

La tercera en Corte, que está en el centro de la isla.

La cuarta y última en Niolo.

Para comprender cuál fue el fruto de estas misiones, hay que saber que además de la ignorancia grandísima del pueblo, los vicios más habituales que reinaban en toda esta tierra eran la impiedad, el concubinato, el incesto, el hurto, el falso testimonio y, sobre todos los demás, la venganza, que es el desorden más generalizado y más frecuente: de aquí se sigue frecuentemente que se maten unos a otros como los bárbaros, y que no quieran perdonar, ni oír hablar de ninguna clase de arreglos, hasta que puedan vengarse. Y no sólo se vengan del que les ha injuriado, sino también lo hacen de todos sus parientes hasta el tercer grado inclusive; de manera que, si alguno ha ofendido a otro, todos sus parientes tienen que mantenerse en guardia, porque el primero que encuentren, aunque sea inocente, y quizá ni sepa nada de la ofensa cometida, será tratado como si hubiera sido cómplice. De ahí se sigue que los habitantes de esta isla lleven todos armas y se piquen de tal modo por una cuestión de honor que a la menor palabra que se les diga, se matan entre sí. Y esa es la causa de que este reino de Córcega, un país hermoso y muy fértil, no esté muy habitado

Pues bien, en estas misiones con la ayuda de la gracia de Dios hubo bienes muy considerables.

En primer lugar, por las Conferencias en forma de Ejercicios espirituales que los misioneros dieron a los canónigos, a los párrocos y a otros eclesiásticos; y eso, todos los días reuniéndolos en la iglesia, después de que el pueblo se hubiera retirado. El superior de la misión les daba unas exhortaciones acerca de las obligaciones y de los deberes de los eclesiásticos, y les señalaba los temas de la meditación; así preparados para las confesiones generales, remediaron con ese medio algunos escándalos pasados, y resolvieron decididamente cumplir cuidadosamente en el futuro con sus obligaciones para con Dios y para con el pueblo; algunos de ellos, conmovidos por el sentimiento de sus faltas hasta pidieron perdón públicamente por los malos ejemplos que les pudieron haber dado. Hubo párrocos que dieron satisfacción pública, y un cabildo entero también la dio por medio de uno de los canónigos que habló en nombre de todos los demás.

En segundo lugar, por el gran número de arreglos y reconciliaciones que se hicieron en todos los sitios; uno perdonando la muerte de su hermano; otro la de su padre, de su hijo, de su marido, de su pariente, etc. Otros perdonaban las falsas acusaciones, y los falsos testimonios cometidos contra ellos en justicia, condenando también todas la reparaciones de honor y de interés, aunque muy considerables, y abrazando cordialmente a quienes habían querido hacerles perder la vida o el honor. Y lo que es más de destacar en este asunto es que las reconciliaciones importantes no eran tres o cuatro, sino más de cincuenta y a veces más de cien en cada sitio.

En tercer lugar, por la supresión y la abolición total de los concubinatos, que eran muy frecuentes, y por la penitencia pública de muchas jóvenes y mujeres desvergonzadas, que pidieron perdón públicamente por sus desórdenes; a las que siguieron otras personas, que quedaron conmovidas por sus ejemplos; y sintiendo en su conciencia algún remordimiento por haber causado algunos escándalos con sus pecados, se ponían de pie

en medio del gentío y pedían en alta voz misericordia a Dios y perdón a todo el mundo. Y como acompañaban sus palabras con varias señales externas de verdadera penitencia, aquello arrancaba lágrimas de toda la reunión.

Finalmente, por el establecimiento de las Cofradías de la Caridad, que no sólo han proporcionado la asistencia espiritual y corporal a los enfermos pobres. Además, dieron ocasión de practicar otras obras buenas, que las personas pertenecientes a las Cofradías practicaban. Esto ha contribuido igualmente tanto al alivio de los pobres y a la santificación de aquellas personas, como también a la edificación de sus familias y de otras que veían sus buenos ejemplos.

Pero para hacerse todavía una idea más clara de la grandeza y la importancia de los frutos de esas misiones, sobre las cuales parece que la gracia de Dios, infundida con plenitud en el Sr. Vicente, fue derramada con especial abundancia, referiremos aquí un poco más por extenso lo que sucedió en la última misión, según el relato que envió el que era el superior de aquella misión en la siguiente forma:

«Niolo es un valle de tres leguas de largo y media de ancho, rodeado de montañas. Los accesos y los caminos para llegar allí son de los más difíciles que he visto en mi vida, tanto en los Pirineos como en Saboya. Esto hace que aquel lugar sea una especie de refugio de todos los bandidos y maleantes de las isla que, al tener ese escondrijo, practican impunemente su bandolerismo y sus asesinatos, sin temor a los oficiales de la justicia»

«En aquel valle hay varias pequeñas aldeas que cuentan en total unos dos mil habitantes. Yo nunca he conocido gente, ni sé que exista en toda la cristiandad, más abandonada que aquélla. No encontramos allí casi más restos de fe que su afirmación de que estaban bautizados y que había alguna iglesias, aunque muy mal conservadas. Tenían una ignorancia tan grande de las cosas de su salvación que apenas se habría podido encontrar a cien personas que supieran los mandamientos de Dios y el símbolo de los apóstoles. Preguntarles si había un Dios, o si había varios, y cuál de las tres divinas Personas se había hecho hombre por nosotros era hablarles en árabe. El vicio pasaba por virtud, y la venganza era tan corriente que los niños aprendían antes a vengarse de la menor ofensa que a andar o a hablar. No servía de nada predicarles lo contrario, ya que el ejemplo de sus mayores y los malos consejos de sus propios padres relativos a este vicio habían echado tan profundas raíces en sus espíritus que no eran capaces de convencerse de lo contrario. Había muchos que pasaban siete y ocho meses sin oír misa y que estaban tres, cuatro y diez años sin confesarse. Había incluso jóvenes de quince y dieciséis años que no se habían confesado nunca. Con todo ello había un gran número de vicios que reinaban entre aquella pobre gente. Eran hombres muy inclinados a robar; no sentían escrúpulo alguno por comer carne en cuaresma y en lo días prohibidos; se perseguían y se molestaban unos a otros como bárbaros; y cuando tenían algún enemigo, no ponían ninguna dificultad en imputarle falsamente algún crimen del que le acusaban ante la justicia, presentando tantos falsos testigos como querían. Por otra parte, los que eran acusados, tanto si eran culpables como si no, encontraban personas que decían y

sostenían ante el juez todo lo que querían para quedar justificados. De aquí que la justicia no podía actuar, y se la hacían ellos mismos, matándose con facilidad unos a otros en cualquier ocasión».

«Además de todos esos desórdenes había grandes abusos entre los habitantes de aquella isla en relación con el sacramento del matrimonio. Era raro que lo celebraran antes de haber cohabitado. Ordinariamente, cuando no eran más que novios, o se habían dado simplemente la palabra, la joven iba a vivir a casa de su futuro marido y seguían en esa situación de concubinato dos o tres meses, y a veces dos y tres años, sin preocuparse del casamiento. Y lo que es peor todavía, gran parte de esos matrimonios se hacían entre personas que eran parientes, sin pedir la dispensa del impedimento de consanguinidad, permaneciendo en ese estado ocho y diez años, e incluso, quince y más. No obstante, tenían varios hijos y, si por ventura moría el padre, eran abandonados como bastardos, volviéndose a casar la mujer con otro, que, a veces, era su mismo pariente. Se han llegado a conocer casos de tres maridos con los que han vivido en concubinatos, e incesto. Sucedía, a veces, que, si las personas casadas de ese modo llegaban a cansarse una de la otra, aunque tuvieran hijos, no por ello dejaban de separarse y de buscar partido con otro».

«Había además un gran abuso, que es que los padres en su mayoría casaban a sus hijos antes de la edad núbil. Encontramos algunos que los habían casado a los cuatro o cinco años: uno había casado a su hija de un año con un niño de cinco años. De este desorden nacía otro, que es que muchas veces esos niños, al no sentir nunca afecto el uno por el otro, no podían verse ni tolerarse, por lo que muchos se divorciaban y llegaban a enemistarse y cometer atentados y asesinatos los unos contra los otros».

.«Este era el deplorable estado en que se encontraba aquel pobre pueblo, cuando se envió a unos sacerdotes para que predicaran allí la misión. Y ésta es la manera con que actuamos para poner algún remedio a tantos desórdenes»

«En primer lugar, pusimos toda la diligencia que nos fue posible en instruir al pueblo en las cosas necesarias para la salvación; en ello empleamos casi tres semanas».

2. Hicimos separar a los concubinarios, al menos a todos aquellos que conocimos y que habitaban en aquel lugar. Y el día de la fiesta de san Pedro y san Pablo, patrono de la iglesia donde estábamos, todos aquellos concubinarios, debidamente convencidos del mal estado en que habían estado viviendo y llenos de verdadero sentimiento de penitencia, se pusieron de rodillas al final del sermón, pidieron públicamente perdón por el escándalo que habían dado y prometieron bajo juramento que se separarían. Y habiéndose separado afectuosamente, se presentaron al tribunal de la confesión».

3. «Luego se hizo separar a los que estaban excomulgados, después de haberse presentado con todas las señales de un corazón verdaderamente contrito y humillado a la puerta de la iglesia para recibir la absolución, después de haberles explicado la censura en que habían incurrido, uno tras otro se fueron obligando bajo juramento público a permanecer separados y a no entrar jamás uno en casa del otro, en ninguna ocasión y por

ningún motivo; y, por fin, fueron absueltos públicamente, se les recibió en la confesión y poco después se les dio la comunión. Como había algunos eclesiásticos que fomentaban aquellos desórdenes con sus malos ejemplos, cometiendo incestos y sacrilegios con sus sobrinas y otras parientes, quiso la misericordia de Dios tocarles el corazón, tanto por las muestras de caridad que se les dieron, como por medio de las conferencias espirituales a las que asistieron. Todos ellos hicieron su confesión general con todas la demostraciones de una verdadera penitencia, añadiendo a ello las reparaciones públicas por el escándalo que habían dado».

«Pero lo más duro de nuestro trabajo consistió en reconciliar a los enemigos. Puedo decir que «hoc opus, hic labor», ya que la mayor parte de este pueblo vivía enemistado. Estuvimos quince días sin poder conseguir nada, a no ser que un joven perdonó a otro que le había disparado un pistoletazo a la cabeza. Todos los demás se mostraban inflexibles en sus malas disposiciones, sin dejarse conmover por nada de lo que les decíamos. Esto no impidió, sin embargo, que la gente acudiera en gran número a las predicaciones, que continuamos todos los días por la mañana y al anochecer. Todos los hombres venían armados a la predicación, con la espada al cinto y el fusil a la espalda, pues ese es su equipaje habitual. Pero los bandidos y los demás cristianos llevaban, además de esas armas, otras dos pistolas y dos o tres puñales al cinto. Y todas aquellas personas estaban tan llenas de odio y de deseos de venganza que todo cuanto pudiera decirse para curarles de tan extraña pasión no dejaba ninguna impresión en sus espíritus. Hasta muchos de ellos, cuando se hablaba del perdón de los enemigos, se salían de la iglesia, de manera que todos estábamos muy preocupados, y yo más que los demás, puesto que me había encargado especialmente de procurar la avenencia entre los enemigos».

«Finalmente, el día anterior a la comunión general, al acabar la predicación, después de haber exhortado expresamente al pueblo al perdón, Dios me inspiró que tomara en la mano el crucifijo que llevaba sobre mí, y que les dijera que quienes estuvieran dispuestos a perdonar vinieran a besarlo; además, de parte de Nuestro Señor, que les tendía sus brazos, les dije que los que besaran ese crucifijo darían una señal de que querían perdonar y de que estaban dispuestos a reconciliarse con sus enemigos. A estas palabras empezaron a mirarse unos a otros; pero al ver que ninguno se acercaba, hice como que me retiraba y oculté el crucifijo, quejándome de la dureza de sus corazones, diciéndoles que no merecían la gracia ni la bendición que nuestro Señor les ofrecía. Entonces un religioso de la Reforma de san Francisco se levantó y empezó a gritar: «¡Oh Niolo, Niolo! ¿Es que quieres que Dios te maldiga? ¿No quieres recibir la gracia que te envía por medio de estos misioneros, que han venido desde tan lejos por tu salvación?».

Mientras aquel religioso profería esas palabras y otras semejantes, uno de los párrocos a quien le habían matado un sobrino, y cuyo asesino estaba presente en el sermón, vino a postrarse en tierra y pidió que le diera a besar el crucifijo, diciendo al mismo tiempo: «Que se acerque fulano (el asesino de su sobrino) y le daré un abrazo». Después de haberlo hecho así, se acercó otro sacerdote e hizo lo mismo con algunos de sus enemigos que estaban presentes. A aquellos dos le siguió una gran muchedumbre de

personas, de modo que durante una hora y media no se vio otra cosa más que reconciliaciones y abrazos. Y para mayor seguridad, las cosas más importantes se ponían por escrito y levantaba acta pública un notario»

«Al día siguiente, que era el día de la comunión, se tuvo una reconciliación general, y el pueblo, después de haber pedido perdón a Dios, se lo pidió también a los párrocos, y, a su vez, los párrocos a su pueblo respectivo, todo ello con gran edificación de todos. Luego pregunté si quedaba alguno que no se hubiera reconciliado con sus enemigos. Enseguida se levantó uno de los sacerdotes y dijo que sí, y empezó a llamarlos por sus nombres. Todos ellos, acercándose, adoraron al Santísimo Sacramento que estaba expuesto y sin ninguna resistencia ni dificultad se abrazaron cordialmente unos a otros, ¡Oh Señor! ¡Cuánta edificación en la tierra y cuánta alegría en el cielo ver a los padres y a las madres que, por amor de Dios, perdonan la muerte de sus hijos, a las mujeres la muerte de sus maridos, a los hijos la muerte de sus padres, a los hermanos y parientes la muerte de sus allegados y, en fin, ver a tantas personas abrazadas a sus enemigos y llorando con ellos! En otros países es muy ordinario ver llorar a los penitentes a los pies del confesor, pero en Córcega esto es un pequeño milagro».

«Al día siguiente de la comunión recibimos una carta diciendo que teníamos que dirigirnos a Bastia, donde nos aguardaba una galera enviada expresamente por el senador de Génova. Sin embargo, todavía tardamos dos días, que empleamos muy útilmente arreglando algunas desavenencias que todavía quedaban. El martes se tuvo una predicación sobre la perseverancia, con tan gran afluencia de gente, que fue necesario hablar fuera de la iglesia. Allí se renovaron las promesas y la protesta de querer llevar una vida verdaderamente cristiana, perseverando en ella hasta la muerte. Y los párrocos prometieron en voz alta enseñar el catecismo y mostrarse más cumplidores de su obligación».

«La lluvia que cayó al final de la predicación nos impidió partir aquel día; por la tarde fui a un lugar distante casi una legua para hablar con dos personas que no habían querido asistir a ningún sermón por miedo a verse obligadas a perdonar a sus enemigos, que habían matado a un hermano suyo. Sin embargo, como su párroco les rogaba que, por lo menos, suspendieran el efecto de la venganza hasta después de haber hablado conmigo, así lo hicieron y quiso nuestro Señor tocarles el corazón con su gracia, de manera que perdonaron la muerte de su hermano. El miércoles por la mañana, después de haberles confesado y dado la comunión, partimos todos juntos acompañados de varios eclesiásticos y personas importantes del lugar, los cuales, en señal de alegría y para darnos algunas muestras de gratitud por los pequeños servicios que les habíamos prestado, disparaban muchos tiros de fusil y de otras armas de fuego, mientras nos embarcábamos».

SECCION VI pág. 290: Misiones dadas en el Piamonte

Se dio una misión el mes de abril del año 1656 en una población grande, llamada Scalenghe, cerca de Pignerol. Escribiéndole acerca de ella el superior de la casa de la misión de Turín al Sr. Vicente: *«La afluencia —le dice— ha sido de cuatro o cinco mil personas. Lo que más me ha edificado ha sido el interés que todos han mostrado por la palabra de Dios. Se ha visto ordinariamente a unos cincuenta párrocos y otros eclesiásticos asistir con asiduidad a los actos de la misión. Todas las personas distinguidas de los alrededores han tomado parte en ella con una devoción extraordinaria. Y el pueblo bajo acudía con tanto fervor todos los días que ha durado la misión, esto es seis semanas, que era evidente el deseo que todos tenían de aprovechar en ella. Hemos visto a varios que, trayéndose un poco de comida, han permanecido ocho días y ocho noches en la iglesia o en las inmediaciones de ella, para poder acercarse al confesionario. Todo eso demuestra la buena disposición de este pueblo y el gran fruto que se podría conseguir si hubiera mayor número de obreros, puesto que, siendo nosotros tan pocos y tan pobres y ruines, no deja por ello la bondad de Dios se servirse de nosotros para conseguir muchos bienes. Y digo tan «pobres y ruines» porque no acabo de comprender cómo esta buena gente ha tenido la paciencia de tolerarme, ya que soy más bien capaz de repelerlos que de atraerlos. Es Dios el que ha actuado con su pura gracia y el que actuaría sin duda con mucha más plenitud, si yo no le pusiera impedimentos con mi ignorancia, con mi poco espíritu y con todas mis demás miserias».*

Y en otra carta del veinticuatro de junio siguiente:

«Acabamos de terminar una misión cerca de Lucerna, donde hemos tenido a unas ocho o nueve mil personas que han hecho la comunión general. Eso nos obliga a predicar fuera de la iglesia, en medio de la Plaza Mayor, sobre una especie de tablado, y ahí precisamente se produjo un accidente que demostró bien a las claras el efecto de la palabra de Dios y de la gracia. Fue que uno de los asistentes, hombre pendenciero y de armas, según la costumbre de esta tierra, en la cual casi todos las habitantes llevan continuamente consigo tres o cuatro pistolas y varios puñales y espadas, este hombre del que hablo, que estaba muy atento a la predicación, se apoyó en la pared y recibió un ladrillazo que otro le tiró sin pretenderlo y le hirió en la cabeza derramando mucha sangre. Pues bien, al recibir aquel golpe no le salieron de la boca más que estas palabras; «¡Qué justo es Dios! ¡Si me hubiera hecho esto en otra ocasión ...!» Y como alguno se extrañara de su paciencia, replicó: «¿Qué quiere usted que haga? ¡Mis pecados merecen esto y mucho más!». Y después de retirarse para curarse la herida, se volvió con la cabeza vendada a escuchar el resto de la predicación, con tanta tranquilidad como si no le hubiera pasado nada. Esto es algo muy extraordinario en la gente de esta tierra, que tiene un genio muy vivo y son muy coléricos e inclinados a la venganza»

«Al final de la misión, nos urgieron mucho para que fuéramos a pacificar a los habitantes de un pueblo grande a una legua y media del lugar en que nos encontrábamos. Existía entre la gente una división extraña desde hacía diez o doce años, y había

ocasionado ya la muerte de más de treinta personas. Nos dijeron que desde hacía varios días aquel pueblo estaba todo en armas, dividido en dos facciones que ponían a todo el pueblo en peligro de matarse unos a otros. Yo tenía motivos para creer que nuestra empresa no iba a dar resultado, sobre todo al saber que no podríamos tener en aquel pueblo una misión entera. Pues bien, nos urgieron tanto que nos creíamos obligados a hacer lo que deseaban de nosotros, dejando el resultado en manos de la Divina Providencia. Estuvimos allí dos días, durante los cuales quiso Dios disponer de tal modo los espíritus que, después de algunas predicaciones, y, especialmente, después del sermón del día de Corpus en presencia del santísimo Sacramento, se celebró una reconciliación general con toda solemnidad; y las partes más interesadas, acercándose al altar, juraron sobre los santos Evangelios que se perdonaban mutuamente de corazón. Y en señal de reconciliación se abrazaban cordialmente en presencia de todo el pueblo, y firmaron delante del notario una transacción pública de concordia y de paz. A continuación cantamos todos el «Te Deum» en acción de gracias. Esto ha llenado de alegría a todo este pueblo, que desde hacía años no veía más que asesinatos y sangre de los parientes más próximos con ocasión de estas rencillas».

He aquí un párrafo de otra carta del mimo, del 3 de febrero de 1657, que alude al éxito de una gran misión:

«Gracias a Dios hemos vuelto de la misión de Raconi, en donde su Divina Bondad ha querido mantenernos en buena disposición durante seis semanas de trabajo continuo, después de salir de otra misión que nos había cansado mucho. No nos hubiéramos atrevido a emprender esta obra en un lugar que es el más poblado de todo el Piamonte, si no nos lo hubiera ordenado el Sr. Arzobispo de Turín, tras la mucha insistencia que le habían hecho el clero y el pueblo del lugar. Y aunque nos han ayudado para las confesiones cuatro buenos eclesiásticos de la ciudad y varios virtuosos religiosos que han estado trabajando junto con nosotros, no hemos podido, a pesar de todo, satisfacer plenamente a la devoción de todo aquel pueblo, que nos urgía tanto que apenas nos concedía un momento de descanso. La afluencia a las predicaciones y a la catequesis ha sido continua y el deseo de confesarse tan grande que venían a despertarnos a media noche para recibir de nosotros ese servicio. Ha habido algunos que han estado varios días y varias noches, durante el rigor de este tiempo invernal, sin volver a sus casas, para poder confesarse. Los buenos frutos y resultados han respondido, por la gracia de Dios, a todas esas buenas disposiciones, mediante las muchas restituciones que se han logrado. El mismo clero, compuesto de unos cuarenta sacerdotes y clérigos, ha dado el ejemplo al pueblo. Teníamos con ellos una conferencia todas las semanas, y han tomado la resolución de seguir ellos solos. Hemos fundado también la Cofradía de la Caridad para enfermos pobres; las personas que la componen han comenzado con mucho fervor a hacerles algunos servicios».

Y ese mismo año, trabajando en el mes de junio en la misión de Savigliano, escribió sobre ella en estos términos:

«Nos encontramos ahora en lo más fuerte de esta misión que es una de las mayores que hemos dado en esta tierra. Dios la ha bendecido de una manera especial, a pesar de la pobreza de los obreros y de su pequeño número. Tenemos que atender a una gran población, cuyos habitantes no hablan actualmente más que de la necesidad de hacer penitencia y de convertirse. Lo que más me extraña es que casi todos los religiosos de cinco o seis conventos asistieron a las predicaciones; todos los sacerdotes han hecho la confesión general; y toda la nobleza, que es muy numerosa, no piensa más que en ponerse en una sincera disposición de verdadera penitencia, de forma que nos hemos visto obligados a pedir a todos esos buenos religiosos que nos ayuden a confesar, e incluso tuvimos que pedir también ayuda a la cuidad de Turín. La Providencia de Dios nos ha enviado a este lugar en una época en que los soldados, que habían estado aquí invernando, pudieran asistir muchos de ellos, especialmente varios capitanes y soldados franceses, a las predicaciones y a los catecismos durante una semana. Hubo muchos que hicieron la confesión general con unos sentimientos extraordinarios, antes de ir a exponerse a los peligros de la guerra. Tengo que confesarle que no recuerdo haber tenido durante toda la vida un consuelo tan grande como el que sentí al ver a unas personas de esa profesión, que llevaban tantos años sin haberse acercado a los sacramentos, derramando lágrimas a los pies de sus confesores y haciendo propósitos verdaderamente cristianos y muy extraordinarios para unas personas que llevan armas. Todo ello es un efecto singularísimo de la misericordia de Dios, por lo que espero que tendrá usted la caridad de ayudarnos a darle gracias».

Al terminar la misión, el mismo misionero escribe en estos términos:

«Ya le indiqué cómo, desde el comienzo de nuestra misión, quiso Dios tocar el corazón de los soldados. Desde entonces continuamos con nuestras predicaciones, catecismos y otras funciones acostumbradas, a las que asistía un concurso de gente tan grande que la iglesia, a pesar de ser muy amplia, se encontraba siempre llena, y esto en una época del año en que las faenas del campo daban, como es natural, mucho trabajo a la gente. Por orden de los que llevaban la administración pública, se cerraban todas las tiendas durante la hora de la predicación y del catecismo mayor, y los días de mercado dejaban de negociar durante esas mismas horas, a fin de que todos tuvieran la oportunidad de escuchar la palabra de Dios. Los religiosos y los eclesiásticos acudían en gran número, y la mayor parte de ellos hicieron la confesión general, incluso los religiosos que se la hacen mutuamente. Las restituciones y las reconciliaciones se llevaron a cabo con la misma bendición que en los demás sitios. La clausura de la misión se celebró en una gran plaza de la ciudad, con la concurrencia de más de doce mil asistentes. Durante todo el tiempo de la misión hemos dado conferencias a los eclesiásticos, que asistían a cada reunión en un número que superaba a veces el centenar».

«Pues bien, sucedió que uno de los obreros que habíamos llevado de Turín para ayudarnos, que era un eclesiástico muy bueno, después de haber trabajado durante unos días en el confesonario, cayó enfermo y murió finalmente con sentimientos extraordinarios de piedad. No tenía en sus labios, cuando ya iba a morir, más que estas palabras:

«Humildad, humildad; sin humildad estoy perdido». Apenas falleció, los habitantes del lugar acudieron en bloque a darnos el pésame, y en señal de afecto y reconciliación quisieron hacerle unos funerales muy solemnes; asistieron en gran número, llevando en la mano hachones y velas encendidas. Asistieron todas las órdenes religiosas, y el sepelio fue de los más solemnes que pudo celebrarse en aquel lugar».

«Este buen pueblo, después de haber gustado los servicios que habíamos procurado ofrecerle, concibió un deseo muy grande de tener sacerdotes de nuestra Congregación que vivieran con ellos, y nos hicieron unos ofrecimientos de lo más generosos que pudieron para conseguir que fundáramos allí. Y al ver que nos excusábamos por el reducido número de Obreros, decidieron hacer una fundación para el mantenimiento de cuatro o cinco sacerdotes, y acudieron al Sr. Marqués de Pianezza para obtenerlos, presentándole para ello unas razones tan convincentes que, cuando regresamos, nos exhortó mucho que aceptásemos dicha fundación, aunque nosotros tuvimos que declararle con todo respeto que no podíamos hacerlo».

A finales de ese mismo año se dio una misión en el lugar de Bra, que fue acompañada de grandes bendiciones. No sabríamos darlas a conocer mejor que presentando aquí pasajes de tres cartas del mismo superior al Sr. Vicente. Por ellas se podrá ver en qué estado se hallaban los habitantes antes de la misión y los efectos producidos por ella con la gracia de Dios.

En la primera, que es del 17 de octubre de 1657:

«Creo —dice— *que habrá que retrasar para otro tiempo la misión que Su Alteza Real nos había mandado dar en Bra, ciudad que le pertenece, debido a que ha crecido tanto en ella el fuego de la división que actualmente hay barricadas por las calles, las casas están llenas de fusileros y de gente armada; se matan unos a otros hasta en la iglesia. Y están tan encarnizados unos contra otros, que hasta escalan las casas para entrar en ellas a la fuerza, y todos procuran fortificarse dentro de ellas de tal modo que puedan rechazar al enemigo, y hasta quitarle la vida, si pasa adelante. Se esperaba que por medio de algún acuerdo se hubieran podido suspender por algún tiempo las armas y obtener cierta seguridad de unos días durante la misión, y que por las predicaciones, exhortaciones y demostraciones públicas y particulares se podrían amansar los espíritus y disponerlos a la reconciliación; pero están tan lejos de ello, que, cuando Su Alteza Real envió allí, con ese propósito, a algunos de los principales ministros de este estado, no pudieron hacer nada. De modo que sería una empresa completamente inútil ir a tener una misión en un sitio en donde no podría acudir nadie a las predicaciones ni a los demás actos, ya que sería temerario y peligroso para los que se atrevieran a asistir. No nos faltan otros lugares en donde podamos trabajar por ahora».*

Pero en otra carta escrita desde ese mismo lugar el 6 de febrero de 1658:

«Llevamos ya un mes —dice— *trabajando en la ciudad de Bra, en donde ha querido Dios disponer a los habitantes para reconciliarse unos con otros. Se han visto*

movidos a ello en primer lugar, por la desaprobación que había manifestado Su Alteza de su desunión, y después por medio de la misión, que acabó disponiéndoles a unos con otros por completo, ya que las personas de uno y otro partido acudían juntas a nuestros sermones y actos en una misma iglesia, lo cual se creía al principio que les iba a resultar muy difícil y hasta peligroso. Pero, antes de tenerlos reunidos en la iglesia, hubo que convencer a los unos y a los otros que dejaran la armas que llevaban siempre consigo a todas partes. Su asiduidad a la predicación y catecismo, con los sentimientos que Dios quiso comunicarles, los ha unido perfectamente, de forma que todos se abrazaron unos a otros en presencia del Santísimo Sacramento, pidiéndose mutuamente perdón; y algunos de los principales hasta lo hicieron públicamente en la Plaza Mayor de la ciudad, todo con gran satisfacción de una y otra parte, de modo que hay muchos motivos para esperar que esa reconciliación será estable y duradera. Todo el pueblo se ha quedado muy consolado al ver cómo esas personas, que antes se iban buscando para matarse, ahora trataban entre sí, paseaban y charlaban juntos con tanta cordialidad como si nunca hubieran estado enemistados. Antes iban por la calle cargados de armas; ahora, por la gracia de Dios, no se ve a nadie armado. Nadie piensa en otra cosa más que en reconciliarse con su Divina Majestad por medio de una buena penitencia. Su Alteza Real, al conocer todo esto, se ha dignado testimoniarnos en una carta la satisfacción que ha recibido. Lo mismo ha hecho el Sr. Marqués de Pianezza que ha recibido por esa razón sentimientos muy extraordinarios de consuelo. Ahora estamos ocupados en las confesiones; se presenta un montón tan grande de penitentes que, a pesar de que hemos pedido ayuda a todos los sacerdotes y religiosos del lugar, que son muchos, no sé cuándo podremos acabar».

Finalmente, en una tercera carta del 9 de marzo siguiente:

«Ya hemos acabado —dice— *con la misión de Bra. En ella Dios ha querido derramar abundantemente su gracia sobre estas pobres almas, que se encontraban desde hacía mucho tiempo en esa situación tan lamentable que tuve la ocasión de referirle en mis cartas anteriores. Hemos empleado en esa misión siete semanas enteras; y todo ese tiempo, que el mundo emplea de ordinario en las locuras de Carnaval, ha sido para los habitantes de ese lugar un tiempo de penitencia y como una fiesta contínua de grandísima devoción. Hemos tenido alrededor de nueve a diez mil confesiones generales, con un fervor tan grande que algunos, para poder acercarse al confesionario, pasaban días enteros y una gran parte de la noche en la iglesia, a pesar del frío tan riguroso que hemos pasado durante todo ese tiempo. Dios ha querido por este medio derramar la paz y la caridad en los corazones con tal plenitud que los mismos habitantes están admirados de ver una reconciliación tan perfecta, de manera que no se acuerdan de haber visto jamás tanta unión y cordialidad entre todos. Ellos mismos se lo han comunicado así a Su Alteza Real, a quien acudí ayer a dar cuenta de todo lo que había ocurrido y la esperanza que sentía de una total perseverancia. Ella lo escuchó con tanta alegría y tanto consuelo que su corazón se estremeció y las lágrimas le asomaron a los ojos. Y para colmo de todo este bien y para borrar por entero el recuerdo del pecado, les ha concedido la gracia y les ha otorgado la amnistía total de todos los crímenes y excesos cometidos durante sus divisiones».*

«Pero como una misericordia y una gracia atraen ordinariamente otra de la bondad de Dios, ha querido esta Divina Bondad extender esa misma bendición que había comunicado al lugar de Bra a otro lugar cercano, en donde la discordia y la división han estado haciendo durante cuarenta años tales estragos entre sus habitantes que todo el lugar ha quedado casi destruido, ya que un gran número ha muerto por una y otra parte, muchas casas han sido derribadas y destruidas y gran parte de los habitantes se han visto obligados a ir a otros sitios. El Senado del Piamonte se había esforzado en varias ocasiones en reconciliarlos, pero sin conseguir ningún fruto, y todos los demás medios empleados para ese fin habían resultado inútiles. Por fin, el señor de aquel lugar, que es uno de los más influyentes del Piamonte y, además, muy virtuoso y prudente, juzgó conveniente, después de la misión de Bra, a cuyas funciones habían asistido algunos de los habitantes de aquel lugar, convocar a todos, de una y de otra parte, para ver si había alguna forma de lograr su reconciliación según el ejemplo de sus vecinos. Nosotros fuimos allá y estuvimos solamente tres o cuatro días, hicimos algunas predicaciones y actos de la misión. Dios ha querido tocarles el corazón de tal manera, que, en presencia del santísimo Sacramento y de gran cantidad de gente del vecindario, se abrazaron unos a otros, se perdonaron recíprocamente y juraron sobre los santos Evangelios una paz perpetua. Y en testimonio de ello, se han convidado unos a otros y han comido juntos con una unión y una cordialidad tan grande como si fueran hermanos. Su Alteza ha tenido la bondad de concederles la misma gracia y la amnistía que a los de Bra, a fin de que puedan volver a vivir en sus casas abandonadas y cultivar sus tierras».

El 26 del mes de marzo siguiente, se dio otra misión en el pueblo de CavallerMaggiore, que tiene de cuatro a cinco mil comulgantes. Allí (como dice el mismo superior en una carta que escribió al Sr. Vicente):

«Aunque no se dan tan graves desórdenes como en los otros sitios en que hemos dado misiones hay muchos rencores y litigios que no nos dejan un momento de reposo. La confianza que Dios ha puesto en estos buenos habitantes para con nosotros hace que pongan en nuestras manos la resolución de sus pleitos y de todas sus desavenencias, tanto civiles como criminales. Esperamos acabar con todo ello en esta cuaresma, con la gracia de Dios».

Y en otra carta del 6 de julio:

«Salimos —dice— *de Fossano, población muy pequeña, pero muy poblada, en donde hemos terminado la misión. Dios ha querido derramar muchas bendiciones, a medida de las grandes necesidades que allí se dan. La afluencia de la gente ha sido tan grande que la iglesia, a pesar de ser muy grande, no era suficiente para contener al pueblo, que venía a aprovecharse de las predicaciones y de los demás actos de la misión. Y no solamente acudían los seglares, sino que también participaban el clero y los religiosos»*

«Además de haberse suprimido las malas costumbres públicas y secretas, de haberse apagado los odios y haberse conseguido los otros frutos ordinarios de las

misiones, se han establecido algunas buenas obras para el futuro: 1. Las oraciones públicas por la tarde, que habíamos comenzado nosotros, continuarán en la iglesia de los Padres del Oratorio de San Felipe Neri, adonde acude gran cantidad de gente todas las tardes; 2. Los Sres. canónigos han tomado la resolución, para mantener al pueblo en los sentimientos de piedad que ahora posee, de celebrar cada tres meses una comunión general en su iglesia; 3. Estos Sres. Canónigos y todo el clero se han decidido a continuar todas las semanas la Conferencia espiritual que nosotros les hemos dirigido durante el tiempo de la misión. Si Dios quiere, esto podrá ser de mucha utilidad para restablecer y conservar entre ellos el verdadero espíritu eclesiástico. Muchos de estos señores, que son personas de espíritu y de virtud, parecen sentirse muy inclinados a eso. En fin, este lugar parece actualmente como si se hubiera renovado por completo con una vida verdaderamente cristiana. ¡Quiera la Divina Bondad conservarlos en esta buena disposición y aumentar su gracia sobre ellos!».

En otra carta del 12 de marzo de 1659 habla también de algunas misiones que se dieron en la ciudad de Mondovi. Su principal fruto fue que acabaron los asesinatos y los homicidios que se cometían frecuentísimamente. Sólo en uno de los sitios, muy pequeño por cierto, los misioneros se encontraron con cuarenta bandidos, a los cuales, igual que a los demás habitantes, se les preparó para que se pusieran en estado de penitencia, y manifestaron la conversión de sus corazones con la abundancia de sus lágrimas y por otras señales bastante extraordinarias del pesar que sentían por su vida pasada, en presencia del Santísimo Sacramento, inmediatamente antes de recibir la Sagrada Comunión.

Finalmente, en una carta del 12 de julio del mismo año 1659:

«Ya estamos todos de vuelta —dice— *de la campaña. La misión de Cherasco ha sido un poco más larga que las demás, por la extraordinaria afluencia que allí tuvimos de todos los lugares de alrededor; de tal forma que, para dar satisfacción al pueblo, habríamos necesitado una veintena de buenos Obreros que hubieran podido encontrar allí abundante ocupación para dos meses y más. Dios ha querido darnos toda la bendición que se pueda desear en semejante ocasión. Se han arreglado gran número de divergencias y discusiones; entre otras había una gran población próxima, cuyos habitantes estaban divididos y tan agitados unos contra otros que hubo cuatro muertos el día anterior a nuestra llegada. Pero, por la misericordia de Dios, se ha restablecido por completo la paz, que no se ha logrado sin grandes dificultades, ya que se han necesitado cuarenta días de predicaciones y negociaciones; pero al fin todo se ha terminado con mucho consuelo incluso con edificación de todo el pueblo en presencia del Santísimo Sacramento, que había sido expuesto expresamente para ello. Y lo principal es que esas personas, después de su reconciliación, se han presentado al sacramento de la Penitencia con muy buenas disposiciones».*

Hasta aquí los párrafos de cartas escritas al Sr. Vicente. Si tuviéramos que relatar detalladamente todos los demás frutos precisos que sólo las misiones del Piamonte han producido con la ayuda de la Gracia Divina, habría para llenar todo un volumen, y nos

veríamos obligados a repetirnos muchas veces. Lo poco que hemos presentado bastará para darle una idea al lector, para que pueda juzgar todo lo demás, y sugerirle una razón con que agradecer a Dios todas las gracias que ha querido comunicar a esos pueblos. Además, hemos de observar para mayor gloria de su Divina Majestad, que para lograr todas esas conversiones, reconciliaciones y otras obras tan grandes y tan admirables, sólo quiso servirse de cuatro sacerdotes misioneros. El Sr. Vicente no pudo enviar más a las misiones de esa Provincia. Y en eso mismo Dios ha hecho aparecer tanto más su poder, cuanto que los instrumentos que quiso emplear parecían ser más desproporcionados para la magnitud del efecto, al haber opuesto un grupo tan pequeño y tan débil en apariencia a los ojos del infierno, y por haberse servido para excomulgar al príncipe de la tinieblas de todos los corazones, donde había reinado el pecado durante tanto tiempo, y para restablecer en ellos el imperio de su Hijo Jesucristo.

A El solo le sean dadas por siempre la alabanza y la bendición.

SECCION VII pág. 296: De las cosas más notables sucedidas en las misiones de Berbería

Aunque las misiones dadas bajo la dirección y las órdenes del Sr. Vicente en Francia, en Italia y en otras Provincias aledañas hayan sido acompañadas por grandísimas bendiciones, como hemos visto en las secciones precedentes, sin embargo, hemos de confesar que las de las provincias más lejanas, que le costaron mucho más, obtuvieron frutos, si no más abundantes, al menos más preciosos y más exquisitos; y que esos países extranjeros y salvajes recibieron una fertilidad especial, después de que fueron regados no sólo por los sudores, sino en cierto modo por la sangre de los misioneros. Varios de ellos consumaron allí su vida en medio de excesivos trabajos a los que se expusieron por el servicio de Jesucristo. Ese era también uno de los más ardientes deseos del digno Padre y Fundador de los misioneros: ir a predicar a Jesucristo entre los infieles, y exponerse al martirio por la confesión de su Santo Nombre, si hubiera podido hacerlo sin faltar a las otras obligaciones que la Providencia Divina le había impuesto.

«¡Qué desgraciado soy! —decía a veces en el fervor de su celo—*. Me he hecho indigno por mis pecados de ir a servir a Dios entre los pueblos que no lo conocen».Y hablando sobre ese tema a los de su Compañía: «¡Qué feliz, oh qué feliz! —les decía — es la condición de un misionero que tiene por límite de sus misiones y de sus trabajos por Jesucristo a toda la Tierra habitable. ¿Por qué restringirnos a un punto y ponernos límites, cuando Dios nos ha dado semejante extensión para ejercer nuestro celo?».*

Manifestaba una especialísima veneración a san Francisco Javier, que había extendido sus trabajos hasta los últimos confines de las Indias con tanto valor y bendición.

Honraba muy especialmente a los Obreros evangélicos de la Compañía de ese gran santo, y de todas las otras órdenes religiosas que estaban dedicadas a las misiones de las Provincias extranjeras. Y cuando alguno de ellos volvía y le iba a visitar a San Lázaro, reunía a la Comunidad en su presencia, para que le oyeran contar los frutos de sus santos trabajos, y así animar a sus misioneros a imitar su celo. Y para eso mandaba también leer en el comedor las relaciones impresas, y hasta contribuía cuando podía al progreso de sus misiones entre infieles, como veremos un poco más adelante. Pero como reconocía que, según la palabra de Jesucristo en el Evangelio, la mies de las almas es grandísima en esas tierras extranjeras y bárbaras, y que el número de los obreros era todavía muy pequeño, eso le movió a ofrecerse a Jesucristo, y también todos los suyos, para ir a trabajar en la instrucción de los pobres y de las almas más abandonadas, no sólo en las Provincias cristianas, sino también entre las naciones infieles y bárbaras. Infundía en todos los individuos de su Compañía ese mismo celo y esa misma disposición; y cuando algunos se ofrecían a ir a aquellas tierras, se congratulaba con ellos de la gracia que Dios les hacía al darles aquellos ánimos. Mas nunca quiso adelantarse a enviar a algunos de los suyos a las misiones extranjeras sin una orden previa, para atenerse siempre a su gran norma, que era no intervenir nunca por propia decisión, ni prevenir, sino seguir sencillamente a lo que disponía la Divina Providencia

Ahora vamos a hablar de las misiones que se llevaron a cabo por orden del Sr.Vicente en las Provincias más lejanas, y entre los infieles, herejes y otros enemigos de nuestra religión. Empezaremos en esta sección por las que se hicieron en Berbería. En ellas veremos cuánto trabajaron los misioneros y cuánto sufrieron por servir a Jesucristo en la persona de los pobres cautivos cristianos, y en las secciones siguientes presentaremos algo de lo que sucedió de más memorable en las demás misiones extranjeras.

§. I Comienzo de las misiones de Túnez y de Argel

El estado de esclavitud en el que Dios permitió que el Sr. Vicente cayera el año 1605, como ya lo hemos dicho en el libro primero, le había hecho conocer por propia experiencia los grandes males que los cautivos sufren en sus cuerpos, y los peligros aún mayores en que están de perder sus almas. Ese hecho le había dejado siempre en su corazón un sentimiento grandísimo de compasión. Y en ellos veía una imagen muy expresiva de la miseria humana, que movió al Hijo de Dios a bajar del cielo a la tierra para consolar y liberar a los hombres esclavos del pecado y de Satanás. También reconocía en eso una bella ocasión de imitar al adorable Salvador visitando, consolando, asistiendo a los pobres cautivos abandonados. Todo eso le hizo concebir grandes deseos con el corazón siempre movido por la caridad de la que estaba lleno; pero siguiendo su máxima habitual, esperaba las órdenes de la Providencia de Dios, para dedicarse a aquella santa obra, pidiendo a Dios que le hiciera conocer su voluntad, y que le diera la gracia y los medios para realizar lo que le fuera más agradable. Y no fue en vano, porque hacia el año

1642 Dios le inspiró al difunto Rey, Luis XIII, de gloriosísima memoria, socorrer a aquellos pobres cautivos, y Su Majestad puso los ojos en el Sr. Vicente, considerándolo muy capaz de llevar a cabo dignamente aquella caridad, y le ordenó que enviara algunos de sus sacerdotes a Berbería para asistir corporal y espiritualmente a aquellos pobres cautivos. A tal efecto, puso en sus manos nueve o diez mil libras. Dios sabe con qué corazón recibió este caritativo sacerdote aquel encargo, él que pedía continuamente a Dios: que quisiera poner remedio y atender a las necesidades de aquellos pobres desgraciados.

Se puso, pues, desde entonces a pensar en los medios para poner por obra aquella santa empresa, que presentaba muchísimas dificultades, porque los turcos no toleran de buena gana a sacerdotes cristianos entre ellos, si no son cautivos. Se acordó que, por los tratados firmados entre Francia y el Gran Señor sobre la libertad de comercio, le estaba permitido al Rey Cristianísimo enviar y disponer de hombres con el título de cónsules en las ciudades marítimas sometidas al Gran Señor, para proteger a los mercaderes y a los cautivos cristianos de las vejaciones de aquella nación bárbara. Y cada uno de lo cónsules podía disponer de un sacerdote como capellán en sus casas de las ciudades. Con ese pretexto, que era muy justo y razonable, como el Sr. Martín, por entonces cónsul en Túnez, estaba dispuesto a recibir en su casa a un Sacerdote de la Misión, que no le resultaría gravoso, el Sr. Vicente le envió a aquella ciudad el año 1645 al Sr. Julián Guérin, Sacerdote de su Congregación, con un hermano llamado Francisco Francillon. Este buen sacerdote, después de haber trabajado dos años con gran celo, cuando vio que no podía dar abasto a la grandísima cosecha que tenía en perspectiva, decidió ir a ver al Dey, que viene a ser como el Rey de aquel país, y pedirle permiso para hacer venir a otro sacerdote para ayudarle. Dios toco el corazón del Dey, de forma que, después de escucharle favorablemente, le respondió que si no le bastaba con uno, le permitía llamar a dos y tres. Y le dijo que le protegería en cualquier caso, y que si necesitaba algo, que se lo pidiera, y que se lo concedería, pues sabía que (el sacerdote) no hacía mal a nadie, sino todo lo contrario, que hacía bien a todos.

El Sr. Guérin le escribió al Sr. Vicente y le pidió un sacerdote, y éste le envió al Sr. Juan Le Vacher, quien llegó muy oportunamente a la ciudad de Túnez a comienzos del año 1648, pues la peste estaba causando una gran mortandad por aquellos días entre los turcos y los esclavos. Ambos trabajaron con mucha caridad en aquella situación tan apremiante, y el mes de mayo del mismo año el Sr. Le Vacher cayó también bajo el contagio y llegó a estar en las últimas. Pero Dios quiso salvarlo del peligro de muerte para conceder la vida por su medio a muchas almas, que posteriormente ha asistido y que aún asiste en aquel país

El Sr. Guérin escribió sobre ese asunto al Sr. Vicente, y le dio noticias de la enfermedad:

«Me es imposible —le dice— *expresarle cuán grandes han sido los gemidos y el llanto de los pobres cautivos, de todos los mercaderes y del Sr. cónsul, y cuánto consuelo hemos recibido de parte de ellos. Hasta los turcos nos vienen a visitar en nuestro dolor, y*

las personas más importantes de la ciudad de Túnez me han ofrecido, por su parte, ayuda y favores. En fin, señor, veo evidentemente que es bueno servir con fidelidad a Dios, ya que en la tribulación impulsa a los mismos enemigos suyos a socorrer y asistir a sus pobres servidores. Estamos abrumados por la guerra, la peste y el hambre, hasta con exceso, y además de eso, estamos sin dinero. Pero por lo que toca a nuestros ánimos, son buenos, a Dios gracias. Tampoco tenemos miedo a la peste, es como si no existiera. La alegría que tenemos, el Hermano y yo, por la recuperación de la salud de nuestro buen Sr. Le Vacher, nos ha hecho fuertes como los leones de nuestras montañas».

En cuanto el Sr. Le Vacher recuperó la salud y se puso a trabajar, el Sr. Guérin, ese hombre de Dios, cuyo celo despreciaba tanto los peligro de muerte que le rodeaban, y le hacía olvidarse de sí mismo para dedicarse al alivio y a la salud de los apestados, fue, por fin, atacado por el aire corrompido: No se sorprendió por tal accidente; lo había previsto con tiempo, y preparado como estaba para la muerte, no sólo con paciencia, sino con una total conformidad con el beneplácito de Dios, la consideró y la recibió como final de sus trabajos y comienzo de la vida y de la gloria que estaba esperando de la misericordia de Dios. No se puede decir cuanto lo sintieron los cristianos por quienes había dado la vida, y cómo fue el dolor del Sr. Vicente, al perder en aquel caritativo misionero a uno de sus más queridos y más dignos hijos. El Sr. Cónsul murió poco después, y el Dey ordenó al Sr. Le Vacher que ejerciera el consulado, hasta que el Rey de Francia enviara a otro para ocupar el puesto del difunto.

Al mismo tiempo que el Sr. Vicente atendía así a las necesidades espirituales de cinco o seis mil cautivos que estaban en Túnez, y también a las corporales, como diremos más adelante, trabajaba además en proveer a las necesidades de los de Argel, que eran mucho más grandes y más apremiantes, tanto, porque el número de los esclavos es más grande, pues de ordinario pasan de veinte mil los cristianos encadenados, como porque están muy mal tratados por amos más inhumanos que los de Túnez. Pero como los sacerdotes no podrían actuar con eficacia, ni tampoco residir mucho tiempo en aquella tierra infiel, si los cónsules no están muy unidos y en inteligencia con ellos, lo cual no se puede conseguir, si los cónsules miran más por sus intereses y sus conveniencias, que por la salvación y el consuelo de los pobres cautivos, que es el único fin que se proponían el Sr. Vicente, por eso consiguió, que, (con la ayuda de la señora duquesa de Aiguillon, que indemnizó al propietario del Consulado de Argel) el Rey concediera el ejercicio de aquel cargo el año 1646, al Sr. Juan Barreau, natural de París, que estaba lleno de celo por el servicio de Dios y de los pobres cautivos, sin otras pretensiones que las de cooperar a los caritativos planes del Sr. Vicente, como lo ha dejado bien manifiesto durante varios años. He aquí el consejo que le dio, en su partida, el Sr. Vicente:

«El alma de sus esfuerzos tiene que ser la intención de la pura gloria de Dios; el estado continuo de humillación interior, al no poder ocuparse mucho en las cosas exteriores; y la sumisión interna del juicio y de la voluntad al Sacerdote de la Misión, que le será dado por consejero. No haga nada sin informarle, a no ser que sea usted obligado a responder inmediatamente. Jesucristo era el soberano señor de la santísima Virgen y de

San José, mientras estuvo con ellos, pero no hacía nada sin su consejo. Este misterio es el que deberá usted honrar de manera especial, para que plazca a su infinita Bondad guiarle y asistirle en el cargo al que su Providencia lo ha destinado».

El Sr. Vicente destinó por ese tiempo a la misma ciudad de Argel al Sr. Nouelly, después al Sr. Le Sage, y a continuación al Sr. Dieppe, tres buenos sacerdotes y auténticos misioneros, que, los tres, han acabado felizmente allí su carrera y consumado su vida por la caridad, exponiéndose valerosamente noche y día al contagio, que fue muy grande en Argel los años 1647 y 1648, por asistir a los pobres cautivos cristianos que estaban ya atacados, y que sin ellos se habrían muerto totalmente abandonados, como los animales. Estos buenos sacerdotes dieron muestras, al acercarse la muerte, de qué espíritu habían estado animados durante la vida, y cuáles habían sido sus ideas acerca de la caridad para con el prójimo. El Sr. Dieppe murió con el crucifijo en la mano, y con los ojos fijos en él, repitiendo con fervor estas palabras, durante la media hora que estuvo en agonía: «Maiorem Charitatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis». A estos tres les sucedió el Sr. Felipe Le Vacher, hermano del Sr. Le Vacher, que está en Túnez, y a su imitación ha prestado largos servicios a Dios y a los pobres cautivos en esa ciudad infiel y bárbara, cuyos habitantes, como los demonios, sólo hacen profesión de atormentar a los cristianos.

Y, en tanto que el Sr. Le Vacher de Túnez había sido obligado, como ya lo hemos dicho, a hacerse cargo del oficio de cónsul, y que el ejercicio de esa ocupación le impedía a veces dedicarse a los trabajos de la misión, la cual, a pesar de todo, era la razón principal de su estancia en aquel lugar, el Sr. Vicente, que sufría mucho por esa causa, consiguió que el año 1648 el Sr. Huguier se hiciera con aquel cargo y que saliera en diligencia para ir a ejercer como tal. Este señor se había retirado de su actividad profesional, en la que había estado empleado hasta entonces. Y habiendo dejado el cargo de procurador en el Châtelet de París, se había puesto enteramente a disposición del Sr. Vicente, para que lo dedicara a todo lo que él juzgara conveniente para el servicio y gloria de Dios. Pero, luego que llegó a Túnez, no cayó bien a los turcos: no lo quisieron aceptar como cónsul. A pesar de todo, permaneció allí durante algún tiempo con el Sr. Le Vacher para ayudarle en el ejercicio del consulado. Más adelante, vuelto a Francia y recibidos los sagrados Ordenes por consejo del Sr. Vicente, fue enviado a Argel, no sólo como Sacerdote de la Misión, sino también en calidad de misionero apostólico; y trabajó allí con gran bendición en la salvación de los pobres cautivos hasta el mes de abril del año 1663, en que terminó felizmente su carrera. Murió enfermo de peste, con unas santísimas disposiciones, al servicio de los pobres cautivos cristianos atacados por la misma enfermedad.

El Sr. Vicente, como no podía sufrir que el Sr. Le Vacher se viera impedido por el cargo de cónsul, que ejercía a su pesar, a dedicarse a las funciones propias de su carácter (sacerdotal), ni tampoco que ostentara por más tiempo el título de un cargo seglar, aunque muy importante para el plan que tenía de asistir a los cautivos, logró el año 1653 que el Sr. Martín Husson, natural de París, abogado del Parlamento, recibiera el encargo del Rey para que fuera a ejercer el oficio de cónsul a Túnez. Era un personaje muy

recomendable por su virtud.

El Sr. Vicente hablaba así de él, en una carta que escribió por eso tiempo:

«Es —dice— *sabio, desinteresado, piadoso, prudente, y capaz tanto como otro cualquiera que yo conozca de su edad. Va puramente para servir a Dios y a los cautivos, a pesar de las lágrimas y los consejos en contrario de un padre y de una madre que le quieren tiernamente y que, por fin, le han dado su bendición. Vivirá en comunidad con el Sr. Le Vacher, como si fuera de nuestra Congregación, aunque en realidad no lo sea».*

Se marchó para allá el mes de julio del año 1653, y, habiendo sido aceptado para el cargo de cónsul, estuvo en aquella tierra durante varios años con gran bendición

§. II Principales actividades de los misioneros

El Sr. Vicente dedicó así sus primeros desvelos a procurar que hubiera en las dos ciudades de Túnez y de Argel cónsules, tales como los podía desear, para que cooperasen en espíritu de unión con los sacerdotes de su Congregación en todas las obras de caridad y de misericordia espirituales y corporales para con los cristianos que se hallaban en aquellas tierras, tanto cautivos como otros. Se trataba de proceder a la realización y de trabajar cada cual por su lado para ese fin.

Para entender mejor los grandes bienes que el Sr. Vicente pretendía llevar a cabo por medio de las misiones de Berbería, se ha de saber que no son solamente los franceses que se hallan en aquellas ciudades, libres o esclavos, los que están bajo la bandera y protección del Rey de Francia, sino también los italianos, españoles, portugueses, malteses, griegos, flamencos, alemanes, suecos y, en general, de todas las naciones de la cristiandad, que acuden, todas ellas (salvo los ingleses) al cónsul de Francia, para que los proteja y ayude, cuando se ven apurados por los ataques de esos bárbaros. Los barcos que van a comerciar allí, y las personas que salen de allí, reciben el pasaporte de manos del cónsul. Y cuando los corsarios se hacen a la mar, y quieren apoderarse de los barcos o de las mercancías de esas naciones, el cónsul de Francia los reclama y denuncia al Dey o al Bajá y a la aduana la sinrazón de las capturas; se queja del mal trato que se hace a esas naciones, negocia el rescate de sus esclavos, y los libera, cuando puede, de los hierros para mandarles a su casa. Pone fin a las desavenencias que ocurren entre los mercaderes de esas naciones, y también entre los esclavos. Cuida de que ningún mercader cristiano lleve a los turcos mercancías de contrabando, que les puedan servir para hacer la guerra a los cristianos, como velas, jarcias, hierro, plomo, armas y otras cosas parecidas prohibidas por los cánones de la Iglesia y por las ordenanzas reales.

Los Sacerdotes de la Misión no tienen menos trabajo en los asuntos espirituales que los cónsules en los temporales. Son misioneros apostólicos puestos por la autoridad del Soberano Pontífice, que les ha concedido todos los poderes y todas las facultades convenientes para su oficio. Y además son Vicarios Generales del Arzobispo de Cartago, del que dependen esas ciudades; y en calidad de tales tienen jurisdicción sobre todos los

sacerdotes y religiosos esclavos que se encuentran allí, a veces en número bastante grande. Por esa misma categoría, son los pastores de todos los cristianos tanto mercaderes como cautivos, que, de ordinario, son de veinticinco a treinta mil en esos dos Reinos, donde entran más que salen.

Los sacerdotes misioneros se dedican en primer lugar a sostener la religión católica, y a mantener los actos públicos y privados en los mismos sitios en que se ve oprimida y perseguida. Y como Jesucristo, hablando con los pérfidos judíos, les decía que honraba a su Padre, mientras que ellos lo deshonraban, igualmente, los Hijos del Sr. Vicente se esfuerzan en honrar al mismo Salvador y procurar que sea honrado y servido en medio de una tierra infiel y en los sitios en que es deshonrado por los más crueles enemigos de su sagrado Nombre. Además de eso, se dedican a corroborar y fortalecer a los fieles en la fe; sostienen a los débiles, e impiden que se pierdan; encaminan a los que andan desviados; administran los sacramentos a los sanos y a los enfermos, tanto en la ciudad como en el campo; consuelan a los pobres cautivos en sus penas y tribulaciones; predican, instruyen, trabajan, resisten y finalmente, se consumen por esta pobre Iglesia doliente del mismo modo que lo hizo Nuestro Señor por la iglesia universal.

Esas son las principales ocupaciones de los sacerdotes y de los cónsules enviados a Berbería; a ellas se aplican continuamente, y en ellas se ayudan mutuamente con gran unión y correspondencia para tratar de conseguir la salvación de las almas y la mayor gloria de Dios, que es el fin único y común de unos y otros.

El Sr. Vicente les solía recomendar sobre todo que conservaran entre sí una perfecta unión y comunicación, y que se ayudaran unos a otros con buenos consejos, y con todos los medios de que pudieran valerse. Veamos lo que decía en una carta que les escribió sobre esa cuestión:

«He sabido la unión y la íntima caridad que existe entre ustedes. He bendecido por ello a Dios varias veces, y lo bendeciré tantas veces como me venga a la memoria, porque mi alma está tan llena de agradecimiento por un bien tan grande, que llena de gozo el corazón del mismo Dios, tanto sería que, de esa unión, se podrá conseguir infinidad de buenos resultados para el avance de su gloria y para la salvación de gran número de almas. En nombre de Dios, señores, hagan de su parte todo lo que se pueda para hacerla más fuerte y más cordial hasta la eternidad. Acuérdense del dicho de los romanos, «que con la unión y el consejo se consigue todo». Sí, la unión entre ustedes hará triunfar la obra de Dios y nada podrá destruirla sino la desunión. Esa obra es el acto de caridad más noble que existe en la tierra, aunque el menos solicitado. ¡Dios mío! Señores, ¿cómo no nos fijaremos un poco más en la excelencia de los trabajos apostólicos, para apreciar infinitamente nuestra felicidad y para corresponder a las obligaciones de nuestra condición? Sólo harían falta diez o doce misioneros así preparados para producir frutos increíbles en la Iglesia. He visto el asalto a que les han sometido la carne y la sangre; era necesario que les sucediera esto. El espíritu malo no tenía intención de dejarles sin combate. ¡Bendito sea Dios porque han permanecido firmes ante ese ataque! El cielo y la

tierra contemplan con agrado la feliz participación, que les ha caído en suerte, de honrar con su trabajo esa caridad incomprensible por la que nuestro Señor bajó a la tierra para socorrernos y ayudarnos en nuestra esclavitud. Creo que no hay ningún ángel ni santo en el cielo que no les envidie esa dicha, tanto cuanto se lo permita su condición gloriosa. Y aunque soy el más abominable de todos los pecadores, sin embargo, les confieso que, si me fuera permitido, les envidiaría yo mismo. Humíllense mucho, y prepárense a sufrir de los turcos, de los judíos y de los falsos hermanos: les podrán causar molestias, pero les ruego que no se extrañen de eso, porque no les causarán otro mal, que el que Nuestro Señor quiera que les hagan, y lo que les suceda de su parte, sólo será para hacerles merecer favores especiales con los que piensa honrarlos. Ustedes saben que la gracia de nuestra redención se debe atribuir a los méritos de su Pasión, y que cuanto más complicadas son las cosas de Dios, tanto más felizmente se consiguen, con tal de que nuestra resignación y nuestra confianza no desfallezca. Rara vez se logra un bien sin alguna contrariedad; el demonio es demasiado sutil, y el mundo demasiado corrompido como para que no traten de ahogar semejante obra buena en su misma cuna. Pero, ánimo, señor, es Dios mismo quien les ha colocado en ese sitio y en el trabajo en que están. Si ustedes tienen su gloria por finalidad, ¿qué podrán temer, o mejor, qué no deberán esperar?».

§. III Persecución sufrida por el cónsul de Argel

Con muchísima razón preparaba el Sr. Vicente a los suyos ante los sufrimientos, y los exhortaba a la constancia, previendo acertadamente que estando entre aquellos bárbaros, y trabajando en el servicio de Jesucristo, no les faltarían perseguidores, ni ocasiones de experimentar los efectos de su rabia y de su crueldad. En efecto, varias veces los han amenazado con el fuego, con la cuerda y con otros suplicios; hasta han sentido los golpes. De todo eso solamente presentaremos un ejemplo, que hará ver que la vida de los que profesan servir a Jesucristo entre esos infieles está continuamente expuesta a toda clase de vejaciones y de malos tratos, y que se necesita una caridad ardentísima para semejante empresa.

El Sr. Barreau, cónsul de Argel, ha experimentado en una ocasión en su persona las crueldades de esos bárbaros por haber sido tiranizado y perseguido por esos infieles para obligarle a que les diera dinero, pues tienen como norma, cuando sufren alguna pérdida, cogérsela a otro, y siempre al más inocente de entre los cristianos. Los acusan con mentiras y les levantan falsos testimonios, y les causan violencias e injusticias sin visos de razón; es lo que ellos llaman afrentas, y cuando se piensa acudir a la justicia o a la protección de los más poderosos, hay que comprarla con regalos excesivos, y darles casi tanto como los autores de las afrentas les piden. Y como suelen ser gente de milicia que no trabaja, y que tampoco trapichean, sólo viven de lo que arrebatan a la fuerza, y se apoderan de todo lo que puedan hallar, no tanto por verse necesitados (la mayor parte se ha enriquecido con lo que ha robado a los cristianos), sino por avaricia insaciable, que hace que nunca estén contentos con lo que tienen y quieren siempre lo que no tienen.

El cónsul fue encarcelado el año 1647 sin otro motivo que el de obligarle a entregar el dinero que le pedían. Y al poco tiempo, el Sr. Nouelly, Sacerdote de la Congregación de la Misión, cayó enfermo de peste, y se vio en la necesidad de adelantar el rescate de su libertad para ir a atender al buen sacerdote en su enfermedad. Murió el sacerdote, y el cónsul, como se vio en peligro de ser devuelto a la cárcel, dio cuenta de todo al Sr. Vicente, quien le escribió sobre esos dos lamentables incidentes en estos términos:

«Ayer tarde recibí la triste, pero feliz, noticia de la muerte del Sr. Nouelly, que me ha hecho derramar muchas lágrimas en varias ocasiones, pero lágrimas de gratitud a Dios por su bondad con la Compañía, al haberle dado un sacerdote que tan perfectamente amaba a Nuestro Señor, y que ha tenido un fin tan hermoso».

«¡Qué feliz es usted porque el buen Dios le ha escogido para una obra tan santa, excluyendo a tantas otras personas inútiles del mundo!» .

«Ha sido usted casi prisionero por la caridad, o mejor dicho, por Jesucristo. ¡Qué dicha sufrir por tan gran Monarca y cuántas coronas le esperan, si persevera hasta el fin!».

El año 1650 el mismo Sr. Barreau fue de nuevo encarcelado. Sobre eso le escribió el Sr. Vicente la carta siguiente; por medio de ella y por otras parecidas que le envió, podemos descubrir con cuánta pureza veía a Nuestro Señor en todo, y cuán grande consideraba la felicidad de asemejarse a El trabajando y sufriendo como El para la gloria de Dios y para el servicio de los pobres.

«Con gran pena —le dice— me hago cargo de la situación en que está, que es motivo de pena para la Compañía, y para usted de mérito ante Dios, ya que sufre como inocente. He sentido gran consuelo, mayor que cualquier otro, por la mansedumbre de espíritu con que ha recibido este golpe y aprovecha su situación de prisionero. Doy gracias a Dios, con un sentimiento de incomparable gratitud. Nuestro Señor que bajó del cielo a la tierra para redimir a los hombres fue hecho prisionero por ellos, ¡Qué dicha, querido Hermano, poder ser tratado casi de igual forma! Se fue de aquí como de un lugar de alegría y reposo para asistir a los cautivos de Argel, y ahí es usted tratado de forma similar a la de ellos, y no de otra forma. Cuanta más relación tengan nuestras acciones con la hechas y sufridas por Nuestro Salvador, y nuestros sufrimiento con los suyos, tanto más agradables le serán a Dios, y como su encarcelamiento honra al cielo, así El le honra a usted con su paciencia, en la cual le pido que le confirme».

«Le aseguro que su carta me ha conmovido mucho, tanto que estoy resuelto a edificar con ella a la Comunidad. Ya he hecho a la misma partícipe de la opresión que sufre usted y de la dulce resignación de su corazón, a fin de excitarla a que pida a Dios la liberación de su cuerpo, y a agradecer a su Divina Bondad la libertad de su espíritu. Siga usted, señor, conservándose en la santa Voluntad divina, pues así se cumplirá en usted la promesa de Nuestro Señor de que ni uno solo de los cabellos de usted se perderá y de que su paciencia de usted poseerá su al ma.Confie mucho en El, y recuerde lo que El sufrió por

usted en su vida y en su muerte. El criado —dice El—*no es mayor que su amo; si ellos me han perseguido, también le perseguirán a usted. Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Alégrese, pues, señor, en aquél que desea ser glorificado, y que será la fuerza de usted en proporción a lo fiel que le sea usted. Se lo pido con insistencia. Y en cuanto a usted, le conjuro por el afecto que tiene a nuestra Compañía, que pida a Dios para todos nosotros la gracia de sobrellevar bien nuestras cruces, pequeñas y grandes, a fin de que seamos dignos hijos de la cruz de su Hijo, que nos ha engendrado en el amor, y por la que esperamos poseerlo perfectamente en la eternidad de los siglos. Amén».*

Veamos ahora otra carta de este caritativo Padre de los misioneros del 15 de enero de 1651. En ella le vaticina al buen cónsul su próxima liberación:

«Su última carta, del mes de octubre, nos dio grandes sentimientos de ternura y de consuelo al ver que no le abandona la paciencia, y que sigue usted sometiéndose humildemente a las penas presentes y a todas las que Dios le mande en el futuro. Ya le hemos dado gracias por tan grande favor y le seguiremos pidiendo insistentemente su libertad».

«El Rey ha estado ausente de París durante seis o siete meses. A su regreso, hemos hecho esfuerzos para procurar su libertad. Han decidido finalmente escribir a Constantinopla, y que el Rey se queje ante la Puerta por su encarcelamiento, exigiendo la ejecución de los artículos de paz y de alianza acordados por Enrique IV con el Gran Señor en el año 1604, a fin de que los turcos cesen también en sus ataques corsarios contra los franceses, y devuelvan los esclavos que tienen en su poder. Si no, que Su Majestad se tomará la justicia por su mano. Insistiremos para que se expida esta carta con la ayuda de Dios. Corresponderá a su Providencia hacer lo restante, y espero que todo irá bien, si nos abandonamos en sus manos con confianza y sumisión, como usted lo hace con su gracia. Quizás nos sea tan propicia como para poder sacarle de la prisión y de esos aprietos por un camino más corto que el de Constantinopla, pues, o bien se amansará el Bajá que le corresponde a usted, o habrá algún cambio o negociación que consiga el buen efecto que todos deseamos».

Parecía que Dios le había dado al Sr. Vicente algún presentimiento de lo que iba a suceder, y que se lo predecía con esas últimas palabras. Porque, en efecto, se cumplieron poco más tarde. En cuanto el Bajá, llamado Murath, supo que otro Bajá llamado Mahomet, iba a llegar a Argel para ocupar su puesto, prefirió sacarle al cónsul lo que pudiera y ponerlo en libertad, a esperar la venida de su sucesor, que se aprovecharía de aquél. De forma que le hizo salir de la cárcel, al cabo de siete meses, previo pago de trescientas cincuenta piastras, que eran mucho menos de lo que pretendía

La carta que el Sr. Vicente le escribió después de su liberación nos hace ver cuáles eran sus sentimientos acerca de las penas y las persecuciones:

«Solamente Dios, —le dice— *que ve el fondo de los corazones, puede hacerle sentir*

la alegría del mío por la noticia tan deseada de su libertad, por la que le hemos dado las gracias más efusivas, como hace ya tiempo que no se las dábamos por ningún otro de los favores recibidos de su bondad. Se lo he comunicado al padre de usted. Se ha consolado mucho, lo mismo que por el buen uso que hizo usted de su cautiverio. No pienso nunca en él sin que la mansedumbre de espíritu que usted ha demostrado me sirva para hallar la sumisión a Dios, y la paciencia en medio de los sufrimientos siempre más hermosos y más amables. Nunca podré expresarle cuán feliz ha sido usted por haber sufrido tanto por nuestro Señor Jesucristo, que es quien le llamó a Argel. Verá usted su importancia y sus frutos, mejor aún que ahora, dentro de quince o veinte años, y, sobre todo, cuando Dios lo llame para coronarlo en el cielo. Debe usted pensar que el tiempo pasado en la cárcel ha estado santamente empleado. En cuanto a mí, lo considero como una señal infalible de que Dios quiere conducirlo a El, ya que le hace seguir las huellas de su propio Hijo. ¡Bendito sea para siempre! ¡Y que usted progrese en la escuela de la virtud sólida, que tan bien se practica en los sufrimientos y que mantiene en temor a los buenos siervos de Dios cuando no tienen nada que sufrir! Le suplico a su Divina Bondad que la bonanza de que usted goza en la actualidad le colme de paz, ya que la tempestad no ha logrado turbarle, y que dure tanto cuanto convenga para el cumplimiento perfecto de los designios de Dios sobre usted. Tan lejos está usted de haber obrado contra mi intención por haber dado esas mil libras que usted ha pedido prestadas, que creo que no es nada en comparación con su libertad, que vale para nosotros más que cualquier otra cosa».

Pero la más enojosa y más cruel de todas las persecuciones sufridas por el Sr. Barreau fue la que le sucedió el año 1656 con ocasión de la bancarrota que experimentó un mercader de Marsella en Argel. Sus acreedores elevaron sus quejas al Bajá, quien quiso, contra toda razón y justicia, obligar al cónsul a pagar la cantidad que debía el mercader. El cónsul se negó a pagar, y le hizo notar que, además de que él no le debía nada, y que no era su fiador, no tenía medios para satisfacer la deuda. Aquel inhumano y bárbaro violador del derecho de gentes quiso doblegarlo con tormentos y torturas. Y a tal efecto, lo hizo tumbar en tierra, mandó darle, en su presencia, según la cruel costumbre del país, un número tan grande de garrotazos en la planta de los pies, que la violencia del dolor que sentía le hizo perder el conocimiento. El Bajá, viendo aquello, temiendo que muriera durante la tortura, mandó parar a los verdugos. Pero su furia y bárbara avaricia no quedó satisfecha, y quiso usar otra clase de tormento. Y lo amenazó con mandarle clavar en los dedos, entre la carne y las uñas, leznas puntiagudas. Mas el buen cónsul, extenuado de dolor y casi medio muerto, pensó que debía dejarse empeñar por todas las exacciones que le pedían, antes que privar a los pobres cautivos cristianos de la ayuda que podía prestarles conservando su vida

He aquí en qué términos le escribió el Sr. Vicente acerca de esta última tribulación:

«¡Bendito sea por siempre el santo nombre de Dios por haberle encontrado digno de sufrir, y de sufrir precisamente por la justicia, ya que, gracias a Dios, no ha dado usted motivos para esos malos tratos!.

Es una señal de que nuestro Señor quiere hacerle participar de los méritos infinitos de su pasión, ya que le aplica sus dolores y la confusión por las culpas ajenas. No dudo que en este suceso no ha visto usted, como enviado por su mano paternal, más que su honor y su divina voluntad, y no la mala voluntad de los hombres, que no saben lo que hacen. Por eso espero que esta aflicción contribuirá a su mayor santificación. Nunca ha sucedido en la Compañía ninguna que me haya impresionado tan vivamente. Espero que ésta le atraerá nuevas gracias para la salvación del prójimo».

Al buen cónsul, obligado por el Bajá a empeñarse por la suma de doce mil libras, que era lo que se le pedía, lo llevaron a su casa, porque no podía mantenerse en pie, estando como estaba magullado a base de golpes y quebrantado por los dolores. Pero, apenas se vio un poco libre de los tormentos que le habían hecho sufrir, estando recostado en cama, aquel tirano, que no acababa de recibir el dinero que le debía, mandó a cuatro de sus satélites con la orden de pagarle de inmediato, y que si no lo hacía, tenían orden de sacarlo de la cama, y de llevarlo de nuevo donde el Bajá para darle muerte. El pobre perseguido no disponía en su poder más que de cien escudos, cantidad que estaba muy lejos de lo que le exigían. Como no sabía ni de dónde sacarlas ni cómo actuar, decidió abandonarse a todo lo que Dios quería que le sucediera de parte de aquellos bárbaros, y a sufrir la muerte, si era ésa su voluntad. Pero, cuando los pobres cristianos cautivos supieron de la violencia a que se le sometía, y el gravísimo peligro de ser condenado a muerte, quedaron tan conmovidos, que todos aportaron de su parte para socorrerle lo poco que podían, y le llevaron quién veinte, quién treinta, quién cien y quién doscientos escudos, para ayudarle a pagar el injusto rescate, y salvarle la vida. Habían reunido aquellas pequeñas cantidades para ayudar a recuperar su propia libertad, cuando se les presentara la ocasión. Sin embargo, por agradecimiento y por caridad entregaron gustosamente para liberar y ayudar al que se había expuesto al peligro en que estaba, sólo por asistirlos y procurarles su libertad. Parecía, al ver el afecto de los pobres esclavos en aquella coyuntura, que Dios hacía revivir en ellos el espíritu de los primeros cristianos, que ponían con una devoción semejante sus bienes a los pies de los apóstoles para dar de comer y ayudar a los pobres. Y lograron reunir la cantidad exigida; por ella el cónsul les quedó en deuda. En cuanto el Sr. Vicente supo aquello, y como conocía muy bien cuánto importaba que se les devolviera a los cautivos cristianos el dinero que habían ofrecido, no dudó en una ocasión tan apremiante, y procuró con limosnas y donativos de personas caritativas que, una vez recogida aquella cantidad, fuera enviada a Argel y puesta en manos de aquellos buenos esclavos, que, precisamente por eso, pudieron rescatarse a sí mismos. Dios bendijo la caridad que los había movido a preferir el alivio y la ayuda del cónsul a su propia libertad, y volvieron llenos de felicidad a Francia el mes de junio del año 1661 con el Sr. Barreau, quien fue también a París, porque el Rey había enviado a otro cónsul a Argel a petición del Superior General de la Congregación de la Misión, sucesor del Sr. Vicente. Así que el Sr. Barreau se trajo consigo a setenta cautivos que el Sr. Le Vacher y él habían rescatado gracias a la ayuda de las limosnas y caridades, que habían hecho para tal fin.

§. IV Otras vejaciones sufridas por los misioneros en la ciudad de Túnez

Aunque los misioneros que estaban en Túnez no habían sido tratados con tanta crueldad como los que estaban en Argel, con todo no dejaron de tener su parte en el cáliz de Jesucristo, y de llevar una porcioncita de su cruz en diferentes situaciones. El año 1655 por un falso informe que le habían hecho al Dey, éste mandó buscar al Sr. Le Vacher, y le dijo que le habían advertido que con sus mentiras disuadía a los cristianos de abrazar la ley de Mahoma y de hacerse turcos cuando se enteraba; y por eso, le ordenaba que se marchara de la ciudad con la prohibición de no volver más a ella. El buen sacerdote, obedeció aquella orden, y se fue a Bizerta, adonde él creía que la Providencia de Dios lo conducía, porque, al llegar allí, se encontró con dos barcazas de cautivos cristianos, a los que preparó para el sacramento de la penitencia; y, a tal efecto, obtuvo del comandante que les fueran quitadas las cadenas por un poco de tiempo. El Sr. Vicente, al contar aquella noticia a la comunidad, hizo esta reflexión:

«¿Quién sabe, señores, si no habrá sido designio de Dios que esta pequeña desgracia le haya ocurrido al Sr. Le Vacher, para que pudiera ayudar a los pobres esclavos cristianos a ponerse en buen estado?».

Y dijo además que el Sr. Husson, que era el cónsul, habiéndole hecho ver al Dey que aquel buen sacerdote sólo se dedicaba a atender a lo pobres esclavos cristianos, sin mezclarse para nada con la religión turca, le suplicó que tuviera a bien volverlo a llamar. Y así se lo concedió. Y ordenó al gobernador de Bizerta que lo mandara a Túnez dentro de un mes, considerando acertadamente que le podrían tachar de ligereza por haber desterrado a un hombre por una cosa así, si lo hubiera hecho volver antes.

Más ni el buen sacerdote misionero, ni el cónsul quedaron libres por eso; porque un poco más adelante se originó otra tormenta contra ambos. He aquí cómo lo relató por entonces el Sr. Vicente a su comunidad:

«Hace unos días —dijo— les hice saber que el Rey de Túnez deseaba que el cónsul le proporcionara cotonía de Francia (cierta tela gruesa con la que se hacen velas para los barcos). El se excusó no sólo porque lo prohíben las leyes de este reino, sino porque en Bulas terminantes de la Santa Sede apostólica se prohíbe, bajo pena de excomunión, proporcionar a lo turcos cosas que les sirvan para hacer la guerra a los cristianos. El Dey, al verse así tratado, se dirigió a un mercader de Marsella que traficaba en Berbería, y éste se comprometió a traérsela, a pesar de todo lo que hizo el cónsul por disuadirle, exponiéndole la injuria que cometía contra Dios y contra los cristianos, el daño que se haría a sí mismo y el castigo que podría recibir, si el Rey de Francia se enteraba de aquel tráfico ilegal. Pero como el mercader no cejó en sus planes, el cónsul formuló una acusación, y la envió aquí. Y el Rey ha ordenado a los oficiales de los puertos de Provenza y del Languedoc que vigilen estrictamente, para que nadie cargue ninguna mercancía de contrabando para Berbería. Esto de seguro habrá llegado a oídos del Dey, y le habrá indignado más todavía contra el cónsul francés y contra los misioneros».

«Efectivamente, poco después los humilló públicamente. Buscó una ocasión para

causarles una afrenta pública, es decir, una querella de alemán, y mandó venir al Sr. Le Vacher, y le dijo:

«Quiero que me pagues las doscientas setenta y cinco piastras que debe el caballero de La Ferrièrre, ya que tú eres de una religión que tiene en común los bienes y los males, y por esta razón yo quiero cobrártelos a tí».

«El Sr. Le Vacher respondió que los cristianos no estaban obligados a pagar las deudas unos de otros, y que él no podía pagar las de un caballero de Malta y capitán de navío, pues era «morabito» de los cristianos (esto es, un sacerdote, según la manera de hablar de ellos), venido expresamente a Túnez para atender a los pobres esclavos. «Di lo que quieras —replicó el Dey—, yo lo que quiero es que me paguen». Y utilizando la violencia, le obligó a pagar dicha cantidad».

«Pero esto no es más que el comienzo; pues, si Dios no cambia el humor del Dey, van a tener que sufrir opresiones mayores todavía. En fin, ahora pueden decir que empiezan a ser cristianos mucho más verdaderos, pues empiezan a sufrir por servir a Jesucristo, tal como decía el mártir san Ignacio, cuando le llevaban al martirio. Y nosotros, hermanos míos, seremos discípulos de Jesucristo cuando nos sea concedida la gracia de padecer alguna persecución, o algún daño por su nombre. Los del mundo se alegrarán, dice el Evangelio de hoy. Sí, la gente del mundo buscará placeres y evitará todo lo que contraría a la naturaleza. Y Dios quiera que yo, desgraciado, no haga lo mismo y que no sea del número de los que buscan las dulzuras y los consuelos en el servicio de Jesucristo, en lugar de amar las tribulaciones y la cruz. De lo contrario, no sería verdaderamente cristiano. Para que pueda serlo, Dios me reserva la ocasión de sufrir, y me la enviará cuando El quiera. Es la disposición que hemos de tener todos, si queremos ser verdaderos servidores de Jesucristo».

Finalmente, algún tiempo más adelante, el Dey, como seguía conservando en su corazón el resentimiento por la negativa que el Sr. Husson, cónsul, le había dado para la adquisición de la lona de Francia que había pedido, buscó un nuevo pretexto el año 1657 para irrogarle una nueva afrenta pública con la argucia de que trece turcos habían sido capturados en el mar por los barcos del Gran Duque de Florencia, y conducidos a Livorno. El Dey, en cuanto se enteró de la noticia, llamó al Sr. Husson, y quiso que se obligara a hacer volver a los turcos. Este le respondió que aquello no era de su incumbencia, ya que los turcos estaban en manos de un príncipe de quien él no dependía. El Dey, no queriendo escuchar razón alguna, y enfurecido, lo expulsó de la ciudad de Túnez; y, aunque, según todas las apariencias, debiera usar el mismo trato con los misioneros, sin embargo Dios quiso tocarle el corazón, de forma que les permitió permanecer en la ciudad y continuar sus obras de caridad y de religión, e incluso obligó de nuevo al Sr. Le Vacher a ejercer el consulado, a causa del bien que hacía a los pobres cautivos.

§. V El Sr. Vicente cuenta a la comunidad el martirio de un joven cristiano quemado en la ciudad de Argel por la fe de Jesucristo

Todos los actos de virtud y de piedad practicados por los cautivos cristianos pueden, con justa razón, ser considerados como frutos de las misiones que se dan entre ellos gracias al desvelo y al celo del Sr. Vicente, porque, de ordinario, son efecto de las enseñanzas, predicaciones y demás obras de caridad recibidas de sus misioneros, y que la palabra de Dios que les anuncian por su ministerio viene a ser como la semilla celestial recibida en sus corazones y que la gracia hace germinar, y de donde hace brotar frutos dignos de la vida eterna.

Entre todos los hechos virtuosos de los pobres cautivos queremos destacar uno que está muy por encima de lo común, y que lo podemos llamar heroico. El Sr. Vicente cierto día lo contó a la comunidad de San Lázaro en pocas palabras, pero todas llenas de energía, animadas por el celo que ardía en su corazón:

«No puedo menos de expresaros los sentimientos que Dios, me da ante este joven del que os he hablado, y al que han matado en la ciudad de Argel. Se llamaba Pedro Borguny, natural de la isla de Mallorca, de veinte o veintidós años solamente. El amo, del que era esclavo, pensaba venderlo para enviarlo a las galeras de Constantinopla, de donde ya no habría salido jamás. Bajo este temor, se fue a buscar al Bajá para pedirle que tuviera piedad de él, y no permitiese que lo enviaran a aquellas galeras. El Bajá prometió que así lo haría, con tal de que tomara el turbante. Para obligarle a cometer la apostasía, utilizó todas las persecuciones que se le ocurrieron, y, finalmente, añadiéndo las amenazas a las promesas lo intimidó de tal manera que le hizo renegar».

«Pero aquel pobre muchacho seguía conservando en su corazón los sentimientos de aprecio y amor a su religión, y cometió aquella falta solamente por miedo a caer en aquella esclavitud, y por deseo de facilitar la recuperación de su libertad. Incluso les declaró a algunos esclavos cristianos que le reprochaban su crimen que, si era turco por fuerza, en el alma seguía siendo cristiano. Y poco a poco, reflexionando en el grave pecado que había cometido renunciando externamente a su religión, se sintió tocado de un verdadero arrepentimiento. Y al ver que sólo podía expiar su cobardía con la muerte, se decidió a ello, antes que vivir más tiempo en aquel estado de infidelidad. Les manifestó a algunos el plan; y para poder ejecutarlo empezó a hablar abiertamente en favor de la religión cristiana y en contra del mahometismo, y decía de estas cosas todo lo que le podía sugerir una fe viva, en presencia incluso de algunos turcos, y, sobre todo, de los cristianos. A pesar de todo, seguía temiendo la crueldad de aquellos bárbaros, y al pensar en el castigo tan riguroso que le harían sufrir, temblaba de terror. A pesar de todo —decía— espero que Nuestro Señor me asistirá; El murió por mí; es justo que yo muera por El».

«Finalmente, impulsado por los remordimientos de su conciencia y por el deseo de reparar la injuria que le había hecho a Jesucristo, tomó la generosa resolución de ir a ver al Bajá y, una vez en su presencia, le dijo: Tú me has seducido, obligan dome a renunciar a mi religión, que es la buena y la verdadera, y haciéndome pasar a la tuya, que es falsa. Pues bien, te declaro que soy cristiano. Y para mostrar te que abjuro de buena gana tú creencia y la religión de los turcos, rechazo y de testo el turbante que me has dado. Y con estas

palabras tiró por tierra el turbante y lo pisoteó, diciendo: Sé que me harás morir, pero no me importa, porque estoy dispuesto a sufrir toda clase de tormentos por Jesucristo, mi Salvador».

«Efectivamente, el Bajá, irritado por aquel atrevimiento, lo condenó inmediatamente a ser quemado vivo. Lo desnudaron, dejándole solamente el calzón; le pusieron una cadena al cuello, y le cargaron con un gran poste, donde sería atado y quemado. Al salir de esta forma de la casa del Bajá para ser llevado al lugar del suplicio, al verse rodeado de turcos, de renegados y hasta de cristianos, dijo en alta voz estas hermosas palabras: « ¡Viva Jesucristo y triunfe para siempre la fe católica, apostólica y romana! No hay ninguna otra en la que sea posible salvar se». Y dicho esto, se fue a sufrir el fuego y a recibir la muerte por Jesucristo».

«El sentimiento más grande que me inspira esta acción tan hermosa es que aquel valiente joven había dicho a sus compañeros: Aunque temo la muerte, siento algo aquí dentro (señalando entonces la frente) que me dice que Dios me dará la gracia de sufrir el suplicio que me preparen. También nuestro Señor tuvo miedo de morir, pero aceptó voluntariamente dolores más intensos que los que yo tendré que sufrir. Espero en su fuerza y en su bondad. Le ataron al poste y encendieron fuego alrededor. Pronto entregó a las manos de Dios su alma pura como el oro limpio en el crisol. El Sr Le Vacher, que le había seguido, estuvo presente en el martirio, aunque algo alejado; le levanto la excomunión en que había incurrido, y le dio la absolución con la señal que había convenido antes con él, mientras sufría con tanta constancia».

«Eso es ser cristiano. Ese el coraje que hemos de tener para sufrir y para morir, si es preciso, por Jesucristo. Pidámosle esta gracia y roguémosle a este santo joven que la pida para nosotros, a él que fue alumno tan aventajado de tan valiente maestro, que en tres horas se hizo verdadero discípulo imitador suyo, muriendo por El».

«¡Animo, Señores y Hermanos míos. Esperemos que Nuestro Señor nos dará fuerzas en las cruces que nos vengan, por grandes que sean, si ve que las amamos y que confiamos en El. Digámosle a la enfermedad cuando se presente, y a la persecución cuando llegue, a las penas externas e internas, a las tentaciones y a la propia muerte, cuando El nos la envíe: ¡Sed bienvenidos, favores celestiales! ¡Gracias a Dios, santas pruebas, que venís de una mano paternal y muy deseosa de mi bien! Os recibo con un corazón lleno de respeto, de sumisión y de confian za para con aquél que os envía. Me entrego a vosotros para darme a El.Aceptemos, pues, estos sentimientos, Señores y Hermanos míos, y, sobre todo, confiemos mucho, lo mismo que este nuevo mártir, en la ayuda de nuestro Señor, a quien encomendaremos todos, si os parece, a esos buenos misioneros de Argel y de Túnez».

Este discurso del Sr. Vicente nos hace ver el espíritu que lo animaba y cuán grande era el deseo que tenía de inspirar a los suyos ese mismo espíritu, que no es otro que el del martirio, y de robustecerlos contra todos los ataques del mundo y del infierno; y también contra los propios sentimientos de la naturaleza, y para hacerse dignos con la renuncia de

sí mismos y cargando la cruz de seguir a Jesucristo.

Después de apagarse el fuego, el Sr. Le Vacher fue, en pleno día una hora después del suplicio, aunque exponiéndose mucho, a recoger el santo cuerpo, quemado y asado, para darle sepultura. El escribió la historia del martirio, y lo hizo representar en un cuadro que trajo al Sr. Vicente el año 1657, cuando vino a París, junto con los huesos de este valeroso cristiano quemado por la fe, como uno de los más excelentes frutos que la gracia de Jesucristo vuelve a producir en aquellas tierras bárbaras e infieles.

§. VI Consejos que da el Sr. Vicente a los misioneros de Berbería relativas a la forma de comportarse entre los infieles

Aunque el odio mortal e interesado que los mahometanos sienten a la religión cristiana sea tal, que llegan a pensar que a un turco le basta con matar a un cristiano para ir al paraíso, sin embargo, Nuestro Señor no ha permitido que, desde hace dieciocho años, más o menos, que los Sacerdotes de la Congregación de la Misión llevan viviendo entre ellos en Argel y Túnez, les hayan hecho morir a ninguno a pesar de que han transgredido a menudo la ley que prohíbe bajo pena de la hoguera hablar contra la religión mahometana, o han tendido la mano a los que profesan dicha religión para hacerles salir de ella, sin preocuparse de una prohibición injusta, cuando se trata de servir a Jesucristo, y de procurar la salvación de las almas, compradas con su sangre. Ciertamente se han portado por la gracia de Dios con tanta modestia, prudencia y caridad en aquella tierra, siguiendo lo que les fue recomendado a menudo por el Sr. Vicente, que no sólo los turcos los han respetado, sino también varios de ellos han dado constancia de su virtud. A propósito de esto, el Rey de Túnez se encontró cierto día a un misionero, a quien veía frecuentemente ir y venir por la ciudad y por el campo con celo infatigable, para socorrer y ayudar a los pobres cautivos cristianos, cuando volviéndose a los de su séquito, y señalándoles al sacerdote He ahí —les dijo— un verdadero Padre. En otra ocasión, cuando el mismo misionero le fue a pedir permiso para salir de la ciudad, con el fin de ir a un lugar del campo a visitar y a asistir a unos pobres cristianos, le dijo con el corazón en la mano: *«Vayase con entera libertad adonde le parezca»*. Y otra vez puso a sus órdenes a uno de sus oficiales, para que lo acompañara a unos sitios apartados, adonde no podía ir sin peligro.

El Sr. Vicente también les recomendaba sin cesar que actuaran con gran moderación y discreción, y que no se expusieran temerariamente a los peligros por miedo a que por un bien aparente, no pudieran llevar a cabo un grandísimo número de bienes verdaderos. Veamos en qué términos le escribió un día sobre esta cuestión a uno de sus misioneros de Berbería, cuyo celo era muy ardiente, y que por eso necesitaba más de brida que de espuela. Esta carta contiene varios consejos muy importantes, y por eso ha servido de norma para todos los demás:

«Alabo a Dios —le dice— *por el buen tino que usted ha usado para hacerse reconocer como misionero apostólico y Vicario General de Cartago. Si usted ha procedido*

prudentemente en eso, lo debe hacer aún mucho más en el desempeño de su cargo. De ninguna manera debe usted mantenerse inflexible contra los abusos, cuando vea que de ello se seguirían mayores males. Saque lo que pueda de los buenos sacerdotes y de los religiosos esclavos, de los mercaderes y de los cautivos por vías suaves, y no se sirva de las severas sino en casos extremos. Por miedo a que el daño que ya sufren, dada su situación de cautivos, se una con el rigor que usted quisiera ejercer en virtud de su poder, no los lleve a la desesperación. No es usted responsable de su salvación, como usted piensa; a usted le han enviado a Argel sólo para consolar a la almas afligidas, para animarlas a sufrir y para ayudarlas a perseverar en nuestra santa religión: ése es su cargo principal y no el de vicario general, que usted ha aceptado únicamente en cuanto que sirve de medio para poder llegar a los fines arriba indicados; porque es imposible ejercer con un rigor de justicia, sin que aumenten las penas de esa pobre gente ni casi sin darles motivos para perder la paciencia y de perderse usted mismo. Sobre todo, es necesario no tratar de abolir en seguida las cosas que están en uso entre ellos, aunque sean males. Alguien me recordaba el otro día un hermoso párrafo de san Agustín, que dice que hay que guardarse mucho de atacar de frente un vicio que reina en un sitio, porque no sólo no se acabará con él, sino que, al contrario, lastimará a las personas en las que está inveterado el mal, de modo que no se podría lograr de ellos otros bienes, que de otra manera se hubiesen conseguido, si se hubiera acometido dando un rodeo. Le ruego pues que condescienda cuanto pueda ante la debilidad humana. Así es cómo se ganará usted a los eclesiásticos esclavos, compadeciéndolos mejor que rechazándolos y corrigiéndolos. No carecen de luz, sino de fuerza, la cual se insinúa con la unción exterior de las palabras y del buen ejemplo. No digo que haya que autorizar ni permitir sus desórdenes, sino que le digo que los remedios deben ser suaves y benignos, dada la situación en que están, y aplicados con gran precaución a causa del lugar y del perjuicio que le puedan causar a usted, si los enoja, y no sólo a usted, sino también al cónsul y a la obra de Dios; porque podrán comunicar sus impresiones a los turcos, y por ellas no querrán ya nunca más sufrirle a usted».

«*Tiene que evitar otro escollo entre los turcos y los renegados: en nombre de Nuestro Señor no tenga comunicación con esa gente. No se exponga a peligros que le podrían ocurrir, porque, al exponerse usted, como le he dicho, expondría todo y causaría grandes daños a los pobres cristianos cautivos, porque no serían atendidos ya más, y cerraría la puerta para el porvenir a la libertad presente que tenemos de prestar servicio a Dios en Argel y en otros sitios. Vea el mal que hará por un pequeño bien aparente. Es más fácil y más importante impedir que varios esclavos no se perviertan que convertir un renegado. Un médico que preserva de la enfermedad merece más que el que la cura. Usted no es el encargado de las almas de los turcos ni de los renegados, y su misión no se extiende sobre ellos, sino sobre los pobres cristianos esclavos. Y si por alguna razón importante está obligado a tratar con los de esa tierra, no lo haga, si le parece bien, sino poniéndose de acuerdo con el cónsul. Le ruego que atienda a sus consejos siempre que pueda».*

«*Tenemos grandes motivos para agradecer a Dios el celo que le da para la salvación de los pobres esclavos; pero ese celo no es bueno, si no es discreto. Parece que*

usted quiere emprender cosas desde el principio, como querer dar una misión en las baños, vivir encerrado con ellos e introducir entre esa gente nuevos actos piadosos. Por eso, le ruego que siga la costumbre de nuestros sacerdotes difuntos que le han precedido. A menudo se echan a perder las obras buenas por ir demasiado aprisa; porque se procede según las propias inclinaciones, que le privan a uno del juicio y de la razón, y le hacen pensar que el bien que hay que hacer es factible y oportuno. Lo cual no es así, y se le reconoce a continuación por su mal resultado. El bien que Dios quiere se hace casi por sí mismo, sin que se piense en ello. Es así como nació nuestra Congregación, como empezaron los trabajos misionales y de ordenandos, como se ha hecho la Compañía de las Hijas de la Caridad; como se ha fundado la de las Damas para la asistencia de los pobres del HôtelDieu de París, y, finalmente, como todas las obras, de las que estamos encargados actualmente han comenzado, y nada de todo eso lo hemos emprendido con un plan previo por nuestra parte. Pero Dios que quería ser servido en esas ocasiones, las ha suscitado insensiblemente, y El se ha servido de nosotros sin que supiéramos adonde se iba. Por eso le dejamos hacer, muy lejos de apresurarnos en los progresos, como tampoco en el comienzo de las obras. ¡Dios mío! Señor: deseo que modere su fervor, y que pese maduramente las cosas con el peso del santuario, antes de resolverlas. Sea más bien paciente, que agente; y así Dios hará por usted solo lo que todos los hombres juntos no sabrían hacer sin El».

§. VII Penas y trabajos de los pobres esclavos cristianos en Berbería, y ayudas y servicios prestados por los misioneros

Para conocer mejor lo servicios caritativos que los misioneros del Sr. Vicente prestan a los esclavos cristianos en Berbería es necesario hacer ver la inhumanidad con que los tratan los turcos, los trabajos excesivos que les hacen sufrir; y también las violencias que ejercen sobre ellos para obligarles a abjurar la fe de Jesucristo y a abrazar el mahometismo

Los corsarios de Túnez y de Argel apresan por todos los lados, en las tierras de los cristianos y en la mar, a un gran número de personas de toda edad, sexo y condición. Los llevan a esas ciudades y a otros lugares vecinos. Allí los exponen a la venta en el mismo mercado, lo mismo que se hace aquí con los animales. Y como hacen todos los años varias correrías, reúnen a gran cantidad de gente; es por esa razón por la que los turcos poseen esclavos en gran número; los albergan en ciertos lugares que ellos llaman baños. En Túnez y Bizerta los tienen atados con cadenas de hierro durante la noche. Imagínense unas cuadras grandes, y en cada una de ellas a doscientos, trescientos o cuatrocientos caballos: esa es la imagen exacta de estos lugares, pero con esta diferencia, que los caballos están bien alimentados y bien limpios, y que los cristianos están sobre la basura, en la miseria y en el máximo abandono, especialmente a causa de su religión a la que los turcos sienten asco. Y además de eso, según la fantasía y el mal humor del amo y de quien los guarda, los golpean sin tregua, y, a veces, hasta morir, o quedar maltrechos por toda la vida

Los pobres cautivos así encerrados no salen de esos lugares sino para ir a trabajar

la tierra, o a otros trabajos muy penosos, o bien, para remar en las galeras, o servir en otros barcos que salen a la mar, y con la mayor frecuencia, a guerrear contra los cristianos, ahí sufren fatigas, golpes, desprecios y penas insoportables. De ordinario reman y trabajan completamente desnudos (sólo llevan el calzón), expuestos a los abrasadores ardores del sol de verano, y al frío riguroso del invierno. Y cuando vuelven, con sus fuerzas totalmente agotadas y como medio muertos, los vuelven a meter, como a los animales, en los establos más bien para consumirse que para encontrar allí algún descanso.

He aquí lo que el Sr. Guérin, Sacerdote de la Misión, escribía sobre el caso al Sr. Vicente:

«Estamos esperando una gran cantidad de enfermos al regreso de las galeras. Si esa pobre gente sufre grandes miserias en sus correrías por el mar, los que se quedan aquí no pasan menores apuros: les hacen trabajar en serrar mármol todos los días, expuestos a los ardores del sol, que son tan grandes que me atrevería a compararlo con los de un horno encendido. Es admirable ver el trabajo y el calor excesivo que padecen, que sería capaz de hacer morir a los caballos, pero que no acaba de matar a estos pobres cristianos, sino que sólo les hace perder la piel, que tienen que pagar como tributo a ese sol devorador. Se les ve con la lengua fuera, como a los pobres perros, debido al calor insoportable que tienen que respirar. Ayer mismo, un pobre anciano, al verse enfermo y sin poder resistir más pidió permiso para retirarse, pero no obtuvo otra respuesta que debía sacar piedra y que tenía que seguir trabajando. Puede usted imaginarse cómo me conmueven estas crueldades y cómo llenan de aflicción mi corazón».

«Sin embargo, estos pobres esclavos sufren sus males con una paciencia inconcebible y bendicen a Dios en medio de todas las crueldades que tienen con ellos; puedo decirle con toda verdad que nuestros franceses se distinguen por su bondad y su virtud entre todas las demás nacionalidades. Tenemos dos enfermos de gravedad que, según todas las apariencias, no podrán librarse de la muerte, y les hemos administrado todos los sacramentos. La semana pasada murieron otros dos como verdaderos cristianos. Se puede decir de ellos «pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus». La compasión que siento por estos pobres afligidos, que trabajan en serrar el mármol, me obliga a distribuir entre ellos parte de los pocos socorros que les distribuiría si estuvieran enfermos, etc. Hay otros esclavos que no son tan maltratados, sino que viven unos en casa de sus amos sirviéndoles en todo de noche y de día, como en hacer el pan, hacer la colada, prepararle de comer y beber y los demás oficios caseros. Finalmente, algunos gozan de libertad para trabajar por su cuenta, entregando a sus amos cierta cantidad mensual, que ellos procuran ganar y ahorrar a costa de sus pequeños gastos».

«Además de los cautivos de las ciudades hay un gran número de ellos empleados en las tierras y en las casas de campo. Algunos pasan allí toda su vida, sin ir nunca a la ciudad, y allá se dedican a labrar la tierra, a cortar madera, a hacer carbón, a sacar piedras de la canteras, y a otros trabajos muy penosos; en los trabajos no se les permite ninguna relajación; y después de trabajar durante todo el día, se les encierra por la noche.

Era necesario adelantar todas estas distinciones para dar a conocer mejor cuáles son las actividades de los misioneros en Berbería».

En las ciudades de Argel, Túnez y Bizerta hay veinticinco baños. En cada uno de ellos se ha hecho una especie de capillita, donde los pobres cristianos cautivos, en medio de sus aflicciones y penas, tienen la dicha de oír la santa misa, y de participar de los sacramentos

Como dice un sacerdote de la misión en una carta:

«Y en eso debemos reconocer la mano especialísima de la Providencia y de la Bondad de Dios, que, para dar a los miembros afligidos de su Hijo Jesucristo el medio de conservarse en la verdad de la fe por el libre ejercicio de todas las funciones del cristianismo, ha cambiado sus cárceles en iglesias, en donde el divino Salvador se encierra en persona con ellos bajo las especies del adorabilísimo Sacramento de la Eucaristía, todas las veces que se celebra allí la santa misa; haciéndose así, por un exceso de amor, en cierto modo esclavo con los esclavos, para hacer reconocer la verdad de su palabra, por la que El prometió estar con cada uno de los fieles en la tribulación, Cum ipso sum in tribulatione, etc.»

Entre el gran número de cautivos, siempre se encuentran algunos sacerdotes o religiosos, y los misioneros que intervienen ante sus amos, para obtener de ellos que no les pongan a trabajar ni los encadenen, pagando alguna cantidad de dinero cada mes. Y en calidad de Vicarios Generales de Cartago los nombran capellanes de todos los baños; vigilan los abusos, los corrigen, los cambian y los destituyen, cuando lo juzgan conveniente. Y éste es uno de los grandes bienes que el Sr. Vicente ha conseguido en estos lugares; porque, antes de que ese buen ordenamiento fuera establecido, vivían en extraña confusión. Todos los pobres cautivos contribuyen según sus posibilidades, unos más otros menos, a los gastos necesarios para las luces y para el ornato de las capillas. Y lo hacen todos por propia voluntad y pura devoción, porque no se le obliga a nadie, e incluso la mayor parte están totalmente desprovistos de todo y no poseen nada para dar, y por toda subsistencia sólo disponen de un poco de pan negro que se les da cada día.

Además de las capillas de los baños, hay otras en la casas de los cónsules, que vienen a ser como las parroquias de los mercaderes cristianos, tanto de los que van a comerciar en las ciudades, como de los que residen en ellas. Son sostenidas, adornadas y servidas por el cónsul y por los misioneros. La de Argel tiene por título a san Cipriano de Cartago, y la de Túnez a san Luis, Rey de Francia, cuya muerte ha santificado en cierto modo la tierra de esta ciudad infiel. Se celebran todos los años sus fiestas con toda la solemnidad posible, así como todas las otras fiestas principales del año, con una edificación singular de todos los cristianos que se encuentran en aquel país.

Pero quién podría decir cuál era el consuelo que recibía el Sr. Vicente, cuando leía en las cartas remitidas por sus sacerdotes, que vivían en Túnez y en Argel, que el servicio divino se realizaba con tanta solemnidad como en las parroquias de París; que la misa

mayor y los oficios divinos se solían celebrar los días de fiesta y los domingos; y que se habían hecho hasta bastantes fundaciones; que se habían establecido Cofradías; y esto en cada una de las iglesias y capillas tanto para procurar la libertad de las almas del purgatorio y la asistencia de los pobres cautivos en las enfermedades, como para honrar a algunos santos los días de sus fiestas; y, especialmente a la Santísima Madre de Dios, con las Cofradías del Rosario y del Escapulario, con predicación y procesión los días señalados; que en las iglesias de los misioneros había tabernáculos en donde se guardaba el Santísimo Sacramento día y noche, con las lámparas siempre encendidas; que cuando lo llevaban a los enfermos en los baños, era acompañado de hachones y velas, y las otras señales externas de respeto que se deben prestar a un sacramento tan grande; y que todos los años el día del Corpus Christi, y durante toda la octava, el Santísimo Sacramento estaba expuesto, y hasta era llevado en procesión en las capillas e iglesias, con asistentes que portaban cada uno su vela en la mano

Es común sentir de los santos, que nuestras miserias levantan un trono a la misericordia de Dios, y se puede decir también con verdad, que las miserias de los pobres cautivos levantan no sólo un trono, sino también un trofeo a la Caridad y a la Santidad del Hijo de Dios en aquellas Tierras Bárbaras, y que tendrían alguna razón para decir con el salmista: Triunfa, Señor, en medio de tus enemigos. Ciertamente no sería adorado en aquellas ciudades infieles, como lo es ahora, si la Providencia no hubiera permitido que hubiese cristianos esclavos, y si la opresión que sufren, no hubiese atraído a los Sacerdotes de la Congregación de la Misión.

El Sr. Guérin añadía también en una carta dirigida al Sr. Vicente otra cosa digna de mención:

«Se sentiría usted —le dice— *entusiasmado al escuchar, los domingos y días de fiesta, cantar en nuestras iglesias y capillas el Exaudiaty las demás oraciones por el Rey de Francia, por el que los mismos extranjeros demuestran respeto y afecto; así como también al ver con qué devoción estos pobres cautivos ofrecen sus oraciones por todos sus bienhechores, que en su mayoría reconocen que están en Francia o provienen de Francia, y no es pequeño motivo de consuelo ver aquí casi toda clase de nacionalidades en medio de hierros y de cadenas rezando a Dios por los franceses».*

Pero además de todos los actos caritativos que los misioneros prestan en aquel país a los esclavos cristianos con sus predicaciones, enseñanzas, administración de sacramentos, celebraciones de los divinos oficios, y otras ocasiones diarias hay uno que no es el menos importante para su salvación, y en el que están frecuentísimamente ocupados: es el de consolarlos en sus sufrimientos y suavizar, en lo que pueden, el odio que sienten por la falta de humanidad con que los tratan aquellos bárbaros, que los ponen a veces a dos dedos de la desesperación. Así, en otro tiempo hubo varios que, al no ver el final ni el aligeramiento de sus penas, prefirieron buscarse la muerte, que llevar una vida tan desgraciada. Ha habido quien se ha cortado la garganta con sus propias manos; otros que se han colgado y estrangulado; otros, que, al cortarse las venas, han entregado su

alma con su sangre; otros que enfurecidos, han querido matar a sus amos, y éstos, en consecuencia, los han hecho quemar; y otros, finalmente, que han renegado de la fe de Jesucristo, y se han puesto en un estado de condenación eterna por liberarse de las penas temporales. Pues bien, ésa es una de las ocupaciones más ordinarias de los Sacerdotes de la Misión que están en Berbería: consolar a los pobres afligidos de todas las formas que pueden, animarlos a hacer buen uso de sus sufrimientos y también procurarles todo el alivio posible, visitarlos y servirlos en sus enfermedades, que son bastante frecuentes, y cuidar especialmente de que los que se creen más abandonados sientan los mayores efectos de su caridad.

§. VIII Continuación del mismo asunto

La gran caridad con que los misioneros se ocupan en prestar toda clase de ayudas y de servicios a los pobres cautivos, ha parecido como muy nueva a los turcos, y los ha colocado en cierta apreciación y veneración entre algunos de aquéllos infieles. ¡Tanta fuerza tiene la virtud para hacerse admirar y amar por sus grandes enemigos! Gracias a eso, los misioneros disponen de mucha libertad para trasladarse a las casas donde viven los pobres esclavos, y hasta a los sitios más retirados donde trabajan para consolarlos y ayudarlos. Pero, como al principio se topaban con muchas dificultades, uno de aquellos buenos Sacerdotes de la Misión se sirvió de un recurso que le sugirió la caridad: cuando había enfermos esclavos en sitios de difícil acceso, mandaba por delante a un boticario cristiano para visitar los enfermos, y el boticario le daba a entender al amo que no podía dar remedios a sus esclavos sin que el médico lo hubiera visitado antes; y que, para eso, le traería uno. Y gracias a ese medio, el buen sacerdote en calidad de médico disponía de libre acceso a los sitios en que estaban los pobres enfermos, les hablaba, les confesaba y les administraba los sacramentos, a veces estando presentes sus amos, sin que, a pesar de todo, se pudieran dar cuenta, diciéndoles que se trataba de remedios, lo cual era muy cierto

La manera de la que se sirven para llevar el Santísimo Sacramento a los pobres enfermos es ésta: ponen la Sagrada Hostia en una cajita de plata dorada; la meten en una bolsa de seda; la cuelgan del cuello, y luego de colocarse una estolita sobre la sotana, cubren y tapan todo con su casaca, de forma que no aparece nada al exterior. Un cristiano va por delante, llevando bajo la capa o bajo el capote una vela encendida dentro de una linternita, agua bendita en un frasquito, una sobrepelliz doblada, un ritual, una bolsa en la que hay un pequeño corporal y un purificador. No saludan a nadie por la calle por donde pasan, y ésa es la señal por la que los cristianos conocen lo que lleva, para que los sigan, si tienen devoción y libertad. Ciertamente en la ciudad de Argel no ha parecido oportuno que los esclavos acompañen al Santísimo Sacramento para evitar los inconvenientes que podrían surgir. Sólo un sacerdote en un baño de Argel ha llegado a dar la comunión de una vez hasta a setenta enfermos, habiéndolos confesado antes. Y se ha hecho lo mismo en otras ocasiones.

Hay además otra atención que los misioneros ofrecen a los pobres esclavos; es la

de mantener entre ellos la paz y la unión, verdadera señal y característica propia de los cristianos. Pero en eso hemos de reconocer para nuestra confusión, que los turcos parece que nos dan ejemplo y lecciones. He aquí lo que el Sr. Guérin escribió un día al Sr. Vicente:

«No puedo menos de comunicarle lo que me dijo un turco uno de estos días pasados, para confusión de los malos cristianos. Me estaba esforzando en reconciliar a dos cristianos que estaban reñidos. Y al ver mis esfuerzos por conseguirlo, me dijo delante de ellos en su lengua: «Padre, entre nosotros los turcos no está permitido pasar tres días enfadados con el prójimo, aunque hubiera matado a uno de nuestros parientes más próximos». En efecto, muchas veces he observado esta práctica entro ellos, y he visto cómo se abrazaban inmediatamente después de haber estado golpeándose. No sé si el interior responderá al exterior, pero no cabe duda de que esos infieles condenarán en el día del juicio a los cristianos que no quieren reconciliarse interior ni exteriormente y, conservando su odio en el corazón contra su prójimo, lo siguen demostrando por fuera con gran escándalo de los demás, y hasta alardean de las venganzas que se han tomado o desean tomarse de sus enemigos. Sin embargo, esta gente, que consideramos bárbara, tienen vergüenza de conservar en el corazón su odio y de no querer reconciliarse con los que les han hecho algún mal».

Además de todo lo que hemos dicho, ocurren a veces ocasiones extraordinarias, en las que parece que Dios quiere derramar más abundantemente sus misericordias y sus gracias sobre los pobres cristianos cautivos, como en tiempo de algún jubileo, o cuando se instauran las Cuarenta Horas; porque entonces los Sacerdotes de la Misión no escatiman nada para prestar todos los servicios conveniente para los cautivos. Pasan a veces noches enteras en los baños para poder confesarlos, por no disponer de otro tiempo, porque sus amos no quieren que se les aparte de su trabajo durante el día. Y ha sucedido que uno de los sacerdotes, alguna vez, ha pasado seis o siete noches seguidas sin dormir; eso es lo que el cónsul escribió al Sr. Vicente, con el fin de que le mandase a dicho sacerdote moderar sus vigilias nocturnas por miedo a que llegara a sucumbir. Es también en esas buenas circunstancias cuando los Sacerdotes de la Misión llevan a los esclavos a hacer confesiones generales, que la mayor parte de ellos hacen con grandes muestras de penitencia. Es también en ese tiempo de gracia, cuando a menudo han visto a los pecadores más endurecidos abrir los ojos para reconocer su desgraciada situación y convertirse del todo a Dios, después de haber pasado diez, veinte y, a veces, treinta años y aún más sin confesarse. Es también en ese tiempo de misericordia y de perdón, cuando algunos renegados franceses, italianos y españoles, han concebido la voluntad de renunciar a su apostasía y de volver a la Iglesia, y cuando efectivamente han tratado, para eso, de escaparse, y cuando varios han conseguido llegar a su tierra, aunque no sin gran peligro de su vida.

Finalmente, después de Dios, ha sido gracias a las enseñanzas y exhortaciones de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, por lo que algunos de los esclavos cristianos, después de las confesiones generales, han llevado no sólo una vida verdaderamente cristiana, sino también han practicado las más excelentes virtudes y han

guardado una fidelidad inviolable a Jesucristo, entre las rigurosas persecuciones a las que los han sometido, sufriendo con maravillosa constancia los más crueles tormentos, y hasta la muerte, antes que consentir en ofender a Dios por algún pecado. Ahí van dos ejemplos dignos de mención. Uno de ellos se lo refirió al Sr. Vicente el Sr. Guérin, el mes de agosto de 1646, con estos términos:

«Creo que es mi deber comunicarle que el día de santa Ana ha sido sacrificado un segundo José en esta ciudad de Túnez por conservar su castidad, después de haber resistido duramente más de un año las violentas solicitaciones de su impúdica dueña, y de haber recibido más de quinientos palos por las calumnias que contra él levantó esa loba. Por fin, ha alcanzado la victoria, muriendo gloriosamente por no haber querido ofender a su Dios. Estuvo tres días atado con una gruesa cadena; fui a visitarle para consolarlo y exhortarlo a sufrir los tormentos del mundo antes que faltar a la fidelidad que debía a Dios. Se confesó y comulgó, y luego me dijo: «padre, que me hagan sufrir todo lo que quieran; quiero morir como cristia no». Y cuando vinieron a cogerlo para llevarlo al suplicio, se confesó de nuevo, y quiso Dios, para su consuelo, que nos permitieran asistir a su muerte, cosa que nunca nos habían concedido aquellos inhumanos. La última palabra que dijo, levantando los ojos al cielo, fue esta: «Dios mío, muero inocente». Murió con mucho ánimo, sin dar jamás señal de impaciencia en medio de los crueles tormentos que le hacían sufrir. Luego le hicimos unas exequias muy solemnes. Su malvada e impúdica dueña pronto recibió el castigo de su perfidia, pues el volver al amo a casa, la mandó estrangular en seguida para descargar su cólera. Aquel santo joven era portugués, de veintidós años de edad. Invocó su protección, y como él nos quería en la tierra, espero que nos seguirá queriendo desde el cielo».

Otro ejemplo sucedió en la ciudad de Argel. Un joven esclavo había sido solicitado y casi violentado por su desdichado amo, para que fuera donde él a cometer un pecado abominable. El se resistió valerosamente. Pero, como, al defenderse de sus violencias, lo hirió en la cara, aquel malvado movido por la rabia y el furor, fue a quejarse falsamente al juez, que su esclavo lo había querido matar. Así que en lugar de ser él quien merecía ser quemado por su brutalidad execrable, ordenaron que fuera quemado vivo el valeroso cristiano, que soportó con constancia el cruel martirio.

§. IX Ayudas prestadas a los pobres esclavos de Bizerta y de otros lugares

Los Sacerdotes de la Congregación de la Misión habían sido enviados por el Sr. Vicente, su Superior General, a servir y a atender a todos los esclavos que estaban presos en Berbería; pero no se limitaron sus obras de caridad a las ciudades de Argel, Túnez, aunque ellas solas hubieran podido proporcionar materia muy abundante; sino que la extendieron a todos los sitios donde pudieran descubrir que los pobres cautivo gemían bajo los hierros, y necesitaban de su ayuda. Eso es lo que obligó al Sr. Juan Le Vacher, que habitualmente residía en la cuidad de Túnez, a desplazarse frecuentemente hasta la cuidad de Bizerta, que es un puerto de mar distante de Túnez unas diez o doce leguas, y donde hay cinco baños de esclavos, con el fin de darles algún consuelo, y prestarles algún

servicio útil para su salvación. He aquí en qué términos le escribió al Sr. Vicente:

«La esclavitud es tan rica en desventuras que el final de unas es el comienzo de otras. Entre los esclavos de este lugar, además de los que están en los baños, me he encontrado con cuarenta encerrados en un establo tan pequeño y tan estrecho que apenas podían moverse. No recibían el aire más que por un tragaluz, cerrado con una reja de hierro, que estaba en la parte superior de una bóveda. Todos estaban encadenados de dos en dos, y perpetuamente encerrados, aunque tenían que trabajar en moler trigo en un pequeño molino de brazos, con la obligación de moler cada día una cantidad determinada que superaba a sus fuerzas. Lo cierto es que esa gente está verdaderamente alimentada con el pan del dolor, y pueden muy bien decir que ellos comen con el sudor de sus cuerpos en ese lugar sofocante y con un trabajo tan abrumador».

«Poco tiempo después de haber entrado allí para visitarles, mientras los estaba abrazando en tan lastimoso estado, oí gritos confusos de mujeres y de niños, mezclados con gemidos y llantos. Levanté los ojos hacia el tragaluz, y vi que se trataba de cinco pobres jóvenes cristianas esclavas, de las que tres tenían cada una un niño; todas ellas estaban en extrema necesidad. Pues bien, como habían oído el ruido de nuestros saludos, habían corrido hacia el tragaluz para saber lo que pasaba, y cuando supieron que yo era sacerdote, el dolor tan grande que les agobiaba el corazón, les hacía prorrumpir en gritos y derramar lágrimas para pedirme un poquito del consuelo que estaba intentando darles a los hombres, que yo había ido a visitar en la cárcel».

«Le confieso que en aquellos momentos me vi casi abatido de dolor, viendo por un lado a los pobres esclavos que apenas podían sostenerse por el peso de las cadenas, y, por otro, al escuchar los lamentos de las pobres mujeres y los gritos de los pequeños inocentes. La más joven de ellas se ve perseguida por su amo, que quiere hacerla renegar de la fe de Jesucristo para casarse con ella.

«¡Ay! ¡Cuánto mejor empleada estaría una parte de los millones que los cristianos utilizan en vanidades superfluas y en lujos, si se utilizaran para ayudar a estas pobres almas en medio de tantas amarguras como las agobian! Ayudado de la gracia de Dios, he procurado socorrer a los hombres y a las mujeres con lo que he podido. Pero estamos en un país donde hemos de comprar con dinero contante y sonante la posibilidad de hacer el bien a estos desgraciados, pues, para obtener permiso para hablar con ellos, hemos tenido que dar dinero a sus amos, así como también para que les quitaran las cadenas a los esclavos de algunas galeras que estaban ya listas para viajar, y hacérmelos llevar a los baños, no ya a todos juntos en grupos, sino a uno después de otro, para poder confesarlos, decirles la santa misa y darles la comunión. Finalmente, lo hemos hecho así, con mucho fruto y bendición por la misericordia de Dios».

Y en otra carta escrita por el mismo:

«Ayer salieron dos galeras —dice— armadas en corso, en donde iban más de quinientos esclavos cristianos que, gracias a Dios, se habían puesto todos en buen estado.

¡Oh! ¡Qué dolorosa fue para ellos esa jornada y cuántos palos descargaron sobre sus pobres cuerpos los infames renegados que son sus cómitres! Sé muy bien que los forzados de las galeras de Francia no reciben mejor trato; pero la diferencia está en que esos forzados de Francia están condenados por sus crímenes. Mientras que los cautivos de Berbería solamente tienen que penar y sufrir por ser buenos cristianos y fieles a Dios. El día en que aquella pobre gente comulgó para ser a continuación conducidas de nuevo a las galeras, les di un pequeño banquete, mandándoles repartir dos bueyes y quinientos y pico panes; además mandé que entregaran a cada galera un quintal de galleta blanca, para que se lo repartieran a los que cayeran enfermos durante el viaje».

«De allí me fui luego a visitar a los cautivos de SidiRegeppe. Los encontré libres de cadenas; en eso reconocí que el amo me había mantenido la palabra, ya que la última vez que fui a verlo me prometió que les quitaría aquellos hierros insoportables. Entre ellos me encontré a seis muchachos de dieciséis años, que en cuatro o cinco años que llevaban de esclavos no habían podido obtener nunca permiso para salir de casa, y por consiguiente, no habían podido confesarse ni comulgar en todo ese tiempo, como lo habían hecho los demás. Los preparé para ambas cosas, y después de haberles escuchado en confesión, les dije que preparasen sus pobres establos lo más decentemente que pudieran, pues iría al día siguiente por la mañana a llevarles el Santísimo Sacramento de la misma manera que se les lleva a los enfermos. En efecto, después de haber celebrado la santa misa en el baño de la Anunciada, fui a ver a aquellos pobres cautivo con el divino Depósito, seguido de todos los cristianos con que me encontraba por las calles de Bizerta. ¡Dios mío! ¡Con qué devoción y ternura recibieron esta santa visita aquellos pobres muchachos! Las lágrimas que el gozo y la alegría sacaba de sus ojos obligó también a llorar a todos los asistentes, no tanto por sus miserias como por el sentimiento que tenían de su felicidad. También confesé y di de comulgar a un séptimo, que había caído enfermo la noche anterior. A continuación le di la extremaunción, y murió poco después. El resto del tiempo lo dediqué al servicio y a la asistencia de los enfermos de los baños».

Es así como el Rey de la Gloria, Jesucristo, no sólo por sus ministros, sino también por sí mismo con una caridad inexplicable, se digna visitar, consolar y vivificar las almas, rescatadas por su sangre, hasta en los calabozos, donde yacen en las sombras de la muerte. Y no es pequeño favor para su fiel siervo, Vicente de Paúl, el que haya querido servirse particularmente de él, como de un instrumento de misericordia y de gracia, para procurar un bien tan grande a todos aquellos pobres cautivos, que le deben considerar como al que, después de Dios, le son deudores por todos los consuelos, asistencias y medios de salvación, que les han proporcionado los misioneros de su Congregación

El Sr. Guérin, sacerdote de la misión, que trabaja por aquellas tierras, dando cuenta al Sr. Vicente acerca de un viaje que había hecho en la misma ciudad de Bizerta, en una carta que le escribió el año 1647:

«El día de Pascua —le decía— me comunicaron que había llegado a Bizerta una galera de Argel, y salí inmediatamente a visitar a los pobres cristianos que estaban

encadenados. Me encontré con unos trescientos, y el capitán me dejó tener con ellos una corta misión de diez días. Había tomado conmigo a un sacerdote, que me ha ayudado a catequizar y a confesar aquellas pobres gentes. Cumplieron todos con su obligación, salvo algunos griegos cismáticos. ¡Dios mío! ¡Qué consuelo ver la devoción de aquellos pobres cautivos, de los que la mayoría no habían podido confesarse durante mucho tiempo! Había algunos que no se habían acercado a este sacramento desde hacía ocho o diez años, y otros hasta veinte. Todos los días hacía que les quintasen las cadenas y los sacasen de la galera para venir a tierra a recibir la sagrada comunión en una casa particular, en donde celebraba la santa misa. Después de acabar la misión, les obsequié y les di unos cincuenta y tres escudos de víveres».

«Yo estaba alojado en casa de un turco, que me alimentó todo el tiempo que duró la misión, pero no me quiso cobrar nada, diciendo que había que ser caritativos con los que practicaban la caridad con los demás, lo cual es una acción muy digna de apreciar en la persona de un infiel. Y todavía le extrañará más a usted saber que casi todos los turcos de aquel lugar se vieron tan impresionados y edificados de la misión, que varios de ellos vinieron a besarme el rostro y las manos. Estoy seguro de que su querido corazón se habrá pasmado de gozo al saber esto. Mas si el fruto de aquella corta misión de Bizerta me fue tan sabroso, el camino para llegar a él me resultó muy duro y espinoso, pues, como no quisiese tomar genízaros para que me escoltaran, me encontré con unos árabes que me molieron a golpes. Uno de ellos me cogió por la garganta, y me apretó tan fuerte que temí me fuera a estrangular, y ya me tenía por muerto, pero como, no soy más que un desgraciado pecador, nuestro Señor no me juzgó digno de morir en su servicio».

Además de los cautivos que hay en las ciudades de Argel, de Túnez y de Bizerta, hay varios en el campo trabajando. Entre éstos hay algunos que van de vez en cuando a las ciudades, y allí se confiesan y comulgan. Pero otros no bajan nunca, o rarísima vez; a éstos los sacerdotes de la misión los van a buscar cuando pueden a aquellos lugares casi desérticos y salvajes, donde se les emplea en trabajos muy penosos. Particularmente los misioneros de Túnez han ido varias veces a recorrer las «macerias» del campo (así es como llaman a los cortijos y casas de campo). En ellas hay esclavos, como en la Pedrera del pan caliente, en Alcántara, la Courombaille, Gaudiene o los siete arroyos, la Tabourne, la Morlochia, Hanfia, la Mamedia, etc., y las que están lejos de Túnez munas a tres, otras a seis, diez y doce leguas, algunas de ellas, en tres montes muy altos y estériles, más habitados por leones que por hombres.

En el primer viaje que hizo el Sr. Juan Le Vacher a aquellas tierras, se encontró con muchos esclavos cristianos que no se habían confesado desde hacía doce, quince y dieciocho años. Algunos de ellos casi habían perdido toda idea del cristianismo, porque en tan largo tiempo no había npracticado ni visto ningún acto de nuestra religión. Veamos lo que escribió al Sr. Vicente:

«Gracias a un poco de dinero que les he entregado a los amos o a los guardianes de estos pobres cautivos, los he podido reunir en cada uno de los sitios, y los he instruido,

consolado, confesado y confirmado en la fe, les he celebrado la santa misa, en la que han comulgado todos. Uno y otros nos hemos llenado de consuelo, que Dios ha querido conceder a estos pobres cautivos en medio de las miserias de su cautiverio, tan molestas y tan pesadas, que es imposible que se las imaginen las personas libres. De este modo, los gozos y consuelos que han saboreado en medio de sus penas no pueden ser más que frutos de la gracia de Dios. Los he abrazado a todos, para aliviarlos un poco de sus fatigas, les he obsequiado todo lo que permitía nuestra pobreza, y, además, les he dado a los más pobres un cuarto de piastra a cada uno».

¡Qué alegría para el corazón tan paternal del Sr. Vicente, cuando se enteró de estas noticias, al ver que sus hijos espirituales, animados del espíritu del Buen Pastor, iban a aquellos sitios apartados y salvajes a buscar las pobres ovejas descarriadas, y devolverlas en cierto modo en sus brazos y en sus hombros, a Jesucristo, su verdadero Pastor! Pero ¡qué consuelo no sentiría, cuando supo que sus misioneros habían librado a algunos de aquellos pobres cautivos de una lamentable caída en la apostasía, a la que les habría precipitado su desesperación, y que, habiendo acudido donde ellos y écholes ver con dulzura y caridad su falta, los pobres, movidos por un gran dolor de haber sido infieles a Dios, se habían echado a sus pies, con lágrimas en los ojos, y el sollozo en el corazón; y sometiéndose a sus buenos y saludables consejos, habían hecho penitencia proporcionada a la enormidad de sus pecados! No podemos decir cuál sería el consuelo y la alegría que sentía el buen padre de los misioneros al recibir aquellas noticias tan agradables; su corazón estaría con los mismos sentimientos que los ángeles, cuya alegría crece en el cielo, cuando ven a un pecador que hace penitencia de su pecado y que se convierte a Dios.

§. X Conversiones de herejes y renegados logradas por los sacerdotes de la congregación de la misión enviados por el Sr. Vicente a Berbería

Es un rasgo admirable de la sabiduría y de la bondad de Dios haberse servido de la cautividad de algunos herejes, que habían caído en manos de los turcos, para librarlos de la esclavitud en que los retenía el demonio por un apego voluntario a su error; haber usado de los hierros y los cepos de sus cuerpos para romper las cadenas que tenían cautivas a sus almas; y por la pérdida de la independencia de sus personas, se les había hecho recobrar la libertad de los hijos de Dios. Eso es lo que ocurrió varias veces en las misiones de Berbería, donde se encontraron con varios esclavos de las herejías de Calvino y de Lutero, quienes movidos por el sentimiento de la desgraciada condición a que se veían reducidos, e ilustrados por las enseñanzas de los misioneros, han acabado por reconocer finalmente, con ayuda de la gracia, la verdad, y después de abjurar de sus errores, han ingresado felizmente en el aprisco de Jesucristo. No se conoce el número de las conversiones de herejes realizados en las misiones de Berbería; pero seguro que su número es muy considerable, y se puede deducir por las cartas que le escribieron al Sr. Vicente, que sólo un Sacerdote de la Misión convirtió en aquellas tierras a dieciocho herejes; y hay motivos para creer que los demás no harían menos, y quizás más todavía.

Pero entre todas esas conversiones, la del joven inglés es digna de una mención especial. Se trata de un joven de once años, que fue capturado por los corsarios en las costas de Inglaterra, y que había sido llevado y vendido en Berbería. Y he aquí lo que el Sr. Guérin le escribió desde Túnez al Sr. Vicente el mes de junio de 1646:

«Dos ingleses —dice— *se han convertido a nuestra santa fe, dando un maravilloso ejemplo a los católicos. Hay un tercero, que no tiene más que once años, que es uno de los niños más guapos que puede verse y de los más fervorosos que pueden desearse, y además devoto de la Santísima Virgen, a la que invoca continuamente, para que le obtenga la gracia de morir antes que renegar u ofender a Jesucristo. Pues eso es lo que desea su amo, que no lo guarda más que para hacerle renegar de la fe cristiana, empleando toda clase de artimañas para ello. Si nos pudieran enviar doscientas piastras, lo apartaríamos de ese peligro, y habría motivos para esperar que algún día, con la gracia de Dios, sería un segundo Beda, ya que tiene tanto espíritu y tanta virtud, como raras veces se encuentran en un niño. Hizo profesión de fe católica el jueves de la semana santa de la última cuaresma, y comulgó aquel mismo día. Ahora sigue comulgando con frecuencia. Ha sido golpeado por dos veces con palos, para que reniegue de Jesucristo. La última vez le dijo a su amo, mientras lo golpeaba: Córtame el cuello, si quieres, pero soy cristiano y no seré nunca otra cosa. Me ha confesado varias veces que está dispuesto a dejarse moler a palos hasta morir, antes que renunciar a Jesucristo. Toda su vida es admirable en una edad tan joven y tan tierna. Puedo decir realmente que se trata de un pequeño templo en donde reposa el Espíritu Santo».*

Además de las conversiones de herejes, y también han convertido a renegados, a quienes los sacerdotes de la Misión, con ayuda de la gracia, han traído felizmente al aprisco de la Iglesia. Uno de esos sacerdotes le escribió al Sr. Vicente en estos términos:

«Tenemos es esta tierra una gran cosecha, que ha aumentado todavía más con ocasión de la peste, ya que, además de los turcos convertidos a nuestra religión que mantenemos ocultos, hay otros muchos que han abierto los ojos a la hora de la muerte para reconocer y abrazar la verdad de nuestra religión. Hemos tenido especialmente tres renegados, que, después de haber recibido los santos sacramentos, se han ido al cielo. Hace unos días, uno de ellos, habiendo recibido la absolución de su apostasía, estaba a la hora de la muerte rodeado de turcos que urgían a que profiriese algunas blasfemias, como acostumbraban hacer ellos en semejante ocasión, pero no quiso consentir en ello, sino que teniendo los ojos puestos en el cielo y un crucifijo en el pecho, murió con sentimiento de verdadera penitencia».

«Su mujer, que también había renegado como él de la fe cristina y que había sido religiosa profesa, recibió igualmente la absolución de su doble apostasía, después de haber demostrado que tenía todas las buenas disposiciones que cabía desear. Actualmente permanece retirada en su casa, sin salir de ella. Le hemos mandado hacer dos horas de oración mental cada día y algunas penitencias corporales, además de las que ordena su regla; pero hace muchas más por su propia iniciativa, ya que está arrepentida de sus

faltas, que estaría dispuesta a ir al martirio para expiarlas, si no tuviera que cuidar de dos niños que hemos bautizado y que ella se encarga de educarlos en la piedad, como tiene que hacerlo una madre verdaderamente cristiana».

«También ha muerto otro renegado cerca del sitio en donde vivimos, y ha terminado su vida con los sentimientos de un verdadero penitente. Estoy esperando dentro de unos días a algunos turcos para bautizarlos. Están muy bien instruidos y son muy fervorosos en nuestra religión, pues venían a verme muchas noches en secreto. Uno de ellos es de una familia bastante distinguida de este país».

En cuanto a los turcos y renegados, que se convierten a nuestra santa religión, los sacerdotes de la Misión actuaban con grandísima prudencia y circunspección por miedo a que, fueran descubiertos entre los infieles. Por este motivo sólo hablan muy discretamente sobre ellos en las cartas que escriben a Francia, y a menudo entre líneas, por temor a que, si las cartas fueran interceptadas, se conociera lo que Dios hace por su ministerio para la salvación de los pobres descarriados

En ese sentido hablaba uno de aquellos sacerdotes, cuando, escribiendo al Sr. Vicente y deseando que se enterara de la conversión de dos renegados, le decía:

«Nuestro Señor nos ha concedido la gracia de volver a encontrar dos de nuestras piedras preciosas que se habían perdido: son de gran valor, y sus reflejos son verdaderamente celestes. Me he alegrado muchísimo por ello».

§. XI Notable ejemplo de constancia de dos jóvenes esclavos uno francés y el otro inglés

He aquí una historia un poco trágica, pero que será de mucha edificación, y por ella podrán conocer mejor los grandes frutos que los sacerdotes de la Congregación de la Misión animados del espíritu y del celo del Sr. Vicente produjeron en esas tierras infieles. La conocemos por una carta escrita por el Sr. Le Vacher el año 1648, cuyo resumen presentamos:

Había en la ciudad de Túnez dos muchachos de unos quince años, más o menos, uno francés y el otro inglés. Ambos capturados en tierra por los corsarios de Berbería, y vendidos inmediatamente como esclavos a dos amos diferentes, y que vivían en dicha ciudad, bastante cerca uno del otro. La comodidad, la vecindad, la igualdad de la edad, lo parecido de la fortuna y de su condición, hicieron que se trabara entre ellos una estrecha amistad, de manera que se querían como hermanos.

El inglés, que era luterano, fue ganado para Dios por al francés, que era católico, y una vez instruido por el Sr. Le Vacher, abjuró de su herejía y abrazó con toda el alma la religión católica. Fue de tal modo confirmado en ella por las conversiones de su compañero, que, cuando vinieron unos mercaderes ingleses herejes a Túnez a rescatar cautivos de su tierra y de su religión, y quisieron contarle a él entre los rescatados, les

declaró en alta voz que era católico, por la gracia de Dios, y que prefería seguir toda su vida de esclavo, profesando la religión católica, que renunciar a la felicidad de su profesión por recobrar la libertad. Y de ese modo rechazó animosamente el favor que le ofrecían, tan ardientemente deseado y buscado por todos los que se encuentran en la esclavitud entre aquellos bárbaros; prefirió ser atormentado y maltratado por permanecer fiel a Jesucristo, que gozar todas las dulzuras de la vida, exponiéndose al peligro de faltar a dicha fidelidad. He ahí un efecto admirable de la gracia de Jesucristo en esos dos muchachos, quienes, por haber recibido en un corazón bien dispuesto la semilla de la palabra de Dios que el buen sacerdote de la Misión había esparcido una y otra vez, cuando tenía ocasión de hablarles, produjeron frutos que difícilmente podrían hallarse en otros, que han pasado su vida en la práctica de las virtudes.

Estando así los dos en la esclavitud, continuaban viéndose con frecuencia, y sus conversaciones más ordinarias servían para alentar uno al otro a conservar siempre inviolable en sus corazones la fe de Jesucristo, y a profesarla exteriormente con constancia, sin miedo a ningún tormento que pudieran aplicarles para obligarlos a renunciar a ella. Y parecía que Dios los preparaba de aquel modo, para prevenirlos y robustecerlos contra los asaltos que debían sufrir por su valor. Porque sus amos, impulsados por el espíritu maligno, redoblaban los malos tratos que les hacían para forzarlos a renegar de Jesucristo. Llegaron a tal extremo de crueldad, que varias veces, después de haberlos molido a golpes, los dejaban como muertos tumbados en tierra. El francés, estando cierto día en aquel estado, fue visitado por su amigo, porque, como vivían cerca uno del otro, se escondían a menudo para hablar, consolarse, y animarse mutuamente, contándose lo que habían sufrido por Jesucristo. El joven inglés halló a su amigo tumbado en tierra; lo llamó por su nombre para saber si estaba vivo o muerto, y el otro le dijo como respuesta: «Soy cristiano de por vida». Esas fueron las primeras palabras que pronunció en cuanto le volvieron las fuerzas. Y entonces el buen inglés se puso a besarle los pies lastimados y sangrantes del querido compañero, y cuando estaban en eso, llegaron los turcos, y maravillados le preguntaron por qué hacía aquello. Les respondió con entereza: «Honro los miembros que acaban de sufrir por Jesucristo, mi Salvador y mi Dios». Irritados los infieles lo arrojaron y expulsaron llenándolo de injurias, cosa que le produjo al francés una no pequeña contrariedad, pues había quedado muy consolado con la presencia de su amigo. Y unos días más tarde el francés, curado ya de sus heridas, entró en cierta ocasión en la casa del amo del joven inglés para visitarlo como solía: lo encontró en el mismo estado en que había yacido el, tumbado cuan largo era sobre una estera de juncos, medio muerto por los golpes recibidos, y aunque lo vio rodeado de turcos y hasta de su amo, que acababa de descargar sobre él su rabia, vivamente conmovido por tan triste espectáculo, y robustecido por una gracia especial, entró valerosamente en la habitación, y acercándose a su querido amigo, le preguntó ante los fieles a quién quería más: a Jesucristo o a Mahoma. Y el pobre muchacho inglés, abrumado por el dolor, respondió en alto que prefería a Jesucristo; que él era cristiano; y que quería morir cristiano. Los turcos que lo oyeron, se enfurecieron contra el francés, y uno de ellos que llevaba un cuchillo a cada lado, le amenazó con cortarle las orejas. Y como se adelantara a realizar tal acción, el pequeño campeón de Jesucristo no le dio tiempo, porque en cuanto

le vio que se le acercaba, se lanzó sobre los cuchillos, cogió uno, y al punto se cortó a sí mismo una oreja para demostrar a aquellos bárbaros que no tenía miedo a sus amenazas, y con la oreja llena de sangre, en la mano, tuvo la audacia de preguntarles si querían también la otra. Y ciertamente la hubiera cortado para testimoniar el aprecio en que tenía a su religión y la resolución de sufrir la muerte antes que renunciar a ella, si no le hubieran quitado el cuchillo de las manos.

El valor de los dos jóvenes cristianos causó tal admiración a los infieles, que perdieron la esperanza de poder hacerles abandonar la fe de Jesucristo. Por eso ya no les hablaron más de ello. Y Dios, después de haber probado así su fidelidad y su constancia, los llevó para sí el año siguiente por medio de una enfermedad contagiosa, que acabó por purificar sus almas, y hacerlas dignas de la corona que les había preparado en el cielo.

§. XII Otras obras caritativas practicadas por los sacerdotes de la Congregación de la misión enviados a Berbería por el Sr. Vicente para atender a los pobres cautivos cristianos

Le resultaría molesto al lector, si le contáramos detalladamente todas las obras de caridad que los Sacerdotes de la Misión, animados por el espíritu de su Padre y por susórdenes, han practicado en Berbería con los pobres esclavos cristianos, con el fin de ofrecerles todos los bienes que podían a los cuerpos y a las almas de ellos. Solamente señalaremos en este último párrafo algunas que no han sido tratadas en los anteriores párrafos

Una de las más notables ha sido que los misioneros de Berbería, gracias a sus desvelos, solicitudes e intervenciones, han conseguido impedir que varios cristianos, a quienes querían hacer esclavos, no los hayan hecho, y que otros, que ya lo eran, contra la costumbre de aquellas tierras infieles (en las que en medio de todas las violencias y crueldades se observan ciertas formalidades en la justicia) hayan quedado libres. Veamos lo que el Sr. Vicente le escribió sobre ese tema al Sr. Juan Le Vacher a Túnez, el mes de mayo de 1653, en respuesta a las cartas que le había escrito por su parte:

«Le doy las gracias a nuestro Señor —dice— *de que, por intervención de ustedes, no hayan sido hechos esclavos varios de los franceses apresados en el mar y llevados a Túnez, mientras que otros que ya habían sido vendidos como esclavos, se han visto puestos en libertad. Es un gran servicio el que le han hecho a Dios en esas personas. ¡Quiera su Divina Bondad darles la gracia de proceder con fortaleza y eficacia ante aquellos que tienen poder y autoridad para ello».*

Ciertamente a veces la violencia y la injusticia sobrepasaban todos los esfuerzos de su caridad, lo cual les tocaba vivamente el corazón, principalmente cuando no podían ni con dinero ni con otra manera liberar de las manos de aquellos bárbaros a las pobres criaturas que veían en gran peligro.

«Trajeron últimamente a esta ciudad de Túnez —dice el Sr. Le Vacher en una carta

que escribió al Sr. Vicente— *a una joven de Valencia, de edad de veinticinco años, a la que los corsarios turcos habían raptado cerca de su ciudad, y que era muy hermosa. La vendieron en la plaza pública. Mandé ofrecer para rescatarla hasta 300 escudos, que me prestaron los mercaderes, pero un moro despreciable, ofreciendo más todavía, se la llevó, porque me faltaba dinero. Tenía ya dos mujeres, y ésta sería la tercera. La pobre criatura ha estado llorando durante tres días, y sólo la han hecho perder la fe, cuando le arrebataron la honra. Hay incluso unas religiosas que los corsarios han capturado de su convento, que estaba junto al mar, y que han corrido el mismo peligro. ¡Ay! ¡Si algunas personas caritativas dieran algo para semejantes ocasiones! Seguramente Dios las recompensaría abundantemente».*

Hay todavía una obra de caridad que no es bastante apreciada; el celo, que ardía en el corazón del Sr. Vicente y de los sacerdotes de su Congregación, ha logrado que un número de pobres cristianos esclavos no renegaran de su fe, especialmente cuando los han querido domeñar por medio de violencias, y que estaban a punto de sucumbir. Ahí van algunos ejemplos entre otros

El Sr. Guérin escribiendo desde Túnez al Sr. Vicente el año 1646, le dice:

«Hemos libertado a una de las pobres mujeres francesas que estaba en manos de un renegado francés. Todo los mercaderes han contribuido a ello con sus donativos; yo he puesto setenta escudos. Las otras dos mujeres están en una situación desgraciada. Intentaré salvar a la que está en mayor peligro. Hay algunas más jóvenes y hermosas, que también necesitan ser socorridas. Una de ellas se habría perdido ya, si no hubiera obtenido, después de mucho esfuerzo, que me concedieran un plazo de tres meses para liberarla, y si no, la hubiera puesto en un lugar donde su amo no pueda violentarla. No hace mucho tiempo que, para obligarle a una a renegar de Jesucristo, esa gente le dio más de quinientos palos; y no contentos con ello, al caer medio muerta por tierra, dos hombres se pusieron a darle puntapiés en los hombros hasta llegar a reventarle los pechos. Y así acabó gloriosamente su vida confesando a Jesucristo».

El mismo sacerdote en otra carta del mes de junio de 1647:

*«Con el dinero que usted me envió —*dice*— hemos conseguido rescatar a esa pobre mujer francesa, que durante tanto tiempo ha estado sufriendo la tiranía de su bárbaro amo. Es un verdadero milagro haberla sacado de las manos de aquel tigre, que no quería entregarla ni por oro ni por plata. Un día me avisó que fuera a visitarle; y cuando estuve en su casa, nos pusimos de acuerdo en trescientos escudos, que le entregué inmediatamente. El me dio su carta de libertad, y en seguida la puse en sitio seguro. Dos horas más tarde, aquel miserable se arrepintió y pensó que iba a reventar de rabia. Es realmente una obra de la mano de Dios».*

«También hemos rescatado a un muchacho de Sablesd'Olonne, que estaba a punto de renegar de su fe. Creo que le escribí cómo en dos o tres ocasiones logramos impedirlo. Cuesta ciento cincuenta escudos. Ya he entregado treinta y seis de mi cuenta; el resto lo

hemos mendigado donde hemos podido».

«También he recuperado a aquella joven siciliana que era esclava en Bizerta, y cuyo marido se había hecho turco. Durante tres años enteros ha estado padeciendo tormentos inenarrables, antes que imitar la apostasía de su marido. Ya le escribí durante las últimas fiestas de Navidad el lamentable estado en que la encontré, toda cubierta de llagas. Ha costado doscientos cincuenta escudos, que nos han dado de limosna, y yo he contribuido en parte».

«Tenemos aquí a un niño de Marsella —dice el mismo sacerdote en otra carta— *de trece años que, después de haber sido cogido y vendido por los corsarios, ha recibido más de mil palos por la fe de Jesucristo, de quien querían hacerle renegar a la fuerza. Con este mismo fin le machacaron el brazo, lo mismo que se hace con la carne para asarla en las brasas; luego, lo condenaron a recibir cuatrocientos palos, o sea, a morir o a hacerse turco, por lo que fui rápidamente a hablar con su dueño. Me puse tres o cuatro veces de rodillas ante él, con las manos juntas, para interceder por él. Me lo entregó por doscientas piastras, pero como no las tenía, pedí cien escudos prestados a interés, y un mercader me dio lo que faltaba».*

«Una barca francesa —dice el Sr. Juan Le Vacher en una de las cartas que le escribió al Sr. Vicente— *embarrancó en la costa de Túnez, y seis hombres que se salvaron del naufragio cayeron en manos de los moros, que los llevaron a Túnez y los vendieron como esclavos. Algún tiempo después, el Dey, queriendo hacerlos turcos, obligó a dos de ellos a fuerza de golpes a renegar de la Fe de Jesucristo; otros dos prefirieron morir en medio de tormentos antes de consentir en semejante infidelidad, y como quería hacer otro tanto con los dos que quedaban, la caridad nos obligó a sacarlos de aquel peligro. Concertamos su rescate en 600 piastras, y yo, respondí con 200. Ahora están en libertad. En cuanto a mí, es mejor sufrir en este mundo antes que dejar que renieguen de mi Divino Maestro, y daría gustoso mi sangre y mi vida, y hasta mil vidas que tuviera, antes que permitir que unos cristianos pierdan lo que nuestro Señor adquirió con su muerte».*

Sabemos por otras cartas del Sr. Felipe Le Vacher, su hermano, escritas desde Argel al Sr. Vicente, que, como viera un día a un niño de Marsella de ocho años, que había sido capturado por los corsarios en aquella ciudad, y que querían obligarlo a renegar de Jesucristo y a vestirse de turco, lo rescató y lo mandó a su tierra. Y en otra ocasión vio en gran peligro a tres muchachas, que eran hermanas, oriundas de Vence de Provenza. Los corsarios las habían capturado como esclavas en Argel. Una de ellas había caído en manos del gobernador, y la había vestido ya ricamente queriendo tomarla por esposa. El Sr. Le Vacher las rescató a las tres por mil escudos, por no disponer de otros medios para salvar sus almas. En otra ocasión rescató también a dos personas del mismo sexo, madre e hija, con un muchacho natural de Córcega, y los tres en gran peligro a causa de la joven a quien querían hacer renegar por la fuerza, para así casarse con ella.

Aunque aquellos buenos Sacerdotes de la Congregación de la Misión no pudieron

rescatar a todos y a todas los cautivos que veían en peligro de renegar de su fe, porque las limosnas y las posibilidades que le daban estaban totalmente agotadas, y a menudo se veían comprometidos por ese motivo más allá de lo que podían, no dejaban por eso de contribuir con sus consejos y con los sacramentos que administraban a los pobres esclavos en medio de las mayores persecuciones a que se les sometía, a robustecerlos y a alentarlos mucho, de modo que perseveraban valerosamente en la confesión de Jesucristo, a pesar de todas la violencias que se les inferían.

Gracias a esas ayudas espirituales es como, entre las mujeres cristianas que estaban esclavas en Túnez, el año 1649 hubo diez, que a pesar de estar maltratadas por causa de su fe y encerradas sin libertad alguna para salir de la casa de sus amos, a pesar de todo se escapaban a veces a oír la santa misa y a confesarse y comulgar, y se sentían tan fuertes con las gracias que entonces recibían, que no solamente aguantaban con paciencia todos los garrotazos y otros suplicios, a que se las sometían, sino, que, hasta en sus enfermedades, al no poder ser atendidas por un sacerdote, pues en su ausencia ponían a su disposición a un morabito para seducirlas y perderlas, con todo han preservado con constancia en la confesión de Jesucristo. Y lo que puede hacer conocer mejor con qué crueldad tratan a esos pobres esclavos para hacerlos apostatar, y qué virtud necesitan para no sucumbir, es que esos abominables mahometanos están falsamente persuadidos de que, cuando hacen renegar a un cristiano, tienen asegurado el paraíso por enormes que sean los pecados que hayan podido cometer.

Siendo las cosas tales como las hemos presentado, ¿no tenía el Sr. Vicente muchísima razón para animar a los suyos a usar la caridad para con los pobres cautivos, como solía decir con frecuencia? Y una vez, entre otras, hablándoles sobre esa cuestión:

«A esta obra —les decía— *se la ha considerado tan grande y tan santa, que ha promovido la fundación de algunas santas Ordenes en la Iglesia de Dios. Y esas Ordenes han sido tenidas en gran estima, precisamente por estar instituidas para los cautivos. Así son los religiosos de la Redención de Cautivos, que, de cuando en cuando, van a rescatar esclavos, y después los entregan a los suyos. Y entre lo votos que hacen figura el de dedicarse a rescatar esclavos cristianos. ¿No es eso, señores y hermanos míos, una cosa excelente y santa? Pero, me parece que todavía hacen más que eso: no solamente se marchan a Berbería para contribuir al rescate de los pobres cristianos, sino que además se quedan allí para dedicarse todo el tiempo a ese caritativo rescate, y para atender de forma continua corporal y espiritualmente a los pobres cautivos, para acudir corriendo a todas sus necesidades, en fin, para estar siempre dispuestos a tenderles la mano y a prestarles toda clase de ayudas y consuelos en sus mayores penas y miserias. ¡Señores y hermanos míos! Pero, ¿hay cosa más parecida a lo que nuestro Señor hizo, cuando bajó a instruirlos con sus palabras y con sus ejemplos? He ahí el ejemplo que todos los misioneros deben imitar; deben estar dispuesto para dejar su tierra, sus comodidades, su descanso por esa causa, igual que hacen nuestros buenos hermanos que están en Túnez y en Argel, entregados enteramente al servicio de Dios y del prójimo en aquellas tierra bárbaras e infieles».*

Para sostener todas esas santas y caritativas empresas, y ayudarles a los buenos misioneros, que estaban en Berbería, para que pudieran prestar todas esas asistencias y todos sus buenos oficios a los pobres esclavos cristianos, el Sr. Vicente se preocupaba de recoger y de enviarles de vez en cuando cantidades muy considerables, en las que metía muy a menudo su propia aportación, cuando lo que le daban no era suficiente. Las mandó en primer lugar varias veces para socorrer especialmente a los cristianos, a quienes veían en peligro de perder la fe, o rescatándolos del todo, o bien, dándoles algunas limosnas con que atender sus carencias, o animándolos en sus sufrimientos.

Envió otras cantidades para rescatar a los sacerdotes o religiosos franceses, que habían caído en la esclavitud.

Varias veces mandó el rescate entero de muchos esclavos, de modo que, hasta el momento de su muerte, se ha podido comprobar que los sacerdotes de su Congregación enviados por él a Berbería, han rescatado, parte por caridad, y parte por encargo, más de 1.200 cautivos que han enviado a sus tierras. Y que han empleado en los rescates, como en los gastos menores realizados en todas las demás obras de caridad, que han llevado a cabo en tierras infieles, cerca de un millón doscientas mil libras. Veamos lo que el Sr. Vicente escribió un día a este propósito a uno de sus sacerdotes, que le había remitido la cuenta de sus gastos menudos:

«He visto —le dice— *el apartado de sus gastos menores. ¡Dios mío! ¡Cuánto me he alegrado al leer su carta! Le aseguro que me ha causado tanta emoción como no la había sentido desde hace mucho a causa de la buena gestión que aparece en ella, y, sobre todo, de la caridad que usted practica para con tantísimos pobres esclavos, de todas las nacionalidades, de toda edad, que se ven afligidos por toda clase de miserias. Ciertamente, aún cuando su trabajo no le diera ocasión de hacer otro bien que ése, sería suficiente para valorarlo con un precio infinito, y para atraer sobre usted bendiciones inmensas. Quiera darle la Bondad de Dios medios para continuarlos», etc*

El Sr. Vicente también mandó alguna cantidad de dinero a la ciudad de Argel con el fin de establecer un pequeño hospital para lo pobres esclavos enfermos, que son abandonados en sus enfermedades por sus amos inhumanos. Y el hospital se ha fundado gracias a las caridades y a la liberalidad de la señora duquesa d`Aiguillon. Además de todo eso, el Sr. Vicente hizo por los pobres esclavos franceses otros gastos con un cuidado exquisito: recibir todas sus cartas, y entregarlas a sus parientes, e igualmente recibir las de sus parientes, y remitírselas a ellos. De forma que por ese medio aquellos pobres cautivos han podido mandar noticias suyas a sus padres, madres, hermanos, esposas e hijos, y han recibido a su vez noticias de ellos; pero también han experimentado consuelo y alivio en sus miserias, y varios han podido lograr por ese medio su libertad; y han servido mucho a los pobres cautivos, quienes, antes de esa caritativa actividad del Sr. Vicente y de lo suyos, no sabían cómo ni por dónde hacer llegar sus cartas, unos a Picardía, otros a Poitou, a Guyena, a Normandía, a Bretaña, a Languedoc, y a otras provincias, de donde no podían recibir respuesta, ni esperar ninguna clase de ayuda por falta de correspondencia en

Marsella y en París. Eso hacía crecer enormemente su tribulación. Todo eso lo ha podido remediar el Sr. Vicente con una caridad casi sin ejemplo, y cuyo efecto es tal que para entenderlo bien hay que estar en el lugar de los pobres esclavos y haber sentido su aflicción, en la que ellos se encuentran, en el gran abandono que acompaña a todas las penas y tribulaciones de su cautividad.

He ahí una parte de las obras buenas que el Sr. Vicente hizo en favor de los pobres esclavos cristianos durante su vida, y que continúa aún después de su muerte por medio de sus queridos Hijos. Sólo he dicho una parte, y muy pequeña, por cierto, porque sólo Dios conoce todo. Este humilde misionero, como siempre, ocultó, mientras pudo, todo lo que hacía en servicio de su Divina Majestad, a fin de que a Ella le atribuyeran toda la gloria. Ciertamente, aunque él no hubiera hecho otra cosa por celo y por su buena dirección, secundada por la cooperación de los de su Compañía, que establecer y conservar el ejercicio público de la religión católica, que aún continúa después de tantos años en una tierra bárbara, ante los ojos de sus más crueles perseguidores, no sería pequeña gloria para nuestro Señor Jesucristo, que ha querido servirse de la mano de su fiel siervo, para levantar como un trofeo a su santísimo Nombre en esos dos reinos infieles, en medio de sus más grandes enemigos, y hacer triunfar la caridad cristiana en unos sitios de donde parecía que había sido eliminada la humanidad, y donde se veía continuamente ejercer la injusticia y la violencia con toda clase de impunidad.

SECCION VIII pág. 327: Misiones en Irlanda

Fue el año 1646 cuando nuestro Santo Padre, Inocencio X, hizo saber al Sr. Vicente, que se había enterado del peligro en que se hallaba la religión en Irlanda a causa de la ignorancia de los católicos y de las acciones que emprendían los herejes. Por eso, deseaba que enviara allí algunos sacerdotes de su Congregación para poner remedio a aquella situación de la mejor forma posible. El humilde siervo de Dios se dispuso inmediatamente a dar satisfacción por puro motivo de obediencia a quien reconocía por Cabeza de la Iglesia y Vicario de Jesucristo en la tierra. Con ese fin escogió a ocho misioneros de su Congregación, entre los cuales habían cinco irlandeses, todos ellos competentes y formados en las prácticas de las misiones, pero a quienes el Sr. Vicente juzgó que debía darles unos consejos saludables antes de su partida, y, entre otras cosas, les dijo:

«Estén muy unidos y Dios los bendecirá; pero que sea en la caridad de Jesucristo: porque toda otra unión que no esté cimentada con la sangre de ese divino Salvador, no puede subsistir. Así que deben estar ustedes unidos unos con otros en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo. El Espíritu de Jesucristo es un espíritu de unión y de paz. ¿Cómo podrán ustedes atraer almas a Jesucristo, si no están unidos entre sí y con El? No se podría. Tengan pues un único sentir y una sola voluntad; de otro modo sería portarse como

lo caballos, que, cuando están enganchados al mismo arado, tiran cada uno por su lado; así lo estropearían y romperían todo. Dios los llama a trabajar en su viña. Vayan allí, como si tuvieran un corazón único, y una intención única. Y de esa forma producirán fruto».

Los exhortó también en gran manera a portarse como verdaderos hijos de obediencia para el Soberano Pontífice, que es el Vicario de Jesucristo, porque iban a una tierra, en la que había miembros del clero que faltaban en ese punto; y que no daban ejemplo a los demás católicos. Les dijo también de qué modo debían portarse ya durante el viaje, o bien, después de su llegada al sitio señalado; y les dio algunos medios muy útiles para tener éxito en aquella importante misión. Ellos mismos han reconocido más tarde y confesado que los frutos que han producido en aquellas provincias se deben atribuir, después de a Dios, a los prudentes consejos y a los avisos saludables, que el Sr. Vicente les había dado.

Después de recibir la bendición, partieron de París el mismo año 1646, y se dirigieron a Nantes. Allí se vieron obligados a detenerse por algún tiempo. Mientras esperaban una ocasión para embarcarse, se dedicaron a servir y a consolar a los enfermos de los hospitales, como también a instruir a los pobres, y a otras obras parecidas

Todo ello con permiso, y por orden de lo superiores ordinarios. También dieron conferencias espirituales a las señoras de la Caridad de la parroquias, con el fin 327 de darles a conocer la manera de visitar y atender a los enfermos con el espíritu de nuestro Señor Jesucristo.

Bajaron a Saint-Nazaire, cerca de la desembocadura del río Loira, pues allí es donde se suele embarcar, y como se encontraron con muchos otros pasajeros, les dieron una especie de misión, mientras estaban a la espera de la partida de un barco holandés, que los debía llevar. Entre los pasajeros había un gentilhombre inglés hereje, y se convirtió a nuestra santa religión. En eso se pudo ver una actuación especial de la divina misericordia que quería salvarlo, porque tres días más tarde quedó herido de muerte, y cuando vio que no podía liberarse de ella, no dejaba de dar gracias a Dios, porque lo había puesto en el camino de su salvación antes de morir, cosa que él hacía con tan grandes muestras de agradecimiento por aquella gracia y de entendimiento por los pecados de su vida pasada, que arrancó lágrimas de los ojos de todos los que lo oyeron hablar, su les causó grandísima edificación.

El demonio, rabioso, porque aquella presa se le había escapado, y previendo que aquellos misioneros le arrebatarían muchas otras, hizo todos los esfuerzos por dificultar su viaje, y les promovió varias persecuciones y tempestades, tanto en tierra como en el mar; pero pudieron escaparse de ellas por una especial protección de Dios, que los libró de varios peligros de muerte, que parecían inevitables.

Llegados que fueron a Irlanda, se separaron, para trabajar. Algunos fueron a la diócesis de Limerick; otros, a la de Cashel. Empezaron a dar catequesis; más adelante sermones sencillos, claros y patéticos, porque el Sr. Vicente les había recomendado que se

dedicaran sobre todo a dar instrucciones familiares para enseñar bien a los pueblos las verdades de la fe y las obligaciones del criticanismo. Más adelante les incitaron a vivir de acuerdo con aquellos conocimientos, renunciando al pecado por la penitencia, y abrazando la práctica de las virtudes propias de su condición. Aquella forma de enseñar y de predicar atraía a la gente de todos los sitios, y era aprobada enteramente por los Sres Prelados; y el Sr. Nuncio de Irlanda, cuando supo el fruto que producían las misiones felicitó a los misioneros, y los animó a continuar, y hasta llegó a invitar a los eclesiásticos y a los religiosos del país a trabajar de la misma manera, y a acomodarse a aquel modo de enseñar y de predicar

No se puede decir cuán grandes fueron los frutos de las misiones, cuyos actos eran casi desconocidos en aquella tierra, y cómo sería la devoción de los católicos, que acudían de todos los lugares aledaños, hasta de los más lejanos, para asistir a la catequesis y a los sermones, y para hacer una confesión general. Tenían que esperar semanas enteras para poder acercarse al confesor, a causa de la gran cantidad de gente que se presentaba. Y lo que es más de notar, los párrocos y otros eclesiásticos de los sitios en donde se predicaban misiones, eran los primeros, de ordinario, en hacer su confesión general, mostrándose además muy interesados en aprender el método de catequizar y de predicar, que usaban más tarde para mantener y conservar el bien que las misiones habían producido en sus parroquias.

Con el tiempo se vieron los efectos, durante la persecución que Cromwell suscitó en aquel pobre reino contra los católicos. Porque no hubo ni un párroco o pastor de aquellas tierras, donde se había dado la misión, que abandonara a sus ovejas: todos se mantuvieron constantemente atendiéndolas y defendiéndolas, hasta que fueron condenados a muerte, o desterrados por confesar la fe católica. Efectivamente, todos sufrieron una u otra cosa; y se ha sabido, que uno de los más animosos de aquellos valientes curas, cuando fue a verse con uno de los sacerdotes de la Misión, que vivía en una cabaña al pie de una montaña, para hacer con él la confesión general, sucedió que la noche siguiente, en el momento en que estaba administrando los sacramentos a algunos enfermos, fue preso y degollado por soldados herejes. Una muerte gloriosa coronó su vida inocente; dio cumplimiento al gran deseo que tenía de sufrir por nuestro Señor, tal como lo había manifestado un año antes en un retiro que hizo en Limerick con los sacerdotes de la misión.

Como la persecución de los herejes iba creciendo más cada día, por fin se vieron obligados a interrumpir la misiones del campo, y por consejo y órdenes del Sr.Vicente, algunos misioneros volvieron a Francia, pero antes de marcharse de Irlanda, fueron a despedirse del Sr. Arzobispo de Casthel el 16 de agosto de 1658, quien les entregó la siguiente carta dirigida al Sr. Vicente, carta que estaba escrita en latín, y que ha sido traducida al francés de la siguiente manera:

«La partida de sus misioneros me ofrece la ocasión de demostrarle mi reconocimiento y gratitud por haberse dignado, con su gran caridad, socorrer con sus

sacerdotes misioneros al pequeño rebaño que Dios me ha confiado, tal como se ha llevado a cabo no sólo en un tiempo muy indicado para nuestras necesidades, sino también en unas circunstancias sumamente necesarias. La verdad es que sus trabajos han excitado a los pueblos a la devoción, que va aumentando de día en día. Y aunque esos buenos sacerdotes han sufrido muchas molestias desde su llegada a esta tierra, no han dejado por ello de entregarse continuamente a los trabajos de su misión como obreros infatigables que, con la ayuda de la gracia, han extendido y aumentado gloriosamente el culto y la gloria de Dios»

«Espero que este mismo Dios, que es bueno y omnipotente, será su recompensa y la de ellos. Por mi parte, le pediré que le conserve a usted muchos años, ya que le ha escogido para bien y utilidad de la Iglesia».

El Sr. Obispo de Limerick escribió, a su vez, por ese mismo tiempo, al Sr. Vicente en estos términos:

«Es justo, señor, que le agradezca con todo mi corazón el favor que de usted he recibido por sus sacerdotes y que le exponga la grandísima necesidad que de ellos tenemos en esta tierra. Puedo asegurarle con confianza que sus trabajos han hecho más frutos y han convertido más almas que los de todos los demás eclesiásticos, además, por su ejemplo y su buena conducta, la mayor parte de la nobleza de uno y de otro sexo se han convertido en modelos de virtud y devoción, tal como no se vio nunca entre nosotros hasta la llegada de sus misioneros por estas tierras. Es cierto que las revueltas y las luchas de este reino han sido un gran impedimento para sus funciones. Sin embargo, la memoria de las cosas que se refieren a Dios y a la salvación se ha grabado tanto por su medio en el espíritu de los habitantes de las ciudades y de la gente del campo, que todos bendicen a Dios igualmente en sus adversidades, como en su prosperidad. Yo mismo espero salvarme con su asistencia».

Como la violencia de la persecución iba creciendo cada vez más en Irlanda, el Sr. Vicente pensó que sólo podía dejar allí a tres sacerdotes de su Congregación, y esos tres siguieron trabajando en la salvación de la gente con gran éxito y bendición, con la ayuda de la gracia de Dios, a pesar de las dificultades y los peligros con que se encontraban. Experimentaban manifiestamente que bastaba con que estuvieran dos o tres reunidos en nombre de nuestro Señor para sentir el socorro de la divina Presencia; porque, habiendo emprendido un trabajo que estaba muy por encima de sus fuerzas, lograron a pesar de todo salir adelante por una ayuda especial de su bondad. Me refiero a la misión que dieron en la cuidad de Limerick, que el Sr. Obispo la había deseado así, tanto porque no se podía trabajar ya más en el campo, (los herejes se habían apoderado de él), como porque los pobres aldeanos católicos se habían refugiado en dicha ciudad. Y lo que animó aún más a los obreros evangélicos fue que aquel buen prelado quiso trabajar también en él en llos actos de la misión. Había cerca de veinte mil comulgantes en Limerick; todos hicieron confesión general, y algunos, con pecados enormes, dieron grandes muestras de una verdadera conversión. Toda la ciudad se puso en estado de penitencia, para atraer la

ayuda y las gracias de la divina bondad. Los regidores municipales, por su parte, contribuyeron mucho a dicho ambiente, porque además del buen ejemplo dado por ellos con su asiduidad a los actos de la misión, usaron de su autoridad para desarraigar el vicio y para exterminar los escándalos y desórdenes públicos. Entre otras cosas dictaron leyes e impusieron castigos contra los que juraran y blasfemaran. Eso sirvió mucho para que ese detestable pecado fuera totalmente desterrado de la ciudad y de los lugares circunvecinos. Dios también quiso autorizar lo que hacían los regidores con dos accidentes ocurridos, uno en Turles, donde un carnicero había blasfemado del nombre de Dios en pleno mercado; un sacerdote de la misión que pasaba por allí le llamó la atención, y la corrección caritativa que le hizo, produjo tal efecto, que el culpable, entrando dentro de sí le dijo al misionero: «Estoy contento por haber sido condenado al cepo por mi crimen, pero le ruego que me acompañe hasta allí; cuando se dirigió a la prisión por propio impulso, alguno de sus parientes quiso hacerle desistir, para evitar, decía, la confusión que recaería sobre toda la familia. A lo que el misionero le contestó que había que dejarle hacer una buena acción para satisfacer a la justicia de Dios y para reparar el escándalo que había dado a muchas personas. Ante aquella respuesta el pariente se enfureció, y cogió unas piedras, amenazando al misionero con matarlo, si no hacía desistir a su familiar de dar aquella satisfacción. Pero Dios en aquel mismo instante hirió a aquel desgraciado con una enfermedad desconocida, que le hacía sacar la lengua totalmente negra de la boca sin que la pudiera meter, hasta que, habiendo rezado por él, y después de aplicarle agua bendita en la lengua, que pudo meter gracias a ese medio, pidió perdón por su falta e hizo penitencia, lo mismo que el carnicero, quien ingresó en la cárcel y fue sometido al cepo.

El otro accidente sucedió en la Rakelle en la persona de un gentil hombre, había jurado y blasfemado en plena calle, y otro gentilhombre, amigo suyo, que estaba presente, le dijo que existía la disposición de besar la tierra, sin tardar, en el mismo sitio en que se había jurado. Y como el blasfemo se riera de aquella advertencia, el otro, movido por el sentimiento de la ofensa cometida contra Dios, se puso de rodillas, en lugar del culpable, en medio de la calle, y besó el suelo, aunque estaba lleno de barro. El blasfemo volvió a burlarse de él, pero, al volver a su casa, Dios permitió que cayera del caballo, y la herida que recibió por aquella caída le hizo abrir los ojos, y reconocer el pecado que había cometido. Sintió un gran remordimiento por ello en su conciencia, que le hizo decidirse a hacer una buena confesión general de toda su vida a uno de los sacerdotes de la misión. En adelante se portó virtuosamente, y sirvió de ejemplo para la conversión de muchos más

Mientras trabajaba en aquella misión de Limerick, el Sr. Obispo la escribió la siguiente carta al Sr. Vicente. Por ella se pueden conocer las grandes bendiciones que Dios derramó sobre aquella misión. La hemos traducido del latín al francés de la manera siguiente:

«Con frecuencia le hemos escrito a su Reverencia acerca de la situación de los misioneros que tiene en este reino. Puedo decirle delante de Dios que nunca hemos oído decir que se haya logrado tan gran progreso y avance en la fe católica, como el que hemos

notado estos últimos años con su habilidad, su piedad y su dedicación; especialmente a comienzos de este año, cuando empezamos la misión en esta ciudad, en donde hay por lo menos veinte mil comulgantes; y eso, con tanto fruto y aplauso de todos que no dudo de que, gracias a Dios, la mayor parte se han librado de las garras de Satanás, gracias al remedio que han puesto a tantas confesiones inválidas, borracheras, juramentos, adulterios y demás desórdenes, que han quedado suprimidos por completo. La ciudad ha cambiado de aspecto, viéndose obligada a recurrir a la penitencia por la peste, el hambre, la guerra y los peligros que nos abruman por todos los lados, y que recibimos como señales manifiestas de la cólera de Dios. Su bondad, sin embargo, nos ha querido hacer este favor, aunque seamos siervos inútiles, de emplearnos para esta obra que ciertamente resultó difícil en sus comienzos, llegando a creer algunos que no la podríamos llevar a cabo. Pero Dios se ha servido de los débiles para confundir a los fuertes de este mundo. Los principales de esta ciudad se muestran tan puntuales a las predicaciones, a los catecismos y a los demás efectos de la misión, que la iglesia catedral resulta pequeña. No podríamos aplacar la cólera de Dios mejor que extirpando los pecados, que son el fundamento y la causa de todos los males. Y acabaremos mal, si Dios no nos tiende la mano. A El es a quien toca tener misericordia de nosotros y perdonarnos. Le confieso, señor, que me siento deudor ante sus hijos de la salvación de mi alma. Escríbales algunas palabras de consuelo. No conozco que haya bajo el cielo una misión tan útil como ésta de Irlanda; pues, aunque hubiera ciento, la misión sería siempre grande para tan pocos obreros. Nuestros pecados son nuestro mayor mal. ¡Quién sabe si quiere Dios arrancarnos de este reino y darle a los perros el Pan de los ángeles, para nuestra vergüenza y confusión»

Añadiremos a la carta de ese buen prelado otra que el Sr. Vicente escribió el mes de abril del año 1650 al superior de los misioneros que habían quedado en Limerick para alentarlo en las difíciles circunstancias en que podían verse.

«Los hemos quedado muy edificados con su carta, al ver en ella dos maravillosos efectos de la gracia de Dios. El primero es ver cómo se ha entregado usted a Dios para resistir en el país en que se encuentra, en medio de peligros, prefiriendo exponerse a la muerte antes que dejar de asistir al prójimo. El segundo, al ver cómo se preocupa por la vida de sus hermanos, enviándolos a Francia para alejarlos del peligro. El espíritu del martirio le ha impulsado a lo primero, y la prudencia le ha obligado a llevar a cabo lo segundo. Ambas cosas han sido sacadas del ejemplo de nuestro Señor, el cual, cuando estaba a punto de sufrir los tormentos de su muerte por la salvación de los hombres, quiso garantizar y librar a sus discípulos diciendo: Dejad a éstos y no los toquéis.

Así es como ha obrado usted, como un verdadero hijo de Padre tan adorable, a quien le doy infinitas gracias por haber producido en usted estos actos de caridad tan soberana, que es el culmen de todas las virtudes. Le ruego que le llene a usted todas ellas, a fin de que, practicándola en todo y siempre, la infunda en el corazón de los que carecen de ella. Puesto que los demás señores que están con usted se encuentran en la misma disposición de seguir ahí a pesar del peligro real de guerra y de contagio, creemos que convendrá dejarlos. ¿Qué sabemos nosotros de lo que Dios les tiene destinado? La verdad

es que no les habrá dado en vano una resolución tan santa ¡Dios mío! ¡Qué inescrutable son tus juicios! ¡He aquí que, al cabo de una misión de las más fructuosas y quizás de las más necesarias que hemos visto, detienes, al parecer, el curso de tus misericordias sobre esta ciudad penitente, para cargar todavía más tu mano sobre ella, añadiendo a las desgracias de la guerra el azote de la enfermedad! Es que deseas cosechar a las almas bien dispuestas y reunir el buen trigo en tus graneros. ¡Adoramos tu voluntad, Señor», etc

Con muchísima razón hablaba así el Sr. Vicente, como previendo el futuro; porque pareció por los sucesos posteriores que, por las misiones que dieron a propósito, Dios quería preparar a aquella gente para dos grandes tribulaciones que debían servir para probar su paciencia y su fe. La primera fue una gran epidemia, que se adueñó del país, y que causó tan grande estrago en la ciudad de Limerick, que murieron cerca de ocho mil personas, y el hermano del Sr. Obispo fue uno de ellos, por haberse expuesto con los misioneros, yendo a visitar a los enfermos, a consolarlos y a atender a sus necesidades.

Era una maravilla ver a aquella pobre gente soportar aquel azote, no sólo con paciencia, sino también con paz y tranquilidad de espíritu, diciendo que morían contentos, porque se habían aligerado de la pesada carga de sus pecados, pues la habían depositado en el sacramento de la penitencia con las confesiones generales.

Otros decían que no lamentaban su muerte, porque Dios había querido enviarles a los padres santos (así es cómo llamaban a los sacerdotes de la misión) para purificar sus almas. Había también otros que en su enfermedad no pedían otra cosa sino participar en las oraciones de sus confesores, a quienes ellos creían que les debían la salvación. En una palabra, los sanos y los enfermos manifestaban abiertamente su agradecimiento y sus buenas disposiciones. Oyendo y viendo eso el buen prelado, no podía contener las lágrimas, ni tenía reparo en decir con frecuencia estas palabras: *«¡Ah! Aunque el Sr. Vicente no hubiera hecho nunca por la gloria de Dios más que el bien que han hecho a esta pobre gente, se debería considerar bienaventurado»*

Pero por haber crecido la prueba y por una nueva tribulación, aquella pobre ciudad de Limerick se vio asediada y finalmente tomada por los herejes. Hicieron morir cruelmente a muchos habitantes a causa de la fe católica que profesaban y, señaladamente a cuatro de los principales de la ciudad, que manifestaron en aquella ocasión cuánto se habían aprovechado, tanto de las enseñanzas y predicaciones de la misión, como de lo retiros espirituales que habían hecho más tarde en la casa de los misioneros, por el celo invencible del que dieron muestras en la defensa de la religión católica, y especialmente el Sr. Tomás Strich, quien, al salir del retiro fue elegido alcalde de la ciudad. En aquel cargo se declaró abiertamente contrarios a todos los enemigos de la Iglesia, y al recibir la llaves de la ciudad, las puso inmediatamente, por consejo de su confesor, en las manos de la imagen de la santísima Virgen, suplicándole que recibiera a la ciudad bajo su protección, y obligó al mismo tiempo a toda la corporación de la ciudad a ir ante él camino de la iglesia, donde el acto piadoso se realizó con muchas ceremonias, y a la vuelta, el nuevo alcalde pronunció una arenga muy cristiana a toda la multitud para

alentarla a mantener una fidelidad inviolable a Dios, a la iglesia y al Rey, ofreciendo su propia vida por una causa justa. Aquel ofrecimiento fue aceptado por Dios, pues como los enemigos tomaban la ciudad algún tiempo más adelante, le hizo la gracia de sufrir el martirio con otros tres de los más representativos, que habían sido compañeros suyos en el retiro espiritual, y lo fueron también en el martirio. Se presentaron los cuatro, no solamente con constancia, sino también con alegría, vestidos con sus mejores galas para manifestarla al exterior, y antes de ser ejecutados, lanzaron arengas que arrancaron lágrimas de los ojos de todos los presentes, y hasta de los herejes, declarando ante el cielo y la tierra que morían por la confesión y la defensa de la religión católica. Aquello sirvió para confirmar a todos los demás católicos en su fe, y para preferir toda clase de violencias antes que faltar a la fidelidad debida a Dios.

Uno de los tres sacerdotes de la Congregación de la misión que habían quedado en Irlanda acabó también gloriosamente su vida, en medio de los trabajos de las misiones; y los otros dos que se mantuvieron firmes en Limerick durante la peste y durante el asedio, se marcharon después de ser tomada la ciudad, disfrazados, no sin gran peligro para sus vidas, y se vieron obligados a volver a Francia el año 1652. En Irlanda habían permanecido unos seis años, ocupados con los compañeros suyos en trabajar sin tregua en las misiones. Se vieron en ellas mantenidos a costa de la casa de san Lázaro por la caridad inagotable del Sr. Vicente, quien, por no resultar importuno para nadie, sólo recibió como ayuda una limosna que le entregó la señora duquesa d`Aiguillon, para tener alguna parte en los gastos de viaje de los misioneros y en la compra de ornamentos que les eran necesarios.

Ciertamente se realizaron en las misiones de Irlanda más de ochenta mil confesiones generales y, obras buenas sin cuento; pero no podemos hablar de ellas más al detalle, porque la humildad del Sr. Vicente quiso que permanecieran ocultas bajo el velo del silencio. Cuando volvió el superior de aquellas misiones, le preguntó al prudente Superior General, si le gustaría que hiciera una pequeña relación; más él respondió: ¡Que bastaba con que Dios hubiera conocido todo lo que se había hecho, y que la humildad de nuestro Señor pedía a la pequeña Compañía de la misión ocultarse en Dios con Jesucristo para honrar su vida oculta». Añadió *«que la sangre de los mártires no quedaría olvidada ante Dios, y que tarde o temprano serviría para producir nuevos católicos»*

332

SECCION IX pág. 333: Misiones en la isla de San Lorenzo, llamada también Madagascar

§. I Carta del Sr. Vicente al Sr. Nacquart, sacerdote de la Congregación de la Misión sobre esta misión

No sabríamos hacer mejor ni más a propósito la apertura de esta importante misión, sino con un párrafo de una carta que el Sr. Vicente escribió acerca de este asunto

al difunto Sr. Carlos Nacquart, Sacerdote de la Congregación de la Misión, natural de la diócesis de Soissons, que fue el primero sobre el que puso sus ojos para aquel trabajo apostólico, y en el que por fin, ha consumado felizmente su vida en el servicio de nuestro Señor y en la conversión de aquellos pobres infieles. He aquí en qué términos el Sr. Vicente le escribió el mes de abril de 1648 desde Richelieu, donde él se hallaba entonces:

«Hace ya mucho tiempo que Nuestro Señor puso en su corazón el sentimiento de hacerle un señalado servicio. Cuando se hizo en Richelieu la propuesta (de las misiones) entre gentiles e idólatras. Creo que Nuestro Señor le hizo sentir a su alma que le llamaba a ellas, tal como usted me lo escribió entonces, junto con otros de esa casa de Richelieu. Ya es hora de que esa semilla divina de la vocación produzca su efecto en usted. El Sr. Nuncio, por orden de la sagrada Congregación de la Propaganda de la fe, que tiene al Santo Padre el Papa por cabeza, ha escogido a nuestra Compañía para ir a servir a Dios en la isla de San Lorenzo, llamada por otro nombre Madagascar. Y la Compañía ha puesto sus ojos en usted, como la mejor hostia que tiene para rendir homenaje a nuestro Soberano Creador, para hacerle este servicio, junto con otro buen sacerdote de la Compañía. Mi más querido señor, ¿qué dice su corazón ante esta noticia? ¿siente la vergüenza y la confusión convenientes para recibir tan alta gracia del cielo? ¡Vocación tan grande y tan adorable como la de los mayores apóstoles y los mayores santos de la Iglesia de Dios! ¡Los designios eternos realizados en el tiempo sobre usted! La humildad es la única capaz de soportar esta gracia; el perfecto abandono de todo lo que usted es y puede ser, con la exuberante confianza en su soberano Creador la debe seguir. Le serán necesarias la generosidad y una gran valentía. Necesita una fe tan grande como la de Abraham; tiene usted gran necesidad de la caridad de san Pablo, el celo, la paciencia, la deferencia, la pobreza, la solicitud, la discreción, la integridad de costumbres y un gran deseo de consumirse totalmente por Dios: todo eso le será tan necesario como al gran san Francisco Javier».

«Esa isla está bajo el Capricornio. Tiene cuatrocientas leguas de largo y unas ciento sesenta de ancho. Hay pobres hombres que viven en la ignorancia de Dios, pero que son muy sencillos y muy rectos. Para ir allá, hay que pasar la línea del Ecuador»

«Lo primero que tendrá que hacer usted es amoldarse al viaje que hizo el gran san Francisco Javier, sirviendo y edificando a los de los barcos que le lleven; organizar las oraciones públicas, si es posible; cuidar de los enfermos y desvelarse siempre por acomodarse a los demás; procurar una buena navegación, que dura cinco o seis meses, tanto con sus oraciones y la práctica de todas las virtudes, como los marineros la procurarán con sus trabajos y su destreza; a los sobrecargos y a sus oficiales tenerles siempre un gran respeto; pero ser fiel para con Dios para no faltar nunca a los intereses de El, sin traicionar jamás a la conciencia por ninguna consideración, sino buscando con cuidado que no se estropeen los asuntos del buen Dios por precipitarse demasiado, tomándose su tiempo y sabiendo esperar».

«Cuando hayan llegado a aquella isla, tendrán primero que arreglarse como puedan. Quizás tengan ustedes que separarse para servir en diversos lugares; pero

convendrá que se vean uno a otro lo más frecuentemente que puedan para consolarse y animarse. Desempeñarán ustedes todas las funciones parroquiales con los franceses y con los idólatras convertidos. Seguirán en todo las normas del Concilio de Trento y utilizarán el ritual romano. No permitan que se introduzca ningún otro uso; y si ya se había introducido, procuren suavemente hacer que las cosas vuelvan a su cauce. Para ello será conveniente que se lleven al menos dos Rituales Romanos. Su preocupación principal, después de esforzarse en vivir con las personas que tengan que tratar en olor de suavidad y de buen ejemplo, debe ser que procuren que aquella pobre gente, nacida en las tinieblas de la ignorancia de su Creador, comprenda las verdades de nuestra santa fe, no ya por razones de teología, sino por razonamientos sacados de la naturaleza, pues hay que comenzar por ahí, intentando hacerles comprender que no hace usted más que desarrollar en ellos las señales que Dios les ha dejado de Sí mismo, y que había ido borrando la corrupción de la naturaleza, desde hace mucho habituada al mal. Por eso, Señor, convendrá que se dirija con frecuencia al Padre de las luces, repitiendo lo que le decimos todos los días: Da mihi intellectum ut sciam testimonia tua.Ordene en la meditación las luces que El le de, y para demostrar la verdad de un soberano y primer ser y las consecuencias del misterio de la Trinidad, la necesidad del misterio de la Encarnación, que nos hace nacer un nuevo hombre perfecto, después de la corrupción del primero, para reformarnos y asemejarnos a El. Me gustaría que les hiciera ver las debilidades de la naturaleza humana mediante los desórdenes que ellos mismos condenan, pues también ellos tienen leyes y castigos».

«Será bueno que tengan ustedes libros que traten de estas materias, como Catecismo de Granada, o algún otro que procuraremos enviarle. No puedo menos de repetirle, señor, que lo mejor es la oración: Accedite ad eum, et illuminamini, abandonarse en el espíritu de Dios, que habla en esas ocasiones. Si su divina Bondad quiere darle la gracia de cultivar la semilla de cristianos que ya hay allí y hacer que vivan con aquella buena gente en la caridad cristiana, no dudo, ni mucho menos, que Nuestro Señor se servirá de ustedes para preparar allí a la Compañía una mies abundante. Vaya, pues, señor, y ya que le envía Dios por medio de sus representantes en la tierra, eche audazmente las redes».

«Sé cuánto estima su corazón la pureza. Tendrá que hacer allí un buen uso de ella, dado que esos pueblos, viciados en muchas cosas, tienen sobre todo ese vicio. La gracia infalible de su vocación le garantiza contra todos esos peligros».

«Todos los años recibiremos noticias de usted y le mandaremos las muestras».

«Le enviaremos un oratorio completo, dos rituales romanos, dos biblias pequeñas, dos Concilios de Trento, dos casuístas, algunas estampas de todos nuestros misterios, que sirven maravillosamente para que esa buena gente comprenda lo que se le quiere enseñar, y les gusta mucho».

«Tenemos aquí un joven de esa tierra, de unos veinte años, a quien tiene que bautizar hoy el Sr. Nuncio. Yo utilizo estampas para instruirlo, y me parece que esto sirve

para que ate su imaginación».

«No sé si será necesario llevar hierros para hacer hostias con que celebrar la santa misa; los santos óleos para el bautismo y para la Extremaunción; un Bussé para cada uno; y para sus meditaciones algunos ejemplares de la 'Introducción a la vida devota'; vidas de santos».

«Tiene usted una obediencia nuestra y plenos poderes del Sr. Nuncio, que lleva esta obra en el corazón»

«Con todo esto me entrego por entero a usted, si no para seguirle efectivamente, pues soy indigno de ello, al menos para pedirle a Dios por usted todos los días que todavía me conceda en la tierra y, si Dios quiere hacerme esta misericordia, para volver a verlo en la eternidad y honrarlo allí como a una persona que estará colocada por la dignidad de su vocación en el número de los hombres apostólicos».

«Acabo, postrado en el espíritu a sus pies, rogándole que quiera ofrecerme a nuestro común Señor, para que le sea fiel, y acabe en su amor el camino que conduce a la eternidad. Soy en el tiempo y seré para siempre, señor, su...» etc

«La otra persona a la que hemos destinado con usted es el Sr. Gondrée, a quien quizás vio usted en Saintes, donde estuvo cuando todavía era clérigo. Es uno de los mejores miembros de la Compañía, que aún conserva la devoción que tenía al entrar en ella; es humilde, caritativo, cordial, exacto y lleno de celo, en una palabra, que no sabría qué decir en su alabanza» .

«El miércoles o el jueves saldrán de aquí algunos mercaderes para La Rochela. Si desean pasar por Richelieu, el Sr. Gondrée podrá ir con ellos para juntarse allí con usted, y ellos irán por delante para preparar el barco y esperarles para el día 15 o el 20 del mes próximo, cuando se harán a la vela. Le ruego, que esté preparado. A los libros que ya he nombrado añadiremos la Vida y las Cartas del apóstol de las Indias. Haga el favor de no divulgar esta noticia, pues por aquí no hemos dicho nada todavía».

«En el viaje irá también uno de los señores del comercio de Indias; él le pagará los gastos en el mar y le enviaremos con qué vivir en aquellos lugares».

«¡Qué más le diré, señor, sino que ruego a Nuestro Señor, que le dió parte en su caridad, que le haga participar también de su paciencia, y que no hay ninguna cosa que yo desee tanto en la tierra como ir a servirle de compañero, si fuera posible, en lugar del Sr. Gondrée".

§. II Partida de dos sacerdotes de la C.M. camino de la isla de San Lorenzo, y lo que les sucedió de más notable hasta su llegada

En cuanto recibió el Sr. Nacquart la carta del Sr. Vicente se dispuso a realizar lo que le había prescrito, considerándola como manifestación de la voluntad, no de un hombre, sino del mismo Dios. En cuanto llegó el Sr. Gondrée, salieron juntos de Richelieu el 18 de abril siguiente. Y por haberse visto obligados a detenerse cerca de un mes en La Rochela esperando a que estuviera preparado el barco que los debía llevar, emplearon el tiempo, de acuerdo y con permiso del Sr. Obispo, catequizando y prestando otros servicios y asistencias parecidas a los pobres, en especial a los que estaban en los hospitales o en la cárcel.

El 11 de mayo, día de la Ascensión de Nuestro Señor, el barco en el que habían embarcado, levó anclas e izó las velas al viento. Y en los primeros días aquellos dos buenos misioneros se dedicaron principalmente a preparar a los que estaban en el barco, en número de ciento veinte personas, con las confesiones generales a participar de las gracias e indulgencias del jubileo, que había sido concedido hacía poco por nuestro Santo Padre el Papa

Llegaron a Cabo Verde, y se detuvieron para hacer aguada, y allí se encontraron con un barco de Dieppe que iba a las islas de San Cristóbal, e hicieron la misma caridad con los pasajeros de aquel barco.

Continuando su ruta, y ya cerca de la Línea (del Ecuador), tuvieron unos vientos tan contrarios, que casi se vieron obligados a entrar de arribada; pero los misioneros, después de exhortar a los del barco que acudieran a la protección y a la intercesión de la Santísima Virgen, y después de hacer todos, por consejo de aquéllos, un voto público a Dios en honor de la Reina del cielo, de confesarse y comulgar uno de los días de la semana que precedía a la fiesta de la gloriosa Asunción, y de levantar una iglesia en la isla de Madagascar, cesó la tempestad, y el viento se tornó favorable, de forma que la víspera de aquella gran fiesta se hallaron debajo de la Línea. Y continuando el viaje, experimentaron en varias circunstancias su protección. Se liberaron especialmente de un gran peligro a la vista del Cabo de Buena Esperanza; y después, fondearon en la 1. Africa del Sur. Bahía de Saldanha 1 . Se detuvieron allí ocho días. Se hicieron a la mar, y finalmente llegaron, después de seis meses y medio de navegación, a la isla de San Lorenzo

Durante todo ese tiempo, aquellos dos buenos misioneros no permanecieron ociosos; porque, cuando se enteraron que en el barco varios de los marineros y de los pasajeros necesitaban ser instruidos, daban tres o cuatro veces por semana catequesis en forma de exhortaciones acerca de los principales misterios de la fe y de las otras materias más necesarias, según el método que se practica ordinariamente en las misiones, preguntando después a los más jóvenes las cosas principales que habían explicado.

Además de eso, como en el barco se suele ir muy hacinados y hay siempre enfermos, los dos buenos misioneros se repartieron el trabajo para poder prestar los servicios y las asistencias que pudieran. Uno de ellos los visitaba por la mañana, y el otro por la tarde. En cuanto a los que se encontraban bien, con el fin de que pudieran emplear

útilmente el tiempo, y evitar la ociosidad y otros vicios que la acompañaban, además de las oraciones públicas que se tenían siempre por la mañana y por la tarde, y la santa misa que se celebraba diariamente, cuando el tiempo lo permitía, habían determinado reunirse a ciertas horas del día en grupos de tres o cuatro; de éstos, uno hacía la lectura a los demás en algunos buenos libros, como la Imitación de Nuestro Señor, la Introducción a la vida devota, y otros parecidos.

También lograron persuadir a buena parte de las personas del barco a que tuvieran unos coloquios espirituales dos o tres veces por semana, sobre diversas materias más propias de ellos, particularmente sobre las tentaciones y ocasiones de ofender a Dios, y sobre los medios especiales para resistirlas, o evitarlas. Así es como se manifestaba sensiblemente el efecto de la palabra de nuestro Señor, que cuando se reunieran dos o tres en su nombre, El se encontraría en medio de ellos. Al terminar el coloquio, uno de los dos sacerdotes resumía lo que se había hablado, y añadía familiarmente sus propias ideas, y después concluía con alguna historia de la Sagrada Escritura, o algún ejemplo de la vida de los santos.

§. III Descripción de la Isla de Madagascar y sus habitantes

Antes de contar lo que los dos buenos Sacerdotes de la Congregación de la Misión hicieron en aquellas tierras, y para entender todo mejor, es preciso hacer una pequeña descripción de la isla. Para ello seguiremos con exactitud lo que el Sr. Nacquar escribió al Sr. Vicente

La isla de «Madagascar», llamada también de «San Lorenzo», porque fue descubierta el día de la fiesta de aquel gran santo, tiene de largo unas seiscientas millas italianas; de ancho, doscientas millas en algunos lugares, y en otros, trescientas o cuatrocientas. Su perímetro es de mil ochocientas millas, más o menos. Allí el calor es muy grande, pero no intolerable. Está dividida en varias comarcas o provincias, separadas unas de otras por montañas muy altas. Los que más han frecuentado la isla sostienen que hay más de cuatrocientas mil almas

En cada comarca o provincia hay un Grande, a quien tienen por amo y señor; hay vasallos que le obedecen; algunos tienen de tres a cuatro mil; otros aún más. La riqueza de los señores se basa en el ganado, que poseen en propiedad, y en una especie de tributo de arroz y de raíces, que les pagan los súbditos. Hay dos clases de habitantes: unos son negros, y tienen el cabello crespo, son los originarios del país; otros son blancos, tienen el cabello largo como los franceses, y se dice que llegaron hace unos quinientos años de las costas de Persia a aquella isla, y allí se han hecho dueños de los demás.

Habitan en su mayor parte en aldeas, pues no poseen ni ciudades ni fortalezas. Sus casas son de madera, cubiertas con hojas y muy bajas. No tienen camas ni más asientos que el suelo de madera sobre el cual se acuestan, y comen sobre una estera de junco.

Los alimentos habituales del país son el arroz, las aves, los bueyes y los corderos.

No hay trigo, ni vino, pero hacen una bebida con miel; también tienen habas, melones y raíces, que son buenas para comer. Hay en cantidad limones y naranjas. Los ríos abundan en pescado, pero es expuesto, casi en todas partes, atravesarlo a causa de los cocodrilos, que son muy abundantes y peligrosos.

En cuanto a la religión, aunque no hay ninguna establecida y determinada entre los habitantes de la isla, porque en toda su extensión no se ven ni templos ni sacerdotes, existen sin embargo algunas ceremonias y ritos supersticiosos, fundados en creencias falsas e incorrectas con otras que se aproximan más a la verdad.

En primer lugar reconocen que hay un Dios, que es el Dueño de todo el mundo, a quien llaman «Senhare»; pero lo encierran en el cielo, donde El vive –dicen ellos– como un rey en su reino. Sin embargo, en varios sitios, los que no conocen casi ni Dios ni demonio, sino de nombre, dan preferencia al demonio en sus sacrificios, ofreciéndole la mejor parte, y reservando la otra para aquel a quien llaman Dios. No se conoce otra razón, sino que temen más a uno que al otro, según el mal trato que reciben de ellos.

Hay entre aquellos habitantes una especie de secta de personas que ellos llaman «ombiasas», es decir, escribanos, y los llaman así, porque saben leer y escribir. Son los maestros de ceremonias, costumbres y supersticiones del país. El pueblo los teme y respeta por su escritura y sus libros, en los cuales, a pesar de todo, no se encuentran ni conocimientos razonables ni doctrinas, sino sólo algunos discursos o sentencias sacadas del Corán, que los primeros que llegaron de Persia trajeron consigo. Hay también en esos libros algunas ilustraciones supersticiosas, que los ombiasas hacen creer que son buenas para curar las enfermedades, para adivinar las cosas futuras y para encontrar las que se han perdido.

Es costumbre generalizada en toda la isla circuncidar a los niños, no por razones religiosas, sino por ser costumbre de sus antepasados y un motivo puramente humano.

Los blancos observan una especie de ayuno en dos meses diferentes del año, que consiste en no comer nada desde que sale el sol, hasta después de que se ponga; pero durante toda la noche se alimentan bien para todo el día. Se abstienen de comer carne de buey y de beber vino; pero no les están prohibidos ni los capones, ni el aguardiente, y si alguno no siente devoción en el ayuno, queda libre, con tal de que haga ayunar a otro en su lugar.

Entre todas las costumbres supersticiosas de aquella isla la más opuesta al honor de Dios, y que presenta más dificultades para su erradicación, es una especie de culto ridículo y reprobable que los Grandes del país y sus súbditos rinden a ciertos ídolos llamados «Olys». Los hacen y los venden los ombiasas; la materia que usan para fabricar esos pequeños ídolos no es más que un pedazo de madera, o algunas raíces, u otra cosa todavía más baja, que ellos tallan muy toscamente, y le dan algo parecido a la figura de un hombre, o de algo grotesco; y una vez vaciados los llenan de aceite mezclado con un polvo especial. Los pobres isleños se imaginan que aquellos fetiches están vivos, y que hay en

ellos un espíritu familiar que los anima, y que tiene poder de darles lo que puedan desear, como el buen tiempo, la salud, la victoria sobre los enemigos, etc. Todos tienen algunos en sus casas y los llevan con fe a todos los sitios, y hasta en los viajes. Acuden a ellos en sus necesidades y les piden consejo en sus dudas; después de eso el primer pensamiento que se les ocurre, creen que les ha sido sugerido por sus «olys». Cuando quieren pasar los ríos, acuden a esos mismos ídolos y les ruegan que los libren de los cocodrilos. También se dirigen a los cocodrilos, pidiéndoles en alta voz que no les hagan daño; e inmediatamente se acusan de las faltas que han cometido, como de haber robado, y prometen satisfacer lo robado; y después, una vez echada agua y arena a los cuatro lados, se imaginan que pueden pasar con toda seguridad. Y si, a pesar de todas esas precauciones supersticiosas, alguno es cogido y devorado por los cocodrilos, dicen que todo ha sucedido porque su «olys» no era bueno

Esa superstición está arraigada en el espíritu del pobre pueblo, que no puede sufrir que se les descubra el engaño, ni que se les hable sobre esa cuestión; aunque, por la gracia de Dios, desde que han llegado los sacerdotes de la Misión, varios han abierto los ojos a la verdad y reconocido los engaños de los ombiasas y de todos sus «olys».

Tienen además una costumbre reprochable, que es arrojar y exponer a los niños que nacen la noche del sábado al domingo, como niños funestos y que causarían desgracias a la familia. Y los pobres niños así abandonados mueren todos, salvo que alguien, al encontrarlos, se mueva a compasión y los alimente, como a veces suele suceder.

§. IV Llegada de los dos sacerdotes de la C. M. a la isla de Madagascar, y sus prime ras ocupaciones

El poblado de los franceses en Madagascar está situado en un saliente de la isla hacia el Trópico, en un lugar llamado en la lengua de la tierra «Histolangar». Allí han levantado un fuerte, al que llaman «FortDauphin».

Fue ahí adonde felizmente llegaron el 4 de diciembre de 1748 aquellos dos buenos sacerdotes de la Misión, Srs. Nacquart y Gondrée, después de una larga navegación de seis meses y medio. Fueron recibidos con gran alegría por los franceses que allí encontraron, y que asistieron con devoción extraordinaria al «Te Deum» y a la misa solemne que se celebró en acción de gracias, y que, desde hacía casi cinco meses, no la habían podido oír.

Uno de sus primeros trabajos después de su llegada a la isla fue dedicarse a procurar el bien espiritual de los franceses y a prepararlos para ganar el jubileo que les habían llevado desde Francia. Inmediatamente se dedicaron a aprender la lengua de aquella tierra, cosa que encontraron muy difícil, porque los que les servían de trujamanes y de intérpretes no podían dar con las palabras propias para explicar las verdades y los misterios de nuestra fe en una tierra en la que no se habla en absoluto de cosas relacionadas con la religión.

En cuanto pudieron balbucear un poco la lengua, empezaron a instruir a los isleños. Hallaron mayor docilidad en los negros que entre los blancos, porque, al creer que tenían más inteligencia, no querían escuchar cuando se les hablaba de cosas de la fe; o si lo hacían, sólo era por curiosidad y sin ninguna intención de ser instruidos y de convertirse.

Seis días después de su llegada, el Sr. Nacquart oyó decir que uno de los señores de la isla llamado «Andrián Ramach» había ido tiempo atrás a Goa, en las Indias, durante su juventud, y que había estado allí tres años. Le fue a visitar y supo de él que había sido bautizado e instruido en nuestra religión; y como prueba hizo tres signos de la cruz en la frente, y recitó el «Pater», «Ave» y «Credo» en portugués. Aquello le sirvió al Sr. Nacquart para preguntarle si le parecía bien enseñar las mismas verdades a sus súbditos y que les enseñara a rezar de aquella manera. El manifestó su asentimiento, y hasta prometió asistir a los rezos del Sr. Nacquart, cosa que también hicieron los principales del lugar donde él vivía, los cuales manifestaron que estaban de acuerdo en que se fuera a instruir a sus hijos. Todo eso obligó a aquel buen misionero a estudiar con más ahínco la lengua, con el fin de aprovechar una ocasión tan favorable para la propagación de nuestra santa religión entre aquellos pobres infieles.

El día de la fiesta de Reyes siguiente, para corresponder a los misterios de la vocación de los gentiles, el Sr. Nacquart y su compañero empezaron a bautizar algunos niños no adultos y el Sr. Flacourt, gobernador de FourDauphin tuvo la devoción de ser padrino espiritual de la iglesia que empezaron a edificar desde entonces en aquella isla.

Inmediatamente, siguiendo siempre el aprendizaje de la lengua y entendiéndola ya un poco, comenzaron a recorrer la isla para enseñar a los que hallaban dispuestos.

Y los domingos daban una especie de catecismo a la juventud del país.

Cierto día, al volver de la localidad de los franceses, encontraron en una aldea a uno de los principales que estaba enfermo, quien mandó a rogarles que entraran a su casa y que consiguieran de Dios su curación. En vista de eso, el Sr. Nacquart le hizo ver que Dios permitía a menudo las enfermedades del cuerpo para conseguir la salvación de las almas y que era lo bastante poderoso y lo bastante bueno como para curarle, si quería dejar las supersticiones y darse a su servicio profesando la verdadera religión. Pidió inmediatamente que le enseñaran aquella religión. El Sr. Nacquart convocó a los aldeanos, para que pudieran aprovecharse de las enseñanzas que daba al enfermo, y en presencia de ellos le explicó por medio de un intérprete que llevaba consigo, las cosas sustanciales y más necesarias de la fe. El enfermo, después de escuchar muy atentamente, dijo que su corazón se sentía aliviado y que creía todo lo que acababa de oír, y después preguntó si Jesucristo era lo suficientemente poderoso como para devolverle la salud. El misionero le dijo que sí, con tal de que creyera de todo corazón y que su alma fuera lavada de todos sus pecados por el bautismo y, después de eso, se sometiera a todo lo que quisiera disponer la Divina Bondad. En seguida mandó traer agua, e instó mucho al buen sacerdote

que lo bautizara. Pero, por temor (como se vio más tarde) de que buscara más la salud del cuerpo que la del alma, el Sr. Nacquart pensó que lo debía diferir, y le dijo que había que comprobar si el deseo que manifestaba de servir a Dios y de hacerse cristiano era verdadero, y que le parecía que sería tal, si persistía en aquella buena disposición cuando hubiera recuperado la salud, como había razones para esperar que Nuestro Señor se la daría, si se hacía instruir enteramente con toda su familia. La esposa del enfermo, al oír las enseñanzas que le daban, dijo que mucho antes de que llegaran los franceses, había acudido a Dios, y que, cierto día, estando recolectando el arroz que había crecido en su heredad, levantando los ojos al cielo había dicho a Dios: «Tu eres quien hace crecer y madurar el arroz que yo recojo; si lo necesitas, te lo daré, y pienso darlo a los que lo necesitan». He ahí cómo en medio de las tinieblas de la infidelidad Dios no deja de hacer brillar algún pequeño rayo de su gracia para disponer las almas para su conocimiento y su servicio.

Todos los que asistieron a la instrucción que le daban al enfermo manifestaron estar muy satisfechos de las cosas que habían oído, y que, según decían, apreciaban más que el oro y la plata, que les podían quitar violentamente, pero que no les podían arrebatar el bien que podían recibir conociendo y sirviendo a Dios. Después de eso, el Sr. Nacquart y su compañero se despidieron del grupo, dejando al enfermo con la esperanza de curarse, y a los demás, la de estar mejor instruidos.

§. V Muerte del Sr. Gondrée, uno de los dos sacerdotes de la Congregación de la misión, y actuación del Sr. Nacquart, único sacerdote en la isla

Aunque los juicios de Dios son incomprensibles, como dice el santo Apóstol, y sus caminos nos son desconocidos, no estamos menos obligados a someternos a ellos y a reconocer que todo lo que El hace, está bien hecho.

Aquellos dos buenos sacerdotes de la Misión, según iban avanzando más y más en el conocimiento de la lengua y de los rincones de la isla, empezaron a trabajar con bendición y éxito en la instrucción y en la conversión de los pobres infieles. Y mira por donde, en medio de las más hermosas esperanzas que su celo les hacía concebir, el Sr. Gondrée se vio atacado por una fiebre que, junto con otras dolencias muy graves, lo llevó de esta vida en pocos días.

He aquí lo que su querido compañero, Sr. Nacquart, le escribió al Sr. Vicente:

«Por los días de Rogativas, el Sr. de Flacourt, nuestro gobernador, quiso que lo acompañara uno de nosotros en un corto viaje que hizo por algunos lugares de la isla. El Sr. Gondrée fue con él, y sufrió mucho en el camino, tanto por causa de los grandes calores, como por la poca comida que tomó por no quebrantar la abstinencia, pues no comió más que un poco de arroz cocido con agua. Eso lo debilitó mucho y volvió a casa con fiebre y con dolores intolerables en las articulaciones. En medio de todos sus males

demostró una gran constancia y unos sentimientos verdaderamente cristianos».

«Durante la fiesta de Pentecostés, aunque yo estaba sumamente afligido por la enfermedad de este buen siervo de Dios, Nuestro Señor me dio fuerzas para atender a la devoción de los franceses y de nuestros catecúmenos, confesando, predicando dos veces al día y dedicándome a la instrucción de estos pobres isleños. Y, entre otros, administré el bautismo a dos jóvenes adultas, que se casaron con dos habitantes del país, que también habían sido bautizados».

«Sin embargo, como la enfermedad del Sr. Gondrée iba agravándose, le administré el santo Viático y la Extremaunción, que recibió con grandísima devoción. Dijo que su mayor disgusto era abandonar a estos pobres infieles. Recomendó a los franceses el temor de Dios y la devoción a la Santísima Virgen, de la que era muy devoto. Me pidió que le escribiera a usted, señor, y que le agradeciera muy humildemente en su nombre la gracia que le había concedido al admitirlo y recibirlo entre sus hijos, y, sobre todo, por haberle escogido entre tantos que había más capaces que él, para enviarlo a predicar el evangelio de Jesucristo en esta isla. Y que pedía a los de nuestra Congregación que dieran gracias a Dios por él. Me dijo también que me debía preparar para sufrir mucho por Nuestro Señor en esta tierra, y esto me lo repitió dos veces. Y habiendo pasado parte de la noche en continuas aspiraciones dirigidas a Dios, murió con gran paz y tranquilidad y entregó su alma a las manos de su Creador catorce días después de caer enfermo».

«Lo enterramos al día siguiente con lágrimas de todos los franceses y también de un gran número de los pobres infieles, que decían que no habían visto, hasta nuestra llegada, hombres que no fueran coléricos ni de mal genio y que les enseñaran las cosas del cielo con tanto afecto y dulzura como hacía el difunto».

«Ya puede usted pensar cuáles fueron los sentimientos de mi pobre corazón al perder a quien he querido como a mí mismo, y que era en esta tierra, después de Dios, todo mi consuelo. Pedí a Nuestro Señor Jesucristo que quisiera comunicarme la parte de gracias que concedía al difunto, para que pueda realizar yo solo el trabajo de los dos. Y he sentido, después de su muerte, el efecto de sus oraciones y una doble fortaleza de cuerpo y de espíritu para trabajar en la conversión de los pobres infieles y en todo lo que pueda contribuir al progreso de la gloria de Dios en esta tierra».

«Después de esto, temiendo ser prevenido por la muerte, me he sentido impulsado a trabajar en lo más necesario, que es componer en la lengua de esta tierra las enseñanzas que se refieren a lo que hay que creer y hacer para la salvación eterna, a fin de que pueda hacerlas familiares, y también dejarlas a los que vengan a esta isla, en el caso de que Dios disponga de mí».

«Después de haber ordenado algo estas enseñanzas, empecé a reunir a los infieles de nuestro vecindario todos los domingos y fiestas, y se extrañaban al verme en tan poco tiempo hablar en su lengua, aunque no hacía más que balbucear lo más necesario para su instrucción. Entre los oyentes, los hijos de un gran señor de una región que estaba a

doscientas leguas de aquí, y que habían venido para sus negocios, acudían asiduamente a escuchar mis catequesis. Y cuando estaban ya para marcharse me dijeron que informarían a su padre lo que habían oído de nuestra religión, que, según decían, les había dejado muy satisfechos. Yo les di esperanzas de que con el tiempo podríamos ir allí. Y después de su marcha, me he enterado que su tierra es mucho mejor y más poblada que el sitio en que estamos, y los habitantes se muestran muy curiosos por asistir a las oraciones de los franceses que van allá a negociar; eso da motivos para creer que allí se podría lograr mucho rendimiento».

«No pierdo ocasión para anunciar a Jesucristo personalmente y por otros, tanto a los negros que viven aquí, como a los negros lejanos adonde van los franceses, a quienes, después de exhortarles a confesarse y a comulgar antes de su viaje y de recomendarles a todos que teman a Dios y den buen ejemplo a los infieles, y suelo encargar a los más inteligentes de entre ellos que aprovechen la ocasión de hablar acerca de nuestra fe, y les doy por escrito las instrucciones necesarias».

«Después de la muerte del Sr. Gondrée, mi querido compañero, en quien yo descansaba y a quien encomendaba el cuidado de nuestro poblado y de los alrededores, no he podido hacer mis correrías tan lejos como antes, porque tengo que estar los domingos y días de fiesta en nuestra iglesita para celebrar en ella la santa misa y el oficio divino, y hacer mis exhortaciones a los franceses y las instrucciones a los infieles de los alrededores. Por eso mis correrías y viajes sólo han sido de cinco o seis días».

«El último mes de agosto estuve en las montañas más próximas, y allí durante el día instruía a los que hallaba en las aldeas, y al anochecer, al claro de luna, repetía la misma instrucción a los que volvían del trabajo. Me sentí muy consolado al ver la docilidad de aquellos pobres infieles, que manifestaban que creían de todo corazón lo que les enseñaba. Y me decía a mí mismo con lágrimas en los ojos: Quid prohibet baptizari?Pero temiendo que no estuvieran todavía muy firmes en la fe, y que abusaran del bautismo, y por no disponer de un sacerdote que los mantuviera en la piedad cristiana, lo dejé todo en manos de la Providencia adorable de Dios. Hubiera bautizado a los niños, pero temía sobre todo que, con el tiempo, no se les pudiera distinguir de los demás, teniendo en cuenta sobre todo que estos pobres isleños cambian a menudo de residencia, y pienso que sería conveniente hacerles alguna señal para distinguirlos. Los que he bautizado en los alrededores de nuestro poblado se reconocen bastante bien, y los llaman ordinariamente en su tierra con los nombres de bautismo; Nicolás, Francisco, etc»

«Sería una cosa muy aburrida querer concretar todas las correrías y los viajes que he hecho, los nombres de los lugares y de las gentes a las que he anunciado a nuestro Señor Jesucristo, y todas las demás particularidades que han sucedido: le puedo decir que no se puede desear mejor disposición para recibir el Evangelio. Todos los que he visto se me han quejado de que los franceses, desde que están comerciando en su tierra, no les hayan hablado de las verdades de la fe, y tienen una santa envidia de los que viven cerca de nuestro poblado. Referiré sólo lo que sucedió el mes de noviembre en una visita que

hice a varias aldeas alejadas de aquí, adonde ya había llevado un gran cartel del juicio final, en cuya parte más alta estaba representado el paraíso, y en la baja, el infierno. Al llegar a cada una de las aldeas yo les gritaba que había ido allí para que sus ojos vieran y sus oídos oyeran las cosas de su salvación. Y después de haberles explicado lo que tenían que creer y hacer para este fin, les descubría el cartel y les hacía ver las estancias de la eternidad y la posibilidad de elegir lo de arriba o lo de abajo, el cielo o el infierno, la pobre gente daban gritos de que no querían de ninguna manera ir con el demonio y que querían estar con Dios. Se quejaban entre ellos, de que sus «ombiasas» no les hablaban de Dios, y que sólo les visitaban por interés y para engañarlos; y, en cuanto a mí, que yo les visitaba y enseñaba gratuitamente».

«He estado también, hace ya algún tiempo, más allá de las montañas, en una Comarca que se llama «Valle de Ambul» Le enseñé el mismo cartel al señor del lugar, y le dije que Dios haría arder para siempre a los que tenían varias mujeres, sabiendo como sabía, que tenía cinco en su casa. Quedó impresionado y noté cómo cambiaba el color de su cara. Vuelto un poco en sí, me rogó que fuera a instruírle, y me prometió que obligaría a sus vasallos a recibir el Evangelio» «Por Navidad visité la región de Anossi, que está poblado por cerca de diez mil personas, y en la actualidad no me quedan más visitas que hacer en las regiones aledañas para dar al pueblo unos someros conocimientos de Jesucristo, y acabar de preparar los caminos In omnem locum, in quem ipse Dominus est venturus Iré lo más pronto que pueda, para que los que vengan encuentren, cuando menos, la tierra un poco roturada».

«No tengo más que decirle, señor, salvo que toda esta pobre gente, que he empezado a instruir, sólo espera el aquae motum, y la mano de algunos buenos Obreros para que los metan en la piscina del santo Bautismo. ¡Cuántas veces evangelizando en el campo, he oído, no sin lágrimas, a esa pobre gente clamar ¿Dónde está el agua que lava las almas, que nos han prometido? Haznos ir ahí, y reza las oraciones. Pero la voy retrasando, por temor a que la pidan todavía materialmente como la Samaritana, que, por librarse de las molestias de ir a sacar agua del pozo, pedía a Nuestro Señor el agua que quitaba la sed, y no conocía aún la que apagaba el fuego de la concupiscencia, y que manaba hasta la vida eterna».

«A nuestra llegada encontramos en esta tierra a cinco niños bautizados, y nuestros Señor ha querido añadir a aquellos otros cincuenta y dos. Aunque hay muchos adultos suficientemente preparados, he diferido su bautismo, hasta que los pueda casar en cuanto se bauticen, para remediar el vicio que es tan común en esta tierra. Pero, tendré sumo cuidado en que ninguno de los que están suficientemente preparados muera sin el bautismo. Hace algún tiempo bauticé a una pobre entrada en años que estaba muy enferma, y Dios hizo ver en ella los efectos de su gracia por los grandes sentimientos de agradecimiento para con su Bondad, que se los inspiró de repente. Ha sido la primera de esta tierra que se ha ido a la eternidad bienaventurada, y su cuerpo ha sido el primero en ser enterrado en el cementerio de los franceses».

«Estoy a la espera de la ayuda y de las órdenes que quiera enviarme; empero, si no puedo progresar mucho, al menos trato de no dejar perder lo comenzado.

¡Qué lástima! ¿Dónde están y qué hacen ahora tantos doctores y tantos sabios, como decía en otro tiempo san Francisco Javier, que están perdiendo el tiempo en las academias y universidades, mientras que tantos pobres infieles Petunt, panem, et non est qui frangat eis.Plegue al Soberano Dueño de la mies atender a sus necesidades, porque, a menos que haya aquí un buen número de sacerdotes para instruir y para mantener el fruto de las enseñanzas, no se podrá avanzar nada, etc»

§. VI Carta del Sr. Bourdaise, sacerdote de la C.M., que contiene la continuación de lo sucedido en las misiones de Madagascar

No se puede decir cuánto se conmovió el Sr. Vicente al enterarse de la noticia de la muerte del Sr. Gondrée, tanto por la pérdida de tan buen Obrero, como por el peligro en que veía al Sr. Nacquart, único sacerdote en la isla, de sucumbir bajo el peso del trabajo que su celo le iba a hacer abrazar. Pero después de bendecir a Dios por todo, y haberse sometido a todas las disposiciones de su santísima Voluntad, en cuanto pudo, se preocupó de elegir algunos misioneros dignos para enviarlos en ayuda de su cohermano en el laboreo de aquella iglesia nueva. Puso los ojos especialmente sobre el Sr. Santos Bourdaise, a quien unió el Sr. Francisco Mousnier, ambos Sacerdotes de su Congregación y muy aptos para aquel trabajo apostólico. Y considerando la magnitud de la obra, que exigía muchos obreros, les añadió inmediatamente otros tres que fueron los Sres. Dufour, Prévost y de Belleville, todos ellos Sacerdotes de la Misión, de virtud probada y muy experimentados en las funciones de su vocación, y que todos han consumado gloriosamente su vida, trabajando en el crecimiento del reino de Jesucristo en aquella tierra infiel. Como el Sr. Bourdaise es quien ha sobrevivido a todos los demás, y ha sido el que más tiempo ha trabajado en el laboreo de aquella nueva iglesia, traeremos aquí una carta que escribió al Sr. Vicente el año 1657, después de la muerte de todos sus cohermanos. En ella le cuenta lo que pasó de más notable en aquellas misiones de Madagascar.

«En estos momentos me faltan totalmente las palabras para poder explicar la amargura de mi pobre alma. Bien sabe Dios cuáles fueron nuestro dolor y nuestras lágrimas derramadas cuando, al llegar a esta isla por primera vez, no encontramos en ella más que las cenizas del Sr. Nacquart, que debía ocupar el lugar de José para recibirnos con honor como a sus hermanos, y el de Moisés para conducirnos por los desiertos terribles de esta soledad»

«La pérdida que poco después sufrí en la persona del Sr. Mousnier, consumido por el celo en menos de seis meses, me fue todavía más de sentir al verme solo para soportar todo el peso. Desde entonces esta llaga ha estado sangrando en mi corazón. Y aunque la esperanza de recibir nueva ayuda con un nuevo envío de misioneros ha aligerado de vez en cuando mi dolor, sin embargo el retraso en el cumplimiento de esta misma esperanza me

ha dado muchas veces motivos de una nueva aflicción. Y lo que es más de lamentar, casi al tiempo que he gozado de este gran bien tan deseado y anhelado, me he sentido arrebatado y lo he perdido todo sin remedio. De modo, mi querido Padre, que me encuentro actualmente en la más extrema desdicha y en situación de no esperar ya realmente nada para el futuro, puesto que nada tengo que perder, ni quizás tampoco que esperar, ya que esta tierra ingrata devora tan cruelmente, no ya a sus habitantes, sino a sus liberadores».

«Entenderá usted perfectamente, señor, todo lo que quiero decirle y que me gustaría poder callarle para ahorrar sus lágrimas y mis suspiros. El Sr. Belleville, a quien sólo conozco de nombre y por el recuerdo de sus virtudes, ha muerto en el camino; el Sr. Prévost ha muerto también, poco después de haber descansado de las fatigas de su viaje; y ha muerto, finalmente, el Sr. Dufour, a quien sólo he visto aquí para conocer lo mucho que iba a perder. Han muerto todos los Hijos que había enviado usted a Madagascar. Y he quedado yo sólo, como desgraciado servidor para darle esta noticia que, aunque triste y tremendamente lamentable, no dejará de darle gozo y consuelo cuando conozca usted la santidad de la vida que llevaron tanto en el mar como en la tierra, y las grandes bendiciones que Dios ha concedido a todas sus tareas desde que abandonaron Francia. Voy a hacerle un breve relato de esto», etc

Sólo Dios conoce bien el dolor del Sr. Vicente por la pérdida de sus obreros, acaecida una tras otra y en un lugar donde eran deseables su conservación y su presencia. Oigamos hablar acerca de esa necesidad al Sr. Bourdaise, y después de haberle oído las noticias aflictivas, veamos los motivos de alegría con que consolaba al Sr. Vicente:

«Si hubiera —dice— *dos o tres sacerdotes, espero que antes de un año casi todo el país de Anossy, aunque es extenso, estaría bautizado. Las aldeas son muy numerosas en esta tierra. No puedo ir muy lejos, y satisfacer a los que vienen a nuestra iglesia. Pero, los principales de estas aldeas dicen que aceptarían bautizarse, si tuvieran alguno que les hiciera rezar. Trato cuando menos de moverlos a desear el bautismo y a hacer actos para que el bautismo in voto supla en la necesidad» «Con el fin de que la gente de aquí retenga con más facilidad las verdades de nuestra fe, he rogado a un francés que entiende muy bien la lengua de esta tierra, que me ayude a traducir palabra por palabra a esa lengua nuestro pequeño catecismo. Así lo ha hecho, y eso me sirve mucho. Ya no utilizo intérprete. Van enfervorizándose cada vez más en nuestra santa fe, y veo todos los días a nuevas personas que vienen a aprender el Pater, el Ave, el Credo, que les enseño y que les explico. Todas las mujeres de Histolangar quieren bautizarse y casarse por la Iglesia. Cuando llegaron los Srs. Dufour y Prévost y estaban todavía en la pequeña isla de Santa María, que no está lejos de ésta, había ya pensado en dejarles a uno en aquel sitio y al otro aquí, y yo me iría a las tierras vecinas a instruir a unos y a otros. Y para no ser carga para nadie, me había propuesto hacer un pequeño almacén de víveres en uno de los principales poblados, situado en el lugar más céntrico del país; y así permanecer de ocho a diez días en un sitio, hasta que hubiera alguno en la aldea que supiera rezar, para enseñar a los demás y les invitara a rezar por las tardes y por las mañanas, como se hace en nuestro poblado. Esos*

planes me gustaban mucho, y frecuentemente les aseguré a los pobres que pronto iría donde ellos para enseñarles a conocer a Dios y a rezarle, ya que lo habían deseado tanto, y que habían venido cohermanos míos para ayudarme; eso les alegraba mucho. Pero Dios ha dispuesto las cosas de otra manera».

«Enseño a esta buena gente que ha recibido el bautismo a confesarse, y espero que antes de Pascua todos se confesarán, si Dios quiere. Son muy asiduos a las oraciones de la tarde y de la mañana, también del mediodía. Los que tienen vergüenza y los ancianos vienen a mi casa y les instruyo en particular».

«Varios piden que se les bautice, pero quiero que antes sepan rezar, y durante ese tiempo es cuando yo les pruebo, y me entero de sus extravíos».

«Algunas personas me han dicho que una de las cosas que les impiden bautizarse es que temen que si los franceses no se quedan durante mucho tiempo en la isla, siendo ellos pocos, los vayan a matar los blancos (isleños)».

«Estoy siempre agotado de tanta gente como viene a todas horas para aprender. Me he visto obligado a hacerles rezar a todos juntos en voz alta en la iglesia; y acuden con mucha exactitud tanto los pequeños como los mayores. Dios ha querido, señor, que todos nuestros cohermanos oigan las suaves nuevas armonías de tantas voces discordantes de jóvenes y de ancianos, de hombres y de mujeres de pobres y de ricos que se han unido en la fe del mismo Dios».

«He bautizado durante estos días a cinco familias de negros, a saber, al hombre, a la mujer y a los hijos».

«He realizado doce matrimonios entre franceses y mujeres de esta tierra; ellas han sido las primeras que han venido a rezar, las primeras bautizadas y las primeras llenas de celo por el honor de Dios: son en este momento ejemplo para las demás mujeres».

«Hemos tenido todas las dificultades imaginables para hacer que se marchen las mujeres públicas. Me he visto obligado a ir a las cabañas con una cuerda para expulsarlas, y eso después de usar en vano de ruegos y de súplicas. El miedo ha conseguido expulsarlas. Tenía el visto bueno del Sr. Gobernador para actuar así» «Cuatro negros, que habían sido bautizados y casados por el difunto Sr. Nacquart, y separados de sus mujeres por las guerras, han podido juntarse de nuevo con muchas dificultades».

«Además de eso, tenemos doce nuevos matrimonios contraídos entre negros, y veintitrés entre franceses y mujeres del país. Esto va multiplicándose poco a poco. Cada uno de los habitantes se ha ido retirando a su poblado; vienen a la iglesia los días de fiesta».

«Me estoy imponiendo en leer y escribir al estilo de esta tierra; para eso llamo a uno de los más grandes y más sabios de los ombiasas».

«Hemos instruido a cuatro niños roandrias, que son hijos de cuatro de los Grandes más importantes del país, que los mandan aquí. Uno está ya bautizado; estoy esperando a nuestros franceses, que están en camino para ser padrinos, y bautizarlos a todos; están deseándolo, se han desprendido de los olys que llevan al cuello y se han puesto cruces en su lugar».

«He estado hablando con un jefe Roandria (hace ya tiempo bauticé a sus dos hijos mayores), para moverlo a bautizarse él y todos los que quedan de su casa, como también a su padre y a su hermano, que son reyes como él; no se ha echado atrás. Ha dejado aquí al más joven de los chicos y me ha permitido bautizarlo. Eso es mucho para un Grande: si estuviera bautizado también él, lo harían muchos más».

«El hijo mayor de otro rey llamado Dian Massa, que está bautizado y es uno de los más valientes de esta tierra, es de muy buen carácter y está muy bien formado reza todos los días ante los suyos. Le he dicho que instruya a su mujer y a su gente y me lo ha prometido».

Tengo aquí a dos niños de dos Grandes de la isla con sus esclavos. Quieren igualmente recibir el bautismo, y se lo administraremos, con la ayuda de Dios, con la mayor solemnidad posible, para que Dios sea más glorificado, y la gente, especialmente los principales, más edificados y excitados a seguir el buen ejemplo que estos dos les darán. Porque hay que confesar que nuestra religión se extiende más con la conversión de un solo noble y gran señor, que si se convierten cien de los del pueblo bajo. La experiencia nos lo hace ver suficientemente».

«El año pasado me informaron que a tres de los más poderosos señores de todo el país, y de los más temidos, no les quedaba nada de tiempo para vivir, que con toda seguridad morirían en cuestión de pocos días. Me vi en situación comprometida, porque sabía que eran personas muy apegadas a sus supersticiones, pero me dejé llevar por la inspiración de Dios. Los fui a ver y Dios les hizo la gracia de abrirles los ojos. Porque, al hablarles de las verdades de nuestra fe y asegurarles que nadie podía ser bienaventurado, ni evitar las penas eternas después de la muerte, si no estaba bautizado, inmediatamente me rogaron que los bautizara, pero que los bautizara al punto, y los sepultaran después de muertos. Les prometí que haría ambas cosas, con tal de que abandonaran todos los olys y las supersticiones que temían, y así lo hicieron inmediatamente. Después de lo cual les concedí el bautismo. Y cuando murieron, me encargué de amortajarlos y de darles sepultura en nuestro cementerio. No puedo callar la alegría y la edificación que me causaron los negros en el momento del entierro. Inmediatamente acudieron en grandísimo número para ver el entierro de los que habían tenido hasta entonces como dioses, y dedicaban mil alabanzas a la religión católica, porque nos habíamos preocupado de amortajar tan honoríficamente a los mismos que, antes del bautismo, sólo nos deseaban mal. Vea usted la gran disponibilidad que tienen estos indios para convertirse, y cuánto contribuyen a eso el ejemplo de los Grandes».

«Me he hecho cargo de tres niños, hijos de nuestros franceses con dos hijos de los reyes de Moobule, los cinco de unos dos años, que es la edad en la que puede uno estar seguro de hallarlos y conservarlos en la inocencia, sobre todo, en la castidad, que aquí es mucho más rara de lo que se puede decir. No hay por qué extrañarse de eso: sus padres y sus madres sólo esperan a que sus hijos de uno y otro sexo tengan el uso de razón para que les enseñen cómo se puede perder la pureza, y lo que es peor, los estimulan a ello, cosa bien de lamentar y que hace ver la gran necesidad que este pobre pueblo tiene de ser instruido».

«Tengo ya desde hace mucho tiempo a otros cuatro niños, que en la actualidad son de siete a ocho años, que me dan mucha satisfacción y esperanza por verlos algún día cooperar en la conversión de los demás. Especialmente, dos de ellos, que ya saben leer y ayudar a misa».

«Estos pobres indios acuden a mí en sus enfermedades, por lo cual doy gracias a nuestro Señor. En el momento que uno se hiere o se pone enfermo, me manda a buscar para recibir un pequeño alivio. Eso me sirve mucho, porque es precisamente en ese momento cuando me escuchan de más buena gana, y ésa ha sido la causa por la que he bautizado a varios niños pequeños, que murieron casi inmediatamente, y, por consiguiente, han subido al cielo. Los hemos enterrado con las ceremonias acostumbradas cuidándonos de que los niños de su edad llevaran velas».

«Fui a ver al señor de la aldea de Imurs; es ya un anciano y está gravemente enfermo, y en presencia de todos sus súbditos, que habían acudido a mi llegada, le hablé de las cosas del otro mundo y de la grandeza de la fe cristiana. Le dije si quería ser bautizado como los cristianos; así se le contaría entre uno de los hijos de Dios. Aquel buen hombre reuniendo lo que le quedaba de sus fuerzas me dijo que deseaba mucho ser cristiano. Por eso, y como la enfermad apremiaba, lo bauticé en presencia de toda la reunión y a continuación hice una exhortación a los presentes. Y volviendome al enfermo, le di unos clavos de especias para fortalecerlo, porque ya no le quedaban fuerzas. Me pidió vino fuerte de Francia; se lo prometí. Me quiso hacer un regalo, pero se lo agradecí, diciéndole que el bautismo es una cosa de tan gran precio, que no hay nada en el mundo que lo pueda pagar. Viéndole tan bien dispuesto, me vine para casa y le envié un poco de triaca y un preparado de jacinto, y al cabo de tres días se curó. Por eso, me siento obligado a la Bondad divina, porque gracias a esos pequeños remedios, a los que Ella da la bendición para los cuerpos, encuentro facilidades en esta buena gente para la curación de las almas».

«Durante la guerra los enemigos fueron de noche a una aldea cercana a la nuestra y mataron a unos veinte hombres, que estaban sometidos a los franceses. Hirieron a una mujer con quince azagayas. Me la trajeron después de diez días, con fiebres muy altas. Las heridas estaban tan infectadas a causa de la podredumbre que no se podía aguantar su hediondez. Aquello era debido a que los pobres no disponen de medios para hacerse curar por los ombiasas, y los pobres heridos dejan así las heridas sin ponerles remedio alguno. Le

di un ungüento que la curó en poco tiempo, con la ayuda de Dios, a pesar de que ella tenía un nervio y una de las venas grandes cortados en el brazo. Cuando se recuperó, me trajo a sus dos hijos para bautizarlos y me los quería dar como esclavos; pero no los quise recibir en cuanto tales, dándole a entender que en nuestra religión no había esclavos».

«Un ombiasa me vino últimamente a buscar para rogarme que fuera a curar en su aldea a un hombre que no dormía nada desde hacía tres meses, y que sufría mucho a causa de un absceso que tenía en el muslo; se le había hinchado mucho y era tan grande como el cuerpo de un hombre; la piel estaba tan dura que el absceso no podía reventar por sí mismo. Cuando vi aquello, tomé un bisturí y le abrí el apostema, que llenó de pus más de un caldero. Aquella pobre gente quedó maravillada. Se curó en tres día. El hombre también tenía otro absceso en el hombro y procedí en la misma manera, y en poco tiempo se le pasó totalmente el mal».

«Existe entre los naturales de esta tierra cierta disentería, o flujo gris, que llaman «sorac». Es debida a algún alimento en mal estado, y dura tres meses del año. Esta enfermedad los mata en ocho días y no disponen de ningún remedio que la sane. Les di un poco de triaca y los curó a todos. He curado a más de cien por la misericordia de Dios: vienen todos donde mí por eso. Hay motivos para esperar que la curaciones corporales los dispondrán para las espirituales, como sucedió con los apóstoles, y también con nuestro Señor, puesto que curaban los cuerpos antes de convertir las almas».

«Tenemos aquí un adivino llamado Rathy, de unos sesenta y nueve años, bajo de estatura, de mirada ingenua y parco en palabras. Este hombre se ha hecho muy famoso por sus adivinaciones, que muchas veces han resultado verdaderas. Hasta los franceses le dan crédito. El año 1654 predijo que en menos de seis semanas verían aquí barcos de Francia: resultó cierto, porque un poco más adelante, llegaron los barcos que había enviado el Sr. Mariscal de la Meilleraye. En otra ocasión, los franceses le preguntaron, si el Sr. de Flacourt que se volvía para Francia, llegaría a buen puerto; respondió que sí, pero que, al acercarse a Francia, se encontraría con tres barcos de guerra enemigos. Y así sucedió, como el Sr. de Flacourt ha podido decirle a usted. También ha acertado en varias predicciones más y yo he sido testigo de ello. Esto me ha hecho dudar, si Dios no le habrá comunicado a este hombre un verdadero don de la profecía, como antiguamente a las Sibilas, en recompensa por alguna insigne virtud moral que tiene; porque parece que es un buen hombre, sencillo, candoroso. Y como suele venir a verme con frecuencia, quise un día enterarme de lo que había. Le pregunté sí hablaba con los cuculambúes, es decir, con los duendes y los espíritus. Me respondió candorosamente que les hablaba y muy a menudo. Me enteré del lugar en donde habitaban aquellos demonios y cómo eran. Me dijo que habitaban en los montes altos y que parecía que sólo tenían el vientre, aunque no comían nada; que algunos los oían hablar y otros no. Le pregunté si no soñaba, cuando dormía, en las cosas que iba a predecir sobre el futuro. Me dijo que su pensamiento le dictaba todo sobre la marcha. Y se lo creí, porque da unas respuestas que no ha podido tener ocasión para consultárselas al demonio, como cuando una persona le preguntó si su padre estaba vivo y cuántos hermanos y hermanas tenía, lo cual él no podía saber. Respondió muy bien

a todo aquello, y sin dudar dijo exactamente lo que había. Le pregunté si aquello le llevaba al bien y si sería bueno rezar. Me respondió ambiguamente, o porque dudaba o porque no se atrevía a decir que no, o por otra razón. Hasta que ya no le volví a insistir más. Le pregunté sólo si el espíritu quería a los sacerdotes. Y me dijo que más bien les tenía miedo: eso me hizo pensar que se trataba de malos espíritus. Ha predicho varias cosas más, pero su verdad no es conocida todavía. Entre ellas, que toda la isla se convertirá y será bautizada. Yo no sabría decir si esta profecía es del buen o del mal espíritu. Dios quiera que veamos cuanto antes su realización. Hay razones para esperarlo, si mis pecados no le ponen obstáculos; porque estoy comprobando con mis propios ojos la verdad de otra predicción parecida; que es, que tanto él, como su mujer y sus hijos serán bautizados un día. Efectivamente él me lo ha prometido que lo haría cuanto antes, y acude todos los días a la oración, y me dice que, cuando sepa rezar bien, irá por las aldeas, como yo, a enseñar a los demás, y desde ahora no quiere responder más a los que le preguntan algunas cosas relacionadas con sus supersticiones, porque, para excusarse, dice que me tiene miedo. Este hombre puede desengañar a muchos sobre la cuestión de los olys, porque es uno de los mayores maestros en esa materia».

«El hambre ha llegado a ser tan grande aquí, que varios negros han muerto de hambre. He hecho una marmita para los niños bautizados y no bautizados, que están encantados por tener todos los días una ración de potaje. Les doy la catequesis al mediodía; durante ella están atentos y modestos; hasta suelen venir las madres a traer a sus hijos pequeños, cosa que me alegra mucho, porque así maman la leche espiritual con gran asiduidad y estoy resuelto a continuar siempre, dado el fruto que se espera. Además de la ración ordinaria, doy limosna a los ancianos y a los niños abandonados por sus madres durante los malos días en que no encuentran casi nada que comer».

«Ya ve usted, señor, por un lado las hermosas y ricas disposiciones para la extensión del reino de Jesucristo en esta isla tan extensa. Son ya, por lo menos, seiscientos los habitantes que han recibido la luz del Evangelio, y el número de los que la desean y la esperan es todavía mucho mayor. Si por la facilidad y la mínima resistencia de esos podemos juzgar de los demás, hay motivos para esperar la misma cosa de todos los habitantes. Es decir, de las cuatrocientas mil almas que hay en esta tierra, y de una multitud innumerable de otras, que en el correr de los tiempos recibirán de sus antepasados esta rica herencia. Sin embargo, a pesar de que yo no soy más que un pobre y pequeño siervo inútil, si yo viniera a faltar, estando como estoy todos los días al borde de la muerte, ¡ay! ¿qué sería de esta pobre Iglesia? Y ¿qué sería de tantos pueblos como quedarían sin instrucción, sin sacramentos y sin ningún guía? Dios, que me hace ver esa situación extrema, me impulsa a postrarme en espíritu a los pies de usted, como lo estoy aquí en el cuerpo, para decirle de parte de tantas almas, con toda la humildad y el respeto que me es posible Mitte quos missurus es. Envíenos misioneros, pues los que han venido a morir a nuestras puertas, no los han enviado a Madagascar para quedar aquí, sino que solamente han sido llamados por este camino al cielo, donde usted tiene tanta necesidad de establecer su Compañía como en la tierra».

«Acabo con una pequeña noticia triste y alegre a la vez, que he sabido hace algún tiempo, a saber, que la madre de Dian Nachicor, uno de los más grandes señores de esta tierra, de más de cien años de edad, había muerto después de haber solicitado insistentemente el bautismo, que no había podido recibir a causa de la distancia del lugar donde estaba. Verdaderamente quedé muy afligido, porque no se me había llamado a tiempo para asistirla en los últimos momentos. Pero como hay razones para esperar, que, en caso de impotencia, el buen deseo que ella manifestó habrá suplido a mi falta y habrá recibido el bautismo interior del Espíritu Santo, mi corazón se ha consolado mucho por ello. He pensado que estaba obligado a darle un lugar entre los neófitos. Probablemente hay muchos otros de uno y otro sexo que se salvan aquí en virtud de ese bautismo espiritual, por no tener ocasión de recibir el otro; pero también hay que confesar que el número de los que se condenan es mucho mayor por no disponer de un hombre que les ayude a salvarse en esta mística piscina. Y eso sí que me causa más dolor, sobre todo, cuando me represento a los ángeles de la guarda que me dicen: Si fuisses hic, frater meus non esset mortuus. ¡Oh misionero! Si hubieras asistido a tal hombre o a tal mujer, no habrían muerto con la muerte eterna! ¡Querido Padre mío! ¡Cuántas veces he deseado que tantos eclesiásticos bien dotados que están en Francia en la ociosidad, y que conocen la gran necesidad de Obreros, hicieran alguna vez semejante reflexión y se persuadieran vivamente que Nuestro Señor en persona les hace estos reproches a cada uno de ellos en particular: O sacer dos! Si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus. ¡Oh sacerdote! Si hubieras estado en esta isla, muchos de mis hermanos rescatados por mi sangre, no habrían muerto con una muerte irreparable! Seguramente que este pensamiento les daría compasión y hasta espanto, sobre todo, si consideran atentamente que, por haberse descuidado en prestar asistencia espiritual, el mismo Jesucristo les dirá un día estas palabras terribles: Ipse impius in iniquitate sua morietur, sanguinem verò eius de manu tua requiram. ¡Oh si los sacerdote, los doctores, los predicadores, los catequistas y otras personas de talento y vocación para estas misiones lejanas se fijaran en todo eso, y, sobre todo, en las cuentas que se les exigirán por tantas almas, que por faltarles la asistencia por su parte se condenarán. No hay duda que se preocuparían, mucho más de lo que lo hacen, en irse lejos a buscar las ovejas descarriadas para traerlas al aprisco de la iglesia»

Como este ferviente misionero se temiera que el Sr. Vicente llegara a perder los ánimos o a cambiar de resolución, viendo morir así a los más excelentes obreros de su Congregación, volvió a la carga:

«Envíenos cuanto antes algunos obreros, se lo conjuro, querido Padre, y si todos esos lamentables sucesos le hicieran dudar sólo un poco de la vocación de nuestra Compañía en este trabajo, fíjese en los proyectos de san Bernardo, cuando aconsejó la Cruzada para conquistar Tierra Santa, y en la historia de las hazañas que realizaron los Israelitas contra la ciudad de Gabaón. Porque, si usted piensa que el resultado de esas expediciones fue bastante malo, aunque Dios había autorizado la primera con un milagro, y la segunda por revelación, confesará con facilidad que el triste final del viaje de nuestros sacerdotes no le debe impedir creer que la vocación de ellos había sido del mismo Dios, que por otra parte le ha dado señales bastante evidentes de ello. Y, además, señor, usted

sabe que Dios mortifica y vivifica, cuando quiere, y que así hay razones para esperar que los otros obreros que su caridad (de usted) enviará, resultarán mejor que los precedentes. Así ocurrió a los israelitas, que, después de haber sido en dos ocasiones derrotados y rechazados por los gabaonitas, quedaron al fin victoriosos y tomaron el pueblo al tercer asalto. Ciertamente, querido Padre, usted ha perdido muchos hijos, y buenas personas, pero le suplico por el amor de Jesucristo que no se desaliente por eso, y no abandone tantas almas rescatadas por el Hijo de Dios. Tenga por cierto que si tantos misioneros buenos han muerto, no ha sido por el aire de esta tierra, sino por las fatigas de su viaje, o por sus mortificaciones excesivas, o también por el trabajo descomedido, que aquí siempre será demasiado grande mientras haya tan pocos obreros».

§. VII Carta del Sr. Vicente al Sr. Bourdaise. Le manda otros cinco misioneros para ayudarle

Las tristes nuevas de la pérdida de tantos misioneros buenos le causaron al Sr. Vicente un dolor muy grande, y no hay duda de que las muertes de los suyos, que 348 le comunicaban, eran otras tanta heridas en su corazón paternal, que sentía una ternura especialísima hacia sus hijos, aunque, por otra parte, permaneciera enteramente sumiso a todas las disposiciones de Dios, a cuya gloria hacía una ofrenda y un sacrificio contínuo de su vida y de la de sus hijos espirituales. Ciertamente, después de aquellas terribles pruebas, había alguna razón como para dudar de si Dios quería servirse de él y de los suyos en aquella misión tan lejana. Y parecía que era una empresa temeraria querer mantenerla en adelante, cuando la voluntad de la Divina Providencia se manifestaba tan contraria. Esa era la forma de pensar de algunos de sus amigos, que seguían más bien la luz de la prudencia humana, que no siempre vale para tener éxito en las obras apostólicas. Pero este buen varón de Dios, iluminado por el Espíritu Santo, reconocía que todas aquellas adversidades y oposiciones eran más bien señales de que Dios aprobaba su empresa, que no obstáculos que su Providencia quería oponer. Por eso, elevándose como una palmera bajo un peso, que habría acabado con un ánimo menor que el suyo, tomó la resolución de continuar lo que había empezado tan bien con la ayuda de la gracia, y en ella ponía su único apoyo

«Decía que la Iglesia universal había sido establecida por la muerte del Hijo de Dios, confirmada por la de los apóstoles, de los papas y de los obispos martirizados; que se había multiplicado por la persecución, y que la sangre de los mártires había sido la semilla de los cristianos; que Dios acostumbraba probar a los suyos, cuando tenía un gran proyecto sobre ellos; que su Divina Bondad daba a conocer que quería ahora más que nunca, que su Nombre fuera conocido y el Reino de su Hijo establecido en todas las naciones; que era evidente que los pueblos isleños estaban dispuestos para recibir las luces del Evangelio, y que seiscientas personas de allí habían recibido ya el bautismo gracias a los trabajos de un sólo misionero que Dios había conservado, y que no sería razonable ni caritativo abandonar al servidor de Dios que gritaba pidiendo ayuda, y abandonar al pueblo que sólo pide ser instruido».

Todas esas consideraciones y otras semejantes le hicieron tomar la decisión de enviar, a fines del año 1659, otros cinco misioneros a aquellas islas lejanas, a saber, cuatro sacerdotes y un hermano, quienes despreciando los peligros y la muerte, se le habían ofrecido y le habían rogado insistentemente ir a sus órdenes a trabajar en aquella peligrosa y difícil misión. Les dio, antes de su partida, la carta siguiente dirigida al Sr. Bourdaise. En ella, como en un dibujo hecho por su mano, se podrá ver la eminencia de su celo y de sus virtudes

«Le manifestaré en primer lugar, señor, —tales son los términos de su carta— *el justo temor en que estamos de que no esté en esta vida mortal, teniendo en cuenta el poco tiempo que sus hermanos que le han precedido, acompañado y seguido, han vivido en esa tierra ingrata que ha devorado a tantos buenos obreros enviados a roturarla. Si todavía sigue vivo ¡qué grande será nuestra alegría, cuando estemos seguros de ello! No le costaría mucho trabajo creerlo si supiera hasta qué punto llega la estima y el afecto por usted, que es tan grande que ninguna persona puede tener con otra uno igual».*

«La última y breve relación que nos envió usted nos ha hecho ver la virtud de Dios en usted y esperar un fruto extraordinario de sus trabajos, y nos ha hecho derramar lágrimas de alegría por la Bondad de Dios, que ha tenido un cuidado admirable de usted y de esos pueblos que está evangelizando, por su gracia, con tanto celo y prudencia por parte suya y con tan buena disposición por parte de ellos para convertirse en hijos de Dios. Pero al mismo tiempo, hemos llorado con su dolor y su pérdida en la muerte de los Sres. Dufour, Prévost y de Belleville, que encontraron su descanso en lugar del trabajo que fueron a buscar, y que aumentaron la pena de usted, cuando esperaba de ellos mayor solaz. Esta separación tan rápida ha sido siempre desde entonces una espada de dolor para su alma, lo mismo que lo había sido antes la muerte de los Sres. Nacquart, Gondrée y Mousnier. Nos ha expresado usted también su sentimiento al darnos la noticia del fallecimiento de ellos, y me he visto tan conmovido por su enorme aflicción como por esas grandes pérdidas. Parece como si Dios le tratara a usted como trató a su Hijo: lo envió al mundo para establecer su Iglesia con su pasión, y parece que quiere introducir la fe en Madagascar solamente por los sufrimientos de usted. Adoro las divinas disposiciones y le ruego que cumpla en usted los designios de Dios. Hay quizás alguno muy especial sobre su persona, ya que, entre tantos misioneros fallecidos, le ha dejado con vida. Parece como si su Voluntad, al querer el bien que ellos desearon realizar, no ha querido impedir su efecto al quitarles de ese mundo, sino producirlo por medio de usted, al conservarle la vida» «Sea lo que fuere, señor, hemos sentido mucho la privación de esos buenos siervos de Dios, y hemos tenido grandes motivos para admirar en esta última ocasión extraordinaria los recursos incomprensibles de su Providencia. Bien sabe El que con todo el corazón hemos besado la mano que nos hería, sometiéndonos humildemente a su golpes tan sensibles, aunque no podíamos comprender las razones de una muerte tan repentina en hombres que prometían mucho en medio de un pueblo que está pidiendo instrucción, y después de tantas señales de vocación que se manifestaban en ellos para hacerse cristianos» «Sin embargo, esta pérdida, lo mismo que las anteriores y los sucesos que luego han tenido lugar, no han sido capaces de disminuir en lo más mínimo nuestra decisión de socorrerle ni

la de exponer la vida de los cuatro sacerdotes y un Hermano que enviamos, los cuales, sintiendo inclinación a su misión, nos han insistido mucho en que los enviáramos»

(Describe aquí sus buenas cualidades para darle el conocimiento de cada uno en particular, y después dice:)

«No sé quien se sentirá más consolado por su llegada: usted, que los ha estado esperando tanto tiempo, o ellos, que tienen un grandísimo deseo de verse con usted. Mirarán en usted a Nuestro Señor y a usted en Nuestro Señor; le obedecerán como a mí mismo, con su gracia. Para ello le pido que tome su dirección. Espero que Dios bendecirá la autoridad de usted y la sumisión de ellos».

«No habría estado tanto tiempo sin recibir socorro, si no hubieran fallado dos embarques que se hicieron. Uno se perdió en el río de Nantes. Iban en él dos de nuestros sacerdotes y un Hermano, que se salvaron por una protección especial de Dios. Murieron cien personas. El otro, que partió el año pasado, fue capturado por los españoles y tuvieron que volverse otros cuatro de nuestros sacerdotes y un Hermano. De forma que no ha querido Dios que le llegara desde aquí ninguna ayuda ni consuelo, sino que ha querido que le llegara El mismo. El ha querido ser su primero y su segundo en esta obra apostólica a la que le ha destinado para demostrar que el establecimiento de la fe es asunto suyo y no obra de los hombres. Así es cómo lo hizo también al comienzo de la fundación de la Iglesia universal, escogiendo solamente a doce apóstoles, que marcharon por toda la tierra para anunciar la venida y la doctrina de su divino Maestro. Pero cuando empezó a crecer esta santa semilla, su Providencia hizo que aumentara el número de Obreros, y El hará también que su Iglesia naciente, multiplicándose poco a poco, se vea provista al fin de sacerdotes que vivan para cultivarla y extenderla».

«¡Ah, señor! ¡Qué feliz es usted por haber puesto los primeros fundamentos de ese gran proyecto, que habrá de enviar tantas almas al cielo, que no hubieran entrado nunca, si Dios no derramara en ellas el principio de vida eterna por los conocimientos y los sacramentos que les administra! ¡Ojalá pueda usted con ayuda de su gracia seguir mucho tiempo en ese santo ministerio y servir de regla y de entusiasmo a los demás misioneros! Es la súplica que muchas veces le hace toda la Compañía, ya que siente una devoción especial en encomendar a Dios a usted y a sus trabajos. Pero en vano le pediríamos a Dios su conservación, si usted mismo no coopera a ello. Le ruego, pues, con todo el cariño de mi corazón, que tenga mucho cuidado de su salud y de la de sus hermanos. Puede juzgar por su propia experiencia la necesidad recíproca que tenemos unos de otros, y lo mucho que los necesita el país. El temor que manifiesta de que nuestros queridos difuntos hayan adelantado su muerte por el exceso de sus trabajos le tiene que obligar a moderar su celo. Más vale tener fuerzas de más que carecer de ellas. Pida a Dios por nuestra pequeña Congregación, pues tiene mucha necesidad de hombres y de virtud por las grandes y diversas cosechas que se ofrecen por todas partes, tanto entre los eclesiásticos como entre los pueblos. Pida también a Nuestro Señor por mí, que ya no duraré mucho tiempo por causa de mi edad que pasa de los ochenta años, y de mis piernas enfermas, que ya no me

quieren llevar. Moriría contento si supiera que vive usted y cuántos son los niños y adultos que ha bautizado; pero, si no puedo saberlo en este mundo, espero verlo delante de Dios, en quien soy»,etc

Los cinco misioneros partieron de Francia, y se embarcaron a fines del año 1659; y la Providencia ha querido que se hayan visto obligados a volver a París al cabo de dieciocho meses por haber naufragado el barco que los llevaba a la altura del Cabo de Buena Esperanza. Todos los que estaban dentro del barco se salvaron, gracias a Dios. Aquellos buenos misioneros permanecieron allí, hasta que la armada de los holandeses, que pasaba por allí diez meses después del naufragio, los trajo a Francia

El Sr. Vicente ya había muerto para cuando llegó la noticia de este último accidente, que lo habría seguramente afligido en el último momento. De manera que fueron diecinueve o veinte las personas de su Compañía que había hecho embarcar en momentos diversos para ir a trabajar en la conversión de los habitantes de aquella isla, y para fundar entre ellos el imperio de Jesucristo. De ellos siete murieron en aquel trabajo glorioso, contando entre ellos al Sr. Bourdaise, que quedó el último. Y los demás se vieron obligados a volver por órdenes secretas e incomprensibles de la Providencia de Dios, que no les permitió ir a cultivar aquella pobre Iglesia naciente

Quien ocupa en la actualidad el lugar del Sr. Vicente ha mandado inmediatamente a cinco misioneros el mes de diciembre del año 1662, para que fueran a trabajar en aquella misión. Se han visto obligados a detenerse en Nantes hasta el mes de mayo siguiente, y, por fin, se han embarcado con el mismo deseo de trabajar y de sufrir para procurar que Dios sea conocido y glorificado entre los pobres isleños, deseo que ha animado a todos los que los han precedido en aquella misión. Y poco después se ha sabido que ya han llegado allí por la gracia de Dios.

SECCION X pág. 351: Misión de Polonia

La Serenísima Reina de Polonia, movida por un gran deseo de promover el bien espiritual de sus súbditos y de hacer reinar a Jesucristo en sus corazones, al ver la gran necesidad que para eso tenían de ser instruidos y ayudados, pidió a tal efecto al Sr. Vicente sacerdotes de su Congregación el año 1651. El buen siervo de Dios, deseando corresponder a los designios de la virtuosísima princesa, y conociendo por otra parte la gran necesidad que tenían las extensas provincias de aquel Reino de ser tratadas de la forma como se hacen en otras partes por medio de las misiones, resolvió enviar allí algunos de sus sacerdotes. Entre los que destinó para trabajar en aquella misión, escogió especialmente al difunto Sr. Lamberto, que era su asistente en la misión de san Lázaro, y como su brazo derecho, de quien recibía mucha ayuda y descanso en los asuntos de su

Congregación, por ser un hombre de buena salud, muy trabajador y sabio en el consejo. Sentía también hacia él un aprecio y afecto muy especial.

Y, sin embargo, por una norma de virtud heroica, y por un total desprendimiento de toda clase de criaturas, incluso de aquellas a las que más santamente estaba unido por el bien de su Congregación, se privó de buen grado del fiel cooperador y de todas las ayudas que podía recibir de él, haciendo así un holocausto perfecto de todas las cosas y de sí mismo a Nuestro Señor. Envió, pues, a ese digno misionero y lo destinó como superior de la nueva fundación. Y Dios le hizo la gracia de llegar felizmente con su pequeño grupo a Polonia. Allí se encontró con abundante materia, no solamente para trabajar, sino también para sufrir y para inmolarse, como otro Isaac, por pura obediencia, a todas las disposiciones de la voluntad de Dios. Desde que llegó con los suyos a aquel Reino, Dios quiso que fuera (el reino) afligido por la guerra o por la peste, o por el hambre, o por las tres plagas juntas. He aquí lo que la Reina de Polonia se tomó la molestia de escribir de su puño y letra sobre todas esas cosas al Sr. Vicente el mes de septiembre de 1652.

«Sr. Vicente: le agradezco mucho todas esas muestras de afecto y la alegría que me demuestran por la salud que ha recobrado el Rey, mi señor, así como por la mía»

«El buen Sr. Lamberto, viendo el miedo que los polacos tienen a la peste quiso ir a Varsovia para poner allí un poco más de orden del que había en la forma de atender a los pobres. Yo di órdenes para que lo hospedasen en el castillo en las mismas habitaciones del Rey. Recibo todos los días noticias suyas y todos los días le recomiendo que no se exponga al peligro. Tiene consigo todo lo que necesita para volver a mi lado, una vez que haya quedado bien asentado el orden que hay que poner, y le exhorto a que se apresure cuanto antes a venir junto a mí. Sin esa enfermedad, que ha trastornado todos nuestros proyectos, hubiéramos acabado ya la fundación de Varsovia. Hace pocos días que llegaron sus Hijas de la Caridad, de lo que estoy muy satisfecha. Me parecen muy buenas Hermanas, etc»

Uno de los primeros trabajos que Dios preparó a la virtud y al celo del Sr. Lamberto y de sus cohermanos fue dedicarse a servir y a procurar toda clase de bienes y de ayudas espirituales y corporales a los pobres de la gran ciudad de Varsovia, que llegó a estar en total desolación y abandono durante el tiempo en que la epidemia asolaba esta Provincia. Veamos lo que el Sr. Vicente le escribió sobre ese asunto a un superior de una de las casas, según las noticias que había recibido de aquellas tierras.

«Los misioneros de Polonia están trabajando con mucha bendición. Siento no disponer de tiempo para contarle detalles; le diré solamente que, como la peste ha atacado seriamente a Varsovia, que es la ciudad donde reside el Rey, todos los habitantes que podían huir, han abandonado la ciudad. En ella, lo mismo que en todos los sitios atacado por la enfermedad, ya no existe casi ningún orden sino, por el contrario, un desorden casi absoluto; nadie entierra a los muertos, sino que los dejan por la calle; allí se los comen los perros. Apenas una persona se ve atacada por la enfermedad en una casa,

los demás la sacan a la calle, donde muere sin remedio, pues nadie les lleva de comer. Los pobres artesanos, los criados y las criadas, las pobres viudas y los huérfanos, todos se ven totalmente abandonados, no encuentran trabajo, ni a quién pedirle un trozo de pan, porque todos los ricos han huido. En medio de esa desolación fue enviado allá el Sr. Lamberto, para remediar todas esas necesidades. Y, en efecto, gracias a Dios, empezó a poner orden en todo, haciendo enterrar a los muertos y llevando a los enfermos que estaban abandonados a lugares adecuados para que fueran allí atendidos y asistidos corporal y espiritualmente. Eso mismo lo ha hecho también con otros pobres que estaban atacados por enfermedades no contagiosas. Y hasta ha llegado a preparar tres o cuatro casas diferentes y separadas unas de otras, para que sirvieran de hospicios u hospitales, y ordenó que se retirasen y alojasen allí todos los demás pobres que no estaban enfermos, los hombres en una parte y las mujeres con los niños en la otra, asistiéndoles allí con limosnas y donativos de la Reina».

He ahí una muestra de las grandes obras en las que ha estado ocupado ese virtuoso sacerdote con sus cohermanos en aquella tierra. Su celo encontraba todos los días nuevos motivos y nuevas ocasiones para actuar. Pero la Providencia de Dios, contentándose con los trabajos ya realizados y con la fervorosa voluntad que tenía para seguir en su servicio, quiso concederle la recompensa y la corona antes de que hubiera acabado la carrera que él se había propuesto. Porque en el mes de enero del año 1653, estando ocupado en plena cosecha de almas, Dios quiso retirarlo de esta vida, para darle un descanso eterno en la otra. He aquí la carta circular que el Sr. Vicente remitió a las casas de su Congregación el mes de marzo siguiente, que contiene sus sentimientos en la pérdida de tan gran misionero

«El santo consuelo de Nuestro Señor —dice— *esté con todos vosotros para soportar con amor la incomparable pérdida que la Compañía acaba de tener en la persona del difunto Sr. Lamberto, que falleció el día 31 de enero último. Sólo ha estado tres días enfermo, pero con una enfermedad tan dolorosa, que, aunque muy sufrido, llegó a decir que no la podría aguantar mucho tiempo sin morir, como efectivamente murió de ella, después de haber recibido todos los sacramentos de manos de uno de los sacerdotes de nuestra Compañía. El confesor de la Reina de Polonia me dice que lo ha lamentado todo el mundo y que, según el sentir de los hombres, es difícil hallar un eclesiástico más cabal y más apto para la obra de Dios. Y añade que puede llamársele Dilectus Deo et hominibus, cuius memoria in benedictione est.Era —dice— una persona que buscaba únicamente a Dios, y no ha habido nunca nadie que en tan poco tiempo haya ido a más en los favores y el aprecio del Rey y de la Reina que este querido difunto, ni se ha visto a nadie que haya tenido una aceptación más universal; porque, por todos los sitios por donde ha pasado, ha difundido la fragancia de sus virtudes. Esos son los sentimientos del confesor de la Reina. Y Su Majestad, que me ha escrito una hermosa carta de su puño y letra después de expresarme la satisfacción que había tenido por su asesoramiento y el sentimiento que tenía en su muerte, acababa con estas palabras: Finalmente, si usted no me manda un segundo Sr. Lamberto, no sabré yo qué hacer»*

«No dudo, señores, que este accidente, que ha afligido a toda la Compañía, les conmoverá sensiblemente. Pero ¿qué? La forma de actuar de Dios es adorable, y nosotros debemos amar sus visitas y sus efectos. Eso es lo que trataremos de hacer en esta tribulación con la confianza de que nuestro difunto nos será más útil en el cielo, que si hubiera estado en la tierra. Pensamos destinar a alguno para ocupar su sitio, con el fin de no abandonar la obra de Dios en aquel Reino, pues las necesidades son extremas. Y por eso nuestros sacerdotes que están allí necesitan disponer de un hombre de valor. Quiera Dios dárnoslo».

El Sr. Vicente puso sus ojos, para enviarlo a Polonia a ocupar el puesto del virtuoso difunto, en el Sr. Ozenne, antiguo sacerdote de la Compañía y muy buen misionero, que había trabajado con gran bendición y que finalmente se consumió en esos trabajos y murió unos años más tarde en aquel Reino

La epidemia seguía con fuerza en la ciudad de Varsovia, y,para mayor aflicción, la guerra se encendía en todos los lados de Polonia, pues los suecos irrumpieron por un lado y los moscovitas por otro. A causa de eso la Reina, al ver la ciudad de Varsovia atacada por un lado por la plaga de la peste, y por el otro, expuesta a las invasiones de peligrosos enemigos, decidió retirar a una parte de los misioneros para librarlos del peligro, y dejó en Varsovia solamente a dos que, animados por el celo de quien los había enviado, han sufrido lo indecible en el servicio y la asistencia de los pobres, especialmente de los más abandonados, manteniéndose firmes en el puesto que se les había confiado en medio de los peligros de muerte que los rodeaban por todas partes, debido a las dos plagas de guerra y de peste. Y eso durante varios años en los que siempre han perseverado consolando y sirviendo a los pobres, administrándoles los sacramentos, tanto estando sanos como enfermos, y prestándoles toda clase de ayudas con un valor y una caridad, que conmovió tan fuertemente el corazón del Sr. Vicente, que cierta tarde, al final de una conferencia que tenía para toda la Comunidad, al recomendar a aquellos dos sacerdotes a las oraciones de todos los presentes, se aprovechó de la ocasión para animarlos con el ejemplo de los sufrimientos.

«Uno de ellos —dijo— *está mal de estómago, restos de una peste mal curada. Acabo de entrarme de que le han aplicado fuego en la punta de una costilla que estaba careada y su paciencia es tal, que no se queja nunca. Sufre todo con una gran paz y tranquilidad de espíritu. Otro se afligiría al verse enfermo a trescientas o cuatrocientas leguas de su tierra. Diría: ¿Por qué me han enviado tan lejos? ¿Por qué no me sacan de aquí? ¿Es que me quieren abandonar? Los demás están en Francia bien tranquilos, y ¿me dejan morir en tierra extranjera? Eso es lo que diría un hombre carnal, de acuerdo con sus sentimientos naturales, y que no entrase en los de nuestro Señor doliente poniendo su felicidad en sus sufrimientos. ¡Oh! ¡Qué hermosa lección nos da ese fiel servidor suyo para que amemos todos los estados, en los que la divina Providencia nos quiera poner! En cuanto al otro, vean cómo trabaja desde hace tiempo con una paz de espíritu y una seguridad maravillosa, sin cansarse por los trabajos tan continuos, ni desanimarse por las incomodidades, ni asustarse por los peligros. Los dos están indiferentes ante la muerte y la*

vida, y humildemente resignados a lo que Dios disponga. No me muestran ninguna señal de impaciencia ni de murmuración; al contrario, parecen dispuestos a sufrir más todavía. ¿Estamos nosotros así, señores y hermanos míos? ¿Estamos dispuestos a sufrir las penas que Dios nos va a enviar, y a ahogar los movimientos de la naturaleza, para no vivir más que la vida de Jesucristo? ¿Estamos dispuestos a ir a Polonia, a Berbería, a las Indias a ofrendarle en sacrificio nuestras satisfacciones y nuestras vidas? Si es así, bendigamos a Dios; pero si, por el contrario, hay quienes tienen miedo a dejar sus comodidades, quienes son tan tiernos que se quejan por la menor cosa que les falta, y tan delicados que quieren cambiar de casa y de trabajo porque el aire no es bueno y la comida es pobre, y porque no tienen suficiente libertad para ir y venir, en una palabra, señores, si algunos de nosotros son todavía esclavos de la naturaleza, si viven entregados a los placeres de sus sentidos, como es este desgraciado pecador que les habla, que a sus setenta años es todavía totalmente profano, que se consideren indignos de la condición apostólica a la que Dios los ha llamado, y que queden confundidos, cuando vean a sus hermanos que la practican tan dignamente, y que están tan lejos del espíritu y del valor de ellos».

«Pero, ¿qué es lo que no han pasado en aquel país? ¿El hambre? La hay. ¿La peste? La han pasado los dos, y uno por dos veces. ¿La guerra? Están en medio de los ejércitos, y han pasado por las manos de los soldados enemigos. En fin, Dios los ha probado con todas las plagas. Y nosotros estaremos aquí como unos hogareños sin brío y sin celo. Veremos exponerse a los demás a los peligros en servicio de Dios, y estaremos tan asustados como unas gallinas mojadas. ¡Qué miseria! ¡Qué nimiedad! Vean: veinte mil soldados se marchan a la guerra a sufrir toda clase de males; uno perderá un brazo, otro una pierna y algunos la vida por un poco de viento y por unas esperanzas muy inciertas. Y, sin embargo, no tienen miedo, y no dejan de correr a ella como tras de un tesoro. Mas para ganar el cielo, señores, no se mueve casi nadie; y con frecuencia quienes tratan de conseguirlo llevan una vida tan floja y tan sensual, que es indigna no sólo de un sacerdote y de un cristiano, sino de un hombre razonable. Y si hubiera entre nosotros individuos semejantes a éstos serían cadáveres de misioneros. ¡Ea pues! ¡Dios mío! Sé siempre bendito y glorificado por las gracias que haces a los que se abandonan a Tí. Sé Tú mismo su alabanza, por haber dado a esta Compañía a esos dos hombres de gracia».

«Démonos a Dios, señores, para ir por toda la tierra a llevar su santo Evangelio, y en cualquier sitio adonde nos lleve, mantengámonos en nuestro puesto y en nuestras obras hasta que su beneplácito nos retire. Que las dificultades no nos quebranten, va en ello la gloria del Padre Eterno, y la eficacia de la palabra y de la pasión de su Hijo. La salvación de los pueblos, y la nuestra, es un bien tan grande, que merece que la consigamos al precio que sea, y no importa que muramos antes de tiempo; y si morimos con las armas en la mano, seremos más felices por ello, y la Compañía no será más pobre, porque Sanguis martyrum, semen est Christianorum. Por un misionero que dé la vida por caridad, la Bondad de Dios suscitará a muchos que harán el bien que aquél haya dejado de hacer. Que cada uno de nosotros se decida a combatir al mundo y a sus máximas, a mortificar la carne y las pasiones, a someterse a las órdenes de Dios y a consumirse en los trabajos de nuestro estado en cumplimiento de su voluntad, en la parte del mundo que a El

le plazca. Tomemos ahora todos juntos esta resolución, pero hagámosla en el espíritu de Nuestro Señor con la perfecta confianza de que nos ayudará cuando lo necesitemos. ¿No quieren ustedes eso, hermanos del seminario? ¿No quieren ustedes eso, hermanos estudiantes? No se lo pregunto a los sacerdotes, porque indudablemente están todos dispuestos a ello. Sí, Dios mío: todos queremos responder a los designios que tienes sobre nosotros. Eso es lo que nos proponemos todos en general y cada uno en particular, contando con tu santa gracia. No tendremos tanto amor ni por la vida ni por la salud, ni por nuestras comodidades y descansos, ni por un sitio ni por otro, ni por ninguna cosa del mundo que pueda impedirte, buen Dios, hacernos esa misericordia, que te pedimos unos por otros.

No sé, señores, cómo les he podido decir todo esto; no lo había pensado, pero he quedado tan conmovido por todo lo que se ha dicho, y, por otro lado, tan consolado por las gracias que Dios ha dado a nuestros sacerdotes de Polonia, que me he dejado llevar para comunicar así a sus corazones los sentimientos del mío» .

Por este discurso podemos conocer el espíritu del que estaba animado el Sr. Vicente y de qué forma trataba de insinuárselo a los demás; como también la alegría que sentía cuando veía a los sacerdotes de su Congregación prestos y dispuestos a exponerse con valor a los peligros y a abrazar con constancia los sufrimientos y las cruces para promover el progreso del servicio de Dios y de la salvación de los pueblos; y entre éstos sentía siempre una ternura especial por los más atribulados y más abandonados, y trataba de ayudarlos en cuanto podía. Así es como ha hecho entre otros por lo que toca al gran Reino de Polonia, que estaba aquellos años abrumado por todos los lados a causa de las guerras y de las enfermedades y, además, por estar infectado por varias herejías tanto antiguas como modernas. Por eso, no contento con enviar allí Obreros de su Compañía, usaba también de oraciones y recomendaciones fervorosas y frecuentes tanto en su casa como fuera. Veamos en qué términos habla acerca de este asunto a la Comunidad de San Lázaro el mes de agosto del año 1655.

«La Reina de Polonia, que tiene tantas atenciones con nuestra Compañía, nos recomienda en todas sus cartas que recemos a Dios por aquel Reino, tan necesitado de ayuda, para que Dios lo mire con ojos de piedad por estar atacado por todas partes». Y el mes de septiembre del año 1656: «*nos humillaremos mucho ante Dios, —dice— porque ha querido (si lo que dicen es verdad) suspender aún la espera del bien, que le hemos pedido tan frecuentemente y con tanta insistencia, porque nuestros pecados son seguramente la causa de ellos. Corre un rumor que no es seguro y que aún no está confirmado, que no sólo no se han pacificado todavía las revueltas de Polonia, sino que el Rey, que disponía de un ejército de cerca de cien mil hombres y que había presentado batalla, la había perdido. Una persona de categoría de la corte de Polonia me había escrito que la Reina iba en busca del Rey, y que sólo estaba a dos jornadas del ejército. Su carta es del 28 de julio, y corre el rumor de que la batalla había tenido lugar el día 30. Si eso es cierto, la persona de la Reina no estaría segura. ¡Ah, señores! ¡Ah, hermanos míos! Debemos llenarnos de confusión, porque nuestros pecados han disuadido a Dios de concedernos el efecto de*

nuestras oraciones. Llenémonos de dolor por ese grande y extenso Reino, al que atacan con tanta fuerza, y que está perdido, si la noticia es cierta. Mas aflijámonos por la Iglesia que se va a perder allí, si el Rey termina por sucumbir, porque la religión sólo se puede mantener allí gracias al Rey, y la Iglesia va a caer en manos de sus enemigos en aquel reino. El moscovita tiene ya en su poder más de cien o ciento veinte leguas de extensión, y el resto está en peligro de ser invadido por los suecos. ¡Oh! ¡Cuidado! ¡Que todo esto no sea motivo para temer lo que quería indicar el Papa Clemente VIII, que era un santo varón, apreciado no sólo por los católicos, sino también por los herejes, un hombre de Dios y de paz, a quien alababan sus mismos enemigos! Y por lo que a mí toca, he oído a luteranos que alababan y apreciaban su virtud. Este Santo Padre había recibido a dos embajadores de parte de príncipes de Oriente, donde la fe comenzaba a extenderse, y queriendo dar gracias a Dios en presencia de ellos, ofreció a su intención el santo sacrificio de la misa.

Cuando estaba en al altar, en el Memento lo vieron llorar, gemir y sollozar. Aquello les llenó de gran admiración, de forma que, después de terminar la misa, se tomaron la libertad de preguntarle cuál era el motivo de sus lágrimas y gemidos en una acción que sólo debía causarle consuelo y alegría. Y les dijo con sencillez, que era cierto que había empezado la misa con gran satisfacción y contento, viendo el progreso de la religión católica; pero que ese contento se había convertido en tristeza y amargura a la vista del detrimento y las pérdidas que le ocurrían todos los días a la Iglesia a causa de los herejes. De manera que tenía motivos para temer que Dios la quisiera trasladar a otro sitio. Debemos, señores y hermanos míos, entrar en esos sentimientos, y temer que nos sea quitado el reino de Dios. Es una desgracia lamentable la que estamos viendo ante nuestros ojos: seis Reinos arrebatados a la Iglesia, a saber: Suecia, Dinamarca, Noruega, Inglaterra, Escocia e Irlanda; y además de eso, Holanda, y gran parte de las Alemanias, y varias de las grandes ciudades hanseáticas. ¡Oh Salvador! ¡Qué pérdida! Y después de eso estamos todavía en vísperas de ver el gran Reino de Polonia perdido, si Dios por su misericordia no lo guarda».

«Es muy cierto que el Hijo de Dios ha prometido que estaría en su Iglesia hasta el fin de los siglos; pero no ha prometido que esta Iglesia estaría en Francia, o en España, etc. Ha asegurado que no abandonaría a su Iglesia, y que ésta perduraría hasta la consumación del mundo en algún lugar del mundo, pero no concretamente aquí o allí. Y si había algún país donde hubiera debido dejarla, parece que no hay lugar más digno de preferencia que la Tierra Santa, donde El nació y empezó su Iglesia, y realizó tantas y tantas maravillas; sin embargo, fue a aquella tierra, por la que tanto había hecho y tanto se había complacido, a la que quitó primero su Iglesia, para dársela a los gentiles. Antiguamente a los hijos de aquella misma tierra les quitó también el arca, permitiendo que fuera capturada por sus enemigos los filisteos, prefiriendo, por así decir, ser hecho prisionero con su arca, sí, El mismo prisionero de sus enemigos, antes que quedarse entre unos amigos que no cesaban de ofenderlo. Así es como Dios se portó y sigue portándose todos los días con los que, a pesar de deberle tantas gracias, le provocan con toda clase de ofensas, como lo hacemos nosotros miserables. ¡Ay de aquel pueblo al que Dios dice: «No quiero nada de vosotros, ni sacrificios, ni ofrendas; ni vuestras devociones ni vuestros

ayunos me agradan, no quiero ni verlos. Lo habéis ensuciado todo con vuestros pecados; os abandono; marcha os; no tendréis parte conmigo».¡Ay Señores, qué desgracia!».

«Pero, ¡oh salvador! ¡qué gracia ser del número de los que Dios desea servirse para trasladar sus bendiciones y su Iglesia! Podemos verlo por la comparación con un señor desgraciado que se ve obligado a huir y a marcharse al destierro por culpa de una necesidad, de la guerra, del incendio de sus posesiones, o por la desgracia de un príncipe, y que, en medio de la ruina de todas sus fortunas ve a algunos que vienen a ayudarle, que se ofrecen a servirle y a transportar todo lo que tiene. ¡Qué alegría y qué consuelo para aquel gentilhombre en medio de su desgracia! ¡Ay señores y hermanos míos! ¡Qué gozo sentirá Dios si, en la ruina de su Iglesia, en medio de esos trastornos que ha causado la herejía, en el incendio que la concupiscencia ha provocado por todas partes, se encuentra con algunas personas que se le ofrecen para trasladar a otro sitio, si se puede hablar así, los restos de su Iglesia, o para defender o conservar aquí lo poco que quede! ¡Oh Salvador! ¡Qué gozo sientes al ver a estos servidores y a este servidor para defender y mantener lo que aquí te queda, mientras que van otros a conquistar para Tí nuevas tierras! ¡Ay señores, qué motivo de alegría! Veis cómo los conquistadores dejan una parte de sus tropas para guardar lo que poseen, y envían a los demás a conquistar nuevas plazas y extender su imperio. Así es como debemos obrar nosotros: mantener aquí animosamente las posesiones de la Iglesia y los intereses de Jesucristo, y entretanto trabajar incesantemente por realizar nuevas conquistas y hacer que lo reconozcan los pueblos más lejanos».

«Un autor de una herejía me decía en cierta ocasión: Dios se ha cansado final mente de los pecados de todos estos lugares, está encolerizado y ha resuelto quitarnos la fe, de la que nos hemos hecho indignos. ¿No seráañadía una teme ridad oponerse a los designios de Dios, empeñarse en defender a la Iglesia a la que ha decidido condenar? De mí puedo decirle —seguía diciendo— que quiero trabajar en este empeño de destruirla.¡Ah señores! Quizás decía la verdad al señalar que Dios, por nuestros pecados, quería quitarnos la iglesia. Pero mentía en lo que decía que era una temeridad oponerse a Dios en esto y en trabajar por conservar y defender su Iglesia; porque lo pide y hay que hacerlo. No es ninguna temeridad ayunar, mortificarse, rezar para aplacar su cólera, combatir hasta el fin para sostener y defender la Iglesia en todos los lugares en que se encuentra. Y si hasta ahora parece que nuestros esfuerzos han sido inútiles por culpa de nuestros pecados, al menos por los efectos así parece, no por eso hemos de desistir, sino humillándonos profundamente, continuar nuestros ayunos, nuestras comuniones y plegarias, junto con todos los buenos servidores de Dios que ruegan incesantemente por esta misma intención. Y hemos de esperar que, finalmente, Dios con su gran misericordia se dejará conmover y nos escuchará. Humillémonos, pues, todo lo que podamos por nuestros pecados, pero tengamos confianza y mucha confianza en Dios, que desea que sigamos rogando cada vez más por ese pobre Reino de Polonia tan desolado y que reconozcamos que todo depende de El y de su gracia».

Hasta aquí las palabras del Sr. Vicente, que nos hacen ver cómo era el fervor de su celo, con el que quería inflamar los corazones de los suyos. Parecía que el siervo de Dios

animado por una santa confianza en su infinita misericordia, quería conseguir al precio que fuera lo que pretendía: la protección de Dios sobre el Reino de Polonia, y la conservación de la religión católica en el peligro inminente en el que la veía. A tal fin, les hacía humillarse y dolerse incesantemente ante Dios, y ofrecer sus oraciones, sus comuniones y sus penitencias. Y eso durante años, y casi todas las veces que su Comunidad se reunía, después de la oración, o al final de las conferencias, es decir, dos o tres veces por semana, sin cansarse de repetir las mismas cosas. Y no se puede decir cómo eran los suspiros y los impulsos de su corazón hacia Dios, las mortificaciones que practicaba y las recomendaciones que hacía también a los de fuera, en todas la reuniones y conferencias en las que se hallara, para conseguir de Dios gracias tan deseadas. Y después de su muerte, un virtuoso eclesiástico ha contado que cierto día en una reunión en la que estaban ambos, el gran siervo de Dios habló con tanto sentimiento acerca de las miserias del pobre Reino de Polonia para mover a los oyentes a encomendarlo a Dios en sus oraciones, que arrancó lágrimas de los ojos de todos.

Finalmente, quiso Dios escuchar sus oraciones y darle antes de morir el consuelo de conocer el restablecimiento del Rey de Polonia en todas las Provincias que había perdido. Los suecos y los moscovitas fueron expulsados, sus más terribles enemigos derrotados y obligados a firmar la paz, y, por fin, la Iglesia y la religión católica mantenida y conservada a pesar de todos los esfuerzos de los que querían destruirla.

SECCION XI pág. 358: Misión de las islas Hébridas

Si la señal más segura de una caridad perfecta es preferir incomparablemente los intereses de nuestro Señor Jesucristo a los suyos propios, o por mejor decir, olvidar todos los intereses propios, e intererarse únicamente por los de Jesucristo, se puede decir en verdad que el Sr. Vicente poseyó esa virtud en un grado eminentísimo de perfección. Porque en todas sus empresas siempre puso bajo sus pies todo lo que se refería a sus propios intereses, o a los de los suyos, y se preocupó únicamente de la gloria y del servicio de su divino Maestro. Todas las misiones que hemos referido en las secciones anteriores son pruebas evidentes de eso, pero especialmente las que vamos a tratar en ésta. En ella verán que el puro motivo de la caridad fue lo que llevó al Sr. Vicente a emprenderla, ya que ninguna clase de ventajas terrenales le podía mover a semejante tarea.

Y para conocerlo mejor, se ha de saber que las islas llamadas Hébridas, que son muy numerosas pero muy pequeñas en extensión, están situadas en el norte de Escocia, en un clima frío que las hace estériles. Como consecuencia, los habitantes se ven reducidos a una pobreza tal, que los que pasan por notables y mejor acomodados se ven obligados al pan de avena, y la mayor parte no tiene más muebles que la paja, que les sirve de cama y de mesa, y en algunos casos, de manteles y servilletas. De ahí se puede deducir fácilmente cómo será la pobreza del pueblo bajo.

Esa miseria e indigencia ha sido la causa de que, habiéndose suspendido la práctica de la religión católica y expulsado a los sacerdotes, desde los días en que Inglaterra se separó de la Iglesia Romana, haya habido muy pocos ministros o predicadores de la nueva religión que hayan querido permanecer allí. Y así, los pobres habitantes de las islas se han visto reducidos en su mayor parte a tal penuria en la asistencia espiritual, que se han llegado a encontrar ancianos de ochenta, de cien años y más, que no habían sido bautizados. De ahí se podrá juzgar en qué situación estaban todos los demás. La mayor parte de aquella pobre gente no sabía si eran católicos o herejes, y no existía entre ellos casi ningún acto de religión.

No hizo falta otra solicitud ante el Sr. Vicente para moverlo a socorrer a aquellos pobres isleños en semejante abandono, sino su propia caridad. Bastaba con que conociera aquella necesidad espiritual casi extrema, para que tomara la resolución de enviar allí a los suyos, sin ahorrar ni los gastos ni las molestias. Y se le podían aplicar estas palabra: «Sufficit, ut noveris; neque enim amas et deseris». Propuso a algunos virtuosos sacerdotes irlandeses y escoceses de su Congregación que fueran a socorrer y asistir a sus hermanos. Lo aceptaron con mucho interés, a pesar del evidente peligro al que había que exponerse a causa del rigor con que se les perseguía entonces a los sacerdote católicos. Escogió entre ellos a dos sacerdotes irlandeses para aquella misión de las islas Hébridas, y a ellos juntó un tercer sacerdote, escocés de nacimiento, para trabajar en Escocia.

Partieron el año 1651 disfrazados de mercaderes para no ser reconocidos por los herejes, y se dirigieron por esa razón a Holanda para embarcarse allí. Felizmente se encontraron con un señor escocés llamado Glengarry, notable tanto por su virtud como por su nacimiento, que se había convertido hacía poco a la religión católica.

Los tomó desde entonces bajo su protección y les prestó siempre muy buenos servicios. Una vez embarcados en su compañía, se dirigieron a Escocia. En cuanto llegaron, los reconoció un sacerdote apóstata que se había hecho ministro, y escribió cartas a todos los sitios de Escocia para informar de la llegada de los misioneros. Pero Dios por su Bondad los libró de aquel peligro e hirió de tal manera el cuerpo y el corazón del miserable apóstata, que, después de sufrir grandes dolores en todos sus miembros y de perder casi la vista y el oído por la violencia de los males que sufría, al fin reconoció que la mano de Dios estaba sobre él y que sus pecados atraían aquel azote; y tocado por un movimiento de la gracia divina, decidió convertirse. Así lo hizo sin ningún fingimiento, pues tuvo que andar un largo recorrido para verse con el Sr. Duiguin, misionero, con la intención expresa de pedirle perdón por su falta y la absolución de su apostasía. Para ello se postró a sus pies con grandes muestras de verdadera contrición, conjurándole que aceptara la abjuración que quería hacer de su herejía y que lo recibiera en la Iglesia, cosa que realizó muy gustosamente el Sacerdote de la Misión en virtud del poder que había recibido del Soberano Pontífice.

En cuanto a los frutos que esa misión produjo en aquellas islas abandonadas, junto con los trabajos que los misioneros sufrieron allí, no sabríamos explicarlo mejor que

aduciendo aquí párrafos de dos cartas escritas a propósito al Sr. Vicente por el Sr. Duiguin. La primera es del veinticinco de octubre de 1652. En ella habla de esta manera:

«Dios nos ha concedido la gracia, una vez llegados a Escocia, de cooperar en la conversión del padre del Sr. de Glengarry. Era un anciano de noventa años, educado en la herejía desde su juventud. Lo instruimos y lo reconciliamos con la Iglesia durante una grave enfermedad que lo llevó en seguida al sepulcro, aunque después de haber recibido los sacramentos y demostrado una verdadera pena por haber vivido tanto tiempo en el error y un gozo indecible por morir católico. También reconcilié a varios de sus criados y a alguno de sus amigos, aunque en secreto. Hecho esto, dejé a mi compañero en aquella tierra montañosa de Escocia, ya que había allí muchas necesidades espirituales y mucho bien que hacer, y me trasladé a las islas Hébridas, en donde Dios con su omnipotencia misericordiosa ha realizado maravillas por encima de toda esperanza. Porque ha dispuesto tan bien los corazones que el Sr. de Clanronald, señor de una gran parte de la isla de Uist, se ha convertido con su esposa, su hijo y toda su familia, así como también todos los gentileshombres suyos con sus familias. También he estado trabajando con la gente de aquella isla, hasta que pasé luego a Egga y Canna, en donde Dios ha convertido a unas ochocientas o novecientas personas, que estaban tan poco instruidas en las cosas que concie[rn]en a nuestra religión que ni siquiera habría quince que conocieran algunos de los misterios de la fe cristiana. Espero que el resto dará pronto gloria a Dios. Me he encontrado con treinta o cuarenta personas de setenta y hasta cien años y más que no habían recibido el santo Bautismo. Las he instruido y bautizado, y poco después han muerto. Sin duda que están ahora rogando delante de Dios por quienes les procuraron tan gran bien. Gran parte de los habitantes vivían en concubinato, pero gracias a Dios hemos puesto remedio a ello, casando a los que querían y separando a los que no querían casarse».

«No hemos recibido nada de este pueblo por los servicios que les hemos prestado. A pesar de eso tengo que mantener a dos hombres: uno para que me ayude a remar cuando paso de una isla a otra, y a llevar mis ornamentos y mis bultos por tierra, ya que he de caminar a veces cuatro o cinco leguas a pie por caminos difíciles antes de decir misa; el otro me ayuda a enseñar el Padrenuestro, el Avemaría y el Credo, y a decir la misa, ya que no hay nadie capaz de hacerlo más que él, después de la instrucción que le di».

«Ordinariamente no hacemos más que una comida al día, que consiste en pan de cebada o de centeno, con queso o manteca salada. Pasamos a veces días enteros sin comer, por no encontrar con qué, sobre todo cuando tenemos que atravesar montañas desiertas y sin habitar. En cuanto a la carne, no la comemos casi nunca, a pesar de que a veces se encuentra en algunos lugares que están más bien lejos del mar, sobre todo en casa de las personas distinguidas; pero es tan mala y la condimentan con tanta sal que da repugnancia comerla. La echan en tierra sobre un poco de paja, que les sirve de mesa y de silla, de mantel y de servilleta, de fuente y de plato. Es imposible comprarla para cocerla y guisarla nos otros mismos como en Francia, pues no la venden a trozos, ya que aquí no hay carniceros, de modo que tendríamos que comprar un buey o un cordero entero, y no

podemos hacerlo, ya que nos vemos obligados a viajar continuamente para ir a bautizar y a administrar los demás sacramentos. En el mar de los alrededores de estas islas hay pesca en abundancia, pero sus habitantes se dan poca maña para cogerla, ya que tienen un carácter perezoso y poco hábil. Sin duda sería un gran servicio el que se haría a Dios enviando a esta tierra buenos Obreros evangélicos que supieran hablar bien la lengua del país, y todavía más sufrir el hambre, la sed y el dormir en tierra. También es necesario que tengan una pensión anual, pues de lo contrario no tendrían medios para subsistir».

En la segunda carta del mismo mes de abril de 1654.

«Estamos infinitamente obligados —dice— *a dar gracias incesantes a la Bondad divina por tantas bendiciones como quiere derramar sobre nuestros trabajos humildes. Le diré solamente alguna cosa sobre ello, ya que sería imposible manifestarle todo»*

«Las islas que he frecuentado han sido las de Uist, Canna, Egga y Sky, y en el continente, las aldeas de Moydart, Arisaig, Morar, Knoydart y Glengarry»

«La isla de Uistpertenece a dos señores: uno se llama el capitán de Clanronald y el otro Mac Donald. Lo que pertenece al primero está todo convertido, exceptuando sólo a dos hombres que no quieren ninguna religión, a fin de tener más libertad para pecar. Han sido devueltas al redil de la Iglesia cerca de mil doscientas almas. En la otra parte de la isla, que pertenece a Mac Donald, no he estado todavía, aunque me han invitado a ir. Hay allí un ministro que quiere discutir conmigo por carta. Ya le he contestado y espero que la controversia podría obtener un buen resultado. Los nobles me invitan a ir a sus lugares y al señor le parece bien que vaya. Y estoy tanto más decidido a ir, cuanto que sé que el ministro me tiene miedo y que le gustaría apartarme de allí. Los dos criados que me envió se han vuelto convertidos al catolicismo, gracias a Dios, y he recibido la confesión general que hicieron después de haberlos preparado a ella».

«Los habitantes de la pequeña isla de Cannaestán convertidos en su mayoría, lo mismo que algunos de los de Egga.Por lo que se refiere a la isla de Sky,está gobernada por tres o cuatro señores: una parte por Mac Donald y su madre, otra por Mac Leod y la tercera por Mac Fimine. Pues bien, en las dos primeras partes hay una gran cantidad de familias convertidas, pero en la de Mac Fimine no he hecho nada todavía».

«En cuanto a Moydart, Arisaig, Morar, Knoydart y Glengarry están convertidos o resueltos a recibir la instrucción, apenas tengamos la oportunidad de ir allí. Hay seis o siete mil almas en todos aquellos lugares, que están muy alejados unos de otros y son difíciles de visitar a pie e inaccesibles a caballo».

«A comienzos de la primavera fui a otra isla llamada Barra en la que encontré al pueblo tan devoto y tan deseoso de aprender que me llena de entusiasmo. Bastaba con enseñarle bien a un niño en cada pueblo el Padrenuestro,el Avemaría,y el Credo, para que al cabo de dos o tres días los supiera toda la aldea, tanto los mayores como los pequeños. Recibía a los principales en la iglesia, y entre ellos al joven señor con sus hermanos y

hermanas, con la esperanza de hacer lo mismo con el señor anciano en la primera ocasión que vuelva allá. Entre esos convertidos hay uno que es hijo de un ministro y cuya devoción edifica mucho a todo el país, donde es muy conocido. De ordinario, retraso durante algún tiempo la comunión después de la confesión general, para que queden mejor instruidos y mejor dispuestos todavía por una segunda confesión, y también para excitar en ellos el deseo y el afecto de comulgar».

«Entre los que han recibido la sagrada comunión hubo cinco que Dios demostró que no estaban en las disposiciones debidas para ello, pues habiendo sacado la lengua para recibir la sagrada Forma no pudieron luego retirarla; tres de ellos se quedaron en ese estado hasta que se les retiró la forma; pero luego, habiéndose confesado y debidamente dispuestos, recibieron finalmente ese Pan de vida sin ninguna dificultad. Los otros dos todavía no se han repuesto. Dios ha querido permitir estos efectos extraordinarios para dar a los cristianos de este país mayor temor cuando se acerquen a este divino sacramento, y así se presenten en las mejores disposiciones»

«Se han visto otras muchas cosas maravillosas realizadas en virtud del agua bendita. Esto ha servido mucho para dar grandes sentimientos de piedad a muchos pobres. Hemos bautizado a muchos niños e incluso a adultos de treinta, cuarenta, setenta y ochenta años y más, pues estaban seguros de no haber sido bautizados. Entre ellos hubo algunos que se veían turbados y vejados por fantasmas y por espíritus malignos, que se han quedado totalmente libres después de recibir el bautismo, de forma que ya no los ven».

El virtuoso y celoso misionero tenía también las intención de trasladarse a otra isla, llamada Pabba, pues el gobernador le había concedido antes una entrada libre. He aquí lo que le escribe a un cohermano suyo el 5 de mayo de 1657.

«Me preparo para salir el día 10 camino de Pabba.Todavía no le he declarado mi plan por miedo a que la dificultad y el peligro que hay le causara algún temor, porque ese sitio es terrible y fuera de lo común. Pero la esperanza que tenemos de atraer a varias ovejas descarriadas al redil de Nuestro Señor, con la confianza puesta en su bondad; y como además hay motivos para esperar que los habitantes de aquella isla, al no estar inficcionados de ninguna idea herética vendrán a instruirse en las verdades de nuestra santa religión, podrán con la gracia de Dios mantenerse en ella y perseverar. Confiando en eso, despreciando los peligros y hasta la misma muerte, saldremos, con la ayuda de Dios, a cuya voluntad me encomiendo. Por eso le ruego que no tarde en venir. Guárdese mucho de confiar a nadie mi secreto, salvo al Sr. Noeil, porque queremos por varias razones que se mantenga secreto y oculto».

Pero aquel buen misionero no pudo realizar este proyecto que hizo saber a su cohermano por esta carta, porque cayó un poco más tarde enfermo y murió el diecisiete del mismo mes de mayo, con gran sentimiento de todos aquellos pueblos por cuya salvación había trabajado tanto

Después de haber hablado de las misiones dadas en las islas Hébrida, habrá que decir algo de las que se daban en ese mismo tiempo en Escocia. Allí trabajaba el Sr. Lumsden, misionero muy celoso. He aquí lo que le confió al Sr. Vicente el año 1654:

«En cuanto a la misión que estamos dando aquí en el campo, Dios le está dando muchas bendiciones. Puedo decirle que todos los habitantes, tanto ricos como pobres, no han estado nunca, desde que cayeron en la herejía, en tan buenas disposiciones para reconocer la verdad y convertirse a nuestra santa fe. Todos los días recibimos a varios que abjuran de sus errores; algunos son incluso de lo más distinguidos. Además, trabajamos en confirmar a los católicos con la palabra de Dios y la administración de los sacramentos. El día de Pascua estuve en casa de un señor; en ella comulgaron más de cincuenta personas, entre ellas había gente recién convertida. El feliz éxito de nuestras misiones da mucha envidia a los ministros, a los que les falta más bien fuerza que deseos para sacrificarnos en aras de su pasión; pero nosotros confiamos en la bondad de Dios, que será siempre nuestro protector».

Y por otra carta del mes de octubre del año 1657, hablando sobre el mismo tema: «Los pueblos de estas tierras del norte —dice— *están mucho mejor dispuestos para recibir la verdadera fe ahora que antes, etc. La gracia de Dios no ha trabajado en vano este último verano. Gracias a ella he tenido la dicha de devolver al seno de la Iglesia a unas cuantas personas de alta condición, que han abjurado de su herejía. Al mismo tiempo, he confirmado cada vez más a los católicos mediante las instrucciones que les he dado y los sacramentos que les he administrado. Incluso he emprendido un viaje a las islas Orcadas, y he recorrido las aldeas de Moray, Ross, Sutherland, Candie y Caithnes,por donde no había pasado ningún sacerdote desde hace varios años, ni queda ya casi ningún católico. Pero cuando empecé a trabajar en serio en Caithnes, donde recibí en la fe a un hombre ilustre, que me invitó a permanecer durante algún tiempo en aquella Provincia, donde era de esperar la conversión de muchos, me vi obligado a dejarlo todo y a escapar deprisa, ya que el enemigo de nuestra salvación suscitó una nueva persecución contra los católicos por instigación de los ministros, que obtuvieron un mandato del protector Cromwell, dirigido a todos los jueces y magistrados del Reino de Escocia, en el que decía que, como le han expuesto que muchas personas, especialmente en las Provincias septentrionales, se pasan al papismo, y como es oportuno impedir estas conversiones y evitar este cambio, les manda que hagan una investigación diligente, especialmente contra todos los sacerdotes, a los que ordena encarcelar y castigar según las leyes del Reino. Pues bien, como el ministro Bredonique está muy enconado especialmente contra mí, y anda intentando prenderme, he tenido que retirarme de los lugares en donde estaba con cierta seguridad hasta entonces y buscar algún otro refugio, hasta que se vea en qué para esta persecución. No le puedo escribir más al detalle acerca del estado de nuestros asuntos por miedo a que nuestras cartas vayan a caer en manos de nuestros enemigos».*

No sin gran razón usaba de estas precauciones el virtuoso misionero para librarse de caer en manos de los herejes, no tanto por temor a la cárcel ni a la misma muerte, cuanto por miedo a privar a los católicos de aquel pobre Reino de la ayuda y la asistencia

que les prestaba. Porque desde el año 1655, con ocasión de un mandamiento parecido, y por petición de los ministros de Cromwell, el magistrado inglés que hacía de pretor había encontrado a tres en el castillo del Marqués de Huntley, entre los que estaban su hermano el Sr. Le Blanc, que había sido llevado preso a la ciudad de Aberdeen el mes de febrero de dicho año

El Sr. Vicente, cuando se enteró de aquella noticia, se aprovechó de ese tema para hablar a la Comunidad y exhortarla a la constancia en los contratiempos, y las persecuciones en los que se pueden hallar los sacerdotes misioneros. He aquí en qué términos les habla:

«Encomendaremos a Dios a nuestro buen Sr. Le Blanc, que trabaja en las montañas de Escocias, y que ha sido hecho prisionero por los herejes ingleses, junto con un Padre jesuita. Los han llevado a la ciudad de Aberdeen, de donde es el Sr. Lumsden, que no dejará de verle y ayudarle. En aquel país hay muchos católicos que visitan y atienden a los sacerdotes que están sufriendo. Tanto es así que ese buen misionero está en camino hacia el martirio. No sé si hemos de alegrarnos o de entristecernos por ello; pues por una parte, Dios recibe honor por su detención, ya que lo ha hecho por amor; y la Compañía podría sentirse dichosa, si Dios la encontrara digna de darle un mártir, y él está contento de sufrir por su Nombre y de ofrecerse, como lo hace, a cuanto Dios quiera hacer con su persona y su vida. ¡Cuántos actos de virtud estará practicando ahora, de fe, de esperanza, de amor a Dios, de resignación y de oblación, disponiéndose cada vez mejor para merecer esa corona! Todo esto nos mueve, en Dios, a sentir gran alegría y gratitud.

«Más, por otra parte, es nuestro cohermano el que sufre, ¿no tenemos que sufrir con él?. De mí confieso que, según la naturaleza, me siento muy afligido y con un dolor muy sensible; pero, según el espíritu, me parece que hemos de bendecir por ello a Dios como si se tratara de una gracia muy especial. Es lo que Dios hace cuando uno le ha hecho notables servicios: lo carga de cruces, de tribulaciones y de oprobios. Señores y Hermanos míos: tiene que haber algo muy grande, incomprensible al entendimiento humano, en las cruces y en los sufrimientos, ya que Dios suele pagar el servicio que se le hace con aflicciones, persecuciones, cárceles y martirios, a fin de elevar a un alto grado de perfección y de gloria a los que se entregan perfectamente a su servicio. El que quiera ser discípulo de Jesucristo tiene que esperar esto, pero debe esperar también que, cuando se presente la ocasión, Dios le dará fuerzas para soportar las tribulaciones y superar los tormentos.

«El Sr. Le Vacher me escribió un día desde Túnez que un sacerdote de Calabria, donde los espíritus son rudos y toscos, concibió un gran deseo de sufrir el martirio por su Nombre, como en otros tiempos el gran san Francisco de Paula, a quien también inspiró Dios ese mismo anhelo, pero sin que llegara a ejecutarlo, por destinarlo Dios a otra cosa. Pero aquel buen sacerdote se vio tan movido por ese deseo, que cruzó los mares para encontrar ocasión de ser martirizado en Berbería, donde finalmente murió confesando el nombre de Jesucristo. ¡Oh, si Dios quisiera inspirarnos ese mismo anhelo de morir por

Jesucristo, de cualquier forma que sea, cuántas bendiciones atraeríamos sobre nosotros! Ya sabéis que hay varias clases de martirios: además del que acabamos de mencionar, está el de mortificar incesantemente nuestras pasiones, y también el de perseverar en nuestra vocación en el cumplimiento de nuestras obligaciones y de nuestras prácticas. San Juan Bautista, por haber tenido el coraje de reprender al Rey un pecado de incesto y de adulterio que había cometido, y haber sido matado por este motivo, es honrado como mártir, aunque no murió por la fe, sino por defender la virtud contra la que había pecado aquel incestuoso. Por consiguiente, consumirse por la virtud es una especie de martirio. Un misionero, que es muy mortificado y muy obediente, que cumple perfectamente sus obligaciones y vive según las reglas de su estado, hace ver, por medio de ese sacrificio de su cuerpo y de su alma, que Dios merece ser el único servido y que merece ser incomparablemente preferido a todas las ventajas y los placeres de la tierra. Obrar de este modo es publicar las verdades y las máximas del Evangelio de Jesucristo, no por palabras, sino por conformidad de su vida con la de Jesucristo, y dar testimonio de su verdad y de su santidad ante fieles e infieles. Por tanto, vivir y morir de esta forma es ser mártir».

«Pero volvamos a nuestro buen Sr. Le Blanc, y consideremos cómo lo trata Dios, después de haber hecho tantas cosas buenas en su misión. He aquí una cosa maravillosa a la que algunos le querrían dar el nombre de milagro. Hace algún tiempo, hubo en el mar una especie de mal tiempo que hacía la pesca muy infructuosa y puso al pueblo en extrema necesidad. Le pidieron que hiciera algunas preces y echara agua bendita en el mar, pues se imaginaban que la perturbación atmosférica se debía a algún maleficio. Así lo hizo, y Dios quiso que volviera en seguida la calma y que abundara de nuevo la pesca».

«Es él quien me lo ha escrito. Otros me han hablado también de los grandes trabajos que sufría en aquellas montañas para animar a los católicos y convertir a los herejes, los continuos peligros a que se exponía y la escasez que padecía, no comiendo más que pan de avena. Por consiguiente, si a un obrero que ama tanto a Dios le corresponde hacer y sufrir estas cosas por su servicio y, después de eso, Dios permite que le vengan otras cruces mayores todavía y que lo encarcelen por Jesucristo y hagan de él un mártir, ¿no hemos de adorar esta voluntad de Dios y, sometiéndonos amorosamente a ella, ofrecernos a El para que cumpla en nosotros su santísima Voluntad? Pues bien, le pediremos a Dios esta gracia, le daremos las gracias por la última prueba que quiere hacer de la fidelidad de este servidor suyo y le rogaremos que, si no quiere dejárnoslo, le dé al menos fuerzas en los malos tratos que está sufriendo o que pueda sufrir en adelante».

Aunque, según todas las apariencias, el virtuoso preso tenía en peligro su vida por estar en manos de sus más crueles enemigos, que sólo deseaban su muerte, Dios quiso que recobrara la libertad después de cinco o seis meses de estar encarcelado, porque no se hallaron pruebas suficientes para condenarlo a tenor de las leyes que se promulgaron en aquel tiempo contra los católicos, de que había celebrado misa, o ejercido otras funciones de su ministerio. Hubo ciertamente un hombre, que testificó contra él, pero de forma titubeante y dubitante; y en el careo se desdijo de lo que había depuesto anteriormente y explicó de otra manera lo que había hecho, pues no quería, según decía

él, ser la causa de la pérdida de aquel hombre. Con todo, al Sr. Le Blanc se le concedió la libertad con una condición muy rara, que era que, si volvía a predicar, a instituir o a bautizar a alguno, o a administrar otros sacramentos, sería colgado sin nueva forma de proceso.

El Sr. Vicente en cuanto recibió la noticia de la liberación del Sr. Le Blanc, la comunicó a su Comunidad en estos términos:

«Demos gracias a Dios por haber librado de este modo al inocente y porque entre nosotros haya habido una persona que ha sufrido todo esto por amor a su Salvador. Este buen sacerdote no ha dejado por miedo a la muerte de regresar a las montañas de Escocia y de seguir trabajando allí como antes. ¡Cuántos motivos tenemos para dar gracias a Nuestro Señor por haber dado a esta Compañía el espíritu del martirio, esta luz y esta gracia que le hace ver como algo grande, luminoso, espléndido y divino el morir por el prójimo a imitación de Nuestro Señor! Demos gracias a Dios por todo ello, y pidámosle que nos dé a cada uno de nosotros esa misma gracia de sufrir y dar la vida por la salvación de las almas».

CAPITULO SEGUNDO pág. 365

Ejercicios espirituales para preparar a la recepción de los Ordenes sagrados

SECCION I pág. 365: Gran necesidad de trabajar en la reforma del estado eclesiástico, cuando el Sr. Vicente puso en marcha los Ejercicios de Ordenandos

Hemos visto en el capítulo anterior las abundantes bendiciones que Dios quiso derramar sobre las misiones del Sr. Vicente y de los de su Congregación. Los grandes frutos que han producido son bastante conocidos, y cuán propias y eficaces son para convertir las almas a Dios, sustrayéndolas de la ignorancia y del pecado y encaminándolas a la práctica de las obras cristianas.

Se puede afirmar que, así como nuestro Señor Jesucristo plantó la fe y las demás virtudes en todos los lugares de la tierra por las misiones de los apóstoles, que han sido los primeros y los grandes Misioneros, como lo dice el significado del nombre, también quiere reparar el deterioro que sufre la virtud de la fe en gran número de almas hasta aumentarla y hacerla operante y fructuosa por medio de las misiones de los hombres apostólicos, tales como han sido el Sr. Vicente y los que participan de su espíritu.

Aunque eso es verdad, hemos de confesar que, dada la debilidad de la mayor parte de los hombres y la poca estabilidad que tienen en el bien, es muy difícil que se conserven largo tiempo las luces y las buenas disposiciones que han recibido por medio de las misiones, si no disponen siempre junto a ellos de pastores y de sacerdotes que cultiven la tierra de sus almas y que se preocupen de hacer fructificar la buena semilla.

Esa es la razón por la que el Sr. Vicente deseaba ardientemente que pluguiera a Dios atender a aquella necesidad. Decía a este propósito, que como los conquistadores ponían fuertes guarniciones en las plazas que habían conquistado, para conservarlas, igualmente los misioneros, después de haber arrancado a las almas del poder de Satanás, debían también trabajar todo lo que pudieran en procurar que las parroquias estuvieran dotadas de buenos párrocos y de buenos sacerdotes, que conservaran los pueblos en las buenas disposiciones que se les había procurado por medio de las misiones; y que sin eso, era casi inevitable que el demonio, después de ser expulsado de aquellos lugares, volviera a apoderarse de ellos, al no encontrar a nadie que se opusiera a sus malhadados planes. Y sin embargo, la experiencia le había hecho conocer al Sr. Vicente demasiado bien cuán pocos de tales eclesiásticos había, por haber visto con sus propios ojos los desórdenes que reinaban entre el clero en la mayor parte de los lugares donde él había trabajado. Y aunque no lo hubiera conocido personalmente, estaba más que persuadido por la serie de quejas que le habían llegado de personas bien intencionadas y hasta de grandes y virtuosos prelados.

Un eclesiástico, noble de nacimiento y célebre por su piedad, que era canónigo de la iglesia catedral, le escribió el año 1642 en estos términos:

«En esta diócesis el clero está sin disciplina, el pueblo sin temor de Dios y los sacerdotes sin devoción ni caridad, los púlpitos sin predicadores, la ciencia sin honor, el vicio sin castigo; la virtud es perseguida, la autoridad de la Iglesia se ve odiada o menospreciada; el interés particular es el peso ordinario del santuario; los más escandalosos son los que más pueden, y la carne y la sangre han logrado suplantar al Evangelio y al espíritu de Jesucristo. Estoy seguro de que usted mismo se sentirá impulsado a venir en socorro de esta diócesis, cuando vea su necesidad. Quis novit utrum ad regmun idcirco veneris, ut en tali tempore parare ris? La ocasión es digna de su caridad, si acepta la muy humilde súplica que le hago de que piense seriamente en ello ante nuestro Señor, como recibida de uno de sus primeros hijos».

Un buen prelado le comunicó un día que trabajaba con sus vicarios generales, cuanto podía, para el bien de su diócesis:

«Pero —decía— *con muy poco éxito a causa del grande e inexplicable número de sacerdotes ignorantes y viciosos que componen mi clero, que no pueden corregirse ni con palabras, ni con ejemplos. Me horrorizo, cuando pienso que en mi diócesis hay casi siete mil sacerdotes borrachos, o impúdicos, que suben diariamente al altar, y que no tienen vocación»*

Otro prelado escribiéndole sobre este asunto el año 1643:

«La desolación extrema que encuentro en el clero de mi diócesis y mi incapacidad para poner remedio me han obligado a recurrir al celo de usted, cuyos sentimientos y ardientes deseos de restaurar la disciplina eclesiástica en donde se encuentre decaída o totalmente destrozada son tan bien conocidos».

Otro prelado le escribió entre otras cosas estas palabras:

«Si exceptuamos al canónigo lectoral de mi iglesia, no conozco a ningún sacerdote entre todos los sacerdotes de mi diócesis, que pueda desempeñar ningún cargo eclesiástico. Por ahí podrá juzgar usted qué gran necesidad tenemos de obreros. Le conjuro que me deje su misionero para ayudarnos en nuestra ordenación».

Por esas muestras se puede hacer una idea sobre el resto de la pieza, inferir cuál podía ser el estado del clero en la mayor parte de las diócesis del Reino, y la gran necesidad que había de trabajar eficazmente en su reforma. Por eso el Sr. Vicente, como reconocía, tal como lo hemos hecho notar en el primer Libro, que todos los otros medios tendrían poco efecto, si no se aplicaba el remedio en la fuente del mal, procuró que todos los que se presentaran de allí en adelante para recibir los Ordenes eclesiásticos, vinieran con las disposiciones necesarias y convenientes para tan gran sacramento. Con vistas a eso, trabajó siempre el Sr. Vicente en los Ejercicios de Ordenación con una dedicación muy extraordinaria. Vamos a ver en las secciones siguientes su forma de actuar junto con los suyos y los frutos que consiguieron.

SECCION II pág. 366: Cómo comenzaron los Ejercicios de Ordenandos

Hemos visto en el primer libro de qué modo empezaron estos Ejercicios tan importantes en Beauvais, allí donde el Sr.Vicente los organizó por primera vez el mes de septiembre del año 1628, siguiendo las órdenes de Don Agustín Potier, que era entonces el obispo. Y consiguió tal éxito, que no sólo los mandó continuar en adelante el virtuoso prelado, con cuya ayuda los había comenzado tan bien para provecho de su clero, sino que incluso un gran número de prelados, tanto de este Reino, como de diferentes Provincias extranjeras introdujeron después el uso en sus diócesis con grandísimos frutos.

Y en primer lugar, Monseñor Juan Francisco de Gondi, arzobispo de París, quien, cuando supo lo que el Sr. Vicente había realizado en Beauvais, decidió que los hiciera practicar lo mismo también en París, pues había conocido en él desde hacía tiempo grandes dones de Dios, para trabajar muy útilmente en el bien de la Iglesia. A tal fin, le envió los Ordenandos de su diócesis, al comenzar la cuaresma del año 1631, y el caritativo sacerdote los acogió en el Colegio de BonsEnfants, donde residía su Compañía recién nacida; con la cual trabajó con tanto éxito en los Ejercicios, que aquella fuentecilla ha vertido sus arroyuelos por todos los lados para fertilizar el campo de la Iglesia. Porque en

París, varios prelados y otros virtuosos eclesiásticos empezaron a conocer el valor y la utilidad de los Ejercicios de Ordenandos, y eso le indujo a practicarlos en diferentes sitios. He aquí lo que el Sr. Vicente escribió dos años más tarde:

«El Sr. Arzobispo, de acuerdo con la antigua costumbre de la Iglesia, según la cual los obispos hacían instruir en sus propias casas durante varios días a los que querían ser promovidos a los Ordenes, ha decretado que de aquí en adelante los que, siendo de su diócesis, quieran ordenarse, se retiren diez días antes de cada uno de los Ordenes a la casa de los Sacerdotes de la Misión para hacer allí un Retiro espiritual, ejercitarse en la meditación tan necesaria para los eclesiásticos, hacer una confesión general de toda su vida pasada, repasar la teología moral, y, especialmente, la que se refiere al uso de los sacramentos, aprender a hacer bien las ceremonias de todas las funciones de los Ordenes, y en fin, instruirse en todas las cosas necesarias para los eclesiásticos. Durante todo ese tiempo se alojan y alimentan allí, y suele resultar un fruto tan grande, por la gracia de Dios, que se ha visto que todos los que han hecho esos Ejercicios llevan en adelante una vida verdaderamente eclesiástica, y, además, la mayor parte de ellos se entregan de una forma muy especial a obras piadosas, todo lo cual comienza ya a hacerse público».

En otra ocasión, hablando a los de su Comunidad, y haciéndoles ver que los diferentes trabajos a los que se dedicaban no se debían a su propia elección, sino a una disposición particularísima de la Divina Providencia.

«¿Habíamos nosotros —les dijo— *jamás buscado la ocupación de dar Ejercicios a Ordenandos, que es el más rico y más precioso tesoro que la Iglesia nos ha podido poner en las manos? No; eso nunca se nos había pasado por la mente».*

Hubo seis ordenaciones el año 1631 en París, y en cada ordenación el Sr. Vicente acogió a lo Ordenandos en su casa para que hicieran los Ejercicios. Aquello continuó de igual modo hasta el año 1643. Entonces el Sr. Arzobispo pensó que era oportuno suprimir los Ordenes de mediados de cuaresma, porque sus consejeros le hicieron ver que el intersticio entre cada uno de los Ordenes era demasiado corto para poder cumplir con toda las disposiciones convenientes. A propósito de esto, se ha de señalar que hasta el año 1638, a esos Ejercicios solamente acudían los Ordenandos de la diócesis de París. Pero algunas señoras de singular piedad, cuando vieron el cambio notable que se notaba en los eclesiásticos de París que habían pasado por los Ejercicios, propusieron al Sr. Vicente que admitiesen también a los de otras diócesis que vinieran a recibir los Ordenes en París. Y como sabían bien que no se podía hacer frente a los gastos, una de ellas (era la señora Presidenta de Herse) se ofreció a cubrirlos a lo largo de cinco años; durante ellos le mandó mil libras para cada una de las Ordenaciones. Además, junto con otras Damas de la Compañía de la Caridad de París, contribuyó al alojamiento y al amueblamiento necesario de los Ordenandos. La señora Marquesa de Maignelay, hermana del Sr. Arzobispo de París, que era una dama de mucha piedad y caridad, y que sentía una estima especial por el Sr. Vicente, favoreció también a la casa de San Lázaro, ayudándola a hacer frente al gran dispendio de los Ordenandos. Y la Reina Madre del Rey, cuando empezó su Regencia,

sintió la devoción de asistir a una charla de los Ordenandos, que el Sr. Perrochel, que había sido nombrado para el obispado de Boulogne, daba en la Iglesia del colegio de BonsEnfants, se sintió conmovida y consideró aquella obra muy útil para la iglesia. Y como algunas señoras le dijeran que aquello bien merecía una fundación real, dio esperanzas de alguna ayuda. En efecto, como los cinco años de la señora de Herse habían ya acabado, Su Majestad dio graciosamente algunas limosnas durante dos o tres años para contribuir a la alimentación de los Ordenandos. Pero desde hace casi dieciocho años todo aquel gasto ha recaído sobre la casa de San Lázaro, que, al no disponer de ninguna fundación para la alimentación y los demás gastos necesarios para tan gran número de personas que pasan todos los años por esos Ejercicios, no pudo menos que verse muy gravada, como así lo ha estado, teniendo además en cuenta que desde el año 1646 a los que debían recibir los cuatro Ordenes menores se les había obligado a pasar por los mismos Ejercicios, con el fin de que, antes de comprometerse con los Ordenes sagrados, pudieran conocer con más luz si habían sido verdaderamente llamados por Dios, y tratar de prepararse mejor.

Aunque aquella carga ha solido superar con mucho las fuerzas de la casa de San Lázaro, con todo nunca se ha oído que saliera de la boca del Sr. Vicente ninguna queja por todos aquellos grandes gastos que había que hacer para que pudiera seguir aquella obra. Los sufrió en silencio, abandonándose en manos de Dios, pues prefería incomparablemente el honor que Dios recibía de aquella obra y el bien de la iglesia a todos los intereses temporales de su Compañía.

El número de los que se recibían en cada Ordenación solía ser de ordinario de setenta, ochenta o noventa, y más. Se albergaban en San Lázaro, los alimentaban y los atendían en todo lo que necesitaban durante once días en cada Ordenación, que hace el total de cincuenta y cinco días al año. No se les pedía ni un «sueldo» para los gastos, para que vinieran más a gusto al ver que no se escatimaba nada para ponerlos en situación de servir bien a la iglesia.

Traemos aquí el testimonio de un eclesiástico, de grandísima virtud, acerca de este asunto:

«No es posible —dice— *describir el cuidado que ponía el Sr. Vicente, para que los Ordenandos estuvieran bien atendidos durante el tiempo de los Ejercicios. No reparaba en gastos, aunque excedían mucho las posibilidades de su casa, que no puede menos de verse abrumada de deudas por esa razón. Me acuerdo que durante las revueltas de París, algunas personas de categoría que conocían lo difícil que era que el Sr. Vicente pudiera sostener los gastos de los Ordenandos, quisieron disuadirle de que quisiera gravar su casa durante unos tiempos tan penosos; pero no tuvo en cuenta las observaciones de ellos, y quiso, a pesar de la escasez de dinero y de víveres a que se veía reducido, que no dejaran de hacer todos los gastos necesarios para su acogida y alimentación en su casa durante los once días que duraban los Ejercicios, no haciendo caso de lo temporal, cuando se trataba de lo espiritual; y no apreciando los bienes temporales, sino en cuanto que los juzgaba útiles para el avance de la gloria de Dios. ¿Qué cosas no decía a los de su Comunidad*

referentes a la excelencia del sacerdocio, todas las veces que el tiempo de Ordenes se acercaba para exhortarlos a prestar servicio y ayuda a los Ordenandos, y a trabajar con todas sus fuerzas de cuerpo y de alma para el progreso del estado eclesiástico en la virtud? Todas sus palabras eran como dardos de fuego que penetraban hasta el fondo del corazón, y todas ellas muy dignas de ser bien destacadas y recordadas, hasta por escrito. Y si no se ha hecho así, se puede decir que es una pérdida incomparable».

SECCION III pág. 369: Resumen de lo que se hace en los Ejercicios y de los Reglamentos observados en ellos

Quienes desean recibir los Ordenes vienen a la casa de los Sacerdotes de la Misión diez días antes del sábado en el que van a ser ordenados.

Cuando llegan se les anotan los nombres, calidad, grados, etc. Algunas personas de la casa están ya dispuestas para recibir y coger sus bultos, llevarlos a sus habitaciones y demás sitios, servirlos, animarlos, explicarles el orden de las diversas prácticas o actos del día; como también para procurar que se guarde el orden prescrito, y para recomendarles recogimiento, silencio, modestia y exactitud en todo lo que vayan a hacer; en fin, para ayudarles a sacar provecho de los Ejercicios y a prepararse dignamente a la recepción de los Ordenes. Hay un director de la Ordenación, que tiene la supervisión sobre todos los oficiales que están dedicados a eso y sobre todos los Ordenandos. Viene a ser como el jefe que dirige la Obra para que todo se desarrolle con el mismo espíritu.

Todos los días se dan dos charlas diferentes a los Ordenandos: la primera se tiene por la mañana, sobre los principales capítulos de la teología moral y de las cosas prácticas, cuyo conocimiento es más necesario a los Eclesiásticos. La otra charla se tiene por las tardes, sobre las virtudes, cualidades y funciones propias de los que están ya en los sagrados Órdenes.

Se tienen diez de cada una de esas charlas. Por lo que toca a las mañanas, versan sobre teología moral he aquí el orden que se sigue:

El primer día les hablan de las Censuras de la Iglesia en general.

En el segundo les hablan de las Censuras en particular, a saber, de la excomunión, de la suspensión y del entredicho, a las que se añade la irregularidad.

En el tercero, del sacramento de la Penitencia, de su institución, de su forma, de sus efectos, de las condiciones necesarias al confesor para administrarla bien.

En el cuarto, de las disposiciones para el sacramento de la Penitencia, a saber, de la contricción, de la confesión y de la satisfacción, como también de las indulgencias.

En el quinto, de las leyes divinas y humanas y de los pecados en general, y se explica su división, las circunstancias, las especies, las causas, los efectos, los grados y los remedios

En el sexto se trata de los tres primeros mandamientos del decálogo, que se refieren a las obligaciones del hombre para con Dios, y en particular se habla de las tres virtudes teologales y de la virtud de la religión y de sus actos.

En el séptimo se les explica los otros siete mandamientos de Dios relacionados con el prójimo.

En el octavo se les habla de los sacramentos en general, de la Confirmación y de la Eucaristía como sacramento.

En el noveno se trata de la Eucaristía como sacrificio, de la Extremaunción y del Matrimonio.

En el décimo se explica el símbolo de los apóstoles, declarando en cada artículo lo que un sacerdote debe saber de ellos, con los consejos necesarios para enseñarlos útilmente a otros.

En cuanto a las charlas de la tarde, he aquí el orden que se observa:

El primer día se habla de la oración mental, y se les hace ver en primer lugar las razones por las que los eclesiásticos deben darse a ella. Después se les enseña en qué consiste, y el método que se debe observar, con los medios para hacerla bien. La primera charla empieza con este tema, porque durante los Ejercicios se les invita a dedicar todos los días algún rato a esa clase de oración.

En el segundo se trata de la vocación al estado eclesiástico, y se les hace ver cuánto importa ser llamado por Dios antes de presentarse a los Ordenes; en qué consiste esa vocación y cuáles son sus señales, con los medios para reconocerla y corresponder a ella.

En el tercero se habla del espíritu eclesiástico y se les enseña la obligación de entrar en ese espíritu: en qué consiste, las señales y medios para adquirirlo y perfeccionarse en él.

En el cuarto se trata de los Ordenes en general, de su institución, necesidad, materia, forma, efectos, diferencias y disposiciones exigidas para recibirlos bien.

En el quinto se habla de la tonsura clerical, y se les explica la doctrina de esa ceremonia, las obligaciones que contrae el que la recibe, las cualidades que debe tener, las disposiciones que debe llevar, y se responde a varias dificultades y objeciones acerca de esa materia.

En el sexto les hablan de los Ordenes menores en particular, se explica su definición, materia, forma, funciones y virtudes requeridas en los que los han recibido para ejercerlos bien.

En el séptimo les hablan del subdiaconado y de las virtudes que son propias de ese Orden y particularmente de la castidad.

En el octavo, del diaconado y de las virtudes propias de los diáconos, particularmente de la caridad para con el prójimo.

En el noveno, del sacerdocio, y se les habla particularmente de la ciencia necesaria a los sacerdotes para desempeñar dignamente las funciones de su Orden.

Finalmente, en el décimo se da una charla sobre la vida eclesiástica; en ella se hace ver que los que han recibido los sagrados Ordenes deben llevar una vida mucho más santa que la de los seglares, y les proponen varios medios para ayudarles a llevar una vida santa.

Todos los días, inmediatamente después de cada charla, se reúnen los Ordenandos por academias. Cada una de ellas está compuesta por doce o quince personas, más o menos. Y ponen juntos a los que se les ve con una capacidad más o menos parecida para que dialoguen entre ellos, y con un Sacerdote de la Misión presente en cada una de las academias, sobre lo que se ha dicho de más importante, para que lo recuerden y su fruto permanezca.

Todos los días les hacen dedicarse a la oración mental durante media hora, más o menos, e inmediatamente se les reúne por academias para dialogar sobre ella, y para enseñar a los que todavía no tienen practica la forma de hacerla bien, cómo deben hacer las consideraciones, excitar los afectos y sacar resoluciones prácticas.

Se les ejercita todos los días en las funciones de los Ordenes que deben recibir, principalmente en las ceremonias de la santa misa, tanto de la rezada como de la solemne.

Les hacen recitar el oficio divino juntos y observar bien las pausas y mediaciones.

Les preparan sobre todo a hacer una buena confesión general de toda su vida, si es que no la han hecho nunca; o cuando menos, desde la última confesión general, si han hecho alguna. Y por esa razón, en las charlas de teología moral se trata en primer lugar de las materias, cuyo conocimiento es especialmente necesario a tal efecto. El día siguiente de su confesión, que es el jueves, comulgan todos en la misa cantada.

Les dan siete horas y media de descanso por la noche, y durante el día, dos horas de conversación santa y decente, a saber, una después de cada comida. Durante ésta se les hace lectura de la Sagrada Escritura y del libro sobre la dignidad y santidad de los sacerdotes, de Molina, el cartujo.

En una palabra, se les pone un plan de vida reglada, ni demasiado libre, ni demasiado austera, sino conveniente para los eclesiásticos, para que se acomoden a ella lo más que puedan.

El domingo, después de la Ordenación, vuelven a sus casas, después de haber asistido a la misa mayor y comulgado en acción de gracias por su Ordenación.

He ahí en resumen la distribución de los Ejercicios de Ordenación que fueron comenzados, continuados y organizados por el Sr. Vicente, e inmediatamente difundidos en la Iglesia por él y por los suyos.

Deseaba mucho, y recomendaba solícitamente a los que daban las charlas de la Ordenación, que siguieran las Memorias que se les daban a tal efecto; en ellas estaban las materias ya digeridas, sabiendo, como sabía, que no podían tratar cosas más necesarias ni más provechosas a los Ordenandos, ni tampoco con un orden más conveniente para el fin de los Ejercicios. Felicitaba efusivamente a nuestros señores los obispos, cuando daban las charlas, si en ellas procedían como los padres con sus hijos, alimentándolos con la doctrina más sólida e infundiéndoles la vida y las obras del espíritu de Dios, de forma apostólica. *«La sencillez* —decía a los suyos— *edifica a los Ordenandos; se felicitan por ello, y vienen a buscar sólo eso; las verdades que les enseñan, las reciben bajo esa capa, tienen más eficacia con ese adorno natural»*.Y un día, como alguno diera sus charlas con un espíritu que no era de la Misión, el Sr. Vicente se puso de rodillas ante él, y le rogó insistentemente que usara un estilo más sencillo y más devoto.

SECCION IV pág. 371: Ideas del Sr. Vicente referentes a los Ejercicios de Ordenandos

Antes de hablar del progreso y de los frutos de estos Ejercicios, no estará fuera de lugar referir aquí las ideas que el Sr. Vicente tenía a propósito de ellos, y de qué términos se servía para exhortar a los de su Congregación a que se dedicaran a ellos con toda su ilusión

«Dedicarse a hacer buenos sacerdotes —les decía cierta vez— *y concurrir como causa segunda eficiente instrumental, eso es hacer el oficio de Jesucristo, quien durante su vida mortal parece haberse propuesto formar doce buenos sacerdotes, que son los apóstoles; y para eso quiso vivir varios años con ellos; para instruirlos y para iniciarles en ese divino ministerio».*

Y otro día, una conferencia que tenía con los de su Comunidad sobre este mismo tema, después de hacer hablar a varios, la acabó en los siguientes términos:

«Bendito seas, Señor, por las cosas buenas que se acaban de decir y que has inspirado a los que han hablado. Pero, Salvador mío, todo eso no servirá de nada, si tú no pones la mano en ello; es preciso que sea tu gracia la que ponga por obra todo lo que se ha dicho, y que nos dé ese espíritu sin el que no podemos nada. ¿Qué es lo que sabemos hacer

nosotros pobres desgraciados? Señor, danos el espíritu de tu sacerdocio, que tenían los apóstoles y los primeros sacerdotes que les han seguido. Danos el verdadero espíritu de ese sagrado carácter que has puesto en unos pobres pescadores, en unos artesanos, en pobres gentes de aquel tiempo, a los que, por tu gracia, has comunicado ese grande y divino espíritu. Porque nosotros también, Señor, somos sólo unas insignificantes personas, pobres labradores y aldeanos; y ¿qué proporción hay entre nosotros desgraciados y una ocupación tan santa, tan eminente y tan celestial? ¡Oh señores y hermanos míos! ¡Cuánto no deberemos nosotros rezar por esto, y cuántos esfuerzos no habremos de realizar por esta necesidad tan grande de la Iglesia, que se está arruinando en muchos sitios por la mala vida de los sacerdotes!. Porque ellos son quienes la pierden, y quienes la arruinan. Y es demasiado cierto que la depravación del estado eclesiástico es la causa principal de la ruina de la Iglesia de Dios. Estaba hace unos días en una reunión, donde había siete prelados. Al reflexionar sobre los desórdenes que se ven en la Iglesia decían abiertamente que los eclesiásticos eran su principal causa».

«Son los sacerdotes, sí, nosotros somos la causa de esta desolación que produce estragos en la Iglesia, de este deplorable retroceso que ha sufrido en tantos sitios, pues está totalmente arruinada en Asia y en Africa, y también en gran parte de Europa, como en Suecia, en Dinamarca, en Inglaterra, Escocia, Holanda y otras Provincias Unidas, y en una gran parte de Alemania. Y ¿cuántos herejes estamos viendo en Francia? Y miren Polonia, que estando ya muy infectada de herejía, está en la actualidad, por la invasión del Rey de Suecia, en peligro de perderse para la religión».

«¿No les parece, señores, que Dios quiere trasladar su Iglesia a otros países? Sí. Si no cambiamos, hemos de temer que Dios nos lo quite todo, sobre todo cuando vemos a esos enemigos tan poderosos de la Iglesia combatir con mano poderosa. A ese terrible Rey de Suecia, que en menos de cuatro meses ha ocupado gran parte de ese gran Reino mucho es de temer que lo haya suscitado Dios para castigar nuestros desórdenes. Son los mismos enemigos de quienes Dios se ha servido otras veces para lo mismo. De allí salieron los godos, visigodos y vándalos, de los que Dios se sirvió hace dos siglos para afligir a su Iglesia. Todo esto, lo más extraño que haya sucedido jamás, tiene que mantenernos en guardia. ¡Un Reino de tanta extensión, invadido en un momento, en menos de cuatro meses! ¡Señor, quién sabe si tan tremendo conquistador se quedará allí! ¡Quién sabe! En fin, ¡ab aquilone pandetur omne malum!De allí salieron los males que sufrieron nuestros antepasados, y por ese lado es por donde hemos de temer nosotros.

«Pensemos, pues, en la enmienda del estado eclesiástico, ya que los malos sacerdotes son la causa de todas esas desdichas, y son ellos quienes las atraen sobre la Iglesia. Aquellos buenos prelados lo reconocieron así por su propia experiencia, y lo confesaron delante de Dios. Nosotros hemos de decir: «Sí, Señor, nosotros hemos provocado tu cólera; nuestros pecados son los que han atraído esas calamidades; sí, los clérigos y los que aspiran al estado eclesiástico, los subdiáconos, los diáconos, los sacerdotes, nosotros que somos sacerdotes, somos los que hemos causado esta desolación en la Iglesia. Y ¿qué podemos hacer ahora, Señor, sino afligirnos en tu presencia y

proponernos cambiar de vida? Sí, Salvador mío, queremos contribuir en todo lo que podamos a satisfacer por nuestras culpas pasadas y a mejorar el estado eclesiástico. Para eso nos hemos reunido aquí y pedimos tu gracia».

«¡Ah, señores!, ¿qué podemos hacer? Dios nos ha confiado a nosotros esta gracia tan grande de contribuir a la restauración del estado eclesiástico. Dios no se ha dirigido para esto a los doctores ni a tantas comunidades llenas de ciencia y santidad, sino que se ha dirigido a una insignificante, pobre y desgraciada Compañía, la última y la más indigna de todas. ¿Qué es lo que Dios ha visto en nosotros para tan gran tarea? ¿Dónde están nuestros títulos? ¿Dónde las acciones ilustres y brillantes que hemos hecho? ¿Dónde esa capacidad? No hay nada de todo eso; ha sido a unos pobres desgraciados idiotas a los que Dios, por pura voluntad suya, se ha dirigido para intentar una vez más reparar las brechas del Reino de su Hijo y del estado eclesiástico. Señores, conservemos bien esta gracia que Dios nos ha hecho por encima de tantas personas doctas y santas que se la merecían más que nosotros, pues, si llegamos a hacerla inútil con nuestra negligencia, Dios nos la retirará para dársela a otros y castigarnos por nuestra infidelidad».

«¡Ah! ¿Quién de nosotros será causa de tan gran desdicha y privará a la Iglesia de tanto bien? ¿No seré yo, desgraciado? Que cada uno de nosotros ponga la mano en su conciencia y diga dentro de sí; ¿No seré yo ese desgraciado?¡Ay! basta con un solo desgraciado, como yo, para apartar con sus abominaciones los favores del cielo a toda una casa y hacer caer sobre ella la maldición de Dios! ¡Tú, Señor, que me ves totalmente cubierto y lleno de pecados que me llenan de confusión, no prives por ello de tus gracias a esta pequeña Compañía! Haz que siga sirviéndote con humildad y fidelidad y que coopere en los designios que tú pareces tener de realizar por su ministerio un último esfuerzo para contribuir a restablecer el honor de tu Iglesia".

«Y ¿cuáles son los medios para eso? ¿Qué hemos de hacer por el buen resultado de esta próxima Ordenación? Hay que rezar mucho, dada nuestra insuficiencia; ofrecer para ello en todo este tiempo nuestras comuniones, mortificaciones y todas nuestras oraciones y plegarias, orientándolo todo a la edificación de los señores Ordenandos, con los que hemos de tener además toda clase de respeto y cortesía, sin hacernos lo entendidos, sino sirviéndoles con cordialidad y humildad. Esas deben ser las armas de los misioneros; por ese medio alcanzaremos nuestro mayor éxito: por la humildad que nos hace desear la confusión de nosotros mismos. Créanme, señores y hermanos míos, es una máxima infalible de Jesucristo, que muchas veces les he recordado de parte de El, que, cuando un corazón se vacía de sí mismo, Dios lo llena, Dios es el que mora y actúa en él. Y el deseo de la confusión es el que nos vacía de nosotros mismos, es la humildad, la santa humildad. Entonces no seremos nosotros los que obraremos, sino Dios en nosotros, y todo irá bien».

«Ustedes que trabajan directamente en esta obra, ustedes que deben poseer el espíritu sacerdotal y lo inspirarán a quienes no lo tienen, ustedes a quienes Dios ha confiado esas almas, para que las preparen a recibir ese Espíritu Santo y santificador, no miren más que a la gloria de Dios, tengan con El sencillez de corazón y sean respetuosos

con esos señores. Sepan que es así como podrán aprovechar; todo lo demás les servirá de poco. Solamente la humildad y la pureza de intención de agradar a Dios es lo que ha hecho prosperar esta obra hasta el presente».

«Les pido que cuiden las ceremonias y que la Compañía evite las faltas que se cometen ordinariamente. Es verdad que las ceremonias no son más que la sombra, pero la sombra de otras cosas mayores que requieren que las hagamos con toda la atención posible y que observemos un silencio religioso y una gran modestia y gravedad. ¿Cómo quieren que las hagan bien esos señores, si no las hacemos bien nosotros? Cantemos con pausa y moderación, que se note en la salmodia un aire de devoción. ¡Ah! ¿qué le diremos a Dios, cuando nos pida cuentas de estas cosas, si las hemos hecho mal?»

«Bien, señores y hermanos míos —les dijo en otra ocasión— estamos a punto de empezar esta gran obra que Dios ha puesto en nuestras manos. Mañana, Dios mío, hemos de recibir a los que tu Providencia ha resuelto enviarnos, para que contribuyamos contigo a hacerlos mejores. ¡Qué gran palabra es ésta, señores! ¡Hacer mejores a los eclesiásticos! ¿Quién podrá comprender la altura de esta misión? Es la más elevada de todas. ¿Qué cosa hay más grande en el mundo que el estado eclesiástico? No pueden comparase con él los reinos ni los principados. Saben ustedes que los Reyes no pueden, como los sacerdotes, cambiar el pan en el cuerpo de Nuestro Señor, ni perdonar los pecados, ni todas las otras ventajas que ellos tienen por encima de las grandezas temporales. Sin embargo, ésas son las personas que Dios nos envía para santificarlas. ¿Hay algo semejante? ¡Qué Obreros tan pobres e insignificantes! ¡Qué poco preparados están para la dignidad de este oficio! Pero, puesto que Dios le ha hecho a esta Compañía, la última de todas y la más pobre, el honor de dedicarla a eso, es menester que, de nuestra parte, pongamos todo el interés en hacer que tenga éxito este trabajo apostólico, que tiende a disponer a los eclesiásticos a recibir los Ordenes mayores y a cumplir bien sus funciones; porque unos serán párrocos, otros canónigos, otros prebostes, abades, obispos, sí, obispos. Esas son las personas que recibiremos mañana» «La semana pasada se celebró una reunión de obispos para poner remedio a la embriaguez de los sacerdotes de cierta Provincia; había muchos obstáculos para ello. Los santos doctores dicen que el primer paso de una persona que desea adquirir la virtud es dominar su boca; pues bien, la boca domina a las personas que le dan todo lo que pide. ¡Qué desorden! Son sus siervos, sus esclavos; no son más que lo que ella quiere; no hay nada tan villano, tan digno de lástima como ver a unos sacerdotes, casi todos los de una Provincia, sometidos a ese vicio, hasta obligar a reunirse a sus prelados, llenos de preocupación, para encontrar algún remedio a esa desgracia. ¿Qué hará el pueblo al ver eso? ¿Y qué hemos de hacer nosotros, hermanos míos, para darnos a Dios a fin de ayudar a retirar a sus ministros y a su esposa de esa infamia y de tantas otras miserias en que los vemos hundidos? No es que todos los sacerdotes estén en semejante desorden; no, Salvador, ¡también hay santos eclesiásticos! Muchos vienen a hacer el Retiro con nosotros, párrocos y otros que vienen desde muy lejos para ordenar debidamente su espíritu. Y ¡cuántos y cuán buenos sacerdotes hay también en París! Hay muchos. Entre esos señores de las Conferencias, que se reúnen aquí, no hay ni uno solo que no sea muy ejemplar; todos trabajan con frutos notables» «Hay también malos eclesiásticos en el mundo, y yo

soy el peor, el más indigno y el más pecador de todos. Pero también, en contraposición, hay otros que alaban mucho a Dios con la santidad de su vida. ¡Qué dicha que Dios haya querido servirse de unos pobres como nosotros, sin ciencia ni virtud, no sólo para ayudar a enderezar a los eclesiásticos caídos y deshonrados, sino también para perfeccionar a los buenos, como vemos que se consigue con su gracia! ¡Qué dicha la de ustedes señores, poder derramar con su devoción, dulzura, afabilidad, modestia y humildad, el espíritu de Dios sobre esta almas, y servir a Dios en la persona de sus mayores servidores! ¡Qué dicha la suya de poderles dar buen ejemplo en las conferencias, en las ceremonias, en el coro, en el refertorio y en todas partes! ¡Y qué felices seremos todos, si, por nuestro silencio, discreción y caridad, respondemos a las intenciones por las que Dios nos los envía, usando de una vigilancia especial para ver, observar y proporcionar inmediatamente todo lo que pueda contentarles, mostrándonos ingeniosos en atender y servir a sus necesidades. Los edificaremos si obramos así. Hemos de pedirle esta gracia a nuestro Señor. Ruego a los sacerdotes que celebren la santa misa, y a nuestros Hermanos que la oigan por esta intención».

«Ya está cerca la Ordenación —dijo en otra ocasión.— *Le pediremos a Dios que dé su espíritu a los que tengan que hablar a esos señores en las charlas y en las conferencias. Que cada uno intente sobre todo edificarles con su humildad y su modestia. Pues no se les ganará por la ciencia ni por las cosas bonitas que se les digan. Son más sabios que nosotros: muchos son bachilleres y algunos licenciados en teología, otros doctores en derecho, y hay pocos que no sepan la filosofía y parte de la teología; todos los días disputan acerca de esas cosas. Casi nada de lo que se les diga aquí es nuevo para ellos: ya lo han leído u oído; ellos mismos dicen que no es eso lo que les impresiona, sino las virtudes que aquí ven practicar. Mantengámonos en nuestra bajeza, señores, a la vista de una ocupación tan honorable, como es la de ayudar a hacer buenos sacerdotes, pues ¿acaso hay algo más excelente? Mantengámonos humildes pensando en nuestra insignificancia, ya que somos pobres de ciencia, pobres de ingenio, pobres de condición ¡Ay! ¿Cómo nos habrá escogido Dios para una cosa tan grande? Es que de ordinario se sirve de los instrumentos más bajos para las obras extraordinarias de su gracia; como en los sacramentos, donde se sirve del agua y de las palabras para conferir sus gracias más grandes».*

«Pidamos a Dios por esos señores; pero recemos también por nosotros, para que aparte todo lo que pueda ser causa de que ellos rechacen los efectos del espíritu de Dios que El parece querer comunicar a la Compañía para esta tarea. ¿Habéis ido alguna vez en peregrinación a algún lugar de devoción? Muchas veces, al entrar allí, se siente uno como fuera de sí, viéndose unos de pronto elevados hasta Dios, otros llenos de devoción, impresionados ante el respeto y la reverencia que se palpa en aquel lugar sagrado, y otros con diversos sentimientos. ¿De dónde proviene todo eso? De que el espíritu de Dios está allí, haciéndose sentir de aquellas formas. Pues bien, hemos de pensar que ocurrirá lo mismo con esos señores, si reside aquí el espíritu de Dios».

«Hay que conseguir que la moral les resulte familiar, y bajar siempre a los detalles,

para que la entiendan y comprendan bien; hay que buscar siempre eso, que los oyentes puedan referir todo lo que han oído en la charla. Pongamos mucho cuidado para que el maldito espíritu de la vanidad no se apodere de nosotros, empeñándonos en hablarles de cosas altas y elevadas; eso no haría más que destruir, en vez de edificar. Se quedarán con todo lo que se les ha dicho en la charla, si se les inculcan las ideas sencillamente, y si se les habla solamente de eso, y no de otras cosas, tal como conviene hacerlo por muchas razones».

El Sr. Vicente felicitó a uno de lo Hermanos de la casa que, al repetir la oración, dijo que había pedido a Dios que enviara buenos prelados a la Iglesia, y se aprovechó de aquella idea para decir lo que sigue:

«Dios le bendiga, Hermano. Ha hecho muy bien en pedirle a Dios que haga buenos prelados, buenos párrocos, buenos sacerdotes, y eso es lo que todos debemos pedirle. Como son los pastores así son también los pueblos. Se atribuyen a los oficiales de un ejército los buenos y malos resultados de la guerra. Y se puede decir también, que si los misioneros de la Iglesia son buenos, si cumplen con su deber, todo irá bien. Y, por el contrario, si no lo son, serán la causa de todos los desórdenes».

«Todos hemos sido llamados por Dios al estado que hemos abrazado para trabajar en una obra maestra. Porque es una obra maestra en este mundo hacer buenos sacerdotes, pues no se puede pensar que exista cosa ni más grande ni más importante. Nuestros Hermanos también pueden contribuir a esto con su buen ejemplo y con sus trabajos externos. Pueden hacer su oficio con esta intención: que Dios quiera conceder su espíritu a los sres. Ordenandos. Todos los demás pueden hacer lo mismo, y todos deben tratar de edificarlos; y si fuera posible adivinar sus inclinaciones y sus deseos, habría que adelantárseles para darles contento en cuanto se pida razonablemente. En fin, los que tengan la dicha de hablarles, y quienes asisten a sus conferencias, deben, cuando les hablen, elevarse a Dios para recibir de El lo que tengan que decirles. Porque Dios es una fuente inagotable de sabiduría, de luz y de amor; de El debemos sacar lo que vayamos a decir a otros. Debemos aniquilar nuestro espíritu propio y nuestros sentimientos particulares, para dejar sitio a las operaciones de la gracia, que es quien ilumina y enardece los corazones. Hay que salir de sí mismo para entrar en Dios; hay que consultarle para hacerse con su lenguaje, y pedirle que hable El en nosotros y por nosotros. Así es como hará su obra, y nosotros no estropeamos nada. Nuestro Señor, al vivir entre los hombres, no hablaba de sí mismo: «Mi ciencia —decía— no es mía, sino de mi Padre; las palabras que les digo no son mías, sino de Dios». Esto nos demuestra cuánto debemos acudir a Dios. Podrá suceder quizás, que si Dios quiere que se consiga algún fruto, sea por las oraciones de un Hermano, que ni se acercará a esos señores: estará ocupado en su trabajo ordinario, y trabajando así es como acudirá a Dios sin cesar para pedirle que le plazca bendecir la Ordenación; y puede ser también que sin pensar en ello, Dios hará el bien que desea por las buenas disposiciones de su corazón»

«Hay en los salmos: Desiderium pauperum exaudivit Dominus... El Sr. Vicente se

detuvo entonces, porque no se acordaba del resto del versículo, y preguntó: ¿Cómo sigue el versículo? Entonces su asistente lo acabó diciendo: Praeparationem cordis eorum audivit auris tua. — ¡Dios le bendiga, señor!, le dijo el Sr. Vicente con gran sentimiento de alegría al ver la hermosura de ese párrafo, que repitió varias veces con expresiones devotas y conmovedoras, para inculcárselas a sus hijos. ¡Qué forma más maravillosa de hablar — añadió*— digna del Espíritu Santo!. El Señor ha escuchado el deseo de los pobres, ha oído la preparación de su corazón para hacernos ver que Dios escucha a las almas bien dispuestas, incluso antes de que se lo pidan. Eso nos sirve de mucho consuelo, y debemos animarnos en el servicio de Dios, aunque en nosotros sólo veamos miserias y pobrezas. ¿Se acuerdan ustedes de la lectura de la mesa que se nos hizo ayer? Nos decía que Dios oculta a los humildes los tesoros de la gracia que El les ha comunicado. Y uno de estos días me preguntaba uno de los nuestros ¿qué era eso de la sencillez? No conocía aquella virtud, y, a pesar de todo, la poseía; creía que no la tenía, y, sin embargo, es un alma de las más sencillas de la Compañía»*

«Algunos me han contado que, cuando fueron a trabajar en cierto sitio donde había muchos eclesiásticos, vieron que casi todos estaban de sobra: recitan su breviario más mal que bien, y se acabó. Pero lo peor es que viven en el vicio y el desorden. Si Dios quisiera hacernos muy interiores y recogidos, podríamos esperar que Dios se sirviera de nosotros, por muy insignificantes que seamos, para hacer algún bien, no sólo por lo que toca al pueblo, sino también y principalmente, por lo que toca a los eclesiásticos. Aunque no digan ustedes ni una sola palabra, si están muy ocupados por Dios, llegarán a conmover los corazones con su sola presencia. Los Sres. Abades de Chandenier y los otros señores que acaban de dar la misión en Metz, de Lorena, con gran bendición, iban de dos en dos con sobrepelliz, de su alojamiento a la Iglesia y de la Iglesia a su alojamiento, sin decir ni palabra y con un recogimiento tan grande, que los que los veían admiraban su modestia, pues no habían visto cosa parecida. Su modestia era una predicación muda, pero tan eficaz que ha contribuido tanto o más, según lo que me han dicho, que todo lo demás al éxito de la misión. Lo que el ojo ve nos afecta más que lo que el oído oye; y creemos antes en un bien que vemos, que en el que oímos. Y aunque la fe entra por el oído, fides ex auditu, sin embargo, las virtudes, que vemos practicar causan en nosotros más impresión que las que nos enseñan. Todas las cosas físicas tienen sus especies diferentes, por ellas se las distingue: cada animal, y hasta el hombre, tiene sus especies, que lo dan a conocer tal cual es, y distingue a uno de otro género parecido. De igual manera los servidores de Dios tienen especies que los distinguen de los hombres carnales; tienen una apariencia exterior humilde, recogida y devota, que procede de la gracia que poseen en el interior, la cual realiza sus operaciones en el alma de los que los contemplan. Hay personas llenas de Dios en su interior, a quienes nunca miro sin quedar tocado. Los pintores en las representaciones de los santos nos lo representan rodeados de rayos; es que los justos, que viven tan santamente en la tierra, difunden una luz al exterior que sólo es propia de ellos. Aparecía tanta gracia y modestia en la Santísima Virgen, que causaba reverencia y devoción en quienes tenían la dicha de verla. Y en Nuestro Señor aparecía una aún mayor: igual sucede, en la debida proporción, en los otros santos».

«Todo esto nos hace ver, señores y hermanos míos, que si trabajan en la adquisición de las virtudes, si se llenan de las cosas divinas, y si cada uno en particular tiende continuamente a su perfección, aún cuando no tengan ustedes ningún talento externo para tener éxito ante los señores Ordenandos, Dios hará que sólo la presencia de ustedes lleve la luz a los entendimientos de ellos y caliente sus voluntades para hacerlos mejores. Quiera Dios concedernos esta gracia. Es una cosa tan difícil y tan noble que sólo Dios puede hacer progresar algo en ella. Por eso, le debemos pedir sin cesar que dé su bendición a los pequeños servicios que tratarán de prestarles y a la palabra que les dirán. Santa Teresa, que en su tiempo veía la necesidad que tenía la Iglesia de buenos obreros, pedía a Dios que le pluguiera hacer buenos sacerdotes, y quiso que las monjas de su orden rezasen a menudo por esta intención. Y quizás la mejoría que se nota en la actualidad en el estado eclesiástico se deba en parte a la devoción de aquella gran santa; porque Dios siempre ha usado de instrumentos débiles para grandes proyectos. En la institución de la Iglesia ¿no escogió a pobre gente ignorante y rústica? Gracias a ellos Nuestro Señor ha derribado la idolatría; gracias a ellos los príncipes y poderosos de la tierra se han sometido a la Iglesia, y se ha extendido nuestra santa religión por todo el mundo. El puede servirse también de nosotros, por muy insignificantes que seamos, para ayudar al progreso del estado eclesiástico en la virtud. En el nombre de nuestro Señor, señores y hermanos míos, démonos a El, para contribuir todos con nuestros servicios y con nuestros ejemplos, con oraciones y con mortificaciones.»

Estas breves y patéticas exhortaciones sólo son unas muestras de tantas y tantas otras que el Sr. Vicente hizo sobre esta materia. Pueden hacer ver por un lado que la Iglesia experimentaba una grandísima necesidad de buenos sacerdotes, y que importa muchísimo no entrar en los Ordenes sin una buena preparación. Y por otra parte, el fervor que el Sr. Vicente tenía para preparar a los que lo intentaban, y el interés que tenía en inspirar a su Compañía ese mismo afecto, indicándole los medios mejores para obtener un resultado satisfactorio, como son: la humildad, la dulzura, el respeto, la penitencia, la oración, la vida interior y la pureza de intención. Les inducía a ello eficazmente con su ejemplo, porque si era poderoso en palabras, aún lo era más en obras, y sabía bien unir la práctica con la persuasión. Eso mismo se ve en los discursos: en ellos se humilla a sí mismo y humilla a su Compañía, exhortándola a la humildad y, al incitar a los demás a la oración, también él se eleva a Dios, y los atrae a El suavemente. En fin, rectifica sus intenciones con la rectitud y perfección de las suyas propias.

SECCION V pág. 377: Ejemplos de los frutos conseguidos en los Ejercicios de Francia

El primer testimonio que presentaremos aquí será del mismo Sr. Vicente en una carta que escribió a un sacerdote de su Compañía que estaba en Roma, el año 1633. En ella le habla, de la abundancia de su corazón, de las bendiciones que Dios estaba derramando sobre los Ejercicios de Ordenandos desde el comienzo

«Es preciso que sepa —le dice— *lo que creo que no le he escrito todavía: que la bondad de Dios se ha complacido en dar una bendición muy especial e inimaginable a los Ejercicios de nuestros Ordenandos. Ha sido tan grande que todos los que han pasado por ellos, o la mayoría, llevan una vida como la que corresponde a los buenos y perfectos eclesiásticos. Hay incluso algunos, que son importantes por su nacimiento o por otras cualidades que Dios ha puesto en ellos, que viven en sus casas tan reglados como vivimos nosotros, y son tanto o más interiores que muchos de nosotros, al menos, que yo mismo. Tienen su tiempo reglado, hacen oración mental, celebran la santa misa, hacen los exámenes de conciencia todos los días como nosotros. Se dedican a visitar hospitales y cárceles, donde dan catecismo, predican, confiesan, así como también en los colegios, con bendiciones muy especiales de Dios. Entre otros muchos, hay doce o quince en París que viven de este modo y que son personas de condición, lo cual empieza a ser conocido por el público. Estos días pasados, uno de ellos, hablando del género de vida que llevan los que habían pasado con él por los Ejercicios de los Ordenandos propuso un pensamiento que había tenido de juntarlos a todos en una especie de asamblea o de compañía, y se ha llevado a cabo con una particular satisfacción de todos los demás. Y la finalidad de esta reunión es la de dedicarse a su propia perfección, a idear medios para que Dios no sea ofendido, sino conocido y servido en todas las familias, y procurar su gloria en las personas eclesiásticas y entre los pobres, y esto, bajo la dirección de una persona de aquí, en donde han de reunirse cada ocho días. Y como Dios ha bendecido los Retiros que muchos párrocos de esta diócesis han hecho aquí, estos señores han querido hacer lo mismo y han empezado ya. Hay motivos para esperar grandes bienes de todo esto, si quiere Nuestro Señor dar su bendición a su obra, que yo recomiendo especialmente a las oraciones de usted».*

Esos fueron los primeros frutos de los Ejercicios de Ordenandos, que el Sr. Vicente tuvo el consuelo de recoger de los primeros servicios que les prestó, y que tuvieron consecuencias tan provechosas para la Iglesia, a saber, que estos Ejercicios han continuado desde entonces no solamente en París, sino también en otras diócesis, tanto de Francia como de Italia; y hasta de Roma, donde hay sacerdotes de la Congregación de la Misión, que, animados por el espíritu de su santo Fundador e institutor y formados por su mano, trabajan con la misma bendición en procurar que la Iglesia se llene de buenos sacerdotes; y eso mismo se ha extendido también por muchos lugares, en los que los Sacerdotes de la Misión no se han establecido todavía, y donde los Sres. Prelados han hecho dar los Ejercicios de Ordenación, a ejemplo y siguiendo el modelo de los que el Sr. Vicente comenzó y que los suyos continúan en todos los sitios donde trabajan

Añadiremos al testimonio del Sr. Vicente el de algunos eclesiásticos. Don Enrique Luis Chastaigner de la RocheOizay, obispo de Poitiers, había mandado a sus Ordenandos a Richelieu. Allí los Sacerdotes de la Misión les dieron los mismos Ejercicios que en París. El superior de Richelieu escribió sobre ello al Sr. Vicente en el mes de junio de 1649 en estos términos:

«Tenemos —dice— *solamente cuarenta y tres Ordenandos, cuya modestia*

empieza a producir una maravillosa edificación, de forma que el pueblo que los ve en el oficio divino no puede contener las lágrimas de ternura al ver el orden, la decencia, la devoción con que asisten a él; en esa buena gente le parece que está viendo no a unos hombres, sino a los ángeles del cielo. ¡Sólo a Dios sea dada la gloria, y al Sr. Cardenal de Richelieu, que nos ha establecido aquí, el mérito y la recompensa! ¡Para nosotros es la vergüenza y la confusión ante las potestades celestiales y terrenales, por haber sido empleados en tan alto ministerio!».

En el mes de diciembre del año siguiente, 1643, el Sr. Vicente recibió una carta del Sr. de Angulema. En ella, entre otras consideraciones para moverlo a consentir a que fundara su Congregación en la diócesis, le presenta la bendición que Dios había concedido a los Ejercicios de Ordenandos, que ellos habían comenzado allí el mismo mes. Dicha bendición —decía— había sido tan grande, que no había nadie en la ciudad de Angulema que no alabara por eso y bendijera el santo Nombre de Dios, y que no deseara la continuación de un bien tan grande

El mismo año, 1643, Don Leonor d'Étampes, arzobispo de Reims, como deseaba que el Sr. Vicente le enviara algunos de sus sacerdotes para dar los mismos Ejercicios en las primeras Ordenaciones que iba a tener en la diócesis, en la que había sido entronizado hacía poco, le escribió después en estos términos:

«No podré nunca agradecerle bastante el favor que me ha concedido al enviarme a sus misioneros para hacer que mis Ordenandos hagan Ejercicios. Le aseguro que tenían mucha necesidad de ellos, y que no podían ir a ningún sitio en que tanto los necesitaran. Ellos mismos le contarán los grandes frutos que han conseguido».

El mismo año, 1643, luego de dar comienzo los Sacerdotes de la Misión a los Ejercicios de Ordenandos en la ciudad de Noyon, los eclesiásticos de la Conferencia de esa misma ciudad escribieron al Sr. Vicente en estos términos:

«Si las acciones de gracias tienen que corresponder a la grandeza de los beneficios recibidos, esta Compañía no tiene más remedio que quedarse corta en la obligación que ha contraído con usted por la especial edificación que ha recibido de sus sacerdotes en la orientación y en la instrucción de los Ordenandos. Hace mucho tiempo que deseábamos esta bendición de Dios que nos ha vendido por medio de usted; pero ahora que la Compañía ha experimentado sus beneficiosos efectos, los aprecia y los quiere hasta tal punto que le faltan palabras para expresarle sus sentimientos».

Y un virtuosísimo eclesiástico de esa misma Conferencia en una carta particular que escribió al Sr. Vicente acerca de ese tema:

«Me gustaría —le dice— *encontrar unos términos que fueran capaces de expresar el consuelo y la edificación que han recibido no sólo los Ordenandos, si no también los Sres. de la Conferencia por las charlas que nos ha dado el Sr. N. de su Compañía. De tal manera ha conmovido los corazones, que esos señores no sabrían dejar de hablar de él. Y entre los*

Ordenandos hay varios, que, disgustados porque se les obliga a hacer Ejercicios, se habían propuesto antes de empezarlos no hacer confesión general, y otros, no hacerla con los sacerdotes de ustedes. Pero después de haber escuchado las charlas, han cambiado tanto, que han manifestado y declarado abiertamente en presencia de otros sus malas intenciones y, como consecuencia, la resolución contraria que habían tomado de hacer confesión general, e incluso hacerla con los sacerdotes misioneros. Todos lo decían derramando lágrimas, tanto los había impresionado. Le doy infinitas gracias por su gran caridad para con nosotros, tanto de mi parte, como de la de los señores, que me han encargado escribirle para manifestarle la satisfacción que han recibido».

El mes de mayo del año 1644, el Sr. Vicente había enviado dos sacerdotes de su Congregación a Chartres con el propósito de llevar a cabo los Ejercicios, que Don Santiago Lescot, que era entonces obispo, quería que se dieran a sus Ordenandos. Trabajaban con tanta bendición, que el gran prelado se lo agradeció en una carta en estos términos:

(154) «Los dos misioneros que usted me ha hecho el honor de enviarme para los órdenes de Pentecostés, son sacerdotes muy honestos, prudentes, preparados, cuidadosos y llenos de celo. Por eso han conseguido, gracias a Dios, mucho fruto, por lo que yo me siento sumamente agradecido a usted con toda mi diócesis, a la que encuentro tan inclinada hacia el bien; pero estamos necesitados de la asistencia que espero de su caridad, que es general y tan grande que no se la niega usted a nadie» El mes de marzo de 1645, el Sr. Obispo de Saintes, al escribir al Sr. Vicente para agradecerle por los sacerdotes de su Congregación que le había enviado para los mismos Ejercicios

«Nuestros Ordenandos —le dice— *siguen adelante con una maravillosa bendición de Dios. Tienen ahora tanta prisa para que los recibamos en estos Ejercicios, como dificultad habían tenido antes cada uno de ellos para hacerles entrar en ellos».*

Se necesitarían volúmenes enteros si se quisiera contar al detalle todos los buenos efectos que han producido los Ejercicios en todos los sitios donde han estado en uso, y todas las gracias y bendiciones que han recibido los que no les han puesto algún impedimento, bendiciones que han aparecido al exterior después de su Ordenación con el cambio de vida y con la práctica de todas las virtudes eclesiásticas. Nos bastará con decir que han sido de tal manera aprobados y experimentados por los prelados del Reino, que le ha sido imposible al Sr. Vicente, por falta de Obreros, satisfacer a todos los que se los han solicitado para trabajar en los Ejercicios en sus diócesis; y que una aprobación tan general de esa obra buena es una señal evidente de su excelencia y de su utilidad.

SECCION VI pág. 379: Los Ejercicios de Ordenandos practicados en Italia también han conseguido grandísimos frutos

Como es propio del bien ser comunicativo y difusivo, no hay por qué extrañarse si

la práctica de los Ejercicios de Ordenación, que era tan buena y tan útil, se haya extendido fuera de Francia; y ha sido introducida fácilmente en Italia y en otros países, y en ellos ha tenido el mismo éxito y la misma bendición. Presentaremos aquí lo que se ha escrito desde dos grandes ciudades, y por ello se podrá juzgar lo que ha sucedido en otras partes.

La primera es la ciudad de Génova. Allí el Sr. Cardenal Durazzo, que es el arzobispo, fundó un establecimiento de los sacerdotes de la Congregación de la Misión para servirse de ella no sólo para la instrucción del pueblo, más también para la reforma del clero. Todas las veces que tuvo Ordenes en su diócesis, quiso que dichos sacerdotes dieran los Ejercicios a los Ordenandos. De ahí se siguió un maravilloso fruto en los eclesiásticos que han participado de esa gracia. He aquí lo que el superior de la Misión de Génova escribió al Sr. Vicente a propósito de una Ordenación; por ahí se podrá deducir lo que ha sucedido en todas las demás.

«Nuestra Ordenación —le dice— *ha sido mediana en número, pero abundante en bendiciones, pues Dios ha derramado sobre ellos copiosamente sus gracias. Han observado con fidelidad el reglamento, con mucho silencio en todos los actos y tanta modestia sobre todo durante la comida, que parecía como si los Ordenandos se hubieran estado educando durante toda su vida en nuestra casa. Pero la gracia de Dios todavía se ha mostrado más en la oración y en las conferencias que se tenían después. No sé si es posible entregarse a este piadoso acto con más fervor que el que ellos tenían. Se veía a algunos durante el tiempo de la oración derramando lágrimas, e incluso durante la conferencia de la oración; otros daban gracias a Dios en voz alta por haberles concedido la gracia de entrar en los Ejercicios y recibir allí luz suficiente para conocer bien el estado que iban a abrazar en correspondencia con los designios de Dios y para vivir como verdaderos eclesiásticos. Hubo uno, especialmente, que, al despedirse de mí al final de los Ejercicios, me dijo entre sollozos que apenas le dejaban hablar, que pedía a Dios que le enviara antes mil muertes que permitir que llegara jamás a ofenderle. Cuando se lo decía ayer al Sr. Cardenal Durazzo, se puso a llorar de gozo y de satisfacción, no pudiendo contener su corazón los sentimientos que tenía por las bendiciones que Dios había derramado sobre esta Ordenación».*

La segunda ciudad es la de Roma. En ella los sacerdotes de la Congregación de la Misión habían sido recibidos por el Soberano Pontífice, Urbano VIII, de feliz recordación, y su casa fue fundada el año 1642. Comenzaron el año siguiente a recibir en su casa a los que venían por su propia iniciativa para preparase a recibir los santos Ordenes. Los Padres tuvieron éxito con bendición durante varios años, y el fruto que conseguían se lo comunicaron a su santidad. El mes de noviembre de 1659 el Sr. Cardenal Vicario publicó un mandamiento, en virtud del cual los aspirantes a los Ordenes sagrados quedaban obligados a recogerse en la casa de los Sacerdotes de la Misión para prepararse a recibirlos, asistiendo a los Ejercicios; mandamiento que se ejecutó por orden de nuestro Santo Padre el Papa Alejandro VII.

Cuando se hizo la primera publicación, el superior de la casa de la Misión de Roma

escribió al Sr. Vicente en estos términos:

«Vamos a prepararnos —dice— dentro de nuestra insignificancia, a servir a los señores Ordenandos. Nuestra confianza está en Dios, que se muestra tanto más autor de esta obra, cuanto que no sabemos cómo se ha tomado resolución ni quien ha sido el promotor. De forma que puedo decir que a Domino factum est istud,y que de esta manera cabe esperar que qui coepit opus ipse perficiet"

Si el Sr. Vicente quedó muy consolado al ver, estando todavía vivo, el uso de sus santos Ejercicios, a los que Dios había querido que diera él los primeros pasos, instaurado en aquella ciudad, señora de toda la cristiandad, quedó todavía más consolado, porque los de su Compañía habían sido elegidos para dar aquellos Ejercicios, sin que hubieran buscado aquella ocupación en Italia, igual que había sucedido en Francia.

La primera Ordenación tuvo lugar en diciembre de 1659, y la Providencia de Dios quiso que los señores de Chandenier, sobrinos del Sr. Cardenal de la Rochefoucauld, que habían ido a Roma por ese tiempo, estuvieran alojados en casa de los Sacerdotes de la Misión cuando los Ordenandos fueron recibidos en ella. Así lo dispuso Dios para que los dos virtuosos eclesiásticos contribuyeran con sus santos ejemplos a la edificación de todos los que estaban presentes en aquel lugar, como así lo hicieron de forma excelente, pues era cierto que no se podrían haber elegido dos modelos de modestia más cabales para enseñar a los que aspiraban a los Ordenes cómo debían ellos aparecer en su porte externo. El mayor celebraba diariamente la misa cantada en la capilla de la Misión en presencia de los Ordenandos con la gravedad, la devoción y el recogimiento habituales en él; y su hermano tenía la humildad de hacer de acólito y de turiferario. Dos sacerdotes italianos de la Congregación de la Misión dieron las charlas de la tarde y de la mañana; y todo fue transcurriendo tan bien, que , cuando se lo comunicaron a nuestro santo padre el Papa, su Santidad manifestó en un consistorio que tuvo lugar a los pocos días, que estaba muy contento de los Ejercicios de Ordenes. El Sr. Cardenal de Santa Cruz se lo comunicó al superior de la Misión, y éste le informó al Sr. Vicente, que le había hecho varias preguntas sobre esa cuestión. He aquí la respuesta del 16 de febrero de 1660:

«Me ordena usted, señor, que le diga cómo fue la última Ordenación, y si se ha notado algún provecho en las Ordenaciones después de los Ejercicios. Por lo que se refiere a los Ejercicios y a lo demás del reglamento que se observa en Francia, hemos procurado y seguimos procurando hacerlos observar de la misma manera que en París, acomodándonos día a día y hora a hora según las Memorias que hemos recibido de San Lázaro. Los señores Ordenandos han demostrado que están todos muy contentos. Y no sólo nosotros, sino también otras personas de fuera han reconocido el fruto que por la misericordia de Dios han sacado muchos de ellos en estos Ejercicios. Algunos de ellos están también en esta segunda Ordenación, en la que estamos trabajando ahora, que es la primera de esta cuaresma. Dan muy buenos ejemplos a los demás y parece que Dios, por su infinita bondad, quiere dar su bendición a estos Ejercicios y comunicar sus gracias por este camino a los eclesiásticos de este país, lo mismo que ha hecho en otros lugares».

Ese superior escribía al Sr. Vicente al final de cada una de las Ordenaciones cómo habían resultado. Presentemos aquí solamente algunos breves párrafos de sus cartas. En una de ellas hablaba en estos términos:

«Por lo que se refiere al fruto de las ultimas Ordenaciones, lo ha habido por la misericordia de Dios. Varios de los señores que han hecho aquí los Ejercicios nos vienen a ver de vez en cuando para manifestarnos que se mantienen en los buenos sentimientos que recibieron aquí. Y uno de ellos, que es persona de condición y ha asistido a los Ejercicios de tres Ordenaciones, vino ayer aquí a celebrar su primera misa, después de hacer previamente algunos días de retiro para prepararse mejor».

En otra carta, el mismo superior, hablando al Sr. Vicente sobre otra Ordenación, le dice que algunos Sres. Cardenales y otros prelados habían ido a las charlas; y que, entre los Ordenandos, había varias personas de cualidad y de mérito, entre otros un canónigo de San Juan de Letrán, sobrino del Sr. Cardenal Mancini, y otro, de San Pedro, llamado conde Marescotti, y otras personas relevantes. El Papa se mantuvo firme, y no quiso dispensar a nadie de asistir a los Ejercicios.

Dice en otra carta:

«Los Ordenandos que hemos tenido al comienzo de la cuaresma, y los que tenemos en la actualidad son tan puntuales en todos los actos y los hacen con tanta devoción, que estamos sorprendidos. Puedo decir que, en cuanto a la modestia y el silencio, me parece que no hay nada, o muy poco que se pueda desear más. Y por eso nuestro Señor quiere darnos a conocer sensiblemente que es El el autor de todos estos bienes».

En otra carta le dice:

«En la última Ordenación tuvimos a un hidalgo español, que es de la diócesis de Plasencia, cuyo obispo se encuentra actualmente en esta corte como embajador extraordinario del Rey de España. Este buen señor, pensando en recibir los sagrados Ordenes, vino con mucho interés a asistir a los Ejercicios; pero al escuchar las pláticas y reconocer cuánta importancia tiene no ingresar en los Ordenes sagrados sin haber sido llamado por Dios, y habiendo considerado, por otra parte, las grandes obligaciones que se contraen al recibir los sagrados Ordenes, se vio invadido de un gran temor y experimentó una gran dificultad en resolverse a abrazarlos; pero lo hizo finalmente con muy buenas disposiciones, y la señal más segura ha sido el gran cambio que se ha notado en él, lo mismo que en muchos otros, después de la Ordenación».

«Al salir de los Ejercicios, se lo ha referido a su Sr. obispo, que ha querido hablar con nosotros, y habiéndonoslo comunicado, estuvimos esta mañana en su casa, donde nos encontramos con un prelado lleno de celo, que ha dado gran número de misiones en sus diócesis, casi de la misma forma que la Compañía, a no ser que las hace un poco más cortas. El en persona predica, confiesa y da la catequesis. Pero se ha sentido entusiasmado con esta invención de trabajar por conseguir buenos eclesiásticos. Quiere venir acá para la

próxima Ordenación, y pregunta si, cuando vuelva a España, le podríamos dar alguno de los nuestros. Mientras le contestamos, quiere enviar a su diócesis un informe de lo que hacemos en la Ordenación, para empezar a practicarlo».

Este buen prelado acudió a la casa al empezar los Ejercicios de Ordenación siguientes. Y no contento con saber la teoría, quiso ver la práctica y estar presente en todos los actos de los Ejercicios, para hacer practicar lo mismo en su diócesis.

El Sr. Vicente, luego que supo aquella noticia, tuvo miedo a que sus sacerdotes de Roma se comprometieran demasiado con aquel buen prelado español en lo referente al envío de un sacerdote de su Compañía a España, pues siempre estuvo muy lejos de su pensamiento extender su Congregación y sus actividades por medios humanos. Les hizo sobre ello una advertencia por carta. Lo sabemos por la respuesta que le envió el superior de la casa de Roma en estos términos:

«Sobre el obispo de Plasencia, embajador de España, Dios nos ha concedido la gracia, según los deseos de usted, de no tener que volver donde él, desde que nos rogó que fuésemos allá para darle las Memorias de la Ordenación. Y según las ordenes de usted no haremos nada en este asunto ni en ninguna otra cosa, con la ayuda de Dios, para buscar alguna ocupación, o para actuar por nosotros mismos; incluso cuando nos urgieran, lo dejaríamos todo ante la respuesta y decisión de usted, ya que no podemos obrar de otra manera».

Como las mejores y más santas actividades son ordinariamente las más expuestas a la envidia y a la contradicción, ocurrió que los grandes frutos que los Ejercicios producían y los rumores favorables que se extendían por Roma acerca de ellos, provocaron la emulación de ciertas personas religiosas que pensaron que sería rendir un servicio a Dios, si atraían a su Compañía aquellos ejercicios y se los quitaban a los Sacerdotes de la Misión. Veamos lo que el mismo superior le escribió al Sr. Vicente el mes de mayo de 1660:

«Creo que tengo que informarle a propósito de cierta oposición que desde hace poco tiempo se ha levantado contra la continuación de los Ejercicios de Ordenación. En primer lugar, hace algún tiempo que el Sr. Cardenal Vicario me hizo el honor de decirme que otra comunidad había pedido dar esos Ejercicios y que se les enviaran los Ordenandos a ellos y no a nosotros. Su Eminencia se los llegó a negar en absoluto. Ya me había advertido anteriormente de esta solicitud otra persona, que me declaró también cuál era esa comunidad. En segundo lugar, me han comunicado además que en el último examen que se le hizo para los sagrados Ordenes el reverendo Padre... dijo que, puesto que se presentaban muchas personas distinguidas para recibir los Ordenes en Roma, no se les podía seguir obligando a ir a los Ejercicios de la Misión y que hablarían de ello al Papa. Pues bien, he sabido que le han hablado y que han hecho todo lo posible para convencerle de que no obligue a los Ordenandos a venir aquí, y que Su Santidad, que estaba muy bien informado de lo que se hacía en los Ejercicios de Ordenandos, no quiso tener en

consideración todas esas indicaciones, y se mantuvo firme en su primera resolución. He ahí, señor, cómo tenemos la gracia de depender visiblemente de la protección de nuestro Señor y de su santa Madre».

Más adelante se han hecho nuevos esfuerzos para abolir estos Ejercicios. Se han quejado al Papa y a los cardenales de que se hicieran en la casa de los Sacerdotes de la Misión y no en otra parte; y que parecía que los que los apoyaban sólo apreciaban los Ejercicios que se hacían donde ellos, con desprecio de los demás. Pero todo eso no ha producido ninguna impresión en el espíritu del Papa, y no ha impedido que se haya hecho aún más inflexible en hacer observar el contenido de su primer Breve. Y ha hecho publicar un segundo Breve el año 1662, en el cual por iniciativa propia aprueba y confirma todo lo que se ha hecho en esta materia, y obliga no solamente a todos los que van a recibir los Ordenes de la ciudad de Roma, sea cual fuere su nación y su diócesis, sino también a los de los seis obispados sufragáneos, que quieran ordenarse en la diócesis de ellos, a asistir a esos Ejercicios antes de ser promovidos a los santos Ordenes. En eso mismo manifiesta tanto celo en procurar por ese medio la perfección de los eclesiásticos, en cuanto que se reserva para sí el poder de dispensar de ellos. Y se mantiene tan firme en lo de no exceptuar a nadie, que hasta llega a obligar a los que concede dispensa de recibir los Ordenes extra tempora, a hacer antes un retiro espiritual en casa de los sacerdotes de la Misión.

Se pueden razonablemente atribuir todos esos favores y esas gracias a la gran confianza que el Sr. Vicente ha manifestado tener siempre en la protección de Dios, y a esa pureza de intención tan singular, que animaba a todos sus proyectos buenos. De ahí provenía que no se molestaba mucho por las tormentas que surgían contra él, pues reconocía que, como aquella actividad les había sido dada por Dios, El era suficientemente poderoso y suficientemente bueno como para mantenerlos en ella mientras fueran fieles a sus Reglas. Esto no le impedía pensar que si la Compañía descuidaba los dones de Dios, era justo que fuera despojada de los mismos.

Pero ni con mucho todas aquellas emulaciones y tentativas causaron alguna disminución o algún deterioro a los frutos de los Ejercicios de la Ordenación; al contrario, parece que aquello atrajo nuevas bendiciones para extenderlos todavía más, porque ya es sabido, un solo Ordenando del Reino de Nápoles que había asistido a los Ejercicios y que había vuelto a su tierra, logró persuadir a su arzobispo a que hiciera pasar por los mismos Ejercicios a todos los de su diócesis que desearan recibir los Ordenes sagrados.

El Sr. Cardenal Barbarigo, habiendo oído hablar sobre los grandes frutos de los Ejercicios de Ordenación, llamó a los Sacerdotes de la Misión de Roma a la ciudad de Bérgamo (165), situada en el estado de Venecia, de donde era entonces obispo, en donde él empezó a tener los Ejercicios de Ordenandos dirigidos por aquellos, con la intención de procurar su continuación por haber reconocido su importancia y su utilidad. Y habiendo vuelto de Bérgamo a Roma el año pasado de 1663, ha tenido la devoción de dar él mismo alguna de las charlas de los Ordenandos, a las que asistieron varios cardenales. Y logró un

resultado con tanta bendición que no sólo los Ordenandos quedaron sensiblemente conmovidos, sino que también los cardenales presentes quedaron muy edificados. Y algunos de ellos, siguiendo su ejemplo, han actuado también en las Ordenaciones siguientes, a saber: el Sr. Cardenal Albici, después, el Sr. Cardenal de Santa Cruz, uno y otro con el aplauso de un buen número de cardenales, de obispos, de prelados, de generales de Ordenes religiosas y de otras personas de categoría que se encontraban allí.

El mismo superior también ha hecho notar en varias cartas escritas a partir de ese año que, por la gracia de Dios, se veían buenos efectos de aquellos Ejercicios en la perfección del clero; y que incluso sus frutos se extendían fuera de Roma; porque entre los Ordenandos hay, además de los de Italia muchos otros de varias nacionalidades.

He ahí unos pequeños ejemplos de las consecuencias muy felices de esta obra empezada y establecida en la Iglesia gracias al celo universal del Sr. Vicente, y por la bendición singular que Dios le ha concedido para su mayor gloria.

CAPITULO TERCERO pág. 385

Conferencias espirituales de eclesiásticos

SECCION I pág. 385: Institución de la Conferencia de eclesiásticos en San Lázaro

Hay entre las virtudes una secreta relación que hace que no solamente se sigan, sino que se atraigan unas a otras en los individuos que encuentran preparados: se puede decir lo mismo de las gracias, que son como semillas de las virtudes, y generalmente de todos los dones de Dios, que van continuamente multiplicándose, con tal que no se les oponga resistencia, ni se ponga ningún obstáculo a la voluntad soberana bienhechora, que es su fuente.

Dios había querido disponer del Sr. Vicente, después que hubiera puesto en marcha las misiones, para comenzar los Ejercicios de Ordenación y extender sus frutos por todas partes. Y quiso después su divina Bondad servirse del mismo para producir otro bien en la Iglesia, que debía ser útil no sólo para conservar y afirmar las gracias recibidas en la Ordenación, sino también para preparar a los eclesiásticos para todos los trabajos propios de su ministerio y hacerlos capaces de desempeñarlos digna y útilmente. Veamos cómo sucedió la cosa. El gran siervo de Dios, al ver los buenos resultados de los Ejercicios de Ordenación, experimentó una gran alegría en su corazón, que lo impulsó a dar continuas acciones de gracias a su divina Majestad. Pero considerando la debilidad y la inconstancia de la voluntad humana, temía que, al salir de los Ejercicios, los eclesiásticos volvieran a las conversaciones ordinarias del mundo, y viéndose obligados a vivir, como dice el apóstol, en medio de un pueblo malvado y perverso, fueran decayendo poco a poco del primer

fervor, y quizás a continuación perdieran la gracia que habían recibido. Eso le movía a discurrir con qué medios se les podría precaver y robustecer, de forma que ni su propia debilidad, ni la depravación del siglo pudieran quebrantar o alterar las santas resoluciones tomadas. Aunque tenía varias ideas acerca de esa materia, sin embargo su humildad le hacía siempre desconfiar de sus propias luces, y una de sus normas era no entrometerse por propia iniciativa en los designios de Dios. Por eso se contentaba con invocar al Espíritu Santo en espera de que quisiera darle a conocer lo que le fuera más agradable. Y cuando estaba embebido en esos pensamientos, un virtuoso eclesiástico, que había asistido a los Ejercicios de Ordenandos en París, fue a verle y le propuso que formara una especie de unión entre los eclesiásticos que, estando preparados para recibir los santos Ordenes con aquellos Ejercicios, deseaban vivir conforme a la santidad de su vocación. Y a tal fin, que aceptara reunirlos de vez en cuando en San Lázaro para hablar juntos sobre las virtudes y las funciones propias de su ministerio.

El Sr. Vicente recibió aquella sugerencia como venida de Dios, y considerando los buenos efectos que las Conferencias espirituales habían producido otras veces entre los antiguos Padres de los desiertos de Egipto, que se servían de ellas como de un medio útil para robustecerse contra los ataques de sus enemigos invisibles, y para avanzar por el camino de la perfección, pensó que no sería menos provechoso para los eclesiástico, que debían vivir y servir a Dios en el mundo. Por eso, después de haber encomendado mucho este asunto a Nuestro Señor y haberlo hecho aceptar gustosamente y aprobar por el Sr. Arzobispo de París, se dispuso a elegir unas personas adecuadas con quienes comenzar la obra; y la Providencia le presentó una ocasión muy propicia, que fue así.

Unos virtuosos eclesiásticos, que habían pasado por los Ejercicios de Ordenación, reconociendo cuán obligados estaban al Sr. Vicente por las buenas disposiciones en que Dios los había puesto con su asistencia, habían venido a ofrecérsele para trabajar en todas las funciones eclesiásticas propias de su estado en las que él juzgara más conveniente emplearlos. Eso le dió ocasión para rogarles que dieran una pequeña misión a los albañiles, carpinteros y a otros que trabajaban en la construcción de la Visitación de Santa María cerca de la puerta de Saint-Antoine de París, pues el Sr. Vicente era de ellas Superior y Padre espiritual. Fue al comienzo del mes de junio del año 1633 cuando aquellos buenos eclesiásticos se empeñaron en aquella obra con gran ilusión. Para ello, gracias a una caridad ingeniosa, distribuyeron el tiempo de tal manera, que, sin que aquellas personas dejaran el trabajo, hallaron forma de darles todos los días las exhortaciones e instrucciones acostumbradas, y de prepararlos para hacer una buena confesión general, y llevar una vida verdaderamente cristiana, según su condición.

Cuando estaban ocupados en aquella misión, el Sr. Vicente, al ver el celo por la salvación de las almas que los animaba, y con el que trabajaban muy unidos entre sí, los juzgó muy aptos para comenzar lo que había proyectado. Y para eso los fue a ver el día de San Bernabé, día once del mismo mes, y después de haberles comunicado a cada uno en particular el pensamiento que tenía de reunirlos más asiduamente para fortalecerlos aún más en el servicio que deseaban ofrecer a Dios, los halló a todos dispuestos con mucha

ilusión y puestos una vez más enteramente a sus órdenes, para que dispusiera y mandara todo lo que viera ser más conveniente para el bien de ellos, y para la mayor gloria de Dios. Fundándose en eso, les invitó a todos a que vinieran a San Lázaro, y les señaló día para reunirse. Cuando llegaron, les declaró más al detalle sus ideas sobre aquel asunto. Les habló de la necesidad de conservar y cultivar las santas disposiciones en que les había puesto Dios, y las gracias que habían recibido en la Ordenación, exhortándoles mucho a que se dieran a su Divina Majestad, para continuar toda su vida lo que habían comenzado por su gracia, y para satisfacer hasta el fin a las obligaciones del estado que habían abrazado, de forma que no hubiera ningún motivo para decir nunca contra ninguno de ellos aquello de que habían empezado a edificar, pero que no había tenido el valor de acabar su edificio»; y que, ya que habían sido honrados con el carácter sagrado del sacerdocio, y elevados a un estado verdaderamente santo que les dedicaba enteramente al servicio de Dios, no les sucediera lo que el profeta Jeremías lamentaba en su tiempo, que el oro se había oscurecido, que había perdido su brillo, y que la piedras preciosas del santuario habían sido dispersadas y holladas por las calles. Eso sucede siempre, cuando los que Jesucristo ha escogido para ministros de la Iglesia, flaquean en la caridad, y en la perfección que debe acompañar a su estado; y cuando los que se acercan a su santuario, y son los dispensadores de sus misterios se dejan llevar por la disipación en los anchos caminos del mundo, y se hacen merecedores del desprecio por su vida desordenada. Después de eso les dijo que no era su intención obligarles a separarse y a retirarse completamente del mundo para alojarse y vivir juntos en una misma casa; eso podría presentar sus dificultades; sino, más bien, que, viviendo cada cual en su propia casa, o en la de su familia, estuvieran unidos por un vínculo especial de caridad, y por una semejanza de actos virtuosos y de trabajos eclesiásticos; proponiéndose a tal efecto un mismo orden y reglamento de vida, y cumplir perfectamente los deberes de su vocación, de forma que se les pudiera aplicar lo que dijo un profeta: « Stellae dederunt lumen in custodis, et vocatae dixerunt: Adsumus; et luxerunt illi cum jucunditate, qui fecit illas». Y que fueran en la Iglesia como otras tantas luminarias que difunden la luz de sus buenos ejemplos en sus casas, viviendo en disposición continua de ir a trabajar a los sitios y a las actividades a las que fueran llamados, para que Jesucristo, autor de su sacerdocio, tuviera motivos para estar contento y satisfecho de su servicio.

El que había hecho la primera propuesta de aquel plan al Sr. Vicente, no asistió a aquella reunión por estar trabajando en unas misiones fuera de París. Por eso el Sr. Vicente le escribió la carta siguiente:

«¡Bendito sea Dios, señor, por todas las gracias y bendiciones que reparte sobre la misión que está usted dando! ¿No le parece que muchos obreros que permanecen ociosos podrían emplearse en la gran cosecha en que trabaja ahora y que los que conocen la necesidad que tiene el Señor de la mies de más obreros serán culpables de la sangre de su Hijo, a la que dejan inútil por falta de aplicación? ¡Oh! ¡Qué bien ha sido recibido por los señores eclesiásticos el pensamiento que hizo el honor de comunicarme estos días pasados! De todos ellos hemos hablado en general y de cada uno en particular. Hace quince días los vimos a todos juntos y resolvieron lo que proponía usted con una

uniformidad de espíritu, que parece cosa de Dios. Empecé mi discurso por las palabras que me indicó, sin nombrar a usted más que cuando fue necesario ponerlo entre ellos y reservar su lugar entre ellos. Hoy tienen que reunirse de nuevo. ¡Oh, señor, cuántos motivos hay para esperar mucho bien de esta Compañía! Usted es el promotor y tiene interés en que todo resulte bien para gloria de Dios. Ruegue por esto, por favor, señor, y más especialmente por mí».

Los señores eclesiásticos, estando nuevamente reunidos el día nueve del mes de julio siguiente, determinaron el orden que debían observar en la Conferencia, eligieron a algunos oficiales para la observancia del orden, y determinaron el día del martes de cada semana como el más conveniente para reunirse y para hablar juntos sobre las virtudes y las funcione de su ministerio. El Sr. Vicente les propuso como tema de su primera Conferencia espiritual, que tuvo lugar el día 16 del mismo mes, el del espíritu eclesiástico, y lo dividió en tres puntos. El primero comprendía las razones y los motivos por los cuales es importante para los sacerdotes y los demás que han iniciado los Ordenes y los ministerios sagrados, tener el espíritu eclesiástico. El segundo, en qué consistía ese espíritu. Y el tercero, los medios para adquirirlo, conservarlo y perfeccionarlo. Este primer tema de Conferencia, igual que los siguientes, y lo que sucedió de más importante relacionado con esa reunión fue anotado por uno de los primeros de esa Compañía, y ha sido él quien ha proporcionado las principales memorias de las cosas que vamos a referir.

Esos señores se han venido reuniendo siempre desde entonces todas las semanas, y han tenido su conferencia sobre los temas que el Sr. Vicente les iba sugiriendo, que versaban siempre sobre las virtudes o sobre las funciones propias y convenientes para su condición. La manera de expresarse en esas conferencias era humilde, sencilla y familiar, según el modo que su director les había inspirado, tanto con sus exhortaciones como con su ejemplo; porque tenía una gracia especial al hablar de las virtudes y de todos los temas de piedad, con eficacia y bendición. Su lenguaje era sencillo y sin adornos, pero vigoroso y conmovedor. De ordinario no estudiaba previamente el tema que iba a desarrollar en las conferencias, sino que lo pensaba ante Dios en la oración; de aquí es de donde sacaba las grandes luces que comunicaba con gracia a los demás. Sus discursos estaban fundados sobre principios ciertos sacados de la Sagrada Escritura, y particularmente de los ejemplos y las palabras del Hijo de Dios contenidos en los Evangelios, que solía penetrar y saborear de modo muy especial. Con cierta frecuencia no solía añadir nada, o muy poco, a lo que otros habían dicho, y se contentaba con destacar un buen pensamiento o alguna palabra que había dicho antes otro. Pero él le daba nueva fuerza, porque solía tratar las cuestiones más comunes y ordinarias de una forma muy extraordinaria, y con frases que conmovían e impresionaban a las almas y producían siempre muy buenos efectos. Eso hacía ver claramente que nuestro Señor Jesucristo hablaba por su boca y animaba su palabra, igual que su corazón. Entre los buenos efecto que se seguían, uno era entrar en su mismo espíritu, y obrar y hablar como él, con humildad, sencillez y sinceridad; de modo que en las conferencias no se trataba de hacer discursos hermosos para mostrarse docto y elocuente, o para hacer apreciar su ingenio, sino sólo se buscaba el honor y la gloria de Dios, el progreso espiritual de los demás y la propia humillación y confusión. Pero

aconsejaba a los eclesiásticos de la conferencia que prepararan los temas, pero más bien a modo de oración que de estudio, salvo que la materia que se iba a tratar requiriera una aplicación particular y una lectura atenta de algún libro, para exponer lo que fuera más útil y más necesario, como cuando se trataba de lo oficios y actividades eclesiásticas y de asuntos parecidos.

Para atraer más bendiciones sobre esta Compañía de eclesiásticos, el Sr. Vicente pensó que sería oportuno imponer algún orden en forma de reglamento. Entre otras cosas dice que *«los eclesiásticos que deseen conservar las buenas disposiciones que Dios había querido darles durante los Ejercicios de Ordenación, habían decidido, con el beneplácito y con el permiso del Sr. Arzobispo de París, juntarse y tener unas conferencias en la casa de San Lázaro, para honrar la vida de nuestro Señor Jesucristo, su sacerdocio eterno, su santa Familia y su amor para con los pobres; y eso, esforzándose en conformar la vida de ellos a la de Jesucristo, y en procurar la gloria de Dios en el estado eclesiástico, en sus casas y entre los pobres, no solamente en las ciudades, sino también en el campo, según la devoción de cada cual».*

«Que esta Compañía estaría compuesta solamente de eclesiásticos promovidos a los sagrados Ordenes, que serían admitidos después de un largo examen de su vida y costumbres; y después de haber hecho los Ejercicios espirituales, que tratarían de hacer todos los años mientras pudieran».

«Que se reunirían los martes de cada semana para hablar sobre temas que les serían propuestos, y que serían de ordinario sobre las virtudes y las funciones y las actividades propias de su ministerios».

«Que se persuadieran, finalmente, que Nuestro Señor los había unido a todos con un nuevo vínculo de su amor para tenerlos perfectamente unidos a El; y que por eso debían amarse mutuamente, visitarse y consolarse unos a otros en sus tribulaciones y enfermedades, y asistir al entierro de los que fallecieran. Cada uno de los sacerdotes celebraría tres veces el sacrifico de la misa en sufragio de cada difunto, y los demás ofrecerían alguna comunión».

«Además de eso, se impusieron un pequeño orden del día, que contendría entre otras cosas: que se levantarían todos los días a una hora determinada, después de haber tenido descanso suficiente; que todas las mañanas harían, cuando menos, media hora de oración mental, celebrarían la santa misa, y a continuación leerían un capítulo del Nuevo Testamento de rodillas y con la cabeza descubierta, acompañando esa lectura con tres actos internos, de los cuales el primero es: adorar las verdades contenidas en el capítulo que se ha leído; el segundo, imbuirse del sentimiento de esas verdades; y el tercero, proponerse la práctica de las cosas que enseñan. Que después de eso, se dedicarían a un estudio conveniente a su condición. Que antes de comer tendrían un momento de recogimiento interior, o examen particular. Que, después de comer, emplearían algún tiempo en la lectura de un libro espiritual. Y lo que les quedara de tiempo, en estudiar o en

otros actos conformes con su estado».

SECCION II pág. 389: Progresos de la Compañía y frutos conseguidos

Esta Compañía, que había tenido tan buenos comienzos gracias a la sabia dirección del Sr. Vicente, se ha mantenido siempre con nuevas bendiciones que Dios ha derramado por las manos de su fiel siervo. Entre sus primeros frutos podemos contar su multiplicación y crecimiento, que se ha realizado en brevísimo tiempo, de manera que más de doscientos cincuenta eclesiásticos fueron recibidos en vida del Sr. Vicente. Entre ellos se cuentan algunos de mucha categoría, o por su nacimiento, o por su doctrina, y hay más de cuarenta que son doctores por la facultad de París. Pues, aunque el plan del Sr. Vicente y de todos los que la componían no fuera presentarse al exterior, sino más bien el de honrar la vida oculta de nuestro Señor permaneciendo desconocidos, mientras pudieran, trabajando con humildad en las actividades menos apreciadas pero más útiles y provechosas para la salvación de las almas, particularmente de los pobres yendo a catequizar y confesar en los hospitales, en las cárceles, o en las aldeas; sin embargo, Dios no ha querido que esta pequeña ciudad, que había edificado con la mano de su siervo, sobre el monte de la caridad, permaneciera oculta durante mucho tiempo. El es quien la ha puesto en evidencia en varias ocasiones, como lo vamos a ver, con las bendiciones que ha querido derramar sobre sus actividades, y además de eso, la Providencia quiso extraer de ella hasta veintidós prelados tanto arzobispos como obispos, para trabajar utilísimanente, como así lo han hecho y lo siguen haciendo aún en sus diócesis. A ellos podríamos añadir un gran número de vicarios generales, oficiales, arcedianos, párrocos, canónigos, directores de seminarios, superiores, visitadores, confesores de religiosas, que han salido de esta Compañía, y que extienden por todas partes el buen olor de Jesucristo con el ejemplo de sus virtudes.

Hay que señalar que ha sido principalmente del director de esa Compañía, a saber, del Sr. Vicente, de quien se ha extendido esa bendición sobre todos los miembros que la componen, quienes, por la dependencia y la conexión que han tenido por ese medio con el Padre de los misioneros, han participado en cierto modo de las influencias saludables que comunicaba a todo el cuerpo de su Congregación; ya desde el comienzo, había introducido en ella la santa práctica de tener conferencias para conversar sobre las virtudes y sobre las obligaciones de la vida eclesiástica. Así viendo por experiencia el gran bien que obtenía de las conferencias espirituales con el progreso interior de los miembros de su Congregación, pensó que el uso de esas conferencias no sería menos ventajoso para los sacerdotes externos. Y con ese fin las fundó de la forma que hemos dicho en la sección anterior. Hablando sobre esta cuestión cierto día a su Comunidad de San Lázaro dijo:

«Si hay en el mundo algunas personas que están obligadas a servirse y aprovecharse de las conferencias, me parece que son los sacerdotes de la Congregación de

la Misión, porque es a ellos a los que Dios se ha dirigido para introducir en el mundo, entre los eclesiásticos, esta forma de conversar sobre las virtudes particulares. Cuando vine a París, nunca había visto semejantes conferencias; al menos, sobre las virtudes propias de su estado especial, y para vivir debidamente en su condición. Es verdad que había academias en las que se trataba de algunos puntos doctrinales, y en algunos lugares, de casos de conciencia. Hace unos cincuenta años que el Sr. Cardenal de Sourdis introdujo en la diócesis de Burdeos esta forma de tratar algunos puntos de teología moral, reuniendo a los párrocos y demás sacerdotes para ofrecerles el medio de instruirse mejor. Tuvo mucho éxito, pero nunca se había visto hasta nosotros que se hablara de las virtudes propias de su estado entre los eclesiásticos del clero; al menos, no lo he visto ni he oído hablar de ello. Es cierto que muchos buenos religiosos observan esta práctica, y que así lo hicieron los antiguos monjes; pero, sea lo que sea, es a esta pobre Compañía a la que Dios ha querido dirigirse en este siglo para establecerla fuera, no sólo como un antídoto adecuado para los buenos sacerdotes, que están expuestos, por el servicio de las almas, al aire corrompido del mundo, sino también para ayudarles a perfeccionarse en su profesión. Así, pues, ha sido a la Congregación de la Misión a la que Dios ha inspirado excitarse y aficionarse, tal como lo hacemos, en la práctica de las virtudes por medio de las conferencias. En ellas se trata de los motivos para adquirir esas virtudes, de su naturaleza, de sus actos particulares, de los medios para practicarlas y, finalmente, de las obligaciones de nuestro estado, tanto para con Dios como para con el prójimo. Esta es la finalidad de las conferencias. ¿Qué sería de nosotros, si fuéramos los primeros en descuidarlas? ¡Qué cuenta tendríamos que dar a Dios, si llegásemos a despreciar unos medios tan útiles y tan eficaces, que aquellos antiguos Padres y Anacoretas abrazaban con tanta avidez, tal como nos refiere Casiano en el libro que sobre ello compuso! He de confesar que, por propia experiencia, no hay nada tan impresionante, nada que conmueva tanto, ninguna cosa de las que digo, leo o veo, que penetre tanto en mi alma como estas conferencias».

Además de los primeros frutos, que han sido internos para la Compañía de los Eclesiásticos que se reúnen en San Lázaro, hay otros muy importantes, que ha producido al exterior. Y, en primer lugar, pueden contarse entre esos frutos los efectos saludables que los buenos ejemplos de los eclesiásticos de esa compañía han producido entre los demás. Porque los señores de la Conferencia, siendo como son en su mayor parte de bastante categoría por razón de su condición, o de su doctrina, o de los cargos y beneficios que tienen en la Iglesia, su vida ejemplar ha influido mucho en otros para moverlos a imitarlos, sea en la modestia de sus hábitos y de sus cabellos, sea en su alejamiento de las compañías y de los modos de obrar del mundo, sea en su dedicación a las obras de caridad y a otras actividades propias de su ministerio, hacia las que han atraído a gran número de otros sacerdotes y los han movido a hacer lo mismo. Todo eso ha sido motivo de edificación en muchos lugares.

En segundo lugar, el Sr. Vicente ha empleado con frecuencia a los más sabios y a los más piadosos de esa Compañía en dar charlas de Ordenación, para que sus exhortaciones, que iban juntas con los ejemplos de su vida, pudieran aprovechar doblemente al gran número de Ordenandos que se encuentran en París de todas las

diócesis de Francia, viendo, por un lado, unos modelos perfectos de la forma que debían asimilar, y, de otro, aprendiendo de su boca lo que debían saber y hacer para parecérseles. El Sr. Vicente ha imitado en eso al gran Obrero de la naturaleza, que hace que los frutos de un árbol produzcan otros árboles parecidos, y que los hijos de un padre se conviertan en padres de otros hijos; porque la Compañía de los eclesiásticos, como era una producción de los primeros ejercicios de Ordenación, se ha convertido también en causa de buenos frutos para los que hacen los mismos Ejercicios.

En tercer lugar, los señores eclesiásticos de esa misma Compañía han sido enviados o llamados expresamente a otras diócesis para trabajar en ellas, ya en los Ejercicios de Ordenandos, ya en los Retiros espirituales, que algunos de los Sres. Obispos han mandado hacer a los párrocos, vicarios y a otros eclesiásticos de sus diócesis. Algunos, incluso, han tenido que ir al campo para sus asuntos, y se han servido de la ocasión de sus viajes para reunir a los eclesiásticos de los lugares en donde se hallaban e impulsarlos a tener entre ellos unas conferencias espirituales referentes a sus funciones y actividades, como también a entregarse a la oración mental y a la práctica de las virtudes más propias de su vocación. Y siendo uno de los fines de su Compañía consagrarse, en cuanto puedan, a promover el bien espiritual de los sacerdotes, a menudo, y de forma notable, han contribuido con sus desvelos y con sus limosnas a ayudar los sacerdotes pobres, que se hallan no solamente necesitados, sino también viviendo en el desorden, y así los han llevado a una verdadera conversión, y por ese medio han quitado de la iglesia el escándalo.

SECCION III pág. 39: Misiones dadas por los sacerdotes de la misma Compañía en algunos hospitales y otros lugares de la ciudad de París

Como, entre las actividades a las que se pueden dedicar los eclesiásticos, las misiones han sido siempre consideradas como las más útiles y provechosas para la salvación de las almas, también el Sr. Vicente escuchaba muy a gusto los ofrecimientos que los señores de esa Compañía le hacían de ir a trabajar en ellas, según él estimara conveniente. Y para eso, varios, de acuerdo con el Sr. Vicente, se unían a los sacerdotes de su Congregación para ayudarlos en sus misiones. Además, a algunos de ellos les ha encargado su Compañía la dirección de misiones en varias diócesis, con el permiso y la aprobación de los Sres. Obispos y particularmente en las ciudades grandes, a las cuales no van nunca los sacerdotes de la Congregación de la Misión, puesto que su humildad les ha llevado a reservarse enteramente para los sitios pobres del campo, como ya lo hemos dicho en otra parte. Y Dios ha querido conceder tales bendiciones a esas misiones, que se han visto en ellas a menudo conversiones que han causado tanto asombro como edificación, por las restituciones, las reconciliaciones y otros efectos extraordinarios que se han seguido de ellas.

Pero además de esas misiones, a las que se han consagrado desde hace treinta años en muchas ciudades y otros lugares de este Reino, han dado otras no menos provechosas en la ciudad de París.

Antes de que el Hospital General diera acogida a los pobres mendigos, han reunido varias veces a un buen número de ellos, a los que, al distribuirles limosnas, les daban las instrucciones necesarias para prepararlos a hacer buenas confesiones y a llevar una vida más cristina que en el pasado. Sobre todo tuvieron mucho éxito (con gran bendición) en la misión que se dió a los pobres loreneses refugiados en París; y hemos hablado de ello en el libro primero.

También las han dado a los soldados del Regimiento de los Guardias del Rey, a los que hacían congregarse en sitios convenientes, de acuerdo con sus capitanes.

También las han dado, en diferentes ocasiones, en grandes y numerosos talleres de la misma ciudad de París, a los albañiles y a los eventuales, que allí trabajaban, y siempre han logrado fruto para el bien espiritual de aquella buena gente, que en su mayor parte no solían asistir a las instrucciones y catequesis de sus parroquias y pasaban su vida con una gran negligencia en las cosas de su salvación. Y para no distraerlos de sus trabajos, se escogían las horas de su descanso para instruirlos y para prepararlos a hacer unas buenas confesiones generales.

Han dado varias misiones en diversos hospitales de la ciudad de París. Comenzaron el año 1633 dando una misión en el hospital de QuinzeVingts, tanto a los pobres ciegos y a sus familias, como a la gente de la ciudad que quisiera tomar parte. Han dado además multitud de misiones en diferentes momentos a los pobres del hospital de la Compasión, y particularmente del Refugio, que, siendo un albergue de retiro forzoso para las mujeres y muchachas de vida desordenada, tenían una necesidad especial de ser asistidas en lo espiritual. Y ése era el motivo principal por el cual el Sr. Vicente, que sentía mucha compasión por aquellas criaturas desgraciadas, llevaba muy a gusto a los eclesiásticos de esa Compañía, no sólo para darles misiones de vez en cuando, sino también para visitarlas los domingos y días de fiesta, y así administrarles los sacramentos, y predicarles la palabra de Dios, con el permiso del Sr. Arzobispo.

También han dado una misión en el hospital de PetitesMaisons. En él además de los pobres dementes a los que no podía aprovechar la misión, se encuentran muchas familias pobres. Con ellas tomaron parte en las instrucciones que se les dieron algunos habitantes del arrabal. En esta misión se compuso y redactó el Ejercicio del Cristiano en una hoja, de forma breve y familiar, para que los más simples y los más ignorantes lo pudieran entender y practicar mejor. Y Dios ha querido concederle tal bendición, que posteriormente se han repartido por toda Francia y en el extranjero hasta millones de ejemplares en poco tiempo, con un fruto increíble entre los pobres y otras personas de todas las clases.

Han dado varias misiones en el Hospital de los Galeotes en la Tournelle, pues allí

son conducidos esos pobres criminales y custodiados hasta que los llevan a las galeras. Y como sus necesidades son en ese momento extremas, también las enseñanzas y ayudas espirituales, que han recibido de vez en cuando de estos señores, les han sido de muchísimo provecho.

A su vez, se han dedicado todo el tiempo en prestar diversas ayudas espirituales a los enfermos pobres del Hôtel-Dieu de París, pues siendo uno de los principales acuerdos de su Compañía procurar el bien espiritual de los pobres, y como eso no podía llevarse a cabo con mayor fruto que en el Hôtel-Dieu de París, donde había un grandísimo número de ellos, resolvieron en primer lugar acudir todos a dicho hospital para invitar y preparar a los enfermos pobres a hacer confesión general. Más adelante encargaron de vez en cuando a algunos de ellos, para que fueran todos los días y continuaran la misma obra de caridad. Y todos los viernes ha habido siempre algunos de esta Compañía, que han estado ocupados en dar exhortaciones y catecismos a los convalecientes, y de acuerdo con él, dieron una misión completa el año 1639, según los deseos que habían manifestado los superiores, tanto a los enfermos, oficiales y servidores, como también a las religiosas del hospital, a las que ya daban conferencias espirituales tres veces a la semana.

Los pobres mendigos fueron posteriormente encerrados en el Hospital General, y el primer Rector de este hospital fue uno de dicha Compañía. Como la intención de todos los que han contribuido a esta gran obra, y particularmente de los Sres. Administrativos y Directores nombrados por el Rey era no solamente dar una solución a la mendicidad y eliminar todos los desórdenes que producía, sino también promover el bien espiritual de los pobres encerrados y trabajar eficazmente en su salvación, se creyó que sería conveniente y hasta necesario desde el comienzo de este centro dar misiones en todos los pabellones del Hospital. Los señores eclesiásticos de esta Compañía se dedicaron a ellas con grandísimo celo y con un resultado lleno de bendiciones. Y como todos los días entran nuevos pobres en el hospital y salen también muchos, ha habido que repetir varias veces las misiones; y además, las asistencias casi continuas que los eclesiásticos de esta Compañía prestan a todo lo largo del año, en todos los pabellones del Hospital, pues van allí ordinariamente los domingos y los días de fiesta a predicar y a confesar, y en otras ocasiones, cuando les invita el que ha sucedido al primer rector, que, a su vez, es uno de esa misma Compañía; apenas ha pasado algún año sin predicar alguna misión, si a juicio del Rector era conveniente para el mayor bien espiritual de los pobres.

SECCION IV pág. 392: Frutos notables de dos misiones dadas por eclesiásticos de esa misma Compañía

Por abreviar y para presentar algo así como una muestra de las bendiciones que Dios ha querido conceder a esos eclesiásticos que han trabajado bajo la dirección y según el espíritu del Sr. Vicente, aquí sólo referimos lo que sucedió de más notable en dos misiones que han predicado ellos, omitiendo todas las demás, para no cansar al lector con

repeticiones que serían inevitables.

Hace ya varios años estos señores emprendieron una misión en una población grande, que estaba habitada en su mayor parte por oficiales de justicia y por taberneros, y se encontraron allí con muchos desórdenes entre unos y otros. Los taberneros consideraban como un derecho adquirido recibir impunemente a los habitantes del lugar para beber y emborracharse los domingos y días de fiesta durante el servicio divino. Y en cuanto a los oficiales de justicia, había entre ellos grandes abusos que llegaban hasta el escándalo. Los jueces iban a beber y a comer con sus clientes que los agasajaban en las tabernas. Los procuradores no hacían menos, y no querían trabajar para sus clientes sino en esa misma taberna, donde se hacían convidar, sin por ello rebajar los derechos. Empleaban tal cantidad de trapacerías para alargar los pleitos, que con frecuencia sucedía que un pobre campesino se había comido todos sus bienes en gastos antes de que el pleito estuviera en situación de ser juzgado. Y esos juicios no se presentaban casi nunca en audiencia, sino que ellos eran los que siempre citaban a las partes para sacar así más dinero y agotarlas por los gastos.

Los policías no producían menos desórdenes e injusticias. De tal manera se habían desacreditado todos los oficiales de aquel lugar, según el dicho de aquella tierra, que el lugar donde se tenían las sesiones para hacer justicia se llamaba «la columna del infierno».

Veamos ahora lo que los eclesiásticos de esta Compañía, o mejor, Dios por ellos hizo para poner remedio a todos aquellos desórdenes. En primer lugar, hablaron duramente en varios sermones contra el abuso y el desorden que se cometía en las tabernas los domingos y días de fiesta. Convencieron después al que era el jefe de la policía para que hiciera unas ordenanzas y dictara las prohibiciones necesarias, como lo exigía el asunto de aquella materia; que visitara en persona las tabernas esos días, y que castigara con multas y otros castigos, tanto a los taberneros, como a los que se encontraran donde ellos durante el servicio divino.

Después de eso, fueron a ver al preboste, que era el primer magistrado del lugar, y se entrevistaron con él varias veces. Le hicieron ver que, ya que, además de la gloria de Dios y el deber de conciencia, iba en ello su honor y hasta su interés, no debía tolerar aquellos desórdenes y todas aquellas injusticias, y que debía resolverse con energía a trabajar en desarraigarlos. Finalmente, le persuadieron a usar su autoridad e imponer castigos, como multas o entredichos a los procuradores, policías, o a otros oficiales de justicia, que faltaran a su deber, prohibiéndoles ir con las partes litigantes a las tabernas, exigiendo que no alagaran los pleitos con sus artimañas, y juzgando en los tribunales todos los pleitos que se pudieran, sin citarse a escribir, sino en caso de absoluta necesidad. Después de eso, como entre los que trabajaban en aquella misión habían algunos que estaban relacionados con los presidentes y consejeros del Parlamento, le aseguraron que, en el caso de que apelaran a las ordenanzas que iba a publicar, o a las multas y los castigos que iba a imponer, procurarían que fueran mantenidos y autorizados

por los jueces superiores. Prometió que así lo haría, y que se mantendría firme y constante en el futuro.

Después convocaron a una reunión a todos procuradores del lugar; y en una entrevista que tuvieron con ellos, les hicieron ver la necesidad que había de reformar todos aquellos abusos y desórdenes de los que se dejaban llevar; que, de ninguna manera podían atender a su salvación, mientras permanecieran en aquel estado; y que tampoco podría administrarseles ni lícita ni válidamente el sacramento de la Penitencia, si no se resolvían entera y firmemente a portarse de otro modo que lo que habían hecho, y a obedecer sencillamente a las ordenanzas que les iban a prescribir para tal objeto. En fin, les exhortaron y rogaron con insistencia que hicieran de buena voluntad y por amor a Jesucristo lo que el Sr. Presboste les fuera a obligar y forzar por la autoridad de su cargo; estuvieron conformes con todo y lo prometieron cumplir con toda su alma.

Tuvieron una entrevista parecida con los policías. Estos le presentaron una larga lista de todo lo que correspondía al oficio de sus cargos, que contenía veinticinco o treinta artículos. Al margen de cada artículo les escribieron la manera cómo debían conducirse; y todos ellos se sometieron, y como señal más segura de sumisión, levantaron un acta que firmaron todos

Después de aquellas entrevistas, y tomadas que fueron las resoluciones correspondientes, todos los oficiales de justicia se presentaron al sacramento de la Penitencia con gran edificación del pueblo. Y, según se ha habido más adelante, todas las cosas fueron ejecutadas y observadas con tal exactitud, que el preboste no perdonó ni a su propio padre, que era Procurador, pues en pleno tribunal lo multó, por haber querido usar de algunos amaños en un pleito, y emplear formalidades inútiles.

La otra misión, de la que íbamos a hablar en esta sección, se dio en el arrabal de Saint-Germain, de la ciudad de París el año 1641. Los eclesiásticos de esta Compañía trabajaron en ella con gran bendición. Este arrabal era entonces algo así como la sentina, no sólo de París, sino de casi toda Francia; y servía de refugio a todos los libertinos, ateos y otros individuos que vivían en la impiedad y en el desorden.

La gran dificultad para que se pudiera remediar aquello, lo cual a muchos les parecía un imposible moralmente, les daba ocasión para entregarse a toda clase de desvergüenzas y vicios con total impunidad. 2. La Duquesa de AiguillónUna señora de mucha virtud 2 , conmovida por el sentimiento de pecados tan enormes como se cometían contra Dios, se desahogó con el Sr. Vicente, y conociendo los efectos admirables que Dios obraba en todos los sitios con sus misiones, le propuso la idea que había tenido, de que se diera una misión en aquel arrabal. El Sr. Vicente le hizo ver que aquello no lo podían hacer los suyos, porque, según su Instituto, no debían dar misiones en las ciudades episcopales, y porque, además, veía que se oponían obstáculos y dificultades casi insuperables para emprender semejante obra en aquel arrabal, debido a los desórdenes que allí reinaban y a la poca disponibilidad que existía. Aquella señora no desistió de su

empeño, sino que redobló sus ruegos con tanto apremio, que finalmente el Sr. Vicente, pensando que era Dios quien le impulsaba a obrar así, habló sobre dicha cuestión a la Compañía de los eclesiásticos que se reúnen en San Lázaro, y les propuso que emprendieran aquella misión. Al principio sintieron mucha repugnancia, y presentaron al Sr, Vicente varias razones muy fuertes. Por ellas creían que no debían meterse en semejante empresa, pues, según todas las apariencias humanas, no podía esperarse ningún resultado bueno. Pero el Sr. Vicente, después de haber encomendado mucho el asunto a Nuestro Señor, persistió en sus primeras ideas, y les dijo que había razones para creer que Dios les pedía aquel servicio, y que su bendición y su gracia podían superar todos los obstáculos y sacar de ellos algún gran bien, a pesar de todos los esfuerzos de la malicia de los demonios y de los hombres. Al ver que su entereza causaba alguna contrariedad a algunos de los que habían opinado lo contrario, se arrodilló y pidió perdón a toda la Compañía por haber sido tan miserable, al haber mantenido con tanta tenacidad su parecer, pero que se había visto presionado interiormente a hacerlo así, porque pensaba que Dios pedía aquel servicio a la piedad y al celo de ellos. La gran humildad del santo varón causó tal efecto en los presentes, que los más opuestos a la misión inmediatamente tendieron sus manos, y de común acuerdo y con espíritu de sumisión, decidieron llevarla a cabo. Pero antes de comenzarla, concertaron con el Sr. Vicente todo lo que tenían que hacer, pues querían decididamente actuar según sus consejos y sus órdenes. Y lo que es más digno de mostrarse, después de preguntarle de qué forma y con qué método habían de hacer las predicaciones y la catequesis, ya que las personas a quienes se les iba a hablar eran muy diferentes a las del campo, y que estarían expuestos a las críticas y a la reprobación de muchos, el gran Siervo de Dios les respondió, que la manera y el método que creía más propios y más útiles eran actuar con la misma sencillez que habían usado en todas las demás misiones, a las que Dios había querido dar tantas bendiciones; que el espíritu del mundo, del que estaba lleno aquel arrabal, no se podía combatir ni abatir de mejor modo que con el espíritu de Jesucristo; que debían entrar en sus mismos sentimientos y buscar como El, no su propia gloria y aprecio, sino únicamente la gloria de Dios; ponerse como El en actitud de abrazar el deshonor y los desprecios, y hasta sufrir las contradicciones y las persecuciones, si era tal la voluntad de Dios; predicar y hablar como El sencilla y familiarmente con humildad y caridad; y que por ese medio podrían tener la confianza, de que no serían ellos, sino Jesucristo quien hablaría por ellos y quien se serviría de ellos como de instrumentos de su misericordia y de su gracia, para conmover eficazmente los corazones más duros y convertir los espíritus más rebeldes.

Aquellos señores recibieron todos los consejos como si les hubiera hablado Jesucristo por boca de su siervo. Comenzaron a trabajar en aquella misión con una perfecta conformidad con la voluntad de Dios y una gran confianza en su bondad. Quiso Dios derramar sobre ellos bendiciones muy extraordinarias, y comunicarles gracias tan abundantes y tan eficaces, que llegaron a obrar conversiones casi milagrosas. Hasta los mismos que trabajaban en la misión estaban llenos de asombro, viendo que no había proporción entre los medios empleados y los efectos conseguidos. Porque, además de la gran asistencia a las predicaciones y los catecismos, aunque los hacían de una manera muy sencilla y familiar, según los consejos del Sr. Vicente, estaban sorprendidos y

admirados, al ver a unos pecadores inveterados, a unos usureros endurecidos, a unas mujeres abandonadas, a unos libertinos que habían pasado toda una vida desordenada, en fin, a unos hombres sin fe y sin Dios, que venían a postrarse a sus pies con los ojos llenos de lágrimas y el corazón vivamente tocado por el dolor de sus pecados pidiendo misericordia. Por todo eso se podía conocer muy bien y decir con verdad «digitus Dei est hic», o bien, «Non manus nostra, sed Dominus fecit haec omnia». Claro, que si tuviéramos que contar detalladamente todas las cosas buenas que se llevaron a cabo en aquella misión, todas las conversiones, reconciliaciones, restituciones, etc, habría para llenar un libro entero. Bastará con que relatemos aquí una cosa muy digna de ser destacada. Sucedió al final de la misión. Un burgués de París, a quien le gustaba asistir a todos los actos misionales, al ver los grandes bienes que Dios había obrado, quedó tan impresionado, que un día fue a la casa donde estaban comiendo los eclesiásticos, y pidió hablar con los responsables de los misioneros. Les dijo que era viudo, pues Dios se había llevado de este mundo a su mujer y a sus hijos, y que iba a ofrecerles todos sus bienes temporales, que consistían en siete u ocho mil libras de renta, y también su persona para servirles en lo que le quedaba de vida, con tal de que quisieran vivir siempre juntos, y continuar en otros sitios el trabajo que habían realizado en aquel arrabal; y añadió que no creía que pudiera rendir a Dios un servicio mejor, ni procurar un mayor bien a la Iglesia, ni por consiguiente, emplear mejor su persona y sus bienes. Le agradecieron muy afectuosamente su buena voluntad, y le hicieron saber que, aunque todos los que habían trabajado en la misión tuvieran la intención de servir a Dios durante toda su vida en ocupaciones parecidas, sin embargo no podían por varias razones unirse con un vínculo de la forma que él quería, pero que Dios le tendría en cuenta su buena voluntad.

La Providencia de Dios quiso servirse de aquella misión no sólo para los bienes que produjo entonces, sino también para disponer el arrabal para las bendiciones y gracias que quería verter sobre él en tiempos venideros por medio del ministerio del Sr. Abad Olier, pero un poco más adelante lo llamaron para la parroquia de San Sulpicio. Aquí con los señores de su Comunidad y de su seminario no solamente ha conservado, sino aumentado y perfeccionado el bien que había hecho en la misión.

SECCION V pág. 396: La Compañía de los eclesiásticos que se reúnen en San Lázaro ha dado origen a otras Compañías semejantes fundadas en varias diócesis

Así como es propio de la caridad comunicarse, así esos buenos eclesiásticos, como están animados por esa virtud dondequiera que se hallen, están dispuestos con un deseo continuado para hacer que los demás participen de ese mismo espíritu, que Dios les había comunicado por medio del Sr. Vicente. De ahí procede que varios de ellos, al encontrarse en otras diócesis, ya porque habían ido por asuntos particulares, ya porque habían sido llamados para trabajar en las misiones, o para cumplir con cargos y beneficios, trataban en todas las ocasiones de incitar a otros eclesiásticos a convocar reuniones entre ellos, con el

permiso y el consentimiento de sus obispos, para hablar y discutir juntos de todo lo que pudiera relacionarse con las virtudes y las actividades propias de su estado. Y algunos prelados, cuando han conocido las grandes ventajas que la Conferencia podría producir en sus diócesis, la han establecido en ellas, no sólo en las ciudades episcopales para el clero de sus iglesias, sino también en diversos sitios de sus diócesis, para los párrocos y vicarios del campo.

Como una pequeña muestra de los frutos que dichas reuniones y conferencias han producido en los lugares donde han sido fundadas fuera de París, presentaremos aquí extractos de algunas cartas escritas sobre esta materia.

El difunto abad Olier, que había sido uno de los primeros de esta conferencia de San Lázaro, había ido a predicar misiones en los sitios dependientes de su abadía de Pèbrac, en Avernia, con sacerdotes de la Congregación de la misión, más algunos de la Conferencia, el año 1636, invitó a lo señores canónicos de la iglesia catedral de Puy a que formaran una Compañía parecida, y les dio los mismos reglamentos, pero acomodados a su cargo de canónicos. Y para ese fin, escribieron ellos una carta a los señores eclesiásticos de la Compañía de París, diciéndoles que el Sr. Abad de Pébrac les había informado de lo que se hacía en la Compañía de ellos, y que por eso habían concebido grandísimos deseos de imitarla; que para eso se habían impuesto un reglamento más o menos como el de París, exceptuando artículos que habían adaptado a sus actividades especiales y que se los enviaban, suplicándoles que los vinieran y que cambiaran lo que estimaran más a propósito, y que los asociasen a su Compañía, haciéndoles participantes de sus oraciones y sacrificios

El mismo señor abad, escribiendo a los eclesiásticos de la Compañía de París, sobre la que había sido establecida hacía poco en Puy:

«Estan ustedes instituidos —les dice— *por nuestro Señor en la ciudad de París, como luces puestas en un gran candelero para iluminar a todos los eclesiásticos de Francia. Por eso ustedes deben estar especialmente animados por los grandes frutos y bienes espirituales que produce en la ciudad de Puy la Compañía de los señores eclesiásticos, que han participado felizmente de vuestro espíritu: dan ejemplos de virtud que edifican a toda la Provincia; dan catequesis en varios puntos de la ciudad; la visita de las cárceles y de los hospitales es frecuente, y en la actualidad se preparan para salir de misiones a todos los sitios que dependen del cabildo. Estoy viendo su celo, y porque quieren que yo vaya a abrir la misión,siendo como soy tan poco capaz».*

Los señores canónigos de la iglesia catedral de Noyon, que habían formado una Compañía parecida gracias a los cuidados del Sr Bourdin, doctor en teología, y arcediano de aquella iglesia, y que era también del número de los eclesiásticos de la Compañía de París, les escribieron el mes de noviembre de 1637 en estos términos:

«Señores : Vean cómo este pequeño arroyuelo vuelve a su fuente. Nos hemos tomado la libertad de hablarles de esta forma, porque nuestra pequeña agrupación recién

nacida, después de Dios, no conoce otro principio de su fundación y de su ser que la venerable Compañía de ustedes, cuya fama, santas obras caritativas y piadosas que practican continuamente, el provecho singular que recibe la santa Iglesia, los frutos incomparables que sacan de ella los eclesiásticos que tienen la dicha de ser admitidos, nos han impulsado a fundar una parecida entre nosotros. Por esa razón, nos hemos reunido varias veces, y después de habernos puesto de acuerdo, y, finalmente, cerrado el asunto, hemos redactado este pequeño reglamento que les enviamos. Aunque hemos tratado de amoldarlo al de ustedes, y de ajustarlo todo lo que hemos podido a nuestra condición de canónigos y de otros eclesiásticos, con todo, les suplicamos humildemente que nos hagan la caridad de verlo, examinarlo y añadir, quitar y cambiar lo que juzguen conveniente. Cuando haya pasado por la censura de ustedes, lo seguiremos con mayor afecto y seguridad. Por lo demás, no sabríamos expresarles las obligaciones que tenemos con la bondad divina por habernos inspirado unos deseos tan provechosos, y con ustedes, señores, por habernos dado un ejemplo tan hermoso, y abierto un camino tan cómodo y tan seguro para llevarnos a los santos deberes de nuestra condición. Bendecimos para siempre, con la ayuda de Dios, su eterna Providencia, y trataremos de agradecerles a ustedes con nuestras oraciones, el beneficio singular que hemos recibido. Pero, permítannos, señores, que nos tomemos la libertad de pedirles por escrito el resultado de una de sus Conferencias sobre el Espíritu especial de la Compañía de ustedes, a fin de que podamos revestirnos de ese espíritu, sin el cual no podríamos lograr nunca un buen resultado en nuestro ser interno. Pedimos también a su caridad que quieran considerarnos de su asociación, y nos hagan participar de sus santos sacrificios y oraciones ut qui coepit in nobis opus bonum, ipse perficiat solidetque.Así son las obligaciones eternas que tendremos con ustedes», etc

Los eclesiásticos de la ciudad de Pontoise, que habían formado entre ellos una asociación parecida, escribieron al Sr. Vicente el mes de mayo de 1642, con la pluma de uno de los principales de su Compañía, en estos términos:

«La pequeña Compañía de la Conferencia de eclesiásticos de Pontoise me ordena escribirle para testimoniarle la satisfacción que todos sentimos por nuestra agrupación. Es preciso que le confiese que al principio no sabíamos todavía de qué se trataba, pero actualmente cada día saboreamos más las gracias y las bendiciones que Nuestro Señor quiere derramar sobre ella. Todos nos damos cuenta del provecho que podemos sacar nosotros y todo el cuerpo de la Iglesia. A usted, señor, después de a Dios, hemos de agradecerle que nos haya recibido para ser asociados a su buena y virtuosa Compañía de París. De usted hemos obtenido las primeras instrucciones para formar esta pequeña Compañía, que nos han servido de semilla para producir todos estos bienes que por aquí se nos presentan cada día y a los que Dios da su prosperidad y bendición. Le pedimos una gracia, que ya que no somos todavía más que niños en la virtud que no tenemos fuerza para sostenernos y dirigirnos, nos quiera conceder de vez en cuanto la visita de alguno de los eclesiásticos de su Compañía de París, para que nos enseñe a caminar con mayor solidez en los actos que todos hemos emprendido con tanta decisión. De esta manera le descubriremos nuestra debilidad, para que usted haga el favor de ayudarnos».

Una Compañía parecida a ésta fue fundada en la ciudad de Angulema. Uno de los eclesiásticos que la componían, escribió la siguiente carta el año 1644 al Sr. Vicente en nombre de todos:

«Nuestra Compañía ha creído que no debería retrasar por más tiempo su obligación de testimoniarle que no se reconoce digna del honor que usted le otorga al interesarse tanto por su progreso y perfección. Le suplica, señor, con toda humildad que le permita reconocerle como a su abuelo, ya que ha sido de uno de sus hijos de quien se ha servido Dios para que nazca, y rogarle que añada una nueva obligación a la primera: la de considerarla, no como a una extraña, sino como a su nieta, haciendo que esa ilustre y bella Compañía de París, que es como su hija mayor, no se desdeñe de considerarla como a hermana, aunque sea inferior a ella en todos los sentidos».

Omitimos otras muchas cartas escritas desde Angers, de Burdeos y de otras ciudades del Reino, y hasta de Italia, o de parecidas Compañías y Conferencias que han sido instauradas siguiendo el modelo de la de París. Y acabaremos este capítulo, refiriendo los sentimientos que el Sr. Godeau, entonces obispo de Grasse, y actualmente de Vence, manifestó sobre esta Compañía el año 1637 en la siguiente carta que escribió poco antes de su marcha:

«Señores: ciertamente pensaba tener hoy el honor de decirles adiós, pero estoy abrumado por tantas ocupaciones, que no puedo darme esa satisfacción. Acepten, pues, de buen grado, si les place, que les conjure, por medio de esta carta, a que me recuerden en sus Eucaristias; y créanme que considero como una bendición singular el haber sido recibido entre ustedes. El recuerdo de los buenos ejemplos que he visto y de las excelentes cosas que he escuchado, volverá a inflamar mi celo cuando se haya apagado, y serán ustedes los modelos según los que yo trataré de formar buenos sacerdotes. Continúen pues sus actividades según ese mismo espíritu, y respondan fielmente a los designios de Jesucristo sobre ustedes, que indudablemente quiere renovar por medio de ustedes la gracia del sacerdocio de su Iglesia".

CAPITULO CUARTO pág. 399

Retiros espirituales

SECCION I pág. 399: Utilidad de los Retiros espirituales

La perfección de los eclesiásticos en su estado es una obra que exige ayudas internas y externas tanto más grandes, cuanto que en ella se encuentran ordinariamente más obstáculos que en el mundo, donde están obligados a vivir; y no solamente las

conversaciones y los asuntos, sino también las ocasiones peligrosas y las tentaciones frecuentes echan por tierra las mejores resoluciones que se habían tomado, si no son sostenidas y robustecidas por algún refuerzo poderoso. Ciertamente, los Ejercicios de Ordenación sirven muchísimo para situarlos en el verdadero espíritu de su vocación, y las Conferencias espirituales pueden perfeccionarles mucho en ese mismo espíritu. Pero el Sr. Vicente, como ya conocía por larga experiencia lo grande que es la debilidad y la inconstancia de la voluntad humana, creía que se necesitaba emplear aún otro medio más para darles una consolidación total en el bien. Y no encontró uno más apto que el uso de los Retiros espirituales, gracias a los cuales se ponía uno en disposición de recibir un nuevo aumento de gracias y de revestirse de la virtud de lo alto, según aquello que Nuestro Señor dijo a sus Apóstoles, cuando les mandó recogerse, después del día de la Ascensión hasta que les enviara su Santo Espíritu.

Eso es lo que impulsó al Sr. Vicente a hacer todo lo posible para facilitar el uso y la práctica de los Retiros espirituales con tanto mayor interés, cuanto que conocía muy bien que su utilidad no se limitaba solamente a los Eclesiásticos; creía que también podía extenderse a las personas laicas de toda clase, para ayudarlas eficazmente a llevar una vida conforme a los deberes contraídos por el Santo Bautismo. Al considerar los pocos que son entre los cristianos los que fijan su atención, como deben, en esas obligaciones, y se dejan guiar por las verdades y máximas del Evangelio de Jesucristo; y al ver con claridad que ese fallo en la mayor parte sólo provenía de la falta de reflexión y de consideración de aquellas verdades y máximas, pensó que sería prestar un servicio agradable a Dios, provechoso para la Iglesia y saludable para las almas facilitar y familiarizar, en cuanto pudiera, la práctica de los Ejercicios espirituales, a los que juzgaba muy propios para remediar aquel defecto. Y para reintegrar a los cristianos en el verdadero espíritu del cristianismo, hemos hallado sobre este tema un escrito breve de su puño y letra que contiene lo siguiente:

«Por las palabras Retiro espiritual o Ejercicios espirituales se ha de entender un desprendimiento total de los asuntos y ocupaciones temporales, para darse de lleno a conocer el interior de sí mismo, examinar bien el estado de la conciencia, meditar, contemplar, orar y preparar así el alma para purificarse de todos los pecados, y de todos los malos afectos y costumbres, para llenarse del deseo de las virtudes, para buscar y conocer la voluntad de Dios y, una vez conocida, someterse a ella, ajustarse a ella, unirse a ella, y así tender, avanzar y, finalmente, llegar a la propia perfección».

Por esas pocas palabras se conoce que, según el parecer de este gran Siervo, los Retiros espirituales, y todo lo que se practica en ellos, sólo tiene por fin renovar enteramente el hombre interior; y, purificándolo de sus pecados, de todas sus malas costumbres, afectos viciosos, pasiones desregladas y otros defectos e imperfecciones, hacerle abrir los ojos del alma y conocer con mayor claridad las obligaciones especiales de su estado para desempeñarlos mejor; las virtudes que le convienen, para ponerlas en práctica; y, sobre todo, para asentarse sólidamente en la verdadera caridad, que una su corazón y todas sus potencias del alma a Dios, y que le ponga en disposición de poder

decir en verdad con el Santo Apóstol: «No soy el que vive, es Cristo quien vive en mí»

Para llegar a esa finalidad es para lo que se hace la distribución del tiempo y de todos los actos de los Retiros: uno realiza diversas meditaciones y lecturas espirituales; examina la conciencia; hace una buena confesión general o, cuando menos, desde la última, si es que ha hecho ya alguna; se forman resoluciones, no sólo de evitar los pecados y todas las ocasiones que podrían llevarle a ellos, sino también de ponerse a practicar virtudes y obras de acuerdo con su condición; y si no se tiene ya hecha la elección de estado, se consulta a Dios con oraciones fervorosas, para que El quiera darle a uno a conocer Su voluntad; finalmente, se le pone en situación de llevar una vida verdaderamente cristiana, y de adquirir la perfección de su estado.

El Sr. Vicente recomendaba especialmente a los suyos, que hicieran comprender bien a los que iniciaban el Retiro, que el fin de los actos que allí se practicaban era convertirse en perfecto cristiano, cada cual según su vocación: perfecto alumno, si es alumno; perfecto soldado, si ha profesado seguir las armas; perfecto administrador de justicia, si pertenece al oficio de la judicatura; perfecto eclesiástico, si es una persona comprometida con los sagrados Ordenes; y cuando es obispo, que se haga perfecto como un San Carlos Borromeo. Si los que entran en Ejercicios vienen a elegir estado de vida o a desarraigar algún vicio que los domina, o a adquirir alguna virtud, o por alguna otra razón especial, necesitan para ese fin decía fundarse en todos los actos de su Retiro, y ayudar especialmente a los que piensan abandonar el mundo, pero de forma que sigan siempre en los consejos que se les dé, las máximas del Evangelio y no los puntos de vista de la prudencia humana, y que se guarden bien de determinarlos por lo que toca a la Religión o Comunidad que tendrían que elegir, siendo como es un asunto que deben resolverlo sólo ellos con Dios, aunque esté bien aconsejarles en general que elijan y prefieran las más observantes.

Está claro que la mayor parte de los hombres se pierden por no considerar ni atender a las cosas de su salvación, y a la fuente principal de los pecados y de los desórdenes, entre los que tantas personas pasan casi toda su vida, que no es otra, sino que no se piensa, como sería necesario, en el fin para el que Dios nos ha dado el ser y la vida; no se tienen en cuenta los beneficios recibidos de su bondad; no se presta atención a la doctrina y a los ejemplos que Jesucristo nos ha dado, ni a la gracia de los sacramentos instituidos por El; ni se consideran los perniciosos efectos del pecado, de la vanidad del mundo, de los engaños de la carne, de la malicia y los artificios del demonio; de la brevedad de la vida, de la incertidumbre del momento de la muerte, ni de los juicios temibles de Dios, de la eternidad bienaventurada, o malaventurada; y demás verdades parecidas, que son de la máxima importancia para la salvación. El Sr. Vicente decía que los actos de piedad de los Retiros suplen todos esos defectos por la seria reflexión que se hace en ellos sobre todas esas verdades, considerándolas y sopesándolas cada una en particular en la balanza del Santuario. Creía con razón que entre todos los medios espirituales que Dios ha puesto a disposición de los hombres para poner remedio a los desórdenes de su vida, y ayudarlos a progresar en la virtud, no hay uno más eficaz, y del

que se hagan notar efectos más sensibles, más frecuentes y más maravillosos, que el de los Retiros; de modo que, si los pecadores no se corrigen ni se enmiendan con este remedio, harán falta milagros para convertirlos.

SECCION II pág. 401: Celo del Sr. Vicente para procurar a toda clase de personas el medio de hacer los Ejercicios espirituales

Como la práctica de los Retiros espirituales es un medio muy propio y muy saludable, tal como lo hemos dicho en la Sección anterior, para santificar y perfeccionar las almas, Dios se lo inspiró también a la Iglesia desde los primeros siglos del Cristianismo. Todos los grandes Santos, que se habían retirado a los desiertos de Egipto y a otros sitios, los practicaron con bendición. En estos últimos tiempos varios santos personajes los han vuelto a poner en vigor, y entre otros, San Ignacio ha tenido felizmente el acierto, para las personas metidas en el mundo, de proporcionar lugares de retiro tanto en las ciudades, como en los desiertos. Pero como esos sitios eran todavía poco frecuentados, y los actos de esos Ejercicios eran raramente practicados por las personas seglares, el Sr. Vicente, impulsado por un ardiente deseo de promover cada vez más la gloria de Dios y la salvación de las almas, ha hecho de manera que los Ejercicios tengan más fácil acceso para toda clase de personas, tanto seglares como eclesiásticos; y ha hecho más frecuente su uso, como no lo había sido nunca. Por una caridad muy desinteresada, y en cierto modo excesiva, ha abierto la puerta de su casa y de su corazón, a todos los que han querido venir a participar de ese bien, recibiéndolos sin acepción de personas, con un afecto cordialísimo y más que paternal. En eso se ha hecho un perfecto imitador del padre de familia del Evangelio, que admitía a su banquete a todos los que se presentaban, aunque fueran pobres, ciegos, cojos, lisiados, etc., mandándolos a buscar no sólo por los caminos y por las plazas de la ciudad, sino también hasta a los lugares del campo y a otros más lejanos, para invitarlos al banquete, y hasta a forzarlos a que fueran a tomar parte en él. Hemos de confesar que el gran Siervo de Dios ha hecho que se diera en nuestros días un espectáculo parecido, que ha causado a todo el mundo asombro y edificación, cuando han visto en el mismo comedor de la casa de San Lázaro entre los misioneros, a un gran número de personas externas de todas las edades y categorías, de la ciudad y del campo, de pobres y de ricos, jóvenes y ancianos, estudiantes y doctores, sacerdotes, beneficiados y personas constituidas en dignidad eclesiástica y prelaticia; gentileshombres, condes, marqueses y procuradores, abogados, consejeros, presidentes, relatores del Consejo de Estado y Oficiales de justicia; comerciantes, artesanos, soldados y hasta pajes y lacayos. Todos ellos han sido recibidos, alojados y alimentados en ese gran hostal de caridad para practicar en él su Retiro, y para encontrar allí el remedio para sus dolencias espirituales y las ayudas necesarias para ponerse en los caminos de su salvación.

Según los cálculos, sólo la casa de San Lázaro de París ha acogido, alojado y

alimentado todos los años de setecientas a ochocientas personas para hacer el Retiro espiritual, sin contar las demás casas de la Misión, que reciben también tantas personas como pueden, y especialmente la de Roma, en la que siempre hay varias. De forma que sumados todos los Ejercicios espirituales que se han tenido desde el año 1635, en que fueron más frecuentes, hasta la muerte del Sr. Vicente acaecida veinticinco años más tarde, han acudido más de veinte mil ejercitantes. Durante ellos con las confesiones generales y otros actos se ha puesto remedio a un número casi incontable de desarreglos de familias y de conciencias; se ha reconciliado con Dios una grandísima multitud de pecadores públicos y secretos; se ha procurado a los justos un aumento de justicia y de gracia, y se ha puesto en manos de unos y otros armas ofensivas y defensivas contra el mundo, la carne y el demonio por los consejos saludables que han recibido para resistir todos los ataques, y conseguir gloriosas victorias contra los enemigos de su salvación.

Ciertamente al comienzo no se recibían tantas personas para que practicaran el Retiro, y su número fue creciendo poco a poco; pero al final, la caridad del Sr. Vicente, que no tenía límites, quiso que se abrieran los brazos para recibir lo más que se pudiera; y todo gratuitamente, a costa de la casa, sin que hubiera fundación reservada para ese fin. Y aunque entre las personas que vienen a practicar los actos del Retiro hay algunas más acomodadas que, para no resultar gravosas, al marcharse dejan una pequeña retribución, que el Sr. Vicente no ha querido que se rechazara por ser ofrecida espontáneamente, sin embargo, eso ha sucedido rarísima vez, y como no se suele exigir ni pedir nada a nadie, son poquísimos los que practican semejante agradecimiento, ya porque no pueden, o porque no se les ocurre, pues saben que no se recibe a nadie con esa intención, sino por motivos de caridad y de celo de su salvación y de su perfección.

Aunque la casa de San Lázaro se vea muy sobrecargada y grandemente endeudada tanto por ese motivo, como por los Ejercicios de Ordenación, continúa y continuará, con la ayuda de Dios, mientras pueda, con esas buenas obras para gloria de Dios y para consuelo y utilidad del público, que puede sacar grandes ventajas espirituales de una casa siempre abierta a los que quieren retirarse a ella para renovar su vida. Y en esto los hijos del Sr. Vicente dan a conocer que han heredado su verdadero espíritu. Porque el Padre de los misioneros no escatimaba nada cuando se trataba de procurar la salvación de las almas, viendo que Nuestro Señor había dado su sangre y su vida para ese fin; y no se podía persuadir de que su Congregación llegara nunca a carecer de bienes temporales, mientras los empleara y consumiera en obras de caridad; y hasta llegaba a manifestar que le gustaría verla alguna vez necesitada por ese motivo, para que sus hijos aprendieran por propia experiencia a depender más absolutamente de la Providencia de Dios, y tuvieran ocasión de decir entre las molestias y actividades enojosas, como San Pedro en medio de las olas y de las tempestades: «¡Señor! ¡Sálvanos que perecemos!» Y, en efecto, Dios ha preservado a esta barca, como por milagro, del agotamiento final del que se ha visto frecuentemente amenazada, sin que por ello viniera a menos la caridad del Padre de los misioneros. A propósito de esto, un Hermano de la Misión, como viera la casa saturada por el número excesivo de los que hacían Ejercicios, se tomó la libertad de decirle un día, que parecía que se acogía un número demasiado grande de ejercitantes. El Sr. Vicente por

toda respuesta le dijo: «Hermano, se quieren salvar».

En otra ocasión, como le recordaran en una charla familiar que la casa tenía demasiados gastos por sustentar a tantas personas como venían a hacer su Retiro, y que se veía comprometida en exceso por dicho menester, respondió:

«Si tuviéramos para subsistir treinta años, y recibiendo a los que vienen a hacer su Retiro sólo debiéramos subsistir quince, no habría que dejar por eso de recibirlos. Ciertamente el gasto es grande, pero no puede estar mejor empleado. Y si la casa está empeñada, Dios sabrá darnos los medios para desempeñarla, como hay motivos para esperar de su Providencia y Bondad infinita».

Solía decir con frecuencia a los encargados de recibir a los ejercitantes: «Denles nuestra habitación, cuando las demás estén ya ocupadas". Y como se le indicara de nuevo que no había medios para atender a tan gran número de personas como venían a hacer Ejercicios por verse la casa necesitada, quiso hablar personalmente a los que se presentaran en lo sucesivo, y encargarse de recibirlos, pensando quizás que por el discernimiento que él haría, habría menos; pero, al contrario, recibió aún más de lo que hacían antes. Su caridad le urgía de tal manera que no podía rechazar a nadie. Por eso creyeron que había querido encargarse personalmente de la acogida, más bien para aumentar su número que para reducirlo.

Un día le dijeron que, entre el gran número de personas como venían a hacer el Retiro, había muchas que no lo aprovechaban como debían. Y él respondió: «No es poco si parte de ellos lo aprovechan». Y como alguno le replicara que parecía que algunos venían forzados por la necesidad más bien para recibir el alimento para el cuerpo que para el alma:

«Y ¿qué? le dijo No deja de ser una limosna, cosa agradable a Dios; y si ustedes ponen dificultades para recibirlos, ocurrirá que rechazarán a algunos que Nuestro Señor querría convertir en los Ejercicios, y la escrupulosidad excesiva que pongan en examinar la intención de ellos, hará que algunos pierdan el deseo que habrían concebido de darse a Dios».

Terminaremos esta Sección con el testimonio que, sobre este particular, ha dado un dignísimo eclesiástico, que ha conocido muy íntimamente al Sr. Vicente, y que ha hecho varios Retiros en San Lázaro:

«Así como París dice es el lugar accesible para toda clase de personas, también todos los desgraciados y los afligidos, de la condición que fueren, estaban seguros de encontrar un asilo y una casa de ayuda y de consuelo para ellos en San Lázaro en la persona del Sr. Vicente y de los suyos: son testigos su puerta, su mesa y todas sus habitaciones. He visto a la vez a varias clases de eclesiásticos y de religiosos, con señores y magistrados, a soldados, estudiantes, ermitaños y campesinos; y todos bien recibidos y bien acogidos. El Sr. Vicente no quería substraerse al consuelo y a la asistencia espiritual

de nadie. Ha querido que su casa fuera una misión perpetua; un flujo y reflujo de actos piadosos, de Retiros, de penitencias y de confesiones generales para los pobres pecadores, que desearan convertirse y cambiar de vida. Y, generalmente, para toda clase de personas, que allí son recibidas, alojadas y alimentadas durante su Retiro, sucesivamente y sin interrupciones durante todo el año. Y se hace todo tan de buena gana, y con tanta caridad, que los más empedernidos quedan edificados y cambiados, su corazón, tocado y ganado por la hospitalidad, benignidad y dulzura, como también por todos los buenos ejemplos que ven allí».

SECCION III páag. 403: Palabras notables del Sr. Vicente relativas a los Ejercicios espirituales

El fiel Siervo de Dios, al ver, por un lado, los grandes frutos que los Retiros podían producir para la gloria de Dios y la salvación de las almas, y sabiendo como sabía que resultaban una carga grande para su Comunidad, tanto por los gastos, como por la molestia de tener que atender continuamente a personas de tan diferentes condiciones y disposiciones, temía mucho que los suyos llegaran a cansarse de llevar sobre sí una carga tan pesada. Por eso recomendaba a menudo a su Compañía que soportara aquel sobrepeso con constancia y perseverancia, y que pusiera mucho esmero en servir y ayudar a las almas que venían a buscar a Dios:

«Temamos, señores, les dijo temamos que Dios nos quite esta cosecha que El nos ofrece: porque da a otros las gracias, cuando no se hace el uso debido de ellas».

Y un día, en el momento de encomendar a las oraciones de los suyos a una persona que estaba de Retiro, se aprovechó para exhortar y excitar a toda su Comunidad a encariñarse con aquella santa obra:

«Señores, ¡cuánto hemos de apreciar la gracia que Dios nos concede de traernos tantas personas, para que les ayudemos en su salvación! Vienen incluso personas que pertenecen al ejército; uno de estos días me decía uno de ellos: Señor, dentro de poco tendré que marchar al peligro, y antes quiero ponerme en la debida disposición. Tengo remordimientos de conciencia y, ante la duda de lo que pueda pasarme, deseo prepararme a lo que Dios quiera de mí. Tenemos aquí ahora, gracias a Dios, a muchas personas en Retiro. Señores míos, ¡cuánto bien puede producir esto, si trabajamos en ellos con fidelidad! Pero ¡qué desgracia si esta casa llegase un día a descuidar esta práctica! Les aseguro, señores y hermanos míos, tengo miedo de que algún día nos falte el celo que hasta el presente nos ha hecho recibir a tantas personas, para que hagan Retiro. ¿Qué sucedería entonces? Habría que temer que Dios le quitara a la Compañía no sólo la gracia de esta ocupación, sino que la privaría incluso de las demás. Me decían anteayer que el Parlamento ha degradado a un consejero y que, obligándole a ir al salón de sesiones, donde estaban todos reunidos, vestido de sus ropajes rojos, el Presidente llamó a los

ujieres y les mandó que le quitaran aquellos ropajes y el bonete, como indigno de aquellas señales de honor e incapaz del cargo que ocupaba. Lo mismo nos sucedería, señores, si abusáramos de las gracias de Dios descuidando nuestras obligaciones primeras: Dios nos las quitaría como indignos de la condición en que nos ha puesto y de las obras a las que nos ha dedicado. ¡Dios mío! ¡Qué dolor!».

«Para que nos convenzamos del daño tan grave que sufriríamos si Dios nos privase del honor de rendirle este servicio, hay que considerar que muchos vienen aquí a hacer el Retiro para conocer la voluntad de Dios, sintiendo deseos de dejar el mundo. Encomiendo a sus oraciones a uno de ellos, que ha terminado el Retiro y que, al salir de aquí, irá a tomar el hábito de los capuchinos. Hay algunas comunidades que nos mandan a los que desean entrar en ellas, para que hagan aquí los Ejercicios, a fin de probar mejor su vocación antes de recibirlos; otros acuden desde más de diez, de veinte y de cincuenta leguas no sólo para recogerse aquí y hacer su confesión general, sino para determinarse a una elección de vida en el mundo y pensar en los medios para salvarse. También vemos a muchos párrocos y eclesiásticos que vienen de todas partes para cumplir debidamente con las obligaciones de su profesión y avanzar en la vida espiritual. Todos acuden sin preocuparse del dinero que han de traer, sabiendo que serán siempre bien recibidos. A este propósito, me decía hace poco una persona que para los que no tienen nada es un gran consuelo saber que hay en París un lugar siempre dispuesto a recibirlos por caridad, cuando se presentan con un verdadero deseo de ponerse a bien con Dios».

«Esta casa, señores, servía antes de refugio para los leprosos. Se les recibía aquíy ninguno se curaba. Ahora sirve para recibir pecadores, que son enfermos cubiertos de lepra espiritual, pero que se curan, por la gracia de Dios. Más aún, son muertos que resucitan. ¡Qué dicha que la casa de San Lázaro sea un lugar de resurrección! Este Santo, después de haber permanecido tres días en el sepulcro, salió lleno de vida. Nuestro Señor que lo resucitó, les concede ahora esta misma gracia a muchos que, después de haber permanecido aquí algunos días, como Lázaro en el sepulcro, salen con una nueva vida. ¿Quién no se alegrará con semejante bendición, y quién no sentirá un amor y un agradecimiento muy grande para con la bondad de Dios por semejante bien?».

«Pero ¡qué vergüenza, si nos hacemos indignos de esta gracia! ¡Qué confusión, señores, y qué pesar tendremos si un día, por culpa nuestra, llegamos a perderla y nos vemos degradados con oprobio ante Dios y ante los hombres! ¡Qué aflición para un pobre Hermano de la Compañía, que ve ahora cómo vienen de todas partes tantas personas del mundo para retirarse un poco entre nosotros a cambiar de vida, y que vea entonces cómo se ha perdido este bién! Verá que ya no se recibe a nadie; ya no verá lo que tantas veces ha visto; pues podríamos llegar a esta situación, señores, si no inmediatamente, sí con el tiempo. ¿Por qué motivo? Si se le dice a un pobre misionero relajado: Señor, quiere usted dirigir a este ejercitante durante el Retiro? Esta súplica será para él un infierno; y, si no se excusa, no hará, como se suele decir, más que pasar la escoba; tendrá tantas ganas de pasarlo bien y le costará tanto quitarle una media hora a su recreo después de comer, y otra media después de cenar, que esta hora le resultará insoportable, aunque la dedique a

la salvación de un alma y sea la mejor empleada de todo el día. Otros murmurarán de esta tarea con el pretexto de que nos ocasiona muchos gastos y molestias; entonces los Sacerdotes de la Misión, que antes habían dado la vida a los muertos, ya no tendrán más que el nombre y el recuerdo de lo que han sido; no serán más que cadáveres y no verdaderos misioneros; serán esqueletos de San Lázaro y no Lázaros resucitados, y mucho menos hombres que resucitan a los muertos. Esta casa, que ahora es como una piscina salvadora, donde tantos vienen a lavarse, no será más que una cisterna corrompida por el relajamiento y la ociosidad de sus moradores. Pidámosle a Dios, señores y hermanos míos, que no nos suceda esta desgracia; pidámosle a la Santísima Virgen que la aleje de nosotros con su intercesión y por el deseo que ella tiene de la conversión de los pecadores; pidámosle al gran San Lázaro que acepte ser siempre el protector de esta casa, y que le obtenga la gracia de la perseverancia en el bien comenzado».

En otra ocasión, al encomendar un ejercitante a las oraciones de la Comunidad añadió lo que sigue:

«Les suplico dijo que den gracias a Dios por esa inclinación que les da a muchas personas de venir a hacer aquí el Retiro, que es una maravilla; muchos eclesiásticos de la ciudad y del campo lo dejan todo por venir, muchas personas solicitan ser recibidas y tienen que pedirlo con insistencia desde mucho tiempo antes. ¡Gran motivo para alabar a Dios! Unos vienen a decirme: Señor, ya hace mucho que le pedí esta gracia; ya he venido muchas veces sin poderla obtener. Otros dicen: Señor, tengo que irme; me han encargado de un beneficio al que he de atender cuanto antes. Concédame este favor. Otros: He acabado mis estu dios; tengo que retirarme y pensar en lo que voy a ser.Y otros todavía: Señor, lo necesito mucho; si usted supiera, me concedería en seguida este consuelo.Hay hasta algunos ancianos para prepararse a la muerte».

«¡Qué gran favor y gracia ha hecho Dios a esta casa, al llamar a tantas almas a los santos Ejercicios y servirse de esta familia como de un instrumento para su conversión! ¿En qué otra cosa deberíamos ocuparnos, sino en ganar un alma para Dios, sobre todo, cuando ella viene a nosotros? No deberíamos tener otra finalidad, ni mirar más que a esto, sólo a esto. ¡Ay! Le han costado mucho al Hijo de Dios, y es a nosotros a quienes El las envía para devolverles su gracia. ¡Oh Salvador! Tengamos cuidado de no hacernos indignos de ello y que Dios retire su mano de nosotros. Es verdad que hay algunos que no sacan ningún provecho, que vienen por necesidad, y que sólo buscan un poco de descanso; pero no por eso hemos de dejar de atender a los demás; por algunos que no hagan buen uso del Retiro, no hay que perjudicar a tantas almas buenas que sacan mucho provecho. ¡Qué frutos, qué frutos tan maravillosos! Ya les he dicho, y por ahora me contentaré con decirles un ejemplo».

«El último viaje que hice a Bretaña, hace cinco años, apenas llegué, vino a darme gracias una persona muy distinguida por el gran favor que, según decía, le habíamos hecho de admitirle a practicar aquí los Ejercicios. Seño me dijo sin eso, es taba perdido; le debo, después de a Dios, mi salvación. Aquello fué lo que dio paz a mi conciencia, y lo que

me hizo emprender una forma de vivir que he guardado desde entonces, y que conservo todavía, por la gracia de Dios, con gran paz y satisfacción de mi alma. Ciertamente, señor añadió me siento tan obligado a su caridad que hablo por todas partes de ella, y se lo digo a todos los compañeros con quienes me encuentro, que, sin el Retiro que hice en San Lázaro, estaría condenado. ¡Cuánto le debo agradecer la gracia que me ha hecho! Le ruego que me crea que me acordaré de eso toda mi vida".

«¡Qué desdichados seríamos, señores, si, por nuestras negligencias, obligásemos a Dios a retirarnos esta gracia! Es cierto, que no todos los que hacen su Retiro en este lugar se aprovechan tanto como este de quien acabo de hablarles. Pero ¿es que el reino de Dios en la tierra no está compuesto de buenos y de malos? ¿No es una red que coge toda clase de peces? De todas las gracias que Dios concede a todas las personas del mundo, siempre hay algunas que abusan de ellas, y aunque Dios prevé este abuso, no por eso deja de concederlas. ¡Cuántos hay que no han querido aprovecharse de los frutos de la muerte y de la pasión de Nuestro Señor, y que, como dice el Apóstol pisotean con sus pies la sangre que El ha vertido por su salvación! ¡Oh dulce y misericordioso Salvador! Tú sabes de sobra que la mayor parte no la tendrán en cuenta, pero no por eso Te has negado a sufrir la muerte por su salvación, a pesar de que preveías que esa muchedumbre considerable de infieles se burlaría de Tí, y que ese gran número de cristianos abusarían de las gracias que Tú les habías merecido!»

«No hay ninguna obra de piedad que no se profane, nada tan santo de lo cual no se abuse; mas a pesar de eso, nunca hay que desistir de hacer el bien; y no tendríamos excusa ante Dios, si nos fuéramos a cansar y enfriar en estos actos de caridad, por el hecho de que no todos, los que atendemos, saquen todo el fruto que podríamos desear. ¡Qué pérdida y qué desgracia, si llegáramos a cansarnos de ese favor que Dios nos ha hecho de elegirnos entre tantas comunidades para prestarle este servicio, y privar a su Divina Majestad de la gloria que de ahí saca! Sí, lo digo, señores y hermanos míos, ¡Qué desgracia! ¡Desgraciado de aquel que, por pereza o por miedo a perder su comodidad, o por un deseo de darse buena vida, cuando hay que trabajar, frenara el fervor de esta santa práctica! Pase lo que pase por culpa de algunos, la mayoría no hemos de cansarnos nunca de ello; tengamos siempre ánimos, y esperemos que Dios, que nos ha dado esta gracia, nos la mantendrá; y hasta nos las dará mayores. Tengamos siempre cada vez más confianza en El; tengamos un corazón firme contra la inconstancia y un coraje inflexible contra las dificultades. Sólo es ese maldito espíritu de pereza el que se acobarda ante la menor repugnancia, el que teme en exceso las dificultades; no hay trabajo que no rehuya, ni carga que no tema, ni satisfacción que no busque. Ese amor propio lo arruina todo. Expulsemos lejos de nosotros esa flojera. Pidamos a Dios, que, por su misericordia, conserve lo que liberalmente nos ha dado; es un gran regalo el que ha hecho a la Compañía. Pidamos a su bondad que no nos hagamos indignos de El por nuestra negligencia. Recemos mucho por ello».

«¡Oh Salvador! Suscita en nosotros el espíritu del gran San Lorenzo, cuya fiesta celebramos, que le hizo triunfar en medio de las llamas de la furia del infierno. Suscita en nuestros corazones ese fuego divino, ese fervor ardiente que nos haga triunfar de todas las

artimañas del diablo y de nuestra naturaleza corrompida, que se opone al bien. Fomenta en nosotros un celo ardiente de promover tu gloria en todas nuestras actividades, para que perseveremos en ellas constantemente hasta la muerte, a ejemplo de ese gran santo. Te lo pedimos por su intercesión».

«Demos gracias a Dios, hermanos míos, decía en otra ocasión mil y mil veces, porque ha querido escoger la casa de San Lázaro para teatro de sus misericordias: el Espíritu Santo desciende aquí continuamente sobre las almas. ¡Quién pudiera ver con los ojos del cuerpo esta efusión! ¡Cuán admirado quedaría! ¡Y qué felicidad para nosotros, los misioneros, que San Lázaro sea un trono de las justificaciones de Dios, que la casa de San Lázaro sea un lugar donde se prepara la morada del Rey de Reyes en las almas bien dispuestas de los que acuden acá a hacer su Retiro! Sirvámosles, señores, no como a simples hombres, sino como a hombres enviados por Dios. No tengamos ninguna acepción de personas; estimemos al pobre lo mismo que al rico, y más todavía, ya que es más conforme con el estado de vida que Jesucristo llevó sobre la tierra. Encomiendo a sus oraciones a uno de ellos, que se encuentra especialmente necesitado; sin duda, es capaz de hacer mucho bien, si se convierte enteramente a Dios; por el contrario, si no se convierte como es debido, hay razones para creer que hará mucho mal».

«Tenemos aquí a un capitán les dijo en otra ocasión que quiere ser cartujo, y al que nos han enviado esos buenos Padres para probar su vocación, según es costumbre en ellos. Les pido que lo encomienden a Nuestro Señor, y al mismo tiempo que consideren cuán grande es su Bondad: tomar de esta forma a un hombre, cuando está muy comprometido en un estado tan contrario al que ahora desea. Adoremos esta misericordiosa Providencia y que Dios no hace acepción de personas, sino que las elige de toda clase de estados por su infinita Bondad, y a quien mejor le parece».

«Tenemos también a otro que está en el ejército y que es también capitán. Alabaremos por eso a Dios y lo encomendaremos a El, lo mismo que al otro. También se acordarán ustedes en sus oraciones de otro, recientemente convertido de la pretendida religión reformada, pero muy convertido; actualmente trabaja y escribe en defensa de la verdad que ha abrazado, y podrá por este medio ganar a otros. Démosle gracias a Dios por ello, y supliquémosle que le aumente sus gracias cada vez más».

«Estos últimos días teníamos un sacerdote dijo también en otra ocasiónque había venido de muy lejos para hacer aquí los Ejercicios. Para empezar me dijo: Señor, vengo donde ustedes, y si no me reciben, estoy perdido. Y cuando se marchó, parecía que estaba de tal manera tocado por el Espíritu de Dios, que me quedé extraordinariamente asombrado. Otros tres partieron para aquí desde el fondo de Champaña: se habían animado unos a otros para venir a hacer su Retiro en San Lázaro. ¡Dios mío! ¡Cuántos vienen aquí de lejos y de cerca movidos por el Espíritu Santo! Pero ¿qué fuerte tiene que ser la gracia para atraer así de todas partes a los hombres a la crucifixión? Porque los Ejercicios espirituales son para crucificar la carne, y así poder decir con el santo Apóstol: Estoy crucificado para el mundo, y el mundo está crucificado para mí».

He aquí algunas chispas de los santos ardores en que se abrasaba el corazón del Sr. Vicente para procurar el avance del reino de Dios en las almas, con los actos del Retiro espiritual. Ese mismo fuego divino era el que trataba de comunicar e inspirar a los de su Congregación, para encender en sus corazones una caridad y un celo infatigable, en favor de los que venían a refugiarse en el abrigo de su casa de San Lázaro y a curar y santificar sus almas.

SECCION IV: Sentimientos de varias personas referentes a los Retiros, y ejemplos de los frutos logrados

Un sacerdote de Languedoc vino a París el año 1640, y quiso, antes de nada, hacer su Retiro en San Lázaro. En cuanto lo terminó, le escribió a un amigo suyo sacerdote, que le había encaminado a San Lázaro, en estos términos:

He recibido en esta casa tantos testimonios de benevolencia, y tan buen trato de todos aquellos con quienes he hablado, que me encuentro confundido; y más que todos los demás, el Sr. Vicente me ha recibido con tanto amor que me sentí completamente sobrecogido; mi corazón lo experimenta profundamente, pero no encuentro palabras que lo puedan expresar. Lo que puedo decir es que durante el tiempo de nuestros Ejercicios he estado como en el Paraíso, y ahora que me encuentro fuera, me parece que París es una cárcel. No crea que le digo esto por cumplir; hablo según los sentimientos que Dios me da. Por lo demás ya no sabría vivir más en el mundo; mi resolución es salir de él para darme enteramente a Dios

Otro eclesiástico, de Orleans, escribía al Sr. Vicente, sobre este mismo tema:

«Le ruego le dice que me conceda, por el amor de Dios y de la Santísima Virgen, otro Retiro más en la casa de ustedes. No hago más que suspirar con ese deseo, y espero que, cuando usted sepa por qué lo quiero hacer nuevamente, conseguiré esa gracia por la misericordia de Dios y de su bondad de usted. Ciertamente, señor, cuando pienso en los buenos sentimientos que se conciben en la casa de ustedes, me siento embelesado fuera de mí, y sólo puedo desear que Dios quiera que todos los sacerdotes pasen por esos santos Ejercicios. Si así fuera, no veríamos todos los malos ejemplos que dan algunos, con gran escándalo de la Iglesia».

Un virtuoso párroco de una parroquia campesina, que no está muy lejos de París, escribiéndole al Sr. Vicente el año 1642 le dice:

«Los frutos que han obtenido todos los que practican en casa de ustedes los actos del Retiro espiritual derraman tal olor en todos los lugares por donde pasan, que hacen nacer en el espíritu de muchos el deseo de acudir también a recogerlos del mismo árbol.

Así pues, al haber visto a uno de mis parientes cercanos con esa buena voluntad, he creído que no puedo hacer por él nada mejor que suplicarle a usted muy humildemente que procure recibirlo, para que haga en la casa de ustedes los Ejercicios espirituales, de los que espera recibir luz y gracia para poder gobernarse el resto de su vida».

El difunto Barón de Renty, tan noble por su virtud como por su nacimiento, había empleado todos los medios que su gran caridad le había podido sugerir, para sacar a un párroco de un gran desorden, en el que había estado encenagado mucho tiempo, sin haber conseguido nada. Entonces tuvo la idea de dirigirse al Sr. Vicente, con el fin de llevarlo a hacer un Retiro en San Lázaro. Y en la carta que le escribió a ese propósito, le manifiesta que tenía la confianza de que con los actos del Retiro, bajo su caritativa dirección, la vida deplorable que había llevado hasta entonces, se cambiaría en vida de bendición

El Superior de una religión reformada de una casa de París tuvo también la misma idea para con un religioso de su orden, párroco de una parroquia, que había caído en algún desorden. He aquí con qué términos le escribió al Sr. Vicente:

«Ese buen religioso tiene mucha necesidad, por varios motivos que le podrá decir él mismo, de enmendar su vida, hasta ahora bastante desordenada, en perjuicio de las almas que tiene bajo su gobierno. Se le ha recomendado que se retire a casa de ustedes, como a un lugar seguro para las almas y el más indicado para ponerlas en el camino de su obligación. Le ruego con mucho interés que haga el favor de recibirle y no olvide nada de lo que usted juzgue conveniente para ganarlo para Dios».

Otro religioso de uno de los más célebres conventos de París pensó que no podía hacer cosa mejor por un paje que se quería convertir, que ponerlo en manos del Sr. Vicente, y rogarle que le diera acogida durante unos días en su casa:

«Ruego a Dios decía en una carta que le escribió el año 1644 que prolongue sus días y sus años para su gloria y para bien del prójimo, por el cual usted trabaja incesantemente. Le presento ahora un asunto digno de su caridad: se trata de un paje del Príncipe de Talmond, que ha sido educado hasta el presente en la falsa religión calvinista, y se ha dirigido a mí para convertirse; pero no encontrándome suficientemente capacitado para esa buena obra, me he tomado el atrevimiento de dirigírselo a usted como una persona a la que Dios le ha concedido gracias muy especiales y muy grandes para su gloria y para la salvación de los pecadores y de los desviados. Tenga, pues, mi veneradísimo Padre en Nuestro Señor, la caridad de acogerle y abrazarle como a una pobre oveja descarriada que busca donde acogerse para salvarse de las fauces del lobo».

Ciertamente, si tuviéramos que presentar aquí al detalle todas las personas que acudieron a la caridad del gran Siervo de Dios, y enumerar todas las debilidades, miserias y necesidades espirituales que fueron remediadas, con bendición, por medio de los Ejercicios espirituales, sólo en la casa de San Lázaro, tendríamos para llenar varios volúmenes, y podría decirse en cierto modo del Siervo, lo que el Evangelio cuenta de su

Divino Maestro, que le llevaban de todas partes a todos los que padecían alguna dolencia o enfermedad, y que salía de El una virtud que los libraba de todos los males, y los curaba del todo.

Como no ha sido sólo en la casa de San Lázaro donde la caridad del Sr. Vicente se ha hecho notar, porque también se ha extendido por otros lugares, referiremos aquí algunos testimonios y ejemplos de los bienes que esos Ejercicios espirituales han producido en otros sitios, bajo la dirección de los Hijos del Padre de los Misioneros.

Un eclesiástico de París de condición y de grandísima virtud, después de haberse ejercitado durante varios años en todas las actividades de la Misión, y haber hecho varios Retiros en San Lázaro, fue nombrado para un obispado, e inmediatamente se retiró a dicha casa para prepararse mejor para su consagración y para todas las demás obligaciones de su cargo. En cuanto marchó a su diócesis con algunos Sacerdotes de la Congregación de la Misión, empezó a poner por obra todo lo que había visto practicar al Sr. Vicente y a todos los de su Compañía. Y como conocía por propia experiencia la utilidad de los Retiros espirituales, invitó a los párrocos y demás eclesiásticos de su diócesis a que fueran a hacerlos en su palacio episcopal, que dedicó, en parte, para dicho uso. Veamos lo que escribió en pocas palabras al Sr. Vicente el año 1644:

«Para informarle de nuestras noticias le diré que seguimos teniendo nuestras reuniones de Eclesiásticos, tanto de los de la diócesis, como de otros lugares aledaños que piden asistir a ellas. En la actualidad tengo conmigo a unos treinta sacerdotes que están haciendo Retiro espiritual en palacio con mucho fruto y bendición».

Otro gran Prelado, que además es arzobispo y que ha frecuentado durante varios años la casa de San Lázaro y los Ejercicios de la Misión, ha pensado que no podía procurar un bien mayor para su clero, que hacer acudir a su palacio arzobispal a los párrocos y demás eclesiásticos de su diócesis en varias tandas, para hacer en él los actos del Retiro espiritual bajo la dirección de un Sacerdote de la Congregación de la Misión, quien, al darle cuenta por medio de una carta acerca del resultado de la primera tanda de los Ejercicios, le habla en estos términos:

«Al empezar, todos se miraban con temor y murmullos; los más indecisos no sabían qué pensar; pero Dios, que los había obligado por ministerio de usted y hasta arrastrado a la mayor parte a la soledad, de tal modo cambió sus corazones, que exclamaron: Vere Deus est in loco isto, et ego nesciebam. Y ya metidos en los Ejercicios, según que el día iba creciendo y disipando las tinieblas y la frialdad de ellos, decían: Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum, y al terminar los Ejercicios: Faciamus hic tria tabernacula. Estos buenos señores, que eran en número de cuarenta, tanto rectores, como vicarios, aseguraban que sólo habían vivido aquellos diez días. Lloraban con lágrimas ardientes, acordándose de su vida pasada y de la ignorancia en la que habían vivido. Los mayores acudían corriendo a los actos; y le puedo asegurar que no he visto nunca tanto fervor, ni operaciones tan sensibles del Espíritu de Dios, que tiene en su mano los

corazones, no sólo de los reyes de la tierra para doblegarlos a donde le plazca, sino también de los reyes del cielo, y de los sacerdotes, cuya dureza opone frecuentemente más resistencia a la gracia. Todos han hecho confesión general, y la mayor parte, de toda su vida, pensando que no habían hecho nada hasta ahora. Todos han hecho resoluciones decididas de trabajar en su propia santificación, y en la de sus rebaños, diciendo con el Rey Profeta: Dixi, nunc coepi; haec mutatio dexterae excelsi.A medida que la gracia iba cambiando los corazones, me venían a buscar en particular, y me decían, que el demonio los había dejado ciegos, haciéndoles creer que el Retiro sólo era una novedad insoportable, una cárcel y una gehenna. Otros decían: ¡Ay Señor! ¡Cuán obligados estamos a Monseñor! ¡Cuánto tendremos que pedir a Dios por su persona y por su vuelta! Si hubieramos tenido las luces que tenemos ahora, no hubiéramos hecho lo que hemos hecho. En fin, Señor, eran todos como niños pequeños, y yo estaba asombrado al ver cómo unas personas que podían ser mis abuelos, tenían tanta confianza en un instrumento tan débil: Vitulus et leo, lupus et ovis simul accubabunt, puer par vulus minabit eos. Toda la ciudad de usted ha quedado perfumada con el buen olor de esos buenos señores, no sólo de sus palabras, sino también de su modestia. Los eclesiásticos que se reían de los Ejercicios han quedado sorprendidos al ver a sus amigos y cohermanos cambiar de lenguaje, y algunos del cabildo preguntaban cuándo les iba a tocar a ellos. Espero, Monseñor, que sus oraciones obtendrán de Dios la realización de tan grandes y tan santas resoluciones, y que por este medio su diócesis adquirirá un nuevo rostro, ya que las cabezas ejercen tan buenas influencias sobre el resto del cuerpo»

Traeremos también aquí un párrafo de otra carta escrita al mismo Arzobispo, en la que sigue la continuación de las bendiciones que Dios seguía derramando sobre el clero de su diócesis en los retiros que se dieron más adelante. En ella el mismo sacerdote de la Misión le habló en estos términos:

«Aunque ni el lugar ni el tiempo hacen precisamente santos a los hombres, con todo, el uno y el otro contribuyen mucho a eso. La gracia tiene sus tiempos igual que la naturaleza. La Iglesia llama a los días de cuaresma días de salvación y de propiciación. La experiencia del último Retiro no nos permite dudar de ello. Y yo le puedo asegurar, Monseñor, que si Dios se ha mostrado liberal en los Retiros anteriores, se ha mostrado pródigo en el de ahora, que acabó en la víspera del domingo de Ramos. Porque, además de que todos han notado en el comportamiento de esos señores la acción maravillosa de la gracia, que cambia los corazones más rebeldes, y saca luz de las tinieblas, yo les he oído decir con frecuencia que sólo han empezado a abrir los ojos para conocer la eminencia de la dignidad del sacerdocio, que, si la hubieran conocido mejor, no se habrían comprometido a ella con tanta ligereza. Hubo quienes ofrecieron sus ahorros para seguir con los Retiros todos los años; otros querían renunciar a sus beneficios para estar siempre practicando actos parecidos; otros, en fin, pedían pasar durante algún tiempo en el seminario, con tal de que sus parroquias estuvieran atendidas. Todos se retiraron con tal pesar, que su cara estaba bañada en lágrimas; y con tal dependencia a las órdenes de usted y de los Señores Vicarios Generales, que decían que estaban dispuestos a hacer todo, y a ir adonde le plazca a usted. He ahí, Monseñor, cómo ha puesto usted misioneros en

cada parroquia, para regar lo que la misión había plantado. Todos los laicos alaban la Bondad divina, y reconocen en su Pastor entrañas de Padre para lo espiritual y para lo temporal. Le puedo asegurar, que si hubiera usted tenido el consuelo de ver las maravillas de la misericordia de Dios, su alegría sería perfecta tanto cuanto puede serlo en este mundo. Pero creo que he olvidado decirle a Usted, que uno de esos señores que no había vivido como eclesiástico desde hace varios años en diversos lugares de su diócesis, y que sólo venía a los Ejercicios para fingir y para salvar las apariencias externas, así lo ha manifestado después, poco a poco se dejó tocar el corazón; pero, como no quería que las redes lo cogieran, buscaba otro confesor, en quien pensaba que tendría más confianza y Dios le hurtó la ocasión; y la noche anterior al día de la comunión, atormentado por su propia conciencia, no pudo dormir: Quis enim ei restitit et pacem habuit? Un sudor se apoderó de todos sus miembros, un temblor general se hizo con él, oía una voz interior, que le decía: Ha llega do tu hora; tienes que morir; resistes a Dios. Llama a uno de sus compañeros acostado en la misma habitación, le dice que va a entregar su alma, y le ruega que me venga a llamar. Me levanto, le confieso desde la medianoche hasta las cuatro de la mañana, con lágrimas y un agradecimiento a la divina Bondad, que sólo Dios ha podido conocer. Comulgó con los demás, pero con tal sentimiento, que tuvo miedo a perder el sentido, y que el demonio no se le transfigurase en ángel de luz para hacerle perder un tesoro tan grande. Efectivamente, el buen señor estaba como fuera de sí; pero vuelto ya en sí, me dijo que era un juicio secreto de Dios, que quería que, como sus faltas habían sido públicas, la reparación fuera también pública y conocida de todo el clero. Y así se retiró muy satisfecho, diciendo: Misericordia tua magna est super me, quia eruisti animam meam ex inferno inferiori».

Pasemos ahora a Italia. Allí se practican los mismos Ejercicios. Y comencemos por Génova. He aquí en qué términos el Superior de la Misión de esa ciudad le escribió al Sr. Vicente el año 1648:

«De parte del Sr. Cardenal Durazzo, arzobispo de esta ciudad, les hemos escrito a todos los arciprestes de los lugares en que se ha tenido la misión, para que avisen a todos los párrocos y sacerdotes de su arciprestazgo que los Ejercicios Espirituales tienen que comenzar en tal día, en la casa de la Misión, y que todos los que deseen aprovechar esta santa ocasión pueden venir acá, a tal hora. Ya han venido varios para hacer el Retiro. No puedo expresarle el gran consuelo que han recibido y la abundancia de gracias que Nuestro Señor les ha concedido, ni la gran modestia y el silencio que han observado, ni su humildad y sinceridad en dar cuenta de sus oraciones, ni las conversiones admirables y casi milagrosas que se han conseguido».

«Entre otros ha habido un párroco que me ha dicho, casi en público, que había venido para burlarse, más por hipocresía que por devoción, y para que el Sr. Cardenal le aumentase la renta. Dijo además que la Misión nunca había tenido peor enemigo que él, pues había dicho de ella todo lo malo que puede uno imaginar, lo mismo que de Su Eminencia. Era un hombre muy entregado al vicio, que había obtenido un beneficio por simonía, recibiendo los Ordenes sin más titulo que ese beneficio, ejercido los Ordenes,

administrado los sacramentos y desempeñado los demás deberes parroquiales durante muchos años en el mismo estado; un hombre de negocios y de intrigas, etc. Pero finalmente Dios le ha tocado, y le ha tocado con mucha eficacia: se ha convertido, ha llorado, se ha humillado y ha dado muchas pruebas de haber cambiado. Todos los que lo vieron en estos Ejercicios u oyeron hablar de él se han quedado muy edificados, y nosotros no menos que los demás, ya que ha producido mucho fruto, a cada uno según sus necesidades».

«Le diré también, señor, cuán grande ha sido el consuelo y la alegría que por ello ha recibido Su Eminencia y las lágrimas que salían de sus ojos, cuando algunos de estos señores le manifestaron sus sentimientos, cosa que es imposible manifestar de palabra. Esto ha causado tanta impresión en la ciudad y en los alrededores que otros muchos se presentan para venir a hacer lo mismo».

De vez en cuando el mismo Superior escribía al Sr. Vicente acerca del resultado de los Ejercicios, que sería demasiado largo para ser transcrito aquí. Sólo presentaremos una carta

«Los párrocos dice se marcharon el viernes pasado, llenos de fervor y de edificación, y dicen maravillas de las gracias que Dios les ha hecho que, ciertamente, han sido grandes, y puedo decir que no he visto jamás una disposición semejante, ni tanta cantidad de lágrimas. Estaban de tal forma tocados, que hacían sus confesiones en público. Y hubo uno que dijo: Estamos en el va lle de Josafat, viendo la libertad y generosidad con las que cada uno iba descubriendo su corazón. Y todo, como ya lo he dicho, con gran efusión de lágrimas en público y en particular. Son efectos de la gracia todopoderosa; pero ¡qué maravilla! El buen Dios se ha mostrado tan generoso con las personas que han sido fieles al pequeño reglamento y, especialmente, al silencio... Los veía a los treinta juntos en el salón, esperándome, sin que ninguno se atreviera a decir una palabra al vecino».

«En la actualidad tenemos a cuatro ejercitantes. Entre ellos hay uno que es judío, que quiere hacerse cristiano, y que ha venido de Pisa expresamente para eso. Nos lo ha enviado Su Eminencia».

«Hay un senador, que quiere hacer una buena confesión general, y como no puede abandonar los asuntos públicos para hacer los Ejercicios Espirituales, ha elegido estos tres días de fiesta. Viene dos veces cada día a casa a hablar conmigo para hacer una confesión general. Ha empezado con mucho fervor y con grandes sentimientos de contrición. Espero que la terminará del mismo modo».

«Esperamos esta tarde a seis o siete sacerdotes, que vienen a empezar los Ejercicios. Piensan dar una misión en la ciudad, del mismo modo que nosotros las hacemos en el campo. Ruego a su caridad que encomiende a Dios este asunto».

También Monseñor el Cardenal Arzobispo de Génova hizo los Ejercicios varias

veces en la casa de los Sacerdotes de la Misión, pero no con los curas, sino con los misioneros, que los hacen todos los años. He aquí lo que el mismo Superior le escribió al Sr. Vicente el mes de noviembre del año 1649.

«El Sr. Cardenal ha pasado ocho días con nosotros haciendo los Ejercicios Espirituales con los misioneros, en número de diez. Es un gran siervo de Dios. Es imposible creer con cuánta exactitud y puntualidad ha observado el orden de los actos, a pesar de ser de complexión muy débil, y de cincuenta y seis años de edad, pareciendo aún mayor por sus continuos trabajos, tanto corporales como espirituales. Por la mañana hacía oración en común con todos, de rodillas, sin moverse desde el comienzo hasta el final, aunque otros se levantaran. En cuanto a las demás meditaciones, que cada uno hacía en su habitación, él las hacía de rodillas o, si a veces se sentía un poco cansado, me preguntaba si podía levantarse; yo ya le había dicho que podía hacerlo y que, incluso, era conveniente que se sentase un poco para no cansarse demasiado; pero él no dejaba de pedirme permiso en cada ocasión, para tener el mérito de la obediencia. Cuando comunicaba los pensamientos y los buenos sentimientos de sus oraciones, lo hacía con tanta sencillez, humildad y devoción como cualquiera de nosotros. Apenas oía la campana para el oficio o para los demás actos de la Comunidad, lo dejaba todo y se encontraba de los primeros en la capilla. En la mesa quiso ser tratado como los demás. Yo le pedí que permitiera que lo tratáramos mejor, y finalmente acabó accediendo. Manifestaba que no le gustaba que le dieran agua para lavarse aparte, y quería acomodarse a lo que hacían todos».

«Al final de los Ejercicios le rogué que nos diera a todos la bendición para alcanzar de Dios la perseverancia. No quiso hacerlo, sino que, por el contrario, deseó que la diera yo mismo. Sin embargo, después de rogárselo mucho, nos la dió. ¡Qué ejemplo de virtud, querido Padre, tenemos ante nuestros propios ojos!».

CAPITULO QUINTO pág. 413

Los Seminarios

El Santo Concilio de Trento considerando cuánto importa para la gloria de Dios y la edificación de los fieles que los que son promovidos a los Ordenes eclesiásticos tengan las disposiciones y cualidades convenientes a la santidad de ese estado; y reconociendo que si la virtud, que es una de las cosas más necesarias, no se planta pronto en el corazón de los niños hay razones para temer que no vaya a echar nunca raíces profundas; y que, al entrar más adelante en los beneficios y cargos eclesiásticos, y al recibir los santos Ordenes, no presenten las disposiciones requeridas y como consecuencia, en lugar de edificar, sirven de piedra de escándalo por los malos ejemplos de su vida: por esa razón ordenó que en todas las diócesis se crearan Seminarios, para formar en la piedad e instruir

en las ciencias oportunas a los adolescentes en los que se vieran unas disposiciones especiales para la virtud y alguna inclinación y aptitud para el estado eclesiástico, prefiriendo los hijos de los pobres, sin excluir a los demás, a fin de que sus personas cuidadosamente formadas se hicieran capaces para producir algún día buenos frutos en la Iglesia.

Aunque todo eso haya sido instituido sapientísimamente, con todo, ha ocurrido que, por la corrupción y la malignidad del siglo, una Institución tan santa no ha tenido los resultados esperados; porque a pesar de que varios grandes Prelados del Reino que habían asistido al Concilio, a su vuelta a Francia habían establecido esa clase de Seminarios en sus diócesis, con el tiempo se ha visto que, en lugar de escoger a niños en los que se vieran como las primeras semillas de las virtudes eclesiásticas, y de confiar su dirección y la de los Seminarios a personas sabias, virtuosas y llenas del espíritu sacerdotal, se ha hecho todo lo contrario, y el interés temporal y particular ha prevalecido hasta el punto de que el buen orden casi haya degenerado en intrigas. Por un lado los burgueses de las ciudades donde se ha creado un Seminario, muy contentos por poder ahorrar las pensiones que hubieran tenido que pagar en los colegios para que sus hijos pudieran estudiar, han tratado, gracias a la ayuda de amigos, de conseguirles la entrada en esos Seminarios; y los han recibido excluyendo a los hijos de los pobres, sin que se los examinara si tenían inclinación o disposición para el estado eclesiástico. Por otra parte, la dirección de los Seminarios se la han dado no a los más dignos, sino a aquellos cuya capacidad de intriga era mayor. Y de este modo hemos visto que las santas intenciones del Concilio han quedado defraudadas y la Iglesia francesa privada de la ayuda que podía haber sacado de ella.

Como el Sr. Vicente conocía este abuso que, por cierto, le causaba mucha desazón, había querido ponerle algún remedio. Por eso, puso las bases de un Seminario, siguiendo aproximadamente los planes del Concilio, en el Colegio de BonsEnfants de París para instruir y formar allí en la virtud y en las ciencias a los adolescentes, en los que se viera alguna inclinación y disposición para el estado eclesiástico. Pero la experiencia le había dado a conocer que los frutos que aquella clase de Seminario podía producir eran algo tardíos, debido al largo tiempo que pasa antes de que un adolescente alcance la edad y adquiera las ciencias y las otras cualidades necesarias para ser promovido a los santos Ordenes y entrar en el ministerio de la Iglesia. Y, por otra parte, había previsto con exactitud que no todos los que fueran formados en aquellos Seminarios corresponderían siempre a las esperanzas que se habían puesto en ellos, y que incluso se darían entre ellos quienes no tenían vocación para el estado eclesiástico y, por consiguiente, de quienes la Iglesia no recibiría ningún alivio en la gran necesidad que tenía de buenos y virtuosos sacerdotes. Por todas estas consideraciones pensó que sería más útil, y hasta en cierto modo necesario, crear otros Seminarios para los eclesiásticos ya promovidos a los santos Ordenes, o que tuvieran el propósito y la disposición próxima para recibirlos, para enseñarles durante un tiempo notable las materias más necesarias de la teología, principalmente las que se refieren a las costumbres y a la administración de los sacramentos, y para formarlos también en todas las funciones propias de su condición,

como el Canto Llano, las Ceremonias, catequizar, predicar, etc. Pero, sobre todo, para hacerles practicar las virtudes convenientes a su estado, y enseñarles a llevar una vida bien reglada y digna del Carácter (sacerdotal) que conllevan; de forma que fueran capaces para desempeñar las actividades en las que sus Prelados los quieran emplear, y que puedan prestar un servicio útil a la Iglesia. Es eso precisamente lo que empezó a hacer en el Colegio de Bons Enfants, como ya lo hemos dicho en el Libro primero. Y eso lo hizo sin suprimir el Seminario de los adolescentes, que más adelante fue trasladado a una casa llamada de San Carlos, cerca de San Lázaro, pues creía que era conveniente mantenerlo tanto para estar de acuerdo con las santas intenciones del Concilio, como para no omitir nada de todo lo que pudiera servir, de la manera que fuera, para procurar buenos sacerdotes a la Iglesia.

Dios quiso dar una bendición tal al Seminario que el Sr. Vicente había creado por entonces para los Eclesiásticos ya ordenados, o que estaban a punto de recibir los Ordenes que, además de los frutos producidos y que continúa diariamente produciendo, ha dado incluso ocasión para la fundación de muchos otros en varias diócesis.

Ciertamente con mucha razón El Sr. Bourdoise, sacerdote de la Comunidad de San Nicolás du Chardonnet, de París. un celosísimo servidor de Dios, que ha trabajado muy útilmente con su santa Comunidad en la reforma del estado eclesiástico, se lamentaba en otro tiempo, porque se establecieran academias para la nobleza, donde los gentileshombres aprendían los conocimientos que les son convenientes, y porque cada profesión por humilde que sea, obligara a los que quieren practicarla a permanecer varios años aprendiéndola, antes de llegar a ser maestros; y sólo en el estado eclesiástico, destinado a desempeñar funciones importantísimas y para ministros verdaderamente divinos, se ingresara sin tener una preparación previa. Mas, por fin, plugo a Dios arreglar aquel desorden con los Seminarios, que vienen a ser como otras tantas escuelas de virtud y de santidad. En ellos los eclesiásticos pueden aprender la ciencia de los santos. Y es precisamente para eso para lo que El ha suscitado especialmente en estos últimos tiempos al Sr. Vicente y a los de su Congregación, para trabajar en una obra tan santa y tan necesaria con particular bendición

Veamos de qué forma habló en cierta ocasión el Sr. Vicente a propósito de este asunto a los Sacerdotes de su Comunidad:

«Los misioneros —les dijo— *están enviados por Dios especialmente para trabajar en la santificación de los Eclesiásticos (185) Y uno de los fines de su Instituto es instruirlos no solamente en las ciencias para aprenderlas, sino también en las virtudes para practicarlas; porque enseñarles una cosa sin la otra es hacer poco o casi nada. Hace falta competencia y vida buena. La una sin la otra es inútil y peligrosa. Debemos formarlos igualmente en ambas, porque es eso lo que Dios nos pide. Al principio pensábamos en todo menos en servir a los eclesiásticos. Pensábamos sólo en nosotros y en los pobres. ¿Cómo empezó el Hijo de Dios? Estaba oculto, parecía que sólo pensaba en sí mismo, oraba, y únicamente hacía obras sin relieve: sólo dejaba transparentar eso. Después, anunció el*

Evangelio a los pobres; pero en seguida hizo unos Apóstoles, se puso a instruirlos, a darles consejos y a formarlos; y finalmente los inflamó con su espíritu, no sólo para ellos, sino para todos los pueblos de la tierra. Les enseñó también todas las normas para formar los sacerdotes, para administrar los sacramentos y para desempeñar su ministerio.

Así, al principio, nuestra pequeña Compañía sólo se ocupaba en su propio progreso espiritual y en evangelizar a los pobres. En ciertas temporadas se recogía en casa, y en otras, iba a enseñar a la gente campesina. Dios ha permitido que, al principio sólo apareciera eso; pero en la plenitud de los tiempos, nos ha llamado para que contribuyamos a la formación de buenos sacerdotes, a proporcionar buenos pastores a las parroquias, y a enseñarles lo que deben saber y practicar. ¡Qué ocupación tan noble! ¡Qué sublime! ¡Está muy por encima de nosotros! ¿Quién de nosotros había pensado alguna vez en los Ejercicios de Ordenandos y en los Seminarios? Nunca nos habíamos imaginado tal, hasta que Dios nos ha dado a entender que le agradaba dedicarnos a eso. El es quien ha conducido a la Compañía a esas actividades, sin que nosotros las hayamos elegido. Y por eso nos pide esa dedicación, pero una dedicación seria, humilde, devota, constante y que responda a la excelencia de la obra»

«Quizás algunos digan que han venido a la Congregación sólo para trabajar en el campo, y no para encerrarse en una ciudad al servicio de un Seminario. Pero todos y cada uno de nosotros sabemos que todas las actividades que debemos realizar en esta casa relacionadas con los Eclesiásticos externos, sobre todo de los Seminarios, no deben descuidarse con el pretexto de las misiones, porque hay que hacer éstas sin omitir aquéllas, ya que estamos casi igualmente obligados por nuestro instituto a llevar a cabo unas y otras; y que, por otra parte, la larga experiencia ha hecho ver que es muy difícil que los frutos que se recogen en las misiones pueden conservarse mucho tiempo sin la ayuda de los Pastores, a cuya perfección parece que contribuyen, y no poco, las demás actividades de la Compañía. Por eso, todos se darán gustosamente a Dios para desempeñarlas bien y devotamente.

«Es una gran obra, ciertamente, trabajar en instruir a la pobre gente, pero todavía es más importante instruir a los Eclesiásticos, porque, como sean ignorantes, por necesidad lo serán también los pueblos que ellos guían. Le podían haber preguntado al Hijo de Dios ' ¿Por qué has venido? ¿No es para evangelizar a los pobres, siguiendo la orden de tu Padre eterno? ¿por qué, pues, haces sacerdotes? ¿Por qué tienes tanto cuidado en instruirlos y formarlos? ¿Por qué les das poder para consagrar, para atar y desatar?'etc. A lo que Nuestro Señor podría haber respondido, que El había venido no solamente a enseñar las verdades necesarias para la salvación, sino también para hacer buenos sacerdotes, y mejores que los de la Ley antigua. Ustedes saben que antiguamente Dios había rechazado a los sacerdotes por estar manchados y por haber profanado las cosas santas; que consideró como abominación sus sacrificios, y dijo que suscitaría otros, que desde el Oriente hasta el Occidente, y desde el Sur hasta el Norte, dejarían oír sus voces y sus palabras: In omnem terram exivit sonus eorum.Y ¿por medio de quién cumplió su promesa? Por su Hijo, Nuestro Señor, que hizo sacerdotes, y los instruyó y formó y por

medio de los cuales ha dado el poder a su Iglesia para hacer otros: Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.Y eso para continuar haciendo por medio de ellos en todos los siglos lo que había hecho El al final de su vida, con el fin de salvar a todas las naciones con sus enseñanzas, con la administración de los sacramentos».

«Sería, pues, un engaño y un enorme engaño para un misionero no querer dedicarse a formar buenos sacerdotes, y tanto mayor, cuanto que no hay cosa más grande que un buen sacerdote. Démosle vueltas y más vueltas, veremos que no podemos contribuir a nada más grande que a formar un buen sacerdote, al cual Nuestro Señor le da todo el poder sobre su cuerpo natural y sobre el místico, el poder de consagrar y de perdonar los pecados, etc. ¡Dios mío! ¡Qué poder! ¡Qué dignidad! Esta consideración nos obliga a servir al estado eclesiástico, que es tan santo y tan noble; y todavía más, la de la necesidad que la Iglesia tiene de buenos sacerdotes, que reparan tantas ignorancias y tantos vicios de los que está llena la tierra, y por los que las almas buenas deberían llorar lágrimas de sangre».

«Se duda si todos los desórdenes que vemos en el mundo deben atribuirse a los sacerdotes o no. Esto podría escandalizar a algunos, pero el tema exige que por la magnitud del mal descubra la importancia del remedio. Desde hace algún tiempo se han tenido varias conferencias sobre esta cuestión que se ha tratado a fondo para descubrir el origen de tantas desgracias. Y el resultado ha sido que la Iglesia no tiene peores enemigos que los malos sacerdotes: las herejías vienen de ellos. Tenemos el ejemplo de las últimas en esos dos grandes heresiarcas Lutero y Calvino, que eran sacerdotes. Las herejías han triunfado por los sacerdotes; por ellos ha reinado el vicio, y la ignorancia ha instalado su trono entre la pobre gente; y eso, por sus propios desarreglos, y por no haberse opuesto con todas sus fuerzas y según sus obligaciones a esos tres torrentes que han inundado la tierra. ¡Qué sacrificio, señores, han ofrecido ustedes a Dios al trabajar en la reforma de los sacerdotes, para que vivan de acuerdo con la santidad de su condición, y para que la Iglesia se libre, por ese medio, del oprobio y de la desolación en que se encuentra», etc

«El carácter de los sacerdotes —les dijo en otra ocasión— es una participación del sacerdocio del Hijo de Dios. El les ha dado la potestad de sacrificar su propio cuerpo, y de darlo en alimento, para que los que coman de él, vivan eternamente. Es un carácter muy divino e incomparable, un poder sobre el cuerpo de Jesucristo, que los ángeles admiran, y una facultad para perdonar los pecados de los hombres, que, para éllos, es un gran motivo de admiración y gratitud. ¿Hay algo más grande y más admirable? Señores ¡Qué cosa más grande es el sacerdote! ¿Qué no puede hacer un buen Eclesiástico? ¿Qué conversiones no puede lograr? Fíjense en el Sr. Bourdoise, ese sacerdote excelente, ¿qué es lo que no hace? Y ¿qué es lo que no puede hacer? De los sacerdotes depende la felicidad del cristianismo; porque los buenos feligreses, en cuanto ven a un buen eclesiástico, a un Pastor caritativo, lo honran y siguen su voz, tratan de imitarlo. ¡Debemos esforzarnos en hacer buenos a todos, porque ése es nuestro ministerio, y el sacerdocio es algo tan noble...!»

«Pero, Salvador mío, si un buen sacerdote puede hacer grandes bienes, ¡cuánto

daño hace uno que es malo, cuando se tuerce! ¡Dios mío!¡Cuánto cuesta volverlo al buen camino! ¡Oh Salvador mío! ¡Cómo deben entregarse a Tí los pobres misioneros para contribuir a la formación de buenos eclesiásticos, ya que es la obra más difícil, la más noble y la más importante para la salvación de las almas, y para el avance del cristianismo!».

«Si San Vicente Ferrer se animaba a la perfección con la idea de que Dios suscitaría algún día buenos sacerdotes y Obreros apostólicos para elevar el estado eclesiástico y disponer a los hombres para el juicio final, con cuánta más razón nosotros, que vemos en la actualidad cómo se va recuperando el estado eclesiástico hemos de animarnos cada vez más a la perfección para cooperar en esta restauración tan deseada».

Esos eran los sentimientos de este santo sacerdote; es así cómo comunicaba a su Compañía el celo que Dios le había comunicado para intentar volver a su pureza y a su esplendor el espíritu eclesiástico; es así cómo alentaba a los suyos a trabajar en los seminarios, a preparar a los que eran llamados a los Ordenes y a los cargos y dignidades de la Iglesia para recibir el espíritu de Jesucristo, tan necesario para ejercerlos dignamente.

Como el celo del Sr. Vicente estaba sazonado con una gran prudencia, y sus actividades le habían proporcionado una larga experiencia que daba mucha luz, creía que para lograr frutos de un Seminario, era necesario que los eclesiásticos, que en él se recibían, estuvieran durante un tiempo notable. Su opinión era que se debía obligar a todos los aspirantes a Ordenes, a permanecer allí cuando menos un año antes de recibir los Ordenes sagrados, para trabajar durante ese tiempo en purificarse de todas las malas costumbres que podían haber contraído en el mundo, y en vaciar sus corazones de todo afecto desordenado a las criaturas para progresar en el conocimiento y en el amor de Dios, a cuyo servicio querían ellos consagrarse; para estudiar profundamente las verdades cristianas y las máximas evangélicas que nos han sido reveladas por su Hijo, y para asentar sólidamente en sus corazones los principios de la santidad y perfección con enérgicas resoluciones de hacerse imitadores de la vida y las virtudes de Jesucristo. En fin, creía que ese tiempo era especialmente necesario para aprender a hacer bien la oración, y decía a ese propósito: «Lo que es la espada para los soldados, es la oración para los que se dedican al servicio de los altares», ya que una de las principales funciones de los sacerdotes es ofrecer oraciones y sacrificios a Dios. Pensaba que no era conveniente dispensar de la entrada en el Seminario a ningún aspirante a Ordenes, ni siquiera a los más virtuosos ni a los más dotados, porque, además de que así tendrían ocasión para aumentar su capacidad y virtud y para hacerse más dignos del estado eclesiástico, con su presencia les serviría a todos los demás de mucho provecho, ya que los débiles se ven ordinariamente más animados con el ejemplo de los más fuertes, y van a gusto por el camino por donde los ven pasar. En fin, siendo, como es, una norma general, se evitan muchas impertinencias de todos los que tratan de obtener excepciones que sólo podrían serles perjudiciales. Proponía para eso el ejemplo de la forma de actuar que usaba el difunto Sr. Obispo de Cahors, que ha sido un perfecto modelo de Prelados. Entre las

normas que tenía sobre ese punto, una de las principales era no conceder jamás dispensa alguna para entrar en el seminario a los que eran de su diócesis; y obligaba a todos los que aspiraban a los santos Ordenes a residir en el seminario un año entero antes de que recibieran el subdiaconado; y después, todo el tiempo que quedaba hasta que se ordenaran de sacerdotes. Y su intransigencia en ese punto le sirvió mucho para poner a su diócesis en muy buen estado. Unos años antes de su muerte le escribió acerca de esa cuestión al Sr. Vicente en estos términos:

«Quedaría usted encantado al ver a mi clero, y bendeciría a Dios mil veces si supiera el bien que los de usted han hecho en mi Seminario, que se ha propagado por toda la Provincia», etc

Mas para conocer mejor la gran utilidad de los Seminarios por la calidad y variedad de bienes que en ellos se logran, y qué razones tan poderosas tenía el Sr. Vicente para exhortar a los Sacerdotes de su Congregación al amor y a la fidelidad de aquella santa ocupación, presentaremos aquí dos cortos muestrarios de los frutos que consiguieron dos de sus sacerdotes que había destinado a dirigir dos seminarios, uno en París y otro en Bretaña, para que por medio de ellos se pueda juzgar de los demás.

El de París habla de la forma siguiente:

«1. En este Seminario se da algo así como una misión perpetua y se ven, en la debida proporción, los mismos frutos que se observan en las misiones del campo y de las ciudades; por ejemplo, se convierten beneficiados y sacerdotes, después de haber vivido mucho tiempo con una vida desordenada en los lugares en que han vivido. Y eso, hasta derramar lágrimas en los Retiros, pedirnos que los recibiéramos en confesiones públicas, y humillarse en todas las ocasiones. Cuando hablan en las Conferencias, declaran su pasada ceguera, y felicitan a sus compañeros por disponer de medios para aprender con toda tranquilidad y pronto cuál era su deber. Si tienen entre ellos enemistades inveteradas, se reconcilian por medio de cartas llenas de humildad. Restituyen grandes cantidades a la Iglesia, o a quien sea el dueño. Los Santos Padres de los primeros y últimos siglos citados en el Derecho Canónico dicen, a menudo, de los clérigos que son incorregibles. Pero, gracias a Dios, su enmienda es cosa ordinaria en los Seminarios, hayan sido lo que hayan sido».

«2. Hay entre ellos quienes, habiendo poseído por mucho tiempo beneficios incompatibles y con mucho apego, basándose en la costumbre de sus Provincias, se someten gustosamente a dejar los que se quiera».

«3. Es muy frecuente, que sacerdotes, hasta los de más edad, ya sean beneficiados, o abades, canónigos, priores y párrocos; sean otros, como consejeros del Parlamento, o de juzgados, etc., desempeñan alegremente el oficio de portero, de acólito, de turiferario, de chantre, etc. tanto por inclinarse a esas funciones como por lamentar que no los hayan practicado nunca, o por haberlos descuidado en otro tiempo por considerarlos poco conformes con su categoría».

«4. Hay que destacar a varios, que, por no haber instruído nunca a sus feligreses, se ponen a catequizar, y que hacen maravillas en todo, cuando vuelven a sus casas: y han llegado a veces a declarar al pueblo, desde el mismo púlpito, que acababan de aprender sus deberes, y que querían empezar realmente a practicarlos».

«5. Varios, al salir del seminario, han formado en sus casas comunidades pequeñas de eclesiásticos, abandonando para ello sus casas paternas, y hasta el lugar de su nacimiento, para continuar juntos los actos de piedad, y ganar a otros para Jesucristo y su Iglesia».

«6. Hemos tenido a varios canónigos de iglesias catedrales y colegiatas, que, vueltos a sus casas, han sabido ganar poco a poco, sin meter ruido, pero con mucho fruto, a sus compañeros, y establecer sabios y santos lazos de unión entre sí, con el fin de mantener la disciplina en su iglesia. Y sabemos con qué celo y con qué sabiduría hablan ante el cabildo en pleno y en particular, acerca de la disciplina eclesiástica y del buen orden al que se han comprometido».

«7. Algunos, cuando han conocido la importancia de las escuelas, con todas las posibilidades que ellos tenían, se han puesto a hacerlas por pura caridad, con gran bendición y edificación de los pueblos, que han quedado admirados por ese hecho».

«8. No podemos omitir aquí, que Dios concede a la mayor parte y a casi todos la gracia de mantenerse en la piedad y en el ejercicio de sus funciones; de todos los lados nos llegan testimonios favorables acerca de eso».

«9. Pero lo que en cierto modo es más conmovedor es la inocencia de vida que se nota en ellos durante el Seminario. Los confesores ordinariamente tienen dificultades para hallar materia de absolución en ellos».

El otro Sacerdote de la Congregación de la Misión, que estaba encargado de un Seminario en Bretaña, ha descrito los bienes que se han conseguido, en estos términos:

«Entre los frutos que, lo hemos visto, se han logrado en los actos que se practican en este seminario para instruir a los Eclesiásticos, uno de los principales es la instrucción del pueblo. A ella se dedican con mucho fruto los que han permanecido aquí. Como se les enseña el método de predicar útil y familiarmente, eso ha multiplicado de tal modo los predicadores en ciertas diócesis, que en lugar de haber un solo predicador, durante la cuaresma, para cinco o seis parroquias muy alejadas, ahora se pueden ofrecer con facilidad tres o cuatro; así, después de predicar, pueden escuchar confesiones, con mucho consuelo del pobre pueblo del campo, porque antes, en algunos sitios, sólo tenían en cuaresma tres o cuatro predicaciones».

«Además, los señores Eclesiásticos, al verse así ocupados se sienten más animados a llevar una vida ejemplar, se ven más necesariamente obligados a una dedicación mayor al estudio; eso los libra de la ociosidad, y, con eso mismo, de muchos desórdenes».

«Y como predican útilmente y según el alcance del pueblo, tal como se les ha enseñado en el Seminario, cuando tienen Via Crucis, acuden a escucharlos desde cinco a seis parroquias vecinas».

«Vemos por experiencia que los señores Eclesiásticos se hacen en el Seminario con el espíritu de celo por la salvación de las almas; y que, cuando están en sus parroquias confiesan asiduamente, no sólo todos los domingos y días de fiesta del año, sino también los días de entre semana; antes esto era inaudito. Gran parte de los párrocos del campo, que han estado en el seminario, procuran tener con ellos un sacerdote para poder continuar más fácilmente los actos piadosos que habían practicado en el seminario, y con ese medio perseverar más fácilmente en sus buenos propósitos».

«Hay diócesis enteras, donde, antes de crear el seminario, apenas se veía a un eclesiástico del campo vestido de negro. La mayor parte vestían de gris, y trabajaban después de las misas, como los seglares. Y después de la fundación del Seminario es raro ver a alguno que no lleve al menos sotanela. La mayor parte viste sotana, con los cabellos cortos y el resto de su exterior de acuerdo con la decencia eclesiástica».

«Hemos visto a algunos, que estando en posesión de buenos beneficios con cura de almas, los han dejado, con el fin de estar más libres para ir a catequizar y confesar en las parroquias del campo, en las que había mucha necesidad de ayuda».

«Ha habido otros que, al salir del Seminario, trabajan principalmente en inspirar ese mismo celo a los demás sacerdotes del campo, que en ciertos sitios son hasta cincuenta, y aún más, en una sola parroquia, y con sus viviendas separadas una legua y más de la iglesia. Para eso los atraen suavemente, y así pueden tener una vez por semana algunas conferencias espirituales. De ahí se sigue un grandísimo provecho no sólo para dichos eclesiásticos, que son muy rudos, sino también para los pueblos que así son atendidos más caritativamente en sus enfermedades».

«Hemos visto a muchos eclesiásticos del campo, quienes, al ver el buen ejemplo de los que habían salido del Seminario, han llevado a cabo cambios muy considerables en su vida, y han edificado toda una diócesis. Algunos habían venido de más de veinticinco leguas expresamente a tener un Retiro en el Seminario para reafirmarse en sus buenos propósitos».

«En la actualidad es una cosa ordinaria el que los eclesiásticos del campo se reúnan la víspera de fiestas para preparar las ceremonias de la Santa Iglesia entre ellos, y así practicarlas con más devoción y edificación para el pueblo; y también para consultarnos por escrito las dificultades que pueden encontrar en ellas. Por ahí se ve el interés que tienen en hacer bien el servicio divino a partir de la creación del Seminario».

«En algunas diócesis vecinas antes no solían tener catequesis, y ahora se puede decir que casi no hay ninguna en la que no se dé exacta y caritativamente».

Antes de acabar este capítulo, no debemos omitir una cosa digna de notarse, que es que el Sr. Vicente no se contentaba con que se les diera la instrucción y todas las ayudas espirituales a los que estaban en el Seminario de BonsEnfants, confiado a su Compañía. En los primeros años procuró además que, algunos que no tenían con qué pagar la pensión, y que manifestaban buena voluntad para aprovechar las prácticas que allí se hacían, fueran alimentados y sostenidos en parte a costa de su Compañía, y en parte, gracias a las ayudas y limosnas caritativas.

La caridad del Sr. Vicente despertó la de unas personas piadosas, que enviaron limosnas a otros seminarios, para que las emplearan en el sostenimiento y la alimentación de los más pobres. Y, entre otras, M. Chomel, Vicario General y oficial del Sr. Obispo de Saint Flourun eclesiástico de condición y de virtud envió, durante diez o doce años, anualmente al Seminario de Troyes, en Champaña, y al de Annecy, en Saboya, una cantidad muy considerable para ayudar a unos buenos eclesiásticos a pagar sus pequeñas pensiones, y procurar por aquel medio que fueran instruidos y capacitados para servir útilmente a la Iglesia en esas diócesis. No hay duda de que semejante limosna ha sido muy agradable a Dios, y tanto más cuanto que puede producir mejores efectos y mayores frutos para su gloria y para el bien de la Iglesia. Un buen sacerdote es capaz de hacer mucho bien. Por eso, el Sr. Vicente exclamaba a veces: *«¡Oh! ¡Qué cosa más grande es un buen sacerdote! ¿Qué no podrá hacer? ¿Y qué no hará con la gracia de Dios?».*

CAPITULO SEXTO pág. 421

Los pensionarios encerrados en San Lázaro

Después de la relación de las misiones expuesta en el primer Capítulo del Libro segundo, hemos hablado en los cuatro siguientes de cuatro grandes obras en las que el Sr. Vicente, fortalecido por el espíritu de Dios, ha trabajado con celo y bendición para el servicio del estado eclesiástico, a saber: de los Ejercicios de la Ordenación, de las Conferencias, de los Retiros Espirituales y de los Seminarios. En cierta manera podemos decir que vienen a ser como cuatro ríos místicos que, manando de un mismo manantial, continúan siempre fluyendo felizmente para regar y fertilizar el jardín de la Iglesia. Ahora vamos a ver las demás obras; a ellas se dedicó impulsado por el mismo Espíritu, y han extendido su utilidad a toda clase de personas y de estados.

Empezaremos por la que parece de menor entidad a los ojos de los hombres, aunque sea muy útil para la sociedad, y, lo que es más, muy preciosa ante Dios, ya que la humildad y la caridad, que son las virtudes que más le agradan, han brillado aquí de forma muy especial. A esta caritativa ocupación se dedicó el Sr. Vicente desde el momento en que empezó a habitar la casa de San Lázaro, cuya puerta siempre ha mantenido abierta para recibir en ella a dos clases de personas. Los primeros son los jóvenes incorregibles en su desordenada vida; los podemos llamar hijos de dolor para sus padres y sus madres,

oprobio y ruina de sus casas que, por haber frecuentado malas compañías y haberse entregado y abandonado a toda clase de vicios, excesos y libertinajes, han terminado cayendo en una situación digna de lástima. Sus padres, después de haber empleado inútilmente todos los remedios que se les han podido ocurrir para volverlos a razón, han reconocido finalmente que no les quedaba otra solución que privarlos de la libertad tan mal administrada por ellos, y encerrarlos en San Lázaro. Aquí son recibidos con el permiso del juez, y tratados según pensión, tanto para su alojamiento como para su alimentación, y no se les permite ver a nadie de fuera, sino con el consentimiento de los que los han hecho encerrar, y tampoco los ven ni conocen los de casa, sino solamente los que están puestos para prestarles algún servicio. Hay unos Hermanos destinados para las necesidades corporales de ellos, y sacerdotes para las del alma. Aquéllos cuidan de su alimentación y de otras necesidades externas; y éstos los visitan, consuelan y animan a cambiar de vida, a dejar el vicio, y a iniciarse en el bien y en la virtud, haciéndoles ver las desgracias temporales y eternas de su vida desordenada, y el provecho que sacan para su honor como para su salvación los hijos obedientes y los hombres prudentes y temerosos de Dios. El encontrarse solos y humillados es muy útil para hacerles abrir los ojos, y aprovechar tantos consejos saludables como se les da, igual que las buenas lecturas espirituales que les obligan a hacer. Se les mantiene allí de ordinario hasta que se noten en ellos señales seguras de una verdadera conversión, y se les vea dispuestos para vivir más dignamente y para portarse con más juicio en lo futuro. Pero antes de salir, se les obliga a practicar los Ejercicios Espirituales para prepararlos a hacer una buena confesión general y a recibir dignamente la Sagrada Comunión del Cuerpo de Jesucristo. Como consecuencia, se ve que varios llevan una vida buena, y que emplean útil y cristianamente su tiempo. Hasta hay algunos que han aprovechado de tal modo su estancia en San Lázaro que, cuando han salido, los han hallado capacitados y dignos de ser elevados a los primeros cargos de la judicatura y de otros oficios de grandísima importancia, y en ellos, con la gracia de Dios, han logrado triunfar.

Escuchemos, a propósito de eso, a un eclesiástico de singular piedad, que conoce bien esta cuestión

«Un testimonio dice del celo del difunto Sr. Vicente, y que siempre he considerado como un prodigio de gracia que Dios le concedió a este Santo Varón, es que, además de que recibía en su casa a toda clase de personas para ganarlas a Dios, llegó hasta a abrirla a los jóvenes disolutos e incorregibles, lo cual no es pequeño consuelo para sus padres que, de ordinario, no saben qué hacer. Son recibidos y tratados con tanta benignidad como orden, pues viven allí casi como unos religiosos, en edificio aparte, haciendo puntualmente todos los actos de piedad a las horas señaladas. Y algunos han mejorado tanto que, al salir, se han retirado al claustro, y han abrazado el estado religioso».

Además de esos jóvenes díscolos, también han sido recibidos en la casa de San Lázaro otros que han perdido la razón, y que, como por eso resultan una carga para sus parientes, y vergüenza para sus familiares, no hay duda de que sirve de gran consuelo para la gente el que haya un lugar de acogida, como ese de San Lázaro, donde, con una

pensión razonable, son alojados, servidos y atendidos con grandísima caridad.

El Sr. Vicente ponía sumo cuidado en procurar el consuelo a los jóvenes libertinos, y el alivio de los otros, que viven en la amencia y en la confusión de su mente. He aquí con qué términos habló un día a su Comunidad:

«Encomiendo a las oraciones de la Compañía a los pensionarios de casa, tanto a los que están enfermos de la mente como a los que no lo están, y, entre otros, a un sacerdote, que, después de estar delirando durante algún tiempo, ha vuelto en sí y estaba mejor, aunque por desgracia ha vuelto a reincidir. Esta enfermedad le viene de un exceso de melancolía que le envía al cerebro vapores amargos, con los que ha quedado tan debilitado que ha vuelto a caer en tan mal estado. El pobre hombre siente venir su mal, el cual dice él empieza siempre por una negra melancolía, de la que le es imposible librarse. Los que están en esta situación son ciertamente muy dignos de compasión. Es verdad que en cierto modo se encuentran en estado de impecabilidad, ya que no son dueños de su voluntad, ni tienen juicio ni libertad. Por eso, hemos de considerarlos bienaventurados, si, cuando cayeron en ese estado, estaban en gracia de Dios; mientras que, por el contrario, son muy dignos de lástima, si ese mal les sorprendió en pecado mortal».

«Los demás que tenemos aquí, y que están en su sano juicio, pero que usan mal de él, me dan motivo para decirles que actualmente se ven en el mundo, entre los jóvenes, muchas rebeldías y desatinos, que parecen ir creciendo cada día más. Hace algún tiempo que una persona de condición, uno de los primeros dignatarios de una corte soberana, se quejaba de un sobrino suyo, joven muy libertino, que había llegado hasta el extremo de amenazarlo de muerte varias veces, si no le daba dinero. Un magistrado de la ciudad le aconsejó que lo metiera en San Lázaro, donde había buen orden, y allí le podrían enderezar la vida. Pero él respondió que no sabía que recibiéramos a esa clase de gentes. Le dió gracias por el consejo, y le dijo que sería de desear que hubiera en París cuatro casas semejantes a la de San Lázaro para impedir estos desórdenes».

«Demos gracias a Dios, señores, porque ha confiado a esta Comunidad el cuidado de los locos y de los incorregibles. Nosotros no hemos buscado esta tarea; nos la ha confiado su Providencia, lo mismo que todas las demás que tenemos en la Compañía. Con esta ocasión les diré que, cuando entramos en esta casa, el Sr. Prior tenía recogidos en ella a dos o tres pobres locos; y como lo sustituimos en esta casa, tuvimos que asumir también su cuidado y dirección. En aquel tiempo tuvimos un juicio en el que se ventilaba si nos echaban o nos dejaban en la casa de San Lázaro. Me acuerdo que entonces me planteé a mí mismo esta pregunta: Si hubiera que dejar ahora esta casa, ¿qué es lo que te cuesta o te costaría más? ¿qué es lo que te causaría mayor disgusto y pena?. Y me pareció entonces que lo peor sería tener que dejar de ver a esa pobre gente, y verme obligado a dejar su cuidado y servicio».

«Hermanos míos: es algo más importante de lo que se cree dedicarse al alivio de los atribulados, pues es una cosa agradable a Dios. Sí, cuidar de estos pobres enfermos

mentales es una de las obras que más le agradan, y es mucho más meritoria por el hecho de que la naturaleza no encuentra en ella ninguna satisfacción, pues es un bien que se hace en secreto y con personas que no nos lo pueden agradecer. Pidamos a Dios que dé a los Sacerdotes de la Compañía el espíritu de gobierno para esta clase de trabajos, cuando se les dedique a ellos, y que dé fuerzas y ánimos a nuestros pobres Hermanos para enjugar las penas y sufrir los trabajos que se les presentan cada día con estos pensionarios de los que unos son enfermos del cuerpo y otros de la mente, unos dementes y otros ligeros, unos faltos de razón y otros viciosos, en una palabra, todos alienados de espíritu, pero unos por enfermedad y otros por malicia; aquéllos están aquí para recobrar su salud, y éstos para corregirse de su mala vida».

«¡Animo, pues, Hermanos míos! ¿Saben que hubo en otro tiempo algunos Papas que se ocuparon del cuidado de los animales? Sí; cuando los Emperadores perseguían a la Iglesia en su cabeza y en sus miembros, apresaban a los Papas y les hacían guardar leones, leopardos y otras fieras semejantes, que servían para divertir a aquellos príncipes infieles, y que eran como una imagen de su crueldad. ¡Y eran los Papas los que cuidaban aquellos animales! Pues bien, los hombres de cuyas necesidades externas están ustedes cuidando no son animales, pero, en cierto modo, son peores que los animales por su desvarío y sus excesos. Pues bien, Dios quiso hacer pasar a aquellos santos personajes, que eran Padres de todos los cristianos, por aquella humillación y aquellas aflicciones extraordinarias, para que aprendieran por propia experiencia a compadecer las humillaciones y las adversidades de sus hijos espirituales, porque, cuando uno ha sentido en sí mismo las debilidades y las tribulaciones, es más sensible a las de los demás. Los que han sufrido la pérdida de sus bienes, de la salud y del honor están mucho mejor dispuestos para consolar a las personas que se encuentran con estas aflicciones y dolores, que los demás que no saben lo que es eso. Me acuerdo que un día me dijeron de un santo personaje que era de un carácter firme y constante, que tenía un espíritu valiente, que no se arredraba ante nada y no estaba sujeto a tentaciones, y que, por eso mismo, era el menos indicado para soportar a los débiles, consolar a los afligidos y asistir a los enfermos, porque no había pasado nunca por esas situaciones».

«Ya sabéis que Nuestro Señor quiso experimentar en sí mismo todas las miserias. Tenemos un Pontífice dice San Pablo que sabe compadecer nuestras debilidades, porque las ha experimentado El mismo. ¡Sí, Sabiduría eterna! ¡Tú has querido experimentar y tomar sobre tu inocente persona todas nuestras pobrezas! Señores, ya saben ustedes que El hizo todo esto para santificar todas las aflicciones a las que estamos sujetos, y para ser el modelo y el prototipo de todos los estados y condiciones de los hombres. ¡Salvador mío! ¡Tú, que eres la sabiduría increada, tomaste y abrazaste nuestras miserias, nuestras confusiones, nuestras humillaciones e infamias, excepto la ignorancia y el pecado! Quisiste ser escándalo para los judíos y locura para los gentiles, quisiste incluso parecerte a un hombre fuera de sus cabales. Sí, Nuestro Señor quiso pasar por un insensato, como se nos dice en el Santo Evangelio, para que creyeran que estaba loco. Exierunt tenere eum; et dicebant quoniam in furorem versus est. Los mismos Apóstoles lo miraron a veces como un hombre movido por la cólera, y El quiso aparecer de ese modo, no sólo para que fueran

testigos de que había asumido todas nuestras debilidades y santificado nuestros estados de aflicción y de enfermedad, sino también para enseñarles, a ellos y a nosotros, a tener compasión de los que caen en esas debilidades».

«Bendigamos a Dios, señores y hermanos míos, y démosle gracias por habernos puesto al servicio de esta pobre gente, privada del juicio y de la razón, pues, al servirles, vemos y palpamos cuán grandes y diversas son las miserias humanas. Por este conocimiento nos veremos mejor capacitados para trabajar útilmente con el prójimo, y cumpliremos con más fidelidad nuestras obligaciones, al saber mejor por nuestra experiencia lo que es el sufrimiento. Entretanto, ruego a los que están encargados de estos pensionarios que tengan mucho cuidado de ellos. Y pido a la Compañía que los encomiende frecuentemente a Dios y que se aproveche de esta ocasión para ejercer la caridad y la paciencia con estas pobres personas».

«Pero, señor, me dirá alguno, ya tenemos bastante sin necesidad de eso; y no tenemos por Regla acoger a los locos en San Lázaro, ni tampoco a esas personas difíciles que son unos pequeños demonios».

«A ése le diré que nuestra Regla en esta materia es Nuestro Señor, el cual quiso estar rodeado de lunáticos, de endemoniados, de locos, de tentados y de posesos. Se los llevaban de todas partes, para que los librara y los curara; y así lo hacía con mucha bondad. ¿A qué viene censurarnos eso y criticar porque tratamos de imitarlo en una cosa que El indicó que le agradaba tanto? Si El acogió a los enajenados y a los obsesos, ¿por qué no los vamos a recibir nosotros? No vamos a buscarlos: nos los traen. Y ¿qué sabemos si la Providencia, que así lo ordena, no quiere servirse de nosotros para poner remedio a la enfermedad de esa pobre gente, a la que el buenísimo Salvador quiso parecerse tanto, hasta el punto de que parece que la había querido sufrir en sí mismo, pues quiso mostrarse tal como lo acabamos de decir? ¡Oh Salvador mío y Dios mío! Concédenos la gracia de mirar las cosas como Tú las has mirado!».

«Un sacerdote, Oficial de la casa, le hizo notar al Sr. Vicente que uno de los jóvenes díscolos no se corregía por más que llevaba ya mucho tiempo encerrado, y que era preferible entregarlo en manos de sus parientes, que tenerlo más tiempo entre nosotros; que profería amenazas y que era un hombre como para causar algún daño tarde o temprano. Pero el Sr. Vicente le cerró la boca con decirle: ¿No cree usted, señor, que el fin principal que debemos tener al recibir a los pensionarios es la caridad? Dígame, ¿no es mucha caridad para nosotros mantenerlo encerrado, porque si estuviese fuera, seguramente volvería a causar de nuevo los disgustos que causó anteriormente a todos sus parientes? Ellos son los que lo han traído a encerrarlo aquí con permiso de la Justicia, porque, siendo como es, un joven perverso, no podían conseguir nada de él. Lo han traído aquí para poder tener paz en su familia, y para probar, si Dios por este medio tendría a bien convertirlo. De forma que si hoy quisiéramos mandarlo fuera, estando como está con las mismas intenciones que al principio, sería introducir el desconcierto en una familia, que ahora está en paz por estar él ausente. Sus amenazas no van en serio, porque por la gracia

de Dios, no le ha ocurrido ningún daño importante a la Compañía de parte de ese individuo violento, y debemos esperar que tampoco le ocurrirá en el futuro. ¿Cree usted, señor, que ese joven no se da cuenta de que son su padre y su madre los que lo tienen aquí? Sabe bien que han sido ellos los que lo han hecho encerrar, y no nosotros»

Frecuentemente, el Sr. Vicente recomendaba a toda la Comunidad que rezara por esa buena obra, y para que los que estaban encargados desempeñaran bien su oficio:

«De otra forma les decía en otra ocasión Dios nos castigará. Sí, temamos que caiga la maldición sobre la casa de San Lázaro, si ocurre que no tenemos el cuidado adecuado que se ha de prestar a esa pobre gente. Sobre todo, les recomiendo que los alimenten bien, y que sea cuando menos tan bien como a la Comunidad».

Las oraciones y atenciones caritativas de este Padre de gracia para con los hombres desorientados y privados de juicio, le han conseguido el mérito y el consuelo de conseguir a su tiempo una gran cantidad de buenos resultados por las atenciones que les ha prestado; y al público, notables ventajas con sus retiros y por los cambios conseguidos. Porque además de la tranquilidad que tienen sus familias al verlos en San Lázaro a recaudo de los peligros que correrían en el mundo, y en situación de volver a sus extravíos, hubo muchos dados a pecados infames: unos a la embriaguez, otros a la impureza y a otros desórdenes, que, después de estar cierto tiempo en esta casa, han salido de ella aborreciendo esos vicios detestables, apartándose en absoluto de su vida libertina, viviendo muy sensata y frugalmente. Varios han ingresado en las religiones más austeras para llevar una vida de penitencia; algunos se han dedicado al servicio de Dios y del prójimo en comunidades observantes; otros se han hecho sacerdotes seculares, y ha habido quienes han ingresado en los cargos públicos, en los negocios y en otros oficios del mundo, donde han vivido, y todavía viven ejemplarmente. Varios entregados al bandidaje, a las querellas, a las blasfemias y a otros crímenes horribles, por la misericordia de Dios, se han convertido enteramente y han vivido virtuosamente. Y, entre otros, ha habido uno, que, después de hacerse religioso, ha venido varias veces a San Lázaro para manifestar su agradecimiento

Otros, que habían robado de su casa paterna, y como no habían tenido tiempo para gastar su robo, lo habían ocultado en un sitio donde no se podría encontrar, han manifestado sin dudar y sin verse forzados a ello el escondite donde lo habían puesto, muy pesarosos por el daño que habían hecho a sus padres, y estaban decididos a repararlo.

Se ha visto a algunos, que habían sido tan desnaturalizados que llegaron hasta pegar a sus padres y a sus madres; a otros que habían atentado contra la vida de ellos y a otros que los habían amenazado, que, al salir de San Lázaro, derramaban lágrimas ante sus padres, pidiéndoles perdón, e inmediatamente dándoles satisfacción.

A algunos jóvenes, que habían abandonado los estudios para entregarse a una vida desenfrenada, los metieron en esta escuela de Penitencia, y han vuelto a clase, y hacen

maravillas.

Y lo que es bastante extraordinario, se ha visto a quienes tenían el espíritu casi completamente arruinado cuando los llevaron a San Lázaro, y que por los desvelos caritativos con que los han atendido, han salido de aquí totalmente cambiados, con entera presencia de espíritu, y también más sensatos que nunca; y actualmente frecuentan buenas compañías.

Todos esos bienes han acaecido a menudo y en muchas personas, que, en su mayor parte, eran de condición. Y eso desde hace treinta años o más. Parece que Dios quiso o quiere aún hacerles gracia y misericordia por la mediación y la caridad de su Siervo, Vicente de Paúl, quien, a ejemplo de Jesucristo, trataba así a los malos y a los locos para conseguir su enmienda y curar sus enfermedades de cuerpo y de alma. Podemos muy bien a este propósito traer aquí las palabras de alabanza que le brindó un día un hombre de alcurnia, llamándole «refugio de los pecadores».

Y el humilde sacerdote le respondió que «esa alabanza sólo se debía al Hijo de Dios y a su misericordiosa Madre».

CAPITULO SEPTIMO pág. 427

Asistencias y servicios prestados a los monasterios de las Religiosas de la Visitación de Santa María de la diócesis de París por el Sr. Vicente durante el tiempo en que fue su Superior y Padre espiritual

Las asistencias y los servicios que las religiosas de la Orden de la Visitación de Santa María de la diócesis de París han recibido del Sr. Vicente durante los treinta y ocho años en que ha sido su Superior y Padre espiritual merecen tener su sitio en este segundo Libro, porque es una obra que, no solamente manifiesta la extensión de su caridad, sino también da a conocer cuán iluminado estaba su espíritu por la luz del cielo para el discernimiento de las cosas espirituales, y cuál era su prudencia, su mansedumbre, su entereza y demás excelentes virtudes para la dirección de las almas.

No es nuestro propósito extendernos aquí sobre este tema, tanto como lo merece, sino referir sencillamente lo que hemos recogido de algunas memorias que han puesto en nuestras manos, y que en su mayor parte nos las han proporcionado las religiosas de dicha Orden.

El Bienaventurado Francisco de Sales, obispo de Ginebra, fundador de la Orden de la Visitación de Santa María, y la Venerable Madre, Juana Francisca Frémiot, fundadora y primera Madre y religiosa de esa Orden, y Superiora del primer monasterio de la

Visitación de la ciudad de París, conociendo como conocían las raras cualidades que se daban en el Sr. Vicente para una prudente y santa dirección, resolvieron rogarle que fuera el primer Superior y Padre espiritual de las casas de ese santo Instituto en esta ciudad, y se lo rogaron una y otra vez. Y al mismo tiempo procuraron que el difunto Sr. Cardenal de Retz, entonces obispo de París, el año 1622, le ordenara que aceptase aquella ocupación y se encargara de la dirección de aquellas virtuosas monjas.

La Venerable Madre Fundadora experimentó bien pronto en la persona del digno Superior el valor del regalo que Dios les había hecho: concibió tal aprecio hacia él que se aconsejaba casi solamente de él para el buen orden y el progreso de su Instituto, como así lo han hecho las otras Superioras que le han sucedido: siempre han seguido la dirección del virtuoso Superior sin buscar en otra parte nuevas luces. Y las demás religiosas han hecho lo mismo. De ahí se han seguido grandes bendiciones de Dios, tanto para la conservación de la unión y de la regularidad, como para el progreso interno y la multiplicación externa de las religiosas y de las casas de su Instituto.

El primer monasterio formó poco después uno nuevo, e, inmediatamente, un tercero: aquél se estableció en el arrabal de SaintJacques, y éste, en la ciudad de SaintDenis; ambos bajo la dirección del Sr. Vicente, y por medio de ella Dios quiso comunicarles las mismas gracias que al primero. Hace ya algunos años el monasterio de SaintJacques ha originado otro en París, que está situado en la calle Montorgueil, y como también había tenido al Sr. Vicente por su primer Superior, ha experimentado de igual modo los efectos de sus buenos consejos. De esta manera, ha estado encargado del cuidado y de la dirección de estas cuatro casas hasta su muerte. Empleó así treinta y ocho años al servicio de ese santo Instituto con tanta bendición y éxito, que, de las dos primeras casas de París, se han originado mediata o inmediatamente unas treinta más en diversas ciudades del Reino y en otras partes, adonde las Hijas de un Padre espiritual tan sabio han ido a difundir el olor de sus virtudes, y a comunicar el espíritu de su Bienaventurado Fundador, y por ese medio a atraer otras jóvenes al partido de su celestial Esposo.

El Bienaventurado Francisco de Sales, que había conocido en París y frecuentado muy particularmente al Sr. Vicente, decía que no conocía un hombre ni más prudente ni más virtuoso que él. El difunto Sr. Coqueret, doctor en teología por la facultad de París, de la Casa de Navarra, que le había oído hablar de ese modo es quien ha dado ese fiel testimonio. El Bienaventurado Prelado, luego de confiar al Sr. Vicente la dirección de sus queridas monjas de la Visitación en la primera ciudad del Reino, marchó pronto al cielo, muy consolado por haber puesto en tan buenas manos la obra de su piedad, que amaba con especial predilección entre todas las demás.

En cuanto a la Venerable Madre Fundadora, sobrevivió cerca de veinte años al Bienaventurado Fundador de su Orden. Y como se veía obligada a ir y venir a diferentes sitios por exigírselo así los asuntos y por el bien general de su Congregación, se ponía a menudo en comunicación con el Sr. Vicente por medio de cartas a propósito de su dirección interna particular y de la de su Instituto; y siempre recibió de él mucha luz y

mucho consuelo. El mes de noviembre del año 1627, mientras trabajaba en algunas misiones, ella le escribió una carta relacionada con su interior. En ella aparece suficientemente la confianza particularísima que tenía en el prudente Superior, y la presentaremos aquí para edificación del lector cristiano.

«Conque está comprometido, mi queridísimo Padre —le dice— a trabajar en la Provincia de Lyon y, por consiguiente, tendremos que vernos privadas de verle durante algún tiempo. Pero nada hemos de oponer a lo que Dios hace, sino bendecirle por todo, como yo lo hago, mi queridísimo Padre, por la libertad que su caridad me concede de mantenerle mi confianza y de importunarle. Lo seguiré haciendo con toda sencillez».

«He hecho cuatro días de Ejercicios, y no más, a causa de los muchos asuntos que me han surgido. He visto la necesidad que tengo de trabajar en la humildad y en la caridad con el prójimo, virtudes que había tomado como práctica el año pasado y que Nuestro Señor me ha concedido la gracia de practicar un poco. Pero es El quien lo ha hecho todo y lo seguirá haciendo según su voluntad, ya que me ofrece tantas ocasiones. Respecto a mi estado, me parece que me encuentro en una simple espera de lo que Dios quiera hacer conmigo. No tengo ni deseos ni intenciones: nada me preocupa sino el deseo de dejar obrar a Dios. No lo veo todavía, pero me parece que eso es lo que está en el fondo de mi alma. No tengo proyectos ni sentimientos para el porvenir, pero en estos momentos hago lo que me parece que es necesario hacer, sin pensar más allá».

«Muchas veces anda todo revuelto en la parte inferior, lo cual me hace sufrir mucho, y permanezco así, sabiendo que por la paciencia poseeré mi alma. Además tengo un montón de preocupaciones por mi cargo, ya que mi espíritu aborrece grandemente la acción, y al obligarme a actuar en la necesidad, mi cuerpo y mi alma quedan abatidos. Mi imaginación, por otro lado, me molesta grandemente en todos mis actos de piedad con un hastío muy grande. Nuestro Señor permite también que tenga exteriormente muchas dificultades, de suerte que no hay nada que me plazca en esta vida, sino sólo la voluntad de Dios, que quiere que permanezca en ella. Concédame Dios su misericordia, que suplico a usted que la pida para mí con mucho interés; y yo no dejaré de pedir a Dios, como lo hago de todo corazón, que le dé fortaleza para el cargo que le ha confiado».

Y comienza así una carta escrita en otra ocasión acerca de diferentes asuntos:

«Aunque mi corazón, mi queridísimo Padre, sea insensible a cualquier otra cosa que no sea el dolor, jamás podrá olvidar la caridad que ha tenido con él el día de su partida; pues, queridísimo Padre, se vió aliviado en su mal, e incluso robustecido, en las ocasiones con que tropieza y que se presentan de una parte y de otra»

«Me postro en espíritu a sus pies, pidiéndole perdón por la pena que le causé con mi poca mortificación, cuya vileza amo y abrazo tiernamente, cuando me vuelve y la vergüenza que de allí me viene, la acepto y abrazo de corazón. Pero, ¿a quién puedo dar a conocer y saber mis debilidades, sino a mi único Padre, que las sabrá soportar? Espero de su bondad que no se canse de mí», etc

Durante la estancia de la Venerable Madre en Annecy, tuvo cierta esperanza de ver allí al Sr. Vicente. Y le escribió en estos términos:

«¡Ay, mi queridísimo y verdadero Padre!, ¿será posible que Dios me conceda la gracia de hacerle venir por estas tierras? Ese sería el mayor consuelo que podría recibir en este mundo; y creo también que sería una misericordia de Dios para con mi alma, que podría aliviarse de alguna forma, según espero, cierta pena interior que siento desde hace cuatro años y que es para mí un martirio», etc

El Sr. Vicente pasaba la visita de vez en cuando a las casas de París y de SaintDenis para cerciorarse de su situación en general, y de la de cada una de las religiosas en particular, con el fin de recuperarlas de las pérdidas a las que está sujeta nuestra naturaleza, y de animarlas a la perfección. Actuaba con tanta humildad, recogimiento, prudencia y caridad, que ellas lo veían lleno del Espíritu de Dios, en virtud del cual obraba tan prudentemente en su oficio, que las monjas llegaron a pensar que el santo fervor que lo animaba era una acción del Espíritu Santo, que hacía fructuosas sus visitas, y que les daba siempre un éxito muy notable. La Comunidad quedaba perfumada por su devoción, y llena del deseo de perfeccionarse, pero con un deseo firme y efectivo, que se dejaba ver por el fervor en todos los actos de las religiosas. Las animaba a apreciar en gran manera su vocación, y a llevar una vida en conformidad con el espíritu de su santo Instituto. Les inspiraba una estima particularísima de las máximas del Evangelio, y de los preceptos de su Bienaventurado Fundador, contenidos en sus Reglas y Constituciones. A eso iban dirigidos sus buenos consejos y los actos que recomendaba, pues sabía que en eso consistía la perfección de su estado. Alababa mucho los otros escritos del Bienaventurado Fundador de ellas, y de su Madre Fundadora, para que los apreciaran mucho. También él los apreciaba hasta el punto de no poder leerlos sin que se le conmoviera el corazón; y se le ha visto derramar lágrimas, mientras leía el Libro de las Respuestas de la Venerable Madre Fundadora. Presentaremos aquí a continuación un párrafo de una carta que la Venerable Madre escribió desde Annecy a su querido Superior, el mes de septiembre del año 1631.

«Usted es admirable —le dice— *en su humildad, de la que yo recibo un consuelo muy grande y muy especial, pero sobre todo por la satisfacción que dice usted haber recibido en la visita que ha hecho a nuestra casa del arrabal. La Hermana Superiora me escribe también que ella y todas sus Hijas han recibido con ella un grandísimo contento. ¡Dios sea bendito, alabado y glorificado por todo y quiera dar a mi queridísimo Padre una gran corona por las fatigas y la caridad que tiene para con nuestras buenas Hermanas! ¡Ay, mi queridísimo Padre! ¡Qué bueno es usted siempre con nosotras! Lo conozco por esa porcioncita de lágrimas que ha derramado al ver nuestras últimas respuestas», etc*

A continuación de estas cartas de la Venerable Madre Fundadora, pondremos aquí los testimonios de las más antiguas y principales Religiosas de los monasterios de esta santa Orden, que están en París, y que más han conocido al Sr. Vicente:

«Podemos asegurar con toda certeza —dicen— *que varias veces nos han ocurrido cosas casi milagrosas durante sus visitas o poco después. Desde el momento en que empezó a prestarnos ese caritativo oficio, libró casi en un instante a una de nuestras Hermanas de una pena espiritual, que era tan violenta, que redundaba en su cuerpo y la incapacitaba para cualquier servicio en el monasterio; daba mucha compasión a las que la veían. Pero después de su curación, ha ejercido con gran bendición los cargos de maestra de novicias y de superiora durante varios años; y, al final, ha muerto santamente. En otra ocasión, unas religiosas, que sufrían penas y tentaciones molestas, se vieron totalmente libres al descubrirlas al caritativo Padre. Otras cambiaron notablemente de costumbres por la comunicación de la gracia abundante que radicaba en él. En fin, todas, en cada una de sus visitas, se sentían renovadas y caminaban más alegremente que nunca por el camino de la perfección; y no podemos omitir que sus bendiciones alcanzaron hasta las cosas temporales después de sus visitas».*

«Este humilde Siervo de Dios ha dejado ver en otras ocasiones la gracia particularísima que había recibido de Dios para iluminar, consolar y fortalecer las almas, y para devolver la paz a las más atribuladas, y, entre todas, a la difunta Madre Elena Angélica l'Huillier. Dios la probaba con grandes sufrimientos internos, que podíamos llamar agonías, ansiedades de corazón y angustias extremas. No podía hallar consuelo, después de Dios sino en aquel Padre querido, que solía acudir con mucho cariño en socorro de las personas llenas de angustia. En cierta ocasión, que temieron que se le molestaría mucho, dijo: Que ningún asunto consideraba tan importante, como el de servir a un alma en aquel estado. A las personas atribuladas les decía cosas agradables y palabras regocijantes con una santa alegría, para distraerlas de su tristeza y su dolor».

«Su caridad para aliviar al prójimo le causaba una pena sensible, cuando sus propias dolencias no le permitían acudir a visitar y a consolar a las religiosas enfermas que lo echaban en falta. No le bastaba con compadecer a las personas dolientes en el cuerpo o en el alma, sino que hacía todos los esfuerzos para aliviarlas. Cierto día una buena Hermana lega, cuya virtud apreciaba mucho, y que se sentía muy enferma y con mucha fiebre, le dijo que se sentía muy contenta de morir. ¡Ah, Hermana mía!—le replicó— *todavía no es tiempo; y acercándose le hizo una cruz con su pulgar en la frente, y al instante la enferma se sintió curada, y desde entonces no volvió a tener fiebre ni dolor».*

«Como había experimentado en sí mismo todos los estados de la vida humana: enfermedades, humillaciones y tentaciones, para consolar a los que se sentían inquietados por penas semejantes, les decía ordinariamente que también él había tenido unas parecidas, que Dios le había librado de ellas, y que les haría la misma gracia: Tengan paciencia—les decía— sométanse al beneplácito de Dios, y usen de tal o cual remedio. A una buena Hermana lega, que le dijo una vez que tenía una mentalidad demasiado ruda como para dedicarse a las cosas espirituales, porque, estando en su tierra se había dedicado a guardar los animales de su padre, le dijo: Hermana, ese es el primer oficio que he tenido yo: he guardado puercos; pero como eso sirve para humillarnos, así nos haremos más aptos para el servicio de Dios. ¡Animo!».

«Otra Hermana, al descubrirle una tentación que la atormentaba, le dió ocasión para decirle que Dios le había probado con la misma pena durante varios años, sin haber tenido materia de confesarse sobre aquel punto, dando así a conocer a aquella Religiosa que su tentación no era pecado, y que no había por qué turbarse como ella se turbaba, porque estaba muy lejos de consentir en la tentación. Le confió el secreto de lo que acababa de decir de sí mismo, porque una de sus grandes preocupaciones era ocultar las gracias que Dios le había hecho, y no hablar nunca de ellas, si no iba en ello la edificación de un alma, como en esa ocasión».

«Creía que no era útil, ni tampoco conveniente, que las Religiosas tuvieran demasiado frecuentes y familiares comunicaciones con los Superiores. Y cuando alguna quería hablarle, si no veía en ello mucha necesidad, le hacía esperar largo tiempo para obligarla a meditar bien lo que iba a decir».

«Decía que una cosa era muy de temer y de evitar: dar pie a los inferiores para que promuevan pequeñas intrigas contra el gobierno de las Madres Superioras. Por eso, cuando una o varias Religiosas se le quejaban de la Superiora, examinaba bien la cosa y juzgaba con cordura, si se trataba de un movimiento de la naturaleza o de un celo bueno. Y conocida la causa exacta del descontento, ponía el remedio, y corregía en particular a la Superiora; pero no se ponía nunca del lado de las descontentas contra la Madre de ellas, tratando más bien de excusarla, mientras lo podía hacer en justicia, para sostenerla con el aprecio y la autoridad debidas, sabiendo que eso es necesario para un buen gobierno. Recomendaba sobre todo a las casas de París y a todas las que habían sido fundadas por ellas, que cuidaran mucho de que los eclesiásticos que acudían frecuentemente donde ellas, no estuvieran infectados de las opiniones nuevas: Porque —decía— los que siguen una mala doctrina, sólo buscan extenderla; pero no se suelen declarar al principio. Son como lobos que se introducen mansamente en la majada para destrozarla y perderla».

«Gracias a sus consejos la difunta Madre Elena Angélica l'Huillier, Superiora del primer monasterio de París, rechazó una notable cantidad de dinero que una Señora de abolengo ofrecía a la Comunidad para que le permitieran retirarse a ella, y para permitir que algunos jansenistas la fueran a hablar de vez en cuando a la reja».

«Cuando alguna religiosa, o varias juntas, le pedían la bendición, se arrodillaba y se recogía para darla a la vista de su nada y de la majestad de Dios; y lo hacía con palabras muy devotas y conmovedoras, añadiendo siempre algún deseo de bendición para sus ocupaciones y para sus personas junto con alguna palabra alentadora».

«A pesar de que tenía una mansedumbre sin par, era enérgico al corregir las faltas importantes; pero su prudencia le hacía esperar el tiempo conveniente, para que la corrección tuviera buen efecto. Un día le sugirieron que corrigiera a una religiosa por un defecto que tenía. A lo que contestó: No se les da medicinas a los que tienen fiebre sin una gran necesidad. Porque el ánimo de aquella persona no estaba entonces preparado para recibir el remedio. Les sugirió a las Superioras este método: que dieran sus avisos con gran

circunspección y caridad, para que resultaran provechosos. Y por lo que tocaba a él, sólo los usaba cuando se veía obligado a imponer penitencias, que daba a entender que le costaría menos cumplirlas él que imponerlas».

«Se encontró un día con unas religiosas que, con el pretexto de una santa libertad, criticaban a las que eran más puntuales y más observantes; pero las sacó pronto de aquel abuso, haciéndoles ver que no se daba allí el espíritu de santa libertad, pues sólo se encuentra en la perfecta mortificación, que hace a la persona dueña de sus pasiones».

«Poseía una habilidad maravillosa para humillar a las almas altaneras, y lo hacía con cierta gracia, y sin que ellas se dieran cuenta. Pero cuando mostraba un celo más vigoroso era contra las que habían desobedecido en alguna cosa importante: las reprendía de forma tan humillante, que las dejaba anonadadas, y les hacía pensar lo que sería cuando Dios las reprendiera el día de su temible juicio, al ver que la palabra de un hombre las abatía y humillaba tan poderosamente».

«No había quien se le comparase cuando se trataba de aguantar las enfermedades del prójimo, tanto del alma como del cuerpo. Y, aunque su presencia infundía mucho respeto, sin embargo, ese respeto en lugar de encoger los corazones, los ensanchaba. Y no había persona alguna que infundiera más confianza que él, al manifestarle los pensamientos más secretos y las debilidades más difíciles de expresar: las toleraba y las excusaba, como hace una madre muy tierna con su hijo».

Una de las Madres Superioras mejor dotadas y de mayor valía de toda la Orden, al excusarse de hablar sobre el Sr. Vicente, puesto que su casa ya había entregado varias memorias, lo ha hecho de esta forma:

«Como las cosas —dice— *que se han escrito son más o menos las que yo podría decir, confieso que me cuesta repetirlas, pues no acabo de decidirme a decir cosas generales, aunque, eso sí, admirables y que su profunda humildad no pudo ocultar a todo el mundo. Y en cuanto a las cosas particulares, estoy segura que las hemos mandado. Por eso trataré de honrar aquí el silencio que le he visto guardar en mil ocasiones, que tanto nos ha admirado. En cuanto a mí, he admirado frecuentemente la profundidad de su espíritu. Salía de estar con él con un sentimiento de pequeñez del mío, que confesaba interiormente que no podía penetrar hasta donde me parecía que iba el suyo. Y así por la grandeza de las luces que veía en él, sin que él las descubriera por completo, me parecía que era yo la más pobre y más incapaz del mundo».*

«Infundía en los corazones una gran confianza para descubrirle las cosas más penosas, y dicha confianza no impedía que sintiera una hacia él un profundísimo respeto. Sus palabras causaban un maravilloso efecto en las almas, ya para calmarlas en sus tribulaciones, ya para ponerlas en un suave recogimiento».

«Era enorme su tolerancia con las claudicantes, y nos ha parecido siempre muy notable, aunque no estuviera interesada en ello la entereza de su celo. Mantenía la

balanza en el fiel, cuando había que corregir a alguna, y cuando el fiel se inclinaba a un lado más que al otro, siempre era a favor de las dos grandes virtudes de su corazón, la humildad y la caridad. Insensiblemente estoy cayendo en repeticiones que quería evitar, y eso se debe a la abundancia de mi corazón, que conserva por ese Padre santo más estima, amor y respeto que se pueda expresar ni imaginar».

El Sr. Vicente no tenía ningún respeto humano; aguantaba firme, por los intereses de Dios y por el bien espiritual de las casas religiosas, cualquier desprecio o perjuicio temporal que le pudiera suceder. Eso ocurría de modo particular con ocasión de las entradas (al monasterio), pues con frecuencia se veía muy importunado por Señoras de la más alta alcurnia, hasta de princesas que, por la curiosidad de ver por dentro aquellas santas Comunidades, o bien, por la devoción de ir a pasar un día con las religiosas, o por algunos percances a que están expuestos por accidentes de la vida tanto los grandes como los pequeños, pensaban que se les tenía que conceder aquello. Pero se excusaba ante todas ellas general y generosamente, diciéndoles que no tenían ningún derecho a ello, mas con respeto y tratando de que aceptaran gustosamente su negativa con buenas razones, hasta de conciencia.

Y como había algunas que habían adquirido ese privilegio, reunió en diversas ocasiones a las Superioras y principales Religiosas de los monasterios para ver qué Señoras eran las fundadoras y bienhechoras, a quienes era justo conceder alguna vez la entrada. Puestas de acuerdo, redactaron los nombres, y se resolvió excluir a todas las demás; y eso era lo que él deseaba, tanto para decir, llegado el momento, que no podía ir contra lo establecido, como para obligar a las religiosas a no dejarse vencer por su parte, porque, cuando ellas no se mantenían decididas, parecía que se ofendía a aquellas grandes Señoras al no concederles el permiso.

Temía muchísimo que el espíritu del mundo se les colara en las casas, y que las religiosas, después de haberlo dejado todo a un lado en el mundo, lo recuperaran de nuevo por la vista y el trato con los seglares, que a menudo llevan consigo la vanidad en triunfo hasta los lugares y los actos de piedad. Incluso se mantuvo firme con la Reina Madre del Rey, pero sin faltarle al respeto debido a Su Majestad, para que aceptara de buen grado que una de las Damas de honor no fuera recibida en el primer monasterio, como Su Majestad había deseado.

Y cuando se trataba de dar alguna negativa, no enviaba nunca a las religiosas para no descargar sobre ellas el problema, sino que respondía él, tanto por sí mismo como por ellas en semejantes ocasiones; pero otras veces no actuaba así, pues era de notar en su forma de actuar que no permitía o no mandaba nada de extraordinario y que fuera de alguna importancia, sin antes aconsejarse de las Superioras, y, a veces, hasta de las Consejeras, deseando en todo, siempre que lo creía razonable o posible, obrar de acuerdo con ellas y en conformidad con sus opiniones. Y ellas han hecho notar que todavía era más cuidadoso en consultar el oráculo de la Verdad, y que estaba absorto en Dios, cuando ellas le hablaban, porque, para responder a las cosas que le proponían, pedía consejo al Divino

Espíritu dentro de sí mismo. De modo que al verle, cuando volvía de su recogimiento, recibían los consejos que les daba como luces enviadas del cielo. Solía empezar también a menudo sus respuestas con estas palabras: «In nomine Domini»,que le resultaban muy familiares y habituales.

Si tuviera que exponer aquí al detalle todo lo que está escrito en las memorias de estas buenas Madres en alabanza de su digno Superior, este capítulo tendría una extensión excesiva. Por eso, nos contentaremos con añadir a lo que acabamos de presentar, algunas observaciones más concretas hechas por las religiosas del monasterio de SaintDenis.

«Su forma de actuar —dicen— *siempre nos ha parecido extraordinariamente desinteresada, pues sólo miraba los intereses de la gloria de Dios en todos los asuntos que trataba».*

«Desde el momento que reconocía las órdenes de Dios y su voluntad, las acogía como obligatorias, diciendo en sus reuniones con una suavidad maravillosa que seguía en todo el paso de la Providencia».

«En los consejos que daba ante las cuestiones que le planteaban, hemos señalado que actuaba con mucha prudencia y con una estimativa tan profunda y tan clara, que no le escapaba ninguna circunstancia a sus luces. Eso nos ha sucedido en ciertos asuntos muy oscuros y embrollados, que habían sido consultados a algunos Padres de Religión muy perspicaces y a Doctores muy sabios, que tardaron bastante en poder darnos la solución. Acudimos a este Padre digno, y nos escribió con tanta claridad y solidez, penetrando en el fondo de este asunto, que nos dio el medio de salir adelante felizmente, sin interesar en ella a nuestra Comunidad, ni a la caridad del prójimo. Por eso, algunos confesaron que ciertamente tenía que tener el Espíritu de Dios para hacer un discernimiento tan equitativo y tan atinado. También se ha hecho notar que nunca daba una solución en el asunto que fuera, sin que se le viera previamente entrar dentro de sí mismo, como invocando la gracia del Espíritu Santo».

«Siempre hemos quedado enteramente satisfechas de su digna dirección, viendo en él una gran plenitud de Dios y del espíritu evangélico, con un celo suave, poderoso y abrasado por la gloria de Dios; una entereza dulce, pero inconmovible para mantener la observancia de nuestras Reglas, interesándose siempre de las cosas que teníamos señaladas y de los sentimientos de nuestro Bienaventurado Padre y de nuestra digna Madre, con el fin de hacerlos cumplir con exactitud, haciéndonos sopesar las más pequeñas observancias como las más importantes. Nunca se sirvió de su autoridad para introducir algún cambio en ellas, sino más bien para confirmarlas y consolidarlas».

«Tenemos un ejemplo memorable, que nos ha edificado en gran manera, en la firmeza que tuvo en preferir la observancia exacta de nuestra clausura a todas las consideraciones humanas y a sus intereses particulares, negando constantemente la entrada en nuestra casa a personas influyentes, cuya categoría y riqueza habrían podido

servir tanto a él como a nosotras de gran apoyo temporal, prefiriendo la incomparable dicha de nuestra soledad a todas las vanas esperanzas del siglo».

«En sus visitas no ahorraba ni desvelos ni molestias para hacerlas útiles, haciendo todo con mucha exactitud, paz y amabilidad. Tenía una benignidad, que traspiraba al Espíritu de Dios. Escuchaba con igual paciencia a la última novicia de la casa, como a la más antigua. Cuando reprendía los defectos, preparaba y disponía los espíritus con tanta caridad y tanta dulzura, que más bien se percibía la unción de sus palabras, que la amargura de la corrección, tanta era la virtud que tenía para llevar las almas a Dios».

«Para conocer y señalar los defectos, nos hacía entrar en juicio con Dios, y con nosotras mismas (ésas eran sus palabras). Nos decía que las faltas más ligeras eran grandes, comparándolas con los planes y con lo que Dios espera de nosotras».

«Hemos señalado que, a pesar de que sus correcciones eran siempre acompañadas con una gran caridad y aguante; con todo, cuando reprendía las faltas que se cometían en el Oficio Divino, parecía hacerse con un espíritu nuevo, e inflamándose de celo santo, hablaba con tanto vigor y energía, que imprimía en nuestros corazones el temor y el respeto de la Majestad de Dios, como un carácter que quedaba grabado en ellos para siempre de manera imborrable. Quería que se observaran hasta las menores ceremonias, que estaban señaladas, y decía que Dios recomendaba a su pueblo que guardara sus ceremonias y sus mandamientos, y que fulminó maldiciones tanto contra los que quebrantaban las ceremonias, como contra los infractores de sus Leyes. Nos mandaba a menudo que leyéramos nuestras Reglas y nuestros Directorios, y todo lo que es de nuestro instituto; y quería que lo hiciéramos con las disposiciones de los israelitas, cuando, después de su cautividad, derramaban lágrimas de contrición, al oír la lectura de la Ley de Dios, viendo las faltas que habían cometido».

*«En sus visitas nos recomendaba frecuentemente la unión con nuestras Superioras; pero —*decía*— la unión de los corazones y deferencia a sus sentimientos hasta en las cosas indiferentes; el respeto y la condescendencia entre nosotras; y, sobre todo, asentir a los consejos de las antiguas, pues en ellas quería que se honrara al Antiguo de días. Cuando corregía algún defecto contra la caridad, invocaba sobre nosotras el espíritu de mansedumbre de nuestro Santo Fundador. Nos enseñaba que nuestro silencio debía honrar el del Verbo Divino en la tierra. Y nos decía que nos entregáramos a El por medio de la práctica de una perfecta obediencia a Dios, a nuestras Reglas y a nuestros Superiores, y que, al hacer el voto de obediencia, nos habíamos desprendido de nuestra propia dirección».*

«Quería que después de las visitas se hiciera un resumen de las cosas más útiles que habían ocurrido, y que se leyera de vez en cuando en el Capítulo. Esta lectura —decía— atrae la gracia; y, en efecto, según sus designios, ella siempre tenía la bendición de renovarnos en las disposiciones de fervor, de puntualidad y de recogimiento, con que habían sido impuestas».

«Orientaba las casas que gobernaba hacia un gran desapego y a una perfecta abnegación, y enseñaba que se evitara todo lo que llevara al brillo, al aprecio de las criaturas y a todo lo que puede exponer y conducir a las religiosas a la comunicación con los seglares. Nos hacía disfrutar la felicidad que tenemos de estar fuera de París, y separadas del trato del gran mundo, obligándonos a mortificar toda clase de curiosidades, como los libros y la comunicación con las personas espirituales, que podían ser sospechosas de las opiniones peligrosas del tiempo; y nos aconsejaba que tuviéramos nuestras mentes fijas en los escritos de nuestro Bienaventurado Padre, hacia quien sentía una veneración muy especial».

«Con ese espíritu de abnegación nos hizo que diéramos una cordial negativa a las Reverendas Madres Ursulinas, que vivían cerca de nuestro monasterio, para usar del permiso que habían obtenido del Sr. Superior de ellas, para visitar a algunas de nuestras Hermanas parientes suyas, y para ver nuestra Comunidad, cuando fué derribada la pared medianera que nos separaba, diciéndonos que las Religiosas están muertas al mundo, y que no deben conocer más parientes en la tierra».

«Nos hablaba poco, pero, ya lo hemos hecho notar, una sola palabra suya hacía más efecto que unos sermones enteros por la eficacia del Espíritu de Dios que hablaba en él y por los sólidos fundamentos que su vida daba al aprecio que se tenía de su santidad. Una Hermana nos ha dicho que había tenido la dicha de confesarse con él, y que le había dicho en cuatro palabras lo que más necesitaba a propósito de una pena que sentía, pero tan atinadas, que quedó tan sorprendida como satisfecha».

«Dijo a otra Hermana, al aconsejarle la práctica de la presencia de Dios, que desde que se había entregado a El, no había hecho nunca a solas nada, que no hubiera querido hacer en un sitio público, porque—decía— *la presencia de Dios de be tener más poder sobre nuestra alma, que la vista de todas las criaturas juntas»*

«En cuanto a su caridad, entre un grandísimo número de ejemplos que podríamos presentar, le hemos visto exponer la salud y el tiempo que le era tan caro y tan precioso, preocupándose, al final de su vida, cuando estaba agobiado por los asuntos y las enfermedades, de venir varias veces aquí para disuadir, a una pobre Hermana que teníamos de tornera para el exterior, del propósito que tenía de que la dispensaran del voto para poder casarse. El Santo Varón, creyendo que en aquel cambio había peligro para su salvación, le habló con razones tan persuasivas, que hubieran sido capaces de ablandar un corazón de acero».

«Trataba con tanta circunspección las materias relacionadas con la caridad, que nunca decía la menor palabra que la pudiera afectar de la forma que fuera. Y cuando era preciso descubrir algún defecto del prójimo para asegurarse de la verdad, desde el momento en que lo había descubierto, tenía una santa habilidad que le hacía averiguar y manifestar las ventajas de aquella persona, para borrar totalmente la impresión del mal».

«Se sentía una suavidad sin par al verle actuar en los asuntos; les dedicaba el

tiempo necesario para tratarlos a fondo. Su igualdad inalterable le daba una presencia de ánimo en todo, incluso para alegrar a los que él trataba, sobre todo, a los enfermos y a las personas atribuladas por las que sentía una caridad incomparable. Su buen corazón se adaptaba a todas sus debilidades, tanto del cuerpo como del espíritu. Así podía ciertamente decir con San Pablo: Me he hecho todo a todos para ganarlos a todos para Dios».

«Su deferencia y su respeto a toda clase de personas eran admirables, y la atención que tenía para hablar bien de ellas tan grande como la que siempre tenía en despreciarse, en declararse pecador y en humillarse en toda ocasión para mayor gloria de Dios y edificación del prójimo»..

He ahí lo que las virtuosas religiosas de Santa María han atestiguado acerca de su Padre Superior. Cuando menos, eso ha sido lo principal de lo que hemos recogido de sus Memorias. Omitimos, para abreviar, otros consejos espirituales, contenidos en esas mismas memorias, que el Sr. Vicente dio en diversas circunstancias a sus queridas Hijas, tanto en general como en particular, referentes a la práctica de las virtudes que les eran más convenientes, y especialmente a la unión y a la caridad que debían tener entre sí, a la obediencia para con las que estaban encargadas de su dirección, a la fidelidad a las Observancias, al recogimiento interior, a la oración, a la preparación para los sacramentos, a la pureza de intención, al amor de la pobreza, a la necesidad de la mortificación, a la perseverancia, y a otras parecidas.

Como el Sr. Vicente tenía un corazón abrasado en caridad para con el prójimo no podía menos de comunicar alguna chispa de ese fervor a sus queridas Hijas, y llevarlas, en tanto que se lo podía permitir su condición, a procurar la salvación y el consuelo de las almas, no sólo con las oraciones de ellas, sino también con unas ayudas efectivas. Creía que eso estaba conforme con el espíritu de su Instituto, y con las intenciones de su Bienaventurado Padre y Fundador. No creía que fuera bastante con que ellas practicaran su caridad entre sí, sino que deseaba que la luz y el calor del fuego divino, que él trataba de encender en sus corazones, saliera también fuera del monasterio para comunicarse a otras, y procurara en él el orden, la regularidad, la unión y toda clase de otros bienes espirituales. Precisamente por eso el caritativo Superior ha llevado siempre a las Religiosas de Santa María a aceptar las ocasiones que se les ha presentado para ir a introducir la reforma en monasterios que estaban necesitados de ella. Solamente aduciremos aquí un ejemplo, que bastará para dar a conocer las santas disposiciones del caritativo Padre espiritual y de sus virtuosas Hijas en esta materia.

Hace ya varios años que, por la piedad y por los favores de la difunta Señora de Maignelay, su memoria es bendita, y por la intervención de otras personas virtuosas y caritativas, se fundó el monasterio de Santa Magdalena, cerca del Temple de París, para que sirviera de lugar de acogida a las jóvenes y mujeres, que, habiendo vivido una vida desordenada, tuvieran el propósito de retirarse allí y convertirse enteramente a Dios. Como desde el comienzo de la fundación se vio que faltaba la parte principal, a saber, una

buena dirección dentro de aquella casa, porque las personas que habían sido recogidas allí, carecían de experiencia y de otras cualidades requeridas para tal función, se pensó en los medios con que podría suplirse dicha carencia, y desde entonces determinaron introducir allí las religiosas de la Visitación, y encargarlas de la dirección del nuevo monasterio, porque se las consideró más aptas que otras, a causa del espíritu de su Instituto, que les obliga a hacer profesión particular de caridad y de mansedumbre, virtudes propias para ganarse el afecto de aquellas pobres penitentes y atraerlas con lazos de amor a Jesucristo. Le hablaron también del caso al Bienaventurado Obispo de Ginebra, quien predijo que aquello podría hacerse algún día, pero que aún no había llegado la hora. Por fin, unos años más tarde, le hicieron la propuesta al Sr. Vicente, y después de haber considerado ante Dios la importancia de la obra, quedó firmemente persuadido de que las Religiosas de Santa María debían encargarse de ella. Por eso, habló a la Madre Elena l'Huillier, Superiora del primer monasterio, y la preparó con su comunidad, a pesar del temor que tenían por ser una empresa tan difícil, a hacerse cargo de la casa, animándolas por el mérito de la obra y las ayudas que debían esperar de Dios.

El año 1629 destinó a cuatro Religiosas del primer monasterio de la Visitación, para que se trasladaran al de Santa Magdalena, cuyos primeros cargos, a saber, de Priora, Directora, Portera, etc., les fueron encomendados por la autoridad del Sr. Arzobispo de París. De vez en cuando, las han cambiado para aligerarlas del mucho trabajo que allí tienen. Pues bien, su dirección ha estado acompañada de tantas bendiciones, que han logrado imponer un orden maravilloso en aquella gran comunidad, de forma que, desde hace más de treinta años, todo ha transcurrido con edificación; y el monasterio de Santa Magdalena ha logrado producir otros dos: uno en Ruán, y otro en Burdeos. El Sr. Vicente ha contribuido a todo eso con sus sabios consejos y con sus desvelos caritativos, yendo, o escribiendo a menudo a aquella casa, y procurándole virtuosos confesores, que pudieran contribuir a mantener en ella la paz, la obediencia, y el buen orden de todo lo que está relacionado con el servicio de Dios.

Al principio hubo grandes obstáculos para la ejecución de aquel buen proyecto, y mucho que arreglar. Por eso, el Sr. Vicente, usando de su prudencia habitual, procuró diversas reuniones de doctores y de otras personas de insigne piedad, para hacerse con medios con los que superar las dificultades y resolver las dudas, con el fin de obrar con mayor seguridad en un asunto de aquella importancia, que afectaba a la edificación del público y el bien espiritual de tantas pobres criaturas. Gracias a ese medio se las saca del naufragio, y se las lleva a aquel sitio, como a un puerto de salvación.

Suelen ser, de ordinario, unas cien o ciento veinte. Algunas hacen los votos solemnes de religión. Otras, no los hacen, pero viven allí por propia voluntad, y llevan una vida reglada. También hay otras a las que se las mete a la fuerza, y que son retenidas a su pesar. Pero Dios, que es rico en misericordia, a algunas les hace la gracia de pasar del tercer estado al segundo, y del segundo al primero por los caritativos cuidados que tienen con ellas las Religiosas de la Visitación, que tienen mucho que sufrir, tanto dentro como fuera, desde que han sido encargadas de la dirección. Mas Dios les ha hecho la gracia de

superar por su humildad, mansedumbre y paciencia, todas las contrariedades, persecuciones y calumnias, que el demonio y el mundo han promovido contra ellas. Han estado muy ayudadas por el Sr. Vicente, que las ha animado continuamente a la perseverancia, haciéndoles ver cuánta gloria daban a Dios su paciencia y su caridad, cómo adquirían méritos y atraían también bendiciones para toda su Orden, pues era un gran honor para ellas hacer lo que habían hecho los Apóstoles, y lo que Jesucristo en persona había venido a hacer en la tierra, que es convertir las almas a Dios. He aquí lo que él escribió un día a este propósito a la Madre Ana María Bollain, que fue la primera Superiora que se mandó al monasterio de Santa Magdalena. En él trabajó varios años con gran fruto.

«Nuestro Señor —le dice— *que nos llama a lo más perfecto, verá la continuación de sus servicios en la Magdalena con mayor agrado que si obrara usted de otro modo. La gracia de la perseverancia es la más importante de todas; es la que corona todas las demás gracias. Y la muerte que nos encuentra con las armas en la mano es la más gloriosa y la más deseable.*

Nuestro Señor terminó como vivió: su vida fué ruda y penosa; su muerte, rigurosa y llena de angustia, sin mezcla de consuelos humanos. Por eso, varios Santos han tenido esa devoción; la de morir solos, y la de ser abandonados de los hombres, con la confianza que tenían de que sólo Dios los socorrería. Estoy seguro, mi querida Hermana, que usted sólo le busca a El, y que entre las buenas acciones que se le presentan para hacer, usted prefiere siempre aquéllas en las que se dé más gloria a El y menos al interés de usted».

Además de las consideraciones precedentes por las que el Sr. Vicente conducía con tanto cariño a aquellas buenas Hijas de la Visitación a persistir en aquella empresa caritativa, tal como lo han venido haciendo en adelante, y lo hacen aún hoy en día, había una que él consideraba no menos importante que las demás. Era el temor que tenía, de que si aquellas Religiosas se retiraban o renunciaban a su dirección, se introdujera en aquella casa el veneno de los nuevos errores que algunos intentaban difundir por todas partes. Decía que, además del perjuicio que recibía la fe y la Religión, se trataba de una cizaña muy peligrosa y fuente de división para las Comunidades, que el enemigo sembraba secretamente, cuando no se estaba vigilante, como la experiencia lo había dado a conocer con demasiada frecuencia.

Antes de acabar este capítulo, hemos pensado que era conveniente para edificación del Lector, insertar dos párrafos que han sido escritos de puño y letra por el Sr. Vicente, relativos a dos grandes siervas de Dios del Instituto de la Visitación, que darán a conocer unas gracias notables y extraordinarias que Dios quiso conceder a su fiel Siervo, y también manifestarán cada vez más la santidad del Bienaventurado Francisco de Sales, Fundador de esta santa Orden y de la Venerable Madre Juana Francisca Frémiot, que ha sido su Fundadora. He aquí cómo habla en el primero:

«Place a la Bondad de Dios realizar a veces milagros por medio de sus Santos para

testimoniar su santidad. Referiré aquí uno del que he sido testigo, que ocurrió en la persona de Sor M. M., Religiosa de la Visitación de Santa María, en el monasterio del arrabal de SaintJacques, en París».

«Hacía unos seis años que la mencionada Religiosa se veía atormentada por una horrible tentación de odio contra Dios, contra el Santísimo Sacramento y contra todos los actos de la santa Religión, de forma que blasfemaba contra Dios y le maldecía tantas veces cuantas se le decía que lo alabase o escuchaba las alabanzas de las otras Religiosas. Cuando estaba en el coro, se le oía proferir en voz suficientemente alta y clara blasfemias y maldiciones extrañas contra Dios. Su Superiora le quería obligar a hacer algún acto de ofrecimiento a Dios; ella le respondía que no tenía más Dios que el diablo. En una palabra, sentía tanta cólera y rabia en su interior contra su Divina Majestad, que en varias ocasiones estuvo a punto de suicidarse para ir más pronto al infierno, según decía ella misma, adonde deseaba ir para poder maldecir a Dios a sus anchas, ya que en eso consistían todas sus delicias».

«Después de que su reverenda Madre Superiora la presentó a algunos Prelados, a ciertos religiosos y a otras personas entendidas en cosas interiores, siguiendo sus consejos, ordenó que la examinaran también los médicos, por orden de los cuales le hizo tomar gran cantidad de remedios. Pero todo fué inútil; por lo que finalmente aquella buena Madre, llena de confianza en que, si le aplicaba un trozo de roquete del Bienaventurado Obispo de Ginebra, lograría curarse, hizo efectivamente lo que pensaba. Y al cabo de unos pocos días, se produjo la curación en un instante, de forma que su espíritu, que hasta entonces se había visto tan perturbado, se tranquilizó de repente; su cuerpo, muy debilitado, recobró las energías, recuperó el apetito y el sueño, que había perdido por completo; y todo esto se realizó en un momento, y desde entonces ha conservado el espíritu muy fuerte y bueno, e igualmente el cuerpo, como si no hubiera tenido ningún mal anteriormente, y sin que quedara ningún rastro del mismo. Y ha llegado a alcanzar un estado tal, que ha podido ejercer con bendición los cargos del monasterio, y en la actualidad es maestra de novicias».

«Lo que me hace creer que se trata de una curación milagrosa es que siguió a la aplicación del roquete del Bienaventurado Obispo de Ginebra, y que los remedios humanos no habían servido de nada: su mal aumentó después de la aplicación de aquel roquete, tal como sucede de ordinario en las curaciones milagrosas, pero luego se curó en un instante, según la perfecta confianza de la Madre Superiora, y ella cree, con la misma certeza que si lo viera u oyera por sí misma, que Nuestro Señor le ha concedido esta gracia por los méritos de ese Bienaventurado Obispo y la aplicación del roquete. Eso mismo lo atestiguo yo por haber hablado con dicha Religiosa durante su enfermedad y después de su curación, y por haber sabido los detalles por boca de la Madre Superiora y de la misma Religiosa inmediatamente después de la curación, que tuvo lugar el mismo día que yo hacía la visita a dicho monasterio por autorización del Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo de París».

Aunque, después del testimonio del humilde Siervo de Dios, no hay lugar para dudar de esa extraordinaria y milagrosa curación ocurrida por los méritos del Bienaventurado Obispo de Ginebra, Fundador de la Orden de la Visitación, que posteriormente ha obrado tantos milagros; y que es justo que el Santo Obispo sea reconocido como el verdadero autor, después de Dios, que por ello será tanto más honrado y glorificado en su Santo; con todo, hay unas circunstancias dignas de notarse, que han acompañado o seguido a dicha curación milagrosa, y que están relacionadas con el Sr. Vicente, y que dan a conocer que Dios ha querido en primer lugar que aquél tuviera alguna parte en dicho bien.

1. Por eso vamos a señalar en primer lugar, que Dios ha querido hacer esa gracia al digno Superior, porque las visitas que ha hecho de vez en cuando a las casas de la Visitación, según atestiguan las Religiosas, habitualmente han producido en ellas unas gracias particulares. Y, entre otras, que algunas Religiosas que sufrían penas muy dolorosas y estaban atormentadas por tentaciones muy molestas se hallan totalmente libres de ellas, y, en ocasiones, en un instante, después que las hubo hablado

2. La Visita, de la que se habla en ese escrito, era la primera de las que había hecho en el segundo monasterio de la Visitación de París, que fue hacia el año 1623. El aún vivía en casa del difunto Sr. General de las Galeras, unos años antes de la fundación de la Congregación de la Misión

3. Cuando vio en aquella visita a la buena Religiosa obsesionada de aquella manera, y atribulada por una pena tan espantosa, quedó muy impresionado con un gran sentimiento de compasión; y, por un especial movimiento de caridad, se puso a rezar por ella. E inmediatamente aquella Religiosa quedó repentinamente libre; así que, todavía (como ya lo hemos dicho), después de Dios, la principal gloria de la curación milagrosa corresponde al Bienaventurado Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, por cuya intercesión, hay motivos serios para creer, Dios ha liberado a la buena Religiosa de sus horribles penas y tentaciones. Pero, sin quitar nada al honor debido a este santo Prelado, puede afirmarse también que, por la intercesión del Sr. Vicente, cuya virtud había apreciado y querido mucho el Santo durante su vida, la pudo invitar de una manera más particular, a emplear sus intercesiones ante Dios, para favorecer a quien le prestaba un servicio tan fiel y tan de su agrado en la persona de sus queridas Hijas.

El segundo escrito contiene las siguientes palabras:

«Nos, Vicente de Paúl, indigno Superior General de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, certificamos que, hace unos veinte años, Dios nos concedió la gracia de tratar con la difunta Venerable Madre de Chantal, Fundadora de la santa Orden de la Visitación de Santa María, tanto de palabra como por escrito, no sólo en el primer viaje que hizo a esta ciudad, hace unos veinte años, sino también en otros que hizo luego, en todos los cuales me honró con la confianza de manifestarme su vida interior, que siempre me pareció que estaba llena de toda clase de virtudes, especialmente de fe, a

pesar de que durante toda su vida se vió tentada con pensamientos contrarios, y que tenía una incomparable confianza en Dios y un amor inmenso a su Divina Bondad, un espíritu justo, prudente, templado y fuerte en un grado eminente, distinguiéndose también en la humildad, la mortificación, la obediencia, el celo de la santificación de su santa Orden y de la salvación de las almas del pobre pueblo, en una palabra, nunca observé en ella ninguna imperfección, sino un ejercicio continuo de toda clase de virtudes y, que, a pesar de gozar aparentemente de la paz y de la tranquilidad del espíritu de que gozan las almas que han llegado a tan alto grado de virtud, sufría sin embargo penas interiores tan grandes, que me dijo y escribió varias veces que su alma estaba llena de tentaciones y abominaciones, y que tenía que esforzarse continuamente en apartar la mirada de su interior por no soportar la vista de su alma, tan llena de horrores, que le parecía la imagen del infierno. A pesar de sufrir de ese modo, nunca perdió la serenidad de su rostro, ni se desvió en lo más mínimo de la fidelidad que Dios le pedía en el ejercicio de las virtudes cristianas y religiosas, ni en la solicitud prodigiosa que tenía por su santa Orden. Por eso, creo que era una de las almas más santas que he conocido en la tierra, y que es ahora bienaventurada en el cielo. No dudo que Dios manifestará algún día su santidad, como he oído que ya lo ha hecho en varios lugares de este Reino de diversas maneras. He aquí una que le ha sucedido a una persona digna de fe, de la que estoy seguro que preferiría antes morir que decir una mentira».

«Esa persona me ha dicho que, cuando se enteró de que nuestra difunta se hallaba en extrema gravedad, se puso de rodillas para rezar a Dios por ella. El primer pensamiento que le vino a la mente fué hacer un acto de contrición por los pecados que había cometido y comete de ordinario; inmediatamente después se le apareció un pequeño globo como de fuego, que se elevaba de la tierra y se fué a unirse, en la región superior del aire, con otro globo mayor y más luminoso; luego, los dos, reducidos a uno solo, se elevaron más arriba, entraron y empezaron a brillar en otro globo infinitamente más grande y más luminoso que los otros. Entonces se le dijo interiormente a aquella persona que el primer globo era el alma de nuestra Venerable Madre; el segundo, el de nuestro Bienaventurado Padre, y el otro la esencia divina, y que el alma de nuestra digna Madre se había reunido con la de nuestro Bienaventurado Padre, y ambos con Dios, su soberano principio».

«Me dijo también aquella persona, que es un sacerdote, que, al celebrar la Santa Misa por nuestra digna Madre, inmediatamente después de saber la noticia de su bienaventurado tránsito, cuando estaba en el segundo Memento, en que se reza por los muertos, pensó que hacía bien al rezar por ella, pues quizás estaba en el purgatorio por ciertas palabras que había dicho en una ocasión, que parecían ser pecado venial, y que entonces volvió a ver la misma visión, los mismos globos y su unión, y que le quedó un sentimiento interior de que aquella alma era ya bienaventurada y no tenía necesidad de oraciones. Esto se le quedó tan grabado en el alma al sacerdote, que le parece que la ve siempre en ese estado cada vez que piensa en ella».

«Lo que puede hacer dudar de esta visión es que aquella persona tiene tan gran aprecio de la santidad de aquella alma bienaventurada, que no lee jamás sus Respuestas

sin llorar, pensando que es Dios quien inspiró lo que ellas contienen, y que dicha visión es por tanto un efecto de su imaginación. Pero lo que le hace pensar que se trata de una verdadera visión es que esa persona no se muestra nunca inclinada a tenerlas, y nunca ha tenido más visión que ésta». «En fe de lo cual firmo la presente con mi propia mano y la sello con mi sello». VICENTE DE PAUL

Esta declaración del Sr. Vicente es del año 1642. Es él quien habla en tercera persona, cuando habla de la visión de los globos; es a él a quien Dios manifestó la bienaventuranza de los Santos Fundadores del devoto Instituto de la Visitación. Pero antes de escribir nada y de hablar a nadie, acudió donde el difunto Sr. Arzobispo de París, al que refirió la cosa y le dijo todo sencillamente tal como había sucedido, para escuchar su parecer y no equivocarse. También se puso al habla con el R. P.

Don Mauricio, un barnabita, con quien se encontró en el monasterio de Santa María del arrabal de SaintJacques, y le preguntó si podía fiarse de que aquello no fuera un engaño del demonio. Y como ambos le afirmaran que tenía todas las señales que podían desearse, para juzgar que era el Espíritu de Dios el que le había revelado el secreto, y que podía estar seguro de ello, pensó que debía dar parte de aquel consuelo a algunas Religiosas de la misma Orden, a quienes veía sensiblemente afectadas por la pérdida de su buena Madre, contándoles detalles de aquella visión, que más adelante puso por escrito, para que perdurara su memoria.

CAPITULO OCTAVO pág. 441

Cofradías de la Caridad de las parroquias

Entre las señales que Nuestro Señor dio de su Misión divina y de su condición de Mesías y Redentor del mundo, cuando su Precursor le envió a dos de sus discípulos, la última y principal que quiso usar, para que sirviera de sello de todas las demás, fue la de «Pauperes evangelizantur», que los pobres son evangelizados. Ciertamente, como ya lo había dicho en otro lugar del Evangelio, todas las obras que hacía daban testimonio de quién era, y todas las curaciones maravillosas que obraba con su palabra eran otras tantas pruebas incontestables de su condición de Hijo de Dios y de Salvador. Pero, como si no estuviera satisfecho todavía, después de haber dado la vista a los ciegos, la palabra a los mudos, el oído a los sordos y la vida a los muertos, añade, como señal más definitiva, «Pauperes evangelizantur», los pobres son evangelizados. Seguramente eso lo hacía para dar a conocer que así como el verdadero carácter de los hijos de Dios es la caridad, así la señal más segura para discernir, si una caridad es verdadera y perfecta, es cuando está purificada de todo interés y de toda satisfacción propia, tal como se ejerce con los pobres. Y si nos es permitido enriquecer aún más ese pensamiento para dar más realce al brillo de la perla preciosa de la Caridad, se puede decir que recibe un nuevo esplendor y una nueva perfección, cuando se practica con los enfermos pobres; y que en la doble postración de la

indigencia y del dolor en que se encuentran se encargan de atenderlos corporal y espiritualmente, suministrando a los cuerpos alimento y remedios necesarios, y a las almas consuelo y otras ayudas, que les son más saludables: porque así la Caridad consigue redoblar el mérito y el valor, tanto por los bienes que hace, como por las incomodidades que sufre, y por la repugnancia de la naturaleza que tiene que superar.

Es en la asistencia corporal y espiritual de los pobres, especialmente en sus tribulaciones y enfermedades, donde el Sr. Vicente ha manifestado en qué grado de perfección poseía aquella divina virtud, como lo hemos dejado ver en el primer Libro, y en el primer Capítulo de este segundo. En él, hablando de las misiones, hemos relatado los grandes frutos que producen, y los actos de caridad que en ellas se practican, principalmente con los pobres. Pero, además de todos esos bienes, hay uno que hemos dejado para hablar de él en este Capítulo, a saber, la fundación de la Cofradía de la Caridad para asistir a los enfermos pobres, pues tal es el efecto propio de la caridad del Sr. Vicente. Pues Dios quiso servirse de él para producir aquella magna obra, cuyo mérito y cuya utilidad no sabríamos explicar con suficiente dignidad, no sólo para el alivio corporal de infinidad de enfermos pobres, que sin ella hubieran vivido en extremo abandono en muchos lugares; sino, aún más, para la salvación de sus almas, que frecuentemente estarían en peligro de perderse sin la atención espiritual que se les presta para prepararlas a bien morir.

Goza de mucha estima la caridad de los que contribuyen al mantenimiento de los hospitales, para recibir, acoger y atender en ellos a los enfermos pobres; y si alguna persona rica hubiera empleado parte de sus riquezas para fundar uno, dicha acción la aprobaría todo el mundo, y sería juzgada digna de eterna alabanza. ¿Qué sería, si se viera a un sacerdote pobre, que fuera capaz de realizar él solo, lo que los más ricos y los más poderosos con toda su opulencia ni siquiera han pensado realizar, no digo la fundación de un hospital, ni de diez, ni de cien, sino de mil, y aún más? Seguramente eso pasaría por una empresa que excede en absoluto el poder humano, porque sólo pertenece a Dios hacer algo de la nada, y con cinco panecillos hartar a varios miles de personas. Y podemos decir que Dios ha querido servirse para obrar esa maravilla, ciertamente no edificando casas para acoger en ellas a los enfermos pobres, sino procurando la fundación de las Cofradías de la Caridad, que les es aún más ventajosa, como fácilmente se puede uno enterar por el testimonio de aquellos mismos. Porque, por ejemplo, si se les preguntase a cincuenta o sesenta enfermos pobres, que son asistidos en una parroquia de París gracias a las atenciones y a costa de la Cofradía que está fundada en ella, si preferirían que los llevaran al HôtelDieu, responderían todos unánimemente y sin dudar, que preferirían con mucho se les dejara en su pobre habitación, continuando con ellos la asistencia caritativa que se les empezó a hacer.

Hemos visto en el primer Libro el origen de estas Cofradías de la Caridad el año 1617, cuando el Sr. Vicente estaba en Châtillon de Bresse. Fue entonces cuando él comenzó por primera vez a reunir algunas honradas y virtuosas mujeres, para que se encargaran de los enfermos pobres del lugar, y para procurarles el alimento y los

remedios corporales y espirituales durante la enfermedad, en sus propias casas, sin separar al marido de la esposa, ni a la madre de sus hijos. El gran Siervo de Dios no había oído hasta entonces hablar, como lo ha confesado él mismo, de semejante manera de atender a los enfermos pobres. Y ese pensamiento se le ocurrió en cierta ocasión, al ver en mucha necesidad en aquella aldea a algunos enfermos pobres que carecían de todo: aquello le obligó a buscar por sí mismo algún medio con que asistirlos, y su caridad, tan ingeniosa como cordial y tierna para con los pobres, le sugirió esa santa y nueva invención. Primero hizo una prueba; y su éxito le demostró claramente que aquello venía de Dios. Porque fue tal su bendición sobre la primera Cofradía de la Caridad, que se ha mantenido siempre muy bien, aunque el Sr. Vicente, por estar lejos o por sus múltiples ocupaciones, no haya podido cuidarla desde hace casi cincuenta años que la fundó. Y desde aquel primer comienzo, la Divina Bondad ha querido colmar a este caritativo Padre de los Pobres con tantas gracias para extender y perpetuar en la Iglesia ese santo Instituto, que, en el momento de su muerte, la Cofradía estaba extendida en sitios casi innumerables,tanto en Francia, como en Italia y en otros lugares. Y sus Hijos espirituales continúan aún hoy todos los días fundándola dentro y fuera del Reino en las parroquias donde dan misiones. Y todo con la aprobación de la Santa Sede, y con el beneplácito de los Prelados, Superiores y Pastores de los lugares.

¿Quiere alguien saber cómo se sostienen estas Cofradías, que en su mayor parte carecen de renta alguna? Le diré que a base de los fondos de la Providencia divina, que, hasta el momento, no ha permitido que ninguna de estas Cofradías que haya observado fielmente el Reglamento (hablaremos de él más adelante) haya carecido de las cosas necesarias para asistir a los enfermos. Primero se hace una colecta general en la parroquia en cuanto queda constituida la Cofradía; con eso se consigue de ordinario un pequeño capital, más o menos grande, según las posibilidades del lugar: y al mismo tiempo se recogen también mobiliario, ropa blanca y herramientas necesarias. Y las colectas que en adelante se hacen los domingos y fiestas en la Iglesia, de ordinario son casi suficientes para el sostenimiento de la obra, sobre todo, cuando las Oficialas ponen en práctica los consejos que se les dan para conseguir el bien y el provecho de la Cofradía, y si los Párrocos de los lugares prestan su ayuda.

Pero así como es el orden el que mantiene y conserva las cosas en buen estado, y todo lo que es de Dios, como dice el Apóstol, está bien ordenado, el Sr. Vicente pensó, desde que empezaron las Cofradías, que era necesario crear un orden. A tal fin, redactó un pequeño Reglamento, que incluiremos en este Capítulo, el cual ha sido comúnmente observado con la aprobación y el permiso de los Superiores, en los sitios en los que han sido fundadas las Cofradías. Está concebido con palabras sencillas e inteligibles, y en los pocos artículos que contiene se echa de ver la prudencia verdaderamente cristiana de su Autor.

La primera intención del Sr. Vicente era fundar la Cofradía solamente en las aldeas, para atender a los enfermos pobres, que, de ordinario, se encuentran en el mayor abandono. Pero algunas señoras, que poseían tierras en la diócesis de París y en otros

sitios en los que se habían dado misiones y fundado Cofradías de la Caridad, cuando vieron los grandes frutos que producían gracias a la asistencia corporal y espiritual de los enfermos pobres, pensaron asimismo que se dan en París las mismas necesidades, pues hay un gran número de familias pobres de artesanos y obreros que sólo viven de su trabajo, y que, en cuanto cesa éste por causa de las enfermedades que les suelen ocurrir, les falta todo, y como por vergüenza u otras razones no se atreven a hacer que los lleven al HôtelDieu, frecuentemente quedan en gran abandono. Ese hecho les sugirió la idea de que la fundación de aquella Cofradía sería muy útil y hasta necesaria en las parroquias de París. Hablaron a los Sres. Párrocos, y éstos al Sr. Vicente, quien así se vio obligado a hacer dicha fundación en las parroquias con gran bendición; y las señoras de la Caridad que componen tantas Cofradías diferentes como parroquias hay, practican desde hace veinticinco o treinta años las mismas obras de misericordia con los enfermos pobres, que se llevan a cabo en las parroquias campesinas; y aún hacen algo más, porque preparan en sus casas y a costa suya los potajes, la carne y las demás cosas necesarias para alimentar a los pobres de la parroquia; y lo van haciendo una tras otra y cada una en su día.

Posteriormente, a imitación de las parroquias de París, dicha Compañía se ha ido extendiendo por muchas ciudades del Reino, así como por las aldeas, y ha pasado también a los países extranjeros; y ahora se encuentra establecida en tantos sitios, que no sabemos ni el número. De ahí se puede deducir cuantos miles de pobres son atendidos por ese medio diariamente, y lo serán en el futuro, corporal y espiritualmente. Ellos, después de a Dios, deben todas esas asistencias caritativas y la mayor parte del buen estado de sus almas y de su salvación eterna, a la caridad del gran Siervo de Dios, quien sólo por esa obra ha conseguido en el cielo una gloria especial, que va creciendo de día en día; y en la tierra, el título glorioso de «Padre de los pobres», que atraerá sobre todo lo que le pertenece y que le es más querido, infinidad de gracias y de bendiciones.

Reglamento de la Cofradía de la Caridad

«La Cofradía de la Caridad ha sido instituida para honrar a Nuestro Señor Jesucristo, patrono de la misma, y a su Santa Madre, y para asistir corporal y espiritualmente a los enfermos pobres de los lugares en donde está establecida; corporalmente, administrándoles la bebida y la comida y los medicamentos necesarios durante el tiempo de su enfermedad; y espiritualmente, haciendo que les administren los sacramentos de la Penitencia, la Eucaristía y Extremaunción, y procurando que los que mueran salgan de este mundo en buen estado, y que los que se curen tomen la resolución de vivir bien en adelante».

«Dicha Cofradía está compuesta de un número fijo y limitado de mujeres y de muchachas; éstas, con el consentimiento de sus padres y madres, y aquéllas, con el de sus maridos. Elegirán a tres de entre ellas en presencia del Sr. Párroco por mayoría de votos, cada dos años, el día siguiente a Pentecostés, para que sean sus Oficialas. La primera de

ellas se llamará Superiora o Directora; la segunda, Tesorera o primera Asistenta, y la tercera, Guardamuebles o Segunda Asistenta.

Estas tres Oficialas llevarán la dirección total de dicha Cofradía. Con el parecer del Sr. Párroco, elegirán también a un hombre de la parroquia, piadoso y caritativo, que sea su Procurador».

«La Superiora se cuidará de que se cumpla el presente Reglamento y de que todas las personas de la Cofradía cumplan bien con su deber. Recibirá a los enfermos pobres de la parroquia que se presenten, y les dará de alta con el parecer de las otras Oficialas».

«La Tesorera aconsejará a la Superiora, guardará el dinero de la Cofradía en un arca con dos cerraduras diferentes; la Superiora tendrá una llave, y ella, la otra, aunque podrá tener a disposición suya un escudo para atender a los gastos ordinarios. Al final de sus dos años, presentará las cuentas a las Oficialas que acaban de ser elegidas y a las demás personas de la Cofradía, en presencia del Sr. Párroco y de los habitantes de la parroquia que deseen asistir al acto».

«La Guardamuebles aconsejará igualmente a la Superiora, recibirá, lavará y arreglará la ropa de dicha Cofradía; la proporcionará a los enfermos pobres cuando lo necesiten, por orden de la Superiora; procurará retirársela y dar cuenta de todo al cabo de dos años, lo mismo que la Tesorera».

«El Procurador mantendrá el control de las colectas que se hagan en la iglesia o por las casas, y de los donativos que hagan los particulares; dará los recibos; procurará el sostenimiento de dicha Cofradía y el aumento de sus bienes; llevará las cuentas de la Tesorera, si fuera necesario; tendrá un registro en el que copiará el presente Reglamento y el acta de fundación, haciéndolo ratificar, si es posible. Escribirá en el mismo registro el catálogo de las mujeres y de las muchachas que sean recibidas en la Cofradía el día de su recepción y de su fallecimiento, las elecciones de las Oficias, las actas de la rendición de cuentas, el nombre de enfermos pobres, que sean atendidos por la Cofradía, el día de su recepción, de su muerte o el de su curación y, en general, todo lo que ocurra de especial y digno de notarse».

«Las Hermanas de dicha Cofradía servirán, cada una en el día en que tengan destinado, a los enfermos pobres que hayan sido recibidos por la Superiora, llevándoles a sus casas la bebida y la comida preparada; harán la colecta, por turno, en la iglesia y por las casas, los domingos y las fiestas principales y solemnes; entregarán la colecta a la Tesorera, e indicarán al Procurador lo que hayan recogido; harán decir una misa en el altar de la Cofradía todos los primeros y terceros domingos de cada mes, a la cual asistirán todas; y aquel mismo día confesarán y comulgarán, si las circunstancias se lo permiten, asistiendo también aquel día a la procesión que se celebrará entre vísperas y completas, en la que se cantarán las letanías de Nuestro Señor o las de la Virgen; lo mismo harán todos los años el día 14 de enero, que es la fiesta del Nombre de Jesús, su patrono».

«Se querrán mutuamente como personas a las que Nuestro Señor ha unido y ligado con su amor, se visitarán y se consolarán en sus aflicciones y enfermedades, asistirán en corporación al entierro de las que fallezcan, comulgarán por su intención y mandarán cantar una misa funeral por cada una de ellas; lo mismo harán con el Sr. Párroco y con el Sr. Procurador, cuando mueran; asistirán también corporativamente al entierro de los enfermos pobres que hayan atendido, mandando celebrar una misa rezada por el descanso de sus almas. Todo esto sin obligación de pecado mortal o venial».

«A cada uno de los enfermos pobres, en cada comida, se les dará, además del pan que pueda comer, cinco onzas de ternero o de cordero, un potaje, y un cuartillo de vino, medida de París».

«En los días de abstinencia se les dará, además del pan, del vino y del potaje, un par de huevos y un poco de manteca; y a los que no pueden comer carne, les darán caldos y huevos frescos cuatro veces al día, y una asistenta a los que estén en peligro de muerte y no tengan a nadie para velarlos».

CAPITULO NOVENO pág. 445

Fundación de las Hijas de la Caridad, servidoras de los enfermos pobres

No repetiremos aquí lo que hemos dicho en el primer Libro sobre el origen de la Compañía de las Hijas de la Caridad destinadas al servicio de los enfermos pobres, y sobre la ocasión de la que Dios se valió para hacerla nacer, ni cómo el Sr. Vicente, que contribuyó a aquella fundación con una fiel correspondencia a los designios de Dios en cuanto le fueron manifestados, se halló, casi sin pensarlo, Autor de esta caritativa empresa y Padre espiritual de estas virtuosas Hermanas.

Solamente referiremos en este capítulo algunas cosas dignas de nota de las que no se ha hablado en el primer Libro, referentes a esta Comunidad piadosa, que ha sido erigida en Compañía o Congregación y Sociedad particular por la autoridad del difunto Sr. Arzobispo de París, cuyas Letras de erección contienen los términos siguientes:

«Y puesto que Dios ha bendecido los trabajos que nuestro querido y apreciado Vicente de Paúl ha emprendido para conseguir este piadoso proyecto, le hemos confiado y encomendado expresamente, y por las presentes le confiamos y encomendamos el gobierno y la dirección de dicha Sociedad y Cofradía, mientras él viva, y después de su muerte, a sus sucesores en el cargo de Superiores Generales de dicha Congregación de la Misión, etc.»

Posteriormente el Rey quiso conceder unas Letras patentes para autorizar y confirmar esa función, que fueron verificadas y registradas en el Parlamento.

El Sr. Vicente, viéndose encargado de aquella dirección por una orden tan clara de la Divina Providencia, pensó que debía centrar sus ideas y sus preocupaciones en perfeccionar la obra que Dios le había hecho la gracia de empezar. A tal efecto, antes que nada propuso a las virtuosas Hermanas, como norma fundamental, considerarse como destinadas por la voluntad de Dios a servir a Nuestro Señor Jesucristo corporal y espiritualmente en la persona de los enfermos pobres, tanto hombres como mujeres y niños, fueran vergonzantes o menesterosos. Y para hacerse dignas siervas de tal Señor en una ocupación tan santa, trabajar con todo cuidado en su propia perfección, haciendo todos los actos en espíritu de humildad, sencillez, caridad y en unión de los que Nuestro Señor Jesucristo hizo en la tierra, y con ese mismo fin, que excluye toda vanidad o respeto humano y todo amor propio y satisfacción de la naturaleza.

También les encomendó especialísimamente otras virtudes que consideró las más necesarias para su estado, como la obediencia a los Superiores y a los Sres. Párrocos; la indiferencia en cuanto a los lugares, a las ocupaciones y a las personas; la pobreza, para tomar gusto a vivir pobremente como siervas de los pobres; y la paciencia, para sufrir de buen ánimo y por amor de Dios las incomodidades, contrariedades, burlas, calumnias y otras mortificaciones que se les presenten, incluso después de haber hecho el bien, acordándose de que todo eso es sólo una parte de la Cruz que Nuestro Señor quiere que lleven tras de él en la tierra para merecer vivir un día con El en el cielo.No es necesario que nos adentremos más en los detalles de su Reglamento, que solamente es cosa de ellas, y que las invita a la práctica de la oración mental, a la frecuentación de los sacramentos, a los Ejercicios anuales, a las Conferencias espirituales entre ellas, a la unión y caridad mutuas, a la uniformidad de vida, de vestido y de forma de actuar, y a una modestia muy singular.

Además de ese Reglamento que es común para todas, el Sr. Vicente les ha dejado otros que se refieren a cada una de sus actividades y a cada oficio particular, señalándoles lo que han de hacer en todos los sitios en que se encuentren, en las ciudades y en las aldeas, tanto por lo que toca a las Señoras y a otras personas que las emplean, como por lo que toca a los pobres que sirven y que instruyen. Los Reglamentos particulares son seis, todos ellos diferentes. El primero para las Hermanas que asisten a los enfermos de las parroquias. El segundo para las que atienden las escuelas. El tercero para las que cuidan de los niños abandonados. El cuarto para las que ayudan a las Damas a servir a los pobres del Hôtel-Dieu de París. El quinto para las Hermanas que están en el Hospital de los galeotes. El sexto para las que sirven a los enfermos en los demás Hospitales del Reino. Y estos Reglamentos les señalan particularmente las ocasiones peligrosas que deben evitar, las precauciones que deben usar, los diversos puntos de vista que deben tener, en fin, todo lo que tienen que hacer o decir, hasta los menores detalles, para alimentar bien, curar, medicinar, limpiar, edificar, consolar y corregir a los pobres, pequeños y grandes, sanos y enfermos,

Se podría decir sin exagerar que los Reglamentos que salían de las manos del Sr. Vicente eran prácticamente perfectos, porque nunca tenía prisa en entregarlos: quería

que sólo Dios fuera el autor y que el espíritu humano sólo tuviera parte en la puesta en práctica. Así fueron redactándose a base de una larga experiencia, y de acuerdo con la Señorita Le Gras, mujer muy clarividente y siempre entregada al servicio de toda clase de pobres,

Estos Reglamentos hacen que las Hermanas desempeñen sus pequeñas obligaciones con bendición y a satisfacción de todos. Por eso, son solicitadas de todas partes; muchas ciudades del Reino quieren tenerlas, incluso de las más importantes, sin hablar de la gran cantidad de Señores y Señoras que desean instalarlas en sus tierras, y esperan que se les atenderá a medida que esta pequeña Compañía se vaya multiplicando, como ya lo está haciendo, gracias a Dios. Es una hermosa ocasión para las solteras y las viudas que quieran retirarse del mundo, para asegurar su salvación con obras de Caridad, y, sobre todo, para las que quieran ser religiosas y no disponen de suficiente dote, porque pueden entrar en esta Compañía sin dote alguna. Sólo se les pide lo que es necesario para su primer hábito, y, principalmente, una buena disposición de cuerpo y de espíritu para responder a la gracia de una vocación tan santa, que es más grande que lo que las personas poco caritativas pueden comprender, y que el Sr. Vicente lo ha expresado en estas pocas palabras:

«Una Hija de la Caridad —dice— *necesita más virtud que las Religiosas más austeras. No existe una Religión de mujeres que tenga tantas actividades: porque las Hijas de la Caridad tienen casi todas las actividades de las Religiosas, pues: en primer lugar, trabajan en su propia perfección, como las Religiosas Carmelitas, u otras parecidas; 2. en el cuidado de los enfermos, como las Religiosas del HôtelDieu de París y otras Hospitalarias, 3. en la enseñanza de las niñas pobres, como las Ursulinas»,*

He aquí algunos de los artículos de las Reglas particulares que el Sr. Vicente ha dado a las Hermanas que sirven a los enfermos pobres en las parroquias:

«Tendrán presente que, aunque no formen parte de una Religión, pues ese estado no es conveniente para las actividades de su vocación, sin embargo, como ellas están mucho más expuestas que las Religiosas claustradas y enrejadas, al tener por monasterio las casas de los enfermos; por celda, una habitación pobre y, muchas veces, de alquiler; por capilla, la iglesia parroquial; por claustro, las calles de la ciudad; por clausura, la obediencia; por reja, el temor de Dios; y por velo, la santa modestia; por todas esas consideraciones deben estar dotadas de tanta o más virtud que si fueran profesas en una orden religiosa. Por eso tratarán de portarse en todos esos sitios, al menos con tanta discreción, tanto recogimiento y edificación, como los que usan las verdaderas religiosas en sus monasterios. Y para obtener de Dios esta gracia, deben esforzarse en adquirir todas las virtudes que se les han encomendado en sus Reglas y, especialmente, una profunda humildad, una perfecta obediencia, y un gran desapego de las criaturas; y por encima de todas ellas, usarán de todas las precauciones que puedan para conservar perfectamente la castidad de cuerpo y de corazón».

«Pensarán a menudo en el fin principal por el que Dios ha querido que fueran enviadas a la parroquia en la que se hallan, que es el de servir a los enfermos pobres, no sólo corporalmente proporcionándoles alimento y medicinas, sino también espiritualmente, procurando que reciban a tiempo los sacramentos, de forma que todos los que estén para morir, salgan de este mundo en las debidas disposiciones; y que los que terminan por curarse, hagan una buena resolución de vivir bien en el futuro. Y para procurarles una mejor ayuda espiritual, pondrán de su parte todo lo que puedan, y el poco tiempo que para eso se les permita, y según lo requiera la cualidad y condición de los enfermos. La ayuda que procurarán prestarles consistirá particularmente en consolarlos, animarlos y enseñarles las cosas necesarias para la salvación, invitándoles a hacer actos de fe, de esperanza y caridad para con Dios y para con el prójimo, y de contrición, exhortándoles a perdonar a sus enemigos y a pedir perdón a los que han ofendido, a resignarse ante la voluntad de Dios, sea para sufrir, sea para curarse, sea para morir, sea para vivir, y otros actos semejantes, no todos a la vez, sino un poco cada día y lo más brevemente que les sea posible, para no cansarlos».

«Sobre todo, se darán a Dios, para prepararlos a hacer una buena confesión general de toda su vida, especialmente si están para morir de aquella enfermedad, mostrándoles la importancia que tiene el hacerla y enseñándoles la forma de realizarla bien. Entre otras cosas les dirán que han de confesar no solamente los pecados cometidos desde su última confesión, sino también todos los demás que hayan cometido, tanto si están confesados como los olvidados. Y si no estuvieran en disposición de hacer la confesión general de toda su vida, les persuadirán a que, al menos, hagan un acto de contrición general de todos sus pecados, con firme propósito de preferir antes la muerte que cometerlos otra vez, con la ayuda de la gracia de Dios».

«Si los enfermos, ya convalecientes, recayeran una o varias veces, las Hermanas cuidarán de exhortarlos a recibir nuevamente los sacramentos, incluso el de la Extremaunción, y de procurarles este gran bien. Si se encuentran en las últimas, los ayudarán a bien morir, sugiriéndoles que hagan algunos actos de los arriba mencionados, y rogando a Dios por ellos».

«Y si se curan, las Hermanas redoblarán sus cuidados para animarles a aprovecharse de su enfermedad y de su curación, recordándoles que Dios los ha puesto enfermos del cuerpo para curar sus almas, y que les ha devuelto la salud corporal para emplearla en hacer penitencia y llevar una vida buena; y que, por consiguiente, deben hacer unas resoluciones decididas de cumplir con todo eso, y renovar las que han hecho cuando estaban en el momento más crítico de la enfermedad, sugiriéndoles algunos pequeños actos, según su alcance, como rezar de rodillas por las noches y por las mañanas, confesarse y comulgar varias veces al año, evitar las ocasiones de pecar, y cosas parecidas, todo breve, sencilla y humildemente».

«Y por miedo a que esos servicios espirituales que ellas les brindan no perjudiquen a los corporales, que ellas les deben (lo que sucedería, si por entretenerse demasiado

tiempo en hablar a un enfermo, hacen sufrir a los demás por no llevarles a tiempo la comida o los medicamentos necesarios), las Hermanas tratarán de tomar las medidas adecuadas, distribuyendo el tiempo y sus actos de comunidad, según que el número y la necesidad de los enfermos sea grande o pequeño. Y como las ocupaciones de la tarde no son ordinariamente tan agobiantes como las de la mañana, podrán tomar de ese tiempo para instruirlos o exhortarlos en la forma que está señalada, particularmente cuando les lleven los remedios».

«Al servir a los enfermos, no deben ver en ellos más que a Dios y, por eso, no deben atender ni a las alabanzas que les dirigen ni a las injurias que les dicen, si no es para hacer un buen uso de ellas, rechazando interiormente aquéllas, confundiéndose en su nada, y recibiendo con gusto éstas, para honrar los desprecios hechos al Hijo de Dios en la Cruz por los mismos que habían recibido de El tantos favores y gracias».

«No recibirán ningún obsequio, por pequeño que sea, de los pobres que ellas atienden, cuidándose mucho de pensar que les están obligados por el servicio que ellas les prestan, cuando, por el contrario, ellas les deben mucho más, porque por una limosnita que hacen, no de sus propios bienes, sino sólo de un poco de sus atenciones, se hacen amigos en el cielo, que tienen el derecho de recibirlas un día en los tabernáculos eternos. E incluso en esta vida, ellas reciben de los pobres que atienden más honor y contentamiento verdadero, que nunca se hubieran atrevido a esperar en el mundo, y de los que no deben abusar, sino más bien llenarse de confusión, al ver que son tan indignas».

He ahí las principales Reglas que el Sr. Vicente ha dado a estas virtuosas Hermanas. Por ellas se puede conocer con qué espíritu ha ido formándolas, y a qué grado de perfección las ha llevado, y, con más razón, de qué espíritu está lleno también él, y cuán abundantes eran las gracias y las luces con que Dios ha colmado su alma, y que él difundía con tanta bendición sobre los demás. En diferentes ocasiones también les ha dado varios buenos consejos para que se porten correctamente con personas particulares, por ejemplo, con los Sres. Eclesiásticos de las parroquias donde ellas residen:

«Por un lado les recomendaba un gran respeto hacia ellos; y por otro, que no los visitaran, ni les hablaran fuera del confesonario sin necesidad; que no fueran nunca solas a las casas de ellos, ni tampoco los recibieran en sus propias casas dentro de las habitaciones; que en las enfermedades no los cuidaran ni les proporcionaran remedios; ni se encargaran de lavar las sobrepellices, albas y demás ropa de Iglesia, ni de la limpieza y la ornamentación de los templos y los altares, ni del cuidado y entretenimiento de la lámpara, y de otras ocupaciones parecidas que, aunque santas, no están de acuerdo con su Instituto, porque las apartarían del servicio de los Pobres».

«Y por lo que respecta a los laicos y seglares de la condición que fueran, les recomendaba que tampoco los visitaran sin necesidad, ni perdieran el tiempo, ni se familiarizaran demasiado con ellos; que no se encargaran, cuando se pongan enfermos, del cuidado de sus personas ni de sus hijos, criados, y, en fin, que no se ocuparan de sus

asuntos, menaje, remedios, etc. Porque todo eso no es de su Instituto, que las dedica al servicio de los enfermos pobres, y no de los ricos. Y les recomendaba todas esas cosas como más importantes de lo que parecían, porque, como esas ocupaciones son de ordinario más fáciles, más agradables y más honrosas según el mundo, (las Hermanas) se dedicarían más gustosamente a ellas según la inclinación de la naturaleza. Y así, poco a poco, se irían alejando de lo que Nuestro Señor pide de ellas, y de la finalidad para la que fué instituída su pequeña Compañía».

Además de las parroquias en las que estas buenas Hermanas trabajan en el servicio de los enfermos pobres, hay cinco Hospitales en París, y en ellos están empleadas para ese mismo fin: 1. el del HôtelDieu: allí ayudan a las Damas que van a visitar a los enfermos; 2. el de los Niños abandonados: en él su caridad tiene mucho donde trabajar, pues cada año les llevan trescientos o cuatrocientos niños, que ellas crían y educan con admirable esmero; 3. el de los criminales condenados a galeras: en él practican las obras de misericordia en grado altísimo, pues cuidan a los individuos más miserables de cuerpo y de alma, que casi es imposible imaginárselos.

Por eso, las Hermanas que están destinadas a este Hospital necesitan de una gracia extraordinaria de Dios, y el Sr. Vicente les ha prescrito unas normas adaptadas a esa necesidad; 4. el de PetitesMaisons: en él se encargan de la alimentación, de la atención y de la limpieza de los pobres locos. Son muchos, de uno y otro sexo, a los que sirven lo mismo cuando están sanos como cuando están enfermos, y los tratan con mucha dulzura y caridad. Los Sres. Administradores de este Hospital han dado fe de que estas buenas Hermanas habían suprimido muchos desórdenes, que ofendían a Dios, arruinaban los bienes de la Casa, y alteraban a los pobres locos, de forma que han quedado muy edificados y satisfechos de su modo de actuar; 5. finalmente, hay un Asilo del Nombre de Jesús: en él tanto los hombres como las mujeres de edad avanzada son servidos, arreglados y atendidos en todos los detalles por esas Hermanas caritativas. Además de esos cinco Hospitales que las ocupan sólo en la ciudad de París, y todas las parroquias, en las que están empleadas, tanto en la misma ciudad como en muchos lugares de Francia, todavía hay más Hospitales en los que prestan servicios a los pobres, como en Angers, Chartres, Châteaudun, Hennebon, SaintFargeau, Ussel, Cahors, Gex, etc., y hasta en Polonia en la ciudad de Varsovia: en todos esos sitios ellas prestan sus servicios a los pobres con gran bendición. A este propósito presentaremos aquí una carta que el Sr. Vicente escribió a la Srta. Le Gras, cuando trataron de destinar a tres Hermanas a trabajar en Poitou.

«Suplico a Nuestro Señor —dice— *que dé su santa bendición a nuestras muy queridas Hermanas, y que les haga participar del espíritu que El dió a las santas mujeres que lo acompañaban y que cooperaban con El en la asistencia de los pobres enfermos y en la instrucción de los niños. ¡Buen Dios! ¡Qué felicidad la de estas buenas Hermanas, la de ir a continuar en el lugar adonde han sido enviadas la caridad que Nuestro Señor practicó en la tierra! ¡Cómo se alegrará el cielo al ver esto! ¡Y qué admirables serán las alabanzas que recibirán en la otra vida! ¡Con qué santa confianza aparecerán el día del Juicio, después de*

tantas obras santas de caridad como han practicado! En verdad, me parece que las coronas y los imperios de la tierra sólo son barro en comparación del mérito y de la gloria, con que han de ser coronadas un día, pues hay motivo para ello».

«Sólo falta que se porten con el espíritu que tuvo la Santísima Virgen en su viaje y en sus trabajos; que la vean a menudo con los ojos del alma, y que hagan todas las cosas, tal como se representan en la mente lo que podría hacer aquella Santísima Señora; que consideren por encima de todo su caridad y su humildad; que sean muy humildes ante Dios, cordiales entre sí, bienhechoras para todos, y edificantes en todos los sitios; que hagan sus pequeños actos de piedad todas las mañanas, o antes de que salgan los coches, o en el viaje; que recen el rosario, y lleven consigo algún libro piadoso para leer; que contribuyan a las conversaciones que traten de Dios, y de ninguna manera a las del mundo, y menos todavía a las que son demasiado libres; finalmente, que sean rocas contra las familiaridades que los hombres quieran permitirse con ellas».

«Una vez llegadas al final del viaje irán, antes que nada, a saludar al Santísimo Sacramento; verán al Sr. Párroco, recibirán sus órdenes y tratarán de cumplirlas en lo que toca a los enfermos y a los niños que vayan a la escuela; harán lo que puedan para servir de provecho a las almas, mientras atienden a los cuerpos de los enfermos pobres; obedecerán a los Oficiales de la Caridad, y les animarán a practicar gustosamente el Reglamento; se confesarán cada ocho días, etc.; y continuando de esa manera, se encontrarán ante Dios con que han llevado una vida muy santa, y que no siendo más que unas pobres Hermanas en la tierra, llegarán a ser grandes reinas en el cielo. Esto es lo que pido a Dios», etc.

Como en todos los Hospitales suele haber a menudo un gran número de enfermos que atender, y, por otra parte, ellas de ordinario son muy pocas en cada Hospital, eso suele ser causa de que se encuentren con bastante frecuencia muy sobre cargadas. Precisamente eso es lo que una de las Hermanas, que había sido enviada a un Hospital, le informó cierto día por carta al Sr. Vicente en estos términos:

«Señor, estamos agotadas por el trabajo y sucumbiremos, si no nos ayudan. Me veo obligada a escribir estas pocas líneas de noche, mientras estoy velando a nuestros enfermos, pues de día no tengo un momento de descanso, y mientras le escribo, tengo que estar exhortando a dos moribundos: Unas veces voy a uno de ellos, y le digo: Hermano, levante su corazón a Dios; pídale misericordia. Hecho eso, vuelvo a escribir una o dos líneas, y luego voy corriendo donde el otro a gritarle: ¡Jesús, María, Dios mío, espero en vosotros!. Y vuelvo otra vez a mi carta; y así voy y vengo, y le escribo en repetidas veces, y con la atención totalmente dividida. Por eso le suplico muy humildemente que nos envíe, una Hermana más», etc

El Sr. Vicente, al leer la carta, admiró el espíritu de aquella Hermana, con aquel rasgo de su elocuencia natural, que era muy poderoso para manifestar su necesidad, y para persuadirle a que pusiera remedio y le enviara ayuda.

Pero lo que colma la caridad de estas buenas Hermanas es el mucho trabajo que han emprendido por obediencia y con sincera ilusión, no sólo en todos los lugares de los que hemos hablado, sino también en los Hospitales de los ejércitos, adonde las ha enviado el celo de su caritativo Superior con las precauciones necesarias para encargarse de los soldados heridos, y de los enfermos, como en el Hospital de Rethel, durante el último asedio, y después en Calais, durante el asedio de Dunquerque. Así han consumido santamente su vida dos de ellas en ese oficio de caridad.

El Sr. Vicente, al recomendar un día a las oraciones de su Comunidad a aquellas buenas Hermanas, dijo las siguientes palabras, que hemos pensado que debíamos insertar en este lugar:

«Encomiendo —dijo— a sus oraciones a las Hijas de la Caridad, que hemos enviado a Calais para asistir a los pobres soldados heridos. De cuatro que eran han muerto dos, precisamente las más robustas y fuertes de la Compañía; mas han caído bajo el peso de la tarea. Imagínense, señores, lo que será aquello. ¡Cuatro pobres Hermanas rodeadas de quinientos o seiscientos soldados heridos o enfermos! Fíjense un poco por favor en la sabiduría y la bondad de Dios, por haber suscitado en este tiempo una Compañía de esta clase. ¿Para qué? Para asistir a los pobres corporal y espiritualmente, diciéndoles algunas buenas palabras, que los llevan a pensar en su salvación, sobre todo, a los moribundos, para ayudarles a disponerse a bien morir, animándolos a hacer actos de contrición y de confianza en Dios. En verdad, señores, esto es conmovedor. ¿No les parece que es una obra de mucho mérito ante Dios, que unas Hermanas se hayan ido con tanto coraje y decisión donde los soldados, para aliviarlos en sus necesidades, y para contribuir a su salvación? ¿Que se vayan a exponer a trabajos tan grandes, y hasta enfermedades tan penosas, y también hasta la muerte, por esas personas que se exponen a los peligros de la guerra por el bien del Estado?».

«Ya vemos cuán llenas están estas pobres Hermanas del celo de la gloria de Dios, y de la asistencia del prójimo. La Reina nos ha hecho el honor de escribirnos, para que enviemos otras a Calais, para asistir a aquellos pobres soldados. Y miren: hoy mismo van a salir cuatro para allá. Una de ellas, de unos cincuenta años, vino a verme el viernes pasado al HôtelDieu, donde yo estaba, para decirme que se había enterado que dos de las Hermanas habían muerto en Calais, y que ella venía a ofrecérseme, para que le destinara a suplir a las muertas, si me parecía bien. Le dije: Hermana, ya lo pensaré. Y ayer vino aquí para enterarse de la respuesta que le iba a dar. Vean, señores y hermanos míos, qué valor el de estas Hermanas: ofrecerse de esa forma, y ofrecerse para irse a exponer su vida, como víctimas por el amor de Jesucristo y el bien del prójimo. ¿No es esto admirable? En cuanto a mí, no sé qué decir sobre esto, sino que esas Hermanas serán nuestros jueces el día del Juicio. Sí, ellas serán nuestros jueces, si no estamos dispuestos, como ellas, a exponer nuestras vidas por Dios», etc

«Como nuestra Congregación tiene alguna relación con la Compañía de ellas, y Nuestro Señor se ha querido servir de la de la Misión, para que diera comienzo a la de esas

pobres Hermanas, tenemos la obligación de agradecer a Dios todas las gracias que les ha hecho, y de pedirle que les continúe dando, por su Bondad infinita, las mismas bendiciones en el futuro».

«Ustedes no serían capaces de imaginarse cuánto bendice Dios a estas buenas Hermanas, y en cuántos sitios las desean. Un obispo las pide para tres Hospitales, otro para dos, un tercero también las solicita; sólo hace tres días que me habló de ello, y ya me urge que se las envíe. Pero ¿cómo podremos hacerlo? No tenemos bastantes. Pregunté el otro día a un párroco de esta ciudad, que las tiene en su parroquia qué tal están trabajando. No me atrevo a contarles todo lo bueno que me dijo de ellas. Eso valdría también para las demás, para unas, más; para otras, menos».

«No es que ellas no tengan defectos. ¿Quién no los tiene? Pero no dejan de practicar la misericordia, que es esa hermosa virtud, de la cual se ha dicho que la misericordia es la virtud propia de Dios. Nosotros también la practicamos, y la debemos practicar durante toda nuestra vida: misericordia corporal, misericordia espiritual; misericordia en el campo durante las misiones, acudiendo a las necesidades de nuestro prójimo; misericordia en casa para con los ejercitantes que están de retiro en nuestra casa; y para con los pobres, y tantas otras ocasiones que Dios nos presenta. En fin, debemos ser siempre personas misericordiosas, si queremos hacer en todo y por todo la voluntad de Dios», etc

No debemos omitir aquí una cosa digna de mención, a saber, que, como las primeras misiones, que el Sr. Vicente dio en las parroquias de las aldeas, fueron la ocasión para el nacimiento de una Congregación de Misioneros, igualmente, las Cofradías de la Caridad, que él fundó en las parroquias, produjeron una Compañía de Hijas de la Caridad, sin tener antes premeditado ningún proyecto, sino por una orden secreta de la Divina Providencia; de forma que, después de Dios, la Institución de las dos Compañías, su crecimiento, su utilidad, sus Reglamentos y sus actos de piedad proceden del celo, de la prudencia y de la piedad de este sabio Fundador, que las ha visto nacer de sus trabajos, y que las ha ido formando con una dirección suave, asentada y robustecida sobre soportes y cimientos infalibles, como los del Evangelio, pero con un amor afectivo y práctico, que abarca todas las obras de misericordia espirituales y corporales. A eso es a lo que él se ha dedicado y en lo que ha agotado sus esfuerzos: es el camino que ha abierto a uno y a otro sexo para llegar con seguridad a la perfección. Y para hacer ver la santa coincidencia que las dos Compañías tienen entre sí, y con los cristianos de la primitiva Iglesia, expondré aquí lo que él mismo hizo notar en una carta que escribió a un Sacerdote de su Congregación, que le había presentado esta objeción: «¿Por qué los misioneros que tienen por Regla no encargarse de la dirección de las Religiosas llevan la dirección de las Hijas de la Caridad?». El le dio la respuesta siguiente, importante en esta materia. Está fechada el 7 de febrero de 1660.

«Le doy gracias a Dios por los sentimientos que El le ha dado a propósito de lo que le escribí sobre las Religiosas. Estoy más consolado al ver que ha visto usted la importancia

de las razones que la Compañía tuvo al dejar su servicio, para no impedir el que debemos al pobre pueblo».

«Y como usted quiere saber las razones que nos han llevado a cuidar de las Hijas de la Caridad, preguntándome por qué la Congregación, que tiene como norma no ocuparse de la dirección de las Religiosas, se cuida sin embargo, de esas Hermanas, le diré»:

«1. Que no condenamos la asistencia a las Religiosas; al contrario, alabamos a los que las sirven, como a esposas de Nuestro Señor que han renunciado al mundo y a sus vanidades para unirse a su soberano Bien; pero no todo lo que es plausible en los demás sacerdotes es conveniente para nosotros».

«2. Que las Hijas de la Caridad no son Religiosas, sino Hermanas que van y vienen como los seglares; son personas de las parroquias bajo la dirección de los párrocos, donde están establecidas y, si nosotros dirigimos la casa en que se educan, es porque los designios de Dios para que naciera su pequeña Compañía se sirvieron de la nuestra; y ya sabe que Dios utiliza los mismos medios para dar el ser a las cosas que para conservarlas».

«3. Nuestra pequeña Compañía se ha entregado a Dios para servir al pobre pueblo corporal y espiritualmente, y esto desde sus comienzos; de forma que al mismo tiempo que trabajaba por la salvación de las almas en las misiones, buscó un medio para atender a los enfermos con las Cofradías de la Caridad; esto fué lo que aprobó la Santa Sede por medio de las Bulas de nuestra Institución. Pues bien, como la virtud de la misericordia tiene diversas operaciones, también ha llevado a la Compañía a diferentes maneras de asistir a los pobres: el servicio que hace a los forzados de las galeras y a los esclavos de Berbería, lo que hace por Lorena en medio de su gran desolación, y luego en las fronteras arruinadas de Champaña y Picardía, en donde tenemos todavía a uno de los nuestros dedicado continuamente a la distribución de las limosnas. Usted mismo puede ser testigo de los socorros que han proporcionado a los pueblos de los alrededores de París abrumados de hambre y enfermedad como consecuencia de la estancia de los soldados; usted mismo ha tenido parte en ese gran trabajo y ha creído que iba a morir en él, lo mismo que muchos otros, que dieron su vida por conservar la de los miembros doloridos de Jesucristo, que es ahora su recompensa y será algún día la de usted. Las Damas de la Caridad son también otros tantos testimonios de la gracia de nuestra vocación para contribuir con ellas a un gran número de buenas obras dentro y fuera de la ciudad. Teniendo esto en cuenta y que las Hijas de la Caridad entraron en el orden de la Providencia como un medio que Dios nos da para hacer con sus manos lo que no podríamos hacer con las nuestras en la asistencia corporal a los enfermos pobres, y decirles con sus labios alguna frase de instrucción y consuelo para la salvación, también tenemos obligación de ayudarles a que progresen en la virtud para poder dedicarse mejor a sus ejercicios de caridad».

«Así pues, entre ellas y las Religiosas hay la siguiente diferencia: que las Religiosas no tienen otro fin que su propia perfección, mientras que estas Hermanas se dedican, como nosotros, a la salvación y al cuidado del prójimo. Y si dijera que con nosotros no diría

nada opuesto al Evangelio, sino muy conforme con el uso de la primitiva Iglesia, ya que Nuestro Señor se servía de algunas mujeres que le seguían, y vemos en el canon de los Apóstoles, que eran ellas las que administraban los víveres a los fieles y se relacionaban con las funciones apostólicas».

«Si se dice que nosotros nos ponemos en peligro al tratar con esas Hermanas, responderé que hemos tenido en esto todo el cuidado que se podía tener, estableciendo en la Compañía la norma de no visitarlas jamás en su casa, en las parroquias, sin necesidad y sin el permiso expreso del Superior. Y ellas también tienen como regla mantener la clausura en sus habitaciones y no dejar entrar nunca en ellas a los hombres».

«Espero, señor, que lo que acabo de responder a su dificultad le parecerá bien», etc

El Sr. Vicente daba Conferencias espirituales a las Hermanas. En ellas se encontraban las que vivían en las parroquias y hospitales de París, en número de ochenta a cien. Para eso se reunían en la casa en la que reside su Superiora, siguiendo el aviso que previamente recibían; y también se les mandaba por escrito el tema que se iba a tratar, y sobre el cual debían ellas meditar. De ordinario solía hacer hablar a varias, tanto para abrir su espíritu a las cosas espirituales, como para comunicar a las demás los buenos pensamientos que Dios les había inspirado, y para hacerles comprender mejor la importancia de la vida cristiana y perfecta, a la que él las quería elevar. Y para terminar les solía dar todas las veces, durante una media hora, y, a veces, una hora y más, una charla tan adaptada a sus necesidades y a su alcance, tan clara y tan persuasiva, que las Hermanas entendían y se quedaban con la mejor parte, y se volvían, gracias a la práctica de tan santas enseñanzas, más interiores y espirituales. Incluso han recogido más de cien de las charlas de su buen Padre, que leen, una y otra vez, hasta diariamente en su Casa Madre para alimentarse con ellas, esperando que las hagan imprimir, para que las que viven más lejos, participen de los frutos de esa buena lectura.

CAPITULO DECIMO pág. 455

Las reuniones de las Damas de la Caridad de París

Como ya hemos hablado con suficiente amplitud en el Libro primero sobre el origen y progreso de esta devota Asamblea de las Damas de la Caridad de París, que siempre han reconocido al Sr. Vicente por el que, después de Dios ha sido el primer autor y el más sabio Director de ellas, este capítulo sólo servirá de pequeño suplemento de las cosas que no se han dicho, y que se ha pensado no omitirlas.

Y en primer lugar, se ha de observar que estas Damas se habían reunido para socorrer a los pobres del Hôtel-Dieu, pero que su caridad no se limitó sólo a esa obra buena, sino que, por una gracia singularísima que han recibido de Dios por medio de su sabio Director, han emprendido bajo su dirección y con sus consejos otras cosas importantísimas para la gloria de Dios, para el servicio de la Iglesia, y para la salvación de

las almas. Porque, además de todo lo que han hecho en el Hôtel-Dieu, para el servicio de sus enfermos y para el buen orden de la casa, se han encargado también de alimentar y educar a los pobres niños abandonados de la ciudad y de los arrabales de París, que anteriormente estaban en total abandono, y que han obligado a la caridad de ellas, no sólo a encargarse de la vida que les han salvado, sino también de otras ayudas espirituales que les han prestado para llevar una vida cristiana y lograr su salvación.

Por la ayuda de las Damas se fundó la Casa de las Hijas de la Providencia para acoger en ella, instruir, hacerlas trabajar y mantener en sitio seguro a muchachas honradas, que, sin ese sitio de acogida estarían en gran peligro, por no haber ningún establecimiento, ni colocación o refugio en París.

Dios también se ha querido servir de estas mismas Damas para poner algo así como los primeros cimientos del Hospital General, tal como ya lo hemos dicho en el Libro primero: y el fundado en SainteReyne, donde se practican tantas obras de misericordia, también se debe en buena parte a la caridad de ellas.

Igualmente, han contribuido notablemente a la empresa y al sostenimiento de varias misiones en países extranjeros, como en las Islas Hébridas, en Madagascar, etc. Y su celo ha hecho llegar su fervor hasta las regiones más alejadas de las Indias: su generosidad es la que ha hecho enviar misioneros a aquellas tierras; y además de eso han prodigado sus liberalidades para contribuir a los gastos del viaje que los Sres. Obispos de Heliópolis, de Beirut y de Metellópolis han emprendido, con la bendición de la Santa Sede, a Tonkín y a China, para ir a aquellas extensísimas Provincias a trabajar en la conversión de los infieles y el acrecentamiento del Reino de Jesucristo.

Finalmente, se han ocupado, con una caridad infatigable y con unos gastos increíbles, en socorrer y asistir, durante todo el tiempo de las guerras pasadas, a Lorena, Champaña, Picardía y a tantos otros lugares que han sido más torturados por ese azote, tal como lo veremos en el capítulo siguiente.

Y todas esas grandes empresas y esas santas obras las han hecho estas virtuosas Damas con un orden, una humildad, una discreción, un celo y una perseverancia admirable, bajo la sabia dirección del Sr. Vicente, que animaba la devota Compañía con su espíritu, y le inspiraba el mismo fervor y la misma caridad de los que estaba lleno. Y para darlo a conocer como en un breve resumen, presentaremos aquí sólo Sucedió esto el 11 de julio de 1657 lo que sucedió en una charla que dio el sabio y celoso Director, con ocasión de una junta general y extraordinaria de estas Damas. Se tuvo ésta en casa de la Señora Duquesa de Aiguillon, que era la Superiora. El misionero que lo acompañaba recogió secretamente la charla al tiempo que el Sr. Vicente la pronunciaba. El lector quedará consolado al ver, por un lado la prudencia y la piedad del Sr. Vicente para insinuar muy oportunamente en el alma de las Damas sentimientos de virtud, y por otro, la variedad y el gran número de bienes que hizo con ellas y cuyo valor es inestimable.

Después de haber invocado de rodillas al Espíritu Santo con la antífona Veni,

Sancte Spiritus, y sentadas que fueron todas las Damas, les habló de la manera siguiente:

«La convocatoria de esta asamblea obedece a tres objetivos. El primero es para proceder a una nueva elección de Oficialas, si se cree conveniente; el segundo para poner en conocimiento de la Compañía la situación de las obras que Dios le ha concedido la gracia de emprender: y el tercero, para considerar las razones que tienen ustedes para entregarse a su Divina Bondad, a fin de que Dios quiera concederles la gracia de sostener y de continuar estas obras comenzadas».

«En cuanto a la elección, ya se habló de ella el viernes pasado en la reunión ordinaria, que está compuesta de las Oficialas y de algunas otras Damas; las Oficialas insistieron en que era preciso nombrar otras nuevas, mientras que las demás eran del parecer de que se les rogase que continuaran en el cargo hasta Pascua».

«Y puesto que ustedes tienen voto deliberativo en este asunto, recogeremos sus opiniones al final de esta plática, para saber si las Oficialas tienen que continuar, o si desean ustedes proceder a una nueva elección».

«En cuanto a la situación de los asuntos, empezaremos, si les parece bien, por el Hôtel-Dieu, que fue el que dio origen al nacimiento de la Compañía; es el fundamento sobre el que Dios quiso establecer las demás obras que se han emprendido y es la fuente de los demás bienes que se han hecho».

«El Sr. Vicente leyó entonces delante de la asamblea la situación de los ingresos y de los gastos. Desde la última reunión general, esto es, desde hacía cerca de un año, se habían gastado 5.000 libras para la colación de los pobres enfermos del Hospital, y se habían recibido para este fin 3.500 libras. Así, pues, el déficit subía a 1.500 libras».

«Hecha esta exposición continuó: Esto ha podido provenir de que han muerto varias Damas que pertenecían a la Compañía y que no se han repuesto por otras nuevas. Por eso, Señoras, están ustedes reunidas aquí en parte para ver los medios de que siga adelante esta buena obra, que comenzó y continuó durante tantos años por unos caminos imperceptibles para todos, menos para Dios, que derramó sobre ella tantos beneficios, que nunca lograremos agradecer bastante».

«Señoras, ¡cuántas gracias tienen ustedes que dar a Dios por la atención que El les ha hecho poner en las necesidades corporales de esos pobres enfermos! Porque la asistencia a sus cuerpos ha producido este efecto de su gracia: que les ha hecho pensar en su salvación en un tiempo tan oportuno, que la mayor parte de ellos jamás habían tenido otro para prepararse a bien morir, mientras que los que se curan de la enfermedad no pensarían ciertamente en cambiar de vida sin esas buenas disposiciones en que se les procura poner».

«El Sr. Vicente leyó a continuación la nota de gastos hechos por la Compañía para los pobres de Champaña y de Picardía, que comprende desde el 15 de julio de 1650 hasta

el día de la última asamblea general. Se han enviado y distribuido a los pobres trescientas cuarenta y ocho mil libras; y desde la última asamblea general hasta hoy, diecinueve mil quinientas libras, que es poco comparándolo con los años precedentes».

«Estas sumas —dijo continuando la charla— se han empleado para alimentar a los enfermos pobres; para recoger y mantener a unos ochocientos niños huérfanos de las aldeas destruidas, tanto niños como niñas, poniéndolos en algún oficio o a servir, después de haberlos instruido y vestido; para mantener a muchos párrocos en sus parroquias arruinadas, que se habrían visto obligados a abandonar a sus feligreses, al no poder vivir con ellos sin esa ayuda; y finalmente, para arreglar un poco algunas iglesias, que se encontraban en un estado tan lamentable que es imposible decirlo sin estremecerse de lástima».

«Los lugares en donde se ha distribuido el dinero son las ciudades y los alrededores de Reims, Rethel, Laon, San Quintín, Ham, Marle, Sedán, y Arrás».

«Sin contar los trajes, sábanas, mantas, camisas, albas, casullas, misales, copones, etc., que sumarían una cantidad considerable, si se contabilizasen»

«Ciertamente, Señoras, no puede pensarse sin admiración en el gran número de vestidos para hombres, para mujeres y para niños, así como para sacerdotes, como tampoco en los ornamentos diversos para las iglesias despojadas y reducidas a tal pobreza, que puede decirse, que sin esa caridad habría sido necesario suprimir la celebración de los sagrados misterios, y los lugares sagrados habrían tenido que dedicarse solamente a usos profanos. Si hubieran estado entre las Señoras que se encargaban de aquellos paquetes de ropa, habrían visto sus casas convertidas en grandes almacenes y depósitos, como los de los mercaderes mayoristas».

«¡Bendito sea Dios, Señoras, por haberles concedido la gracia de cubrir a Nuestro Señor en sus pobres miembros, cuya mayor parte no llevaban más que andrajos, estando muchos niños tan vestidos como la palma de la mano! La desnudez de las jóvenes y de las mujeres era tan grande, que no se atrevería a mirarlas un hombre que tuviera un poco de pudor. Además, todos estaban a punto de morir de frío en medio de los rigores del invierno. ¡Cuántas gracias tienen que darle a Dios por haber recibido de El la inspiración y los medios para atender a estas grandes necesidades! ¡Y a cuántos enfermos les han salvado la vida! Porque estaban como abandonados de todo el mundo, tumbados en tierra, expuestos a las inclemencias del tiempo y reducidos a la más extrema necesidad por los soldados y por la escasez de trigo. La verdad es que hace algunos años su miseria era mayor de lo que es ahora, y entonces había que enviar hasta 16.000 libras por mes. Todas se animaban a dar, al ver el peligro de morir en que estaban los pobres, si no se les socorría pronto, y se animaban las unas a las otras para asistirlos con su caridad. Pero hace uno o dos años, desde que los tiempos van siendo mejores, las limosnas han disminuído mucho. No obstante, todavía quedan unas ochenta iglesias en ruinas y la pobre gente se ve obligada a ir a misa hasta muy lejos. Miren la situación en que estamos. Ya se

ha empezado a trabajar en este asunto, gracias a la Providencia que Dios tiene sobre la Compañía».

«Señoras, ¿no les conmueve el corazón el relato de todas estas cosas? ¿No se sienten impresionadas y llenas de gratitud para con la bondad de Dios sobre ustedes y sobre esos pobres afligidos? Su Providencia se ha dirigido a unas Señoras de París para asistir a dos Provincias desoladas. ¿No les parece esto algo singular y nuevo? La historia no nos dice que haya sucedido nunca esto, ni con las Señoras de España, ni con las de Italia, ni con las de ningún otro país. Estaba reservado esto para ustedes, las que están aquí, y para algunas más que están ya en la presencia de Dios, en donde han encontrado una amplia recompensa por su caridad».

«Desde el año pasado han fallecido ocho de la Compañía. Y, a propósito de esas Señoras difuntas, ¡Dios mío!, ¿quién les habría dicho, la última vez que se reunieron, que Dios iba a llamarlas antes de la siguiente reunión? ¡Qué reflexiones no habrían hecho sobre la brevedad de esta vida y sobre la importancia de pasarla bien! ¡Cuánto habrían estimado la práctica de las buenas obras! Y ¡qué resoluciones no habrían tomado de entregarse más que nunca al amor de Dios y al servicio del prójimo con mayor fervor y con efectos más abundantes! Entreguémonos a Dios para entrar también nosotros en estos sentimientos. Ellas están ahora gozando en el cielo, como hay motivos para esperar; ellas saben por experiencia lo bueno que es servir a Dios y asistir a los pobres; y en el día del Juicio escucharán estas agradables palabras del Hijo de Dios: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado, porque, cuando tuve hambre, me disteis de co mer; cuando estuve desnudo, me vestisteis; cuando estuve enfermo, fuisteis a visitarme y socorrerme, etc. ¡Qué hermosa práctica, Señoras, ofrecerse a Dios y yo con ustedes para hacernos dignos, mientras todavía tenemos esta ocasión, de estar algún día en aquel bienaventurado grupo, y proponernos hacer todo el bien que nos gustaría hacer, si estuviéramos convencidos de que quizá sea ésta la última reunión en la que nos encontremos! ¡Ocho en un solo año! Si a ellas añaden todas las que fueron muriendo los años anteriores, verán que ha disminuido en mucho el número de las de la Compañía. Al principio había doscientas o trescientas; actualmente se ha quedado reducida a ciento cincuenta. Encomiendo a sus oraciones a estas queridas difuntas».

«Pasemos a los niños abandonados, de los que se ha encargado la Compañía de ustedes. Por las cuentas de la Señora de Bragelonne, que es su Tesorera, vemos que los ingresos del año pasado ascienden a 16.248 libras, mientras que los gastos suman 17.221 libras»

«Después de haber recorrido la lista de los niños, tanto de los destetados como de los que estaban con nodriza, y de los mayores, colocados como aprendices o como criados, y de los que estaban en el Hospital, el Sr. Vicente comprobó que eran en total 395».

«Y añadió: Hemos observado que el número de los niños abandonados es casi siempre igual todos los años, es decir, casi tantos como días tiene el año. Pueden ver qué

orden hay en medio de tanto desorden, y cuánto bien es el que hacen ustedes, al cuidar a estas pobres criaturas abandonadas de sus propias madres, y al encargarse ustedes de alimentarlas, educarlas y ponerlas en condiciones de ganarse la vida y de poder salvarse. Antes de que ustedes se encargaran de ellos, les estuvieron urgiendo durante dos años los Sres. Canónigos de Notre Dame. Como se trataba de una empresa importante, ustedes quisieron pensar en ella, y finalmente pusieron manos a la obra, creyendo que Dios la vería con agrado, tal como lo ha hecho ver desde entonces. Hasta entonces nunca había oído nadie decir, y eso hace más de cincuenta años, que ningún niño abandonado hubiera logrado sobrevivir: todos morían de una manera o de otra. Les tocaba a ustedes, Señoras, a quienes Dios había reservado esta gracia, conseguir que vivieran muchos de ellos, y que pudieran vivir bien».

«Cuando aprenden a hablar, aprenden al mismo tiempo a alabar a Dios, y poco a poco se les va dando ocupación según las habilidades y la capacidad de cada uno; se vela sobre ellos para educar bien sus modales y corregir oportunamente sus malas inclinaciones. Se sienten felices de haber caído en las manos de ustedes mientras que serían desgraciados en las de sus padres que, de ordinario, son gente pobre o viciosa. No hay más que ver su distribución del día para conocer bien los frutos de esta obra, que es de tal importancia, que tienen ustedes todos los motivos del mundo para dar gracias a Dios por habérsela confiado».

«Nos quedan por decir algunos motivos que obligan a la Compañía a renovar su devoción por estas diversas obras de caridad, que la misericordia de Dios ha conducido hasta el punto que acabamos de ver, y cuyos frutos no se verán perfectamente hasta el cielo; obras que les obligan, repito, a todas las que se encuentran aquí, alistadas en esta santa milicia, a que continúen y aumenten su primer fervor, y a las que todavía no pertenecen a la Compañía a contribuir todo lo que puedan para sostener e incrementar estas obras, que guardan tanta relación con las que Nuestro Señor hizo y recomendó en favor de los pobres».

«El primer motivo es que la Compañía de ustedes es una obra de Dios, y no una obra de los hombres. Como ya les he dicho otras veces, de los hombres no cabría esperar nada parecido; por consiguiente, es Dios el que se ha mezclado en esto. Toda buena acción viene de Dios; El es el autor de todas las obras santas. Hay que referirlas todas al Dios de las virtudes y al Padre de las misericordias, pues, ¿a quién hay que referir la luz de las estrellas, sino al sol que es su origen, a quien hay que referir el designio de la Compañía, más que al Padre de las misericordias y al Dios de todo consuelo, que les ha escogido como vehículos de su consuelo y de su misericordia? Nunca ha llamado Dios a una persona para una tarea, sin que haya visto en ella las cualidades propias para cumplirla, o sin que tenga el proyecto de dárselas. Por tanto, es El el que por su gracia las ha llamado y las ha unido a todas. Ha sido necesario que su movimiento las haya traído a estas tres clases de bienes; no ha sido la voluntad de ustedes. Esto bien vale la pena que suscitemos el espíritu de caridad entre nosotros de todas esas maneras. ¡Cómo! ¡Es Dios el que me ha hecho el honor de llamarme! Es menester, por eso, que escuche su voz. ¡Es Dios el que me ha

destinado a estas obras caritativas! Es preciso, por tanto, que me dedique a ellas. El no ha querido, Señoras, que los ojos de ustedes hayan visto al Salvador, como lo vió el santo Simeón, pero quiere que escuchen su voz para ir adonde les llame, si no ciegamente, como san Pablo, sí con alegría y con cariño; porque si no la escuchan y no responden a ella, se harían indignas de la gracia de la vocación de ustedes. Yo he visto nacer la obra; he visto cómo la bendecía Dios; la he visto comenzar con una simple colación, que se llevaba a los enfermos; y ahora la prosiguen ustedes, y con unas consecuencias tan ventajosas para su gloria y para el bien de los pobres. Así que es menester que le tenga cariño. ¡Qué dureza de corazón, si hubiera alguna que no tuviera interés en contribuir al sostenimiento de unos bienes tan grandes como éstos!».

«El segundo motivo es que todas tienen que tener mucho miedo de que estas obras lleguen a disolverse y a perderse en sus manos. Señoras, sería sin duda una gran desgracia; una desgracia tan grande, como la gracia que Dios les ha concedido de utilizarlas en una obra tan admirable. Hace ya alrededor de ochocientos años que las mujeres no han tenido ninguna función pública en la Iglesia. Antes existían las que llevaban el nombre de diaconisas, y se preocupaban de cuidar del orden entre las mujeres en las iglesias, y de instruirlas en las ceremonias que entonces se usaban. Pero en tiempos de Carlomagno, por una disposición secreta de la Providencia, cesó este uso, y el sexo de ustedes quedó privado de toda función, sin que en adelante se le haya confiado alguna. Y he aquí que esta misma Providencia se dirige actualmente a algunas de ustedes para suplir lo que se necesitaba para los enfermos pobres del Hôtel-Dieu. Algunas respondieron a sus designios, y poco después, otras se asociaron a las primeras. Dios las hizo como madres de los niños abandonados, las directoras de su Hospital, y las dispensadoras de las limosnas de París por las Provincias, especialmente para las que acababan de ser desoladas. Estas almas buenas han respondido a todo esto con entusiasmo y con firmeza, por la gracia de Dios».

«¡Ay Señoras! Si todos estos bienes llegaran a disolverse en las manos de ustedes, sería un motivo de gran desconsuelo. ¡Qué desolación! ¡Qué vergüenza! ¿Y quién podría pensar en semejante catástrofe? ¿De dónde podría provenir? ¿Quién podría ser la causa? Que cada una de ustedes se pregunte en su interior: ¿Soy yo la que contribuyo a hacer que decaiga esta santa obra? ¿Qué hay en mí que me haga indigna de sostenerla? ¿Soy yo la causa de que Dios cierre su mano a sus gracias? Seguramente, Señoras, si nos examinamos bien, tendríamos mucho miedo de no haber hecho todo lo que hemos podido por el progreso de esta obra; y si consideraran su importancia, la querrían tanto como a la niña de sus ojos, y como al instrumento de la salvación de ustedes. Y si se interesaran, según Dios, por su progreso y su perfección, traerían acá a las Señoras conocidas de ustedes. De lo contrario, se les podrá aplicar el reproche del Evangelio a aquel que empezó a construir un edificio, y lo dejó sin acabar: Han puesto ustedes los fundamentos de una obra, y han dejado así las cosas.Y esto es un asunto de importancia, sobre todo, si tienen en cuenta que su edificio es un adorno para la Iglesia, y un asilo para la gente desgraciada. Por consiguiente, si por su culpa llegara a faltar, le quitarán al público un motivo de gran edificación y a los pobres un gran consuelo».

«El Hermano que está encargado de distribuir las limosnas de ustedes, me decía: Padre, es el trigo que se ha enviado a la frontera lo que ha dado la vida a un gran número de familias; no tenían ni un solo grano para sembrar; nadie se lo quería prestar; las tierras permanecían yermas y aquellas aldeas se quedaban desiertas por la muerte y por el abandono de sus habitantes. Se han utilizado hasta 22.000 libras en un año en simiente para ocupar a la gente en verano y alimentarla en invierno. Fíjense, Señoras, en los bienes que han hecho y la desgracia que ocurriría, si llegaran a faltar».

«El tercer motivo que tienen ustedes para proseguir estas obras tan santas es el honor que Nuestro Señor saca de ellas. ¿Cómo así? Porque es honrarle a El entrar en sus sentimientos, seguirlos, hacer lo que El hizo y realizar lo que El ha ordenado. Pues bien, sus sentimientos más íntimos han sido preocuparse de los pobres para curarlos, consolarlos, socorrerlos y atenderlos; en ellos es en quienes ponía todo su afecto. Incluso El también quiso nacer pobre, recibir en su Compañía a los pobres, servir a los pobres, ponerse en lugar de los pobres, hasta decir que el bien y el mal que les hacemos a los pobres los considerará como hechos a su divina Persona. ¿Podía acaso demostrarles un amor más tierno a los pobres? No hay ninguna diferencia, Señoras, entre amarle a El y amar a los pobres de ese modo; servirles bien a los pobres es servirle a El, es honrarle como es debido e imitarle en nuestra conducta. Si esto es así, ¡cuántos motivos tenemos para animarnos a perseguir estas buenas obras, diciendo ya desde ahora desde lo más profundo de nuestros corazones: ¡Sí, me entrego a Dios para cui dar de los pobres y para practicar con ellos las obras de caridad; los atenderé, los cuidaré, los querré y, a ejemplo de Nuestro Señor, amaré a quienes los consuelan, y respetaré a todos los que los visiten y atiendan!.Pues bien, si nuestro bondadosísimo Salvador se considera honrado con esta imitación, ¡cómo hemos de sentirnos también nosotros honrados en poder hacernos semejantes a El! ¿No les parece, Señoras, que es éste un motivo muy poderoso para renovar en ustedes el primer fervor? En cuanto a mí, creo que debemos ofrecernos hoy a su Divina Majestad, para que nos anime de su misma caridad, de forma que en adelante se pueda decir de todas ustedes que es la caridad de Cristo la que las impulsa».

«He aquí bastantes motivos para las almas que aman a Dios. Me parece que también ustedes me dicen: Padre, estamos todas convencidas de que es importante continuar las obras buenas comenzadas, porque solamente el fin es lo que corona las obras, y que no solamente hay que servir a Dios y atender a los pobres, sino además hay que procurar hacerlo bien; no queda más que buscar los medios para ello, puesto que, gracias a Dios, estamos decididas y dispuestas a hacer todo lo posible para que sigan adelante las obras y prosigan nuestras reuniones»

«El primer medio que les presento, Señoras, es tener un interés continuo y acendrado por trabajar en vuestro progreso espiritual y vivir con toda la perfección que les sea posible, teniendo siempre la lámpara encendida dentro de ustedes, esto es, un deseo cordial, ardiente y perseverante de agradar y de obedecer a Dios; en una palabra, de vivir como verdaderas siervas de Dios. Las que están en estas disposiciones atraen seguramente las gracias de Dios y de Nuestro Señor sobre ellas mismas, en sus corazones y en sus

acciones, viviendo de esa manera, ustedes conseguirán la perseverancia en las buenas obras, porque el Señor de las misericordias habitará en ustedes. Y puesto que las máximas del mundo no están de acuerdo con esto, y no hay nada que nos prive tanto del espíritu de Dios como el vivir mundanamente en el siglo, y como cuanto mayor es el lujo y la fastuosidad, más indigno se hace uno de poseer a Jesucristo, las Damas de la Caridad tienen que apartarse de ese espíritu del mundo, como de un aire infectado; es preciso que se declaren partidarias de Dios y de la caridad. Y tiene que ser por entero, pues el que quisiera adherirse en una pequeña parte al partido contrario, lo estropearía todo, porque Dios no puede tolerar un corazón compartido, lo quiere todo, sí, lo quiere todo. Tengo el consuelo de hablarles a unas almas que son totalmente suyas, apartadas de todo lo que podría hacerlas desagradables a sus ojos. En los primeros años, entre aquéllas que se presentaban para entrar en la Compañía, se elegía a las que no frecuentaban el juego, ni las comedias, ni otros pasatiempos peligrosos y que no eran vanidosas, haciéndose las devotas. Por eso, hemos de creer que Dios no derrama sus gracias más que sobre aquéllas que se separan del gran mundo, que se acercan a Dios y que se recogen para unirse con El a base de suspiros, oraciones y con trabajos y ocupaciones santas, de manera que todo el mundo sepa que han hecho profesión de servir a Dios».

«¡Oh Señor! ¿Será mucha la gente que se salva? Hay dos puertas para ir a la otra vida, una estrecha y otra ancha. Hay pocos que pasan por la primera y muchos por la segunda. Los santos entienden por puerta ancha la libertad de los mundanos, quienes, tomando carrera, siguen sus apetitos desordenados: para ésos no queda más remedio que la cólera y la maldición de Dios, según lo que dice san Pablo: Si vivís según la carne, moriréis. ¡Salvador mío! ¡Qué amenaza! Tenemos motivos para creer que no estamos en ese gran número de los que caminan a la perdición; sí, así es, si realmente marchamos por el camino estrecho».

«Las Señoras, que se entreguen a Dios para vivir como verdaderas cristianas en la observancia de los mandamientos de Dios y cumpliendo con las reglas de la justicia: las casadas, obedeciendo a sus maridos; las viudas, viviendo como viudas; las madres, cuidando de sus hijos; las amas, de sus criados y criadas; y que, finalmente, añadan a esos deberes lo que el Bienaventurado Obispo de Ginebra les aconseja, a saber, que entren en las Compañías y Cofradías que hacen profesión especial de virtud y que, además de recomendar algún acto externo de piedad o de misericordia, lleven también a la mortificación de las pasiones y al amor de Dios, esas Señoras caminarán por el buen camino, que conduce a la vida. Entren pues, en esta Compañía o Cofradía las que todavía no se hayan alistado en ella, puesto que lo más importante es no tener corazón más que para Dios, ni más voluntad que la de amarle, ni más tiempo que para servirle. Si una se complace en su marido, es por Dios; si se preocupa de sus hijos, es por Dios; si se dedica a sus negocios, es por Dios. Así es como se pasa por la puerta estrecha de la salvación y se llega al cielo».

«Nuestro Señor tenía que tratar con tres clases de gente: con los Apóstoles, con los discípulos y con el pueblo. Este le seguía por algún tiempo, pero, después de haber

saboreado sus palabras de vida, se retiraba. Eso le obligó a Nuestro Señor a decir a sus discípulos: Y ¿vosotros? ¿No queréis dejarme? Hay algunas personas que, al ver cómo muchas de ustedes siguen constantemente a Nuestro Señor por el camino estrecho del ejercicio del amor de Dios y del prójimo, querrían también hacer lo mismo. Es algo que les parece hermoso, pero, como lo encuentran difícil, no se quedan».

«Entre los que se mantuvieron firmes en seguir a Nuestro Señor, había tanto mujeres como hombres, que le siguieron hasta la cruz. Ellas no eran apóstoles, pero componían un estado medio, cuyo oficio consistió luego en administrar a los apóstoles los medios de vida, y en contribuir a su santo ministerio. Es de desear que las Damas de la Caridad miren a esas mujeres devotas como a sus modelos. No hay ninguna condición en el mundo que se acerque tanto a ese estado como la de ustedes. Ellas iban de un lado para otro atendiendo a las necesidades, no sólo de los obreros del Evangelio, sino de los fieles necesitados»

«Ese es su oficio, Señoras; ésa es su herencia. Bendigan a Dios, porque les ha llamado a ese bienaventurado estado, y vivan como aquellas santas mujeres. Sientan cariño y devoción por la bienaventurada Juana de Cusa y por las demás de las que nos habla san Lucas. Al hacer así, pasarán por la puerta estrecha, que lleva a la vida. Y, como dice santo Tomás, se salvarán todas, porque —así lo dice él— *nadie puede perderse en el ejercicio de la caridad. Encerrémonos, pues, dentro del recinto de esta virtud; pongámonos a los pies de Nuestro Señor, y pidámosle que derrame luz, movimiento y calor en el espíritu de ustedes cada vez más, para continuar hasta el fin con la obra comenzada, porque no hacer mañana un poco más que hoy, es lo mismo que retroceder. En la vida espiritual es necesario avanzar siempre, y se avanza, cuando no se abandonan las buenas obras. ¡Quiera Dios conservarlas en las de ustedes, y hacerlas vivir como a las verdaderas madres, que nunca abandonan a sus hijos! Ustedes son las madres de los pobres, obligadas a portarse como Nuestro Señor, que es su padre y que se hizo semejante a ellos, viniendo a la tierra a instruirlos, a consolarlos y recomendárnoslos. Hagan ustedes lo mismo, frecuenten los santos lugares, como son los Hospitales, y traten con las personas virtuosas, como son las de su Compañía. Esa será una señal de su predestinación. Ese será un medio para avanzar en la virtud, un buen medio para atraer a otros a ella, y el medio de los medios para conservar y hacer florecer a la Compañía para mayor gloria de Dios y edificación del pueblo».*

«Otro medio para la conservación de su Compañía consiste en que moderen sus actividades, porque —según dice el refrán— *el que mucho abarca, poco aprieta. A otras Compañías o Cofradías, a varias Comunidades e, incluso, a Congregaciones religiosas enteras les ha sucedido que, por haberse cargado por encima de sus fuerzas, han sucumbido bajo la carga. La virtud se encuentra entre dos vicios opuestos, que son el defecto y el exceso. Por ejemplo, el que con el pretexto de caridad quisiera encargarse de todas las necesidades del prójimo, sin dejar pasar ninguno de los favores que podría hacerle, esa persona caería en un vicio; lo mismo le sucedería a la que no quisiera ejercer ninguna virtud, ni realizar nunca un acto de caridad, caería en el vicio contrario. Los*

teólogos opinan que es un mal tan peligroso excederse en la práctica de las virtudes como faltar en ella. Y el demonio, de ordinario, tienta a las personas muy caritativas, para que se excedan en sus buenas obras, sabiendo que más tarde o más temprano acabarán por sucumbir. ¿No han visto nunca a esos hombres que por llevar demasiado peso, o por tener mucha prisa en llegar, caen bajo su carga? Podría suceder que también la Compañía sucumbiera bajo la suya, si se cargara con demasiadas cosas».

«Se reconoce ya esto en la tarea de las catorce Señoras de la Compañía, que van por parejas dos veces cada día al Hôtel-Dieu a visitar y consolar a los pobres enfermos; es mucho el bien que hacen. Mientras que las otras se encargan de llevar todos los días algún refrigerio a los pobres enfermos, ellas se dividen para ir a consolar e instruir a las pobres mujeres y jóvenes enfermas en las camas donde están acostadas. Les cuesta ya mucho trabajo sostener esta tarea y soportar todas las dificultades con que se encuentran. Y este esfuerzo tan penoso hace que se encuentren pocas personas que quieran dedicarse a él»

«La ayuda que se manda a las fronteras y a las Provincias desoladas es muy grande. Se trata de una cosa casi sin ejemplo con que compararla, al ver cómo se reúnen unas Señoras para ayudar a unas Provincias reducidas a la extrema necesidad, enviando para allá grandes sumas de dinero, alimentos y ropa para atender a infinidad de pobres de toda condición, de toda edad y sexo. Nunca se ha oído decir que se hayan asociado unas personas como ésas, que, de oficio, como ustedes, hayan hecho algo semejante».

«Por consiguiente, sería de temer que, al sobrecargarse con nuevas obras, se dejaran caer otras más útiles y que finalmente todas acabaran por desaparecer. Es lo que me decía una persona hace poco tiempo. Dios es todopoderoso, pero nosotros somos débiles. Ponemos la virtud en donde no puede ponerse: no puede estar en el exceso. El Hijo de Dios sólo ha hecho un poco. Los Apóstoles hicieron algo más: San Pedro convirtió a cinco mil personas en una predicación, y Nuestro Señor predicó en muchas ocasiones sin convertir quizás a nadie. Dijo que los que creyeran en El harían más de lo que El hizo. Quiso ser humilde emprendiendo pocas cosas. Un estómago cargado no digiere bien. Un porteador acostumbra a sopesar la carga antes de echársela a los hombros y, si excede sus fuerzas, no se la carga. Hemos de pedirle a Dios que sea El mismo quien nos cargue con el peso; de ese modo, si las fuerzas nos fallan, El nos ayudará a llevarla. Que le conceda a la Compañía la gracia de ser prudente, a fin de que no abrace nada que no venga de El. ¡Cuánto tiempo ha pasado sin que nadie se encargara de los niños abandonados! ¡Cuántas instancias se han hecho, para que alguien los tomara bajo su protección! ¡Cuántas oraciones, peregrinaciones y comuniones se han hecho antes de decidirse a ello! Lo saben ustedes muy bien, y saben también que conviene hacerlo siempre así antes de hacer lo mismo con las nuevas propuestas que se nos hacen, para no comprometerse con ninguna de ellas por un celo indiscreto. Cuando vean que llevan bien los asuntos que Dios les ha encomendado, ¡ánimo!, bendigan a su Bondad infinita y entréguense a ella para llevarlos adelante. No presuman de sus fuerzas para poder hacer más».

«Tienen ustedes la colación de los pobres del Hôtel-Dieu y su instrucción, la

manutención y educación de los niños abandonados, la preocupación por las necesidades espirituales y corporales de los criminales condenados a galeras, la asistencia a las fronteras y a las Provincias desoladas, la contribución a las misiones de Oriente, del Norte y del Sur. Estas son, Señoras, las obras que atiende su Compañía. ¡Cómo! ¡Ocuparse de todo esto unas mujeres! Sí, esto es lo que, desde hace veinte años, les ha dado Dios la gracia de emprender y sostener. Entonces, no hagamos nada más sin pensarlo antes bien. Hagamos bien lo que hacemos, cada vez mejor, pues eso es lo que Dios pide de nosotros».

«El tercer medio para mantener la Compañía es contribuir a llenarla con otras Señoras piadosas y virtuosas. Pues, si no se anima a otras personas a entrar en ella, se irá reduciendo cada vez más y, al faltar gente, será demasiado débil para poder llevar adelante unas cargas tan pesadas. Por eso mismo, se propuso ya en otra ocasión que las Señoras procurasen, antes de morir, preparar a una hija, a una hermana o a una amiga, para que entrara en la Compañía; quizás es que no se acuerden. ¡Oh qué buen medio sería que cada una de ustedes se convenciera bien de los grandes bienes que se siguen, en este mundo y en el otro, para las almas que ejercen las obras de misericordia espiritual y corporal de tantas maneras como ustedes lo hacen! Esto les moverá sin duda alguna a que vayan preparando a otras, para que se unan a ustedes en esta santa práctica de la caridad por la consideración de esos bienes. Este convencimiento les animará primero entre ustedes, lo mismo que los carbones encendidos que se ponen juntos, y luego, alentarán a las demás con sus palabras y ejemplos».

«Permítanme, Señoras, que les pregunte cuáles son sus sentimientos sobre estas ideas. Y dirigiéndose a la Señora de Nemours, el Sr. Vicente le dijo: Señora, ¿se le ha ocurrido a usted algún medio? Y esa misma pregunta se la hizo a continuación a otras Señoras de la reunión. Algunas hicieron las observaciones siguientes:

«1. Que sería conveniente hablar con las personas a punto de presentarse delante de Dios, para que hicieran mandas piadosas en favor de los pobres que atiende la Compañía»

«Es un medio interesante —observó el Sr. Vicente— sugerir esta idea a las pe sonas acomodadas, cuando se les visite en sus enfermedades».

«2. Que sería de mucho provecho para la Compañía ser más asiduas en los actos».

«Es un buen consejo —replicó— *ser cumplidoras y exactas para atraer a las de más, así como también es un gran medio hacer que sientan el atractivo por una vida santa»*

«3. Que cada una de las Señoras debería concurrir, en la medida de sus posibilidades, a los gastos y al trabajo de la Compañía».

Para terminar el Sr. Vicente dijo: «Está bien, Señoras. ¡Bendito sea Dios! Queda por saber si les parece bien que las Oficialas sigan en su cargo. Si no les parece así, pasaremos

a votar. Después de preguntarles a todas, una por una, concluyeron por unanimidad que no se procediese por esta vez a una nueva elección».

«Y el Sr. Vicente terminó la reunión con estas palabras. ¡Muy bien, Señoras! De mos gracias a Dios por esta reunión. Pidámosle que acepte con agrado este ofre cimiento que vamos a hacerle de rodillas, entregándonos a su Divina Majestad con todo nuestro corazón, para recibir de su Bondad infinita el espíritu de caridad, y que nos conceda la gracia de responder con ese espíritu a los designios que tie ne sobre cada uno de nosotros en particular y sobre la Compañía, en general, y de suscitar por todas partes ese espíritu de fervor por la caridad de Jesucristo, a fin de merecer que El lo derrame abundantemente en nosotros y que, haciendo producir ya sus efectos en este mundo, nos haga agradables a Dios, su Padre, eternamente en el otro. Así sea».

CAPITULO UNDECIMO pág. 465

Socorros proporcionados por el Sr. Vicente a las Provincias arruinadas por la guerra

SECCION I pág. 465: Socorros prestados a Lorena

Se puede decir sin exagerar, que vamos a ver en este capítulo y en los dos siguientes, pues en ellos se habla de las asistencias prestadas a un número casi innumerable de personas reducidas a extrema necesidad por la desgracia de las guerras, una obra maestra de caridad, que hasta el momento no ha tenido nada semejante. Las historias antiguas ciertamente nos facilitan ejemplos diversos de las miserias extremadas causadas por el azote de la guerra: nos representan las ruinas y la desolación de ciudades, de Provincias y de Monarquías enteras; pero no leemos en ninguna, que, entre el terror y los desórdenes de los ejércitos y en medio de las violencias y el bandidaje de los soldados, se haya encontrado el medio de practicar toda clase de obras de misericordia espirituales y corporales con una organización, una habilidad, un valor y hasta con una seguridad, no solamente con algunas personas particulares, sino también con pueblos enteros; ni tampoco en una ocasión pasajera, o durante algunos días, sino durante una larga serie de años; y que, durante todo ese tiempo se haya hecho triunfar a la caridad en los mismos sitios, en donde la justicia no tenía ya ni fuerza, ni donde la autoridad legítima era reconocida, y donde las leyes y las órdenes de los soberanos eran pisoteadas.

Ciertamente debemos confesar que nunca se ha llevado a la práctica cosa parecida en todos los siglos pasados, o que, si se ha hecho algo similar, los historiadores no han hablado de ello, porque quizá les costó creerlo aún viéndolo con sus propios ojos, o porque temieron que se tomara como hipérbole lo que ponían por escrito. Pero lo que vamos a referir aquí ha sido tan público y tan manifiesto por haber estado expuesto durante varios años ante los ojos y el conocimiento de un grandísimo número de personas

que dan testimonio de ello, que no tenemos motivos para temer que se lo pueda poner en duda. Y si quedara alguna persona incrédula que quisiera llevar la contraria, las Provincias enteras se levantarían contra ella, y le opondrían a miles de personas que todavía se reconocen, aún hoy en día, deudores de la conservación de su vida y de todo lo que les puede ser más querido que su misma vida, a las caritativas asistencias que les han prestado.

Sin embargo, quien ha concebido el primero, por inspiración de Dios, esos grandes proyectos; quien ha comenzado, continuado y sostenido durante tan largos años esas empresas caritativas; y quien ha suscitado, alentado y animado con el mismo espíritu de caridad de la que él estaba lleno, a todas las personas que han respondido y cooperado en esas obras maravillosas, ha sido el gran Vicente de Paúl. Dios le quiso comunicar una luz, una fuerza y una gracia tan abundante, que, después de haberla emprendido con tanto ánimo, ha conducido felizmente a su culminación una obra que parecía estar por encima de todo el ingenio y de todo el poder de los hombres.

Comenzaremos este capítulo por Lorena, que fue la primera en sentir los ataques de la guerra, y que se vio reducida a una desolación extraordinaria por la violencia de aquel azote. Esta Provincia era en otro tiempo una de las más pobladas, de las más fértiles y de las más prósperas de toda Europa: tenía buenos Príncipes, y los Príncipes tenían súbditos fieles, y se tenían entre sí un afecto recíproco, cosa que no se encuentra ordinariamente en otras naciones. Desde hacía mucho estaba disfrutando de una paz completa, tanto interna como externa, con todas las ventajas que acompañan a una larga prosperidad. Pero como la abundancia de bienes y de placeres temporales son más propios para apegar los corazones de los hombres a la tierra, que para elevarlos al cielo, y como es muy difícil que entre las facilidades y las comodidades de la vida no se den muchos vicios y pecados, la Providencia divina, queriendo purificar esta tierra con las aguas de la tribulación, empezó a hacerle sentir, desde el año 1635, las tres plagas, si no a la vez, al menos una después de la otra, a saber, la peste, la guerra y el hambre. Con ellas quedó, casi toda la Provincia cubierta como de un diluvio que parecía inundarla. Y, efectivamente, un grandísimo número de los habitantes fueron arrebatados por esos torrentes despiadados y casi todos los demás corrieron el mismo peligro. Y los eclesiásticos, los nobles y los principales del pueblo que pudieron escapar, fueron a buscar en otra parte el mantenimiento para su vida, al no poderla conservar en sus propias casas. La desolación llegó a tal extremo, que, después de que la mayor parte de los que quedaron en su tierra, se vieron obligados a alimentarse con la carroña medio podrida de los animales, también ellos se vieron reducidos a ser pasto de las fieras carniceras, y observaron como corrían por todos los lados los lobos hambrientos, que descuartizaban y devoraban a mujeres y niños que encontraban un poco aislados, incluso en pleno día y a la vista de todo el mundo; y varias de esas pobres criaturas fueron arrancadas muy heridas de sus garras y medio muertas, y las llevaron a los Hospitales de las ciudades, en los que los Sacerdotes de la Misión las hicieron curar. Los lobos estaban tan enviciados con los cuerpos humanos, que iban de día a los pueblos y las aldeas y entraban en las casas abiertas, y de noche en las ciudades por las brechas de las murallas, y se llevaban a

mujeres, niños y todo lo que podían arrebatar.

Como Dios no se olvida nunca de su misericordia, ni en medio de las más rigurosas ejecuciones de su Justicia en esta vida, queriendo dar algún consuelo y alivio a aquel pueblo afligido, suscitó el espíritu del Sr. Vicente, quien, en cuanto se enteró de la desolación de aquella pobre Provincia, quedó vivamente conmovido, y acudió, cual otro Moisés, a la oración, diciendo a Dios: *«¿Por qué, Señor, se enciende tu furor contra este pueblo afligido? Haz, te ruego, cesar tu venganza». etc. E impulsado por un espíritu de compasión y de caridad, se ofreció a su Divina Majestad, para contribuir todo lo que podía al alivio y al consuelo de aquella pobre gente, reducida a la miseria más extrema. Poco tiempo más adelante la Divina Providencia le envió una persona que le llevó alguna cantidad para emplearla en aquella buena obra. El Sr. Vicente la mandó inmediatamente a los Sacerdotes de su Congregación, que residían en la ciudad de Toul, en Lorena. Y aquellos caritativos misioneros empezaron cuanto antes a usarla en alojar, alimentar y medicinar a los pobres enfermos, que estaban tumbados por las calles. Inmediatamente hizo salir a otros Sacerdotes y Hermanos de la casa de San Lázaro, para que fueran a prestar los mismos servicios en otras ciudades de Lorena, y, especialmente, en Metz, Nancy, Barle Duc, PontàMousson, SaintMichel, Luneville, etc.*

He aquí un certificado de la ayuda, que hizo prestar, en primer lugar, a los pobres de la ciudad de Toul, fechado el mes de diciembre de 1639 «Juan Midot, doctor en teología, gran arcediano, canónigo y vicario general de Toul, con la sede episcopal vacante: Certificamos y damos fe, que los Sacerdotes de la Misión residentes en esta ciudad continúan, desde hace unos dos años con mucha edificación y caridad, aliviando, vistiendo, alimentando y medicinando a los pobres: Primero, a los enfermos; de éstos han llevado a su casa a sesenta, y a unos cien los han albergado en los arrabales. Segundo, a muchos otros pobres vergonzantes reducidos a gran necesidad y refugiados en esta ciudad, a quienes dan limosna. Y en tercer lugar, a muchos soldados pobres, que vuelven de los ejércitos del Rey heridos y enfermos, que se retiran también a la casa de los susodichos Sacerdotes de la Misión y al Hospital de la Caridad, donde les dan de comer y los atienden».

«De todas esas obras caritativas y de las demás atenciones la gente de bien ha quedado muy edificada».

«En testimonio de lo cual hemos firmado y hecho refrendar, y sellar», etc

Los Sacerdotes de la Misión que residían en Toul enviaron ese certificado al Sr. Vicente, y le preguntaron si tratarían de conseguir certificados parecidos de las otras ciudades, adonde irían a llevar una ayuda parecida. Les respondió así: *«Que harían bien en no pedirlos; que bastaba con que sólo Dios conociera sus obras y que los pobres fueran aliviados, sin querer conseguir otros testimonios».*

Las mismas asistencias se prestaron a la ciudad de Metz, donde la pobreza era inconcebible, y la afluencia de pobres, extraordinaria. Su número era tan grande, tanto

dentro como fuera de la ciudad, que, a veces, ante las puertas (de la ciudad) había hasta cuatro y cinco mil personas de toda edad y sexo, y por las mañanas de ordinario se encontraban con diez o doce muertos. Las jóvenes mayorcitas estaban en evidente peligro de abandonarse antes que de dejarse consumir, y varias comunidades religiosas estaban a punto de romper su clausura para buscar con qué vivir.

El Sr. Vicente, cuando le advirtieron aquella extrema necesidad, envió, en cuanto pudo, a los suyos para conservar la vida a unos y el honor a las obras, y para tratar de salvarlos a todos. He aquí una carta que los Sres. Regidores Municipales de la ciudad de Metz escribieron sobre este asunto al Sr. Vicente, el mes de octubre del año 1640:

«Nos ha obligado usted tan estrechamente al remediar, como ha remediado, la indigencia y la extrema necesidad de nuestros pobres mendigos, vergonzantes y enfermos y, sobre todo, de los monasterios pobres de las religiosas de esta ciudad, que seríamos unos ingratos, si tardáramos más tiempo en testimoniarle nuestra gratitud, pudiendo asegurarle que las limosnas que usted ha enviado a nuestra ciudad no podían ser mejor distribuídas ni repartidas que entre nuestros pobres, que aquí son tan numerosos, y especialmente entre las religiosas, que se ven desamparadas de toda ayuda humana, ya que unas no pueden gozar de sus rentas desde la guerra, y otras no reciben nada de las personas acomodadas de esta ciudad, que antes les daban limosna, y que ahora se han quedado sin blanca. Esto nos obliga a suplicarle, como lo hacemos con toda humildad, que siga usted enviando los mismos socorros que hasta ahora ha mandado, tanto para los mencionados pobres como para los monasterios de esta ciudad. Esto será una ocasión de adquirir grandes méritos para cuantos hacen esta obra buena, y para usted, señor, que lleva la dirección de este asunto, administrándolo con tanta prudencia y rectitud, con lo cual adquirirá usted una buena paga en el cielo».

Los misioneros residentes en Verdún escribieron al Sr. Vicente,

«Que tenían durante los años 1639, 40 y 41, a veces, hasta quinientos o seiscientos pobres, y en otras ocasiones, por lo menos cuatrocientos en la ciudad, que alimentar. Los misioneros les distribuían el pan diariamente, y separaban a los pequeños de los mayores, para poder instruirlos con mayor fruto».

«Que daban a cincuenta o sesenta enfermos potaje y carne todos los días, y a algunos, dinero para otras necesidades».

«Que asistían a unos treinta pobres vergonzantes».

«Que muchos pobres campesinos y otros transeúntes venían a pedirles limosna, y que les daban pan a todas horas».

«Que vestían a los desnudos, y daban calzado a los más necesitados».

Uno de esos misioneros escribía cierto día al Sr. Vicente, que lo que los había

edificado y consolado mucho era la paciencia admirable y la resignación increíble que hallaban en los enfermos y en los moribundos:

«¡Señor! decía ¡Cuántas almas van al cielo por la pobreza! Desde que estoy en Lorena, he atendido a más de mil pobres moribundos, que parecían que estaban, todos ellos, perfectamente bien preparados, ¡Cuántos intercesores tienen los bienhechores en el cielo!».

He aquí cómo se hacía la distribución en Nancy a varias clases de pobres durante los años de los que hemos hablado más arriba.

1. A los que gozaban de buena salud, en número de cuatrocientos o quinientos, se les daba todos los días pan y potaje. También todos los días se les daba instrucción, y así se les preparaba para confesarse y comulgar casi todos los meses; y los misioneros alojaban por caridad a una parte de los pobres en la casa donde ellos residían.

2. Acogían en su casa a muchos enfermos, los alimentaban y les hacían las curas.

Además de esos enfermos, procuraron que acogieran a otros en el Hospital de San José; allí les enviaron ropa blanca y dinero, pero antes de mandarlos al Hospital, les hacían confesarse y comulgar. De ordinario, había treinta, cuarenta y cincuenta enfermos más acogidos aquí y allí en la ciudad, y diariamente les mandaban pan, potaje y carne.

3. Atendían a dos clases de enfermos vergonzantes: unos eran de condición media en número de unos cincuenca, además les proporcionaban cierta cantidad de pan por semana. Los otros eran personas de categoría, tanto eclesiásticos como laicos, muy necesitados y vergonzantes en número de treinta, más o menos; y a éstos les daban cierta cantidad de dinero cada mes, según su condición y las necesidades de cada uno.

4. Tuvieron un cuidado particular de muchas pobres madres nodrizas, y les daban dinero, harina, pan y potaje.

5. Hacían curar a los enfermos y a los heridos; pagaban a los cirujanos y los remedios, y hasta solían disponer de algunos remedios secretos, que les habían enseñado para hacer muchas de las curas, que les costaban poco y que no dejaban de proporcionar un gran alivio a los pobres.

6. Distribuían ropa blanca y vestidos a todos los pobres que no los tenían. A medida que les daban camisas, les recogían las suyas, que estaban sucias, para hacerlas lavar y llegaron a aprovechar a veces hasta seis o siete docenas que servían para otros.

No podemos presentar aquí las cartas más conmovedoras que el Sr. Vicente recibía por entonces de aquella Provincia desolada, tanto sobre la extrema aflicción de los pueblos, como sobre las incomparables asistencias que les dio, porque esas cartas no se las guardaba, sino que las enviaba a diversos sitios para excitar a los ricos a compasión con

el relato de tantas miserias, y para consolar también a los bienhechores con los felices efectos de sus limosnas, y los bienhechores, a su vez, se las comunicaban a otros. Veamos lo que un virtuoso eclesiástico escribió al Sr. Vicente a propósito de esta materia:

«He visto dice las cartas que vienen de Lorena, que usted las ha enviado al Sr. N., y él me las ha enseñado. Tengo que confesarle que no las he podido leer sin lágrimas, y en tal abundancia, que me he visto obligado a suspender varias veces la lectura. Alabo a nuestro buen Dios por la Providencia paternal que tiene sobre sus criaturas, y le ruego que continúe derramando sus gracias sobre los Sacerdotes que están consagrados a esa obra divina. Sólo me queda lamentarme al ver a esos Obreros caritativos que ganan el cielo, y lo hacen ganar a tantos otros, mientras yo, por mi miseria, no hago más que arrastrarme por la tierra como un animal inútil», etc

Los primeros Sacerdotes de la Misión que fueron a PontàMousson, el mes de mayo del año 1640, escribieron al Sr. Vicente que habían dado limosnas a cuatrocientos o quinientos pobres tan desfigurados, que nunca habían visto gente más digna de compasión; que en su mayor parte eran campesinos, tan agotados y débiles, que se morían hasta cuando estaban comiendo; que los cuatro párrocos de la ciudad les habían dado una lista de enfermos y de pobres vergonzantes más dignos de lástima; que habían visitado a los enfermos, y habían hallado a varios en estado agónico; que había religiosas muy necesitadas; que en algunas aldehuelas de los alrededores de la ciudad los lobos devoraban a las personas, pero eso no impedía que algunas personas vinieran por pan, particularmente niños de diez o doce años; y que a un párroco bueno y caritativo, que se había ofrecido a llevarles algunas limosnas, le habían dado dinero para que los alimentara.

En esa ciudad había siempre, de ordinario, unos cien enfermos y cincuenta o sesenta vergonzantes, además de algunas personas de calidad muertas de hambre. Los misioneros los asistieron a todos en la forma que hemos dicho que hacían en otros sitios: daban vestidos y ropa blanca a muchos, especialmente a los enfermos, zapatos y herramientas a los que podían trabajar, para que fueran al bosque a ganarse la vida.

En fin, hicieron repartos ordinarios y diarios a varios centenares de otros pobres refugiados; y tanto a unos como a los otros les dieron una especie de misión para prepararlos a todos a hacer una buena confesión general, cosa que realizaron muy cristianamente.

Los Sres. Alcalde, Regidores Municipales y Oficiales de Justicia y del Consejo de la ciudad de PontàMousson escribieron al Sr. Vicente en diciembre de 1640 una carta de agradecimiento por sus limosnas, y con razones acuciantes para obtener la continuación de las mismas:

«El temor de vernos dentro de poco privados de las limosnas que su bondad ha querido que se distribuyan a nuestros pobres nos obliga a recurrir a usted, señor, para que haga el favor de seguir proporcionándoles, con tanto celo como hasta ahora, esos socorros, ya que su necesidad sigue siendo más aguda que nunca. Hace dos años que no se

ha recogido la cosecha: la tropa destrozó los trigales sin madurar; las continuas guarniciones lo han dejado todo hecho una pena; los que antes estaban bien acomodados, se ven ahora reducidos a la mendicidad. Son éstos otros tantos motivos, tan poderosos como ciertos, para conmover el afecto de su corazón, lleno de amor y de piedad, para que siga concediendo su benigna influencia sobre quinientos pobres, que morirían dentro de pocas horas, si, por desgracia, llegara a faltarles esa ayuda. Le suplicamos a su bondad que no soporte esos extremos, sino que nos dé las migajas de lo que les sobra a otras ciudades; no solamente les dará una limosna a nuestros pobres, sino que los librará de las garras de la muerte y nos dejará a todos muy estrechamente obligados», etc

Por ese tiempo, uno de esos mismos Sacerdotes de la Misión había ido a la ciudad de SaintMihiel. He aquí en qué términos le escribió al Sr. Vicente en cuanto llegó a aquel sitio:

«Apenas llegar, empecé a repartir limosnas. Encontré tan gran cantidad de pobres que no pude darles a todos. Hay más de trescientos que se encuentran en suma necesidad, y otros trescientos más, en una situación extrema. Señor, se lo digo con toda sinceridad: hay más de cien que parecen esqueletos cubiertos de piel, tan horribles que, si Nuestro Señor no me diera fuerzas, no me atrevería ni a mirarlos; tienen la piel como cuero amoratado, con la piel tan contraída, que se les ven los dientes totalmente secos y descubiertos, con los ojos y el rostro contraído. Es la cosa más espantosa que puede uno imaginarse. Van buscando algunas raíces por el campo, que luego cuecen y se las comen. Recomiendo con todo interés estas grandes calamidades a las oraciones de nuestra Compañía. Hay numerosas muchachas que se mueren de hambre; entre ellas hay no pocas jóvenes, de las que tengo miedo que la desesperación les haga caer en una miseria mayor aún que la temporal».

En otra carta del mes de marzo del mismo año de 1640 le escribió al Sr. Vicente lo que sigue:

«Hemos tenido en la última distribución de pan que hemos hecho, mil ciento treinta y dos pobres, sin contar a los enfermos, que son muy numerosos y a los que asistimos con el alimento y los remedios apropiados. Todos ellos rezan por sus bienhechores con tales sentimientos de gratitud, que muchos lloran de cariño, incluso algunas personas ricas, que se han visto arruinadas. No creo que puedan perecer todas estas personas por las que se ofrecen a Dios tan frecuentes oraciones. Los señores de la ciudad alaban mucho estas limosnas, diciendo claramente que muchos habrían muerto sin esta ayuda, y publicando la obligación que tienen con ustedes. Adjuró un pobre suizo de su herejía luterana hace pocos días, y después de haber recibido los sacramentos murió muy cristianamente».

El Sr. Vicente había enviado, a partir de ese mismo año, 1640, a uno de los más antiguos y principales Sacerdotes de su Compañía a visitar a todos los misioneros ocupados en hacer los repartos en Lorena, tanto para revisar la organización y el empleo de las limosnas y de las Instrucciones, como, principalmente, para fijarse en las ciudades

que tenían mayor necesidad de ayuda. He aquí lo que ese Visitador le escribió desde SaintMihiel:

«Le puedo decir, señor, cosas admirables de esta ciudad, que parecerían increíbles, si no las hubiéramos visto. Además de todos los mendigos, de los que le he hablado, la mayor parte de los habitantes de la ciudad, y, sobre todo, de la nobleza, sufren tanta hambre, que no se puede expresar ni imaginar. Y lo que es más de lamentar, es que no se atreven a pedir. Hay algunos que se deciden, pero otros preferirían morir. Y he estado hablando con personas de categoría que no hacen más que llorar»..

«He aquí otra cosa bien rara. Una mujer viuda, como no tenía más ni para ella ni para sus tres hijos, viéndose reducida a morir de hambre, desolló una culebra y la puso sobre las brasas para asarla y comerla, al no poder disponer de ninguna otra cosa; se lo hicieron notar a nuestro Cohermano que reside aquí, y al ver aquello, pudo ponerle remedio».

«No muere ningún caballo en la ciudad de la enfermedad que sea, sin que lo arrebaten inmediatamente para comerlo; y sólo hace tres o cuatro días que encontraron a una mujer pidiendo limosna, con el delantal lleno de aquella carne infecta, y que daba a otros pobres a cambio de pedacitos de pan».

«Una joven Señorita ha estado durante varios días dudando si vender lo que más quería en el mundo para tener un poco de pan, y hasta ha buscado varias veces ocasión para ello. Sean dadas a Dios alabanza y gracias, porque no les halló, y porque actualmente está fuera de peligro».

«Otro caso muy de lamentar es que los sacerdotes, todos ellos gracias a Dios de vida ejemplar, sufren la misma necesidad y no tienen pan para comer, hasta el punto de que un párroco, que vive a media legua de la ciudad, se ha visto reducido a tirar del arado, enganchado con sus feligreses en lugar de los caballos. Señor, ¿no es digno de lamentar ver a un sacerdote, a un párroco reducido a semejante estado? No hace falta ir a Turquía para ver a los sacerdotes condenados a labrar la tierra, ya que ellos mismos lo hacen a nuestras puertas al verse obligados por la necesidad».

«Por lo demás, señor, Nuestro Señor es tan bueno, que parece que ha distinguido a SaintMihiel con el espíritu de devoción y de paciencia, porque, en plena extrema indigencia de bienes temporales, sienten tal avidez por los espirituales, que en la catequesis se juntan, para escucharla, hasta dos mil personas. Eso es mucho para una población pequeña, en la cual la mayor parte de las casas grandes están desiertas. También los pobres son muy diligentes en asistir y en recibir los sacramentos. Toda la gente siente una gran estima por el misionero que está aquí, el cual les instruye y los alivia; y se juzgan dichosos por haber hablado con él. También el misionero se ocupa con una gran caridad y mucho trabajo en su zona, y ha llegado a quedarse tan agotado por las confesiones generales y por la falta de alimento, que ha caído enfermo».

«Estoy maravillado de cómo con tan poco dinero como recibe de París ha podido hacer tantas limosnas, ya en general, ya en particular. Es ahí donde yo veo manifiestamente la bendición de Dios, que hace multiplicar el bien; y me he acordado de lo que dice la Sagrada Escritura acerca del maná: cada familia recogía una misma cantidad, y bastaba para todos, aunque fuera distinto el número de personas que lo recogían. Aquí estoy viendo una cosa parecida, porque nuestros sacerdotes que tienen más pobres no reparten menos y nunca les falta nada».

También traeremos aquí una carta escrita al Sr. Vicente por los Sres. Lugarteniente, Preboste, Consejo y Gobernador de la misma ciudad el año 1543. En ella hablan en estos términos:

«Toda la corporación de la ciudad de SaintMihiel y cada uno de sus miembros en particular le dan un millón de gracias por los cuidados y las preocupaciones que ha querido usted aceptar para su alivio, tanto con la distribución de limosnas y la asistencia a los pobres enfermos y necesitados, como por haberles librado de una parte de la carga de nuestra guarnición. Le suplicamos muy humildemente que nos siga protegiendo y dándonos sus limosnas, de las que tiene más necesidad que nunca esta pobre y desolada ciudad. Por este medio seguramente viven en la actualidad una infinidad de personas que hubieran muerto sin él, y si se les retira o se les acorta esta ayuda, necesariamente morirán de hambre gran parte de los habitantes, o irán a otra parte buscando recursos. Todo esto sin hablar de lo que ha mandado distribuir entre los conventos, con lo que han podido subsistir en parte, y de su asistencia a otras personas vergonzantes, algunas de buena posición, que han recibido de los sacerdotes de usted atención en las enfermedades y necesidades. Nunca podremos pedirle con suficiente insistencia que continúe concediendo su favor a tantos enfermos y necesitados, aparte de la gloria y el mérito que alcanzará usted ante Dios», etc

Los pobres de Bar-le-Duc, tanto habitantes como refugiados, unos ochocientos más o menos, fueron a su vez bien asistidos en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma.

Eso alivió mucho a toda la región, y particularmente a esa ciudad. En ella antes se veían muchísimos pobres, tumbados en la calle, en las encrucijadas, y ante las puertas de las iglesias y de los burgueses, que se morían de hambre, de frío, de enfermedad y de miserias. Uno de los Sacerdotes de la Misión escribió al Sr. Vicente el mes de febrero de 1640 que, cada vez que repartía pan, necesitaba dar ropas a veinticinco o treinta pobres, y añadió:

«Desde hace poco he vestido en total a doscientos sesenta. Pero no puedo decirle, señor, a cuántos otros he vestido espiritualmente por medio de la confesión y de la Sagrada Comunión. Sólo en el espacio de un mes he podido contar más de ochocientos. Y espero que, durante esta cuaresma, todavía lo haremos con más. Todos los meses entregamos al Hospital un doblón y medio para los enfermos que enviamos; y, como entre ellos hay unos ochenta que están más enfermos que los demás, les damos potaje, carne y

pan».

El Visitador enviado por el Sr. Vicente, que pasó por Bar el mes de julio de 1640, le escribió desde aquel lugar en concreto lo que sigue:

«En primer lugar, todas las semanas, nuestros misioneros reparten ropa a un gran número de pobres, especialmente camisas: recogen las viejas para hacerlas lavar y arreglar, y que sirvan para otros; o bien, las cortan en tiras para curar a los heridos y llagados».

«En segundo lugar, ellos mismos se dedican a curar aquí a muchos enfermos de tiña; antes había aquí, habitualmente, veinticinco, y todavía quedan doce. Esta enfermedad es muy común en toda Lorena, pues en las demás ciudades también hay en proporción, y en todas partes, gracias a Dios, son cuidados con mucha caridad y mucho esmero, de forma que todos logran curarse con cierto remedio muy eficaz que han aprendido nuestros Hermanos».

«Y en tercer lugar, nuestros sacerdotes de aquí han hecho unos gastos muy considerables, pero muy útiles, para recibir a los pobres transeúntes, ya que nuestros misioneros que están en Nancy, en Toul y en otros lugares les mandan con frecuencia grupos de pobres para que los envíen a Francia, ya que esta ciudad es la puerta de Lorena, y ellos les proporcionan víveres y algún dinero para el viaje».

De dos Sacerdotes de la Misión que asistían a los pobres de BarleDuc, uno de ellos murió en el trabajo, y el otro quedó gravemente enfermo. He aquí lo que el R. P. Roussel, rector del Colegio de la Compañía de Jesús de esa ciudad en la que ellos residían, escribió al Sr. Vicente el mismo año de 1640 en estos términos:

«Ya conoce usted la muerte del misionero, Sr. de Montevit C. M., a quien usted había enviado aquí. Sufrió mucho en su enfermedad, que fue muy larga, y puedo decirle con toda verdad que no he visto jamás una paciencia tan grande y tan resignada como la suya. Nunca le oímos decir una sola palabra que denotara la menor impaciencia. Todas sus conversaciones reflejaban una piedad poco común. El médico nos decía con frecuencia que nunca había tratado a un enfermo tan obediente y tan sencillo. Comulgó muchas veces en su enfermedad. Además de las dos veces que comulgó bajo la forma de viático. Su delirio de ocho días completos no le impidió recibir la Extremaunción con plena conciencia, que recobró cuando se le administraba este sacramento, y volvió a perderla inmediatamente. En fin, murió como a mí me gustaría, y como le pido a Dios que me lo conceda».

«Los dos cabildos de Bar asistieron a su entierro, así como también los PP. Agustinos. Pero lo que más honró sus exequias fueron los seiscientos o setecientos pobres que acompañaron su cuerpo, todos con una vela en la mano, llorando con tanta pena, como si asistiesen al funeral de su propio padre. Los pobres le demostraron de esta forma su gratitud por haber contraído la enfermedad al curar sus males y al aliviarles en su pobreza. Siempre se le veía con ellos, y no respiraba más aire que su mal olor. Oía sus

confesiones con tanta asiduidad por la mañana y después de comer, que nunca pude conseguir de él que se tomara el descanso de venir una sola vez a pasear. Lo hemos hecho enterrar junto al confesonario, donde contrajo su enfermedad y donde hizo buen acopio de los méritos de que ahora goza en el cielo».

«Dos días antes de su muerte, cayó enfermo un compañero; ahora ya está bien. Su enfermedad se ha debido al trabajo excesivo y a su largo trato con los pobres. El día antes de Navidad estuvo veinticuatro horas sin comer y sin dormir, ya que no dejó el confesonario más que para ir a decir misa. Sus Señores (Sacerdotes) son muy dóciles y asequibles en todo, excepto cuando se les aconseja que se tomen un poco de descanso. Se imaginan que su cuerpo no es de carne, o que su vida no tiene que durar más que un año».

«En cuanto al Hermano, se trata de un joven sumamente piadoso; ha servido a los dos sacerdotes con toda la paciencia y abnegación que hubieran podido desear los enfermos más exigentes».

No hablaremos aquí de las demás ciudades, pueblos y aldeas de Lorena, que han sido asistidos con la misma caridad por los misioneros del Sr. Vicente, a quien ante Dios se le puede llamar con razón y justicia, Padre de los pobres, y Nutricio y Abastecedor de esta Provincia desolada; porque resultaría demasiado prolijo y enojoso. Aduciremos solamente una carta que los Sres. Oficiales y Miembros del Consejo de Luneville le escribieron sobre este mismo tema el año 1642 en estos términos:

«Señor: Desde hace varios años esta pobre ciudad se está viendo afligida por la peste, la guerra y el hambre, que la han dejado reducida a la situación extrema en que ahora se encuentra. Y en vez de consuelo, no hemos recibido más que rigores de nuestros acreedores, y crueldad por parte de los soldados, que nos han quitado a la fuerza el poco pan que teníamos, de forma que parecía como si el cielo no tuviera más que dureza con nosotros, cuando uno de los hijos de usted en Nuestro Señor llegó hasta aquí cargado de limosnas, y templó mucho el exceso de nuestros males, haciendo que resurgiera nuestra esperanza en la misericordia del buen Dios. Ya que nuestros pecados fueron los que provocaron su cólera, besamos humildemente la mano del que nos castiga, y recibimos así los efectos de su divina Dulzura con unos sentimientos extraordinarios de gratitud. Bendecimos los instrumentos de su infinita clemencia, tanto a los que nos socorren con sus limosnas tan oportunas, como a los que nos las procuran y distribuyen, y, especialmente, a usted, señor, de quien creemos que es, después de Dios, el principal autor de tan gran bien. El misionero que usted nos ha enviado podrá decirle con menos egoísmo que nosotros que estas ayudas han sido muy bien aplicadas a este lugar, en donde hasta los principales se han visto reducidos a la mayor miseria. El ha visto nuestro desamparo, y usted verá delante de Dios la eterna gratitud que le debemos por habernos socorrido en esta situación».

El misionero, que llevaba el dinero a Lorena, al volver de allí, hizo notar al Sr. Vicente, y el Sr. Vicente a las Damas de la Caridad, que un gran número de muchachas de

condición, y otras que no disponían de ninguna habilidad manual, ni bienes, ni parientes que las pudieran ayudar a subsistir, estaban muy expuestas a la insolencia de los oficiales de las guarniciones. Ante eso, el Sr. Vicente con las Damas se decidió a ordenar a aquel misionero que trajera a París a todas las jóvenes que quisieran evitar el gran peligro en que se veían. El misionero dio a conocer el plan en todas las ciudades por las que pasaba; se le presentaron muchísimas; y después de escoger a las que estaban en mayor peligro, se llevó en varias tandas a ciento sesenta, y sus gastos los costeó él durante todo el camino; y no contamos a un gran número de niños que, cuando llegaron a París, los recibieron en San Lázaro, y que, posteriormente, fueron colocados de domésticos. Y las muchachas, por orden del Sr. Vicente, las llevaron donde la Srta. Le Gras, que las alojó en su casa.

Muchas señoras que las fueron a ver, comunicaron la noticia a todas las familias de París, para que, las que necesitaban de señoritas de compañía, o de criadas, se dirigieran a la virtuosa Señorita Le Gras. Y por este medio, las jóvenes quedaron colocadas en servicios honestos y garantizados de las desgracias a las que habían estado expuestas por necesidad

Hemos visto en otro lugar que, además de las jóvenes y los niños de los que acabamos de hablar, los misioneros residentes en Lorena solían dar recursos a muchos hombres y mujeres para salir de su tierra e ir a Francia a ganarse la vida. La mayor parte de esa pobre gente venía en grupos a París. Allí el Sr. Vicente los acogía y atendía, no solamente en cuanto al cuerpo, sino también en cuanto al alma. Con el fin de prepararlos para una buena confesión general y a vivir cristianamente, los hizo reunir en la aldea de La Chapelle, a media legua de París, donde hizo que les dieran una misión el año 1641. Y como el año siguiente también llegaron otros grupos, también a éstos les hizo dar una misión parecida. Y unos y otros fueron preparados para servir o para trabajar en sus oficios.

Entre los individuos que así quedaron protegidos, había uno que era hermano de un canónigo de Verdún. El canónigo le había escrito que había dejado la residencia de su iglesia, porque sólo le daba pan de dolor, y que después se había dedicado, en el momento oportuno, a cultivar la tierra para tener con qué vivir, pero que, finalmente, el mucho trabajo y la poca comida le habían dejado tan débil, que no podía hacer nada, ni evitar la muerte, si no recibía pronto alguna ayuda. Y concluía su carta con estos términos:

«De veras; no sé dónde buscar ayuda, si no es donde tí, hermano mío, que tienes la dicha de haber sido recibido y favorecido por uno de los más santos y más caritativos personajes de nuestro desafortunado siglo. Por medio de tí espero esa dicha del Sr. Vicente», etc.

Su esperanza no fue vana: porque este caritativo Padre de los pobres hizo que le prestaran la ayuda que necesitaba para salir de aquella necesidad extrema.

Entre toda la gente que se refugió en París había un gran número de personas

nobles y otras de categoría importante, incluso familias totalmente arruinadas, que, por no estar acostumbradas a ganarse la vida, y menos aún a solicitarla, no podían subsistir de ninguna manera. El Sr. Vicente trató de socorrerlas, no a base de las limosnas destinadas a Lorena, que él enviaba fielmente para tantos millares de pobres como habían quedado allí, sino gracias a una invención que Dios le inspiró, que fue asociar para ese caritativo fin, algunos señores y otras personas de condición que residían en París. Los reunía una vez al mes en San Lázaro; allí cotizaban, y él también, para reunir entre todos una cantidad suficiente para el sostenimiento de aquella nobleza pobre. Cada mes se les hacía el reparto, según el número y la necesidad de las personas y de las familias. Y así lo hicieron durante siete u ocho años. Sólo decimos aquí una palabra de pasada, porque ya hemos hablado con más amplitud sobre esta buena obra en el Libro primero.

Venían, de vez en cuando, desde Lorena a París personas de toda condición, por propia iniciativa, para solicitar la ayuda del Sr. Vicente. Eso da a entender que se le consideraba como el refugio universal de aquel pobre país. He aquí en que términos el R. P. Fournier, rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Nancy, le escribió, a propósito de esto, el año 1653:

«Su caridad es tan grande que todo el mundo puede recurrir a ella. Aquí todos lo consideran como el asilo de los pobres afligidos; por eso, muchos se me presentan para que yo les dirija a usted y, por este medio, puedan experimentar los efectos de su bondad. Ahí le envío estas dos personas, cuya virtud y calidad seguramente moverán el corazón de usted para asistirles con su caridad».

Un misionero había hallado en Saint-Mihiel a catorce religiosas benedictinas, que habían llegado de Rambervilliers para instalarse allí, y no podían subsistir a causa de la extrema escasez de la región. Las llevó a París por consejo del Sr. Vicente y de las Damas de la Caridad, para que las atendieran allí. Y Dios ha permitido que, con el tiempo, se hayan establecido en el arrabal de Saint-Germain, y allí, desde entonces, han difundido el buen olor de su santa vida, y han llevado mucha edificación, no sólo a ese arrabal, sino también a toda la ciudad de París. Han tomado el nombre de Religiosas del Santísimo Sacramento.

En Lorena, el año 1643, dejaron de repartir pan, potaje y carne. El Sr. Vicente hizo volver a París a la mayor parte de los misioneros que había enviado allí, porque quedaban ya pocos enfermos, y la pobre gente, al verse un poco desembarazada de los soldados, se puso a trabajar para ganarse la vida. Pero, no por eso cesaron las limosnas; las fueron enviando durante cinco o seis años más, para alivio de los más desgraciados. Y el Sr. Vicente procuró que las extendieran a casi todas las demás ciudades de Lorena, como Château-Salins, Dieuze, Marsal, Moyen-Vic, Épinal, Remiremont, Mirecourt, Châtel-sur-Moselle, Stenay y Rambervilliers. Por ese medio no sólo se atendió a un gran número de pobres vergonzantes, de burgueses arruinados y de familias nobles, que, no pudiendo hacer valer sus bienes, estaban en una situación deplorable, sino que se hizo subsistir a todas las comunidades religiosas, tanto de hombres como de mujeres, a las que todos los

años se les distribuía limosnas considerables, reguladas según las necesidades de las casas; porque a unas les daban trescientas o cuatrocientas libras por trimestre, y a otras quinientas o seiscientas, según su número y sus necesidades. El misionero dedicado a hacer el reparto recibía de cada casa el recibo correspondiente.

Además de esas cantidades, el Sr. Vicente hizo llevar a las ciudades arruinadas unas catorce mil varas de telas de varias clases, en diversos momentos, que hacía comprar en su mayor parte en París, para vestir a todos los religiosos y religiosas pobres, a la nobleza pobre y a muchas personas de honrada condición, y a familias enteras, que sólo disponían de ropa destrozada. Hasta la Reina se conmovió tanto ante la desnudez de aquellas personas, que les envió todos los cortinajes y telas del funeral, después de la muerte del difunto Rey. Y la Señora Duquesa de Aiguillon hizo lo mismo. Entregaban a las casas religiosas piezas enteras de tela, para que se hicieran hábitos según sus modelos; y a algunas les proporcionaban hasta velos y zapatos: tan necesitadas estaban de todo. Además, en cada viaje vestían de ordinario a unas cien personas tanto hombres y muchachos, como muchachas y mujeres. Todavía hemos de señalar, que los repartos de víveres, de dinero y de vestidos se estuvieron haciendo durante nueve o diez años, no sólo en la mayor parte de las ciudades de Lorena, como hemos dicho, sino que además los extendieron durante dos años, por orden de la Reina y bajo la guía del Sr. Vicente, a unas cuantas ciudades arruinadas, que habían sido conquistadas por el Rey, como Arras, Bapaume, Hesdin, Landrecy y Gravelines. Y por todas partes el misionero dedicado al reparto, iba de una parroquia a otra, y de casa en casa, acompañado de los párrocos, o de otros eclesiásticos nombrados por ellos, para ayudarle a repartir los vestidos y las limosnas según las necesidades de cada uno, para que, haciéndolo en presencia de ellos y por su consejo, no hubiera engaño al escoger los pobres.

Las cantidades que el Sr. Vicente hizo distribuir en esos dos países de Lorena y Artois ascienden bien hasta el millón quinientas mil, o millón seiscientas mil libras. Con ellas socorrió a las necesidades extremas de veinticinco ciudades y sus alrededores, y de un gran número de pueblos y aldeas. Esto fue, sin duda, un efecto particularísimo de la caridad infinita de Dios, de la que el corazón del Sr. Vicente estaba de tal manera abrasado, que hizo sentir sus ardores en favor de aquellos pueblos desgraciados al difunto Rey y a la Reina y a otras personas de condición y de virtud, en especial a las Damas de la Caridad de París, que él había asociado para aquellas grandes obras. Y todas esas caritativas personas, enardecidas por el fuego divino que animaba el corazón y las palabras de aquel santo Sacerdote, le encargaron de todas las limosnas para que las hiciera distribuir según su sabia dirección. El lo llevó todo a la práctica muy gustosamente por medio de los misioneros, aunque nunca quiso distribuirlas, sino con el consejo de las mismas Damas de la Caridad, que solían reunirse con él. Y muchas veces recibía o enviaba a quien recibiera las órdenes de la Reina, para que todo se hiciera según las intenciones de los bienhechores.

Los frutos de las limosnas fueron, como hemos visto:

1. conservar la vida y devolver la salud a un número casi infinito de personas enfermas, famélicas y escuálidas por el hambre, por el frío, por la desnudez y por toda clase de miserias.

2. Instruirlas y prepararlas para recibir dignamente los sacramentos, y llevar una vida humana.

3. Asistir a los moribundos para ayudarles a bien morir.

4. Proteger de un naufragio vergonzoso a un grandísimo número de jóvenes honradas, que la necesidad había reducido a extrema necesidad.

5. Finalmente, proporcionar medios a varias Comunidades religiosas para poder guardar la clausura, los votos y las Reglas, y para mantener el servicio divino en sus casas, porque sin esas ayudas, la mayor parte se habría visto obligada a divagar por el mundo para tratar de mantenerse, no sin gran peligro de su conciencia.

Esto se podría corroborar fácilmente por sus cartas, pero sería cansar demasiado al lector contarle todas las cosas al detalle. Lo que hemos dicho es más que suficiente para darle el conocimiento que podría desear.

Solamente añadiremos una cosa digna de mención, entre muchas otras bastante extraordinarias que Dios obró para favorecer el transporte de todas esas grandes cantidades de dinero, tanto a Lorena como al Artois, y de una ciudad a la otra. A saber: el misionero que las ha transportado, ordinariamente llevaba sobre sí de veinticinco a treinta mil libras de oro, nunca fue asaltado, aunque pasaba por entre los soldados que andaban recorriendo todo el país, ni por los ladrones, con quienes se encontró a menudo. Alguna vez sucedió, que formando parte de convoyes que fueron atacados y asaltados, él siempre se valió de medios para escaparse. En otra ocasión, yendo de viaje con personas particulares, se separó de ellas por una orden secreta de la Providencia; inmediatamente las otras fueron robadas, y él no tuvo ningún percance. A veces también, yendo a través de un bosque lleno de ladrones y de soldados en desbandada, en cuanto los oía o los veía, echaba a un matorral, o al barro la bolsa, que habitualmente llevaba en una alforja llena de agujeros, como hacen los mendigos, y después iba donde ellos, como un hombre que no les tenía miedo. A veces le registraban, y como no le encontraban nada, le dejaban marchar sin hacerle daño; y cuando se habían alejado ellos, volvía sobre sus pasos para hacerse con la bolsa. Una tarde se encontró con unos ladrones; lo llevaron a un bosque para meterle miedo, y como no le encontraron nada de lo que ellos buscaban, le preguntaron si no pagaría cincuenta doblones por su rescate; les respondió que si tuviera cincuenta vidas, no las podría rescatar ni con un «gros de Lorena» (una moneda de oro); y le dejaron marchar. En otra ocasión, estando en campo abierto, descubrió a unos croatas, y sólo tuvo tiempo para deshacerse de la alforja, y cubrirla con unas hierbas, dejando un palo a tres o cuatro pasos, para que le sirviera de señal; y por ese medio conservó el dinero, aunque, al volver por la noche para buscarlo, no lo pudo hallar hasta la mañana siguiente. En fin, Dios le dio siempre una habilidad admirable, y le favoreció con una

protección especial para no caer en manos de los ladrones, o para librarse felizmente de ellos. La Reina, admirada por todo eso, le mandó varias veces que le fuera a contar cómo se las arreglaba para escapar, y disfrutaba oyéndole las estratagemas inocentes de que se valía. Pero él siempre ha reconocido y hecho público, que esa protección de Dios sobre su persona, era efecto de la fe y de las oraciones del Sr. Vicente.

SECCION II pág. 477: Socorros prestados a Picardía y a Champaña

Fue el año 1630 cuando por un secreto juicio de Dios el azote de la guerra, que afligía desde hacía largos años a gran parte de Europa, comenzó a hacer sentir con mayor intensidad sus golpes sobre Francia, la cual, desde entonces, siempre ha estado agitada hasta la firma de la Paz General. Entre todas las Provincias de este Reino, Picardía y Champaña han sido las más expuestas a esa tormenta, y han experimentado durante más tiempo la violencia, particularmente desde que a los enemigos del estado, que habían querido asediar la ciudad de Guisa, las tropas del Rey, que habían avanzado en su ayuda, les obligaron a cambiar de planes, porque la permanencia bastante larga de los dos ejércitos sobre aquella frontera causó en ella una desolación extrema; y cuando se retiraron de los alrededores de Guisa, dejaron allí un grandísimo número de soldados muertos de hambre y atacados de diferentes enfermedades; los cuales, queriendo esforzarse en andar para buscar algún alivio, caían de debilidad a lo largo de los caminos y morían miserablemente privados de sacramentos y de todo consuelo humano.

Algunos viandantes, al ver aquel espectáculo, llevaron la noticia a París, en el momento en que allí por aquellos días todo el mundo se alegraba de la retirada de los enemigos; pero muy pocas personas se apiadaron de aquellos pobres abandonados, que perecían tan miserablemente sin ninguna clase de socorro.

El Sr. Vicente, especialmente sensible ante los sufrimientos del prójimo, se conmovió mucho al conocer el estado, digno de compasión, a que estaba reducida aquella pobre gente. Y después de hablar con la Señora Presidenta de Herse, señora muy inclinada a hacer obras de misericordia, hizo salir inmediatamente de París a dos misioneros con un caballo cargado de víveres y unas quinientas libras de plata, para ir a salvar la vida a aquellos moribundos, y a preparar para la muerte a los que estaban en situación desesperada. Los misioneros, cuando llegaron a los sitios señalados hallaron a tan gran número de personas tumbadas a lo largo de los setos, y de los caminos reales, demacradas y moribundas, que se agotaron rápidamente los víveres que habían llevado, por lo que se vieron obligados a acudir a toda prisa a las ciudades más cercanas para comprar más alimentos. Pero quedaron sorprendidos al ver en las ciudades casi las mismas carencias que habían encontrado en el campo; por eso, se vieron obligados a

escribir con prontitud al Sr. Vicente para darle a conocer: que la desolación era general en toda la región, y que los socorros que habían llevado no eran nada en comparación de lo que hacía falta para remediar algo la situación; que los ejércitos habían recogido todo el grano y despojado a los pueblos hasta de las camisas; que la mayor parte de la gente de campo había abandonado sus viviendas para ir a buscar sustento en las ciudades; y que, como no encontraban allí a nadie que las pudiera ayudar, porque ni los burgueses tenían pan para sí mismos, desfallecían y morían de miseria. El Sr. Vicente, en cuanto recibió las cartas, avisó a las Damas de la Caridad de París, y determinó, de acuerdo con ellas, enviar un mayor número de misioneros y limosnas más abundantes. Y todo se llevó a cabo rápidamente.

Para conocer mejor la magnitud de las obras de misericordia que se ejercieron en aquella ocasión, debemos considerar a qué extremo había llegado la miseria, a la que se vieron reducidas dos pobres Provincias por espacio de diez años, más o menos, y como los ejércitos las iban devastando año tras año, unas veces por un lado, otras por otro, extendieron la desolación por todas partes. El mejor modo de enterarse de todo esto es leer las cartas, que los misioneros, que estuvieron dedicados al reparto de las limosnas, escribieron al Sr. Vicente desde diversos sitios, dándole fielmente cuenta de las miserias que vieron con sus propios ojos, para que su caridad les pusiera remedio. He aquí lo que le escribieron de la parte de Guisa, Laon y La Fère.

«Causa gran compasión ver por doquier una gran multitud de enfermos; son muchísimos los que sufren disentería y fiebres; otros están cubiertos de sarna o de púrpura, o de tumores y apostemas; muchos están hinchados: unos en la cabeza, otros en el vientre, y otros en todo el cuerpo. El origen de todos esos males proviene de que sólo han comido casi todo el año raíces de hierbas, frutos en mal estado, y algunos, pan de salvado, que ni los perros querían comer. Sólo oímos lamentos lastimeros; gritan tras de nosotros, para que les demos pan, y tan enfermos como están, se arrastran en medio de la lluvia y por malos caminos, a lo largo de dos o tres leguas, para conseguir un poco de potaje. Hay quienes mueren en las aldeas sin confesión y sin sacramentos; ni hay personas que los entierren después que mueren. Y esto es tan verdad, que, estando, hace sólo tres días en la aldea de Lesquielle, en la región de Landrecies, para visitar los enfermos, en una casa encontramos una persona muerta, falta de asistencia; su cuerpo estaba medio comido por los animales, que habían entrado en la casa. ¿Puede haber mayor desolación que ver a cristianos abandonados de aquella forma durante su vida y después de su muerte?»

«Acabamos dicen en otra carta de visitar treinta y cinco aldeas del Deanato de Guisa. Allí hemos encontrado cerca de seiscientas personas, cuya miseria llegaba a tal extremo, que se echaban sobre los perros y sobre los caballos, después que los lobos se han tomado su parte. Y sólo en la ciudad de Guisa, hay más de quinientos enfermos refugiados en bodegas y en los agujeros de las cuevas, más propios para albergar animales que hombres».

«Hay un grandísimo número de pobres de Thierache, que desde hace varias semanas no han comido pan, ni siquiera el que se hace con salvado de cebada, que es lo que más a gusto comen; y sólo se alimentan de lagartos, de ranas y de hierbas del campo».

«En muchas ciudades arruinadas los principales habitantes están en una vergonzosa necesidad: la palidez de su cara muestra bien a las claras qué es lo que necesitan; y hay que socorrerlos en secreto, igual que a la nobleza del campo, que, al verse sin pan y reducida a la miseria, sufre además la vergüenza de no atreverse a mendigar lo que necesita para vivir. Y por otra parte, ¿a quién se lo podría pedir, porque el desastre de la guerra ha igualado las miserias en todas partes?».

«Y lo que es más digno de lástima es que el pobre pueblo de las fronteras no sólo no tiene ni pan, ni leña, ni ropa blanca, ni mantas, sino que está sin pastor y sin ayuda espiritual: la mayor parte de los párrocos han muerto o están enfermos y las iglesias en ruinas y saqueadas. Sólo en la diócesis de Laon hay unas cien donde no se puede celebrar la Santa Misa por falta de ornamentos. Estamos haciendo todo lo que podemos, pero el trabajo es infinito: hay que ir y venir sin cesar, expuestos a los peligros de los bandoleros, para asistir a más de trescientos enfermos que tenemos a nuestro cuidado en esta comarca».

«Varios monasterios de monjas están en gran pobreza, sufren hambre y frío, y se verán obligadas o a morir en su clausura, o a romperla para vagar por el mundo buscando con qué vivir».

«Hemos hecho escriben los que estaban en la diócesis de Soissons la visita de los pobres de este lugar y de otras aldeas de este valle. El desastre que hemos visto sobrepasa todo lo que le han escrito. Porque, para comenzar por las iglesias: han sido profanadas, el Santísimo Sacramento pisoteado, los cálices y los copones robados, las fuentes bautismales rotas, los ornamentos saqueados; de forma que hay más de veinticinco iglesias en esta pequeña región en las que no se puede celebrar la Santa Misa».

«La mayor parte de los habitantes han muerto en los bosques, mientras el enemigo ocupaba sus casas; otros han vuelto para acabar allí su vida. Por todas partes sólo vemos enfermos; nosotros tenemos más de mil doscientos, además de seiscientos escuálidos desparramados por más de treinta aldeas en ruinas; están tumbados en tierra, y en unas casas medio demolidas y sin tejado, sin ayuda de ninguna clase. Hallamos a los vivos con los muertos, a los niños junto a sus madres difuntas», etc

Escribieron desde San Quintín lo que sigue:

«Qué medio hay para socorrer a siete u ocho mil pobres, que están muriéndose de hambre; a mil doscientos refugiados, a trescientos cincuenta enfermos, que no se pueden alimentar más que con potajes y carne; a trescientas familias vergonzantes, tanto de la ciudad como del campo, que hay que atender en secreto para salvar a varias jóvenes del

último naufragio, y evitar lo que pudo sucederle el otro día a un hombre joven, quien, obligado por la necesidad, quiso matarse con un cuchillo, y habría cometido el crimen, si rápidamente no se le hubiera impedido; a cincuenta sacerdotes, a quienes hay que dar de comer con preferencia a todos los demás. El otro día encontraron a uno muerto en la cama, y se ha descubierto que fué por no haberse atrevido a pedir limosna»

«El sufrimiento de los pobres no se puede describir. Si la crueldad de los soldados les ha hecho esconderse en los bosques, el hambre les ha hecho salir de allí; se han refugiado aquí. Han venido cerca de cuatrocientos enfermos, y la ciudad, al no poder atenderlos, ha hecho salir a la mitad, que han ido muriéndose poco a poco a lo largo de los caminos reales; y los que han quedado, están tan desnudos, que no se atreven a levantarse de la paja podrida para venir a vernos».

«El hambre es de tal magnitud, que vemos a los hombres comiendo tierra, paciendo hierba, arrancando la corteza de los árboles, desgarrando los miserables harapos con los que están cubiertos, para comerlos; pero lo que no nos atreveríamos a decir, si no lo hubiéramos visto y que causa horror, se comen sus brazos y sus manos, y mueren desesperados. Tenemos tres mil pobres refugiados, quinientos enfermos, sin que nos metamos a hablar de la nobleza pobre y de los pobres vergonzantes, cuyo número va aumentando cada día».

Los misioneros, destinados a la zona de Reims, Rethel, etc. escribieron de la forma que sigue:

«No hay lengua que pueda expresar, ni oído que se atreva a escuchar lo que hemos visto desde el primer día de nuestras visitas. Casi todas las iglesias, profanadas, sin respetar lo que hay de más santo y más adorable; los ornamentos, robados; los sacerdotes o muertos, o atormentados, puestos en fuga; todas las casas, demolidas; la cosecha, arrebatada; la tierra, sin cultivar y sin semilla; el hambre y la mortalidad, casi universal; los cuerpos, sin enterrar y expuestos en su mayor parte para servir de carnaza a los lobos; los pobres que quedan en esas ruinas obligados a recoger por el campo algunos granos de trigo o de avena germinados y medio podridos, con eso hacen pan, que es como barro, y tan malo, que casi todos caen enfermos. Se recogen en cuevas o en chozas, y en ellas se acuestan en el duro suelo sin ropa interior, ni vestido, sino con unos miserables andrajos, con los que están cubiertos; sus caras están negras y desfiguradas; y con todo eso, su paciencia es admirable. Hay regiones que están desiertas del todo, en las que los habitantes que escaparon de la muerte, se marcharon lejos a buscar con que vivir, de forma que sólo quedan los enfermos, los huérfanos y las pobres viudas cargadas de niños, expuestas al rigor del hambre, del frío y a toda clase de molestias y miserias»

Ese era el estado en que se hallaban los pueblos de aquellas dos Provincias y, particularmente, de cuatro o cinco diócesis más próximas a las fronteras, durante casi diez años, es decir, desde el año 1650 hasta después de la publicación de la Paz General, que se firmó el año 1660. Es cierto que aquella gran desolación no fue igual en todos los sitios,

ni en el mismo tiempo, salvo en los primeros años; sin embargo, durante el resto del tiempo, estuvo siempre asentada en varias regiones de Picardía y de Champaña.

Los lugares que fueron más especialmente asistidos por las atenciones caritativas del Sr. Vicente y por los favores de las Damas de la Caridad de París y de otras personas virtuosas, son los siguientes, a saber: Guisa, Laon, Noyon, Chauny, La Fère, Riblemont, Ham, Marles, Vervins, Rosay, Plomyon, Orson, Aubenton, Montcornet y otros lugares de la Tierache: Arras, Amiens, Péronne, San Quintín, La Catelet, y unas ciento treinta aldeas de los alrededores, como: Basoches, Brenne, Fismes, y unas treinta aldeas de este valle: Reims, Rethel, Chasteau-Porcien, Neuchâtel, Lude, Boul-sur-la-Rivière de Suippe, Somme-Py, Saint-Etienne, Vandy, Saint-Souplet, Rocroy, Mesières, Charleuville, Donchéry, Sedan, Vaucouleur, y un grandísimo número de pobres pueblos y aldeas, que están en las cercanías de esos lugares

El Sr. Vicente destinó allí, desde el comienzo, a diez o doce misioneros, que acudieron de todos los lados para salvar la vida a varios miles de personas reducidas al último extremo. Y a tal efecto, se repartieron en varias zonas: unos fueron a la diócesis de Noyon, otros a la de Laon, otros a la diócesis de Reims, otros a la de Soissons; y cada cual se encargaba de cubrir las necesidades de toda la región a la que debía dedicarse. Situaron en lugares apropiados el reparto diario de potajes, y las demás distribuciones de pan, carnes, mermelada, remedios, ropa blanca, mantas, herramientas, semillas, ornamentos de Iglesia, dinero, etc. Hubo, igualmente, Hijas de la Caridad, que fueron destinadas a varios lugares para atender más en particular a los pobres enfermos. Y como todos los repartos y las limosnas eran muy abundantes, el gasto durante los primeros años ascendía a diez, doce y hasta dieciséis mil libras por mes, ya que en aquel tiempo los víveres estaban tan caros, y la miseria tan espantosa, que sin esas grandes distribuciones de víveres y de limosnas, aquella pobre gente habría perecido casi toda.

Como las asistencias espirituales no eran menos necesarias para las almas, fueron también prestadas con suma diligencia y fatigas inconcebibles por aquellos buenos misioneros o, en su defecto, (pues no podían estar a la vez en todos los sitios) por otros sacerdotes, que ellos sostenían en las parroquias, privadas de sus pastores.

Además de todos esos misioneros que fueron distribuidos por las diócesis, el Sr. Vicente nombró a uno muy inteligente, para que fuera como el coordinador de toda aquella empresa caritativa, y para tener una supervisión sobre todos los demás.

A tal efecto, iba y venía incesantemente de un lado para otro: primeramente, para conocer la verdadera necesidad de los pobres y los lugares que sufrían una necesidad más acuciante de ser asistidos; y después de elegir a personas piadosas y caritativas en las ciudades y aldeas, en las que los misioneros no podían detenerse, con el fin de hacer una distribución fiel de la comida y de las demás limosnas, que les había destinado. Regulaba el gasto en todas partes, aumentaba o recortaba, según que el número de los pobres y de los enfermos iba creciendo o disminuyendo en cada lugar. Daba cuenta de todo por carta

al Sr. Vicente, quien, a su vez, informaba de ello a las Damas de la Caridad de París, y éstas se reunían todas las semanas para discutir y resolver con él acerca de todo lo que había que hacer para el bien de aquella santa obra.

SECCION III pág. 480: Efectos más importantes producidos por los socorros prestados a esas dos Provincias

Después de haber presentado las miserias extremas de esas dos Provincias y el estado deplorable a que se vieron reducidos los pueblos, es muy razonable que veamos ahora las bendiciones con las que Dios ha favorecido las caritativas asistencias que el Sr. Vicente les procuró, y los frutos que produjeron las limosnas de las Damas y de todas las personas virtuosas que contribuyeron a ello, y los trabajos increíbles de aquellos buenos misioneros que fueron los dispensadores de todo. No es posible traerlas todas aquí, mas lo poco que vamos a decir será suficiente para darnos idea de todo lo demás

Un mes después de que comenzaron aquellas asistencias caritativas, le escribieron al Sr. Vicente lo que sigue:

«Los potajes que gracias a las limosnas de París se han dado a los enfermos refugiados en Guisa, Riblemont, La Fère y Ham han salvado la vida a más de dos mil pobres, que, sin esa ayuda, hubieran sido expulsados de las ciudades donde estaban refugiados, y hubieran muerto en medio del campo sin ninguna asistencia, ni espiritual, ni corporal».

«Las religiosas de La Fère y de otras ciudades en su mayor parte reconocen que les salvaron la vida con las asistencias que les dieron. Rezan sin cesar por las personas que les han enviado o procurado esos favores».

He aquí algunos párrafos de las cartas escritas desde Laon, Soissons, etc

«Ya hemos repartido los ornamentos en las iglesias, y las mantas y los vestidos a nuestros enfermos. No se puede decir qué efecto ha producido esto en todas estas fronteras; en ellas sólo se habla de estos actos de caridad. Nuestros Obreros han tenido tal cuidado de los enfermos, que, gracias a Dios, sólo en la ciudad de Guisa, de quinientos enfermos que había, se han curado más de trescientos, y en cuarenta aldeas de las cercanías de Laon hay un número tan grande de recuperados en perfecta salud, que difícilmente se encontrarían a seis pobres que no estén en situación de ganarse la vida; y hemos creído que estamos obligados a darles el medio para ello, proporcionándoles hachas, podaderas y ruecas para hilar, para hacer trabajar a hombres y mujeres, que no serán carga para nadie, salvo que suceda otro accidente que los reduzca a una miseria parecida».

«También hemos repartido grano, que nos han enviado desde París a estas comarcas; lo han sembrado y Dios está derramando una gran bendición. Y eso hace que el pobre pueblo soporte sus males con más paciencia, con la esperanza de que la cosecha que está para llegar, les dará un gran respiro»

«Damos doscientas libras por mes, para que puedan subsistir, a varios párrocos pobres, y, con esa ayuda, todas las parroquias de los deanatos de Guisa, Marle y Vervins están atendidas, y, cuando menos, en cada una de ellas se celebra la Santa Misa una vez por semana y se administran los sacramentos».

He aquí unos párrafos de algunas cartas escritas desde Reims, Fismes, Basoches y otros sitios circunvecinos

«No tenemos palabras con qué expresarle nuestro agradecimiento. Vemos claramente que la mano de Dios ha herido esta Provincia: su abundancia se ha vuelto esterilidad, su alegría lágrimas, sus aldeas, antes pobladas, sólo son chozas ruinosas desiertas, y se puede decir que, sin el socorro de personas caritativas que Dios ha suscitado en París, no quedaría ni el menor rastro de las ruinas de este triste naufragio, y que todos los que han sido salvados, deben su vida a sus liberalidades».

«Las treinta y cinco aldeas de este valle y de sus alrededores dan un millón de gracias a sus bienhechores. Hemos repartido los ornamentos por las iglesias, y las ropas a los pobres; varios de nuestros enfermos se han recuperado en su salud y están en situación de ganarse la vida».

«Hemos tenido una reunión de los párrocos de los pueblos aledaños; en ella hemos repartido, entre veintitrés de los más pobres, las cuatrocientas libras que nos han mandado; eso les ayudará a vivir y a atender a sus parroquias; sin ellas les sería imposible subsistir».

Le escribieron también desde San Quintín y lugares vecinos varias cartas sobre el mismo asunto. Ahí van algunos párrafos:

«No podemos decirle cuántos enfermos se han curado, cuántos de los atribulados consolados, qué número de pobres vergonzantes han sido sacados de la desesperación por las ayudas de ustedes; sin ellas habría perecido todo, tanto en el campo como en la ciudad».

«Una limosna que usted nos ha enviado desde París la Semana Santa ha sacado a varias muchachas del peligro inminente de perder su honor. Hemos pasado la cuaresma en el campo para asistir y hacer asistir espiritual y corporalmente a los pobres habitantes de ciento treinta aldeas. Cuarenta párrocos han recibido una ayuda de diez libras cada uno al mes, y por ese medio han podido residir en sus parroquias y realizar en ellas todas las funciones pastorales».

«Hemos comprado, con las setecientas libras de sus limosnas, hoces, mayales, harneros y otras herramientas para ayudar a los pobres a ganar la vida con el trabajo de la cosecha. Nuestras cebadas van muy bien, gracias a Dios y gracias a las semillas que nos han enviado; esperamos un gran desahogo para el invierno próximo».

Las cartas de donde se ha sacado lo arriba transcrito fueron escritas el año 1651. Las siguientes fueron escritas el año 1654 desde San Quintín, Laon, Reims y otros lugares:

«Estamos expuestos al peligro de los merodeadores, y hemos visitado más de cien aldeas; nos hemos encontrado con ancianos y niños casi desnudos y muertos de frío, y con mujeres desesperadas y ateridas; hemos vestido a más de cuatrocientos, y repartido a las mujeres ruecas para hilar y cáñamo para ocuparlas. La asistencia que hemos empezado a prestar a los párrocos se ha seguido manteniendo siempre; y después de haberlos reunido por deanatos, nos hemos encontrado con que estaban despojados de casi todo; les hemos dado ropa y sotanas. También hemos proporcionado a las iglesias ornamentos y misales, hemos ordenado que se hicieran las reparaciones necesarias en los tejados y las ventanas para impedir que la lluvia cayera sobre la sagrada hostia y que el viento la llevase durante la celebración de la misa; a eso se debe el que sean muchas las iglesias y parroquias en las que se celebra el santo sacrificio de la misa, y a que los pueblos reciban los sacramentos, porque sin esa ayuda estarían totalmente desiertas».

«Además de los cuatrocientos pobres que hemos vestido, aún hemos encontrado en los alrededores de la ciudad de Laon cerca de seiscientos huérfanos, de menos de doce años, en lastimosa desnudez y necesidad. Las limosnas de París nos han dado medios para vestirlos y atenderlos».

«La desesperación ha hecho mella en varias muchachas de condición, que han sido halladas en diversos sitios, cerca de las fronteras de Champaña, en necesidad extrema. Hemos pensado que el remedio más seguro era alejarlas del peligro, y hemos empezado a recogerlas en la comunidad de las monjas de Santa Marta de la ciudad de Reims; allí son instruídas en el temor de Dios, adiestradas para dedicarse a algún pequeño trabajo. En ese caritativo refugio se encuentran ya treinta hijas de gentileshombres de estas regiones; de ellas algunas han pasado varios días escondidas en cuevas para evitar la insolencia de los soldados. El gasto que habrá que hacer por esta obra de caridad y para acoger y poner en sitio seguro a todas las demás, que encontramos en peligro parecido, es muy grande, porque, además de la pensión que habrá que pagar por la comida, habrá que vestirlas; pero esperamos que la caridad de las personas que han empezado tan bien, continuará y aumentará antes que disminuir».

Los misioneros se veían obligados a salir de una ciudad o de una región, para ir a otra, o para retirarse del todo. Después de haber provisto a las más acuciantes necesidades de los sacerdotes y de las iglesias; de haber dado el alivio necesario a los pobres; de haber retirado a las jóvenes a sitios seguros; de haber procurado alimento a los huérfanos; y de haber dado a las personas válidas el medio de ganarse la vida; para no

abandonar a los que seguían enfermos, o que podían enfermar, dejaban en cada uno de los lugares algún socorro para alimentarlos y curarlos, encargando, a tal efecto, a personas virtuosas y fieles, a las que les entregaban dinero y remedios, y les enviaban más, de vez en cuando.

Y en todas las ciudades donde había hospitales abandonados o mal atendidos, los misioneros procuraban dejarlos en buen estado, y se ponían de acuerdo con los Administradores para recibir en él a cierta cantidad de enfermos, con el pago de seis o siete «sueldos» por día y enfermo; y les pagaban con toda exactitud, siguiendo las órdenes del Sr. Vicente, y gracias a las liberalidades de la Asamblea de las Damas de la Caridad de París.

Y la ciudad de Rethel, como se encontraba tan repleta de soldados y paisanos enfermos, que el hospital del lugar ya no podía acoger más, fueron pasándolos en diversas veces (llegaron hasta setecientos) al Hospital de Reims. Y como el número de los enfermos iba creciendo cada vez más, y el gasto llegó a ser excesivo, se pensó en traer desde París, con los Hermanos de la Misión que se enviaban con los sacerdotes misioneros, diversos remedios para varias clases de dolencias, y especialmente ciertos polvos muy indicados para las disenterías, las fiebres y otros males crónicos, que el enfermero de la casa de San Lázaro preparaba, y a los que Dios daba tal bendición, que produjeron efectos que la buena gente consideraba milagrosos, pues habían curado a infinidad de enfermos que estaban reducidos al último extremo por enfermedades casi sin remedio, de las cuales algunos se vieron libres en veinticuatro horas, más o menos.

El Sr. Vicente no contento con prestar asistencia a los vivos, quiso además ejercer la caridad con los muertos. Nos contentaremos con relatar el ejemplo siguiente: Después del combate que tuvo lugar en Champaña el año 1651 junto a SaintEtienne y SaintSouplet, más de mil quinientos enemigos quedaron muertos en el campo, que servían de comida a perros y lobos. Cuando lo supo el Sr. Vicente, escribió a uno de los Sacerdotes de la Misión que atendía a los pobres de aquella región, para que contratara unos hombres a jornal e hiciera enterrar aquellos cuerpos medio podridos. El misionero lo ejecutó todo con tal diligencia y tal economía, que con trescientas libras dio sepultura a todos aquellos muertos, y libró a los vivos de un espectáculo tan horroroso, que inficionaba todo el aire. El buen sacerdote le contestó acerca de lo que había hecho:

«Hoy hemos cumplido dice al pie de la letra aquello que decía Jesucristo en el Evangelio, que había que amar y hacer el bien a los enemigos, procurando enterrar a los que habían arrebatado los bienes y causado la ruina de nuestros pobres habitantes, castigándolos y ultrajándolos. Me siento muy feliz de haber tenido la ocasión de obedecerle en una cosa que tan especialmente se recomienda en la Sangrada Escritura. Le diré, sin embargo, que esos cuerpos que estaban dispersos por acá y por allá, en todo el campo, han sido muy difíciles de reunir en un solo sitio, ya que el deshielo que acaba de producirse nos ha molestado un poco. En esto vemos cómo Dios ha favorecido esta piadosa empresa con el gran frío que la ha acompañado; porque, si hubiera que empezar

de nuevo ahora que ha venido el deshielo, no habría nadie que quisiera contratarse por mil escudos, mientras que ahora sólo nos ha costado trescientas libras. De este modo, esos pobres cuerpos, que tendrán que resucitar todos algún día, han sido enterrados ahora en el seno de su madre; y toda la Provincia siente un agradecimiento especial a las personas caritativas que han contribuído a esta buena obra, aparte de la corona que Dios les prepara en el cielo, como recompensa de su virtud».

No debemos omitir aquí la ayuda que el Sr. Vicente procuró a los pobres irlandeses católicos, expulsados de su tierra por Cromwell y obligados por necesidad a en rolarse en los ejércitos. Dos regimientos compuestos de sus pobres familias, después de haber sufrido mucho en la guerra de Burdeos, habiendo sido enviados al año siguiente a las proximidades de Arras, tuvieron como lugar de retiro, al volver de las dos campañas de Arras, la ciudad de Troyes. Allí llegaron con un triste acompañamiento, llevando consigo a más de ciento cincuenta huérfanos y un gran número de pobres viudas, con sus pies desnudos, y que sólo iban cubiertas con los andrajos de los que habían muerto en la guerra. La gente veía a aquel pobre grupo desolado ir por las calles de Troyes, recogiendo para su comida lo que los perros no querían comer. Informado que fue el Sr. Vicente por los Sacerdotes de su Congregación establecidos en aquella ciudad, dio cuenta a las Damas de la Caridad de París, e hizo marchar inmediatamente a un Sacerdote de su casa, que era irlandés, para ir a socorrer a sus pobres compatriotas; y por las órdenes del Padre de los pobres hizo que las muchachas y las viudas se retiraran al Hospital de San Nicolás. Allí aprendieron a hilar y a coser; se tuvo especial cuidado con los niños huérfanos; y finalmente, todos fueron alojados, vestidos y atendidos allí. Para eso se envió desde París, la primera vez, seiscientas libras de plata, y muchos vestidos y otras cosas necesarias para poner remedio a las necesidades más urgentes, cosa que se fue haciendo de vez en cuando, en cuanto se veía que era necesario. Una ayuda dada tan oportunamente a aquellos pobres exilados, levantó sus ánimos postrados por la tristeza, y los preparó para escuchar de más buena gana las exhortaciones e instrucciones que el Sacerdote misionero les daba en su lengua dos veces a la semana durante la cuaresma, con el fin de disponerlos para la comunión pascual. Y como no hay cosa más fuerte que el buen ejemplo, la vista de aquellas ayudas caritativas despertó la caridad de los burgueses de aquella ciudad no sólo por lo que tocaba a aquellos pobres extranjeros, sino también a todos los demás, que se encontraban entre ellos.

Después de los tres o cuatro primeros años de asistencias prestadas en las dos Provincias de Picardía y Champaña, cuyos gastos ascendían a cerca de trescientas mil libras, los habitantes, encontrándose ya en mejor situación tanto por haberse alejado los ejércitos, como por las caridades que habían recibido, el Sr. Vicente llamó a sí a los misioneros, exceptuando algunos que siguieron allí por orden suya hasta la publicación de la Paz General, para atender a los pobres y dotar las iglesias de ornamentos y reparaciones necesarias, y a los sacerdotes y párrocos de la subsistencia que necesitaban. Y además, uno de los misioneros que había quedado, siguiendo los consejos que había recibido del Sr. Vicente, congregó, en forma de Cofradía de la Caridad, a cierto número de burguesas de las más caritativas y mejor acomodadas para cuidar los enfermos, los huérfanos y otros

pobres abandonados bajo la dirección de virtuosos eclesiásticos. Y así lo ejecutó con bendición en varias ciudades, especialmente en Reims, Rethel, ChasteauPorcien, La Fère, Ham, San Quintín, Rocroy, Mesières, Charleville, Donchéry y en otros sitios, y las puso a todas en plena actividad; y por medio de consejos y reglamentos, que él les dejó, continúan en la actualidad aquella buena obra con gran consuelo de los pobres.

A todo lo que hemos dicho solamente añadiremos algunas muestras de agradecimiento que unas personas importantes de los lugares donde se llevaron a cabo asistencias caritativas presentaron por carta al Sr. Vicente. Nos contentaremos con presentar sólo algunas, para confirmar más y más la verdad de las cosas narradas más arriba.

El Rev. P. Rainssant, canónigo regular de la Orden de San Agustín y párroco de la ciudad de Ham, le escribió en estos términos:

«El misionero que ha enviado usted por estos lugares, me ha dejado el cargo de mantener la Asamblea de nuestras piadosas mujeres, dejándome también grano y dinero para atender y alimentar a niñas huérfanas, a las que en unos cuantos meses se les enseña un oficio con el que puedan ganarse la vida. Yo les doy el catecismo, y una buena religiosa del Hospital les hace rezar y asistir a misa todos los días. Viven todas juntas en una misma casa. Todos los enfermos de la ciudad están bien asistidos; hay un buen médico que les visita y que ordena todo lo que necesitan; tenemos cuidado de que no les falte nada; nuestras buenas señoras los atienden con afecto. Nunca jamás se me hubiera ocurrido ver en esta pobre ciudad de Ham lo que ahora contemplo con gran consuelo y admiración, debido a la celestial y divina Providencia de Nuestro Señor».

«Hace poco hemos podido sacar de las manos de nuestros herejes a una pobre muchacha, que se porta muy bien. Esto ha movido a una criada hugonote a que viniera a verme para convertirse, al ver cómo atendemos a los pobres y la caridad que se practica con los enfermos. La hemos instruído ya suficientemente y dentro de unos días hará la abjuración»

«Ese mismo misionero me ha dejado medios para poder atender a los pobres huérfanos y huérfanas, y a los pobres enfermos del distrito de Ham, disponiendo a otros dos virtuosos párrocos para que me ayuden en esta ocupación hasta que él vuelva. Es usted, señor, la causa de todos estos bienes y su primer motor, después de Dios», etc

El Sr. de la Font, lugarteniente general de San Quintín, le escribió la carta siguiente sobre el mismo tema:

«Las limosnas que, gracias a Dios y a su bondad, han sido enviadas a esta Provincia y tan justamente distribuidas por sus comisionados han dado la vida a millones de personas, reducidas por las calamidades de la guerra a la mayor pobreza. Por eso, me siento obligado a testimoniarle el humilde agradecimiento que todos estos pueblos sienten por sus bondades. La semana pasada hemos visto hasta mil cuatrocientos pobres

refugiados en esta ciudad durante el paso de las tropas, que fueron alimentados diariamente por las limosnas de usted; y hay además en la aldea otro millar, sin contar los del campo, que no pueden tener más alimento que el que le proporciona su caridad. La miseria es tan grande que los habitantes de las aldeas no tienen ya más que un poco de paja donde dormir, y los más notables de la región tampoco tienen para comer. Incluso hay algunos que poseen más de veinte mil escudos de renta, pero que en la actualidad apenas disponen de un trozo de pan, y han estado hasta dos días sin comer. Esto me obliga, por el cargo que ocupo y por el conocimiento que tengo de ello, a suplicarle muy humildemente que siga siendo el Padre de esta tierra para conservar la vida a tantos y tantos pobres moribundos y enfermos, a los que sus sacerdotes atienden con tanta justicia y esmero»

El Sr. Simonnet, presidente y lugarteniente general de Rethel, le manifestó su agradecimiento en estos términos:

«Podemos sin duda alguna encontrar en la caridad que usted practica la primera forma de la devoción cristiana, ya que en la primitiva Iglesia los cristianos no tenían más que un solo corazón, y no permitían que hubiera entre ellos ningún pobre sin estar socorrido y atendido. Tampoco usted lo sufre, señor, sino que atiende a sus necesidades con tanto orden y tan gran celo por medio de los Sacerdotes de su Congregación, que mantiene usted por todos estos lugares de alrededor, en donde los pobres se ven reducidos a comer como los animales, hasta llegar a alimentarse de carne de perro, según he podido ver con mis propios ojos. Ellos han salvado la vida a innumerables personas y han consolado y asistido a los demás hasta la muerte. Todo esto es producto de su caridad».

El Sr. de Y, canónigo, y más adelante arcediano de Reims, le escribió la carta siguiente:

«Con alegría me he encargado de darle las más rendidas gracias en nombre de los pobres de nuestros campos por toda su generosidad para con ellos, sin la cual seguramente habrían muerto de hambre. Me gustaría poderle expresar la gratitud que sienten. He de decirle que esa pobre gente emplea las pocas fuerzas que les quedan en levantar las manos al cielo para atraer sobre sus bienhechores las gracias del Dios de las misericordias. Es imposible exponerle en toda su amplitud la pobreza de esta Provincia, pues todo lo que se dijera quedaría por debajo de la verdad. Además, seguramente prestará usted más crédito a los informes que le dan los señores Sacerdotes de su Congregación, cuyo celo y equidad se manifiestan claramente en la distribución de las limosnas, hasta el punto de que todos están edificados de ellos. En cuanto a mí, le doy gracias en especial por habérnoslos enviado, y por el buen ejemplo que nos dan».

El difunto Sr. Soüty, baile de la ciudad de Reims, hombre de gran probidad, al escribirle al Sr. Vicente acerca del mismo asunto:

«Creo le dice que le enseñarán la memoria que he enviado a París sobre el estado en que he encontrado aquí la obra de su caridad y las ayudas espirituales y corporales, que

procuran ustedes a los pobres del campo, a imitación de nuestro divino Maestro y Salvador, de quien usted se va haciendo, cada vez más, un perfecto imitador. A esta ciudad han venido dos sacerdotes suyos, uno para pedir limosna, ya que es imposible encontrar nada en los lugares donde residen, que están desprovistos de todo; y el otro, para llevarse parte de la cantidad de grano, que ha comprado aquí, a SaintSouplet para sustento de los pobres. De este modo cada uno trabaja felizmente bajo sus auspicios de usted para el socorro de los desgraciados, mientras que usted se esfuerza, desde ahí, en inflamar ese fuego divino, que produce estas llamas que se extienden por Picardía y Champaña para sostenimiento de los pobres afligidos».

«Estoy esperando aquí al Sr. N., a quien ha confiado usted la coordinación general de obra tan grande, para la creación de nuestros cuarteles de invierno, esto es, de los Hospitales, y para el alojamiento de los sacerdotes pobres. El almacén de la cebada que recogemos como limosna, se va llenando cada vez más, para que luego podamos distribuirla cuando llegue el mal tiempo».

«Siga usted, señor, con sus caritativos esfuerzos, que conservan la vida moral de tantos pobres, y que les procuran la felicidad de la vida eterna, gracias al servicio espiritual que se les presta, especialmente con la administración de sacramentos, que, sin su ayuda, cesaría seguramente en muchos lugares de nuestra diócesis».

Omitimos muchas otras, que contienen parecidas muestras de agradecimiento; bastará con decir a modo de conclusión de este capítulo, que, desde que se empezó a visitar esas dos Provincias hasta la publicación de la Paz General, se les han enviado desde París más de quinientas mil libras en limosnas, ya en metálico ya en ropa, ornamentos, etc. Y esas limosnas han sido repartidas bajo la dirección del Sr. Vicente con tanto orden y prudencia, que han bastado no sólo para salvar la vida del cuerpo a gran número de pobres gentes, mas también para mantener a gran número de párrocos en sus parroquias, que se habrían visto obligados a abandonar por no poder vivir sin esa ayuda; para restaurar iglesias que habían sido saqueadas y convertidas en ruinas, de modo que se pudiera celebrar la Santa Misa en ellas; para sacar a muchas jóvenes, hasta de familias ilustres, del peligro inminente en que estaban de perder lo que debían apreciar más que su vida; para procurar cobijo a un gran número de niños huérfanos totalmente abandonados; para procurar la salvación eterna a un gran número de almas por los sacramentos y otras ayudas espirituales, que les han sido administrados en su mayor necesidad por los Sacerdotes de la Misión

«Ciertamente decía el Sr. Vicente, comentando cierto día todas estas cosas sólo se puede pensar, llenos de admiración, en las generosas limosnas que Dios ha inspirado que se hicieran, y en el gran número de vestidos, sábanas, mantas, camisas, zapatos, etc., que se han proporcionado a toda clase de personas, hombres, mujeres, niños y hasta sacerdotes, como en la cantidad de albas, casullas, misales, copones, cálices y otros ornamentos que se han enviado a las iglesias, que habían sido esquilmadas hasta el punto de que sin esos socorros la celebración de los Santos Misterios y los actos de la Religión

cristiana estarían desterrados y los lugares sagrados sólo servirían para usos profanos. Era realmente un espectáculo, que nos llenaba de edificación, ver las casas de las Damas de la Caridad de París llenas de todos esos bultos, y que se habían convertido en unos auténticos almacenes y tiendas de mayoristas. Esas Damas seguramente tendrán en el cielo la corona de los sacerdotes por el celo y la caridad que han tenido al vestir a Jesucristo en sus altares, en sus sacerdotes y en sus pobres miembros».

CAPITULO DUODECIMO pág. 489

Lo que hizo el Sr. Vicente para extirpar los nuevos errores del jansenismo

Este humilde y fiel Siervo de Dios pudo decir, «Timor, quem timebam evenit mihi; et quod verebar, accidit». Job, 3imitando al Patriarca Job, a propósito de los nuevos errores que han perturbado a la Iglesia en este último siglo, que le había acaecido lo que más temía, y que se había hallado cogido en una ocasión, que siempre había evitado como la más peligrosa

«Durante toda mi vida —decía en una ocasión a la Comunidad— he tenido mucho miedo de encontrarme en el origen de alguna herejía. Veía el gran desastre que había causado la de Lutero y Calvino, y cómo muchas personas de toda clase y condición habían succionado su peligroso veneno, al querer saborear las falsas dulzuras de su pretendida reforma. Siempre he tenido mucho miedo de verme envuelto en los errores de alguna nueva doctrina, sin darme cuenta de ello. Sí, durante toda mi vida, he tenido miedo a esto».

Sin embargo, Dios, por una actuación especial de su Providencia, quiso que, lo que él temía llegara durante su vida, al permitir que en su tiempo naciera el jansenismo en la Iglesia, y también que antes de que esta nueva herejía apareciera, el Sr. Vicente se encontrara, como atado con cierta ligadura, con uno de sus primeros autores.

Pero eso no era más que para hacer brillar más la fortaleza de su fe y el vigor de su celo; y para ponerlo en la Iglesia como una columna de hierro y como una muralla de bronce —tal como se dice en un Profeta antiguo— para sostener y para defender la verdad.

Dios, pues, queriéndolo preparar y prevenir con antelación contra el contagio de los nuevos errores, permitió que, antes de que se hubieran producido, él contrajera una particular amistad con un Abad, natural de su Provincia, quien, después de una larga

estancia en la universidad de Lovaina, ya vuelto a Francia, y traído consigo a Jansenio, compañero suyo de estudios y confidente de sus proyectos, empezó a propalar poco a poco, y sólo en conversaciones particulares, la nueva doctrina que había concebido y planeado para reformar —eso era lo que pretendía— la Iglesia, tanto en la disciplina, como en varios puntos de la fe.

Este Abad, después de haber viajado a su tierra y a alguna otra Provincia de Francia, no halló un lugar más a propósito donde sembrar sus errores que la ciudad de París. Allí encontró a varios espíritus dispuestos a escucharle, ya movidos por vana curiosidad, ya por deseo de hacerse dignos de nota, aprendiendo de él una doctrina nueva desconocida, como él decía, desde hacía siglos a los Doctores escolásticos.

El Sr. Vicente, viendo el aprecio que algunos tenían a su compatriota a causa de la erudición y de otras buenas cualidades intelectuales que creían había en él, se persuadió de que su trato podía serle muy provechoso, así como a su Compañía, que aún estaba entonces en la cuna. Por eso se dispuso a frecuentarle, y el trato hizo nacer entre ambos una amistad bastante íntima. El Sr. Vicente, como una abeja mística, sólo intentaba libar de él la miel de la buena doctrina y de algunos consejos provechosos, que, pensaba, encontraría. Y el Abad, por el contrario, queriendo servirse de aquel trato y amistad para hacerle asimilar el veneno de sus errores y de sus máximas perniciosas, y, a continuación, comunicárselos a toda su Compañía, por cuyo medio los podría extender por otros lugares. Por eso, como lo veía en plan de escucharle, empezó por descubrirle poco a poco algunas de sus opiniones particulares, que dejaba correr con tan buenos pretextos, que un espíritu menos despejado que el del Sr. Vicente difícilmente lo habría notado.

El fiel Siervo de Dios al principio quedó sorprendido al oír una doctrina y unas máximas tan poco comunes, y cuanto más iba descubriéndolas, tanto más sospechosas, y hasta peligrosas, le iban pareciendo las ideas del Abad. Uno de tantos días, habiendo incidido, cuando discutían, sobre un punto de la doctrina de Calvino, quedó el Sr. Vicente muy sorprendido, al ver al Abad mostrarse partidario y sostener el error de aquel heresiarca. Por eso, le hizo notar que aquella doctrina de Calvino estaba condenada por la Iglesia, y el Abad le respondió que Calvino no había propuesto una causa tan mala, sino que la había defendido mal. Y añadió las palabras latinas: «Bene sensit, male locutus est».

En otra ocasión, el Abad se iba acalorando al defender una doctrina que había sido condenada por el Concilio de Trento. El Sr. Vicente, pensando que la caridad le obligaba a hacerle alguna advertencia, le dijo:

«Señor, va usted demasiado lejos. ¿Qué? ¿Quiere usted que yo crea antes a un doctor particular, como usted, expuesto a equivocarse, que a toda la Iglesia que es la Columna de la verdad? Ella me enseña una cosa, y usted sostiene otra que le es contraria. ¡Señor! ¿cómo se atreve a preferir su juicio a las mejores cabezas del mundo, y a tantos Prelados santos reunidos en el Concilio de Trento, que han tomado una decisión sobre este punto? 'No me hable de ese Concilio —respondió el Abad—, que fue un Concilio del Papa y

de los escolásticos; allí sólo hubo intrigas y cabildeos»

Esas palabras temerarias de un espíritu engreído de su propia estima, y que comenzaba a desviarse del camino recto de la verdad obligaron desde entonces al Sr. Vicente, quien tenía un singular respeto a todas las decisiones de la Iglesia, a andar con más circunspección en el trato de aquel hombre, que él consideraba muy peligroso, y hasta se determinó, si aquél continuaba en su actitud, a separarse de él del todo. Y se confirmó aún más en aquella decisión por otro encuentro que tuvo con él

Un día fue a verle, y lo encontró en su habitación leyendo la Biblia, y después de estar un rato sin dirigirle la palabra por miedo a interrumpirle la lectura, el Abad, volviendo los ojos hacia él, «¿Ve, Sr. Vicente lo que estoy leyendo? —le dijo— Es la Sagrada Escritura». Y se extendió mucho sobre eso para darle a entender que Dios le daba una inteligencia perfecta de ella, y muchas hermosas luces para su explicación. Y después, llegó a decir que la Sagrada Escritura era más luminosa en su espíritu, que lo que era en sí misma. Esas son sus propias palabras, que el Sr. Vicente ha contado repetidas veces

Otro día, el Sr. Vicente, después de haber celebrado la misa en la iglesia de Notre Dame, fue a visitar al Abad. Le encontró encerrado en su habitación; cuando salió de allí al cabo de un rato, el Sr. Vicente le dijo sonriendo con su dulzura y educación habituales:

«*Dice usted que acaba de escribir algo de lo que Dios le acaba de comunicar en su oración de la mañana». Después de invitarle a sentarse, el Abad le respondió: «Le confieso que Dios me ha concedido y me concede grandes luces. Me ha hecho conocer que la Iglesia no existe».* —Y como vio al Sr. Vicente muy extrañado por aquella afirmación, prosiguió:— *«No; ya no existe la Iglesia. Dios me ha dado a conocer que hace más de quinientos o seiscientos años que no existe la Iglesia. Antes de eso la Iglesia era como un gran río, que llevaba las aguas claras. Pero ahora lo que nos parece Iglesia, no es más que cieno. El cauce de este hermoso río es todavía el mismo, pero las aguas no son las mismas». — «¡Qué, Señor!* —le dijo el Sr. Vicente— *¿Prefiere creer más a sus ideas particulares, que a las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, que dijo que edificaría su Iglesia sobre roca, y que las puertas del Infierno no prevalecerían contra ella? La Iglesia es su esposa; El no la abandonará nunca: y el Espíritu Santo la asiste siempre».* —El Abad respondió*: —«Es cierto que Jesús ha edificado su Iglesia sobre roca; pero hay tiempo de edificar y tiempo de destruir. Era su esposa, pero ahora es una adúltera o una prostituta. Por eso, la ha repudiado, y quiere que la sustituya otra que le sea fiel».*— Habiéndole replicado el Sr. Vicente que se estaba separando mucho del respeto debido a la verdad, añadió que debía desconfiar totalmente de su propio espíritu, que estaba tan lleno de sentimientos errados. Y después de unos dimes y diretes se separaron.

Todas estas cosas las ha dicho el mismo Sr. Vicente en diferentes ocasiones, tanto a algunos de su Compañía, como a varias personas externas, que las han dado a conocer. Mas él siempre habló de eso con dolor, y solamente cuando se veía obligado por alguna razón de caridad para desengañar o para prevenir a las personas contra las sorpresas de

los nuevos dogmatistas.

Pero temiendo desde entonces que el Abad, cegado por la vana opinión de su propia suficiencia, e impulsado por el espíritu de presunción y de soberbia, se fuera a precipitar en el abismo de una nueva herejía a la que podría arrastrar consigo a muchos otros, pensó que estaba obligado, tanto por la obligación de su antigua amistad, como por la ley de la caridad cristiana, a hacer un último esfuerzo para sacarle de ella, y a usar con él el remedio de la corrección fraterna.

Con este propósito fue un día a verlo a su casa en plan de visita; y después de haber preparado su espíritu con algunos temas convenientes para recibir bien el remedio que quería aplicarle, le habló de la obligación que tenía de someter su juicio al de la Iglesia, y de tener al Concilio de Trento más respeto y deferencia, que el que había manifestado; y bajando a los detalles de algunas proposiciones erróneas que había sostenido, le hizo ver que eran contrarias a la doctrina de la Iglesia, y que hacía un disparate comprometiéndose con aquel laberinto de errores, y, aún más, por haber querido comprometerle tanto a él como a toda su Congregación; que le conjuraba en nombre de Nuestro Señor que se retirase de él lo antes posible.

No se han podido conocer los detalles de aquella conversación, sino únicamente que el Sr. Vicente le habló con tanta energía, que el Abad quedó como desconcertado; de forma que no le respondió ni una sola palabra en aquel momento. Sin embargo, tuvo dificultades para digerir aquella advertencia, que le había quedado grabada en el corazón; y cuando fue después a su abadía, escribió, casi un mes más tarde, una extensa carta al Sr. Vicente para justificarse. Aquí transcribimos fielmente algunos párrafos de ella.

«La disposición de humildad —le escribe el Abad— *que tiene usted en el fondo de su corazón para creer lo que se le hiciera ver en los Libros Santos, me da a conocer bastante bien que no habría nada más fácil que hacerle consentir por el testimonio de sus ojos mismos en lo que ahora detesta como errores. Pero cuando le oí, tras su amonestación fraternal, añadir la quinta corrección a las otras cuatro, porque yo le había dicho en particular que tenía ganas de prestarle un buen servicio a usted y a toda su casa redactándole unos artículos acerca de las cosas que atañen a su Instituto, creí que aquel no era el momento de defenderme, y eso lo he soportado fácilmente de un hombre que me había honrado desde hacía mucho con su amistad, y que estaba considerado en París como un perfecto hombre de bien. Sólo me ha quedado en el alma la extrañeza de que, usted que hace profesión de ser tan manso y discreto en todo, haya tomado pie de una conjuración que han tramado contra mí, para unirse usted a esos otros para aplastarme, añadiendo a los excesos de ellos, el que usted se decidiera a venir donde mí a decirme a mi cara y en mi propia casa lo que ninguno de los otros se habría atrevido a hacer. Me atrevo a decirle que no hay ningún Prelado, de los que frecuentan la casa de usted, con quien yo no esté de acuerdo y que no autorice con su parecer todas mis opiniones, cuando pueda hablar despacio con ellos; y ni mucho menos que se oponga a ellas, sino que quedarán encantados y me las agradecerán».*

Y después de algunos otros arrebatos de bilis enardecida y de la presunción de su espíritu, que le hacían rechazar todos los consejos caritativos del fiel amigo, añadió al terminar la carta:

«Pretendía apartar a usted de ciertas prácticas que siempre he tolerado en su disciplina viendo el apego que les tiene, con una resolución tanto más fuerte de mantenerlas, cuanto que estaban autorizadas por los consejos de los grandes personajes, que usted consulta. Después de eso, no me recato en manifestar los pensamientos, que yo tenía, de que a Dios, según creo, no le agradan, pues sólo se las puede practicar con una sencillez verdadera, que es más rara que la gracia común de los cristianos, y tan rara, que me atrevería a decir de ella lo que un Bienaventurado de nuestro tiempo ha dicho de los Directores de las almas: que, de diez mil que hacen profesión de tales, apenas se puede escoger uno. Sólo esa sencillez —he dicho— *es capaz de hacerles excusables ante Dios. Sin embargo, tendré la misma paciencia, que él tuvo, de dejar hacer a usted, y permaneceré en la misma voluntad que le he manifestado, de servirle por condescendencia, ya que no con entera aprobación».*

Esta carta hace conocer el propósito que tenía entonces el Abad de atraer al Sr. Vicente a su partido, y de insinuar sus ideas y sus máximas erróneas en la Congregación de la Misión. Pero Dios, por una gracia especialísima preservó, tanto al Padre como a los Hijos, de aquel contagio de errores, y los ha mantenido siempre en una fiel y sincera profesión de todas las verdades ortodoxas que la Iglesia reconoce y enseña. Algún tiempo más adelante, el Abad, siempre firme en propalar secretamente su mala doctrina, fue encarcelado por orden del Rey, y los escritos y papeles que encontraron en su domicilio fueron decomisados; entre ellos se encontraba el borrador que había hecho y guardado de la carta de la que acabamos de hablar, y así es como se divulgó; e incluso llegó a ser interrogado por la justicia sobre las cosas que en ella se dice que el Sr. Vicente le había hecho notar. Se esperaba que su detención podría humillar su persona y hacerle abrir los ojos para desengañarse; pero no fue lo bastante larga para eso. Porque sus seguidores, a fuerza de influencias, habían logrado su liberación; pero Dios, por un juicio secreto, lo retiró poco después de esta vida.

Por ese mismo tiempo salieron a luz dos libros perniciosos, que habían pasado por las manos de ese Abad: uno trataba de demostrar que San Pedro y San Pablo había recibido de Dios igual poder para gobernar la Iglesia, y así impugnar por ese medio la unidad de la Cabeza de la Iglesia. El otro era el Augustinus de Jansenio, que después ha metido tanto ruido y causado tantas divisiones en Francia y en toda la Iglesia. El Sr. Vicente, que conocía lo peligrosa que era la fuente de donde procedía la nueva doctrina, pensó que estaba obligado a oponerse a ella y a hacer todo lo que pudiera para procurar su condena

En cuanto al primero, entre otras cosas que el Sr. Vicente realizó, escribió una carta a un Cardenal con fecha del 4 de octubre del año 1646. En ella le habló en estos términos:

«Le suplico muy humildemente a Su Eminencia, que tenga a bien recibir algunos escritos contra el parecer de las Dos Cabezas, San Pedro y San Pablo, escritos por uno de los más sabios teólogos que tenemos, y de los hombres más honrados, que no quiere que se diga su nombre. Por la Gazetta de Roma se ha enterado que se está examinando el libro que él refuta, y que dos doctores de la Sorbona sostienen que la doctrina de ese libro es la de la Facultad. Y habiéndose enterado esa misma Facultad que se le atribuía la opinión de las Dos Cabezas, se ha constituído en asamblea, y ha enviado un mandatario al Sr. Nuncio para desautorizar a esos doctores y asegurar que la facultad es de la opinión contraria; y al mismo tiempo para rogarle obre de forma que la próxima Gazettamanifieste que se le atribuye (a la Facultad) falsamente dicha doctrina.

Todo esto le ha movido a este buen y virtuoso personaje a traerme hoy esos escritos, con la intención de que yo los mande a Roma para que sirvan de información a los que Su Santidad nombre como examinadores del libro indicado. Ellos encontrarán en esa obra los párrafos que se aducen para la pretendida igualdad de San Pablo con San Pedro, refutados por los mismos autores que se alegan, unos después de otros».

Después de esta carta, el Libro de las Dos Cabezas fue censurado y condenado por la Santa Sede, y el Sr. Vicente tuvo el consuelo de ver el fruto de las gestiones que había hecho en aquel asunto.

En cuanto al libro de Jansenio, el Sr. Vicente conoció muy pronto que era un amasijo de toda la doctrina que el difunto Abad le había propalado por entregas en las conversaciones que había tenido con él en diversos momentos, y que el veneno de esta nueva doctrina era tanto más de temer, cuanto que el pretexto con el que lo propagaban, de querer volver la teología a su primitiva pureza, parecía más especioso.

Por eso, como ya tenía de ella conocimiento más detallado, pensó que estaba más estrictamente obligado a procurar algún antídoto para prevenir los espíritus contra aquella peligrosa lectura, en espera de que la autoridad de la Iglesia proporcionara un último y soberano remedio. A tal fin, rogó a varias personas de condición y de piedad, que se pusieran a escribir para refutar los errores del perverso libro. Y, entre otros, al difunto Sr. de Raconis, obispo de Lavaur, a quien le dio unos consejos a propósito del libro, y con quien trataba de ponerse de acuerdo para detener el curso de la peligrosa doctrina. Como lo podemos ver en varias cartas que el mismo Sr. Obispo le escribió por ese tiempo. Bastará con que de ellas aduzcamos aquí la que sigue; en ella habla en estos términos:

«Después de haber tenido ayer el honor de conversar con usted, he visto al Sr. Príncipe de Condé a propósito de Jansenio. Lo he encontrado lleno de fervor y de luces contra los errores de ese autor. Me ha animado mucho a proseguir mi trabajo y secundar el celo de usted por la defensa de la Iglesia, de la que le he hablado largo y tendido, y con la que ha quedado entusiasmado. Me ha ordenado dos cosas: la primera, que vea al Sr. Nuncio y le diga de su parte que le gustaría visitarle en alguna iglesia para hablarle de este asunto, e indicarle la necesidad absoluta que tienen la Iglesia y el Estado de que se

responda a ese autor. Así lo he hecho inmediatamente y he visto al Sr. Nuncio, que, después de una charla prolongada, ha aceptado que le envíe una lista de los errores de Jansenio que ya han sido condenados por los concilios o por los Papas. Le he prometido que así lo haría. De allí volví a la casa del Sr. Príncipe, el cual se ha quedado muy satisfecho de esta decisión, y me ha asegurado que le expondrá la gran importancia de este asunto a la Reina y al Sr. Cardenal Mazarino, y me ha renovado la segunda orden que me había dado: asegurarle a usted su celo en este asunto, a fin de llevarlo adelante juntamente con usted».

Mientras esta peligrosa doctrina iba infectando cada vez más a muchas personas que se prestaban fácilmente a abrazar novedades, el Sr. Vicente, que fue llamado por la Reina Madre a sus Consejos desde el comienzo de la Regencia, hizo ver 493 desde entonces a Su Majestad y al Sr. Cardenal Mazarino, cuánto importaba, para el bien de la Religión y del Estado, no poner en los beneficios ni en los cargos a personas que fueran sospechosas. Y como sabía que las cátedras de los profesores y de los predicadores son como las fuentes públicas de donde se toman las aguas saludables para la doctrina y para las costumbres, se aprovechó de las ocasiones, en cuanto le fue posible, para que fueran ocupadas por personas bien asentadas en las ideas comunes de la Iglesia, mandando hacer con esa intención oraciones especiales, y usando de otros recursos que le sugería la caridad.

Hablaba a menudo con el Sr. Nuncio y con el Sr. Canciller acerca de los medios para detener el curso de aquella peligrosa doctrina; y en una ocasión, en cuanto supo que querían defender una tesis sospechosa de jansenismo en una casa religiosa, intervino donde ellos para hacerla suprimir por la autoridad de ellos; como así fue en efecto. He aquí lo que escribió sobre este asunto a un virtuosísimo Prelado:

«Monseñor: Un religioso de esta ciudad, ha defendido una tesis, en la cual ha expuesto una proposición contagiada de jansenismo, y que ha sido condenada por la Sorbona. El Sr. Canciller ha hecho prohibir la reunión y las disputas que iban a celebrarse sobre aquel tema. Y cuando el Superior puso para ello alguna dificultad, lo mandó buscar, y le dijo que si contravenía la orden, ya sabía cómo hacerles cumplir, tanto a él como a todos los suyos, su deber. Le ordenó que fuera a ver al Sr. Nuncio. Este le reprendió seriamente por no haber impedido que aquella tesis se defendiera en público, y le amenazó a él y a todos los suyos, que favorecían aquella doctrina, con mandarles castigar, y con escribir al Papa y al General. El Superior y toda su comunidad por su parte, castigaron luego a dicho religioso, declarándolo inhábil para todos los cargos y oficios en la Orden, y lo privaron de voz activa y pasiva, y, además, lo expulsaron de la casa. Esto da motivos para esperar, que, si en adelante se mantiene igual actitud, impidiendo semejantes excesos, podrá finalmente disiparse esa doctrina perniciosa».

Así es cómo el fiel Siervo de Dios no perdía ninguna ocasión para impedir que dichos errores causaran mayores estragos en la Iglesia.

Pero, como el mal iba siempre creciendo, y a pesar de todos los esfuerzos que se hacían para oponerse a su progreso, no dejaba de extenderse por todas partes, y empezaba a introducir la división no sólo en las Escuelas, sino también en las comunidades religiosas, y llegaba hasta las familias seglares, e incluso parecía, en cierto modo, que amenazaba a la tranquilidad del Estado, el Sr. Vicente, al ver esos males y previendo los funestos efectos que podían seguirse, gemía sin cesar ante Dios, y pensaba a menudo en su interior con qué medio se podría detener el avance del error. Rezó mucho y se mortificó mucho para aplacar la cólera de Dios y para obtener de su bondad infinita que quisiera alejar los males que eran de temerse de semejantes comienzos. Sus oraciones y sus lágrimas no quedaron sin efecto, porque se enteró, al poco tiempo, que varios Prelados del Reino, movidos de un santo celo por la conservación de la fe y de la Religión católica, habían resuelto acudir a la Santa Sede Apostólica para poner un remedio más rápido y más eficaz a aquellos desórdenes. Quedó por ello muy consolado y alabó mucho su determinación. Creyó que debía informar de todo a otros Prelados que él conocía, para invitarles a que se juntaran a los primeros. He aquí en que términos escribió a algunos de ellos acerca de este tema el mes de febrero de 1651.

«Los malos efectos que producen las opiniones del tiempo han movido a gran número de los Sres. Prelados del Reino a escribir a Nuestro Santo Padre el Papa para suplicarle que condene esta doctrina. Las razones especiales que les han movido a hacerlo así son las siguientes: En primer lugar, que con este remedio esperan que muchos se atengan a las opiniones comunes, mientras que, de lo contrario, podrían extraviarse; es lo que ocurrió con todos los que vieron la censura de las Dos Cabezas; en segundo lugar, que el mal va cundiendo cada vez más porque parece que se tolera; en tercer lugar, se piensa en Roma que la mayoría de los obispos franceses siguen las nuevas opiniones, y conviene hacerles ver que son muy pocos sus seguidores; finalmente, esto está en conformidad con el santo Concilio de Trento que quiere que, si surgen opiniones contrarias a las cosas que él determinó, se recurra a los Soberanos Pontífices para que pongan remedio».

«Esto es lo que se pretende hacer, Sr. Obispo, como podrá ver usted en la carta adjunta, que le envío con la confianza de que aceptará usted firmarla, junto con otros cuarenta Prelados que ya la han firmado según la lista siguiente». etc

Además de la Carta Circular que envió a algunos Prelados, escribió una particular a uno de ellos, pues no había recibido respuesta suya. He aquí en qué términos:

«París, 23 de abril de 1651»

«Monseñor: Hace algún tiempo me tomé la confianza de enviarle la copia de una carta que la mayor parte de los Sres. Prelados de este Reino deseaban enviar a Nuestro Santo Padre el Papa para suplicarle que se pronunciara sobre los puntos de la nueva doctrina, a fin de que, si usted quería ser de ese número, hiciera el favor de firmarla. Como no he tenido el honor de recibir ninguna respuesta, tengo motivos para suponer que no la ha recibido, o que cierto escrito pernicioso, que los de esa doctrina han difundido por todas

partes para apartar a nuestros Sres. Prelados de este designio, le retiene a usted suspenso en esta iniciativa. Por eso mismo, Monseñor, le envío una segunda copia, y le suplico en nombre de Nuestro Señor que considere la necesidad de esta carta por la extraña división que se ha introducido en las familias, en las ciudades y en las universidades. Es un fuego, que se va encendiendo cada vez más, que altera los espíritus y que amenaza a la Iglesia con una irreparable desolación, si no se pone remedio prontamente».

«La situación de los tiempos presentes no permite que pueda aguardarse a un concilio universal. Además, ya sabe usted el tiempo que se necesita para reunirlo, y cuánto duró el último que se celebró. Ese sería un remedio lejano para un mal tan urgente».

«Así pues, ¿quién podrá atajar este mal? Es indudable que tiene que ser la Santa Sede, no sólo porque no hay otros caminos, sino porque el concilio de Trento, en su última sesión, pone en sus manos la decisión de las dificultades que habrían de surgir sobre lo que se había decretado. Pues bien, si la Iglesia se encuentra en un concilio universal canónicamente reunido, como aquél, y si el Espíritu Santo guía a la misma Iglesia, como no cabe dudar, ¿por qué no habrá que seguir la luz de ese Espíritu, que declara cómo hay que comportarse en estas ocasiones dudosas, esto es, recurriendo al Sumo Pontífice? Esta sola razón, Monseñor, hace que pueda citarle el número de sesenta Prelados que ya han firmado esta carta, sin más acuerdo que una simple propuesta, además de otros muchos que la firmarán».

«Si alguno creyera que no debe hacerse ninguna declaración de antemano en un asunto del que tiene que ser uno juez, le podría responder que por las razones indicadas parece ser que no tendría que haber concilio y que, por tanto, no podría ser juez en él. Pero supongamos lo contrario: el recurso al Papa no sería un impedimento, ya que los santos le han escrito en otras ocasiones contra las nuevas doctrinas, y no han dejado de asistir como jueces en los concilios que las han condenado».

«Si acaso replicaran que los Papas imponen silencio en esta materia no queriendo que se hable, ni se dispute, ni se escriba sobre ella, se les podría responder también que esto no debe entenderse en lo que se refiera al Papa, que es Cabeza de la Iglesia, con quien todos los miembros deben tener relación, sino que hay que recurrir a él para asegurarse en medio de las dudas y de las turbulencias. ¿A quién si no, podríamos dirigirnos y cómo sabría Su Santidad las perturbaciones que surgen, si no se le indicaran, para que las remedie?».

«Si alguno temiera, Monseñor, que una respuesta tardía, o menos decisiva de Nuestro Santo Padre, podría aumentar la osadía de los adversarios, puedo asegurarle que el Sr. Nuncio ha dicho, que tiene noticias de Roma de que, apenas Su Santidad vea una carta del Rey y otra de una gran parte de los Sres. Obispos de Francia se pronunciará sobre esta doctrina. Pues bien, Su Majestad ya ha tomado la decisión de escribirle, y el Sr. Primer Presidente ha dicho también que, con tal de que la bula de la Santa Sede no indique que ha sido dada por aviso de la Inquisición de Roma, será bien recibida y ratificada por el

Parlamento».

«Pero ¿qué se ganará —dirá un tercero— con que el Papa se pronuncie, si los que sostienen esas novedades no se le van a someter? Esto puede ser verdad en algunos casos, como en los del grupo del difunto Sr. de N., que no solamente no estaba dispuesto a someterse a las decisiones del Papa, sino que ni siquiera creía en los concilios; lo sé muy bien, Monseñor, por haber tratado mucho con él; y ésos podrán obstinarse como él, cegados por sus propias opiniones, pero los demás que no le siguen más que por el atractivo que sienten por las novedades, o por ciertos lazos de amistad o de parentesco, o porque creen que hacen bien, habrá pocos que no se aparten de ellos antes que rebelarse contra su Padre legítimo y verdadero. Hemos visto cómo ocurría así con el libro sobre las dos Cabezas y con el Catecismo de la gracia, pues apenas se supo que habían sido condenados, ya no se habló más de ellos».

«Por tanto, Monseñor, es muy de desear que se aparten muchas almas de ellos, y que se impida oportunamente que otras entren en una facción tan peligrosa como ésta. El ejemplo de un tal Labadie es una prueba de la malicia de esta doctrina. Es un sacerdote apóstata, que pasaba por ser un gran predicador, y que después de haber hecho mucho daño en Picardía, y más tarde en Gascuña, se ha hecho hugonote en Montauban; y por un libro que ha escrito sobre su pretendida conversión, declara que, después de haber sido jansenista, ha visto que la doctrina que allí se defiende coincide con la fe que ha abrazado. En efecto, Monseñor, los ministros se jactan en sus sermones, al hablar de esas personas, de que la mayor parte de los católicos están de su lado, y que pronto vendrán los demás. Si esto es así, ¿qué no habrá que hacer para apagar este fuego que da la ventaja a los enemigos jurados de nuestra Religión? ¿Quién no se echará sobre este pequeño monstruo que empieza a devorar a la Iglesia, y que acabará destruyéndola si no lo ahogamos en su nacimiento? ¿Qué no querrían haber hecho ya tantos valientes y santos Obispos que ahora viven, si hubieran vivido en tiempos de Calvino?».

«Ahora es cuando se palpa la culpa de los de aquel tiempo por no haberse opuesto con firmeza a una doctrina que iba a causar tantas guerras y divisiones. Es que entonces había mucha ignorancia sobre esto; pero ahora que nuestros Sres. Obispos son más sabios, se muestran también más celosos. Así es el Obispo de Cahors, que me ha escrito últimamente que le habían enviado un libelo difamatorio contra dicha carta. Es el espíritu de la herejía —me dice— que no puede tole rar las justas correcciones y reprimendas, y se arroja inmediatamente en manos de la violencia y de la calumnia. Hemos llegado ya a las manos, punto al que yo siempre he creído que se llegaría.Y como yo le pedía que se cuidara, debido a un percance que ha sufrido su salud, me decía: Le aseguro que lo haré, con la ayuda de Dios, aunque sólo sea para encontrarme en el combate que preveo habrá de producirse... Espero que, con la ayuda de Dios, los venceremos. Estos son los sentimientos de este buen Prelado. Los mismos, se espera, que sean también los suyos, Monseñor, que anuncia y manda anunciar en su diócesis las opiniones comunes de la Iglesia, y que, sin duda, estará deseoso de que se pida que el Santo Padre mande hacer lo mismo por todas partes, para reprimir estas nuevas opiniones, que tanta semejanza tienen

con los errores de Calvino. Se trata ciertamente de la gloria de Dios, de la tranquilidad de la Iglesia y, me atrevo a decirlo, de la del Estado, tal como lo vemos más claramente en París que en cualquier parte. Si no fuera así, Monseñor, me hubiera guardado mucho de molestarle con un razonamiento tan largo. Le ruego muy humildemente a su bondad que me perdone, ya que ha sido ella, la que me ha invitado a tomarme esta confianza», etc

Entre los Obispos a quienes el Sr. Vicente escribió sobre este asunto, hay dos que le dieron una respuesta en común; en ella le exponían algunas razones por las que creían que no debían firmar la carta. Por eso les escribió la que sigue. En ella se pueden ver unas muestras muy claras de su espíritu y de su celo.

«Monseñores: He recibido con el respeto debido a su virtud y a su dignidad la carta que me han hecho el honor de escribirme a finales de mayo, en respuesta a las mías sobre el tema de las cuestiones de estos tiempos. En ella veo muchos pensamientos dignos del rango que ustedes ocupan en la Iglesia y que parecen inclinarles a ustedes a seguir el partido del silencio en las presentes circunstancias. No dejaré, sin embargo, de tomarme la libertad de exponerles algunas razones que quizás puedan moverles a otros sentimientos. Les suplico, Monseñores, postrado en espíritu a sus pies, que excusen mi atrevimiento».

«En primer lugar, sobre lo que dicen que tienen miedo de que el juicio que se espera de la Santa Sede no sea recibido con la sumisión y la obediencia que todos los cristianos deben a la voz del Soberano Pastor, y que el Espíritu de Dios no encuentra suficiente docilidad en los corazones para realizar en ellos una verdadera unión, les manifestaré de buena gana que, cuando las herejías de Lutero y de Calvino, por ejemplo, empezaron a surgir, si se hubiera esperado a condenarlas hasta que sus seguidores hubieran demostrado estar dispuestos a someterse y a reunirse con los demás, esas herejías seguirían estando todavía en el número de las cosas indiferentes que se pueden seguir o dejar y habrían contagiado a muchas más personas de las que contagiaron. Así pues, si estas opiniones, cuyos efectos tan perniciosos vemos en las conciencias, son de la misma naturaleza, en vano esperaremos que sus seguidores se pongan de acuerdo con los defensores de la doctrina de la Iglesia. Es eso precisamente lo que no se puede esperar y lo que nunca se hará. Retrasarse en obtener la condenación de la Santa Sede es darles tiempo para que sigan esparciendo su veneno, y es igualmente arrebatar a muchas personas de condición y de gran piedad el mérito de la obediencia que han prometido rendir a los decretos del Santo Padre, apenas aparezcan. Lo único que ellos desean es conocer la verdad y, aguardando el efecto de estos deseos, permanecen todavía de buena fe en ese partido, dándole mayor número y fuerza por ese medio, habiéndose apegado a él por la apariencia de bien y por la reforma que predicen, que es la piel de oveja con que siempre se han cubierto los verdaderos lobos para seducir y aprovecharse de las almas».

«En segundo lugar, Monseñores, lo que ustedes dicen acerca de que el calor que ponen los dos partidos en sostener sus respectivas opiniones deja pocas esperanzas para una nueva unión, a la cual habría que llegar por encima de todo, me obliga a decirles que no es posible conseguir esa unión en la diversidad y oposición de ideas en materia de fe y

de religión, más que apelando a un tercero, que no puede ser más que el Papa, a falta de concilios; y que el que no quiera unirse de este modo no es capaz de ninguna unión, que lejos del Papa ni siquiera es de desear; porque las leyes nunca podrán conciliarse con los crímenes, así como tampoco la mentira puede estar de acuerdo con la verdad».

«En tercer lugar, esa uniformidad que ustedes desean entre los Prelados sería muy de apetecer, con tal de que fuera sin perjuicio de la fe; porque no puede haber unión en el mal y en el error. Pero cuando tuviera que hacerse esa unión, le tocaría a la minoría ponerse de acuerdo con la mayoría, al miembro le correspondería unirse con su cabeza. Y es eso precisamente lo que se propone, ya que por lo menos de cada seis partes hay cinco que se han ofrecido a atenerse a lo que diga el Papa, a falta de concilio, que no puede reunirse por culpa de las guerras. Y aún cuando se siguiera la división y, si ustedes quieren, el cisma, no habría que seguir a los que no quieren juez, ni atenerse a la mayoría de los Obispos, con los que no quieren tener nada que ver, lo mismo que tampoco con el Papa».

«Y de aquí se sigue una cuarta razón, que sirve de respuesta a lo que ustedes me dicen, de que cada uno de los partidos cree que la razón y la verdad están de su lado. Confieso que así es; pero saben ustedes muy bien que todos los herejes han dicho otro tanto y que, sin embargo, eso no les ha librado de la condenación y de los anatemas que contra ellos han pronunciado los Papas y los concilios. Nunca se ha visto que la unión con ellos haya sido un medio para curar el mal; al contrario, se les ha aplicado el hierro y el fuego, aunque a veces demasiado tarde, como podría suceder aquí. Es verdad que un partido acusa al otro, pero con la diferencia de que uno pide jueces y el otro no los quiere, y eso es mala señal. No desea ningún remedio, repito, por parte del Papa, del que sabe que es posible, y simula desear el del concilio, porque lo cree imposible en las circunstancias actuales; y si creyera que fuera posible, lo rechazaría lo mismo que rechaza el otro. Y eso no será a mi juicio ningún motivo de burla para los libertinos ni para los herejes, pero sí de escándalo para los buenos, el ver divididos a los Obispos; porque, además de que el número de quienes no quieren firmar las cartas escritas al Papa para dicha cuestión será muy pequeño, no es nada extraordinario en los antiguos concilios el que no todos sean de la misma opinión. Eso demuestra igualmente la necesidad de que intervenga el Papa, ya que, como Vicario de Jesucristo, es Cabeza de toda la Iglesia y, por consiguiente, el Superior de los Obispos»

«En quinto lugar, no veo por qué la guerra, extendida casi por toda la cristiandad, le impide al Papa juzgar con todas las condiciones y formalidades necesarias y prescritas por el concilio de Trento en las materias que encomienda a Su Santidad, a quien de ordinario han consultado y apelado muchos Santos y antiguos Prelados en las dudas de la fe, incluso estando reunidos, como vemos en los Santos Padres y en los Anales eclesiásticos. Pues bien, la afirmación de que no se aceptará su decisión está tan lejos de tener motivos para temerla, que más bien puede ser éste el mejor medio para distinguir así a los verdaderos Hijos de Dios de los obstinados en el error».

«En cuanto al remedio que ustedes proponen de prohibir severamente a ambos

partidos que sigan dogmatizando, les suplico humildemente que consideren que ya se ha probado inútilmente, y que eso ha servido solamente para dar más facilidades al error, porque, al verse tratado al mismo nivel que la verdad, ha buscado su expansión y ha sido atacado demasiado tarde, dado que esa doctrina no afecta solamente a la teoría, sino que, al consistir también en la práctica, las conciencias no pueden ya soportar la vacilación y la inquietud que nace de esa duda y que se va formando en el corazón de cada uno. Hemos visto a personas que, al oír que algunos les decían a los moribundos, para consolarlos, que tuvieran confianza en la bondad de Nuestro Señor, que había muerto por ellos, les decían a los enfermos que no se fiasen de sus palabras, ya que Nuestro Señor no había muerto por todos».

«Permítanme, además, Monseñores, añadir a estas consideraciones que los que profesan las nuevas ideas, al ver que se temen sus amenazas, las exageran y se preparan para una fuerte rebelión. Se sirven del silencio de ustedes como de un poderoso argumento en favor, e incluso se jactan, como resulta de un impreso que han publicado, de que ustedes son de su opinión. Y, por el contrario, los que se mantienen en la sencillez y en la antigua creencia se asustan y se desaniman, al ver que no los apoyan ustedes. ¿Les gustaría acaso a ustedes, Monseñores, que su nombre sirviera, aunque fuera en contra de sus intenciones, que son totalmente santas, para confirmar a unos en su obstinación y para debilitar a los otros en sus creencias?».

«Sobre el remedio de dejar las cosas para un concilio universal, ¿es que puede convocarse durante estas guerras? Pasaron cuarenta años desde que Lutero y Calvino empezaron a perturbar a la Iglesia hasta que se celebró el concilio de Trento. Así pues, no hay más remedio a mano que el de recurrir al Papa, a quien nos remite el mismo concilio de Trento en su última sesión, capítulo final, del que les envío un extracto».

«Por otra parte, Monseñores, no hay por qué temer que no se obedezca al Papa, como es justo, después de que él haya pronunciado sentencia, pues, aparte de que esa razón de temer la desobediencia tendría lugar en todas las herejías, a las que en consecuencia habría que dejar que reinaran impunemente, tenemos un ejemplo muy reciente en la falsa doctrina de las dos pretendidas Cabezas de la Iglesia, que salió de la misma botica: cuando el Papa la condenó, se obedeció a su juicio y no volvió ya a hablarse de esa nueva opinión».

«Ciertamente, Monseñores, todas estas razones y muchas otras que ustedes conocen mejor que yo, me gustaría a mí oírselas a ustedes, a quienes reverencio como a Padres, y como a doctores de la Iglesia. Son, por otra parte, las que han hecho que, al presente queden pocos Prelados en Francia que se hayan negado a firmar la carta que les envié».

Las cartas del Sr. Vicente, así como toda su actuación en este asunto nos bastan para conocer que el único motivo que le movía a obrar así era la gloria de Dios y la salvación de las almas. En todo eso tenemos motivos para admirar cómo supo concordar

tan estupendamente un celo ardentísimo por todo lo que estaba relacionado con el servicio de Nuestro Señor y de su Iglesia, con una humildad profundísima y un singular respeto por la dignidad sagrada de los Obispos; porque, si por un lado la caridad lo impulsó a hablar y a proponerles los sentimientos que Dios le inspiraba en aquella ocasión, la humildad y el respeto lo llevan al mismo tiempo a prosternarse en espíritu a sus pies, suplicándoles que le perdonen esta libertad, y también manifestándoles más con el corazón que con la boca, que los reverenciaba como a sus Padres y como a Doctores de la Iglesia, de los que él se consideraba dichoso por aprender las cosas que se atrevía a presentarles. Así es como ha actuado siempre, y por ese procedimiento tan humilde como caritativo, halló gracia tanto ante Dios, quien bendijo sus buenos planes, como ante los Obispos, que aprobaron la sinceridad de su celo, que sólo trataba de secundar el de ellos, de acuerdo con el ejemplo de santos personajes, quienes, aunque vivían una vida retirada, no dejaron de acudir en ocasiones semejantes a los Prelados de la Iglesia, dándoles consejos acerca de las herejías incipientes que descubrían, para detener su curso.

Mientras que el Sr. Vicente trabajaba de esa forma, los jansenistas, cuando se enteraron de que se pensaba acudir al Soberano Pontífice para obtener su sentencia sobre la doctrina del libro de Jansenio, hicieron todo lo que pudieron para obstaculizar dicho plan e impedir su efecto.

A ese propósito, difundieron un escrito en forma de carta circular, que enviaron a todos los Obispos del Reino, con el fin de disuadirles de firmar la Carta que estaba planeada para enviar al Papa. Eso no impidió que en muy poco tiempo fuera firmada por más de ochenta Prelados, tanto Arzobispos como Obispos.

Al ver que ese golpe les había fallado, acudieron al Señor de N., doctor en teología, que ya había ido a Roma, y le escribieron que hiciera todo lo posible para disuadir al Papa de que se pronunciara sobre aquella consulta de los Obispos. Y además, temiendo que no tuviera el enviado suficiente fuerza como para conjurar aquella tormenta, que amenazaba al libro de Jansenio y a todos sus seguidores, enviaron rápidamente a tres de sus doctores para asesorarle, y para hacer con él todos los esfuerzos con el fin de impedir, o al menos, retrasar cuanto pudieran, el juicio del Papa acerca de dicha materia.

En cuanto se divulgó lo de la delegación de los jansenistas, el Sr. Vicente creyó que era muy importante que algunos doctores ortodoxos y bien intencionados fueran también a Roma para defender la verdad contra todas las iniciativas y los artificios de sus enemigos. Y por una inspiración especialísima de la Divina Providencia que vela incesantemente sobre su Iglesia, se encontró con tres de la facultad de la Sorbona, quienes, ya sea por propio impulso, ya por sugerencia de algunos amigos, decidieron emprender el viaje juntos para el servicio de la Religión Católica. Esos tres fueron los Sres. Hallier, Joisel y Lagault. El primero de ellos fue más tarde nombrado Obispo de Cavaillon por nuestro Santo Padre, Inocencio X, quien quiso con esa dignidad agradecer sus trabajos a sus méritos en favor de la Iglesia. El Sr.Vicente sintió gran alegría, cuando conoció la resolución de esos tres Señores. Y como los conocía bien, los animó todo lo que pudo para

tan buena acción, y les ofreció todos los servicios que les podía ofrecer, ya antes de su partida, ya después de su llegada de Roma.

No es éste el lugar donde debemos dar a conocer todo lo que esos Señores hicieron por el servicio de la Iglesia y por la defensa de la verdad durante su estancia en Roma. Informaban de todo, de cuando en cuando, al Sr. Vicente, y recíproca499 mente, recibían de él diversos consejos de lo que tenían que hacer, en el sitio en que estaban, por el bien de la Religión. Bastará con que presentemos aquí una carta que él escribió al Sr. Hallier el año 1652, el 20 de diciembre, a propósito de ese asunto.

«Le doy gracias a Dios por los progresos y los éxitos que va obteniendo por ahí. También le agradezco muy humildemente el favor que me ha hecho poniéndome al corriente de todo. Le aseguro que no recibo una alegría mayor que la que me proporcionan sus cartas, y que no le rezo a Dios por ninguna otra cosa con mayor cariño que por usted y por el éxito de su empresa. Por eso, su Divina Bondad me da grandes esperanzas de que pronto dará la paz a su Iglesia, y que, con la ayuda de sus esfuerzos, se reconocerá la verdad, y su celo quedará manifiesto ante Dios y ante los hombres. Así se lo seguiremos pidiendo. Haga el favor de seguir dándome noticias de todo», etc

Por esta carta se puede deducir que el Sr. Vicente tenía algún presentimiento de dos cosas que iban a suceder: una es la condena de la doctrina del libro de Jansenio contenida en las cinco proposiciones, que vino de Roma unos meses más tarde; otra es la promoción del Sr. Hallier a la dignidad episcopal, de la que ya hemos hablado.

Por lo que se refiere a la condena de las cinco proposiciones, el Lector católico tendrá la satisfacción de ver aquí dos cartas que fueron escritas desde Roma al Sr. Vicente sobre esa cuestión, cuyos originales están en la casa de San Lázaro de París. La primera es del Sr. Hallier. Estas son sus palabras:

«El pasado lunes sólo tuve tiempo para ponerle unas letras de cómo la Constitución hecha contra Jansenio era muy ventajosa para la defensa de la Religión Católica y la condenación del error. Los Señores Jansenistas salen hoy de esta ciudad para volver por Loreto, después de haber estado durante quince días preparando sus lacayos. Han prometido obedecer puntualmente al Papa. Tengo motivos para desconfiar de ello, pues les han dicho a sus amigos que no les habían condenado, y que su posición, que es la misma que la de Jansenio, se mantenía íntegra. Sé que resultan ridículos al decir eso, ya que Jansenio ha sido condenado; que sus proposiciones están como sacadas de Jansenio; que el sentido dado por los jansenistas a la quinta proposición ha sido también expresa y específicamente condenado, y que todas sus interpretaciones han sido excluídas como impertinentes por una condenación absoluta. Todo eso demuestra su obstinación en el error, que podrá encontrar algunos secuaces tanto por allí, como por estas tierras. Por eso, hay que trabajar en abrir los ojos a los ignorantes y conseguir decididamente la publicación de la bula y su legalización en los Parlamentos, en las diócesis, en la facultad, en presencia del Rey y del Sr. Canciller y Guardasellos, de los Obispos y de los Doctores»

«Temo que el Sr. de SaintAmour acuda en seguida, y refiera las cosas de una manera muy distinta de cómo han pasado, diciendo que no les han escuchado suficientemente. Varias veces se les ha replicado ya lo siguiente: primero, que la culpa sería de ellos, ya que han tenido la libertad de informar oralmente y por escrito a los Cardenales de la Congregación y a los Consultores durante un año; segundo, que se les comunicaron nuestros escritos, como ellos mismos lo confiesan en el discurso que tuvieron ante el Papa; tercero, que era inútil escucharles y también a nosotros, ya que no se trataba más que de una doctrina sacada del libro de Jansenio, que el Papa ha hecho examinar cuidadosamente, siendo aún más inútil el escucharlos, porque no alegan más medios en su defensa que los que están ya ocultos en Jansenio; cuarto, que cuando se condena un libro, no se acostumbra recibir más luz que la que viene del mismo libro y de las personas sabias en la materia que se trata en ese libro; quinto, que se les ha ofrecido a los doctores jansenistas dos, tres, cuatro, cinco audiencias y todas las que fueran necesarias ante los Sres. Cardenales, pero que se han negado a acudir; sexto, que siempre que han entregado algún escrito ha sido fuera de cuestión, ya que sólo intentaban retrasar y, con ese retraso, impedir que el Papa se pronunciara contra sus herejías, a fin de sembrarlas a su gusto»

«En lo que se refiere a los medios con los que quieren eludir la bula, basta con leerlos para condenarlos. Han venido expresamente a defender las proposiciones presentadas al Papa por nuestros Sres. Obispos, e impedir que fueran condenadas; han querido impedir su censura en la facultad (de París), aunque habría sido menos severa; han escrito tres apologías en favor de Jansenio; han interpretado las proposiciones en el sentido de este autor, sin que dichas proposiciones puedan tener más sentido que el de Jansenio, si no se altera el significado de las palabras con que han sido concebidas. El Papa las condena todas como heréticas, y no pueden tener otro significado. Por tanto, han sido condenadas en el sentido que ellos querían darle, y que habían presentado al Papa: Ubi lex non distinguit, nec nos distinguere debemus»

«Ya sabe usted que el Sr. Nuncio tiene un Breve para Su Majestad, a quien el Papa suplica que se muestre firme en la ejecución de la Bula. Ya comprenderá usted su importancia. También hay un Breve para los Sres. Obispos. Nos han pedido que nos quedemos aquí hasta que se hayan recibido noticias de cómo se han portado en la recepción de esta Bula, ya que tienen la intención de condenar las Apologías en favor de Jansenio, el libro De la gracia victoriosa, la Teología familiar y otros, apenas se vea cómo han recibido la Bula. Verá usted por la lectura de la misma que se han suprimido todas las cláusulas ordinarias en su estilo, para no perjudicar nuestras pretensiones. Este procedimiento lleno de bondad nos obliga a corresponder con una obediencia respetuosa, y por eso hemos de hacer todos los esfuerzos en este sentido; y como los jansenistas intentarán impedirlo con todas sus fuerzas, habrá que trabajar por hacer inútiles sus esfuerzos. Habrá que informar a la Reina acerca del interés, la diligencia, el trabajo y la bondad que Su Santidad ha demostrado en este asunto, y exponerle cuál es su deber de conciencia, su honor y la seguridad del Estado del Rey, su hijo, que quedan afectados en esta ocasión. Estamos pensando en escribirle, ya que el Sr. Embajador nos ha dicho que no le iba a escribir nada, remitiéndose a lo que le íbamos a escribir nosotros. También

habíamos pensado en escribir a Su Eminencia. Al final, hemos decidido no hacerlo, no sea que creyeran que nuestro propósito era interesado, lo cual estamos muy lejos de pretender; pero creemos que será mejor que otras personas les informen de todo, como juzgue usted conveniente»

«Roma, 16 de junio de 1653

Su muy humilde y muy obediente servidor Hallier»

La segunda carta es del Sr. Lagault, escrita en Roma el 15 de junio de 1653, y es como sigue:

«Señor: En mi última tuve ocasión de escribirle ampliamente sobre la manera como concluyó el asunto en contra de los jansenistas, ya que la Bula no se publicó hasta la misma tarde en que salió el correo. No sabría explicárselo mejor que diciéndole con San Pablo: Regi saeculorum immortali, in visibili, soli Deo honor et gloria!, ya que sólo Dios es el que ha actuado tan visiblemente en este negocio, que a El solo es al que hay que atribuir toda la gloria. El mismo Papa lo ha reconocido diciendo, en varias ocasiones, que nunca había sentido tanta alegría, como la que sentía en las Congregaciones, en donde ha permanecido, a veces, hasta cinco horas sin cansarse; y hubiera estado ocho y nueve horas, a no ser por la compasión que sentía por los teólogos, que ya no podían ni tenerse de pie. Además, lo oía todo con tanta facilidad, que por la tarde trataba de ello con el Sr. Cardenal Chigi, secretario de Estado, hablándole de todo lo que se había dicho».

«Y también se ha visto la mano de Dios en que ha habido muy grandes dificultades que superar, y el Papa se ha visto presionado por toda clase de personas, para que dejara este asunto sin decidir. Entre ellas había algunas de consideración, que intentaban disuadirle con el pretexto de que tenía que cuidar más de su salud. No sé, incluso, si ha habido alguna intriga de importancia, que viniera de nuestros barrios. El tiempo lo dirá algún día».

«Sin embargo, ha permanecido siempre tan firme en su resolución que, desde que la tomó, no ha vacilado un solo momento. Siempre ha dicho que, puesto que este asunto concernía al bien de la Iglesia, quería concluirlo. Y lo llevaba tan en el corazón que, cuando iban a verlo sus parientes para entretenerlo, les hablaba continuamente de ello».

«No ha omitido nada de lo que era necesario, para quitar cualquier pretexto de queja. Después de más de veinticinco Congregaciones celebradas por los Sres. Cardenales, se han tenido diez en su presencia, de más de cuatro horas seguidas. Luego ha querido escuchar despacio a los Sres. Jansenistas, puesto que lo deseaban, aunque no estaba obligado a ello de ningún modo, sobre todo, cuando se negaron a ser oídos por los Sres. Cardenales. Pero actuaron tan mal delante de él, que no les concedió ya una segunda audiencia, que pedían solamente para que pasara el tiempo, pues, según decían, querían tener hasta veinticinco audiencias. Pero no dijeron ni una sola palabra de lo que se trataba; se entretuvieron en pronunciar injurias contra los Jesuítas, y en demostrar que

eran autores de más de cincuenta herejías. El Papa, al ver su intención, se decidió, por fin, a pasar por encima de ellos. Aún así, no tienen ningún motivo para estar quejosos de él, ya que nosotros ni siquiera hemos tenido una sola audiencia con él, y ellos, desde que están en Roma, han tenido más de ocho o nueve. Después de haberse tomado la decisión, han vuelto a tener otra de más de una hora; en ella han protestado su obediencia. No obstante, le digo con toda franqueza, que dudo mucho de que todos obedezcan. Se han vuelto rápidamente a Francia, a pesar del calor. Hay muchas razones para temer que sea solamente para impedir el efecto de la Bula»

«Entretanto nosotros nos quedaremos aquí durante el verano por orden de los Sres. Cardenales, que nos han dicho que era conveniente que nos quedásemos, hasta que se tuvieran noticias de cómo se había recibido la Bula en Francia, a fin de suplir lo que pudiera faltar, aunque creo que no hay nada que criticar en ella. El Sr. Hallier me ha dicho que le enviaría un ejemplar de la Bula. Por eso no se la envío yo. He querido explicarle todo esto por extenso, para que se tome usted la molestia de desengañar a muchas personas, que probablemente estarán llenas de prejuicios y falsedades».

«Me olvidaba decirle que aquí se han querido ya aprovechar del hecho de que la Bula no apareció hasta dos horas y media después de haber sido publicada, por orden del Papa. Ya sabe usted, señor, que esto se hizo adrede. El Papa quiso que se publicase manuscrita, y no quiso permitir que se distribuyera ningún ejemplar de la misma, porque deseaba mandársela a los Monarcas y a los Nuncios antes de que las enviaran a los particulares; de manera que la mandó quitar según costumbre, cuando ya estaba demostrado que se había publicado y que había estado expuesta en el cartel. Aquel mismo día la envió a Francia, con un Breve particular al Rey y otro a los Sres. Obispos. El Papa ha enviado un correo expreso a Polonia, para que llegue antes, ya que es el país más lejano. Espero que dentro de poco tiempo podré enviarle una relación más detallada de lo que ha pasado»

«Le conjuro, señor, que siga dando gracias a Dios por haber preservado a la Iglesia de Francia de caer de nuevo en el calvinismo, y que no se olvide en sus santos sacrificios de aquél, que es de todo corazón su muy humilde y devoto servidor, Lagault».

«Después de escrita la presente, hoy día 16, hemos ido a dar las gracias a Su Santidad, que nos ha concedido una audiencia de dos horas y media, y nos ha dicho que podíamos saber todas las cosas que había hecho antes de tomar aquella decisión: que había mandado rezar mucho a Dios, en público y en privado, y nos dijo todas las Congregaciones que había celebrado para su discusión. Además, nos ha confirmado lo que ya le decía en la presente: que había tenido una satisfacción especial en esta discusión, y una asistencia particular y sensible del Espíritu Santo en esta ocasión, y que no se había propuesto ningún punto teológico que él no lo entendiera ni retuviera con facilidad. Nos estuvo explicando todas las razones de la Bula, punto por punto, y nos dijo que una mañana, después de haberse encomendado a Dios, mandó venir a uno de sus secretarios, y se la dictó en una mañana. Nos dijo también que esos Señores, a los que ya no me atrevo

a llamar jansenistas (pues quiero creer que ya no los habrá) habían ido a darle las gracias por su declaración y le habían prometido someterse plenamente a ella, llegando incluso a derramar lágrimas. ¡Quiera Dios que guarden estos buenos propósitos! Añadió además que el discurso de ellos durante la audiencia pública que les había concedido antes no había sido más que una terrible invectiva contra los jesuítas (estas fueron sus palabras), y que todo lo que habían dicho había sido un despropósito».

En cuanto llevaron a Francia la Constitución de nuestro Santo Padre el Papa Inocencio X, al Sr. Vicente, pensando en la forma de sacar el fruto que se esperaba de su publicación, que era la sumisión y unión de las personas que se habían dejado sorprender por el relumbrón de la nueva doctrina, se le ocurrió ir a visitar a los Superiores de algunas casas religiosas y a algunos doctores y a otras personas de categoría, que habían manifestado más celo en aquel asunto, para conjurarlos a contribuir, con el máximo esfuerzo que pudieran por su parte, a la reconciliación del partido vencido. Les dijo que pensaba que era preciso contenerse y moderarse en las públicas manifestaciones de alegría, y no afirmar en los sermones, ni en las charlas y conversaciones, nada que pudiera producir humillación a los que habían sostenido la doctrina condenada de Jansenio por miedo a amargarlos aún más en lugar de ganarlos; que lo más conveniente era prevenirlos con el honor y la amistad en tal coyuntura, que, al ser tan humillante para ellos, podría, a pesar de todo, ayudarles a volver, cuando se vieran tratados con respeto y caridad, asegurándoles que, por su parte, él actuaría de esa manera.

De las palabras pasó a los hechos, y se marchó a PortRoyal a visitar a los señores, que se retiraban allí habitualmente, y a felicitarlos, porque se había enterado que se iban a someter a la decisión del Papa, como efectivamente así lo habían manifestado al principio, al menos por las apariencias. Charló con ellos durante varias horas, y les habló muy confidencialmente con grandes muestras de aprecio y afecto. Fue después a ver a otras personas de condición, de las más importantes de aquel partido, que prometieron total sumisión a la Santa Sede Apostólica en lo tocante a la doctrina condenada.

Pero todas esas atenciones caritativas del Sr. Vicente no tuvieron el efecto esperado, y las obras no respondieron a las buenas palabras que le habían dado: porque, aunque hubo varios de entre los seguidores de Jansenio, que quedaron impresionados al principio, y que, efectivamente, concibieron deseos de someterse al juicio del Jefe de la Iglesia, sin embargo, el disimulo y los pretextos con los que los principales jefes de ese partido simulaban su obstinación en sostener la doctrina condenada fueron tales, que prevalecieron en muchos individuos contra todas las advertencias externas y todos los movimientos internos que les movían a reconocer y confesar la verdad.

A pesar de eso, cuando la nueva Constitución de nuestro Santo Padre el Papa Alejandro VII, por la que confirmaba y explicaba la de Inocencio X, fue publicada a fines del año 1656, el Sr. Vicente, impulsado por su celo habitual, volvió una vez más sobre sus pasos, y repitió las mismas visitas y las mismas instancias ante los personajes más influyentes de ese partido; mas, a pesar de eso, ellos no manifestaron mayor sumisión por

la segunda Constitución que por la primera. El fiel Siervo de Dios, cuando vio que no había nada que ganar de unos espíritus tan mal dispuestos, dirigió sus pensamientos y sus desvelos a trabajar en la conservación de quienes habían mantenido su fe sana y entera, y para prevenirlos contra el contagio de los nuevos errores. Empleó sus primeros cuidados, según lo requiere el orden de la caridad, en mantener a los de su Congregación en la pureza de la fe y de la doctrina de la Iglesia. A tal efecto, les habló varias veces en los actos de comunidad, para invitarles a reconocer cuán obligados estaban a la Bondad divina por haberlos preservado de aquellas novedades, capaces de corromper y de perder la Congregación. Les recomendó que rogaran a Dios por la paz de la Iglesia, por la extirpación de los nuevos errores, y por la conversión de los que habían quedado infectados. Les prohibió leer los libros de los jansenistas, y defender directa ni indirectamente la doctrina, ni ninguna de las opiniones que la podían favorecer. Y después de esto, si descubría a alguno que era partidario, del modo que fuera, de dicha doctrina, lo cercenaba inmediatamente, como un miembro gangrenado, por miedo a que fuera a infectar y corromper el resto del cuerpo.

Así es como cuidó de la conservación y seguridad de los suyos. Luego dirigió sus cuidados a procurar el mismo bien a varias comunidades religiosas, que con sus consejos y con sus caritativas intervenciones preservó del contagio de los nuevos errores, y, particularmente, a varios monasterios de religiosas, que deben, después de a Dios, su conservación al celo y a la caridad del Sr. Vicente.

Bastará con que juntemos a todo lo que hemos dicho un ejemplo de esa caridad, que aprovechaba con gusto todas las ocasiones que se presentaban para procurar un bien idéntico, no sólo a las comunidades, sino también a las personas particulares, a las que tendía los brazos con afecto cordial, sea para retenerlas y conservarlas en los sentimientos ortodoxos, cuando las veía fieles, sea también para sacarlas del error, cuando habían caído en él, y manifestaban alguna disposición para salir de él.

Había un doctor de la Facultad de la casa de Sorbona que se había implicado en el jansenismo, no sólo por el apego que sentía a la nueva doctrina, sino más aún por algunas relaciones particulares con personas de condición y autoridad que eran de aquel partido. La Constitución de Inocencio X lo había tocado fuertemente, y si no lo había convertido del todo, al menos se hallaba quebrantado. Por eso en las dudas y perplejidades que agitaban su espíritu, se le ocurrió hacer un Retiro en San Lázaro. Allí, después de haber considerado una y otra vez todos los pensamientos que le venían a la mente acerca de aquel tema, finalmente declaró al Sr. Vicente, que tenía la intención de abandonar las opiniones de Jansenio, si el Papa le quisiera aclarar todas las dudas que tenía. Y las expuso en una carta que escribió a Su Santidad. El Sr. Vicente le procuró una respuesta favorable, que lo preparaba suavemente a renunciar la doctrina condenada, pero, en lugar de seguir con presteza y sin dudar aquel consejo paternal, y los movimientos internos que Dios le inspiraba, hizo demasiado caso al respeto humano, y prefirió la gloria de los hombres a la que debía dar a Dios. Eso no fue obstáculo para que el Sr. Vicente le hiciera nuevas invitaciones y lo impulsara a declararse. Pero no le respondió otra cosa, sino que no podía

decidirse a renunciar a una doctrina que, al parecer, Dios aprobaba con milagros que, según decía, tuvieron lugar en PortRoyal. Sobre eso, el Sr. Vicente le escribió la carta siguiente, y le mandó los papeles de los que habla la carta.

«Le envío también —le dice— *la Bula de nuestro Santo Padre el Papa, que confirma las de Inocencio X y las de otros Papas, que han condenado las opiniones nuevas de Jansenio. Creo, señor, que la encontrará tal que no le quedará ya ningún género de duda, después de la aceptación y de la publicación que de ella han hecho nuestros Sres. Obispos reunidos tantas veces por este motivo y, hace aún poco tiempo, los Señores de la Asamblea del Clero que han hecho imprimir una relación de la misma; finalmente, también le envío, la censura de la Sorbona, y la carta que le ha sido escrita a usted por orden de Su Santidad».*

«Según eso, espero, señor, que, después de todo ello dará usted gloria a Dios y edificación a su Iglesia, tal como todos esperan de usted en esta ocasión, porque, si espera más, es de temer que el espíritu maligno, que utiliza de tantas argucias para huir de la verdad, le irá poniendo imperceptiblemente en tal situación que ya no tendrá fuerzas para hacerlo, por no haberse abierto a la gracia, que hace tanto tiempo le solicita por unos medios tan suaves y tan poderosos como nunca he oído decir que Dios haya utilizado otros semejantes con nadie más».

«Si dice usted, señor, que los milagros que hace la Santa Espina en PortRoyal parecen aprobar la doctrina que se predica en aquel lugar, ya conoce usted lo que dice Santo Tomás, o sea, que jamás ha confirmado Dios los errores con milagros, basándose en que la verdad no puede autorizar la mentira, ni la luz las tinieblas. Pues bien, ¿no es evidente que las proposiciones de que se trata, sostenidas por ese partido, son erróneas, ya que están condenadas? Si Dios hace milagros, no es para autorizar esas opiniones que conducen al error, sino para sacar gloria de ellos de otra manera».

«Si espera que Dios le mande un ángel del cielo para iluminarle mejor, no lo hará. El le envía a la Iglesia, y la Iglesia reunida en Trento le envía a la Santa Sede en el asunto de que se trata, tal como se puede ver en el último capítulo de ese concilio».

«Si espera que el propio San Agustín vuelva a explicarse a sí mismo, Nuestro Señor nos dice que, si uno no cree en las Escrituras, menos creerá todavía en lo que digan los muertos resucitados. Y si fuera posible que ese Santo volviera a la vida, se sometería de nuevo, como ya lo hizo en otra ocasión, al Soberano Pontífice».

«Si espera el fallo de alguna facultad famosa de teología, que decida de nuevo en esta cuestión, ¿dónde está? No se conoce en todo el mundo cristiano una más sabia que la de la Sorbona, de la que usted es un miembro digno».

«Si, por otro lado, espera que un gran doctor y hombre de bien le señale lo que tiene que hacer usted, ¿dónde encontrará usted a alguno que tenga esas dos cualidades mejor que la persona a la que estoy hablando?» «Me parece, señor, oírle que usted opina

que no debe declararse tan pronto, a fin de traer con usted a algunas personas de condición. Está bien, pero es de temer que, queriendo salvar del naufragio a esas personas, sean ellas las que le arrastren a usted y se ahogue con ellas. Le digo esto con dolor, dado que su salvación es para mí tan querida como la mía, y daría de buena gana mil vidas que tuviera por ellos. Creo que su ejemplo les hará más bien que todo cuanto usted pudiera decirles».

«Teniendo en cuenta todo eso, en nombre de Dios, señor, no retrase esta acción que debe ser tan agradable a su divina Bondad. Va en ello su propia salvación, y tiene más motivos para temer por usted mismo que por la mayor parte de los que titubean en medio de esos errores, ya que usted ha recibido mejor que ellos una luz especial por parte de nuestro Santo Padre. ¡Qué disgusto para usted, si, por retrasar más tiempo declararse, llegaran a obligarle a ello según como lo han resuelto nuestros Sres. Obispos! Por eso le suplico en nombre de Nuestro Señor, que se apresure y que no vea mal que el más ignorante y el más abominable de los hombres le hable de esta forma, porque lo que le dice es razonable. Si los animales han hablado y los malvados han profetizado, también yo puedo decirle la verdad, aunque sea un animal y un malvado».

«Quiera Dios hablarle El mismo eficazmente, dándole a conocer el bien que puede hacer apresurándose a darle gloria en esta ocasión».

«Pues, aparte de que se pondrá usted en la situación en que Dios quiere, hay motivos para esperar que, con su ejemplo, volverá una buena parte de esas personas de sus extravíos. Y, al contrario, podrá ser usted causa de que ellos se obstinen. Si retrasa este proyecto, tengo miedo de que no lo llegue nunca a ejecutar, y eso me causaría una pena mortal, pues le quiero y le aprecio más de cuanto podría decirle y, como he tenido el honor de servirle en varias ocasiones, no podría, sin un inmenso dolor, verle salir de la Iglesia. Espero que Nuestro Señor no permitirá esta desgracia; así se lo pido muchas veces, ya que soy en su amor», etc

Por la respuesta que el doctor dio a esta carta, ofreció otra vez alguna esperanza de su retorno, y sólo le faltaba, para realizar su plan, hallar el tiempo y la manera conveniente para llevar consigo a otros con él. El Sr. Vicente incluso planeó un proyecto de qué tenía que hacer y decir; pero el doctor anduvo con tantos cumplidos que todos sus buenos propósitos quedaron sin efecto de forma que permaneció siempre en sus primeros errores a pesar de todos los esfuerzos de la caridad del Sr. Vicente para sacarle de ellos.

Mas acabemos este capítulo con una respuesta digna de su celo, que se la dio a un hombre de honor y de mérito, preocupado por el gran aprecio que sentía, no tanto por los sabios jansenistas cuanto por algunas personas ricas que los apoyaban, al ver las cuantiosas limosnas que hacían: eso lo mantenía en suspense, y no se atrevía a condenar en su interior a unas personas que creía eran tan caritativas y virtuosas.

Este hombre quien, por otra parte, era amigo del Sr. Vicente, fue un día a verlo, y

le preguntó, si había algún medio para moderar el ardor con el que apremiaban a los Señores de PortRoyal.

«¿Qué? —le dijo— *¿se les quiere hacer perder la paciencia? ¿No sería mejor ponerse de acuerdo con ellos amistosamente? Están dispuestos, si se les trata con más moderación, y no hay persona más adecuada que usted para suavizar la acritud que hay entre ambas partes, y para lograr un buen acuerdo»*

El Sr. Vicente le respondió:

«Señor: Cuando se ha juzgado una controversia, no hay lugar para otros acuerdos: se debe aceptar el fallo. Antes de que esos Señores fueran condenados, han hecho todos los esfuerzos para que la mentira prevaleciera sobre la verdad, y han querido imponer su criterio con tanto ardor, que apenas se atrevían a resistirles, ni querían admitir ningún arreglo. Aún después de que la Santa Sede hubo resuelto las cuestiones contra ellos, dieron un sentido distinto a las Constituciones para eludir su efecto. Y aunque, por otra parte, habían parecido someterse sinceramente al Padre común de los fieles, y de recibir las Constituciones en su verdadero sentido según el cual quedaban condenadas las proposiciones de Jansenio, los escritores de su partido, que han defendido esas opiniones y que han escrito libros y apologías para defenderlos, todavía no han dicho ni escrito una palabra que parezca desaprobarlas. ¿Qué unión podemos hacer con ellos, si no tienen verdadera y sincera intención de someterse? ¿Qué moderación se puede añadir a lo que ya ha decidido la Iglesia? Son materias de fe que no pueden sufrir alteración alguna, ni admitir componendas y, por consiguiente, no podemos adaptarlas a las ideas de esos señores, sino que les toca a ellos someter las luces de su espíritu, y juntarse con nosotros por una misma creencia, y por una verdadera y sincera sumisión a la Cabeza de la Iglesia. Sin eso, señor, no hay nada que hacer, salvo pedir a Dios por su conversión»

He ahí una pequeña muestra de la entereza con la que el Sr. Vicente se opuso siempre a todos los que defendían la doctrina de Jansenio. Después que la condenó la Iglesia, se manifestó más abiertamente sobre este asunto, y pensaba que un verdadero católico debía portarse de esa forma, y que era un mal muy grande disimular o tergiversar, y, más aún, mantenerse en una especie de indiferencia y de neutralidad, cuando se trataba de la fe y de la Religión. Porque, aunque él opinara que siempre había que obrar con moderación, y aún con una gran caridad para con los que se adherían a la doctrina condenada con el fin de, si se podía, procurar su conversión; sin embargo, quería que a eso se le juntara una gran firmeza, y defendía que una nueva herejía era un mal que era necesario no halagar ni disimular en la persona que fuera; y que, así como no estaba permitido juzgar temerariamente de nadie, así también era un mal todavía más peligroso querer por una falsa caridad, o por otro motivo aún más vicioso, juzgar bien de los que se debía tener como herejes o sospechosos de herejía, y que había no sólo temeridad, sino injusticia y también impiedad, al querer juzgar a la misma Iglesia, o condenar los juicios que ella dictaminaba por la boca de su Cabeza y de sus Prelados

Aunque el Sr. Vicente había actuado con ese celo contra el Jansenismo, y había hecho todos los esfuerzos para destruirlo; sin embargo sabía distinguir muy bien los errores condenados de la moral relajada que no podía aprobar, como así lo manifestó abiertamente en varias ocasiones. Siempre había recomendado a los suyos que se mantuvieran unidos fuertemente a la moral verdaderamente cristiana, que se enseña en el Evangelio y en los Escritos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, alabando en gran manera a los Prelados y a la Sorbona, que habían condenado aquella relajación, así como los errores de Jansenio, y recibiendo, con igual alegría, lo que la Santa Sede Apostólica había pronunciado sobre una y otra cosa.

CAPITULO ULTIMO pág. 509

Actuación del Sr. Vicente al servicio del Rey en los Consejos de Su Majestad y de otras maneras durante la Regencia de la Reina Madre

Podemos poner aquí entre las grandes realizaciones del Sr. Vicente sus trabajos en el Consejo del Rey acerca de los asuntos eclesiásticos y los servicios que prestó a Su Majestad, ya que, además de la importancia de los asuntos que le fueron confiados, y que él desempeñó muy dignamente, fue en esas ocasiones cuando de forma especial dio a conocer cómo era la fortaleza de su carácter y la eminencia de su virtud. Por eso, merece ser tanto más estimado, cuanto que es cosa más rara hallar en el mismo sujeto lo que se ha visto y admirado en él de sus trabajos, a saber, un acceso favorable ante los Soberanos y un perfecto desprendimiento de todos los intereses del siglo, una prudencia política y una sencillez cristiana, una gran vigilancia y actividad en las ocupaciones externas y un recogimiento interno y una unión íntima con Dios, el manejo de diversos negocios muy importantes y una rectitud de corazón inalterable, un flujo y reflujo continuo de toda clase de personas que lo abordaban y una constante igualdad de ánimo acompañada de dulzura y afabilidad muy singular para con todos. Finalmente, un entendimiento capaz de las más importantes tareas en servicio de su Príncipe y una voluntad enteramente transida de sentimientos de una sólida y perfecta devoción a Dios.

Eso es lo que han reconocido con admiración todos los que han observado más de cerca la actuación del Sr. Vicente. En este capítulo presentaremos algunos ejemplos. Y aunque fue muy reservado en sus palabras en todo lo concerniente al servicio de Su Majestad, pues tenía como norma la que en otra ocasión enseñó un ángel «Sacramentum regis abscondere bonum est»,sin embargo se han conocido por otros caminos parte de los actos virtuosos del gran Siervo de Dios en ocasiones importantes en donde lo había puesto la Providencia. Como todo lo que hizo fue obra de la gracia divina, lo podemos declarar con todo derecho y publicar con honor, porque, según dijo el espíritu celestial: «Opera Dei revelare et confiteri honorificum est».

SECCION I pág. 509: Ingreso del Sr. Vicente en el Consejo del Rey para Asuntos Eclesiásticos

Después de la muerte del Rey Luis XIII, de gloriosa y triunfal memoria, sucedida el año 1643, la Reina Madre, cuando se vio encargada de la dirección de la gran monarquía durante la minoría de edad del Rey, su hijo, reconoció que, para atraer la protección de Dios sobre una persona que le era tan querida y sobre todo el estado, debía, antes de nada, poner en buen orden los asuntos que se referían a la Religión y obrar de manera que Dios reinase en los corazones de todos sus súbditos, con el fin de que, por ese medio, la autoridad real quedara más consolidada. A tal efecto, creó un Consejo para los Asuntos Eclesiásticos, y especialmente para la colación de los Beneficios que dependían del nombramiento de Su Majestad. Y como tenía un conocimiento particular de la virtud y de las demás excelentes cualidades del Sr. Vicente, quiso que fuera del número de los que debían componer dicho Consejo.

No podemos decir qué sorprendido y admirado quedó el humilde Siervo de Dios cuando le llevaron la noticia, ni qué esfuerzos hizo para persuadir a la Reina de que le dispensara de aquel cargo, tanto más insoportable, cuanto más honorable y deslumbrante parecía ante los ojos de los hombres. Pero Su Majestad se mantuvo en su primera resolución, e hizo saber al Sr. Vicente que deseaba absolutamente que él prestara aquel servicio a Dios y al Rey, su hijo. La humildad del Sr. Vicente cedió ante la obediencia, y pensó que aquella declaración de intenciones de la Reina era para él la manifestación de la voluntad de Dios. Por eso, renunciando a todos sus sentimientos, se ofreció a Dios para hacer en aquello todo lo que le fuera más agradable. Y, aunque desde entonces había previsto con claridad las grandes tempestades y las violentas sacudidas a las que se iba a exponer en el mar tempestuoso de la Corte, conocida suficientemente por propia experiencia; que, al defender los intereses de la justicia y de la piedad, recibiría mucha contrariedad y persecuciones de parte del mundo, pensó que no podía hacer cosa mejor que abandonarse a la Divina Providencia, al tomar la decisión de desempeñar santamente el cargo que le habían impuesto y guardar una fidelidad inviolable a Dios y al Rey, le pasara lo que le pasara.

Mas, para evitar la pérdida de tiempo, que le era tan caro, y que empleaba tan dignamente, así como para prevenir otros inconvenientes, decidió no acudir nunca a la Corte, si no era llamado, o si no estaba obligado por alguna necesidad urgente e indispensable. Le pidió a la Reina se dignase aceptar su súplica; y en adelante siempre lo ha observado inviolablemente. No obstante lo cual, ha dejado traslucir que no era por falta de afecto al servicio de Su Majestad por lo que él quería portarse de aquel modo, y que, si no cumplía con todos los deberes de un cortesano, sabía muy bien cumplir con los de un fiel servidor, estando como estaba siempre en disposición de prestar pronta obediencia a Su Majestad, cuando ella lo mandara buscar.

Esa resolución le valía mucho al Sr. Vicente, porque la Reina, como le hacía el honor de escuchar sus consejos, varias personas de alta alcurnia, que solían ir a solicitar el favor y la recomendación suya, lo hubieran obligado con sus instancias a ir y venir continuamente para sus asuntos, si él no se hubiera excusado con la norma que tenía de no acudir a la Corte sino cuando le mandaban, así como por su profesión, a la que no le convenía mezclarse en los asuntos seculares.

SECCION II pág. 510: Resoluciones tomadas por consejo del Sr. Vicente en materias beneficiales

El Sr. Vicente entró en el Consejo de la manera que acabamos de decir, y pensó que debía, ante todo, inclinar a la Reina y a los Señores del Consejo a tomar las resoluciones que sirvieran de norma en la colación de los beneficios, cuyo nombramiento pertenecía a Su Majestad.

Las principales resoluciones fueron las siguientes:

La primera: Que la Reina no concedería ninguna pensión sobre los obispados ni arzobispados, sino en el único caso permitido por el Derecho, que es cuando el titular, después de mucho tiempo de servicio, dimitía voluntariamente de su obispado por enfermedad, ancianidad u otras razones pertinentes.

En segundo lugar: Que la Reina no ordenaría ninguna expedición de decretos para las abadías, sino para los que, además de las otras cualidades requeridas, tuvieran dieciocho años cumplidos; dieciséis para los prioratos y las canongías de las iglesias catedrales; y catorce para las colegiatas.

En tercer lugar: Que no se concedería ningún decreto para obtener beneficios vacantes por devolución, sin que se hubieran visto antes unos documentos justificativos de las cosas que se quisieran alegar para obtenerlos, y unos certificados adecuados de la vida, las costumbres y la capacidad de quienes los pidieran; y en caso de que no tuvieran las cualidades requeridas, se escogerían otros, en quienes se dieran las cualidades deseadas para cuidar dichos beneficios.

En cuarto lugar: Que no se concedería ninguna coadjutoría, ni reserva para las abadías comendatarias.

En quinto lugar: Que no se haría expedir ningún decreto de obispado por muerte, coadjutoría o de otro modo, sino para los que fueran sacerdotes al menos un año antes.

En sexto lugar: Que no se concedería ninguna coadjutoría de las abadías de monjas, sino con conocimiento y certeza de que la Regla era observada en tales abadías; y que las religiosas, que fueran propuestas para ser coadjutoras tendrían, cuando menos,

veintitrés años y cinco de profesión.

Pues bien, como no basta con tomar buenas resoluciones, si no se las observa, el Sr. Vicente hizo todo lo que pudo para que fueran cumplidas con exactitud. Por eso las hacía recordar a menudo, y cuando veía que había algún relajamiento en su aplicación, se esforzaba, en cuanto le era posible, en poner remedio, mediante la observación de los Reglamentos, a los abusos que se podían introducir en la colación de los beneficios y en la administración de los bienes eclesiásticos. Y lo hacía todo con libertad llena de respeto, lamentándose cuando veía que las consideraciones puramente humanas estaban por encima de las que miraban al servicio de Dios y el bien de la Iglesia.

No es que él no apreciara, como cosa muy de alabar, considerar especialmente a las personas eclesiásticas de condición y de firmeza de carácter para los cargos de la Iglesia, y hasta para las prelaturas, cuando el nacimiento y las demás cualidades no les servían de pretexto para la vanidad, y que, por otra parte, tenían la capacidad, la virtud y las demás cualidades convenientes, alegando a este propósito lo que afirmaba un escritor antiguo: «Que era preferible que cincuenta ciervos fueran dirigidos por un león, que no que cincuenta leones lo fueran por un ciervo». Pero se lamentaba ante Dios, cuando veía que los intereses personales prevalecían sobre los espirituales con perjuicio del servicio de Dios y provecho de la Iglesia. Mas, a pesar de todo, después de haber hecho lo que creía que era su deber, confiaba el resto a la Providencia divina, y quedaba en paz.

SECCION III pág. 511: Equidad y vigilancia con que el Sr. Vicente actuaba en los asuntos beneficiales

El Sr. Cardenal Mazarino, nombrado por la Reina para Presidente del Consejo de los Asuntos Eclesiásticos, dedicaba al Consejo el tiempo que le podían permitir sus otras responsabilidades. Y cuando en el Consejo solicitaba a los Consejeros su parecer sobre la provisión de beneficios, el Sr. Vicente solía decir, con respeto y con libertad todo a la vez, sus sentimientos en presencia de Dios acerca de la capacidad o incapacidad, el mérito o demérito de las personas que estaban propuestas. Pero como no había nada regulado sobre el día del Consejo y, por lo demás, eso dependía de la voluntad y del tiempo disponible del primer ministro, quien muchas veces se veía impedido por otros problemas graves, sucedía que Su Eminencia disponía, con la anuencia de la Reina, de las abadías y hasta de los obispados que acababan de quedar vacantes, cuando él lo estimaba conveniente para el servicio del Rey, y no veía ninguna dificultad en creer que tuviera necesidad de que el Consejo resolviera el asunto. Eso no era obstáculo para que quedaran sin resolver muchos otros beneficios menores, ya regulares ya seculares, de los que había que disponer; tantas renuncias y tantos cambios que examinar, tantos y tan diversos asuntos que regular para impedir abusos y poner en buen orden a tantas cosas, que el Sr. Vicente, que estaba especialmente encargado de ellos, presentaba en gran número en cada Consejo.

El Sr. Vicente juzgaba que en la colación de los Beneficios era razonable que se tuviera consideración con los eclesiásticos de la Casa del Rey y de la Reina, y también con los capellanes limosneros del ejército que habían servido con rectitud, y que se les diera preferencia sobre los demás, cuando se veía que estaban en posesión de las cualidades exigidas, porque pensaba que los Oficiales de Sus Majestades, que vivían sin ser criticados y se conservaban en su integridad en medio de la corrupción de la Corte, merecían ser especialmente considerados. Pero no todos eran como debían ser, y hasta había algunos que, provistos como estaban de jugosos beneficios, no dejaban de pedir más y de andar tras otros, de modo que sucedía con frecuencia que los más incapaces disfrutaban de varias pensiones y beneficios, y que los que más los merecían estaban privados de ellos. Para poner remedio a semejantes desórdenes, el Sr. Vicente había confeccionado una lista de todos los limosneros, confesores, capellanes, clérigos, chantres y otros oficiales eclesiásticos de la Casa, Capilla y Música de Sus Majestades, y en ella había señalado los que estaban suficientemente dotados, y los que no lo estaban; y vigilaba, y hacía todo lo que de él dependía, para que la abundancia de unos no perjudicara a la indigencia de los demás.

El Rey tiene el derecho de proveer las parroquias de Normandía, que son del Patronato Laico, cuando los patronos son menores de edad, a favor de la Guardia Noble, que pertenece a Su Majestad. El Sr. Vicente se mantenía sobre aviso de los que iban a solicitar beneficios, cuando quedaban vacantes por renuncia o por muerte, obrando siempre de forma que fueran concedidos a los más capaces, porque estaba plenamente persuadido de que aquellos a los que corresponde nombrar para los beneficios que tienen cura de almas son responsables ante Dios, no sólo de todos los males que hacen los pastores indignos, a quienes les dan los beneficios, sino también de todos los bienes que no hacen los que son menos dignos, a los que han dado los beneficios con exclusión de los más dignos.

Había en aquel tiempo varios gentileshombres mutilados de guerra, que urgían sobre manera para conseguir pensiones a costa de beneficios, como recompensa por los servicios que decían haber prestado al Rey. El Sr. Vicente los recomendaba gustosamente a la Reina y al Sr. Cardenal, para que obtuvieran alguna recompensa; pero no podía consentir que fuera a costa de los bienes eclesiásticos, porque no habían vivido nunca, ni habían estado dispuestos a vivir como los eclesiásticos, como deben hacer los que disponen de esas pensiones.

Así el fiel consejero tenía por un lado los ojos abiertos para vigilar, con el fin de que no se diera ninguna irregularidad en los asuntos beneficiales con perjuicio del servicio de Dios y del honor de la Iglesia; y por el otro, sostenía la balanza en la mano para guardar, en cuanto dependía de él, una justa equidad en la distribución de los bienes eclesiásticos, que los Santos Padres llaman patrimonio de los pobres y el precio del rescate de los pecados.

SECCION IV pág. 513: Su celo contra los abusos que se cometían en la consecución de los beneficios

Hay que confesar que estamos en un siglo en el que, con mucha razón, se podría renovar la queja de san Bernardo contra los abusos que se cometían en su tiempo buscando beneficios. *«¿Se podrá encontrar a alguien* —decía este santo Padre— *que busque, o mejor, que sea buscado, para que lo pongan en los cargos y las dignidades eclesiásticas por la única y sincera intención de ofrecerse a Dios para servirle con una verdadera santidad de corazón y de cuerpo, y para trabajar con más fervor en su propia salvación y en la de los demás, entregándose a la oración y al ministerio de la predicación? Por el contrario, no se ve más que ambición y deseo de aparecer, o mejor, afecto inmoderado de enriquecerse, que le hace a uno usar de toda clase de artificios y servirse a veces de medios ilícitos y hasta vergonzosos, para procurarse la entrada en el patrimonio de Jesucristo, y que mueve a los padres y a las madres a buscar beneficios para sus hijos desde la más tierna infancia, y, a veces, hasta antes de que nazcan. En fin, no se escatiman ni las solicitudes ni las impertinencias, cuando se trata de conseguir beneficios, hasta que se haya obtenido lo que se pide. Y a menudo los que más reciben, son los menos agradecidos y, a veces, los más ingratos»*

El Sr. Vicente vio en su tiempo esos mismos abusos y desórdenes, y otros aún mayores, por los que su corazón estaba vivamente impresionado. Sin embargo, siguiendo el ejemplo de aquel gran Santo, no se contentó con lamentarse ante Dios: hizo todos los esfuerzos por impedirlos, y siempre se opuso a ellos, sin miramiento alguno a los respetos humanos, y sin contrariarse por el resentimiento que tendrían las personas influyentes, interesadas en ello, ni del perjuicio que le podría ocurrir a él y a los suyos. Los intereses del honor de Dios le eran mucho más queridos que todo lo demás.

Sobre todo, no podía disimular el disgusto que experimentaba viendo el ardor con que algunos deseaban ciegamente y hacían todos los esfuerzos para ascender al episcopado, usando para tal fin de todas las influencias imaginables, dando abadías de rentas cuantiosas, y sobrecargándose con eso de grandes pensiones para alcanzar aquella dignidad. El fiel Siervo de Dios, que, por lo demás, era muy reservado en sus palabras, no se pudo contener un día sin que le dijera a cierta persona de su confianza, «Que temía mucho que ese trapicheo, digno de condena, no atrajera la maldición de Dios sobre el Reino».

Un capellán limosnero del Rey, que por cierto era un hombre de bien, se vio obligado por sus parientes a presentar sus largos servicios y a hacerse recomendar, para que fuera nombrado para cierto obispado. Se vio movido a hacerlo, persuadido de que si no hablaba o hacía hablar en lugar suyo, se olvidarían de él y no lo ascenderían nunca. Mas, al ver que aquello era contrario a la humildad y a la modestia convenientes a un eclesiástico, y que era mucho más seguro para su salvación abandonarse a la Providencia

de Dios, se halló metido en una gran perplejidad de espíritu. Escribió sobre dicha cuestión al Sr. Vicente, rogándole que le escribiera lo que debía hacer. Y el gran Siervo de Dios le respondió en estos términos:

«Recibí su carta con todo el respeto que le debo y con todo el aprecio y reconocimiento que merece la gracia que Dios ha puesto en su amable corazón. Como solamente Dios es el que, en la inclinación natural que los hombres sienten para elevarse, ha podido darle las ideas y los impulsos que usted ha sentido para hacer lo contrario, también le dará a usted la fuerza para ponerlos en ejecución y cumplir en todo esto lo que más le agrada a El. De esta forma, señor, seguirá usted las normas de la Iglesia, que no permite que busque uno por sí mismo las dignidades eclesiásticas y, especialmente, el episcopado; así imitará también al Hijo de Dios, que, siendo sacerdote desde toda la eternidad, sin embargo no vino a ejercer este oficio por sí mismo, sino que esperó a que su Padre lo enviara, aunque fue esperado durante mucho tiempo como el Deseado de las naciones; de esa forma podrá dar además mucha edificación al siglo presente, en el que por desgracia hay pocas personas que no pasen por encima de esta norma y de este ejemplo. Tendrá usted el consuelo, señor, si Dios quiere llamarle a ese divino oficio, de tener una vocación segura y cierta, porque no se habrá introducido en ella por medios humanos. Entonces se verá usted socorrido por las especiales gracias de Dios que van unidas a una vocación legítima, y que le harán producir frutos de una vida apostólica, digna de la eternidad bienaventurada, tal como lo ha hecho ver la experiencia en los Prelados que no han dado ningún paso para hacerse obispos, y a los que Dios ha bendecido manifiestamente en sus personas y en su gobierno. Finalmente, señor, no tendrá entonces por qué lamentarse, en la hora de la muerte, de haberse cargado usted mismo con el peso de una diócesis, que en esa ocasión le parecería insoportable. Ciertamente, no puedo escribirle todo esto sin dar muchas gracias a Dios por haberle apartado de la búsqueda peligrosa de esa carga, dándole las disposiciones necesarias para no proseguir por ese camino. Es una gracia que no se puede comprender ni apreciar bastante», etc

Como no era sólo en la búsqueda de las prelaturas, sino también de casi todas las clases de beneficios tras las que se andaba con diligencia, y que, con tal de conseguirlos, muy a menudo no se reparaba en cometer varias clases de simonía y de confidencias, el Sr. Vicente se servía de una vigilancia extraordinaria para impedir ese mal, y cuando descubría algo relacionado con él, primero lo advertía con caridad a los que lo querían cometer, y si persistían en ello, los rechazaba en absoluto. Pero como conocía bien que la malicia de los hombres es muy astuta para ocultarse y taparse con diversos pretextos, vigilaba cuidadosamente los enmascaramientos de los que se sirven para ocultar ese malhadado comercio. Y cuando no veía muy claro en los cambios, las dimisiones y otros acuerdos relacionados con los beneficios, hacía despedir a los que lo pretendían, hasta que no se hubiera aclarado más; y además de eso, se mantenía firme, para que no se cometiera ningún abuso en las pensiones, y para que no fueran excesivas, ni demasiado onerosas a los beneficios a los que se les imponía.

Había además otro desorden que se cometía en la búsqueda de los beneficios y que él se esforzó en remediarlo, tanto como le fue posible, que es que algunos, queriendo ardientemente enriquecerse a costa de los bienes de la Iglesia y no pudiendo conseguirlo por el camino recto, seguían caminos torcidos promoviendo una declaración de devolución sobre los beneficios para infundir temor con sus enredos y con su categoría a los que eran los posesores legítimos, y así obligarles a redimirse de su vejación injusta por medio de alguna componenda, de tal manera que, si no podían quitarles el título del beneficio, trataban de sacar de ellos cuando menos una pensión. Y como esos parásitos del bien de la Iglesia, para hacer sus gestiones menos odiosas, empleaban ordinariamente pretextos especiosos que parecían buenos en apariencia, aunque las más de las veces lo sean supuestos, el Sr. Vicente, para no ser engañado y para cortar de raíz ese mal, a los que se dirigían al Consejo en busca de tales beneficios, antes de que se les concediera los decretos que pedían, les obligaba a justificar y a probar las causas y razones en las que basaban sus pretensiones. Y como algunos no lo podían probar, él informaba al Consejo y, al darle a conocer que no había lugar para acceder a sus peticiones, las hacía devolver. Por ese medio echó por tierra infinidad de pleitos desde su misma raíz, y redimió de vejaciones injustas a un gran número de virtuosos eclesiásticos y también a muchos buenos Pastores, que, sin ese caritativo protector hubieran sido más de una vez obligados a abandonar a sus ovejas, y a ir a gastar meses y, a veces, hasta años enteros solicitando procesos ante diversos tribunales para defenderse de las violencias que les querían hacer sufrir.

Aunque lo temporal de los beneficios no es tan importante como lo espiritual, con todo, no debe ser descuidado, porque es un bien ofrecido a Dios y los beneficiarios, que son sus dispensadores y ecónomos, están obligados a cuidar con una vigilancia especial. Sin embargo, varias abadías de cuantiosas rentas, al estar poseídas en encomienda por personas poderosas que de ordinario se contentaban con retirar los frutos de ellas sin preocuparse de cuidar los edificios, ni de hacer las reparaciones necesarias, sucedía que los edificios y también las iglesias, se hallaban más de una vez en peligro de convertirse en ruinas. El Sr. Vicente, viendo aquel desorden y queriendo ponerle algún remedio, logró que se escribiera de parte del Rey a los Procuradores Generales de los Parlamentos para que actuaran contra aquellos abades y los obligaran, mediante el embargo de sus rentas, a las reparaciones necesarias.

SECCION V pág. 515: Notable ejemplo en esta materia

Entre otros ejemplos que podríamos presentar aquí acerca del celo que el Sr. Vicente manifestó para hacer que los beneficios, y especialmente las Prelaturas sólo fueran conferidas a quienes pudieran ser juzgados dignos, y de los que podía esperarse que desempeñarían dignamente su cargo, aduciremos sólo uno. En él se verá cómo era la virtud y el temple del carácter del gran Siervo de Dios.

La Corte llevaba ya fuera de París varios años; y el Sr. Cardenal Mazarino le escribió al Sr. Vicente la siguiente carta:

«Señor: Estas líneas son para decirle, que, habiendo acudido aquí el Sr. N. para pedirle a la Reina el obispado de N., vacante desde hace algunos días, para su hijo, ella se lo ha concedido con tanto mayor gusto cuanto que reúne todas las cualidades requeridas para obtenerlo, y Su Majestad ha visto con agrado una ocasión tan favorable para reconocer los servicios del padre y el celo que tiene por el bien del Estado en la persona de su hijo. La Reina me ha prometido que le escribiría a usted, pero me he querido adelantar, para que haga el favor de ir a verlo, y le dé las instrucciones que usted crea necesarias para cumplir debidamente con dicha función», etc

El Sr. Vicente, cuando recibió la carta, quedó contrariado, porque por un lado tenía grandísimo respeto por todo lo que venía de parte de Su Majestad y de su Primer Ministro; y por otro, porque sabía de buena fuente que aquel eclesiástico, al que se le entregaba el obispado, carecía de las cualidades requeridas para mantener dignamente el cargo, y que, además, la diócesis de la que se trataba, era una de las mayores de la Provincia, y como había estado abandonada por los obispos anteriores, necesitaba de un Pastor que quisiera residir y trabajar; y eso no se podía esperar del que querían poner allí. ¿Qué hará entonces el fiel y celoso Siervo de Dios para tratar de desviar ese golpe? Porque era ya demasiado tarde para dirigirse a la Reina y al Sr. Cardenal, pues el decreto ya había sido expedido, y, por otra parte, la Corte tenía una necesidad particular por aquellos días de los servicios del padre. Así que era preciso que hiciera algún esfuerzo para impedir un proyecto tan perjudicial para el bien de aquella pobre diócesis, y para la salvación del padre y del hijo. Como ambos honraban con su amistad al Sr. Vicente, creyó que en aquella importante ocasión les debía prestar un acto de caridad tanto más puro y desinteresado, cuanto que, deseando tratar de hacerles un verdadero y fiel servicio, se ponía en peligro de perder su amistad. A tal efecto, fue a verse con el padre en su casa, y le dio a conocer todo lo que le faltaba a su hijo para el buen gobierno de una diócesis, y cuán importante era no exponerlo a las consecuencias muy funestas de una promoción indigna para no atraer sobre su propia persona y sobre toda la familia la indignación de Dios. En fin, no olvidó nada de todo lo que pensó era apropiado para disuadir al padre de la resolución que tenía tomada; también previno las objeciones, respondiendo de antemano a todo lo que el amor paternal podía decir sobre el tema. El buen señor lo escuchó con mucha atención, y le manifestó que le agradecía su reconvención caritativa e incluso le dio gracias, al tiempo que le decía que ya lo pensaría.

Días más tarde, el Sr. Vicente volvió donde él por otro asunto, y lo recibió con estas palabras: *«¡Ah Señor! ¡Señor Vicente!: ¡Qué noches más malas me ha hecho pasar!».* E inmediatamente se puso a presentarle el estado de su casa y de sus negocios, su edad avanzada, el número de sus hijos y la obligación que tenía de dotarlos antes de que muriera para no dejarlos en dificultades; que su hijo tendría a buenos eclesiásticos consigo, y que, siendo virtuosos y sabios, podrían ayudarlo a sobrellevar el cargo; y que por esas razones creía que no debía perder la ocasión de aceptar aquel cargo.

El Sr. Vicente, que ya le había manifestado todo lo que se podía decir contra tales consideraciones humanas, no le habló ya más, dejando a la Divina Providencia la marcha y andadura de aquel asunto. Pero poco tiempo más tarde Dios hizo ver con claridad que aquel plan no le resultaba agradable, pues retiró de este mundo al nuevo obispo en cuanto fue elevado a la dignidad. Al padre sólo le quedó el sentimiento de no haber seguido el saludable consejo que le había dado el Sr. Vicente.

SECCION VI pág. 516: Disponibilidad al servicio de los Prelados de la Iglesia

El Sr. Vicente siempre mostró un respeto singular por la dignidad de los obispos, pues en la persona de ellos reconocía y honraba el Poder y la Majestad de Jesucristo. Siempre hizo profesión particular de obedecerles y de servirles en toda ocasión, mientras le fuera posible; y principalmente desde que perteneció a los Consejos del Rey, aprovechaba ardorosamente las ocasiones que se le presentaban, no esperando a que lo buscaran o le rogaran por su parte, sino previniéndolos y recomendando por propia iniciativa los intereses de ellos a la Reina, al Sr. Cardenal, al Sr. Canciller y a otras personas de autoridad con más interés que si fueran los suyos propios.

Se dedicó con todo su poder a mediar entre los Sres. de Rieux y Cupif, ambos Obispos de Léon de Bretaña. El primero fue arrancado de su sede durante el reinado de Luis XIII, de gloriosa memoria, y tratando de conseguir su reinstalación, pretendía echar de la sede al segundo. Este por su parte, apoyándose en la autoridad de los dos Poderes, el espiritual y el temporal, quería mantenerse firme. Eso estaba creando una dolorosa división en la diócesis, y daba mucho que hablar en la Iglesia. Finalmente, después de varias disputas, el Sr. de Rieux fue de nuevo instalado en su diócesis y el Sr. Cupif nombrado Obispo de Dol, con lo que ambos quedaron satisfechos, y gracias a eso terminó la agitación.

También contribuyó mucho a la traslación de la sede episcopal de Maillezais a la ciudad de La Rochela, baluarte que fue de la herejía, refugio de los enemigos del Estado, y ocasión para el Rey difunto de inmortalizar su piedad, su valor y su poder, al someter a su obediencia la ciudad rebelde. Desde entonces se pensó en convertirla en ciudad episcopal para hacer florecer allí la Religión Católica con tanta majestad y justicia, como los herejes sediciosos habían tratado de mancillarla con más ignominia e impiedad. Pero la ejecución de aquel plan digno de loa había sido reservada, por orden de la divina Providencia, a la Regencia de la Reina, quien por consejo del Sr. Vicente eligió al Sr. Santiago Raoul, Obispo de Nantes por aquellos días, para ser el primer obispo de La Rochela. El Sr. de Béthune, Obispo de Maillezais, fue nombrado arzobispo de Burdeos como consecuencia del consentimiento que dio al traslado, y el Sr. de Bassompierre fue nombrado para el obispado de Saintes. Y para fundar algunas canongías en la iglesia catedral de La Rochela se determinó que los beneficios simples dependientes del Cabildo Regular de Maillezais,

que iban a quedar vacantes, se unirían al de La Rochela.

El celo del Sr. Vicente en el servicio de los Sres. Prelados quedó muy a la vista particularmente, cuando ellos necesitaron de la autoridad del Rey y de la protección del Sr. Canciller contra los herejes: acudía a menudo a uno y a otro para hacer prohibir sus reuniones y sus prédicas fuera de los sitios que les habían sido señalados. También se esforzó en remediar los abusos acostumbrados entre algunos pobres engañados, que, para casarse con jóvenes católicas, hacían como que se convertían, y después del matrimonio volvían a la prédica como anteriormente, haciendo notar claramente que no tenían ninguna fe, ni divina ni humana. Y como también había otros, que compraban cargos de cierta entidad por dos o tres veces más de lo que valían en varias ciudades del Reino, y que después se esforzaban en ser nombrados al precio que fuera, a pesar de los edictos contrarios, el Sr. Vicente no dejaba de elevar sus quejas a la Reina y al Sr. Canciller para impedir el nombramiento de aquéllos. También solía mandar a menudo que escribieran de parte del Rey a los Intendentes de las Provincias para detener las frecuentes y variadas iniciativas de los herejes, y recomendaba en cuanto podía el derecho de los católicos en los pleitos y en las desavenencias que tenían con ellos.

Resultaría enojoso para el lector que refiriéramos aquí al detalle todos los servicios y todos los buenos oficios, que los Prelados recibieron del santo sacerdote en toda clase de ocasiones. Bastará con decir que no se ha presentado ninguna que él no haya aceptado de buen grado, y en la que no se haya metido de lleno, ya para defender los legítimos derechos de ellos y apoyar sus justas pretensiones, ya para procurarles la protección de las autoridades contra las injustas vejaciones que les habían hecho, ya, finalmente, para darles consejos saludables, cuando era requerido por ellos, o él pensaba que era necesario para el bien de sus diócesis. Con todo era muy circunspecto y muy reservado; su extrema humildad y el gran respeto que manifestaba a la dignidad de ellos le cerraban frecuentemente la boca y le impedían manifestar sus propios sentimientos, pues desconfiaba mucho de éstos, porque estaba persuadido de que ellos (los obispos) tenían luces más puras y más agudas que las suyas, a su parecer muy pequeñas y cortas. Ciertamente en algunas ocasiones el afecto que sentía por el servicio de ellos lo superaba su propia humildad. Vamos a presentar aquí sólo un ejemplo; con él daremos fin a esta sección

El gran Siervo de Dios veía con pena y dolor un abuso que se había introducido en la Iglesia de Francia por el abuso de las Apelaciones, pues aunque se habían introducido sólo para mantener en su vigor la observancia de los cánones y de la disciplina eclesiástica, y para impedir la relajación que podía introducirse, producían, sin embargo, un efecto totalmente contrario por la mala disposición y por las injustas pretensiones de algunos, que se servían de ellas las más de las veces que podían para seguir en sus desarreglos y en fomentar sus vicios, tratando así de enervar la autoridad legítima de los Prelados para hacer reinar la impunidad en el estado eclesiástico. El Sr. Vicente, como conocía los perniciosos efectos de aquel desorden, se lamentaba con frecuencia ante Dios, y buscaba los medios para poner a aquello algún remedio. Pero al ver que el mal estaba demasiado

enraizado para poderlo arrancar totalmente, al menos intentó reducirlo con los saludables consejos que dio en diversas ocasiones a determinados obispos.

Les recordaba que un medio para prevenir el mal uso que se hacía de las Apelaciones era instaurar un buen orden en los tribunales eclesiásticos, y en poner oficiales virtuosos y capaces, versados en el Derecho Canónico y Civil, entendidos y experimentados en la práctica de los cargos de la Judicatura, irreprochables en sus costumbres, inflexibles en la práctica de la justicia, y muy exactos en observar las formalidades que se practican en este Reino.

En especial escribió una vez a cierto prelado, que le había pedido consejo sobre aquella cuestión. Y para darle a conocer mejor cuánto importaba que un hombre constituido en aquel cargo fuera capaz de ejercerlo, añadió en su carta lo siguiente:

«Presenté en cierta ocasión al difunto Sr. Molé, que fue Procurador General y Primer Presidente, las quejas de algunos Prelados, que habían sido muy mal tratados por el Parlamento por haber querido poner remedio a los desórdenes de algunos sacerdotes, y que, al verse así obstaculizados, habían manifestado, derramando lágrimas, que habían decidido dejar las cosas como estaban. El sabio Magistrado me dijo, que era cierto que cuando los obispos o los provisores no cuidaban de las formalidades que les estaban prescritas para la administración de la Justicia eclesiástica, la Corte era estricta en corregir sus abusos; pero, cuando observaban bien las formalidades, que aquella no emprendía nada contra su procedimiento. Acerca de eso me puso un ejemplo: Sabemos—me dijo—*que el Sr. Provisor de París es hábil en su cargo, y que no hay nada que decir contra sus juicios; por eso, cuando nos presentan apelaciones de abuso contra sentencias pronunciadas por él, no admitimos ninguna, y haríamos lo mismo con todos los de más, si se portaran de la misma manera».*

SECCION VII pág. 518: Servicios importantes prestados por el Sr. Vicente a varias Ordenes religiosas

El aprecio y el cariño, que el Sr. Vicente sentía por el estado religioso, le movían a prestar gustosamente favores a las personas que habían profesado, y especialmente cuando se trataba de restablecer o mantener el buen orden en sus casas. A eso se dedicó siempre celosamente, aprovechando con cuidado todas las ocasiones que se le presentaban en los Consejos del Rey y en otras ocasiones, de tal manera que se puede decir sin exagerar que, de todas las Ordenes Religiosas que hay en Francia, no existe una que no haya sentido algún efecto de su caridad, sea en el cuerpo de la Orden en general, sea en alguno de sus miembros en particular; tanto para las necesidades que han tenido de la protección y de los favores del Rey, que el Sr. Vicente ha tratado de procurarles, como por otros servicios que se ha esforzado en ofrecerles, y, en especial, los relacionados con las reformas que siempre ha favorecido con todas sus fuerzas, así la de San Mauro, de

San Bernardo de Grandmont, etc. Solamente traeremos aquí algunos ejemplos a este propósito, dejando en silencio gran número de otras, por ser más conveniente callarlas que divulgarlas para no renovar la memoria de algunos desórdenes que hay que sepultar en un olvido eterno.

Un abad regular, de gran virtud, trató de reformar su Orden a pesar de las trabas que le ponían varias personas de autoridad, que llegaron a acudir hasta a un Príncipe para que actuara contra aquella reforma. Y como había recibido toda clase de ayudas y socorros de parte del Sr. Vicente, le escribió una carta dándole gracias el año 1644. En ella le habla en estos términos:

«Es muy necesario que Dios le dé una fuerza extraordinaria para una obra tan grande a usted, digo, que defiende la causa de Dios contra el poder del mundo. Sólo podemos rezar y ponernos en manos de su Providencia y del celo de usted, señor, que es nuestro único refugio en la tierra, y el único sostén de nuestra desolada Orden».

Un religioso no reformado habiéndose hecho elegir abad de una abadía muy importante, que era Cabeza de la Orden, en la que por eso mismo era muy importante introducir la reforma, pedía al Rey la confirmación de su elección. Pero el Sr. Vicente, bien informado de la nulidad de la elección, hizo todo lo posible, para que se procediera a una nueva elección, y para procurar que se eligiera un abad reformado. Sobre ello escribió a un prelado en estos términos:

«Hace un año, más o menos, que tuve el honor de escribirle sobre la elección de N. para abad de N., a fin de que usted tuviera a bien venir a París, para informar a la Reina acerca de las cualidades de ese personaje y de las necesidades de la abadía. Pero, a causa de algún inconveniente que se lo impidió, tuvo usted la bondad de indicarme por una carta las verdaderas razones que había para impedir que dicha elección se llevara a efecto. La cosa se ha ido arrastrando desde entonces por la oposición de dos religiosos electores llamados a la elección después de que ésta tuvo ya lugar, y esa oposición acaba de ser rechazada en el Parlamento por sorpresa a favor del elegido, que tanto se ha empeñado en obtener su confirmación, insistiendo enormemente en la expedición de su decreto. Y como lo apoyan muchas personas influyentes, es de temer que lo consiga, lo cual hace que la presencia de usted sea muy de desear aquí para decir una palabra a la Reina, y dar fuerza a las razones que han de impedir ese mal. Ya sé que a Su Majestad, que le aprecia mucho a usted, le agradará, y al Sr. Guardasellos le ha parecido bien que yo le suplique, y así lo hago muy humildemente, que venga aquí lo más pronto que pueda por amor de Dios. Me tomo esta confianza porque sé cuán metidos tiene los intereses de Dios en el corazón de usted. Quizás dependa de este momento, tal como me ha hecho usted el honor de escribirme, la reforma de esa casa y de sus filiales; y que Nuestro Señor quiere que el mérito de un éxito tan de desear le sea imputado, como a uno de los Prelados del Reino que tiene más celo por la gloria de su Iglesia», etc

El Sr. Vicente hizo también todo lo posible para introducir la reforma, y para

apoyar sus comienzos en una orden que tenía de ella mucha necesidad. He aquí en qué términos escribió al General, al enviarle una carta del Rey:

«Reverendísimo Padre: La razón por la que Su Majestad escribió a su Reverencia es que así se resolvió en el Consejo de los Asuntos Eclesiásticos, cuando, estando vacante un Priorato de su Orden en la diócesis de N., se pensó que uno de sus buenos religiosos llamado Padre N. fuera nombrado para una pensión, con tal de que restableciera allí la antigua regularidad, tal como ha hecho en otra de las casas de ustedes. Dicha pensión pasaría de él a sus sucesores a tenor de dicha norma. Se le ha hecho saber a la Reina lo acordado, y Su Majestad ha manifestado gran alegría, y nos mandó ayudar a su expedición. Hay motivos para esperar, Reverendo Padre, que el buen Dios se sirva de usted para levantar a una Orden tan santa como la suya, que ha sido celebérrima en la Iglesia, y una bendición para este Reino, pues bajo su gobierno empieza a recuperar el mismo olor que difundió en su primera época, y cuyo restablecimiento deseaba tanto la gente. El Rey quiere contribuir a ello, y parece que es ése el designio de Dios, ya que le ha concedido a V. ese buen religioso, como instrumento muy apto, de quien su Reverencia puede servirse, y así lo hará Su Reverencia muy útilmente, si tiene a bien darle su Vicariato general para regir las casas de N.N.N., con facultad de recibir novicios y profesos según la antigua observancia, todo ello bajo la autoridad y dirección de usted. No dudo que Su Reverencia responderá a las intenciones de Su Majestad en cosa tan razonable, que busca la gloria de Dios y la conservación de una Institución, de la que usted es la Cabeza, y sobre la que Nuestro Señor influirá por usted y por sus ministros, su espíritu religioso, para que reine allí en los siglos venideros, y por ese medio hacer a su persona y a su celo recomendables a la posteridad, además del mérito que Su Reverencia hallará ante Dios», etc

Una abadía muy importante fue entregada a un joven príncipe que estaba bajo la dirección y administración de su señora madre. El Sr. Vicente escribió a la Princesa, para que consintiera que se introdujera en aquella abadía la reforma, pues tenía mucha necesidad. He aquí en qué términos le habla:

«Señora: Me tomo la confianza de escribir a Su Alteza para renovarle el ofrecimiento de mi obediencia con toda la humildad y sumisión que me es posible, con el fin de recomendarle a este buen religioso que va a visitarla a fin de presentarle sus respetos y exponerle la disposición en que se encuentra la abadía de N., para recibir la reforma y los medios más apropiados para llegar a ese fin. Es un religioso de buena reputación y de una familia muy distinguida. Espero que Su Alteza se dignará atenderle: en primer lugar, porque conozco el gran celo que siente Su Alteza por la gloria de Dios, que le hace proteger a todas las personas que tienen el honor de trabajar por ella: segundo, porque al hacerlo así Su Alteza será causa de que Jesucristo se vea más honrado y mejor servido en aquella casa, que no puede hacerlo debidamente en la situación en que ahora se encuentra, tal como le expondrá el portador de la presente; en tercer lugar, porque el difunto Sr. Obispo de N. deseaba con mucho ardor que se introdujera la reforma en dicha casa, y me había escrito varias veces sobre ello; y creo que ya se hubiera hecho sin los impedimentos que puso uno de los principales religiosos de esa abadía, que gozaba de

mucho prestigio ante los demás; pero ya ha muerto y quizá Dios ha permitido este retraso para reservarle al abad, su hijo, y a Su Alteza el mérito de una obra tan grande".

El Sr. Vicente no sólo trabajaba en promover la Reforma, sino también la paz y la unión de las casas religiosas, lamentando muchísimo las divergencias y divisiones que veía sobrevenir, y haciendo todo lo posible por remediarlas. Pues bien, como siempre actuaba con mucha prudencia y circunspección cuando se dedicaba a esas obras de caridad y se esforzaba en unir los espíritus divididos, para no ser sorprendido por los de uno u otro partido que iban a hablar con él, procuraba que algunas personas de virtud y autoridad fueran de parte del Rey a conocer la verdad, escuchando las razones que alegaba una y otra parte, con el fin de que con su informe se pudieran tomar los medios más convenientes y más seguros para restablecer la paz, como así lo ha hecho en muchas ocasiones. Procuraba también que algunos grandes Prelados asistieran a sus Capítulos Generales, cuando venía alguna necesidad, tanto para impedir con su prudencia o autoridad el acaloramiento de algunos religiosos causantes de la contienda, como para mantener a todos en la libertad durante las votaciones, y a toda la Asamblea en la disposición de regular las cosas necesarias para el bien de la Orden; y después, informada Su Majestad, por los Prelados de que las elecciones y deliberaciones llevadas a cabo en los Capítulos eran buenas y canónicas, él apoyaba su ejecución, y no escuchaba más las quejas que los espíritus revoltosos pudieran promover.

En más de una ocasión, a ruegos de los Superiores, también intervino para serenar amistosamente las divisiones y desavenencias de algunas casas religiosas; y varias veces recibió cartas de Roma, de parte de los Generales de tres o cuatro Ordenes diferentes, que le agradecían con todo el afecto todas las ayudas que había prestado a sus Ordenes, y por su intervención ante Su Majestad para procurarles su protección le reconocían como su ángel tutelar, etc

Lamentaba muchísimo la ruina de cierta Orden, que veía en una desolación tal, que casi no disponía de ningún medio para recuperarse. Y un religioso de otra Orden, en la que no se hallaba contento, le pidió su parecer en una carta acerca de su intención de pasar a aquella Orden desolada. Ahí va la respuesta que le dio:

«No me gustaría aconsejar a nadie que entrara en la Orden que usted pretende de N., y menos aún a un religioso doctor y profesor de teología y gran predicador como es usted, porque eso no es una Orden, sino un desorden, un cuerpo sin consistencia ni verdadera cabeza, y en la que los miembros viven sin ninguna dependencia o lazo de unión. Me ví cierto día con el Sr. Canciller en su biblioteca, y me dijo que andaba buscando el origen y el progreso de aquella Orden en Francia, y que no había hallado ningún dato. En una palabra, es sencillamente una quimera de Orden religiosa, que sirve de refugio a religiosos libertinos y díscolos, quienes, para sacudir el yugo de la obediencia se meten en esa Religión imaginaria, y viven sin Regla alguna. Por eso, creo que tales personas no viven con la conciencia tranquila, y le ruego a Nuestro Señor que le preserve a usted de semejante ligereza».

Esta carta desengañó al pobre religioso tentado, y abriéndole los ojos para conocer el precipicio en el que iba a despeñarse, le hizo reflexionar y tomar la determinación de perseverar en su Religión.

Otro religioso muy célebre dentro y fuera de su Orden, tanto por su virtud como por haber predicado en los primeros púlpitos del Reino, le dio a conocer cierto día al Sr. Vicente sus prolongados trabajos, la austeridad de su Regla, la disminución de sus fuerzas y el temor que tenía de no poder continuar prestando por mucho tiempo sus servicios a la Iglesia; y al mismo tiempo le propuso un medio que se le había ocurrido, gracias al cual le parecía que podría ponerse en estado de trabajar todavía con utilidad: consistía en hacerse sufragáneo del arzobispado de Reims, porque, como la dignidad de obispo le dispensaba del ayuno y de las demás austeridades de su Orden, eso le conservaría las fuerzas para predicar y actuar con más vigor y fruto. Por eso, le rogó al Sr. Vicente que le comunicara su parecer, y en caso de que aprobase su idea, que le ayudara a que el Rey le nombrara para dicho cargo, prometiendo que también sería apoyado por otras personas de solvencia. El Sr. Vicente se dio cuenta en seguida de que el pensamiento de aquel buen religioso sólo era una tentación; se lo hizo notar con toda claridad en la respuesta que le dio a su carta. En ella, después de manifestarle el aprecio y el cariño especialísimo que tenía a su persona y a su Orden, y después de haberle alabado los talentos que había recibido de Dios para predicar y la edificación que había causado hasta entonces a toda su Orden, le añadió lo que sigue:

«No me cabe la menor duda de que su Reverencia haría maravillas en el obispado, si hubiera sido llamado a él por Dios. Pero como El ha hecho ver que le quería en el cargo en que está por el gran éxito que ha concedido a sus ocupaciones y a su actuación, no parece que desee sacarle de ahí, porque si la Providencia lo llamara al episcopado, no se dirigiría a usted para hacérselo buscar: se lo inspiraría más bien a aquellos en los que reside el poder de nombrar para los cargos y las dignidades eclesiásticas, y le elegiría para eso, sin que usted hiciera ninguna gestión. Y entonces su vocación sería pura y segura. Pero si lo busca usted mismo, parece que habría algo censurable, y que usted no tendría motivos para esperar las bendiciones de Dios en semejante cambio, que no puede ser deseado ni pretendido por un alma verdaderamente humilde, como la suya».

«Y además, Reverendo Padre, ¿cuánto daño causaría usted a su santa Orden, al privarla de una de sus principales columnas, que la sostiene y que la acredita con su doctrina y con sus ejemplos? Si usted abriera esa puerta, les daría pretexto a otros para salir detrás de usted o, cuando menos, para llevar mal los actos de penitencia: no les faltarán pretextos para suavizarlos y disminuirlos, con perjuicio de la Regla, porque la naturaleza se suele cansar de las austeridades, y si se la consulta, dirá que eso es demasiado; que hay que ahorrar energías para vivir mucho, y para servir a Dios por más tiempo. En lugar de lo que dijo Nuestro Señor: El que ama su alma, la perderá; y el que la odia, la salvará: Usted sabe mejor que yo todo lo que se puede decir sobre eso, y no me hubiera metido a escribirle, si no me lo hubiera mandado. Pero quizás usted no ha reparado en la corona que le espera. ¡Dios mío! ¡Qué hermosa será! ¡Ha hecho usted ya

tanto, Reverendo Padre, para llevarla felizmente! Y quizá sólo le falte un poco por hacer. Hace falta la perseverancia en el camino estrecho en donde usted ha entrado, y ese camino lleva a la vida. Usted ya ha superado las mayores dificultades. Debe tener ánimo, y esperar que Dios le conceda la gracia de vencer otras menores. Si me cree, deje por algún tiempo los trabajos de la predicación para recuperar su salud. Todavía está usted para prestar muchos servicios a Dios y a su santa Religión, que es una de las más santas y más edificantes que hay en la Iglesia de Jesucristo», etc

Finalmente, la caridad del Sr. Vicente extendía sus atenciones tanto sobre lo temporal como sobre lo espiritual de las Comunidades Religiosas. Varias veces trató de procurar que varias casas religiosas, y otras comunidades y hospitales pudieran recibir con facilidad las rentas que tenían sobre los dominios del Rey, pues tenían muchas dificultades en que les pagasen durante el calamitoso tiempo de la guerra; y a tal efecto, se convertía en solicitante de ellas ante la Reina y el Sr. Cardenal para conseguir la orden de que se las restituyeran. Procuró también que los hospitales de las fronteras del Reino fueran puestos bajo protección particular contra la forma de actuar de la gente de guerra; y que varios de ellos siguieran disfrutando de los dones, gracias y privilegios que les habían sido concedidos

SECCION VIII pág. 522: Otros servicios caritativos ofrecidos por el Sr. Vicente a las abadías y los monasterios de mujeres

San Cipriano decía con muchísima razón, que cuanto más sublime es el honor y la gloria del estado de las vírgenes consagradas a Dios, tanto más debe ser el cuidado que hay que tomar para mantenerlas en su perfección: su pérdida es tanto más fácil y frecuente, cuanto que el sexo es más frágil y la constancia en el bien es más difícil y más rara, incluso entre los hombres. Eso es lo que movió al Sr. Vicente a extender especialmente la caridad que sentía por el estado religioso, a las abadías y a los monasterios de mujeres, ya para conservar en ellos el buen orden, si es que ya lo había; ya para restablecerlo, si es que no existía.

Siempre se dedicó principalmente, mientras pudo, a mantener el derecho de elección en las abadías en las que estaba en uso, y se opuso enérgicamente a las pretensiones de ciertas religiosas, que, al no tener esperanza de llegar a la dignidad de abadesa por vía de elección, por no tener ni la capacidad ni el mérito, se esforzaban en llegar a ella apoyándose en la autoridad del Rey y en el crédito de sus parientes. Se portaba de la misma manera con las que, habiendo sido elegidas por la comunidad para tres años según el uso de sus monasterios, trataban de conseguir decretos del Rey para perpetuarse en el cargo. Un día un prelado muy virtuoso había procurado la elección de una religiosa muy buena para gobernar una abadía de su diócesis, y tratando de conseguir la confirmación del Rey, quiso persuadir al Sr. Vicente de que la perpetuidad de las Superioras era más ventajosa que la trienalidad. Pero, fuera de que este sabio sacerdote

no aprobaba en ningún caso las innovaciones que se hacían contra un uso canónicamente establecido en las comunidades religiosas, le hizo notar, con respeto y humildad, que las elecciones trienales eran por muchas razones preferibles a las perpetuas precisamente en el caso de las mujeres, que tienen menos constancia en el bien, y que pueden más fácilmente no conocerse bien en los cargos importantes, cuando se ven instaladas en ellos de por vida.

Cuando las abadías de mujeres que dependían del nombramiento del Rey quedaban vacantes, las intrigas y los ruegos insistentes eran ordinariamente grandes y fuertes en favor de las mujeres de alcurnia y de condición: los parientes, no se contentaban con encumbrarse en el mundo, sino que llevaban también su ambición hasta los lugares santos. Y a tal efecto hacían todos sus esfuerzos, con el fin de procurar que sus hijas o sus hermanas mandasen en los claustros. Por esta razón, iniciaban a menudo extrañas presiones sobre el Sr. Vicente. Pero como éste conocía que el buen o el mal orden de las Religiosas provenía de ordinario de las que eran superioras, ponía todos los respetos humanos bajo sus pies, y se mantenía firme en que se nombrara para abadesas a las que sabía que eran las más capaces, las más experimentadas y las más exactas en la observancia regular.

Un señor que tenía una hija en una abadía vacante, sobrina de la difunta abadesa, le fue un día a visitar a San Lázaro para quejarse, porque impedía que la joven sucediera a la tía, como la tía había sucedido a su vez a otra tía y la paciencia del Sr. Vicente provocó aún más su cólera y su resentimiento; le colmó de recriminaciones y de injurias, y le añadió amenazas, gritando y armando un alboroto enorme, como si fuera un hombre a quien se le quitaba su fortuna; y eso durante más de una hora. Le había indicado que aquella abadía era como un bien hereditario de su casa, y que le causaba un grave daño al quitársela. Tanto el marido, como la mujer y toda la familia tenían la costumbre de acudir varias veces al año a aquella abadía, como a una casa de recreo, y se albergaban y vivían en ella a costa de la comunidad, que se sentía muy contrariada por ello. Todas las religiosas se lamentaban y murmuraban notablemente por eso, y cuando vieron que la abadesa había muerto, se opusieron al nombramiento de la sobrina, y rogaron encarecidamente para conseguir una superiora distinta. El Sr. Vicente, que estaba muy bien informado de las cualidades de la pretendiente, respondió al padre muy suave y respetuosamente, que la aspirante era demasiado joven, y que estaba obligado en conciencia a aconsejar a la Reina, que, entre las religiosas de varios monasterios para las que pedían aquella abadía, tuviera a bien elegir a la que fuera más capaz y más apta. Después de aquella respuesta dejó hablar al señor con todo su arrebato y que descargara sobre él la amargura de su cólera, con una paciencia increíble; y después de acompañarle hasta la puerta, le manifestó que estaba muy contento por haber sido cargado de injurias y cubierto de oprobios por defender los intereses de Nuestro Señor.

Se vio a menudo con muchas abadesas que tenían algún apego a sus parientes, y como tenían hermanas, sobrinas o primas religiosas, las pedían de coadjutoras suyas con el pretexto de su edad o enfermedad. Pero el Sr. Vicente, que desconfiaba siempre de la

carne y de la sangre, nunca fue de la opinión de que se les concediera esas coadjutorías sin mucha necesidad. En eso se mostró inflexible. Y se fundaba en que la vacante de las abadías que ocurrían por muerte, dejaba libertad para elegir monjas virtuosas y capaces para mantener el buen orden, si es que ya lo había: y si no, para imponerlo.

Cuando alguna abadesa había renunciado a su abadía, y se procedía a hacerse con los certificados de la suficiencia y de las buenas costumbres de aquella en cuyo provecho se había hecho la renuncia, el Sr. Vicente no siempre se fiaba de lo que ponían los certificados, porque, según su parecer, el testimonio de muchas personas no puede dar gran confianza en esa clase de asuntos. Por eso tomaba su tiempo para informarse con mayor certeza de las cualidades de la persona; y cuando se enteraba de que la elección era buena y que sería ventajosa para la abadía, hacía admitir la renuncia; en caso contrario, la rechazaba

Como a veces ocurrían desórdenes en los monasterios de mujeres, tanto por disensiones o divisiones de las religiosas, como por otros abusos que se habían introducido, él se interesaba con gran celo en remediarlos, enviando a personas de virtud y de experiencia, que estuvieran autorizadas por el Rey, sea para apagar las divergencias, o para instaurar la clausura, si no lo estaba, y proveer a las demás necesidades. Y mandaba escribir de parte de Sus Majestades a los Superiores de esas Ordenes y a los Obispos de los lugares para que se mantuvieran firmes.

Una abadía de monjas se hallaba muy dividida. El Superior ordinario no la había podido poner en orden, aunque había usado de todo su poder. Invitaron al Sr. Vicente a actuar allí; y lo que hizo fue enviar como Visitador a un Abad de la misma Orden, muy sabio y muy celoso. Este, en cuanto descubrió la fuente del mal, le escribió que era irremediable, si no se les daba a otro confesor que tuviera una gracia y una habilidad especial para pacificar los espíritus y mantenerlos en paz. El Sr. Vicente ante aquello se vio obligado a rogar a un eclesiástico de condición y de virtud y muy experto en la dirección de las religiosas, que se diera a Dios para ir a estar durante algún tiempo en aquella abadía; y así lo hizo con gran bendición, poco a poco fue uniendo los corazones y puso en buen estado todas las partes de la Comunidad.

Ha habido monasterios de mujeres en los que el espíritu maligno había logrado introducir máximas perniciosas y prácticas reprobables con el pretexto de ciertas falsas revelaciones hechas a sus Superiores, quienes con la imaginación turbada por las ilusiones del Angel de las tinieblas, pretendían que Dios les había hecho conocer unas vías extraordinarias para guiar las almas a la perfección, y hasta para reformar la Iglesia, y habían introducido muchos errores que tenían una relación estrecha con los de los iluminados. El Sr. Vicente en cuanto se enteró, procuró que enviaran personas doctas y virtuosas a visitar aquellas casas y se enteraran de los abusos e ilusiones diabólicas que habían sorprendido para entonces a muchas personas de toda condición y de todo sexo. Y por ese medio, en cuanto fue descubierto el mal, Dios quiso detener su curso.

SECCION IX pág. 524: Otros asuntos piadosos a los que atendió en el Consejo del Rey

El celo del Sr. Vicente por todo lo que se refería a los intereses del servicio y del honor de Dios lo mantenía en una atención continua sobre todas las ocasiones, que se le presentaban para promover su progreso y para apartar lo que podía oponer algún obstáculo. Para eso precisamente usaba del crédito que su virtud le había adquirido en el Consejo de Su Majestad, considerando feliz el día en el que había podido impedir algún mal o procurar algún bien.

Hizo entre otras cosas todo lo que pudo durante la guerra para aportar algún remedio a los atropellos que los soldados cometían por todas partes, y especialmente en las profanaciones de las iglesias y en las vejaciones injustas de las personas consagradas a Dios. Y viendo que era imposible impedir todo el mal, por lo menos trataba de disminuirlo; y cuando no podía otra cosa, acudía a Dios con la oración y la penitencia para implorar el socorro de su gracia y de su misericordia, tanto en favor de los que sufrían el mal, como de los que lo cometían

Había otro desorden muy perjudicial para las buenas costumbres, que era que algunos comediantes representaban en el teatro cosas no sólo indecentes, sino también escandalosas y que no se podían decir, ni escuchar, ni ver, sin ofender a Dios gravemente. Se lo advirtieron al Sr. Vicente, y al ver los maléficos efectos que dicha licencia podía producir, consiguió con sus admoniciones que se les prohibiera tamaña libertad.

Las revueltas del Estado y las diferentes intrigas contra el servicio del Rey habían obligado a Su Majestad a asegurarse de ciertas personas poco de fiar o sospechosas, y a recluirlas en la Bastilla, donde, a pesar de que no les faltaban las cosas necesarias, no se practicaba ningún acto de piedad entre ellas, ni había persona alguna que los invitara o ayudara a ello. El Sr. Vicente, en cuanto lo supo, hizo que un virtuoso eclesiástico de la Conferencia que se reúne en San Lázaro, fuera a visitar a los presos y les diera algunos consejos, y de este modo se introdujeron las oraciones de la tarde y de la mañana entre ellos, junto con otros actos piadosos, con mucho provecho espiritual de sus almas.

El Demonio, enemigo de la paz, al mismo tiempo que iba encendiendo por todas partes la guerra y la discordia en el Reino, y sembraba por todos los sitios semillas de desobediencia y de rebelión contra el servicio del Rey, incitaba a muchos espíritus a rebelarse contra Dios, y a realizar diversos ataques contra la Religión. Y entre otros había algunos que trataban de renovar las máximas y los errores dignos de condena de los Iluminados. El Sr. Vicente, luego que descubrió el mal que ya empezaba a extenderse por varios puntos y, especialmente, en París y en algunas localidades de la diócesis de Bazas, procuró con sus desvelos y su celo, que se pusiera remedio tan pronto, que ese monstruo quedó asfixiado en su cuna, antes de que pudiera hacer mayores estragos en la Iglesia.

La libertad que todos se tomaban durante las turbulencias del Reino, de hablar como bien les parecía acerca de las cosas que atañían a la Religión, así como de las que se referían al Estado, abrió la puerta a otra licencia aún más peligrosa, de escribir y de publicar toda clase de libelos, incluso contra la fe y las buenas costumbres.

El Sr. Vicente lo hizo saber al Consejo, y logró que aquella licencia fuera reprimida, y se ordenó que se buscaran y recogieran los libros malos, con prohibición a los impresores y libreros de imprimirlos o divulgarlos.

Este Santo Varón se dedicó con gran interés a cooperar de todas las formas posibles, ya con sus reconvenciones y sabios consejos, ya con sus ruegos y sus intervenciones, para que la costumbre reprobable de los duelos fuera totalmente abolida. Por fin se ha conseguido, por la piedad de la Reina y por el celo y la autoridad del Rey, que desde su más tierna edad, como un Hércules cristiano, tuvo la fuerza y la suerte de estrangular al dragón que los reyes anteriores no habían podido vencer con todos los rayos de las leyes y ordenanzas lanzados contra dicho monstruo. Dios quiso reservar la gloria de esa derrota a nuestro gran Monarca, y destacar los primeros años de su reinado con una proeza heroica, que ha salvado la vida del cuerpo y del alma a un millón de gentileshombres franceses, e impedido la ruina y la última desgracia a infinidad de nobilísimas familias, que le serán eternamente deudoras de su felicidad y de su salud

El Sr. Vicente también trabajó en desarraigar la blasfemia. Para eso, renovó las ordenanzas ya dadas contra ese detestable crimen, y también propuso varios medios para exterminarla enteramente. Y aunque no llegó a ver el efecto deseado, no deja de tener el mérito de ello, y hay que esperar que Dios escuchará algún día las fervorosas oraciones que le ofreció a tal fin, y que inspirará a nuestro incomparable Monarca emplear los medios más eficaces, y también, si lo juzga conveniente, el hierro y el fuego, a imitación de San Luis, antepasado suyo, para purificar el Estado de esa gangrena infernal que lo corrompe e infecta en algunas de sus partes, incluso las más considerables y más nobles.

SECCION X pág. 525: El Sr. Vicente siempre guardó fidelidad inviolable al Rey, y un afecto constante a su servicio, incluso durante los tiempos más peligrosos y difíciles

No basta con dar a Dios lo que le pertenece, sino que, siguiendo la doctrina del Evangelio, hay que dar al César lo que es del César. Y la misma Ley Divina que obliga a adorar a Dios, a obedecerle y a amarle por encima de todas las cosas, obliga también a honrar y respetar a los Reyes, como la representación de su Soberana Majestad en la tierra, a prestarles con afecto el servicio que les es debido, y a guardarles inviolable fidelidad; de forma que los Príncipes cristianos tienen esa ventaja por encima de los Monarcas que no creen en Jesucristo, pues sus súbditos están sujetos a su servicio no sólo por la fuerza de las ordenanzas, o por el temor de su poder soberano, o por la

consideración de los favores y recompensas que pueden esperar de su liberalidad; sino que están unidos por unas ligaduras mucho más fuertes y más nobles, que son la autoridad de la Ley Divina y los principios de su Religión. Y como no pueden faltar a lo que deben a sus Reyes sin contravenir a la voluntad de Dios, tampoco la obediencia, el afecto y la fidelidad que les rinden, se acaban solamente en sus personas, sino que llegan hasta Dios, que se considera honrado, obedecido y amado en la persona de los que ha puesto como lugartenientes suyos para el gobierno temporal de los pueblos. De ahí se sigue, que, entre los súbditos de un Príncipe cristiano, los más fieles, los más sumisos y los más unidos a su servicio son los más virtuosos y los más unidos a Dios por la gracia y por la caridad; y, por el contrario, no se debe esperar de quienes faltan a sus deberes para con Dios una fidelidad muy constante, ni un afecto muy sincero en el servicio del Príncipe.

Teniendo esto presente, no será difícil deducir lo que se ha dicho tanto en este capítulo, como en todos los demás del Segundo Libro, y también del Primero, que el Sr. Vicente, siempre tan fiel a la voluntad de Dios y muy celoso de su honor y de su gloria, consiguientemente guardó una fidelidad inviolable al Rey, y un afecto especialísimo al bien de su servicio, ya que el segundo depende del primero, y que la medida del afecto y de la fidelidad que se tiene a un Príncipe se debe tomar de la que se tiene a Dios.

Pero además de esta consideración general, que es muy fuerte, podemos presentar aquí otras pruebas más particulares y no menos convincentes, refiriendo de qué modo este Santo Varón se portó, cuando tuvo que declararse servidor del Rey durante los tiempos más difíciles y más peligrosos y exponer los bienes, la vida y toda su Compañía, para manifestar su celo y su fidelidad al servicio de Su Majestad.

Es todavía demasiado reciente el recuerdo del estado lamentable en que se encontraba Francia los años 1649, 1652, etc.; y hay razones para decir que en aquel tiempo Dios permitió por un secreto juicio que el funesto pozo del abismo, del que habla la Sagrada Escritura, quedara entreabierto y que exhalara algo así como un humor negro sobre todo el Reino, que llenó los espíritus de los franceses de tinieblas tan oscuras, que muchos de ellos parecían haber perdido el discernimiento de lo que estaban obligados a prestar a su Soberano; y aunque en el corazón sentían siempre el cariño que le debían, pero sus obras desmentían sus intenciones; y al mismo tiempo que pensaban en trabajar y combatir al servicio del Rey, empleaban sus armas y sus fuerzas para rebajar su autoridad, para perder a sus más fieles servidores, y para llevar la desolación y la ruina a todos los rincones de su reino.

Así como una estrella brilla durante la noche con una claridad más viva cuando se encuentra rodeada de nubes, que sólo sirven para dar mayor realce a su luz; de la misma manera se puede decir que todas las turbulencias de Francia proporcionaron al Sr. Vicente una ocasión para que apareciese mejor cómo era la perfección de su fidelidad al Rey y la constancia de su celo en el servicio de aquél. Ciertamente durante ese tiempo calamitoso, la confusión era tan grande en tantos sitios, que la mayor parte de los mejores franceses y de los más fieles a los intereses de su Príncipe no pensaban poder hacer otra cosa que

mantenerse en silencio y lamentarse, pues sabían de sobra que todo lo que hubieran tratado de decir o de hacer para apaciguar los espíritus mal dispuestos sólo hubiera servido para enfurecerlos más, y quizás para llevar a otros a mayores extremos, que la prudencia les sugería evitar. Pero el Sr. Vicente, aunque era muy prudente y circunspecto, no pudo contenerse en semejante situación: el celo que tenía por el servicio de su Príncipe no le permitía guardar silencio, y se declaró abiertamente servidor del Rey, e hizo profesión abierta de querer obedecer todas las órdenes que provinieran de Su Majestad. Y no contento con portarse de aquella forma en su comportamiento personal, trató de que los demás se portaran en todas las ocasiones del mismo modo; pero, como su voz no la podían oír en los sitios en donde no estaba presente, con sus cartas logró lo que no podía hacer con sus palabras: escribió a varias personas sobre aquel tema, y particularmente a varios obispos, como ya lo hemos dicho en el primer Libro, para persuadirles que permanecieran en sus diócesis, y usaran de su autoridad para contener a los pueblos en la obediencia al Rey. Además dio unas pruebas muy notables de fidelidad y de celo ardiente en el servicio del Rey, poniendo bajo sus pies los propios intereses y los de su Compañía, cuando tuvo que ir a verse con Sus Majestades a Saint Germain en Laye, después de salir de París, para ofrecerles sus servicios, después de haber dejado como prenda a la pasión de sus enemigos su casa de San Lázaro y a todos sus hijos queridos, quienes, a ejemplo de su Padre, sufrieron con paciencia y hasta con alegría verse despojados de sus bienes y maltratados por aquella razón.

Lo que ha hecho ver aún con más claridad hasta dónde podía llegar la fidelidad y el cariño del Sr. Vicente en el servicio de Sus Majestades es que, habiendo pensado en darles un consejo que él creía útil y en cierto modo necesario, dada la situación en que se hallaban los negocios del Estado; sin embargo, como tenía motivos para temer que no fuera favorablemente acogido por quienes llevaban en su mano las riendas del Gobierno, y que a eso le siguiera algún enfriamiento respecto de su persona, prefirió exponerse al peligro de caer en este inconveniente, que es tan de temer por parte de muchos, y exponerse incluso a la desgracia de Sus Majestades, que dejar de hacer una cosa que él pensaba que podía ser útil para el servicio de ellos. Ciertamente la Reina conocía la sinceridad de su corazón; por eso aceptó benévolamente sus consejos, y el Sr. Cardenal Mazarino le concedió una audiencia favorable, sabiendo de sobra que no tenía otra pretensión que prestar un fiel servicio a Sus Majestades. Y aunque por entonces sus consejos no fueron tenidos en cuenta, eso no disminuyó nada, sino que más bien aumentó el crédito que siempre se había tenido de su fidelidad y de su afecto, al ver que, en esta ocasión, después de haber abandonado todo por el servicio del Príncipe, había tenido el valor de exponerse incluso a sufrir alguna disminución de aceptación, que le era más querida que todo lo demás, para no faltar en darle un consejo, que él creía que le era útil.

SECCION XI pág. 527: El Sr. Vicente sirvió al Rey con total desinterés

No pretendemos censurar aquí a los que sirven fielmente al Rey con la esperanza de que Su Majestad, al agradecerles sus servicios, les recompense con sus favores. Al contrario, decimos que no será justo ni razonable censurar tal procedimiento, porque es conveniente para el bien del Estado, el que, así como las leyes establecen castigos contra los rebeldes y los refractarios a la voluntad del Soberano, también su liberalidad prodigue gracias y recompensas a los que prestan un servicio fiel; y así como el temor del castigo sirve de freno para retener a los súbditos díscolos dentro de los límites de su deber, igualmente la esperanza de la recompensa sirve como un aguijón más poderoso a los buenos para hacer actos dignos de los favores de su Príncipe.

Aunque esté permitido, y hasta sea loable, servir fielmente al Príncipe en vista de las recompensas que se esperan de su liberalidad; no se puede negar, que es una disposición más excelente, más noble y más perfecta, no tener otros planes ni pretensiones al servir al Rey, sino el bien de su servicio; y aún más, cuando para mantenerse con más constancia en cumplir con sus deberes, se ve en la persona del Rey a la de Dios, y se le sirve con todo el cariño y toda la fidelidad posible, con el único fin de que ese servicio sea agradable a Dios, de forma que la principal, y también la única pretensión al servir al Rey sea la de agradar a Dios y cumplir lo que se sabe que es conforme con las órdenes de su voluntad.

Pero ¿no tendríamos motivos para hacer aquí la misma exclamación que hace el Sabio, hablando de quien no deja que su corazón vaya tras del oro, y que no pone sus esperanzas en las riquezas: «Quis est hic et laudabimus eum?».¿Quién es esta persona admirable que ha conseguido semejante victoria sobre la más indomable de todas las pasiones? ¿Y dónde está que la podamos encontrar, para que le concedamos las alabanzas que merece su virtud? Pues bien, ya lo hemos hallado felizmente; y a pesar de la corrupción del siglo, Francia ha tenido el honor de producir en nuestros días una obra maestra tan extraordinaria en la persona de Vicente de Paúl. De él se puede decir con toda verdad, que su corazón no se ha dejado llevar tras del oro, y que no ha puesto nunca su esperanza y sus afectos en las riquezas: porque, aunque estuvo junto a la fuente de donde manan ordinariamente los tesoros más ricos y las recompensas más magníficas, con todo, ha desviado sus ojos y su corazón de todo eso, y nunca tuvo otros fines ni pretensiones, al servir fielmente al Rey, que el bien de su servicio y la gloria que pudiera darle a Dios. Ese es el único motivo que lo llevó a aceptar los cargos y las actividades que le fueron confiados, ése el lazo que lo ha retenido inviolablemente unido al servicio de Sus Majestades en los tiempos más difíciles; esa intención de rendir gloria a Dios sirviendo fielmente a su Príncipe es la que le ha inspirado la fuerza, la constancia y la perseverancia en ese servicio en medio de todas las contrariedades, calumnias y persecuciones que ha sufrido, y en medio de los peligros a los que se ha expuesto por tal motivo.

Y en primer lugar, cuando la Reina Madre, al empezar la Regencia le hizo el honor de llamarlo al Consejo de los Asuntos Eclesiásticos, fue sólo la obediencia que él creía que Dios deseaba que rindiera a las órdenes de Su Majestad, y el celo que tenía de procurar el bien de la Religión y el avance de la gloria de Dios, lo que le hizo decidirse a aceptar aquel

cargo, a pesar de la extrema repugnancia que experimentaba su humildad y de todo lo que él preveía que podría sucederle en contra de sus ganas de descansar y del deseo que sentía de acabar su vida en paz y en tranquilidad en la edad en que se hallaba.

Tenía en el cargo ocasiones favorables para conseguir ventajas temporales para su Congregación, si hubiera querido aprovecharse de ello, como lo podía hacer lícitamente, y parecía incluso estar en cierto modo obligado por la caridad que debía tener con los suyos; y como la distribución de muchos beneficios pasaba por sus manos, no le hubiera resultado nada difícil obtener algunos para unirlos a las casas de su Congregación, que, como todavía era muy joven y bastante poco dotada de bienes temporales, por no decir pobre y carente de riquezas, tenía en consecuencia mucha necesidad de ayuda para fortalecerse y extenderse, y hasta para poder sostener los trabajos para el servicio de Dios y de la Iglesia que empezó a hacer gratuitamente. Sin embargo, no quiso servirse de ese medio: nunca pidió directa ni indirectamente ningún beneficio para alguna de las casas de su Congregación; y si se ha unido alguno a sus seminarios, se ha hecho por los insistentes ruegos de los que eran dueños de los mismos, o tenían derecho de conferirlos, y, a menudo, esos mismos han tenido que insistir tanto ante el Sr. Vicente, para que los aceptara, como otros lo hubieran hecho para hacerse con ellos; y su propósito, al aceptarlos, no era enriquecer su casa, ni poner a los suyos bien dotados, sino usar las rentas fielmente en instruir y formar a los que eran llamados al ministerio de la Iglesia.

Uno de sus amigos más íntimos vino a verlo un día, y le ofreció una gran cantidad de dinero (se ha sabido que llegaba a las cien mil libras) de parte de algunas personas con la condición de que él intentara en el Consejo procurar que se recibieran las propuestas de ellos, y de que se les concediera la ejecución de algunas sugerencias que ellos habían presentado, las cuales, por lo demás, parecían bastante razonables y no eran carga para el pueblo, sino que podían en cierta manera perjudicar a los intereses del clero. A lo que el Santo Varón, levantando los ojos al cielo, le respondió: *«Dios me guarde: preferiría morir que decir una sola palabra sobre ese asunto».*

En segundo lugar, como él no había buscado nunca provecho temporal alguno en el servicio que ofrecía a Sus Majestades, tampoco se preocupó de procurarse el favor de personas influyentes en las ocasiones en las que podía obligarlas. Eso no significa que tuviera una virtud arisca y huraña, como algunos que tienen a gloria enfrentarse con los más grandes; por el contrario, los trataba siempre con singular respeto, y en todas las ocasiones trataba de contentar hasta a los más pequeños, pero con esta condición: que Dios fuera el primero en quedar contento y satisfecho; de forma que si veía que lo que se deseaba de él era según el orden de la voluntad de Dios, lo concedía fácilmente y con mucho gusto; pero si creía que no lo podía hacer sin faltar contra Dios, no tenía respeto humano alguno, ni miedo a desgracia o malevolencia de quien fuera, que lo pudiera doblegar; no tenía ninguna consideración al poder de los que rechazaba, ni se sorprendía de sus amenazas, ni se apuraba por los perjuicios o persecuciones que le podrían suceder: sólo miraba a Dios, a El sólo quería agradar, y a El sólo temía disgustar.

En tercer lugar, él ha dejado ver su desprendimiento de todo interés, no solamente rehusando buscar ventajas, sino aun más, sufriendo con gusto las pérdidas que le habían acaecido, como lo hemos dicho, sirviendo fielmente a Sus Majestades.

En este punto hay una circunstancia notable y muy digna de ser contada aquí mismo, que es que todas esas grandes pérdidas que experimentó durante la guerra, y todos los malos tratos recibidos, le habían ocurrido por la mala voluntad de ciertas personas, por el odio con que lo veían ser tan fiel y tan afecto al servicio del Rey. A pesar de todo, nunca se le oyó ninguna queja, ni tampoco pidió ninguna recompensa ni indemnización. Y lo que es más admirable: con la habilidad de una caridad verdaderamente desinteresada, a veces ha logrado desviar con destreza los efectos de la buena voluntad de la Reina hacia él para hacerlos derivar sobre otros, cuando pensaba que podía hacerlo sin herir el orden de la justicia o de la caridad.

Ciertamente hemos de confesar que eso es servir a su Rey con total desprendimiento de su propio interés, y que el Sr. Vicente practicó esa virtud heroica de una forma tanto más admirable cuanto que hoy en día es más rara en las Cortes de los Príncipes.

SECCION XII pág. 529: El Sr. Vicente siempre se condujo con gran prudencia y circunspección en los asuntos que atañían al servicio del Rey

Ciertamente los negocios que conciernen al bien del Estado y al servicio de un Soberano son de tales consecuencias, que su manejo y dirección sólo deben confiarse a personas no sólo fieles y queridas, mas también prudentes y discretas, que estén dotadas de un espíritu maduro, de un juicio sólido y de una experiencia proporcionada a la magnitud de las cosas que les son confiadas. Y así como es cierto que no todos los que hacen profesión de piedad tienen esas cualidades naturales, no se puede negar tampoco que entre las personas virtuosas se puedan hallar quienes las hayan recibido de Dios, y uniéndolas a otras mejores, sean capaces de hacer un uso muy bueno de ellas, y de emplearlas útilmente para el servicio de su Príncipe y para el bien del Estado. De manera que, así como sería una imprudencia recibir y seguir indiferentemente en toda clase de asuntos los consejos de los que se consideran virtuosos, imaginándose que no pueden ser sino buenos y saludables; igualmente sería una temeridad acompañada de cierta injusticia rechazar o tener por sospechosos los consejos de un hombre de bien, porque haga profesión particular de piedad, como si la piedad no pudiera subsistir con la prudencia, y fuera una cosa incompatible prestar un servicio agradable a Dios y servir útilmente a su Rey.

Con todo, hay algunos que se persuaden y tratan de persuadir a los demás de que un hombre que se dedica a hacer actos piadosos, y que está dedicado al servicio de Dios (porque eso es precisamente lo que significa el nombre de «devoto», que ellos desprecian

con tanta fuerza), no es propio para el servicio de un Príncipe, ni para el manejo de los negocios; que el afecto que tiene por el cielo, le impide poner la atención en lo que pasa en la tierra; que la devoción va de ordinario acompañada de un celo, si no indiscreto, al menos no lo bastante considerado, que hace que el que es devoto no prevea las consecuencias de los negocios que él aconseja emprender, que considera útiles porque le parecen buenos; lo cual no impide que algunos sean las más de las veces muy perjudiciales al servicio del Príncipe y al bien del Estado. Y de esta manera hacen la piedad tan sospechosa que, según sus consejos, hay que ponerse en guardia en la Corte de un Príncipe ante un hombre virtuoso y devoto, tanto como ante un espía disfrazado, o un paniaguado de algún Príncipe extranjero y enemigo.

Los que alguna vez quieren aparentar como menos apasionados confiesan que un hombre virtuoso puede tener un verdadero y sincero afecto al servicio del Príncipe, y guardarle una fidelidad inviolable, y también servirle con total desprendimiento de todo interés propio. Pero no quieren reconocer, ni confesar que la devoción puede ir acompañada de la discreción y la prudencia exigida en los negocios importantes, ni que las normas de la piedad puedan compaginarse con las normas de la política.

Ciertamente, si fuera así, como lo quieren hacer creer, habría que confesar que la condición de los Reyes y de los Príncipes Soberanos sería muy desgraciada, al verse reducidos, por una necesidad digna de lamentarse, a estar obligados a desterrar de la Corte a los hombres más virtuosos, o bien, a estar continuamente en guardia, como si esas personas le fueran sospechosas, y a que sus consejos pudieran serle perjudiciales para el bien del Estado. Y si es cierto, como ya lo hemos dicho, que los que están más unidos a Dios por la virtud y por la caridad sienten un efecto más sincero y una fidelidad más constante en el servicio de su Príncipe, ¿qué disgusto no sería para un Soberano ver que lo que debería darle más confianza en el efecto y en la fidelidad de sus súbditos sería, eso mismo, lo que le obligaría a excluirlos, y a confiar la dirección de los asuntos más importantes y a servirse del consejo de los que menos serían de fiar?

Pero no sería difícil hacer ver la falsedad de esta persuasión por los ejemplos de grandes Príncipes, que han llamado a sus Consejos y empleado en la dirección de sus negocios con éxito muy positivo a diversos personajes tan recomendables por su virtud y piedad, como por su experiencia y sabiduría. De ellos han recibido un servicio fidelísimo y utilísimo para el bien de los Estados. Y para no extendernos fuera de nuestro tema, bastará con presentar uno que será tanto más convincente cuanto que su memoria es más reciente: me refiero al gran Siervo de Dios, Vicente de Paúl, quien ha sabido unir felizmente la piedad con la sabiduría, el celo con la discreción y la ciencia de los Santos con la experiencia y el conocimiento necesario para servir útilmente a su Príncipe. Únicamente haremos algunas observaciones sobre diversas ocasiones y coyunturas de negocios en los que aparece que poseía a la perfección esas excelentes cualidades

Ciertamente, una de las disposiciones más necesarias para actuar prudentemente en los negocios es tener la mente libre y desprendida de todos los afectos y pasiones

desordenadas, porque la turbación, que ellas promueven, oscurece el entendimiento, e impide que se vea la situación exacta de las cosas presentes y que se prevean los hechos futuros. Pues bien, todas las personas que conocieron y frecuentaron al Sr. Vicente pueden demostrar que, sea por gracia, sea por potencia de su mente, parecía que estaba casi enteramente libre de las emociones y los fallos desordenados, que son tan frecuentes en la mayor parte de los hombres; o si los sentía, había adquirido, por su virtud, un dominio sobre sí mismo y sobre todos los movimientos del alma, que no aparecían al exterior ni en sus gestos, ni en sus palabras, ni tan siquiera en su cara, en la que se veía brillar una serenidad constante en toda clase de percances, y hasta en medio de las afrentas y las injurias más de sentir. Ni mucho menos se captaba en él alguna alteración de su carácter en los primeros movimientos que se sienten de ordinario en ocasiones semejantes, cuando por el contrario, era entonces cuando él parecía más moderado y más dueño de sí mismo, y cuando hablaba y actuaba con mayor circunspección.

Había también otra cualidad de su carácter que no contribuía menos a la prudente forma de comportarse. De ella usaba en todas las ocasiones. Consistía en no precipitarse en dar consejos y en no tomar una decisión con demasiada prontitud, sobre todo en los asuntos que podrían tener importantes consecuencias, sino conceder a su mente todo el tiempo necesario para considerar con atención las diversas circunstancias, o sopesar las razones de uno y otro lado, y prever las consecuencias. De ahí resultaba que sus consejos eran sólidos y seguros, y que se pudieran seguir sin temor a equivocarse. Tenía como norma lo que dijo un escritor antiguo: Que no hay nada tan fatal para las deliberaciones en los grandes asuntos, como proceder a toda prisa; porque impedía ver, y, más aún, prever lo que hacía falta para dar o recibir un buen consejo; que había que deliberar y tomar resoluciones con tiempo suficiente, pero que hacía falta realizar con diligencia lo que se había resuelto.

Después de haber considerado maduramente un asunto y sopesado todas las razones que le proponían, o que se le presentaban a su mente, y de haber tomado una resolución y dado su consejo, cualquier hecho que se siguiese de ello, aunque fuera contrario a sus planes, o a los de los demás, no por eso perdía calma, sino que se mantenía en paz, teniendo como norma la de un Padre Antiguo: Que es propio de sabios juzgar de las cosas no por sus resultados, sino por la intención y el consejo con los que se había comenzado; y que es una equivocación de muchos, pensar que un negocio habrá sido bien iniciado sólo cuando resulta bien.

También se ha hecho notar otra disposición en la persona del Sr. Vicente, que era otra muestra de su prudencia, y que también contribuía mucho a perfeccionarla: nos referimos a la discreción y reserva, que es una condición muy solicitada para el manejo de asuntos importantes. No se le oía nunca hablar de lo que había pasado, o de lo que había sido resuelto en el Consejo, sino cuando era absolutamente necesario declararlo. Guardaba bajo el sello del silencio no sólo los secretos que le habían confiado, sino también todas las demás cosas que él creía que no debía decir. Y en sus conversaciones familiares, cuando volvía de la Corte, tampoco hablaba de los asuntos que allí se trataban,

como si hubiera vuelto de la celda de un cartujo.

Aunque procedía en los asuntos con esa circunspección y prudencia, con todo, guardaba tal moderación, que, por más que pareciera firme y constante sus consejos, no se detenía en ellos excesivamente, ni los defendía con calor, y nunca se portaba como algunos, que se muestran siempre acalorados ante los mejores consejos de otros, porque no son ellos los autores. No solamente cedía en lo exterior ante el parecer de las personas que le eran superiores, sino que les sometía su espíritu, cuando podía hacerlo sin herir su conciencia. Nunca censuraba sus sentimientos, cualesquiera que fueran, ni se quejaba de ellos, y después de haber hecho lo que él creía ser su deber, se mantenía en un silencio respetuoso, dejando a la Providencia de Dios el desenlace de los asuntos.

Pero el principal fundamento sobre el que apoyaba toda su prudencia era el orden de la Voluntad divina, que le era manifestada por la Ley y por su Evangelio. Tenía como norma inviolable no tomar nunca en el asunto que fuera ninguna resolución contraria a la voluntad de Dios. La consideraba, siguiendo el parecer de un Padre Antiguo, como un diestro piloto para conducirse exitosamente en los consejos que había que dar, o en las decisiones que había que tomar. Además de eso, siempre se conformaba, tanto cuanto podía, y cuanto la naturaleza de los asuntos se lo permitía, a las máximas del Evangelio de Jesucristo, cuya palabra consideraba como el manantial de toda verdadera sabiduría. Y era de esa divina fuente de donde sacaba todas las luces, con las que quedaba iluminado su espíritu, y todos los consejos saludables que daba a los demás con tanta bendición.

Podríamos añadir a estas notas varios ejemplos más particulares de esta rara y singular prudencia, con la que se conducía en los asuntos más complicados y en las ocasiones más peligrosas, como también de la moderación y de la circunspección maravillosa con la que actuaba en los Consejos, no disimulando nada de lo que la fidelidad le obligaba a decir para el bien del servicio de Sus Majestades, y no diciendo cosa alguna que pudiera herir de cualquier modo el respeto y la sumisión que les debía. Sin embargo, nos abstenemos, tanto para evitar muchas repeticiones enojosas para el lector, como porque todos podrán descubrir fácilmente la aplicación, y reconocer no sólo por lo que ya ha sido relatado en este último capítulo, sino también en la mayor parte de los precedentes del segundo Libro y también del primero, que el Sr. Vicente estuvo dotado, tanto por la naturaleza como por la gracia, de una prudencia muy grande, que le sirvió como de antorcha para iluminar y guiar por caminos rectos y seguros, en medio de tan gran número y variedad de actividades y asuntos en los que la Divina Providencia lo quiso implicar. Siempre se condujo con tal rectitud, moderación y sabiduría, que durante su vida acertó en todo lo que emprendió y ejecutó para la gloria de Dios y para el servicio de los que le representan en la tierra, y que, después de su muerte, su memoria ha sido bendita entre los hombres. FIN DEL LIBRO SEGUNDO

Vida del Venerable Sievo de Dios

VICENTE DE PAÚL

LIBRO TERCERO

PREFACIO pág.545

Hemos hablado ya con bastante amplitud acerca de las virtudes del Sr. Vicente en los dos primeros Libros, que contienen el relato de su Vida y de sus principales Obras, porque verdaderamente se puede decir que su vida entera no fue más que un tejido de toda clase de virtudes, que formaron y animaron sus más importantes actividades y sus más bellas acciones. Sin embargo nos faltan por decir acerca de esta cuestión tantas cosas, y hay aún tantos párrafos excelentes, que no han podido ser introducidos convenientemente en ningún sitio de esta Obra, que hemos juzgado necesario añadir un Tercer Libro a los dos precedentes para hacer ver en él más al detalle las Virtudes de esta Santo Varón, es decir, los sentimientos de que dio muestras y la práctica que hizo de ellas. De ahí podrá sacar el Lector muchas luces para su propia edificación. Por eso mismo hay motivos para esperar que este tercero y último Libro no será menos agradable y útil al Lector deseoso de perfección, que los dos anteriores. Uno de los principales frutos que debe recoger de la lectura de esta Obra, después de la alabanza que en justicia debe rendir a Dios por todas las gracias que le ha hecho a su fiel Siervo, Vicente de Paúl y, por medio de él, a su Iglesia es excitarse y animarse a la práctica de sus mismas virtudes, cuyos motivos y ejemplos los verá aquí.

Porque la imitación de los Santos es uno de los principales deberes que la piedad nos obliga a rendirles, y uno de los frutos más salutíferos que el recuerdo de sus virtudes debe producir en nuestros corazones. De otra forma tendríamos razón para temer que nos resultase un motivo de confusión y aún de condenación, si, teniendo ante nuestros ojos unos ejemplares tan perfectos, no tratáramos de adaptarnos a ellos; y si, viendo el camino por donde han andado para llegar a Dios, no tuviéramos el valor de iniciarlo y seguirles.

Por eso, el piadoso Lector, interesado en aprovecharse de esta lectura, procurará acordarse de hacer una pequeña reflexión sobre sí mismo, con el fin de ver lo que le falta de la virtud que se ha expuesto y lo que Dios le exige según su estado y sus disposiciones tanto internas como externas. Y después de formar al principio buenas resoluciones en su corazón, invocar la ayuda de la Divina Misericordia, para que se las haga cumplir.

El gran San Jerónimo, al escribir la vida de Santa Paula, invocaba (según lo declara él mismo) al Angel de la Guarda de aquella Santa. Y seguramente les será muy útil a los que lean la Vida de Vicente de Paúl implorar la intercesión de ese Bienaventurado Espíritu, que Dios le había dado como protector, y que lo sostuvo, asistió y fortaleció en todas sus excelentes acciones, con el fin de que les obtenga las gracias y las fuerzas necesarias para seguir a tan gran Siervo de Dios en esta palestra de las virtudes por donde ha caminado con pasos de gigante, y para llegar un día al final, adonde, tenemos muchas razones para creer, ha llegado felizmente, y el cual no es otro que la posesión y el disfrute de una gloria y de una felicidad sin fin.

EXTRACTO DEL PRIVILEGIO DEL REY Pág.546

Por gracia y privilegio del Rey se autoriza a Florentino Lambert, comerciante librero de París, a imprimir o hacer imprimir, vender y distribuir en todo el Reino un libro titulado: «**La Vie du Vénérable Serviteur de Dieu, Vincent de Paul, Instituteur et premier Supérieur Général de la Congregation de la Mission». Par Messire Louis Abelly, «Evesque de Rodez**»; y con el tamaño, el tipo de letra y tantas veces como le parezca bien durante veinte años consecutivos. Con prohibición a todos los impresores, libreros y demás, de imprimir, hacer imprimir, vender y distribuir dicho libro, de la forma y manera y con el pretexto que sea, sin el consentimiento de dicho Lambert, o de los que ostenten sus derechos, bajo la pena de confiscación de los ejemplares, de una multa arbitraria, de costas, perjuicios e intereses, como se ha hecho notar a lo largo de dicho privilegio, dado en París, el día 19 de mayo de 1664.

Y el 22 de nuestro reinado. Firmado BARDON.

«Registrado en el Libro del Gremio de Impresores y Comerciantes Libreros de esta ciudad el 19 de agosto de 1664»

E. MARTIN, síndico Se acabó de imprimir por primera vez el 10 de septiembre de 1664

LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO pág. 547

Observaciones generales sobre las virtudes del Señor Vicente

Antes de bajar a los detalles de las virtudes del Sr. Vicente, hemos juzgado necesario hacer algunas observaciones sobre cuatro o cinco circunstancias dignas de

notarse, que contribuyeron mucho a su perfección.

En primer lugar, el Sr. Vicente no buscó ni fingió nada de extraordinario ni de singular en la práctica de las virtudes. Se entregó siempre gustosamente a la práctica de las que se consideran más comunes, como la humildad, la paciencia, la bondad, la mortificación, la tolerancia con el prójimo, el amor a la pobreza y otras semejantes; pero las practicó de una manera no común, y sí supo poner perfectamente por obra las piedras preciosas de la Jerusalén celestial y dar realce a su brillo con las excelentes disposiciones que él les añadía, ejerciéndolas siempre en un principio de gracia, y con intenciones muy nobles, viéndolas en Jesucristo como el original de toda perfección para adaptarse a sus ejemplos, y refiriéndolas fielmente a la gloria de Dios, como el único fin que se proponía en todos sus actos.

En segundo lugar, no se restringió al ejercicio de alguna virtud particular; sino que había recibido de Dios una grandeza y una capacidad de corazón, que le hacía abrazar todas las virtudes cristianas, que poseyó en grado perfectísimo. Y lo maravilloso es que se le ha visto destacar al mismo tiempo en la práctica de varias virtudes, cuyos actos eran muy diferentes, y hasta parecían en cierto modo opuestas.

Tenía una humildad profundísima y un gran desprecio de sí mismo; y al mismo tiempo, una magnanimidad audaz, cuando se trataba de defender los intereses de Dios. Se notaba en él un vigor infatigable para dedicarse a los más grandes asuntos; y una condescendencia maravillosa para acomodarse a las debilidades de los más sencillos. Sabía unir de modo excelente el oficio de Marta con el de María, y entregarse al mismo tiempo a la acción y a la contemplación, sin que una fuese obstáculo para la otra. Muchas veces se ha admirado la paz y la tranquilidad de su espíritu, que brillaba en la dulzura y la serenidad de su rostro en medio de los agobios de una incomparable multitud de asuntos y las apremiantes importunidades de toda clase de personas a que lo exponía su caridad. Por último, los Capítulos siguientes harán ver la feliz ensambladura que hizo en su corazón de toda clase de virtudes, que poseyó en un alto grado de perfección.

En tercer lugar, no se contentaba con tener las apariencias y el afecto de las virtudes, sino que se dedicaba continuamente a ponerlas por obra. Estaba plenamente convencido de lo que decía un Antiguo Padre: Que «Labor et patientia sunt exercitia, et corroboramenta virtutum». Lactan. lib. 3, Inst. Chrisel trabajo y la paciencia son el medio más eficaz para adquirir las virtudes y para asentarlas firmemente en nuestros corazones. A lo que añadía: *«Que se podían perder fácilmente las virtudes que habían sido ad quiridas sin trabajo y sin dificultad; y que echaban raíces mucho más profundas en el corazón las que habían sido zarandeadas por las tempestades de las tentaciones, y habían sido practicadas a pesar de las dificultades y la repugnancia de la naturaleza».*

En cuarto lugar, como era infatigable en el ejercicio de las virtudes, igualmente lo era en la adquisición de las mismas. Se puede decir sin faltar a la verdad, que era del número de los que tienen hambre y sed continua de la justicia. Nunca creía haber hecho

bastante en una tan noble conquista; mas a imitación del Santo Apóstol, olvidando todo lo que había practicado de bueno en el pasado, empleaba todos sus anhelos en progresar y en alcanzar la cumbre de la perfección a la que Dios lo llamaba.

En quinto lugar, y finalmente, aunque sus virtudes eran conocidas de todos los que lo solían tratar, a pesar de todos los recursos que usaba para ocultarlas, sólo él no era capaz de verlas, pues su humildad, poniéndole ante los ojos un velo, las ocultaba a su vista, de modo que, por unos sentimientos muy opuestos a los de ese personaje, del que se habla en el Apocalipsis, aunque era rico y abundó en virtudes y dones celestiales, sin embargo se creía pobre, indigente, mísero y desnudo de toda clase de bienes espirituales. Y ante eso, la cualidad más ordinaria que se adjudicaba hablando de sí mismo era decir este desgraciado. Y por más que su vida fuera inocente y muy santa, y que sus días fueran unos días llenos de toda clase de obras santas, no hablaba nunca de lo que había hecho, sino de un modo muy humillante: de ordinario decía que tenía mucha necesidad de misericordia de Dios por las abominaciones de su vida.

Eso sí que era verdaderamente poseer un tesoro de virtudes, pero un tesoro tanto más seguro cuanto que estaba oculto al mismo que lo poseía, pues tenía tanto afán en ocultar, no sólo a los demás, sino también a sí mismo las virtudes y los excelentes dones de la gracia recibidos de Dios, como los amantes de la vanidad ansían manifestar y publicar el bien que creen poseer, y que las más de las veces viene a ser solamente una falsa y engañosa apariencia.

CAPITULO II pág. 549

Fe del Sr. Vicente

Como la fe es el fundamento de las demás virtudes, y como la fortaleza del edificio espiritual depende principalmente de esa base mística, al tener que destacar en este Libro Tercero la admirable estructura de las virtudes más excelentes en la persona de Sr. Vicente, empezamos por la fe, que este sabio arquitecto había puesto como cimiento de todos sus actos de virtud; sobre ella sustentaba todo lo que emprendía y hacía para el servicio de Dios.

Y en primer lugar, así como los árboles que son sacudidos por los vientos y quebrantados por las tormentas enraizan a mayor profundidad y se robustecen con mayor firmeza, de igual modo podemos decir que Dios, deseando hacer más firme y más perfecta la fe del Sr. Vicente, permitió que fuera desde el comienzo expuesta a la violencia de varias tentaciones y que su fiel Siervo experimentara diversos ataques contra esa virtud. Mas él siempre se mantuvo victorioso con la ayuda de la gracia y su fe cada vez se halló más bien fortalecida que debilitada con todas aquellas pruebas. Dios se sirvió de ellas para fortalecerla y perfeccionarla. Así, después de todas aquellas tormentas, se hizo no

solamente más robusto, sino más clarividente en las verdades de la fe (como lo ha declarado él mismo en alguna más clarividente en las verdades de la fe (como lo ha declarado él mismo en alguna ocasión), poseyéndolas y gustándolas de modo tan perfecto como se puede en esta vida.

Uno de los remedios más eficaces que usó para fortificar su fe contra la violencia de las tentaciones fue escribir y firmar la profesión de fe y llevarla sobre su corazón. Suplicó al Señor que le aceptara la resolución que había hecho: que siempre que llevara su mano sobre aquella profesión de fe, sobre todo cuando se viera tentado, sería una señal y un testimonio de que renunciaba a la tentación, y una reno-vación de la protesta que había hecho de perseverar hasta el último suspiro en la fe de la Iglesia y creer firmemente todas las verdades enseñadas por Ella.

Su fe era no sólo firme, sino también pura y sencilla, estando como estaba apoyada, no sobre los conocimientos adquiridos por el estudio o por la experiencia, sino únicamente sobre la primera verdad, que es Dios, y en la autoridad de su Iglesia.

Por eso solía reprender a los que querían examinar desde demasiado cerca las verdades de la fe con la sutileza de su inteligencia, o con la luz de su ciencia. Y se servía de esta comparación, que, «igual que cuanto más se mira el sol, menos se le ve, así cuanto más se esfuerza uno en razonar las verdades de nuestra Religión, menos se las conoce por la fe. *"Basta* —decía— *con que la Iglesia nos las proponga: no podríamos dejar de creer en ella, ni de someternos a ella».*

Por esa razón siempre estaba dispuesto a prestar una perfecta obediencia a la dirección de la Iglesia, la acataba con mucho respeto, y creía con sincera humildad todas las cosas decididas por su autoridad. A propósito de eso, dijo un día unas palabras dignas de mención:

«La Iglesia es el Reino de Dios; es El quien inspira a los que ha propuesto para gobernarla la buena dirección que le imprimen. Su Espíritu Santo preside los Concilios, y es de El de quien proceden las luces difundidas por toda la tierra, que han iluminado a los Santos, ofuscado a los malvados, despejado las dudas, manifestado las verdades, descubierto los errores y señalado los caminos por los cuales la Iglesia en general y cada uno de los fieles puede ir caminando con seguridad».

Se le oyó decir más de una vez, que daba gracias a Dios por haberlo conservado en la integridad de la fe en medio de un siglo que había producido tantos errores y opiniones escandalosas; y porque Dios le había hecho la gracia de no haberse adherido a ninguna idea que fuera contra las de la Iglesia; y porque, a pesar de todas las situaciones peligrosas que se le habían presentado para desviarle del camino recto, siempre se había hallado, por protección especial de Dios, en el lado de la verdad.

La fe del Sr. Vicente no mantenía encerradas las luces dentro de su espíritu, sino que las comunicaba al exterior con tanta mayor liberalidad, cuanto que estaba animada

con una caridad más perfecta. Hemos visto con cuánto celo se ocupaba en dar los Catecismos e Instrucciones, particularmente en los lugares que juzgaba más necesitados, como en las aldeas y entre los pobres, que habitualmente son los menos instruidos en las verdades de la fe. Solía aducir a este propósito la palabra del Profeta que decía: *«Creí, y por eso he hablado; la fe ha soltado mi lengua, y el conocimiento que Dios me ha dado de sus verdades, me ha obligado a anunciarlas a los demás»*. No se contentaba sólo con hacerlo por sí mismo: animaba e invitaba a ello a todos los que creía capaces de ese oficio de caridad, y no cejó hasta fundar una Congregación enteramente dedicada al cultivo de la divina planta de la fe en las tierras más estériles, donde, pese a todo, con la ayuda de la gracia, los Obreros de esa Compañía han fructificado con una gran bendición.

Su fe no solamente produjo tales bienes entre los pobres que vivían en la ignorancia de las cosas de la salvación; más también hizo que sintiesen su virtud y su eficacia las almas que se veían atacadas contra esa misma virtud.

Un sacerdote virtuoso ha manifestado que, estando un día molestado por una angustia muy grande relacionada con un artículo de la fe, se descubrió al Sr. Vicente, y que la palabra del Santo Varón le libró totalmente de aquella molestia, cuando todos sus amigos no lo habían podido conseguir, ni tampoco los consejos de otras personas de mucho mérito, que había consultado sobre aquella cuestión.

La virtud de la fe, así como impulsaba al Sr. Vicente a trabajar en asentar y robustecer las verdades de nuestra Religión, igualmente le movía a oponerse constante y ansiosamente a todo lo que le fuera contrario. Hemos visto en los dos Libros primeros con cuánto celo trabajó para impedir el progreso de la nueva herejía del libro de Jansenio. Para ello una de las armas más fuertes de que se sirvió, como él ha dicho ha sido, la oración. Porque, incluso antes de las decisiones de la Iglesia, y desde que las Cuestiones de la Gracia, que armaron tanto ruido, comenzaron a ser debatidas en París, y que los que defendían las nuevas doctrinas se dieron con tanto ardor a hojear libros para encontrar en ellos con qué colorear sus errores, él había acudido a orar a Dios, que es el Padre de las luces; y por ese mismo tiempo le dijo a cierta persona de confianza: *«Que hacía tres meses que estaba haciendo la meditación sobre la doctrina de la gracia, y que Dios le daba todos los días sobre ese tema nuevas luces, que alejaban de su mente cada vez más las opiniones peli grosas, que trataban de insinuar en los espíritus».*

Sobre todo se mantenía en vela para evitar que la cizaña se expandiera por su Congregación. El Superior de una de las casas ha asegurado que, cuando empezó a estudiar Teología, el Sr. Vicente le había sondeado frecuentemente en ese punto, y le había hecho concebir horror ante todas aquellas novedades; que les había quitado un regente de Teología, cosa que ya saben varios de la Congregación, porque era sospechoso de Jansenismo; y que, a pesar de todas las instancias que le hicieron los que estudiaban bajo ese mismo regente, por quien sentían afecto, con el fin de recuperarlo, nunca quiso consentir en ello; y que, finalmente, habiendo ido todos juntos a verle a su habitación, con el fin de insistirle en el mismo ruego, no los quiso escuchar, y los despidió con una seria

reconvención.

Otro Sacerdote de la Congregación ha dicho, que, un día se le escapó por descuido en una conversación una proposición que le parecía favorable a los errores condenados por la Iglesia. El Sr. Vicente lo llamó en particular para explicarle aquella cuestión, cosa que hizo con entera satisfacción, y le dijo entonces lo que ha solido decir en diversas ocasiones:

"Sepan, señores, que este nuevo error del Jansenismo es uno de los más peligrosos que nunca ha turbado a la Iglesia; y que me veo muy particularmente obligado a bendecir a Dios y a darle gracias, porque no ha permitido que los primeros y los más importantes de entre quienes profesan esa doctrina, a los que he conocido personalmente y que eran amigos míos, hayan podido hacerme creer en sus ideas. No sabría cómo expresaros el trabajo que han tomado, y las razones que me han propuesto para eso. Pero les he opuesto entre otras cosas la autoridad del Concilio de Trento, que les es manifiestamente contrario. Y cuando vi que persistían, en lugar de responderles, recitaba en voz baja el Credo. Y así es cómo me mantuve firme en mi fe católica. Además de que durante toda mi vida, y hasta en la niñez, siempre he tenido un temor secreto en mi alma, y nada he temido tanto, como hallarme desgraciadamente comprometido en el torrente de alguna herejía que me arrastrara con los curiosos de novedades, y me hiciera naufragar en la fe».

Eso es lo que que dijo en diferentes ocasiones. Y una persona muy virtuosa, que había muerto antes que él, declaró que él fue el primero que le había hecho ver y reconocer lo que había que censurar en la doctrina de los Jansenistas, y que le había infundido horror a tratar con ellos, mucho antes de que sus errores hubieran sido enteramente descubiertos.

Finalmente, cuando la condena de la doctrina de Jansensio contenida en las cinco proposiciones fue enviada de Roma y el difunto Monseñor de París ordenó publicarla por toda su diócesis, el Sr. Vicente dijo a su Comunidad:

"Que había que dar gracias a Dios por la protección que ha dado a la Iglesia, y particularmente a Francia, para purificarla de esos errores que iban a sumirla en un gran desorden. A lo que él añadió que aunque Dios le había hecho la gracia de discernir el error de la Verdad, incluso antes de la definición de la Santa Sede Apostólica, no por eso había tenido ningún sentimiento de vana complacencia, ni de vana alegría porque su opinión se había hallado conforme con la de la Iglesia, reconociendo bien que se debía a un efecto de la pura misericordia de Dios para con él, y por ello le debía toda la gloria".

Además de esa pureza, sencillez y firmeza de la fe, en la que sobresalió el Sr. Vicente, se puede afirmar que poseía la plenitud de la misma, es decir, que su virtud no sólo iluminaba su corazón, sino que también animaba sus actos, sus palabras, sus afectos y sus pensamientos, y le hacía obrar en todo y por todo según las verdades y las máximas del Evangelio de Jesucristo; de tal manera, que lo que la mayor parte de los cristianos hacen de ordinario o por movimientos naturales, o por razonamientos humanos él lo

hacía por principios de fe, *«que era* —según la palabra del Profeta— *« como una lámpara encendida, que llevaba siempre en la mano para guiarse y para dirigir sus pasos por el camino de la justicia».* Era ciertamente para él un don particularísimo recibido de Dios saber aplicar las luces de la fe a toda clase de ocasiones y de coyunturas, y hacer excelentes actos de ella en los negocios, aunque fueran solamente temporales y seculares, no emprendiéndolos salvo por motivos inspirados en la fe, no guiándose sino con sus luces, y refiriéndolos siempre a fines sobrenaturales que ella le proponía.

Y no sólo se dejaba conducir por el espíritu de la fe en todos sus asuntos y empresas; él lo inspiraba además tanto como podía a otras personas, y particularmente a quienes estaban bajo su dirección. A propósito de eso, la Srta. Le Gras, Fundadora y primera Superiora de las Hijas de la Caridad, de la que hemos hablado en el primer y segundo Libro, un día le expuso una pequeña dificultad relacionada con el caritativo Instituto, del que el Sr. Vicente era el Padre. Y recibió la respuesta siguiente:

«La veo siempre un poco movida por sentimientos humanos, pensando que todo está perdido desde que usted me ve enfermo. ¡Qué mujer de poca fe, que no tiene más confianza y conformidad con la conducta y ejemplo de Jesucristo! El Salvador del Mundo se relacionaba con Dios, su Padre, para el estado de toda la Iglesia, y usted, por un grupito de Hermanas, que su Providencia notoriamente ha suscitado y agrupado, ¿piensa que El le va a faltar? Señorita, humíllese mucho ante Dios», etc

Decía frecuentemente que el pequeño progreso en la virtud y la falta de progreso en los asuntos de Dios provenía de que no se asentaba bastante en las luces de la fe; y se apoyaba demasiado en las razones humanas

«No, no —dijo un día—*. Solo las verdades eternas son capaces de llenarnos el corazón, y de guiarnos con seguridad. Créanme: sólo hace falta apoyarse fuerte y sólidamente en alguna de las perfecciones de Dios, como sobre su Bondad, sobre su Providencia, sobre su Verdad, sobre su Inmensidad, etc. He dicho que no hay más que asentarse bien en esos cimientos divinos para hacerse perfecto en poco tiempo. No es que no sea bueno también convencerse a sí mismo con razones fuertes y llenas de sentido, que pueden servir siempre, pero con una subordinación a las verdades de la fe. La experiencia nos enseña que los predicadores que predican según las luces de la fe, obran en las almas más que los que llenan sus sermones con razonamientos humanos y razones de filosofía, porque las luces de la fe están siempre acompañadas por una unción del todo celestial, que se difunde secretamente en los corazones de los oyentes. De ahí podemos juzgar, si no será necesario, tanto para nuestra perfección, como para procurar la salvación de las almas, acostumbrarnos a seguir siempre y en todo a las luces de la fe».*

Además practicaba esta norma: no considerar las cosas únicamente por su aspecto externo y según las apariencias, sino según lo que podían ser en Dios y según Dios. Aducía a este fin las palabras del Apóstol: « Quae videntur, temporalia sunt, quae autem non videntur, aeterna sunt»

«No debo considerar —decía— *a un campesino pobre o a una mujer pobre según su exterior, ni según lo que parezca el alcance de su inteligencia, tanto más que muchas veces no tienen ni figura de personas racionales: suelen ser tan toscos y terrenos... Pero den la vuelta a la medalla, y verán, con las luces de la fe, que el Hijo de Dios, que quiso ser pobre, se nos presenta en esos pobres. Casi no tenía ni rostro humano en la Pasión, y hasta llegó a pasar por loco a la vista de los gentiles, y por piedra de escándalo a la de los judíos. Y aún con todo eso se califica Evangelista de los pobres, Evangelizare pauperibus misit me. ¡Dios mío! ¡Qué hermoso es ver a los pobres, si los consideramos en Dios y en el aprecio que Jesús sentía por ellos! Pero si los miramos según los sentimientos de la carne y del espíritu mundano, parecerán despreciables».*

Para conocer qué grande y perfecta fue la fe del Sr. Vicente, hay que fijar los ojos sobre todas las demás virtudes, pues la fe viene a ser como la raíz de todas ellas, «Laudo fructum boni operis, sed in fide agnosco radicem» Ambros. Lib. Hexaem., cap. 6 según el pensamiento de San Ambrosio. Y podremos juzgar qué vigor y perfección ha disfrutado esa raíz mística, considerando la multitud y la excelencia de los frutos producidos por ella. De ellos vamos a hablar en los Capítulos siguientes.

CAPITULO III pág.555

Esperanza y confianza en Dios

Si la fe del Sr. Vicente ha sido grande, su esperanza en Dios no ha sido menos perfecta. Se puede decir en cierto sentido de ella que, a imitación del gran Padre de los Creyentes, a menudo esperó contra toda esperanza, es decir, que tenía puesta su esperanza en Dios, cuando, según todas las apariencias humanas, tenía menos motivos para esperar. Y así como su fe era tan simple y pura que no se apoyaba más que en la sola verdad de Dios, igualmente su esperanza, al estar por encima de los sentimientos y razonamientos de la naturaleza, únicamente miraba la misericordia y bondad de Dios.

En primer lugar, cuando se trataba de emprender algún asunto para el servicio de Dios, después de invocar su luz y conocida su voluntad, esperaba todo el éxito de la dirección y de la protección de su infinita Bondad. Y aunque, por seguir las órdenes de la Providencia, empleaba los medios humanos necesarios y convenientes, únicamente ponía su apoyo en la ayuda que esperaba de Dios. Cuando ya estaba comprometido de ese modo, todo lo esperaba de Dios, para él y para los suyos. Si alguno de ellos, por falta de confianza o por algún miramiento a la prudencia humana, iba a indicarle que no tenía ninguna apariencia de salir bien, o que tal vez sería muy difícil o casi imposible que bastase con aquello para lo que iba a acometer, le respondía: *«Dejemos hacer a Nuestro*

Señor; es su obra, y como a El le ha gustado comenzarla, tengamos seguro que la acabará de la forma que más le plazca». O bien les animaba diciendo*: «Tengan buen ánimo; confíen en Nuestro Señor, que será nuestro primero y nuestro segundo en el trabajo comenzado, en la tarea a la que nos ha llamado»*

Escribiendo un día a un Superior de una de las casas de su Congregación: *«Le compadezco* —le dice— *en sus fatigas que son grandes, y que van aumentando a medida que sus fuerzas disminuyen por las enfermedades. Es el buen Dios el autor de eso, e indudablemente no le dejará a usted tal exceso de carga sobre sus brazos sin que le ayude a sostenerla, pues El mismo será la fuerza de usted, lo mismo que su recompensa, por los servicios extraordinarios que usted le presta en esa situación apurada. Créame, tres hacen más que diez, cuando Nuestro Señor pone la mano; y la pone siempre, cuando nos quita los medios humanos y nos compromete en la necesidad de hacer alguna cosa que excede nuestras fuerzas. Pero rogaremos a la Divina Bondad, que le plazca conceder la salud a sus Sacerdotes enfermos, y que llene su Comunidad de una gran esperanza en su misericordia».*

Para mejor disponer a los suyos a esa perfecta confianza en Dios, a la que los excitaba a menudo, les hacía concebir una grandísima desconfianza en sí mismos, y persuadirse de que no podían nada por sí mismos, sino estropear las obras y planes de Dios; con el fin de que, estando bien convencidos de su insuficiencia, estuvieran dispuestos a tener una entera y más perfecta dependencia del acompañamiento de Dios y de la actuación de su gracia, y que a tal efecto acudieran sin cesar a El por medio de la oración.

A este propósito, escribiendo a uno de sus Sacerdotes: *«Doy gracias a Dios* —le dice— *porque ha aprendido usted el arte de humillarse bien, que consiste en reconocer y hacer públicos sus defectos. Tiene usted razón al creerse muy poco apto para toda clase de actividades, porque es sobre ese fundamento, donde Nuestro Señor asentará su gracia para la ejecución de los proyectos que tiene sobre usted. Pero también cuando usted hace esas reflexiones sobre sus miserias, debe elevar su espíritu a la consideración de su adorable Bondad. Ciertamente tiene usted grandes motivos para desconfiar de sí mismo; pero los tiene usted mayores para confiar en Dios. Se siente usted inclinado al mal. Piense que Dios está dispuesto muchísimo más a hacer el bien y a hacérselo a usted y por usted. Le ruego que haga su oración sobre esto, y durante el día haga algunas elevaciones a Dios para afirmarse bien sobre ese principio, que es que, después de haber puesto los ojos en la propia debilidad, los ponga siempre en su asistencia; deteniéndose mucho más en sus misericordias infinitas que en la indignidad de usted; y en la forma de actuar de El, que en la insuficiencia de usted; para abandonarse, ante eso, entre sus brazos paternales con la esperanza de que El hará sus operaciones en usted, y que bendecirá las obras que haga usted por El».*

Cuando el Sr. Vicente mandaba a los suyos a las misiones más lejanas y más difíciles, a países extranjeros, les recomendaba, sobre todo, que llenaran sus corazones

con una verdadera y perfecta confianza en Dios, y les decía: *«Vayan, señores, en el nombre del Señor. Es El quien los envía; ustedes emprenden este viaje y esta misión para su servicio y para su gloria. El será también quien los conduzca y quien los asista y proteja. Así lo esperamos de su Bondad infinita. Manténganse siempre en una fiel dependencia de su fiel dirección. Acudan a El en todos los sitios y en todas las ocasiones. Arrójense en sus brazos, pues que a El lo deben reconocer como a su bonísimo Padre persuadidos de que los asistirá y que bendecirá los trabajos de ustedes».*

En fin, en todas las empresas más grandes y más difíciles, que sólo podían sostenerse con gran dificultad y grandes gastos, luego que el Santo Varón hubo conocido la Voluntad de Dios iba adelante con la cabeza baja, sin asombrarse de todas las dificultades que podían presentársele, teniendo por cierto, y repitiéndolo frecuentemente: *«Que la Providencia divina no falta nunca en las cosas que se em prenden por órdenes suyas».* Eso hacía que emprendiera con tanto mayor coraje semejantes empresas, cuando las veía rodeadas y expuestas de mayores dificultades y trabajos.

Su confianza en Dios se ha manifestado también en las indigencias y necesidades apremiantes, a que se han visto reducidas a veces algunas casas y Comunidades de su Congregación. A este propósito, el Superior de una de sus casas, habiéndole escrito un día sobre la grandísima incomodidad en que vivía su familia a causa de la esterilidad del año y de la carestía de los víveres:

«No tiene usted por qué extrañarse —le respondió—*, ni por qué asustarse por un mal año, ni por varios. Dios es abundante en riquezas. No les ha faltado nada hasta el momento. ¿Por qué tienen miedo del futuro? ¿No se cuida El de alimentar a los pajarillos, que no siembran ni siegan? ¿Cuánta mayor bondad no pondrá en proveer a sus servidores? Ustedes quisieran tener todas sus provisiones recogidas y verlas ante ustedes para estar seguros de tener todo a placer; lo digo según la naturaleza, porque pienso que según el espíritu está usted muy contento por haber tenido ocasión de confiar sólo en Dios, y de depender, como verdadero pobre, de la liberalidad de ese Señor, que es infinitamente rico. Dios quiera tener compasión del pobre pueblo, que es muy digno de lástima en tiempos de escasez, porque no sabe usar bien de ella, y no busca en primer lugar el Reino de Dios y su Justicia, para hacerse digno de que las cosas necesarias para la vida presente le sean también concedidas por encima de los socorros requeridos para la eterna».*

Se ha sabido que un día el que estaba encargado de la economía y del cuidado de la casa de San Lázaro fue a decirle que no disponía ni de un «sueldo» para los gastos, tanto ordinarios como extraordinarios que había que hacer durante los Ejercicios de los Ordenandos, que iban a comenzar. Aquel gran corazón, lleno de confianza en Dios, levantando la voz: *«¡ Qué noticia más estupenda!,* —le dijo— *¡ Bendito sea Dios! ¡ Magnífico! ¡ Ahora es cuando hay que demostrar que confia mos en Dios!».* Y un eclesiástico amigo suyo, con quien tenía mucha confianza, hablándole un día sobre la cuestión del mucho gasto que había que hacer en tiempo de órdenes, y como le indicase

que su casa estaba muy abrumada y que no podía sostener semejante carga, y que, según él, debería exigirse algo a cada uno de los ordenandos que venían a San Lázaro, le respondió sonriendo*: « Cuando hayamos gastado todo por Nuestro Señor, y ya no nos quede nada más, pondremos la llave bajo la puerta, y nos retiraremos».*

La misma advertencia le hicieron en diversas ocasiones algunos de su Comunidad a propósito de las deudas con las que se encontraba cargada la casa de San Lázaro, y por los grandes y continuos gastos, que se hacían en los Retiros y en otras Obras de caridad que allí se practicaban. En diversas ocasiones se le hizo observar que, al paso que iba, su Comunidad estaba en peligro de sucumbir, si no se moderaban sus caridades, y si no se cerraba la puerta a una buena parte de las personas externas que se recibían para hacer allí los Ejercicios. Pero era ésta su única respuesta: « Que los tesoros de la Providencia de Dios eran inagotables; que nuestra desconfianza le causaría un deshonor, y que la Compañía de la Misión se destruiría antes por la riquezas que por la pobreza».

Dijo casi lo mismo a un abogado del Parlamento de París, quien, cuando estaba haciendo los Ejercicios en San Lázaro, quedó sorprendido al ver a tantas personas externas en el refectorio, además de los miembros de la Comunidad, que allí siempre son muchos. Al marcharse, tuvo la curiosidad de informarse del Sr. Vicente de dónde podía sacar con qué dar de comer a tantas bocas. A lo que le respondió: *«Señor, el tesoro de la Providencia de Dios es muy grande; es bueno dejar los cui dados y los pensamientos en manos de Nuestro Señor, que no dejará de proporcio narnos nuestro alimento». A esas palabras añadió las del Salmista, a las que tenía particular devoción: « Oculi omnium in Te sperant, Domine, et Tu das illis escam in tempore opportuno. Aperis Tu manum tuam, et imples omne animal benedictione».*

Una vez le ocurrió una grave pérdida a la casa de San Lázaro, mientras él estaba ausente. En cuanto le avisaron, he aquí en qué términos escribió acerca de dicho asunto a la Compañía: *«Todo cuanto Dios hace, lo hace para nuestro mayor bien. Por consiguiente, hemos de esperar que esta pérdida será para nuestro provecho, ya que viene de Dios. Todas las cosas ceden en bien para los hombres justos. Y estamos seguros de que, si recibimos las adversidades de manos de Dios, se convertirán para nosotros en gozo y bendición. Les ruego, pues, señores y hermanos míos, que den gracias a Dios por la resolución de este asunto, por la privación de esta finca y por las disposiciones que nos ha dado para aceptar esta pérdida por su amor. Es ciertamente una gran pérdida; pero su adorable sabiduría sabrá hacer que las cosas se tornen en provecho nuestro por unos caminos que desconocemos por el momento, pero que ustedes verán algún día. Sí, ustedes lo verán, y espero que el buen comportamiento observado por todos ustedes en este accidente, que no esperábamos, servirá de fundamento para las gracias que Dios les concederá en el futuro, si emplean rectamente todas las aflicciones que El quiera enviarles».*

Y como algunos amigos del Sr. Vicente le insistían en que tratara de rehacerse de aquella pérdida por un medio fácil y seguro sugerido por ellos, se excusó, y entre las

razones contenidas en una carta que escribió a uno de ellos, le introdujo la consideración siguiente:

«Tenemos razones para esperar —le dijo— *que si buscamos de veras el Reino de Dios, como Jesucristo nos enseña en el Evangelio, no nos faltará nada; y si el mundo nos quita por un lado, Dios nos dará por el otro, tal como ya lo hemos probado después de la pérdida que nos ha ocurrido. Porque Dios ha suscitado una persona, que nos ha dado tanto como se nos ha quitado».*

Podemos todavía traer aquí muy oportunamente acerca de esta cuestión las palabras notables con las que el Sr. Vicente concluye una carta que escribió a uno de sus Sacerdotes, encargado de una finca. En ella, después de darle las órdenes sobre lo que debía hacer:

«Ahí van —le dice— *muchas cosas sobre lo temporal. Quiera la Bondad de Dios que, según el deseo de usted no le alejen de lo espiritual, y que su espíritu nos dé parte en el pensamiento eterno que El tiene de sí mismo, mientras que sin cesar se dedica al gobierno del mundo, y a proveer a las necesidades de todas sus criaturas, hasta el menor mosquito. ¡Ah Señor! ¡Que tenemos que trabajar mucho en la adquisición de la participación de ese espíritu!».*

SECCION I pág. 558: Continuación del mismo asunto

Aunque la confianza que el Sr. Vicente tenía en Dios era tan grande en las necesidades e indigencias que sufría en su persona, o en la de los suyos, como acabamos de ver, no lo era menos en las tribulaciones, contratiempos y en otras circunstancias lamentables y peligrosas que le ocurrieron. Ya lo hemos hecho notar, que en algunas contrariedades que había experimentado y en algunos apuros de sus asuntos en que se había visto, no se le vio nunca abatido ni desanimado, sino siempre lleno de confianza en Dios, con una continua igualdad de espíritu, y un perfecto abandono en su divina Providencia. Y solía estar encantado por haberse hallado en semejantes coyunturas para ponerse en una dependencia más completa y más absoluta de la divina Voluntad.

Un superior de una de las casas principales de su Congregación le había escrito, que andaban promoviendo grandes intrigas para desprestigiar su Comunidad, y que había también personas influyentes que apoyaban los perversos proyectos de sus adversarios. El Sr. Vicente le respondió en estos términos: *«En cuanto a las intrigas que utilizan contra nosotros, roguemos a Dios que nos libre de ese espíritu; que si lo condenamos en los demás, es todavía más razonable que nos apartemos de él. Es una falta contra la Providencia Divina, que hace a los que la cometen indignos de las atenciones que Dios tiene de cada uno. Pongámonos bajo la entera dependencia de su santa dirección, y con la confianza de que, actuando de esa forma, todo lo que los hombres hagan o digan contra nosotros se convertirá en bien. Sí, señor. Por más que toda la tierra se empeñe en*

perdernos, no sucederá más que lo que Dios quiera; en El hemos puesto nuestra esperanza. Le ruego que entre en este sentimiento, y que permanezca en él, de forma que nunca más ocupe su espíritu en esos temores inútiles».

Hay además una cosa, en la que el Sr. Vicente ha dejado ver qué perfecta era su confianza en Dios. Se refiere a la conservación y la propagación de su Congregación. Pues, a pesar de que le era más querida que su propia vida, con todo quería, en eso igual que en todo lo demás, depender totalmente de la Providencia de Dios; en ella ponía toda su confianza para todo lo que se refería al bien y al crecimiento de la querida Compañía. Y a fin de que esa dependencia fuera más absoluta, y esta confianza más perfecta, nunca quiso obrar en nada por sí mismo para procurarle ni beneficios, ni casas, ni fundaciones, ni atraer a ella ninguna clase de súbditos, con la esperanza puesta enteramente sólo en la Providencia de Dios. Cuando venían a ofrecerle algunos regalos, manifestaba más repugnancia en aceptar los más grandes que los pequeños. Cuando se trataba de admitir algunas personas en su Congregación, presentaba mayor dificultad en recibir a los que eran de alguna familia notable o de alguna cualidad destacada en el mundo, que a los de condición más inferior. No es que hiciera acepción de personas, sino que desconfiaba mucho de todo lo que pudiera venir de los movimientos de la naturaleza, o de las consideraciones del respeto humano, y temía que aquello no le alejara de las órdenes y de la dirección de la Providencia Divina. Por eso, sentía de ordinario desconfianza ante todo lo que superaba la mediocridad, incluso de los espíritus más grandes y más elevados, si no los veía dotados de verdadera y sincera humildad. Creía que los que no estaban en posesión de tantos talentos naturales o adquiridos estaban más dispuestos a confiar en Dios; y que, por consiguiente, eran más aptos para su Congregación; en ella podrían triunfar con más bendición que los otros, quienes frecuentemente suelen apoyarse más en sí mismos y menos en Dios. Un Prelado, que había observado bien aquella forma de actuar del Sr. Vicente, decía con mucha razón: *« Que aquella norma, que había introducido en su Congregación, de no apreciar las grandes cualidades de la naturaleza, si no iban unidas a la virtud y sometidas a la gracia, era uno de los mejores medios que Dios le había inspirado para mantener la Congregación en la pureza de su espíritu».*

El Sr. Vicente recomendaba a menudo a los de su Compañía que no pretendieran ni buscaran nunca nada para uso particular, o general de la Comunidad, ni empleos, ni comodidades, ni favores; sino que sólo aceptaran con humildad y agradecimiento lo que Dios les enviaba; como también que no dejaran nunca divagar su espíritu en diligencias ni empresas con el pretexto de sus necesidades y de sus asuntos, sino que, teniendo un cuidado razonable y moderado de las cosas, dejaran todo lo demás a disposición y dirección de la Divina Providencia.

He aquí lo que le escribió un día a un Sacerdote de la casa de Roma, que estaba ausente: *«Todos los días me da usted* —le dice— *motivos para alabar a Dios por su afecto a nuestra Compañía y por su vigilancia en los asuntos; y así lo hago de todo corazón. Pero me veo también obligado a decirle, como Nuestro Señor a Marta, que hay un tanto de solicitud excesiva en su actuación, y que una sola cosa es necesaria, a saber, darse más a*

Dios y a su protección, cosa que usted no hace. La previsión es buena, cuando le está sometida, pero llega al exceso, cuando nos apresuramos en evitar algo que tememos: esperamos más de nuestras diligencias que de su Providencia, y pensamos hacer mucho, adelantándonos a sus órdenes con nuestro desorden, que hace que nos adhiramos más bien a la prudencia humana, que a Su palabra. El Divino Salvador nos asegura en el Evangelio, que ni un pajarillo, ni siquiera un solo pelo de nuestra cabeza caerá a tierra sin El. Y usted tiene miedo de que nuestra pequeña Congregación no se pueda mantener, si no usamos de tales y cuales precauciones, y si no hacemos esto o lo otro, de forma que, si tardamos en hacerlo, otros se establecerán sobre nuestras ruinas. En cuanto se levanta un nuevo proyecto contra nosotros, hay que hacerle frente; si viene alguno a aprovecharse de nuestra moderación, hay adelantarse a él, si no todo estará perdido. Ese es más o menos el sentido de sus cartas; y lo que es peor, es que su espíritu, que es vivo, se pone a obrar lo que usted dice, y en su calor piensa que tiene bastante luz, sin que necesite recibir más de otro lado. Señor, ese procedimiento es poco conveniente para un misionero. Sería mejor que hubiera cien misiones fundadas por otros, que haber perdido una sola. Si nuestro celo es bueno, debemos alegrarnos de que todo el mundo profetice, que Dios envíe nuevos Obreros a su Iglesia, que su fama crezca, y que la nuestra mengüe. Le ruego, señor: confiemos más en Dios, dejémosle conducir nuestra pequeña barca, si Le es útil, El la preservará del naufragio; y lejos de que la hunda ni la multitud, ni la magnitud de los otros barcos, por el contrario, navegará entre ellos con mayor seguridad, con tal de que vaya directamente a su fin, y no se entretenga en obstaculizarlos».

Cuando se trataba de conseguir en la Corte de Roma la erección y la confirmación de su Congregación el año 1632, y, al mismo tiempo, el registro de la unión de la casa de San Lázaro, que eran las dos cosas sin las cuales aquella Compañía incipiente no podía subsistir, y aunque contra ambas se le enfrentaban grandes obstáculos y contrariedades, el Sr. Vicente, a pesar de todo, no dejaba de tener tal confianza en Dios, que por aquellos días escribió a un Sacerdote de su Congregación estas palabras dignas de notarse*:«Sólo temo por mis pecados, y no por el éxito de las Bulas y del asunto de San Lázaro, ni en Roma, ni en París. Temprano o tarde todo se hará. Qui timent Dominum, sperent in eo, adiutor eorum et protector eorum est».*

Sobre eso hay que señalar, que él habla con cierta seguridad acerca del futuro feliz, no por presunción, pues teme por sus pecados y desconfía de sí mismo, sino por la perfecta confianza que tiene de que Dios, por haber dado el ser al cuerpecito de su Congregación, no lo abandonaría, sino que lo llevaría hasta su perfección. Y a propósito de esto, le habían oído decir alguna vez esta frase, que después de que Dios ha comenzado a hacer el bien a una criatura, no deja de continuarlo hasta el fin, si ella no se vuelve indigna. Podemos añadir aquí lo que dijo un día, en los comienzos de la fundación de su Congregación, a los de su Comunidad, al exhortarlos a concebir una perfecta confianza en Dios: *«Tengamos confianza en Dios, señores y hermanos míos* —les dijo—*, pero confiemos plena y perfectamente, y tengamos la seguridad de que habiendo empezado su obra en nosotros, El la acabará. Porque, os pregunto, ¿quién la ha fundado? ¿Quién es el que nos ha dedicado a las misiones, a los Ordenandos, a las Conferencias, a los Ejercicios, etc.?*

¿Soy yo? De ninguna manera. ¿Es el Sr. Portail, que Dios ha puesto a mi lado desde el principio? Ni hablar, porque nosotros no pensamos en ello; no habíamos hecho ningún plan. Y ¿quién es el Autor de todo esto? Es Dios, es su Providencia paternal y su pura bondad. Porque nosotros no somos más que unos insignificantes obreros y pobres ignorantes; y entre nosotros hay pocas, o ninguna persona noble, poderosa, sabia o capaz de algo. Es pues Dios quien ha hecho todo esto, y quien lo ha hecho por tales personas, que le han parecido bien, a fin de que toda la gloria vuelva a El. Pongamos pues toda nuestra confianza en El; porque si la ponemos en los hombres, o bien, si nos apoyamos en alguna ventaja de la naturaleza, o de la fortuna, entonces Dios se retirará de nosotros. Mas, dirá alguno, hay que hacerse amistades para sí y para la Compañía. ¡Ay mis queridos Hermanos! ¡Guardémonos bien de escuchar semejante pensamiento, porque quedaríamos defraudados! Busquemos solamente a Dios, y El nos proveerá de amigos y de todas las demás cosas, de modo que no nos faltará nada. ¿Quieren saber por qué no tenemos éxito en algunos de nuestros trabajos? Porque nos apoyamos sobre nosotros mismos. Ese Predicador, ese Superior, ese Confesor, se fía demasiado de su prudencia, de su ciencia y de su propia inteligencia. ¿Qué hace Dios? Se retira de él, lo abandona; y aunque trabaja, todo lo que hace no produce fruto alguno, para que reconozca su inutilidad, y aprenda por propia experiencia que, aunque tenga talento, no puede nada sin Dios».

SECCION II pág.561: Sigue el mismo asunto

Lo que hacía aún más excelente y más perfecta esta confianza del Sr. Vicente era que sólo se unía a Dios, y que no se apoyaba más que en su Providencia. De ella sola quería depender en absoluto. Y a imitación del gran San Francisco, «Beatus, qui omni spe rerum huius mundi seipsumorbavit, ac in solo Deo spem omnem defixit atque locavit suam». Basil.Orat. de virtut. et vitdeseaba que Dios fuera su todo. Por eso, han hecho notar que, aunque reconociera alguna perfección o talento en los Sacerdotes de la Compañía, o sacara de ellos algún gran servicio para el bien de su Congregación, o de la casa de San Lázaro, donde residía habitualmente, y aunque, incluso, pudiera tenerles, según lo mereciera la virtud de ellos alguna estima, amor y ternura, con todo no se aficionaba a ninguno. En varias ocasiones se vio que había enviado a los sitios más alejados, y empleado en las misiones más peligrosas a quienes apreciaba y quería más y le eran más útiles, y hasta más necesarios, cuando veía que podían rendir un mayor servicio a Nuestro Señor; privándose de buena gana por su amor, tanto para ofrecerle en sacrificio lo que él más apreciaba, y lo que más amaba, a imitación del Santo Patriarca Abraham, como para no fundar ni apoyar su esperanza en el sostenimiento y acrecentamiento de su Congregación sobre medios humanos, sino únicamente en la Providencia Divina, pues sobre ella basaba todo su apoyo, y sólo de ella quería depender entera y absolutamente.

A propósito de ese Santo Patriarca, el Sr. Vicente se sirvió una vez de la historia de su sacrificio para ofrecer a los suyos una cándida representación de la perfecta confianza que debían tener en Dios. Vean en qué términos les habló sobre esa materia: *«¿Se*

acuerdan ustedes del gran Patriarca, a quien Dios le había prometido poblar toda la tierra por medio de un hijo, que le había dado? Y sin embargo le manda que lo sacrifique. Ante eso alguien podría decir: Si Abraham hace morir a su hijo, ¿cómo cumplirá Dios su promesa? Sin embargo, este santo Hombre, que había acostumbrado su espíritu a someterse a todas las manifestaciones de la voluntad de Dios, se dispone a la ejecución de aquella orden sin preocuparse de nada más. A Dios le toca pensar en eso, —podía decir—; si yo cumplo su mandato, El cumplirá su promesa. Pero ¿cómo? No sé nada; basta con que El sea todopoderoso; le voy a ofrecer lo que tengo de más querido en este mundo, ya que El lo quiere. Pero, es mi hijo, ¿le quitaré a Dios el medio, para que pueda cumplir su palabra? ¡Es lo mismo! ¡Si El lo quiere así, habrá que hacerlo! Pero, si yo lo conservo, mi descendencia será bendita. Dios lo ha dicho, sí; pero también ha dicho que le dé muerte; me lo ha indicado. Obedeceré, pase lo que pase, y esperaré en sus promesas». «Admiren esta confianza: no se preocupa por lo que vaya a suceder. Con todo, la cosa le tocaba bien de cerca; pero él espera que todo saldrá bien, porque Dios está metido en ello. ¿Por qué, señores, no tendremos la misma esperanza, si dejamos a Dios el cuidado de todo lo que nos afecta, y preferimos lo que nos manda?». «También a propósito de esto, ¿no admiraremos la fidelidad de los hijos de Jonadab, hijo de Recab? Era un buen hombre, que recibió de Dios la inspiración de vivir de un modo diferente de los demás hombres, y de no albergarse más que en tiendas de campaña, y no en casas. Abandona entonces la que poseía: ya lo tenemos en el campo; allí se le ocurrió no plantar nunca una viña, para no beber jamás vino, y, en efecto, no la plantó, y no bebió nunca. Prohibió además a sus hijos que sembraran trigo y otros granos, plantar árboles y poseer huertos. De modo que estaban todos sin pan, sin trigo y sin frutos. ¿Qué harás, pobre Jonadab? ¿Piensas que vuestra familia podrá pasar sin alimentos, lo mismo que tú?» «Comeremos, se dijo para sí mismo, lo que Dios nos envíe». Fijaos si esto es duro; ni los religiosos más pobres llevan su renuncia a tal extremo. Pero la confianza de aquel hombre fue tan grande que se privó de todas las comodidades de la vida para depender solamente del cuidado de la Providencia, viviendo en esa situación trescientos cincuenta años, a saber, él, sus hijos y los hijos de sus hijos. Aquello fue tan agradable a Dios que, al reprocharle a Jeremías la dureza de su pueblo, abandonado a los placeres, le dijo: «Vete a esos hombres endurecidos. Les dirás que hay un hombre que hace esto y esto, etc.». Jeremías hace venir a los Recabitas para justificar la gran abstinencia del padre y de los hijos. Y para ello, mandó poner encima de la mesa pan, vino, vasos, etc. Estando presentes los hijos, Jeremías les dijo: «De parte de Dios os digo que bebáis vino». «y a nosotros —respondieron los Recabitas— a nosotros nos han encargado que no bebamos; nos lo prohibió nuestro padre». «Pues bien, si aquel padre tenía la confianza de que Dios proveería a la subsistencia de su familia, sin que él se preocupase de ella; y si los hijos eran tan fieles en cumplir la intención de su padre, ¡ah señores! ¿qué confianza debemos tener nosotros de que, en cualquier situación que nos ponga Dios, mirará también por lo que necesitamos? ¿Cuál es nuestra fidelidad a nuestras Reglas, en comparación de la de los Recabitas, quienes, a pesar de no estar obligados a abstenerse de aquellas cosas usuales en la vida, con todo vivían en aquella pobreza? ¡Dios mío, Hermanos míos! Pidamos a su divina Bondad una gran confianza en los acontecimientos que se nos presenten: si le somos fieles, nada nos faltará, El en persona

vivirá en nosotros, El nos guiará, defenderá y amará. Lo que digamos, y lo que hagamos, todo le resultará agradable». «¿No veis cómo los pájaros no siembran, ni siegan? Sin embargo, Dios les pone la mesa en todos los lados, les da el vestido y la comida; El extiende su Providencia a las hierbas de los campos, hasta a los lirios que visten unos ropajes tan magníficos, que ni Salomón en toda su gloria los ha tenido semejantes. Pues si Dios mira así por las aves del cielo y por las plantas, ¿por qué no vais a confiar en un Dios tan bueno y tan próvido? ¿Es que van a confiar más en ustedes que en El? Y, no obstante, ustedes saben bien que El lo puede todo; que ustedes no puedan nada. Y a pesar de eso, se atreven a apoyarse en su habilidad más que en la Bondad de El; sobre la pobreza de ustedes que sobre la abundancia de El. ¡Oh miseria del hombre!» «He de decir aquí a los Superiores que están obligados a velar por las necesidades de cada uno y a proveer todas las cosas necesarias. Y como Dios cuida de proporcionar las cosas necesarias a todas las criaturas, hasta una larva, quiere también que los Superiores y los Oficiales, como instrumentos de su Providencia, velen para que no falte nada de lo necesario ni a los Sacerdotes, ni a los Clérigos, ni a los Hermanos, ni a cien, ni a doscientas, trescientas personas o más, si están aquí, ni al menor, ni al mayor. Pero, también, Hermanos, deben ustedes descansar en el cuidado amoroso de la misma Providencia para el sustento de ustedes, y contentarse con lo que se les dé, sin indagar si la Comunidad tiene con qué, o no tiene, ni preocuparse más que de buscar el Reino de Dios, porque su Sabiduría infinita proveerá a todo lo demás»

«Hace poco le preguntaba a un cartujo, que está de prior de una casa, si llamaba a los religiosos a consejo para el gobierno de lo temporal. Me respondió: «Llamamos a los encargados, como el subprior y el procurador; y todos los demás se quedan tranquilos; sólo se cuidan de cantar las alabanzas de Dios y de hacer lo que la Regla y la obediencia les ordenan». Aquí observamos la misma práctica, gracias a Dios; sigamos así. Estamos obligados a tener algunos bienes y a hacerlos rendir para atender a todo. Hubo un tiempo en que el Hijo de Dios envió a sus discípulos sin dinero ni provisiones; luego creyó conveniente poseer algo, recibir limosnas y reunir algunas cosas para el sustento de su Compañía y la ayuda a los pobres. Los Apóstoles siguieron esa norma, y San Pablo dice de sí mismo, que trabajaba con sus manos, y que reunía con qué aliviar a los cristianos necesitados. Les toca, pues, a los Superiores velar por la economía, pero procuren que esta vigilancia de lo temporal no haga disminuir la de las virtudes, y obren de modo que se mantenga en vigor su práctica en la Compañía, y que Dios reine en ella sobre todo. Esta es la primera finalidad que han de tener»

SECCION III pág. 563: Ideas del Sr. Vicente sobre la confianza que hay que tener en Dios

Después de haber presentado en la Sección anterior la conferencia que el Sr. Vicente tuvo en cierta ocasión ante su Comunidad acerca del tema de la Confianza, que debían tener en Dios, no estará fuera de lugar poner aquí, a continuación, los

sentimientos que manifestó en varias circunstancias a diversas personas particulares sobre esa misma cuestión.

Escribiendo un día a una persona virtuosa, que le había manifestado una devoción especial por la fiesta de San Vicente: *«Le doy gracias por la parte que usted toma en la devoción a mi Santo Patrón, y ruego a Dios que dé a su fe lo que mi miseria es indigna de alcanzar para usted. Pídale perdón por mi falta de devoción, que se debe a mi poca preparación. Esta mañana he estado ocupado en mil asuntos, sin poder hacer más que un poco de oración y con muchas distracciones; imagínese usted lo que cabe esperar de mis oraciones en este santo día. Sin embargo, esto no me desanima, ya que pongo mi confianza en Dios, y no en mi preparación, ni en mis esfuerzos. Lo mismo le deseo a usted con todo mi corazón, ya que el trono de la bondad y de las misericordias de Dios está establecido sobre el fundamento de nuestras miserias. Confiemos, pues, en su bondad, y jamás nos veremos confundidos, tal como El nos ha asegurado con su palabra».*

Y en otra circunstancia, escribiendo a la misma persona: *«Descargue* —le dice— *su espíritu de todo lo que le apena; Dios cuidará de ello. Usted no puede angustiarse en esto, sin contristar (por así decirlo) el corazón de Dios, porque él ve que usted no le honra bastante con una santa confianza: confíe en El, le suplico, y obtendrá el cumplimiento de lo que su corazón desea. Se lo digo otra vez, rechace esos pensamientos de desconfianza, que a veces tolera en su espíritu. Y ¿por qué su alma no va a estar llena de confianza, siendo, como es, la hija querida de Nuestro Señor por su misericordia?».*

Y en otra carta a la misma*: «¡Oh qué grandes tesoros hay ocultos en la Divina Providencia y cómo honran maravillosamente a Nuestro Señor los que la siguen y no se adelantan a Ella! Ultimamente le oí decir a uno de los grandes del reino que él había aprendido bien esta verdad por su propia experiencia, ya que solamente había emprendido por sí mismo cuatro cosas, las cuales, en vez de salirle bien, todas cedieron en su daño. ¿No es verdad que también a usted le gusta, como es muy razonable, que su criado no emprenda nada sin usted y sin sus órdenes? Y si esto es razonable entre un hombre y otro, ¡con cuánta mayor razón lo será entre el Creador y la criatura!».* Habiéndole preguntado cierta persona un día si podía haber excesos en la esperanza y en la confianza que se debía tener en Dios, le respondió: *«Que así como no se puede creer demasiado en las verdades de la fe, igualmente no se podía esperar demasiado en Dios; que es muy cierto que uno se puede equivocar esperando cosas que Dios no ha prometido; o bien esperando las que El ha prometido condicionalmente, y no queriendo hacer lo que El manda para obtenerlas, como cuando un pecador espera el perdón y no quiere perdonar a su hermano, que le pide misericordia, y no se quiere convertir; como cuando confía que saldrá triunfante de las tentaciones, y no quiere oponerles resistencia ni combatirlas: porque esas esperanzas son falsas e ilusorias. Pero la que es auténtica, no puede jamás ser demasiado grande por estar fundada en la bondad de Dios y en los méritos de Jesucristo».*

Viendo un día a algunos de los suyos que se dejaban desanimar y desalentar demasiado por el sentimiento que tenían de sus imperfecciones: *«Nosotros poseemos* —

les dijo para animarlos— *el germen de la Omnipotencia de Dios en nosotros, que debe sernos un gran motivo de esperanza y de poner nuestra confianza en El, a pesar de todas nuestras pobrezas. No, no tienen por qué extrañarse al ver sus miserias en ustedes; porque cada cual tiene su parte buena. Es bueno conocerlas, pero no afligirse desmesuradamente por ellas. Es bueno también desviar la atención, cuando nos lleva al desaliento, y redoblar nuestra confianza en Dios, y abandonarnos en sus manos paternales».*

Este Santo Varón estaba tan atento a las inspiraciones de la Divina Providencia, que en varias circunstancias se le vio actuar de forma distinta de la que suelen los demás, que piensan que todo está perdido si no se mueven, si no se inquietan, y no se esfuerzan en prevenirse contra los accidentes de esta vida, y en poner remedio a los contratiempos y adversidades, usando de cartas, dando órdenes, haciendo cambios, y sirviéndose de otros recursos humanos con prontitud, y sin demora, corriendo y tratando de cubrir el defecto de confianza y de sumisión a la Divina Providencia, con el pretexto de que Dios deja obrar a las causas segundas. Pero el Sr. Vicente, como se dejaba guiar por unas luces más puras y por un principio más seguro, no tenía prisa en acudir a los recursos humanos, hasta lo más tarde que podía, para dar tiempo a la Providencia Divina a obrar por sí misma y poner las cosas en el punto conveniente. Actuaba así por el perfecto conocimiento que tenía de que lo propio de Dios es sacar el bien de todo, y que cuanto menos hay del hombre en los asuntos, más hay de Dios.

Cuando había hecho lo que creía que Dios le exigía para poner orden en los asuntos, quedaba en paz ante el resultado, y descansaba enteramente en las manos de Dios; y cualquiera que fuera el resultado, bueno o malo, no se disgustaba ni se inquietaba por lo que había hecho, contentándose con el testimonio de su conciencia, que le daba a conocer que, después de haber tratado de adaptarse a las órdenes de la voluntad de Dios en lo que había hecho, no había por qué sentir disgusto alguno, sino más bien bendecir y dar gracias a su Bondad.

Un eclesiástico de condición y de virtud estaba muy atribulado a causa de unos pensamientos de desesperación. Escribió al Sr. Vicente desde un sitio muy alejado, en el que se hallaba entonces, para recibir algún consuelo y algún remedio. Y he aquí su respuesta, que deja ver cada vez más cuáles eran los sentimientos de aquel Santo Varón en lo referente a la confianza que se debe tener en Dios: *«Espero* —le dice— *que después de haber escrito su carta, Dios habrá disipado los nubarrones causantes de su angustia. Por eso, sólo le voy a responder de pasada. Me parece que anda usted en dudas de si será del número de los predestinados. Le respondo, que, aunque es verdad que nadie tiene señales infalibles de su predestinación sin una revelación especial de Dios, sin embargo, según el testimonio de San Pablo, hay señales tan probables para conocer a los verdaderos hijos de Dios que casi no cabe lugar a dudas. Y esas señales, señor, yo las veo todas en usted, gracias a Dios. La misma carta, por la que me dice usted que no las ve, me descubre parte de ellas, y el largo conocimiento que tengo de usted me manifiesta las demás. Créame, señor, no conozco ningún alma en el mundo que sea más de Dios que la suya, ni un corazón más apartado del mal ni más deseoso del bien que el que usted tiene».*

«Pero a mí no me lo parece», me dirá usted. Y le respondo que Dios no permite siempre a los suyos discernir la pureza de su interior en medio de los movimientos de la naturaleza corrompida, a fin de que se humillen continuamente y de que ese tesoro, escondido de esa forma, se encuentre más seguro. El Santo Apóstol había visto maravillas en el cielo; pero no por eso se creía justificado, ya que veía en sí mismo demasiadas tinieblas y luchas. Sin embargo, tenía tanta confianza en Dios, que creía que no había nada en el mundo capaz de separarlo de la caridad de Jesucristo. Este ejemplo debe bastarle a usted para permanecer en paz en medio de sus oscuridades y para tener una total y perfecta confianza en la infinita bondad de Nuestro Señor, el cual, al querer acabar la obra de su santificación, le invita a abandonarse en manos de su Providencia. Déjese, pues, guiar por su amor paternal, porque El le ama; y lejos de rechazar a un hombre de bien como es usted, le aseguro que ni siquiera abandona jamás a una persona mala que espera en su misericordia».

Hablando un día a su Comunidad sobre este mismo asunto de la confianza en Dios: *«El verdadero misionero* —dice— *no se debe inquietar por los bienes de este mundo, sino poner todos sus cuidados en la Providencia del Señor, teniendo por cierto que, mientras él esté bien asentado en la caridad, y bien fundado en esa confianza, estará siempre bajo la protección de Dios, y, por consiguiente, que no le sucederá ningún daño, y que no le faltará ningún bien, incluso cuando piense que, según las apariencias, se está perdiendo todo. No digo esto por una ocurrencia mía, es la Sagrada Escritura la que nos enseña y la que dice que « Qui ha bitat in adjutorio Altissimi, in protectione Dei caeli conmorabitur». El que vive bajo el estandarte de la confianza en Dios, siempre estará favorecido por una protección especial de su parte; y en ese estado debe tener por cierto que no le ocurrirá ningún mal, porque todas las cosas cooperan a su bien; y no le faltará ningún bien, pues que, al dársele Dios mismo, trae con El todos los bienes necesarios, tanto para el cuerpo como para el alma. Y así, hermanos míos, deben ustedes esperar que, mientras ustedes permanezcan firmes en esta confianza, no solamente estarán preservados de todos los males y de todos los accidentes fastidiosos, sino también se verán colmados de toda clase de bienes».*

Acabaremos este capítulo con el extracto de una charla que el Sr. Vicente dio un día a las Hijas de la Caridad para inspirarles ese mismo espíritu de confianza en Dios en medio de todos los enojosos y peligrosos accidentes a los que se suelen hallar expuestas al prestar el servicio a los pobres: *«Verán muchas veces, Hermanas,* —les dijo— *cómo la cólera de Dios castiga con una muerte repentina y violenta a una muchedumbre de pecadores, sin que tengan la ocasión de hacer penitencia y convertirse. Verán morir también a muchos inocentes, y ustedes seguirán vivas. Sí, Hermanas mías, Dios cuida de la conservación de ustedes, porque sirven a los pobres».*

Y más adelante, les hizo unas reflexiones sobre los efectos de la protección especial de Dios sobre ellas en dos ocasiones dignas de señalarse.

«Una sucedió por aquellos días: una casa del arrabal de SaintGermain casi nueva, se derrumbó del todo, en el momento en que una Hija de la Caridad que llevaba su ración

a un enfermo pobre había entrado en ella, y se halló entre dos tablones, y, por consiguiente, según todas las apariencias humanas debía haber que dado aplastada bajo aquellas ruinas, como todas las personas que se hallaban entonces en aquella casa. Eran más de treinta, y se salvó sólo un niño pequeño, que quedó herido; pero la Hija de la Caridad fue preservada milagrosamente, permaneciendo con el puchero en la mano en un pequeño rincón del piso, que no se cayó, aunque todo el resto del piso se cayó. Y además, como por un segundo milagro, aunque cayeron desde arriba viguetas y otras piezas de madera, piedras grandes, arcas, tablas y otras cosas parecidas por los lados de la Hermana, ella no recibió herida alguna, y la vieron salir sana y salva de entre las ruinas».

«La otra ocasión fue, que una viga se había roto en la casa de la Comunidad de las Hermanas, y cuando el suelo de una habitación cayó de repente, la Providencia de Dios proveyó de tal modo a aquel accidente, que ninguna de ellas se encontró ni encima ni debajo de aquel piso, aunque momentos antes había habido algunas. Y hasta la Señorita Le Gras, su primera Superiora y Fundadora, no había hecho más que salir de allí. Verdaderamente fue una maravilla de la protección de Dios para con ellas».

A propósito de lo cual, el Sr. Vicente continuando su charla, y levantando la voz: *«¡Ah Hermanas! —les dijo— ¿Cómo no van a confiar en Dios? Leemos en las Historias que un hombre murió en pleno campo por la caída de una tortuga que un águila dejó caer sobre su cabeza. Y nosotros vemos hoy casas patas arriba, e Hijas de la Caridad que salen sanas y salvas de debajo de las ruinas, sin haber recibido lesión alguna. ¿Qué es esto, sino una señal y una muestra con la que Dios quiere dar a conocer, que le son queridas como la niña de sus ojos? ¡Ah mis queridas Hermanas! Estén seguras de que, mientras conserven en sus corazones esta santa confianza, Dios las conservará en cualquier lugar en que se encuentren».*

CAPITULO IV pág. 567

Amor a Dios

Aunque el Amor a Dios tiene su sede en el corazón, y aunque sus más nobles y más perfectas operaciones sólo son conocidas por quien las practica y por Dios, que es su Autor por la gracia, no deja a veces de traducirse al exterior por los efectos externos, como el fuego encerrado en un horno por las llamas que salen de él. Indudablemente, que, para conocer cómo era el amor del Sr. Vicente a Dios, hacía falta que el Espíritu Santo nos descubriera lo que sus divinas inspiraciones habían obrado en su corazón, y la fiel cooperación prestada por él. Pero, ya que esta manifestación está reservada para el último día, cuando Dios revelará los secretos de los corazones, nos contentaremos con señalar aquí solamente algunas chispas que no pudo retener el fuego sagrado de ese Amor, y que han aparecido al exterior.

Y en primer lugar, si es señal segura de un amor perfecto a Dios, según el testimonio del Discípulo muy amado y muy amante, «Haec est charitas Dei, ut mandata eius custodiamus» Ioan 5guardar la Ley de Dios y mostrarse obediente y fiel a su Palabra, verdaderamente se puede decir que el Sr. Vicente amó mucho a Dios, ya que fue tan fiel y tan exacto en observar la Ley de Dios, y en seguir lo que está prescrito por su Palabra santa, que los que lo han frecuentado más y han observado más de cerca su modo de ser, aseguran que haría falta no ser hombre, para faltar menos que él; y que era tan dueño de sí, tan mortificado en sus pasiones, equitativo en sus juicios, circunspecto en sus palabras, prudente en su dirección, puntual en sus actos piadosos, y, finalmente, tan perfectamente unido a Dios, en cuanto se le podía juzgar por el exterior, que aparecía suficientemente que era el Amor de Dios el que animaba su corazón, y el que reinaba sobre todas las potencias de su alma, y hasta sobre los órganos y las facultades de su cuerpo para regular todos sus movimientos, todas sus operaciones según las órdenes de la Ley universal, que es la primera Regla de toda justicia y santidad. Y se puede decir que toda su vida era un sacrificio continuo, que ofrecía a Dios no sólo honores, comodidades, placeres y otros bienes del mundo, sino todo lo que había recibido de su mano liberal: sus luces, sus afectos, su libertad y todo aquello de lo que podía disponer. Y que la mayor y más íntima alegría de su corazón era la de pensar en la gloria incomprensible que Dios posee en sí mismo, en el amor inefable que lleva consigo, y en las infinitas perfecciones que están encerradas en la unidad y simplicidad de la Divina Esencia.

Sus más ardientes y continuos deseos eran que Dios fuera cada vez más conocido, adorado, servido, obedecido, amado y glorificado en todos los sitios, por todas las criaturas, y todo lo que hacía y decía solamente tendía a grabar, en lo que de él dependía, ese divino Amor en todos los corazones, y particularmente en los de los niños, que han admirado y experimentado la gracia de la caridad perfecta que estaba en él, y que hacía sentir sus fervores a los que se acercaban a su persona. Eso es lo que les llevaba siempre a escuchar con gran interés y devoción todas sus palabras, y a recoger a veces hasta las menos importantes. Y sin embargo, han reconocido y confesado, que las palabras del gran Siervo de Dios tenían otra fuerza muy diferente en su boca que sobre el papel, y que el mismo espíritu que animaba su corazón infundía una virtud y una energía especial a sus palabras, de forma que se podía decir que eran palabras de gracia, que penetraban hasta el corazón de quienes lo escuchaban. A propósito de esto, una persona de gran virtud, que actualmente está ante Dios, hallándose presente en una Conferencia que dio a las Damas de la Compañía de la Caridad de París, se sintió tan emocionada por lo que había oído, que dirigiéndose a algunas de las más importantes de aquella reunión:

«Miren, Señoras, —les dijo— *¿no podemos, a imitación de los Discípulos que iban a Emaús, decir que nuestros corazones sentían el fervor del amor de Dios, mientras el Sr. Vicente nos estaba hablando? En cuanto a mí,* —añadió— *aunque soy muy poco sensible en todas las cosas que se refieren a Dios, sin embargo les confieso, que tengo el corazón enteramente perfumado por lo que este Santo Varón nos acaba de decir». —«No hay por qué asombrarse;* —respondió una de las Damas— *es el ángel del Señor, que lleva en sus labios los carbones ardientes del amor divino, que arde en su corazón». —«Eso es muy*

cierto —añadió otra de la Compañía— *y ahora sólo nos toca a nosotras participar en el fervor del mismo amor».*

En otra ocasión varios Prelados se hallaban en la Conferencia de los Eclesiásticos, que se reúnen en San Lázaro, y el Sr. Vicente les invitó, por honor, a concluir la Conferencia, según era su costumbre cuando estaba presente algún Prelado. Todos unánimente le rogaron que la concluyera él mismo, y como él se excusara, el más anciano de ellos le dijo:

«Sr. Vicente no debería usted privar a la Compañía por su humildad, de los buenos sentimientos que le ha comunicado Dios acerca del tema que se acaba de tratar. Hay no sé qué unción del Espíritu Santo en sus palabras, que deja conmovidos a todos. Y por eso todos estos Señores le ruegan que les haga participar de sus pensamientos, porque una palabra de su boca hará más efecto que todo lo que nosotros podríamos decir».

El gran amor que el Sr. Vicente tenía a Dios se deja conocer especialmente por la rectitud y pureza de sus intenciones, que tendían única e incesantemente a la mayor gloria de su Divina Majestad: hacía cada cosa, hasta las que parecían más pequeñas, en presencia de Dios para agradarle, y para cumplir lo que pensaba que le era más agradable. También solía decir a menudo:

«Dios no se fija tanto en el exterior de nuestros actos como en el grado de amor y en la pureza de intención con que los hacemos. Los actos pequeños, hechos por agradar a Dios, no están sujetos a la vanagloria como los otros actos más brillantes, que muchas veces se van en humo. En fin, si queremos agradar a Dios en los actos grandes, hemos de habituarnos a agradarle en los pequeños».

Un día uno de los suyos se acusó ante los demás de haber hecho alguna cosa por respeto humano. El Sr. Vicente, animado por el amor de Dios, dijo que «Sería mejor ser lanzado, con las manos y los pies atados, sobre unos carbones encendi dos, que hacer una acción por agradar a los hombres».E inmediatamente se puso a enumerar, por un lado, algunas de las perfecciones divinas y, por otro, los defectos, imperfecciones y miserias de las criaturas, para hacer ver mejor la injusticia y la locura de los que descuidan hacer sus actos por Dios, y que pierden su tiempo y sus esfuerzos por tener en las cosas que hacen unos puntos de vista bajos y humanos. Y añadió estas palabras dignas de ser subrayadas:

«Honremos siempre las perfecciones de Dios. Tomemos por meta de todo lo que vamos a hacer las que son más opuestas a nuestras imperfecciones, como su mansedumbre y su clemencia, directamente opuesta a nuestra ira; su ciencia, tan contraria a nuestra ceguera; su grandeza y majestad infinita, tan enormemente elevada por encima de nuestra bajeza y vileza; su infinita bondad, siempre opuesta a nuestra malicia. Tratemos de hacer nuestros actos para honrar y glorificar esta perfección de Dios, que es directamente contraria a nuestros defectos».

Y añadía: *«Que ésa dirección y aplicación como venía a ser el alma de nuestras*

obras, y la que realzaba en gran manera su precio y valor». Y para esto se servía de una comparación familiar de los vestidos que los Príncipes y los grandes Señores se visten los días de los triunfos y magnificencias. «Porque —decía— los vestidos no son habitualmente tan preciados por la materia con la que están hechos, cuanto por los adornos de oro y las galanuras de bordados, perlas y piedras preciosas de que están adornados. Del mismo modo, no hay que contentarse con hacer obras buenas, sino que hay que enriquecerlas y realzarlas con el mérito de una nobilísima y santísima intención, haciéndolas únicamente para agradar a Dios y glorificarlo».

Con esa misma rectitud de intención tenía a menudo en su boca, y aún más en su corazón, las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, que nos refiere el Evangelio «Buscad primero el Reino de Dios» *«Nuestro Señor* —decía sobre este tema— *nos recomienda con esas palabras que hagamos reinar a Dios con nosotros, y que luego cooperemos con El en extender y ensanchar su Reino por las conquistas de las almas. ¿No es un gran honor para nosotros haber sido llamados a ejecutar un proyecto tan grande y tan importante? ¿No es obrar como los ángeles, que trabajan continua y únicamente por el engrandecimiento de este Reino de Dios? ¿Habrá condición que sea más apetecible que la nuestra, ya que no hemos de vivir ni de obrar más que para establecer, acrecentar y agrandar el Reino de Dios? ¿Y a qué se debe, Hermanos míos, que no respondamos dignamente a una vocación tan santa y tan santificante?"*

CAPITULO V pág. 571

Conformidad con la voluntad de Dios.

Un día le preguntaron a San Basilio con qué medio podría manifestar su amor a Dios. Respondió que haciendo todo lo que uno puede, y también, si se puede hablar así, más de lo que uno puede para cumplir continuamente, en todo, la santísima voluntad de Dios con ardentísimo deseo de procurar el engrandecimiento de su honor y su gloria. Y ciertamente, no sin gran razón habló de aquella manera, ya que la unión que se logra con el amor es, principalmente, de corazones y de voluntades, y no se podría demostrar mejor que se ama a Dios, sino con una conformidad y unión perfecta de su voluntad con la de Dios.

Eso es lo que practicó santamente el Sr. Vicente; y podemos decir que esa conformidad de su voluntad con la voluntad de Dios era la propia y principal, y como la virtud general de este Santo Varón, que extendía sus influencias sobre todas las demás. Era el muelle real, que hacía actuar a todas las facultades de su alma, y a todos los órganos de su cuerpo; era el primer móvil de todos los actos de piedad más santos, y generalmente de todas sus acciones. De manera que, si se presentaba ante Dios en sus oraciones, si se mostraba tan atento a su Divina Presencia en todo tiempo y en todas las

ocasiones, era para decirle, como San Pablo: « Señor, ¿qué queréis que haga?». Si era tan delicado en consultar a Dios, en escucharlo, y en usar de una circunspección tan grande para discernir las verdaderas inspiraciones, que provenían del Espíritu Santo, de las falsas, que procedían de la sugestión del demonio, o de los movimientos desordenados de la naturaleza, era para conocer la voluntad de Dios con mayor seguridad, y para estar más dispuesto a cumplirla. En fin, si rechazaba todas las máximas del mundo para abrazar las del Evangelio; si se renunciaba tan perfectamente a sí mismo; si abrazaba las cruces con tanto amor, y si se abandonaba a hacer todo y a sufrir todo por Dios, era para conformarse más perfectamente a todas las manifestaciones de la voluntad de su Divina Majestad. Tenía tal aprecio a la práctica de esa santa conformidad, que un día dijo desde la abundancia de su corazón esta hermosa sentencia: *«Que conformarse en todo a la voluntad de Dios, y hallar en eso todo el placer era vivir sobre la tierra una vida enteramente angélica, e , incluso, que era vivir de la vida de Jesucristo».*

Dijo en una ocasión acerca de esto mismo que *«Nuestro Señor era una comunión continua para las almas virtuosas, que se mantenían fiel y constantemente uni das a su santísima voluntad; y que tenían un mismo querer y un mismo no querer con El».* Y como estaba enteramente lleno y penetrado de esa importante verdad, y conocía por propia experiencia las gracias y bendiciones que fluían de esa conformidad con la voluntad de Dios, siempre intentó inspirarla en todos los corazones de los demás, y particularmente en los de su Congregación, para quienes hizo una Regla particular en los términos siguientes:

«Y porque la santa práctica que consiste en hacer siempre y en todo la voluntad de Dios es un medio infalible para conseguir en poco tiempo la perfección cristiana, todos intentaremos, en la medida de nuestras fuerzas, hacer de eso una norma habitual, cumpliendo estas cuatro cosas: 1º Haremos debidamente lo que está mandado, y evitaremos cuidadosamente lo que está prohibido, siempre que veamos que lo mandado o prohibido viene de Dios, de la Iglesia, de nuestros Superiores, o de nuestras Reglas o Constituciones; 2º Cuando se nos presentan a la vez varias cosas igualmente buenas, elegiremos más bien la que nos desagrada que la que nos place, a no ser que ésta última sea necesaria, pues en ese caso hay que preferirla a las otras; pero la miraremos no por el lado que tiene de agradable a los sentidos, sino porque agrada a Dios. Si se nos presentaren a la vez varias cosas de suyo indiferentes, ni agradables ni desagradables, entonces elegiremos sencillamente cualquiera de ellas como procedentes de la Providencia de Dios; 3º Aceptaremos con ecuanimidad, como venido de la mano paternal de Dios, todo lo que de improviso nos acaezca, como aflicciones o consuelos, ya corporales ya espirituales; 4º Todo esto lo haremos sólo porque Dios lo quiere, y así imitaremos a Cristo, el Señor, que siempre obró así y por el mismo motivo, según lo dice él mismo con estas palabras referidas en el evangelio: «Yo siempre hago lo que agrada al Padre »

Consideraba esta práctica como un soberano remedio para todos los males. Y cuando se le preguntaba cómo se podía corregir uno de alguna precipitación o impaciencia, o de otra imperfección, o bien vencer alguna tentación, o conservar la paz del corazón en medio de las pérdidas y los sufrimientos, respondía que se lograba

conformándose con la voluntad de Dios. Pero quería que se persistiera animosamente en esta santa práctica, y que se tuviera un deseo perseverante en tratar de conocer y de cumplir en todo esa santa y divina voluntad. No podía sufrir en esa materia ninguna tregua, ni aplazamiento alguno, deseando que la voluntad de Dios fuera como el propio elemento del alma; que fuera el aire que respiraba, y la felicidad a la que ella aspiraba continuamente. A propósito de esto, hablando un día a los suyos: *«La perfección en el amor* —les dijo— *no consiste en los éxtasis, sino en hacer bien la voluntad de Dios. Y entre todos los hombres será el más perfecto quien tenga su voluntad más conforme a la de Dios. De modo que nuestra perfección consiste en unir de tal modo nuestra voluntad a la de Dios, que la suya y la nuestra sólo sean un mismo querer y no querer; y quien destaque más en ese punto será el más perfecto. Cuando Nuestro Señor quiso enseñar el medio de llegar a la perfección al hombre del que se habla en el Evangelio, le dijo: « Si alguno quiere venir tras de mi, que se renuncie a sí mismo, que lleve su cruz y me siga». Pues bien, ahora les pregunto: ¿Quién es el que se renuncia más a sí mismo, o quién lleva mejor la cruz de la mortificación, y quién sigue con mayor perfección a Jesucristo, sino quien se preocupa de no hacer nunca su voluntad, y sí de hacer siempre la voluntad de Dios? La Escritura dice también en algún otro lugar que quien se adhiere a Dios es un mismo espíritu con Dios. Ahora bien, yo les pregunto: ¿Quién se adhiere más perfectamente a Dios, que el que sólo hace la voluntad del mismo Dios, y nunca la suya propia? El que no quiere y el que no desea otra cosa que lo que Dios quiere. ¡Oh! ¡Ese es el medio más breve para conseguir en esta vida un gran tesoro de gracias!*".

En otra ocasión, escribiendo a un Sacerdote de su Congregación sobre un suceso lamentable, que les había ocurrido: *"Qué haremos ante eso* —le dijo— *sino querer lo que quiera la Divina Providencia, y no querer lo que no quiera. En la oración de esta mañana me ha venido un gran deseo de querer todo lo que suceda en el mundo de bueno y de malo, porque Dios lo quiere y porque El lo envía. Esta práctica tiene muchos aspectos que son muy necesarios para los misioneros. Esforcémonos, pues, en tener esta disposición de nuestra voluntad en relación a la de Dios, y entre los muchos bienes que nos vendrán de ella, no será el menor la tranquilidad del espíritu».*

En otra ocasión comentando la tercera petición de la oración dominical, Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, decía que:

«Así como los ángeles y los bienaventurados, que están allá arriba en el cielo hacen incesantemente la santa y adorable voluntad de Dios, de igual manera El quiere que nosotros la hagamos aquí en la tierra, con el amor y la perfección más grandes que podamos, pues nos había dado ejemplo de ello, y únicamente había venido del cielo a la tierra para hacer la voluntad de Dios, Padre suyo, llevando a cabo la obra de nuestra redención, y hallando sus delicias en hacer lo que conocía que era lo más agradable a Dios, en el tiempo y en la forma que conocía ser su voluntad».

SECCION I pág. 573: Continuación del mismo asunto

El Sr. Vicente ha demostrado su afecto y fidelidad a esta santa práctica de una manera que se puede decir que le había sido singular; no había entrado en ninguna ocupación, ni procurado ninguna ventaja temporal a su Congregación, sino en cuanto que conocía manifiestamente que aquello era conforme a la voluntad de Dios, y que él, a su vez, era fuertemente impulsado por Otro. Hizo en verdad lo imposible por conservar los bienes temporales que la Providencia Divina había dado a su Compañía, porque Dios lo quería, pero nunca se le vio ir más allá de eso para procurárselos, ni hacer algún esfuerzo o solicitud para atraerse a alguien a la Compañía. Y aunque sea lícito y hasta laudable invitar a otros a tomar algún estado en el que puedan servir mejor a Dios, cuando eso se hace por un celo puro de su gloria, sin embargo, la forma de actuar de este Santo Varón era esperar siempre el beneplácito de Dios para seguirlo, y no adelantársele nunca, virtud verdaderamente poco frecuente. Estaba de tal forma lleno y animado de ese deseo de que la voluntad de Dios fuera la soberana de su corazón, y de todo lo que pudiera depender de él, que tenía como norma no ahorrar ni gasto, ni esfuerzo, ni la misma vida, cuando se trataba de cumplir esa santísima Voluntad.

No podía aprobar que los que eran llamados por Dios para un estado o profesión, fueran a abandonarlo por propia iniciativa, aunque tuvieran pretextos muy fuertes y razonables. He aquí lo que escribió un día sobre eso a un párroco, que quería cambiar de parroquia:

«Le ruego —le dijo— *que no tenga prisa. Lo que usted pretende hacer merece gran consideración, y me dolería que usted hubiera tomado alguna resolución final sin haber orado, y sin haber consultado al Sr. Duval, o al Sr. Coqueret, o a ambos, porque se trata de saber si Dios quiere que usted abandone a la Esposa, que El le ha entregado».*

Los Superiores de las casas de la Congregación han hecho notar que en todas sus cartas no les recomendaba nada tanto, como la conformidad con la voluntad de Dios en toda clase de sucesos. Y como algunos le habían escrito en diferentes ocasiones que se les quería someter a pleito y molestarlos e inquietar en parte de sus propiedades, o en las casas y en los lugares que habían adquirido, su respuesta más habitual era, que no sucedería más que lo que Dios quisiera: El era el Dueño no sólo de nuestros bienes, sino también de nuestras vidas, y que era justo que dispusiera de ellos según su Voluntad

Deseaba que en las arideces espirituales y en las enfermedades del cuerpo se permaneciera sumiso a la Voluntad de Dios; que se estuviera contento en todas las circunstancias en las que quisiera ponernos, y que no se deseara nunca salir de ellas, sino en cuanto supiéramos que le resultaba agradable. Decía que, según su parecer, ésa era la práctica más excelente y más noble en la que un cristiano, y también un sacerdote, pudiera ejercitarse en la tierra.

Uno de los principales Sacerdotes de la Congregación, y uno de los más útiles,

estaba muy enfermo, y en peligro de muerte. Y la Señorita Le Gras, Superiora de las Hijas de la Caridad, se hallaba muy afligida por eso mismo. El Sr. Vicente le escribió en estos términos:

«Hay que reaccionar —le dijo— *contra lo que nos desagrada, y romper el corazón o ablandarlo para prepararlo para todo. Parece como si Nuestro Señor quisiera tomar su parte en la pequeña Compañía. Ella es totalmente suya, según espero, y tiene derecho a utilizarla como mejor le parezca. En cuanto a mí, mi mayor deseo es no desear más que el cumplimiento de su santa voluntad. No puedo expresarle hasta qué punto va adelante nuestro enfermo en esta práctica; por eso mismo, parece como si Nuestro Señor quisiera colocarlo en un lugar donde pueda vivir más felizmente durante toda la eternidad. ¡Oh! ¡quién nos diera la sumisión de nuestros sentimientos y de nuestra razón a esa adorable voluntad! Lo hará el autor de estos sentimientos y de nuestra razón, si no nos servimos de ellos más que en El y por El. Pidámosle que usted y yo tengamos siempre un mismo querer con El y en El, ya que eso sería un paraíso anticipado en esta vida».*

En otra ocasión, al ver a una virtuosa Señora muy atemorizada por lo que pudiera sucederle a su hijo: *«Entregue* —le dijo— *al hijo y a la madre a Nuestro Señor, y El cuidará de ambos. Déjele hacer sólo su voluntad en usted y en él; espere esa misma voluntad en la duración de sus actos de piedad, sin desear otros, y eso basta para hacerle a usted enteramente de Dios. ¡Qué poca cosa hace falta para ser santa! El medio más eficaz y casi único es acostumbrarse a hacer la voluntad de Dios en todo".*

Esa misma Señora estaba un día enferma, y le escribió para rogarle que le hiciera saber qué mal de su alma causaba el del cuerpo: *«No puedo indicarle otra causa de su mal más que la voluntad de Dios. Adore, pues, esa voluntad, sin andar buscando de dónde vendrá que Dios se complace en verla en el estado de sufrimiento. El se ve soberanamente glorificado por nuestra entrega a su gobierno, sin discutir las razones de su voluntad, si no es que su voluntad es su razón misma y que su razón es su voluntad. Encerrémonos, pues, ahí dentro, como lo hizo Isaac con la voluntad de Abraham, y Jesucristo con la voluntad de su Padre».*

Tenía tan gran interés en la práctica de la conformidad con la voluntad de Dios, que era una de sus más grandes alegrías ver a sus Hijos en semejante disposición: *«Le doy gracias a Dios —dijo a uno de ellos en una carta que le escribió— de que esté usted dispuesto a hacer en todo y en todas partes su santísima voluntad, yendo a vivir y a morir a cualquier sitio adonde El quiera llamarle. Esa es la disposición de los buenos siervos de Dios y de los hombres verdaderamente apostólicos, que no se detienen ante nada. Esa es la señal de los verdaderos Hijos de Dios, que se encuentran siempre con la libertad de responder a los designios de un Padre tan digno. Le doy las gracias por usted con un gran sentimiento de cariño y gratitud, no dudando de que su corazón, preparado de este modo, recibirá en abundancia las gracias del cielo para poder hacer mucho bien aquí en la tierra, tal como se lo suplico a su divina bondad».*

Ahora bien, como la voluntad de Dios se conoce de dos maneras: o por los acontecimientos que no están en nuestra disposición y que dependen absolutamente de su Voluntad, como las enfermedades, las pérdidas y otros accidentes parecidos de esta vida; o bien, por declaraciones que Dios nos hace de lo que le es agradable, y que, sin embargo, deja a nuestro albedrío; sea que nos lo haga conocer externamente por sus Mandamientos, o por sus consejos; o bien, internamente por sus inspiraciones, el Sr. Vicente se había prescrito algo así como una Regla para permanecer conforme con la voluntad de Dios de una y otra manera. Primero, mantenerse continuamente en total sumisión a la voluntad de Dios en todos los accidentes más onerosos que quisiera mandarle y permitirle, y con una disposición o resolución, cuando le ocurrieran, de recibirlos y aceptarlos no sólo con paciencia y sumisión, sino también con gusto y alegría; estando siempre muy contento, porque la santa voluntad de Dios se cumpliera en él, y que todas sus órdenes se ejecutaran enteramente. Y en las cosas que Dios dejaba a su discreción, obraba siempre según lo que conocía que era lo más agradable a Dios, dirigiendo a ese fin su intención, al comenzar cada uno de los actos, y diciendo en su corazón: « Voy a hacer es to, o a dejar aquello, porque creo que es ésa tu voluntad, y porque lo tienes por agradable», y de vez en cuando renovaba esa intención, para que siempre y en todo cumpliera fiel y santamente la voluntad de Dios. El Sr. Vicente llamaba a la práctica de la conformidad con la voluntad de Dios « el tesoro del Cristiano», porque contenía en grado eminente el de la mortificación, la indiferencia, la negación de sí mismo, la imitación de Jesucristo, la unión con Dios y, generalmente, de todas las virtudes, que son virtudes porque son agradables a Dios y conformes a su voluntad, que es la fuente y la Regla de toda perfección.

Ahora bien, puesto que hay mucha dificultad en conocer bien la voluntad de Dios por la vía de las inspiraciones, en las que se puede engañar uno fácilmente, pues el amor propio nos hace a veces considerar las producciones e inclinaciones de la naturaleza por movimientos del Espíritu de Dios, el Sr. Vicente decía que, para no engañarse, era preciso poner una gotita de hiel, es decir, usar de una gran discreción, y no fiarse del propio espíritu, o de los propios sentimientos. He aquí lo que dijo en cierta ocasión a los suyos a propósito de esto: *«Entre una multitud de pensamientos y de sentimientos que nos vienen sin cesar se encuentran algunos que son buenos en apariencia, pero que no vienen de Dios, y que no son de su agrado. ¿Cómo podríamos discernirlos? Hay que examinarlos; recurrir a Dios con la oración, y pedirle luz, considerando los motivos, el fin y los medios, para ver si todo está sazonado a su gusto; proponerlos a los sabios, y aceptar los consejos de los que están encargados de nosotros, y que son los depositarios de los tesoros de la ciencia y de la prudencia de Dios; y haciendo lo que aconsejan se hace la voluntad de Dios».*

Y hablando un día a los mismos, les dio una advertencia muy importante sobre esta cuestión: « Estoy seguro —les dijo— de que no hay ninguno de los aquí presentes, que no haya tratado de practicar hoy algunos actos que sean buenos y santos de por sí; y, sin embargo, puede suceder que Dios haya rechazado esos actos por haberlos hechos por iniciativa de la voluntad de ustedes. ¿No es eso lo que el Profeta ha declarado, cuando dice de parte de Dios: *«No quiero vuestros ayunos, con los cuales, pensando en honrarme*

hacéis lo contrario, porque, cuando ayunáis, hacéis vuestra propia voluntad; y por esa propia voluntad, echáis a perder y a corromper vuestro ayuno»? Pues bien, eso mismo se puede decir de todos los de más actos de piedad; en ellos la intromisión de nuestra propia voluntad daña y echa a perder nuestras devociones, nuestros trabajos, nuestras penitencias, etc. Hace veinte años que no leo nunca en la Santa Misa la Epístola del capítulo 58 de Isaías, sin que quede muy preocupado. ¿Cómo habrá que hacer pues para no perder nuestro tiempo y nuestras fatigas? Nunca se ha de obrar por el movimiento de nuestro propio interés, inclinación, humor o fantasía, sino acostumbrarnos y habituarnos a hacer la voluntad de Dios en todo, digo en todo, y no en parte; porque ese es el verdadero efecto de la gracia, que hace a la persona y a su acto agradables a Dios».

Acabaremos este capítulo con una reflexión devota, que este Santo Varón hizo un día sobre la felicidad de un cristiano perfectamente asentado en esta conformidad con la voluntad de Dios.

«Vean —dice— *las santísimas disposiciones en las que se pasa la vida, y las bendiciones que acompañan a todo lo que hace: no tiene en cuenta más que a Dios, y es Dios quien le guía en todo y por todo; de modo que puede decir con el Profeta: «Tenuisti manum dexteram meam, et in voluntate tua deduxisti me». Dios lo tiene de su mano derecha, y él a su vez lo tiene con una sumisión entera a esta divina dirección. Ustedes lo verán mañana, y toda la semana, todo el año y, en fin, toda su vida, en paz y tranquilidad, en fervor y tendencia continua hacia Dios, y extendiéndose siempre en las almas del prójimo las dulces y saludables operaciones del espíritu que lo anima. Si ustedes lo comparan con los que siguen sus propias inclinaciones, verán sus actividades muy brillantes de luz, y siempre fecundas en frutos; se nota un progreso notable en su persona, una fuerza y energía en todas sus palabras. Dios da una bendición particular a todas sus empresas, y acompaña con su gracia los proyectos, que emprende por El, y los consejos que da a otros, y todas sus obras son de mucha edificación. Pero, por otro lado, se ve que las personas apegadas a sus inclinaciones y gustos, sólo tienen pensamientos terrenos, discursos de esclavos, y obras muertas. Esta diferencia viene de que éstos se apegan a las criaturas, y que aquéllos se separan de ellas. La naturaleza actúa en esas almas bajas, y la gracia en las que se elevan a Dios y sólo respiran su voluntad»*

SECCION II pág. 576: Unión perfecta a la voluntad de Dios por medio de una total resignación e indiferencia

Principalmente es en las aflicciones y los sufrimientos, ya internos o externos, cuando aparece el verdadero amor de Dios y la perfecta conformidad con su voluntad; cuando el corazón humano se une gustosamente, aceptando no sólo con paciencia, sino también con paz y alegría, todas las disposiciones de la bondad divina, recibiendo y sobrellevando amorosamente las cruces que Ella les envía, porque tal es su beneplácito

Eso se logra primero con el sometimiento, cuando la voluntad humana se pone y resigna enteramente en las manos de Dios, haciendo un esfuerzo a costa de todas sus repugnancias naturales y sometiéndolas perfectamente a la voluntad de su Divina Majestad

Eso es lo que el Sr. Vicente ha practicado excelentemente en medio de todas las cruces y los sufrimientos, con los cuales Dios ha querido probar su virtud. Porque en todas sus penosas coyunturas, no se le ha oído decir otra cosa que ¡ Bendito sea Dios, bendito sea su santo Nombre! Esa era su frase habitual, por medio de la cual daba a conocer la disposición de su corazón, siempre dispuesto y resignado para las decisiones de Dios. Sentía tal afecto y tal aprecio por esa virtud, que un día al ver a uno de los suyos dolido por un accidente muy lamentable ocurrido a su Congregación, le dijo: *«Que un acto de resignación y de aceptación de la volun tad de Dios valía más que cien mil acontecimientos favorables».*

Hablando en otra ocasión a los suyos sobre la misma materia, después de haberles expuesto la diferencia que hay entre un estado en el que Dios pone a una persona, y aquél en el que permite que ella caiga; pues que uno se hace por la voluntad de Dios, y el otro sólo ocurre por permitirlo El; por ejemplo, una situación de pérdida, de enfermedad, de contrariedad, de molestia, de sequedad viene enteramente de la voluntad de Dios; pero aquél, donde se da el pecado y contravención a las órdenes prescritas de su parte, viene de su permisión; por este segundo debemos humillarnos mucho, cuando hemos caído en él, pero haciendo todos nuestros esfuerzos con la gracia de Dios para salir de él, y para evitar que volvamos a caer: *«Mas, en cuanto al primer estado* —decía— *que procede de la voluntad de Dios, nos hace falta aceptarlo cualquiera que sea, y resignarnos al beneplácito de DIos para sufrir todo lo que Le plazca tanto y tan largamente como Le plazca. Esa es, señores y hermanos míos, la gran lección del Hijo de Dios; y los que se muestran dóciles a ella, y los que la meten bien en su corazón son de la primera clase de la Escuela del Divino Maestro. Y en cuanto a mí, no conozco nada más santo, ni de mayor perfección que esta resignación, cuando le lleva a uno a un despojo total de sí mismo y a una verdadera indiferencia para toda clase de estados, de cualquiera que sea el modo en que nos hayamos situado en él, excepto el pecado. Mantengámonos, pues, así, y roguemos a Dios que nos haga la gracia de permanecer en esa indiferencia».*

Por esa charla del Sr. Vicente se ve que la resignación, a la que impulsaba a los demás, y que practicaba también él, estaba elevada al más alto grado, que llevaba hasta una verdadera indiferencia, que va aún más arriba y que une más perfectamente el corazón a la voluntad de Dios; de forma que se somete a ella no como con esfuerzo, tratando de superar los sentimientos contrarios de la naturaleza, sino por una sencilla y amorosa aceptación, no amando nada sino por el amor de la voluntad de Dios, y no queriendo nada sino en cuanto que Dios lo quiere. Y en esta disposición recibiendo con igual afecto todo lo que viene de la mano de Dios: la enfermedad, como la salud; las pérdidas, como las ganancias.

He aquí cómo habló un día a su Comunidad acerca de esta materia: *«La indiferencia es un estado de virtud, que hace que uno esté desprendido de tal modo de las criaturas, y tan perfectamente unido a la voluntad del Creador, que casi no tiene uno preferencia alguna de una cosa sobre otra. He dicho que es un estado de virtud, y no simplemente una virtud, la cual debe obrar en ese estado; porque es preciso que sea activa, y que por ella el corazón se desprenda de las cosas que lo tienen cautivo; de otro modo no sería una virtud. Y esta virtud es no solamente de gran excelencia, sino también de una singular utilidad para el progreso en la vida espiritual; y aun se puede decir que es necesaria para todos los que quieren servir perfectamente a Dios. Porque, ¿cómo podemos buscar el Reino de Dios, y ocuparnos en procurar la conversión de los pecadores y la salvación de las almas, si estamos apegados a los placeres y a las comodidades de la vida presente? ¿Cómo cumplir la voluntad de Dios, si seguimos los movimientos de la nuestra? ¿Cómo renunciarnos a nosotros mismos según el consejo de Nuestro Señor, si buscamos ser apreciados y aplaudidos? ¿Cómo desprendernos de todo, si no tenemos el valor de dejar una nimiedad, que nos detiene? Vean, pues, cuán necesaria nos es esta santa indiferencia, y cuán grande es la obligación que tenemos de darnos a Dios para adquirirla, si queremos librarnos de ser esclavos de nosotros mismos o, para decirlo mejor, ser esclavos de un animal; porque el que se deja llevar y dominar por su parte animal, no merece ser llamado hombre, sino más bien ser tenido por un animal».*

«La indiferencia participa de la naturaleza del Amor perfecto, o para decirlo mejor, es una actividad del Amor perfecto que lleva la voluntad a todo lo que es mejor, y que destruye todo lo que lo impide, como el fuego, que no solamente tiende a su esfera, sino que consume todo lo que trata de retenerle. Es en este sentido como la indiferencia, según el pensamiento de un Santo, es el origen de todas las virtudes y la muerte de todos los vicios».

«El alma, que está en la perfecta indiferencia, es comparada por el Profeta a una acémila, a la que le da igual llevar una cosa mejor que otra, ni ser de un amo rico, más bien que de uno pobre, o de estar en una cuadra hermosa, que en una ruin: todo le va bien, y está dispuesta para todo lo que se quiera de ella, anda, se detiene, va acá, va allá, sufre, trabaja de noche y de día, etc. Vean, señores y hermanos míos, cómo debemos ser nosotros: desprendidos de nuestro juicio, de nuestra voluntad, de nuestras inclinaciones, y de todo lo que no es Dios, y dispuestos para todas las órdenes de su santa voluntad; vean cómo han sido los Santos».

«¡Oh, gran San Pedro!: Dijiste bien que habías dejado todo, y lo hiciste ver claramente, cuando, habiendo conocido a tu Maestro en la orilla del mar, y cuando oíste a su discípulo amado, que te dijo: « Dominus est», es el Señor, te echaste al agua para ir donde El. No te importaba nada la barca, ni la túnica, ni siquiera tu vida, sino sólo tu divino Salvador, que era tu todo. Y tú, San Pablo, gran Apóstol, que por una gracia especialísima con la que fuiste prevenido desde el momento de tu conversión, has practicado perfectamente la virtud de la indiferencia, diciendo: « Domine, quid me vis faciam?». Señor, ¿qué queréis que haga? Este lenguaje marcaba un cambio maravilloso y un

desprendimiento, que sólo podía lograrse con un golpe de gracia, quedando en un instante despegado de su Ley, de su cometido, de sus pretensiones, de sus sentimientos, y puesto en un estado tan perfecto, que está dispuesto e indiferente para todo lo que Dios quisiera de él. Si, pues, los grandes Santos han amado y practicado tanto esta virtud de la indiferencia, nosotros debemos imitarlos y seguirlos, porque los misioneros no son para sí mismos, sino para Jesucristo, que quiere disponer de ellos para hacer lo que El ha hecho, y para sufrir como El. « De la misma manera que mi Padre me ha enviado», decía a sus Apóstoles y a sus Discípulos, « así os envío yo, y como me han perseguido, así os perseguirán a vosotros».

«Después de todas estas consideraciones, ¿no hará falta vaciar nuestro corazón de todo otro afecto que no sea el de conformarnos a Jesucristo, y de toda otra voluntad que no sea la de la obediencia? Me parece que los veo dispuestos a todos para eso, y espero que Dios nos hará esta gracia. ¡Sí, Dios mío! Lo espero, ante todo, para mí, que tengo necesidad de ello a causa de mis miserias y de todos mis apegos, de los que casi me veo imposibilitado de desprenderme, y que me hace decir en mi ancianidad, como David, « Señor, ten compasión de mí». Pero ustedes quedarán edificados, Hermanos míos, si les digo, que hay en esta casa ancianos achacosos, que han pedido que se les enviara a las Indias, y que lo han pedido durante sus enfermedades, que no eran ligeras. ¿De dónde les viene semejante coraje? Es porque tienen el corazón libre: van generosamente a todos los lugares en donde Dios quiere ser conocido y adorado, y nada los detiene aquí, salvo su santa Voluntad. Y nosotros, Hermanos míos, tantos como somos aquí si no estuviéramos trabados por algunas desgraciadas zarzas, cada uno de nosotros diría en su corazón: « Dios mío, me entrego a Ti para ser enviado a todos los sitios de la tierra, adonde los Superiores juzguen conveniente que vaya a anunciar tu Nombre. Y aun cuando allí debiera morir, me prepararé a ir allá, sabiendo bien que mi salvación está en la obediencia, y la obediencia en tu Voluntad». En cuanto a los que no están con semejante preparación de espíritu, deben tratar de conocer bien cuáles son las cosas que les atraen más de un lado que de otro, a fin de que por medio de la mortificación continua, interna y externa, alcancen con la ayuda de Dios la libertad de sus Hijos, que es la santa indiferencia».

El Sr. Vicente no exhortaba a los suyos a la santa indiferencia solamente en general; invitaba también a ella en particular a cada uno de ellos, cuando se presentaba alguna ocasión: *«Sabe usted muy bien* —dice escribiendo a uno de ellos— *que entre los obreros de los que nos habla el Evangelio hubo algunos que fueron llamados al atardecer, pero que luego fueron recompensados por la noche lo mismo que los que habían estado trabajando desde la madrugada. Del mismo modo merecerá usted aguardando con paciencia la voluntad del Amo, lo mismo que cumpliéndola cuando se le señale, ya que usted está dispuesto a todo, bien sea para partir, o bien para quedarse. ¡Bendito sea Dios por esta santa indiferencia, que lo convierte a usted en un instrumento muy idóneo para las obras de Dios!".*

Escribió a otro en estos términos: *«Doy infinitas gracias a Dios por esos deseos que le ha dado de ir a tierras extranjeras, si se le envía, o para dejar de ir y quedarse aquí, si le*

mandamos quedarse. La santa indiferencia en todas las cosas es el estado propio de los perfectos. Y la suya me da esperanza de que Dios será glorificado en usted y por medio de usted, tal como se lo pido de todo corazón; también a usted le ruego, señor, que le pida para nosotros la gracia de abandonarnos por completo a sus divinos designios. Hemos de servirle según su gusto y renunciar a los nuestros, tanto en lo que se refiere a los lugares como a los cargos. Lo necesario es que seamos de Dios, y así estaremos en la mejor situación en que pueden estar sus mejores hijos, que se honran con el título de servidores del Evangelio, por medio de los cuales quiere Nuestro Señor darse a conocer a todo el mundo. ¿Qué nos importa cómo y en qué lugar, si le dejamos hacer a El en nosotros?».

«¡Ah Señor! —le dice a otro— *¡Qué hermoso ornamento es para un misionero la santa indiferencia, ya que lo hace tan agradable a Dios, que preferirá siempre a éste a todos los demás obreros en los que no vea esta disposición de indiferencia para cumplir sus designios! Si alguna vez nos despojamos totalmente de nuestra propia voluntad, estaremos entonces en situación de hacer con seguridad la voluntad de Dios; en ella los ángeles hallan toda su felicidad y los hombres toda su dicha».*

Este auténtico Siervo de Dios no se contentó con exhortar a los demás esta virtud, sino que la practicó también perfectísimamente, y manifestó en toda clase de circunstancias, que tenía un corazón tan desprendido de todo lo que no era Dios, y tan fuertemente adherido a todas las manifestaciones de la voluntad de Dios, que se puede conocer fácilmente que había alcanzado el más alto grado de esta virtud. Solamente presentaremos aquí dos ejemplos, que servirán como muestras para juzgar de todas sus santas disposiciones en esta materia.

El primer ejemplo es de su indiferencia en cuanto a su persona en las enfermedades, y particularmente en la última, de la que murió. Este Santo Varón, al acercársele el término de la vida, se daba clara cuenta, y hasta lo decía, que se iba poco a poco, pero con una indiferencia tan perfecta, que vivir y morir, sufrir o estar bien le parecía la misma cosa; y nunca, ni gozando de salud, ni estando enfermo, se notó en él cosa alguna, ni siquiera una palabra, que fuera contraria a dicha santa disposición. Era indiferente a los alimentos y a los remedios que le daban; y aunque se daba cuenta de las cosas que pensaba que le eran nocivas, tomaba con indiferencia todo lo que le recetaban los médicos, y parecía también contento de los malos efectos que le producían a veces los remedios, como si le fueran favorables y provechosos, no mirando otra cosa, en todo lo que le sucedía, o que le podía suceder, que el cumplimiento de la voluntad de Dios, como el único objeto de sus deseos y de sus satisfacciones.

El otro ejemplo es de la indiferencia que practicó en relación a su Congregación. Se debe apreciar como verdaderamente admirable en él, que le era mucho más querida la conservación de esa santa Obra, y que la prefería a su misma vida. La voluntad de Dios estaba sin embargo para él muy por encima de todo: y no deseaba ni la conservación, ni el crecimiento y el progreso de la Compañía, sino en cuanto podía conocer que Dios lo quería así; de tal manera que no hubiera dado un paso, ni dicho una palabra para tal

objeto, sino con una total dependencia de la Divina Voluntad.

Cierta persona le escribió un día, que no debía esperar que su Compañía hiciera nunca ningún progreso, ni contara con nuevos miembros, si no se preocupaba de fundar en las ciudades grandes. Le respondió en estos términos:*«Nosotros no podemos hacer ningún intento para instalarnos en el lugar que sea, si queremos mantenernos en el camino de Dios y en las costumbres de la Compañía, porque hasta el momento actual su Providencia nos ha llamado a los sitios en que estamos, sin que los hayamos buscado ni directa ni indirectamente. No puede suceder, que esta sumisión a Dios, que nos mantiene así en la dependencia de su dirección no le resulte muy agradable, tanto más cuanto que destruye los sentimientos humanos, que, con el pretexto de celo y de gloria de Dios, hacen muchas veces emprender proyectos que El no inspira, y que no bendice. El conoce bien lo que nos conviene, y El nos lo dará, cuando llegue el tiempo, si nos abandonamos como verdaderos hijos de un Padre tan bueno. Ciertamente, si estuviéramos bien persuadidos de nuestra inutilidad, nos preocuparíamos de no meternos en la mies ajena, antes de que nos llamaran, ni tomar la delantera, para que nos prefieran a nosotros antes que a otros obreros, que Dios quizá haya destinado allí».*

Le propusieron un día un asunto muy ventajoso para su congregación, y como uno de los Sacerdotes le metiera prisa para dar su consentimiento, le dio esta hermosa respuesta: *«En cuanto a ese asunto* —le dijo— *pienso que haremos bien en dejarlo por ahora, tanto para embotar la punta de las inclinaciones de la naturaleza, que querría que las cosas ventajosas sean ejecutadas rápidamente, como para ponernos en la práctica de la santa indiferencia, y dar tiempo a Nuestro Señor para manifestarnos sus deseos, en tanto que nosotros le ofrecemos nuestras oraciones para encomendarle la cuestión. Y tenga usted por cierto, que si le agrada que se realice, el retraso no le hará daño alguno, y que tendrá tanto menos de lo nuestro, y tanto más de los suyo».*

Quería tierna y cordialmente a todas las personas de su Compañía, y en especial a los que veía trabajar digna y fructuosamente en la viña del Señor. Por eso, cuando la muerte le arrebataba alguno, la pérdida le era muy sensible. Con todo, practicaba a este respecto una indiferencia admirable, no queriendo ni siquiera pedir a Dios su conservación, sino bajo esta condición: que fuera ése su gusto y su gloria más grande. Eso apareció claramente en una ocasión; en ella varios obreros de su Congregación estaban enfermos, y uno de ellos, que le era muy querido por los grandes servicios que prestaba a Dios en su Iglesia, estaba en gravísimo peligro de muerte. Los encomendó a todos a las oraciones de la Comunidad, y hablando en concreto de él: *«Le pediremos a Dios* —dijo— *que lo conserve pero sometiéndonos por completo a su Divina Voluntad, pues hemos de creer, y eso es verdad, que no sólo su enfermedad, sino también las enfermedades de los demás, y todo lo que le pase a la Compañía se debe a sus designios, y es para provecho de la misma Compañía. Por eso, al pedir a Dios, que les dé la salud a los enfermos y que atienda a todas sus necesidades, que sea siempre con la condición de que sea ése su beneplácito y su mayor gloria».*

Otra vez, hablando a los de su misma Comunidad sobre la muerte de una persona, que sentía un gran afecto por la Compañía: *«No dudo* —les decía— *que habrán quedado ustedes muy emocionados por la privación de esa persona, que nos era tan querida. Pero, alabado sea Dios; ustedes también se lo han dicho, que ha hecho bien al quitárnosla, y que no quisieran que hubiera sucedido de otra forma, porque ése ha sido su deseo».*

Sobre todo hizo resplandecer de modo admirable esa perfecta indiferencia, cuando la peste, que causaba estragos en la ciudad de Génova el año 1654, le arrebató casi a un tiempo cinco o seis de los mejores obreros de la Compañía. Miren de qué manera anunció dicha pérdida a su Comunidad. Acababa de exhortar a confiar en Dios hablando de otro tema, y se aprovechó de la ocasión para declarar la triste nueva diciendo:

«¡Señores y Hermanos míos! ¡Cuán cierto es que debemos tener una gran confianza en Dios, y ponernos totalmente en sus manos, persuadidos de que su Providencia dispone para nuestro bien y nuestro provecho todo lo que Ella quiere o permite que nos suceda! Sí, lo que Dios nos da y lo que nos quita es para nuestro bien, porque ésa es su voluntad, y porque su voluntad es nuestro bien y nuestra felicidad. Bajo este punto de vista les informaré de una desgracia, que nos ha sucedido, y les puedo decir sin duda alguna, Hermanos míos, que ha sido una de las más grandes que nos podía ocurrir. Hemos perdido el gran apoyo y el principal soporte de nuestra casa de Génova. El Sr. N., Superior de la casa, que era un grandísimo servidor de Dios, ha muerto; pero esto no es todo: el buen Sr. N., que se dedicaba con tanta alegría al servicio de los apestados, que tenía tanto amor al prójimo, tanto celo y fervor para procurar la salvación de las almas, también ha sido arrebatado por la peste. Uno de nuestros Sacerdotes italianos, muy virtuoso y buen misionero, según me he enterado, ha muerto igualmente. El Sr. N., que era también un gran servidor de Dios, un misionero muy bueno, y grande en todas las virtudes, también ha muerto. El Sr. N., que ustedes conocen, que no va en zaga ante los otros, ha muerto. El Sr. N., hombre sabio, piadoso y ejemplar, ha muerto. Así ha sido, señores y hermanos míos, la enfermedad contagiosa nos ha arrebatado a todos esos valerosos obreros; Dios se los ha llevado. ¡Oh, Salvador Jesús! ¡Qué pérdida y qué aflicción! Ahora es precisamente cuando más necesitamos resignarnos ante la voluntad de Dios; porque de otra manera, qué haríamos, sino lamentarnos y entristecernos inútilmente por la pérdida de estos grandes paladines de la gloria de Dios. Pero con esta resignación, después de haber concedido algunas lágrimas al sentimiento de esta separación, nos elevaremos a Dios, Le alabaremos y Le bendeciremos por todas estas pérdidas, ya que nos han sucedido por disposición de su Santísima Voluntad. Pero, señores y hermanos míos, ¿podemos decir que perdemos a los que Dios se ha llevado? No, no los perdemos; y debemos creer que la ceniza de estos buenos misioneros servirá de semilla para producir otras. Tengan ustedes por cierto que Dios no retirará de esta Compañía las gracias que le había confiado, sino que las dará a los que tengan el celo de ocupar sus puestos».

CAPITULO VI pág. 583

Atención continua a la presencia de Dios

La grandeza y la perfección del amor que el Sr. Vicente tenía a Dios, se conoce no sólo por la sumisión perfecta a su Voluntad, sino, aún más particularmente, por su atención continua a la presencia de su Divina Majestad. Porque, ¡qué cosa más propia del amor que hacer desear y buscar la presencia de la persona amada, y de complacerse en su compañía, en su vista y en conversar con ella! Pues bien, la aplicación del Sr. Vicente a Dios era tal (según el testimonio que ha dado acerca de él un virtuosísimo Sacerdote, que lo conoció muy bien y lo observó durante muchos años), que era fácil concluir que su alma estaba continuamente atenta a la presencia de Dios. Nunca se le veía disipado con ninguna clase de preocupaciones u ocupaciones que pudieran presentársele, sino siempre estaba recogido y presente a sí mismo. Han hecho notar que habitualmente no respondía a lo que se le preguntaba, sobre todo, si se trataba de una cosa importante, sin antes haberse detenido un poquito, y entretanto levantaba su alma a Dios para implorar su luz y su gracia, con el fin de no hacer nada que no fuera según su Voluntad y su mayor gloria.

El mismo eclesiástico ha dicho que lo había visto a veces durante horas enteras tener fijos los ojos sobre un crucifijo que sostenía en sus manos, y que, en varias ocasiones, cuando le comunicaban noticias de ciertos asuntos desagradables, o de otros que podían darle algún motivo de consuelo, aparecía en su cara tal igualdad de espíritu, que no podía proceder sino de esa continua aplicación que tenía en Dios.

A propósito de esto se le oyó decir con frecuencia que no había mucho que esperar de un hombre que no gustaba de hablar con Dios, y que si no se salía tan airoso de las actividades en el servicio de Nuestro Señor, era por no estar íntimamente unido a él y por no pedirle la ayuda de su gracia con perfecta confianza.

Cuando iba o venía de la ciudad, siempre era con gran recogimiento, andando en la presencia de Dios, alabándolo y rezando en su corazón. En sus últimos años, cuando iba sólo con su compañero en la carroza que se veía obligado a usar, no sólo se mantenía recogido en su interior: ordinariamente llevaba sus ojos cerrados, y las más de las veces corría sobre sí la cortina, de modo que no podía ni ver, ni ser visto de nadie, para así mejor conversar con Dios.

Tenía esta santa costumbre: que siempre que oía sonar el reloj, sea las horas o los cuartos; en casa o en la ciudad; sea que estuviera solo o en compañía, se descubría la cabeza, y haciendo la señal de la cruz, elevaba su alma a Dios. Decía que esta práctica era muy propia para renovar en su espíritu la presencia de Dios y acordarse de las resoluciones que había tomado por la mañana en la oración; y para eso la introdujo entre los miembros de su Compañía, que usan de ella según se lo permitan el tiempo y los lugares.

Como conocía por propia experiencia las gracias y bendiciones contenidas en el recogimiento interior, y en la atención a la presencia de Dios, invitaba a los demás al mismo cuanto podía para hacerlos partícipes de él. A tal efecto, hizo poner en diversos puntos del claustro de San Lázaro estas palabras escritas con letras grandes Dios te mira, para que los suyos y las demás personas externas que se hallaran en la casa de San Lázaro fueran avisadas, según iban y venían, de que se acordaran de Dios. Sentía tal aprecio por ese acto, que decía que si se hallara una persona que lo supiera practicar bien y se mantuviera fiel en seguir los atractivos de la vista de Dios, llegaría pronto a un grado muy alto de santidad.

Era muy inteligente en servirse de las cosas naturales y sensibles para elevarse a Dios; y, a tal efecto, no se detenía en la corteza, ni en el aspecto exterior, ni tampoco en las excelencias particulares de los seres creados, sino que se servía solamente de ellos para pasar a la consideración de las perfecciones del Creador. Cuando veía campos cubiertos de mieses, o árboles cargados de frutos, eso le daba ocasión de admirar la abundancia inagotable de los bienes que hay en Dios, o bien, de alabar y bendecir el cuidado paternal de su Providencia para proporcionar el alimento y proveer a la conservación de sus criaturas. Cuando veía flores, o alguna otra cosa hermosa o agradable, tomaba ocasión para pensar en la perfección y hermosura infinita de Dios, y para decir en su interior estas palabras, que se han hallado escritas de su mano*: «¿Hay algo que se pueda comparar con la hermosura de Dios, que es el principio de toda la hermosura y perfección de las criaturas? ¿No reciben de El las flores, los pájaros, los astros, la luna y el sol su esplendor y su hermosura?».*

Un día declaró a su Comunidad que, habiendo ido a visitar a una persona enferma y atribulada por un continuo dolor de cabeza, sufría aquella molestia con una paciencia tan grande que le parecía ver en su rostro no sé qué gracia, que le daba a conocer que Dios residía en aquella alma doliente, y de ahí tomó la ocasión para exclamar: *«¡Qué dichoso es el estado de sufrir por amor de Dios! ¡Qué agradable es a sus ojos, ya que su propio Hijo quiso coronar los actos heroicos de su santa vida con un exceso de dolores que le hicieron morir!».*

En esa misma ocasión añadió que, habiéndose hallado días antes en una habitación rodeada de espejos, de forma que una mosca no hubiera podido escaparse sin ser vista, de cualquier parte que hubiera querido echar a volar, aquello le dio ocasión para decirse a sí mismo: *«Si los hombres han inventado la forma de representar de esa manera todo lo que pasa en un sitio, hasta el menor movimiento de las cosas más pequeñas, con mayor razón debemos creer nosotros que están todas ellas representadas en el gran espejo de la Divinidad, que llena todo y que encierra todo por su inmensidad, y en quien los Bienaventurados ven todas las cosas, y particularmente las buenas obras de las almas fieles y, por consiguiente, todos sus actos de paciencia, de humildad, de conformidad con la voluntad de Dios, y de las demás virtudes».*

Acabaremos este Capítulo con unas palabras muy dignas de destacarse, que dijo

un día a su Comunidad, acerca de la práctica de la Presencia de Dios: *«El pensamiento de la Presencia de Dios nos hará familiar la práctica de hacer continuamente su voluntad: el recuerdo de la divina Presencia se afincará poco a poco en el alma, y por su gracia se convertirá en hábito, de forma que finalmente estaremos como animados de esta divina Presencia. Hermanos míos, ¿cuántas 584 personas piensan ustedes que hay en el mundo, que casi nunca pierden a Dios de vista? Estos días últimos me encontré con una; hacía caso de conciencia por haberse distraído tres veces en un día del pensamiento de Dios. Esas personas serán nuestro jueces, que nos acusarán ante la divina Majestad del olvido que tenemos de Ella nosotros, que no tenemos otra cosa que hacer sino amarla, y manifestarle nuestro amor con nuestras miradas y con nuestros servicios. Pidamos a Nuestro Señor que nos haga la gracia de decir como El: Cibus meus est, ut fa ciam voluntatem eius qui misit me,mi comida y mi vida es hacer la voluntad de Dios. Supliquémosle que nos dé siempre hambre y sed de esa justicia».*

CAPITULO VII pág. 587

Oración

La oración viene a ser como un maná precioso que Dios ha dado a sus fieles para conservar y perfeccionar la vida de sus almas; y como un rocío celestial para hacer germinar y crecer en sus corazones toda suerte de virtudes. No hay de qué asombrarse si el Sr. Vicente ha hecho siempre un aprecio tan grande de este santo acto piadoso y una tan gran consideración en practicarlo y en hacerlo practicar a los demás.

En primer lugar, nunca faltaba por las mañanas en dedicar una hora a la oración mental, por muchos asuntos que le surgieran y cualquiera que fuese el lugar donde se hallara, dándole preferencia sobre cualquier buena obra que no fuera obligatoria o necesaria. Eso era para consagrar a Dios las primicias de la jornada y para prepararse a pasar santamente el resto del día. La hacía en la iglesia con toda la Comunidad, y a veces, no pudiendo contener todos los sentimientos que le inspiraba el Espíritu Santo, se le oía lanzar fervorosamente impulsos de su amor a Dios, y sus suspiros infundían devoción a los más tibios. El introdujo en su Congregación el uso de esta santa práctica y quería que todos los días cada uno de los suyos la usara. Decía que también los más enfermos la podían realizar sin molestias, usando el método que él les enseñaba, a saber, el de dejarse llevar por los afectos de la voluntad más que por la aplicación del entendimiento, manteniéndose tranquilamente en la presencia de Dios y formando actos repetidos de resignación, conformidad con la voluntad divina, contrición de sus pecados, paciencia, confianza en la Bondad divina, agradecimiento por los favores recibidos, de amor de Dios y otros semejantes.

Además de la oración mandada por la Regla, hacía otras por el día y de noche, según el tiempo disponible; por más que a éstas prefería las ocupaciones de su cargo y el servicio del prójimo, pues se consideraba como un hombre que no era para sí, y que no podía disponer de otra manera del tiempo, ni de su persona, sino según los deberes del estado al que Dios lo había llamado, que le obligaba, además de cuidarse de su propia perfección, a consagrarse al servicio de la Iglesia y a trabajar en la santificación de las almas. Sin embargo, reconocía que no podía progresar en ese servicio ni en ese trabajo, salvo con la ayuda de las gracias recibidas en la oración. En cuanto hallaba algún pequeño espacio libre en sus trabajos, o alguna interrupción en su sueño, recurría cuanto antes a ese santo ejercicio.

Tenía además la devoción especial de hacer sus oraciones vocales en presencia del Santísimo Sacramento; allí permanecía tan recogido y con una postura tan devota, que todos los que lo veían quedaban muy edificados.

Los Maestros de la Vida espiritual distinguen comúnmente dos clases de oración. (Aquí nos referiremos a la que se hace mentalmente y solamente con la operación del espíritu). Una, que llaman ordinaria, y a la que pueden dedicarse todos, y que se hace a base de consideraciones, afectos y resoluciones. La otra es más secreta, más íntima y más sublime: a ésta Dios eleva a los que Le place y cuando Le place; y esta clase de oración depende más bien de la operación particular del Espíritu Santo, que no de toda la habilidad y de todos los esfuerzos del espíritu humano. No se ha podido descubrir cuál era la oración del Sr. Vicente: si la ordinaria o la extraordinaria; su humildad le hizo mantener ocultos los dones que recibía de Dios, siempre que le fue posible. Pero cualquiera de las dos, que haya sido en concreto, podemos decir en general que fue seguramente muy perfecta, como se puede inferir razonablemente de la excelente preparación que llevaba a ella y de los grandes frutos que sacaba. Esas son las dos señales por las cuales él creía que se podía juzgar con toda seguridad de la cualidades y de la perfección del ejercicio de la oración; porque, aunque respetaba mucho las opiniones de algunos autores modernos en lo que toca a las excelencias de esta forma de oración extraordinaria que han tratado en sus libros, y aunque confesara que las formas de portarse Dios en algunas almas selectas son admirables y sus caminos incomprensibles, con todo, seguía la norma del Santo Apóstol, de no creer fácilmente a toda clase de espíritus, sino de probar bien los espíritus, si son de Dios. Había aprendido además por sí mismo que Satanás se transforma frecuentemente en ángel de luz, y que engaña tanto por apariencias especiosas, como por malas sugestiones. Y su larga experiencia en la dirección de las almas le ha hecho decir en alguna ocasión a personas de confianza, que había unas formas de oración que parecían muy elevadas y muy perfectas, que sin embargo sonaban a falso. Por eso mismo, aconsejaba ordinariamente que se siguiera la vía más humilde y la más baja como la más segura, hasta que Dios mismo nos haga cambiar de camino y nos ponga en otro sendero, que esté iluminado con su luz, para hacernos después, como dice la Escritura, llegar al día perfecto. Pero creía que era necesario que fuera Dios quien hiciera ese cambio; y consideraba una gran temeridad y una especie de presunción, y hasta ilusión, querer por propia iniciativa salir del camino ordinario e introducirse en una vía desconocida con el

pretexto de llegar a una perfección mayor. Porque la perfección no consiste en la forma de oración que se puede seguir, sino en la caridad, la cual puede ser más grande y más ferviente en un alma que haga la oración por la vía ordinaria, que en otra que, jactándose de lo que ella piensa ser una manera de oración más elevada, descuidara trabajar en la corrección de sus vicios y en la adquisición de las virtudes que le son necesarias, y quizá se estanque toda su vida en varias imperfecciones notables.

Quería, pues, que se juzgase de la perfección y de la bondad de la oración por las disposiciones que se llevaran a ella y por los frutos que se recogieran. En cuanto a las disposiciones decía que: *«él no conocía mejores que la humildad, el reconocimiento de la propia nada ante Dios, la mortificación de las pasiones y de los movimientos desordenados de la naturaleza, el recogimiento interior, la rectitud y sencillez de corazón, la atención a la presencia de Dios, la dependencia entera de sus designios y las aspiraciones frecuentes dirigidas a su Bondad».*

Pero si exhortaba a los demás a ponerse en esas santas disposiciones, él se ejercitaba aún más, preparando así continuamente su alma para recibir abundantemente en la oración las luces y las gracias que Dios derramaba a manos llenas. En cuanto a los frutos que recogía en la oración, aunque los principales y más excelentes nos sean desconocidos (su humildad nos los ha cubierto con el velo del silencio), con todo, no ha podido controlarse de tal forma, que alguna vez no haya aparecido, cual otro Moisés, si no enteramente luminoso, sí, al menos, ardiente de fervor y de amor, al salir de las comunicaciones tenidas con su Divina Majestad; y se podía juzgar fácilmente por las palabras que profería de la abundancia de su corazón, al salir de ese santo ejercicio, cuáles habían sido los efectos producidos en su alma. Pero además de eso, podemos afirmar ciertamente, que todos los actos de virtud practicados a lo largo de su vida, su humildad, su paciencia, su mortificación, su caridad, y, generalmente, todo lo que hizo por la gloria y para el servicio de Dios fueron frutos de su oración.

Como conocía por propia experiencia cuán provechoso y saludable era el santo ejercicio de la oración mental para progresar en la Vida espiritual y para perfeccionarse en toda clase de virtudes, sentía también una delicadeza muy especial para llevar a los demás a ella: eso era lo que recomendaba y hacía recomendar con más insistencia durante los Ejercicios de la Ordenación a los que se preparaban para recibir ese gran sacramento, pues estaba persuadido que no podrían nunca ir bien, si no eran hombres de oración. Eso era también lo que hacía practicar con exactitud a los que venían a hacer los Ejercicios Espirituales en San Lázaro, pensando que uno de los frutos principales que debían conseguirse, era formarse bien en la oración mental, y tomar una resolución firme de hacerla fielmente cada día. Eso era lo que inculcaba, en diferentes ocasiones, en las Conferencias de los Eclesiásticos; eso era lo que inspiraba a las Damas de la Caridad en sus reuniones; eso era, finalmente, lo que recomendaba muy particularmente y con mucha eficacia a los de su Congregación, porque quería que los Misioneros fueran hombres de oración, tanto para su propia utilidad espiritual, como para ser capaces de elevar y dirigir a ella a los demás. Y siempre manifestó que deseaba con ardor que hicieran progresos en

ese santo ejercicio: *«Dadme un hombre de oración y será capaz de todo. Podrá decir con el Santo Apóstol: « Todo lo puedo en Aquel que me sostiene y me conforta». Añadía que la Congregación de la Misión durará mientras se practique en ella fielmente el ejercicio de la oración, porque la oración es como un reducto inexpugnable, que pondrá todos los Misioneros al abrigo de cualquier clase de ataques; es un arsenal místico, o como la torre de David, que les proporcionará toda clase de armas, no sólo para defenderse, sino también para atacar y derrotar a todos los enemigos de la gloria de Dios y de la salvación de las almas»*

No se contentaba con exhortar a los suyos para que fueran fieles y gustaran de este santo ejercicio. El en persona los encauzaba hacia allí, y a pesar de la innumerable multitud de asuntos de los que estaba sobrecargado, se tomaba la molestia de hacerles repetir de vez en cuando sus oraciones, y habitualmente los llamaba dos veces cada semana para hacer participar a la Compañía de las luces y los buenos sentimientos recibidos en la oración; y cada vez hacía hablar a tres o cuatro, tanto para edificarse mutuamente unos a otros, como para dar ocasión a los recién venidos, que aún no estaban formados del todo en este ejercicio, de aprender cómo debían hacerlo.

Solía emocionarse mucho en esas repeticiones de oración y no se cansaba de escucharlas, dedicando a ello horas enteras. Y cuando iba de viaje en compañía de personas seglares, les hacía aceptar de buena gana que se dedicaran diariamente algún tiempo a hacer un poco de oración, y que se hablara sobre los buenos pensamientos y buenos sentimientos recibidos en ella; esto cerraba la puerta a conversaciones inútiles y la abría a conversaciones piadosas, gracia a las cuales se volvían comunes los frutos de la oración. Una Señora muy virtuosa, después de haber aprendido del Sr. Vicente esa práctica, la introdujo entre sus domésticos; y le contó un día que uno de sus lacayos, al contar muy sencillamente los pensamientos que había tenido en la oración, había dicho que, después de considerar cómo había recomendado Nuestro Señor a los pobres, había pensado que debía hacer algo por ellos y que, al no poder darles nada, había resuelto rendirles, al menos, algún honor y hablarles amablemente, cuando se dirigieran a él, y también quitarse el sombrero para saludarles. El Sr. Vicente se valió de este ejemplo algunas veces para mostrar que las personas de la condición que fueran podían dedicarse a hacer la meditación: los que así lo hacen, se hacen mejores, y Dios inspira en este santo ejercicio los actos virtuosos, cosa que no sucede en otro tiempo.

Recomendaba especialmente la práctica de la oración a los que están obligados a predicar, a catequizar y a dedicarse a la dirección de las almas. He aquí cómo manifestó un día sus pensamientos, al escribir a uno de sus Sacerdotes: *«La oración es un gran libro para un predicador: es en ella de donde usted puede sacar las verdades divinas del Verbo Eterno, que es su fuente, para difundirlas después entre el pueblo. Es de desear que los Misioneros se aficionen mucho a ese santo ejercicio de la oración; porque sin su ayuda producirán poco o ningún fruto; pero por su medio se harán capaces de tocar los corazones y de convertir las almas. Pido a Nuestro señor que le confirme en la práctica de esta virtud».*

Aconsejaba, sobre todo, la oración afectiva y de práctica, es decir, aquélla en la que se trabaja más en concebir afectos y en formar resoluciones, que en entretenerse en simples consideraciones; en éstas, a su parecer, no se debía detener, sino a falta de luces y de movimientos, que el Espíritu Santo infunde en los corazones. Y para hacer comprender mejor la diferencia de la aplicación del espíritu practicada en la oración de otros movimientos de la gracia, que se recibía en ella, comparaba el alma a una galera que surca el mar con los remos y las velas; y decía que así como no se usan los remos, sino cuando falta el viento, y que, cuando era favorable, se navegaba más agradablemente y más rápidamente, de la misma manera había que ayudarse de las consideraciones en la oración cuando el Espíritu Santo no nos hacía sentir sus movimientos; pero cuando este viento celestial empezaba a soplar en nuestros corazones tenía uno que abandonarse a su influencia.

Otras veces comparaba los temas de meditación a las tiendas de los mercaderes; y decía que, como hay tiendas donde se encuentra sólo una clase de mercancía y otras donde se encuentra todo lo que haga falta, que hay también temas de meditación que sólo nos instruyen en una virtud, y otros, que contienen tesoros de todas las clases de virtudes, como son los Misterios del Nacimiento, de la Vida, de la Muerte y de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; que para aprovechar estos temas de Meditaciones había que adorar a Nuestro Señor en el estado en el que el Misterio nos lo representa, admirarlo, alabarlo y agradecerle las gracias que nos ha merecido, representarle humildemente nuestras miserias y nuestras necesidades, y pedirle las ayudas y las gracias necesarias para imitar y practicar las virtudes enseñadas por El.

Animaba a quienes sentían alguna aridez o esterilidad en sus oraciones a perseverar animosamente en la imitación de Nuestro Señor, el cual factus in agonia, pro lixius orabat, continuaba y prolongaba sus oraciones en lo más agudo de sus penas y de su agonía. Les decía que era preciso reconocer que la oración era un don de Dios, y que se debía pedirle con insistencia la gracia de hacer oración, diciéndole con los Apóstoles: Domine, doce nos orare, Señor, enséñanos cómo debemos orar; y esperar esta gracia de su bondad con humildad y paciencia. Un día, al darles a los suyos consejos relacionados con la oración, les dijo que: *«La oración es una predicación que nos hacemos a nosotros mismos para convencernos de la necesidad que tenemos de acudir a Dios y de cooperar con su gracia a fin de extirpar los vicios de nuestra alma, y plantar en ella las virtudes. Que en la oración hay que esforzarse, sobre todo, en combatir la pasión o la mala inclinación que nos domina, y tratar siempre de mortificarla, porque, si lo conseguimos, todo lo demás vendrá fácilmente, pero que había que mantenerse firme en el combate. Que era importante actuar mansamente en la forma de obrar, y no romperse la cabeza a fuerza de empeñarse y de querer sutilizar; que era conveniente levantar el espíritu a Dios, y escucharle, porque una de sus palabras vale más que mil razones y que todas las especulaciones de nuestro entendimiento; que deseaba que se tuviera la práctica de oración de elevarse de vez en cuando a Dios, y manteniéndose en un humilde reconocimiento de la propia nada, esperar si Dios quería hablar a nuestro corazón y decirnos alguna palabra de Vida eterna; que sólo nos podía aprovechar lo que Dios nos*

inspirara y lo que venía de El; que debíamos recibir de Dios para dar al prójimo, a ejemplo de Jesucristo, quien hablando de sí mismo, decía que sólo enseñaba a los demás lo que había oído y aprendido de su Padre».

Tenía la santa costumbre de hacer todos los años los Ejercicios Espirituales de ocho días por lo menos, sin faltar nunca a ellos, por acuciantes asuntos y ocupaciones que pudiera tener. Y durante el tiempo del Retiro dejaba totalmente el cuidado de la casa y de los asuntos ordinarios, para entregarse solamente a la oración y al recogimiento a imitación de su Divino Salvador, que se retiró también al desierto para dar ejemplo a los que iban a ir a predicar el Evangelio. Vean lo que dijo un día a su Comunidad acerca de los Ejercicios Espirituales, que nos da a conocer cuáles eran sus ideas sobre ellos, aunque no estaba hablando de sí, sino que recomendaba simplemente a las oraciones de su Comunidad a algunos Sacerdotes de su Compañía que los estaban haciendo en aquel momento: *«Rogaremos a Dios por los que han empezado el Retiro, para que quiera renovarlos interiormente, y hacerles morir a su propio espíritu, dándoles el de El. Sí, un Retiro bien hecho es una renovación total: el que lo hace como es debido pasa a otro estado; ya no es el que era; se convierte en otro. Pediremos a Dios que quiera darnos este espíritu de renovación, para que, con la ayuda de su gracia, nos despojemos del viejo Adán, y así revestirnos de Jesucristo, a fin de que en todas las cosas cumplamos su Santísima Voluntad».*

SECCION UNICA pág. 591: Colección de consejos e instrucciones del Sr. Vicente acerca de la oración

La Sagrada Escritura hablando del Profeta Samuel dice, que «Crevit Samuel et Dominus erat cum eo; et non cecidit ex omnibs verbis eius in terram»no caía a tierra ninguna de sus palabras. Y nosotros podemos decir lo mismo, en cierto sentido, de las palabras del Sr. Vicente, que como estaban animadas del Espíritu de Dios y sazonadas de su gracia, impresionaban a sus oyentes, y golpeando el oído, tocaban el corazón. Por esa razón pensamos que el Lector católico recibirá consuelo y edificación, si intercalamos aquí algunos consejos e instrucciones, que había dado en diversas ocasiones a los suyos sobre el tema de la oración, y que han sido cuidadosamente recogidos por algunos de ellos. Y aunque este buen Siervo de Dios haya pronunciado estas exhortaciones sobre la marcha, sin haberlas preparado de antemano, según las ocasiones que se le presentaban a su caridad, la sencillez con la que habla, como un padre que enseña a sus hijos, les dará una gracia especial, y aún logrará que las almas bien dispuestas saquen de ellas un provecho muy grande. Hablando un día a su Comunidad sobre esta materia*: «Se conoce* —dijo— *a los que hacen bien la oración, no sólo en la manera con que dan cuenta de ella, sino, sobre todo, en sus acciones y en su conducta: por ellas dan a conocer el fruto que de ella sacan. Se ha de decir lo mismo de los que la hacen mal; de forma que resulta fácil ver cómo aquéllos progresan, mientras que estos retroceden. Pues bien, para sacar provecho de la oración, hay que prepararse a ella. Cometen una gran falta los que no cuidan esta*

preparación y sólo van a hacer oración por costumbre, y porque los demás la hacen. Antes de presentarte a la oración, prepara tu alma, porque la oración es una elevación del alma a Dios para hacerle presentes nuestras necesidades y para implorar la ayuda de su misericordia y de su gracia. Por consiguiente, es razonable que, cuando haya que tratar con tan alta y tan sublime Majestad se piense un poco qué es lo que se va a hacer, ante quién nos vamos a presentar, qué es lo que queremos decirle, qué gracia es la que vamos a pedirle. Sin embargo, muchas veces sucede que la pereza y la negligencia nos impiden pensar en esto; o bien, por el contrario, es la precipitación y la irreflexión lo que nos aparta de ello: esto hace que caigamos en esa falta de preparación. Así pues, hemos de tener además mucho cuidado con nuestra imaginación vagabunda y movediza para detenerla, y con la ligereza de nuestro pobre espíritu para mantenerlo en la presencia de Dios, aunque sin esforzarnos demasiado en ello, dado que el exceso siempre es perjudicial».

«La oración tiene tres partes. Todos saben el orden y el método. Hay que atenerse a él. El tema de la oración es de una cosa sensible o insensible; si es sensible, como un Misterio, tenemos que representárnoslo y poner atención en todas sus partes y circunstancias; si la cosa es insensible, como por ejemplo una virtud, hay que considerar en qué consiste y cuáles son sus propiedades principales, así como también cuáles son sus características, sus efectos y, especialmente, cuáles son sus actos y los medios de ponerla en práctica. Es bueno también buscar las razones que nos mueven a abrazar dicha virtud, y detenernos en los motivos que más nos impresionan. Se pueden sacar de la Sagrada Escritura o de los Santos Padres, y cuando nos vienen a la memoria algunos pasajes de sus escritos sobre el tema durante la oración, conviene rumiarlos en el espíritu; pero no es necesario ponerse a buscarlos, ni tampoco detenerse en muchos de esos pasajes; pues, ¿de qué sirve detener el pensamiento en un montón de pasajes y razones, como no sea para ilustrar y sutilizar nuestro entendimiento? Pero eso es más bien dedicarse al estudio que a hacer oración».

«Cuando alguno quiere obtener fuego, se busca un eslabón; se le golpea, e inmediatamente, en cuanto el fuego ha prendido en la materia preparada, se enciende la vela. Haría el ridículo quien siguiera golpeando el eslabón, después de tener encendida la vela. De la misma forma, cuando un alma está ya bastante iluminada por las consideraciones, ¿qué necesidad hay de buscar otras, y de dar vueltas y más vueltas al espíritu para multiplicar las razones y los pensamientos? ¿No ven ustedes que eso es perder el tiempo, y que lo que entonces se necesita es dedicarse a inflamar la voluntad, y a excitar los afectos por la hermosura de la virtud y por la fealdad del vicio contrario? Y eso no está mal hecho, porque la voluntad sigue la luz del entendimiento, y se inclina hacia lo que se le propone como bueno y deseable. Pero, no basta con eso: no es suficiente sentir buenos afecto. Hay que dar un paso más y llegar a las resoluciones de trabajar con todo interés en el futuro para adquirir dicha virtud, proponiéndose poner en práctica y realizar sus actos. Este es el punto más importante y el fruto que se debe sacar de la oración. Por eso, no hay que pasar ligeramente por encima de las resoluciones, sino repetirlas y afincarlas dentro del corazón. Y también es bueno prever los obstáculos que se le pueden presentar a uno, y los medios que pueden ayudar a ponerlos por obra, y proponerse evitar

unos y abrazar los otros».

«Pues bien, para esto no es necesario, ni muchas veces conveniente, tener grandes sentimientos de aquella virtud que debemos abrazar, ni siquiera el deseo de tener esos sentimientos; porque el deseo de hacer que nos sean sensibles las virtudes, que son cualidades puramente espirituales, puede a veces perjudicar y hacer daño al espíritu, y la excesiva aplicación del entendimiento calienta el cerebro y da dolores de cabeza. Lo mismo pasa también con los actos de la voluntad repetidos demasiadas veces, o demasiado violentos, que agotan el corazón y lo debilitan. Hay que ser moderado en todo, pues el exceso nunca es digno de alabanza en ninguna cosa, pero especialmente en la oración: hay que actuar con moderación y suavidad, conservando siempre la paz del espíritu y del corazón».

En otra ocasión explicando la diferencia que hay entre los pensamientos que vienen de nosotros mismos, y los que nos son inspirados por Dios: *«Fíjense en la diferencia* —dijo— *que hay entre la luz del fuego y la del sol: durante la noche nos ilumina nuestro fuego, y con su fulgor vemos las cosas, pero muy imperfectamente, sin descubrir más que su superficie, porque esa luz no da más de sí. Pero el sol lo llena y vivifica todo con su luz: no sólo descubre el exterior de las cosas, sino que con su virtud secreta penetra dentro de ellas, las hace obrar y que sean fructuosas y fértiles, según la calidad de su naturaleza. Pues bien, los pensamientos y consideraciones que vienen de nuestro entendimiento no son más que unos fuegos muy pequeños, que sólo muestran un poco por fuera el exterior de los objetos, sin producir nada más; pero las luces de la gracia que el Sol de justicia derrama en nuestra alma, descubren y penetran hasta el fondo más íntimo de nuestro corazón, excitándolo y haciéndole producir frutos maravillosos. Por tanto, hemos de pedir a Dios que sea El mismo quien nos ilumine y nos inspire lo que le agrada. Todas esas consideraciones altas y rebuscadas no son oración; son más bien con frecuencia brotes de la soberbia. Ocurre con los que se detienen y complacen en ellas lo mismo que con el predicador que se pavoneara con sus hermosos discursos y pusiera toda su complacencia en ver a los oyentes satisfechos de lo que les dice; es evidente que no sería el Espíritu Santo, sino el espíritu de soberbia el que iluminaría su entendimiento, el que lanzaría al exterior todos esos hermosos pensamientos, o, por mejor decir, el demonio quien le inspiraría y le haría hablar de ese modo. Lo mismo pasa en la oración, cuando se buscan hermosas consideraciones, y se entretiene uno en pensamientos extraordinarios, sobre todo, para manifestarlos luego a los demás en la repetición de la oración, con el fin de que los demás lo aprecien. Eso sería una especie de blasfemia, sería, en cierto modo, una idolatría del propio espíritu, ya que, tratando con Dios en la oración, se estaría meditando en lo que pueda halagar a la soberbia, y se utiliza ese tiempo sagrado para buscar la satisfacción y complacerse en esa vana estima de los propios pensamientos, haciendo un sacrificio al ídolo de la vanidad».*

«¡Ah Hermanos míos! Guardémonos mucho de esas locuras; reconozcamos todos que estamos llenos de miserias; no busquemos más que lo que nos pueda humillar y llevarnos a la práctica sólida de las virtudes; anonadémonos siempre en la oración, y en las

repeticiones de la oración expongamos humildemente nuestros pensamientos; si a veces se presentan algunos que nos parecen hermosos, desconfiemos mucho de nosotros mismos, y tengamos miedo de que los produzca el espíritu de soberbia, o que los inspire el demonio. Por eso, hemos de humillarnos siempre profundamente cuando nos vengan esos hermosos pensamientos, bien sea en la oración, bien sea predicando, bien en la conversación con los demás. El Hijo de Dios podía arrebatar a todos los hombres con su divina elocuencia, pero no quiso hacerlo; al contrario, para enseñar las verdades de su Evangelio se sirvió siempre de expresiones comunes; siempre quiso ser más bien humillado y menospreciado que alabado o estimado. Veamos, pues, Hermanos míos, cómo hemos de imitarlo. Para ello reprimamos esos pensamientos de soberbia en la oración y en las demás ocasiones; sigamos en todo las huellas de la humildad de Jesucristo; usemos palabras sencillas, comunes y familiares, y cuando Dios lo permita, quedemos contentos de que no se tenga en cuenta lo que decimos, que nos desprecien, que se burlen de nosotros, teniendo la certeza de que, sin una verdadera y sincera humildad, nos será imposible obtener ningún provecho ni para nosotros, ni para los demás».

Un miembro de la Comunidad repitió un día la oración, y como dijera que había dudado si debía hacer unas resoluciones por su infidelidad en ponerlas después por obra, el Sr. Vicente, tomando la palabra y dirigiéndose a todos los presentes les dijo: *«Aunque uno haya sido infiel en el cumplimiento de sus propósitos, no por eso ha de dejar de hacer otros nuevos en la oración; lo mismo que, aunque parezca que no aprovecha el alimento que se toma, no por eso se deja de comer. Porque ésa es una de las partes principales, e incluso la más importante de la oración: hacer buenos propósitos. Por eso, hemos de detenernos especialmente en ellos más que en el razonamiento o en la reflexión. El fruto principal de la oración consiste en resolverse bien, en resolverse con decisión, en basar bien nuestros propósitos, en convencernos profundamente, en prepararnos bien para cumplirlos, y en prever los obstáculos para superarlos. Pero eso no es todo, ya que en el fondo nuestros propósitos no son de suyo más que acciones físicas y morales; y aunque sea conveniente formarlos debidamente en nuestro corazón y afianzarlos en él, hemos de reconocer que todo lo que tienen de bueno, sus prácticas y sus efectos, depende totalmente de Dios. Y ¿por qué creéis que faltamos de ordinario a estos propósitos? Porque nos fiamos demasiado de nosotros mismos, estamos seguros de nuestros buenos deseos, nos apoyamos en nuestras propias fuerzas, y por eso no sacamos ningún fruto. Por tanto, después de tomar algunas resoluciones en la oración, hay que rezar mucho a Dios y pedirle insistentemente su gracia, desconfiando mucho de nosotros mismos, para que quiera comunicarnos las gracias necesarias, y así fructifiquen estos propósitos; y aunque luego lleguemos a fallar de nuevo, no sólo una o dos veces, sino en muchas ocasiones y por largo tiempo e, incluso, aunque no las hayamos cumplido ni una sola vez, nunca hemos de cansarnos de renovarlos y de recurrir a la misericordia de Dios, implorando la ayuda de su gracia. Las faltas pasadas tienen que humillarnos mucho, pero no hacer que perdamos los ánimos; y aunque caigamos en alguna falta, no por eso hay que disminuir la confianza que Dios quiere que tengamos en El, sino tomar siempre una nueva resolución de levantarnos y de evitar nuevas caídas con la ayuda de su gracia, que hemos de pedirle. Aunque los médicos no noten ningún efecto en los remedios que aplican a una enfermedad, no por eso*

dejan de proseguir y repetir sus intentos mientras haya alguna esperanza de vida. Por tanto, si ellos siguen aplicando remedios a las enfermedades del cuerpo, aunque sean largas y graves, aunque no vean ninguna mejoría, con mayor razón hemos de hacer lo mismo con las enfermedades del alma, pues en ellas, cuando Dios quiere, hace maravillas la gracia».

En otra ocasión el Sr. Vicente tomó motivo para hablar de la manera cómo hacía la oración uno de los Hermanos de la Compañía: siempre seguía el mismo modo de hacer su oración, dividiendo el tema en determinados puntos: *«Hermano* —le dijo— *ha hecho usted bien en dividir su oración. Sin embargo, cuando se toma algún misterio como tema de meditación, no es necesario ni conveniente detenerse en una virtud particular, ni hacer la división habitual sobre el tema de esa virtud. Es mejor considerar la historia del misterio y fijarse en todas sus circunstancias, ya que en todas ellas, por pequeñas y vulgares que sean, hay grandes tesoros ocultos, si sabemos buscarlos bien. Pude verlo hace poco en una Conferencia de esos Señores que se reúnen aquí. Tenían como tema para su charla lo que había que hacer para emplear útilmente el tiempo de la cuaresma. Era un tema muy ordinario, del que solían hablar todos los años; sin embargo, dijeron cosas tan buenas que todos los asistentes quedaron muy impresionados, y yo, de modo especial. Puedo decir en verdad que no he visto ninguna Conferencia tan devota como ésa, ni que impresionara tanto a los espíritus; pues, aunque habían hablado muchas veces sobre ese tema, parecía que no eran las mismas personas las que hablaban, sino que Dios les había inspirado en la oración un lenguaje muy distinto. Así es, Hermanos míos, cómo oculta Dios tesoros en cosas que parecen tan comunes y en las circunstancias más pequeñas de verdades y misterios de nuestra Religión; son como esos granos de mostaza, que producen grandes árboles, cuando Nuestro Señor quiere darles su bendición»*

En otra ocasión, hablando sobre el mismo asunto de la oración,

«Algunos —dijo— *tienen bellos pensamientos y buenos sentimientos, pero no se los aplican a sí mismos, ni piensan bastante en su estado interior. Sin em594 bargo, se ha recomendado muchas veces que, cuando Dios comunica algunas luces o algunos buenos movimientos en la oración, hay que ponerlos siempre al servicio de nuestras necesidades particulares, hay que considerar los defectos propios, confesarlos y reconocerlos delante de Dios, e incluso, a veces, acusarse delante de la Comunidad para mayor humillación y confusión, y hacer el firme propósito de corregirse; pues eso no se hace nunca sin sacar algún provecho».*

«Mientras se repetía la oración, pensaba en mi interior por qué motivo algunos logran muy pocos progresos en este santo ejercicio de la meditación. Temo que la causa de este mal consista en que no practican mucho la mortificación y les dan demasiada libertad a sus sentidos. Si leemos lo que los más hábiles maestros de la Vida espiritual han dejado escrito sobre la oración, veremos que todos unánimemente han dicho que la práctica de la mortificación es absolutamente necesaria para hacer bien la oración y que, para disponerse a ella, no sólo hay que mortificar la lengua, los ojos, los oídos y los demás

sentidos exteriores, sino también las facultades del alma, el entendimiento, la memoria y la voluntad; por este medio, la mortificación nos dispondrá a hacer bien la oración y, al revés, la oración ayudará a practicar bien la mortificación».

Uno de los Hermanos de la Compañía se puso un día de rodillas ante los demás para pedir perdón, porque desde hacía algún tiempo no hacía nada en la oración, y también porque le costaba mucho aplicarse a ella. *«Hermano* —le dijo el Sr. Vicente— *Dios permite a veces que se pierda el gusto que uno sentía y el atractivo que tenía por la oración, e, incluso, que le resulte penosa. Pero se trata de ordinario de una prueba que nos envía y por eso mismo no hay por qué angustiarse, ni dejarse llevar por el desaliento. Hay almas buenas que a veces son tratadas de ese modo, como así lo han sido muchos Santos. Sí, conozco personas muy virtuosas que no tienen más que sinsabores y sequedades en la oración, pero como son muy fieles a Dios, hacen muy buen uso de todo ello y eso contribuye mucho a su progreso en la virtud. Es verdad que, cuando estos sinsabores y arideces les ocurren a los que empiezan a darse a la oración, hay a veces motivos para temer que provengan de alguna negligencia por parte de ellos; y en eso, Hermano mío, debe usted poner un poco de cuidado»*

Entonces el Santo le preguntó al Hermano si le dolía la cabeza. Este le respondió que, en efecto, desde que el último Retiro intentó hacer sensibles al espíritu los temas de la oración, sufría con frecuencia dolores de cabeza. Entonces él le replicó: *«Hermano: no hay que obrar de esa manera, ni esforzarse en hacerse sensible en la oración lo que no lo es por su naturaleza; es el amor propio el que busca eso. Hemos de obrar por espíritu de fe en la oración, y considerar los misterios y las virtudes que meditamos con ese espíritu de fe, mansa y humildemente, sin esforzar la imaginación, y aplicar más bien la voluntad para los afectos y las resoluciones, que el entendimiento para las ideas».*

Otro Hermano, al repetir la oración, se lamentaba porque no tenía bastante talento para meditar, y que de las facultades del alma sólo se servía de una, que era la voluntad. Apenas se proponía el tema, y sin usar de razonamientos, comenzaba a producir afectos, ya dando gracias a Dios, ya lamentando sus pecados, o bien, suplicándole que le diera alguna gracia para imitar a Nuestro Señor en alguna virtud. Y a continuación hacía algunas resoluciones, etc: *«Basta, Hermano —le dijo el Sr. Vicente— y no se preocupe usted por las aplicaciones del entendimiento, que se hacen únicamente para excitar la voluntad, ya que usted, sin esas consideraciones, se inclina tan fácilmente a los afectos y a las resoluciones de practicar la virtud. ¡Que Dios le dé la gracia de continuar así y de hacerse cada vez más fiel a los deseos de El».*

CAPITULO VIII pág. 597

Devoción y piedad para con Dios

La Devoción es una virtud, por la cual nos relacionamos con todas las cosas tocantes al culto y al servicio de Dios con un afecto singularísimo y con un deseo de glorificarle y honrarle que no tiene más límites que los prescritos por la caridad.

Y como podemos honrar y glorificar a Dios con la práctica de toda clase de virtudes, por está razón San Ambrosio ha dicho muy bien, que la devoción era el fundamento de las demás virtudes; y San Agustín asegura que «Verae virtutes, nisi in eis quibus inest vera pietas in Deum, inesse non possunt» August. lib. II, De civitate, cap. 4las verdaderas virtudes no se pueden hallar, sino en los que tienen una verdadera devoción y piedad para con Dios.

Y como el Sr. Vicente ha sobresalido en toda clase de virtudes, según hemos podido ir viendo en los capítulos anteriores y continuaremos en los siguientes, no hay lugar para dudar que ésta de la devoción la haya poseído en un grado muy excelente, y que haya estado dotado de una devoción sincera y perfecta para todo lo relacionado con el culto y el honor de Dios.

Y en primer lugar, la devoción de este Santo Varón esta cimentada en una estima muy grande de la grandeza infinita de Dios, y sobre un profundísimo respeto a su Divina Majestad. Sus humillaciones maravillosas en todos los actos de Religión, los términos llenos de honor y de respeto que usaba cuando se trataba de hablar de Dios, y el afecto singularísimo con el que se esforzaba en infundir en todos los espíritus un grandísimo aprecio y reconocimiento de las grandezas y las perfecciones de Dios, han sido las señales evidentes de la santa disposición que tenía en su corazón.

«Tratemos, Hermanos míos, —dijo un día a su Comunidad— *de concebir no ya una grande, sino una grandísima estima de la Majestad y de la Santidad de Dios. Si tuviéramos la vista de nuestra mente bastante poderosa como para penetrar un poco en la inmensidad de su soberana Excelencia ¡oh Jesús!, ¿qué altos sentimientos no lograríamos? Podríamos decir muy bien, como San Pablo, que los ojos no han visto nunca, ni los oídos oído, ni la mente concebido nada que le sea comparable. ¡Es un abismo de perfecciones, un Ser eterno, santísimo, purísimo, perfectísimo e infinitamente glorioso; un bien infinito, que comprende todos los bienes, y que es en Sí incomparable! Pues bien, este conocimiento que tenemos de que Dios está muy por encima de todos nuestros conocimientos y de todo entendimiento creado, nos debe bastar para hacerle apreciar infinitamente, para anonadarnos en su presencia, y para hacernos hablar de su Majestad Suprema con un gran sentimiento de reverencia y de sumisión; y cuanto más le apreciemos, más lo amaremos también; y este amor producirá en nosotros un deseo insaciable de que le agradezcamos sus beneficios, y de procurarle verdaderos adoradores».*

Sentía una aversión increíble contra el orgullo, porque este vicio le quita a Dios el honor que se Le debe, y hace que los soberbios se lo atribuyan con tanta temeridad como

injusticia. Por eso le hacía una guerra continua, no solamente en sí mismo, sino en todos los que estaban bajo su dirección. Como lo podremos ver con más amplitud cuando tratemos de su humildad. Aquí sólo presentaremos algunos de los sentimientos que escribió un día a uno de sus Sacerdotes que estaba trabajando en misiones: *«¡Oh qué consolado he quedado* —le dice— *por lo que me ha escrito acerca de ese buen pueblo, que ha cumplido bien con su deber! Porque no sabría decirle cuánto he temido que no lo hiciera así. Sólo a Dios le sea dada la gloria por ello, y que los que trabajan le rindan fielmente este agradecimiento. Si los trabajos de ustedes logran algún éxito, o si producen algún efecto bueno, a Domino factum est istud!, es Dios quien lo ha hecho, y es a El a quien se ha de rendir todo honor. ¡Ah Señor! ¡Qué gran obstáculo presentaría a la santificación del Nombre de Dios y a la justificación de las almas quien se atribuyera la una o la otra, o quien pensara que tenía en ellas alguna parte! Quiera la Bondad divina que no suceda nunca que ninguno de la Misión admita en su espíritu semejante pensamiento; eso sería indudablemente un sacrilegio cometido por él, y todo el Cuerpo de la Congregación de la Misión se haría culpable del mismo crimen, si se complaciere en esa manera de pensar tan desgraciada, de que, por sus trabajos, él había convertido los pueblos a Dios, y que por eso es digno de ser estimado y considerado. ¡Cuánto deseo que quede profundamente grabada en nuestros corazones esta verdad!: que los que piensan ser los autores de algún bien, o que tienen en él alguna parte, y que sienten alguna complacencia en tal pensamiento, pierden mucho más que ganan en ese mismo bien».*

Pero principalmente era en la celebración pública de los Divinos Oficios, donde la devoción del gran Siervo de Dios aparecía con una edificación singularísima de los asistentes. Cuando podía asistir al coro para cantar o salmodiar, lo hacía con gran recogimiento de su espíritu, de manera que se le veía embelesado y elevado en Dios. Con frecuencia también recomendaba a su Comunidad que desempeñara ese deber para con Dios con respeto y sentimiento de piedad, que recitara pausadamente, que mantuviera los ojos bajos o fijos en el breviario o diurnal, sin mirar ni a un lado ni a otro. Aunque él tenía un corazón lleno de mansedumbre, con todo, no podía sufrir las menores faltas que se cometían en los Divinos Oficios, como, por el contrario, no podía manifestar suficientemente su gozo, cuando se realizaba aquel acto en la forma conveniente.

Cuando debía celebrar el Oficio solemnemente, ponía mucho cuidado en hacerse instruir en todo lo que era propio y particular, según lo requiriera la solemnidad de la fiesta. En sus últimos años se humillaba mucho porque sus achaques no le permitían hacer del todo las genuflexiones prescritas por orden de la Iglesia. Le gustaba mucho y recomendaba la limpieza en los ornamentos sagrados; y, sobre todo, la exactitud en la observación de la Rúbricas; y cuando se faltaba a alguna, quería que se humillara mucho.

Su devoción no se dejaba ver solamente en la celebración pública de los Oficios Divinos, más también en la recitación particular: la hacía siempre con una postura humilde y respetuosa, con la cabeza descubierta y las rodillas en tierra, excepto los dos o tres últimos años de su vida: en ellos estaba obligado, a causa de sus grandes molestias, a recitarlo sentado, por no poder hacerlo de otra forma.

Dios le había concedido una devoción muy grande a los Misterios de nuestra Religión, y, en especial, a los de la Santísima Trinidad, de la Encarnación del Hijo de Dios y del Santísimo Sacramento del altar. Por lo que respecta a la Santísima Trinidad, como este misterio contiene la primera y principal de las verdades que hay que creer y adorar, tenía sumo interés en procurar el conocimiento y el aprecio en las almas, y en enseñarlo y hacerlo enseñar en las misiones. Diariamente rendía, con una devoción especial que ha inspirado a todos los de su Congregación, un homenaje, a la mañana y al anochecer, a este adorabilísimo misterio. Y logró que Nuestro Santo Padre el Papa, con la Bula de la Erección de la Congregación de la Misión, obligara a todos los que pertenezcan a ella a honrar de una manera muy particular este inefable misterio y el de la Encarnación, haciendo de ello incluso una Regla expresa en estos términos: *«Trataremos de cumplir este deber con un esmero muy grande y de todas las maneras posibles, pero principalmente haciendo estas tres cosas: 1. haciendo a menudo y de corazón actos de fe y de religión acerca de estos misterios; 2. ofreciendo cada día en su honor algunas oraciones y buenas obras, y, sobre todo, celebrando sus fiestas con solemnidad y con la mayor devoción posible; 3. trabajando con diligencia, sea con la palabra, sea con el ejemplo, en esparcir en las almas de la gente el conocimiento, el honor y el culto a estos misterios».*

Como la Iglesia en las principales fiestas nos invita a honrar más particularmente los misterios cuya memoria se solemniza, era precisamente en esos días cuando el Sr. Vicente mostraba una devoción muy extraordinaria: celebraba ordinariamente la Misa Mayor y oficiaba en las Vísperas; pero con tal recogimiento, modestia y gravedad, que era fácil ver cuán unido estaba interiormente a Dios. Y aunque su devoción fuera tal en la celebración de las grandes fiestas, no se mostraba menor los demás días en todos los actos relacionados con el culto y el honor que rendía a Dios. Se levantaba, de acuerdo con la Regla, a las cuatro (como ya se ha dicho), aunque se acostara siempre tarde y pasara muchas noches sin poder reposar más de dos horas, como a veces lo ha confesado él mismo; y, a pesar de eso, a la primera señal, se levantaba con tal presteza y fervor, que el segundo golpe de la campana no lo hallaba nunca en la misma postura que el primero. Nunca fallaba en ofrendar inmediatamente con gran humildad sus primeros deberes a Dios. He aquí lo que se ha encontrado escrito de su propia mano a una persona de alta cualidad para hacer bien este acto: *«Al levantarme adoraré la Majestad de Dios y le daré gracias por la gloria que posee, por la que ha dado a su Hijo, a la Santa Virgen, a los Santos Angeles, a mi Angel de la Guarda, a San Juan Bautista, a los Apóstoles, a San José y a todos los Santos y Santas del paraíso. También Le daré gracias por las que ha derramado sobre su Santa Iglesia, y, en particular, por las que he recibido de El, sobre todo, porque me ha conservado durante la noche. Le ofreceré mis pensamientos, mis palabras y mis acciones en unión con las de Jesucristo, y le pediré que me libre de ofenderle y que me dé la gracia de cumplir fielmente todo lo que Le sea agradable».*

Después de estos actos de Religión y gratitud, hacía la cama, iba a la Iglesia a la presencia del Santísimo Sacramento, donde, a pesar de la incomodidad de sus piernas hinchadas que tenía que vendar todas las mañanas, llegaba de ordinario antes de la media hora y antes que muchos otros. Manifestaba una gran alegría por ver todas las mañanas a

la Comunidad reunida delante de Nuestro Señor, y felicitaba a los más diligentes y a los más asiduos, y expresaba pena cuando veía a algunos mostrarse más tardos que los demás.

Terminada la meditación, recitaba en voz alta las letanías del Santo Nombre de Jesús con una devoción inexpresable, gustando y saboreando las expresiones de honor y de alabanza que presentaba a este Divino Señor y esparciendo de esta manera la unción y el perfume de este sagrado Nombre en los corazones. Después se preparaba para la Santa Misa con gran recogimiento, dando a eso un tiempo razonable, sin dejar de hacerla por muchos que fueran los asuntos pendientes y, además, se confesaba a menudo. Esto escribe en pocas palabras uno de sus sacerdotes: *«He tenido el consuelo de servirle de confesor durante mi estancia en París. Con esa ocasión he conocido más en concreto la santidad y la pureza de su alma, que no podía sufrir ni la apariencia del pecado».*

Pronunciaba todas las palabras de la Santa Misa muy claramente y de forma tan devota y tan afectuosa, que se veía bien que su corazón hablaba por su boca; eso producía en los asistentes grandes sentimientos de piedad. Con un tono de voz moderado y agradable, con una expresión espontánea y devota, que no era ni demasiado lenta, ni demasiado acelerada, sino conveniente a la santidad del acto. Entonces se veían en él dos cosas que se hallan rara vez en una misma persona, a saber, una profunda humildad y un porte grave y majestuoso. También entraba en el espíritu de Jesucristo, que lleva a ese sacrificio dos cualidades muy diferentes, una de Hostia y otra de Sacrificador: a la vista de la primera, el Sr. Vicente se rebajaba internamente, como un criminal digno de muerte ante el juez y lleno de temor pronunciaba el Confiteor y estas otras palabras In spiritu humilitatis et in animo contri to, etc. Nobis quoque peccatoribus, etc. Domine, non sum dignus, etc.y otras parecidas, con un sentimiento muy grande de contrición y de humildad. En calidad de Sacrificador ofrecía con toda la Iglesia las oraciones y las alabanzas de Dios, juntamente con todos los méritos y la persona misma de Jesucristo sacrificado. Y todo esto lo hacía con un espíritu de Religión, de respeto y de amor a Dios.

«No basta —decía un día sobre esta materia a sus Sacerdotes— *con celebrar la misa; además hemos de ofrecer ese sacrificio con la mayor devoción que nos sea posible, según la voluntad de Dios, conformándonos, en cuanto podamos con la gracia de Dios, con Jesucristo, que se ofreció a Sí mismo en su vida mortal en sacrificio a su Padre eterno. Esforcémonos, pues, señores, en ofrecer nuestros sacrificios a Dios con el mismo espíritu con que Nuestro Señor ofreció el suyo, y de la forma más perfecta que pueda permitirnos nuestra pobre y mísera naturaleza».*

Uno de los más antiguos de la Compañía ha observado que la devoción del Sr. Vicente era singularísima en la celebración de la Misa, y que aparecía cuando recitaba el Santo Evangelio. Otros han notado que, cuando tropezaba con algunas palabras que Nuestro Señor había proferido, las pronunciaba con un tono de voz más tierno y más lleno de afecto; eso comunicaba devoción a los presentes que lo escuchaban. En varias ocasiones se ha oído a algunas personas, que no lo conocían y que habían asistido a su

Misa, decir entre ellas, como admiradas, *«¡Dios mío! ¡He ahí un Sacerdote que dice bien la Misa; debe ser un Santo!»*. Otras han dicho que les parecía un ángel en el altar

Algunos han observado que, cuando leía en el Santo Evangelio algunos párrafos en los que Nuestro Señor había dicho, Amen, amen dico vobis,es decir, En verdad, en verdad os digo, seguía con mucha atención las palabras siguientes, como admirado de esa doble afirmación que el mismo Dios de Verdad empleaba; y, al ver que allí se encerraba un doble misterio, y que la cosa era de gran importancia, manifestaba, con un tono de voz todavía más afectuoso y devoto, la pronta sumisión de su corazón. Parecía que mamaba el sentido de los pasajes de la Escritura como un niño la leche de su madre, y sacaba de ellos el meollo y la sustancia para sustentarse de ella y alimentar su alma. Eso hacía que en todas sus acciones y palabras apareciera lleno del Espíritu de Jesucristo.

Cuando se volvía hacia el pueblo, lo hacía con una cara muy modesta y serena; y por el gesto que hacía al abrir y extender los brazos, daba a conocer la dilatación de su corazón y el gran deseo que tenía de que Jesucristo estuviera en cada uno de los presentes.

Como consideraba al Sacrificio de la Misa el centro de la devoción cristiana y el acto más digno de la piedad de los Sacerdotes, nunca jamás dejaba de celebrarla, exceptuando los tres primeros días de sus Retiros anuales: en ellos se abstenía, según la costumbre de la Compañía, y así se acomodaba a los demás, que emplean esos primeros días para entrar en un espíritu de penitencia haciendo memoria de sus defectos y faltas pasadas, y por esa razón no se acercan a los santos altares, sino después de sus confesiones anuales o generales. Fuera de ese tiempo, el devoto Siervo de Jesucristo celebraba regularmente todos los días la Santa Misa en cualquier sitio donde se hallase, en la ciudad o en el campo, y también estando de viaje. Y ha puesto como Regla a los Sacerdotes de su Compañía que hagan lo mismo. No se sabe que haya jamás faltado a la celebración de ese Santo Sacrificio, mientras ha podido mantenerse de pie, porque sus indisposiciones habituales no se lo impedían; y a menudo iba al altar igual que a la oración con la fiebre llamada por él habitualmente su pequeña fiebrecilla.

No se contentaba con celebrar diariamente la Santa Misa. Tenía además la devoción de ayudarla él mismo en persona a los demás Sacerdotes en el Santo Altar. Le han visto hacer eso en todo tiempo, aunque estuviera abrumado por los asuntos pendientes, incluso en la ancianidad, pasados los setenta y cinco años, cuando no podía casi andar sin bastón, ni ponerse de rodillas sino con gran dificultad a causa de su mal de piernas. En esa edad venerable, y en este estado achacoso, se ha visto al primer Superior General de la Congregación de la Misión hacer el oficio de clérigo e ir a ayudar a un Sacerdote en el altar con un respeto y una devoción que edificaba muchísimo a los presentes.

Recomendaba a los Clérigos de su Compañía que no permitieran nunca, cuando asistieran a alguna misa, que fuera ayudada por un seglar, sino que fueran a coger un

sobrepelliz y la ayudaran ellos, *«Porque* —decía— *los seglares no tienen dere cho a hacer eso, salvo en caso de necesidad; es una vergüenza para un eclesiásti co, que tiene el carácter para servicio de los altares que, en su presencia, los que no lo tienen hagan el oficio de ellos»*

SECCION I pág. 601: Devoción particular al Santísimo Sacramento del Altar

Pero una de las más grandes y más singulares devociones del Sr. Vicente ha sido la de la Santísima Eucaristía considerada no solamente como Sacrificio, (hemos hablado de eso en este mismo capítulo), sino también como Sacramento, bajo cuyas especies el Hijo de Dios se nos hace realmente presente en nuestras iglesias y cumple de una manera tan verdadera como maravillosa la promesa que hizo de permanecer con nosotros hasta la consumación de los siglos.

Esta devoción del Sr. Vicente se manifestó al principio en el grandísimo respeto, con el que se portaba en las iglesias donde estaba reservado este adorabilísimo Sacramento y en el afecto grandísimo que sentía por esos santos lugares honrados con la presencia de Jesucristo. Veamos lo que un personaje de una virtud muy grande ha manifestado: *«He notado varias veces* —ha dicho— *que, cuando el Sr. Vicente rezaba ante el Santo Sacramento, se podía ver fácilmente en su exterior la auténtica y sincera devoción de su interior: siempre estaba de rodillas, con un porte tan humilde, que parecía que se hubiera rebajado gustosamente hasta el centro de la tierra para manifestar mucho más su respeto a la Majestad de Aquel cuya presencia reconocía. Y ciertamente, al considerar aquella modestia respetuosa que aparecía en su rostro, podía decirse que veía con sus ojos a Jesucristo. Y la compostura de su exterior era tan devota y tan religiosa que era capaz de despertar la fe más dormida y dar a los más insensibles sentimientos de piedad para con este misterio».*

Pues bien, no era solamente al ofrecer sus plegarias cuando aparecía su respeto y su devoción al Santísimo Sacramento, sino que todas las veces que se hallara en las iglesias, donde se detenía por la circunstancia que fuera, siempre se mantenía con una modestia muy grande; y, en cuanto le era posible, evitaba hablar con persona alguna en estos santos lugares. Pero si tenía necesidad de hacerlo, trataba de hacer salir fuera de la Iglesia a los que querían hablar con él. Esto lo hacía hasta con las personas más cualificadas, incluso con los Prelados, pero sin decir ni hacer nada que pudiera herir el respeto debido a ellos.

El afecto particular que sentía por los lugares honrados con la Divina Presencia era tal, que los días en los que estaba tan embarazado por los asuntos, que no podía salir de casa, aún se le veía ir a la iglesia: allí permanecía ante el Santísimo Sacramento todo el tiempo que podía tener libre, y, a veces, varias horas. Acudía sobre todo, cual otro Moisés,

al Sagrado Tabernáculo con ocasión de negocios espinosos y difíciles, para allí consultar el Oráculo de la Verdad. Se le vio con frecuencia, cuando recibía cartas que preveía que contendrían la noticia de algún buen o mal resultado en cosas de importancia, ir a ponerse detrás del Altar Mayor de San Lázaro; y allí, poniendo las rodillas en tierra y con la cabeza descubierta, abrir y leer las cartas en presencia de Nuestro Señor. También solía hacer eso en otros lugares en que se hallara. Y un día, como le hubieran presentado una carta en el patio del Palacio en París, pensando que le anunciaría el resultado de un asunto muy importante para la gloria de Dios, aunque entonces estaba ya muy torpe de sus piernas, no dejó de subir la escalera para ir a la Capilla de arriba del Palacio, donde descansa el Santísimo Sacramento; y como la hallara cerrada, con todo, se puso de rodillas ante la puerta, y en aquel estado leyó la carta. Seguramente usaba de aquel modo para protestar más perfectamente su sumisión a todas las disposiciones de la Voluntad de Dios, que le serían manifestadas en las cartas; y para hacer un sacrificio de todos los movimientos de alegría, o de tristeza, que las noticias que iban dentro podrían promover en su alma.

Cuando salía de la casa de San Lázaro, iba en primer lugar a postrarse ante Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento para pedirle su bendición; y en cuanto estaba de vuelta, iba inmediatamente a presentarse ante El, como para darle cuenta de lo que había hecho en la ciudad; para darle gracias por las que había recibido y para humillarse por las faltas que pudo haber cometido. Y esto lo hacía no por cumplir, sino con un verdadero sentimiento de Religión y de piedad, estando cada vez un tiempo bastante largo ante el Santísimo Sacramento, con un porte muy humilde y devoto. Ha introducido entre los suyos esta práctica, diciendo que era muy justo que se tributara esa muestra de cortesía con el Amo de la casa.

Cuando, andando por la ciudad, hallaba al Santísimo Sacramento por la calle, se ponía inmediatamente de rodillas en el sitio donde se hallara y permanecía en aquella humilde actitud mientras lo podía ver; y si lo llevaban a lo largo del camino que llevaba él, lo seguía con la cabeza descubierta desde muy lejos, ya que no le podía seguir de cerca por la dificultad que tenía de andar.

En sus viajes observaba esta santa costumbre: al pasar las aldeas, si las iglesias estaban abiertas, bajaba del caballo para ir a visitar y adorar el Santísimo Sacramento; y si estaban cerradas, entraba espiritualmente y le tributaba interiormente los mismos deberes; y en cuanto llegaba a los lugares donde debía detenerse para comer o para acostarse, antes de nada, iba a la iglesia a ofrecer sus respetos y sus homenajes al Santísimo Sacramento.

Durante sus enfermedades graves, cuando no podía andar ni sostenerse de pie para celebrar la Santa Misa, practicaba la devoción de comulgar todos los días, si es que no le ocurría algún contratiempo insuperable que le privara de ese consuelo. Y en sus comuniones cotidianas llevaba tan grandes disposiciones, y manifestaba su respeto y una ternura tan notables hacia Aquél que adoraba y recibía en dicho sacramento, que parecía estar como transportado y arrebatado fuera de sí. Sobre esta cuestión, hablando un día a

los suyos de los efectos que este Divino Sacramento obra en quienes lo reciben con las disposiciones convenientes les dijo: *« ¿No sientes ustedes, Hermanos míos, no sienten arder ese divino fuego en sus pechos, cuando han recibido el Cuerpo adorable de Jesucristo en la Comunión?».*

Era de la abundancia de su corazón de donde salían esas palabras, que daban a conocer bastante lo que por su propia experiencia gustaba y sentía en sus comuniones. También era eso lo que le llevaba a exhortar a todos a que se prepararan bien para recibir digna y frecuentemente la Sagrada Comunión del Cuerpo de Jesucristo, porque no aprobaba que uno se alejara de ella sin una razón importante. A una persona piadosa, aconsejada y dirigida suya, como una vez se hubiera abstenido de recibir este sacramento por alguna pena interior que le había sobrevenido, ese mismo día le escribió en un billete: *«No ha obrado usted del todo bien al abstenerse hoy de la Sagrada Comunión por la pena interna que ha sentido. ¿No ve usted que eso es una tentación, y que así se convierte en presa del enemigo de este adorabilísimo Sacramento? ¿Piensa usted hacerse más capaz y mejor preparada para unirse a Nuestro Señor alejándose de El? Con toda seguridad, si usted piensa así, se engañará en gran manera, y eso sería una pura ilusión».*

En otra ocasión hablando a los de su Comunidad sobre este mismo asunto, les dijo: *«Que debían pedir a Dios que les diera el deseo de comulgar a menudo, pues había motivos para gemir delante de Dios y entristecerse, al ver cómo se enfriaba esta devoción entre los cristianos, debido en parte a las nuevas ideas».*

«Hablando de esto con el Superior de una santa Compañía y con otro que era un gran director de almas, al preguntarles si veían ahora acercarse al confesonario y recibir la comunión a tantas personas como antes, éstos le dijeron que la frecuencia y el número había disminuido mucho; que, sin embargo, la Eucaristía era el pan cotidiano que Nuestro Señor quiso que se le pidiera, y que los primeros cristianos tenían la costumbre de comulgar todos los días, pero que ciertos nuevos advenedizos habían apartado de eso a mucha gente, y que no era extraño que les escucharan, dado que la naturaleza se complacía en ello, y que las que seguían sus inclinaciones abrazaban con gusto esta nuevas opiniones, que parecían aliviarles al quitarles la preocupación y el esfuerzo exigidos para ponerse y mantenerse en las disposiciones necesarias para recibir digna y frecuentemente la Sagrada Comunión».

«Añadió que había conocido a una señora de elevada condición y piedad, que, por consejo de sus directores, siguió comulgando durante mucho tiempo los domingos y jueves de cada semana; pero habiéndose puesto luego en manos de un confesor que seguía esta nueva doctrina, por no sé que curiosidad y afectación de mayor perfección, se había apartado de esta santa práctica, comulgando al principio solamente una vez cada ocho días; luego, cada quince, más adelante, una vez al mes, etc.; y habiéndolo dejado, una vez, más de ocho meses, un día se puso a reflexionar sobre sí misma, y se vio en un estado muy deplorable, muy llena de imperfecciones y expuesta a cometer un gran número de faltas, a complacerse en la vanidad, a dejarse dominar por la cólera, por la impaciencia y por las

demás pasiones y, finalmente, muy distinta de cómo había sido antes de apartarse de la Sagrada Comunión. Quedó entonces muy extrañada e impresionada, y se dijo llorando: ¡Desgraciada de mi! ¡En qué estado me encuentro aho ra! ¡De dónde he caído, y adonde me llevarán todos estos desvaríos y desórde nes! ¿A qué se debe este cambio tan desdichado? Seguramente se debe a que dejé mi primera dirección y escuché los consejos de estos nuevos directores, que son muy perniciosos, ya que producen tan malos efectos como he podido palpar por propia experiencia. ¡Dios mío, que me abres los ojos para reconocerlo: dame la gracia de separarme por completo de ellos!».

«Después de lo cual, se separó de los directores nuevos y renunció a sus peligrosas máximas, que la habían destrozado y casi echado a perder. Siguió otros consejos más saludables y volvió a sus prácticas anteriores, frecuentando como anteriormente los sacramentos con las disposiciones requeridas. Y así encontró el descanso de su conciencia y el remedio para todos sus defectos».

El Sr. Vicente se ha servido varias veces de este ejemplo para dar a conocer mejor, por la oposición de su contrario, las grandes bendiciones que se recogían con la frecuente y digna recepción de este Santísimo Sacramento, pues en él Nuestro Señor nos da no sólo abundancia de gracias, sino también el manantial de todas las gracias, que no es otro que El mismo. Y como este devoto Siervo de Jesucristo experimentaba un gran sentimiento ante ese exceso de amor y de caridad de un Dios a las criaturas, exhortaba con frecuencia a los suyos a que Le dieran acciones de gracias muy especiales por un beneficio tan incomprensible, tratando de reconocer esta incomparable obligación con frecuentes adoraciones, humillaciones y glorificaciones al Hijo de Dios, que reside en este Santísimo Sacramento y, al confesarse también incapaces de satisfacerle, rogar a los Santos Angeles que les ayudaran a rendirle justas muestras de agradecimiento.

En esos mismos sentimientos les advertía que cumplieran cuidadosamente con todos los deberes externos de reverencia ante el Santísimo Sacramento, y llamaba la atención a los que veía cometiendo faltas. En esto era tan exacto, que, si veía alguno pasar ante el altar mayor de la iglesia, donde está reservado, sin hacer la genuflexión hasta el suelo, o que la hacía con demasiada brusquedad, le advertía en particular, o también en público cuando lo juzgaba conveniente, diciendo que no había que presentarse ante Dios como unos marionetas, a los cuales se les imprime movimientos ligeros y reverencias sin alma y sin espíritu. Un día, al advertir que un Hermano no había hecho la genuflexión entera, lo llamó y le enseñó hasta donde y de qué manera había que hacerla. Por lo que le tocaba a él, siempre cumplió exactamente con esa obligación, e hizo la genuflexión, mientras pudo y aún más, porque con frecuencia necesitaba que le ayudaran para levantarse. Y cuando su mucha edad y los molestos achaques de sus piernas no le permitieron hacerla del todo, pedía por ello perdón de vez en cuando públicamente delante de toda la Comunidad, diciendo que sus pecados le habían privado del uso discrecional de sus rodillas.

Una vez entre otras, después de haber manifestado con su humildad habitual que

sentía mucho que su edad y sus achaques le impidieran hacer la genuflexión dijo: *«Pero si veo que la Comunidad se relaja, me esforzaré en poner la rodilla en tierra, por mucho que me cueste, y para levantarme lo mejor que pueda, me apoyaré con las manos en tierra, y así podré dar el ejemplo debido; porque las faltas que se cometen en una Comunidad se imputan al Superior, y las de la Congregación en este punto son muy importantes, tanto porque se trata de un deber de Religión y de una reverencia externa que manifiesta el respeto interior que rendimos a Dios, como porque si somos los primeros en faltar a ella, no haciendo más que una pequeña o media genuflexión, los eclesiásticos de fuera que vienen aquí, creerán que no están obligados a hacerla ya más, y los de la Compañía que vengan después de nosotros, y que seguirán nuestras Reglas, harán menos aún; y así todo irá decayendo; porque, si el original es defectuoso, ¿qué será de las copias? Les ruego, pues, señores y hermanos míos, que presten mucha atención a esto, y se porten en esa ocasión de forma que la reverencia interior prevenga y acompañe siempre a la exterior. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad, y todos los verdaderos cristianos deben portarse de esta forma según el ejemplo del Hijo de Dios, quien, postrándose rostro en tierra en el Huerto de los Olivos, unió a esta devota postura una humillación interior muy profunda, por respeto a la Majestad Soberana del Padre».*

Si el Sr. Vicente ponía tal interés en actuar de suerte que no se faltara al menor detalle del respeto exterior debido a este adorable Sacramento, con más razón se puede creer que sentía un disgusto extremo y un dolor muy sensible, cuando oía las noticias que alguna vez le comunicaron sobre profanaciones e impiedades que la insolencia de los soldados y de los herejes habían cometido durante la desgracia de las guerras contra ese mismo Sacramento. No se puede expresar qué conmovido quedaba por eso, qué afligido estuvo, cuántas lágrimas vertió por esa razón, y cuántas penitencias extraordinarias hizo para reparar, cuanto pudo, las injurias y los atentados cometidos contra la persona de Jesucristo. Pero no contento con lo que podía hacer por sí mismo y con otros auxilios que procuraba por mediación de personas caritativas, mandando copones, cálices y otros ornamentos parecidos a las iglesias saqueadas, quería además que los de su Comunidad hicieran las mismas reparaciones, enviándoles a uno tras otro a hacer peregrinaciones y a visitar en espíritu de penitencia las iglesias donde se habían cometido tales profanaciones sacrílegas.

Los Sacerdotes celebraban en ellas la Santa Misa, y los demás, tanto Clérigos como Legos, comulgaban. Además de eso, les ordenaba dar misiones en las aldeas y en otros lugares donde habían ocurrido dichas desgracias, para excitar al pueblo a hacer penitencia y a practicar otros actos piadosos propios para aplacar la indignación de Dios y reparar en cierto modo las injurias y ofensas cometidas contra su Soberana Majestad

SECCION II pág. 605: Devoción singularísima por imitar a Jesucristo y conformarse con sus ejemplos

El amor supone un parecido, o bien, lo produce, y hace que el amante trate de transformarse en cuanto puede en la persona amada, y de hacérsele semejante para agradarle aún más, y hacer por este medio más estable y más perfecta la unión de su amistad. Por eso, el Hijo de Dios, queriendo manifestar el exceso de su amor, quiso hacerse hombre para hacerse semejante a nosotros. También por la misma razón los que de veras aman a Jesucristo, deben, en lo que esté en su mano y con la ayuda de la gracia, hacerse semejantes a El por la imitación de sus virtudes divinas. Y cuanto mayor sea ese amor, tanto más perfecta y cabal debe de ser esa imitación.

Hemos visto en la Sección anterior la singular devoción que el Sr. Vicente tenía a Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar. La magnitud de su amor a ese divino objeto no se circunscribía solamente a rendirle sus deberes en ese adorable Misterio; se extendía también a todos los estados de su vida mortal y gloriosa para prestarle en cada uno de ellos particulares homenajes y, sobre todo, para tratar de expresar en sí mismo los rasgos de sus admirables virtudes con el fin de hacerse semejante a El. Sabía que el designio del Padre Eterno en la Encarnación de su Hijo era no sólo darnos un Redentor para librarnos de la esclavitud del pecado y del infierno, sino también proponernos un modelo de toda las clase de virtudes, para que nos acomodáramos a él. Por eso, el Sr. Vicente tomó una firme resolución de corresponder al designio de Dios, proponiéndose imitar cuidadosamente al Divino ejemplar y formar una copia perfecta en su corazón. Eso es precisamente lo que ha practicado tan fiel y tan constantemente, que se puede decir verdaderamente que su vida no fue otra cosa que una perfecta expresión de la vida de Jesucristo; de modo que ha verificado en su persona la palabra del Divino Salvador: Que el discípulo sería perfecto, cuando llegara a ser parecido al Maestro.

Para no extendernos demasiado aportando todos los actos realizados por él para imitar al Hijo de Dios, pues con esa imitación podrían relacionarse todos los actos de su vida, nos detendremos solamente en la consideración de dos o tres ejemplos que hemos juzgado dignos de un comentario especial.

En primer lugar, el Sr. Vicente trató de imitar a Jesucristo en su forma de vida ordinaria y oculta, que no parecía que tuviera nada de singular al exterior, y, sin embargo, era toda ella admirable, santa y divina en su interior, porque, a imitación de este incomparable Maestro, el Sr. Vicente llevó una vida vulgar y común en su apariencia, no haciendo aparecer nada en ella que fuera brillante y extraordinario, y evitando toda ostentación y singularidad. Pero practicaba por dentro y en el secreto de su corazón actos excelentes y verdaderamente heroicos en toda clase de virtudes. No estuvo siempre retirado en su vida privada, ni siempre expuesto al público, sino siguiendo el ejemplo de su Divino Prototipo, hizo una perfecta mezcla de la vida activa y de la contemplativa: estuvo a veces en la soledad con Jesucristo, y también la abandonó, como El, para ir a predicar la penitencia, y para dedicarse a procurar la conversión de los pecadores y la salvación de las almas.

Podemos decir también que Nuestro Señor practicó la vida oculta, no tanto separándose del trato de los hombres, sino manteniendo cubierto y no manifestándoles lo que tenía de más excelente y más divino. Podía darse a conocer y a honrar en todos los lugares como verdadero Hijo de Dios; podía hacer brillar los rayos de su gloria, tanto por toda la Judea como sobre la montaña de Tabor. Con todo, no quiso aparecer al exterior, sino como el Hijo de un simple carpintero, y como un hombre de tantos. El Sr. Vicente, a su ejemplo, se gloriaba de decir en toda clase de reuniones que no era más que un pobre campesino, e intentaba que le tuvieran sólo como un cura de pueblo, ocultando cuanto podía a los ojos de los hombres los excelentes dones de la naturaleza y de la gracia recibidos de Dios y que lo hacían digno de honor y de veneración. Había estudiado muy bien la Teología, como ya lo hemos indicado en el Libro primero; había sido elevado a los grados de la Facultad de Teología de Toulouse; y, sin embargo, sólo hablaba de sí mismo como de un ignorante, y de ordinario se consideraba sólo un pobre estudiante de Cuarto. Ha huido de las dignidades con más cuidado e interés, que los ambiciosos han tratado de buscarlas; y en toda clase de circunstancias ha querido singularmente e imitado perfectamente la vida común y oculta de su Divino Maestro; y como conocía por propia experiencia el tesoro de gracia encerrado en el campo místico del Evangelio, invitaba y exhortaba a los demás a participar de ellas.

Veamos algunos párrafos de varias cartas que escribió a una misma persona, a la que dirigía por ese medio*: «Honraremos siempre* —le dice— *el estado oculto del Hijo de Dios. Ahí está nuestro centro, y eso es lo que pide de nosotros para el presente y para el futuro y para siempre, si su Divina Majestad no nos hace conocer de un modo que no pueda engañar, que El quiere otra cosa de nosotros. Honraremos, he dicho, la vida común que Nuestro Señor llevó en la tierra, su humildad, su anonadamiento y la práctica que hizo de las más excelentes virtudes en esa forma de vida. Pero honraremos particularmente a este Divino Maestro en la moderación de su forma de obrar. No, no quiso hacer siempre todo lo que podía, para enseñarnos a contentarnos, cuando no es conveniente hacer todo lo que podamos hacer, sino sólo lo que es conveniente para la caridad y conforme a las órdenes de la divina Voluntad».*

«¡Cuánto aprecio esa generosa resolución que ha tomado usted de imitar la vida oculta de Nuestro Señor! Parece claro que ese pensamiento viene de Dios, ya que está tan lejos de los sentimientos de la carne y de la sangre. Tenga usted por cierto, que ése es el sitio que conviene a los Hijos de Dios; y, por consiguiente manténgase ahí firme, y resista valerosamente a todos los sentimientos contrarios que pudieran sobrevenirle. Asegúrese que por ese medio estará usted en el estado al que Dios la llama, y que hará sin cesar su Voluntad, pues ése es el fin al cual tendemos, y al cual han tendido todos los Santos».

El Sr. Vicente no dirigía únicamente a las personas particulares a esta santa práctica sino también a todos los de su Compañía en general, exhortándoles frecuentemente a hacerse verdaderos imitadores de Jesucristo en su vida común y oculta. A este fin, explicando un día en qué consistía la renuncia que debe hacer uno de sí mismo según lo mandó Nuestro Señor a todos los que querían seguirle, entre seis o siete formas

de practicarla que les enseñó, todas ellas relacionadas con los ejemplos del Divino Salvador, propuso una sacada de la doctrina de San Basilio, que consiste en renunciar a las pompas. Sobre esto presentó una objeción, a la que dio una respuesta digna de él, y que da bastante a conocer lo que practicaba él mismo, declarándoles lo que debían hacer. He aquí sus palabras*: «Quizás me digan ustedes: Señor, sólo somos unos pobres Sacerdotes, que hemos renunciado a todas las pompas del mundo; tenemos unos hábitos sencillos, muebles muy pobres, y nada que huela a vanidad o a lujo, de lo que tanto se alardea en el mundo, ¿qué necesidad hay de exhortarnos a renunciar a las pompas, ya que estamos tan separados de ellas? ¡Ah, señores y hermanos míos! ¡No nos engañemos! Aunque tengamos hábitos pobres y muebles también pobres, podemos con eso tener un espíritu pomposo. Y ¿cómo puede ser eso, me dirán ustedes? Eso se da, por ejemplo, cuando se trata de hacer sermones hermosos; cuando uno se complace de que lo que se ha hecho, y se ha dicho es aprobado y estimado de los demás; cuando se alegra al oír alabanzas en su honor, o cuando se publica lo bien que lo ha hecho, o también cuando uno experimenta cierta complacencia: todas esas cosas son señales de que uno tiene el espíritu pomposo. Para combatirlo y vencerlo es conveniente, a veces, hacer menos bien una cosa en cuanto a su aspecto externo, que no complacerse de haberlo hecho bien. Con esto hay que tener mucho cuidado en no darle ninguna entrada en nuestra alma a la vanidad, sino renunciar también a todos los pensamientos y a todos los sentimientos que nos vienen interiormente, como a los aplausos que nos dan externamente. Es preciso darse a Dios, Hermanos míos, para alejarse de la propia estima y de las alabanzas del mundo, que son la pompa del espíritu. Y a propósito de esto, un celebre predicador me decía estos días, que el que busca en el ministerio de la predicación el honor y el aplauso del pueblo se entrega a la tiranía del público, y pensando hacerse importante con sus hermosos sermones, se hace esclavo de una vana y frívola reputación. Podemos añadir a esto, que quien proclama en la predicación bellos y jugosos pensamientos con un estilo pomposo está directamente opuesto al espíritu y a las máximas de nuestro Señor Jesucristo; El ha dicho en el Evangelio, que son bienaventurados los pobres de espíritu. Esta Sabiduría eterna nos muestra ahí cuán cuidadosamente deben evitar los Obreros evangélicos el brillo de los actos y la elocuencia pomposa de las palabras y hacerse con un modo de actuar y de hablar humilde, sencillo y vulgar: de eso es de lo que ha querido darnos ejemplo Nuestro Señor. Cuidado, Hermanos míos, es el demonio quien nos sugiere esos pensamientos de querer triunfar, y quien hace que algunos se persuadan de que la manera de hablar sencillamente, usada por nosotros, es demasiado baja, y que por ese medio dejamos envilecer en nuestra boca la grandeza y la majestad de las verdades cristianas. Todo eso no es más que una astucia del demonio. Deben ustedes guardarse cuidadosamente de ella, y renunciando a todas esas vanidades permanecer fiel y constantemente en la práctica de la sencillez y humildad de Nuestro Señor Jesucristo, el cual pudiendo dar gran brillantez a sus obras y una soberana virtud a sus palabras, no lo ha querido hacer así, y, yendo aún más adelante para confundir más nuestra soberbia con sus rebajamientos admirables, quiso que sus Discípulos hicieran mucho más que El. Vosotros haréis —les dijo— lo que yo hago, y aún haréis mucho más.Mas, ¿por qué? Señores, es que Nuestro Señor se quiere dejar sobrepasar en los actos públicos que aparecen al exterior para sobresalir en los humildes y*

en los más bajos, cuyo valor no es conocido por los hombres. Quiere los frutos del Evangelio, y no los ruidos del mundo; y para eso, ha hecho más por medio de sus servidores, que por Sí mismo. El predicó solamente en algunas regiones de Judea, y quiso que sus Apóstoles anunciaran su Evangelio por toda la tierra, y que iluminaran todo el mundo con la luz de su doctrina; y así como hizo pocas cosas exteriores por Sí mismo, quiso que sus Apóstoles y Discípulos, aunque pobres ignorantes y rudos, pero estando como estaban animados de Su espíritu y de Su virtud, hayan hecho mucho más. ¿Por qué? ¡Para darnos el ejemplo de una humildad perfectísima! ¡Ah señores! ¿No seguiremos el ejemplo de ese Divino Maestro? ¿No cederemos siempre la preferencia a los demás y esperaremos lo peor y lo más humillante para nosotros? Porque seguramente eso es lo que debemos pretender. Hagamos, pues, hoy la resolución de seguirle y de ofrecerle estos pequeños sacrificios de nuestro amor propio, como por ejemplo: si voy a hacer un acto público y le puedo dar más lustre, no lo haré, eliminaré de él tal y cual cosa, que podría darle algún brillo y a mí alguna fama; de dos pensamientos que podrían venirme a la mente, presentaré el menor para humillarme, y me reservaré el más hermoso para hacer así un sacrificio a Dios en el secreto de mi corazón. En fin, Hermanos, es una verdad del Evangelio, que Nuestro Señor, en nada se complace tanto como en la humildad de corazón y en la sencillez de las palabras y de las acciones; es ahí donde reside Su espíritu, y en vano se le busca en otra parte. Si, pues, ustedes quieren hallarlo, tienen que renunciar al interés y al deseo de sobresalir con la pompa del espíritu, igual que con la del cuerpo, y, finalmente, con todas las vanidades y satisfacciones de la vida".

Este fiel imitador de Jesucristo no se contentaba con adaptarse en general a su vida común y oculta, sino que además de eso trataba de imitarle, en cuanto podía, en su manera de obrar y de hablar. He aquí el testimonio que el Superior de una de sus casas nos ha dejado por escrito: *«El amor que el Sr. Vicente sentía por Nuestro Señor, hacía que no le perdiera casi nunca de vista, andando siempre en su presencia y conformándose a El en todos sus actos, palabras y pensamientos. Porque puedo decir en verdad, y lo sabemos todos, que no hablaba casi nunca sin que adujera al mismo tiempo alguna máxima o algún hecho del Hijo de Dios, ¡tan lleno estaba de Su espíritu y tan de acuerdo con Sus directrices! A menudo he admirado qué bien aplicaba y qué a propósito las palabras y los ejemplos del Divino Salvador. Y esto en todo lo que aconsejaba o recomendaba. He oído decir a uno de los más antiguos Sacerdotes de nuestra Congregación, al Sr. Portail que lo conocía y trataba con él desde hacia cuarenta y cinco o cincuenta años, que el Sr. Vicente era una de las imágenes más perfectas de Jesucristo que había conocido en la tierra; y que no le había oído nunca decir , ni visto hacer algo, que no estuviera relacionado con quien ha sido propuesto a los hombres como su ejemplo, y les ha dicho: Exemplum dedi vo bis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.Eso mismo es lo que el Sr. Vicente nos invita a hacer a menudo. En los consejos importantes que me dio de viva voz cuando se trató de enviarme a esta casa donde estoy, me recomendó en especial, que, cuando fuera a hablar o actuar, pensara en mí mismo, y me preguntara ¿cómo habría hablado Nuestro Señor, u obrado en esta ocasión? ¿de qué manera diría esto, o haría aquello? ¡Ah Señor! ¡Inspírame lo que debo decir, o lo que debo hacer, porque de mí mismo no puedo hacer nada sin Ti!».*

Un célebre Doctor preguntó un día a un Sacerdote de la Misión, que observaba mucho al Sr. Vicente, cuál era su propia y principal virtud. El le respondió que: *«Era la imitación de Nuestro Señor Jesucristo, porque siempre lo tenía ante sus ojos para conformarse a El. Era su libro y su espejo; en él se miraba en toda ocasión, y cuando tenía alguna duda de cómo debía hacer una cosa para que fuera perfectamente agradable a Dios, inmediatamente consideraba de qué modo actuaba Jesús en una circunstancia parecida o bien, lo que había dicho de aquello, o lo que había expresado en sus máximas. Y, sin dudar, seguía su ejemplo y sus palabras; y actuando según esa luz divina, hollaba con sus pies el propio juicio, el respeto humano y el temor que hubiera podido sentir porque su actuación fuera criticada por la licencia de los que se esfuerzan en aflojar la santa severidad del Evangelio y de acomodar la piedad cristiana al espíritu del tiempo. Porque, en fin,* —decía a veces— *la prudencia humana se engaña y desvía a menudo del camino recto, pero las palabras de la Sabiduría Eterna son infalibles, y sus orientaciones son rectas y seguras».*

Estaba muy persuadido de que el carácter de nuestra perfección, lo mismo que el de nuestra predestinación consiste en esta conformidad con el Hijo de Dios, y como el tenía el espíritu lleno de esta importante verdad, hablaba de ella también con mucha frecuencia de la abundancia de su corazón. Todas sus respuestas a las consultas que le hacían, y todos los consejos que daba, estaban fundados sobre esa misma verdad, y tendía siempre a insinuarla en el espíritu de todos. De eso se podría aducir aquí infinidad de ejemplos; pero presentaremos sólo uno muy digno de destacar.

El difunto Rey, de gloriosa memoria, mandó llamar al Sr. Vicente, para que lo asistiera en su última enfermedad, y como le preguntara cuál era la mejor preparación para la muerte, respondió a Su Majestad que era la de imitar a nuestro Señor Jesucristo cuando se preparó para morir, y que el Santo Evangelio nos enseñaba que una de las principales disposiciones que había tenido el Señor era una entera y perfecta sumisión a la voluntad de su Padre Celestial, diciéndole: Non mea volun tas, sed tua fiat. (Hágase tu voluntad, y no la mía). A lo que el Rey replicó con un sentimiento digno de un Príncipe que lleva el título de Cristianísimo: ¡Oh Jesús! También yo lo quiero con todo mi corazón; ¡sí, Dios mío!. Lo digo y lo quiero decir hasta el último momento de mi vida ¡fiat voluntas tua! (Hágase como Tú quieres). He ahí como el Sr. Vicente tenía siempre ante sus ojos el Original de toda perfección y santidad, y no contento con imitarlo en todo, movía tanto como podía a los demás a hacer lo mismo.

Ese era el estudio continuo de este Santo Varón: imitar a Jesucristo y adaptarse a El, no solamente en el modo de obrar y de hablar externamente, más también en todas sus disposiciones internas, en sus deseos más santos, y en sus intenciones más perfectas; de manera que, en todo y por todo, no deseaba ni pretendía otra cosa, sino lo que el Divino Salvador había deseado y pretendido, que era que Dios fuese cada vez más conocido, honrado, amado, servido y glorificado, y que su Santísima Voluntad fuera total y perfectamente cumplida, manteniéndose en todo momento dispuesto a hacer y a sufrir todo lo que Dios quisiera para unos fines tan nobles y tan justos. Siempre estaba

dispuesto a exponerse a los trabajos, a las fatigas, a las humillaciones, a las penas y a las persecuciones que hubiera tenido que sufrir y aguantar por ese motivo. De ahí provenía que nunca quedaba sorprendido por cualquier accidente que le ocurriera, por desdichado que pudiera ser, ni por ningún mal trato, que se le pudiera ocasionar: estaba preparado, a imitación de su Divino Maestro, cuando se trataba de procurar el crecimiento de la gloria de Dios, o de someterse a Su voluntad, a hacer todo y a sufrir todo, o, incluso, a verse despojado de todo lo que disponía de más querido en el mundo, hasta ver a su propia Compañía dispersada y destruida, si tal era el deseo de su Divina Majestad. A propósito de esto, hablando una vez a los de su Comunidad: *«Ruego a Dios* —les decía— *dos o tres veces todos los días que nos aniquile, si no somos útiles para Su servicio. Y ¿para qué, Hermano míos, querríamos estar en el mundo sin agradar a Dios, y sin procurar que fuera conocido y amado?».*

Se adaptaba no sólo a los deseos y a las intenciones del Hijo de Dios, sino también a lo que Le disgustaba, a sus dolores y a sus angustias internas. ¡Oh! ¡Quién hubiera podido penetrar en los secretos del corazón de este fiel y celoso imitador de Jesucristo! Lo habría visto como el de su Divino Maestro, muy indignado de dolor, a la vista de los innumerables pecados que se cometen contra Dios; lleno de aversión contra las máximas del mundo, tan opuestas a las del Evangelio; penetrado de los sentimientos de tristeza y de aflicción por el avance de las herejías y por los grandes estragos que le ocurren a la Iglesia, y, finalmente, vivamente tocado de compasión por las miserias temporales y espirituales de los pueblos y el desamparo y el abandono en que se hallaban tantas almas sumergidas en las tinieblas de la ignorancia, o de la infidelidad. ¡Oh! ¡Cuántas veces habrá deseado morir, o dar su sangre para remediar todos esos males! Pero su vida, como no fue casi más que una muerte continua por sus mortificaciones y sufrimientos, se puede decir también que ha sido como un remedio más largo y más extenso del que Dios ha querido servirse para ese efecto.

Quería que sus hijos entrasen en esos mismos sentimientos, y que, a imitación de Jesucristo, fueran todos ellos hostias vivas, que se inmolaran continuamente con el Divino Salvador por la salvación de todos los pueblos. Hablando de eso un día: *«El que quiera salvar su vida, Hermanos míos, —les dijo— la perderá: es Jesucristo el que nos lo asegura, diciéndonos que no se puede hacer un acto más grande de amor que entregar la vida por el amigo. ¿Pues qué? ¿Tenemos un amigo mejor que Dios? ¿Y no hemos de amar todo lo que El ama, y tener, por amor a El, al prójimo como amigo? ¿No seríamos indignos de gozar del ser que Dios nos da, si nos negáramos a utilizarlo por un motivo tan digno? Ciertamente, al reconocer que debemos nuestra vida a su mano liberal, cometeríamos una injusticia, si nos negamos a emplearla y consumirla según sus designios, a imitación de su Hijo, Nuestro Señor».*

Y hablándoles en otra ocasión sobre el mismo asunto, profirió estas palabras desde la abundancia de su corazón: *«Quien dice misionero, dice un hombre llamado por Dios para salvar almas, porque nuestro fin es trabajar por su salvación, a imitación de Nuestro Señor Jesucristo, que es el único verdadero Redentor, y que cumplió perfectamente lo que*

significa ese nombre amable de Jesús, que quiere decir Salvador. Vino del cielo a la tierra para ejercer ese oficio, e hizo de él el objetivo de su vida y de su muerte, ejerciendo continuamente esa cualidad de Salvador por la comunicación de los méritos de la sangre que derramó. Mientras vivió sobre la tierra, dirigió todos sus pensamientos a la salvación de los hombres, y sigue todavía con esos mismos pensamientos, ya que es ahí donde se encuentra la voluntad de su Padre. Vino y viene a nosotros cada día para eso, y por su ejemplo nos ha enseñado todas las virtudes convenientes a su cualidad en nosotros y por medio de nosotros».

Finalmente, hablando con ese mismo espíritu a todos los de su Congregación, en la carta que les dirige y envía al comienzo de las Reglas o Constituciones: *«Miren* —les dice— *a esta Reglas y Constituciones, no como producidas por espíritu humano, sino como inspiradas por Dios, de quien procede todo bien, y sin el que no somos capaces de pensar ninguna cosa buena por nosotros mismos, como proveniente de nosotros mismos. ¿Qué encontrarán en ellas, que no les anime e inflame a evitar los vicios, o la adquisición de las virtudes, y a practicar las enseñanzas evangélicas? Por eso hemos intentado, en cuanto nos ha sido posible, extraer todas ellas del espíritu de Jesucristo y sacarlas de las obras de Su vida, como se puede ver fácilmente. Nos pareció que quienes han sido llamados a continuar la misión del mismo Salvador, misión que consiste sobre todo en evangelizar a los pobres, deberían entrar en sus sentimientos y sus máximas, llenarse de su mismo Espíritu y seguir fielmente sus huellas».*

CAPITULO IX pág. 611

Devoción a la Santísima Virgen, Madre de Dios, y a otros Santos

Debemos honrar —dice el gran San Bernardo—con los afectos más íntimos de nuestro corazón a la Santísima Virgen María, porque es así la voluntad de Aquél que ha querido que por medio de esa incomparable Virgen recibiéramos toda clase de favores y de gracias. No es ninguna producción del espíritu humano, ni una producción de los sentimientos de alguna devoción particular, sino una orden emanada de la Voluntad de Dios, que rindamos un honor muy especial a quien El mismo ha querido honrar hasta el punto de escogerla para que fuera la Madre de su propio Hijo, y para recibir inmediatamente de ese divino Hijo el homenaje de una verdadera y perfecta sujeción y obediencia.

Toda la Iglesia ha reconocido siempre esa verdad, y ha dado en todos los siglos testimonios de su respeto y de su devoción a la Santísima Madre de Dios con la celebración de su Fiestas, con la veneración de sus imágenes, con las oraciones solemnes que le ha ofrecido siempre y que continúa ofreciéndole todos los días, con los himnos y cánticos que ella canta en su alabanza y con todos los demás medios que el Espíritu Santo

le ha sugerido. A tal efecto, todos los más grandes Santos han participado de esos mismos pensamientos de veneración y devoción particularísima a la Reina de los Angeles y de los hombres; y, por consiguiente, existe una razón poderosa para creer que el Sr. Vicente, que tenía tan gran interés en aceptar la voluntad de Dios, y en seguir fielmente las directrices de la Iglesia y los ejemplos de los Santos, habrá cumplido dignamente todos los deberes de devoción y de piedad para con la Santísima Madre de Dios. Asimismo, nos ha dado pruebas y señales muy considerables de eso.

Porque, en primer lugar, entre los Reglamentos dejados a su Congregación ha puesto éste, como uno de los principales, y cuya observancia recomendaba con mucho interés a los suyos: *«Todos trataremos* —les dice— *de cumplir perfectamente, con la ayuda de Dios, con el culto especial que debemos a la Santísima y Bienaventurada Virgen María: 1. ofreciendo todos los días, y con una devoción especial, algunos servicios a esta dignísima Madre de Dios, nuestra piísima Señora y Dueña; 2. imitando sus virtudes en la medida de nuestras fuerzas, y particularmente su humildad y su pureza; 3. animando con celo a los demás, siempre que se ofrezca ocasión, a que también la honren constantemente en gran manera y sirvan como merece».*

Siempre recomendó y aconsejó a todos que tuvieran una devoción especial a esta Reina del cielo. Mas él convencía tanto con su ejemplo, como con sus palabras, porque ayunaba puntualmente la víspera de sus Fiestas, y se preparaba a celebrarlas con otras mortificaciones y buenas obras; y con su ejemplo introdujo esta santa práctica entre los suyos. No dejaba de actuar solemnemente en los oficios de los días de sus Fiestas; y lo hacía con tal sentimiento de devoción, que fácilmente se podía conocer cómo estaba su corazón en relación a la Santísima Virgen. Tenía también la devoción particular de celebrar la Santa Misa en sus capillas y en los altares dedicados en su honor.

Así como hacía la apertura de las Conferencias y de las reuniones, en las que estaba presente, con la invocación del Espíritu Santo, así las terminaba también siempre con alguna antífona y oración en honor de la Santísima Madre de Dios.

Llevaba siempre colgado de la cintura un rosario, tanto para rezarlo a menudo, como así lo hacía, como para hacer con esa señal externa una profesión abierta de su veneración y devoción a la Reina del Cielo, y declararse públicamente como uno de sus fidelísimos y devotísimos servidores.

Dondequiera que se encontrase, sea en su casa, o en otras de la ciudad, aunque estuviera en compañía de personas de categoría, en cuanto oía sonar el Angelus, se ponía de rodillas (fuera del tiempo pascual y de los domingos, que lo decía de pie) para ofrecerle esa oración con el respeto conveniente, y su ejemplo obligaba a los demás a hacer lo mismo.

Iba frecuentísimamente a visitar por devoción las iglesias dedicadas a Dios bajo la invocación de la Bienaventurada Virgen; y durante las guerras y revueltas del Reino llevaba a los Eclesiásticos de la Conferencia de San Lázaro a hacer diversas

peregrinaciones a las mismas iglesias de ellos para pedir a Dios, por medio de esta Madre de misericordia, la paz y tranquilidad pública, y el sometimiento de los súbditos del Rey a la obediencia de Su Majestad. Invitaba a su vez a las Damas de la Compañía de la Caridad a que hicieran peregrinaciones parecidas a diferentes sitios dedicados en honor de la Santa Virgen, para implorar por su medio la ayuda de la Bondad divina en las calamidades públicas, e iba él también a aquellos sitios para ofrecer allí el Santo Sacrificio de la Misa, y darles la comunión con su mano. Una vez fue también expresamente en peregrinación a la iglesia de Chartres, con el fin de obtener, por intercesión de esta Abogada poderosa, las luces necesarias para un eclesiástico nombrado para un obispado, y así conocer la vocación de Dios sobre él para aquel sublime estado, donde creía que podría prestar muy grandes servicios a la Iglesia, por más que a aquel virtuoso eclesiástico le costara mucho resolverse, por unos sentimientos de una humildad muy excepcional.

La devoción de este Santo Varón a la Madre de Dios se ha manifestado también de modo notable por los sermones que predicó en honor de Ella en las misiones en las que trabajó, y por el acto, que introdujo entre los suyos, de hacer lo mismo, y de instruir cuidadosamente al pueblo en las obligaciones particulares que tienen los cristianos de honrar, servir e invocar a la Santísima Madre de Dios, y de acudir a Ella en sus necesidades y penurias. Finalmente, el gran número de Cofradías que él ha fundado y hecho fundar por todas partes para honrar a Nuestro Señor con la práctica de la caridad para con los pobres, y que las ha colocado bajo la protección especial de su Santísima Madre, igual que todas las demás Compañías y Reuniones de piedad fundadas por él, son unas muestras muy claras, no sólo de su devoción sino también del afecto y del celo que sentía por extenderla en todos los corazones.

Estando, pues, animado de ese espíritu y siempre dispuesto a rendir todo el honor y todo el servicio que le fuera posible a la Reina de los Angeles y de los hombres, ¿habrá que asombrarse, si todos sus trabajos y todas sus santas iniciativas han sido favorecidas con tan buenos resultados, y acompañados de tantas bendiciones, al estar, como estaba puesto de un modo tan especial bajo la poderosa protección de la Madre de Dios?

Como el Sr. Vicente sabía muy bien, y lo enseñaba a menudo en las misiones, que el honor que se rinde no sólo a la Santísima Madre de Dios, mas también a todos los Santos, vuelve al Divino Maestro, de quien son verdaderos servidores, les rendía un honor muy grande, y particularmente a los Apóstoles, como a quienes habían tenido la dicha de acercarse lo más cerca posible a la persona sagrada del Hijo de Dios, y de beber de las fuentes del Salvador el agua que salta hasta la vida eterna: los consideraba y honraba como los primeros y grandes misioneros, que habían llevado la luz del Evangelio por toda la tierra, y trabajado con amplísimas bendiciones en la instrucción y en la conversión de los pueblos. Entre los Apóstoles quería y respetaba, sobre todo, a San Pedro, como quien había querido a Jesucristo más que los demás, y había sido instituido por El, como primer Vicario suyo en la tierra, y Jefe y Soberano Pastor de su Iglesia. Tenía también una veneración y devoción muy especial a San Pablo, como quien había sido el Maestro y el Doctor de los Gentiles, y había trabajado más que todos los demás; y como llevaba su

nombre, trataba también de imitar sus virtudes.

Siempre demostró una singular devoción al Angel de su Guarda, y nunca entraba en su habitación y tampoco salía de ella, sin que lo saludara y le rindiera algún honor: ha introducido esta piadosa costumbre entre los suyos, la de hacer lo mismo a sus Angeles tutelares, cuando entraran o salieran de sus habitaciones.

También era muy devoto del glorioso mártir San Vicente, su patrón; y como un día se enterara de que una persona de mérito y de piedad tenía relaciones con gente de España, le rogó que usara de su influencia para conseguir noticias de la tradición de ese Reino, relacionadas con la vida y el martirio de ese Bienaventurado Santo, más amplias que las recogidas en el Resumen de su Historia. Incluso sentía una veneración especial a San Vicente Ferrer; y se ha señalado que en varios de sus Ejercicios Espirituales hizo su lectura en el libro compuesto por ese Santo, y por medio de esa lectura había grabado tan bien en su espíritu los actos más dignos de nota y sus frases más santas, y los solía referir con frecuencia en sus charlas, y aún ponía más cuidado en ponerlos por obra, imitando especialmente el celo que este gran Santo había tenido en procurar la conversión de los pecadores y la salvación de las almas.

Honraba con grandes sentimientos de piedad las Reliquias de los Santos. Hablando un día a la Comunidad sobre el tema de una procesión que los Señores del Cabildo de Notre Dame de París han solido hacer a San Lázaro, en la que suelen llevar habitualmente las principales Reliquias que poseen en su iglesia: *«Nos pondremos* —les dijo— *en disposición de recibir estas preciosas reliquias, como si esos mismos Santos, cuyas son esas reliquias, nos hicieran el honor de venir a visitarnos. Así honraremos a Dios en sus Santos y le suplicaremos, que nos haga participantes de las gracias que con tanta abundancia derramó sobre sus almas».*

La intención principal del Sr. Vicente en la devoción que profesaba a los Angeles y a los Santos, era honrar los dones de Dios y de su Espíritu Santo, cuyos templos eran; de forma que el honor que les tributaba y las plegarias que les ofrecía, tenían a Dios como principal objeto y último fin; y todos los actos de piedad que les dedicaba no eran más que medios para rendir a la Divina Majestad una gloria más grande, y para invocarla con más eficacia gracias a las intercesiones de los Santos, siguiendo en eso las intenciones de la Iglesia, pues el gran Siervo de Dios estaba interesado en acomodarse a ellas, manteniéndose fiel y constantemente en todos los sentimientos de esta Madre común de todos los Hijos de Dios, y se sometía en todo a sus directrices, que consideraba santas, estando como estaba inspirada por el Autor de toda santidad.

El fervor de la devoción lo impulsaba a exhortar a los demás a entrar en los mismos sentimientos de los que estaba animado, y también hacía que sintiera grandemente la frialdad y la falta de devoción de la mayor parte de los cristianos de este tiempo. Se le ha visto con frecuencia hablar con lágrimas en los ojos del fervor y de la fidelidad de los turcos en practicar los actos de su falsa Religión, su sumisión, su silencio, su modestia y

discreción en las mezquitas; y, sobre esto solía decir, que había motivos para temer que aquellos pobres infieles fueran algún día nuestros jueces, y que condenaran delante de Dios nuestra tibieza y nuestra falta de devoción.

No debemos omitir aquí la devoción particular que sentía en procurar el alivio y la liberación de las almas fieles que sufren en el Purgatorio. Con frecuencia exhortaba a los suyos a cumplir con esa obligación piadosa, y decía que había que considerar a esos queridos difuntos como los miembros vivos de Jesucristo, animados por Su gracia y seguros de participar un día de su gloria; y que, por esa consideración, estábamos obligados a amarlos, servirlos y ayudarlos con todas nuestras posibilidades.

A tal efecto, rezaba y ofrecía a menudo el Santísimo Sacrificio de la Misa a intención de ellos. Hacía también rezar y ofrecer el mismo Sacrificio por ellos a los demás Sacerdotes de su casa. Y el sacristán de San Lázaro ha declarado que le mandaba muy a menudo que dijeran misas por las almas del Purgatorio que llevan allí detenidas desde hace mucho, y que nadie reza en particular por ellas. Impuso también, a propósito de lo mismo, en todas las casas de la Congregación, la santa costumbre de decir tres veces al día en comunidad el De profundis, a saber, después de los dos exámenes particulares, que se rezan antes de las comidas, y en las oraciones de la noche.

Terminemos este Capítulo con el testimonio de dos eclesiásticos muy virtuosos acerca de la devoción y de la piedad que han observado en la persona del Sr. Vicente. He aquí lo que uno de ellos ha dejado escrito: *«Aunque el Sr. Vicente estuviera sobrecargado de asuntos, y tuviera que tratar casi continuamente con personas tan diferentes, lo cual supone de ordinario un obstáculo para la devoción, sin embargo, podemos decir, ya que la devoción no es otra cosa que la caridad practicada con interés y presteza, que siempre tenía el corazón rebosando de devoción, pues se le veía aceptar todas las ocasiones, que se le presentaban, por muchas dificultades que tuviera, para procurar el avance de la gloria de Dios y el bien del prójimo, y entregarse con tanta caridad a socorrer a quienes veía más abandonados y en las mayores necesidades. También podemos asegurar que poseía tal espíritu de devoción, que no se podía hablar con él sin quedar conmovido, ni oírle hablar de Dios como hacía, con unas palabras siempre respetuosas y llenas de ternura, sin que uno sintiera en sí alguna chispa del ardor sagrado que las palabras de Jesucristo resucitado produjeron en el corazón de sus dos discípulos, que iban a Emaús. Eso mostraba bien a las claras que era el mismo Jesucristo el que animaba sus palabras, tanto como sus demás actividades».*

El otro no dijo menos: dejó escrito el testimonio siguiente*: «Por lo que toca a la devoción y a la piedad del Sr. Vicente, no hacía falta más que verlo en las funciones del Coro y del Altar, o en los otros actos de piedad, y hasta en los actos ordinarios; porque su postura, su modestia, su recogimiento eran como otros tantos esbozos, que representaban su devoción; y lo que es más maravilloso, el tono, el acento y hasta la sola inflexión de su voz conmovía los corazones, e inspiraba a los demás la devoción de la que estaba lleno. Muchos Señores Eclesiásticos de la Conferencia de San Lázaro han confesado que venían a*

la Conferencia principalmente para oírle hablar, y que se marchaban tristes, cuando por modestia, como sucedía a veces, no había dicho nada».

CAPITULO X pág.615

Celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas

Aunque el Sr. Vicente haya tratado de imitar perfectamente a Jesucristo en la práctica de toda clase de virtudes, es sobre todo en ésta donde ha sobresalido de un modo más especial: grabó en sí mismo una viva imagen del celo del Divino Salvador. Podía muy bien decir, como El, que «Zelus domus tuae comedit me» Ps. 68el celo de la ca sa de Dios le devoraba, y que su vida se consumía en las llamas del deseo ardiente de procurar la gloria de Dios, ya que lo impulsaba continuamente a emprender, a sostener y a sufrir todo, sea para impedir que ofendieran a Dios, sea para reparar las ofensas cometidas contra su Divina Majestad, o, finalmente, para fomentar el avance de Su honor y de Su servicio. Porque, como nos enseña muy bien San Agustín a la pregunta, que se propuso a sí mismo: *«¿Quién es el que es devorado por el celo de la casa de Dios?— Es* —dice el Doctor— *el que desea ardientemente impedir que ofendan a Dios, y quien, cuando ve alguna ofensa que se ha cometido contra su Majestad Divina, no descansa, sino que se dedica con todas sus fuerzas a reparar dicha ofensa; y si no puedo hacerlo, gime en su corazón y siente una gran pena al ver a Dios deshonrado».*

Ese ha sido el Sr. Vicente, tal como hemos podido conocer bastante por todo lo referido en los dos primeros Libros de su Vida y de sus Obras. Podemos afirmar con seguridad, que no ha vivido para sí, sino únicamente para Jesucristo, cuyo honor y gloria le han sido incomparablemente más queridos que su propia vida; y, en cuanto a sus Obras, pueden servirnos muy bien de prueba de su celo, porque todo lo que ha hecho y emprendido sólo ha sido para destruir el pecado y para promover que Dios fuera conocido, servido, amado y glorificado en todos los lugares por toda clase de personas: por eso mismo ha trabajado en las misiones, fundado Conferencias y Seminarios, convocado tantas Compañías, en una palabra, por eso ha hecho y sufrido tanto durante su vida que, al final, se ha consumido en las llamas de su celo.

Y para decir algo más concreto, el celo de este gran Siervo de Dios le hacía, sobre todo, sentir vivamente las ofensas cometidas contra su Divina Majestad. No podemos decir qué sensiblemente estaba tocado, qué esfuerzos hacía para impedir las ofensas, y qué penitencias se imponía para repararlas después que las habían hecho. Pero se afligía fuera de toda medida, cuando se enteraba que un desgraciado pecador había muerto en pecado, y que un alma se había perdido, al ver que esa pérdida era irreparable, y cuando hablaba de ello y hacía notar cuánto valía una sola alma y lo que le había costado a Jesucristo, sus palabras hacían derramar lágrimas de los ojos de los oyentes.

Para impedir esa pérdida de almas, que veía eran tan queridas del Divino Salvador, no había nada que no quisiera hacer y sufrir; y exhortaba a los suyos a que concibieran y fomentaran en sus corazones ese mismo celo, de que estaba animado

Veamos en qué términos les habló un día acerca de lo que sufrían los misioneros residentes en Génova, cuando la peste estaba afligiendo a la ciudad: *«Sufren* —dijo— *como hay que hacerlo, por la gracia de Dios, y en eso son bien felices por sufrir, en primer lugar, para servir a Dios, y, luego, para procurar la salvación de las almas. Pues bien, nosotros, señores, debemos tener una disposición semejante, y un mismo deseo de sufrir por Dios y por el prójimo, y consumirnos por eso. Sí, señores y hermanos míos, es necesario que seamos de Dios sin reservas y para el servicio del prójimo: debemos desnudarnos para vestirlo, dar nuestras vidas para procurar su salvación, estar siempre dispuestos a hacer de todo y sufrirlo todo por la caridad, estar dispuestos para ir adonde Dios quiera por ese motivo, ya a las Indias, o a otros sitios todavía más lejanos, y, finalmente, exponer gustosamente nuestras vidas para promover el bien espiritual de ese prójimo querido, y para extender el Imperio de Jesucristo en las almas. Y yo también, aunque anciano y tan caduco como estoy, no debo dejar de mantenerme en esa disposición, y aún de ir a las Indias, para ganar allí almas para Dios, aunque tuviera que morir por el camino; porque no penséis que Dios nos pide las fuerzas y la buena disposición del cuerpo, no, sólo nos pide nuestra buena voluntad y una verdadera y sincera disposición para abrazar todas las ocasiones de servirle, incluso con peligro de nuestra vida, manteniendo en nuestros corazones un deseo de sacrificarla por Dios y, si quisiera tal, de sufrir el martirio; y ese deseo es a veces tan agradable a su Divina Majestad, como si realmente se sufriera; y la misma Iglesia tiene un sentimiento semejante a esa disposición, pues ella honra como mártires a muchos Santos que solamente han estado desterrados por la fe, y que han muerto en el destierro de muerte natural. ¡Oh! ¡Qué sabios son en esta ciencia del saber sufrir nuestros Cohermanos, que trabajan en los países extranjeros!: unos están expuestos a los peligros de la peste, sirviendo también a los apestados; otros, en medio de los peligros de la guerra; otros, en las incomodidades del hambre, y todos, en los peligros, los trabajos y los sufrimientos, pero, a pesar de eso, se mantienen firmes e inconmovibles en el bien que han empezado. Agradezcamos, señores, la gracia que Dios hace a esta pobre e insignificante Congregación, al verse compuesta de tales personas y de tales miembros, tan fieles y tan constantes en sufrir por el servicio y por el amor de su Divina Majestad».*

Estas palabras del Sr. Vicente dan a conocer el deseo que ardía en su corazón de sacrificar su vida en el martirio, o de ir a consumirla en los trabajos de las misiones; y lo habría llevado a cabo, si los dolores agudos de sus piernas y las demás molestias, que le afectaban continuamente, se lo hubieran permitido. En efecto, seis o siete años antes de su muerte, aún fue de misiones el tiempo de un jubileo, y trabajó en él con grandísimo fruto, y una maravillosa edificación de todos los que veían a aquel santo anciano, en edad tan avanzada y entre tantos achaques, dedicarse con tanto celo a catequizar, predicar, confesar y consagrase a otros actos parecidos. Pero aunque su edad y sus indisposiciones casi continuas, con todos los demás asuntos importantes atendidos por él, no le permitían continuar esa santa actividad, con todo no dejaba de conservar en su corazón el interés

por ella. Un día escribiendo a uno de los suyos, y al declararle sus sentimientos acerca de dicha cuestión: *«¡Qué felices son* —le dijo— *los que se dan a Dios gustosamente para hacer lo que Jesucristo hizo, y para practicar, a su ejemplo, las virtudes que el practicó: la pobreza, la humildad, la paciencia, el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas; porque así se hacen verdaderos discípulos de tal Maestro: viven puramente de Su espíritu, y difunden, con el olor de su vida, el mérito de sus actos por la santificación de las almas por las que El quiso morir».*

Con ese mismo espíritu y con ese mismo celo exhortaba y animaba a los suyos en los trabajos, en que estaban comprometidos por el servicio de Nuestro Señor. Vean con qué palabras le escribió a uno de sus Sacerdotes, que había sido destinado a unos lugares muy lejanos, donde había mucho que trabajar y que sufrir por el servicio de Nuestro Señor: *«¡Ah señor! ¡Cómo me lleno de consuelo al pensar que usted es todo para Dios y para su vocación, que es verdaderamente apostólica! Ame usted esa feliz porción que le ha tocado en suerte y que debe atraer sobre usted una infinidad de gracias, con tal de que sea usted muy fiel a las costumbres de los mayores, e indudablemente tendrá que combatir mucho, porque el espíritu maligno y la naturaleza corrompida se pondrán de acuerdo para oponerse al bien que usted quiera hacer. Le harán aparecer las dificultades más grandes de lo que son, y se esforzarán en persuadirle que la gracia le faltará cuando la necesite, con el fin de llenarle de tristeza y desanimarle; suscitarán hombres que le llevarán la contraria y le perseguirán, y además, quizás de los que usted mismo tiene por sus mejores amigos, y que deberían apoyarle y consolarle. Si le ocurre esto, señor, debe animarse, y considerarlo como buena señal; porque usted gracias a eso estará más relacionado con Nuestro Señor, quien estando abrumado de dolores, se vio abandonado por su propio Padre. ¡Oh! ¡Qué felices son los que llevan amorosamente su cruz, siguiendo a semejante Maestro! ¡Recuerde, señor, y créalo firmemente, que cualquier cosa que le suceda, nunca será tentado más de lo que le permitan sus fuerzas, y que Dios mismo será su apoyo y su fuerza con tanta mayor perfección, cuanto mayor refugio y confianza tenga sólo en El».*

Y escribiendo a uno de los suyos, que había destinado a una misión muy laboriosa y difícil: *«¡Bendito sea el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que con tanta suavidad y firmeza le ha inspirado la misión que ha emprendido usted por la propagación de la Fe! ¡Y bendito sea ese mismo Señor, que no solamente vino a este mundo para redimir las almas que usted va a instruir, sino también para merecerle a usted las gracias que necesita, a fin de procurar la salvación de ellas y la de usted! Puesto que todas esas gracias ya le están preparadas y el buen Dios, que las da, no desea otra cosa más que concederlas con largueza a todos los que quieren servirse de ellas, ¿qué es lo que impedirá que usted se llene de ellas y que con la fuerza de ellas destruya en usted mismo los restos del hombre viejo y las tinieblas de la ignorancia y del pecado en ese pueblo? Quiero esperar que de su parte no ahorrará usted ningún esfuerzo, y que pondrá en ello su salud y su vida; para eso es para lo que usted se entregó a El, y se expuso al peligro de un viaje tan largo. Por tanto, no queda más que tomar la firme resolución de poner en serio manos a la obra. Pues bien, para comenzar bien y obtener un buen resultado, acuérdese de obrar siempre en el espíritu de Nuestro Señor, de unir sus acciones a las de El, y de darles una finalidad enteramente*

noble y divina, dedicándolas a Su mayor gloria. De este modo Dios derramará toda clase de bendiciones sobre usted y sobre sus obras; podrá suceder quizá que usted no lo vea, al menos en toda su amplitud, ya que Dios oculta a veces a sus servidores el fruto de sus trabajos por razones muy justas; pero nunca deja de producir los mayores efectos. Pasa mucho tiempo antes de que el labrador pueda ver el fruto de sus trabajos y, a veces, ni siquiera logra ver toda la abundante cosecha producida por la semilla. Eso mismo le pasó a San Francisco Javier, que no vio en su tiempo los frutos admirables que sus santos trabajos produjeron después de su muerte, ni los progresos maravillosos que obtuvieron las misiones que comenzó. Esta considera ción tiene que ensanchar mucho su corazón y mantenerlo muy elevado hacia Dios, con la confianza de que todo marchará bien, a pesar de que a usted le parezca lo contrario».

Hablando cierto día a los de su Comunidad con ese mismo espíritu: *«He aquí* — dijo— *un hermoso campo que Dios nos abre, tanto en Madagascar como en las Islas Hébridas y en otras partes. Pidamos a Dios que abrase nuestros corazones en el deseo de servirle. Entreguémonos a El para hacer lo que le plazca. San Vicente Ferrer se animaba pensando que vendrían sacerdotes que, con el fervor de su celo, abrasarían toda la tierra. Si no merecemos que Dios nos conceda esa gracia de ser esos sacerdotes, supliquémosle que, al menos, nos haga sus imágenes y precursores. Pero, sea lo que sea, estemos ciertos de que no seremos verdaderos cristianos hasta que no estemos dispuestos a perderlo todo y a dar incluso nuestra vida por el amor y la gloria de Jesucristo, decididos, con el Santo Apóstol, a escoger antes los tormentos y la muerte que vernos separados de la caridad de este Divino Salvador».*

En otra ocasión, después de haber relatado a su Comunidad alguna persecución acaecida a los Misioneros residentes en Berbería, añadió a continuación: *«¿Quién sabe si Dios no ha enviado esta persecución para probar nuestra fidelidad? ¿Dejan acaso los mercaderes de echarse a la mar por los peligros que corren, o dejan los soldados de ir a la guerra por las heridas y la muerte, a la que se exponen? ¿Y dejaremos nosotros de cumplir con nuestro oficio de socorrer y ayudar a las almas por las penas y persecuciones con que podamos encontrarnos?».*

Alentaba de esta forma con el ardor de su celo a los de su Compañía para que continuaran con sus trabajos al servicio de Nuestro Señor. Y como su celo era verdaderamente desinteresado, no se alegraba sólo con ellos por las bendiciones que Dios concedía a sus misiones, en las que hacían lo que él hubiera deseado hacer en persona, si la edad y los achaques no se lo hubieran impedido; mas concebía también una santa alegría por el bien que hacían otras Comunidades, y por los servicios que rendían a la Iglesia. He aquí lo que una persona de gran virtud ha manifestado: *«El Sr. Vicente siempre se llenó de gozo cuando oía los grandes frutos y progresos que hacían las demás Comunidades; y lejos de concebir ninguna envidia, manifestaba plenamente el aprecio que sentía de ello. Les dirigía grandes alabanzas, y les prestaba en ocasiones toda clase de servicios y asistencias. Tenía un celo parecido al de Moisés, pues decía como él Utinam omnes prophetent!, y deseaba que las gracias que recibía de Dios fueran comunicadas a*

otros. Y, en efecto, ¿qué no hizo, ya por sí mismo, ya por medio de otros para renovar ese espíritu apostólico y eclesiástico que vemos hoy en día florecer en la Iglesia?. Ha empleado a todo el mundo para ese objeto: la lengua de unos, la boca de otros, el favor de los Grandes, el cuidado de los pequeños, las plegarias de la gente buena, en una palabra, su celo no ha tenido límites, y casi toda clase de personas han sentido sus efectos: hasta los pequeños huérfanos y los pobres ancianos lo publican»

Con ese sentimiento hablaba a menudo con estima y elogio de los Religiosos de la santa Compañía de Jesús, alabando a Dios por las grandes cosas que ha hecho en todas las partes del mundo por la propagación del Evangelio y por la institución del Reino de Jesucristo, su Hijo. Y un día, entre otros, hablando sobre este tema a los de su Comunidad, por un movimiento de ese mismo celo, acompañado de su humildad habitual, les dijo: *«Seamos, Hermanos míos, como aquel aldeano que llevaba la impedimenta de San Ignacio y de sus compañeros cuando iban de viaje y que, cuando veía que se ponían de rodillas al llegar a algún lugar para detenerse allí, también él se arrodillaba; cuando les veía rezar, también él rezaba; y como aquellos santos varones le preguntaran una vez que era lo que hacía, les contestó: Le pido a Dios que ha ga lo que ustedes Le piden. Soy como un pobre animal, que no sé hacer oración, y Le ruego que les escuche a ustedes. Me gustaría decirle lo que Le dicen uste des, pero yo no sé, y por eso le ofrezco las oraciones de ustedes».*

«¡Padres y Hermanos míos! Hemos de considerarnos como los mozos de carga de esos dignos Obreros, como unos pobres idiotas, que no saben decir nada, y que son el desecho de los demás; como esos pequeños espigadores, que van detrás de los grandes segadores! Demos gracias a Dios de que acepte nuestros humildes servicios. Ofrezcámosle con nuestras pobres espigas las grandes cosechas de los demás y estemos siempre dispuestos a hacer todo lo que podamos por el servicio y la ayuda del prójimo. Si Dios le dio tan hermosa idea y tan poderosa gracia a aquel pobre aldeano, que por eso mereció que hablara de él la Historia, esperemos que, si hacemos lo posible, como él lo hizo, para contribuir a que Dios sea honrado y servido, su Divina Bondad recibirá en gran parte nuestras oblaciones y bendecirá nuestros humildes trabajos».

Si el Sr. Vicente ha manifestado de tantas maneras el ardor de su celo, no nos ha dejado ver menos su fuerza y su constancia, perseverando en las santas empresas que Dios le había inspirado a pesar de las dificultades, las oposiciones, las pérdidas y todos los demás contratiempos enojosos que le han ocurrido. Ciertamente, entre todas las misiones en las que estuvo comprometido, una de las más penosas y más perjudiciales para su Congregación fue la de la Isla de Madagascar. De ella hemos hablado ampliamente en el Libro segundo, porque hemos visto cómo esta misión le ha consumido a varios Obreros buenos: la mayor parte murieron al poco tiempo de llegar, sin haber podido trabajar allí, ni conseguir el fruto esperado; otros naufragaron en medio del viaje: otros cayeron en manos de quienes estaban en guerra en aquel momento; en fin, parecía que los elementos y los hombres estuvieran opuestos al proyecto que había concebido, de socorrer e instruir a los pobres isleños.

Y ciertamente, después de tantos accidentes y tantas pérdidas, una virtud menor que la del Sr. Vicente se hubiera doblegado bajo la carga de tan horribles contratiempos y hubiera abandonado aquella buena obra, con el pretexto de cualquier imposibilidad. Pero el coraje y el celo de aquel Santo Varón se enderezaba como la palma, cuando parecía que debía haber sucumbido bajo todos aquellos funestos accidentes. Cuanta más oposición veía de parte de las criaturas, tanta más confianza y decisión manifestaba de perseverar en sus buenas empresas por la gloria de Dios; y cuanto más le arrastraban hacia el descorazonamiento aquellas pérdidas y oposiciones, tanto más tomaba de ellas motivos para animar más a los suyos, de modo que ellos estaban aún más interesados y más dispuestos para ir a aquellos lugares, a pesar de todos esos trastornos que daban pie para temer que les ocurrieran cosas parecidas. Veamos lo que escribió a uno de sus Sacerdotes a propósito de esto: *«El hombre propone y Dios dispone de los acontecimientos como El quiere. Las medidas que habíamos tomado para la misión de Madagascar han quedado tantas veces rotas, que parece que no podemos prometernos más. Sin embargo, pienso que debemos siempre, por lo que a nosotros toca, tender a la ejecución de ese plan, en cuanto que concierne a la gloria del Amo a quien servimos, el cual concede a la perseverancia los resultados que ha negado a los primeros esfuerzos, y que se complace a veces en probar a sus obreros, antes de confiarles las obras más fuertes y difíciles, para hacerles merecer por el ejercicio su fe, su esperanza y su amor, la gracia de ir a plantar esas virtudes en las almas, que están desprovistas de ellas».*

Y en otra carta: *«Hemos llorado* —dice— *la muerte de nuestros queridos difuntos, que la misión de Madagascar nos ha arrebatado. No puedo disimular que esta noticia nos ha entristecido mucho, y que tenemos motivos grandes para adorar en esta ocasión sorprendente los recursos incomprensibles de la forma de actuar de Dios. Sin embargo, ni este dolor, ni todas las otras pérdidas anteriores, como tampoco los accidentes desgraciados que han sucedido más tarde, han sido capaces de quitarnos nada de nuestra decisión de socorrer a ese pobre pueblo».*

En otra ocasión el Superior de la casa de la Misión de Marsella le hizo notar que sería muy difícil continuar las misiones de Berbería; y que todos los bienes de su Congregación no bastarían para conservarla y para pagar todas las afrentas que los turcos hacían sufrir a sus misioneros. Le respondió, que no podía resolverse a abandonar aquella obra: *«Porque* —dijo— *si la salvación de una sola alma es de tal importancia que se debe exponer la vida temporal para procurarla, ¿cómo podríamos abandonar a tan gran número de ellas por temor a algún gasto? Y aunque no se consiguiera otro bien de esas misiones que hacer ver a aquella tierra bárbara y maldita la hermosura de nuestra Religión, enviando allí hombres que atraviesan los mares, que dejan voluntariamente su tierra y sus comodidades y que se exponen a mil clase de ultrajes para ir a consolar y ayudar a sus hermanos afligidos, creo que los hombres y el dinero estarían muy bien empleados».*

Así era el celo que inspiraba al Sr. Vicente esa energía y esa fuerza para perseverar constantemente en esas santas empresas, y que también le hacía sentir una pena muy

grande, si veía a algunos de los suyos, que actuaban sin ningún interés, o que, escuchando demasiado a los sentimientos de la naturaleza y el razonamiento del amor propio, se dejaban caer en el desánimo, y arrastraban a veces consigo a otros. Presento aquí un párrafo de una Conferencia que dio un día a su Compañía a propósito de esa cuestión. Y con esto daremos por terminado este Capítulo.

«Es imposible —les dijo— *que un Sacerdote misionero que vive flojamente, tenga éxito en su condición y tenga un fin feliz. Porque ¿qué daño creen ustedes que hacen estas almas relajadas en una Compañía? Pero ¡qué daño no se causan esos perezosos a sí mismos y a los demás, a quienes desaniman con sus malos ejemplos y con sus conversaciones impertinentes! ¿A qué vienen — dicen— tantas clases de actividades, tantas misiones, seminarios, conferencias, retiros, reuniones y viajes por los pobres? — «Cuando el Sr. Vicente se muera, todo eso se dejará bien pronto; porque ¿con qué medio se podrán atender tantas clases de actividades? ¿Dónde podrán encontrarse misioneros para enviarlos a Madagascar, a las Islas Hébridas, a Berbería, a Polonia, etc.? Y ¿el dinero para cubrir todos los gastos de esas misiones tan lejanas y onerosas?»— A eso hay que responder: que si la Compañía en su nacimiento y desde su cuna ha tenido el coraje de abrazar esas ocasiones de servir a Dios, y si los primeros que han sido enviados se han portado con tanto fervor, ¿no tendremos motivos para esperar, cuando la Congregación se fortalezca y crezca con el tiempo? No, no, señores. Si Dios nos presenta incluso ahora nuevas ocasiones para servirle, no dejaríamos de emprenderlas con su gracia. Esos espíritus flojos y desmoralizados no son capaces sino de desanimar a los demás. Por eso ustedes deben guardarse de semejantes personas. Y cuando les oigan hablar de esa manera, digan con audacia con el Santo Apóstol Iam nunc Antichristi multi sunt in mundo, ya hay Anticristos en el mundo, Antimisioneros, que se oponen a los planes de Dios. ¡Ay señores! Apenas estamos notando que descienden sobre nosotros las primeras gracias de nuestra vocación, que, por cierto, son muy abundantes, y tenemos motivos para temer que por nuestra laxitud nos hagamos indignos de tantas bendiciones como Dios ha derramado, hasta el presente, sobre nuestra Compañía, y tantas ocupaciones santas que su Providencia le ha confiado, y que caigamos en el estado en que vemos a algunas Comunidades: eso sería la mayor desgracia que nos podría ocurrir».*

En fin, como el celo mira, después de la gloria de Dios, la santificación y la salvación de las almas, para hacer conocer aún mejor la grandeza y la magnitud del celo del Sr. Vicente, vamos a ver en el Capítulo siguiente cuáles han sido sus disposiciones en relación al prójimo, y cuán perfecta ha sido la caridad que tenía a los demás.

CAPITULO XI pág. 623

Caridad para con el prójimo en general

Después del gran mandamiento de amar a Dios con todo el corazón, sigue a continuación el de amar al prójimo como a sí mismo, y son tan inseparables entre sí, que no podríamos cumplir perfectamente el primero, si se falta contra el segundo; y el que no ame a su prójimo, no podrá decir que tiene un verdadero amor a Dios porque piensa que tiene algunos sentimientos de fervor y de celo por su gloria.

El Sr. Vicente estaba muy persuadido de esa verdad, cuando decía que el precepto de amar al prójimo es tan importante, y tiene un privilegio tan notable, que quien quiera que lo observe cumple la Ley de Dios, porque todos los preceptos de esta Ley están relacionados con el amor al prójimo, según la doctrina del Santo Apóstol: Qui diligit proximum Legem implevit.

«Denme —decía hablando un día a los suyos— *una persona que limita a Dios su amor, un alma, si quieren, elevada a la contemplación, que encuentra gusto en esa manera de amar a Dios que le parece lo único digno de ser amado y se detiene en saborear la fuente infinita de la dulzura, y que no se preocupa en absoluto de su prójimo; y denme otra que ama a Dios con todo su corazón, y que también ama al prójimo, aunque rudo, tosco e imperfecto, por amor a Dios, y que se dedica con toda su energía a llevarlo a Dios. Díganme, les ruego, ¿cuál de esos dos amores es más perfecto y menos interesado? Indudablemente el segundo, que une el amor de Dios con el amor al prójimo, o, para decirlo mejor, extendiendo el amor a Dios al prójimo, y relacionando el amor del prójimo con el de Dios, cumple la Ley con mayor perfección que el primero».*

Y después aplicando la doctrina a los de su Congregación: *«Debemos* —les decía— *grabar bien estas verdades en nuestros corazones para orientar nuestra vida según este amor perfecto, y para hacer según eso las obras, pues no hay nadie en el mundo más obligado a eso que nosotros; ni tampoco Compañías que deban estar más consagradas que la nuestra a la práctica externa de una caridad verdadera, porque nuestra vocación es ir no sólo a una parroquia, ni a una sola diócesis, sino por toda la tierra para abrasar los corazones de los hombres, y para hacer en ella lo que hizo el Hijo de Dios, el cual dijo que había venido a traer fuego a la tierra para inflamar los corazones de los hombres con su amor. Así que es cierto que estamos enviados no solamente para amar a Dios, sino también para hacer que le amen. No nos basta con amar a Dios, si nuestro prójimo no le ama por su parte; y no podríamos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, si no le procuramos el bien que estamos obligados a desearnos a nosotros mismos, a saber, el amor divino que nos une a El, que es nuestro Soberano Bien. Debemos amar a nuestro prójimo, como imagen de Dios y como objeto de Su amor, y hacer que recíprocamente los hombres amen a su amabilísimo Creador, y que se amen unos a otros con una caridad mutua por amor de Dios, que llegó a amarlos tanto que entregó a su propio Hijo a la muerte por ellos. Pero contemplemos, les ruego, señores, a este Divino Salvador como el perfecto ejemplar de la caridad que debemos tener para nuestro prójimo. ¡Oh Jesús! Dinos, si Te parece bien, ¿quién Te ha hecho descender del cielo para venir a sufrir la maldición de la tierra? ¿Qué exceso de amor Te ha llevado a humillarte hasta nosotros, y hasta el suplicio más infame de la cruz? ¿Qué exceso de caridad Te ha hecho exponerte a todas*

nuestras miserias, tomar la forma de pecador, llevar una vida doliente, y sufrir una muerte vergonzosa? ¿Dónde se podrá encontrar una caridad tan admirable y tan excesiva? Sólo el Hijo del hombre ha sido capaz de eso, y sólo El ha tenido un amor tan grande por sus criaturas hasta abandonar el trono de su gloria, para venir a tomar un cuerpo sometido a las debilidades y miserias de esta vida, y a hacer las obras sorprendentes que El hizo para establecer en nosotros y en medio de nosotros, con su ejemplo y con su palabra, la caridad de Dios y del prójimo. Sí, ese amor es el que lo ha crucificado y el que ha producido esta obra maravillosa de nuestra Redención. ¡Ah señores! ¡Si tuviéramos una chispa de ese fuego sagrado que abrasaba el corazón de Jesucristo, ¿nos quedaríamos con los brazos cruzados? ¿y dejaríamos abandonados a los que podemos atender? Cierto que no, porque la verdadera caridad no podría quedar ociosa, ni permitirnos ver a nuestros hermanos y amigos en necesidad, sin que les manifestáramos nuestro amor; y de ordinario los actos externos dan testimonio del estado interno. Los que poseen en su interior la verdadera caridad, la manifiestan al exterior: es propio del fuego iluminar y calentar, y es propio también del amor comunicarse».

Hablando otra vez a los de su Comunidad, decía que: *«Los misioneros serían muy felices, si se hicieran pobres por haber ejercido la caridad con los demás; pero que no debían temer por eso el futuro, a menos que desconfiaran de la Bondad de Nuestro Señor, y de la verdad de Su palabra; que, si, a pesar de todo, —decía— Dios permitiera que fueran reducidos a la necesidad de ir a servir de vicarios en las aldeas para encontrar allí de qué vivir, o bien, que hasta algunos de ellos se vieran obligados a ir a mendigar el pan, o a acostarse en un rincón de un seto con la ropa destrozada y transidos de frío, y que en ese estado se le preguntara a uno de ellos: ¡ Pobre Sacerdote de la Misión! ¿ Quién le ha reducido a esa necesidad extrema?, ¡Qué felicidad, señores, sería poder responder: La caridad. ¡Oh! ¡Cuán estimado sería ese pobre Sacerdote ante Dios y ante los Angeles!».*

Y a propósito de esto, los misioneros que había enviado a Argel para asistir y consolar a los pobres esclavos, se vieron un día en peligro de ser obligados a pagar una suma considerable por uno de los esclavos, en cuyos fiadores se habían constituido. El Sr. Vicente, al anunciar la noticia a los suyos, les dijo estas palabras dignas de que se las destaque: *«Lo que se hace por caridad, se hace por Dios; y esto es una gran felicidad para nosotros, si es que nos encuentran dignos de usar lo que tenemos por caridad, es decir, por Dios, que es quien nos lo ha dado; agradeceremos y bendeciremos su infinita Bondad».*

La caridad del Sr. Vicente era tan perfecta, y su corazón estaba tan lleno de la unción de aquella virtud divina, que se podía decir en cierto sentido que perfumaba a quienes tenían la dicha de tratar con él; de forma que se podía conocer que era del número de aquéllos de los que el Apóstol San Pablo hablaba, cuando decía Christi bonus odor sumus in omni loco, difundimos por todos los sitios el buen olor de Jesucristo. Hablando sobre esto cierto día a los suyos: *«Cada cosa* —les dijo— *produce como una especie e imagen de sí misma, tal como lo vemos en un espejo, que representa los objetos reales tales cuales son: una cara fea aparece fea y una hermosa aparece hermosa. Igualmente las buenas o malas cualidades aparecen al exterior, y, sobre todo, la caridad,*

que es de por sí comunicativa, produce la caridad, y un corazón verdaderamente abrasado y animado por esta virtud hace sentir su fervor, y todo lo que está dentro de un hombre caritativo respira y predica la caridad».

Además, la caridad del gran Siervo de Dios no estaba encerrada ni limitada, sino que se extendía universalmente a todas las criaturas que eran capaces de recibir los efectos de ella. Ella le hacía abrazar con cariño a todos, y conservar, en cuanto de él dependiera, una unión sincera y cordial con todo el mundo. Esta virtud lo tenía constantemente unido y sumiso al Soberano Pastor de la Iglesia, que es nuestro Santo Padre el Papa, en cuya persona respetaba y amaba a Jesucristo, pues ocupa su lugar en la tierra. Y cuando la Santa Sede Apostólica estaba vacante por fallecimiento del Papa, no cesaba de rezar, y hacía que los suyos pidieran sin cesar a Dios, para que pluguiera a su Bondad conceder uno que fuera según su corazón. Y cuando la elección estaba ya hecha canónicamente, concebía un respeto y un afecto filial hacia quien estaba instalado en aquella sublime dignidad; y dejando a un lado otras consideraciones humanas, no veía en la persona del Soberano Pontífice más que lo que era de institución divina y de las órdenes de la Providencia y de la voluntad de Dios.

Esa misma virtud le inspiraba sentimientos de amor y de reverencia hacia los Prelados de la Iglesia, como veremos más en concreto en una de las Secciones siguientes, y le movía a rendirles todas las muestras de amabilidad y de sumisión, que podía según Dios: entraba en sus sentimientos, abrazaba sus intereses y sostenía su autoridad, deseaba y procuraba con todo su poder, que su clero (de ellos) y sus pueblos tuvieran para sus personas sagradas toda la veneración y toda la confianza que los hijos deben a sus padres, y que obedecieran humilde y prontamente a sus órdenes.

Estaba también muy unido por la misma virtud a los Párrocos y a los demás Pastores; los honraba y servía, según las ocasiones, a todos en general y a alguno de ellos en particular. A su vez, estaba unido a todas las Ordenes y a todas las Comunidades Religiosas, igual que con los seglares, y comunicaba, según las ocasiones, con los Superiores y Principales de cada Comunidad. Igualmente tenía una deferencia maravillosa a todas las personas constituidas en cargo o dignidad, sea eclesiástica o secular. De manera que, si alguno no consideraba agradable sus servicios, como un Señor en su tierra, un Párroco en su parroquia, o un Obispo en su diócesis, nunca acudía a otros más poderosos para hacerles aceptar lo que él deseaba hacer, aunque fuera justo o razonable. Prefería dejar de hacer un bien que hacerlo contra la voluntad de aquéllos.

Pero ha hecho particularmente profesión abierta de un afecto sincerísimo y de una fidelidad inviolable al servicio del Rey hasta exponer todo lo que de él dependiera, y hasta su misma vida, para sostener los intereses de Su Majestad. Eso manifestó un día un Señor de la Corte en presencia de varios otros a la Reina Madre durante la Regencia, diciendo: *«Que conocía pocas personas adeptas como el Sr. Vicente, de una fidelidad sincera, constante y desinteresada al servicio del Rey y del Estado. Su Majestad sabe bien* —dijo— *cómo durante las revueltas de París expuso su casa al saqueo, y su vida al peligro de*

perderla por conservar la de su Canciller (de la Reina), a quien le autorizó a pasar por San Lázaro para ir en busca del Rey a Pontoise; y cómo sufrió la desgracia y la malevolencia de muchos por haberse mantenido firme y fiel en la ejecución de los piadosos designios de Su Majestad, particularmente en la administración de los bienes eclesiásticos. La Reina lo reconoció así, y declaró que era verdad».

Finalmente, el Sr. Vicente era amigo de todos los buenos, y tenía amigos en todos los lados cuya amistad conservaba y cultivaba sinceramente, no para ser carga de nadie, sino para mantener y fomentar la santa unión recomendada por el Hijo de Dios a los suyos, y más para hacer el bien que para recibirlo. También se puede decir en verdad que nunca un avaro cuidó tanto las ocasiones de conservar o acrecentar sus bienes, ni un ambicioso las de adquirir nuevos honores, como el Sr. Vicente las de hacer el bien al prójimo por un verdadero y sincero espíritu de caridad. Acerca de esto, no estará fuera de propósito presentar el testimonio de las Religiosas de la Visitación del primer Monasterio de París, que han sido sus hijas espirituales por espacio de treinta y cinco años. He aquí cómo han hablado de él: *«El gran Siervo de Dios, ardiendo en Su amor, quería que cada cual se inflamara en él, y que la caridad fuera practicada en todas las formas que se pudiera realizar. No podía sufrir que en las Comunidades no se manifestara bastante aprecio de unos a otros, o que se le fuera a decir alguna cosa que fuera en desdoro del prójimo. Decía, que temía mucho la desolación de las Comunidades, cuando las personas que las componen no se mantienen muy unidas unas a otras; lo cual sólo sucede cuando falta la estima, el aguante y la caridad. Que era preciso que las Religiosas se miraran unas a otras como esposas de Jesucristo, templos del Espíritu Santo e imágenes vivas de Dios; y que bajo esa mirada tuvieran amor y respeto unas a otras. Para eso (añaden estas virtuosas servidoras de Dios) nos recomendaba especialmente dos cosas: la primera, acudir a la Bondad de Dios, que es todo amor y caridad, para pedirle parte de sus luces y fervores divinos de su Espíritu. La segunda, concebir un gran deseo de enmendarnos y de trabajar efectivamente en la enmienda de los defectos y las faltas que podríamos cometer contra la virtud de la caridad, haciendo fielmente sobre esta materia nuestro examen particular para corregir y quitar de nuestros corazones todo lo que pudiera, de la manera que fuese, alterar la unión que debíamos tener con Dios y entre nosotras mismas».*

Y otra Religiosa de la misma Orden, cuya virtud ha difundido un olor muy bueno en el segundo Monasterio de París, ha dejado este testimonio sobre la caridad que había conocido en el Sr. Vicente: *«Se puede asegurar* —dice— *verdaderamente que este Santo Varón ha imitado, lo más de cerca posible, la vida de Nuestro Señor Jesucristo, que no se dedicó a nada más que a hacer bien a todos, mientras estuvo en la tierra. Porque, ¿quién hay que no haya experimentado la caridad del Sr. Vicente en sus necesidades, ya para el alma, ya para el cuerpo? ¿Podrá encontrarse alguna persona afligida que, después de acudir a él, se haya retirado alguna vez sin hallar algún alivio en sus males? Pero, ¿ha habido alguien que haya podido negarse a tener confianza en él, cuando ha tratado de hablar con él y de consolarse? Y en cuanto a su propia vida y a los bienes de su Congregación, ¿a quién se le puede decir que existen, sino a los necesitados de ellos?».*

Hay todavía una circunstancia que no debemos omitir referente a la caridad de la que estaba lleno el corazón del Sr. Vicente: es que lo impulsaba no sólo a aliviar las indigencias y las miserias tanto del cuerpo como del alma, sino también a ahorrar y salvar, tanto como podía, el honor y la fama del prójimo. Y es una cosa notable que nunca se le oyera quejarse de nadie, por muchos agravios o injurias que hubiera recibido, y menos aún censurar o negar la razón a alguien, cuando únicamente se trataba de sus propios intereses; al contrario, los ausentes disponían en todos los sitios donde se hallaba de un abogado que defendía siempre su causa, y que abogaba abiertamente en favor de la caridad; de modo que, como hablaba siempre bien de todos cuando se lo permitía la verdad, no decía ni sufría nunca que se dijera en su presencia nada malo de nadie, y no quería que se le censurara, o que le dijeran el menor mal de sus enemigos.

SECCION I pág. 627: Ejemplos notables de la caridad del Sr. Vicente

Para empezar a hacer ver al detalle lo que acabamos de decir en general sobre la caridad del Sr. Vicente, relataremos en esta primera Sección algunos ejemplos de esa virtud, que hemos escogido entre un grandísimo número de otros, de los que está llena la vida del gran Siervo de Dios.

Durante las últimas revoluciones de este Reino, los habitantes de la ciudad de Montmirail se encontraban desolados por el temor al maltrato de los soldados. Y al no saber qué hacer para salvar sus bienes, y para poner a salvo a las personas de las rapiñas y vejaciones de aquéllos, el Sr. Vicente escribió a los Sacerdotes de su Congregación, que residían en aquellos lugares, para que hicieran lo que pudieran para ayudar y aliviar a aquella pobre gente. Pero los Sacerdotes le escribieron que había mucho peligro para ellos mismos, y que, si hacían aquello, corrían el riesgo de perderse. El Sr. Vicente les contestó de esta manera:

«Que había que asistir al prójimo afligido; y que así como Dios les había dado las comodidades que tenían, su Divina Majestad tenía derecho a quitárselas, cuando Le pareciera; pero que socorrieran sin ningún temor a aquel pobre pueblo en todo lo que pudieran».

Así lo hicieron, ayudando a los pobres habitantes a salvar sus bienes de la mano de la gente de guerra, y retirando a su propia casa la mayor parte de los muebles de aquéllos, abandonándose así a la Providencia de Dios por todo lo que les pudiera suceder.

Los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, que dirigen un Seminario en tierras de la jurisdicción del Parlamento de Toulouse, estaban metidos en un pleito de cierta entidad relacionado con los asuntos de dicho seminario. El Sr. Príncipe de Conti tuvo la bondad de intervenir para hacerlo terminar; y fue de la opinión de que dichos Sacerdotes lo sometieran a arbitraje en la ciudad de Toulouse. Pues bien, sucedió que un Prelado, interesado en favor del Seminario y que apoyaba a los Sacerdotes de la Misión,

no aprobó el arbitraje, y les ordenó que lo rompieran, cosa que los Sacerdotes hicieron saber inmediatamente al Sr. Vicente, y le enviaron la carta que dicho Prelado les había escrito en esa ocasión. Sobre eso uno de los Sacerdotes le había dicho al Sr. Vicente, que debería mostrársele la carta al Sr. Príncipe de Conti, que por entonces estaba en París, para hacerle saber que no eran los Sacerdotes de la Misión los que querían romper aquel arreglo. El Sr. Vicente le respondió: *«No, señor; eso recaería sobre ese buen Prelado; no se debe hacer, porque sería dar motivos al Sr. Príncipe para quejarse de él. Es mejor que nos echemos sobre nosotros ese reproche, y que toda la pena y confusión caiga sobre nosotros, antes que hacer ninguna cosa que pueda perjudicar a nuestro prójimo».*

Mas como el mayor efecto de la caridad es exponer la vida por las personas a las que se quiere, como Nuestro Señor nos lo declara en el Evangelio, el Sr. Vicente ha demostrado claramente que poseía esta virtud en el grado más alto de su perfección, al exponer en diversas circunstancias voluntariamente su vida para ayudar y salvar al prójimo.

Algún tiempo después de que los Sacerdotes de la Misión fueran introducidos en San Lázaro, Dios permitió que la enfermedad contagiosa infectara dicha casa, y que el Sr. Subprior quedara afectado. En cuanto lo supo, el Sr. Vicente fue inmediatamente a visitarlo para consolarlo, animarlo y ofrecerle todo lo que dependiera de su servicio; y se le acercó tanto, que percibió el olor de su aliento, y muy a gusto hubiera estado allí, si se lo hubieran permitido. Y en ese mismo tiempo un pobre muchacho quedó también contagiado de la misma enfermedad en la casa de San Lázaro, y como algunos eran de opinión de que habría que llevarlo a SaintLouis, el Sr. Vicente no quiso permitirlo, antes bien, lo hizo retener y medicamentar en San Lázaro, y recomendó expresamente a uno de los Hermanos que cuidara de él especialmente.

Al pasar un día por el arrabal de SaintMartin, vio a seis o siete soldados que perseguían, espada en mano, a un pobre artesano para matarlo. Ya lo habían herido, y, según todas las apariencias, aquel pobre hombre no podía escapar de la muerte. Todos huían, al ver la furia de aquella gente, por miedo a que deseando librar al inocente, no se metieran ellos mismos en el peligro. Pero el Sr. Vicente, sin temor alguno a perder la vida por salvar la de su prójimo e impulsado por el Espíritu de caridad se fue derecho hacia los soldados, se metió entre las espadas haciendo un escudo con su cuerpo para parar los golpes que querían dar sobre el pobre artesano, lo cual le sirvió al perseguido de medio para salvarse, pues los soldados, asombrados por semejante caridad, se detuvieron, y ya serenados por la reconvención del Sr. Vicente, desistieron de su malvada intención.

He aquí otro ejemplo de esa misma virtud, tanto más de notar cuanto que es más rara. Ha llegado a oídos de varias personas, no sólo de su Congregación, sino también de fuera; y el Superior de los Sacerdotes de la Misión residentes en Marsella, ha manifestado haberlo sabido de varias personas en aquella ciudad del modo siguiente: El Sr. Vicente, mucho antes de fundar su Congregación, hizo un acto de caridad muy parecido al que se refiere de San Paulino: se vendió a sí mismo para rescatar de la esclavitud al hijo de una

pobre viuda, porque un día halló en las galeras a un forzado que había sido obligado, por esa desgracia, a abandonar a su mujer y a sus hijos en una gran pobreza, y quedó tan movido a compasión por el desgraciado estado a que habían quedado reducidos, que decidió buscar y usar de todos los medios posibles para consolarlos y aliviarlos. Y como no veía ninguno, fue impulsado interiormente por un movimiento extraordinario de caridad a ponerse él mismo en el lugar de aquel pobre hombre para proporcionarle medios, sacándolo de la cautividad, para que fuera a asistir a su afligida familia. Actuó entonces con la habilidad que le sugirió su caridad, con el fin de que lo vieran bien aquéllos de quienes dependía aquel asunto, y habiéndose puesto voluntariamente en aquel estado de cautividad, quedó encadenado con la misma cadena de aquel pobre hombre, cuya libertad había procurado. Pero, al cabo de algún tiempo una vez reconocida la virtud singular del caritativo libertador en aquella ruda prueba, le dejaron libre. Muchos han pensado años más tarde, no sin apariencia de verdad, que la hinchazón de sus pies le había venido del peso y de la incomodidad de la cadena que suelen atar a los pies de los forzados. Y un Sacerdote de su Congregación, aprovechándose de ese hecho, un día se atrevió a preguntarle si lo que se decía de él era verdad, que se había puesto en otro tiempo en el sitio de un forzado. El cambió, sonriendo, de conversación, sin dar respuesta alguna a la pregunta.

Aunque esta acción de caridad sea muy admirable, con todo, podemos decir, por testimonios más seguros, que el Sr. Vicente ha hecho algo más provechoso para la gloria de Dios, empleando su tiempo, sus cuidados, sus bienes y su vida, como él ha hecho, para el servicio de todos los forzados, que no el de haber conseguido la libertad de uno solo; porque conociendo por su propia experiencia las miserias y necesidades de ellos, les ha proporcionado socorros corporales y espirituales, en salud y en enfermedad, para el presente y para el futuro, más grandes y más extensos incomparablemente, que lo que hubiera podido hacer si hubiera estado siempre encadenado con ellos.

Pero no habrá dificultad en creer que haya estado dispuesto a comprometer su libertad externa, y a reducirse a la esclavitud, como San Paulino, para librar a su prójimo, si se considera que ha ido más lejos, y que, a imitación del gran Apóstol San Pablo, él ha querido ser en cierto modo anatema por sus hermanos. Veamos un ejemplo muy notable sucedido en tiempos en que el Sr. Vicente era Capellánlimosnero de la Reina Margarita. Vamos a sacar el relato, en parte, de una Conferencia, que dio a su Comunidad, y, en parte, de lo que se ha sabido después de su muerte por el testimonio de personas dignas de crédito.

«Conocí —dijo el Sr. Vicente— *a un célebre Doctor, que había defendido durante mucho tiempo la fe católica contra los herejes, en calidad de teólogo Lectoral, cargo que había tenido en una diócesis. La difunta Reina Margarita lo llamó a su lado por su ciencia y por su piedad, y por ello se vio obligado a dejar sus ocupaciones. Y como no predicaba ni catequizaba, se vio asaltado, en medio de la ociosidad en que vivía, por una fuerte tentación contra la fe. Esto nos enseña, de pasada, qué peligroso es vivir en la ociosidad, tanto de cuerpo como de espíritu. Porque, como una tierra, por muy buena que sea, si se la*

deja durante algún tiempo sin cultivar enseguida produce cardos y espinas, tampoco nuestra alma puede mantenerse largo tiempo en el descanso y en la ociosidad, sin que experimente algunas pasiones o tentaciones que la inclinan al mal. El Doctor, al verse en un estado tan lamentable, acudió a mi para decirme que estaba siendo atacado por tentaciones muy violentas contra la fe; que sentía horribles pensamientos de blasfemia contra Jesucristo, e incluso de desesperación, hasta el extremo de sentirse impulsado a tirarse por una ventana. Y llegó a tal extremo, que hubo que dispensarle de rezar el breviario y de celebrar la Santa Misa, y hasta de rezar ninguna oración, de modo que, cuando empezaba sencillamente a decir el Padre nuestrole parecía ver mil espectros que le turbaban enormemente. Y su imaginación estaba tan seca y su espíritu tan agotado a fuerza de hacer actos de rechazo de sus tentaciones, que no era capaz de realizar ninguno. Estando, pues, en tan deplorable estado, se le aconsejó esta práctica: que todas y cuantas veces volviera su mano o uno de sus dedos a la ciudad de Roma, o bien, hacia cualquier iglesia, con ese movimiento y con ese acto quería indicar que creía todo lo que la Iglesia Romana creía. ¿Qué es lo que ocurrió después de todo eso? Por fin Dios tuvo compasión del pobre Doctor, quien estando en cama enfermo, quedó libre en un instante de todas sus tentaciones: se le quitó de golpe la venda de oscuridad que cubría los ojos de su espíritu. Comenzó a ver todas las verdades de la fe, pero con tanta claridad, que le parecía sentirlas y palparlas con la mano. Y, finalmente, dándole a Dios amorosas gracias, porque había permitido que cayera en aquellas tentaciones, para librarle luego de ellas con tanta mejora, y darle sentimientos tan grandes y maravillosos de los misterios de nuestra Religión».

Eso es lo que hemos escogido de una charla que el Sr. Vicente dio un día a los suyos sobre el tema de la fe. En él no dice nada del medio del que se sirvió para librar al Doctor de la violencia de sus tentaciones; pero se ha sabido después de su muerte, que aquello sucedió por las oraciones y por el ofrecimiento que hizo a Dios de sí mismo para librar a aquel pobre afligido. He aquí cómo pasó todo según el testimonio que una persona muy digna de fe ha dejado escrito, y que no tenía ningún conocimiento de la charla del Sr. Vicente que acabamos de presentar: *«El Sr. Vicente, viéndose obligado a consolar al hombre que le había descubierto sus penas espirituales, le aconsejó que las rechazara, y que hiciera algunas obras buenas para obtener la gracia de quedar libre de ellas. Al poco tiempo de eso, sucedió que ese hombre cayó enfermo, y que en su enfermedad el espíritu maligno redobló sus esfuerzos para perderle. El Sr. Vicente, al verlo reducido a aquel estado deplorable, y temiendo con razón que muriera por la violencia de las tentaciones de incredulidad y de blasfemia, y que falleciera envenenado por el odio implacable que el demonio siente contra el Hijo de Dios, se puso en oración para rogar a la Divina Bondad que quisiera librar al enfermo de aquel peligro, y se ofreció a Dios en espíritu de penitencia para llevar sobre sí mismo, si no las mismas angustias, sí al menos los efectos de Su Justicia que tuviera a bien hacerle sufrir, imitando en ese punto la caridad de Jesucristo, que cargó con nuestras enfermedades para curarnos, y satisfizo por las penas que habíamos merecido. Dios quiso, por un secreto de su Providencia, tomar al pie de la letra la oferta del caritativo Sr. Vicente, y atendiendo a su oración, libró enteramente de la tentación al enfermo, le devolvió la calma a su espíritu, aclaró su fe oscurecida y*

turbada, y le concedió sentimientos de Religión y de agradecimiento a Nuestro Señor Jesucristo, tan llenos de ternura y de devoción, como nunca había tenido. Pero, al mismo tiempo, ¡oh conducta admirable de la Divina Sabiduría!, Dios permitió que esa misma tentación pasara al espíritu del Sr. Vicente; que, desde entonces, se halló vivamente atacado. Usó de oraciones y de mortificaciones para verse libre, y no tuvieron otro efecto que hacerle sufrir los humos del infierno con paciencia y resignación, sin perder, con todo, la esperanza de que, por fin, Dios tendría compasión de él. Sin embargo, como reconoció que Dios lo quería probar permitiendo al demonio que le atacara con tanta violencia, hizo dos cosas: la primera fue que escribió la profesión de fe en un papel que puso sobre el corazón, como un remedio específico para el mal que sentía; y, después de hacer un acto de rechazo general de todos los pensamientos contrarios a la fe, hizo un pacto con Nuestro Señor: que todas las veces que llevara la mano sobre el corazón y sobre el papel, como así lo hacía a menudo, entendía con aquella acción y con aquel movimiento de su mano, que renunciaba a la tentación, aunque con la boca no pronunciara ninguna palabra, y elevaba al mismo tiempo su corazón a Dios, y distraía suavemente su espíritu de su pena, confundiendo así al demonio, sin hablarle ni mirarle».

«El segundo remedio que empleó, fue hacer lo contrario de lo que la tentación le sugería, tratando de obrar por fe, y de rendir honor y servicio a Jesucristo. Esto lo hizo de modo particular en la visita y el consuelo a los enfermos pobres del Hospital de la Caridad del arrabal de SaintGermain, donde por entonces residía. Este ejercicio caritativo, uno de los más meritorios del Cristianismo, era también el más propio para manifestar a Nuestro Señor con qué fe creía en sus palabras y en sus ejemplos, y con qué amor le quería servir, ya que El dijo Que se le hacía a Su persona el servicio que se le hiciera al menor de los suyos. Dios hizo por ese medio la gracia al Sr. Vicente de lograr un provecho tan grande de aquella tentación, que no solamente no tuvo nunca necesidad de confesarse de ninguna falta que hubiera cometido contra dicha materia, sino que los mismos remedios que usó le sirvieron de fuentes de innumerables bienes que fluyeron de inmediato en su alma».

«Finalmente, pasaron tres o cuatro años en aquella dura prueba, y el Sr. Vicente siempre gimiendo ante Dios bajo la pesadumbre muy lastimosa de aquellas tentaciones. Sin embargo, tratando de fortalecerse cada vez más contra el demonio, y de confundirlo, decidió un día tomar una resolución firme e inviolable de honrar aún más a Jesucristo, y de imitarlo con mayor perfección que hasta entonces y fue: entregarse toda su vida por su amor al servicio de los pobres. En cuanto formó dicha resolución en su alma, por un efecto maravilloso de la gracia, todas las sugestiones del maligno espíritu se disiparon y se desvanecieron. Su corazón, que había vivido tanto tiempo bajo la opresión, se encontró sumido en una dulce libertad, y su alma quedó saturada de una luz tan abundante, que en varias ocasiones confesó que le parecía ver las verdades de la fe con una luz muy especial»

Este fue el final de aquella tentación y el fruto de esta resolución. De ella se puede decir que Dios sacó más adelante, por su gracia, todas las grandes obras que El ha obrado en su Siervo para la asistencia y para la salvación de infinidad de pobres, y para el mayor bien de su Iglesia".

Además de la persona que ha comunicado este testimonio, hay varias más de mérito y de virtud que todavía viven, que han asegurado la misma cosa, como oída al mismo Sr. Vicente, quien les había declarado en confianza lo que le había pasado en aquella circunstancia para sugerirles que usaran de los mismos remedios, a fin de obtener el alivio y la curación de penas espirituales parecidas que ellas estaban sufriendo.

SECCION II pág. 631: Caridad singular hacia los pobres

Después de haber visto en general cómo era la caridad del Sr. Vicente y los notables ejemplos que dio de ella en diferentes circunstancias, nos queda ahora por considerarla más al detalle en los sujetos particulares con quienes la ha ejercido santamente. Los que se presentan los primeros son los pobres, que él amó con un amor ternísimo, y para quienes tenía un corazón más que paternal; y ciertamente, si uno se quiere fijar en toda su vida, sobre todo desde el tiempo en que se dedicó al servicio del altar, verá que casi no ha sido otra cosa que un ejercicio continuo de caridad para los pobres, y que sus principales obras y actividades más señaladas han sido para los pobres. Para ellos procuró la fundación de varios Hospitales; para ellos fundó las Cofradías de la Caridad en tantos sitios, e instituyó la Compañía de las Hijas de la Caridad; a éstas les ha dado la categoría de Siervas de los Pobres. Por los pobres ha hecho tantas Reuniones, ha obligado a los suyos a emprender tantos viajes, y ha dedicado sus atenciones, sus vigilias y todos los medios de los que ha podido usar para contribuir al alivio y al servicio de ellos. En fin, se puede decir que ha fundado la Congregación de la Misión para evangelizar a los pobres. Y por esta razón decía a menudo a sus misioneros: Somos los Sacerdotes de los pobres; Dios nos ha escogido para ellos; éso es la esencial para nosotros, el resto es accesorio.

Efectivamente, parecía que el principal asunto de este caritativo Sacerdote era dedicarse a los pobres. A ellos dirigía habitualmente sus pensamientos, y a ellos tendían sus principales intereses. Llevaba a los pobres en su corazón, estaba vivamente conmovido por sus sufrimientos, y sentía un afecto muy sensible, cuando, al enterarse de sus necesidades y miserias, no veía ningún medio para poderles ayudar.

Estando un día transido de dolor por ese motivo, y hablando a uno de los suyos que le acompañaba en la ciudad, después de algunos suspiros y exclamaciones por el mal tiempo que amenazaba en aquella estación a los pobres con hambre y muerte: *«Estoy triste* —le dijo— *por nuestra Compañía, pero ella no me preocupa tanto como los pobres. Nosotros nos libraremos yendo a pedir pan a las otras casas nuestras, si ellas tienen, o a servir de Vicarios en las parroquias. Pero, en cuanto a los pobres, ¿qué harán? Y ¿podrán irse? Confieso que ellos son mi peso y mi dolor. Me han dicho que en los campos la pobre gente dice que, mientras tengan restos de la cosecha, vivirán; pero que, después no tendrán que hacer más que sus fosas, y enterrarse vivos. ¡Oh Dios! ¡Qué extremo de miseria! Y ¿el medio para remediarlas?»*

En otra ocasión, hablando a los suyos sobre el tema de los pobres, hizo el siguiente razonamiento: *«Dios ama a los pobres, y, por consiguiente, ama a quienes aman a los pobres, pues, cuando se ama mucho a una persona, se siente también afecto a sus amigos y servidores. Pues bien, esta pequeña Compañía de la Misión procura dedicarse con afecto a servir a los pobres, que son los preferidos de Dios. Por eso, tenemos motivos para esperar que, por amor a ellos, también nos amará Dios a nosotros. Así pues, Hermanos míos, vayamos y ocupémonos con un amor nuevo en el servicio de los pobres, y busquemos incluso a los más pobres y abandonados. Reconozcamos delante de Dios, que son ellos nuestros señores y nuestros amos, y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios».*

En una ocasión, hablando con dos personas eclesiásticas de calidad, les dijo una palabra muy de notar, y que merece que no quede en el olvido, a saber*: «Que todos los que amen a los pobres durante su vida no temerán la muerte; que él había tenido esa experiencia en varias ocasiones; y que, por esa razón, tenía la costumbre de insinuar esta máxima en el espíritu de las personas, que veía llenas de miedo ante la muerte, y se aprovechaba de la ocasión para excitarlas al amor de los pobres».*

Y hablando en una de sus cartas de la muerte de un virtuoso Sacerdote confirma lo mismo: *«Su muerte* —dice— *ha respondido a su vida: ha tenido continua conformidad con la voluntad de Dios desde el comienzo de su enfermedad hasta el final, sin haber sentido ningún movimiento, ni pensamiento contrario alguno. Siempre temió mucho la muerte, pero como desde el comienzo de la enfermedad vio cómo la afrontaba sin ningún temor, y hasta con gusto, me dijo que seguramente moriría de aquello, porque —decía— que me había oído decir: Que Dios quita el mie do a la muerte a los que han practicado gustosamente la caridad con los pobres, y han sufrido ese miedo durante su vida».*

Pues bien, ese amor que el Sr. Vicente sentía por los pobres obraba dos efectos en su corazón: uno era un gran sentimiento de compasión de su indigencia y de su miseria, porque tenía el corazón extremadamente tierno en atención a ellos. Y ya hemos hecho notar que, cuando recitaba las Letanías de Jesús, cuando decía las palabras Jesu, pater pauperum, habitualmente lo hacía con un tono de voz que manifestaba la ternura de su corazón; y todas las veces que le iban a hablar de alguna miseria o necesidad especial, se le veía suspirar, cerrando los ojos y levantando los hombros, como un hombre que se siente oprimido por el dolor; y su cara abatida daba bien a entender que su corazón estaba desconsolado por la compasión que sentía por los sufrimientos de los pobres. Hablando un día, transido por ese sentimiento, a los suyos sobre el tema de la compasión: *«Cuando vayamos* —les dijo— *a ver a los pobres, hemos de entrar en sus sentimientos para sufrir con ellos, y ponernos en las disposiciones de aquel gran Apóstol, que decía: Omnibus omnia factus sum, me he hecho todo para todos, de forma que no recaiga sobre nosotros la queja que antaño manifestó Nuestro Señor por boca de un Profeta: Sustinui, qui simul mecum contristaretur, et non fuit;esperé a ver si alguien se compadecía de mis sufrimientos, y no hubo nadie. Para ello es preciso que sepamos enternecer nuestros corazones y hacerlos capaces de sentir los sufrimientos y las miserias del prójimo, pidiendo*

a Dios que nos dé el verdadero espíritu de misericordia, que es el espíritu propio de Dios. Pues, como dice la Iglesia, es propio de Dios hacer misericordia y conceder el espíritu de ella. Pidámosle, pues, a Dios, Hermanos míos, que nos dé ese espíritu de compasión y de misericordia; que nos llene de él, que nos lo conserve, de forma que quienes vean a un misionero puedan decir: He ahí un hombre lleno de misericordia. Pensemos un poco en la necesidad que tenemos de misericordia nosotros, que debemos ejercitarla con los demás y llevar esa misericordia a toda clase de lugares, sufriéndolo todo por misericordia».

«¡Dichosos nuestros Cohermanos, que están en Polonia, que han sufrido tanto durante estas últimas guerras y durante la peste, y que todavía están sufriendo por ejercitar la misericordia corporal y espiritual, y por aliviar, asistir y consolar a los pobres! ¡Felices misioneros a los que ni los cañones, ni el fuego de las armas, ni la peste han hecho salir de Varsovia, donde los retiene la miseria de los demás; que han perseverado y todavía perseveran animosamente, en medio de tantos peligros y sufrimientos, por misericordia con los demás! ¡Qué felices son por emplear tan bien este momento de tiempo, que es nuestra vida, en la misericordia! Sí, este momento, porque nuestra vida no es más que un momento que vuela y desaparece en seguida. ¡Ay! Mis setenta y seis años de vida no me parecen ahora más que un sueño y un momento, y nada me queda de ellos, sino la pena de haber empleado tan mal esos instantes. Pensemos en el pesar que tendremos a la hora de nuestra muerte, si no utilizamos estos momentos de nuestra vida en ser misericordiosos».

«Así pues, seamos misericordiosos, Hermanos míos, y ejercitemos con todos nuestra compasión, de forma que nunca encontremos un pobre sin consolarlo, si podemos, ni a un hombre ignorante sin enseñarle en pocas palabras las cosas, que necesita creer y hacer para su salvación. ¡Oh Salvador! ¡No permitas que abusemos de nuestra vocación, ni quites de esta Compañía el espíritu de misericordia! ¿Qué sería de nosotros, si nos retirases Tu misericordia? Concédenos ese espíritu junto con el espíritu de mansedumbre y de humildad».

Y en otra ocasión, hablando sobre el mismo asunto, dijo que: *«El Hijo de Dios, al no poder tener sentimientos de compasión en el estado glorioso que posee desde toda la eternidad en el cielo, quiso hacerse hombre y pontífice nuestro para compadecer nuestras miserias. Para reinar con El en el cielo hemos de compadecer, como El, a sus miembros que están en la tierra. Los misioneros, por encima de todos los sacerdotes, deben estar llenos de ese espíritu de compasión, ya que están obligados, por su estado y vocación, a servir a los más desgraciados, a los más abandonados, y a los hundidos en miserias corporales y espirituales. Y, en primer lugar, han de verse tocados en lo más vivo y afligidos en sus corazones por las miserias del prójimo. Segundo, es menester que esta compasión y misericordia aparezca en su exterior y en su rostro, a ejemplo de Nuestro Señor, que lloró sobre la ciudad de Jerusalén por las calamidades que la amenazaban. Tercero, hay que emplear palabras compasivas que le hagan ver al prójimo cómo nos interesamos por sus penas y sufrimientos. Finalmente, hemos de socorrerle y asistirle, en la medida que podamos, en todas sus necesidades y miserias, procurando librarle de ellas en todo o en*

parte, ya que la mano tiene que hacer todo lo posible por conformarse con el corazón».

He ahí el segundo efecto del amor que él tenía a los pobres, que era socorrerlos y asistirlos tanto como podía; y eso lo hizo siempre, habiéndose convertido en el Administrador General de los pobres, en donde quiera que estuvieran, incluso en las tierras más lejanas, ocupándose con mucho esmero por subvenir a todas sus necesidades, y en proporcionarles alimento, vestido, albergue y todas las demás necesidades de la vida. Eso es lo que hacía que las personas caritativas enviaran de buena gana sus limosnas al Sr. Vicente, para que las distribuyera a los pobres, cosa que desempeñaba de tal manera, que daba siempre mucho más de lo que recibía.

Teniendo presentes unas consideraciones parecidas, un eclesiástico de condición y de virtud, presidente de una Comunidad de París, como disponía de cantidades considerables para emplearlas en limosnas, quiso dirigirse, después de la muerte del Sr. Vicente, a la casa de San Lázaro, para hacerlas llevar y distribuir a los pobres en unas Provincias lejanas. La razón por la que se dirigió a los Sacerdotes de la Congregación de la Misión antes que a otras, es—decía— *"porque el Sr. Vicente ha sido verdadero Padre de los Pobres, y ha tenido un espíritu y una gracia especial para socorrerlos y asistirlos, y porque ha dejado en preciosa herencia ese mismo espíritu y esa misma gracia a sus Hijos, que no dejarán de seguir los ejemplos e ir tras las pisadas de su dignísimo Padre».*

No repetiremos aquí lo que dijimos en otra parte, que en las diversas inundaciones y desbordamientos del río Sena, el Sr. Vicente tuvo especial preocupación, para que se cociera sin cesar pan en San Lázaro a costa del trigo de la Comunidad, y para que lo enviaran por barca a una aldea casi anegada del todo, llamada Genevilliers, a dos leguas de París: los pobres habitantes estaban cercados por las aguas y por el hambre, y reducidos a una necesidad extrema; y así recibieron una ayuda muy oportuna, y tan abundante, como inesperada, por la caridad del Padre nutricio de los pobres, quien les enviaba aquella limosna por medio de dos Hermanos de la casa de San Lázaro, no sin peligro, para distribuirla junto con el Sr. Vicario, que conocía las necesidades de cada familia y durante tanto tiempo como duró el desbordamiento.

Hay un gran número de acciones semejantes de caridad, que el Sr. Vicente practicó en favor de los pobres en sus necesidades, pero que las pasamos en silencio. Mas no debemos omitir una, que hubiera quedado sepultada en el olvido, como muchas otras ocultadas por él a los ojos de los hombres, si no llega a recuperarse, poco después, un certificado escrito y firmado de su puño y letra, que se vio obligado a dar, durante el tiempo de guerra, a los que guardaban las puertas de París, para que dejaran salir los víveres enviados por él a los pobres campesinos en una carreta de la casa de San Lázaro; porque los soldados, al ver que aquello seguía, quisieron asegurarse con otros testimonios distintos del carretero, de dónde procedían los víveres y adónde los llevaban. El certificado estaba concebido en estos términos: *«El infrascrito, Superior de los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, certifica a todos los interesados, que unas buenas y piadosas Señoras de esta ciudad me han comunicado que estaban enfermos la mitad de*

los habitantes de Palaiseau, y que morían diez o doce cada día. Dichas Señoras me han pedido que envíara algunos Sacerdotes para la asistencia corporal y espiritual de ese pobre pueblo, afligido a causa de la residencia de tropas en aquel lugar durante veinte días. Por ello les hemos enviado cuatro Sacerdotes y un cirujano, que asistan a esa pobre gente; también les hemos mandado, desde el día anterior al Corpus, todos los días excepto uno o dos, dieciséis grandes hogazas de pan blanco, quince pintas de vino, huevos y, ayer, algo de carne; y que dichos Sacerdotes de la Compañía me han dicho que es necesario enviar harina y un tonel de vino, tanto para la asistencia a dichas personas enfermas, como para las de las aldeas cercanas, por lo que he hecho partir hoy una carreta de tres caballos con cuatro sacos de harina y dos toneles de vino para la asistencia de esos pobres enfermos de Palaiseau y de las aldeas cercanas». «En fe de lo cual escribo y firmo la presente con mi propia mano en San Lázaro de París, el día 5 de junio de 1652». «Firmado: Vicente de Paúl, etc.»

Por este escrito se puede ver hasta dónde llegaba la caridad del Sr. Vicente, quien, en lugar de un solo Sacerdote que le habían pedido para asistir a los pobres enfermos de Palaiseau, les envió a cuatro con un cirujano, y que, al mismo tiempo que atendía al bien espiritual de las almas, enviaba con qué restablecer a los pobres extenuados de hambre, y con qué aliviar a los enfermos desprovistos de todo. Para eso, empleó sin dilación alguna y con toda la diligencia que le era posible los hombres, las provisiones y los caballos de su Comunidad hasta que llegaran otras limosnas, pero mientras llegaban, no reparó en gastar de la bolsa de su misma Comunidad, habiendo enviado hasta seiscientas sesenta y tres libras de su dinero; y eso lo dejó tan exhausto de recursos en medio de la carencia que había de todo por aquel tiempo, que se vio obligado a escribir a la Señora Duquesa de Aiguillon que ya no estaba en situación de hacer frente a aquellos gastos, y le suplicaba que reuniera un pequeño grupo de Damas de la Caridad en su casa y acordara con ellas qué habían de hacer en aquella necesidad apremiante: *«Acabo de enviar* —le dijo en la carta que le escribió sobre dicha cuestión— *al Sacerdote con un Hermano y cincuenta libras. La enfermedad es tan maligna, que nuestros primeros cuatro Sacerdotes han caído enfermos, y el Hermano que les acompañaba también. Ha habido que traerlos aquí, y dos de ellos están gravísimos. ¡Ah Señora! ¡Qué cosecha tenemos para el cielo en este tiempo, en el que las miserias son tan grandes a nuestras puertas! La venida del Hijo de Dios ha sido la ruina para algunos y la redención para muchos, como dice el Evangelio; y podemos decir en cierto modo lo mismo de esta guerra, pues ella será la causa de la condenación de cantidad de personas, pero Dios se servirá también de ella para obrar la gracia, la justificación y la gloria de muchos otros, de cuyo número, tenemos motivos para esperar, será usted, como así se lo ruego a Nuestro Señor».*

Esta caritativa intervención del Sr. Vicente para socorrer a los pobres de Palaiseau sirvió de ocasión y dio comienzo a las grandes caridades que se llevaron a cabo en la ciudad de Étampes y en todos los otros lugares de los alrededores de París, gracias a las atenciones y a la cooperación de las Damas de la Cofradía de la Caridad de París, y de algunas personas de gran piedad, que adquirieron por esas grandes obras un mérito, cuya memoria no perecerá nunca.

Ahí va una pequeña muestra de los efectos de la caridad del Sr. Vicente en socorrer a los pobres con toda clase de ayudas a las que él contribuía cuanto podía, y frecuentemente más de lo que podía. Y cuando no tenía más medios y ya no podía conseguir de otros sitios, su último recurso era la bondad y los actos caritativos de la Reina Madre. Aunque no quería ser inoportuno, ya que conocía bastante cómo practicaba Su Majestad liberalidades con toda clase de obras de piedad, sin embargo, en situaciones extremas, el refugio habitual del Sr. Vicente era acudir a ella para presentarle con confianza las acuciantes necesidades de los pobres, y nunca quedaba defraudado. Esta caritativa Princesa abría inmediatamente la mano, y aún más el corazón para asistirlos, porque siempre que disponía de dinero, se lo daba, y en caso contrario, le daba otra cosa. Cierta vez, entre otras, le dio un diamante valorado en siete mil libras, y, en otra ocasión, un hermosísimo pendiente, que se vendió en dieciocho mil libras para las Damas de la Cofradía de la Caridad. Y aunque Su Majestad, por un sentimiento de humildad cristiana, había rogado al Sr. Vicente, que no dijera nada a nadie, él no se creyó obligado a obedecerla en aquella cuestión, sino que le dijo: *«Señora: Su Majestad me perdonará, si le place, si no puedo dejar oculta una acción caritativa tan hermosa. Es bueno, Señora, que todo París, e incluso toda Francia, la conozca, y creo que estoy obligado a publicarla por todos los sitios que pueda».*

El Sr. Vicente tenía como norma, en los servicios y asistencias que prestaba a los pobres, la de extender de forma particular sus atenciones a los más abandonados. Y por esa razón, se dedicaba con un interés muy especial a atender a las necesidades de los pobres niños expósitos, como los más abandonados y los menos capaces de ser ayudados. Sentía un amor muy tierno por esas inocentes criaturas, y un amor no solamente afectivo, sino también efectivo.

«¿No es obligación de los padres —les decía a los suyos sobre ese tema— *atender a las necesidades de sus hijos? Pues bien, si Dios nos ha puesto en lugar de quienes los engendraron, para que procuremos conservarles la vida y educarlos en el conocimiento de las cosas de su salvación, hemos de interesarnos en no relajarnos en una empresa que tanto Le agrada. Porque, si después de abandonarlos sus desnaturalizadas madres, nosotros no nos preocupamos de su alimentación y de su educación, ¿qué pasará con ellos? ¿Podemos consentir que vayan muriendo todos, como pasaba antes en la ciudad de París?»* .

Una persona virtuosa, que conocía particularmente las preocupaciones que el Sr. Vicente sufría por la conservación de esas criaturas, incluso cuando las Damas más caritativas que se habían encargado de su cuidado, perdían casi sus ánimos a causa de los grandes gastos que hacían falta, ha manifestado lo siguiente unos años antes de la muerte del Sr. Vicente: *«¡Dios sabe cuántos suspiros y gemidos ha dirigido hacia el cielo el Sr. Vicente a causa de estos pobres niños! ¿Qué recomendaciones ha hecho a su Compañía para que rogara a Dios por ellos? ¿Qué medios ha usado, y qué caminos no ha intentado para darles de comer con poco gasto? ¿Y de qué cuidados no ha usado para enviarlos a visitar estos años últimos a las casas de las nodrizas a diversas aldeas, con las Hijas de la*

Caridad, y, este año de 1649, con un Hermano de su Congregación, quien ha empleado cerca de seis semanas en llevar a cabo esa visita?» .

Un día le contaron que un Sacerdote de su Compañía había dicho que el cuidado que él se tomaba de los niños abandonados era la causa de la gran pobreza de la casa de San Lázaro, que estaba muy venida a menos en lo temporal, y se hallaba en peligro de quedar totalmente arruinada, *«a causa* —decía— *de que las limosnas que acostumbraban a hacernos eran desviadas para esos niños, pues sus necesidades parecían mayores y más urgentes que las nuestras, y los que dan esas limosnas no podían dar a ellos y a nosotros a la vez».* A lo que el Sr. Vicente respondió: *«Dios le perdone esa debilidad, que le hace alejarse, de ese modo, de los sentimientos del Evangelio. ¡Qué fe más débil pensar, que por hacer y procurar el bien a unos niños pobres y abandonados como ésos, Nuestro Señor vaya a tener menos bondad con nosotros, El, que promete recompensar hasta el ciento por uno lo que se dé por El! Ya que ese admirable Salvador dijo a sus Discípulos: Dejad que los niños vengan a Mi, ¿podemos nosotros rechazarlos o abandonarlos cuando vienen donde nosotros, sin que Le desobedezcamos? ¿De qué ternura no dio muestras hacia los niños pequeños, hasta llegar a tomarlos en sus brazos y bendecirlos con sus manos? ¿No es precisamente en relación a ellos, cuando nos dio una regla de salvación, mandándonos que nos hiciéramos semejantes a unos niños pequeños, si queremos tener entrada en el Reino de los Cielos? Pues bien, tener caridad a los niños y cuidar de ellos es, en cierto modo, hacerse niño, y proveer a las necesidades de los niños abandonados es ocupar el lugar de sus padres y de sus madres, o, mejor aún, el de Dios, pues El dijo que si la madre llegaba a olvidarse de su hijo, El mismo lo cuidaría y no lo olvidaría nunca. Si Nuestro Señor viviera ahora entre los hombres en la tierra y viera a unos niños abandonados, ¿pensaríamos que El querría abandonarlos? Sería indudablemente hacer una injuria a su Bondad infinita atribuirle semejante pensamiento; y seríamos infieles a su gracia, si, habiendo sido elegidos por su Providencia para procurar la conservación corporal y el bien espiritual de esos pobres niños abandonados, fuéramos a dejarlos y a abandonarlos por las molestias que nos ocasionan».*

SECCION III pág. 636: Limosnas

Quizás el asunto que vamos a tratar en esta Sección tropezará ante todo con la dificultad de ciertos espíritus, que comprenderán difícilmente cómo el Superior General de una Congregación, por su propia iniciativa y sin requerir el consentimiento de los miembros de esa Congregación, haya podido ser tan generoso con los pobres a costa de los bienes de su misma Congregación. Y aún más, cómo el Sr. Vicente, que era tan humilde, tan respetuoso y tan gran enamorado de la pobreza evangélica, y que, además, no quiso sin el consentimiento expreso de su Comunidad, como hemos visto en el Libro primero, dar una pequeña ayuda a su propio sobrino llegado expresamente desde doscientas leguas para visitarle, cosa que no había podido hacer sin afectar notablemente las modestas posibilidades de su pobre familia, cómo, digo, este fiel Siervo de Dios ha

dado, con tanta frecuencia y largueza, limosna a toda clase de pobres a costa de su misma Comunidad, como lo vamos a ver en esta misma Sección.

Ciertamente, eso parece, a primera vista, un poco sorprendente, y quienes piensen más favorablemente creerán que eso se realiza por un movimiento extraordinario del Espíritu Santo, quien, a veces, lleva a los Santos a actos de virtud más admirables que imitables. Pero aunque eso se pueda afirmar en verdad en el caso presente y sea fácil reconocer en varias circunstancias de la vida del Sr. Vicente una dirección de Dios del todo extraordinaria y unas máximas tanto más opuestas a la prudencia ordinaria de los hombres, cuanto más conformes son a la Sabiduría divina de Jesucristo; sin embargo, se puede, además de eso, fijar la atención en diversas consideraciones en las cuales esa forma de actuar del Sr. Vicente puede hallar un razonable y legítimo apoyo.

Y, en primer lugar, debemos considerar que el Sr. Vicente era no sólo el Superior General, sino también el Autor, el Fundador y el Institutor de una nueva Compañía, que nació en brazos de la caridad y que se puede decir, en cierto modo, que había permanecido durante el tiempo de su vida, como en la cuna de su infancia. Es él, quien, después de Dios, le ha dado el ser, la forma y la consistencia; quien ha prescrito el orden que se debía guardar en todas sus partes; quien ha determinado sus actividades y sus funciones; y quien ha educado, instruído y perfeccionado a los miembros que la componen; ellos lo han mirado siempre como a su verdadero Padre, y él los ha considerado como a sus Hermanos queridos, a quienes podía decirles, como el Santo Apóstol: Filioli, quos iterum parturio donec Christus formetur in bobis.

Siendo esto así, ha podido muy bien, no como Superior General, sino sólo como Institutor y Padre, disponer de unos bienes que le eran comunes con sus Hijos, y de los que venía a ser como el tutor, durante la minoría de la Compañía, y disponer de ellos no para él, ni para sus intereses particulares, sino para los intereses de Jesucristo, y para el socorro y el servicio de sus miembros, que son los pobres. Y si algún censor riguroso, a pesar de todo esto, quisiera aún decir y sostener que debía requerir el consentimiento de sus Hijos, le responderemos que él no ha juzgado necesario requerirlo, ni obligarlos a declararlo de viva voz, porque lo leía en sus corazones. La unión cordial y muy íntima que siempre han disfrutado con semejante Padre, nunca hubiera podido sufrir entre ellos y su persona ninguna diversidad de sentimientos; ellos querían lo que él quería, y él sólo quería cosas tan buenas, tan santas y tan conformes a los planes y a las órdenes de Dios, que hubiera sido hacer una injuria a su virtud creer que habían tenido el menor pensamiento contrario.

Además de eso, en los primeros tiempos de una Compañía naciente era cuestión de fundamentar bien no solamente lo temporal, sino también, y aún más, lo espiritual. No bastaba con formar el cuerpo, sino que hacía también falta inspirarle y comunicarle el espíritu propio para los fines para los que había sido fundada. Pues bien, como uno de los principales fines, según hemos visto, era evangelizar a los pobres y prestar todos los servicios y todas las asistencias convenientes para tal efecto, hacía falta educarla en un

espíritu de compasión, de ternura y de amor a los pobres. Y como el propósito del Santo Fundador era que los de su Compañía estuvieran en disposición continua de exponer y sacrificar su vida, en cuanto hubiera necesidad de ella, para procurar la salvación de los pobres, había una razón adecuada para disponerlos a dar gustosamente una buena parte de sus bienes externos para los pobres, especialmente cuando esta asistencia podía contribuir a su bien espiritual.

Finalmente, la condición del tiempo que la Congregación de la Misión ha vivido en sus comienzos, las calamidades y miserias que han inundado la mayor parte de las Provincias del Reino, y también de toda Europa; la extrema necesidad a la que se han visto reducidos por la desgracia de las guerras y de otros funestos accidentes, han obligado al corazón caritativo del Sr. Vicente a dedicarse a socorrerlos. Y para eso, siempre ha sido necesario excitar a las personas ricas a la compasión y a la misericordia, para persuadirlas a hacer limosnas proporcionadas a las necesidades extremas de infinidad de pobres diseminados por todas partes, que estaban a punto de perecer. Este prudente y fiel Siervo de Jesucristo ha comprendido perfectamente que era necesario animarlos más con ejemplos que con palabras. Y ciertamente, no podía usar un motivo más poderoso para moverlos a esas obras extraordinarias de caridad, practicadas con tanta bendición durante gran número de años, que empezar a hacer él primero lo que recomendaba a los demás; y precisamente en eso, el ejemplo de las limosnas que hizo, ha sido tanto más eficaz, cuanto que se veía bien a las claras que estaban muy por encima de sus fuerzas, y que quitaba de su boca y de las de sus Hijos lo que daba a los pobres. Sin embargo, eso no disminuía en absoluto, antes bien aumentaba, el interés y el deseo que él y los suyos tenían de trabajar, de emplearse y de consumirse por la asistencia espiritual de los pobres.

Supuesto, pues, esto, veamos alguna pequeña parte de las liberalidades y de las caridades que este verdadero Padre de los Pobre ha ejercido en favor de ellos; digo una pequeña parte, porque sólo Dios, que conoce todo, sabe de la humildad de su Siervo, que ha tratado siempre de ocultar cuanto pudo a los ojos de los hombres lo que hacía únicamente por el motivo de Su amor. Estaba bien lejos de los sentimientos de aquellos de los que habla Jesucristo: que tocan la trompeta para publicar sus limosnas, y que usan de toda clase de artificios para hacerse afamados y ser estimados por algunos actos de caridad que hacen por los pobres. Por el contrario, hacía todo lo posible para ocultar sus limosnas, no hablaba nunca de ellas, y tampoco soportaba que se hablara de ellas. Y aunque, además de eso, hizo muchos gastos muy notables para el servicio de los pobres, como pagar a menudo los gastos de los viajes que los suyos emprendían para ir a ayudarlos en sitios muy alejados, pagar los costes de las cartas dirigidas a él por la misma razón tanto de Provincias alejadas, como de los pobres cautivos de Argel, de Túnez, de Bizerta y de otros sitios, lo cual ascendía a cantidades muy considerables, con todo, nunca quiso hablar de eso, ni tomar ese gasto en cuenta, contentándose con que Dios lo conociera y lo tuviera por agradable. Y si él no podía impedir a veces que algunas de esas obras caritativas fueran conocidas, las rebajaba y disminuía su valor, diciendo que eran unos mendigos que daban parte de sus andrajos y de sus migajas a otros mendigos.

Había fundado la Cofradía de la Caridad en la parroquia de San Lorenzo; y por estar dicha parroquia situada en el Señorío de San Lázaro, le donaba todos los años liberalmente y por pura caridad doscientas libras para proveer a los gastos, tanto de la Cofradía, como de las Hijas de la Caridad para la asistencia de los enfermos pobres; y además, enviaba todos los viernes del año a dos eclesiásticos de su casa para visitarlos y consolarlos en sus enfermedades.

Cuando algunos pobres morían en el vecindario de San Lázaro, ya fueran conocidos suyos o no, hacía entregar las ropas para amortajarlos, cuando no disponían de ellas. Y después de haber hecho enterrar cierto día a una pobre mujer decorosamente a costa suya, recibió inmediatamente a su marido en San Lázaro; y allí estuvo enfermo bastante tiempo; e hizo aún la misma caridad a otro hombre pobre, que, por fin, falleció allí.

Habiendo hallado un día cerca de San Lázaro a un hombre pobre casi desnudo, hizo que le dieran cuanto antes ropa. Este hecho ha sido muy frecuente en él, y lo ha practicado con frecuencia con varios otros, mandando darles a unos zapatos, a otros sombreros, a otros camisas, y todo a costa de la casa.

Recibía todos los días en San Lázaro a dos pobres para que comieran con su Comunidad; pero antes, les daba la instrucción espiritual que necesitaban. Y se le ha visto frecuentemente a este verdadero amigo de los pobres, después de saludarlos con mucha afabilidad y ayudarles a subir las escaleras del refectorio, hacerlos sentar más arriba que él, preocuparse de que les sirvieran bien y ofrecerles en persona varios pequeños servicios.

Además de esos dos pobres, también hacía distribuir todos los días a familias pobres raciones de pan, de potaje y de carne, que ellas mandaban a recoger en la puerta de San Lázaro. Y a lo largo del año, hacía dar en esta misma casa de San Lázaro otras dos clases de limosnas ordinarias, sin contar las extraordinarias: una de pan o de dinero, para los pobres transeúntes a todas horas del día; y la otra, de potaje lleno de pan, que se distribuía tres veces cada semana a una hora determinada a todos los pobres que se presentaban, del sitio que fueran. Además de esa limosna, también se les daba una instrucción particular sobre un punto del Catecismo, o de las obligaciones de la Vida Cristiana correspondiente a su condición. Y después de haberles explicado los principales misterios que todos deben saber o creer, les hablaban ya de la manera de rezar bien, ya de lo que hacía falta para vivir bien, como un buen pobre, o bien, cómo debían sufrir con paciencia su pobreza y aflicción, y así de otras cuestiones que les eran propias y convenientes, todo siguiendo las órdenes dadas por el Sr. Vicente.

Los pobres se juntaban a centenares en todo tiempo para recibir esas limosnas corporales y espirituales, y han llegado a verse hasta quinientos o seiscientos. Es cierto que él hizo cesar esa distribución de potaje dos o tres años antes de su muerte por la prohibición que se dio, después de la fundación del Hospital General, con el fin de eliminar la mendicidad de París. Y como los pobres se quejaban, diciéndole: Padre, ¿ no le ha

encomendado Dios que dé limosna a los pobres?. El les respondía: Es cierto, amigos míos, pero El ha ordenado también obedecer a los Ma gistrados. Y, sin embargo, después de esta prohibición, a causa de un invierno riguroso que redujo a muchas familias pobres a una necesidad extrema, les hizo repartir diariamente pan y potaje.

Durante los disturbios de París, mandó hacer el mismo reparto todos los días a cerca de mil pobres; y eso produjo un gasto muy grande a la casa de San Lázaro, que quedó más endeudada todavía de lo que ya estaba. En ese tiempo se vio obligado a salir de París, como ya lo hemos dicho en el Libro primero; y, como le notificasen los saqueos, los desperfectos y las pérdidas que sufrió por entonces la casa por el acantonamiento de ochocientos soldados y otros guardas, que habían enviado allí, sin embargo, conociendo la gran necesidad que sufrían los pobres, escribió varias veces a su Asistente para recomendarle que se continuara con las limosnas de pan, empleando hasta tres sextarios de trigo cada día, sin reparar en que estaba demasiado caro por aquel tiempo y por más que no se pudiera hallar en París por dinero; pasando la caridad de este verdadero Padre de los Pobres por encima de todas esas consideraciones, capaces por sí mismas de disuadir a cualquier otra menor que la suya. El Hermano panadero de la casa, que tenía a su cargo la administración de los granos, ha declarado que durante tres meses había empleado diez modios en pan, que se distribuyó entre los pobres. Hay motivos para admirar la conducta de la Providencia de Dios, porque, al cabo de esos tres meses, que es cuando cayó, más o menos, la Fiesta de Pascua, toda la provisión de trigo se consumió, y la Comunidad se vio reducida a carecer de pan para su subsistencia. Cuando ésta estaba ya para sucumbir ante la penuria, los asuntos públicos se arreglaron, y al quedar abiertos los pasos, se pudo comprar trigo para alimentarse, con el dinero que se pidió prestado, y en esto se vio de forma manifiesta el cuidado que la Bondad de Dios tiene para socorrer en sus necesidades a quienes se preocupan de los pobres.

He aquí el testimonio presentado sobre este asunto por un virtuosísimo eclesiástico: *«Para hacer ver* —dice— *el gran corazón del Sr. Vicente y su amor incomparable a los pobres, cuando se enteró de lo que había pasado en San Lázaro, y cómo se había consumido todo o por el fuego, o por la destrucción causada por los soldados, previendo con su prudencia a qué extremo se verían reducidos los pobres por el asedio de París y por la gran carestía de los víveres, que resultaría inevitable, mandó al difunto Sr. Lamberto, que era el Asistente, que ordenara que todos los días se repartieran grandes limosnas a los pobres, y que, a ese efecto, la casa adquiriera en préstamo dieciséis o veinte mil libras para atenderlos, cosa que se ejecutó fielmente, de forma que todos los días se repartían gran número de panes y dos o tres calderos de potaje a los pobres, con la misma abundancia y liberalidad que si el trigo no hubiera costado nada a la casa. Y se mantuvo el reparto durante varios meses, y también después del cese de dichas revueltas. Más adelante, imitaron ese hecho, con gran bendición, varias Comunidades y otras personas ricas. Y no es ésa una de las menores alabanzas debidas a la caridad ingeniosa del Sr. Vicente para alivio de los pobres, de quienes siempre ha sido el Padre nutricio en todos los lugares y en todas las ocasiones».*

Pero es aún más digno de destacarse que este caritativo Proveedor de los Pobres diera no sólo las órdenes necesarias para asistir a los que venían a pedir limosna a la puerta de San Lázaro, sino que además mandaba buscar a los pobres refugiados en París hasta en sus mismos tugurios y chabolas, empleando para tal efecto a un Sacerdote y a un Hermano, que iban a aquellos lugares para ver cuáles eran sus necesidades, para aliviarlos y, sobre todo, a los enfermos. Pues bien, su caridad era sin medida ni límites: extendía sus atenciones a toda clase de personas, de la condición y nación que fueran. Por eso, cuando se supo, por ese tiempo, que había en París gran cantidad de católicos irlandeses pobres exiliados por la fe y reducidos a extrema miseria, llamó un día a uno de los Sacerdotes de su Congregación, irlandés de nacimiento, y le preguntó qué pensaba que se podría hacer para ayudar a aquellos pobres refugiados de Irlanda.

«¿No habría alguna manera —le dijo— *de reunirlos para consolarlos y para instruirlos? Ellos no entienden nuestra lengua, y los veo como abandonados, y eso me conmueve el corazón y me produce un gran sentimiento de compasión hacia ellos».* — Aquel buen Sacerdote le respondió, que haría lo posible. *«¡Dios le bendiga!»* —le replicó el Sr. Viente—. *«Tome: ahí tiene diez "pistolas"; vaya en nombre de Dios, y déles el consuelo que pueda».*

Hay que advertir que esta asistencia es distinta de la que hizo a unos eclesiásticos del mismo país de Irlanda; de eso hablaremos inmediatamente.

Un buen muchacho, sastre de oficio, se marchó de San Lázaro a su tierra después de haber visto y experimentado la gran caridad del Sr. Vicente. Al cabo de cierto tiempo, cuando este Santo Varón estaba más ocupado en los grandes asuntos de la Corte, se tomó la libertad de escribirle una carta para rogarle le enviara cien agujas de París, cosa que el Sr. Vicente recibió con gusto, y se tomó muy de buena gana la solicitud de hacerlas comprar y de enviárselas, sin manifestar en ningún momento que le pareciera raro que el joven se hubiera dirigido a él para algo de tan pequeña entidad.

Volviendo un día de la ciudad, se encontró con unas cuantas mujeres pobres a la puerta de San Lázaro; le pidieron limosna, y él les dijo que iba a mandarles alguna cosa. Pero, cuando entró, se olvidó por causa de algunos negocios urgentes e importantes que le absorbieron la atención. Se lo hicieron recordar, y él en persona llevó la limosna, y poniéndose de rodillas ante ellas, les pidió perdón por haberlas olvidado. Una mujer pobre le pidió una limosna al Sr. Vicente; él le mandó medio escudo; pero ella le hizo notar que aquello era poco para su mucha pobreza. Inmediatamente le envió otro medio escudo. Y le han visto hacer cosas por el estilo.

Un pobre carretero había perdido sus caballos y acudió al Sr. Vicente para pedirle que tuviera compasión de él y le hiciera un poco de caridad para ayudarle a reparar aquella pérdida; e inmediatamente el caritativo Capellánlimosnero le hizo dar cien libras.

A un arrrendatario de la Comunidad de San Lázaro, que no podía pagar lo que debía, el Sr. Vicente hizo incluso que le dieran dinero. Y no podríamos decir cuán caritativa

ha sido su paciencia con todos los arrendatarios, colonos y deudores de su Comunidad, cuando tardaban en pagar; prefería hacerles nuevos adelantos y exponerse a perder todo antes que usar de alguna coacción o rigor en su caso.

Un trabajador del campo, que desde hacía mucho tiempo tenía, en arriendo a largo plazo, una finca dependiente de un Hospital, fue desposeído de ella por una sentencia; y como hubiera muerto al cabo de poco tiempo de eso y dejado a su mujer y a sus hijos en una gran pobreza, el Sr. Vicente, por pura caridad, recogió a los dos niños en la casa de San Lázaro, y allí fueron alimentados y formados casi diez años, y allí han aprendido un oficio para ganarse la vida. Contribuyó también, al mismo tiempo, a sostener a la pobre viuda.

La fama que había adquirido el Sr. Vicente de ser un hombre muy caritativo, ha atraído en todo tiempo a San Lázaro a un gran número de pobres vergonzantes de toda clase y condición, tanto en París como en otras partes en donde habían vivido llenos de honor y de riquezas; venían confiados a descubrirle sus necesidades. Otros, como sentían vergüenza para pedirle, le rogaban que les prestara alguna cantidad de dinero; él procuraba que les dieran a todos algo, a unos más, a otros menos, y frecuentemente se quedaba sin un «sueldo»; y cuando no había nada en la bolsa de la casa, mandaba donde la Srta. Le Gras a pedir dinero prestado para no despedir a aquellos pobres vergonzantes sin algún consuelo

Había también otros a quienes les hacía dar todos los meses algún dinero. Y un poco antes de su muerte, vino uno que, no pudiendo hablarle a causa de su enfermedad, dijo que hacía más de diecisiete años que venía a pedir esa limosna, consistente en dos escudos todos los meses y que él consideraba como una renta que le era debida.

Viniendo un día del campo a París en una carroza, encontró en el camino a una pobre llena de úlceras y otras incomodidades horrorosas; la hizo subir a la carroza, y la llevó hasta el lugar adonde quería ir en París. Siempre hizo lo mismo, sobre todo en invierno, cuando al volver, al anochecer, a San Lázaro se hacía encontradizo con ancianos pobres u otras personas indispuestas: les dejaba sitio en la carroza, a la que por humildad llamaba «su infamia», haciendo eso por una especie de compensación, porque se consideraba indigno de aquella pequeña comodidad, y como queriendo pagar así un tributo y ofrecer una parte a los pobres, a quienes él creía que les debía lo que tenía de bienes y de medios, y que, por tanto, debía compartir con ellos; ¡tanto amor, ternura y compasión sentía por ellos!

Cuando veía unos pobres enfermos tumbados a lo largo de las calles o de los caminos, iba donde ellos, o enviaba a alguno para enterarse cuál era su mal y su necesidad, con el fin de procurarles algún alivio. Y cuando no descubría fingimiento en su actitud y que estaban de veras enfermos, les ofrecía llevarlos al HôtelDieu en su carroza, o bien, si no disponía de carroza, les hacía llevar allí; y no contento con pagar a los porteadores, les daba alguna limosna por añadidura.

Cuando pasaba un día por una calle de París, oyó llorar a un niño, e inmediatamente hizo detener la carroza, bajó y fue donde él a preguntarle qué le pasaba, y por qué lloraba de aquel modo. Y el niño le enseñó el mal que tenía en la mano. Lo llevó en persona donde el cirujano, le hizo curar en su presencia, pagó al cirujano, y además le dio algún dinero al pobre niño.

Un viejo soldado llamado Criblé (=acribillado) a causa de la gran cantidad de heridas recibidas en la guerra, vino un día a San Lázaro, donde no le conocía nadie, y dirigiéndose con franca libertad al Sr. Vicente confiado en su caridad, de la que había oído hablar, le pidió que le sufriera en su casa durante algunos días; y él se lo concedió muy gustosamente. Este soldado, uno o dos días más tarde, cayó enfermo; el Sr. Vicente lo hizo poner en una habitación con chimenea, y allí estuvo atendido y medicinado por espacio de dos meses, e, incluso, puso a un Hermano a su disposición para todos los servicios necesarios, hasta que quedó totalmente restablecido.

He ahí unas pequeñas muestras de los cuidados caritativos que este Santo Varón practicaba con los pobres. No nos debemos de extrañar de ello ya que podía ser generoso con ellos en los bienes exteriores, pues les había entregado su corazón, y estaba siempre dispuesto a exponer su vida para procurar el bien de sus almas; pues nada deseaba tanto como prestarles toda clase de servicios por el amor de Jesucristo, a quien honraba particularmente en ellos, considerándoles como las vivas imágenes de la caridad incomprensible que había llevado a ese Divino Salvador a despojarse de todas sus riquezas, haciéndose pobre por el amor a nosotros, a fin de enriquecernos, como dijo el Santo Apóstol, con su pobreza.

SECCION IV pág.642: Amor respetuoso a los Prelados de la Iglesia

Hemos visto ya en el Libro segundo algunos servicios que el Sr. Vicente ha tratado de prestar a los Sres. Obispos en diversas ocasiones; y también hemos aludido, al comenzar este Capítulo, el gran amor y el singular respeto que ha tenido a sus sagradas personas. Pero debemos confesar que todo lo que hemos dicho acerca de ellos y todo lo que podremos decir aún es muy poco en comparación de lo que hay sobre eso en realidad; y que no disponemos de palabras suficientes para expresar cómo era la veneración, el respeto y el amor que el Sr. Vicente sentía por los Prelados de la Iglesia, a quienes reconocía y honraba como los Lugartenientes de Jesucristo en la tierra y los Sucesores de los Apóstoles. Por eso, hemos pensado que no podíamos hacer cosa mejor en esta Sección que escucharle hablar a él en persona, y explicarnos sus sentimientos acerca de este asunto. Sacaremos de algunas cartas, las primeras que han llegado a nuestras manos entre un grandísimo número de otras que escribió en diversos momentos a varios Prelados. Solamente reproduciremos algunos párrafos de ellas.

Un Obispo de mucho mérito, que actualmente está ante Dios y que había sido

elevado a dicha dignidad por mediación del Sr. Vicente, le dio a conocer los primeros frutos de sus trabajos en su Iglesia. El Sr. Vicente le felicitó con estas palabras: *«¿Quién no reconocerá que Dios ha bendecido manifiestamente a la diócesis de N., al darle un Obispo que trae la paz a las almas en esos lugares donde desde hace cien años no se ha oído hablar ni de Obispos ni de visitas? Si es así, Monseñor, ¿podré apreciar bastante a su persona y rendirle los debidos respetos? ¿No tendré que reconocer que es usted un Obispo realmente dado por Dios, un Prelado de gracia, un hombre muy apostólico, que ha dado a conocer a Jesucristo a los pueblos más desolados? ¡Que sea siempre bendito su santo Nombre, y le conserve a usted largos años, para recompensarle, finalmente, con una eternidad gloriosa, reconocido en el cielo, en medio de ese gran número de almas bienaventuradas, que habrán entrado en aquel lugar glorioso por medio de usted y que verán en usted a su segundo salvador, después de Jesucristo!».*

Otro Obispo, quería dejar su diócesis, porque, decía, se reconocía incapaz de gobernarla. Suplicó al Sr. Vicente varias veces que le buscara un buen sucesor. Y éste le respondió en los términos siguientes: *«Sus cartas, Monseñor, me han encontrado tan lleno de respeto por su sagrada persona y de deseos de obedecerle, que me atrevo a decir que casi he tenido continuamente ante mi vista el mandato que me ha dado. No encuentro nunca a la persona que usted sabe, sin que le diga una palabra sobre este asunto. Sin embargo, sé muy bien, Monseñor, que está usted tan por encima de lo que se imagina ser, como la montaña sobre el valle. Pero como no puedo servirle a su gusto más que haciendo lo que usted desea, procuraré hacerlo en esta ocasión como en todas las demás».*

Escribiendo a otro Prelado, que también tenía el propósito de dejar su Obispado, por cierto inconveniente, y queriendo disuadirle de ello, vean en qué términos le habla: *«No puedo, Monseñor, expresarle el dolor que siento por su indisposición. Dios, que me ha puesto en manos de usted, le dará a conocer todo el cariño que siento por cuando le afecta. Lo que me consuela es que su enfermedad tiene remedio, y que tiene esperanzas de curación. Yo ya he sentido otras veces ese mismo ataque, teniendo un dedo de la mano totalmente insensible; pero, al poco tiempo, aquello fue pasando. Quiera Dios, Monseñor, conservarle para el bien de su diócesis, a propósito de lo cual he sabido que usted había pensado dejarla. Si fuera digno de ser escuchado al exponerle mi parecer, me tomaría la libertad de decirle que haría usted bien en dejar las cosas tal como están, no sea que Dios vea mal esos deseos de retirarse. Porque, ¿dónde encontrará usted a un hombre que siga sus pasos, y que continúe con su misma forma de gobernar? Si pudiera usted encontrar alguno, en hora buena; pero, no veo que esto sea posible en las circunstancias actuales. Además, Monseñor, no tiene usted más dificultades en su episcopado que las que tuvo San Pablo en el suyo, y, sin embargo, él sostuvo su carga hasta la muerte. Ninguno de los Apóstoles se despojó de su apostolado, ni abandonó el ejercicio y las fatigas más que para ir a recibir la corona en el cielo».*

«Sería para mí una temeridad, Monseñor, proponerle estos ejemplos, si Dios, que lo elevó a usted a la dignidad suprema no le invitara también a seguirle, y si la libertad que me tomo no procediera del gran respeto y del incomparable afecto que Nuestro Señor me

ha dado por su sagrada persona».

Un Prelado muy bueno le había propuesto por carta unas veinte dificultades notables, y le preguntaba su parecer. El comenzó la respuesta que le remitió en estos términos: *«¡Ah Monseñor! ¿Cómo se le ha ocurrido tratar de tantos asuntos tan importantes con un pobre ignorante como yo, abominable delante de Dios y de los hombres, por los innumerables pecados de mi vida pasada y por tantas miserias, que me hacen indigno del honor, que me hace usted, y que, ciertamente, me obligarían a callarme, si no me ordenara usted hablar? He aquí, pues, mis pobres pensamientos sobre los puntos que encierran sus dos cartas, y que le propongo con todo el respeto que le debo y con toda la sencillez de mi corazón». «La mejor manera de empezar es agradaciéndole a Dios todas las gracias que le ha concedido, rogándole que se glorifique El mismo por medio del mejor éxito de las funciones a las que usted se dedica con tanto celo y asiduidad, que no hay más que decir», etc*

«Creo que no le desagradará saber que su hermano, el Sr. Abad, se ha ido a hacer unos días de Ejercicios Espirituales en nuestra casa de Richelieu. El Superior me ha dicho que ha edificado mucho a aquella pequeña Comunidad con su devoción, su prudencia y su modestia, y que, incluso, ha hecho con tanto gusto los Ejercicios, que les ha prometido pasar con ellos las fiestas de Navidad. Como sé muy bien, Monseñor, que no desea usted nada tanto como ver a sus parientes acercarse a Dios, he querido hacerle partícipe de esta alegría, que no ha sido pequeña para mí, al ver que al mismo tiempo que usted trabaja por servirle fielmente en su diócesis, El auxilia y perfecciona a su familia».

Respondiendo a otro Prelado que le había propuesto unas dificultades parecidas: *«Recibí la carta* —le dice— *que me hizo el honor de escribirme. La he leído y releído, Monseñor, no para examinar las cuestiones que usted me propone, sino para admirar el juicio que usted da sobre ellas, donde aparece algo muy superior al espíritu humano, porque solamente el Espíritu de Dios que reside en su sagrada persona es capaz de armonizar la justicia y la caridad hasta el punto que usted se propone observarlas en este asunto. No me queda más que dar gracias a Dios, como lo hago, por las santas luces que le ha dado y por la confianza con que se digna usted honrar a su inútil servidor»*

«Las cosas que me propone están tan por encima de mis alcances, que no puedo ni siquiera pensar sin gran confusión en los consejos que usted me pide. No dejaré, sin embargo, de obedecerle, diciéndole», etc

El Sr. Vicente, viendo a un Prelado muy bueno enzarzado en un pleito, sintió mucha pena por el afecto que le tenía; y como un día tratara de sacarlo de semejante problema por vía de acuerdo, le escribió sobre ello, y terminó su carta con estas palabras: *«En nombre de Dios, Monseñor, perdóneme, si me meto en esos asuntos aquí, sin saber si le van a agradar los pasos que he dado. Quizá no esté usted satisfecho de mi actuación; pero no hay remedio, ya que lo que hago es sólo por el excesivo cariño que le tengo y por el deseo de verlo libre de las preocupaciones y cuidados que puedan causarle estos*

molestos asuntos, a fin de que pueda entregarse usted con mayor tranquilidad de espíritu al gobierno y a la santificación de la diócesis. Le ofrezco para ello a Dios mis pobres oraciones», etc

«Pero hay una cosa, Monseñor, que me aflige mucho, y es que se le ha descrito en el Consejo como un Prelado amigo de litigar, de forma que esta impresión se ha grabado hondamente en los espíritus. Por lo que a mí toca, admiro a Nuestro Señor Jesucristo, que condenó los procesos y que, sin embargo, quiso sufrir uno y lo perdió. No dudo, Monseñor, de que si usted emprende alguno, será para defender y sostener su causa. De ahí proviene que conserve usted una gran paz interior en medio de todas las contrariedades provenientes de fuera, ya que solamente piensa en Dios y no en el mundo; procura agradar únicamente a su Divina Majestad, sin preocuparse de lo que digan los hombres. Le doy gracias por ello a su Divina Bondad, ya que se trata de una gracia, que solamente se encuentra en las almas que están íntimamente unidas a El. Pero también he de decirle, Monseñor, que esta enojosa opinión del Consejo podrá perjudicarle en este caso e impedir que le concedan lo que pide».

La propuesta de arreglo contenida en esta carta no fue agradable al buen Prelado, el Sr. Vicente no se desanimó por eso, antes al contrario, le escribió nuevamente en los términos siguientes: *«Le suplico muy humildemente, Monseñor, que me soporte una vez más, si me atrevo a proponerle un arreglo. Sé muy bien que no duda usted que es el afecto de mi corazón y el deseo de servirle el que así me lo hace esperar: pero usted podría ver mal que, dada mi escasa inteligencia y a pesar de saber que no aceptó usted la primera propuesta que le hice, me atreva a hacerle una más. No lo hago esta vez por mí mismo, sino por orden de su señor abogado relator; he ido a verle hace dos días para encomendarle el asunto de usted y declararle el cuidado admirable que tiene Dios de usted y, por medio de usted, de su diócesis. Entonces él me respondió que era su humilde servidor y una de las personas del mundo que más le estima y venera, y que con ese espíritu me rogaba que le indicara a usted que, si tiene confianza en él, salga amigablemente de ese litigio. Me ha indicado varias razones para ello, y entre otras, que es conveniente para un Prelado tan ilustre como usted terminar los asuntos por este camino, sobre todo, por estar relacionados estos asuntos con su clero, cuyo espíritu está siempre preparado para la revuelta y con deseos de amargarle toda la vida. Y como él (abogado) conoce el ambiente que hay en el Consejo, tiene miedo de que hagan algunas averiguaciones, ya que muchos de quienes lo componen, al desconocer la vida santa que usted lleva y las rectas intenciones que le hacen obrar de esa forma, podrían pensar que hay en ese asunto algo que desdice de la paciencia y de la mansedumbre convenientes a la dignidad de usted». «Le suplico muy humildemente, Monseñor, que perdone mi atrevimiento y que considere lo que le he dicho como si no viniera de mí, sino, más bien, del abogado relator, que es uno de los más sabios de este siglo y uno de los mejores jueces del mundo: acuden más clientes a él que a los primeros Magistrados, porque todo el mundo se cree afortunado por tenerlo de abogado. Le ruego a Dios que tenga a bien devolver la paz a su Iglesia y la tranquilidad a su espíritu. Ya sabe cuánto poder tiene usted sobre mí y el afecto especial que Dios me ha dado por servirle; así pues, si usted me juzga*

digno de contribuir en algo al mismo, ya sabe su Divina Bondad que trabajaré en ello con todo mi corazón».

Un santo Prelado se tomó la molestia, durante los Ejercicios de los Ordenandos, de darles una conferencia diariamente. El Sr. Vicente se congratuló por ello en estos términos: *«Le agradezco muy humildemente, Monseñor, el honor que ha hecho usted a su seminario, al animarlo con su apreciada presencia y con sus paternales instrucciones durante la ordenación. Y le doy gracias a Dios por el favor que ha concedido a los que han tenido la dicha de oírle y de ver en su fuente el espíritu eclesiástico. Espero que se acordarán de ello toda su vida, y que el fruto durará siglos enteros».*

«Por lo demás, Monseñor, recibí la carta con que usted me honró, con gran alegría de mi parte, por tratarse de una carta suya, y con mucho dolor, al saber lo que ocurrió en el sínodo. En esto admiro por un lado la Providencia de Dios, que ejercita de este modo la virtud de uno de sus más grandes servidores, y por otro lado, el buen uso que hace usted de estas pruebas. Ruego a su Divina Bondad, que le dé cada vez más fuerzas para resistirlas, a fin de que por su paciencia llegue al cabo de sus santas intenciones para confusión de quienes se han atrevido a interponerse en su camino».

Ciertas personas le causaron un mal servicio ante el Rey a un Obispo, como si fuera poco cuidadoso en desempeñar su cargo. Ante eso Su Majestad se había visto obligado a manifestarle su queja por medio de una carta privada, que le escribió. El Sr. Vicente se enteró del hecho, y también de cuán afligido estaba aquel buen Prelado, y trató de consolarlo con una de sus cartas. En ella le habla en estos términos: *«He recibido, Monseñor, un gran disgusto por el que le han dado a usted con la carta (me lo han dicho) que le han escrito desde la Corte, lo cual me ha sorprendido muchísimo. Me gustaría estar en el sitio, en que pudiera dar mis razones para justificación de usted. Le ruego que crea que intentaré hacerlo, cuando Dios me dé los medios para ello, de la misma manera que hasta ahora he procurado demostrar, en todas las ocasiones y los lugares, la estima y la reverencia, que siento por su sagrada persona, y que va aumentando continuamente dentro de mí siempre que considero el favor que les concede a los pobres misioneros, empleándolos en la instrucción y en la salvación de sus pueblos, y la felicidad y el contento, que ellos sienten bajo su dirección».*

«Enrojezco de vergüenza, Monseñor —dice escribiendo a un Arzobispo sobre otro asunto— *cada vez que leo la última carta que me hizo el honor de escribirme, e incluso cada vez que pienso en ella, al ver hasta qué punto Su Excelencia se rebaja ante un pobre porquero de nacimiento y un desgraciado anciano lleno de pecados, y a la vez, experimento una pena grande, por haberle dado motivos para llegar hasta allí. Cuando me tomé la confianza de indicar a Su Excelencia, que no teníamos posibilidades de darle los hombres que nos pedía, puede pensar, y con razón, que no ha sido por falta de respeto o de sumisión ante sus deseos, sino por pura impotencia para obedecerle en esta ocasión. Le suplico muy humildemente que nos conceda seis meses de plazo. Nos veríamos sumamente consolados, si pudiéramos darle antes esta satisfacción, pero no quiere Dios*

que lo podamos hacer. En nombre de Dios, Sr. Arzobispo, tenga la bondad de excusar nuestra pobreza y tenga la bondad de reservar su viaje a París para otra ocasión mejor y más importante. Sería para mí una bendición de Dios poder recibir una vez más la de Su Excelencia, pero sentiría una pena inconcebible, si viniera acá a fatigarse por un asunto imposible de resolver. Ya sabe que no hay nadie en el mundo más dispuesto a recibir sus mandatos que nosotros, y yo, particularmente, sobre quien Dios le ha concedido un poder soberano».

Y escribiendo a otro Arzobispo acerca del asunto de algunos de sus diocesanos, que habían sido llevados cautivos a Berbería: *«Recibí su carta, Monseñor* —le dice— *con el respeto y la reverencia debida a uno de los mayores y mejores Prelados de este Reino, y con unos grandes deseos de obedecerle en todo cuanto le plazca ordenarme. Doy gracias a Dios por la devoción, que siente en librar a sus pobres diocesanos, que se encuentran cautivos. Hará usted una obra de caridad muy grande y muy agradable a Dios, si los saca del peligro inminente de perderse en que se encuentran, y les dará un hermoso ejemplo a los demás Prelados, haciendo que vuelvan al redil las pobres ovejas descarriadas, que se hallan en ese mismo peligro en gran número. Y para cooperar en ello por nuestra parte y obedecerle en lo que usted desea, enviaremos de buena gana a algunos de nuestros Sacerdotes para obtener ese rescate. Escribo con fecha de hoy a los cónsules de Túnez y de Argel, indicándoles que nos envíen pasaportes, a fin de que puedan ir seguros según las órdenes que usted me manda».*

Como el Sr. Vicente estaba encantado al ver la Iglesia provista de buenos y virtuosos Prelados, temía, a su vez, que el celo de algunos les adelantara su muerte, y privaran a la Iglesia de los servicios, que le prestaban; por eso, les animaba a que velasen por su salud. Pero un virtuoso Obispo le contestó, que no quería cuidarse, y que deseaba morir en el trabajo. Veamos en qué términos este santo Sacerdote reconoce su error al tenerle compasión, para que se cuidara, y le felicita por su celo y por su fervor en el cumplimiento de su ministerio: *«Es cierto, Monseñor, que he deseado su moderación, pero ha sido para que dure su trabajo, y para que el exceso con que continuamente se enfrenta con sus obligaciones no prive tan pronto a su diócesis y a toda la Iglesia de los bienes incomparables, que usted les proporciona. Si este deseo no está en conformidad con los impulsos que le inspira su celo, no me extraña, ya que los sentimientos humanos que estoy mostrando me apartan demasiado de ese estado eminente al que le ha elevado a usted el amor de Dios. Todavía soy demasiado sensual, mientras que usted está por encima de la naturaleza; y tengo tantos motivos para llenarme de confusión por mis faltas, como para dar gracias a Dios, como hago, por las santas disposiciones que le da a usted. Le suplico con toda humildad, Monseñor, que Le pida para mí si no unas disposiciones semejantes, al menos una partecita de las mismas, o aunque sólo sean las migajas que caen de su mesa».*

Antes de acabar este Capítulo, introduciremos aquí una carta muy digna de anotarse, que el Sr. Vicente escribió a un virtuosísimo Prelado, quien, cuando vio que la enfermedad contagiosa iba creciendo en diversos sitios de su diócesis, había sentido la inspiración de ir en persona a asistir a los apestados. Sin embargo, antes de

comprometerse, había querido consultar al Sr. Vicente. Recibió de él la siguiente respuesta, que contiene varios consejos que podrían ser útiles en ocasiones parecidas:

«No me siento, Monseñor, —le dice— *capaz de expresarle la aflicción que siento por la enfermedad que amenaza a su ciudad, ni la confusión que me inspira la confianza con que usted me honra. Le pido a Dios con todo mi corazón, que aparte esa plaga de los pueblos de su diócesis, y que me haga digno de responder en Su espíritu a lo que usted me ordene. Así pues, Monseñor, mi humilde opinión es que un Prelado que se halle en esa situación, debe mantenerse en la posibilidad de atender a las necesidades espirituales y temporales de toda su diócesis durante esa aflicción pública, sin encerrarse en un lugar, ni ocuparse en ninguna otra tarea que le quite el medio de atender a otras actividades, sobre todo, porque no es Obispo de esa ciudad solamente, sino que lo es de toda su diócesis, en cuyo gobierno debe repartir sus atenciones, de forma que no se detenga en un lugar particular, a no ser que sea imposible atender a la salvación de las almas de aquel sitio por medio de párrocos o de otros eclesiásticos, porque, en ese caso, creo que estaría obligado a exponer su vida por la salvación de esa gente y encomendar a la adorable Providencia de Dios el cuidado de todos los demás lugares. Así es como está haciendo uno de los más grandes Prelados de este Reino, que es Monseñor N., quien ha preparado a sus párrocos, para que se expongan por la salvación de sus feligreses y, cuando la enfermedad incide sobre un lugar, se traslada allí para ver si el párroco permanece donde debe, para animarle en su resolución, y, finalmente, darle consejos y los medios convenientes para asistir a sus feligreses. Hace esas visitas sin exponerse a visitar directamente a los enfermos, y luego se vuelve a su casa, pero dispuesto a exponerse en el caso de que no pudiera atender por medio de otros a las necesidades de una parroquia. Y si San Carlos Borromeo procedió de otra manera, parece que fue por cierta inspiración de Dios, o porque el contagio estaba solamente en la ciudad de Milán».*

«Pero, como resulta difícil hacer en una diócesis grande lo que se hace fácilmente en otra más pequeña, parece que será conveniente que usted tenga a bien visitar los barrios por los que ahora está la enfermedad, para animar a sus párrocos, o, si se lo impidiera alguna incomodidad, o el peligro de caer prisionero en estos tiempos de guerra, podría enviar al arcediano, o a falta suya, a otros eclesiásticos, que visitaran esos barrios para ese mismo fin; y apenas sepa que la enfermedad ha entrado en un algún lugar, envíe un eclesiástico, para que dé ánimos al párroco, y preste alguna asistencia corporal a los apestados. Cuando la Reina de Polonia se enteró de que el contagio había llegado a Cracovia, y que las casas de los apestados se cerraban apenas había alguno contagiado de la enfermedad, con lo que tanto los sanos como los enfermos sufrían allí de hambre y de frío, se decidió a enviar allí una cantidad notable de dinero por medio de dos Misioneros, que recibieron la orden de proporcionar alimentos a las casas apestadas, aunque sin exponerse al contagio. Había, además, algunos religiosos, que se exponían para la administración de los sacramentos; y, por este medio, esta buena Reina, aunque no haya detenido, sí que ha disminuido en mucho los estragos causados por la enfermedad, consolando muchísimo a aquella ciudad, que es también la capital del Reino. Y como la ciudad de Varsovia, en donde actualmente residen los Reyes, se ha visto afectada por la

misma enfermedad, uno de nuestros Sacerdotes me dice, que ella ha dado la misma orden, y que también está asistiendo a los apestados de aquella ciudad un Sacerdote y un Hermano de la Misión».

«La pobre gente del campo, afligida por la peste, se ve de ordinario, abandonada y con una gran escasez de alimentos. Será una cosa de su piedad, Monseñor, atender a eso, enviando limosnas a todos esos lugares y poniéndolas en manos de buenos sacerdotes que las distribuyan, y les hagan repartir pan, vino y un poco de carne, que esa pobre gente irá a recoger en los sitios y a las horas que se les indiquen. Y si no se puede estar seguro de la rectitud del párroco, convendrá encargar de esta misión a otro párroco o vicario cercano, o a algunas buenas personas seglares de la parroquia, que puedan hacerlo; es fácil encontrar a alguna en todas partes, que sea capaz de ocuparse de esta misión caritativa, sobre todo, cuando no es necesario tratar con los apestados. Espero, Monseñor, que si Dios quiere bendecir esta buena obra, Nuestro Señor sacará de ella mucha gloria, usted mucho consuelo en vida y en la hora de la muerte, y sus decisiones una gran edificación. Pero para hacer esto es absolutamente necesario que no esté usted encerrado».

«Sus misioneros, Monseñor, me han dicho que Nuestro Señor les da la disposición debida para exponerse a los apestados unos después de otros, tanto con los enfermos de su barrio, como con los del resto de la ciudad, según lo requieran la obediencia y las necesidades. Les he escrito, Monseñor, que se pongan a sus órdenes para ello; le suplico muy humildemente que disponga de nosotros según lo crea conveniente su incomparable bondad».

«Hay muchos religiosos, que se ofrecen de ordinario a asistir a los apestados. No dudo que también los habrá en su ciudad, y quizás, Monseñor, encuentre usted bastantes para esta obra, no sólo para la ciudad, sino también para enviar al campo, en lugar del arcediano y de los sacerdotes de los que le hablé anteriormente. Vea usted, por el impreso que le envío adjunto, las órdenes que ha dado el Sr. Arzobispo en esta diócesis de París, para intentar remediar las innumerables calamidades, que nos invaden; quizás esto pueda darle alguna idea de cómo podría atenderse a sus pobres diocesanos».

Este buen Prelado, en cuanto recibió esta carta, escribió estas palabras al Sr. Vicente: *«Después de haberle dado gracias por el ofrecimiento que usted ha querido hacerme de sus Sacerdotes, para exponerse, en caso de necesidad, al servicio de los apestados, le diré que, como trabajan útilmente por toda mi diócesis, no quisiera exponerlos sin una necesidad extrema. Seguiré sus consejos en todo. No estoy decidido a exponerme, excepto en el caso de que conozca que sea ésa la voluntad de Dios. Todo lo había dejado en suspenso hasta que he visto en su carta su parecer, y así, no daré más vueltas a ese asunto, y haré con muchísimo gusto lo que usted me escribe».*

SECCION V pág. 648: Caridad con los sacerdotes y con otras personas

eclesiásticas

Para conocer cómo ha sido la caridad del Sr. Vicente con los Sacerdotes y otras personas eclesiásticas, no hace falta más que fijar la vista en todo lo que llevó a cabo para procurar su bien. De eso ya hemos hablado ampliamente en los Libros primero y segundo; y no sería necesario presentar otras muestras, ni otros testimonios que los grandes frutos producidos por los Ejercicios de los Ordenandos, de las Conferencias espirituales, de los Retiros, de los Seminarios y de todas las demás santas actividades llevadas a cabo por este gran Siervo de Dios para la reforma, santificación y perfección del Estado eclesiástico. Pero, además de esas Obras Generales hay muchas otras particulares, que merecen con todo derecho ser contadas. Por ellas se podrá conocer mejor el respeto y el amor que tenía por todos los que están consagrados al ministerio de la Iglesia.

Escribiendo un día al Superior de una de sus casas donde había un seminario de eclesiásticos, le habló de esta manera: *«Saludo con afecto y con cariño —le dijo— a su amable corazón y a todos los de su querida familia, y pido a Nuestro Señor que les bendiga tan abundantemente, que la bendición se derrame sobre su Seminario, para que cuantos lo componen y en los que usted procura inculcar y perfeccionar el espíritu eclesiástico se encuentren finalmente llenos de él. No tengo necesidad de recomendárselos, ya que sabe usted muy bien que son el tesoro de la Iglesia».*

Y hablando a otro, en una carta que le escribió sobre la misma cuestión: *«¡Qué feliz es usted —le dice— por servir a Nuestro Señor de instrumento para hacer buenos sacerdotes, y de instrumento de tal entidad como es usted, que los ilumina y calienta al mismo tiempo! En eso usted hace el oficio del Espíritu Santo, pues sólo a El le corresponde iluminar e inflamar los corazones; o más bien, es ese Espíritu Santo y santificante quien lo hace por medio de usted; porque El reside y obra en usted, no solamente para hacer vivir de su vida divina, sino también para establecer Su misma vida y Sus operaciones en esos señores, llamados al más alto ministerio que hay en la tierra, gracias al cual deben ejercer las dos grandes virtudes de Jesucristo, a saber, la Religión para con su Padre, y la Caridad para con los hombres. Vea, pues, señor, si es que existe en el mundo algún oficio más necesario y más de desear que el de usted. En cuanto a mí, no conozco ninguno, y creo que Dios no ha esperado tanto a hacérselo ver, porque le ha dado interés para dedicarse a él, y la gracia para tener éxito. Humíllese sin cesar, y confíe plenamente en Nuestro Señor, para que le haga una misma cosa con El».*

El Sr. Vicente demostraba, además, su caridad al estado eclesiástico por la estima y el afecto muy especial que sentía a las Comunidades eclesiásticas que veía fundar, y por el celo con el que procuraba, según su capacidad, que se fundaran en todos los sitios unas instituciones parecidas a las que consideraba muy útiles y muy provechosas para la Iglesia. A propósito de eso, un virtuoso eclesiástico le rogó una vez con mucha insistencia, que, como deseaba fundar una Comunidad de buenos Sacerdotes en un beneficio suyo situado en Anjou, le enviara algunos Sacerdotes de la Misión para ayudarle a fundar una Institución, y como se viera el Sr. Vicente en la impotencia de satisfacerle en su proyecto,

le escribió la siguiente carta: *«Se ve con claridad* —le dice— *que el espíritu de Dios ha derramado abundantemente sus gracias en su amable corazón, y que el celo y la caridad han echado en él profundas raíces, ya que no hay nada capaz de apartarle del proyecto que usted ha concebido de procurar la mayor gloria de Dios, en el presente y en el porvenir, dentro de su beneficio. Quiera su Divina Bondad secundar sus santas intenciones y darles un feliz cumplimiento. Le agradezco con todo el afecto de mi alma esa paciencia tan grande que tiene con nosotros, que no hemos podido recibir el honor y los bienes que usted nos ha ofrecido y que no habríamos sido capaces de responder a lo que usted esperaba de nosotros. Espero, señor, que podrá usted obtener en otros una satisfacción cumplida. Sin embargo, no acabo de ver bien a quiénes podrá usted dirigirse, ya que dudo que los Señores de San Sulpicio, o los de San Nicolás du Chardonnet quieran proporcionarle esos sacerdotes. Se trata de dos santas Comunidades, que hacen mucho bien en la Iglesia y que están produciendo muchos frutos con sus trabajos. Pero, la primera, que tiene como finalidad los seminarios, no funda de ordinario más que en las ciudades principales; y la segunda, que está muy ocupada en un gran número de actividades, a las que se dedica para el servicio de la Iglesia, tampoco podrá proporcionarle tan pronto los Obreros pedidos por usted. Creo, sin embargo, que convendría hacerles esa propuesta, ya que las dos son mucho más capaces e indicadas que nosotros para empezar y perfeccionar esa buena obra que usted desea».*

Y escribiendo a una señora de categoría para persuadirla a que aplicara al Seminario fundado por los Señores de San Sulpicio las rentas de su fundación, hecha por los Señores predecesores suyos para formar buenos eclesiásticos, le habla en estos términos: *«Señora, si usted hace esa aplicación, debe tener por cierto que será ejecutada en la forma que esos Señores han deseado para el adelanto del estado eclesiástico. Y si a usted le parece bien para eso informarse de los bienes que se hacen en San Sulpicio, usted podrá esperarlos iguales, cuando esa Comunidad sea fundada en ese lugar, porque está animada en todas partes de un mismo espíritu, y sólo tiene una pretensión, que es la gloria de Dios».*

Pero no ha sido sólo con palabras con lo que el Sr. Vicente ha dejado ver el afecto que sentía, tanto por las Comunidades, como por los particulares del Clero. Lo ha demostrado aún más con las obras; porque estaba siempre dispuesto para acoger, consolar y servir a toda clase de personas eclesiásticas, según su condición y la necesidad que podía tener. Bastaba con tener el carácter del sacerdocio, o bien las señales externas de la clerecía, para encontrar en el Siervo de Dios un acceso favorable. Se dedicaba con una caridad sin par a procurar trabajo a los sacerdotes que no lo tenían, y que acudían a él. Intervenía, para que los que eran capaces fueran provistos de parroquias y de otros beneficios, donde pudieran trabajar útilmente; para que otros fueran colocados como capellanes en casa de los Obispos y otros grandes Señores; otros, Vicarios en las parroquias de las ciudades o de las aldeas; otros, confesores o capellanes de Religiosas, o de los Hospitales. Manifestaba a todos los eclesiásticos, hasta a los más inferiores, mucho aprecio y afecto; rogaba a los suyos que los amaran a todos, y que no hablaran nunca de ellos, si no era a su favor, sobre todo, cuando predicaban al pueblo. Y esto lo vivía de tal

manera, que cierto día se trasladó desde San Lázaro a una parroquia, que estaba cinco o seis leguas, para pedir perdón a los eclesiásticos del lugar, porque un Sacerdote de su Compañía, al predicar, había dicho algunas palabras menos delicadas, que les habían causado alguna contrariedad.

Alguno ha hecho notar como una acción muy loable y meritoria, el que un día el Sr. Vicente, cuando se enteró de que un eclesiástico había caído en algún desorden, hizo todo lo que pudo para sacarlo de él, y hasta se encargó de acudir a Roma en favor de él, y de alimentarle hasta que hubo recibido su absolución, e inmediatamente lo puso en situación de poder vivir durante el resto de sus días.

Otro sacerdote fue amonestado y convicto de cierto acto sacrílego muy digno de castigo, lo llevaron a San Lázaro. El Sr. Vicente le habló con tal suavidad y eficacia, que quedó vivamente conmovido, y para hacerle entrar más y más en las disposiciones que convenían, lo retuvo en San Lázaro durante algunas semanas, y le hizo alimentar y vestir, y dotarle de todas las cosas necesarias, y, finalmente, le obtuvo el perdón de su Obispo.

Otro eclesiástico estaba enfermo en el Seminario de BonsEnfants y quería ser tratado mejor de lo que exigía su condición; y como, además, no disponía con qué pagar los gastos, causaba grandes molestias a toda la casa, que bien hubiera deseado verse liberada de él. Pero el Sr. Vicente no lo quiso así, impulsado por su caridad habitual, se encargó de que le compraran, a costa de la casa, todo lo que deseaba, aunque costara muy caro y no le fuera necesario, sólo para contentarlo.

Un sacerdote, se hallaba enfermo en la misma casa y, al contrario que el anterior, no se atrevía a solicitar nada porque era pobre y, como no disponía de medio alguno para pagar sus gastos, temía ser gravoso a la casa. El Sr. Vicente, en cuanto lo supo, fue a visitarlo, y le dijo que no debía preocuparse, y que en la casa había, para su servicio, cálices y otros recipientes de plata, que vendería con mucho gusto para atenderlo, antes que permitir que le faltara alguna cosa necesaria.

Otro sacerdote desconocido y enfermo se presentó al Sr. Vicente para pedirle alguna ayuda. Lo recibió con mucha caridad, y lo hizo albergar, tratar y medicamentar con gran caridad hasta que recuperó la salud.

Otro, que había ido a hacer los Ejercicios a San Lázaro, cayó enfermo, y como no disponía, a causa de su pobreza, de ningún lugar adonde retirarse, el Sr. Vicente mandó que se tuvieran con él todos los cuidados imaginables. A este sacerdote, cuando recuperó la salud después de una larga enfermedad, le hizo dar una sotana y un brevario y varios objetos más, y le añadió a todo eso diez escudos para ayudarle a subsistir durante algún tiempo.

Otro eclesiástico fue acogido en San Lázaro para pasar allí una noche, aunque era desconocido y había llegado con un equipaje en muy mal uso. Se marchó sin despedirse y se llevó una sotana y un manteo, que había robado allí; alguien quiso seguirle, pero el Sr.

Vicente se lo impidió diciendo que, por su apariencia tenía mucha necesidad de ellos, ya que había quedado reducido hasta el extremo de llevárselos, y que sería mejor darle otros que exigirle los que se había llevado.

A otro sacerdote pobre que se vio obligado a hacer un viaje y no tenía ningún medio para sus gastos, ni tampoco para llevar el equipaje necesario, el Sr. Vicente, a quien se dirigió, le hizo dar todo lo que necesitaba, hasta unas botas y, además de todo eso, veinte escudos

Otro buen sacerdote ha manifestado que, habiendo venido de su tierra para algunos asuntos a la ciudad de París, como allí no conocía a nadie, se vio obligado a alojarse en una mala fonda. Súpolo el Sr. Vicente, y mandó en seguida a buscarlo, y lo mandó albergar y alimentar caritativamente a costa de la casa de San Lázaro en una casa de piedad; allí permaneció cerca de un mes, hasta que terminó con sus asuntos.

Un buen sacerdote de la diócesis de Tours tenía pendiente un proceso en París, que se veía obligado a proseguir, debido al honor de su carácter, que había sido notablemente ofendido en su persona. Se dirigió al Sr. Vicente, como el más seguro refugio de todas las personas eclesiásticas, y le escribió que no podía ir a París, ni tampoco sostener allí un gestor, si él no le proporcionaba alguna ayuda. El Sr. Vicente le respondió que enviara a la persona que le pluguiera, y que le liberaría de los gastos. Así lo hizo después, tal como se lo había prometido, admitiendo en casa y alimentando a su hombre en París a costa de la casa de San Lázaro durante más de un año, que fue lo que duraron las gestiones de aquel pleito, que, por fin, acabó en favor del párroco, que era un hombre muy honrado.

Este gran amador del Sacerdocio de Jesucristo ha salvado con frecuencia del desarreglo a varios sacerdotes por la caridad que ha ejercido para con ellos, recuperándolos de las ocasiones próximas al pecado, y proveyendo a su retiro y a su subsistencia. También ha sustentado durante varios años, a costa de la casa de San Lázaro, a un religioso italiano que, como tenía el espíritu un poco turbado, sembraba en diversos sitios una doctrina perniciosa

Un sacerdote de París, confesor de una Comunidad de Religiosas, había caído enfermo. El Sr. Vicente rogó a tres eclesiásticos muy piadosos, que lo sustituyeran durante su enfermedad, que duró tres años enteros, para que aquel buen eclesiástico pudiera recibir el sueldo, como lo venía haciendo cuando estaba sano.

Un sacerdote venía de un lugar muy lejano de tiempo en tiempo a solicitar alguna caridad al Sr. Vicente, con el fin de que le ayudara a vivir en su tierra, pues estaba desolada. El Procurador de la casa, a quien no le gustaba nada aquello, le indicó al Sr. Vicente que había que decirle que no volviera ya más, y que ya se le mandaría la limosna. El Sr. Vicente le dio esta respuesta: Non alligabis os bovi trituranti, queriéndole dar a entender con aquellas palabras, que deseaba que le dejaran a aquel pobre sacerdote la libertad de volver siempre que quisiera, y de pedir, cuando tuviera necesidad de ayuda.

Finalmente, la buena acogida y la gran caridad que hacía a todos los eclesiásticos, invitaba a todos los sacerdotes pobres a acudir donde su Padre con gran confianza. Y como a París llegan de todos los lados, tanto franceses, como extranjeros, no pasaba ningún día sin que viniera alguno a implorar su socorro, y que no se llevara alguna limosna. Pero, entre todos, singularmente ha ejercido la caridad con los sacerdotes pobres irlandeses exiliados de su tierra y refugiados en Francia por causa de la Religión. Procuraba no sólo que las personas caritativas conocidas suyas les repartieran algunas limosnas, mas también les daba buena parte de las de su casa. E incluso hemos visto recibos de algunos de ellos de lo que recibían todos los meses del Sr. Vicente, quien les había hecho esperar por caridad varias cantidades de cuando en cuando. Ha sostenido en París durante varios años a un pobre sacerdote irlandés ciego, con un muchacho como lazarillo, tanto por sus beneficios, como por las recomendaciones, que hacía a unos y a otros; y, además del dinero que le daba o que procuraba que le dieran, le hacía comer, junto con su lazarillo, todas las veces que venía a San Lázaro, cosa que sucedía con frecuencia. Además, al ver en París a varios eclesiásticos también de Irlanda, que estaban estudiando, pero que no tenían con qué vivir, les mandaba a otras Provincias, encomendándolos a personas conocidas, para que pudieran estudiar con menos gastos; y además de eso, les daba con qué pagar el viaje.

Esta caridad del Sr. Vicente no se extendió sólo a los eclesiásticos pobres que acudían donde él, sino también a los que no podían ir, tales como muchos párrocos pobres y otros sacerdotes, que residían en Provincias arruinadas. A éstos, no solamente les enviaba Sacerdotes Misioneros para socorrerlos en sus necesidades más onerosas, más también ha hecho que les distribuyeran durante varios años todas las cosas necesarias para el Servicio Divino y para el Santo Sacrificio de la Misa, cosas de las que carecían sus iglesias, como ya lo hemos dicho en otro lugar. También trataba de proporcionar a los sanos y a los enfermos hábitos y sotanas, y con qué vivir y subsistir. A tal efecto, recogía, y les hacía llevar con mucha diligencia las limosnas de las personas caritativas, contribuyendo además notablemente con sus propios recursos. A propósito de esto, ocurrió un día que un Sacerdote de la Misión yendo de viaje por Champaña para ciertos asuntos, se encontró, al entrar en un pueblo, con el párroco del lugar; éste le preguntó quién era, y, cuando supo, por la respuesta, que era un Sacerdote de la Congregación de la Misión, al oír aquella palabra, se le echó al cuello y lo abrazó con mucho afecto ante todo el mundo; después, lo llevó a su casa, le contó los muchos bienes espirituales y corporales, que todos los de aquella tierra habían recibido de la caridad del Sr. Vicente, y él, en particular, y en prueba de ello le enseñó la sotana, que vestía, y le dijo: Et hac me veste contexit, queriendo expresar así la obligación que le tenía, con las mismas palabras que Nuestro Señor dijo en otra ocasión a San Martín para manifestar cuánto le agradó la limosna que había hecho con su capa a un pobre.

Podemos con mucha razón unir a estos ejemplos de la caridad del Sr. Vicente para con los eclesiásticos, sus sentimientos relacionados con los Religiosos. Sentía hacia ellos un respeto y un amor singularísimo, y lo hacía patente cuando algunos de ellos le venían a visitar a San Lázaro, porque los recibía como a unos ángeles del cielo, postrándose a

menudo a sus pies para rogarles su bendición, que les obligaba a muchos, por su humildad, a dársela, no queriendo levantarse, sin que antes la recibiera.

Asimismo, practicaba con ellos en algunas ocasiones una hospitalidad caritativa, usando con ellos toda clase de atenciones. Quería también que los suyos se portaran del mismo modo en su domicilio. Y, a tal fin, les recomendaba a menudo que apreciaran y respetaran a todas las Ordenes y a todas las Comunidades Religiosas, y que no dejaran entrar en sus espíritus ninguna envidia, ni celos u otra disposición contraria a la humildad y a la caridad de Jesucristo, sino que hablaran siempre con muestras de aprecio y de afecto, en una palabra, quería que su Congregación fuera tal, que, como dijeron un día, no se encontrara en ella nada que diera que hablar a las otras Comunidades, y que hiciera profesión pública de hallar bueno lo que ellas hacían. Respondiendo un día a uno de sus Sacerdotes, que le había rogado que le dijera cómo debía portarse con esos buenos Religiosos, que le llevan la contraria: *«Usted me pregunta —le dijo— cómo debe portarse con esos buenos Religiosos, que le llevan la contraria. A eso le respondo: que usted debe tratar de servirles, si es que se presentan ocasiones para ello, y manifestarles en los encuentros que usted tiene, una verdadera y sincera voluntad. Vaya a visitarles alguna vez; no tome nunca posición contra ellos; no se entrometa en sus asuntos, salvo para defenderlos por caridad; hable siempre bien de ellos, y no diga nada desde el púlpito, ni en conversaciones particulares, que pueda causarles la menor contrariedad; y, finalmente, hacerles y procurarles todo el bien que pueda en palabras y obras, aunque no le correspondan. Eso es lo que deseo que hagamos todos, y que nos obliguemos a honrarlos y servirlos en toda clase de ocasiones".*

El Sr. Vicente ha manifestado también su caridad para con los Religiosos en los consejos saludables que les daba, cuando acudían a él, como varios de ellos han hecho en diversas circunstancias; y, entre otros, un religioso de una Orden muy santa, que quería salir de ella con un pretexto, para entrar en otra: quiso saber antes la opinión del Sr. Vicente, como de un hombre al que consideraba como muy caritativo y muy esclarecido, y recibió de él esta respuesta: *«He leído su carta, mi Reverendo Padre, con respeto y, ciertamente con confusión, por el hecho de que se dirija al más sensual y menos espiritual de los hombres, y reconocido, como tal, por todos. Sin embargo, no dejaré de decirle mis pequeños pensamientos sobre lo que me propone usted, no en plan de aviso, sino por pura condescendencia, ya que Nuestro Señor quiere que cedamos ante nuestro prójimo. Me ha consolado al ver la atracción que siente usted de unirse perfectamente con Nuestro Señor, cómo corresponde usted a ella, y las ternezas con las que su Bondad divina le ha prevenido más de una vez, las grandes dificultades y contrariedades que ha encontrado en los diversos estados por donde ha pasado, y, finalmente, el amor singular que tiene usted por esa gran maestra de la Vida Espiritual, Santa Teresa».*

«Pues bien, aunque así sea, pienso sin embargo, Reverendo Padre, que hay más seguridad para usted en permanecer en la vida común de su Santa Orden, y someterse enteramente a la dirección de su Superior, que en pasarse a otra Orden, aunque sea santa. En primer lugar, porque hay una máxima que dice, que el Religioso debe aspirar a

animarse en el espíritu de su Orden, porque de otra forma, no tendría de ella más que el hábito. Y como su santa Orden está reconocida como de las más perfectas de la iglesia, usted tiene una obligación mayor de perseverar en ella y de trabajar en asimilarse su espíritu, practicando las cosas que le pueden ayudar a entrar en él. En segundo lugar, existe otra máxima, que afirma que el espíritu de Nuestro Señor actúa mansa y suavemente, y el de la naturaleza y el del maligno espíritu, por el contrario, áspera y acremente. Pues bien, parece, por todo lo que me ha dicho, que su manera de obrar es áspera y acre, y que le hace mantener con una excesiva decisión y apego sus sentimientos contra los de sus Superiores; y a eso lo lleva su mismo carácter. Según eso, Reverendo Padre, pienso que debe usted darse de nuevo a Nuestro Señor para renunciar a su propio espíritu, y para cumplir su santísima voluntad en el estado al que le ha llevado su Providencia».

Otro religioso, doctor en Teología, como no estaba contento en su Religión, quería elevar sus quejas a Roma, y, para tal efecto, había implorado la mediación del Sr. Vicente. He aquí cuál fue la respuesta, que recibió: *«Compadezco, Reverendo Padre, sus penas, y le pido a Nuestro Señor, que le libre de ellas, o que le dé fuerzas para poder llevarlas. Puesto que sufre usted por una buena causa, debe usted alegrarse de estar en el número de los bienaventurados que sufren por la justicia. Tenga paciencia, Reverendo Padre, y tómela en Nuestro Señor, que se complace en probarle; El hará que la Religión, en donde lo ha puesto, sea como un barco agitado por las olas, que lo llevará felizmente a puerto. No puedo encomendar a Dios, según sus deseos, la idea que tiene usted de pasar a otra Orden religiosa, puesto que me parece que no es ésa Su voluntad. Por todas partes hay cruces, y su avanzada edad tiene que hacerle evitar aquellas que usted encontraría al cambiar de estado».*

«En cuanto a la ayuda que usted desea de mí para procurarle el Reglamento en cuestión se trata de beberse el mar. Por eso, le suplico humildemente que me dispense de hacer presentar en Roma sus propuestas».

Esa misma caridad que el Sr. Vicente tenía por el estado religioso lo llevaba también a preocuparse de las Religiosas que veía andar vagando fuera de sus monasterios por lo que fuera, preocupándose con mucho interés en facilitar la vuelta a su monasterio; o bien, si no podía eso, para lograr algún retiro en otro monasterio. He aquí lo que le escribió a una Abadesa, cierto día, sobre esa cuestión*: «Me tomo la confianza, Señora, de interceder ante usted para rogarle que acepte en su abadía a una de sus religiosas, que dice ser Priora de N., y que no pudiendo seguir en su priorato por culpa de la miseria de los tiempos, ha quedado expuesta a la necesidad, y su condición a la censura y a la burla del mundo y de la soldadesca. Quizá tenga usted razones para no recibirla; no obstante, no he dejado de escribirle, ya que la caridad me obliga a cumplir con este deber con una persona de esta clase, que hace esperar que la dejará a usted plenamente satisfecha y que da motivos para temer que, al permanecer fuera de su centro, esto es, lejos de su monasterio, no podrá estar tranquila ni segura. Quizás tenga usted razones para no aceptar que vuelva a su casa, al menos he creído que pondría usted dificultades; sin embargo, le suplico muy*

humildemente que me indique, por lo menos, si podrá contribuir en algo a su sustento en el caso de que podamos ponerla en pensión en esta ciudad durante algún tiempo. En nombre de Dios, Señora, no vea usted mal que le haya escrito con esta propuesta».

Si fuera necesario referir aquí al detalle todos los demás testimonios de aprecio y de afecto, y todos los servicios que el Sr. Vicente ha prestado a los religiosos y a las religiosas, se podría componer todo un volumen. Bastará con decir que no se presentó ninguna ocasión de atenderlos o servirlos, que no haya acudido muy gustosamente; que casi no ha habido algún acto u oficio de caridad, que no haya practicado en favor de ellos; y que ha hecho siempre y en todas las ocasiones; profesión pública de quererlos, honrarlos, socorrerlos, servirlos y protegerlos, tanto como le ha sido posible, ocultando defectos, publicando sus virtudes, elevando su estado y, por una caritativa humildad tanto más excelente cuanto que se ven menos ejemplos de ella, poniendo siempre, tanto de palabra como de obra, su Compañía por debajo de todas las demás, para darles lustre, y queriendo que los suyos se reconocieran y se portaran como los menores de todos.

SECCION VI pág. 654: Caridad con los suyos

La caridad del Sr. Vicente al ser perfecta hasta el punto que hemos podido ver en las Secciones anteriores, no podemos dudar de que haya estado bien ordenada; pues el orden es tan necesario para la perfección de esta virtud, que una caridad mal ordenada no merece el nombre de caridad, y sólo tiene una falsa apariencia de ella. Según la doctrina de Santo Tomás y de otros teólogos, el orden de la caridad exige que se tenga un amor especial a los más cercanos, y a los que la Divina Providencia nos ha unido por un lazo más estrecho. Por consiguiente, el Sr. Vicente, como tenía una unión íntima con quienes Dios le había dado como a sus queridos Hijos en el Espíritu, y de quienes él podía decir con todo derecho, como el Santo Apóstol, que los había engendrado por el Evangelio en Jesucristo, no podía menos que llevarlos en el corazón y amarlos muy tiernamente, pero con un amor tanto más perfecto, cuanto más unido estaba al que Jesucristo sentía por los Apóstoles y Discípulos.

En primer lugar, a imitación de ese Divino Prototipo, les ha manifestado ese amor instruyéndolos, excitándolos, animándolos, consolándolos y obsequiándoles con todos los oficios de caridad que tales Hijos podían esperar de semejante Padre. A tal efecto, les hablaba a menudo con charlas llenas de fervor y animadas del espíritu de Jesucristo, no sólo en sus reuniones habituales y según las Reglas, sino también en todo tipo de reuniones, tomando como tema de la charla alguna palabra de edificación, ya después de la oración, o bien, con ocasión de algunas cartas que había recibido, o de algún acontecimiento bueno o malo que le habían comunicado, o de algunos asuntos que encomendaba a sus oraciones; y, como un buen y prudente padre de familia, les distribuía liberalmente en el tiempo que juzgaba más a propósito, el pan de las almas, que es la Palabra de Dios. No cumplía solamente con ese oficio de caridad con toda la Compañía en

general, sino también, aprovechándose de cualquier circunstancia para hablar con cada uno en particular, hablando ya a uno, ya a otro, según lo enterado que estuviera de sus necesidades; sea para alentarlos en sus dificultades, sea para consolarlos en sus penas, o para advertirles en sus faltas, o para aconsejarlos en sus dudas o, finalmente, para instruirlos y enseñarles los medios más apropiados para progresar en el camino de la perfección. Y cuando estaba ausente, les escribía sobre esas mismas cuestiones, y se tomaba la molestia, en medio de una enorme multitud y diversidad de muy acuciantes e importantes asuntos que continuamente le agobiaban, de advertirles, instruirlos, exhortarlos, consolarlos y animarlos con sus cartas, que casi son innumerables, y que bastan para conocer cómo fue su caridad para con los suyos.

Una de las principales y de las más importantes lecciones que Jesucristo dio a sus Discípulos fue la de que se amasen unos a otros santamente; ésta misma lección fue la que su Siervo, Vicente de Paúl repitió frecuentísimamente a sus Hijos, y sobre la cual les habló en multitud de Conferencias, y hasta les ha dejado un escrito de su mano, cosa que no ha hecho sobre ninguna otra materia

«Les ha dicho, entre otras muchas cosas acerca de esta virtud de la caridad fraterna, que era una señal de predestinación, porque por ella es como se con ce a un verdadero discípulo de Jesucristo.— Y un día, en que se celebraba la fiesta de San Juan Evangelista, exhortando a los suyos a amarse mutuamente con las palabras del Apóstol: Filioli, diligite alterutrum, dijo que la Congregación de la Misión durará tanto cuanto reine la caridad en ella. Pronunció cantidad de maldiciones contra quien destruyera la caridad y contra quien fuera, de esa forma, la causa de la ruina de la Compañía, o solamente de alguna pérdida de perfección, es decir, quien por su falta hiciera que ella fuera menos perfecta».

«Les decía también que la caridad es el alma de las virtudes y el cielo de las Comunidades; que la casa de San Lázaro sería un Paraíso, si la caridad habitara en ella; que el cielo no es otra cosa que amor, unión y caridad; que la felicidad principal de la vida eterna consistía en amar; que en el cielo los bienaventurados estaban incesantemente aplicados al amor beatifíco; y que, en fin, no había nada más deseable que vivir con los que se ama, y de quien uno es amado».

«Les decía también que el amor cristiano, que se forma en los corazones por la caridad está no sólo por encima del amor de inclinación y del que es producido por el apetito sensitivo, que, de ordinario, es más perjudicial que útil; sino también por encima del amor racional. Que el amor cristiano es un amor por el cual se aman unos a otros en Dios, según Dios y para Dios; es un amor, que hace que se ame recíprocamente por el mismo fin por el que Dios ama a los hombres, que es para hacerlos santos en este mundo y bienaventurados en el otro; y que, por eso, este amor hace mirar a Dios y no a otra cosa que no sea Dios, en cada uno de los que se aman».

«Añadía que el que quiera vivir en una Comunidad sin tolerancia y sin caridad,

estaría a la vista de tantos humores y de tantos actos discordantes con los suyos, como un barco sin ancla y sin timón, que navegaría por medio de las rocas a merced de las olas y de los vientos, que lo impulsarían por todos los lados y le harían naufragar».

«Finalmente, decía que los Misioneros no se debían amar unos a otros sólo con un santo afecto interno y manifestarlo al exterior por sus palabras, sino que lo debían manifestar por sus obras y por sus buenos efectos, ayudándose mutuamente de buena gana con ese espíritu en sus trabajos; y estar siempre dispuestos a consolar a sus Cohermanos. Deseaba ardientemente que Dios inspirase esta caridad en los corazones de todos los de su Congregación, porque—decía él— *por ese apoyo mutuo los fuertes sostendrán a los débiles y la Obra de Dios se llevará a cabo».*

Y porque la detracción es el enemigo capital de la caridad y este vicio a veces se introduce incluso en las Compañías más santas, este caritativo Padre de los Misioneros combatía dicho vicio lo más que podía para impedir que se acercara a sus Hijos; frecuentemente les aconsejaba que velasen y se mantuvieran en guardia para impedir que consiguiera entrada alguna entre ellos. La comparaba a un lobo carnicero, que desola y destruye la majada donde entra, asegurando que uno de los mayores males que puede ocurrirle a una Compañía es que se encuentren en ella personas que hablan mal de otros, que murmuran y que, por no estar contentas nunca, hallan motivos de murmurar de todo. Decía también que el que presta oído a un maldiciente, no es más inocente que el profiere la maledicencia, como enseñan los Santos Padres. Y para prevenir a los suyos contra ese vicio, al cual tenía un horror muy grande, les hacía tener de cuando en cuando diversas Conferencias sobre dicho tema, presentándoles todas las ocasiones y tentaciones que podrían llevarles a ella. Una vez, entre otras, mandó repetir la misma Conferencia siete viernes seguidos, queriendo que todos los de su Comunidad, uno tras otro, hablaran sobre ese tema; y, al mismo tiempo, hizo recoger los motivos y los medios que cada uno iba diciendo para expulsar la maledicencia de la Compañía; y él mismo, al cabo de las siete semanas que duraron dichas Conferencias, las terminó con un discurso muy apremiante.

Pues bien, no solamente ha sido con las palabras, sino aún más por los efectos como el Sr. Vicente ha hecho ver cómo era su caridad para con los suyos, manifestándoles en toda clase de ocasiones una apertura de corazón y una ternura muy paternal, tratándolos a todos, hasta a los más pequeños, como a sus Hijos, con un cariño cordial, del que deseaba que estuvieran bien convencidos. Cuando iban a hablarle, ya para sus necesidades particulares, o para otros asuntos, los acogía siempre con gran afabilidad, y dejaba a un lado todo lo demás para escucharles o, si es que no podía en aquel momento, les señalaba la hora en la que tenían que volver, y les daba todo el tiempo libre y toda la confianza, para que le descubrieran sus deseos, sus penas, sus malas inclinaciones y hasta sus faltas, escuchándoles con unas muestras de afecto, como un médico a un enfermo, y respondiéndoles según sus necesidades y lo que esperaban oír, y siempre con fruto y bendición, porque tenía la gracia particular de no despedir a una persona descontenta, sino de consolar y edificar a todos y a cada uno. Usaba para eso de una condescendencia maravillosa, haciéndose todo a todos y acomodándose a sus disposiciones hasta imitar

con bastante frecuencia la lengua de su tierra, hablando ya en picardo con quien era natural de Picardía, ya en gascón con otro de la Provincia de Guyena, a veces en vascuence con un vasco, y otras veces, pronunciando algunas palabras alemanas con los alemanes. Pero aunque usaba de esos recursos para ganar los corazones de aquellos con quienes trataba, no obstante sabía bien unir, en el momento y en el tiempo adecuados a esta cordialidad familiar las manifestaciones de la estima que les tenía, dándoles en su ausencia las alabanzas que merecía su virtud, y hablando siempre, incluso de los más pequeños, con honor. A propósito de esto, respondiendió un día a la pregunta que le hacía el padre de uno de los Hermanos de su Comunidad sobre su hijo: « Vale más que yo—le dijo— y que muchos que son como yo». Y en otra ocasión dijo a uno de los suyos que quería por una tentación marcharse de la Compañía, que si se marchaba, recibiría tanto disgusto por aquella separación, como si le cortaran un brazo o una pierna. Y le vieron decir en diversas ocasiones, hablando a los de su Comunidad, que amaba la vocación de ellos más que su propia vida, y que cuando alguno se marchaba de la Compañía, sentía tanto dolor, como si le hubieran desgarrado las entrañas.

Un día se puso de rodillas y permaneció cerca de dos horas en aquella postura, con las lágrimas en los ojos, a los pies de un Sacerdote de su Compañía, conjurándole en el nombre y por el amor de Nuestro Señor Jesucristo que no sucumbiera a una tentación que sufría: No—le dijo—; yo no me levantaré, mientras no me con ceda lo que le pido por usted mismo; y quiero ser con usted tan fuerte, por lo me nos, como el demonio.

Cuando veía a alguno atormentado por alguna pena espiritual, hacía lo posible para librarlo de ella, o, cuando menos, para aliviarlo y consolarlo hasta decirle algunas palabras de alegría para distraerlo, o llevarlo a su habitación para manifestarle una mayor cordialidad, o recomendarle algún trabajo conveniente y apropiado para distraerse.

A un criado de la casa que no pertenecía a la Congregación y a quien, sin embargo, el Sr. Vicente tenía una caridad y un afecto particular, lo despidió por haber un día maltratado de palabra a uno de los Hermanos de la Comunidad, y no quiso volver a recibirlo, aunque le parecía que era un criado muy bueno y, hasta cierto punto, necesario para la casa; y daba como razón, que no podía sufrir que los criados riñeran a los Hermanos. Eso no impidió que pronto hallara una colocación por los buenos informes que daba de él.

Un Hermano fue un día a buscar al Sr. Vicente en su habitación para quejársele, porque uno de los Oficiales de la casa le había tratado un poco rudamente. El caritativo Padre lo recibió con mucha dulzura y bondad, y le dijo: Ha hecho usted bien en decírmelo; ya lo arreglaré; venga siempre donde mí, Hermano, cuando tenga usted algún disgusto, porque ya sabe usted cuánto le quiero. Aquellas agradables palabras, referidas al Hermano, disiparon totalmente toda la amargura de su corazón, y le dieron motivos para admirar la caridad de un Superior tan bueno.

Otro se dirigió a él para pedirle algunos consejos en sus dudas, y le manifestó el

temor que tenía de serle importuno: *«No, Hermano mío,* —le dijo— *no tema usted de ninguna manera que me moleste o importune con sus preguntas; y sepa, de una vez para siempre, que una persona a la que Dios ha destinado para ayudar a otra, no se hallaría más cansada por las ayudas y los consejos que ella le pide, que lo estaría un padre con su hijo».*

Escribiendo a un Sacerdote de su Compañía, que temía que el conocimiento que le había confiado de sus penas y tentaciones, disminuyera la buena opinión que tenía de él, le habló en estos términos: *«Habiendo visto la idea* —le dijo— *que usted ha tenido de que sus penas hayan disminuido algo la estima que siempre he tenido de usted, me he propuesto, al mismo tiempo, asegurarle que eso no es así. Sé que esas congojas que vienen de vez en cuando a los virtuosos, y que esos deseos que se sienten de cambiar, son unas pruebas que Dios da incluso a los Santos, para santificarlos más, y 657 que su Providencia paternal prueba con frecuencia de ese modo a quienes más ama, y los conduce por caminos difíciles y llenos de espinas para hacerles merecer las gracias extraordinarias que tiene intención de concederles. Tan lejos está, pues, que por eso haya concebido el menor pensamiento en contra suya, que antes al contrario,le considero más fiel a Dios, en la medida en que usted resista todas esas tentaciones, y que, por más trabajo que le cueste, no ceda nada de sus prácticas ordinarias, y que finalmente después de habérmelas expuesto, ha aceptado usted la respuesta que yo le he dado».*

Sucedió un día que un Sacerdote de la Congregación, al darle cuenta de su interior al Sr. Vicente, le dijo entre otras cosas, que había tenido unos pensamientos de aversión y de indignación contra él. Ante aquellas palabras el caritativo Padre se levantó y le abrazó tiernamente, felicitándole por una franqueza tan filial, y le dijo: Si yo no le hubiera dado ya mi corazón, se lo daría ahora mismo.

Otro fue a verlo en su habitación, muy triste y decidido a abandonar la Compañía, y en cuanto le dijo que deseaba decidamente volver a su tierra, el Sr. Vicente empezó a sonreír, y mirándole con mucha dulzura y beniginidad, le dijo: ¿Cuándo se marcha usted, señor? ¿ cómo quiere hacer el viaje, andando o a caballo? Aquel Sacerdote, que hablaba en serio y que esperaba una fuerte reprensión, quedó totalmente sorprendido ante aquella respuesta, que el Sr. Vicente le hizo de aquel modo para distraerlo de la tentación. En efecto, quedó totalmente libre de ella.

Otro de sus Sacerdotes, que trabajaba en una Provincia lejana, le había escrito que el Hermano que estaba con él quería marcharse. *«Siempre he sospechado mucho* —le respondió— *que ese buen Hermano sería tentado por el demonio de la holgazanería, y él puede recordar que se lo advertí. Le ruego a usted que le ayude y lo anime a rechazar ese ataque, pero hágalo suavemente, y, más bien por vía de persuasión que de convicción, como usted sabe bien que es mi costumbre de actuar; porque los que sufren esas enfermedades del espíritu necesitan más ser tratados, y por decirlo así, mimados dulce y caritativamente que los que tienen enfermedades en sus cuerpos»*

Otro Hermano le había escrito varias veces pidiéndole permiso para marcharse de la Compañía. Le contestó todas las veces con unas palabras que manifestaban su amor paternal para retenerlo y para animarlo. Sólo presentaremos aquí la conclusión de la última carta, como prueba de la ternura de su corazón para con los suyos: *«No, mi querido Hermano,* —le dijo— *no podría consentir en su salida; por esta razón: que no es ésa la voluntad de Dios, y que sería peligrosa para su alma, que me es muy querida. Y si usted no me quiere creer, al menos le ruego que no salga de la Compañía, sino por la misma puerta por la que entró, y esa puerta no es otra que los Ejercicios Espirituales que, le ruego, los haga antes de decidirse en un asunto de tan gran importancia. Escoja una de nuestras tres casas más cercanas al sitio donde está, y esté seguro que será muy bien recibido en todas partes. La bondad de su corazón ha ganado todo el afecto del mío, y ese afecto no tiene otra finalidad que la gloria de Dios y la santificación de usted. Usted lo cree así, lo sé muy bien, y también usted sabe bien que soy todo suyo en el amor de Nuestro Señor».*

Cuando destinaba a alguno de los suyos a una de las casas de su Compañía, lo recomendaba siempre al Superior, suplicándole que tuviera cuidado de él, y decía de ordinario: Espero que tendrá mucha confianza en usted, cuando vea la bondad, la tolerancia y la caridad, que Nuestro Señor le ha concedido a usted para los que confía a su dirección.

Vean con qué sentimientos de un amor verdaderamente paternal escribió a uno de los suyos, el cual había dado mucho a Dios para corresponder fielmente a Sus designios, en una país lejano: *«Teniendo en cuenta* —le dice— *las señales verdaderas y extraordinarias, que Dios ha mostrado en usted de su vocación por la salvación de ese pueblo, le abrazo en espíritu con todo el sentimiento de alegría y de cariño que merece el alma a la que Dios he escogido, entre tantas otras que habitan en la tierra, para llevar un gran número de ellas al cielo, como es la suya, que lo ha dejado todo por ese fin. Ciertamente, ¿quién podrá no amar a esa querida alma tan desprendida de las criaturas, de sus intereses y de su propio cuerpo, al que anima solamente para hacerle servir a los designios de Dios, que es su fin y su único objetivo? Pero, además, ¿quién dejará de cuidar las fuerzas de ese cuerpo, destinado ciertamente a dar la vista a los ciegos y a resucitar los muertos? Esto es lo que me obliga a pedirle que lo mire como un instrumento de Dios para la salvación de otros muchos y que lo conserve con esa finalidad».*

En otra ocasión escribió con los mismos sentimientos de amor y de ternura a varios de sus Sacerdotes, que trabajaban juntos en un clima muy lejano, para exhortarlos a cuidar de su salud: *«Ya saben ustedes* —les dijo— *que su salud se verá en peligro en ese nuevo clima, hasta que se vayan acostumbrando a él. Por eso, les aconsejo que no se expongan al sol y que durante algún tiempo se dediquen solamente al estudio de la lengua. Piensen en que se han convertido en niños que tienen que aprender a hablar, y con ese espíritu déjense guiar por el Sr. N., que será para ustedes un padre, o, si falta él, por el Sr. N. Les ruego que miren a Nuestro Señor en ellos. Y si se vieran privados de uno y otro, no lo estarán de la especial asistencia de Dios, que ha dicho que, aunque una madre llegara a olvidarse del hijo salido de sus entrañas, El seguiría preocupándose de sus hijos.*

¡Cuánto más deberán creer que será bondadoso con ustedes, mis queridos señores, y se complacerá en atenderlos, en defenderlos y en cuidar de ustedes, que se han puesto en Sus manos y han puesto toda su confianza en Su protección y en Su poder! Bien, señores, quiéranse mucho y ayúdense unos a otros; sopórtense en sus defectos y permanezcan siempre unidos en el espíritu de Dios, que les ha elegido para ese gran proyecto, y que les conservará, para que puedan llevarlo a cabo».

El Sr. Vicente tenía la costumbre de ponerse de rodillas para abrazar a los que destinaba a trabajar en las misiones, o a los que volvían de ellas; y se esmeraba en que no les faltase nada. Pero su caridad le sugería unos sentimientos de amor particular a los enfermos: se informaba cordialmente del estado de su salud, y les indicaba frecuentemente los remedios para su alivio; y cuando el mal lo requería, nunca fallaba en hacer venir al médico, o bien invitaba, o rogaba a quienes lo podían hacer cómodamente, que fueran donde él para consultarle. Recomendaba también a los enfermeros que tuvieran mucho cuidado de los enfermos, y a los Superiores de las casas que no ahorraran molestias, ni gastos para aliviarlos; y varias veces se le ha oído decir que era preferible vender los vasos sagrados, que permitir que les faltase alguna cosa necesaria. Lejos de ser los enfermos una carga para la Compañía, decía que, al contrario, eran una bendición para las casas donde se hallaban. Además de todos esos cuidados, nunca se olvidaba de encomendarlos a Dios y a las oraciones de la Comunidad. Iba, siempre que podía, a visitar y consolar a los de las casas donde él se hallaba y se informaba de ellos mismos qué necesitaban y si les faltaba algo, no pudiendo sufrir entre los suyos ninguna falta de caridad o de ternura de corazón.

He aquí lo que uno de los Sacerdotes ha escrito sobre esto: *«Yo mismo he experimentado —ha dicho— la caridad que tenía a los enfermos, durante dos enfermedades graves que he tenido en la casa de San Lázaro. Dios me habría hecho una gracia grande entonces, si me hubiera retirado de este mundo, porque me parece que estaba dispuesto para morir gracias a las ayudas y oraciones del Sr. Vicente, que me hizo la caridad de visitarme varias veces. No quería que les faltara nada a los enfermos, porque* —decía— *merecían más por sus sufrimientos, que los demás por su trabajo. Le he oído con frecuencia decir que habría que vender hasta los cálices para asistirlos. Y cuando los iba a ver, se informaba directamente de ellos cómo les cuidaban. Aliviaba su mal por la compasión que les mostraba, y cuando estaban convalecientes, los alegraba contándoles historia agradables, y de ellas sacaba en seguida alguna lección».*

Como su caridad estaba bien ordenada, quería que los enfermos fueran tan consolados y bien tratados en cuanto al cuerpo, que no experimentaran ningún daño en el bien espiritual de sus almas. Por eso advertía suave y paternalmente a los que sufrían una enfermedad que no era tan grave y que podían sin mayores molestias dedicar algunos días a algunos actos piadosos, que no los omitieran, por miedo— decía— a que la enfermedad del cuerpo se pasara al alma, y la volviera tibia e in mortificada

En fin, ponía un esmero tan cordial por contribuir cuanto podía no solamente al

alivio y a la curación de los enfermos, sino también a la conservación de los que estaban sanos que, cuando se enteró de que un misionero, que trabajaba en Champaña asistiendo a los pobres, rogaba que le enviaran, entre otras cosas, un solideo, como no encontraban ninguno en casa, el caritativo Padre se quitó el suyo de la cabeza y dijo al Hermano que le había dado la noticia que se lo enviara; y como al Hermano se le ocurriera que podría ir a comprar uno en la ciudad para enviárselo en otra ocasión, «No, Hermano—replicó— no hay que hacerle esperar, porque puede tener prisa. Mándele, se lo ruego, ahora el nuestro con todo lo demás que pide». Y no contento con manifestar, de todas las formas que podía, su amor y su cordialidad a los suyos, para darles todavía unas muestras más claras, la extendió hasta las personas que les pertenecían. Y cuando se enteraba de que alguna aflicción les había sucedido a los padres de los Sacerdotes o de los Hermanos de su Compañía, quería que los demás se compadecieran y se interesaran de su alivio y de su consuelo; y siendo él el primero en conmoverse por las penas, trataba de arreglarlo del mejor modo que podía.

«Rezaremos a Dios —decía a los de su Comunidad— por la familia de un tal N., que ha sufrido una pérdida, pues hemos de participar de los sentimientos, que pueda tener nuestro Hermano, y cumplir este deber unos con otros».

A veces, cuando era necesario añadía: *«Pido a los Sacerdotes que no tengan obligaciones especiales que ofrezcan la misa por todos los de esa familia tan afligida.*

Yo seré el primero en ofrecer a Dios de todo corazón esta misa que voy a celebrar, ruego a nuestros Hermanos que comulguen por esta misma intención».

Pero, además de la ayuda de las oraciones que hacía por los padres de los de su Compañía, les daba todos los consuelos que podía cuando se veían reducidos a alguna necesidad.

SECCION VII pág. 660: Caridad con los enemigos

Es aquí donde la caridad cristiana triunfa sobre todos los sentimientos de la naturaleza, y donde la gracia de Jesucristo erige un trofeo a las máximas del santo Evangelio, aboliendo y destruyendo las del mundo. Es la más segura señal de la adopción divina y el auténtico carácter de los verdaderos Hijos del Padre Celestial, que hace brillar el sol sobre los malos igual que sobre los buenos, y que envía el rocío y la lluvia sobre las tierras de los pecadores, así como sobre las de los justos.

El Sr. Vicente, que quiso cumplir tan digna y tan santamente con todas las obligaciones de la caridad, no quiso faltar en esto, sino que se portó con un interés tanto mayor, cuanto que Nuestro Señor Jesucristo lo recomendó expresamente en el Evangelio.

Hemos dicho en otro sitio que este gran Siervo de Dios había actuado siempre con tanto respeto y sumisión ante los grandes, condescendencia y caridad con los pequeños, y justicia y deferencia con toda clase de personas, que quizás no se ha visto nunca un

hombre más ocupado que él en actuaciones en favor del público y, por consiguiente, más expuesto a la censura, a las murmuraciones y a la calumnia y que, sin embargo, no se las haya topado menos que él. Mas, no ha estado exento de ello; así lo permitió la Divina Providencia para darle ocasión de adaptarse con mayor perfección en este punto, igual que en los demás, a su Divino Maestro, que sufrió tantos ultrajes y tantos malos tratos, y que no quiso que este Siervo suyo quedara excluido del número de los bienaventurados que sufren por la Justicia

Hay dos cosas principales, que le han podido suscitar adversarios y enemigos: la primera ha sido el cargo que ha tenido en la Corte, referente a la distribución de los Beneficios; porque por un lado no podía de ninguna manera consentir en lo que veía que no era según la justicia; y por otra parte, no le era posible satisfacer al deseo de grandísimo número de solicitantes, hallándose a veces hasta doce o quince que trataban de conseguir con ardor el mismo beneficio; de modo que los que no podían obtener lo que ellos solicitaban se quejaban de él en su mayor parte en alta voz por todas partes, y le atribuían frecuentemente cosas muy falsas; bendecía a Dios por todo, y no dejaba, por eso, de saludarlos, cuando se encontraba con ellos y les manifestaba el respeto y el deseo de servirles, y cuando se presentaba la ocasión, lo hacía aún con más buena gana que antes.

La segunda cosa que le ha suscitado adversarios ha sido el cargo de Superior de una Compañía, que, estando obligada a tener algunas posesiones para vivir, él, a su vez, estaba obligado a velar por la conservación de esos bienes consagrados al servicio de Dios, siendo el depositario y no el propietario; y, particularmente, de los Derechos Señoriales de la casa de San Lázaro y otros intereses, los cuales ha debido defender en conciencia y mantener, como suele un beneficiado los de su beneficio. En calidad de tal se ha visto obligado a resistir algunas veces a los intentos o pretensiones injustas de los hombres, después de haber intentado vanamente unos modos de arreglo; y esas desavenencias han servido de pretexto a las partes adversas para hablar mal de él y despreciarle; y a él, de materia para hacer en favor de ellos la misma oración que hizo Nuestro Señor en la Cruz por sus enemigos.

Vamos ahora a referir algunos ejemplos de la manera cómo se portó este buen Siervo de Dios con quienes lo trataron mal, o le hicieron algún daño a la Compañía.

Un Señor de notable abolengo, no había podido obtener un Beneficio a causa de la entereza que el Sr. Vicente manifestaba en el Consejo, pues no creía en conciencia que la persona propuesta por él fuera digna del Beneficio, y había conseguido atraer a su favor los votos de los demás miembros del Consejo. Unos días más adelante, como el Sr. Vicente entrara en el Louvre, dicho Señor le dirigió los peores insultos ante todo el mundo, sin que él se quejara de ello a nadie. Lo supo la Reina por otras personas, y ordenó al que lo había maltratado que se retirara. Pero el Sr. Vicente no pudo sufrir aquello jamás; de manera que no cejó hasta que aquel Señor fuera vuelto a llamar. Finalmente la Reina accedió ante sus ruegos insistentes. He ahí un rasgo de caridad ante

un enemigo, quien difícilmente hubiera podido decidirse a hacer una cosa semejante por el mejor de sus amigos.Veamos ahora otro donde se manifiestan la caridad y la humildad.

Al volver un día de la ciudad a San Lázaro, se encontró en el arrabal de SaintDenis con una persona que, por tener el Sr. Vicente el honor de acercarse a la Reina y a los Primeros Ministros, le echó en cara públicamente que era la causa de las miserias del tiempo y de los impuestos con que estaba abrumado el pueblo. El santo Sacerdote, que tenía la costumbre, por sentimiento humanitario, de atribuir a sus pecados las penalidades públicas, desea aprovecharse de aquella afrenta, se baja del caballo, se pone de rodillas en la calle, confiesa que es un desgraciado pecador y suplica perdón a Dios y a aquel hombre por el motivo que hubiera podido darle para hacerle aquella reconvención. El hombre quedó tan confuso y tan meditabundo por su temeridad cuando vio al venerable Sacerdote humillado de aquella forma, que fue a verlo al día siguiente en San Lázaro para pedirle perdón. El Sr. Vicente lo acogió como a un buen amigo, le convenció de que se quedara seis o siete días en dicha casa, aprovechándose de aquella ocasión para invitarle a hacer un Retiro espiritual y una buena confesión general, logrando así que triunfara la caridad después de la humildad.

Era enemigo del rencor y tan amigo de la unión cristiana, que no sólo no guardaba contra nadie ninguna acritud, sino que no podía soportar que alguien tuviese en su corazón cualquier cosa contra él, aunque fuera sin motivo, sin que hiciera de su parte todo lo posible para borrársela caritativamente. Por eso, cuando se dio cuenta de que una persona de calidad, que siempre le había manifestado afecto, se había enfriado algo sin que él supiera la causa, después que lo hubo notado varias veces, fue expresamente donde ella, y con una cara sonriente le dijo: Señor, siento mucho haberle dado algún disgusto sin pretenderlo; pero, como no sé en qué, vengo a suplicarle que me lo diga, para que, si ha habido alguna falta de mi parte, trate de repararla. Aquel Señor, muy edificado por aquella sinceridad, le descubrió la causa de su contrariedad: Es cier to, Sr. Vicente, que su conducta me ha disgustado un poco en tal ocasión. El Sr. Vicente, cuando lo vio preocupado por unas informaciones inexactas, hizo con su caridad lo que el sol hace con su luz, porque disipó al mismo tiempo las sombras de su espíritu, y suavizó la amargura de su corazón, de forma que desde aquella hora aquel Señor lo quiso más que nunca.

En otra ocasión, mientras se revestía en la capilla del Colegio de BonsEnfants para celebrar la misa, se acordó de que un religioso de París le había manifestado que sentía alguna aversión hacia él. Inmediatamente se desvistió, quitándose los ornamentos, y se marchó en su busca, pidiéndole perdón por el motivo del disgusto que pudiera haberle causado, asegurándole que apreciaba y honraba a su persona y a su Orden. Hecho eso, se volvió para celebrar la Santa Misa.

Un día se enteró que cierto Superior de una Comunidad Religiosa importante de París había manifestado alguna contrariedad por su forma de actuar en algún asunto. Inmediatamente fue a buscarlo, se echó a sus pies y le pidió perdón, como si lo hubiera ofendido; no recibió más que desprecios y palabras ásperas; y sin poder calmarlo, se vio

obligado a retirarse, muy contento por haber sufrido aquel rechazo por el amor de su buen Maestro. Al cabo de cierto tiempo, como necesitaran pedir prestados unos ornamentos para la capilla del Colegio de BonsEnfants, alguien preguntó al Sr. Vicente si podían ir donde aquel Superior para pedírselos: Sí, —dijo el Sr. Vicente— vaya a pedirle de mi parte que nos los presten. Los que le oyeron hablar de aquel modo, quedaron atónitos; sin embargo,al darle el recado a aquel Superior, éste les respondió con admiración: ¡ Qué! ¿ Es que el Sr. Vicente no se acuerda de lo que le dije? ¿ Ese es el resenti miento, que me guarda? ¡ Ah Señores! —añadió— Aquí hay algo de Dios: es ahora cuando he reconocido que el Sr. Vicente está guiado por el Espíritu de Dios. E inmediatamente, después de haberles dado los ornamentos, este buen Religioso, tocado por aquel ejemplo, fue a San Lázaro a visitar al Sr. Vicente, quien lo recibió con una alegría increíble por ambas partes.

Le escribieron una vez desde Marsella que un religioso había hablado mal de su Congregación, aunque tenía poquísima razón para ello, pues había recibido de ella muy buenos servicios. He aquí la respuesta que dio sobre dicha cuestión: *«Las palabras que se le han escapado a ese Reverendo Padre, nos dan motivos para alegrarnos de no haber dado lugar a sus calumnias, y agradecérselo a Dios. ¡Seremos dichosos, si nos encontramos dignos de sufrir por la justicia y si nos da la gracia de amar la confusión y devolver bien por mal!».*

La Congregación de los Sacerdotes de la Misión había hecho una suplica a nuestro Santo Padre el Papa, Alejandro VII, en el comienzo de su Pontificado, para que confirmara una cosa importantísima tocante a la conservación de su Instituto. El Superior de la casa de Roma escribió al Sr. Vicente, que algunas personas influyentes ponían trabas a dicho proyecto. Cuando leyó la carta, dijo a uno de los suyos que estaba con él: « Por esta carta me he enterado de que tales personas(que nombró) nos son contrarias; pero, aunque nos hubieran arrancado los ojos, no dejaría de querer las, respetarlas y servirlas durante toda mi vida; y espero que Dios me concederá es ta gracia». Eso es precisamente lo que hizo, poniéndose siempre al lado de ellos, defendiendo su fama contra los murmuradores, haciendo públicas sus virtudes, ponderando y alabando en gran manera los frutos de sus trabajos y prestándoles, en general y en particular, todos los buenos oficios, deferencias y sumisiones imaginables.

Varios eclesiásticos extranjeros refugiados en París a causa de la persecución que tenía lugar en su país, estaban con mucha necesidad espiritual y corporal; el Sr. Vicente rogó a un Sacerdote de su Congregación, natural de ese mismo país y conocido por la mayor parte de ellos, que los cuidara para que los animara a reunirse ciertos días de la semana con el fin de tratar acerca de las virtudes y para instruirse de las cosas que debían saber y practicar, y así vivir rectamente según su condición, y con la intención de procurarles después alguna ocupación, sacándoles de esa forma de la miseria y de la ociosidad. Podremos también—le dijo— buscar un medio para asistirles, cuando se reúnan de ese modo, porque se les verá en dispo sición de sentirse más útiles y ejemplares que lo que son. Le ruego, señor, que tra baje en eso. El sacerdote le respondió: Señor, sabe muy bien que, por orden suya, hace algún tiempo empezaron esas reuniones

y continuaron durante algún tiempo; pero como se trata de caracteres difíciles, divididos entre ellos como lo están las provincias de su país, esa buena obra se acabó. Empezaron a desconfiar unos de otros y envidiarse; y aunque usted les ha hecho y procurado otros muchos bienes, también han desconfiado de usted, señor; se han quejado y han sido tan desconsi derados que dicen ellos mismos y hacen escribir de Roma que no le mezclen a us ted en nada que se refiera a sus personas o a sus asuntos. Parece, pues, señor, que su ingratitud merece que no les haga usted ningún bien en adelante. ¡Oh, señor! ¿Qué es lo que dice? —respondió el Sr. Vicente— Hay que hacérselo por eso mismo. Y de las palabras el Sr. Vicente pasó a los hechos, pues trató de hacerles todo el bien que pudo en todas las ocasiones.

En cierta ocasión una persona que tenía pendiente un pleito en París, le rogó que tuviera a bien recomendar sus derechos a alguno de los jueces. El se excusó, diciendo que no era una persona con influencia para ello. A pesar de todo, no dejó de hacerlo ocasionalmente, aunque de ordinario no quería disponer de sus recomendaciones para nadie en esos asuntos. Más adelante, el que le había hecho aquella petición, pensando que había perdido su proceso, le fue a buscar de nuevo, quejándose con palabras injuriosas porque no había querido, como él pensaba, recomendarlo. El Sr. Vicente lo soportó no solamente con mansedumbre, sino que además le pidió perdón, de rodillas, por la ocasión que le podía haber dado para enfadarse de aquel modo contra él. Sin embargo, sucedió que le habían dado a este pobre hombre una falsa noticia, y que había ganado el pleito. Aquello le obligó a volver a San Lázaro a pedir perdón al Sr. Vicente, porque, al estar mal informado acerca del resultado de su negocio, el rencor le había hecho abrir la boca para quejarse y criticarlo.

Algunos soldados se toparon en un lugar apartado, dentro de las tierras de San Lázaro, con dos jóvenes Clérigos de la casa, que habían sido enviados fuera del arrabal, y les robaron los manteos. Algunas personas del barrio vieron aquello, corrieron tras los soldados y los condujeron, como a dos prisioneros, a las cárceles del Bailiazgo. Allí el Sr. Vicente les dio bien de comer, y envió a visitarlos, y, finalmente, procuró que hicieran una confesión general; después de ella, prometieron que no volverían a robar, y así los mandó sacar de la cárcel sin castigarlos, como lo habían merecido y como estaba en su mano el hacerlo si hubiera querido.

Sorprendieron una y otra vez a unos hombres con el hurto en las manos, pues solían robar de las posesiones de la casa de San Lázaro y de las fincas que dependen de ella, ya segando y robando de noche el trigo de las tierras, ya cortando robles en los bosques, ya cogiendo y arrancando la fruta de los árboles, ya las verduras u otras cosas; y como se les quería meter en la cárcel para castigarlos, el Sr. Vicente sentía tanta pena en permitirlo, que muchas veces no lo quería tolerar, y cuando estaban en la cárcel, les hacía salir; y yendo todavía más adelante, los excusaba, los recibía en casa, les hacía comer en el refectorio, y alguna vez, incluso les daba dinero. Sucedieron muchos casos de ésos, que le daban ocasión al caritativo Sacerdote, no solamente para perdonar a los malhechores, sino también para hacerles un favor. Son una pobre gente, —decía— que me dan

compasión.

El año 1654 un joven de Alemania, luterano, después de haber abjurado de su herejía en París, quizás para encontrar más ayuda entre los católicos, fue donde el Sr. Vicente por sugerencia de la Superiora de un Monasterio de Religiosas, que él frecuentaba y de donde sacaba alguna ayuda. Aquella Madre lo recomendó al Sr. Vicente como a una persona que daba esperanzas de que podría llegar a ser algún día un buen misionero, si era admitido en el número de sus Hijos. El Sr. Vicente lo hizo recibir en su casa de San Lázaro para el Retiro espiritual de ocho días, y el joven se fue introduciendo en algunas de las habitaciones, de donde fue cogiendo un manteo largo y una sotana, que se la vistió, llevándose además otras cosas de la Comunidad; salió por la puerta de la iglesia, y se fue al arrabal de SaintGermain a verse con el ministro (protestante) Drelincourt, y le dijo que era de la Misión, y que venía a echarse en sus brazos para hacer profesión de su Religión. El ministro, al verlo con un hábito eclesiástico, lo llevó de calle en calle para hacer ver que había hecho una gran conquista atrayendo a un Misionero a la Religión. Lo presentó en las principales casas de los Hugonotes, tanto para mostrar los frutos de su ministerio, como para confirmar al joven en su resolución con agasajos y favores. Según iban paseándose de aquella forma, el Señor Des Isles, que trabajaba con celo en las Controversias, se topó con ellos, y al ver a un eclesiástico que se paseaba con el ministro, empezó a sospechar algo, y los siguió hasta la primera casa; allí, junto con ellos, también entró él, dejó subir al ministro, y se quedó abajo con el joven, y por él se enteró del plan que tenía con el Ministro. El fantasma de misionero, pensando que estaba hablando con un hugonote, le contó su salida de San Lázaro, y el proyecto que tenía. Con esto, salió el Sr. Des Isles, se puso de acuerdo con el Sr. Párroco de San Sulpicio, y echaron mano de aquel escandaloso que así profanaba el hábito y el nombre de Misionero, y después de llevarlo a las cárceles del Châtelet, informó de todo cuanto supo al Sr. Vicente. Varias personas le urgieron que solicitara jueces para hacer castigar a aquel joven por el robo cometido y por el escándalo que había dado. Pero este caritativo Sacerdote, después de agradecerles, les aseguró que haría lo que fuera necesario. Y, en efecto, envió por los Jueces, pero no para exigir justicia, sino más bien misericordia por aquel pobre criminal; y él en persona se tomó la molestia de ir a ver al Sr. Procurador del Rey y al Sr. Lugarteniente Criminal, para informarles de parte de su Congregación, que no pretendía nada contra aquel joven; que le perdonaba el daño y la confusión que había recibido. Y en cuanto al joven, que les suplicaba muy humildemente, que ordenaran que fuera puesto en libertad; que era propio de Dios perdonar y que su Divina Majestad se alegraría mucho, si declaraban absuelto a aquel pobre extranjero, que sólo era culpable de una ligereza juvenil. Eso edificó mucho a aquellos señores. Y, ciertamente, el Sr. Vicente hizo ver claramente en esta ocasión, que estaba demasiado bien asentado en las máximas de Nuestro Señor para obrar de igual manera que el Divino Salvador, el cual no sólo manifestaba de palabra que había venido al mundo para salvar a los pecadores y no para condenarlos o castigarlos, sino también con las obras, salvando a la mujer adúltera y portándose con tanto amor con toda clase de pecadores y hasta con el traidor Judas.

El año 1655 otro joven fue recibido en la Congregación de la Misión, pero se

marchó, después de algún tiempo, en contra del consejo del Sr. Vicente, que preveía que algunos se escandalizarían por su salida. El aspirante se fue a ingresar en el ejército en las Compañías de los Guardias Suizos; también desertó de ellas muy pronto, pero no con tan buen éxito como había salido de la Misión: porque fue capturado como desertor del ejército, y por esa falta notable, lo metieron en el calabozo, e inmediatamente fue condenado a ser decapitado. El joven, que conocía cómo era la caridad del Sr. Vicente, acudió en aquella situación extrema donde él, e inmediatamente el caritativo Siervo de Dios, que mantenía, como norma, devolver bien por mal, olvidándose del desprecio que había hecho de su consejo y de su Congregación, intervino muy gustosamente para salvarle la vida, pidiendo gracia para el joven, y la obtuvo.

A un pobre, que preguntaba al Sr. Vicente a la puerta de San Lázaro, si quería que le dijera lo que se hablaba de él, le respondió: Sí, amigo mío, dígalo—dijo el Sr. Vicente— Se le injuria por París —respondió— porque creen que usted es la causa de que encierren a los pobres en el Hospital General. A lo que el Sr. Vicente replicó con su mansedumbre habitual: Gracias, amigo mío; voy a rezar por ellos

El Sr Vicente mostró también su caridad hacia los que lo trataban mal y su desinterés por los bienes de la tierra en una pérdida considerable y la más grande que su Compañía había tenido mientras él estuvo vivo; porque era de más de cincuenta mil libras. He aquí lo que él escribió a una persona cualificada de París, muy íntima amiga de la casa: *«Señor: Los buenos amigos participan del bien y del mal que les acontece a uno de ellos; y como usted es uno de los mejores amigos que tenemos en el mundo, no puedo menos que comunicarle la pérdida que hemos sufrido en el asunto que usted sabe, no ya como un mal que nos haya caído encima, sino como una gracia que Dios nos ha concedido, a fin de que haga usted el favor de ayudarnos a darle las gracias por ello. Yo llamo gracias de Dios a las tribulaciones que El nos envía, sobre todo, cuando son bien recibidas. Pues bien, como la divina Bondad nos había preparado para este despojo antes de que se ejecutase, nos ha hecho aceptar también este incidente con una completa resignación, y me atrevo a decir, con el mismo gozo que si hubiera sido favorable a nosotros. Esto parecerá una paradoja a quien no esté tan versado como usted en los asuntos del cielo, y no sepa que la conformidad con la voluntad de Dios en las adversidades es un bien muy superior a las ventajas temporales. Le ruego humildemente, que acepte que derrame de esta forma en su corazón los sentimientos del mío».*

Lo que es más de admirar en esta pérdida es el afecto, la caridad y el respeto, que el Sr. Vicente ha rendido a las personas concretas que fueron los autores de todo ese desgraciado suceso, devolviendo en toda ocasión el bien por el mal, el honor por el deshonor, el buen trato por el malo y, finalmente, mostrando con unas bondades muy especiales cuánto quería, tal como le dijo en esa ocasión, observar lo que el Espíritu Santo ha dicho, que es echar carbones encendidos sobre la cabeza de nuestros adversarios.

CAPITULO XII pág. 667

Mansedumbre

La caridad está en su perfección—dice el Bienaventurado Francisco de Sales—cuando es no sólo paciente, sino, además de eso, mansa y buena a carta cabal. La mansedumbre viene a ser como la flor de esta divina virtud, que eleva tanto más su excelencia, cuanto más dificultad hay para reprimir los fallos de la naturaleza, que se cubre a menudo con el manto del celo, para dejarse llevar con más libertad por los arrebatos de las pasiones.

EL Sr. Vicente era de natural bilioso y de un temperamento vivo y, por consiguiente, muy inclinado a la cólera. Sin embargo, dominó de tal modo esta pasión con la ayuda de la gracia, y con la práctica de la virtud contraria que es la mansedumbre, que lejos de que aquella le hiciera cometer ninguna falta, parecía que ni siquiera sentía sus primeros impulsos. Es cierto que, cuando estuvo en casa de la Señora Generala de la Galeras (así lo confesó él mismo a personas de confianza) se dejaba llevar a veces un poco de su temperamento bilioso y melancólico. Por eso, aquella buena Señora se inquietaba pensando que él estaba descontento en casa de ella; pero, como el Sr. Vicente vio más adelante que Dios lo llamaba a vivir en comunidad, y que en ese estado tendría que vérselas con toda clase de personas de diferentes caracteres, me dirigí a Dios —dijo — y Le rogué con insistencia que me cambiara aquel humor seco y repulsivo, y me diera un carácter manso y benigno; y por la gra cia de Nuestro Señor, con un poco de atención que puse por mi parte para reprimir los hervores de la naturaleza, he quitado un poco de mi humor negro.

Aunque el Sr. Vicente no hablara nunca de sí mismo, sino cuando lo juzgaba necesario o muy útil para la edificación de los que vivían con él, sin embargo, su humildad era tal, que con frecuencia solía pedir excusa por ello, temiendo haber escandalizado de algún modo a quienes había hablado de aquella manera.

Así es cómo el Sr. Vicente cambió, y cómo trabajó, con la ayuda de la gracia divina, para adquirir la virtud de la mansedumbre, que reconocía y confesaba que no la poseía naturalmente, sino que la había adquirido de Dios por la oración y la práctica.

«Vemos —decía cierto día hablando a su Comunidad— *a veces personas, que parecen estar dotadas de una gran mansedumbre, pero que no es más que un efecto de su carácter moderado; pues no tienen la mansedumbre cristiana, que consiste propiamente en reprimir y apagar los brotes del vicio contrario. Uno no es casto por el hecho de no experimentar movimientos deshonestos, sino porque los resiste cuando los siente. Tenemos aquí un ejemplo de verdadera mansedumbre. Lo digo porque no está presente*

esa persona, y porque todos pueden darse cuenta de su carácter seco y árido: es el Sr. N. Seguro que no conocen ustedes a dos personas tan duras y avinagradas como él y como yo; sin embargo, vemos cómo ese hombre se vence hasta el punto de que hay que decir que no es ya lo que era. ¿A qué se debe? A la virtud de la mansedumbre en la que él se esfuerza, mientras yo, desgraciado de mí, sigo tan seco como un espino. Les pido, señores, que no se fijen en los malos ejemplos que les doy, sino más bien les exhorto, como dice el Apóstol, a que caminen dignamente y con toda mansedumbre y jovialidad en el estado al que Dios los ha llamado».

Pero no basta con haber adquirido una virtud, es preciso conservarla y cultivarla; y por eso, es necesario ejercitarse en ella, hacer frecuentes actos y así lo ha enseñado a los suyos: no les decía nada, sin que antes lo hubiera puesto en práctica. Ahí va un breve resumen de algunos consejos dados por él sobre esta materia, y que él practicaba aún mejor

«En primer lugar, decía que para no ser sorprendido por las ocasiones en las que podrían faltar contra la mansedumbre, hacía falta prevenirlas, y representarse los motivos que podían verosímilmente excitar a la cólera, y formar en su mente, por adelantado, los actos de mansedumbre que se propone practicar en todas las ocasiones».

«En segundo lugar, que había que detestar el vicio de la cólera en tanto que desagrada a Dios, sin por eso enfadarse o amargarse contra sí mismo al verse sometido a ella, por cuanto hay que aborrecer ese vicio y amar la virtud contraria, no porque aquél nos disgusta, y ésta nos agrada, sino únicamente por el amor de Dios, a quien place esta virtud y desagrada ese vicio. Y si hacemos así, el dolor que concebiremos de las faltas cometidas contra esta virtud será suave y tranquilo».

«En tercer lugar, que cuando uno se siente colérico es conveniente dejar de obrar, y también de hablar, y, sobre todo, no tomar una decisión hasta que los movimientos de esta pasión estén calmados, porque—decía— *los actos hechos en estado de agitación no estando plenamente dirigidos por la razón que está tur bada y oscurecida por la pasión, aunque, por lo demás, parezcan buenos, sin em bargo nunca pueden ser perfectos».*

«En cuarto lugar, añadía que, durante la tentación, había que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para impedir que aparezca alguna señal en la cara, que es la imagen del alma, sino dominarla y reformarla con la mansedumbre cristiana, lo cual —decía— *no es contra la sencillez, porque se hace no para aparentar lo que uno no es, sino por un deseo sincero de que la virtud de la mansedumbre, que está en la parte superior del alma, fluya sobre la cara, sobre la lengua y sobre los actos externos para agradar a Dios y al prójimo por el amor de Dios».*

«En quinto lugar, finalmente, que, sobre todo en ese momento, había que tratar de retener la lengua; y, a pesar de todos los borbotones de la cólera y de todos los engaños del celo que uno cree tener, sólo decir palabras mansas y agradables para ganar a los hombres a Dios. A veces—decía— *sólo basta una palabra man sa para convertir a una*

persona de corazón duro; y, por el contrario, una palabra áspera es capaz de dejar desolada a un alma, y de causarle una amargura, que podría serle muy perjudicial. A propósito de esto, se le ha oído decir en diferentes ocasiones, que sólo había usado tres veces en su vida palabras duras para reprender y corregir a otros, pensando que tenía alguna razón para usarlas de aquel modo y que después siempre se arrepintió, porque aquello le había resultado muy mal; y que, por el contrario, siempre había obtenido con la mansedumbre lo que había deseado».

Sin embargo, distinguía mucho entre la verdadera virtud de la mansedumbre y la que lo es sólo en apariencia; porque la mansedumbre falsa es blanda, floja, indulgente; pero la mansedumbre verdadera no es opuesta a la entereza en el bien, a la cual siempre va junta por la conexión que existe entre las virtudes verdaderas.

«Y a este propósito decía que no había personas más constantes y más firmes que los que son mansos y apacibles. Por el contrario, los que se dejan llevar de la cólera y de las pasiones del apetito irascible son de ordinario muy inconstantes, porque no obran más que por arranques y por impulsos; son como los torrentes, que sólo tienen fuerza e impetuosidad en las riadas, pero se secan apenas ha pasado el temporal; mientras que los ríos que representan a las personas apacibles, fluyen sin ruido, con tranquilidad, sin secarse jamás. También era ésta una de sus grandes máximas, que aunque tuviera uno que mantenerse firme en cuanto al fin que uno se propone en las cosas buenas, con todo, era conveniente usar de la mansedumbre en los medios que se emplean. Alegaba a este fin lo que dice el Sabio acerca de la manera de actuar la Sabiduría de Dios, que tiende con fuerza a sus fines y, sin embargo, dispone los medios suavemente para llegar hasta aquéllos».

«Contaba a propósito de la mansedumbre el ejemplo del Bienaventurado Francisco de Sales, del que decía que había sido el hombre más manso y más afable que había conocido, y que la primera vez que lo vio, reconoció enseguida en su aspecto, en la serenidad de su rostro, en la manera de tratar y de hablar una imagen muy clara de la mansedumbre de Nuestro Señor Jesucristo, que le había ganado el corazón».

Ciertamente, también podemos decir, que el Sr. Vicente supo aprovechar bien el ejemplo de aquel Bienaventurado Prelado, porque, a su imitación, se notaba en él una acogida abierta, una mansedumbre y una afabilidad maravillosa, y unas palabras amables con toda clase de personas. Hablando un día sobre este tema a los suyos: *«Tenemos* —les dijo— *tanta mayor necesidad de la afabilidad cuanto que estamos más obligados por nuestra vocación a tratar frecuentemente entre nosotros y con el prójimo, además, ese trato aún es más difícil, porque somos de diversos países y de carácter y temperamento muy distintos, mientras que en otra parte el trato con los demás nos resulta muchas veces duro de soportar. La virtud de la afabilidad es la que quita esas dificultades y la que, por ser el alma de una buena conversación, la hace no solamente útil, sino también agradable. La afabilidad hace que nos portemos en la conversación con benevolencia mutua, y como la caridad nos mantiene unidos como miembros de un mismo cuerpo, así la afabilidad es la*

que perfecciona esta unión».

Pero recomendaba de un modo especial a los suyos que practicaran esta virtud con los pobres campesinos: *«Porque, de otra forma,* —decía— *se cansan y se sienten rechazados, pensando que somos demasiado severos, o demasiado grandes Señores para ello. Pero, cuando se les trata afable y cordialmente, piensan de otra forma de nosotros, y están mejor dispuestos para aprovecharse del bien que queremos hacerles. Pues bien, Dios nos ha destinado para servirlos, y lo debemos hacer de la manera que les resulte más provechosa y, por consiguiente, tratarlos con gran afabilidad, y atender a los avisos del Sabio, como dirigidos a cada uno de nosotros en particular: Congregationi pauperum affabilem te facito. Muéstrese afable ante el grupo de los pobres».*

Pues bien, aunque el Sr. Vicente fuera muy afable en sus palabras, pero no era zalamero, sino todo lo contrario: censuraba enérgicamente a quienes se servían de palabras afables para insinuarse con un espíritu adulador en el afecto a los demás.

«Seamos afables —decía a los suyos— *pero nunca lisonjeros, porque nada hay tan vil, ni tan indigno de un corazón cristiano como la lisonja. Un hombre verdaderamente virtuoso nada aborrece tanto como ese vicio».*

Tenía también otra máxima sobre esa virtud: la de no disputar nunca con nadie, ni siquiera con los viciosos, cuando no estaba obligado a corregirlos, antes al contrario, quería que se sirviera siempre de palabras suaves y afables, según lo requerían la prudencia y la caridad. Por ese mismo principio, prohibía a los suyos meterse en disputas o altercados, cuando se trataba de disputar con los herejes, porque se les gana mejor con una mansa y amistosa advertencia. Después de convertir a tres en un viaje que hacía a Beauvais, más adelante declaró que la mansedumbre usada con ellos había contribuido más a su conversión, que todo el resto de su conversación.

«Cuando se discute contra alguien —decía— *si uno se enfrenta con él dejándose llevar de un lenguaje altanero parece como si quisiera dominarle; por eso se prepara para resistir, en vez de disponerse a recibir la Verdad; de modo que, en semejante discusión, en vez de conseguir que se abra su espíritu, se cierra ordinariamente la puerta de su corazón. Por el contrario, la mansedumbre y la afabilidad se la abren. Tenemos un hermoso ejemplo de esto en la persona del Bienaventurado Francisco de Sales que, aunque era muy hábil en las controversias, sin embargo, convertía a los herejes más con su mansedumbre que con su doctrina. A propósito de eso, el Cardenal Perron decía que él valía mucho para convencer a los herejes, pero que sólo era capaz de convertirlos el Obispo de Ginebra. Acuérdense bien, señores,* —añadía el Sr. Vicente— *de las palabras de San Pablo a aquel gran misionero, San Timoteo: Servum Domini non oportet litigare: un siervo de Jesucristo no tiene por qué recurrir a litigios o disputas. Puedo decirles que nunca he visto, ni he sabido que se haya convertido ningún hereje por la fuerza de la disputa, ni por la sutileza de los argumentos, sino por la mansedumbre. Pues es cierto que esta virtud posee mucha fuerza para ganar a los hombres para Dios».*

Pero la mansedumbre del Sr. Vicente se distinguía, sobre todo, en las correcciones y reprensiones que estaba obligado a hacer. En ellas obraba con tal moderación y mansedumbre y dulzura de espíritu, y hablaba de forma tan suave y, a pesar de todo, tan eficaz, que los corazones más duros quedaban ablandados y no podían resistir la fuerza de su dulzura. Presentaremos aquí solamente un ejemplo que hará ver cómo eran no sólo la dulzura, sino también la prudencia de este sabio y caritativo Superior, cuando tenía que reprender y corregir a algunos de los suyos. Le dijeron un día que un Sacerdote de su Congregación no trabajaba bastante en las misiones, aunque podía hacerlo muy bien; y que, cuando trabajaba en ellas, trataba al pueblo con un poco de aspereza en sus predicaciones. Sobre eso le escribió una carta para exhortarle a mostrarse más asiduo en las misiones y más manso con la pobre gente del campo. Y esto lo hizo de una manera tan suave como prudente y enérgica; y le hizo esta advertencia sin que le manifestara menosprecio alguno hacia su persona, ni hacerle saber que se le había informado de aquel defecto.

«Le escribo —le dice— para pedirle noticias de ustedes y darles alguna de las nuestras. ¿Cómo siguen ustedes después de tantos trabajos? ¿Cuántas misiones han dado? ¿Encuentra usted al pueblo dispuesto a sacar provecho de los actos, y a obtener todo el fruto que sería de desear? Me alegrará mucho saber todas las cosas al detalle»

«Tengo buenas noticias de las demás casas de la Compañía; en todas se trabaja con fruto y satisfacción, gracias a Dios. Algunos, como el Sr. N, lleva ya en el campo hasta nueve meses seguidos, trabajando en las misiones casi sin parar; es algo maravilloso ver las fuerzas que Dios le da y el bien que hace, que es extraordinario, según me informan de todas partes. Me han hablado de él los Sres. Vicarios Generales; otros me lo han dicho o escrito, incluso los religiosos, que están cerca de los sitios donde trabaja. Se atribuye todo este éxito al cuidado que él pone en ganarse a los pobres con su mansedumbre y su bondad. Esto me ha movido a recomendarle más que nunca a toda la Compañía, que se entregue cada vez más a la práctica de estas virtudes. Si Dios derramó alguna bendición sobre nuestras primeras misiones, se notó que era por haber tratado con amabilidad, con humildad y con sinceridad con toda clase de personas. Si Dios ha querido servirse del más desgraciado para la conversión de algunos herejes, ellos mismos confesaron que fue por la paciencia y por la cordialidad que les había mostrado. Los mismos condenados a galeras, con los que estuve algún tiempo, se ganan por ese medio; cuando, en alguna ocasión, les hablé secamente, todo se perdió; por el contrario, cuando alabé su resignación, cuando me compadecí de sus sufrimientos, cuando les dije que eran felices de poder tener su purgatorio en este mundo, cuando besé sus cadenas, cuando compartí sus dolores y mostré mi aflicción por sus desgracias, entonces fue cuando me escucharon, dieron gloria a Dios y se pusieron en estado de salvación. Le ruego, señor, que me ayude a dar gracias a Dios y a pedirle que quiera poner a todos los Misioneros en esa práctica de tratar con mansedumbre, con humildad y caridad al prójimo, en público y particular, y hasta a los pecadores más endurecidos, sin usar nunca de invectivas, de reproches o de palabras duras contra nadie. No dudo, señor, de que usted procurará por su parte evitar esa forma tan lamentable de servir a las almas que, en vez de atraerlas, las endurece y las aparta.

Nuestro Señor Jesucristo es la suavidad eterna de los hombres y de los ángeles, y esa misma virtud es la que debe movernos hacia El, conduciendo también a los demás».

SECCION I pág. 671: Continuación del mismo asunto

Esta gran mansedumbre que el Sr. Vicente usaba al corregir y reprender, provenía de que estaba enormemente persuadido de una máxima aprendida de San Gregorio, a saber, que las faltas del prójimo nos debían más bien excitar a compasión que a cólera, y que la verdadera justicia le movía a uno más a compasión que a indignación contra los pecadores. Sobre esto decía el Sr. Vicente a menudo: *«Que no hay que extrañarse de que los demás comenten algunas faltas, pues, lo mismo que es propio de los cardos y de las zarzas tener espinas, así, en el estado de la naturaleza caída, lo propio del hombre es faltar, pues ha sido concebido y ha nacido en pecado. Aún el justo, como dice Salomón, cae siete veces, esto es, muchas veces al día».*

Añadía: *«Que el espíritu del hombre también tiene sus achaques y sus enfermedades, como el cuerpo, y en vez de turbarse y descorazonarse lo que tiene que hacer es reconocer su condición digna de lástima, y humillarse, diciéndole a Dios, como David después de su pecado: Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justifica tiones tuas, me está bien que me hayas humillado, para que así aprenda tu justicia. Hemos de soportarnos a nosotros mismos en nuestras debilidades e imperfecciones, aunque trabajando por levantarnos de ellas».*

Este conocimiento que él tenía de la miseria común de los hombres le hacía comportarse con compasión y mansedumbre con los pecadores e, incluso, cubrir sus defectos con una prudencia y una caridad maravillosa. También decía: *«Si está prohibido juzgar mal a los demás, mucho menos se permite hablar mal de ellos, ya que es propio de la caridad, como dice el Santo Apóstol, cubrir la muchedumbre de los pecados; y sobre este tema citaba este dicho del Sabio: Audis ti verbum adversus proximum tuum? Commoriatur in te, ¿Has oído alguna conversación contra tu prójimo? Ahógala y hazla morir dentro de ti».*

Alababa también esta virtud en la persona de la Señora Generala de las Galeras, la cual por su ternura y pureza de conciencia no hablaba nunca, ni podía sufrir que en su presencia se murmurara de los defectos del prójimo.

Algunos que habían salido de la Compañía de la Misión por tentación o por otra causa eran un motivo para que otros se sorprendieran de ello e, incluso, murmuraran sin conocer la causa, porque el Sr. Vicente seguía esta norma: no quejarse nunca de los que se salían y no decir las causas de su marcha. Al contrario, cuando se presentaba la ocasión y podía hacerlo con verdad, hablaba a favor de ellos y, en ocasiones, les prestaba toda clase favores, aunque conociera bien la mala disposición de algunos hacia él. Y varios de

los que han perseverado en la Compañía, tanto de los primeros que iniciaron el Instituto, como otros que han llegado más tarde, han confesado que, después de Dios, debían su perseverancia a la mansedumbre y al aguante caritativo del Sr. Vicente con ellos.

Pues bien, aunque corrigiera los defectos del prójimo sin adularlos, sin embargo siempre era excusándolos o quitándoles importancia en cuanto podía. Procedía con tal manifestación de estima y de afecto con los que habían faltado, que lejos de que su corrección les causara algún desánimo, por el contrario, les daba más ánimos, les aumentaba su confianza en Dios y les producía de ordinario una gran edificación, viendo que, por su caridad maravillosa, se humillaba él el primero.

Intercalaremos aquí, como muy adecuados para este tema, párrafos de algunas cartas, que harán conocer mejor cómo eran los sentimientos relacionados con la mansedumbre que había que mezclar en la corrección, y el gran cuidado que se tomaba para crear una tolerancia mutua entre los de su Compañía: *«Alabo a Dios* —decía al Superior de una de sus casas— *porque ha ido usted mismo a llevar a cabo las cosas que el Sr. N. se ha negado a realizar. Ha hecho usted muy bien en portarse así, mejor que andar urgiéndole: porque hay personas buenas y virtuosas, que temen a Dios y que no quisieran ofenderle, las cuales, a pesar de todo, caen en ciertas debilidades; y cuando se dan tales personas, hay que aguantarlas y no mantenerse con firmeza ante ellas. Ya que Dios da su bendición a este servidor suyo en el Tribunal, pienso que usted hará bien dejándole obrar según su espíritu, y ceder algo en esa ocasión a sus pequeñas veleidades, porque, gracias a Dios, no son malas. En cuanto al otro Sacerdote del cual usted me habla, la palabra que se le ha escapado a usted quizá sea una trampa de la naturaleza, más que una desazón del espíritu. Los más sabios dicen, a veces, unas cosas, cuando están preocupados por alguna pasión, y luego, no mucho más tarde, se arrepienten de ellas. Hay otros que manifiestan a veces sus aversiones y sus sentimientos respecto de personas como de trabajos, y que, sin embargo, no dejan de obrar bien. Y por eso, señor, sean como sean las personas con las que estamos, siempre tendremos que sufrir, pero también que merecer. Espero que aquél, de quien acabo de hablar, podrá ser ganado, con tal de que se le soporte con caridad; que se le aconseje con mansedumbre y prudencia y que se pida a Dios por él, como así hago por la familia de usted», etc*

Escribiendo sobre una cuestión parecida a otro Superior: *«El Sacerdote* —le dice— *de quien usted me habla es un hombre de bien, va camino de la virtud y tenía buena fama en el mundo antes de que fuera recibido en la Compañía. Y si ahora, que está con nosotros, mantiene el espíritu inquieto, si él se complica con alguna preocupación temporal y por amor de sus parientes, y, finalmente, si causa alguna molestia a los que están con él, hay que aguantarle con dulzura. Si no tuviera esos defectos, tendría otros, y si usted no tuviera nada que sufrir, su caridad tampoco tendría mucho que practicar, ni su comportamiento de V. se parecería mucho al de Nuestro Señor, quien quiso tener unos Discípulos rudos y con muchos defectos para tener ocasión, practicando la mansedumbre y la tolerancia, de enseñarnos con su ejemplo como deben portarse los que tienen algún cargo. Le ruego, señor, que se acomode a este santo modelo, que le enseñará no solamente a aguantar a*

sus Cohermanos, sino también la forma de ayudarles a ir desprendiéndose de sus imperfecciones de ellos. No hay que descuidar el mal por una tolerancia demasiado laxa, sino que también hay que tratar de remediarlo con dulzura».

Escribió también sobre el mismo asunto a un tercero, que trabajaba con otro Sacerdote de la Compañía en una diócesis lejana. He aquí en qué términos: *«Espero de la bondad de Nuestro Señor que dará su bendición a sus trabajos, si la cordialidad y la tolerancia se dan entre ambos. Y le ruego, en nombre de Dios, señor, que sea ése su gran ejercicio; y como usted es el más antiguo y el Superior, soporte todo con mansedumbre al que está con usted; digo todo, de forma que, deponiéndose a sí mismo de la superioridad, se adapte a él en espíritu de caridad. Ese es el medio con el que Nuestro Señor se ganó e hizo mejores a sus Apóstoles, y también es ése el único medio con el que conseguirá algo de ese buen Sacerdote. Según eso, ceda un poco de espacio ante su humor, no le contradiga nunca en el mismo momento en que usted crea que tiene motivo, sino hágaselo notar algo más tarde humilde y cordialmente, y, sobre todo, pórtese de tal modo, que no aparezca entre usted y él división alguna; porque ustedes están ahí, como en un escenario, expuestos a la vista de toda clase de personas, en cuyo espíritu un solo acto de acritud que vieran en ustedes, sería capaz de estropearlo todo. Espero que usará usted de estos consejos que acabo de darle, y que Dios se servirá de un millón de actos de virtudes que usted pondrá en práctica como base y cimiento del bien de El quiere hacer por medio de usted».*

Finalmente, nada recomendaba tanto por sus cartas y de viva voz a los Superiores y a los particulares de sus casas como la mansedumbre y la tolerancia mutua, que son una fuente de paz y un lazo de perfección que une los corazones. Cuando los Superiores de algunas casas de su Compañía pedían se les liberara de algún enfermo que no podía trabajar, les recordaba que, como había caído enfermo en su casa, era justo que siguiera viviendo en ella, para que la Comunidad tuviera ocasión de practicar con él la tolerancia y la caridad. Si pedían el cambio de alguno por sus defectos, les decía que había que aguantarlo; que no hay nadie que no tenga defectos, y que el que fuera enviado en su lugar quizás los tuviese mayores.

Cuando los Oficiales, u otros de los suyos, faltaban a lo mandado por él, como sucedió en alguna ocasión, haciendo las cosas de distinta forma de la que les había mandado, incluso varias veces, no les decía más que: Señor, o Hermano mío, qui zás si usted hubiera actuado de la forma como le rogué, Dios lo habría bendecido. Otras veces no decía nada, deseando que su silencio y su paciencia sirviera de corrección, si es que no se trataba de alguna cosa importante a la que había que proveer; o en caso de desobediencia formal, si es que notaba alguna.

Pero, sobre todo, se portaba con tanta dulzura y con una tolerancia maravillosa con los enfermos, ya del cuerpo, ya del alma. Nunca se quejaba, ni daba muestras de que estuviera muy atareado; pero, poniéndose en el lugar de ellos por una condescendencia caritativa, les prestaba las mismas atenciones que hubiera querido recibir, si él sufriera las

mismas dolencias. Solamente señalaremos, que entre los que admitían a la prueba en su Congregación, siempre se encontró con algunos inconvenientes por los cuales, según las apariencias no podían ser admitidos en el Cuerpo de la Compañía. Pero, a pesar de todo, el Sr. Vicente procuraba recuperarlos, haciéndoles tomar remedios, dándoles reposos y usando otros medios que él consideraba propios para tal efecto. Y aunque algunos le hicieran notar que había que despedirlos, él, por el contrario, decía que era preciso esperar y aguantarlos. Y, efectivamente, después de esperar mucho tiempo en varias ocasiones, algunos se curaron, y después han prestado buenos servicios a Dios en la Compañía.

Si usaba una dulzura tan caritativa con los que sólo estaban de prueba para incorporarse a su Congregación, usaba aún de mucha mayor con los que estaban ya recibidos; porque lejos de mandar afuera a nadie por cualquier enfermedad, tampoco quería permitir que alguno se marchara por propia iniciativa con semejante pretexto. Consideraba a los enfermos como individuos que atraían las bendiciones del cielo sobre la Congregación. He aquí lo que le escribió un día a un Sacerdote de su Congregación, quien, por su falta de salud, pensaba marcharse: *«No tema* —le dijo— *de ninguna manera, que es una carga para la Compañía a causa de sus dolencias, y esté persuadido que no lo será nunca por esa razón; porque, por la gracia de Dios, no se halla cargada de enfermos; al contrario, es una bendición para ella tenerlos».*

He ahí los sentimientos y la práctica del Sr. Vicente sobre este punto; es así cómo su Compañía actúa con ese mismo espíritu, no despidiendo a ninguno de sus miembros por una enfermedad.

Trataba también con una dulzura muy especial a los Hermanos de su Congregación, aunque fueran rudos o poco útiles, no queriendo despedirlos por su rusticidad o poca utilidad para la casa. Les hacía también hablar en las Conferencias y Coloquios espirituales de la Comunidad para abrirles la mente; y aunque sus charlas fueran a veces demasiado largas, cansinas y fuera del tema propuesto, a pesar de eso, les dejaba decir todo lo que quisieran, sin interrumpirles y sin manifestarles nunca que no estaba de acuerdo con lo que habían dicho, a no ser que hubieran propuesto alguna cosa falsa o errónea y necesitara ser corregida; porque entonces les corregía paternalmente y con gran dulzura para no contristarlos o descorazonarlos, interpretando de buena manera lo que habían dicho, o excusándolos hábilmente, e indicándoles, a pesar de todo, dónde se habían equivocado.

La dulzura de su caridad iba todavía más adelante, y soportaba no sólo los defectos naturales del cuerpo o del espíritu, mas también los que cometían contra las costumbres. Porque, de vez en cuando, se han encontrado en la Congregación, igual que en otras Comunidades, individuos, que, por estar relajados en el camino de la virtud, hacían en ella más mal que bien con sus murmuraciones, maledicencias y otras faltas, conocidas por los miembros de la Compañía. Alguno se extrañaba de que el Sr. Vicente no los mandara fuera, e, incluso, le urgían a que lo hiciera. Mas este caritativo y bondadoso Superior los

soportaba con una dulzura, una caridad y una paciencia increíble, para darles posibilidad de que se conocieran; pero empleaba todos los medios que estimaba apropiados para remediar los desarreglos.

El Superior de una de las casas de su Compañía se hallaba contento por haber sido liberado de algunas personas flojas y de carácter difícil, y le escribió al Sr. Vicente que convendría purificar la Compañía de semejantes individuos. Vean la respuesta que le dio, muy interesante por cierto, para el asunto que estamos tratando: *«Soy de su parecer* —le dijo— *en cuanto al individuo del que me ha escrito. Creo que no está como para salir del estado en que está, al contrario, temo que nos va a causar muchas molestias en esta casa, adonde le hemos hecho venir; y no solamente lo temo, sino que ya lo he empezado a experimentar. Y le confieso que él y otros dos nos han causado muchos problemas: uno está fuera, después de haberlo soportado tanto cuanto nos ha sido posible; y sería conveniente que los otros marcharan muy lejos; eso sería hacer justicia a la Compañía: cercenar esos miembros gangrenados, y la misma prudencia parece que lo exige. Pero, porque es necesario dar lugar a todas las virtudes, ahora estamos practicando la tolerancia, la dulzura, la longanimidad y la caridad, deseando la enmienda de ellos. Aplicamos remedios al mal, empleando amenazas, oraciones, avisos y todo eso sin esperanza de otro bien, que el que Dios quiera obrar en ellos con Su gracia.Nuestro Señor no rechazó a San Pedro por haberle negado tres veces, ni tampoco a Judas, eso que El había previsto que moriría en su pecado. Así, yo pienso que su Divina Bondad considerará muy de su gusto que la Compañía extienda su caridad sobre los díscolos, para no omitir ni ahorrar nada que pueda ganarlos para Dios. Esto no significa que, al final, no nos veamos obligados a cercenarlos, si es que no cambian».*

Algunas almas timoratas y llenas de escrúpulos, que hacían su propia vida muy penosa y, en cierto modo, insoportable, también le han hecho poner en práctica su caridad al Sr. Vicente, y le han proporcionado a menudo dónde usar la dulzura y el aguante. Y, entre los suyos, también ha habido quienes, durante muchos años, a causa de los escrúpulos fundados en motivos fútiles, estuvieron continuamente molestándolo con sus continuas importunidades; a pesar de todo, nunca se quejaba de ellas, ni tampoco las rechazaba, sino que los aguantaba, y hasta procuraba acogerlos amablemente para no darles motivos de desánimo o de tristeza, y aunque estuviera en compañía de quien fuera, se levantaba en cuanto los veía venir, y les iba a hablar en algún rincón del sitio en el que se hallaba; y aunque volvían de nuevo donde él varias veces para la misma cuestión: hubo algunos que fueron a interrumpirle tres y cuatro veces en una hora. Los recibía siempre con la misma serenidad, les escuchaba con igual paciencia y les respondía con las misma dulzura. He aquí el testimonio que una de esas personas enfermas ha dado sobre esta materia: *«El Sr. Vicente* —dice— *siempre tuvo conmigo una grandísima paciencia, y me trató con mucha dulzura en las angustias de mi alma. Iba yo a interrumpirle continuamente, incluso cuando se disponía a celebrar la misa, o a recitar el Oficio; y cuando había recibido ya la respuesta, me marchaba, y luego volvía casi de inmediato para hablarle, y así sucesivamente varias veces seguidas. Y esto duró mucho tiempo, sin que por eso yo haya notado que me dijera ninguna palabra áspera; al contrario, me*

respondía siempre con gran mansedumbre, sin rechazarme, cosa que podía haber hecho muy justamente, vista la persistencia de mis importunidades, incluso después de haberme dicho lo que tenía que hacer, pues me veía con nuevas dudas; y hasta se tomó la molestia de escribir de su propia mano lo que me había dicho, para que lo retuviera mejor, y también con ese mismo fin, me pedía que se lo leyera en alta voz en su presencia; y, en fin, a cualquier hora que yo fuese a verlo, aunque fuera con frecuencia y bien entrada la noche, o también en otras ocasiones, cuando estaba ocupado con otros asuntos, me recibía siempre con una bondad siempre igual, me escuchaba y me respondía con una dulzura y una caridad, que no puedo explicar».

Otro también ha declarado que había ejercitado muchas veces la paciencia y la caridad del Sr. Vicente, obligándole a repetir varias veces lo que había dicho; sin embargo, el caritativo Superior hacía eso con mucho gusto, sin mostrar contrariedad alguna, repitiendo varias veces, y tantas como él deseaba, la misma cosa que le había dicho, y explicándosela con mayor claridad y aún más gusto la última vez que la primera. Una vez, entre otras, que había estado ocupado en algún negocio con unas personas importantes, llamó a un Hermano para decirle alguna cosa, mas el Hermano, como no le entendió bien, se la hizo repetir más de cuatro veces sin que el Sr. Vicente le mostrara la menor señal de impaciencia, repitiéndosela por quinta vez con la misma dulzura y tranquilidad de espíritu que la primera, manifestando en su cara sonriente que sentía más bien placer que molestia.

SECCION II pág. 675: Palabras notables del Sr. Vicente referentes a la mansedumbre que se debe practicar con el prójimo

Están sacadas de una Conferencia, que este Santo Varón pronunció un día a los suyos sobre el tema de esa virtud.

«La mansedumbre y la humildad —les dijo— *son dos hermanas gemelas, que se llevan muy bien entre sí. Tenemos por Regla estudiarlas cuidadosamente en Jesucristo, que nos dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de cora675 zón. Se trata de una lección del Hijo de Dios. Aprended de mí. ¡Oh Salvador! ¡Qué palabra! Pero, ¡qué honor ser alumnos tuyos, y aprender esta lección tan corta y excelente, que nos hace ser como Tú eres! ¿No vas a tener Tú sobre nosotros la misma autoridad, que antaño tuvieron los filósofos sobre sus seguidores, que se apegaban tanto a sus sentencias, que bastaba con decir: El maestro lo ha dicho, para que las aceptasen y no se apartasen de ellas?».*

«Si los filósofos, con sus razonamientos, producían ese efecto de adquirir tanto crédito entre sus discípulos, que sus palabras eran órdenes en lo tocante a las cosas humanas, Hermanos míos, ¡cuánto más Nuestro Señor, la Sabiduría eterna merecerá ser creído y seguido en las cosas divinas! ¿Qué le responderíamos en este momento, si nos pidiera cuentas de todas las lecciones que nos ha dado? ¿Qué le diremos a la hora de la

muerte, cuando nos reproche el haberlas aprendido tan mal? Aprended de mí, dice, a ser mansos.Si sólo fuera un San Pablo o un San Pedro el que, por sí mismo, nos exhortara a aprender de él la mansedumbre, quizá podríamos excusarnos; pero es un Dios hecho hombre, que ha venido a la tierra para mostrarnos cómo debemos ser para hacernos agradables a su Padre; es el Maestro de los maestros quien nos enseña a ser mansos. ¡Danos, Señor mío, una parte en tu gran mansedumbre!: Te lo suplicamos en nombre de esa misma mansedumbre, que no puede negar nada».

«La mansedumbre tiene varios actos que se reducen a tres principales; y el primero de estos actos tiene dos oficios. El primero consiste en reprimir los movimientos de la cólera, las chispas de ese fuego que sube a la cara, que perturba el alma y que hace que uno no sea ya lo que era, y que un rostro sereno cambie de color y se ponga negruzco o inflamado por completo. ¿Qué hace la mansedumbre? Detiene ese cambio, impide al que la posee dejarse arrastrar a esos malos efectos. El que la posee no deja por eso de sentir el movimiento de la pasión, pero se mantiene firme, para que no lo arrastre. Se le podrá empañar la cara, pero desaparecerá bien pronto. Por lo demás, no hay por qué extrañarse de sus ataques, los movimientos de la naturaleza se adelantan a los del espíritu, pero éstos dominan a aquéllos. No hay que adelantarse a los ataques, sino pedir gracias para vencerlos, estando seguros de que, a pesar de que sintamos algún asalto en nosotros contrario a la mansedumbre, ella tiene la propiedad de reprimirlos. Ese es el primer oficio del primer acto, que es hermoso en grado sumo, y tan hermoso que impide que aparezca la fealdad del vicio: es una especie de resorte en las mentes y en las almas, que no solamente templa el ardor de la cólera, sino que ahoga sus menores sentimientos».

«El otro oficio del primer acto de la mansedumbre consiste en que, siendo a veces conveniente manifestar un poco de cólera, reprender, castigar, sin embargo, hace que las almas que poseen esta virtud de la mansedumbre, no hagan esas cosas por un arrebato natural, sino porque piensan que es necesario hacerlas como el Hijo de Dios, que llamó a San Pedro Satanás; que decía a los Judíos: ¡Fuera, hipócri tas!, no una vez, sino muchas. Esta palabra se repite diez o doce veces sólo en un capítulo. Y en otras ocasiones expulsó a los vendedores del Templo, derribando las mesas, y dio muestras de un hombre encolerizado. ¿Eran arrebatos de cólera? No, El poseía la mansedumbre en grado sumo. En nosotros esta virtud hace que uno sea dueño de su pasión; pero en Nuestro Señor, que sólo tenía propasiones, ella le hacía solamente adelantar o retrasar los actos de cólera, según le conviniera. Si, pues, se mostraba severo en ciertos momentos, El que era manso y benigno, era para corregir a las personas a las que hablaba, para expulsar el pecado, y para quitar el escándalo: era para edificar a las almas y para nuestra instrucción».

«¡Cuántos frutos produciría un Superior que obrase de ese modo! Sus correcciones serían bien recibidas, porque estarían hechas siguiendo la razón y no por humor; cuando reprendiese con energía, nunca lo sería por arrebato, sino siempre por el bien de la persona amonestada. Como Nuestro Señor debe ser nuestro modelo en cualquier condición que sea la nuestra, los que están al frente deben mirar cómo gobernó El, y regirse por El. Pues bien, El gobernaba por amor; y si alguna vez prometía la recompensa,

otras proponía el castigo. Hay que obrar del mismo modo, pero siempre por el principio del amor; entonces se está en el estado en el que el Profeta quería que Dios estuviera, cuando Le decía: Domine, ne in furore tuo arguas me. Aquel pobre rey creía que Dios estaba enfadado con él, y por eso le suplica que no lo castigue en su furor. Todos los hombres están en la misma situación: nadie quiere ser corregido con ira. No sentir las primeras emociones, como ya lo he dicho, es un favor concedido a pocas personas; pero el hombre manso enseguida logra dominarse, « domina la cólera y la venganza, de manera que nada procede de él que no sea aplicado con amor».

«Por lo tanto, éste es el primer acto de la mansedumbre, que consiste en reprimir los movimientos contrarios, apenas se dejan sentir, bien sea deteniendo por completo la cólera, bien utilizándola debidamente en los casos necesarios, que nunca vaya separada de la mansedumbre. Por eso, señores, ahora que estamos hablando de ella, formemos el propósito de que, siempre que se nos presente alguna ocasión de enojarnos, detengamos cuanto antes este apetito para recogernos y elevarnos a Dios, diciéndole: Señor, que me ves asaltado por esta tenta ción, líbrame del mal que me sugiere».

«El segundo acto de la mansedumbre es tener una gran afabilidad, cordialidad y serenidad del rostro con las personas que se nos acerquen, de forma que les sirva de consuelo. De ahí procede que algunos con una cara sonriente y agradable contenten a todo el mundo; Dios los ha prevenido con esa gracia; por ella parece que les ofrecen su corazón, y les piden el de ustedes. Al contrario que otros que se presentan con una faz hosca, triste y desagradable, lo cual es contra la mansedumbre. Según eso, un verdadero Misionero hará bien con presentarse afablemente, y hacerse con una acogida tan cordial y amigable, que, con las señales de su bondad, dé consuelo y confianza a todos los que se acercan. Ustedes ven que esa dulce insinuación gana los corazones y atrae, según aquella palabra de Nuestro Señor: Que los mansos poseerán la tierra; y, por el contrario, han dicho de ciertas personas de condición, que, cuando están demasiado graves y frías, todo el mundo las teme y huye de ellas».

«Y como nosotros debemos trabajar con los pobres campesinos, con los Señores Ordenandos, con los Ejercitantes y con toda clase de personas, no es posible que podamos producir buenos frutos, si somos tierras áridas que sólo producen cardos. Hace falta una presencia agradable y atractiva para no repeler a nadie».

«Hace tres o cuatro días me consoló mucho una persona que salía de esta casa; había notado —decía— *en ella una acogida dulce, una apertura de corazón y cierta sencillez encantadora (esas son sus palabras), que le habían dejado muy impresionado».*

«Isaías dijo de Nuestro Señor Butyrum et mel comedet, ut sciat reprobare malum et eligere bonum, Comerá cuajada y miel, hasta que sepa rehusar lo malo, y elegir lo bueno. Ese discernimiento de las cosas sólo se da, así lo creo, a las almas que poseen mansedumbre; porque como la cólera es una pasión que turba la razón, es preciso que sea la virtud contraria la que dé el discernimiento y la luz a la misma razón».

«El tercer acto de la mansedumbre es cuando se ha recibido de alguien algún disgusto, no detener en eso su espíritu, ni manifestar ningún enfado, o bien, decir, excusándole: Lo ha hecho sin pensarlo; ha sido por precipitación; ha sido cues tión de impulso; y, por fin, desviar su pensamiento de la pretendida ofensa. Cuando una persona dice cosas molestas a esos espíritus mansos para enfadarlos, ellos no abren la boca para responder, y dan muestras de que no las oyen».

Dicen de un Canciller de Francia que un día, al salir del Consejo, un hombre que había perdido el pleito le dijo que era un juez malvado por haberle quitado sus bienes y arruinado a su familia con la sentencia que habían dado; y lo citaba al juicio de Dios, y le amenazaba con Su castigo. Y que en semejante ocasión aquel señor se marchó sin decir ni una palabra, y sin mirar ni a un lado ni a otro. Si se debió a la mansedumbre cristiana o a algún principio el que soportase semejante indignidad, yo me lo reservo; pero, sea como sea, debemos quedar muy confundidos, cuando nos irritemos alguna vez por puras fruslerías, considerando que el primer Magistrado de la Justicia del Reino, sufre el reproche vergonzoso que le lanza públicamente un pleitista, sin mostrarle, por su parte, resentimiento alguno, cosa ciertamente admirable, dado el cargo que él tenía, pues no le faltaban razones humanas, así como medios fáciles para castigar semejante temeridad.

«Pero Tu ejemplo, ¡Salvador mío! ¿no tendrá en nosotros un poder mayor? ¿Te veremos practicar una mansedumbre tan incomparable con los más criminales sin hacernos nosotros mansos? ¿No nos sentiremos impresionados por los ejemplos y las enseñanzas que encontramos en Tu escuela?».

«La mansedumbre no nos hace solamente excusar las afrentas y los tratos injustos recibidos; también quiere que se trate mansamente a los causantes con palabras amigables; y, si vienen a injuriarnos, hasta a darnos un bofetón, que se les sufra por Dios, y es precisamente esta virtud la que produce ese efecto. Sí, un servidor de Dios que la posea bien, cuando alguien pone la mano sobre él, ofrece a Dios ese trato brutal y se queda en paz».

"Si el Hijo de Dios era tan bondadoso en el trato, cuánto más brilló su mansedumbre en su pasión, hasta el punto de no proferir ninguna palabra hiriente contra los deicidas que le cubrían de injurias y de esputos y que se reían de sus dolores. Amigo le dice a Judas cuando le entregaba a sus enemigos: va al encuentro del traídor con esa palabra tan cariñosa: Amigo. Usó del mismo trato en todo el tiempo: ¿A quién buscáis? —le dice—; aquí me tenéis. Meditemos todo esto, señores, y encontraremos actos prodigiosos de mansedumbre que superan el entendimiento humano. ¡Oh Jesús! ¡Dios mío! ¡Qué ejemplo para nosotros, que hemos emprendido Tu imitación! ¡Qué lección para los que no quieren sufrir nada, o si sufren, se inquietan y se amargan!».

«Después de esto, ¿no debemos aficionarnos a esa virtud de la mansedumbre, por medio de la cual no solamente nos hará Dios la gracia de reprimir los movimientos de la cólera, de portarnos amablemente con el prójimo y de devolver bien por mal, sino también

de sufrir apaciblemente las tribulaciones, las heridas, los tormentos y la misma muerte, que nos podrían causar los hombres? Salvador mío: concédenos la gracia de aprovecharnos de las penas que Tú padeciste con tanto amor y tanta mansedumbre. Muchos las han aprovechado por tu bondad, y quizá sea aquí yo el único que aún no ha empezado a ser a la vez manso y paciente».

CAPITULO XIII pág. 679

Humildad

Es una verdad pronunciada por la boca del Hijo de Dios, que el que se ensalza será humillado y, por el contrario, el que se humilla será ensalzado. La forma de actuar de la Divina Providencia nos hace ver todos los días ejemplos de eso, y nos obliga, por consiguiente, a recordar lo que dijo un gran Doctor de la Iglesia, que «Nihil est quod nos ita aut hominibus acceptos, aut Deo gratos faciat, quam si vitae merito magni humilitate infimi simus». Hieron ad Celantno hay nada que nos haga más agradables a los ojos de Dios, ni tan recomendables a los hombres, que cuando, siendo verdaderamente grandes por el mérito de una vida santa y virtuosa, nos hacemos pequeños por los sentimientos de sincera humildad.

Eso se realizó en la persona del Sr. Vicente, que fue exaltado por las grandes cosas que Dios hizo en él y por él; tanto como se humilló, y cuanto más se rebajó, Dios se complació aún más en elevarlo y en derramar con mayor abundancia sus bendiciones sobre él y sobre todas sus santas iniciativas.

Ciertamente se puede decir de este Santo Varón, después de la muerte, lo que muchos de los que estuvieron más cerca de él y mejor lo observaron, dijeron durante su vida: que nunca fue bien conocido por la gente tal como era en realidad, por mucho que lo hayan estimado. Porque, aunque siempre pasó como hombre humilde, a pesar de eso la opinión común jamás se fijó en su humildad como la cualidad principal, que había atraído sobre sí todas las gracias y bendiciones de las que estuvo lleno, y como el cimiento y la raíz de todas las grandes obras que hizo. Los que lo han juzgado en este punto más favorablemente, han pensado que era su celo el que le impulsaba a emprenderlas, y que su prudencia era la que le hacía llevarlas felizmente a cabo; pero, por más que esas dos virtudes fueran excelentes en él y hayan contribuido mucho más a los grandes bienes llevados a cabo por él, sin embargo, es preciso confesar que es su profunda humildad la que ha atraído sobre él esa plenitud de luces y de gracia en virtud de las cuales todo ha prosperado entre sus manos y bajo su dirección. Mas para hablar aún con más precisión, podemos decir que su celo lo llevaba a humillarse sin cesar, y que su prudencia consistía en seguir sencillamente las máximas y los ejemplos del Hijo de Dios, y a abandonarse ciegamente a las inspiraciones de su Divino Espíritu, manteniéndose siempre en esa

humilde disposición de corazón, de considerarse incapaz de ningún bien, y desprovisto de toda virtud, y de toda fuerza; y con ese sentimiento repetía una y otra vez interiormente esta lección de humildad, aprendida de su Divino Maestro, y decía en su corazón: No soy un hombre, sino un pobre gusanillo, que se arrastra por tierra, y que no sabe adonde va, pues sólo busca esconderse en Ti, Dios mío, que eres todo mi deseo. Soy un pobre ciego, que no sabría dar un paso en el bien, si Tú no me tiendes la mano de tu misericordia para guiarme

Esos eran los sentimientos de Vicente de Paúl, quien, siguiendo al Apóstol, su Patrón, no se encontraba en mejor disposición de corresponder y cooperar con los planes de Dios, que cuando, postrado en tierra en medio del rebajamiento de su humildad, y cerrando los ojos a todas las consideraciones humanas, se abandonaba a la voluntad del Divino Maestro, diciéndole en su corazón, como el gran Apóstol: Señor, ¿qué queréis que haga? En esa dependencia no emprendía nada por sí mismo: fue preciso que la Divina Providencia lo comprometiera en las obras que hizo él, o por la autoridad de quienes consideraba como Superiores suyos, o por los consejos y la insistencia de las personas cuya virtud respetaba, o finalmente, por la necesidad de las ocasiones que le hacían conocer la voluntad de Dios, que siempre hacía profesión de seguirla. Por eso, cuando hablaba de la mayor de sus obras, que es la fundación de su Congregación, decía siempre claramente: *«Que sólo Dios era quien había llamado a su Compañía a los que habían recibido en ella, y que jamás había abierto la boca para atraer a nadie a ella; que ni siquiera él se había hecho Misionero por decisión propia, sino que se había comprometido en ella, sin casi conocerla, guiado por la voluntad de Dios; que sólo Dios era el autor de todo lo que se hacía de bueno en la Misión, de todas las funciones y trabajos de los Misioneros, y, en general, de todas las obras buenas, en las que están ocupados ellos: todas esas cosas habían sido empezadas sin que él hubiera pensado en ello, y sin que supiera lo que Dios pretendía hacer».*

Para explicar más en concreto cómo había sido la humildad de este gran Siervo de Dios, aunque eso sea muy difícil, puesto que siempre se preocupó de mantener oculta esta virtud no solamente a los demás, sino también a sí mismo, con todo, nos esforzaremos en trazar aquí un ligero esbozo, cuyos trazos tomaremos, sea de lo que hemos visto y conocido de él, u oído de su propia boca, sea de lo que nos hemos enterado por los testimonios irreprochables de personas muy piadosas.

Ya hemos dicho, que, aunque Dios haya querido servirse del Sr. Vicente para unas cosas muy grandes, sin embargo, se consideraba incapaz para las cosas más pequeñas, y, aún más, se creía más apto para destruir que para edificar. Porque, sabiéndose hijo de Adán, no se fiaba en absoluto de sí mismo, como de un hombre perverso, que sentía en sí la inclinación común al mal y la impotencia para el bien, que todos los descendientes del primer padre han heredado por su desobediencia. Era por eso por lo que había concebido un enorme desprecio de sí mismo, y por lo que huía del honor y de las alabanzas como de la peste. Por esa razón, nunca se justificaba cuando le reprendían, sino que se ponía del lado del que le hacía la reprensión, echándose a sí mismo la culpa, aunque no la tuviera; y

condenaba sus menores imperfecciones con más rigor que otros lo habrían hecho con sus pecados más graves; consideraba sus más ligeros defectos de entendimiento y de memoria unas estupideces; era por esto por lo que no se atrevía, ni quería entrometerse en lo que fuera, y además estaba más contento porque Dios hacía el bien por medio otros, que no por él.

En ese mismo espíritu trataba de ocultar, cuanto podía, todas las gracias particulares recibidas de Dios, no descubriendo ninguna, sino cuando no la podía mantener oculta sin faltar a la caridad del prójimo, o a alguna necesidad que le obligaba. Había cogido tal hábito de ocultarse a sí mismo y a todo lo que hacía de bueno, que los de su Compañía sólo sabían una parte de tantas obras santas como emprendía, y de tantos actos de caridad que practicaba espiritual y corporalmente con toda clase de personas. No hay duda de que varios de los suyos quedarán sorprendidos al leer un gran número de ellas en esta Obra, de las que no tenían conocimiento alguno.

Pero no contento con ocultarse a sí mismo y a los grandes bienes que realizaba, trataba en todas las ocasiones de rebajarse y de envilecerse y hacerse despreciable, tanto cuanto podía, ante los demás para honrar e imitar los rebajamientos y envilecimientos del Hijo de Dios, quien, siendo el esplendor de la gloria de su Padre y la figura de Su sustancia, quiso hacerse el oprobio de los hombres y la abyección del pueblo. Para eso hablaba con gusto de las cosas que podían hacerle despreciable y huía con horror de todo lo que podía directa o indirectamente tender a su honor y a su alabanza. Cuando vino a París, no dijo que apellidaba «de Paúl», temiendo que ese nombre diera ocasión para pensar que pertenecía a alguna familia muy importante; sino que se hizo llamar solamente «Señor Vicente», su nombre de bautismo, como si dijera «Señor Pedro», o «Señor Santiago»; y aunque era Licenciado en Teología, con todo, solamente decía que era un pobre alumno de cuarto. Y han hecho notar que con sus palabras y sus actos trataba siempre, en todas las ocasiones, de hacerse despreciable y pasar por un hombre sin importancia. Y cuando le ocurría algún motivo de confusión, lo abrazaba de muy buena gana, y manifestaba por ello tanto gozo, como si hubiera encontrado un gran tesoro.

Calificaba a su Congregación de «pequeña» y «muy pequeña» e «insignificante» Compañía, y nunca quiso que los que pertenecían a ella fueran a predicar y a dar misiones en las grande ciudades, sino sólo en las aldeas, y, a lo más, en los pueblos pequeños, para evangelizar e instruir a la pobre gente del campo; y eso, al ver que ese trabajo es por lo común el más despreciado. Quería que, en todas las ocasiones, a su Compañía se la mirara como la menor y última de todas. Una vez se vio obligado a enviar a algunos de la casa de San Lázaro para que asistieran a una Asamblea General de la ciudad, y entre las cosas que le recomendó a uno de los principales Sacerdotes de su Comunidad, que envió allí junto con otro compañero, fue que ocupara el último puesto de todos los del Clero; como así lo hizo.

No podía sufrir que dijeran algo en alabanza de su Congregación, a la que llamaba pobre e insignificante Compañía, diciendo que sólo pedía a Dios que tuviera a bien darle la

virtud de la humildad. Y hablando cierto día sobre esta cuestión a los suyos: *«No es de extrañar* —les dijo— *que piensen que los individuos de una Congregación, como Pedro, Santiago y Juan, tengan que huir de los honores y buscar el desprecio; pero la Congregación y la Comunidad, ¿tiene que adquirir y conservar el aprecio y el honor en el mundo? Piensen un poco, ¿pueden Pedro, Santiago y Juan amar y buscar con sinceridad y verdad el desprecio, mientras que la Compañía, que no está compuesta más que de Pedro, Santiago y Juan y de otros cuantos individuos, tiene que amar y buscar el honor? No queda más remedio que reconocer y confesar que estas dos cosas son incompatibles; por tanto, los Misioneros tienen que sentirse contentos no sólo cuando encuentren ocasión de desprecio y de humillación en particular, sino también cuando se desprecie a su Compañía: ésa será una señal de que son verdaderamente humildes».*

Por lo demás, su humildad era tan sincera, que se podía en cierto modo leerla en su frente, en sus ojos y sobre toda la actitud de su cuerpo, y conocer por su exterior, que sus humillaciones y rebajamientos salían del fondo de su corazón, en donde esta virtud estaba tan profundamente grabada, que creía que no merecía usar de ninguna criatura, ni siquiera de las que sirven para conservar la vida, y, menos aún, de otras que pueden ser útiles o necesarias para hacer progresar la gloria de Dios. Por este sentimiento de indignidad es por lo que no sólo no pedía nada para sí, sino que estaba siempre dispuesto a desprenderse de todo lo que estaba a su disposición; y no hay por qué extrañarse de que hayan dicho que ha rehusado las mayores dignidades eclesiásticas que le han ofrecido, pues se consideraba indigno de las menores cosas.

Aunque su humildad fuera tal, como acabamos de decir, no dejaba de ser constante y generosa cuando se trataba de sostener los intereses de Dios o de su Iglesia. Porque precisamente en esas ocasiones era cuando mostraba que la humildad (como ha enseñado muy bien el Doctor Angélico) no es en absoluto contraria a la magnanimidad, sino que más bien la magnanimidad se perfecciona con la humildad, pues le proporciona un fundamento sólido, haciendo que se apoye únicamente sobre Dios, y, no obstante, la retiene en una justa mediocridad, impidiendo que se eleve más de lo preciso, y que dé lugar alguno a la vanidad

Hablando un día sobre este asunto a los suyos les dijo que la humildad se llevaba muy bien con la generosidad y la grandeza del ánimo, y como prueba de eso les contó el ejemplo de San Luis, que era tan humilde, que servía él en persona a los pobres, e iba a los Hospitales en busca de los que sufrían las enfermedades más infecciosas y más horribles para curarlos con sus propias manos. Y, sin embargo, era uno de los más generosos y de los más valientes Reyes, que ha figurado en la Corona de Francia, como lo ha demostrado claramente con las señaladas victorias, que logró contra los Albigenses, y en los dos viajes que emprendió camino de Oriente para combatir contra los infieles. De ahí —concluía el Sr. Vicente— que había que pedir a Dios la generosidad fundada en la humildad.

SECCION I pág. 67: Otros actos de humildad practicados por el Sr. Vicente

Con mucha razón un virtuosísimo eclesiástico, que ha conocido muy de cerca al Sr. Vicente, ha dicho de él, que no ha conocido nunca en la tierra un ambicioso que haya tenido más pasión por exaltarse, por hacerse apreciar y alcanzar la cima de los honores, como este humilde Siervo de Dios estaba interesado en rebajarse, en hacerse abyecto y despreciable y en abrazar las más bajas humillaciones y confusiones; porque, ciertamente, parecía haber convertido esta virtud en su tesoro, aprovechando cuidadosamente todas las ocasiones que se presentaban para practicarlas y hacerse con razones para humillarse en toda clase de circunstancias.

Además de todo lo que hemos dicho en este Capítulo, relataremos también en esta Sección otros actos más extraordinarios.

Estaba muy lejos de alardear de los dones y talentos recibidos de Dios, porque, al contrario, trataba, en cuanto le era posible, como ya lo hemos indicado, de ocultarlos; y cuando se veía obligado a dejarlos a la vista para emplearlos en el servicio de Dios y del prójimo, sólo dejaba ver los más pequeños. He aquí su norma sobre este asunto, que es tanto más digna de ser apreciada, cuanto más rara es entre los hombres; y aunque la hemos contado en otro lugar, no dejaremos de repetirla aquí, porque merece ser conocida, y, más todavía, ser seguida y practicada por todos.

«Si voy a hacer una acción pública —decía— *que la puedo llevar muy adelante, no la haré, sino que le cortaré tal y tal cosa, que podría darle algún esplendor y a mí alguna fama. De dos pensamientos que me vienen a la cabeza para hablar sobre alguna cuestión, cuando la caridad no me obligue a obrar de otro modo, presentaré el menor, con el fin de humillarme, y me quedaré con el más hermoso para sacrificarlo a Dios en el secreto de mi corazón. Porque Nuestro Señor sólo se establece y sólo se complace en la humildad del corazón y en la sencillez de las palabras y de los actos».*

Cuando estaba obligado a hablar de las obras que Dios había hecho por medio de él, o de las bendiciones que había derramado sobre su actuación, lo hacía siempre en nombre de la Congregación y no en el suyo, diciendo: que Dios se había ser vido de la Compañía para tal o tal cosa; que su infinita Bondad había hecho o confia do a la Compañía tal o cual gracia. Y de ordinario, en las cosas que se proponía hacer para algún buen fin, hablaba en plural, diciendo por ejemplo: Trataremos de re mediar tal necesidad, o de procurar tal bien; mandaremos tal ayuda. Hablando de esa forma por espíritu de humildad, como no queriendo obrar por sí mismo, ni decir, por ejemplo: Remediaré, procuraré, mandaréo usar de palabras semejantes, de las que usan habitualmente los que tienen algún poder o autoridad. Decía normalmente: Les ruego, les agradezco, les pido perdón; soy yo la causa de que esas co sas no vayan como deberían, o que semejante desorden haya sucedido; porque esas fórmulas de expresión son, en cierto modo, humillantes, y quieren reservar para él todo lo que pueda llevar consigo algún

rebajamiento, o alguna abyección.

Además de eso, tenía una habilidad maravillosa para atribuir a los demás el bien que él hacía, y desviar las alabanzas que le querían dedicar para dirigirlas sobre otro; y como si él no hubiera tenido parte alguna, refería siempre toda la estima y todo el honor del bien que había hecho, a Dios y al prójimo. Si es que había algún exceso en él, era el extenderse demasiado en las alabanzas de los demás y en los desprecios de sí mismo. Porque, en efecto, cuando hablaba de sí, era en términos tan humillantes, que, a veces, daba pena oirle

Respondiendo a una persona muy piadosa, que se había encomendado a sus oraciones: *«Le ofreceré a Dios —le dijo—, porque usted me lo manda; pero necesito de las ayudas de las almas buenas, más que nadie en el mundo, por las grandes miserias que abruman la mía, y que me hacen considerar la opinión que tienen de mí, como un castigo de mi hipocresía, que me hace pasar por otro que no soy yo".*

Un Prelado muy digno, al ver que el Sr. Vicente se humillaba en todas las cosas, no se pudo contener sin decirle que era un cristiano perfecto. A eso el humilde Siervo de Dios respondió: ¡Ah Monseñor! ¿Qué dice usted? ¡Yo, un perfecto cris tiano! Más me debería considerar un condenado, y como el mayor pecador del uni verso.

Un recién ingresado en la Congregación de la Misión, al hablar un día en la Conferencia en presencia del Sr. Vicente, dijo que sentía una gran confusión por aprovecharse tan poco de los buenos ejemplos que él le daba y de las maravillas que veía en él. El Sr. Vicente dejó pasar estas palabras, para no interrumpirle, pero después de la Conferencia, le hizo esta advertencia en público*: «Señor: entre nosotros tenemos esta costumbre: la de no alabar nunca a nadie en su presencia. Es cierto que soy una maravilla, pero una maravilla de malicia, más malo que el demonio, y él no ha merecido tanto el infierno como yo. Esto no lo digo por exageración, sino según los verdaderos sentimientos que tengo».*

Un personaje muy enraizado en el Jansenismo estuvo una vez hablando con él de sus errores para persuadirle de ellos, y como no pudo conseguirlo, se puso a censurarlo, y montado en cólera, le dijo que era un auténtico ignorante, y que estaba extrañado de cómo lo podía sufrir su Congregación de Superior General. El Sr. Vicente le respondió, humillándose, que él estaba aún más extrañado que su interlocutor, *«porque*—dijo— *aún soy más ignorante de lo que usted piensa»*

Había cierto día consolado y animado a un estudiante de su Congregación que estaba tentado de desesperación, y habiéndole respondido a cierta dificultad que le venía a la mente contra la esperanza que el Sr. Vicente le exhortaba tuviera en Dios, le añadió: *«Si el demonio le pone ese mal pensamiento en su espíritu, sírvase de esta respuesta que voy a darle, y dígale a ese desgraciado tentador que ha sido Vicente, un ignorante, uno de cuarto, el que le ha dicho eso».*

Un Sacerdote de la Congregación le escribió al Sr. Vicente, que el Superior que había destinado a la casa donde él vivía, no era bastante educado para aquel sitio. El Sr. Vicente, al responderle, después de haber dicho muchas cosas buenas de aquel Superior, que era un hombre virtuoso, añadió estas palabras: *«Y a mí ¿cómo me han hecho? ¿y cómo me han podido sufrir hasta ahora en el cargo que tengo, a mí, que soy el más rústico, el más ridículo y el más tonto de todos los hombres entre la gente de condición, con las cuales no sabría decir dos palabras seguidas, sin que se viera que no tengo ni inteligencia ni sentido común, sino, lo que es peor, que no poseo ninguna virtud que me acerque a esa persona de la que me habla».*

Esa era la costumbre en todas las ocasiones y ante toda clase de personas, incluso, ante las de más alta alcurnia, sobre todo, cuando le manifestaban algún aprecio, y cuando se le quería prestar algún honor: decir y hacer público que sólo era el hijo de un campesino, y que había guardado rebaños. A él le complacía declarar eso a los pobres para que lo consideraran como a uno que había sido de su condición. A propósito de esto, acaeció cierto día que un aldeano había venido a San Lázaro a pedir al Sr. Vicente, y el portero le dijo que estaba ocupado en aquel momento con ciertos Señores. Aquel buen hombre replicó: Entonces ya no es el Sr. Vicente, por que él mismo me ha dicho que no era más que el hijo de un pobre campesino, como yo.

Acompañábale cierto día un eclesiástico ante la puerta de San Lázaro, cuando una pobre mujer se puso a gritar, diciéndole: Monseñor, déme limosna. El Sr. Vicente le respondió: *"¡Ah mi pobre señora! Usted no me conoce bien, porque sólo soy un porquerizo e hijo de un campesino.Otra, que también se encontró con él ante la puerta, como el Sr. Vicente iba acompañado de personas de condición, para invitarle a que le diera limosna más de buena gana, como le dijera que ella había sido criada de la Sra. madre del Sr. Vicente, él le respondió inmediatamente delante de todos los que estaban presentes: ¡Ah mi buena mujer! Usted me confunde con otro; mi madre nunca tuvo criada; ella sí que lo fue, y fue la mujer y yo el hijo de un campesino".*

Un joven, pariente de un Sacerdote de su Compañía, se excusó, por respeto a él, de sentarse a su lado y estar cubierto. El le dijo: *«¿Por qué, señor, tiene tanto reparo y tanta ceremonia junto a un pobre porquerizo, hijo de un pobre campesino, tal como soy yo*?». Y el joven quedó muy sorprendido.

Después de visitar a un hombre de condición, quien por honor quería acompañarle hasta la puerta, hizo todo lo que pudo para hacerle desistir, y entre otras cosas, le dijo: *«Señor, mire que no soy más que el hijo de un pobre lugareño, y que durante mi juventud he guardado los rebaños en el campo»*. A lo que el Señor, que era un hombre agudo, respondió, que uno de los grandes reyes del mundo, que era Da vid, también procedía de guardar rebaños. Y el Sr. Vicente pareció quedar como muy confuso y muy abatido ante aquella respuesta.

En las reuniones piadosas que solía frecuentar, su humildad le llevaba siempre a

preferir las opiniones de los demás, y a preferirlas a las suyas, aunque fueran mejores, y un día en una de las reuniones de las Damas de la Caridad de París, que él presidía, estaban deliberando sobre algunos asuntos bastante importantes para la asistencia de los pobres, y una de las Damas de la Compañía se dio cuenta de que el Sr. Vicente, según su humildad habitual, seguía preferentemente los pareceres de las que opinaban, antes que el suyo propio; ella se molestó, y no se pudo contener sin llamarle suavemente la atención, que él no se impusiera con suficiente firmeza para hacer valer sus opiniones, aunque fueran las mejores. El le dio esta respuesta digna de su humildad: *«No es del agrado de Dios, Señora, que mis endebles pensamientos prevalezcan sobre los de las demás. Estoy muy contento, porque el buen Dios hace sus negocios sin mí, que sólo soy un desgraciado».*

El afecto que sentía por la virtud de la humildad, y los tesoros de las gracias que hallaba en su práctica, le llevaba a dar cuenta a su Compañía de todos los rebaja mientos que buscaba. Por eso, habitualmente hablaba de ellos con unos términos humillantes. Con ese espíritu respondió un día a un sacerdote, que solicitaba ser recibido en su Compañía, al tiempo que manifestaba que la prefería a todas las demás, reconociendo que era el mejor camino para ir al cielo: «*Es la bondad que us ted nos tiene —le dijo— la que le hace pensar de esa manera; pero es cierto que las otras Comunidades son santas todas ellas, y que nosotros somos unos desgra ciados, y más desgraciados que los desgraciados».*

Dijo a otro que pedía lo mismo: ¡Qué, Señor!, ¿quiere ser misionero? ¿Y cómo es que se ha fijado en nuestra pequeña Compañía?, porque somos unos pobres hombres. Ese Señor ha confesado más adelante, que quedó muy edificado de aquella humildad del Sr. Vicente, que así rebajaba el aprecio de su Compañía ante los mismos que la buscaban, y que pedían entrar en ella.

Mas no contento con hablar de esa manera, siempre ha tratado con sus ejemplos de insinuar ese espíritu de humildad en su Compañía, desde los primeros tiempos. Cuando todavía vivía en el Colegio de BonsEnfants, se puso varias veces de rodillas ante siete u ocho Sacerdotes que la componían, declarando en su presencia los pecados más graves de su vida pasada; quedaron así muy emocionados, admirando la fuerza de la gracia en su Superior, gracias a la cual él renunciaba tan animosamente a aquella inclinación natural que todos los hombres tienen de ocultar sus debilidades, y trataba, al descubrir las suyas, de destruir en ellos todos los sentimientos de estima que pudieran tenerle. Además, tenía esta costumbre: todos los años, el día de su bautismo, se ponía de rodillas ante su Comunidad, y le pedía perdón a Dios por todos los pecados cometidos desde hacía tantos años que su Bondad lo sufría en la tierra, y suplicaba a la Comunidad, que le perdonaran todos los motivos de escándalo que pudiera haberles dado, y rogaran a Dios que le hiciera misericordia.

Además de eso, cuando pensaba que le había sucedido alguna cosa que no fuera del todo un buen ejemplo a la Compañía, no dejaba, cada vez que le sucedía, de humillarse por ello y de pedirle perdón. Y eso lo hacía también por cosas secretas, como

por unos movimientos de impaciencia que habían aparecido al exterior, por algunas palabras menos mansas dichas a alguno, y por las menores faltas hechas por inadvertencia.

Un día le encargó a uno de los Hermanos de la casa que le diera alojamiento a un pobre transeúnte y el Hermano se excusó con muchas objeciones y réplicas. El Sr. Vicente creyó que debía hablarle con energía para obligarle a someterse; pero, después, como su humildad le causara algunos remordimientos internos, se puso de rodillas en medio de un pasillo de la huerta, donde se encontraban algunos Sacerdotes Antiguos de la Comunidad, y les dijo que pedía perdón a la Compañía por el escándalo que daba todos los días y que acababa de dar una vez más, al hablarle ásperamente a un Hermano del corral. Uno de los Sacerdotes, que estuvo presente en aquel acto de humildad, después de haber expuesto su versión, añadió: *«Esto puede ser conocido de todos, pero lo que yo he visto es que esa misma tarde, al entrar, según mi costumbre, en la habitación del Sr. Vicente, después del Examen General, lo hallé besando los pies a ese Hermano*».

No fue sólo en esta ocasión, sino en una infinidad de muchas otras le vieron echarse a los pies de sus inferiores, incluso de los menores de la casa. De estos casos sólo presentaremos algunos ejemplos.

Una vez pensó que había dado motivo de pena a un Hermano por haberle dicho, quizá con un tono algo enérgico, que debía tener paciencia para resolver lo que le había propuesto; y no quiso celebrar la misa antes de humillarse ante aquel Hermano; y como no lo halló en la cocina, fue a buscarlo a la bodega, y allí le pidió perdón por haberlo contristado.

Un día de ayuno le sorprendió, en uno de sus viajes, en una pobre posada. Y pidió un poco de aceite para echarlo a una torta seca que le habían puesto para comer, pero su humildad le hizo temer que aquello hubiera causado alguna desedificación a quien le acompañaba. Por eso, se puso de rodillas ante él para pedirle perdón.

Otro día, estando de viaje con tres Sacerdotes, les habló, para distraerlos, de alguna cosa que le había sucedido en cierta ocasión. Y como le escuchaban con atención, quedaron muy sorprendidos cuando en medio de su narración se golpeó el pecho, diciendo que era un desgraciado, lleno de soberbia y de orgullo, y que no hacía más que hablar de sí mismo, de modo que hubo que cambiar de tema de conversación. Y en cuanto llegaron al lugar donde debían detenerse, no dejó de pedirles perdón de rodillas por el escándalo que les había dado hablando de sí mismo.

Cayó enfermo en Richelieu el año 1649, y le enviaron desde París al Hermano enfermero de San Lázaro, para que recibiera de él un poco más cuidado, porque conocía bien de qué manera había que tratarlo. Le hizo una acogida entrañable y le manifestó mucho afecto, según su costumbre. Sin embargo, le dijo que estaba pesaroso de que le hubieran causado tanta molestia al hacerle venir desde tan lejos por un vejestorio; más tarde pensó que no lo había recibido con suficiente cordialidad, y le pidió perdón de

rodillas no sólo en Richelieu, sino también, estando ya de vuelta en San Lázaro, en presencia de su Asistente, con quien hablaba sobre este asunto: "*Sepa usted bien, señor* —le dijo— *que este buen Hermano, cuando vino a Richelieu por mí, no, no le abrí mi corazón, como suelo, y es de eso de lo que le pido perdón muy humildemente en presencia de usted, y le ruego a usted que pida a Dios por mí, para que me conceda la gracia de no cometer más faltas de ese estilo»*

Una vez lo visitó un sobrino suyo, que había venido expresamente de la ciudad de Dax a París. El portero del Colegio de BonsEnfants, donde él vivía entonces, le hizo saber que su sobrino quería verlo; sintió un primer movimiento de cierta contrariedad por su llegada, y dijo que lo llevaran a su habitación. Pero, su humildad le hizo cambiar inmediatamente de sentimiento y tomar la determinación de ir él mismo a recibirlo, al piso bajo. He aquí en qué términos el Señor de Saint-Martin, canónigo de la ciudad de Dax, que vivía por aquel entonces en ese mismo Colegio, dio su versión: *«No puedo pasar en silencio* —dijo— *un acto de virtud del Sr. Vicente, del cual he sido testigo con ocasión de la visita de un sobrino suyo. Es el siguiente; habiéndole encargado a uno de los suyos que fuera a recogerlo a la calle, donde estaba, vestido a la manera de los campesinos de aquella tierra, para que lo llevara a su habitación, este buen Siervo de Dios experimentó un impulso de superación, y lo realizó, porque, saliendo de su habitación bajó a la calle, donde, al encontrar a su sobrino, lo abrazó, le besó y le tomó por la mano, y después de llevarlo al patio, hizo bajar a todos los Señores de su Compañía, y les dijo que aquél era el hombre más honorable de su familia; y le hizo saludar a todos. Y le hizo hacer el mismo acto de urbanidad a las demás personas de condición que le venían a visitar. Y en los primeros Ejercicios Espirituales, que hizo más adelante, se acusó públicamente en plena reunión de haber tenido alguna vergüenza a la llegada de su sobrino, y de haberlo querido subir a escondidas a su habitación porque era campesino e iba mal vestido».*

Aún fue más adelante en la práctica de la humildad en los primeros Ejercicios de los Ordenados que se hicieron en San Lázaro: porque, hablando a los que debían recibir los Ordenes de la vocación al Estado Eclesiástico, mezcló en su charla varias cosas humillantes de la vida pasada; y para confundirse más, añadió que uno de sus parientes había estado condenado en las galeras. Esto lo ha repetido en muchas ocasiones, aunque dicho hombre fuera un pariente muy lejano, a lo sumo de cuarto grado.

Siendo como era tan aficionado a procurarse a sí mismo humillaciones, no lo era menos para recibir las que le venían de parte de su prójimo. Uno de los principales Magistrados del Parlamento dijo un día en el Gran Salón de Sesiones, que los Misioneros de San Lázaro casi apenas daban misiones. Se lo contaron al Sr. Vicente, y quedó extrañado de aquella afirmación, y se lo dijo a uno de los suyos. Este le respondió que el tal Magistrado hablaba sin conocimiento de causa, y que hacía mucho que la Compañía no trabajaba en tantas misiones a la vez, más las que había dado el año anterior; le añadió que sería conveniente se le hiciera saber a dicho Magistrado, porque, de otro modo, estando tan mal informado, podría continuar desprestigiando a la Compañía. El Sr. Vicente le contestó: *«Hay que dejarle hacer; yo no me justificaría nunca, sino a base de obras».*

Sucedió en otra ocasión, que una de las casas de la Congregación había recibido una humillación muy notable, sin que hubiera habido de por medio ningún pecado. En lugar de afligirse por ello, se alegró, y exhortó a su Comunidad a que diera gracias a Dios de todo corazón, y Le pidiera la gracia de hacer buen uso de dicha abyección: Porque —decía— es una felicidad ser tratado en la forma que trataron a Nuestro Señor. Y para hacer arraigar cada vez más el espíritu de humildad en su Compañía, propuso como tema de Oración a su Comunidad, una vez al mes, y eso durante varios años, la meditación sobre el Orgullo, para que concibiera contra él más horror; y decía: «*Que la Compañía no subsistiría nunca sin la virtud de la humildad; que, cuando faltara esta virtud en alguna Compañía, cada cual pensaría en su acomodo particular, y que de ahí provendrían las parcialidades, el cisma y la ruptura; que si los Misioneros tenían algo que pedir a Dios, eso debería ser la humillación; y que debían contristarse y llorar cuando recibieran aplausos, ya que Nuestro Señor había dicho: Vae cum benedixerint vobis homines!, desgraciados de vosotros cuando los hombres os aplaudan».*

Pero ha sido principalmente en sus actuaciones de la Corte, donde se ha manifestado la humildad del Sr. Vicente con más fuerza, cuando estaba más opuesto a los honores que le rendían unos, y cuando su virtud y recto comportamiento lo merecía de todos. Al principio, cuando fue llamado al Consejo junto con el difunto Sr.. Príncipe de Condé y otros Señores, como ese buen Príncipe le quisiera obligar a sentarse junto a ellos, él le dijo: Señor, es demasiado honor que Su Alteza me sufra en su presencia, a mí que no paso de ser más que el hijo de un pobre porquerizo.A lo cual el Sr. Príncipe le respondió con el verso de un poeta: Moribus et vita nobilita tur homo, añadiendo: No es de hoy el conocimiento que tenemos de sus méritos. Y le propuso inmediatamente en la reunión unos puntos de controversia; el Sr. Vicente le respondió en seguida con tal satisfacción del Príncipe, que le dijo: ¡Vaya, Sr. Vicente! Usted dice a todos, y lo hace público por todo el mundo, que usted es ig norante y, sin embargo, resuelve en dos palabras las más grandes dificultades que tenemos con los Religionarios. Volvió a proponerle una vez más otras dificultades sobre Derecho Canónico, y como el Sr. Vicente le volviera a responder con parecida satisfacción del Príncipe, éste le dijo que reconocía que había sido elegido por su Majestad, con mucha razón, para que le ayudara con su consejo en lo tocante a los Beneficios y otros asuntos eclesiásticos.

Pues bien, aunque ese cargo era tan importante y tan honorífico, y el acceso que le brindaba ante la Reina Madre durante la Regencia, le hacían muy influyente, con todo, ya lo hemos hecho notar, él nunca llevó una sotana nueva, cuando iba al Louvre, y tampoco apareció vestido de otro modo ante los Grandes de la Corte, que como cuando iba a instruir y predicar a los campesinos, permaneciendo igual por todos los sitios con una decencia muy sencilla y humilde.

Hablando un día acerca del cargo que desempeñaba en la Corte, dijo: *«Le pido a Dios que me tengan por un insensato, como lo soy, para que no me empleen más en esta especie de comisión, y tenga más tiempo libre para hacer penitencia, y dé menos malos ejemplos, como doy a nuestra pequeña Compañía»*

También es cierto que ese cargo le pesaba muchísimo, no por carecer de afecto hacia Su Majestad, por cuyo servicio hubiera expuesto muy de buena gana su vida, sino a causa de los honores que llevaba consigo. Abrazaba, por el contrario, las confusiones con amor y sufría con gozo las calumnias que le ocurrían, y alababa a Dios por ellas, sin que nunca se le hubiera oído justificarse, y, menos aún, quejarse; y muy lejos de guardar ningún resentimiento, se humillaba incluso delante de los que lo ofendían y les pedía perdón. Eso se le vio hacer ante una persona de condición, que le trataba con mucho desprecio, y con un joven Gentilhombre, que le había dicho, en un arrebato de su edad, que era un viejo loco. Se puso de rodillas ante él, pidiéndole perdón por la ocasión que podía haberle dado para decirle tales palabras.

En otra circunstancia habiendo impedido que el Rey diera un Obispado a una persona que él sabía no era apropiada para estar al frente de una diócesis, sus parientes, que eran influyentes, concibieron por ello un resentimiento muy grande, y lo hicieron pronto público inventando contra él una calumnia; le añadieron además varios detalles para hacerla más creíble y así propalarla ante la Corte. Llegó el caso a oídos de la Reina, así que, en cuanto vio al Sr. Vicente, le preguntó riéndose, si sabía bien lo que se sabía de él, y que se le acusaba de tal cosa. Respondióle sin turbarse, ni alterarse: Señora, soy un gran pecador. Y como Su Majestad le indicara que debía justificarse, él le contesto: También otros dijeron cosas parecidas contra Nuestro Señor, y El no se justificó nunca.

Durante ese mismo tiempo en que él estaba empleado en la Corte, uno de sus amigos le advirtió que un eclesiástico, que falleció al poco tiempo, hacía correr el rumor por la ciudad, y hasta se lo había contado a una de las personas más cualificadas de París, de que el Sr. Vicente había hecho dar un Beneficio a cierta persona, gracias a una biblioteca y a una suma considerable de dinero. El buen Siervo de Dios quedó ciertamente un poco aturdido en el primer momento por esa negra calumnia, y tomó la pluma, como así lo ha declarado más adelante, con la intención de escribir a alguien para justificarse, pero en cuanto escribió las primeras letras, entrando dentro de sí, y volviendo a examinar lo que iba a hacer: ¡Desgraciado! —dijo— ¿en qué piensas? ¡Qué! ¿Quieres justificarte? ¡Y acabamos de enterarnos de que un cristiano falsamen te acusado en Túnez ha permanecido tres días sometido a tormentos, y, finalmente, ha muerto sin proferir ninguna palabra de queja, aún siendo inocente del crimen que le habían acusado! Y en cuanto ti ¿te quieres excusar? ¡Oh no, no será así! Y al mismo tiempo, dejó la pluma, y no escribió nada, ni se puso en plan de justificarse.

Finalmente su humildad, que iba creciendo cada vez más, discurrió otro medio del todo extraordinario para practicarla. Hizo venir a París el año 1642 a algunos de los más Antiguos y más Principales de su Congregación para deliberar acerca de varios asuntos importantes. Después de algunas Conferencias, presentó ante ellos las faltas de su conducta, su incapacidad para el gobierno y la necesidad que había de proponer otro nuevo Jefe a la Compañía: Están ustedes reunidos —les dijo—. Entrego el cargo de Superior General en sus manos; hagan en nombre de Dios una elección de otro de entre ustedes, para que sea nuestro Superior. Y después de esto, salió de la sala, y se fue a una

capillita que está enfrente de la iglesia; allí se puso a rezar delante del Santísimo Sacramento. Los Sacerdotes reunidos, sorprendidos ante aquella proposición y viendo que no había lugar para deliberar sobre ello, mandaron a algunos a rogarle que volviera. Después de haber estado buscándolo largo tiempo, lo encontraron de rodillas en aquella capilla vuelto hacia el altar mayor de la iglesia. Le dijeron que ninguno de ellos podía consentir en hacer lo que deseaba, y le rogaron y urgieron que volviera para tratar los demás asuntos que quedaban por resolver. Pero él se excusó, y les hizo nuevas instancias para la elección, diciendo que él estaba depuesto, y que debían elegir a otro para desempeñar aquel cargo. Después que les contaron todo eso a los que estaban en la sala, salieron todos, y vinieron en corporación a conjurarle que continuara en el gobierno de la Compañía. Finalmente le dijeron: Es usted mismo a quien nosotros elegimos para nuestro Superior General, y mientras Dios le conserve sobre la tierra, nosotros no tendremos otro. Hizo lo que pudo para defenderse, pero después de todas sus resistencias, conociendo la voluntad de Dios, bajó la cabeza, y sometió su espalda a dicho cargo. Y lo hizo de tal modo que, quedando para él todo lo más penoso, rehusó tanto cuanto le fue posible todas las ventajas y todos los honores. Era por ese espíritu de humildad por lo que nunca usaba del título de Superior General de la Congregación, salvo en los actos públicos o en las Letras patentes, cuando era absolutamente necesario. En todos los demás casos se calificaba, al firmar, Indigno Sacerdote de la Congregación de la Misión, o Indigno Superior.

Escribió también a algunos de sus Sacerdotes, que, al comienzo de las cartas que le dirigían, no dejaran más espacio en blanco que el que veían en las que él escribía, pues le molestaba recibir más honores de sus inferiores, que lo que les rendía él. Y a propósito de esto, como cierto día uno de los más antiguos Sacerdotes de la Congregación hubiera recomendado a la Comunidad de San Lázaro, que se le rindiera al Sr. Vicente algún acto de urbanidad especial, pues así lo requería su calidad de Padre común y de Superior General; y que, cuando tropezaran con él, se detuvieran un poco para hacerle una inclinación o reverencia mientras él pasaba cuando el Sr. Vicente, se dio cuenta, se quejó, como si le hubiera hecho daño, y no quiso que usaran más de aquello, y al indicársele que así se practicaba en la mayor parte de las Comunidades: Lo sé bien —dijo— y conviene respetar las razones que tienen para ha cerlo. Pero yo tengo las mías para no sufrirlo, por lo que a mí me toca, pues no debo ser comparado con el menor de los hombres, porque soy el peor

La silla, donde solía colocarse habitualmente en el coro de San Lázaro cuando oficiaba, la pusieron más alta que las demás; mandó deshacer lo hecho, diciendo que aquella silla era propia para Sres. Obispos, y no para un Sacerdote desgraciado, como él.

En ese mismo espíritu de humildad tomaba siempre para sí los peores ornamentos de la iglesia. La Reina Madre, con su acostumbrada piedad, regaló a la sacristía de San Lázaro algunos paramentos de tela de plata cuando nació el Rey. Su Majestad los envió con toda intención para que sirvieran en las Fiestas de Navidad. Pero el Sr. Vicente, que, según su costumbre, debía oficiar en dicha Solemnidad, al ver que le habían preparado aquellos ricos ornamentos, pidió los ordinarios; y, a pesar de que le dieron algunas

razones para que se sirviera de ellos, no pudieron vencer su humildad, pues no tenía valor —decía— para revestirse el primero con semejante ornamento; de modo que obligó a que le dieran uno de camelote, y el diácono y el subdiácono se revistieron con unos semejantes para guardar la uniformidad.

Sufría difícilmente que le prestaran algunos pequeños servicios y que le ayudaran en cosas que él no las podía hacer sólo, debido a su edad y a sus indisposiciones. Y daba, por ello, gracias tan humildemente, que pagaba hasta con usura la poca ayuda que le prestaban. Pero, por el contrario, estaba encantado cuando podía servir a los demás, ya en el refectorio, o también en la cocina, y hasta en los menores oficios. Su misma humildad llegó a veces hasta el exceso de pedir la bendición a sus inferiores. He aquí lo que manifestó un día sobre esta cuestión, al escribir a uno de sus Sacerdotes, hablándole de otro que estaba gravemente enfermo: *«¡Ay señor! ¡Qué triste estoy por el estado de nuestro querido enfermo! ¡Qué pérdida para la Compañía, si Dios lo saca de esta vida! Pero, a pesar de todo, ¡que se haga su Santísima y Adorabilísima Voluntad! Si todavía está vivo, le ruego que lo abrace de mi parte; que le diga mi dolor; que me encomiende en sus oraciones y que le pida su bendición para toda la Compañía, y para mí, que se la pido prosternado en espíritu a sus pies".*

No hay por qué admirarse si obraba de ese modo, vistos los bajos sentimientos que tenía de sí mismo, considerándose, y haciéndolo público en toda ocasión, indigno de la categoría de Superior General y del carácter de su sacerdocio. Dijo muchas veces, que, si aún no lo hubiera recibido, dado el conocimiento que tenía en aquel momento de su indignidad, nunca se hubiera decidido a recibirlo, y que escogería más bien la condición de Hermano de la Compañía, o bien, de un simple labrador, igual que lo había sido su padre. Aunque desempeñaba muy dignamente todas sus obligaciones y todas las funciones sacerdotales, con todo, su gran humildad había causado tan fuertes impresiones en su espíritu, que muy lejos de presumir algo de su mérito, por el contrario, se consideraba como un obstáculo para el bien, y temía ser responsable ante Dios de las herejías, de los desórdenes y de las calamidades públicas, porque no las apartaba tanto como él creía que estaba obligado a hacer en calidad de sacerdote. Eso es lo que ha manifestado en varias ocasiones, y que también ha escrito al Sr. de Saint Martin, canónigo de Dax, viejo amigo suyo. Reproduciremos aquí su carta, porque es muy importante tanto por los bajos sentimientos que manifiesta de sí mismo, como por el alto aprecio que sentía por el estado sacerdotal: *«Le doy gracias* —le dice— *por el interés que se ha tomado con mi pequeño sobrino; de él he de decir que nunca jamás deseé que fuera eclesiástico, ni mucho menos se me ocurrió nunca hacerle educar con esa intención, ya que esa condición es la más sublime que hay en la tierra, pues es la misma que Nuestro Señor quiso aceptar y practicar. En cuanto a mí, si hubiera sabido lo que era cuando tuve la temeridad de entrar en ese estado, como lo supe más tarde, hubiera preferido quedarme a labrar la tierra, antes que comprometerme en un estado tan tremendo. Esto mismo es lo que les he dicho mil veces a las pobres gentes del campo, cuando para animarlos a vivir contentos y como buenas personas, les manifestaba que los consideraba felices en su condición. Efectivamente, a medida que me voy haciendo más viejo, más me confirmo en estos*

sentimientos, ya que descubro cada día lo lejísimo que estoy de la perfección en que debería estar. Ciertamente, Señor, los sacerdotes de este tiempo tienen muchos motivos para temer los juicios de Dios, pues aparte de sus propios pecados El les pedirá cuentas de los de los pueblos, por no haber procurado satisfacer por ellos a su justicia irritada, tal como es su obligación; y lo que es más tremendo todavía, Dios le imputará la causa de los castigos que les envía, porque no se oponen como deben a las plagas que afligen a la Iglesia, como son la peste, la guerra, el hambre y las herejías, que la atacan por todas partes. Digamos más aún, que ha sido de la mala vida de los eclesiásticos de donde han venido todos los desórdenes que han desolado a esta santa Esposa del Salvador y que la han deformado hasta el punto de que apenas se la puede reconocer. ¿Qué dirían ahora de nosotros esos antiguos Padres que la contemplaron en su primera belleza, si vieran la impiedad y las profanaciones que en ella vemos nosotros, ellos que opinaban que se salvarían muy pocos sacerdotes, a pesar de que en sus tiempos vivían en el más alto fervor?».

«Todas estas cosas, Señor, me hacen pensar que es más conveniente a ese pobre joven entregarse a la profesión de su padre, antes de emprender una tan alta y tan difícil, como la nuestra, en la que parece haber una pérdida inevitable para las personas que se atreven a entrar en ella sin haber sido llamadas. Y como yo no veo que haya sido llamado por ninguna señal segura, le ruego que le aconseje que trabaje para ganarse la vida y que le exhorte al temor de Dios, a fin de que se haga digno de su misericordia en este mundo y en el otro. Este es el mejor consejo que puede darle. Le ruego que se informe por el Señor N. de lo que se dijo en una Conferencia, que se celebró aquí, cuando él estaba con nosotros, a propósito de un párroco de Bretaña, que compuso un libro en el que decía que los sacerdotes que viven como hoy lo hace la mayoría, son los mayores enemigos que tiene la Iglesia de Dios. Si fueran todos lo mismo que usted y lo mismo que él, esa proposición no resultaría tan verdadera».

SECCION II pág. 691: Ideas de Sr. Vicente referentes a la virtud de la humildad

Aunque el Sr. Vicente se aprovechaba para humillarse de todas las ocasiones, como ya lo hemos indicado en este Capítulo, y aunque se pueda decir sin equivocarse que toda clase de cosas le servían de materia para practicar la humildad, sin embargo, tenía dos principales motivos, que venían a ser como los dos ejes sobre los cuales giraban todos los sentimientos que tenía sobre dicha virtud, y todos los actos que hacía y aconsejaba a otros.

El primero era el gran conocimiento y los puntos de vista singularísimos que poseía de las infinitas perfecciones de Dios y de los defectos de las criaturas, que le daban motivos para considerar una injusticia el no humillarse siempre y en todo, dada la condición desgraciada del hombre y la grandeza y santidad infinita de Dios. Veamos con

qué palabras habló un día a los suyos acerca de esta cuestión: *«Verdaderamente, señores y hermanos míos, si todos queremos estudiarnos para conocernos bien a nosotros mismos, hallaremos que es muy justo y muy razonable despreciarse a sí mismo. Porque si de un lado consideramos seriamente la corrupción de nuestra naturaleza, la ligereza de nuestro espíritu, las tinieblas de nuestro entendimiento, el desarreglo de nuestra voluntad y la impureza de nuestros afectos; y, por otro lado, si pesamos correctamente en el peso del Santuario nuestras obras y nuestras producciones, nos encontraremos con que el conjunto en muy digno de desprecio. Pero, ¿qué?, me dirán ustedes, ¿pone usted dentro de ese número las predicaciones que hemos hecho, las confesiones que hemos oído, los desvelos y los sinsabores que hemos aguantado por el prójimo y por el servicio de Nuestro Señor? Sí, señores, si repasamos nuestras mejores acciones, nos encontraremos con que la mayor parte de ellas las hemos realizado mal en cuando al modo y, a menudo, en cuanto al fin; y que, de cualquier manera que las consideremos, puede haber tanto mal como bien; porque, díganme, les ruego: ¿qué es lo que puede producir la nada? y ¿qué puede hacer el pecado? y ¿qué otra cosa es lo que tenemos de nosotros mismos, sino la nada y el pecado? Tengamos, pues, por cierto, que en todo y por todo somos dignos de rechazo y siempre muy despreciables, a causa de la oposición que tenemos por nosotros mismos a la santidad y a las demás perfecciones de Dios, a la vida de Jesucristo y a las operaciones de su gracia. Lo que nos persuade aún más esta verdad es la inclinación natural y continua que tenemos al mal, nuestra impotencia al bien y la experiencia, que tenemos todos, de que, incluso cuando pensamos que hemos salido bien en un acto, o coincidido perfectamente en nuestros pareceres, sucede todo lo contrario, y Dios permite frecuentemente que seamos despreciados. Así que si tratamos de conocernos bien, veremos que en todo lo que pensamos, decimos y hacemos, sea en la sustancia o en las circunstancias, estamos llenos o rodeados de motivos de confusión y de desprecio; y si no nos queremos halagar, nos veremos no solamente peores que los demás hombres, sino peores, en cierto modo, que los demonios del infierno; porque, si esos desgraciados espíritus tuvieran a disposición las gracias y los medios que nos han dado para ser mejores, harían mil y mil veces mejor uso de ellas que lo que nosotros hacemos».*

El segundo motivo era el ejemplo y las palabras de Jesucristo, a quien siempre tenía ante sus ojos y exponía a los ojos de los demás. Citando un día sobre este tema, en una charla pronunciada ante los suyos, estas palabras de Jesucristo: Aprended de Mí, que soy humilde de corazón,y estas otras: El que se humilla será ensal zado, y el que se ensalza, será humillado,añadió lo que sigue: *«¿Qué es la vida del Divino Salvador, sino una humillación continua, activa y pasiva? La ha amado de tal modo, que nunca la dejó a un lado en la tierra durante su vida; y aún después de su muerte, ha querido que la Iglesia nos haya representado su Persona divina por la figuración de un crucifijo, con el fin de aparecer ante nuestros ojos en un estado de ignominia, como suspendido por nosotros como un criminal, y como habiendo sufrido la muerte más deshonrosa y más infame que se haya podido jamás imaginar. ¿Por qué eso? Porque conocía la excelencia de las humillaciones y la malicia del pecado contrario, que no solamente agrava los otros pecados, sino que hace viciosas las obras, que de por sí no son malas, y puede inficionar y corromper las que son buenas, incluso las más santas».*

El Sr. Vicente, como tenía el espíritu y el corazón lleno de esos dos grandes motivos de la humildad, no hay por qué extrañarse, si en todas las ocasiones manifestaba tanta estima por esta virtud, y si se esforzaba en plantarla bien antes en los corazones de toda clase de personas, especialmente de sus Hijos queridos, para que pudieran echar allí profundas raíces. Veamos en qué términos les habló un día sobre ella: *«La humildad es una virtud tan amplia, tan difícil y tan necesaria, que nunca pensaremos bastante en ella. Es la virtud de Jesucristo, la virtud de su Santa Madre, la virtud de los mayores Santos, finalmente la virtud de los Misioneros. Pero ¿qué digo? Sería mejor decir que deseamos tenerla; cuando digo que es la virtud de los Misioneros, quiero decir que es la virtud que más necesitan y de la que han de sentir más ardiente deseo; pues, esta insignificante Compañía, que es la última de todas, sólo tiene que asentar su fundamento en la humildad, como en su virtud propia; si no, nunca haremos nada que valga la pena, ni dentro ni fuera de ella. Sin la humildad, no hemos de esperar ningún progreso nuestro, ni beneficio alguno para el prójimo. ¡Oh Salvador! Danos esta virtud, que es tan tuya, que Tú mismo la enseñaste al mundo, y a la que quieres con tanto afecto. Y ustedes, señores, sepan que el quiera ser un buen Misionero, se ha de esforzar continuamente en adquirir esa virtud y perfeccionarse en ella, evitando, sobre todo, cualquier pensamiento de orgullo, de ambición y de vanidad, que son los peores enemigos con los que puede tropezar. Hay que cortarlos en seguida de raíz apenas aparezcan, para exterminarlos, y vigilar con mucha atención para que no se cuelen en nuestra alma. Sí, lo afirmo sin duda alguna, si somos verdaderos Misioneros, hemos de estar todos y cada uno muy contentos de que nos tengan por espíritus pobres y ruines, por personas sin virtud, que nos traten de ignorantes, que nos injurien y desprecien, que reprochen nuestros defectos, que digan que somos insoportables por nuestras miserias e imperfecciones»*

«Paso todavía más adelante, y digo que debemos de estar muy contentos, porque dicen de nuestra Congregación, en general, que es inútil para la Iglesia, que está compuesta de pobres hombres, que no sale bien parada en todo lo que emprende, que sus actividades en el campo son infructuosas, los Seminarios sin gracia, las Ordenaciones sin orden. Sí; si poseemos el verdadero espíritu de Jesucristo debemos alegrarnos por ser considerados así, como acabo de decirles. Pero, replicará alguno: Señor, ¿qué es lo que usted dice? Durus est hic ser mo.Ciertamente, les confieso que sí, que esto es muy duro a la naturaleza, y que le es a uno muy difícil persuadirse que ha hecho mal; y todavía más, el sufrir que lo crean, y que se lo echen en cara; pero también eso le es bien fácil comprender a un alma que posee la verdadera humildad, y que se conoce tal cual es: tan lejos está de entristecerse por eso, que, al contrario, se alegra, y está muy contenta al ver que, por sus humillaciones y por su insignificancia, Dios sea exaltado y glorificado. Sé bien, que Nuestro Señor hace la gracia a muchos de la Compañía de ir a pleno vuelo en esta virtud, y de animar sus actos con el deseo de su propio anonadamiento, y del gusto a ocultarse y a confundirse. Pero es necesario pedir a Dios que haga El la misma gracia a todos los demás, a fin de que no tengamos otras pretensiones que rebajarnos y anonadarnos por el amor y por la gloria de Dios y, que, finalmente, la virtud propia de la Misión sea la humildad. Para que ustedes se aficionen más a ella, fíjense en lo que les voy a decir: que si alguna vez han oído ustedes relatar por personas de fuera algún bien que haya sido hecho por la

Compañía, verán ustedes que se debe a que ha aparecido en ella algún rastro de humildad, y que ellas le han visto practicar algunos actos bajos y despreciables, como instruir a los campesinos y servir a los pobres. Igualmente, si ustedes ven a los Ordenandos salir de sus Ejercicios edificados de la casa, si se fijan bien, ustedes lo reconocerán, que es porque han notado una forma de actuar humilde y sencilla, que es una novedad para ellos y un encanto y un atractivo para todo el mundo. Sé que en la última Ordenación, un eclesiástico, que estuvo aquí durante los Ejercicios, ha manifestado en un escrito que ha dejado por descuido, los grandes sentimientos de piedad que se llevaba de aquí, por un barniz de humildad que había observado».

Otra vez hablando de esta misma virtud a los suyos: *«Fíjense* —les dijo— *en la recomendación que Nuestro Señor nos hizo con estas palabras: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y suplíquenle que les dé el poder entender bien esas palabras. Si conseguimos sólo que nos dé el deseo de las humillaciones, ya será bastante, aunque no lleguemos a conocer esta virtud, como Nuestro Señor, que sabía la relación que guarda con las perfecciones de Dios, su Padre, y con la bajeza del hombre pecador. Es verdad que nosotros sólo veremos esto muy oscuramente en nuestra vida, pero hemos de tener, incluso en medio de las tinieblas, la confianza de que, si nuestro corazón se aficiona a las humillaciones, Dios nos dará la humildad, nos la conservará y nos la aumentará por los actos que nos hará llevar a cabo. Pues un acto de virtud bien hecho dispone para hacer otro, y el primer grado de humildad sirve para subir al segundo, y el segundo al tercero, y así sucesivamente».*

«Recuerden, señores y hermanos míos, que Jesucristo, hablando del publicano, dijo que su *oración había sido escuchada; que si El ha rendido este testimonio de un hombre que había sido un malvado toda su vida, ¿qué no deberemos esperar nosotros, si somos verdaderamente humildes? Por el contrario, ¿qué le ocurrió al fariseo? Era un hombre separado del resto del pueblo por su condición, que venía a ser como una especie de Religión entre los Judíos, y, según ella, oraba, ayunaba y hacía muchas otras cosas buenas, a pesar de las cuales no dejó de ser reprobado por Dios. Y ¿por qué eso? Porque miraba sus obras buenas con complacencia, y se dejaba llevar de la vanidad por ellas, como si las hubiera hecho por su propia virtud. Miren, pues, a un justo y a un pecador, delante del trono de Dios. Y porque el justo está sin humildad es rechazado y reprobado con sus obras buenas, y lo que parecía virtuoso en él, se convierte en vicio. Por el contrario, vean a un pecador, que reconociendo su miseria, y movido por un verdadero sentimiento de humildad, se queda a la puerta del Templo, se golpea el pecho, y no se atreve a levantar los ojos al cielo; y por esa humilde disposición de corazón, aunque había entrado en el Templo culpable de muchos pecados, sin embargo, sale justificado de allí; y una sola humillación ha sido para él un medio de salvación. En eso podemos ver que la humildad, cuando es verdadera, introduce en el alma las demás virtudes, y que humillándose profunda y sinceramente, de pecador que era, se hace justo. Sí, por muy criminales que seamos, si recurrimos a la humildad, hará que seamos justos; y, por el contrario, aunque fuéramos como ángeles y sobresaliéramos en las más grandes virtudes, como no disponen de base, no pueden subsistir, y, al quedar destruidas por falta de humildad, nos hacemos*

semejantes a los condenados, que no tienen ninguna. Quedémonos bien con esta verdad, señores, y que cada uno de nosotros lo grabe bien antes en su corazón, y que diga, hablando consigo mismo: Aunque tuviera todas las virtudes, si, con todo, carezco de humildad, me engaño; y pensando ser virtuoso, sólo soy un soberbio fariseo, y un Misionero abominable. ¡Oh Salvador Jesucristo! Difunde sobre nuestros espíritus esas luces divinas de las que estaba llena tu alma y que Te hacen preferir la contumelia a la alabanza. Abrasa nuestros corazones de los santos afectos, que abrasaban y consumían el tuyo, y que Te han hecho buscar la gloria de tu Padre celestial en Tu propia confusión. Haz por Tu gracia, que comencemos desde ahora a rechazar todo lo que no vaya dirigido a tu honor y a nuestro desprecio, todo lo que huela a vanidad, a ostentación y a propia estima; que renunciemos, una vez por todas, al aplauso de los hombres tramposos y embusteros, y a la vana imaginación del éxito en nuestras obras; finalmente, Salvador mío, que aprendamos a ser verdaderamente humildes de corazón por tu gracia y por tu ejemplo».

Una mañana al terminar la meditación, preguntó a uno de los suyos, en presencia de la Comunidad reunida, qué pensamientos había tenido en su meditación; y el interesado le respondió que había pasado parte de ella con una pena espiritual. Entonces, tomándola como tema de la Conferencia, le dijo: *"Es una buena práctica fijarse en el detalle de las cosas humillantes, cuando la prudencia permite que se las declare en alta voz, a causa del provecho que se saca de ahí, sobreponiéndose a sí mismo en la repugnancia que siente en descubrir y manifestar lo que la soberbia quisiera tener guardado. San Agustín hizo públicos sus pecados secretos de juventud, componiendo con ello un libro, para que toda la tierra supiera todas las impertinencias de sus errores y los excesos de sus desenfrenos. Y el vaso de elección, San Pablo, el gran Apóstol, que fue arrebatado hasta el cielo, ¿no confesó que había perseguido a la Iglesia? El mismo lo ha puesto por escrito, para que hasta el fin del mundo se supiera que había sido un perseguidor. Ciertamente, si uno no se fija en sí mismo, y si no se hace alguna violencia para declarar las propias miserias y defectos, sólo se dirán las cosas que pueden provocar estima, y se ocultarán las que produzcan confusión: eso es lo que hemos heredado de nuestro primer padre Adán, quien después de haber ofendido a Dios fue a esconderse».*

«He pasado visita varias veces en algunas casas de religiosas, y con frecuencia he preguntado a varias de ellas a qué virtud tenían más aprecio y atracción. Lo preguntaba también a las que sabía que gustaban menos de las humillaciones; pero apenas, entre veinte, he hallado una que no me dijera que era la humildad. Tan cierto es esto, que todos encuentran a esta virtud hermosa y amable. ¿De dónde procede, pues, que haya tan pocos que la abracen, y aún menos que la posean? De que uno se contenta con considerarla, y no se esfuerza en adquirirla: es encantadora en la especulación, pero en la práctica tiene una cara desagradable a la naturaleza; y sus actos no nos gustan, porque nos obligan a escoger siempre el lugar más bajo, a ponernos debajo de los demás y de los menores, a sufrir las calumnias, a buscar el desprecio, a amar la abyección, que son todas ellas cosas a las que aborrecemos. Y por eso, es necesario que pasemos por encima de esa repugnancia, y que cada uno se haga algún esfuerzo para llegar a la práctica actual de esta virtud. De otra forma, no la adquirimos nunca. Sé muy bien que, por la gracia de Dios, hay entre

nosotros quienes practican esta virtud divina, y quienes no solamente no tienen buena opinión ni de sus talentos, ni de su ciencia, ni de su virtud, sino que se consideran muy miserables, y que quieren ser reconocidos por tales, y que se ponen por debajo de todas las criaturas; y es necesario que les diga que yo no veo nunca a esas personas sin que me produzcan confusión en el alma, porque son un reproche secreto de orgullo, que está en mí; tan abominable soy. Pero esas almas están siempre contentas, y su alegría sube hasta su cara, porque el Espíritu Santo, que reside en ellas, las colma de paz, de modo que no hay nada que sea capaz de perturbarlas: si las contradicen, quedan conformes; si se las abruma con ocupaciones, trabajan a gusto; y por difícil que sea una cosa que les han ordenado, se entregan a ella gustosamente, confiándose a la virtud de la santa obediencia; las tentaciones que se les presentan, sólo sirven para afincarlas más en la humildad, y para hacerlas acudir a Dios, y para volver así victoriosas del demonio; de modo que no tienen ningún enemigo para combatir, fuera del orgullo, que nunca nos da treguas durante esta vida, sino que ataca, de diversas maneras, hasta a los Santos más grandes que están en la tierra, inclinando a unos a complacerse vanamente en el bien que han hecho, y a otros, en la ciencia que han adquirido; a éstos, a presumir que son los más ilustrados, y a éstos otros, a creerse los mejores y los más firmes. Por eso, tenemos un motivo muy grande para pedir a Dios que quiera garantizar y preservarnos de ese vicio pernicioso, que tanto más de temer, es cuanto que sentimos todos una inclinación natural hacia él. Y, además, debemos estar vigilantes, y llevar la contraria a lo que la naturaleza corrompida nos quiere llevar: si nos eleva, rebajémonos; si nos excita a los deseos del aprecio de nosotros mismos, ocultemos lo que nos puede hacer notar, y prefiramos las acciones bajas y viles a las que llevan consigo el brillo, y que son honrosas. Finalmente, recurramos frecuentemente al amor de nuestra abyección, que es un refugio seguro para ponernos a cubierto de semejantes agitaciones, que esta inclinación desgraciada, que tenemos en el orgullo, nos suscita incesantemente. Pidamos a Nuestro Señor, que le sea agradable atraernos junto a El por el mérito de las humillaciones adorables de su Vida y de su Muerte. Ofrezcámosle, cada uno para sí y solidariamente unos por otros, todas las que podamos practicar, y practiquemos este ejercicio por el único motivo de honrarlo y confundirlo».

En otra ocasión, hablando a los mismos sobre el asunto tratado en una Conferencia: «*Los Señores Eclesiásticos, que se reúnen aquí —les dijo— tomaron como tema de su Conferencia, el martes pasado, las virtudes que cada uno de ellos había observado en el difunto Sr. Abad Olier, que era de su Compañía. Entre las cosas que dijeron, una de las más interesantes fue que ese gran Siervo de Dios tendía ordinariamente a rebajarse en sus palabras y que, entre todas las virtudes, la que procuraba practicar de manera especial era la humildad. Pues bien, mientras ellos hablaban, yo iba considerando los cuadros de esos santos personajes, que hay en nuestra sala, y me decía a mí mismo: ¡Señor Dios mío! ¡Si pudiéramos penetrar de bidamente en las verdades cristianas como ellos lo hicieron y conformarnos con ese conocimiento! ¡Cuánto bien haríamos, y cuán de otra manera obraríamos que lo que hacemos ahora!Por ejemplo, deteniéndome en el retrato del Bienaventurado Obispo de Ginebra, pensaba que, si mirásemos las cosas del mundo con los mismos ojos con que él las miraba, si hablásemos de ellas con los mismos*

sentimientos con que él hablaba y nuestros oídos no estuvieran abiertos más que a las verdades eternas, como estaban los suyos, entonces la vanidad no tendría mucho que hacer en nuestros sentimientos y en nuestros espíritus».

«Pero, sobre todo, señores, si consideramos atentamente ese hermoso cuadro, que tenemos ante los ojos, ese admirable original de la humildad, Nuestro Señor Jesucristo, ¿podríamos acaso dar entrada en nuestras almas a alguna buena opinión de nosotros mismos, viéndonos tan alejados de su prodigioso espíritu de humildad? ¿Seríamos tan temerarios que nos preferiríamos a los demás, viendo que El fue pospuesto a un asesino? ¿Tendríamos acaso miedo de que nos reconocieran como miserables, al ver al inocente, tratado como un malhechor, muriendo entre dos criminales, como el más culpable? Pidámosle a Dios, señores, que nos preserve de semejante ceguera; pidámosle la gracia de tender siempre a nuestro rebajamiento; confesemos delante de El y delante de los hombres, que, por nosotros mismos, no somos más que pecado, ignorancia y malicia; deseemos que así lo crean todos y que todos nos desprecien. En fin, no perdamos ninguna ocasión de rebajarnos por medio de esta santa virtud».

«Pero no es bastante desearlo y decidirse a ello, como muchos lo hacen; es menester hacerse violencia para llegar a la práctica de los actos de esta virtud, y esto es lo que no se hace suficientemente».

Un Sacerdote de la Misión, que estaba trabajando en Artois, de donde era natural, hizo imprimir, por propia iniciativa, un resumen del Instituto de la Congregación de la Misión. Habiéndolo sabido el Sr. Vicente, quedó muy contrariado, al ver que aquello era totalmente opuesto al espíritu de humildad que él observaba y se esforzaba, por todos los medios, en inculcar en todos los miembros de su Compañía. Por eso lo escribió en estos términos: *«Si por un lado me he alegrado, al enterarme de que usted está de vuelta en Arras, por el otro estoy muy afligido, al ver que usted ha impreso ahí el Resumen de nuestro Instituto. Por eso, he sentido un dolor tan sensible, que no se lo puede expresar; porque ¡cuidado que es una cosa muy opuesta a la humildad publicar lo que somos y lo que hacemos! Eso es ir contra el ejemplo de Nuestro Señor, que no quiso que, mientras El estuviera en la tierra, se escribieran sus palabras ni sus obras. Si hay algún bien en nosotros y en nuestro modo de vivir, es de Dios, y es El quien ha de manifestarlo, si así lo juzga conveniente. Pero en cuanto a nosotros, que somos unos pobres ignorantes y pecadores, nos debemos ocultar como inútiles para todo bien, y como indignos de que piensen en nosotros. Por eso, señor, Dios me ha concedido la gracia de mantenerme firme hasta el presente para no consentir, de ningún modo, que se hiciera imprimir nada que diera a conocer y apreciar la Compañía, aunque me han urgido mucho, especialmente por algunas Relaciones llegadas desde Madagascar, de Berbería y de las Islas Hébridas. Y aún menos hubiera permitido la impresión de una cosa que se refiere a la esencia y al espíritu, al nacimiento y al progreso, a las funciones y al fin de nuestro Instituto. Y pluguiera a Dios, señor, que todavía estuviese sin hacer, pero ya que no hay remedio, tengamos paciencia. Le ruego solamente que no haga nunca más nada que se refiera a la Compañía sin advertírmelo antes».*

El Siervo de Dios, verdaderamente humilde, no se cansaba de repetir y de inculcar a su Compañía esas hermosas lecciones de humildad. He aquí cómo les habló en otra ocasión: *«Dios no nos ha enviado para tener cargos y ocupaciones honorables, ni para obrar o hablar con pompa y con autoridad, sino para servir y evangelizar a los pobres, y realizar las demás actividades de nuestro Instituto de una forma humilde, sencilla y familiar. Por eso, podemos aplicarnos lo que dice San Juan Crisóstomo en una de sus homilías que, mientras sigamos siendo ovejas por una verdadera y sencilla humildad, no sólo no nos devorarán los lobos, sino que incluso los convertiremos en ovejas; por el contrario, si nos salimos de esta humildad y sencillez, que es propia de nuestro Instituto, perderemos la gracia, que les está vinculada, y no conseguiremos ninguna en los actos brillantes. Ciertamente, ¿es justo que un Misionero, que por su humilde profesión se ha hecho digno de las bendiciones del cielo y de la aprobación y estima de los hombres, se vea privado de aquéllas y de éstas por dejarse llevar a unas obras en las que anda mezclado el espíritu del mundo, por el honor que allí se busca, y que son opuestas al espíritu de su vocación? ¿No hay motivos para temer que se disipe en el aire y que caiga en el desorden, lo mismo que se dice de aquel siervo que, al convertirse en amo, se hizo, al mismo tiempo, orgulloso e insoportable? El difunto Sr. Cardenal de Bérulle, gran siervo de Dios, solía decir que era conveniente estar abajo; que la condición de los pequeños es más segura, y que había no sé qué malignidad en la condición de los altos y elevados; que, por eso, los Santos habían huido siempre de las dignidades, y que Nuestro Señor, para convencernos con su ejemplo lo mismo que con su palabra, había dicho de Sí mismo, que había venido al mundo a servir y no a ser servido».*

Tenía por norma, que la humildad era la raíz de la caridad, y que cuanto más humilde fuera una persona, tanto más caritativa se haría para con el prójimo. A propósito de esto, hablando un día a los suyos, les dijo: «*Desde hace setenta y siete años que Dios me sufre sobre la tierra, he pensado y repensado muchas veces en los medios más apropiados para adquirir y conservar la unión y la caridad con Dios y con el prójimo; pero no he hallado uno mejor, ni de mas eficacia, que la santa humildad: la de rebajarse siempre por debajo de todos los demás, no juzgar mal de nadie y considerarse el menor y el peor de todos. Porque es el amor propio y el orgullo el que nos ciega, y el que nos lleva a defender nuestras ideas contra las de nuestro prójimo».*

Otra vez afirmaba: *«Que no hemos de poner nunca los ojos, ni fijarnos en lo bueno que haya en nosotros, sino procurar conocer lo que hay de malo y de defectuoso, pues éste es un gran medio para conservar la humildad». —Y añadía que «ni el don de convertir a las almas, ni todos los demás talentos externos que hay en nosotros, son nuestros, pues sólo somos sus depositarios, y con todo ello podemos condenarnos. Por tanto, que nadie puede sentirse orgulloso ni complacerse en sí mismo, ni concebir estima alguna de sí mismo, al ver que Dios realiza grandes cosas por su medio; sino que es entonces, cuando más hay que humillarse y reconocerse como un instrumento ruin del que Dios se digna servirse, lo mismo que la vara de Moisés, que realizaba prodigios y milagros, sin ser más que una vara vulgar y un palito frágil».*

CAPITULO XIV pág. 699

Obediencia

No podríamos empezar mejor este Capítulo de la Obediencia del Sr. Vicente, más que narrando los sentimientos que tenía de esta virtud. Los ha ido declarando en varias circunstancias, pero especialmente en los consejos saludables que daba sobre este tema a sus queridas hijas las Religiosas del primer Monasterio de la Visitación de esta ciudad de París.

Ellas han manifestado que el gran Siervo de Dios, que fue su primer Padre Espiritual, entre todas las virtudes les recomendaba a menudo la de la Obediencia y la de la Exactitud en la regularidad, hasta en las menores observancias.

«Sentía un afecto muy especial en fundamentar bien las virtudes de la Obediencia y de la Exactitud en la Comunidad de ellas, y les decía que esas dos virtudes eran las que, si se practican con perseverancia, hacían la Religión; que para animarse a ello, era útil discutir familiarmente entre todas, y hablar de su excelencia y su hermosura; que era necesario tomarle gusto, ante la complacencia que Dios halla en las almas religiosas que son fieles a ella, y porque el que es su Divino Esposo amaba de tal modo esas virtudes, que la menor tardanza en la Obediencia le era desagradable; que un alma verdaderamente religiosa, que ha profesado esa virtud ante la faz de la Iglesia, debe volverse delicada para cumplir lo que ha prometido; y que, si se relaja en una cosita, pronto se relajará en una mayor; que todo el bien de la Criatura consistía en el cumplimiento de la voluntad de Dios; y que esa voluntad se hallaba especialmente en la práctica fiel de la Obediencia y en la exacta observancia de las Reglas del Instituto; que no se podía rendir un servicio más verdadero a Dios que con la práctica de la Obediencia, pues por ella El realiza sus planes sobre nosotros; que su pura gloria se encuentra allí con el aniquilamiento del amor propio, y de todos sus intereses, que es a lo que debemos tender principalmente; y que esta práctica ponía al alma en la verdadera y perfecta libertad de los Hijos de Dios».

«Recomendaba mucho renunciar al propio juicio, mortificarlo, para someterlo al de los Superiores; y decía que la obediencia no consistía solamente en hacer al momento lo que se nos manda, sino en estar dispuestos a hacer todo lo que nos podrían mandar en todas las ocasiones; que era preciso mirar a los Superiores como si estuvieran en lugar de Jesucristo en la tierra y rendirles, en consideración de tales, un respeto muy grande; que murmurar contra ellos era una especie de apostasía interna, porque, como la apostasía externa se comete dejando el hábito y la Religión y separándose de su cuerpo, también la apostasía interna se hace, cuando se separa de los Superiores, contradiciéndoles en espíritu, y apegándose a ideas particulares y contrarias a las de ellos. Y ése es el mayor de todos los males, que ocurren en las Comunidades, y que el alma religiosa evitará esa

desgracia, cuando se mantenga en santa indiferencia, y se deje conducir por sus Superiores».

Decía también acerca de este tema de la obediencia, que era necesaria como fundamento de la verdadera sumisión que se debe observar en una Comunidad, y que para eso había que considerar atentamente las cosas siguientes:

1. La cualidad de los Superiores, que tienen en la tierra el lugar de Jesucristo en lo que a nosotros toca»

2. El desvelo que mantienen y la solicitud que se toman, para llevarnos a la perfección, pasando a veces noches enteras en vela, y teniendo a menudo el corazón lleno de angustia, pendientes de que los súbditos gocen buenamente de la paz y de la tranquilidad que producen los desvelos y los trabajos de los que les dirigen, y sus molestias son tanto más grandes, cuanto que tienen más motivo de temer la cuenta que están obligados a dar a Dios»

3. La recompensa prometida a las almas verdaderamente obedientes, incluso en esta vida; porque, además de las gracias merecidas por esta virtud, Dios se complace en hacer la voluntad de quienes por Su amor someten su voluntad a sus Superiores»

4. El castigo que deben temer los que no quieren obedecer. Dios ha hecho ver un ejemplo bien terrible en el castigo que Su justicia ejerció sobre Coré, Datán y Abirón por haber despreciado a Moisés, su superior, y, a causa de ese desprecio, haber ofendido gravemente a Dios, quien dijo, hablando a los Superiores que su Providencia ha instaurado en su Iglesia: Quien a vosotros os oye, a Mí me oye; y quien a vosotros os desprecia, a Mí me desprecia»

5. El ejemplo de la obediencia, que Jesucristo vino a darnos a los hombres; habiendo preferido morir, que desobedecer. Y ciertamente sería una dureza de corazón muy grande ver a Dios obedeciendo hasta la muerte por nuestra causa, y nosotros, insignificantes y miserables criaturas, rehusar someternos por amor a El»

«Añadía, que para practicar perfectamente esta virtud era preciso obedecer:

1. Voluntariamente, haciendo doblegar nuestra voluntad bajo la voluntad de los Superiores»

2. Sencillamente, por amor de Dios, y sin permitirle nunca a nuestro entendimiento rebuscar o examinar el por qué nuestros Superiores mandan tal o cual cosa»

3. Prontamente, sin usar de ningún retraso, cuando se trata de ejecutar lo que está mandado»

4. Humildemente, sin pretender ni desear sacar ninguna alabanza o aprecio de la obediencia, que se hace»

5. Animosamente, no desistiendo y no deteniéndose por las dificultades, sino superándolas con energía y generosidad»

6. Alegremente, ejecutando, lo que está mandado, de buena gana, y sin dar muestras de repugnancia alguna»

7. Con perseverancia, a imitación de Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte»

No debemos considerar lo que el Sr. Vicente decía o enseñaba como unas lecciones de un Maestro o unas exhortaciones de un Predicador, que no hace, a veces, lo que enseña a los demás, sino como puras expresiones de los sentimientos más sinceros de su corazón, y como verdaderos testimonios de lo practicado por él en lo tocante a esa virtud, a la que animaba a los demás tanto con sus ejemplos, como con sus palabras

Y, en primer lugar, la gran virtud del Sr. Vicente era mantenerse continuamente en una entera y absoluta dependencia de Dios, y someterse fiel y perfectamente a todo lo que veía que Le era agradable, de manera que en verdad se puede decir, que Dios halló en él a un hombre según Su corazón, siempre presto y dispuesto a llevar a cabo todos Sus deseos, como lo hemos visto ampliamente en los Capítulos anteriores. Con esa santa disposición, cuando llegó de Roma a París, una de las primeras cosas que hizo fue escoger un Director Espiritual, para que, siguiendo sus avisos y consejos, pudiera obedecer a Dios y responder a Sus designios. Ese Director fue el Rev. P. de Bérulle, quien más tarde fue Cardenal de la Santa Iglesia. Por someterse a su dirección, aceptó más adelante durante algún tiempo la parroquia de Clichy, y a continuación entró en la casa de Gondi para ser CapellánLimosnero del Sr. General de las Galeras y de su Señora Esposa, y preceptor de los Señores Hijos de ambos y, al final, como la Señora deseara tomarlo de confesor y de director de su alma, él sólo consintió en ello por obediencia; pues hizo falta que la virtuosa Dama acudiera al Señor de Bérulle, con el fin de que se lo ordenara. Así es como, no queriendo hacer nada por sí mismo, se mantenía siempre sometido a las órdenes de Dios

Pero, no contento con obedecer a Dios, también se sujetó, siguiendo la palabra del Santo Apóstol, a toda humana criatura por amor a Dios, principalmente a las autoridades espirituales y temporales, tanto en las cosas odiosas y humillantes, como en las fáciles y honorables

Obedecía, sobre todo, a Nuestro Santo Padre el Papa alegremente y sin réplica, porque, como lo consideraba Vicario de Jesucristo y Soberano Pastor de la Iglesia, le estaba sometido con todo su juicio y con todo su afecto

Sólo por motivo de obediencia fue como aceptó el cargo de Superior General de la Congregación, al habérselo impuesto el Papa Urbano VIII en la misma Bula por la que Su

Santidad había aprobado el Instituto de la Misión

Llevaba a todos los Misioneros sometidos a su dirección a prestar, como él, una perfecta obediencia a la Santa Sede, iniciándolos en la práctica de esta Regla, que les ha dejado por escrito en estos términos: *«Obedeceremos exactamente a todos nuestros Superiores y a cada uno de ellos, viéndolos en Nuestro Señor y a Nuestro Señor en ellos, principalmente a Nuestro Santo Padre el Papa, a quien obedeceremos con todo el respeto, la fidelidad y la sinceridad posible».*

Hemos hecho ver en otro lugar la plenitud de aprecio y de veneración, que el Sr. Vicente ha tenido a los Sres. Obispos. Y ahora diremos una palabra de la perfecta sumisión, que siempre les ha tenido y de la obediencia entera, que ha querido que los de su Congregación les rindieran, en lo tocante a las funciones de su Instituto. Porque, aunque la Santa Sede haya juzgado necesario ordenar, cuando aprobó la Congregación de la Misión, que el Superior General se encargará del cuidado y de la dirección de los miembros que la componen, tanto para lo interno, es decir, a la dirección de sus almas y a su progreso en la práctica de las virtudes apropiadas a su vocación, como para lo externo, que se refiere a la observancia de las Reglas de la Congregación, las disposiciones domésticas, la administración temporal y la disponibilidad de las personas para los sitios y para las actividades, con el fin de que, siendo miembros de un mismo Cuerpo puedan de ese modo conservar en la diversidad de las diócesis en donde se encuentren el mismo espíritu y el mismo estilo, que Dios ha inspirado a su Fundador; además de que es muy conveniente que el Superior General, que tiene un conocimiento particular de los talentos y de las disposiciones de sus inferiores, pueda enviarlos a cada una de las misiones o sacarlos de ellas, y dedicarlos a las ocupaciones del Instituto y a otras cosas relacionadas con el buen orden de la Congregación. Sin embargo, en cuanto a las funciones, que se refieren a la asistencia del prójimo, el Sr. Vicente ha deseado y procurado que la Santa Sede tenga de tal manera sometida su Congregación a los Sres. Obispos, que los Misioneros no puedan hacer ningún trabajo de su Instituto, como son las Misiones, los Ejercicios de la Ordenación, las Conferencias de los Eclesiásticos, los Retiros Espirituales y la dirección de los Seminarios, sino bajo la autoridad y con el beneplácito y el permiso de los Ordinarios. Eso es lo que siempre ha observado el Sr. Vicente, y ha hecho observar a los suyos, con satisfacción de los Sres. Obispos, en las diócesis, donde han trabajado y trabajan todavía con la misma sumisión y obediencia, y de ella están muy decididos a no separarse jamás, con la gracia de Dios.

Aceptó el Sr. Vicente, hacia el año 1622, mucho antes de la erección de su Congregación, la dirección de las Religiosas de la Visitación de Santa María de la ciudad de París, tanto por obedecer al Bienaventurado Francisco de Sales, su Fundador e Instituidor, que se lo pidió, cuanto a Monseñor de París, que se lo ordenó. En eso ha dejado bien a la vista su fidelidad a la obediencia; porque, encargado como estaba de los cuidados y de los trabajos extraordinarios después de la fundación de la Compañía, y sus diversos compromisos en los grandes asuntos de piedad y el número de esas buenas Religiosas, que llenaron tres monasterios en París y uno fuera, por haber aumentado notablemente,

y exigiendo, por consiguiente, mucho tiempo y dedicación, trató varias veces de descargarse de su dirección, y la dejó totalmente una vez, de modo que, a pesar de una instancia que le hicieron por carta y por medio de personas de mucha categoría, no pudo nunca decidirse a volverla a tomar, al fin la aceptó sólo por obedecer al Sr. Arzobispo de París, quien lo comprometió nuevamente. Mas, para permitir a los de su Compañía dedicarse enteramente a las funciones que les son propias, creyó que era necesario alejarlos de la dirección y la frecuentación de las Religiosas. Y a este efecto, les ha dejado por Regla abstenerse por entero de dirigirlas, pues había reconocido por propia experiencia cuán incompatible resultaba ese trabajo con las funciones de ellos, y poco conveniente para su estado.

Quería, además de eso, que todos los suyos prestaran obediencia a los párrocos, cuando daban misiones en sus parroquias, y les recomendaba expresamente que no hicieran nada en ellas, ni, como él solía decir, remover siquiera una paja, sin su consentimiento. Escribiendo sobre eso a una persona de fuera, le dice, entre otras cosas: *«Tenemos como norma trabajar en servicio del público, con el beneplácito de los Sres. Párrocos, y no actuar nunca en contra de sus deseos. Al comienzo y al final de cada misión, recibimos su bendición con espíritu de dependencia».*

El también practicaba eso mismo con una maravillosa humildad; y aunque fuera enviado con los suyos por los Obispos, con plenos poderes para trabajar en las parroquias de sus diócesis, sin embargo, no quería hacer nada sin el consentimiento y el visto bueno de los párrocos. Observaba esto inviolablemente, tanto en la más pequeña aldehuela, como en los poblados más importantes. Eso es lo que ha hecho practicar siempre a los suyos, y eso es también lo que siguen haciendo.

En cuanto a la obediencia que es debida a los Reyes y a los Príncipes Soberanos declaró cierto día a los suyos los sentimientos que tenía sobre esa cuestión; y después de haberles representado de qué modo se sometían los primeros cristianos a los Emperadores y honraban su poder temporal, añadió las palabras siguientes: *«Debemos, Hermanos míos, siguiendo su ejemplo, obedecer siempre con fidelidad y sencillez a los Reyes, sin quejarnos nunca de ellos, ni murmurar por ningún motivo contra ellos. Y aunque tuviéramos que perder nuestros bienes y nuestras vidas, entreguémoslos con este espíritu de obediencia, antes de ir en contra de sus deseos, cuando no se oponga a ello la voluntad de Dios, pues los Reyes representan el poder soberano de Dios».*

Y para hacer ver cómo era la exactitud del Sr. Vicente en la obediencia al Rey, hasta en las cosas mínimas, aduciremos aquí un ejemplo, que es tanto más digno de ser destacado, cuanto el asunto es menos importante, y que, ciertamente, se hallarían pocas personas que se someterían hasta ese extremo. Un Hermano de la casa de San Lázaro encontró, dentro del cercado de dicha casa, unos huevos de perdiz; los cogió y los puso para incubar a una gallina; y habiendo nacido los perdigones y hecho ya grandes, los llevó en una jaula al Sr. Vicente, creyendo que le daría una ocasión para distraerse. Pero él se acordó de las Ordenanzas del Rey, que prohibían la caza, y le dijo al Hermano, sin

declararle su intención: Vamos a ver si esos pajaritos saben andar bien. Después de salir de la habitación, y atravesar con el Hermano el corral, entró en el cercado, donde están las tierras de labor, y allí le hizo abrir la jaula, y puso en libertad a los perdingoncillos, complacido al verlos correr para salvarse. Mas notó que el Hermano estaba un poco molesto por haber perdido toda su ilusión, y le dijo: Sepa, Hermano, que debemos obedecer al Rey, quien ha prohibi do la caza, y no quiere que se cojan ni los huevos ni la caza, y no podríamos desobe decer al Príncipe en estas cosas temporales, sin desagradar a Dios.

Pero al Sr. Vicente no le bastaba con practicar la obediencia con los que eran superiores, lo extendía también a toda clase de personas, y llevaba a los suyos a hacer lo mismo: «*Nuestra obediencia* —les decía— *no debe limitarse solamente a los que tienen el derecho de mandarnos, sino que tiene que ir más adelante; pues evitaremos faltar a la obediencia que es de obligación, si, como nos lo recomienda San Pedro, nos sometemos a toda humana criatura por amor de Dios. Hagámoslo, pues, y consideremos a todos los demás como superiores, y para ello pongámonos por debajo de ellos, incluso por debajo de los más pequeños, mostrándoles respeto, condescendencia y haciéndoles toda clase de servicios. ¡Qué hermoso sería, que Dios quisiera afianzarnos en esta santa práctica!».*

Exhortaba a los suyos al uso de esa condescendencia mutua, que es una especie de obediencia, por la comparación de los miembros de un cuerpo, que se acomodan y condescienden unos a otros por su bien y conservación común, de modo que lo que uno hace, el otro lo aprueba, y cooperan tanto cuanto pueden.

«Así —decía— *en una Comunidad es menester que todos los que la componen y que son como sus miembros sean condescendientes unos con otros. Con esta disposición, los sabios tienen que condescender con la debilidad de los ignorantes en las cosas en que no hay error ni pecado; los prudentes y sabios deben condescender con los humildes y los sencillos, non alta sapientes, sed humilibus consentientes. Y con esta misma condescendencia, no sólo hemos de aprobar los pareceres de los demás en las cosas buenas e indiferentes, sino incluso preferirlos a los nuestros, creyendo que los demás poseen luces y cualidades naturales o sobrenaturales mayores y más excelentes que nosotros. Pero hemos de evitar mucho condescender con los demás en las cosas malas, pues eso no sería virtud, sino un gran defecto, que provendría o del libertinaje del espíritu, o de nuestra cobardía y pusilanimidad».*

Efectivamente, hacía lo que decía, porque, ya lo hemos hecho notar, era muy condescendiente con los deseos de cualquiera en las cosas indiferentes; y también con los que tenían alguna debilidad de espíritu, pues tenía como norma, que era más conveniente acomodarse a la voluntad de los demás, que seguir los propios sentimientos. Y él había llegado hasta el extremo, como afirma un virtuoso eclesiástico, que lo ha conocido y observado durante varios años, de condescender con los deseos de toda clase de personas, y seguir las opiniones de las menores en las cosas indiferentes. Eso no quiere decir que él no pudiera conocer los asuntos mucho mejor que otros; su larga experiencia

en todas las cosas, unida a las luces recibidas de Dios, le daba medios para penetrar y discernir, en toda clase de situaciones, lo que era más conveniente hacer; pero ése era el uso que hacía de ellos, para no perder el mérito de la sumisión y de la obediencia, cuando se presentaba ocasión de practicarla.

Ejercitaba también esa misma virtud cediendo con gusto ante los pareceres de los demás, cuando lo podía hacer sin perjuicio de la verdad y de la caridad; y no se ha oído nunca que haya llevado la contraria, aunque se hayan tratado con él frecuentemente cuestiones difíciles, y había por qué discutir; pero él cedía ante las opiniones de los otros, o bien se callaba, después de haber alegado humildemente sus razones. Ciertamente, cuando se trataba del interés del servicio o de la gloria de Dios, se mantenía firme e inconmovible hasta tal punto, que le han visto persistir años enteros rehusando ciertas cosas que le pedían, porque juzgaba que no las podía conceder según Dios. Su norma más importante en esta cuestión era ésta: Tanta condescendencia como usted quiera, con tal de que Dios no sea ofendido. Pero cuando el interés de la gloria de Dios, o de la caridad del prójimo, o de la prudencia cristiana le obligaban a negar alguna cosa, lo hacía con tanta amabilidad, y con tanta mansedumbre y humildad, que una de sus negativas era mejor recibida, que el favor o el beneficio que alguna vez se pudiera obtener de otro.

Con ese espíritu de obediencia y de condescendencia escribió un día, a propósito de cierta dificultad ocurrida en una misión, al que era el Director, que siguiera más bien el parecer de otro que el suyo propio, exhortándole a que accediera siempre gustosamente ante los pareceres del prójimo. Con esa ocasión le citó a San Vicente Ferrer, que pone esta práctica como un medio de perfección y de santidad.

En ese mismo espíritu de condescendencia consintió tratar sobre una finca, que ofrecieron a la Comunidad de San Lázaro, pero con una pensión vitalicia tan grande, que juzgó que no debía aceptar aquella oferta, ni comprometerse en ella. Y, en efecto, se resistió durante dos años; pero los dueños de la finca, como tenían un gran deseo de quedar asegurados de por vida con la cuantiosa pensión, actuaron de tal forma que se ganaron el espíritu del difunto Sr. Prior de San Lázaro, con quien el Sr. Vicente tenía una condescendencia maravillosa. Y el buen Prior, pensando hacer un favor, le rogó y urgió de tal manera, que, por pura condescendencia con su voluntad, firmó el contrato, mas con el visto bueno de su Consejo, el cual le aseguró que lo podía hacer sin ningún peligro. Mientras estuvo obligado a pagar dicha pensión, la pagó fielmente a las personas ya indicadas hasta la muerte de ellas. Después de la muerte de ambas se entabló un proceso, y en él los Sacerdotes de la Misión perdieron la finca y casi todo el dinero adelantado, sin que el Sr. Vicente quisiera servirse de los medios que le facilitaban para interponer un recurso contra la sentencia, por miedo a faltar, aunque fuera un poco, a la sumisión que pensaba se debía a los jueces, prefiriendo perder la finca y el dinero, antes que el mérito de la obediencia.

También demostró en otra ocasión su exactitud y su celo por esa misma virtud en una ocasión, en la que parecía poder dispensarse fácilmente de ella. Habiendo recibido

una orden de la Reina Madre de que diera la misión en Fontainebleau, envió allí a unos Sacerdotes de su Comunidad, y, contra lo que esperaban, se encontraron allí con un Religioso que estaba predicando en aquel mismo tiempo. No por eso dejaron ellos de empezar la misión por obedecer a Su Majestad; pero suspendían los actos durante las horas en que aquel buen Religioso debía predicar, para que el pueblo tuviera plena libertad de acudir a sus sermones. Pero los habitantes del lugar, como habían oído las instrucciones familiares de la Misión, y les habían tomado más gusto que a las predicaciones del buen Padre, sucedió que solamente acudía a las predicaciones de éste un número muy corto de oyentes; y, por el contrario, la iglesia estaba repleta de gente cuando los misioneros ofrecían sus predicaciones y las instrucciones del Catecismo. Por eso, el predicador tuvo alguna envidia, de forma que no pudo contenerse sin manifestar su disgusto. Aquello les hizo a los Sacerdotes de la Misión dudar de lo que debían hacer, considerando por un lado la norma del Sr. Vicente, que era condescender y ceder en semejantes ocasiones, y como por otra parte, temían faltar a las órdenes que la Reina había dado de predicar la Misión, escribieron al Sr. Vicente para saber qué debían hacer. Mas él, al ver que se trataba de una cuestión de obediencia, la juzgó de tanta importancia, que envió en diligencia a un hombre expresamente donde Su Majestad, quien, por devoción, se había trasladado a Nuestra Señora de Chartres, con una carta; en ella le exponía la coincidencia con el predicador de Témporas, y la forma de actuar de los Sacerdotes de la Misión en semejantes casos, que era retirarse; y suplicaba muy humildemente a Su Majestad, que aceptara de buena gana que él los retirase. En cuanto la Reina accedió a la petición, el Sr. Vicente mandó a los Misioneros a trabajar en otros lugares, para no interrumpir a aquel Religioso y así condescender con él

El Sr. Vicente era exacto en la práctica de la obediencia, exigía también a los suyos una actitud semejante, y no podía soportar en ellos el menor defecto contra esta virtud, porque quería que estuviera en vigor en toda su Compañía, como una de las virtudes más importantes para su bien. Y cuando alguno faltaba a ella, sabía muy bien mantenerla. He aquí lo que hizo un día, a propósito de eso, con uno de los más antiguos y más regulares de sus Sacerdotes, a quien había recomendado una noche que descansara al día siguiente, porque le había hecho velar hasta muy tarde, y creía que necesitaba descanso. Pero el buen Misionero, que era muy exacto en hacer todos los días su oración a la hora habitual de la Comunidad, se levantó para estar con los demás en aquel acto, creyendo que la recomendación que le había hecho el Sr. Vicente, no lo obligaba tan estrictamente que no le permitiera levantarse como de costumbre. Mas el Sr. Vicente, que daba mucha importancia a la obediencia, le corrigió en la iglesia en presencia de todos los demás, al salir de la oración, obligándole a estar mucho tiempo de rodillas, aunque era de los mayores, y quien lo sustituía en la casa en su ausencia. El Sr. Vicente confesó que ésa era la primera falta contra la obediencia en la que lo había sorprendido, alabando en verdad su celo y su exactitud por un lado, pero condenando por el otro su fervor inconsiderado en lo que había hecho. Dijo a continuación cosas muy hermosas de la virtud de la obediencia, y contó, además del ejemplo de Saúl y de Jonatás, algún punto interesante de la Historia de Francia, que venía muy a cuento, para hacer ver mejor a los suyos la importancia de esta virtud.

CAPITULO XV pág. 707

Sencillez

La Sencillez es tanto más estimable entre los que hacen profesión de seguir las máximas de Jesucristo, cuanto que menos estimada es entre los seguidores de la vana y falsa sabiduría del mundo. Es esa virtud la que nos descubre los senderos de la verdadera justicia, y la que nos hace andar por los caminos rectos que conducen al Reino de Dios; o, por hablar todavía mejor, con San Gregorio, «Cordis simplicitas velut dies est, quam fraus non obnubilat, non tenebrat mendacium, non obscurat invidia, non offuscat dolus, quam lux veritatis illuminat, et praesentiae divinae claritas illustrat» Greg. in Psal. 4, Paenitentla sencillez es como un día sereno del alma cristiana, que no está turbado ni oscure cido por las nubes del fraude, ni de la mentira, ni de la envi dia, ni por los disfraces y artificios, sino que toma su luz de la misma verdad, y es iluminada por los esplendores de la pre sencia de Dios.

Esta virtud ha sido tan apreciada por los más grandes Santos de la Iglesia, que San Ambrosio, «Simplicitatem adeo coluit, ut conversus in puerum, simplicitate aetatis illius innoxiae, perfectam virtutis effigie et quodam innocentium morum speculo reluceret» Ambros. orat. De obitu Satyri fratrisen la Oración fúnebre pronunciaba en alabanza de San Sátiro, su hermano, la pone en el rango de las virtudes principales; y dice, que ese gran personaje, aunque, por otra parte, de una condición muy ilustre en el mundo, sin embargo tenía un amor tal a esta virtud, que parecía se había hecho como un niño por su sencillez, haciéndola aparecer en sus costumbres y en sus actos; y siendo toda su vida un perfecto espejo de inocencia.

Podemos hacer la misma alabanza a Vicente de Paúl con tanta mayor razón, pues habiendo vivido en un siglo muy corrompido, y hallándose comprometido mucho antes en el trato del mundo, y también entre los Grandes de la Corte, a pesar de eso, siempre ha conservado una perfecta inocencia, rectitud y sencillez de vida, de forma que su corazón ha sido como una madreperla, la cual, aunque rodeada y cubierta por las aguas del mar, no recibe ninguna gota, y no se alimenta más que del rocío del cielo.

San Bernardo tenía mucha razón, cuando dijo que «Rara virtus humilitas honorata» Bernardes una virtud muy rara la humildad conservada entre honores. Pero nosotros podemos añadir con razón, que es tanto, y quizás todavía más raro, hallar una verdadera sencillez de corazón, que se mantenga en su rectitud y su pureza en medio del ajetreo y las intrigas de los negocios y del comercio del mundo. Sin embargo, eso es lo que se ha visto y admirado en la persona del gran Siervo de Dios, que ha emergido, como una azucena de candor y de sencillez, entre las espinas y las zarzas de las que está cubierto todo el mundo.

«Decía que la sencillez nos hace ir derechos a Dios y derechos a la verdad, sin ostentación, sin rodeos, ni disimulos y sin ninguna atención al propio interés, ni respeto humano. Practicaba perfectamente lo que decía, de forma que debemos creer que esta virtud de la sencillez, que él poseía en un grado muy excelente, ha contribuido sobremanera a los felices resultados de sus santas empresas, atrayendo sobre él la bendición de Dios y la aprobación de los hombres; porque no hay nada que agrade tanto a Dios, y que gane más el afecto de toda clase de personas, que la rectitud y la sencillez del corazón, de vida y de palabras».

Como él tenía una estima especial por esta virtud, trataba también de insinuarla en el espíritu de los suyos, y hablándoles un día sobre que Jesucristo recomendaba a sus Discípulos que fueran sencillos como las palomas, les dijo: *«El Divino Salvador, al enviar a sus Apóstoles a predicar su Evangelio por todo el mundo, les recomienda en particular esta virtud de la sencillez, como una de las más importantes y necesarias para atraer sobre ellos las gracias del cielo, y para disponer los corazones de los habitantes de la tierra a escucharles y a creerles. Pues bien, no hablaba solamente a los Apóstoles, sino, en general, a todos los que su Providencia destinaba a trabajar en la predicación del Evangelio, y en la instrucción y conversión de las almas; y, por lo tanto, Jesucristo nos hablaba a nosotros, y nos recomendaba esta virtud de la sencillez, que es tan agradable a Dios, pues su complacencia está en hablar con los sencillos de corazón: Cum simplicibus sermocinatio eius. Piensen, Hermanos míos, qué consuelo y qué felicidad para los que son del número de los verdaderos sencillos, a los cuales les asegura la palabra de Dios que su ilusión es estar y conversar con ellos».*

«Nuestro Señor también nos hace conocer bien cuán agradable Le es la sencillez con estas palabras que El dirige a Dios su Padre: Confiteor Tibi, Pater, quia abs condisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Reconozco, Padre mío, y Te agradezco, porque la doctrina, que he aprendido de Ti, y que la propago entre los hombres sólo es conocida por los pequeños y los sencillos, y porque permites que los sabios y los prudentes del mundo no la entiendan, y porque el sentido y el espíritu de esta doctrina divina les está oculta. Ciertamente, si pensamos en estas palabras, deben espantarnos a nosotros que corremos tras la ciencia, como si toda nuestra felicidad dependiera de ella. No es que un Sacerdote y que un Misionero no deban tener ciencia, sino tanta cuanta necesite para satisfacer su ministerio, y no para contentar su ambición y su curiosidad. Es necesario estudiar y adquirir ciencia, pero con sobriedad, como dice el Santo Apóstol. Hay otros que alardean de inteligencia en los negocios, y que quieren figurar como personas enteradas, como hábiles y capaces para todo: es a ésos a quienes Dios quita la penetración de las verdades y de las virtudes cristianas, así como a todos los sabios y entendidos en la ciencia del mundo. Y ¿a quién da entonces la inteligencia de sus verdades y de su doctrina? A los sencillos, a la gente buena, y, las más de las veces, hasta a los pobres; como se puede ver por la diferencia que se nota entre la fe de la pobre gente del campo y la de las personas que viven en el gran mundo. Porque puedo afirmar que la experiencia desde hace mucho tiempo me ha hecho conocer que la fe viva y práctica, y el espíritu de la verdadera Religión se encuentra más ordinariamente entre los pobres y entre los sencillos. Dios se

complace en enriquecerlos con una fe viva: ellos creen y gustan esas palabras de vida eterna que Jesucristo nos ha dejado en su Evangelio. Normalmente se les ve llevar con paciencia sus enfermedades, sus escaseces y demás tribulaciones, sin murmurar, y hasta sin quejarse, sino poco y rara vez. ¿De dónde procede eso? Es que Dios se complace en derramar y en hacer abundar en ellos el don de la fe, y las demás gracias, que niega a los ricos y a los sabios del mundo».

«Añadamos a esto que todo el mundo ama a las personas sencillas y cándidas, que no entienden de sutilezas ni de engañifas, que andan buenamente, y que hablan con sinceridad, de forma que su boca está siempre de acuerdo con su corazón. Son estimadas y amadas en todos los sitios, y también en la Corte, cuando allí se encuentran; y en las Compañías regladas todos las quieren, y confían en ellas. Pero lo que es notable, es que los mismos que no poseen el candor y la sencillez en sus palabras, ni en su espíritu, no dejan de amarlas en los demás. Tratemos, pues, Hermanos míos, de hacernos amables a los ojos de Dios con esta virtud, que vemos, por Su misericordia, brillar en muchos de la pequeña Congregación, que, con su ejemplo, nos invitan a imitarlos».

«Para conocer bien la excelencia de esta virtud, hay que saber que nos acerca a Dios, y que nos hace semejantes a Dios, dado el parecido que nos hace tener con El, en tanto que El es un ser muy simple, y que tiene una esencia purísima, que no admite ninguna composición, de tal modo que lo que Dios es por esencia, eso mismo debemos tratar nosotros de serlo por virtud, tanto cuanto nuestra debilidad y miseria es capaz de ello. Hay que tener un corazón sencillo, un espíritu sencillo, una intención sencilla, una actuación sencilla; hablar sencillamente, obrar buenamente sin usar de artificios ni disfraces, sólo mirando a Dios, a quien únicamente deseamos agradar».

«Así que la sencillez comprende no solamente la verdad y la pureza de intención, pues ella tiene también cierta propiedad de alejar de nosotros todo engaño, astucia y duplicidad. Y como es principalmente en las palabras donde esta virtud se manifiesta, ella nos obliga a declarar las cosas con nuestra lengua, como las tenemos en el corazón, hablando y declarando sencillamente lo que vamos a decir, y con una pureza de intención de agradar a Dios. Pero no es que la sencillez nos obligue a descubrir todos nuestros pensamientos, porque esta virtud es discreta y nunca contraria a la prudencia, que nos hace discernir lo que es conveniente decir de lo que no lo es y nos hace conocer cuándo hay que callarse, lo mismo que cuándo hay que hablar. Si propongo, por ejemplo, un tema que es bueno en su sustancia y en todas sus circunstancias, lo debo exponer con toda sencillez, pero si, entre las cosas buenas que tengo que decir, se halla alguna circunstancia viciosa o inútil, entonces hay que omitirla; y, generalmente, no se deben decir cosas que se saben, cuando van contra Dios o contra el prójimo, o que tienden a nuestra recomendación, a alguna comodidad sensual o temporal, porque eso sería pecar al mismo tiempo contra varias virtudes».

«Por lo que toca a la sencillez que se refiere a los actos, la sencillez tiene esta peculiaridad, que hace obrar buenamente, rectamente y siempre ante la mirada de Dios,

sea en los negocios o en los trabajos y actos de piedad, con exclusión de toda clase de hipocresía, de artificio y de vana pretensión. Por ejemplo, una persona que hace un regalo a otra, fingiendo que es por cariño, y, en realidad, hace el regalo para que la otra le dé otra cosa de mayor valor, aunque, según el mundo, eso parece permitido, sin embargo va contra la virtud de la sencillez, que no puede sufrir que se manifieste una cosa y se pretenda otra; porque, como esta virtud nos hace hablar según nuestros sentimientos internos, nos hace también obrar igualmente con una sinceridad y rectitud cristiana; y todo por Dios, que es el único fin que ella pretende. De ahí se puede deducir que esta virtud de la sencillez no está en las personas que, por respeto humano, quieren aparentar que son distintas de lo que son; que hacen actos buenos externamente para que las consideren virtuosas; que tienen cantidad de libros superfluos para parecer sabios; que ponen mucho cuidado en predicar bien para conseguir aplausos y alabanzas y, finalmente, que tienen otras intenciones en sus actos y prácticas piadosas. Ea, yo les pregunto Hermanos míos. ¿no es esta virtud de la sencillez bella y deseable? Y ¿no será justo y razonable guardarse con mucho cuidado de todos esos disfraces y artificios de palabras y de obras? Mas para adquirirla hay que practicarla, y será con frecuentes actos de virtud de sencillez como llegaremos a ser verdaderamente sencillos, con la ayuda de la gracia de Dios, que debemos pedírsela a menudo».

Hemos referido con cierto detalle la Conferencia, que el Sr. Vicente dio a los suyos sobre el tema de esa virtud, porque hemos creído que no podíamos presentar mejor su sencillez que con sus propias palabras: porque él era tal como quería persuadir que fueran los demás; y el que entendía sus palabras podía conocer su corazón, pues siempre lo llevaba en los labios. Ciertamente podemos decir que poseía esta virtud en tal grado, por la ayuda de la gracia de Nuestro Señor, que las potencias de su alma estaban llenas de ella; y que todo lo que decía y hacía provenía de esa fuente, adaptando siempre su exterior a su interior, y sus actos a sus intenciones, que tendían, todas ellas, a lo más perfecto. A propósito de esto decía que hacer aparecer las cosas buenas al exterior y ser totalmente distinto en el in terior, era hacer como los fariseos hipócritas, e imitar al demonio, que se transfor ma en Angel de Luz.

Y ésta era una de sus normas: que como la prudencia de la carne y la hipo cresía reinan particularmente en este siglo corrompido, con mucho perjuicio para el espíritu del Cristianismo no se puede combatirlas y vencerlas mejor que con una verdadera y sincera sencillez.

Su fidelidad a la práctica de esta virtud se deja ver en todas las ocasiones, hasta en los menores detalles. Entre varios ejemplos, se ha hecho notar frecuentemente que la gran cantidad y diversidad de asuntos a los que se dedicaba continuamente, le hacían en alguna ocasión olvidarse de algunas cosas pequeñas, como de hablar a alguien, de responder a alguna carta, o de hacer alguna otra cosa que le habían encomendado.

Prefería confesar sinceramente sus defectos, aunque le pudiera sobrevenir la confusión, que no cubrirlos con alguna excusa o algún artificio ingenioso; y decía que

siempre le había resultado bien declarar las cosas tal como eran, porque Dios les da su bendición. Sobre esto, dijo una vez estas palabras dignas de notarse*: «Dios es infinitamente simple, es la misma simplicidad; por tanto, donde hay simplicidad y sencillez, allí está Dios. Como dice el Sabio, el que anda con sencillez, anda seguro; por el contrario, los que recurren a cautelas y artimañas están en un miedo continuo de que descubran su artificio y que, al verse sorprendidos en su doblez, nadie quiera fiarse de ellos».*

Al destinar cierto día a uno de sus Sacerdotes a una Provincia, donde, según el rumor que corría, usaban mucho de sutilezas, le dio este excelente aviso*: «Va usted a una tierra, donde dicen que la mayor parte de los habitantes son astutos y taimados; si es así, el mejor medio para que aprovechen es actuar con mucha sencillez ante ellos, pues las máximas del Evangelio son completamente opuestas a las maneras de obrar del mundo, y como usted va servir a Nuestro Señor, debe portarse según su espíritu, que es un espíritu de rectitud y de sencillez».*

Algún tiempo más adelante, con ese mismo espíritu, se procedió en esa Provincia a la fundación de una casa de su Congregación. Destinó allí como primer Superior a un Sacerdote de la Compañía, en quien relucía una gran sencillez.

Pues bien, como llevaba a los suyos, en cuanto dependía de él, a esta virtud de la sencillez, no podía tampoco sufrir en ellos, ya en las palabras o en sus actos, ninguna cosa que le fuera contraria, ni tampoco que pareciera que se separaba ni un tanto de la presencia de Dios, que él deseaba que lo vieran en todas las cosas, sin detener su pensamiento, ni su afecto en las criaturas. He aquí lo que respondió acerca de esto a uno de sus Sacerdotes, que le escribía en una carta que le había dado su corazón: *"Le agradezco su carta y su querido regalo. Su corazón es demasiado bueno como para ser puesto en unas manos tan malas como las mías; y sé muy bien que usted no me lo da sino para que se lo entregue a Nuestro Señor, al cual pertenece, y al amor del cual usted quiere que tienda sin cesar. Que este amable corazón sea, pues, únicamente, desde este momento, para Jesucristo, y que El sea suyo plenamente y siempre, en el tiempo y en la eternidad. Pídale a El, se lo ruego, que me dé parte del candor y de la sencillez del corazón de usted, que son virtudes de las que estoy muy necesitado, y cuya excelencia es incomprensible».*

Y escribiendo a otro de los suyos, que manifestaba que obraba por algún interés o respeto humano: *«Ha obrado usted sensatamente* —le dice— *al ponerse a bien con las personas que me nombra, pero decir que es con el fin de que nos sostengan, y que nos defiendan es un motivo muy bajo y muy alejado del Espíritu de Jesucristo; según él debemos mirar a Dios puramente, y hacer servir todas las cosas por el amor que le debemos. Y usted, por el contrario, mirando por sus intereses, quiere emplear la amistad de esas personas para conservar nuestra fama, que es una cosa vana, si no está fundada sobre la virtud, y si no está establecida sobre semejante fundamento, ¿por qué tiene usted miedo? Me escribe, además, otra cosa, que no revela menos su respeto humano, a saber, que, cuando en sus cartas me habla bien de algunas personas, yo haga de forma que lo*

sepan sus amigos, para que ellos se lo comuniquen. ¡Ay Señor!, ¿es que está jugando? ¿dónde está la sencillez de un Misionero, que debe ir derecho a Dios? Si usted no ve ningún bien en esas personas, no hable de eso; pero si lo halla, hable para honrar a Dios, porque todo bien procede de El. Nuestro Señor censuró a un hombre, que le llamaba bueno, porque no lo hacía con buena intención; pero cuánto mayor motivo tendría para censurarle a usted, si usted alaba a los hombres pecadores por complacencia, aunque ese fin lleve consigo otro que sea bueno; porque estoy seguro de que usted no busca hacerse con el aprecio y el afecto de alguno, sino para hacer progresar la gloria de Dios. Mas recuerde que la doblez no agrada a Dios, y que para ser verdaderamente sencillo, debemos tener en cuenta sólo a El».

Pero si el Sr. Vicente llevaba a los suyos a practicar la virtud de la sencillez en toda clase de ocasiones, los exhortaba más en concreto que la hicieran aparecer en las predicaciones e instrucciones que hacían al pueblo. Hablándoles un día del deseo de alabanza y de estima, que se mezcla tan a menudo en el espíritu de muchos predicadores, les dijo: *«Se quiere brillar y dar que hablar de uno; gusta ser alabado y oír que digan que tenemos éxito, y que hacemos maravillas. Miren qué monstruo, y qué serpiente infernal, la que se esconde bajo esos hermosos pretextos y que infecta con su veneno mortal el corazón de quienes le dan entrada. ¡Oh maldito orgullo! ¡Cuántas cosas buenas destruyes y corrompes, y cuántos males causas! Tú haces que se predique de sí mismo, y no de Jesucristo, y que en lugar de edificar, se destruya y se arruine. Hoy he estado presente en una charla que un Prelado ha dado a los Ordenandos. Después de ella, he ido a su habitación, y le he dicho: Monseñor; hoy me ha convertido usted.Y al responderme: ¿Cómo ha sido eso? Es*—le he replicado— *que usted ha declarado todo lo que ha dicho tan llanamen te y tan sencillamente, que eso me ha parecido muy emotivo, y no he podido más que alabar y bendecir a Dios por ello ¡Ah Señor!*—me ha dicho él— *le debo confesar con la misma sencillez, que muy bien podría haber dicho alguna otra co sa más preparada y más elevada, pero hubiera ofendido a Dios, si lo hubiera he cho.— Miren, señores, cuáles han sido los sentimientos de ese Prelado. En ellos deben entrar todos los que buscan verdaderamente a Dios, y los que desean procurar la salvación de las almas. Haciendo así, les puedo asegurar que Dios no dejará de bendecir lo que ustedes digan, y de dar fuerza y virtud a sus palabras. Sí, Dios estará con ustedes, y obrará por ustedes, porque se complace en los sencillos, El los asiste y bendice sus trabajos y sus actividades; por el contrario, sería una impiedad creer que Dios quiere favorecer o asistir a una persona, que busca la gloria de los hombres, y que se alimenta de vanidad, como hacen todos los que se predican a sí mismos, y quienes en sus predicaciones no hablan, ni con sencillez ni con humildad; porque ¿podría decirse que Dios quiere ayudar a un hombre a perderse? Eso es algo que no puede entrar en el pensamiento de un cristiano. ¡Oh! ¡Si supieran ustedes qué mal tan grande es introducirse uno en el oficio de predicador para predicar de distinto modo que el que predicó Jesucristo, y de distinto modo que sus Apóstoles, y que muchos grandes Santos y grandes servidores de Dios lo han hecho, y lo hacen aún ahora! Quedarían ustedes horrorizados. Dios sabe que hasta tres veces, durante tres días seguidos, me he prosternado ante un Sacerdote, que entonces era de la Compañía y que ya no está, para rogarle con toda la insistencia que me fue posible, que predicara y hablara*

muy sencillamente, y que siguiera las pautas que se le habían dado, sin haber podido conseguir nada de él. Daba las charlas de la Ordenación, y de ellas no consiguió ningún fruto, y todo aquel montón de pensamientos y de períodos escogidos se convirtió en humo; porque, efectivamente, no es el fasto de las palabras lo que aprovecha a las almas, sino la sencillez y la humildad la que atrae y la que lleva a los corazones la gracia de Jesucristo. Y si queremos conocer la verdad, ¿qué es, les ruego, lo que atrae a este lugar a los Señores Ordenandos, a los Teólogos, a los Bachilleres y a los Licenciados de Sorbona y de Navarra? No es la ciencia, ni la doctrina que les proporcionan; porque ellos tienen más que nosotros, sino que es la humildad y la sencillez con la que nosotros tratamos, por la misericordia de Dios, de comportarnos con ellos. Vienen aquí solamente para aprender la virtud, y en el momento en que dejen de verla brillar más entre nosotros, se retirarán de nosotros. Por eso, debemos desear y pedir a Dios que quiera hacer la gracia a toda la Compañía, y a cada uno de nosotros en particular, de obrar sencilla y llanamente, y de predicar las verdades del Evangelio en la forma que Nuestro Señor las enseñó, de modo que todo el mundo las entienda, y que cada uno pueda aprovecharse de lo que digamos".

Acabaremos este Capítulo con el testimonio que el Superior de una de las casas de la Misión ha dado sobre la virtud de la sencillez que reinaba en el corazón de este Santo Varón, y que brillaba en sus acciones y en sus palabras

«Como el Sr. Vicente —dice— *hablaba de una forma humilde y sencilla, aunque muy vigorosa y muy eficaz, también nos recomendaba muy especialmente esta humildad y sencillez en sus discursos públicos y particulares. Quería que se desterrara el fasto y todo lo que pueda oler a espíritu o a vanidad del mundo. Y para persuadirnos mejor, entre las muchas razones que aducía, añadía que, como las bellezas naturales disponen de más atractivos que las artificiales y maquilladas, igualmente los discursos sencillos y comunes son mejor aceptados, y hallan más favorable entrada en los espíritus, que los que son afectados y artificiosamente trabajados. El deseo que tenía de mi progreso, le hizo tomarse el cuidado de formarme en todas las cosas; y el gran número de mis imperfecciones me han dado la ventaja de recibir de él muchos consejos y saludables enseñanzas. Me acuerdo que durante mis estudios de Teología, hacía predicar a todos los de su casa, que trabajaban en adquirir esta ciencia divina; y cuando me llegó el día, y yo manifesté en su presencia todo lo que había preparado con mucho estudio y esmero, pensando que había hecho una maravilla; él puso aquella noche mi discurso sobre el tapete, y mandó hacer la anatomía del mismo a más de veinte personas a quienes yo honraba como mis maestros; y él concluyó a continuación, con una caridad que me dio animos: que era preciso que aprendiera a predicar como Jesucristo lo había hecho; que el Divino Salvador podía, si hubiera querido, decir cosas maravillosas de misterios no revelados, con unos conceptos y unos términos que fueran proporcionados, siendo el Verbo y la Sabiduría del Padre Eterno, y que, sin embargo, nosotros sabíamos cómo había predicado sencilla y humildemente para acomodarse al pueblo, y darnos el modelo y la manera de tratar su santa Palabra».*

CAPITULO XVI pág. 713

Prudencia

Unimos aquí la prudencia a la sencillez, porque Nuestro Señor Jesucristo las puso juntas en el Evangelio, cuando enseñaba a los Apóstoles y, en persona de ellos, a todos los fieles, y particularmente, a los que debían estar ocupados en la dirección de los demás: porque esas dos virtudes están tan conectadas entre sí, que la una sin la otra (como dice San Agustín) es poco o nada aprovechable, porque «Simplicitas enim sine prudentia, stultitia reputatur; et prudentia sine simplicitate ad astutiam vergit» Idem ibidemla sencillez sin prudencia parece necedad, y la prudencia sin la sencillez degenera en astucia y sagacidad; y como es «Non multum distat in vitio, vel decipere posse, vel decipi Christianum». Hieron epist. 13 ad Paulinum de Inst. Monindigno de un cristiano usar de engaño, tampoco le es conveniente dejarse sorprender y seducir por las artimañas de los malvados. Eso es lo que el Sr. Vicente sabía muy bien, y lo que ha practicado excelentemente, habiendo unido en su alma esas dos virtudes en un grado altísimo de perfección.

Ya hemos visto en el Capítulo anterior algunos esbozos de su sencillez; consideraremos en éste algunos rasgos de su prudencia.

Entre las otras virtudes del fiel Siervo de Dios, ésta se ha manifestado con tanto esplendor, que según el común sentir, él ha figurado como uno de los hombres más prudentes y de los más avisados de su tiempo. Esa era la causa por la que acudían donde él en busca de consejo procedentes de todos los lados; por la que le rogaban que se presentara en las Asambleas, donde había que deliberar las cosas más importantes relacionadas con la Religión y la Piedad; y por la que se veía, casi todos los días, acercarse a San Lázaro a personas de todas las categorías, venidas expresamente para recibir sus consejos en sus dudas y dificultades. Los Sres. Nuncios Bagni y Piccolomini le hicieron el honor de venir varias veces a tratar con él unos asuntos muy importantes para el bien de la Iglesia. Muchos eclesiásticos, párrocos, canónigos, abades y también bastantes Prelados de gran mérito le han consultado muy frecuentemente por escrito, cuando no lo podían hacer de viva voz. También muchos Religiosos se han dirigido a él para aconsejarse sobre las reformas y otros asuntos principales de sus Ordenes. Varias personas seglares, de condición y de virtud, que por otra parte eran estimadas como de las más prudentes y sensatas de la ciudad de París, no han tenido dificultad en venir a San Lázaro para recibir sus consejos. En fin, se puede afirmar cabalmente que, en su tiempo, no se trató en París ningún asunto piadoso, que fuera de alguna importancia, en el que no haya tomado parte; y también, con frecuencia, en los asuntos que se trataban en otras Provincias, pues le consultaban por carta acerca de ellos.

Y, ciertamente, no sin razón habían concebido tal aprecio del Sr. Vicente, porque

además de que estaba dotado con una inteligencia muy despejada y capaz de grandes cosas, como ya lo hemos hecho notar en el primer Libro, había recibido, por añadidura, de Dios diversas luces y gracias particulares, que daban un maravilloso aumento a su prudencia adquirida, y que atraían la bendición del cielo sobre los consejos que daba a quienes acudían a él.

Pero antes de presentar unos ejemplos más particulares de su prudencia, no estará fuera de lugar que le oigamos a él mismo hablar acerca de esta virtud, y nos trace los rasgos de ella, tales como el Espíritu Santo los había formado en su alma.

Fue en una charla que dio un día a los suyos acerca de este tema, donde les habló de la prudencia en estos términos: *"Lo propio de esta virtud es regular y controlar las palabras y los actos. Es ella la que hace hablar prudentemente y al caso, y la que hace que se converse con circunspección y juiciosamente de las cosas buenas por su naturaleza y en sus circunstancias, y la que hace suprimir y retener en silencio las que van contra Dios, o que dañan al prójimo, o que tienden a la propia alabanza, o a algún otro fin malo. Esta misma virtud nos hace obrar con consideración, madurez y por un motivo bueno, en todo lo que hacemos, no solamente en cuanto a la sustancia del acto, sino también en cuanto a las circunstancias, de forma que el prudente obra como se debe, cuando hace falta y por el fin conveniente. El imprudente, por el contrario, no tiene en cuenta ni el modo, ni el tiempo, ni los motivos convenientes; y ahí está su defecto, mientras que el prudente, al obrar discretamente, hace todas las cosas con peso, número y medida».*

«La prudencia y la sencillez tienden al mismo fin, que es hablar bien y obrar bien en presencia de Dios; y como la una no puede estar sin la otra, Nuestro Señor las ha recomendado juntas a las dos. Sé muy bien que encontrarán diferencia entre estas dos virtudes, por distinción de razonamiento, pero, en verdad, hay entre ellas un grandísimo nexo, tanto por su sustancia, como por su objeto. Por lo que toca a la prudencia de la carne y del mundo, como ella tiene por blanco y por fin la búsqueda de honores, de placeres y de riquezas, es totalmente opuesta a la prudencia y a la sencillez cristiana, que nos alejan de esos bienes engañosos para hacernos abrazar los bienes sólidos y perdurables, y son como dos buenas hermanas, y tan necesarias para nuestro progreso espiritual, que el que sepa servirse de ellas como conviene, amontonará indudablemente grandes tesoros de gracias y méritos. Nuestro Señor practicó las dos excelentemente en varias circunstancias, y, en particular, cuando le presentaron aquella pobre mujer adúltera, para que la condenara; porque, como no quería hacer el oficio de juez en aquella ocasión, y tampoco la quería liberar: El que esté —dijo a los judíos— *sin pecado de entre vosotros, que le tire la primera piedra. En eso practicó excelentemente las dos virtudes: la sencillez en el plan misericordioso que tenía de salvar a aquella pobre criatura, y de hacer la voluntad de su Padre; y la prudencia, en el medio que empleó para lograr su buen propósito. Igualmente, cuando los fariseos lo tentaron, preguntándole, si era lícito pagar tributo al César, porque, por un lado, él quería mantener el honor de su Padre y no causar ningún perjuicio a su pueblo; y, por otro, no quería oponerse a los derechos del César, ni tampoco dar pretextos a sus enemigos, para que dijeran que favorecía los tributos y los*

monopolios. Entonces, ¿qué es lo que les responderá para no decir nada fuera de propósito, y para evitar toda sorpresa? Pide que le enseñen la moneda del tributo, y enterándose por la boca misma de los que se la presentaban, que era la imagen del César la que estaba grabada, les dijo: Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. La sencillez aparece en esta respuesta por la relación que existe entre ella y la intención, que Jesucristo tenía en su corazón, de dar al Rey del Cielo y al de la tierra el honor que les conviene; y la prudencia también se encuentra en ella, haciéndole evitar sabiamente la trampa, que aquellos malvados le tendían para sorprenderle».

«Es, pues, propio de la prudencia regular las palabras y las acciones. Pero aún tiene otro oficio, que es el de elegir los medios apropiados para llegar al fin, que uno se propone, que no es otro que ir a Dios; ella escoge los caminos más rectos y más seguros que conducirnos allí. No hablamos aquí de la prudencia política y mundana, que sólo tiende a resultados temporales, y, a veces, injustos, y sólo se sirve de medios humanos muy dudosos y muy inciertos. Hablamos de la santa prudencia, que Nuestro Señor aconseja en el Evangelio, y que nos hace elegir los medios propios para llegar al fin propuesto por El, que, como es divino, es preciso que esos medios sean proporcionados y estén en relación con él. Podemos elegir los medios proporcionados al fin que nos proponemos de dos maneras: o por sólo nuestro raciocinio, que muchas veces es débil; o bien, por las máximas de la fe, que Jesucristo nos enseñó, las cuales son siempre infalibles, y que podemos usar sin temor alguno de engañarnos. Por eso, la verdadera prudencia somete nuestro razonamiento a esas máximas y nos da por regla inviolable juzgar siempre de todas las cosas como Nuestro Señor ha juzgado de ellas; de forma que siempre podemos preguntarnos a nosotros mismos: ¿Cómo juzgó Nuestro Señor de tal y tal cosa? ¿Cómo se portó en tal o cual circunstancia? ¿Qué dijo y qué hizo en tal o cual materia? Y así adaptamos toda nuestra conducta según sus máximas y sus ejemplos. Así que, señores, tomemos esta resolución, y vayamos seguros por el camino real en el que Jesucristo será nuestra guía y nuestro conductor; y acordémonos de lo que dijo, que el cielo y la tierra pasarán pero sus pa labras y sus verdades no pasarán jamás».

«Bendigamos a Nuestro Señor, Hermanos míos, y tratemos de pensar y juzgar como El, y de hacer lo que El recomendó con sus palabras y con sus ejemplos. Entremos en su espíritu para entrar en sus operaciones, porque no es todo hacer bien, sino hacer bien el bien a imitación de Nuestro Señor, de quien se dijo: Bene omnia fecit. Que hizo bien todo. No, no basta con ayunar, con observar las Reglas, con ocuparse en las funciones de la Misión; sino que hay que hacerlo en el espíritu de Jesucristo, es decir, con perfección, por los fines y con las circunstancias que El mismo la hizo. La prudencia cristiana consiste, pues, en juzgar, hablar y obrar, como la Sabiduría eterna de Dios, revestida de nuestra carne, ha juzgado y obrado».

He ahí cuáles eran los sentimientos del Sr. Vicente relativos a la virtud de la prudencia, y he aquí cuál ha sido el uso que ha hecho de ellos. En primer lugar, cuando se trataba de deliberar sobre algún asunto, o de dar algún consejo o solución, antes de abrir la boca para hablar, e, incluso, antes de ponerse a pensar en las cosas que le proponían,

elevaba siempre su espíritu a Dios para implorar su luz y su gracia: en ese momento se le veía de ordinario levantar los ojos al cielo, y, después, los tenía cerrados por algún tiempo, como consultando a Dios antes de responder. Si se trataba de algún asunto importante, quería siempre que se tomara el tiempo para encomendarlo a Dios y para invocar la ayuda del Espíritu Santo, y como él se apoyaba únicamente en la Sabiduría Divina, y no en la prudencia particular, también recibía del cielo gracias y luces, que, a veces, le ayudaban a descubrir cosas, que el espíritu humano, a solas, no hubiera sabido nunca penetrar. Decía, a este propósito, que donde la prudencia humana fallaba y no veía nada, allí empezaba a asomar la luz de la Sabiduría Divin.

Cierta persona le pidió un consejo: si debía retirarse de un empleo, para poder dedicarse solícitamente a su salvación. Le respondió que no debía escuchar ese pensamiento, y que se trataba sólo de una tentación. Como fuera importunado, por tres veces, por la misma persona, para dejar su empleo, le respondió siempre, que se trataba de una tentación, y que si quería tener un poco de paciencia y resistirla con un poco de ánimo, saldría de ella victorioso. Y en efecto: después de haber seguido su consejo, ha reconocido y confesado más tarde, que era el espíritu maligno el que le tentaba, al cual se había resistido; y habiéndose sometido al parecer del Sr. Vicente, todas sus penas se desvanecieron.

Una Señora de condición había abrazado un estado de vida contra el parecer del Sr. Vicente, y se vio obligada, unos meses más tarde, a abandonarlo, y reconoció cabalmente, que hubiera hecho mucho mejor, si se hubiera atenido a los consejos de un hombre tan sabio y tan inteligente.

Su prudencia llegaba hasta una previsión singularísima de las cosas que debían suceder. De modo que cuando le proponían algún asunto que parecía bueno, útil y, en cierto modo, necesario, su espíritu vislumbraba el futuro, y preveía las consecuencias y los inconvenientes. Eso es lo que ha sucedido en varias ocasiones: en ellas hizo conocer la fuerza de su espíritu y las luces con las que estaba iluminado; y donde los demás no veían ninguna dificultad, su prudencia le hacía prever varias y juzgar de antemano lo que era más conveniente hacer, o no hacer.

SECCION UNICA pág. 716: Continuación del mismo asunto

Ya hemos hecho notar que el Sr. Vicente seguía cierta norma, cuando le pedían un consejo sobre algún asunto: la de no precipitarse, pensando maduramente todas las circunstancias de la cosa acerca de la cual había que deliberar. A tal efecto, cuando no había alguna urgencia, ordinariamente tomaba tiempo para poder pensar ante Dios con más tranquilidad, y para dedicarle al asunto una consideración más atenta. Ahí van algunos ejemplos, entre otros muchos.

Una persona, conocida suya, tenía muchos deseos de que un joven abogado

entrara en una gran casa para hacerse con la administración, y tramitar los negocios, y rogó al Sr. Vicente, muy influyente en aquella casa, que lo empleara en aquello. El le respondió: Lo pensaremos, pero antes de que trabaje allí, guardaremos silencio un mes entero sobre este asunto, para escuchar a Dios y para honrar el silencio que Nuestro Señor guardó tan frecuentemente en la tierra. Así quiso reprimir el ardor que dejaba traslucir aquella persona, y la prisa que manifestaba tener sobre dicho asunto, y consultar la voluntad de Dios. Pero después de haberlo diferido cuatro o cinco meses, actuó de forma que dicho abogado fuera recibido en el cargo indicado. Ahí se echa de ver que su manera de obrar era muy opuesta al procedimiento ordinario del mundo, que quiere rápidamente y sin ninguna dilación emplear toda clase de medios, y mover cielo y tierra (como suele decirse) con tal de conseguir sus propósitos.

Cuando se trató de dar unas Reglas a su Congregación sin las cuales él sabía bien que no podría subsistir, aunque su corazón se sentía urgido a tener que dar la última mano a una obra que le era tan querida, como la cosa era de extrema importancia, esperó treinta y tres años antes de entregarlas, pero haciéndolas practicar a los de su Compañía. Juzgó así por una norma de altísima prudencia que, para hacer las Reglas no solamente perfectas, en cuanto dependía de él, sino también estables y duraderas, hacía falta empezar a practicarlas antes de escribirlas, y hacer de forma que fueran grabadas en los corazones de todos los suyos, antes de que fueran escritas sobre el papel.

Era extremadamente reservado y circunspecto en sus palabras, no solamente para no decir nada ni responder algo que pudiera causar alguna sospecha o desconfianza, o que diera motivo de pena a alguien, sino también para no adelantar nada que no estuviera maduramente considerado y digerido en su espíritu; y hay motivos para creer que era por eso, por lo que hablaba poco y muy despacio.

«Decía que es una prueba de prudencia y de sabiduría, no sólo hablar bien y decir cosas buenas, sino decirlas a propósito de modo que fueran bien recibidas, y aprovechasen a las personas con las que hablamos. Nuestro Señor nos dio el ejemplo de ello en muchas ocasiones, sobre todo, cuando habló con la samaritana, tomando pie del agua que venía a buscar, para hablar de la gracia e inspirarle el deseo de una perfecta conversión».

Yendo por el campo, se encontró con un joven sacerdote de aldea, a quien no conocía, y que tenía un libro en la mano. Su prudencia y su caridad le hicieron pronunciar estas palabras al saludarle: ¡ Señor! ¡ Qué bien está eso de entretenerse así con Nuestro Señor con esa buena lectura; me edifica usted mucho, y su ejemplo me enseña cómo entretenerse uno con buenos pensamientos. El Sr. Vicente no sabía si el libro que llevaba aquel eclesiástico era bueno o malo; pero por un rasgo de prudencia y de caridad, todo junto, suponiendo que fuera bueno, quiso aprovecharse de las palabras del saludo para persuadirle con aquella aprobación graciosa, que hiciera alguna buena lectura.

Un Párroco célebre de París tenía la intención de tomar por vicario a un eclesiástico, quien, después de haber vivido durante algún tiempo en la Congregación de

la Misión, había salido de ella, y le escribió al Sr. Vicente, rogándole que le informara sobre aquel sujeto, que había salido de su Compañía, cómo se portó y si creía que sería apto para la función a la que lo destinaba. El Sr. Vicente se encontró en situación embarazosa sobre qué le debía responder porque no quería causar daño al eclesiástico, cuyos defectos conocía, y por los cuales pensaba que no podría irle bien la condición de vicario; tampoco quería engañar al Párroco, ni hacerle creer las cosas de distinto modo del que eran. Por eso, para no caer ni en uno ni en otro de esos inconvenientes, su prudencia le sugirió un medio, que fue darle la siguiente respuesta al Párroco*: "No conozco suficientemente, señor, al eclesiástico del que usted me escribe, como para darle ningún informe, aunque él haya vivido bastante tiempo entre nosotros. Un Sacerdote antiguo de la Compañía estaba presente, cuando el Sr. Vicente dictaba la respuesta, y como no conocía de qué se trataba, le interrumpió para decirle que aquel Párroco tendría motivos para extrañarse, si le escribía que no conocía suficientemente a un Sacerdote que había vivido un tiempo notable en su Compañía y bajo su dirección. El le respondió: Ya me doy cuenta de eso, pero ¿puedo yo actuar mejor que Nuestro Señor, que dijo de los réprobos que habían profetizado en su nombre, que no los conocía? Lo cual se entiende de un conocimiento de aprobación. Acepte, pues, como bueno que yo siga Su ejemplo, y Su manera de hablar».*

Como no tenía otra intención en la distribución de los Beneficios, mientras estuvo empleado en los Consejos de Su Majestad, sino la de procurar el mayor bien de la Iglesia, nunca usaba de otros artificios para concederlos a los que juzgaba más dignos, que presentar la virtud y el mérito de ellos con las ventajas que se seguirían para el servicio de Dios y para el bien del prójimo, sin jamás rebajar la buena opinión que se podía tener de los demás pretendientes para no causarles ningún daño. Por eso, estaba obligado a usar de grandísima prudencia y circunspección en sus palabras, para mantener el interés de la Iglesia y no lesionar ni la Verdad ni la Caridad.

Pero, sobre todo, mostraba una maravillosa prudencia, cuando estaba obligado a llamar la atención o a reprender a alguien, de forma que no quedara entristecido o amargado, y que hiciera un buen uso de la advertencia o de la corrección, que le había hecho. Veamos cómo se portó en este punto en determinadas ocasiones; de ahí se podrá juzgar de otras.

Un día se enteró de buena fuente, que un eclesiástico sabio y gran predicador, que solía venir a verle con frecuencia por algún motivo, no tenía buenos sentimientos acerca de la fe; y como, por otra parte, tenía de ello alguna conjetura más que probable, usó de un recurso no menos prudente que caritativo en la corrección fraternal que le hizo de la forma siguiente, según el relato que el mismo Sr. Vicente ha dejado escrito con un seudónimo.

«Considerando delante de Dios —dice— *lo que tenía que hacer en esta ocasión, pensé que, según la norma del Evangelio, debía decírselo a Dámaso en secreto y en forma de parábola. Así pues, hablando un día familiarmente con él le dije: Padre, como es usted*

un gran predicador, tengo que pedirle un consejo so bre una cosa que nos ocurre a los misioneros, cuando vamos a trabajar en el campo, y nos encontramos a veces con personas que no creen en nuestra Reli gión. No sabemos entonces qué tenemos que hacer para convencerlas. Por eso, le ruego que me diga lo que usted cree que debemos hacer en esas ocasiones para inducirlas a creer en las cosas de la fe».

«Entonces Dámaso me respondió con cierta emoción: ¿ Por qué me pregunta us ted eso? Le repliqué: Es que los pobres se dirigen a los ricos para obtener alguna asistencia y ayuda; y como nosotros somos unos pobres ignorantes, no sabemos de qué manera hemos de tratar las cosas divinas y nos dirigimos a usted para ro garle que nos instruya en esto».

«Dámaso se recobró enseguida y me respondió que a él le parecería bien enseñar las verdades cristianas, primero, por la Sagrada Escritura; luego, por los Padres; en tercer lugar, por algún razonamiento; en cuarto lugar, por el común sentir de los pueblos católicos de los siglos pasados; en quinto lugar por tantos mártires, como han derramado su sangre por la confesión de estas mismas verdades y, finalmente, por todos los milagros que Dios había hecho para confirmarlas».

«Después que acabó, le dije que me parecía muy bien todo aquello y que le rogaba que pusiera todas aquellas cosas por escrito sencillamente y sin artificio, y que me las enviara. Así lo hizo al cabo de dos o tres días, trayéndomelas personalmente. Le di las gracias, diciéndole: Se lo agradezco mucho, y siento un gozo especial al verle con tan buenos sentimientos, y que me los demuestre usted mismo; pues, además del provecho que sacaré de ello para mi uso particular, me servirá también todo esto para justificarle a usted. Quizá le cueste a usted trabajo escuchar lo que voy a decirle, pero es muy verdadero: hay personas muy conven cidas de ello, que andan diciendo que usted no tiene buenos sentimientos acerca de las cosas de la fe. Así, pues, vea usted la forma de concluir con lo que tan bien ha comenzado; y después de haber sostenido tan dignamente su fe por es crito, entréguese a Dios para vivir de una manera no solamente apartada de esa falsedad que andan diciendo de usted, sino que además pueda servir de edifica ción a la gente. Añadí que cuanto más elevada de condición es una persona, como él, tanto más obligada estaba a entregarse a la virtud; y que por esa misma razón, los que escribieron la Vida de San Carlos Borromeo dijeron que la virtud era tanto más virtud cuanto más distinguida era la persona en la que se encontraba; y que era como una piedra preciosa, que despedía un esplendor mucho más brillante cuando estaba engastada en una sortija de oro, que cuando la sortija era de plomo».

«Se mostró conforme Dámaso con lo que le dije, y me aseguró que en adelante propcuraría obrar de ese modo. Se marchó, y me dejó muy contento al verlo en tan buena resolución».

Estando un día en compañía de unas personas de gran condición, sucedió que a una de ellas, por una viciosa costumbre que había contraído hacía tiempo, se le escapó la frase que el demonio te lleve, y otras imprecaciones parecidas. En cuanto las oyó el Sr.

Vicente, se acercó donde él, y dándole un abrazo cordialmente, le dijo sonriendo: Y yo, Señor, yo lo retengo para Dios. Aquello edificó mucho a todo el grupo, y sirvió de corrección suave y eficaz a quien se permitía proferir aquellas palabras, de modo que, confesando que había hecho mal, prometió abstenerse de semejantes modos de hablar.

Un virtuoso eclesiástico ha manifestado que él le vio hacer un acto parecido un día, aunque en una circunstancia muy distinta, con un Prelado que se encontró en la calle. Después de saludarlo, le dijo con mucha gracia: Monseñor, le ruego que se acuerde del anillo. El Prelado le respondió, riendo: ¡ Ay señor! ¡ Me ha cogido! El eclesiástico presenció esto, le pidió la explicación de aquello del anillo. El Sr. Vicente le dijo que aquel buen Prelado, que le profesaba una gran amistad, le había dicho varias veces que no cambiaría nunca de esposa, es decir, de su Iglesia, por otra, por muy hermosa y rica que pudiera ser, enseñándole a tal efecto el anillo que llevaba en su mano derecha, y añadiendo estas palabras del Salmista: Oblioni detur dextera mea, si non meminero tui. Y es de destacar que, por entonces, se hablaba de un rico Arzobispado para ese mismo Prelado. En el curso de la vida del Sr. Vicente se encuentra uno con un número casi innumerable de acciones parecidas a éstas, que, a pesar de que las realizó riendo, sin embargo partían de una grandísima prudencia y producían ordinariamente muy buenos efectos.

También era efecto de su prudencia usar de tal circunspección en sus palabras, que no contristaba nunca a nadie, y jamás despedía a alguno descontento de junto a él.

«En cuanto a mí —dice el Superior de una de sus casas— *no he tenido nunca el honor de acercarme a él, sin que al retirarme, haya sacado toda la satisfacción que podía pretender, sea que me concediera, o que me negara lo que yo le pedía. Y aún más, la víspera del día que salí de París para ir adonde él me mandaba, estuve con él bastante tiempo, y durante el mismo vinieron a hablarle varias personas; y quedé admirado, como siempre, de qué manera despedía a todos contentos. Le vinieron a pedir dos cosas, entre otras varias. La primera fue la libertad de un criminal, que había cometido un asesinato en la carretera de SaintDenis, en un paraje perteneciente a la jurisdicción de San Lázaro. Recibió muy cordialmente a un eclesiástico que le vino a hablar, y le manifestó toda la benevolencia posible; pero como la cosa no dependía del todo de él, le hizo conocer cuál era el comportamiento de Dios en los efectos de su Justicia, como también en los de su Misericordia, y que había que respetar tanto los unos como los otros. Le habló inmediatamente de las circunstancias del asesinato que había sido cometido, y de la justicia de los castigos que Dios había establecido para los crímenes parecidos; y lo hizo con tanta gracia, que aquel honrado eclesiástico se retiró contento, no teniendo nada que objetar a lo que acababa de oír. La segunda cosa fue que un seglar vino a pedir dinero en préstamo. El Sr. Vicente le dio mil excusas: que la casa no estaba en situación de poder prestar, y que sentía mucho no poder servirle en aquella ocasión, y le habló, finalmente, con tanta dulzura y prudencia, que su negativa no tuvo ningún mal efecto en el espíritu de aquel seglar, quien se retiró muy contento».*

En el viaje que hizo el año 1649 visitó varias de sus casas, entre otras, un

seminario, que había sido establecido en una ciudad episcopal, cuya Sede estaba vacante. Había, es cierto, un Obispo recién nombrado, que aún no estaba en posesión de sus Bulas, y de quien el Sr Vicente se había mostrado contrario en su promoción a aquel Obispado, de lo cual ese Prelado se había quejado mucho. Pues bien, hallándose precisamente entonces en aquella ciudad, contra toda previsión del Sr. Vicente, se puso a pensar de qué manera debería portarse con él: Porque—decía— si le voy a saludar, verosímilmente quedará sorprendido, y quizás emocionado e impre sionado; si le mando a preguntar si le gustará mi visita, no sé cómo recibirá el cum plido; si no voy donde él, y no envío a nadie allí, ese buen Señor tendría razón para indignarse aún más contra mí, y eso es lo que hay que evitar. ¿ Qué hago entonces? Vean lo que la prudencia y la humildad de este sabio sacerdote le sugirió en esa coyuntura. Envió donde el Prelado al Superior de la casa con otro Sacerdote para decirle que acababa de llegar a su diócesis; que no se atrevía a quedarse allí sin permiso suyo, y que le suplicaba muy humildemente que aceptara de buen grado que se quedara siete u ocho días donde los Sacerdotes de la Misión. Este humilde cumplido fue muy bien recibido por aquel Prelado, y quedó tan satisfecho, que le hizo saber que consentía muy gustosamente en que él se quedara allí todo el tiempo que quisiera, y que si no hubiera tenido una casa en aquella ciudad, le hubiera ofrecido la suya. El Sr. Vicente quiso aprovecharse de una respuesta tan amable para ir a agradecérsela al Prelado, y presentarle sus respetos con el fin de aplacarlo enteramente. Pero no tuvo tiempo para ello, pues el Sr. Obispo se marchó el mismo día inopinadamente, para trasladarse a otro lugar.

El Sr. Vicente seguía esta gran norma en todas sus deliberaciones, consejos y resoluciones: la de consultar siempre y, ante toda otra cosa, al Oráculo de la Divina Verdad, es decir, de ver y considerar lo que Nuestro Señor había dicho y había hecho, que tuviera alguna relación con la cosa sobre la cual iba a tratarse, para así conformarse a sus ejemplos, y someterse a sus enseñanzas; Jesucristo venía a ser como la fuente de donde sacaba todos los consejos más sabios, que daba a los demás y todas las resoluciones más santas que tomaba para sí mismo. Después de eso, no hay por qué admirarse si obraba con prudencia, si le salían las cosas con tanta bendición, ya que iba a la fuente de la Sabiduría misma, que es la Palabra Divina encarnada; y que se le pudiera decir bien que, según el deseo del Sabio, esta Divina Sabiduría le asistía, le guiaba y obraba con él en todas sus circunstancias. A propósito de esto, preguntando un día a uno de sus Sacerdotes su opinión sobre una duda que tenía, y como dicho Sacerdote le dijera que había que hacer la cosa, por razón de las consecuencias enojosas que se seguirían, si no se llevaba a efecto, el Sr. Vicente le replicó diciéndole que no había por qué preocuparse tanto de las consecuencias, como de la sustancia de la cosa, y de la relación que podía tener con las palabras y los ejemplos de Jesucristo.

Con las misma intención de conformarse al Divino Ejemplar usaba de esta otra norma: la de hacer todas las cosas apenas sin ruido, sin fasto y sin brillo: eligiendo las obras y los caminos más humildes, así como los más caritativos, para no excitar la envidia, ni la contradicción de los hombres. Y cuando el demonio ha suscitado algunas, el Sr. Vicente no ha usado de otras armas para superarlas que la humildad, la paciencia, la

penitencia y la oración; pues no quiso nunca defenderse ni justificarse para rechazar la maledicencia y la calumnia, ni servirse de ninguna fuerza ni autoridad temporal para tener éxito en sus buenos propósitos, y juzgando prudentemente que por ese medio triunfaría de ese enemigo; como así lo ha hecho.

Finalmente, el Sr. Vicente ha demostrado la pureza y la solidez de su prudencia y de su sabiduría, en que siempre ha tratado se seguir y cumplir en todas las cosas la santísima Voluntad de Dios, preferentemente a todo lo demás, y sin tener ningún respeto a los intereses temporales, que despreciaba y pisoteaba, cuando se trataba de los intereses del servicio y de la gloria de Jesucristo. Ese era el único y grande principio sobre el cual fundaba sus resoluciones, y por el cual ejecutaba fiel y constantemente lo que había resuelto, prefiriendo soberana e incomparablemente la voluntad de Dios y lo que miraba a su gloria y a su servicio sobre toda otra cosa, sin exceptuar ninguna.

Para conclusión de este Capítulo, referiremos aquí el testimonio, dado por escrito por un virtuosísimo eclesiástico, relativo a la prudente y sabia actuación del Sr. Vicente, principalmente en sus respuestas a los que le consultaban y le pedían sus consejos; porque he aquí el orden que seguía, según lo que este eclesiástico ha dicho, que lo había observado con frecuencia:

En primer lugar, y antes de toda otra cosa, elevaba su alma a Dios para implorar Su asistencia, convidando ordinariamente a los que venían a pedirle consejo a hacer lo mismo; y, con una breve y ferviente oración, que hacía con ellos, pedía luz y gracia para conocer la voluntad de Dios en las cuestiones sobre las que iban a deliberar. En segundo lugar, escuchaban muy atentamente lo que se le proponía, considerándolo y sopesándolo con tranquilidad, y, si lo creía necesario, pedía mayores aclaraciones sobre ello, para conocer mejor todas las circunstancias. En tercer lugar, no precipitaba nunca su parecer; y también, si el mérito de la cosa lo requería, pedía tiempo para pensar, exhortando con todo, que la encomendaran a Dios. En cuarto lugar, le parecía muy bien el que pidieran consejo a otros, y también él lo pedía gustosamente, y difería siempre, tanto cuanto la justicia y la caridad se lo podían permitir, a los consejos del prójimo que él seguía más a gusto que los suyos propios. En quinto lugar, cuando estaba obligado a proponer sus sentimientos, lo hacía de una forma ponderada, y, con todo, tan humilde, que ha ciendo ver lo que estimaba más conveniente, dejaba a la persona que se decidiera ella misma, diciendo, por ejemplo, hay tal y tal razón que parece invitar a tomar tal resolución; o bien, si se le urgía absolutamente a determinar y a decir su parecer, los proponía con el mismo estilo, diciendo: Me parece que estaría bien, o que sería más conveniente hacer tal cosa, o portarse de tal modo. Después de lo cual observaba dos cosas: una, retener bajo el sello del secreto los asuntos acerca de los cuales se le había consultado, sin hablar de ellos nunca, sino con la anuencia de la persona que le había consultado, y por alguna necesidad evidente o utilidad; otra, permanecer constante en las resoluciones tomadas: porque después de que había una vez conocido la voluntad de Dios, no cambiaba más, sino que tenía como norma, que había que proceder a la ejecución y guardarse del vicio de la inconstancia, que es muy opuesto a la verdadera prudencia, y arruina las más santas y las

más solidas resoluciones.

CAPITULO XVII pág. 723

Justicia y gratitud

No tomamos aquí la palabra justicia en el sentido de las Sagradas Escrituras, pues la usan a veces para significar la gracia, que justifica y santifica las almas, o el estado de justicia y de santidad. La entenderemos aquí como una virtud particular, y una de las más excelentes entre las morales, la cual, como enseñaba San Ambrosio, da a cada uno lo que le pertenece, y no solamente no se atribuye los bienes ajenos, sino que, incluso, abandona sus intereses más legítimos, cuando la equidad común lo requiere para conservar los de su prójimo. Y es en este sentido como podemos decir verdaderamente que el Sr. Vicente ha poseído esta virtud en un grado excelentísimo y que ha sabido llevarla perfectamente a la práctica en todas las ocasiones que se le han presentado.

Tenía a menudo en el pensamiento y en la boca esta palabra de Jesucristo: Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Y según esta regla divina ha ofrendado cuidadosamente a Dios todas las obligaciones de Religión, a las que estaba obligado en calidad de hombre racional, de cristiano, de sacerdote y de misionero. Ha prestado verosímilmente a su prójimo en general y, a cada uno en particular, según su rango y su condición, todo lo que la justicia podía desear de él, sin desviarse nunca, de algún modo, del camino recto de esta virtud. Sobre este tema decía frecuentemente a los suyos, en especial en las consultas que despachaba con ellos: Señores, que tengamos en cuenta los intereses del prójimo como los nuestros. Vayamos por el camino recto, obremos leal y equitativamente. Y tenía tal interés en cumplir con las menores obligaciones de la justicia, que creía que las debía preferir a todas las demás. Fue pensando de esa forma como, al escribirle a una persona de confianza, le dijo: *«Acuérdese especialmente de rezar por mí a Dios, porque, al verme ayer obligado, al mismo tiempo, a cumplir una promesa que tengo hecha, o realizar un acto de caridad a una persona, que nos puede hacer mucho bien o mucho mal, y al no poder satisfacer a uno y a otro, he dejado el acto de caridad por cumplir la promesa; por lo cual la susodicha persona ha quedado descontenta. Mas yo no estoy tan disgustado por ello, como de que yo, así me parece, haya seguido demasiado mi inclinación, realizando ese acto de justicia».*

Se preocupaba mucho de que la Comunidad pagara pronto lo que debía, y le disgustaba que los acreedores se vieran obligados a venir varias veces a solicitarlo. Y cuando esas personas se dirigían a él, les rogaba que no se molestaran en venir otra vez, prometiéndoles que les enviaría a su casa el dinero que les era debido. Le han visto también en varias ocasiones, que, cuando le llevaban letras de cambio que él debía pagar, se informaba del domicilio de las personas a quienes tenía que pagar, y, en cuanto se

cumplía el tiempo, enviaba expresamente a alguno de la casa a llevarles el dinero. Y cuando le decían, que había que esperar a que ellos vinieran, o enviaran en busca de su dinero, sin molestarse en llevárselo, manifestaba que no aprobaba tal procedimiento, creyendo que no era justo causarles la molestia de volver, para pedir una cosa que les era legítimamente debida.

Un día el cochero, al recular su carroza, cerca de la puerta de SaintDenis, echó por el suelo algunos panes de la tienda del panadero, y de ellos uno o dos quedaron un poco manchados de barro. Inmediatamente el Sr. Vicente se mostró tan justo, que, temiendo que aquellos panes fueran vendidos a precio más barato, hizo que se pagaran al panadero al precio que quiso, y los hizo llevar a San Lázaro.

En otra ocasión, el mismo cochero, al recular dio contra una gran puerta cochera, que estaba cerrada por dentro con una vieja tranca de madera medio podrida, la cual se rompió muy fácilmente. Entonces no vivía nadie en aquella casa, excepto un hombre para guardarla, y que podía cerrar la puerta de otra manera. Pero el Sr. Vicente, por iniciativa propia, envió al Hermano que lo acompañaba en busca del carpintero, para que hiciera una tranca del todo nueva; la pagó, y le costó tres o cuatro veces más de lo que valía la otra.

Si creía que había contristado a alguien con alguna palabra o con un acto, que consideraba no del todo justo, por su parte no quedaba sin la oportuna reparación.

El Gobernador de una ciudad importante le rogó un día que le hiciera un buen favor en la Corte, y le aseguró que apoyaría a los Misioneros de aquella ciudad contra varias personas influyentes que se oponían a su fundación, y que contra ellos ejercían presión en el Parlamento. El Sr. Vicente le respondió que, si podía servirle, lo haría, pero le suplicaba que dejara el asunto de los Sacerdotes de la Misión en manos de Dios y de la Justicia que juzgara del asunto, pues no deseaba estar en ningún sitio pendiente del favor ni de la autoridad de los hombres.

En los pleitos algo importantes que su Compañía se veía obligada a tener, iba o enviaba, a veces, a los jueces, no tanto para recomendarles la causa de la Compañía, como para rogarles que sólo miraran por la justicia. Y se podía decir muy bien de él que era el impulsor justicia, y no el defensor de sus propios intereses. No iba ni a favor ni en contra de nadie, pero solicitaba igualmente en favor del demandante, que del defensor, porque no pedía otra cosa sino que se diera a cada uno lo que se viera que le pertenecía. Incluso le disgustaba mezclarse en estas materias. Un día un Hermano de la casa de San Lázaro, encargado de los negocios, le indicó, con motivo de un pleito ya pendiente de ser juzgado, que sería conveniente que fuera a ver a los jueces para recomendarles el derecho de la Compañía. Mostró repugnancia ante aquello, diciendo que había que dejar hacer a la Providencia de Dios y a la Justicia, y que no creía que las recomendaciones hicieran mucho, sobre todo, ante ciertas personas, y que, también él, cuando estaba empleado en la provisión de los Beneficios, no tenía ninguna consideración con las recomendaciones

que le hacían, sino que miraba si la cosa que solicitaban era justa y para mejorar la gloria de Dios, y que en este caso la apoyaba sin preocuparse de las recomendaciones.

En otra ocasión dijo al mismo Hermano que había que tener como norma, cuando se consultara algún asunto, alegar siempre todo lo que hacía a favor de la parte contraria, sin omitir nada, como si ella estuviera presente para aducir sus razones y defenderse; y que así era como había que proceder en materia de consultas.

Los Misioneros, que poseen algunos bienes en las Provincias, donde están establecidos, tienen mucho que sufrir de parte de los arrendatarios y de otras personas, que les son deudoras, pues como saben que los Misioneros no los van a tratar mal, abusan de su paciencia; y como están acostumbrados a los enredos del país, no se preocupan de pleitear ante los jueces naturales. Por eso, los Superiores de algunas de las casas de la Congregación han solido molestar frecuentemente al Sr. Vicente, para que les obtuviera un Committimus, con el fin de intimidar a las personas, que no quieren darse a razones. Mas este Hombre de Dios les ha disuadido de semejante pensamiento, diciéndoles que hicieran lo que pudieran. El también sentía que la casa de San Lázaro, que tiene sus causas confiadas al Tribunal Soberano de la Corte y al Tribunal del Parlamento, hiciera asignar a esos organismos a los que vivían lejos, particularmente si eran pobres, porque les costaría mucho venir a pleitear hasta París. ¿ Será justo —decía — hacer venir a esa pobre gente a pleitear tan lejos?

Como él era el Titular del señorío de San Lázaro, donde tiene derecho a ejercer la Justicia alta y baja, ejercía las causas gratis. Y para eso escogía hombres capaces y gente de bien, que no estaban interesados en el cargo, prefiriéndolos a otros que pretendían esos cargos y que estaban muy recomendados. También esta justicia la ha dejado muy bien administrada para gloria de Dios, y con contento y satisfacción de los súbditos.

Uniremos aquí la virtud de la gratitud a la justicia, ya que, según la Doctrina de Santo Tomás, le es particularmente aneja, porque sería faltar a uno de los más justos deberes del cristiano mostrarse ingrato desagradecido por los bienes recibidos, sea por lo que toca a Dios, primera y principal fuente de ellos, sea por lo que toca al prójimo, de quienes la Divina Bondad se sirve a veces como un canal para hacer fluir sobre nosotros diversas clases de bienes. El Sr. Vicente estaba tan alejado de ese vicio, que su corazón se sentía llevado por su inclinación natural, y, aún más, por el movimiento de la gracia a la virtud de la gratitud y del reconocimiento tanto a Dios, como al prójimo.

Decía sobre esta cuestión, que no había nada que tuviera tanta eficacia para ganar el corazón de Dios, como ofrecerle un corazón agradecido por sus dones y por sus bienes, y con ese sentimiento, acostumbraba a dar gracia a Dios frecuentemente por todos los bienes, que su Bondad infinita comunica sin cesar a toda clase de criaturas, y que El ha comunicado desde el comienzo del mundo; como también de todas las obras buenas y actos de virtud que se han practicado por inspiración de Su gracia; e invitaba a otros a hacer lo mismo. Y descendiendo más al detalle, invitaba con frecuencia a los suyos a dar a

Dios muy frecuentemente acciones de gracias por la protección y por el progreso que Dios daba a su Iglesia y a las principales partes de que estaba compuesta, sobre todo, a los Prelados, Pastores y otros Obreros eclesiásticos, que trabajaban por su conservación y su progreso. Tenía mucho cuidado en agradecer a Dios por todos los frutos que daban en la Iglesia las Compañías y Congregaciones bien regladas. Y por lo que tocaba a la suya, no se podría explicar con qué sentimientos de agradecimiento daba gracias a la Divina Bondad por tantas bendiciones como ella derramaba sobre cada una de las funciones a las que los suyos se dedicaban, como son: las Misiones, los Ejercicios de los Ordenandos, los Retiros, las Conferencias, los Seminarios y otros servicios parecidos que prestan a la Iglesia. Daba gracias también con frecuencia a la Bondad Divina por las asistencias que prestaba a los pobres, por la promoción de los buenos eclesiásticos a los cargos y dignidades de la Iglesia, por los felices resultados que Dios daba a los buenos proyectos del Rey, por las victorias conseguidas, sea por Su Majestad, sea por los otros Príncipes y Estados cristianos sobre los infieles, Herejes y Cismáticos, y generalmente por todos los sucesos ventajosos para la gloria de Dios, y para el bien de la Religión católica. Esos eran los motivos más habituales de sus acciones de gracias a Dios; que como le parecían demasiado pequeñas, solía invitar a todas las personas piadosas y a Comunidades enteras, y principalmente a la suya, a alabar y glorificar a Dios con él, y a ofrecer sus sacrificios y oraciones por esa intención.

Se le ha oído a menudo decir que había que dedicar tanto tiempo en dar gracias a Dios por sus beneficios, como se ha dedicado en pedirlos. Y se quejaba con un grandísimo sentimiento de la ingratitud extrema de los hombres para con Dios, aduciendo por este motivo la queja que el mismo Jesucristo tuvo en el Evangelio, cuando, después de haber curado a diez leprosos, sólo volvió uno a darle gracias por el bien que le hizo. Y por eso exhortaba sin cesar a los suyos a la práctica de esta virtud de la gratitud y del agradecimiento, cuya falta, como él decía, nos hace indignos de recibir ningún favor de Dios ni de los hombres. No se sabe de qué gracias, tocante a su persona, agradecía a Dios, porque no hablaba nunca de ellas: su humildad le hacía guardar los dones que recibía de Dios bajo el sello del silencio; pero todos los años tenía esta costumbre: el día de su bautismo rogaba a los de su Comunidad que le ayudaran a dar gracias a Dios, porque hacía tantos años que su Bondad lo soportaba en la tierra. Podemos juzgar por el agradecimiento que tenía a los hombres, que era inconcebible, cómo sería el que tenía a Dios, y esto tanto más, cuanto que recibiendo los beneficios de los hombres como repartidos por la mano liberal de Dios, su intención era darle a El las acciones de gracia que daba a los hombres.

En cuanto a su gratitud a los hombres, era tan grande, que daba gracias en particular, no solamente por los beneficios señalados y los servicios importantes recibidos por él, sino también por las cosas más pequeñas que hacían por él. Eso procedía de su profunda humildad, pues estaba persuadido de que no se le debía nada, y que todos le brindaban más honor y gracias de los que él merecía, de forma que hallaba motivos de agradecimiento en cosas que las personas más agradecidas no hubieran podido ver. Con ese espíritu de gratitud decía a los que lo abordaban, aunque no fueran en plan de visita,

o para rendirle el menor favor, a unos: Les agradezco, porque no deprecien la vejez. A otros: Porque aguantan a un desgraciado pecador. A algún otro: Porque me han enseñado una cosa que no sabíao bien: Por la pacien cia que han practicado escuchándome, o: Por la caridad que Dios les da por mí, etc. Y daba esas acciones de gracia hasta a los menores Hermanos, y también al que estaba más habitualmente junto a él en sus enfermedades, agradeciéndoles los más pequeños servicios, como encenderle la vela, llevarle un libro, abrir o cerrar una puerta, etc., manifestando que tomaba nota de las menores cosas y de recibirlas con espíritu de agradecimiento. Y eso hacía que todos sintieran gusto en prestarle alguna clase de servicio.

Se comportaba de igual modo en los viajes por la menores atenciones que le prestaban, como ayudarle a montar a caballo, u otras parecidas; daba por ello varias veces gracias con cordialidad y de una forma muy amable, incluso a los niños, añadiendo muchas veces a las palabras alguna retribución. Y era tan exacto en el agradecimiento, que, si el que le acompañaba en sus viajes no agradecía bastante, o lo hacía fríamente, se lo advertía, como si fuera una falta.

Este Venerable Padre, que en todo imitaba a Nuestro Señor, lo ha imitado particularmente en esto: en tener como hecho a su persona, lo que habían hecho al menor de los suyos; y por eso agradecía y recompensaba a los que hacían un favor al Hermano que tenía la felicidad de acompañarlo, como si se lo hubieran hecho a él mismo.

Hemos dicho en otro lugar que el Sr. Vicente, yendo de viaje, cayó al agua cerca de Durtal, camino de la Le Mans en Angers; y que un Sacerdote de su Congregación, que por aquellos días se encontró con él, se lanzó rápidamente al agua para sacarlo. Pues bien, sucedió más adelante, que ese Sacerdote se relajó mucho en su primer fervor, y ya no daba buen ejemplo, y finalmente abandonó la Misión para irse a su tierra, contra el parecer del Sr. Vicente, quien le había indicado que aquel plan era una tentación del demonio para hacerle perder la vocación. Efectivamente, Dios le retiró del todo el espíritu de sus primeros años, y lo abandonó al suyo propio. Así que, lejos de llevar a cabo sus bellos planes, se halló abrumado de dificultades, rodeado de problemas y hostigado por los enemigos de su salvación.

Al cabo de un año, más o menos, de encontrarse en aquel estado, abrió los ojos para conocer su desgracia espiritual, aunque, por lo demás, se hallaba bastante bien en lo temporal. Comenzó a reconocer que el Sr. Vicente había tenido razón al tratar de disuadirle de aquel viaje, y que él se había equivocado al salir de la Compañía, adonde Dios lo había llamado. Hizo como el hijo pródigo: se propuso volver al Padre. Le escribe, a tal efecto, una carta tras otra, le pide perdón por su desvarío, y le ruega que le reciba en alguna de sus casas; pero el Sr. Vicente no le contesta. El Sacerdote redobla sus cartas y le escribe claramente que está perdido, si no le tiende una mano compasiva. Como el Sr. Vicente no juzgaba conveniente para el bien de la Congregación que aquel hombre volviera a ella, le hizo saber que su comportamiento pasado no le daba pie para esperar mucha confianza en su conducta, y se mantuvo firme en no admitirlo. Finalmente, el

Sacerdote pensó en ganar al Sr. Vicente por la parte más sensible de su corazón, que fue el agradecimiento, sabiendo que era ésa una de sus grandes virtudes.

Vino, pues, a llamar a esa puerta con sus palabras: Señor, yo le ha salvado una vez la vida del cuerpo; sálveme la del alma. Inmediatamente aquel Superior agradecido, viendo la perseverancia, y esperando que se portaría mejor, le escribió que viniera directamente a San Lázaro; allí sería recibido con lo brazos abiertos. Este Sacerdote, en cuanto recibió aquella respuesta favorable, muy alegre, por haber hallado gracia en el espíritu del Sr. Vicente, se disponía a salir, cuando Dios le envió una enfermedad, y de ella murió.

Después de que el Sr. Vicente estuvo fuera del agua, adonde había caído, como acabamos de decir, entró en una casita que encontró. Era el albergue de un hombre muy pobre, y le manifestó tanto agradecimiento por haberlo recibido en su casa para secar allí la ropa, como se lo hubiera manifestado a un Gentilhombre que lo hubiera acogido en su castillo. Y después de aquella acción de gracias, le pagó muy bien, y más de lo que debía, pero no fue eso todo. El hombre le manifestó que estaba muy molesto por una hernia; el Sr. Vicente le dio esperanzas de que le enviaría un braguero, que le aliviaría mucho, y, en efecto, aunque el Sr. Vicente no volvió a París sino tres o cuatro meses más adelante, no se olvidó de hacérselo comprar en cuanto llegó, y de enviárselo al pobre campesino junto a una carta que le escribió para agradecerle de nuevo por haberlo recibido en su vivienda. Y esto sí que es digno de notarse: como no había ningún medio seguro para hacerle llegar el encargo, no tuvo inconveniente alguno en emplear a una Señora de gran categoría, Mariscala de Francia, a quien pertenecía el lugar: le escribió expresamente para suplicarle que hiciera llegar el braguero y su carta a aquel hombre dolorido, señalándole el lugar de su vivienda.

También se mostraba agradecido a quienes no lo esperaban de él; por ejemplo, a la gente decidida a labrar y a cultivar tierras, y que así proporcionan al Clero y a la Nobleza medios para vivir según su condición. He aquí cómo expresó un día su sentimiento a la Comunidad acerca de este punto: *«Dios nos sirve aquí de proveedor; El provee a todas nuestras necesidades.El nos da la cantidad suficiente, y aún más. Yo no sé si pensamos bastante en agradecérselo. Vivimos del patrimonio de Jesucristo, del sudor de la gente pobre; deberíamos pensar, cuando vamos al comedor: ¿ he ganado la comida, que voy a tomar? Muchas veces me viene ese pensamiento, que me hace sentirme confuso. Desgraciado, ¿ has ganado el pan que vas a comer? El pan y las comodidades que proceden del trabajo de los pueblos. Al menos, si nosotros no lo ganamos como ellos, oremos a Dios por ellos, y que no pase ningún día sin que los ofrezcamos a Nuestro Señor, para que El quiera hacerles la gracia de hacer un buen uso de sus calamidades y sufrimientos, y un día darles Su gloria»*

Eran tan agradecido, que, cuando había recibido alguna asistencia o favor de alguien para su Compañía, no dejaba de hacerlo público por todas partes, y de llamarlo protector, bienhechor y otros títulos semejantes; exhortando a sus Hijos a que lo

encomendaran a Nuestro Señor, y le manifestaran siempre en las reuniones el recuerdo de aquel beneficio".

Un Sacerdote de la Misión había muerto en Lorena en una casa de los Reverendos Padres Jesuitas, y lo habían hecho enterrar honorablemente. El Sr. Vicente mandó tener sobre eso una Conferencia a su Comunidad acerca del agradecimiento, para excitar a sus Hijos a rogar a Dios por aquellos buenos Padres, y para pedirle la gracia y las ocasiones de agradecer aquel favor, como él lo ha agradecido, por su parte, de todas las formas posibles, poniéndose siempre a favor de esa Santa Compañía cuando se han levantado persecuciones contra ella, tratando de orillar de ella las calumnias, y publicando las virtudes practicadas por ella y los grandes bienes que hace.

Ha provisto a la alimentación de una mujer pobre desde hace veinticinco o treinta años, y ha hecho pagar el alquiler de su vivienda, próxima al Colegio de BonsEnfants, porque ella había atendido a uno o dos apestados de la casa de San Lázaro, al comienzo, cuando los Misioneros acababan de establecerse allí.

Hablando un día en particular con un Sacerdote de su Congregación, dijo alguna palabra en alabanza de una persona por alguna buena acción hecha por ella. Pensando sobre esta alabanza que acababa de hacer, dijo: Tengo en mí dos cosas: el agradecimiento, y que no puedo contenerme sin alabar el bien. Es muy cierto que en su corazón tenía bien dentro estas dos cosas, de cuya abundancia su boca habló en aquella ocasión contra su costumbre, ya que no hablaba de sí mismo en favor propio sin una grandísima necesidad.

Tenía, sobre todo, un agradecimiento muy grande a los Fundadores de las casas de su Congregación; de manera que no ponía límites en las manifestaciones de gratitud que podía rendirles. Escribiendo, a propósito de esto, a uno de sus Sacerdotes: *«No podríamos* —le dice— *tener bastante agradecimiento ni gratitud a nuestros Fundadores. Dios nos ha concedido la gracia los días pasados de ofrecer al Fundador de una de nuestras casas los bienes que él nos dio, porque yo pensaba que los necesitaba. Y me parece que si lo hubiera aceptado, yo habría sentido por ello un consuelo muy notable. Y creo que en este caso la Divina Bondad se convertiría en nuestra Fundadora, y que no nos faltaría nada. Pero aún cuando no nos sucediera eso, ¿qué felicidad no sería para nosotros, señor, el que nos empobreciéramos por ayudar al que nos había hecho un favor anteriormente? Dios nos ha hecho ya la gracia de usar de El una vez de ese mismo modo, pues devolvimos a un bienhechor lo que él nos había dado. Y todas las veces que pienso en ello, siento un consuelo que no puedo expresar».*

Esta carta era del mes de septiembre del año 1654, y el año siguiente escribió otra a un Bienhechor de su Compañía, ofreciendo devolverle lo que le había dado, porque creía que podía sentir necesidad de ello.

«Le suplico —le dice— *que use de los bienes de la Compañía, como si fueran suyos. Estamos dispuestos a vender todo lo que tenemos, hasta nuestros cálices, por usted. No*

haríamos con eso más que lo que los Santos Cánones nos ordenan, que es devolver a nuestros Bienhechores en su necesidad todo lo que nos dieron en su abundancia. Y lo que le digo, señor, no es por cumplir, sino en la presencia de Dios y como lo siento en el fondo de mi corazón».

El Sr. Vicente ha demostrado bien la verdad de esas palabras en varias ocasiones, porque, cuando le informaron de alguna necesidad urgente en la que se hallaba un Bienhechor de su Compañía, mandó darle doscientas «pistolas» para socorrerle, pero el las rechazó, por temor a causar demasiadas molestias al Sr. Vicente y a los suyos.

En otra ocasión pidió prestadas trescientas «pistolas» para ofrecérselas a uno de los Fundadores de su Compañía, que se hallaba necesitado; pero esa persona, como sabía bien que él (Sr.V.) no podía hacer aquello sin causar un gran perjuicio a su Comunidad, no las quiso recibir nunca, aunque le insistieron muchas veces.

Una persona de gran piedad legó en testamento alguna cantidad de dinero a su Congregación, para emplearlo en obras conformes a su Instituto. El Sr. Vicente, en cuanto se lo comunicaron, mandó reunirse a los Oficiales y algunos de los Antiguos de su Comunidad, y uno de ellos dijo, que creía que llevaría consigo muchas cargas, y que de todo ello no llegaría nada a la bolsa del Procurador de la casa, porque esa misma persona había hecho ya alguna fundación muy onerosa. El Sr. Vicente, al oír aquellas palabras cerró los ojos, y después los abrió mirando al cielo, y dijo: «*Aún cuando la cosa fuera como usted dice (supongamos el caso de que sea así), siempre es mucho el darnos medios para servir a Dios y de hacerlo conocer, y, por eso, no deberíamos dejar de ser muy agradecidos y de pedir a Dios por él como Bienhechor nuestro. Vemos que la misma iglesia ha tenido tanta gratitud para con los Bienhechores, que llegó a relajarse por ellos, concediendo a los laicos el derecho de Patronato, como vemos en varios sitios, aunque ese derecho sólo debería pertenecer a la Iglesia. ¿Por qué ha actuado así, sino para manifestar su gratitud a los Bienhechores?"*

Tenía tanta gratitud al difunto Sr. Prior de San Lázaro y a los Religiosos, que habían precedido a los Misioneros en esta casa, que pedía a Dios insistentemente les aplicara, tanto como se pudiera, el mérito de los pequeños trabajos de su Compañía, y que les hiciera participantes del fruto de las buenas obras que se harían como consecuencia de sus favores. Por otra parte, les manifestaba tanta gratitud, que nunca les negaba nada de lo que pudiera concederles en conciencia. Les tenía un gran respeto, y les tributaba una deferencia singular, no sólo con su ademán exterior, ni a modo de cumplimiento, sino por un verdadero sentimiento de gratitud. Este testimonio lo daba en todos los lugares, tanto en ausencia de ellos, como en presencia.

Si quisiéramos contar todos los ejemplos dados por él en esta materia, jamás lo lograríamos. Nos contentaremos con lo que hemos dicho, y acabaremos este Capítulo con el testimonio que un Sacerdote de su Congregación ha dado con estas pocas palabras: *«El agradecimiento del Sr. Vicente a los Bienhechores era muy extraordinario. He sido testigo*

de los actos de esta virtud practicados con el difunto Sr. Le Bon, antiguo prior de San Lázaro. Lo llamaba nuestro Padre; lo visitaba frecuentemente; y cuando volvía de algún viaje, lo primero que hacía, después de haber adorado al Santísimo Sacramento en la iglesia, era ir a saludar al buen Prior. Un día quedé impresionado, al encontrarme con ellos, al ver los cumplidos que le rendía, y las seguridades que le dio del recuerdo que conservaba con todo cariño tanto de su persona, como de la caridad que había tenido con la Congregación de la Misión. El (Sr.V.) le asistió a la muerte con una caridad muy particular. E hizo venir a toda la Comunidad a su habitación para recibir la bendición: se la pidió en nombre de todos, de una manera que conmovió muchísimo, como todas las demás cosas que hizo y dijo en aquella ocasión, que mostraban su gran agradecimiento en relación a él. Le he oído al Sr. Vicente, al hablar de la virtud de la gratitud, que teníamos que alegrarnos, cuando la Providencia de Dios nos presentaba las ocasiones de hacer algún acto señalado de dicha virtud, que le es tan agradable, como lo ha hecho conocer por los sacrificios de acción de gracias, instituidos por El en la Ley Antigua, y por el de la Eucaristía en la Ley Nueva, que se llama así, no solamente porque contiene el Autor de la gracia, sino también, porque Nuestro Señor, al instituirla, daba gracias a su Padre, y nos obligó a ofrecerla igualmente en acción de gracias por los innumerables beneficios, que hemos recibido, y que recibimos continuamente de su Bondad».

CAPITULO XVIII pág. 731

Perfecto desprendimiento de los bienes de esta vida y amor a la pobreza

¡Oh «Quam magnum est contemnere divitias, sed quam rarum hoc ipsum est!» Ambros. Ser. 8qué gran virtud es —dice San Ambrosio— despreciar los bienes de la tierra! ¡Pero cuidado que es rara esta virtud, y qué pocos hay en el mundo que la pongan en práctica! En efecto, son muy pocos los que tienen el coraje para arrancar de sus corazones de raíz la malhadada codicia, que la Sagrada Escritura llama la raíz de todos los males, y que pueden decir en verdad con el Santo Apóstol: ¡Mira, Señor! Nosotros hemos dejado todo por seguirte y por servirte! Feliz ciertamente —dice el Sabio— quien no ha permitido a su corazón correr tras el oro ni tras la plata, y el que no ha puesto sus esperanzas en las riquezas ni en los tesoros de la tierra.¿Dónde está, para que demos con él, y le concedamos las alabanzas merecidas?, porque ha hecho maravillas en su vida.

No será necesario emplear aquí un discurso más largo para hacer resaltar esta virtuosa disposición en la persona del Sr. Vicente, ya que la Historia de su Vida y el relato de sus grandes y santas obras nos proporcionan pruebas evidentes de ello. No, «Ne mireris posessorem virtutum: antea se professus est abrenuntiatorem divitiarum». Ambros. ser 26 de Verbis Apostno hay que sorprenderse, porque haya poseído las virtudes en un grado tan eminente, pues ha despreciado tan generosamente las riquezas. No

repetiremos aquí lo que hemos dicho en el primer Libro de cómo se portó este venerable amador de la pobreza de Jesucristo en todas las ocasiones en las que se trataba de su interés y del de su Compañía; ya cuando se trató de la Fundación del Sr. General de las Galeras y de la Señora, su esposa, pues en primer lugar la hizo ofrecer antes a diversas Comunidades, y sólo la aceptó, cuando vio que no la podía rechazar sin faltar a lo que Dios quería de él, ya, cuando se le quiso dar la casa y el Priorato de San Lázaro, que él rechazo en absoluto, y persistió un año entero en esa negativa, a pesar de las apremiantes instancias que le hacía el Sr. Prior: fue más de treinta veces a buscarlo al Colegio de BonsEnfants para esa cuestión, sin poder influir nada sobre su espíritu, excepto, cuando, por consejo de personas sabias y virtuosas, quedó convencido de que Dios quería que le sirviera en aquel sitio.

Ciertamente, sólo esos dos actos bastarían para conocer cuán desprendido estaba su corazón del afecto a las riquezas y a los bienes de la tierra, y qué grande era su amor a la pobreza. Pero, además de eso, lo ha dejado ver en infinidad de ocasiones; y puede decirse sin exagerar, que jamás un avaro ha buscado con tanto ardor las ocasiones para enriquecerse, como las que ha buscado el Sr. Vicente para practicar y abrazar la pobreza, manifestando siempre, ya en sus palabras, ya en sus actos, su gran amor por esta virtud.

Le han oído decir sobre este tema, que, aunque tenía razones para preocuparse por su seguridad personal, antes de que Dios lo hubiera llamado a la Misión, a pesar de eso, sentía no sé qué movimiento secreto en su corazón, que le inclinaba a no desear poseer nada propio, y a vivir en comunidad. Y en cuanto comenzó a vivir de esa forma, comenzó también a practicar el amor que sentía por la pobreza, de todas las formas que se le ocurrieron.

Y en primer lugar, no ha querido nunca tener para él una habitación con chimenea, por mucha incomodidad que sintiera, incluso en su edad más avanzada, excepto los cuatro o cinco años antes de su muerte; durante ellos, toda su Comunidad, al ver sus continuos y penosos achaques, le obligó en cierto modo con sus oraciones e insistencias a aceptarla; de forma que hasta la edad de ochenta años no ha querido disponer de otro refugio que una habitación pequeña, de paredes desnudas, sin estera y sin otros muebles que una mesa sencilla de madera sin tapete, con dos sillas de paja, y un catre pequeño provisto únicamente de un jergón, una manta y una almohada. Y como un día que estaba con fiebre, le pusieron un pequeño pabellón, él mismo lo quitó más tarde, y no quiso sufrirlo; y no contento con eso, mandó quitar también de su habitación algunas estampas que uno de los Hermanos de la casa había colocado allí en diversas ocasiones, y sólo quiso quedarse con una, diciendo que era contra la pobreza tener varias. Cuando se pasaba la visita de las habitaciones, quería que se visitase la suya igual que las demás, para quitar de ella todo lo que fuera superfluo. Además, como alguno puso una pequeña alfombra vieja ante la puerta de su habitación del piso bajo, donde solía estar durante el día para recibir en ella a los externos, y la puso a causa del viento muy frío, que entraba por aquella puerta, a pesar de eso, en cuanto se apercibió de ello, la mandó quitar.

Iba a tomar la comida con ese mismo espíritu de pobreza, diciendo a menudo para sí mismo: ¡Ah desgraciado! ¡No has ganado el pan que comes! Y cuando podía coger los pedazos que habían sobrado de otros, los cogía para comérselos y para hacer de ellos su comida.

Se ha hecho notar a propósito del amor que sentía por la pobreza, que le gustaba ser alimentado y vestido pobremente, y que quedaba encantado cuando le faltaba alguna cosa, sea de comida, sea de ropa y de otras comodidades necesarias. Por eso, llevaba habitualmente sotanas muy usadas, y hasta remendadas, y su ropa interior muy pobre, y, a veces, toda rota. Un Señor notable, que le visitó un día, viéndole con una sotana muy mala, con remiendos en las mangas, quedó tan emocionado, que al salir de estar con él, y hallándose con gente distinguida, dijo que la pobreza y la limpieza del Sr. Vicente lo habían edificado muchísimo.

Cuando iba al Louvre para hablar con la Reina, o para asistir al Consejo, siempre era con los hábitos ordinarios, pobres y bastos, sin jamás querer ponerse otros. Y un día el Sr. Cardenal Mazarino, cogiéndole por el ceñidor, que estaba muy deshilachado, lo mostró a los que estaban allí, y dijo riéndose: Vean cómo viene vestido el Sr. Vicente a la Corte, y el hermoso ceñidor que lleva.

Si alguno de casa le indicaba que su alzacuello estaba muy estropeado, y que debía coger otro; o bien, que el sombrero era demasiado viejo, lo tomaba como una broma y decía: ¡Ah Hermano! Eso es cosa que solamente la puede hacer el Rey: llevar un alzacuello que no esté roto, un sombrero nuevo.

Cuando necesitaba calentarse en invierno, quería que se echase muy poca leña al fuego, por temor a hacer el menor gasto de los bienes de la casa, y decía que eran los bienes de Dios y los bienes de los pobres; y de los cuales nosotros no éramos más que meros distribuidores, y no señores; y por eso mismo, habría que rendir una cuenta exacta delante de Dios, igual que de todo lo demás. Que sólo había que usar lo necesario, y nunca más que eso.

Más de una vez se vio en el campo sin dinero; y al verse necesitado de comida, se sentía contento por ir a la casa de algún pobre labrador a pedir un pedazo de pan por amor de Dios: esto le sucedió precisamente, cuando volvía, cierta vez, en ayunas muy tarde, desde SaintGermain a París.

Su amor a la pobreza le movía a practicar esa virtud incluso en los ornamentos de la Iglesia de San Lázaro. Quería que vieran en ellos la santa pobreza, pues los mandó hacer de camelote sencillo, tanto para el uso ordinario de los Sacerdotes de su Comunidad, como para decorar los altares, con excepción de las Fiestas Solemnes. Una vez se disgustó, de que los carpinteros de la casa hubieran hecho una pequeña balaustrada para separar una capilla de la Iglesia de San Lázaro de la nave central, porque tenía demasiados adornos. Y por eso razón, no permitió, durante varios años, que se colocara la balaustrada en su sitio, y, al final, lo permitió por pura necesidad.

Sin embargo, eso no impedía que fuera generoso y, en cierto modo, santamente pródigo, cuando se trataba de hacer alguna cosa para la gloria de Dios o para la salvación de las almas; porque entonces no escatimaba nada, y el dinero era para él como basura, y hasta no ponía ninguna dificultad para endeudarse notablemente, cuando era necesario para los intereses del servicio de Dios, o para el bien espiritual del prójimo.

Su corazón estaba repleto del amor a esta virtud de la pobreza, cuyo valor y excelencia conocía. Trataba también de llevar a los suyos hacia ella, y de inspirar ese mismo espíritu en toda su Compañía. Hablando cierta vez sobre eso a los de su Comunidad, les dijo: *«Deben saber, señores, que esta virtud de la pobreza es el fundamento de esta Congregación de la Misión. Esta lengua que les habla, gracias a Dios, no ha pedido nunca ninguna de las cosas que posee ahora la Compañía, y aunque no fuera necesario más que dar un paso o pronunciar una palabra para hacer que la Compañía quedara establecida en todas las Provincias y grandes ciudades, y se multiplicase en número y tareas considerables, yo no quisiera pronunciar esa palabra, y espero que Nuestro Señor me daría la gracia de no pronunciarla. Esta es la disposición en que estoy, dejando que actúe siempre la Providencia de Dios ".*

Al manifestar una vez el temor que tenía de que el amor a la pobreza no fuera cualquier día a disminuir entre los suyos, les dijo: *«¡Ah! ¿Qué será de esta Compañía, si el apego a los bienes del mundo se mete en ella? ¿En qué se convertirá, si da entrada a la codicia de las riquezas, que el Apóstol dice ser la raíz de todos los males? Algunos grandes Santos han dicho que la pobreza es el nudo de las Religiones. Nosotros, ciertamente, no somos religiosos, porque no ha parecido que lo fuéramos, y tampoco somos dignos de serlo, aunque vivimos en común; pero no es menos verdad, y lo podemos también decir, que la pobreza es el nudo de las Comunidades, y particularmente de la nuestra: es el nudo que, desatándola de todas las cosas de la tierra, la ata perfectamente a Dios. ¡Oh Salvador! ¡Danos esta virtud, que nos ate inseparablemente a tu servicio, de forma que no queramos y no busquemos nada más que a Ti solo y a tu pura gloria!».*

Y en otra ocasión, movido interiormente por ese gran amor que tenía a la pobreza y al deseo de transmitir ese mismo espíritu a la Congregación, increpó fuertemente al espíritu contrario, hasta lanzar su maldición por tres veces a los de su Compañía, que se dejaran llevar por los sentimientos del propio interés y el deseo de amontonar riquezas, diciéndoles: "*Malhaya, malhaya, señores y hermanos míos, sí, malhaya el Misionero, que quiera apegarse a los bienes perecederos de esta vida!, porque se verá apresado por ellos, clavado por esas espinas y atado por sus ligaduras; y si esta desgracia cayera sobre toda la Compañía, ¿qué es lo que se diría de ella y cómo se viviría en ella? Se diría: Tenemos tantos miles de renta; podemos estar tranquilos; ¿por qué ir a corretear por las aldeas? ¿por qué trabajar tanto? Dejemos a esos pobres campesinos; que cuiden de ellos sus párrocos, si quieren; vivamos tranquilamente, sin tantas preocupaciones. De esta forma, la ociosidad vendrá tras el espíritu de avaricia; sólo se pensará en conservar y aumentar los bienes temporales y en buscar las propias satisfacciones, y entonces habrá que decir adiós a todas las actividades y a la misma Misión, pues dejará de existir. No hay más que repasar la*

historia para ver una infinidad de ejemplos de cómo las riquezas y la abundancia de bienes temporales han causado la pérdida, no sólo de muchas personas eclesiásticas, sino también de Comunidades y de Ordenes enteras, por no haber sido fieles a su primer espíritu de pobreza».

Uno de sus Sacerdotes le presentaba un día la pobreza de su casa. El le preguntó: *"¿Qué hace usted, señor, cuando le falta algo de lo necesario para la Comunidad? ¿Recurre a Dios? —«Sí, a veces*», respondió el Sacerdote. *—«Bien»* —le replicó— *«Eso es lo que hace la pobreza: nos hace pensar en Dios y elevar a El a nuestro corazón, mientras que si estuviéramos bien provistos, quizá nos olvidaríamos de Dios. Por eso, siento una gran alegría, al ver que la pobreza voluntaria y real se practica en todas nuestras casas. Debajo de esa pobreza hay oculta una gracia que no conocemos». —«Pero»* —le replicó el Sacerdote— *«¿atiende usted a los demás pobres y no piensa en los suyos?» —«Le ruego a Dios»* —le dijo el Sr. Vicente— *«que le perdone esas palabras. Me doy cuenta de que las ha dicho sin pensar; sepa usted que nunca seremos tan ricos como cuando nos parezcamos a Jesucristo».*

A un Sacerdote Misionero, que había aceptado unos bienes que habían sido dados a la Congregación de la Misión por un eclesiástico de singular piedad para hacer una nueva fundación, el Sr. Vicente le escribió en estos términos: «*Esos favores son unas gracias tanto más grandes, cuanto que eran menos esperadas, y que no las hemos merecido. Usted ha obrado según el beneplácito de Dios, y según nuestra norma de dejar obrar a la Providencia de Dios, sin contribuir a ello con ninguna otra cosa que su sola conformidad. Es así como se han fundado todas nuestras casas, y lo que la compañía debe observar inviolablemente».*

Escribiendo un día sobre esa misma cuestión al Superior de una de sus casas le dijo: *«La propuesta que me hace de hacer averiguaciones sobre el Priorato que me indica, es contraria a la norma y al uso existente entre nosotros de no andar buscando ningún bien temporal, ni fundación directa ni indirectamente. Sólo la Providencia nos ha llamado a todos esos sitios que poseemos por las personas que tenían derecho a hacerlo; y si la Compañía me cree, se conservará inviolablemente en esta discreción».*

Otro de sus Sacerdotes le escribió para saber si debía aceptar dos beneficios que le ofrecían en su tierra, con la intención de hacerlos pasar a poder de la Compañía. El se lo agradeció en estos términos: *«Se lo agradezco tanto más, cuanto que su intención no es otra, sino la de hacer que, por ese medio, Dios sea honrado y el pueblo asistido. Esos son los efectos de su celo, que Dios no dejará sin recompensa. Pero le diré como respuesta, señor, que nosotros no debemos desear otros bienes, ni otras actividades para la Compañía, que los que quiera darles Dios por sí mismo sin nosotros; quiero decir, sin que nosotros vayamos por delante. Y le ruego que se atenga a esto».*

Pero su perfecto desprendimiento de los bienes de este mundo nunca se manifestó mejor que cuando, habiendo sido llamado por la Reina Regente al Consejo de

Asuntos Eclesiásticos, donde él tomaba parte en la concesión de todos los Beneficios de Francia que estaban a nombre del Rey, nunca pidió ni propuso ninguno para su Compañía, ni para sus parientes más próximos, aunque fueran pobres, ni para sus amigos en cuanto tales. Al contrario, sabemos que algunos habían solicitado presentar a alguno de sus parientes y procurarle algún beneficio; él no quiso hacer nada, y prefirió que fueran labradores, y que ganasen su vida con el sudor de su cuerpo, y no por falta de afecto, sino por un desinterés, tanto más admirable, cuanto que se encuentran muy pocos de ésos, y, casi ningún ejemplo, en la actualidad, entre los hombres. Era generoso y servicial con los demás, pero con los suyos, muy moderado y reservado, hasta el punto de que sus mejores amigos estaban extrañados. También le oyeron decir, que, cuando fue llamado al cargo de la Corte arriba indicado, hizo ante Dios una firme resolución de no servirse nunca del poder, ni de las ocasiones que dicho cargo le pudiera ofrecer para favorecer a ninguno de los suyos, ni para provecho de su Congregación. Y esto lo llevó a la práctica tan perfectamente y lo realizó tan fielmente, que es cierto que su Congregación ha perdido más que ganado según el mundo.

Uno de los principales Magistrados de este Reino, hombre de gran autoridad, había pedido una abadía al Rey, cuando el Sr. Vicente estaba empleado en el Consejo de Asuntos Eclesiásticos, para uno de sus hijos, que carecía de las cualidades requeridas, y le comunicó por medio de un Sacerdote de su Congregación que le rogaba hiciera que le concedieran aquella abadía, y le prometía actuar de tal modo, sin que fuera necesario que ninguno de los suyos se mezclara en ello, que la casa de San Lázaro volvería a hacerse con la posesión de jugosos derechos y rentas, que le habían sido enajenados y perdidos, y que conocía bien los medios para hacerse con ellos. Que, por lo demás, el Sr. Vicente no debía perder la ocasión de mejorar su Compañía, mientras gozaba de favor, ya que se le presentaba ocasión para ello, y que otras Comunidades, que nombró, usaban de esos medios. Cuando le comu nicaron esto al Sr. Vicente, dijo: Por todas las riquezas de la tierra no haré nunca na da contra Dios, ni contra mi conciencia. La Compañía no perecerá por la pobreza, antes al contrario, si falta la pobreza, temo que vaya a perecer.

Y no solamente el Sr. Vicente no pidió nada para su Congregación, ni tampoco para sus parientes y amigos, sino que, cuando quisieron quitar a su Compañía lo que era suyo propio, se portó con tal indiferencia ante el suceso, que hasta varios jueces se quedaron extrañados, y no podían menos de decir que el Sr. Vicente era un hombre de otro mundo, ya que estaba tan poco apegado a las cosas de aquí. En efecto, cuando tuvo problemas sobre la posesión del Priorato de San Lázaro, estuvo dudando, si no sería mejor abandonarlo a una Comunidad que se lo quería quitar, o defender sus derechos en un pleito. Pero, después de aconsejarse de un gran Siervo de Dios, que le dijo que en aquel asunto se trataba del servicio de Dios, más que de un interés particular, y que, por consiguiente, debía defenderlo y no abandonarlo, se decidió a pleitear en atención a aquel consejo; pero siempre estuvo tan dispuesto en su interior a abandonar esta posesión, como a retenerla, si la Justicia se lo hubiera ordenado así.

Actuó de igual forma, cuando su Compañía fue inquietada a propósito de la casa

del Espíritu Santo de la ciudad de Toul. Estuvo varias veces a punto de abandonarlo todo, y de llamar a los Misioneros allí residentes. Y lo hubiera ejecutado, si una persona de virtud y de confianza no le hubiera disuadido, pues creyó que debía hacer más caso a los consejos de ella, que a sus propias convicciones.

En otra ocasión se resolvió, efectivamente, a llamar a los Misioneros instalados en cierta diócesis, y ordenó al Superior de qué modo debían actuar al abandonar aquella casa.

«Después de haber rendido cuentas —le dijo— *a los Sres. Vicarios Generales, y entregado el inventario de las cosas que han recibido, y que ustedes las pondrán en sus manos, se despedirán atentamente sin decir ninguna palabra en son de queja, ni tampoco dar muestras de contento por salir de aquel sitio; y pedirán a Dios que bendiga la ciudad y toda la diócesis. Sobre todo, le ruego que no digan nada desde el púlpito, ni en otros sitios, que deje traslucir algún descontento. Reciban la bendición de esos Señores, y procuren tomarla en nombre de toda la pequeña Familia, y la pedirán, al mismo tiempo, por mí, que deseo prosternarme en espíritu con ustedes a sus pies».*

Aunque el Sr. Vicente había tomado aquella resolución, Dios no permitió que tuviera efecto, porque las circunstancias cambiaron de aspecto, tanto que la fundación ha permanecido.

Si él estaba tan despegado de las fundaciones de las casas de su Congregación, no lo estaba menos de las Hijas de la Caridad, de cuya Compañía era Fundador. El envió a esas Hermanas a las ciudades, pueblos y aldeas, de donde las habían pedido para que sirvieran a los enfermos de las parroquias y de los Hospitales, aún con esta condición: que les estaba permitido despedirlas, cuando les pareciera; esto sí que es un modo de obrar muy desinteresado, y casi sin ejemplo. Y sobre esta cuestión, como le informaran que los Administradores del Hospital de la ciudad de Nantes querían despedir a las Hijas de la Caridad que servían allí a los enfermos, para poner en su lugar a unas Religiosas Hospitalarias, les escribió inmediatamente, que había oído hablar muy bien de esas Religiosas Hospitalarias y que si ése era su plan, el de instalarlas en Nantes, y, para ello, despedir a las Hijas de la Caridad, les rogaba muy humildemente que procedieran sin ninguna dificultad. Luego de escrita esta carta, la envió a la Señorita Le Gras, Superiora de las buenas Hijas de la Caridad, para hacérselo saber; y le escribió que era preciso actuar de aquella manera, y no tener pena alguna por aquella expulsión: *«Porque así es* —decía— *como actuaría Nuestro Señor, si todavía estuviera viviendo en la tierra. El espíritu del Cristianismo quiere que entremos en los sentimientos del prójimo, y Dios sacará gloria de ese cambio, si Le dejamos hacer».*

Dijo, además, al que llevó esta carta y estas palabras a la buena Señorita, que un día una de las dos Hijas de la Caridad que servían a los enfermos pobres en una de las principales parroquias de París, cuyo nombre dijo, se casó con el consentimiento del párroco, pues ella le prometió que continuaría sirviendo a los enfermos cuando estuviera

casada, tal como lo había hecho siendo soltera; y, sin otra formalidad, el Sr. Párroco envió a la otra Hermana a la Señorita le Gras. El Sr. Vicente le dijo entonces a la Señorita, a propósito de aquel hecho, que no había por qué quejarse, sino adorar a Dios y bendecirlo por su forma de actuar, asegurándole que todo iría bien. Y, en efecto, la recién casada, al no hallar en su matrimonio la gracia de su primera vocación, dejó pronto de atender y de servir a los enfermos; y entonces el Sr. Párroco se vio obligado a acudir al Sr. Vicente para pedirle otras dos Hijas de la Caridad. Se las concedió, y dijo a continuación estas hermosas palabras: ¡Oh! ¡Quién pudiera cambiar así tan fácilmente de decisión! ¡Cuántas cosas no haría! Porque cuanto más disponibles nos halle la Providencia de Dios para sus deseos, las cosas resultarán para su mayor gloria, que es lo que debemos pretender únicamente.

Pero el desprendimiento de los bienes externos y el amor que el Sr. Vicente tenía por la pobreza se manifestó todavía de una manera más sorprendente con ocasión de la pérdida de un pleito sobre una finca, que había sido donada a la Comunidad de San Lázaro, con la carga de una renta vitalicia, y que él únicamente la había aceptado por contentar a un Bienhechor de la Compañía, pues le había rogado y urgido insistentemente de parte de los posesores. Sucedió, después de muchos anticipos y mejoras realizadas en dicha finca, que la Comunidad de San Lázaro fue despojada de su posesión, sin que se ordenara ningún reembolso de todo lo que la Comunidad había desembolsado para poner la finca a punto. Con la sentencia la Comunidad sufrió un perjuicio muy grande, y una pérdida por valor de casi cincuenta mil libras. El Sr. Vicente, al anunciar la pérdida a los de su Comunidad, e informarles que, inmediatamente después de pronunciarse el fallo, uno de los jueces había venido a verle para persuadirle a que interpusiera un requerimiento civil, dijo a este respecto: *«¡Oh Dios mío! ¡No lo haremos! ¡Tú mismo, Señor, has pronunciado la sentencia! Será, si Te place, irrevocable, y para no diferir la ejecución, hacemos desde ahora un sacrificio de esos bienes a tu Divina Majestad. Y les ruego, señores y hermanos míos, acompañémoslo con un sacrificio de alabanza: bendigamos al Soberano Juez de vivos y muertos por habernos visitado en el día de la tribulación. Démosle infinitas gracias, por haber apartado no solamente nuestro afecto de los bienes de la tierra, sino también, porque efectivamente, nos ha despojado de los que teníamos, y porque nos ha hecho la gracia amar ese expolio. Quiero creer que estamos todos alegres por la privación de algo temporal: porque, ya que Nuestro Señor dijo en la apocalipsis: Ego quos amo castigo.¿Es que no tenemos que amar los castigos como señales de su amor? Pero no basta con amarlos; hay que alegrarse de ellos. ¡Oh Dios mío! ¿Quién nos hará esta gracia? Tú eres la fuente de toda alegría, y fuera de Ti no la hay verdadera: por eso Te la pedimos a Ti. Sí, señores, alegrémonos, porque parece que Dios nos ha hallado dignos de sufrir. Pero, ¿cómo puede uno alegrarse de los sufrimientos, al ver que naturalmente nos desagradan, y que se huye de ellos? Es lo mismo que pasa con los remedios: sabemos muy bien que las medicinas son amargas, y que las más dulces hacen botar al corazón, aún antes de que las tomes. Con todo, no dejamos de tomarlas con alegría, y ¿por qué? Porque amamos la salud que esperamos conservar y recobrar con las purgas. Igualmente, las tribulaciones que, de por sí, son desagradables, contribuyen, sin embargo, al buen estado del alma y de una Compañía. Por medio de ellas Dios nos purifica, como el oro por el fuego. Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos no sentía más que angustias, y en la cruz*

sólo dolores, que llegaron a ser tan excesivos, que parecía que en el abandono en el que se hallaba de todo socorro humano, estaba también abandonado de su Padre. Mas en los terrores de la muerte y en los sufrimientos de la Pasión, El se alegra por hacer la voluntad de su Padre: ella es su alimento y sus delicias. Hermanos míos, ésa debe ser también nuestra alegría: ver cumplir en nosotros su Voluntad, por las humillaciones, las pérdidas y las penas que nos ocurren: As picientes —dice San Pablo— in auctorem fidei et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta.Los primeros cristianos vivían esos sentimientos, según el testimonio del mismo Apóstol: Rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis. ¿Por qué no nos alegramos con ellos hoy por la pérdida de nuestros bienes? ¡Ah Hermanos míos! Dios se alegra mucho al vernos aquí reunidos para eso y para excitarnos a este gozo. Por una parte, hemos sido un espectáculo para el mundo por el oprobio y la vergüenza de esta sentencia que, al parecer, nos proclama como injustos detentadores de los bienes del prójimo: Spectaculum facti sumus mundo et Angelis et homini bus. Opprobriis et tribulationibus spectaculum facti. Más por otra parte, Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis.Crean, Hermanos míos, que les ha llegado toda la alegría, cuando se vean en varias tentaciones y tribulaciones».

«Así pues, creemos que hemos ganado mucho con esta pérdida, pues Dios nos ha quitado con esta finca la satisfacción que teníamos de poseerla, y la que habríamos tenido de poder ir allí de vez en cuando; y ese deleite, por ser conforme a los sentidos, habría sido como un dulce veneno que mata, como un cuchillo que hiere, como un fuego que quema y destruye. Y ya estamos libres de este peligro, por la misericordia de Dios; al estar más expuestos a las necesidades temporales, su divina Bondad nos quiere también elevar a una mayor confianza en su Providencia, y obligarnos a abandonar en ella todas nuestras preocupaciones por las necesidades de esta vida, lo mismo que por las gracias de la salvación. ¡Ojalá recompense Dios esta pérdida temporal con un aumento de confianza en su Providencia, de abandono en sus manos, de un mayor despego de las cosas de la tierra y de renuncia a nosotros mismos! ¡Oh Dios mío! ¡Qué felices seríamos entonces! Me atrevo a esperar de su Bondad paternal, que todo lo hace por nuestro bien, que nos concederá esta gracia».

«¿Cuáles son los frutos que hemos de sacar de esto? El primero, ofrecer a Dios todo lo que nos queda de bienes temporales y consuelos, tanto corporales como espirituales; ofrecernos a El en general y en particular, con toda sinceridad, para que El disponga absolutamente de nuestras personas y de lo que tenemos, según su Santísima Voluntad; de forma que siempre estemos preparados a dejarlo todo para abrazar las molestias, las ignominias y las tribulaciones que nos vengan, y, por este medio, seguir a Jesucristo en su pobreza, en su humildad y en su paciencia».

«El segundo es no pleitear nunca, aunque tengamos algún derecho a nuestro favor, o, si nos vemos obligados a ello, que sea solamente después de haber intentado todos los caminos imaginables para ponernos de acuerdo, a no ser que el buen derecho sea totalmente claro y evidente; pues, el que se fía del juicio de los hombres, muchas veces

queda engañado. Practicaremos el consejo de Nuestro Señor, que dice: Si te quieren quitar el manto, dales también la túnica.¡Que Dios le conceda a la Compañía la gracia de aceptar esta práctica! Hemos de esperar que, si es fiel en adoptarla y firme para no apartarse nunca de ella, su divina Bondad la bendecirá y, si por un lado le quita, le dará más cosas por otro».

Muchas personas de gran piedad y muy experimentadas en los negocios, de quienes se había asesorado el Sr. Vicente cuando se trató de esta finca, y aún más adelante durante la discusión previa al litigio para no hacer mal a propósito, viendo que el resultado había sido tan contrario, le apremiaron fuertemente que interpusiera un Requerimiento Civil, asegurándole que el juicio sólo podría serle favorable. Pero no pudieron obligarle a hacer otra cosa, que consultar solamente en secreto a un famoso abogado de la Corte, que estaba presente en el informe y en la discusión del proceso. Después de consultarle, escribió la siguiente carta al difunto Sr. des Bordes, auditor en la Cámara de Cuentas de París, antiguo amigo de la Compañía, hombre muy honesto y muy inteligente, que quería también comprometer al Sr. Vicente en el Requerimiento Civil. Esta carta es del 22 de diciembre de 1658. *«Señor: Hemos enviado al Sr. N. nuestros documentos. Me escribe que los ha estudiado puntualmente, y que cree que estamos bien fundamentados para emprender una reclamación civil. También él quiere defender nuestra causa, y promete ganarla; y aunque le gusta el dinero, sin embargo, no quiere nada por este asunto. Y aún va más adelante, Señor, y dice que si la perdiéramos, nos compensaría de alguna manera la pérdida».*

«Pero no podemos decidirnos a emprender el recurso:

1. Porque un gran número de abogados, que hemos consultado conjunta y separadamente antes de que la sentencia nos hubiera despojado de la finca, nos había asegurado siempre que nuestro derecho era infalible, en particular los Sres. Deffita y Lhoste, que lo habían examinado a fondo. El primero, porque debía llevar la defensa en favor nuestro, si el proceso siguiera adelante; y el segundo, por haber trabajado en nuestras escrituras. Y ambos han dicho, igual que el Sr. N. que no había nada que temer. Y, sin embargo, la Corte nos ha despojado de la finca, como si fuéramos los usurpadores. Tan diversas son las opiniones, y uno no puede fiarse del juicio de los hombres».

2. Uno de nuestros actos en las misiones suele ser poner de acuerdo las desavenencias del pueblo, así que es de temer que si la Compañía se obstinara en 738 una nueva instancia por medio del Requerimiento Civil, que es el refugio de los más grandes pleitistas, Dios nos quitará la gracia de trabajar en los intentos de reconciliación».

3. Sería un gran escándalo que, después de una sentencia tan solemne, volviéramos a pleitear para anularla. Nos echarían en cara el excesivo apego a las riquezas, que es el reproche que suele hacerse a los eclesiásticos. Y nosotros, al dar que hablar tanto en Palacio, les causaríamos daño a las demás Comunidades y seríamos la causa de que nuestros amigos quedaran escandalizados por nosotros».

«Finalmente, Señor, para decirle todo, me da mucha pena por las razones que usted puede pensar, ir contra el Consejo de Nuestro Señor, que no quiere que los que han empezado a seguirle pleiteen. Y si nosotros ya lo hemos hecho, ha sido porque en conciencia no podíamos abandonar unos bienes tan legítimamente adquiridos, y unos bienes de la Comunidad, de los que yo sólo era el administrador, sin hacer todo lo posible para conservarlos. Pero ahora que Dios me ha descargado de esa obligación por una sentencia soberana, que ha hecho inútiles mis desvelos, pienso, Señor, que debemos dejar la cosa como está». «Le suplico muy humildemente, Señor, a usted, que tiene un alma rebosante de máximas cristianas, que considere todas estas razones, y nos permita atenernos a ellas».

He ahí cómo este verdadero Siervo de Dios mostró su desprendimiento total de los bienes de este mundo, abrazando generosamente una pérdida tan grande, y usando sus razonamientos para que su Compañía consintiera en ello, así como sus amigos, aunque, realmente, él estuviera muy seguro que hubiera podido recobrar los bienes perdidos con dejar actuar al abogado, que le dio toda clase de seguridades, y que estaba tan persuadido de que estaba bien fundado para interponer el Requerimiento Civil, que se ofreció a llevarlo él solo adelante, a defenderlo, y a pagar todas las costas, y que también quiso dar seguridades para pagar no solamente los gastos del juicio, sino también a devolver el valor de la finca en cuestión en favor de la casa de San Lázaro. Y se puede afirmar que dicha oferta era tal, que no había nadie, salvo el Sr. Vicente, que fuera capaz de rechazarla; y solía afirmar, como explicación de ese rechazo, que estaba persuadido de que los jueces que habían dado la sentencia eran gente de bien, y que, si habían juzgado injustamente, debía pensar que la Providencia de Dios lo había ordenado así, y que él no podía hacer más que conformarse con sus órdenes.

El Procurador en el Parlamento, encargado en los asuntos de San Lázaro, al morir dejó por escrito la admiración que le causó tal desinterés; y añadió que había también admirado la actuación del Sr. Vicente en todos los demás asuntos relacionados con su profesión, y de los cuales había tenido conocimiento; y que este Santo Varón nunca había emprendido con calor ni prisa, sea en su nombre, como Superior, sea en el de su Comunidad, al pedir o al defender cualquier evidencia que hubiera en su derecho, y cualquier apariencia de injusticia que hubiera en las pretensiones de otros; y que, al contrario, en cualquier ventaja que se viera frente a las partes por sentencia o fallo, estaba siempre preparado y dispuesto para llegar a un arreglo; que se acordaba, que en diversos casos había hecho retrasar la ejecución de varias sentencias, que conllevaban una condena de cantidades considerables, dando como razón, que se hubiera llevado un gran disgusto si, ejecutándolas, hubiera causado la ruina de alguna familia; y que, en efecto, por haber diferido largo tiempo la ejecución por miedo a molestar notablemente a los que habían sido condenados, aquellas sentencias resultaron finalmente inútiles.

CAPITULO XIX pág. 741

Mortificación

"No hay nada más grande, ni más noble en la vida del cristiano —como dice San Ambrosio— que ejercitar el alma en la práctica de las virtudes; y para tal efecto, mortificar su carne y reducirla a la servidumbre, para que aprenda a some terse, y se haga más dócil al mandato de la razón; de forma que, a pesar de los trabajos y las dificultades que pueda sen tir en ese ejercicio, no deje de proceder animosamente a la ejecución de los buenos deseos y de las santas resoluciones concebidas en su corazón».

Y ciertamente no sin razón ese Santo Doctor hablaba de ese modo: porque, ya que según el sentimiento del Sabio, es una cosa bien gloriosa seguir al Señor; y el primer paso que hay que dar para ir tras El, como El mismo lo declara en el Evangelio, es renunciarse a sí mismo y llevar su cruz. De ahí se sigue que el cristiano debe mirar la abnegación y la mortificación como un título de nobleza y como una señal que se tiene por el honor de pertenecer a Jesucristo y ser de su séquito. El Sr. Vicente, como había hecho siempre una profesión particular de seguir al Divino Salvador, y de andar tras las huellas de sus ejemplos (como ya lo hemos dicho en uno de los Capítulos anteriores), no se puede dudar que fue honrado con sus distintivos más queridos, y que, según la palabra del Apóstol, llevó en su cuerpo la mortificación de Jesucristo; de forma que su vida fue casi un sacrificio continuo de su cuerpo y de todos sus sentidos, de su alma y de sus potencias, y, finalmente, de todos los deseos y movimientos de su corazón. Y fue hablando de la abundancia de ese corazón perfectamente mortificado, como un día dirigiéndose a los suyos comentó las palabras de Jesucristo en el Evangelio: "El que quiera venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, y lleve su cruz».

«Este es —les dijo— el Consejo que Nuestro Señor les da a quienes desean seguirle. Les declara que la primera decisión que deben tomar es renunciarse a sí mismos, e inmediatamente llevar su cruz, y después, perseverar constantemente en lo uno y en lo otro hasta el fin. Mas podemos aplicar a esta cuestión lo que el Divino Salvador dijo en otra ocasión: Non omnes capiunt istud. Y que son pocos los que se entregan verdaderamente a Jesucristo para seguirle bajo esas condiciones. De ahí provino que, de tantos millares de personas que le seguían para oírle, casi todas lo abandonaran y se retiraran, porque no lo seguían preparados de la manera como Nuestro Señor decía que había que ser, y que no estaban en disposición de mortificarse y de llevar la cruz».

«Así que es una necesidad, para quien quiera ser discípulo del Divino Maestro, renunciar a su propio juicio, a su voluntad, a sus sentimientos, a sus pasiones, etc. Por el juicio se sobreentiende la ciencia, la inteligencia y el raciocinio. ¡Qué ventaja para un cristiano someter sus luces y su razón por amor de Dios! ¿Qué es eso, sino seguir e imitar a Jesucristo, y hacerle un sacrificio de su propio juicio? Por ejemplo, se plantea una cuestión, cada uno dice su opinión: pues bien, para renunciar a sí mismo en semejante ocasión, no hace falta no querer decir lo que uno piensa, sino que hay que mantenerse en disposición

de someter su juicio y su razón, de modo que se siga de buen grado y hasta que se prefiera el juicio de otro al suyo propio».

«En cuanto a renunciar a su propia voluntad, Nuestro Señor nos dio el ejemplo a todo lo largo de su vida y hasta su muerte, estando continuamente dispuesto a hacer, no su voluntad, sino la de su Padre, y a cumplir en todas las cosas, lo que conocía que le era agradable: Quae placita sunt Ei facio semper. ¡Oh! ¡Pluguiera a Dios prevenirnos con tantas gracias, que permaneciéramos siempre en el cumplimiento de su Voluntad, obedeciendo a sus mandamientos, a las Reglas de nuestro estado, y a las órdenes de la obediencia! Entonces sí que seríamos verdaderos discípulos de su Hijo. Pero mientras estemos apegados a nuestra propia voluntad, no tendremos disposición para seguirle, ni mérito en sobrellevar nuestras penas, ni parte con El».

«Debemos mortificar nuestros sentidos, y vigilarlos continuamente para someterlos a Dios ¡Ay! ¡Qué peligrosa es la curiosidad de ver y escuchar, y qué fuerza tiene para desviar nuestro espíritu de Dios! Debemos pedir mucho a Nuestro Señor que nos haga la gracia de renunciar a esta curiosidad, que ha sido la causa de la pérdida de nuestros primeros padres».

«Hay también cierta pasión que domina en muchos, a la que debemos renunciar: es el deseo inmoderado de conservar la salud y de estar bien, y ese cuidado excesivo de hacer lo posible y lo imposible por la conservación de la propia persona: pues esta preocupación inmoderada y ese temor de sufrir alguna molestia, que se ve en algunos, que ponen todo su espíritu y toda su atención al cuidado de su vida frágil, son grandes impedimentos para el servicio de Dios, que les quitan la libertad de seguir a Jesucristo. ¡Ah señores y hermanos míos! ¡Somos discípulos de ese Divino Salvador, y, sin embargo, nos halla como unos esclavos encadenados! ¿A quién? A un poco de salud, a un remedio imaginario, a una enfermería donde no falta nada, a una casa que nos gusta, a un paseo que nos distrae, a un descanso que sabe a pereza. Pero —dirá alguno— el médico me ha aconsejado que no trabaje tanto, que vaya a tomar el aire, que cambie de lugar. ¡Oh miseria y debilidad! ¿Los Grandes dejan su vivienda ordinaria, porque a veces se encuentran indispuestos? ¿Un Obispo abandona su diócesis? ¿Un gobernador, su plaza fuerte? ¿Un burgués, su ciudad? ¿Un comerciante, su casa? ¿Los Reyes hacen algo de eso? Raramente, y cuando están enfermos, permanecen en el sitio donde se hallan. El difunto Rey se sintió enfermo en SaintGermain enLaye, y allí siguió cuatro o cinco meses sin hacerse llevar a otra parte, hasta que allí murió con una muerte verdaderamente cristiana y digna de un Rey Cristianísimo».

Y en otra ocasión hablando sobre el mismo tema: *«La sensualidad se encuentra por todas partes, y no sólo cuando se busca el aprecio del mundo, las riquezas o los placeres, sino incluso en las devociones, en las acciones más santas, en los libros, en las estampas; en una palabra, se cuela por todas partes. ¡Salvador mío! Concédenos la gracia de vencernos a nosotros mismos; Te pedimos que nos concedas odiarnos a nosotros mismos, para que Te amemos con mayor perfección, a Ti que eres la fuente de toda virtud y*

perfección y el enemigo mortal de la sensualidad. Danos ese espíritu de mortificación y la gracia de resistir siempre a ese amor propio, que es la raíz de todas nuestras sensualidades».

Hasta aquí son las palabras del Sr. Vicente, que hemos reproducido como fieles expresiones no sólo de los pensamientos de su Espíritu, sino más bien de los afectos y las disposiciones de su corazón relativas a la virtud de la mortificación, que podemos decir que ha sido una de las que él ha practicado más universal y constantemente, durante todo el curso de su vida, y hasta el último suspiro. Verdaderamente no daba muestras de llevar una vida austera, creyendo que una vida común en apariencia era la más conveniente para tener éxito al servicio de los pueblos y de los eclesiásticos, al cual Dios lo había destinado, siendo así la más adaptada a la vida de Jesucristo y de los Santos Apóstoles, sobre cuyo modelo quería educar a los Misioneros de su Congregación; y, por consiguiente, se sentía obligado a darles ejemplo de ella, conformándose a aquéllos en cuanto al exterior de una vida bien reglada, que no es ni demasiado ancha ni demasiado estrecha, ni demasiado suave, ni demasiado rigurosa. En cuanto a sí mismo, se trataba con mucha aspereza, haciendo sufrir a su cuerpo de varias maneras, y mortificando sin cesar su interior, para tener a uno y a otro perfectamente sometidos a los deseos de Dios; y esto de un modo tanto más excelente y más santo, cuanto que parecía menos a los ojos de los hombres. Así se hizo como el grano de trigo, del que habla Jesucristo en el Evangelio, que, cuanto más oculto y metido está en tierra, tanto más tallos echa y multiplica su fruto.

Y en primer lugar, mortificó el amor del honor y de la propia estima, que es tan natural a todos los hombres, y que les hace ocultar con tanto esmero todo lo que puede causarles el menor desprecio: este santo sacerdote reprimiendo esa inclinación natural, no dejaba escapar ninguna ocasión para humillarse, hablando de su bajo nacimiento y de la baja condición de sus familiares, que la aceptaba muy a gusto. He aquí lo que escribió el año 1633 a uno de sus Sacerdotes: *«Que algunos que han vuelto a su tierra, se han sentido más unidos a los intereses de su familia y a sus sentimientos de tristeza y de alegría, y se han enredado en ellos, como las moscas que caen en las telas de una araña, y después no se pueden desprender de ellas».*

«Me citaré a mí mismo como testigo —les dijo— *de esta verdad. Cuando estaba aún en casa del Sr. General de las Galeras, y antes de la primera Fundación de nuestra Compañía, ocurrió que como, las galeras estaban en Burdeos, me mandó allí, para que diera una misión a los pobres forzados. Así lo hice por medio de Religiosos de diversas Ordenes de aquella ciudad, dos en cada galera. Pues bien, antes de salir de París para aquel viaje, informé a dos amigos míos de la orden que había recibido, y les dije: Señores, me voy a trabajar cerca de donde soy; no sé si haré bien dándome una vuelta por mi casa. Así me lo aconsejaron los dos: Vaya, señor; su presencia será un consuelo para los suyos; podrá hablarles de Dios, etc. La razón que yo tenía para dudar era que había visto a unos buenos eclesiásticos, que habían hecho maravillas durante algún tiempo lejos de su tierra, y que, después de haber ido a ver a sus parientes, volvieron muy cambiados, y ya no sabían hacer nada útil a la gente; se dedicaban enteramente a los asuntos familiares; todos sus*

pensamientos se dirigían a ellos, cuando antes no se ocupaban más que de las obras, que se refieren al servicio de Dios alejadas de la sangre y de la naturaleza. Tengo miedo, dije, de apegarme igualmente a mis parientes. Y, en efecto, después de pasar ocho o diez días con ellos para hablarles del camino de su salvación y apartarlos del deseo de poseer riquezas, hasta decirles que no esperasen nada de mí, pues aunque tuviera cofres de oro y de plata, no les daría nada, ya que un eclesiástico que posee alguna cosa, se la debe a Dios y a los pobres, el día de mi partida sentí tanto dolor al dejar a mis pobres parientes, que no hice más que llorar durante todo el camino, derramando lágrimas casi sin cesar. Tras estas lágrimas me entró el deseo de ayudarles a que mejorasen de situación, de darles a éste esto y aquello al otro. De esta forma, mi espíritu enternecido les repartía lo que tenía y lo que no tenía. Lo digo para confusión mía, y porque quizá Dios permitió esto para darme a conocer mejor la importancia del Consejo Evangélico del que estamos hablando. Estuve tres meses con esta pasión importuna de mejorar la suerte de mis hermanos y hermanas; era un peso continuo en mi pobre espíritu. En medio de todo esto, cuando me veía un poco más libre, pedía a Dios que me librase de esta tentación; se lo pedí tanto, que finalmente tuvo compasión de mí; me quitó esos cariños por mis parientes, y aunque andaban pidiendo limosna, y todavía andan así, me ha concedido la gracia de confiarlos a su Providencia y de tenerlos por más felices que si hubieran estado en buena situación».

«Digo esto a la Compañía, porque hay algo grande en esta práctica tan recomendada en el Evangelio, que excluye del número de los Discípulos de Jesucristo a todos los que no odian a su padre y a su madre, a sus hermanos y hermanas y que, según esto, nos exhorta a renunciar al afecto inmoderado a nuestros parientes. Pidamos a Dios por ellos y, si podemos servirles caritativamente, hagámoslo, pero mantengámonos firmes en contra de la naturaleza que, al inclinarse siempre hacia ese lado, nos apartará si puede de la escuela de Jesucristo. Seamos firmes en esto».

Un Sacerdote de la Congregación, que estaba en Gascuña, fue a ver por propia iniciativa, a los parientes del Sr. Vicente. Cuando estuvo de vuelta en París, le contó el estado en que los había hallado, y entre otras cosas le dijo*:«Que la sencillez, la piedad y la caridad de sus parientes era de alabar, pero que no tenían para vivir, si no trabajaban—¡ Ah! —dijo el Sr. Vicente— ¿Es que no son felices? ¿ Y pueden estar mejor que en ese estado, en el que ejecutan la sentencia de Dios, que di ce que el hombre debe ganar el pan con el sudor de su frente?».*

La pobreza no ha sido la única práctica de virtud de esa buena gente, que un día fueron menospreciadas hasta el extremo en un Parlamento célebre. En él algunos amigos del Sr. Vicente quisieron paralizar unas diligencias que se querían hacer contra los suyos, pero él les dio esta respuesta: *«¿No es razonable, señores, que la justicia se haga para satisfacer a la de Dios? Así, al castigar a los delincuentes misericordiosamente en esta vida, El no ejercerá los rigores de su justicia sobre ellos en el otro mundo».*

Pues bien, habiendo descubierto los jueces que aquella acusación sólo era una calumnia y una falsedad, el Sr. Vicente se constituyó Protector de quienes los habían

acusado, y halló forma para libarlos de los castigos que habían merecido. Esto lo he sabido—dijo el mismo sacerdote— en el lugar del nacimiento del Sr. Vicente. Y ahí va un extracto de una carta leída por mí, y que él escribió a sus parientes acerca de todo esto: *«Vuestra difamación no ha tenido lugar sin una especialísima Providencia de Dios. Dios lo ha permitido así para su gloria y para vuestro bien: para su gloria, para que seáis como su Hijo, que fue calumniado hasta el punto de ser tratado como seductor, ambicioso y poseído del demonio; para vuestro bien, para que podáis satisfacer a la justicia de Dios por otros pecados, que podéis haber cometido y que quizás no conocéis, pero que Dios conoce muy bien».*

Un hombre que era pariente lejano del Sr. Vicente, aunque no llevaba el mismo apellido, había sido condenado a galeras, pero obtuvo unas Letras de revisión del proceso para justificarse, y para que se le restituyeran sus derechos civiles contra la parte que le perseguía. Dirigió las Letras al Parlamento de París, pensando que el crédito del Sr. Vicente le serviría mucho; pero el fiel Siervo de Dios le escribió varias cartas para conjurarle en nombre de Nuestro Señor, que rebajara parte de sus pretensiones, con el fin de quedar libre por medio de una solución rápida.

«¿Se atrevería usted a oponerse a tantas personas, que se han interesado en su favor? No creo que lo haga. Además su edad y sus achaques no le permiten sostener las fatigas y los gastos de un proceso tan largo. Y si tiene usted alguna esperanza en mi intervención, le diré que no le puedo prestar ninguna ayuda. Prefiero contribuir más bien a su salvación, aconsejándole este arreglo amistoso, para que se disponga mejor a la muerte, antes de ver cómo se consume su vida en medio de las complicaciones de un proceso tan largo y dudoso. Espero que pensará usted seriamente en todo esto».

Este hombre se empeñó en litigar, y el Sr. Vicente se mantuvo siempre en decirle que no le ayudaría; y no quiso recibirlo en su casa, ni sacarlo de la pobreza en la que estaba.

Un sobrino suyo vino un día expresamente a París con la esperanza de que recibiría de él alguna ayuda para buscar una buena situación. Lo recibió cordialmente, pero no le dio más que para volver a pie, como había venido, despidiéndolo con diez escudos solamente para hacer unas ciento ochenta leguas. Además, le pidió diez escudos como limosna a la Señora Marquesa de Maignelay. Y ésa ha sido la única ayuda que ha pedido para sus parientes.

Hacia 1650 el difunto Sr. de Fresne, amigo íntimo del Sr. Vicente, de quien se ha hablado en el Libro primero, le dio mil francos para ellos. No los rechazó, pero en lugar de destinarlos a su alivio temporal, creyendo que podían vivir de su trabajo, se propuso que les valieran para su salvación y progreso espiritual y al de muchos otros, haciendo que dieran algunas misiones, pero antes se puso de acuerdo con el benefactor. Guardó aquel dinero dos o tres años, esperando siempre la ocasión de enviar algunos misioneros a aquella tierra. Las divisiones del reino sobrevinieron el año 1652, y Guyena quedó muy

desolada por los ejércitos, y los parientes del Sr. Vicente quedaron desgraciadamente despojados de todas sus cosas, y algunos incluso murieron por la crueldad de los soldados. Fue a continuación de eso, cuando solía decir que sus parientes vivían de limosna, pero sin decir la causa. Cuando supo aquellas noticias luctuosas, no manifestó ninguna aflicción especial: al contrario, sintió grandísimos sentimientos de admiración y de gratitud a la Bondad de Dios, porque con su adorable conducta había retrasado el uso de dicha cantidad de miles de libras, para así ayudar a aquella pobre gente en su extrema necesidad. Estuvo muchos días y muchas semanas sin cansarse de alabar a Dios, y de agradecerle por esa especial Providencia. Con todo, no quiso aplicar ese dinero por sí mismo: consultó a los principales de su Compañía, y, por su consejo, lo envió en diligencia a su tierra, y lo dirigió al Señor de SaintMartin, canónigo de Dax, a quien lo entregó para su entera distribución, confiándole a él, para que diera a cada uno de los suyos lo que juzgara conveniente. Le recomendó solamente que tratara de ponerlos en estado de ganarse la vida con dicha ayuda, como así lo hizo, comprando para uno un par de bueyes para labrar; haciendo levantar una casita a éste; dejando libre de cargas una pieza de tierra a aquél; y dando herramientas y ropas a los otros para trabajar. No podía hacer mucho con tan poca cosa a tanta pobre gente arruinada

Esas son todas las riquezas que el Sr. Vicente ha enviado a sus parientes, aunque a él le hubiera resultado muy fácil ponerlos en una situación cómoda y hacerlos ascender según el mundo, si hubiera querido servirse de las ocasiones y del poder que tenía. Ha presentado mil veces la necesidad de los pueblos de varias Provincias, y de cantidad de familias en particular, a personas ricas y caritativas, que han acudido en ayuda de ellos; mas de su región y de sus parientes, no ha abierto jamás la boca. ¿No será necesario estar muerto del todo a la carne y a la sangre para obrar así? .

Y siguiendo con el tema, un día al ser urgido por una persona de su Congregacióna que hiciera algún favor a sus parientes, que conocía bien que estaban necesitados, le dijo: "*¿Piensa usted que no quiero a mis parientes? Les tengo todos los sentimientos de ternura y de cariño que otro cualquiera puede tener por los suyos, y este amor natural me apremia bastante para que les ayude; pero debo obrar según los movimientos de la gracia, y no los de la naturaleza, y pensar en los pobres más abandonados, sin detenerme por los lazos de amistad, ni de parentesco».*

El Sr. Vicente no sólo no ha movido ni su lengua ni su pie para sacar a ninguno de sus parientes de su plebeyez y pobreza, sino que ha impedido que otros lo hayan hecho. Se ha encontrado con personas de condición y de piedad, incluso con algunos Prelados, que han querido en atención a él, hacer estudiar a algunos de sus sobrinos y cuidar de ellos para elevarlos al Estado eclesiástico, o a cualquier otra condición honesta. A éstos les respondía que había que preocuparse para no des viar de esos jóvenes los designios que Dios tenía sobre ellos, y que, a su parecer, valía más dejarlos en la condición de su padre, por ser la condición de labrador una de las más inocentes y de las más propias para salvarse, Todavía fue más adelante, y sintió en sí mismo un gran deseo de instalar Sacerdotes de su Congregación en su tierra, para que prestaran allí los mismos servicios

que hacían en otros lugares, y, a pesar de eso, temiendo que hubiera en ello alguna mezcla de amor propio y de afecto natural para con los suyos, examinó delante de Dios ese sentimiento, y se contuvo, diciéndose a sí mismo: ¡ Desgraciado!, ¿ en qué estás pensando? ¿ Es que no deben ser para ti indiferentes todos los países? Y todas las almas¿ no han costado lo mismo al Hijo de Dios? ¿ Por qué, pues, tratas de socorrer más a los unos que a los otros? Por mortificar ese deseo llegó a tanto, que, temiendo que procediera, más bien, de un sentimiento de la naturaleza que de un movimiento de la gracia, resolvió no dar nunca por sí mismo un paso, ni decir una palabra para procurar aquella fundación. De todo lo que acabamos de decir se puede colegir hasta qué grado había mortificado el Sr. Vicente el amor natural por su tierra y por sus familiares.

Se dice habitualmente que, como del movimiento bien acompasado de la aguja de la esfera del reloj es fácil conocer el ajuste de las ruedas y de las otras piezas que componen el reloj, así también del buen uso de la lengua se puede juzgar del buen estado del interior, ya que los afectos y las pasiones del corazón vienen a ser como los muelles reales, que le dan ordinariamente el movimiento y que forman y animan sus palabras. Y ciertamente, aunque no tuviéramos otras pruebas de la mortificación interior del Sr. Vicente, que ese dominio absoluto que tenía sobre el comportamiento de su lengua, eso bastaría para hacernos conocer que ha poseído esa virtud en un grado altísimo de perfección, pues, según la doctrina del Apóstol Santiago: El que no peca con su lengua pue de ser llamado hombre perfecto. Se había hecho tan dueño de esa parte que el mismo Apóstol llama indomable, que no se le escapaba ninguna o muy pocas palabras inútiles y superfluas, y nunca de las que saben a murmuración, jactancia, vanidad, adulación, desprecio, mofa, impaciencia u otras parecidas, salidas de una pasión agitada y sin control. Se dominaba tan perfectamente, que hasta en el acaloramiento de los discursos pronunciados en público, aunque no hubiera previsto lo que iba a decir, con todo, no decía jamás ninguna cosa inconsiderada; y le ocurrió muchas veces, que, al abrir la boca para decir algo extraordinario, que le venía de repente al pensamiento, se detenía rápidamente, como si se recogiera en sí mismo, y consideraba ante Dios, si sería conveniente decirlo, y después continuaba hablando, no según la inclinación que podía sentir, sino según que viera ser más agradable a Dios, y más conforme al movimiento de la gracia.

Cuando para entretenerle o para darle alguna satisfacción le contaban alguna novedad o alguna otra cosa extraordinaria que él ya la sabía, la escuchaba con atención, sin manifestar que tenía algún conocimiento de ella, tanto para mortificar el amor propio que está siempre presto para hacer ver que no ignora lo que los demás ya saben, como por no privar a los que hablaban de la satisfacción que podían sentir de haberle hecho saber una cosa nueva Pero, sobre todo, sabía retener la lengua, e imponerle un silencio riguroso, cuando le criticaban, o cuando por algún arrebato le llenaban de insultos y de injurias: pues, aunque en esas ocasiones, la naturaleza desea ardientemente justificarse y rechazar la injuria que le hacen a uno, sin embargo, a imitación de su Divino Maestro se recogía dentro de sí, y ponía toda su fuerza en el silencio y en la paciencia, bendiciendo en su corazón a quienes lo maldecían, y orando por los que lo ultrajaban.

Estaba obligado, como Jefe de una Congregación ya muy extendida, a atender a todas sus necesidades, y, al no disponer muchas veces de todo lo que era necesario para satisfacerlas, tenía siempre muchas preocupaciones en su cabeza, y para colmo, le escribían o informaban a menudo de noticias dolorosas de pérdidas notables causadas por diversos accidentes sobre los bienes y sobre las fincas de la Compañía, y eso le hacía todavía más difícil el poder atender a los grandes cargos, que él debía sobrellevar. Pues bien, en todas esas ocasiones, que son extremadamente apremiantes para desatar la lengua en lamentos y en murmuraciones, reprimía de tal manera los primeros movimientos de dolor, y mortificaba tan bien la animosidad que sentía por ello, que aguantaba con admirable igualdad de ánimo y, hasta con acción de gracias, esos accidentes deplorables y sorprendentes, y no decía otra cosa, que: Alabado sea Dios; bendito sea Dios. Tenemos que someternos a su beneplácito, y aceptar de buen grado todo lo que quiera enviarnos.

También dio a conocer qué mortificado era en su lengua, y qué dominio había adquirido sobre esa parte, tan difícil de dirigir, cuando, presentándosele como se le presentaban infinidad de ocasiones que le invitaban, y también que parecían obligarle a hablar de su cautividad en Túnez, siendo una cosa agradable a la naturaleza relatar los peligros y los accidentes más peligrosos de los que se libró más felizmente, y en particular cuando eso hace conocer alguna virtud que hay en nosotros, y que el éxito puede tornar en nuestra propia alabanza, sin embargo, es una cosa maravillosa, que en la coyuntura que fuera, nunca se le ha oído decir ni una sola palabra de su cautividad, ni de lo que había hecho o dicho para convertir al que lo tenía cautivo, y para salvarse con él de las manos de los infieles. Y aunque se vio obligado a hablar bastante frecuentemente a los suyos de los esclavos de Berbería, para exhortarlos a ir a prestarles alguna ayuda, o a las personas de fuera para invitarlas a contribuir con sus bienes a socorrer y a libertar a los pobres cautivos, sin embargo, nunca habló de sí mismo, ni de lo que le había ocurrido en aquellos lugares, porque no lo podía hacer sin descubrir alguna cosa que fuera en alabanza suya. Hablaba con gusto de los casos de humillación que le habían ocurrido, pero jamás de lo que podía directa o indirectamente dar motivo de hacerle más estimado. Ciertamente, nunca hubiera podido alcanzar semejante dominio de la lengua, si no se hubiera hecho dueño absoluto de sus sentimientos y de sus movimientos internos por una continua práctica de la mortificación: la consideraba de tal necesidad, no solamente para la perfección, mas también para la salvación, que para expresarla decía a veces: Que si una persona tuviera un pie en el cielo y dejara de practicar esta virtud, en el intervalo de tiempo que hiciera falta para meter allí el otro, estaría en peligro de perderse.

Esta es la razón por la cual ha tratado siempre de inspirar a los de su Compañía un espíritu de mortificación interior, una gran desnudez y desapego de todas las cosas, y una muerte universal a todos los sentidos, a todos los movimientos de la naturaleza, a todo interés particular, a todo amor propio y búsqueda de sí mismo, para vivir solamente con la vida del espíritu.

«Seamos firmes en resistir a la naturaleza —les decía sobre este tema un día—

pues si le das la mano, te cogerá el brazo. Y estemos seguros de que la medida de nuestro progreso en la vida espiritual está en nuestro progreso en la vida de la mortificación, que es especialmente necesaria para los que han de trabajar en la salvación de las almas, porque es inútil que prediquemos la penitencia a los demás, si nosotros estamos vacíos de ella, y si no la demostramos en nuestras acciones y modo de comportarnos».

SECCION UNICA: Continuación del mismo asunto

En cuanto a la mortificación externa del Sr. Vicente se puede decir ciertamente que iba al mismo paso que la interna, es decir, que la practicaba perfectamente, y casi sin tregua, pues siempre ha tratado su cuerpo con un rigor muy grande, hasta en tiempos de su extrema ancianidad, y aún en sus enfermedades más graves. Y además de las penitencias y mortificaciones ordinarias (de ellas les hablaremos en seguida), abrazaba y buscaba todas las ocasiones que podía encontrar para hacer sufrir al cuerpo, como ya lo hemos visto en diversos ejemplos en el Libro primero, y particularmente en su forma de vivir durante todo el viaje, que realizó el año 1649, siendo de más de setenta años, o a las abstinencias, las vigilias, el rigor del frío y todas las demás incomodidades a las que se expuso, le causaron la grave e insoportable enfermedad que le atacó en Richelieu. Sobre eso decía, « que se podía practicar la mortificación en toda clase de circunstancias, teniendo el cuerpo en al guna postura penosa, sin por eso lesionar la modestia, privando a los sentidos ex ternos de las cosas que les podrían dar alguna satisfacción, y sufriendo gustosa mente las intemperies e incomodidades del aire. Eso lo sabía practicar muy bien, estando dispuesto a buscar las ocasiones pertinentes; y trató frecuentemente durante los mayores rigores del invierno de exponer sus manos al frío, que, a veces, estaban negruzcas, y las demás partes del cuerpo participaban de la misma incomodidad, ya que no quería tomar otro calzado, ni otra ropa para el invierno que fuera distinta de la del verano.

Durante las grandes y extremas miserias de Lorena, decía muy a menudo: *«Este es el tiempo de la penitencia, porque Dios aflige a su pueblo. ¿No nos corresponde a nosotros, Sacerdotes, estar a los pies de los altares para llorar sus pecados? Esa es nuestra obligación; pero, además, ¿no debemos quitar algo de nuestros gastos habituales en la comida para su alivio?» .*

Así fue, en efecto. Durante los tres o cuatro primeros años de aquella desolación, redujo a su Comunidad de San Lázaro a comer sólo pan moreno; y antes, durante el asedio de Corbie, al comenzar las guerras entre las dos coronas de Francia y de España, hizo suprimir en la comida una pequeña entrada que se le había dado hasta entonces, y que después no fue restablecida.

¿Es que no es justo—decía— que reduzcamos algo, para compartir y parti cipar de las miserias públicas?

Después de retirar a una Señorita del peligro de perder su honor, la puso en un lugar seguro, y por caridad atendió durante dos años a todo lo que necesitaba, y estaba resuelto a continuar; y le dijo que se hacía todo lo que se podía por su bien, que eso le debía contentar, y que tuviera mucho cuidado en no exponerse a ofender a Dios. Pero al cabo de ese tiempo, seducida por algunos espíritus se marchó de allí. Y cuando vinieron a decirle más adelante al Sr. Vicente que se había perdido miserablemente, él respondió: *«Me parece que hemos hecho todo lo que hemos podido para impedir esa desgracia; nos queda rezar y hacer penitencia por ella. ¡Ay! ¡Tiene que costarme!».*

El enfermero de la casa de San Lázaro ha dicho que, aunque las enfermedades del Sr. Vicente fueron frecuentes desde el comienzo de la Institución de la Compañía, así como desde que se estableció en San Lázaro, y que dos veces al año era atacado por la fiebre cuartana, a pesar de eso, no pedía nada para su alivio, y no dejaba de trabajar; y por más que había tenido muchas veces las piernas extraordinariamente hinchadas, no dejaba de andar a pie. Y así siguió hasta que la incapacidad le obligó a servirse del caballo.

Muchas veces ocurría que, por enfermedad o por cualquier otro impedimento, se hallaba atacado y casi agotado de sueño, pero en lugar de reparar esa falta con un poco de reposo, con frecuencia se aprovechaba de esa ocasión para mortificarse, manteniéndose de pie, o poniéndose en alguna postura difícil, y haciéndose otras violencias para no dormir. Han dicho que nunca ha rebajado nada de sus vigilias por su mucha edad, levantándose siempre a la hora habitual de la Comunidad, aunque se acostase el último; y así, se le veía entre los primeros en la iglesia en cualquier tiempo. Allí se mantenía de rodillas sobre la tierra durante la oración, sin que quisiera permitir jamás que le pusieran una estera bajo sus rodillas, y, de ordinario, pasaba todas las mañanas más de tres horas, parte en la iglesia, incluso durante el rigor de los inviernos más duros, para hacer allí su oración y para celebrar la Santa Misa; y parte en la sacristía, para hacer sus preparaciones y acciones de gracias antes y después de la celebración de la Misa. Indudablemente no tenía muchas razones para gustarle mucho la cama, porque se acostaba sobre un áspero jergón, sin colchón y sin cortina, ni cortinajes, y en una habitación sin chimenea. Así estuvo toda su vida, incluso en las enfermedades más graves, salvo los tres o cuatro años últimos, en que se le obligó a ir a una habitación pequeña, donde había una chimenea, porque necesitaba del fuego para curar sus piernas; y desde entonces toleró que se le pusiera cortina alrededor de la cama, continuando siempre, a pesar de todo, acostándose solamente sobre el jergón.

Finalmente, era tan enemigo de su cuerpo, que el difunto Sr. Cardenal de la Rochefoucauld, como conocía su modo de vida, le escribió un día, rogándole que se moderara en sus penitencias y austeridades para conservar su salud y su vida, pues Dios quería servirse de él para el bien de la Iglesia.

Por lo que toca a la mortificación de los sentidos, la practicaba casi continuamente, y en toda clase de ocasiones. Cuando iba por la ciudad, o cuando iba de viaje, en lugar de entretener su vista sobre el campo o sobre la diversidad de los objetos que se ponían a su

alcance, habitualmente llevaba los ojos clavados en un crucifijo que llevaba consigo, o los mantenía cerrados para ver sólo a Dios.

Al pasar, una tarde, de uno de los edificios de San Lázaro a otro, vio en el cielo cohetes y otros fuegos artificiales voladores, por estar de fiestas en la ciudad de París; pero inmediatamente retiró los ojos, y pasó de largo, diciendo: ¡ Bendito sea Dios!.

No se le vio nunca coger una flor, ni llevar ninguna para recrearse con su aroma; al contrario, cuando se veía en un sitio donde había malos olores, como en los Hospitales, o en casa de los enfermos pobres, el deseo que tenía de mortificarse le hacía sentir agradable aquella incomodidad.

Como usaba de la lengua sólo para alabar a Dios, recomendar la virtud, combatir el vicio, instruir, edificar y consolar al prójimo, del mismo modo, no abría sus oídos sino a las conversaciones que incitaban al bien, y le molestaba oír otras; y evitaba, cuanto podía, escuchar cosas inútiles y atender a todo lo que podía deleitar el oído, y que no alimentaba al alma.

En cuanto al gusto, lo tenía tan mortificado, que no mostraba qué clase de comida prefería; incluso, parecía que iba a comer a disgusto; sólo comía para satisfacer la necesidad, y guardando todo el decoro posible, comiendo las cosas que le presentaban a la vista de Dios y con mucha modestia. Había acostumbrado de tal manera a los suyos con su ejemplo, que algunos externos de todas clases y condiciones, que habían comido en el refectorio, quedaron muy edificados, como lo han declarado ellos mismos, admirando que en un acto que, de suyo, parece llevar a la disolución, se guardaba semejante recogimiento, y una modestia y moderación tan grande.

Nunca se levantaba de la mesa sin haberse mortificado en algo, ya bebiendo, ya comiendo; así es como recomendaba a los demás que hicieran lo mismo. Y estaba tan poco apegado a lo que tomaba como alimento, que un día, habiendo vuelto muy tarde de la ciudad, y como el cocinero se hubiera retirado ya, le presentaron por descuido dos huevos totalmente crudos, que hallaron en la cocina cerca del fuego, pensando que estaban cocidos; los tomó sin dar muestras de que se había dado cuenta, muy lejos de quejarse, o de devolverlos para hacerlos cocer. Y no se habría sabido nunca esto, si el cocinero no hubiera preguntado al día siguiente al Hermano, que se había quedado para atender al Sr. Vicente, si había hecho cocer los huevos que él había dejado junto al fuego. Y éste respondió que no, porque creía que ya estaban cocidos. En su extrema ancianidad le insistían que tomara por las mañanas un poco de caldo, y como uno de los Sacerdotes le insistiera mucho un día para hacerle tomar un caldo que le presentaba: Usted me tienta, señor —le dijo— ¿ No será el demonio quien le insta a que me persuada a alimentar así este cuerpo des graciado, y este ruin carcamal? ¿Es eso justo? ¡Dios le perdone! Por fin, consintió pasado algún tiempo en tomar por las mañanas a modo de medicina una especie de caldo hecho a propósito, no con carne, sino con achicoria silvestre muy amarga y un poco de cebada descascarillada, sin grasa, ni mantequilla, ni aceite. En una palabra, se

trataba tan mal en su alimentación, que varias veces sucedió, que, por haber comido muy poco, a la noche se mostraba con una gran debilidad, y se veían obligados a llevarle un pedazo de pan seco, pues no quería otra cosa para satisfacer simplemente la necesidad.

Por lo que toca a otras austeridades y mortificaciones externas que solía usar, las ha ocultado todo lo que ha podido; pero, a pesar de todo, varias personas se dieron cuenta de que practicaba grandísimos rigores con su cuerpo. El Hermano que le atendía durante su enfermedad ha encontrado en diferentes ocasiones en su habitación cilicios, brazaletes y cinturones de cobre con puntas, que los tenía ocultos, y de los cuales se servía frecuentemente, y, además de eso, tomaba todos los días una ruda disciplina al levantarse. Acerca de esta última uno de la Compañía, cuya habitación estaba junto a la de él, y de la cual no estaba separada más que con unas tablas de madera, ha manifestado que la había oído diariamente por espacio de doce años, más o menos. Pero no contento con esta disciplina habitual y regular, solía tomar otras extraordinarias con frecuencia en diversas ocasiones: como una vez, entre otras, que le informaron de cierta especie de desorden ocurrido en una casa de su Congregación. Por ese motivo se dio durante ocho días dos veces la disciplina cada noche, y después de aplicar inmediatamente los medios para poner remedio a dicho desorden, obtuvo muy felizmente un buen resultado. El mismo lo declaró más adelante a una persona de confianza, alegándole como razón, que sus pecados eran la causa del mal que había sucedido, y que era justo que hiciera por ello penitencia.

Acabaremos este Capítulo con los sentimientos que manifestó un día a su Comunidad a propósito de las cruces y mortificaciones.

«Nuestro Señor —les dijo— *amó tanto el estado de tribulación y de sufrimiento, que quiso pasar por él, y se hizo hombre para poder sufrir. Todos los Santos han abrazado ese mismo estado, y a quienes Dios Nuestro Señor no ha 750 enviado enfermedades graves, ellos mismos buscaron las ocasiones para afligir sus cuerpos y hacerlos sufrir a modo de castigo. Testigo, San Pablo, que decía, hablando de sí mismo: Castigo corpus meum et in servitutem redigo. Castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre. Eso es lo que debemos hacer nosotros, que disfrutamos de una salud perfecta, castigarnos a nosotros mismos, y afligirnos ante los pecados que hemos cometido, y los que se cometen en el mundo contra su Divina Majestad. Pero ¿qué? El hombre es tan ruin y desgraciado, que no solamente no se castiga a sí mismo, sino que sufre más a menudo de la cuenta con impaciencia el estado de enfermedad y de aflicción en el que Dios quiere ponerle, aunque eso sea por su bien».*

CAPITULO XX pág. 753

Castidad

El Sr. Vicente llevaba así en su cuerpo la mortificación de Jesucristo; también se ha manifestado en él la vida del mismo Jesucristo, según la palabra del Santo apóstol, por una pureza totalmente angélica, y una castidad a prueba de todo lo que pudiera ser contraído, tal como lo ha manifestado en su manera de conversar, cuando se veía obligado a ello, con personas de otro sexo y de diferentes edades: siempre se ha comportado de tal forma, que nunca ha dado la menor ocasión para la calumnia, antes bien, para la edificación a todo el mundo. Como sabía muy bien qué importancia tenía esta virtud, y lo necesaria que era para los que estaban obligados a trabajar en el bien espiritual de otros, y a tratar con frecuencia con el prójimo, como son los Misioneros, también les daba consejos saludables de esta cuestión: *«Les decía entre otras cosas, que para los Misioneros no es bastante con destacar en esta virtud, sino que deben además hacer todo lo que puedan y portarse de tal manera, que nadie tenga ningún motivo para concebir, por lo que a ellos respecta, la meno sospecha del vicio contrario, porque esa sospecha, aunque mal fundada, al dañar su fama, sería más perjudicial a sus santas actividades que todos los demás crímenes que pudieran imputarles falsamente. Según esto —añadía— no nos contentemos con usar los medios ordinarios para prevenir este mal, sino empleemos los extraordinarios, si son necesarios: como abstenerse a veces de actos que, aunque por otra parte sean lícitos y hasta buenos y santos, tales como ir a visitar a los enfermos pobres, cuando a juicio de quienes nos dirigen, esas cosas podían dar lugar a esas sospechas».*

Un sacerdote, que desempeñaba las funciones parroquiales en una parroquia, le propuso un día sobre esta materia una cuestión, que hace ver por un lado la candidez de aquel buen sacerdote y por el otro, la delicadeza del Sr. Vicente. Le preguntó si era oportuno tomar el pulso a una muchacha o a una mujer muy enferma para ver si estaba próxima a la muerte, con el fin de darle el último Sacramento, o para decir las oraciones de la Recomendación del alma. El Sr. Vicente respondió: «*Que era necesario evitar enteramente el uso de esa práctica, y que el maligno espíritu se podía servir de ese pretexto para tentar al vivo y también a la moribunda; que el demonio en ese momento hace flechas de cualquier madera para cazar un alma; que el vigor del espíritu puede mantenerse entero, aunque el del cuerpo esté debilitado; que se acordaba del ejemplo de aquel Santo, que estando enfermo no quiso que lo tocara su esposa, después de haberla dejado por mutuo consentimiento, gritando con lo que le quedaba de voz, que aún había fue go bajo la ceniza;que, por lo demás, si quería conocer los síntomas de una próxima separación del alma del cuerpo, que rogara a algún cirujano o a otra persona que se encontrara allí, que le hiciera ese oficio, pasando así menos peligro; o bien, que se informase al médico para ver lo que pensaba: pero, pasara lo que pasara, que él no se arriesgara nunca a tocar ni a una joven ni a una mujer con el pretexto que fuera. El era riguroso en esta materia, aunque condescendía en cualquier otra cosa».*

Escribió un día a un Hermano de su Congregación que se abstuviera de frecuentar a una persona del otro sexo, aunque fuera con buena intención, porque —dijo— esas conversaciones privadas, aunque no haya nada malo en ellas, siempre dan qué pensar; y, por otra parte, el medio de conservar la pureza es evitar las ocasio nes que la puedan marchitar.

Otro Hermano, que sufría tentaciones contra la castidad a causa de ver objetos que se le presentaban cuando salía por asuntos de la casa, pensó, para librarse de esas molestias espirituales, marcharse de la Congregación de la Misión, y hacerse Religioso Ermitaño; y habiendo escrito al Sr. Vicente, recibió esta respuesta: *«Por un lado, he recibido el consuelo de su carta al ver su sinceridad, al descubrir lo que le pasa; pero por otro, me ha producido la misma pena que la que recibió antaño San Bernardo de un Religioso suyo, que, con el pretexto de una mayor regularidad, quería abandonar su vocación para pasarse a otra Orden, aunque el Santo Abad le había dicho que aquello era una tentación, y que el espíritu maligno no buscaba más que ese cambio, sabiendo bien que, si lo podía sacar del primer estado, le sería fácil arrancarlo del segundo, y después, precipitarlo en el desorden de la vida, como así sucedió. Lo que yo le puedo decir, mi querido Hermano, es que si usted no es casto en la Misión, tampoco lo será en ningún lugar del mundo, y de eso le doy plena seguridad. Tenga cuidado de que no haya cierta ligereza en el deseo que tiene de cambiar; y en ese caso, el remedio, después de la oración que es necesaria en todas nuestras necesidades, sería considerar que en la tierra no hay ninguna condición en la que no se den hastíos, y, a veces, ganas de pasar a otros (estados). Y después de esta consideración piense que, ya que Dios le ha llamado a la Compañía donde está, lleva consigo verosímilmente unida consigo la gracia de su salvación, que de otro modo se la negaría allí donde El no le ha llamado. El segundo remedio contra las tentaciones de la carne es evitar la comunicación y la vista de las personas que excitan, y comunicarlo todo cuanto antes a su Director, quien le dará otros remedios. El remedio que yo le aconsejo ahora es que confíe mucho en Nuestro Señor y en la ayuda de la Inmaculada Virgen, su Madre, a quien lo encomendaré a menudo», etc*

Una persona piadosa le escribió una carta demasiado tierna y demasiado cariñosa a otra dirigida del Sr. Vicente; ésta se la envió al sabio Director, quien después de haberla leído, le contestó: *«Quiero pensar, que esa persona que le ha escrito tan tiernamente no lo hace con mala intención; pero es preciso confesar que esa carta es capaz de afectar a un corazón que tuviera alguna predisposición, y fuera menos fuerte que el suyo. Quiera Nuestro Señor guardarnos de frecuentar una persona que puede producir alguna pequeña alteración en nuestro espíritu».*

Según esto, el Sr. Vicente ha dejado como Regla a sus Hijos abstenerse enteramente de hablar y de escribir a las mujeres y a las jóvenes con términos demasiado afectuosos, aunque fuera en materia de devoción. También él era extremadamente reservado en ese punto: hablaba y escribía lisa y respetuosamente a todo el mundo, pero nunca demasiado amistosa, ni tiernamente a personas de otro sexo, y, lo que es más, evitaba usar términos que, aunque honestos, fueran capaces de suscitar el menor mal pensamiento a quienquiera que fuese el que hablaba. La palabra castidad le resultaba demasiado expresiva, la pronunciaba rara vez para no hacer pensar en su contraria; se servía de la palabra pureza, que es de significado más amplio; y si se veía obligado a hablar de alguna mujer o muchacha de mala vida para poner remedio a su desorden, habitualmente era con otro nombre en lugar de muchacha o de mujer, como de pobre criatura; y daba a entender su falta con unos términos generales, tales como: su debilidad,

su desgracia. En una palabra, no se puede decir lo alejado que vivía de todas las cosas que llevaban alguna sombra o alguna imagen de deshonestidad.

El pudor de su corazón se reflejaba en toda su cara, y regulaba tan perfectamente su lengua, que sus palabras, que procedían de una fuente purísima, hacían evidentemente conocer que la castidad le era extremadamente preciosa. Por eso, según la Regla que ha dejado a sus Hijos, propone todas las preocupaciones imaginables para conservar la virtud. Ya hemos visto cómo castigaba su cuerpo con el exceso de trabajo y con la penitencia continua; cuáles eran sus humillaciones y cuán grande su templanza en beber y en comer. Aguaba tanto el vino, que una persona piadosa y digna de fe que lo había observado, quedó sorprendida frecuentemente, al ver de qué manera podía pasar un anciano como él bebiendo tan poco, incluso a la edad de ochenta años y más.

Tenía todos los sentidos bajo un gran control, particularmente la vista. No miraba con ligereza, ni curiosidad, ni sin motivos, ni con una mirada fija a las personas de otro sexo, ni les hablaba a solas, sino a la vista de otras personas, o con la puerta abierta.

No iba nunca a ver a las Damas de su Cofradía en sus casas sin necesidad, ni tampoco a la misma Señorita Le Gras, Superiora de las Hijas de la Caridad que él fundó. He aquí lo que le escribió un día sobre este tema, mientras ella vivía en la aldea de La Chapelle, a un cuarto de legua de París: *«Tengo que ir dentro de poco a La Chapelle. Si es necesario que vaya a su casa, ya me lo indicará, si le parece bien. Me alegro mucho de no ir por otro motivo, según la resolución que tomamos desde el principio».*

Y por otra carta escrita en un tiempo en que la Señorita estaba enferma: *«Si desea tener la felicidad de que la vea en su enfermedad, indíquemelo. Me he impuesto la ley de no ir a verla, si no me llama para algo necesario o muy útil».*

Sin embargo, estaba obligado a hablar a veces con dicha virtuosa Señorita, y con sus Hijas en privado, y a tratar cosas de su conciencia, como cuando hacían los Retiros anuales y en otras ocasiones por ser el Fundador y el Padre. Pero se hacía rogar e instar varias veces antes; y solía ir lo menos y lo más tarde posible. Hacía entrar a su Compañero en la misma habitación donde él entraba, y no quería que saliera antes que él: solamente le rogaba que se apartara un poco. Siempre quería testigos cuando hablaba con cualquiera de ese sexo, con el fin de hacer imposible, por ese medio, la ocasión de pecar, y de poner su virtud lejos de los ataques de la murmuración en esa materia, en la que los espíritus débiles y malintencionados sospechan fácilmente, y la calumnia empaña más la fama de más gente de bien.

Por eso, Nuestro Señor no permitió, que, aunque le atribuyeron otros crímenes falsamente, se atrevieran a tocar su pureza virginal, que era más brillante que la luz del sol.

El Sr. Vicente intervino un día para poner paz en una familia de París, pues en ella estaban separados el marido y la mujer; ella, todavía joven y de buen parecer, al estar

fuera de la casa de su marido, estaba expuesta a peligros. Estando el Sr. Vicente hablando con ella en la sala de visitas de San Lázaro, el Hermano, que estaba cerca de él, para no oír lo que decían, se marchó y cerró la puerta. Al ver aquello el Sr. Vicente, lo llamó inmediatamente, y le dijo que dejara la puerta abierta; y así lo hizo. Siempre hacía lo mismo, cuando estaba obligado a hablar con personas de otro sexo.

Fue un día a la ciudad a hablar con una Señora de mediana condición, separada también de los bienes y de la vivienda de su marido, para algún asunto que requería una larga exposición; pero como la halló todavía en cama, le habló de aquel asunto en presencia de varias personas tan brevemente y en tan pocas palabras, que su compañero, que estaba presente y que tenía un conocimiento particular del asunto, quedó admirado y hasta edificado, al ver que el Sr. Vicente había terminado brevemente, por estar ella en cama, aunque él tenía por entonces más de setenta años.

El afecto especialísimo que sentía por esta virtud le movió en todo tiempo a retirar a muchas jóvenes y mujeres de las ocasiones del vicio contrario. En primer lugar en las misiones, separándolas y alejándolas de las personas que las incitaban al mal.

En segundo lugar, en las Provincias desoladas por la guerras, dotando de vestidos y de víveres a las que la necesidad ponía en peligro de abandonarse, particularmente en Lorena, pues de allí hizo venir a París a varios grupos de muchachas de buen ver, que eran las más expuestas a las zalamerías de la gente de guerra; y, por medio de las Damas de la Caridad, las puso a servir, y, en cuanto dependía de él, en casa de personas conocidas y piadosas.

En tercer lugar, por medio de la Señorita Poulaillon, la cual no solamente era del número de las Damas de la Caridad de París, además, estaba bajo la dirección particular del Sr. Vicente, y por sus consejos, su dirección y su ayuda ha retirado a un gran número de jóvenes honradas del peligro de perderse, cosa que conoce todo París. Esta virtuosa Señorita vino un día a ver al Sr. Vicente acompañada de una de sus jóvenes de catorce o quince años de edad, que era muy guapa. El Sr. Vicente le dijo que estaba mucho más obligada a Dios por haberla puesto en una casa de piedad, y en manos de una persona tan caritativa, que se preocupaba de su honor y de su salvación; que debía ser muy agradecida, y apreciar mucho la felicidad que tenía por estar así protegida; que usara bien de aquella gracia, y que Nuestro Señor le concedería muchas otras, porque El ama a las vírgenes y quiere estar siempre acompañado de ellas por donde va; por eso ella debía alegrarse.

En cuarto lugar, por medio de la Señorita Le Gras, su hija espiritual, haciendo que, en todo tiempo, recibiera en su casa a muchas jóvenes y mujeres solicitadas al mal, o en peligro de caer en él, para sacarlas de él, darles algunos consejos, e inducirlas a hacer el Retiro Espiritual, en espera de que las pudiera llevar a un sitio seguro.

Hemos visto en otro lugar lo que ha hecho en favor de las jóvenes de Santa Magdalena. Un burgués de París ha dado también este testimonio, que el Sr. Vicente le

había dicho poco antes de su muerte, que bien hubiera deseado que en París hubiera un Asilo para albergar en él a las mujeres y a las jóvenes abandonadas, sobre todo a las que se dedican a pervertir a otras. Ambos hablaron varias veces sobre dicha cuestión; y aunque el Sr. Vicente veía grandes dificultades en la realización del plan, a pesar de todo había dado algún comienzo al proyecto de aquella Santa Obra con otras personas piadosas; y parece que, si hubiera vivido algún tiempo más, su celo por la castidad lo habría llevado a término, como hizo con tantas otras obras en las que puso la mano, Después de su muerte, las mismas personas que contribuían con él a aquel proyecto, lo han llevado tan adelante, que está a punto de quedar acabado.

CAPITULO XXI pág. 757

Ecuanimidad

La igualdad de espíritu es una de las señales más seguras, o mejor, uno de los más excelentes frutos de la perfecta mortificación. Por medio de ella se adquiere un dominio tal, no solamente sobre los sentimientos externos, sino también sobre todos los movimientos internos del alma, que todo lo que ocurre fuera, y todo lo que se puede sentir dentro, no es capaz de provocar ninguna turbación a quien se adueñe de esta virtud; de forma que en la parte superior de su alma disfruta de continua tranquilidad, y permanece siempre en apacible posesión de sí mismo; y cualesquiera accidente que le pueda ocurrir, en cualesquiera conyunturas de problemas en que se puede hallar, y cualquier cosa que se le pueda decir o hacer, nada le puede alterar ni estremecer: se ve siempre brillar una misma serenidad en su cara, y una misma discreción en todos sus actos y en todas sus palabras, su voz no cambia ni de tono, y su corazón, al mantenerse en un mismo equilibrio, conserva todo su interior en una constante igualdad, también reconocible al exterior.

He ahí un pequeño bosquejo, aunque imperfecto, del estado al que llegó el Sr. Vicente, mejor, al que había sido elevado por la práctica de todas las virtudes, de las que hemos hablado en los Capítulos anteriores, y, especialmente, de la mortificación, que parecía que le había sometido todos los movimientos de sus pasiones. Así que no recibía ninguna turbación ni alteración de ellas, manteniendo siempre su espíritu en una santa igualdad, que se daba a conocer hasta en su cara y en todo su porte exterior.

Esa constancia e igualdad de espíritu del Sr. Vicente se hizo notar: En primer lugar en su modo de vida, siempre humilde e inclinada a la piedad y a la caridad, sin haber sido interrumpida nunca por algún desorden de juventud, ni por el relajamiento en el progreso de la virtud; ni tampoco en la decadencia de su edad y en la ancianidad.

Conservaba siempre su orden habitual en los actos espirituales y en el camino de

perfección, siguiendo recto tras de Nuestro Señor, y llevando a los suyos a la práctica de las máximas del Evangelio y de las Reglas de su estado, él les daba el ejemplo en todos los sitios y en todos los tiempos: en la tribulación y en el consuelo, en la salud y en la enfermedad, en los grandes fríos y en los calores excesivos; porque todas esas cosas le eran iguales ante Dios. Y lo mismo podríamos decir de todo lo demás. Se ha hecho notar a menudo en algunos asuntos en los que estuvo ocupado, y también en la mayor urgencia y multitud de oportunidades por los que estaba a veces agotado; pero, si venía alguno a interrumpirle y a hablarle, le escuchaba, y respondía con tanta presencia de ánimo y tranquilidad, como si no tuviera ninguna otra cosa que hacer, una señal bien evidente de esa igualdad en la que mantenía su espíritu. Aún aparece ésta más maravillosa en la constancia con que ha perseverado en todas sus iniciativas y actos de caridad, estando sin cesar dedicado al servicio de los pobres, a la instrucción de los pueblos, y a los medios de perfeccionar al Estado eclesiástico, sin desistir jamás de lo que había comenzado bien. No ha abandonado nunca una cosa para comenzar otra, y entre tantas obras como empezó no ha dejado ninguna antes de tiempo, sino que las ha sostenido y perseguido hasta el fin con una igualdad de espíritu y una constancia maravillosa, a pesar de las contrariedades, obstáculos y persecuciones, que robustecían su ánimo en lugar de quebrantarlo.

Pero lo que es tanto más admirable cuanto más raro, es que el Sr. Vicente haya conservado esta igualdad de ánimo entre todos los diferentes empleos y asuntos, y también entre todos los compromisos como ha tenido en los Consejos de sus Majestades. Y ese aire de la Corte, que es tan penetrante, que es difícil hallar ningún espíritu, por muy fuerte que pueda ser, que no experimente alguna alteración, nunca ha causado ninguna impresión en el del Sr. Vicente, pues estaba tan tranquilo y recogido entre la muchedumbre de cortesanos, como en la Compañía de los Misioneros; tan humilde en el trato con los Grandes, como en la conversación con los pequeños. Todos los cargos que ha tenido en los Consejos, durante tantos años, no le han hecho abandonar ninguno de sus actos habituales, ni disminuir nada de su respeto y de su afabilidad con cada uno. Un día reflexionaba sobre eso un Prelado muy virtuoso, que había venido a visitarlo a San Lázaro, y admiraba especialmente una humildad tan grande en un hombre que había sido elevado a cargos tan honoríficos y tan importantes, además de que, por otra parte, era Superior General de su Congregación, y Fundador de varias Compañías, y no pudo contenerse sin decir: El Sr. Vicente es siempre el Sr. Vicente, es decir, tan humilde, tan afable y tan dispuesto para servir a quienquiera que sea, como antes de estar empleado en los asuntos de la Corte, haciendo mentir el Proverbio que dice que los honores cambian las costumbres.

De un modo especial ha puesto de manifiesto esa igualdad de ánimo en las grandes pérdidas que le han ocurrido de los bienes que le eran necesarios para la subsistencia de los de su Congregación y para el servicio de Dios. Y como varias casas de la Misión tenían la mayor parte de su base económica dependiente del Patrimonio Real, y de los impuestos directos, coches, carrozas y otras cosas parecidas, con frecuencia le venían a decir que le habían deducido un cuarto, a veces dos cuartos, y, a veces, todo un año; que una finca había sido saqueada, que los caballos y otros animales habían sido robados, o

bien, que habían ocurrido otras pérdidas y lamentables accidentes; y en todas esas circunstancias no se le oía decir otra cosa que: ¡ Alabado sea Dios; debemos someternos a su Voluntad, y aceptar con gusto lo que le plazca enviarnos! Y la mayor queja que se le ha oído alguna vez, fue decir: Creo que finalmente nos veremos obligados a ir de vicarios a las aldeas, si Dios no se compadece de nosotros.

Pero su igualdad de ánimo se ha dejado ver particularmente con ocasión de la pérdida de la finca de la que hemos hablado en el Capítulo 18, porque, cuando le llevaron la noticia, la primera palabra que dijo fue ésta: ¡ Bendito sea Dios!, frase que repitió cinco o seis veces, y al mismo tiempo se fue a la iglesia, permaneció allí durante algún tiempo de rodillas ante el Santísimo Sacramento. Pero, lo que hace más admirable esa igualdad de ánimo en esa ocasión es que él no esperaba de ningún modo aquella pérdida, según la opinión de ocho abogados de los más famosos del Parlamento de París, que habían sido consultados sobre el caso; todos unánimente habían concluido que el derecho de la casa de San Lázaro estaba bien fundado, y hasta lo consideraban sólido.

El Sr. Vicente también hizo ver cómo era su igualdad de ánimo cuando supo la noticia del naufragio de los barcos que el difunto Sr. Mariscal de la Meilleraye envió a la Isla de Madagascar. En ellos iban varios Misioneros y cantidad de dinero, muebles, libros y con qué subsistir durante varios años: todo eso se perdió, salvo los Hijos del caritativo Padre, que fueron salvados por especial protección de Dios. Sin embargo, todas esas pérdidas y lamentables accidentes no fueron capaces de quebrantar su ánimo, ni de hacerle cambiar la resolución de sostener aquella grande e importante empresa; al contrario, parece que aquello sólo sirvió para aumentar su entereza, pues envió a aquella misma isla en los barcos que salieron más adelante, a un mayor número de Misioneros que los que había hecho ir en ocasiones anteriores.

Esta misma igualdad de ánimo se ha hecho muy de notar en él, cuando la pérdida de varios miembros buenísimos de su Congregación, que se han consumido por los trabajos en los que él los había comprometido para el servicio de Dios: pues cuando se enteró de la noticia de su muerte, aunque al principio pareció sensiblemente emocionado, con todo, recogiendo inmediatamente su espíritu y elevándose hacia Dios, se sometió al designio de su Divina Majestad, y se mantuvo así en su igualdad habitual.

He aquí lo que le escribió un día a uno de sus Sacerdotes acerca de este tema: *«¿Conque no se ha enterado usted* —le dijo—*de las pérdidas que hemos sufrido? ¡Ay señor! ¡Qué grandes han sido, no solamente por la cantidad de hombres que Dios nos ha quitado, en número de diez u once, sino por la calidad de sus personas, ya que todos eran Sacerdotes y de los mejores Obreros de la Compañía! Todos ellos han muerto sirviendo en las actuales circunstancias al prójimo, y de una manera muy santa y extraordinaria. Son los señores...etc., seis de los cuales han muerto de la peste en Génova, mientras servían a los apestados. Sin hablar de un Hermano. Y los otros han dado su vida temporal para procurar la eterna a los isleños de Madagascar y de las Hébridas. Son otros tantos Misioneros que tenemos en el cielo. No cabe duda de ello, puesto que se han consumido*

todos por la caridad, y no hay ninguna mayor que la de dar la vida por el prójimo, tal como el mismo Jesucristo dijo y practicó. ¡Que Dios sea, pues, glorificado, señor, por la gloria que ha dado a nuestros Hermanos, como tenemos motivos para creer, y que su voluntad sea siempre la paz y la calma de nuestros corazones afligidos! No puedo decirle cuán grande ha sido nuestro dolor al recibir esas noticias dolorosas, que han llegado casi todas al mismo tiempo; me resultaría imposible poder expresárselo. Usted mismo podrá juzgarlo por la pena que sentirá por ello, usted que quiere tiernamente a la Compañía. La verdad es que no podríamos recibir ninguna pena mayor y que nos afligiera tanto»..

He ahí sus sentimientos dolorosos por la muerte de sus Hijos más queridos, pero los que han visto su dulce y firme tranquilidad en esas desgracias dicen que era incomparable y que causaba una maravillosa edificación.

La igualdad de ánimo de este Varón de Dios fue un día probada por una gran aflicción y por una gran alegría, que lo sorprendieron súbitamente, una después de otra, sin que casi nadie se diera cuenta de ello, salvo aquellos a quienes lo declaró por necesidad. A finales del año 1659 envió a cuatro Sacerdotes y a un Hermano a la Misión de Madagascar. Llegados que fueron a Nantes, se enteraron de que debían embarcarse en La Rochela, y allí fueron, unos por tierra y otros por mar. El Sr. Étienne, que era el Superior, quiso ir por mar, y se hizo acompañar del Hermano para llevar los bultos. La barcaza, sobre la que iban, estuvo durante doce o quince días en un violento balanceo, y siempre a punto de hundirse, al no disponer ya ni de mástil. Ya la consideraban perdida, y así le escribieron al Sr. Vicente desde Nantes y La Rochela; y, al poco tiempo, dicha mala noticia fue confirmada por dos jóvenes que iban en la barcaza y que, en medio de la galerna, al ver que iban a encallar en un banco de arena, saltaron a un pequeño bote y así pudieron llegar los dos solos a La Rochela. Allí aseguraron que habían visto hundirse la barcaza y eso mismo, uno de los dos que era de París, le escribió a la Señora Sauvé, su madre, y ésta envió las cartas al Sr. Vicente. Este tenía razones muy particulares para lamentar, en aquella coyuntura, la pérdida del Superior por encima de cualquier otra pérdida y, en efecto, aquella noticia le produjo un dolor inconcebible. Pero lejos de dejarse llevar por las quejas, o por las exclamaciones, ni de dar ni siquiera muestra alguna de tristeza, ocultó a la Comunidad el accidente, y prohibió a tres personas que ya lo sabían, que dijeran nada a nadie, porque quería disponer de tiempo para prepararla para una aflicción tan grande, como tenía la costumbre de hacer hasta con las pérdidas menores, a fin de tener los espíritus tan resignados, que no se dejaran llevar por los movimientos descompuestos del mar proceloso de esta vida, pues deseaba que tuvieran todos la misma igualdad de ánimo que él tenía. Después de eso, dispuso inmediatamente y en secreto a otro Sacerdote. para que fuera a ocupar el sitio del que creía muerto; y cuando (el sustituto) ya se disponía a marchar y el Sr. Vicente escribía una carta a los otros Sacerdotes que estaban en la Rochela para decirles que les enviaba otro Superior, le trajeron del correo varios paquetes de cartas; entre ellas había dos cuya firma se parecía a la del Sr. Etienne, a quien creía muerto. Abrió las cartas, y mirando la firma, se encontró con que era él mismo quien le había escrito, una desde Bayona, y la otra desde Burdeos, para decirle que su barca había llegado a San Juan de Luz toda destrozada; que habían quedado todos vivos, como por

milagro; y que iba por posta con el Hermano directamente a La Rochela para llegar allí antes de la salida del barco. Sólo Dios supo el consuelo que el caritativo Padre recibió con aquellas cartas: las leyó en presencia de su Asistente y de quien escribía en su nombre, que eran los que habían sabido la mala noticia; ambos quedaron admirados al ver pasar así súbitamente de un extremo a otro y de un estado de pena a un motivo de alegría, sin ningún signo externo de transporte ni de cambio tanto de su espíritu como de su cara. Dio gracias a Dios, alabó y lo bendijo por la vida, como por la muerte.

Fue así cómo la voluntad de Dios le era siempre igual, bajo cualquier color se le apareciera: es eso lo que ha hecho conocer a sus hijos, en infinidad de ocasiones.Y ahí va una Regla que se había prescrito para sí y para los suyos, con el fin de someterse por todo y en todas las cosas a la divina Voluntad.

«En cuanto a las cosas —dice— *que nos sucedan inesperadamente, como son las aflicciones o los consuelos, sean corporales, sean espirituales, las debemos recibir con igualdad de ánimo, como procedentes de la mano paternal de Nuestro Señor».*

Con ese espíritu el Sr. Vicente recibió en el año 1660, siete meses antes de su muerte, la separación de su querido compañero el Sr. Portail, expresado en una carta, que escribió por entonces a uno de los suyos: *«Dios ha querido* —dijo— *privarnos del buen Sr. Portail. Murió el día cuatro de este mes. Siempre había tenido miedo a la muerte, pero, al verla acercarse, la ha visto con paz y resignación, y me dijo varias veces, cuando lo visitaba, que no le quedaba ninguna huella de sus pasados temores. Ha terminado como ha vivido, usando bien sus sufrimientos, practicando las virtudes y el deseo de consumirse, como Nuestro Señor, en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Ha sido uno de los dos primeros que ha trabajado en las Misiones, y ha contribuido siempre en los demás trabajos de la Compañía, a la que ha prestado notables servicios en todas las actividades, de forma que habría perdido mucho en su persona, si Dios no dispusiera todas las cosas para mayor bien, y no nos hiciera encontrar nuestro bien, donde creemos recibir algún daño. Hay motivos para esperar que este servidor suyo nos será más útil en el cielo, que lo hubiera sido en la tierra. Cuando falleció, también la Señorita Le Gras estaba en las últimas, y creíamos que se iría antes que él, pero todavía vive. Dios no ha querido apesadumbrarnos con una doble aflicción».*

Hemos de destacar que esta doble aflicción le sucedió un mes más tarde, e inmediatamente, la de la muerte del Sr. Abad de Chandenier, a quien apreciaba, honraba y quería muchísimo. Sabemos que todas esa pérdidas le afectaron en gran manera; pero, a pesar de todo, no perdió la tranquilidad de su espíritu, ni la serenidad de su rostro, ni siquiera lo más mínimo.

No solamente sufría sin alterarse el quedar privado de sus bienes y de las personas más útiles de su Congregación, ni tampoco perder su honor, su salud y su propia vida.

Se dominaba hasta tal punto, que cuando le decían palabras punzantes, injurias y calumnias, como sucedía con mucha frecuencia, se mantenía siempre igual, y solamente

respondía con su estilo habitual: sin acritud, ni cambio. Algunas personas que han presenciado eso y lo han admirado en diversas circunstancias, han confesado que ellas mismas sentían cierta emoción, aunque aquellas injurias o afrentas no se referían de ninguna manera a ellas.

Un día al volver de la ciudad durante la segunda guerra de París, disponíase a pasar por la puerta para venir a San Lázaro, cuando fue detenido por los burgueses, que la guardaban, y dieron muestras de quererle insultar; y alguno llegó hasta a amenazarle de muerte, obligándole a poner pie en tierra. Pero él no dejó de hablarles con su educación y moderación habitual, sin sorprenderse de sus amenazas. Y aquella gente, al ver su candor, le dejaron pasar. Pero eso fue la causa de que enviara donde el Sr. Duque de Orléans a pedir un pasaporte para entrar y salir libremente, pasaporte que le fue concedido inmediatamente

Se vio en varios peligros de muerte, sobre todo, cuando hizo el viaje a Bretaña: dos veces estuvo en peligro evidente de ahogarse, y una vez de ser asesinado: sin embargo, nunca se vio en él ninguna alteración de su espíritu, ni siquiera de su rostro. Por muchos dolores que ha aguantado en sus enfermedades, por mucha que fuera la duración que han tenido sus molestias, y los retrasos que ha experimentado en los asuntos, no se ha notado que se haya inquietado ni turbado en modo alguno. Permanecía en su profunda paz y su constante igualdad de ánimo, cuyos fieles testigos eran la dulzura de sus palabras y la serenidad de su cara en los ataques más injuriosos. Incluso dio motivos para pensar que no sufría mucho, y que era insensible, si, por otra parte, no le hubieran visto perder peso y debilitarse, particularmente antes de su muerte, pues en dicho tiempo se halló tan debilitado por diversas dolencias, que hasta él se veía morir, pues así lo decía, sin que por eso se viera en su cuerpo otro cambio que el de su debilidad y destrucción: pues él se mantuvo siempre sentado en su silla, vestido, como de ordinario, y consagrado a los asuntos, como antes. Hasta se vio que su espíritu cambiaba menos que antes, pues siempre parecía manso y tranquilo hasta el último suspiro, de modo que hay motivos para dudar, si se habrá visto alguna vez una igualdad más grande, más entera, más probada y más constante que la de este gran Siervo de Dios.

CAPITULO XXII pág. 763

Entereza para mantener el bien y oponerse al mal, y paciencia para soportar las aflicciones y las penas

El gran Apóstol San Pablo dio a conocer bien cómo era su valor y su fuerza para mantenerse constante y fiel en el amor de su Divino Maestro, cuando arrostró todo lo que había de terrible y de temible en la naturaleza: ¿Quién nos separará —dice— de la caridad de Jesucristo? ¿Será la tribulación, o la an gustia, o el hambre, o la desnudez, o el peligro,

o la persecu ción, o la espada? Porque es propio de esta virtud despreciar todo lo que más temen los hombres. Y como dijo San Ambrosio: «Fortitudo contemptrix est timendorum, etc. Fortitudo inexpiabili praelio adversus vitia omnia decertat; invicta ad labores, intrepida ad pericula, dura adversus illecebras, rigidior adversus voluptates» Amb. lib. I, offic., c. 35Es la fuerza que emprende una guerra irreconciliable contra todos los vicios; que se hace invencible a los trabajos; semantiene sin temor en medio de los peligros, rechaza los placeres y se mantiene firme contra todos los atractivos del mundo.

Vicente de Paúl siempre anduvo sobre las huellas de ese gran Apóstol, de quien, como tenía en gran honor llevar su nombre, se hizo también un perfecto imitador de sus virtudes, y particularmente de ésta, en la que siempre ha descollado. Los que lo han conocido saben que, ni las promesas, ni las amenazas, ni las esperanzas, ni los terrores, ni las calumnias pudieron jamás quebrantar su firmeza en el bien. Ciertamente tenía un singular respeto a todas las personas elevadas en autoridad por encima de él: tenía una deferencia muy grande a sus ideas, se sometía a todos sus deseos, cuando lo podía hacer sin herir la conciencia; pero, cuando se trataba de los intereses del servicio o de la gloria de Dios y se trataba de desviarle de lo que Dios quería de él, o de llevarle a lo que Dios no quería, no había ninguna consideración ni persuasión que le pudiera hacer vacilar.

«¿Qué constancia o fortaleza de espíritu no ha demostrado —así habla un eclesiástico muy virtuoso en un testimonio que ha dejado escrito— cuando ha tenido que recibir afrentas e injurias antes que consentir en la menor cosa que fuera contra la justicia o contra la rectitud? Y durante el tiempo en que ha estado empleado en los Consejos de Conciencia, ¿con qué entereza se ha opuesto a los planes de los más poderosos, cuando pretendían obtener bienes de la Iglesia y Beneficios por medios que no consideraba legítimos, o para personas que no juzgaba capaces?».

Un Magistrado de los más notables de una Corte Soberana se encontró con él en la calle, y quiso persuadirle que hiciera algo por sus intereses particulares que no consideraba justos ante Dios. Por eso, le presentó excusas lo más honradamente que le fue posible y no pudo jamás ser doblegado, por muchas instancias que le hiciera el Magistrado. Por lo cual, éste se indignó mucho, se dejó llevar de la cólera, y le trató muy mal de palabra. El Sr. Vicente sufrió todo con gran tranquilidad, sin conmoverse lo más mínimo, ni decirle más que: Señor, usted trata, así lo creo, de de sempeñar dignamente su cargo, y yo debo tratar de hacer lo mismo con el mío.

A una Señora de gran condición, que solicitaba la concesión de un Beneficio que pretendía obtener del Rey para uno de sus hijos, el Sr. Vicente, que sabía que aquello no se podía realizar según justicia, le rogó que le excusara de que no pudiera hacer lo que ella deseaba. Ante aquello, la Señora, dejándose llevar de la pasión, le dijo que podría obtener bien aquellas autorizaciones por otro camino; que le estaba haciendo demasiado honor dirigiéndose a él para aquella cuestión; y que él no sabía aún de qué modo había que tratar a las Señoras de cualidad. El Sr. Vicente no quiso replicar. Se mantuvo en silencio, sufriendo muy a gusto aquellas afrentas injuriosas antes que consentir en algo que fuera

contra su deber.

Hizo lo mismo con otra Señora de condición parecida, que deseaba comprometerle en un asunto que él no consideraba justo, diciéndole con su modestia habitual: Señora, nuestras Reglas y mi conciencia no me permiten obedecerle en esto. Por eso, le suplico muy humildemente que me excuse. Pero la Señora, no pudiendo digerir la negativa, ni contener el movimiento de su pasión, le espetó varias injurias; él las sufrió con la paciencia y tranquilidad acostumbradas.

El Sr. Vicente ha manifestado la misma firmeza y entereza en no permitir a las Señoras seglares la entrada en los monasterios de las Religiosas, de las que era el Superior, cuando no veía una causa legítima para concederles la autorización. Llegó a negarla a unas Princesas que se la habían rogado insistentemente, y que, al no haberlo podido doblegar en dicho punto, quedaron muy descontentas, tratándolo como un hombre mal educado y grosero, y mostrándole en diversas ocasiones su indignación. Y conservaron su resentimiento contra él hasta su muerte, sin que nada le hubiera hecho plegarse a los deseos de ellas, pues no los veía justos.

Pero si en esas ocasiones y otras parecidas, que han sido muy frecuentes, el Sr. Vicente se mantuvo victorioso frente todos los vanos respetos del mundo, que quebrantan, a veces, la entereza más firme, se puede decir que él, en cierto modo, llegó a superarse a sí mismo en lo que vamos a contar. Lo hemos hecho notar en uno de los Capítulos anteriores.

Este Santo Varón tenía un corazón muy inclinado a la gratitud y al agradecimiento, y que conservaba muy cariñosamente el recuerdo de las obligaciones que debía a sus Bienhechores, de forma que casi no podía negarles nada. Entre ésos, el Sr. Le Bon, Prior de San Lázaro ocupaba uno de los primeros puestos, y el Sr. Vicente, que se consideraba de una manera muy especial su obligado, tenía para con él ternuras y muestras de respeto inconcebibles. A pesar de eso, veamos una ocasión en la que se vio obligado a negarle una cosa que el Prior le pedía con insistencia. Una Abadesa, de nacimiento muy ilustre, fue encerrada por unas faltas muy escandalosas por orden de la Reina entonces Regente y por los consejos del Sr. Vicente. El Sr. Prior de San Lázaro, que tenía unas obligaciones particulares para con la Abadesa, intervino a ruegos de ella, para que le procurara su liberación. El Prior trató de usar todo su poder, que era poco menos que omnímodo sobre el espíritu del Sr. Vicente en todo lo que no fuera contra el servicio de Dios. Por eso, le rogó y urgió con muchísima insistencia, que hiciera poner en libertad a dicha Abadesa, porque a él le resultaba muy fácil. Pero el Sr. Vicente le respondió claramente que no lo podía hacer sin faltar a su conciencia, y, por consiguiente, que le suplicaba muy humildemente que lo excusara. Ante aquello, el buen Prior quedó muy impresionado, y le dijo: *"¿Es así como me trata usted después de haber puesto mi casa en sus manos? ¿Es así como usted agradece el bien que le he hecho para acomodarle a usted y a toda su Compañía? —Es cierto —le replicó el Sr. Vicente— que usted nos ha colmado de honores y de bienes, y que nosotros tenemos las mismas obligaciones que los Hijos tienen con su*

Padre; pero tenga a bien, Señor, quedarse con todo, ya que, según su parecer, nosotros no lo merecemos».

Ante aquellas palabras el buen Prior se calló y se retiró con muestras de estar muy disgustado; pero unos pocos días más adelante, estando ya mejor informado de los excesos escandalosos de aquella Señora y reconociendo la justicia de la forma de proceder del Sr. Vicente, le fue a ver, y poniéndose de rodillas delante de él, que, a su vez, también se puso de rodillas, le presentó excusas por lo que le había dicho y le rogó que no disminuyera nada de la penitencia de la Abadesa por consideración a él, pues había reconocido que aquello se hacía por su bien, y que no había tenido razón al solicitar que la pusieran en libertad. Ese fue el fruto de la entereza del Sr. Vicente, y cómo Dios justificó su conducta en esa ocasión

No repetiremos aquí lo que hemos indicado en otros sitios que toca a la entereza y constancia mostrada por el Sr. Vicente para sostener las Santas Obras que había comenzado, no obstante las dificultades casi insuperables que aparecían y que hacían perder el ánimo a las personas que habían manifestado más celo en emprenderlas. Hemos visto cómo sostuvo la empresa de la educación de los Niños Abandonados, cuando las Damas de la Caridad de París estaban casi resueltas a abandonarla por miedo a sucumbir bajo la carga de los gastos, que parecían exceder con mucho sus fuerzas. Y cómo logró triunfar felizmente, después de hablarles en una reunión de forma tan eficaz y tan llena del Espíritu de Dios, que les levantó el ánimo, y les hizo esperar contra la misma esperanza, mostrándose dispuestas a continuar aquella buena obra a cualquier precio, tal como lo han venido haciendo desde entonces.

Y si este fiel Siervo de Dios ha demostrado tal fortaleza y constancia en sostener el bien y en oponerse al mal, no ha demostrado menos paciencia, cuando Dios quiso probarlo con las aflicciones y con las cruces que El le ha enviado a menudo como testimonios seguros de su amor. Era la virtud de la paciencia la que en medio de las más tumultuosas tempestades, de las violentas tormentas que se formaron en su tiempo, conservaba en el fondo de su corazón una calma y una tranquilidad que no podía ser turbada por ningún accidente, por muy triste y funesto que fuera. Era también esa misma virtud la que hacía que fuera dueño de su alma, amo de sus sentimientos en el momento de las penas, contradicciones y persecuciones más rudas que le pudieran suceder, sin que saliera jamás de su boca ninguna palabra que hiciera parecer impaciencia o emoción de su espíritu.

Yendo de viaje a Bretaña un domingo por la tarde, se vio obligado a alojarse en una venta muy pobre de una aldea, donde, en cuanto cerró los ojos para descansar por estar cansado del camino, entró una cuadrilla de campesinos que se pusieron a armar la juerga durante toda la noche en un sitio cercano a su habitación, y hasta entraron en ella algunos promoviendo un alboroto. A pesar de eso, no se quejó, al contrario, a la mañana siguiente dio muestras de satisfacción y de agradecimiento a su huésped, aunque había sentido mucha incomodidad en su casa, como si hubiera recibido el mejor trato del mundo, y,

además de eso, le regaló muchos y hermosos «Agnus Dei», que se los habían dado hacía mucho tiempo. El misionero que le acompañaba en aquel viaje, y a quien se los había entregado para que los guardase, quedó admirado, tanto más cuanto que no le había visto darlos a nadie en los otros sitios donde había sido recibido con toda suerte de atenciones, y eso que en ellos se había encontrado con jóvenes educados y criados muy atentos, a los que catequizó lo mismo que a aquella pobre gente. Eso le hizo pensar y con razón, que el Sr. Vicente actuaba de aquel modo, porque eran muy pobres, y porque le habían hecho ejercitar la paciencia.

En otra ocasión fue citado ante un Consejero del Gran Salón del Parlamento de París para reconocer jurídicamente unas escrituras a requerimiento de un particular, que había entablado malévolamente pleito contra la Comunidad de San Lázaro. Este hombre, de natural violento, se irritó excesivamente sin ningún respeto ante el magistrado y al lugar en que estaba, y profirió injurias y calumnias tremendas contra el honor y la fama del Sr. Vicente, pero éste no dejó traslucir ninguna emoción, mostrando más bien que sentía compasión por la falta que aquel individuo había cometido en presencia del Juez. Y como su Procurador, que estaba presente, quería pedir la palabra para exigir una reparación del honor, el Sr. Vicente se lo impidió, y excusó tanto cuanto pudo el acto de aquel individuo. Y ha sido ese mismo Procurador quien ha rendido homenaje a semejante paciencia, que le pareció extraordinaria, porque apenas se veían hechos semejantes. Mas los que han vivido cerca del Sr. Vicente han señalado que esos actos de paciencia eran muy habituales en él, y le han visto actuar así en varias ocasiones y soportar los baldones, las injurias y las afrentas con una gran paz y humildad.

No era solamente en las grandes ocasiones, en las que su espíritu estaba ordinariamente más presente a sí mismo, cuando el Sr. Vicente daba muestras de su gran paciencia, sino que también en las frecuentes circunstancias de las importunidades, prisas, preguntas indiscretas, contestaciones mal digeridas y faltas ordinarias cometidas sin consideración alguna, tanto por los inferiores, como por otros, no se le vio dar la menor muestra de impaciencia, ni tampoco proferir una sola palabra más alta que otra; al contrario, era precisamente en esas ocasiones cuando él se portaba y hablaba con más mansedumbre y tranquilidad.

Cuando ocurrían pérdidas en los bienes temporales de su Congregación, aunque fueron, a veces, muy notables, las sufría no sólo con paciencia, sino también con alegría. Como un día le dijeran que lo que era más de lamentar en una pérdida considerable sucedida a su Comunidad de San Lázaro era que aquello daría ocasión a muchos para concebir algún menosprecio de su Compañía y quizás de hablar mal de él, respondió que eso era bueno, que por ese medio los de su Congregación dispondrían de una ocasión más ventajosa para practicar la virtud.

Mas no hay por qué admirarse de que no se dejara llevar por la tristeza en todas esas ocasiones deplorables, ya que también él manifestaba a veces que se extrañaba porque Dios, así le parecía a él, no probaba bastante a su Compañía con tribulaciones.

«Desde hace algún tiempo —dijo un día sobre este tema— *venía pensando, y con mucha frecuencia, que la Compañía no tenía nada que sufrir; que todo le iba bien; que gozaba de cierta prosperidad, o mejor dicho, que Dios la bendecía de mil maneras, sin tener que sufrir ningún obstáculo ni contrariedad. Empezaba a desconfiar de esta bonanza, sabiendo que es propio de Dios probar a quienes le sirven, y castigar a los que ama. Quem enim diligit Dominus castigat. Me acordaba de lo que se refiere de San Ambrosio que, yendo de viaje, entró en una casa cuyo dueño le dijo que no sabía lo que era la aflicción. Entonces aquel Santo Prelado, iluminado por la luz celestial, juzgó que aquella casa, tratada con tanto mimo, estaba cerca de su ruina. Salgamos de aquí, —dijo—; la cólera de Dios va a caer sobre esta casa. Y en efecto, apenas salió, cayó un rayo que la derribó y arrastró en su ruina a todos los que estaban dentro».*

«Por otro lado, veía a varias Compañías agitadas de vez en cuando, especialmente a una de las mayores y más santas que hay en la Iglesia, y que, a veces, se encuentra en grave consternación, y actualmente está sufriendo una horrible persecución. Y me decía: Así es como Dios trata a los Santos, y como nos trataría a no sotros, si fuéramos de una virtud robusta, pero, como conoce nuestra debilidad, nos alimenta y nutre de leche, como a los niños, y hace que todo nos salga bien, casi sin que nos tengamos que preocupar de nada. Así, pues, tenía razón para temer, con esas consideraciones, que no le agradábamos a Dios, ni éramos dignos de sufrir nada por su amor, ya que El apartaba de nosotros las tribulaciones y los golpes con que suele probar a sus servidores. Habíamos tenido algunos naufragios en los barcos que se dirigían a Madagascar, pero Dios nos ha librado; en 1649, los soldados nos causaron daños por valor de 42.000 libras, según evaluación, pero no se trató de una pérdida particular, ya que todo el mundo se resintió de las calamidades públicas: el mal fue común, y nosotros fuimos tratados del mismo modo que los demás. Pero, ¡bendito sea Dios!, Hermanos míos, porque ahora ha querido su Providencia adorable despojarnos de una tierra, que nos acaban de quitar. Se trata de una pérdida considerable para la Compañía, pero que muy considerable. Hagamos nuestros los sentimientos de Job cuando decía: «Dios me dio estos bienes, El me los quitó. ¡Bendito sea su Santo Nombre!» No miremos esta privación como si procediera de un juicio humano, sino digamos que es Dios el que nos ha juzgado, y humillémonos bajo la mano que nos castiga, como David, cuando decía: Obmutui, et non aperui os meum, quoniam Tu fecisti. Me he callado, Señor, porque Tú has sido el que lo has hecho. Adoremos su justicia, y creamos que nos ha hecho un favor al tratarnos de este modo: lo has he cho para nuestro bien. Bene omnia fecit, refiere San Marcos: lo ha hecho todo bien».

Así era, con estos sentimientos tan perfectos y elevados, como el Sr. Vicente sobrellevaba con una paciencia heroica, no sólo la pérdida de los bienes, sino también la de las personas que le eran más queridas, y cuya separación había de serle pero que muy de sentir. Con esa disposición es como perdió a uno de los más antiguos Sacerdotes Misioneros, en quien tenía una confianza muy particular, y que consideraba como una de las principales columnas de su Congregación; y, al mismo tiempo, viéndose en peligro de perder a otro, que estaba en las últimas, escribió estas palabras a una persona de su confianza: *«Por la gracia de Dios, tengo mi corazón en paz, al ver que es ésa la voluntad de*

Dios: es cierto que me viene algunas veces algún temor de que mis pecados sean la causa de ello; pero reconociendo en eso mismo el beneplácito de Dios, lo acepto muy gustosamente».

Uno de sus Sacerdotes le declaró cierto día las dificultades que experimentaba en la dirección de una casa de la Compañía: *«¡Ay señor! ¿Le gustaría a usted estar sin sufrir? ¿No sería preferible tener un demonio en el cuerpo que estar sin ninguna cruz? Sí, porque en ese estado el demonio no haría daño al alma, mientras que si no se tiene nada que sufrir, ni el alma, ni el cuerpo pueden conformarse con Jesucristo que sufre, siendo así que esta conformidad es la señal de nuestra predestinación. Por tanto, no se extrañe de esas penas, ya que el Hijo de Dios las escogió para nuestra salvación».*

Dijo a uno que sufría por la justicia: *«¿No ha quedado consolado su corazón al ver que ha sido encontrado digno ante Dios de sufrir al servirle? Ciertamente, usted le debe por eso un agradecimiento particular, y está obligado a pedirle la gracia de hacer buen uso de ello».*

Habiéndose enterado una vez que un virtuosa abadesa encontraba grandes dificultades y contrariedades para poner el orden que deseaba establecer en su abadía, el Sr. Vicente aconsejó a un buen eclesiástico que hiciera lo que pudiera para animarla en su empresa, y que le dijera: que los sufrimientos, cuando se busca un bien, atraen las gracias necesarias para conseguirlo.

El demonio provocó un día una tormenta contra algunos Misioneros para impedir el fruto de una Misión en la que estaban trabajando. El Sr. Vicente escribió al Superior en estos términos: *«¡Bendito sea Dios por las dificultades que quiere que hallen ustedes! En esta ocasión hay que honrar bien las que el Hijo de Dios experimentó en la tierra ¡Ah señor! Ciertamente eran mucho más grandes por la aversión que Le tenían a El y a su doctrina, pues le prohibían la entrada en unos lugares y finalmente le quitaron la vida. El preparaba a sus Discípulos para ocasiones de ese estilo, cuando les dijo que se burlarían de ellos; que los escarnecerían, que los maltratarían; que los padres se pondrían contra los hijos, y que los hijos perseguirían a sus padres. Aprovechemos, pues, señor, esas ocasiones, y suframos, como los Apóstoles, a ejemplo de su Jefe, Nuestro Señor. Si nos portamos de esa manera, esté seguro de que los mismos medios por los que el demonio ha querido combatirle, le servirán a usted para derrotarlo; que usted alegrará todo el cielo y las almas buenas de la tierra que lo verán, o que lo oirán; que los mismos con quien usted tiene que ver le bendecirán y le reconocerán como cooperador de su salvación. Mas ¿qué? Hoc genus demoniorum non ejicitur nisi in oratione et patientia. La santa modestia y el recogimiento interior, que se practica en la Compañía también le podrán servir a usted; y estará bien informar, de dónde puede provenir la aversión que ese pueblo muestra a sus Misioneros, con el fin de abstenerse de lo que puede haberla causado, y también de hacer lo contrario, si es conveniente; y cuando se informen, les ruego que me den su parecer».*

Escribiendo en otra ocasión a uno que se quejaba de alguna persona, le dijo estas

palabras: *«Estoy seguro de que esa persona de que me habla le ha dado motivos de preocupación, y siento mucho que haya salido con ésas. Sin embargo, no debe mirar su conducta como algo que venga de él, sino más bien como una prueba con la que Dios quiere probar su paciencia; y esa virtud será tanto más virtud en usted, que naturalmente es muy vivo frente a las injurias, cuanto menos motivos le haya dado para la ofensa que ha recibido. Así pues, demuestre que es usted un verdadero hijo de Jesucristo, y que no ha meditado inútilmente tantas veces en sus sufrimientos, sino que ha aprendido a vencerse, sufriendo las cosas que más suelen sublevar el corazón».*

«En fin, señor —dice a otro— *hay que ir hacia Dios per infamiam et bonam famam, ya que es un favor de la divina Bondad el que permita que caigamos en el desprecio y la antipatía de la gente. Estoy seguro de que habrá recibido usted con paciencia esa confusión que sufrimos por lo que ha pasado. Si la gloria del mundo no es más que humo, lo contrario será un bien sólido, si lo tomamos como debe tomarse. Espero que de esta humillación se siga un gran bien para nosotros. ¡Dios le conceda esta gracia y quiera enviarnos todas las que puedan ayudarnos a merecer ser más agradables a sus ojos!».*

Lo que asentaba tan fuertemente al Sr. Vicente en esta virtud de la paciencia, era la firme fe que tenía de estas dos verdades: Una, que los males causantes de las penas no nos sobrevienen sino por voluntad de Dios, según lo que dijo un Profeta: Non est malum in civitate, quod non fecerit Dominus. La otra, que Dios no permitirá nunca que seamos afligidos o tentados por encima de nuestras fuerzas, sino que El nos ayudará con su gracia, para sacar provecho y ventaja, como el Santo Apóstol nos lo afirma con estas palabras: Fidelis Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere.

«Estando bien persuadido de esas verdades, decía que el estado de pena y de aflicción no es un estado malo de suyo; Dios nos pone en él para ejercitarnos en la virtud de la paciencia y para enseñarnos la compasión con los demás. El mismo quiso probar este estado, para que tuviéramos un Pontífice capaz de compadecer nuestras miserias y animarnos con su ejemplo a la práctica de esta virtud».

Añadía que «una de las señales más ciertas de que Dios tiene grandes planes sobre una persona es cuando le envía desolación tras desolación y pena tras pena; el verdadero tiempo para reconocer el proyecto espiritual de un alma es el de la tentación y de la tribulación, ya que como uno se porta en esas pruebas, se portará también luego de ordinario. En un sólo día de tentación podemos adquirir más méritos que en muchos otros de tranquilidad». Decía también que «*el agua corrompida, que se hace cenagosa e infecta, representa a un alma que está siempre en reposo, y que, al contrario, las almas ejercitadas por la tentación son como los ríos que fluyen entre guijarros y roquedales: sus aguas son más hermosas y más gratas».*

La plenitud que tenía de esta virtud le daba una gracia particular para comunicarla a los demás, y para llevarlos al buen uso de los sufrimientos. He aquí en qué términos

escribió un día a un alma apenada para consolarla y animarla: *«Compadezco sus penas* — le dice— *que son largas y variadas: es una cruz extensa, que abraza su espíritu y su cuerpo; pero ella la eleva por encima de la tierra, y eso es lo que me consuela. Debe usted también consolarse mucho al verse tratada como Nuestro Señor ha sido tratado, y honrada con las mismas señales con las que El nos ha mostrado su amor. Sus sufrimientos eran internos y externos, y los internos fueron continuos, y, sin comparación, más grandes que los otros. Mas, ¿por qué piensa usted que El la ejercita de esa manera? Es por el mismo fin que quiso también sufrir El, a saber, para purificarla de sus pecados, y honrarla con sus virtudes, a fin de que el Nombre de su Padre sea santificado en usted. Manténgase, pues, en paz, y tenga una perfecta confianza en su bondad. No se detenga en el sentimiento contrario; desconfíe de sus propios sentimientos, y crea más bien en lo que yo le digo y en el conocimiento que tengo de usted, antes que todo lo que usted pueda pensar y sentir. Tiene usted motivos para alegrarse en Dios, y para esperar todo de El por Nuestro Señor, que habita en usted; y después de la recomendación que El le hace de renunciarse a sí misma, no veo nada por lo que tenga usted que temer, ni siquiera el pecado, que es el único mal que debemos temer; porque en el estado de Religión, que usted ha abrazado, usted hace penitencia del pasado; y en cuanto al futuro, usted tiene un gran horror a todo lo que pudiera desagradar a Dios».*

CAPITULO XXIII pág. 771

Paciencia en las enfermedades

El espíritu maligno, como conoce cuán grande es la debilidad de nuestra carne, cuán peligrosos y violentos son los asaltos que los hombres sienten por ese lado por los dolores y por las enfermedades, decía con razón que el hombre expondrá con gusto los demás bienes externos por salvar su vida y para librarse de los dolores y de los males y las dolencias, que son los precusores de la muerte. Y aunque había atacado en vano la paciencia del Santo Patriarca Job con la pérdida de sus riquezas y de sus hijos, todavía estaba persuadido de que lo vencería, si Dios le permitía afligirle en su cuerpo con enfermedades y dolores; y fue también en ese último y furioso choque, cuando ese Santo Hombre hizo brillar más su virtud, soportando esa dura prueba, no solamente con paciencia, sino también con una perfecta sumisión a la Voluntad de Dios, a quien tributaba bendiciones y alabanzas, con tanto mayor amor, cuanto sus dolores eran más agudos y sus penas más violentas.

Se puede decir indudablemente que la prueba de los dolores y de las enfermedades ha sido la que ha dado el último cumplimiento a la paciencia del Sr. Vicente

y ha coronado todas sus virtudes. Porque, aunque su cuerpo que parecía bastante robusto, y su temperamento que era muy bueno, junto a su modo de vivir muy ordenado, debieron producir en él una larga y perfecta salud, sin embargo, Dios ha querido que haya estado frecuentemente puesta a prueba su paciencia por diversas y frecuentes enfermedades. Eso podía provenir, o de las grandes penas e incomodidades sufridas por él durante la esclavitud; o de la violencia que se hacía continuamente a sí mismo; o de los trabajos y fatigas de las Misiones, a las que estuvo dedicado durante una larga serie de años; o, finalmente, de su aplicación continua a los grandes quehaceres de caridad y de piedad, que eran con frecuencia muy espinosos y difíciles. Pero cualquiera sea la causa que lo haya originado, es cierto que el Santo Varón, por permisión particular de la Divina Providencia, ha estado casi siempre sometido a dolencias, sea por inflamaciones que lo molestaban en diversas partes del cuerpo, sea por fiebres que le atacaban a menudo, o por caídas y heridas muy dolorosas que le acaecieron a veces; y, finalmente, por la hinchazón y las demás molestias continuas de sus piernas. Pues bien, a pesar de las enfermedades que le atacaron, y de los dolores que experimentó, conservó siempre una paz y una libertad de espíritu tan grande, que se podría decir que no había sufrido ningún mal, si la debilidad de su cuerpo no hubiera hecho ver lo contrario.

Escribiendo un día sobre el asunto de sus sufrimientos a una persona de mucha confianza, le manifestó sus sentimientos en estos términos: *«Le he ocultado todo lo que he podido mi situación y no he querido darle a conocer mis achaques por miedo a contristarle; pero ¡Ay Dios mío!, ¿cómo seremos tan delicados, que no nos atrevemos a decirnos la felicidad que tenemos de ser visitados por Dios? ¡Quiera Nuestro Señor hacernos más valientes y procurar que encontremos nuestro gusto en el suyo!».*

Varias personas de su casa, y también de fuera, que lo habían visto en algunos de sus padecimientos, estaban admiradas de la paciencia y de la tranquilidad que se traslucía en él en medio de los más violentos dolores que sufría en sus piernas por las fluxiones acres y cáusticas que fluían y se estancaban sobre las articulaciones de las rodillas y de los pies, y que en los últimos meses de su vida supuraban, de vez en cuando, en tal abundancia, que tenía los pies bañados y las medias del todo humedecidas, y hasta el suelo estaba mojado del todo. En tal estado no podía levantarse de la silla, ni casi moverse; y aunque estuviera siempre con dolores, y sin haber descansado ni de día ni de noche, no salía de su boca ni una sola palabra de queja; su rostro traslucía la misma dulzura y afabilidad que cuando estaba sano; y su espíritu ejercía continuamente una paciencia del todo heroica.

«Cuanto más avanzaba en edad —dice un virtuosísimo eclesiástico que lo ha conocido muy íntimamente— *su cuerpo se iba haciendo más pesado y sus molestias aumentaban hasta el punto de que unos meses antes de su final dichoso, se vio privado de la celebración de la Santa Misa, que anteriormente constituía toda su alegría y todo su consuelo. Se veía reducido a permanecer en una silla a causa de su decrepitud, y por los grandes y continuos dolores que sentía; sin embargo, en medio de sus sufrimientos veía y recibía a toda clase de personas de fuera y de dentro; ponía orden en los asuntos de la*

casa y de toda la Congregación, respondiendo a todos los que acudían a él con tanta gracia y serenidad de espíritu, como si no experimentara mal alguno: Hasta su muerte mantuvo en su rostro la misma afabilidad y dulzura».

Sucedió un día, que uno de sus Sacerdotes se hallaba en su habitación, cuando le arreglaban y curaban sus piernas hinchadas y ulceradas y, al verle sufrir mucho, movido de compasión por su mal, le dijo: Señor, ¡ qué mortificantes son sus dolo res!. Y el Sr. Vicente le respondió: *«¿Qué? ¿Llama a usted mortificante a la obra de Dios, y a lo que El ordena, haciendo sufrir a un desgraciado pecador, como soy yo? Dios le perdone, señor, lo que usted acaba de decir, porque no se habla de esa forma en el lenguaje de Jesucristo. ¿Es que no es justo que el culpable sufra? ¿Y no somos nosotros más para Dios que para nosotros mismos?».*

En otra ocasión, ese mismo Sacerdote le dijo que parecía que los dolores le iban aumentando cada día: *«Es cierto* —le respondió— *que desde la planta de los pies hasta la coronilla siento que van creciendo. Pero ¡ay! ¡Qué cuenta tendré que rendir al Tribunal de Dios, ante quien debo comparecer bien pronto, si es que no lo uso bien!».*

No hay por qué sorprenderse, si este Siervo de Dios tenía tales sentimientos, y si hablaba de esa manera en medio de los dolores más agudos; porque había hecho desde hacía mucho tiempo una buena provisión de paciencia, y había llenado su espíritu y su corazón de las más perfectas máximas de esta virtud, para practicarlas en toda clase de circunstancias, y particularmente en sus enfermedades. He aquí lo que escribió sobre esto un día a uno de los suyos, que también sufría a causa de su enfermedad: *«Es cierto* —le dice— *que la enfermedad nos hace ver lo que somos mucho mejor que la salud, y que en los sufrimientos es donde la impaciencia y la melancolía atacan a los más decididos; pero, como estas tentaciones sólo dañan a los más débiles, a usted le han aprovechado más que dañado, ya que Nuestro Señor le ha robustecido en la práctica del cumplimiento de su Voluntad; y esta fortaleza se echa de ver en el propósito que usted ha hecho de combatirlas con buen ánimo. Espero que todavía se apreciará mejor en las victorias que habrá de alcanzar usted sufriendo desde ahora por amor de Dios, no sólo con paciencia, sino hasta con alegría y con gozo».*

Y hablando un día a los de su Comunidad sobre este mismo tema: *«Hay que reconocer* —les dijo— *que el estado de enfermedad es un estado molesto y casi insoportable para la naturaleza. Sin embargo, es uno de los medios más poderosos de que Dios se sirve, para que nos despeguemos del afecto del pecado y para llenarnos de Sus dones y Sus gracias. ¡Oh Salvador! ¡Tú, que tanto sufriste y moriste para redimirnos y mostrarnos cómo este estado de dolor podía glorificar a Dios y servir a nuestra santificación, concédenos que podamos conocer el gran bien y el inmenso tesoro que está oculto en este estado de enfermedad! Por medio de él, señores, se purifica el alma y los que carecen de virtud tienen un medio eficaz para adquirirla. Es imposible encontrar un estado más adecuado para practicarla: en la enfermedad la fe se ejercita de forma maravillosa, la esperanza brilla con todo su resplandor, la resignación, el amor de Dios y*

todas las demás virtudes encuentran materia abundante para este ejercicio. Allí es donde se conoce lo que cada uno posee y lo que es; la enfermedad es la sonda con la que podemos penetrar y medir con mayor seguridad hasta dónde llega la virtud de cada uno, si hay mucha, o poca, o ninguna. En ningún sitio se ve mejor cómo es uno que en la enfermedad. Esa es la mejor prueba que tenemos para reconocer quién es el más virtuoso y quién no lo es tanto; esto nos hace ver qué importancia tiene que conozcamos bien la manera de portarnos debidamente en las enfermedades. ¡Oh, si supiéramos hacer lo que hacía un Siervo de Dios, que de su lecho de enfermedad hizo un trono de méritos y de gloria! Allí supo rodearse de todos los santos misterios de nuestra Religión: en el techo puso la imagen de la Santísima Trinidad, en la cabecera el de la Encarnación, a una parte la Circuncisión, a otra el Santísimo Sacramento, a los pies el Crucifijo. Y así, de cualquier parte que se volviera, a la derecha o a la izquierda, al poner los ojos arriba o abajo, se veía siempre rodeado de estos divinos Misterios y como envuelto y lleno de Dios. ¡Qué hermosa luz, señores, qué hermosa luz! ¡Qué felices seríamos, si Dios nos concediera esta gracia! Hemos de alabar a Dios de que, por su bondad y misericordia, haya en la Compañía enfermos y achacosos, que hacen de sus sufrimientos y enfermedades un espectáculo de paciencia, donde presentan todo el esplendor de sus virtudes. Le daremos gracias a Dios por habernos dado estos Compañeros. Ya he dicho muchas veces, y he de repetirlo una vez más, que hemos de pensar que las personas afligidas por la enfermedad en la Compañía son una bendición para nosotros».

«Pensemos que las enfermedades y tribulaciones vienen de Dios, la muerte, la vida, la salud, la enfermedad, todo viene por orden de su Providencia, y siempre para el bien y la salvación del hombre. Sin embargo, hay algunos que con frecuencia demuestran tener muy poca paciencia en sus tribulaciones: es un falta grande. Otros se dejan llevar por el deseo de cambiar de sitio, de ir de una parte a otra, a aquella casa, a aquella Provincia, a su tierra, con el pretexto de que allí es mejor aire. ¿Qué es todo esto? Se trata de personas apegadas a sí mismas, con espíritu de señoritas, de individuos que no quieren sufrir nada, como si las enfermedades corporales fuesen males que hay que evitar. Huir del estado en que Dios nos coloca, es huir de la felicidad. Sí, el sufrimiento es un estado de felicidad que santifica a las almas».

«He conocido a un hombre que no sabía leer ni escribir, que se llamaba Hermano Antonio. Su retrato está en nuestra sala. Tenía el espíritu de Dios en abundancia. Llamaba a todo el mundo hermano; igualmente, cuando hablaba con una mujer, hermana; y hasta cuando hablaba a la Reina, la llamaba hermana. Todo el mundo lo quería ver. Un día le preguntaron: "Pero, Hermano, ¿qué hace usted con las enfermedades que le ocurren? ¿Cómo se porta usted con ellas? ¿Qué hace para aprovecharlas?— «Las recibo —dijo— *como una prueba que Dios me envía: por ejemplo, si me viene la fiebre, le digo: Ea, hermana enfermedad, o bien, hermana fiebre, usted viene de parte de Dios, ¡Sea bienvenida!; e inmediatamente sufro que Dios haga su Voluntad en mí». Ahí tienen, señores y hermanos míos, cómo usaba de la enfermedad. Y es así como acostumbraban usar de ella los servidores de Jesucristo, los amadores de la Cruz. Eso no impide que usen los remedios que se mandan para alivio y curación de cada enfermedad; y en eso mismo se*

hace honor a Dios, que ha creado las plantas, y que les ha dado la virtud que tienen; pero eso de tener tanta delicadeza consigo mismo, cuidarse exquisitamente por el menor mal que nos ocurra, de eso nos debemos desprender, sí, nos tenemos que desprender de ese espíritu tan tierno con nosotros mismos».

CAPITULO XXIV pág. 775

Manera de gobernar el Sr. Vicente

Aunque el gobierno del Sr. Vicente aparece bastante en todo lo que ha sido relatado acerca de su Vida y de sus Virtudes, y se puede reconocer por las cosas que se han dicho cómo este Siervo prudente y fiel se ha portado recta y santamente en todas sus actuaciones, sin embargo, como eso se ha difundido generalmente a lo largo de esta obra, hemos pensado que, para una mayor edificación y satisfacción del lector cristiano, era conveniente recoger en un Capítulo único, lo que se ha juzgado más digno de destacarse sobre esta cuestión.

Y en primer lugar, si se considera cuál ha sido el fin que el Sr. Vicente se propuso, ya por lo que toca a otros, o a sí mismo, no fue otro que la mayor gloria de Dios y el cumplimiento de su santísima Voluntad. Ese era el único blanco al que el buen Siervo de Dios ha apuntado en todos sus proyectos y en todas sus empresas; era ahí adonde se dirigían todos sus pensamientos, todos sus deseos y todas sus intenciones; y, finalmente, ahí era adonde se esforzaba en llevar a los demás con sus avisos, consejos exhortaciones y con todas las ayudas espirituales y temporales, que les proporcionaba; no pretendía en todo y por todo, sino que el nombre de Dios fuera santificado, su Reino aumentado, y su Voluntad realizada en la tierra como en el cielo: es ahí adonde su espíritu miraba, y adonde su corazón aspiraba incesantemente.

Ahora bien, para llegar a ese fin el medio principal y el más universal empleado por él, ha sido el de conformar su conducta a la de Nuestro Señor Jesucristo, habiendo juzgado muy sabiamente que él no podía andar ni guiar a los demás por un camino más recto ni más seguro, que por el que el Verbo y la Sabiduría del mismo Dios le había trazado con sus ejemplos y con sus palabras; a tal efecto, los tenía siempre presentes en su espíritu para moldearse y formarse en todo lo que decía y hacía sobre ese Original de toda virtud y santidad. Tenía su Santo Evangelio grabado en su corazón, y lo llevaba en la mano como una luz hermosa para guiarse, de manera que podía decir con el Profeta: Tu palabra, Dios mío, es como una clara an torcha para iluminar mis pasos, y para hacerme conocer el camino que debo seguir para ir a Ti.

Caminando, pues, a la luz de esta divina claridad, se ha propuesto, ante todo, trabajar con la ayuda de la gracia para su propia salvación y para su propia perfección,

imitando las virtudes de su Divino Maestro. Había aprendido de su Evangelio, que no valdría de nada al hombre ganar todo el mundo, si perdía su alma; y que la Regla más justa y más segura del amor que debemos a nuestro prójimo, es el verdadero amor que estamos obligados a tenernos a nosotros mismos.

Después de los primeros cuidados que miraban por su salud y por su perfección, ha creído que no podía hacer nada mejor que conformarse a su Divino Salvador, entregándose enteramente a procurar la salvación y la santificación de las almas que El había redimido al precio de su sangre y de su muerte. Por eso, no escatimó ni tiempo, ni fatigas, ni su vida, que ha consumido en las diversas actividades de caridad (de ellas hemos hablado ampliamente en las tres partes de esta obra), pues ha actuado con conducta tan perfecta y tan santa, que ha parecido que venía de Dios, y que el Espíritu Santo era su autor y director: esto se conocerá todavía mejor con la consideración de las excelentes cualidades y propiedades de esta conducta. Porque, en primer lugar, ha estado siempre acompañada de una humildad muy grande, que era como la primera y la más fiel consejera del Sr. Vicente, quien, a pesar de que tuviera un espíritu capaz y muy despejado, con todo, desconfiaba siempre de sus propios pensamientos; y por eso acudía a Dios en toda clase de asuntos para pedirle luz y ayuda. Después de eso buscaba también y recibía muy gustosamente el consejo de otros, incluso de sus inferiores, y exhortaba con frecuencia a los suyos a que actuaran así en los asuntos.

He aquí lo que le escribió un día sobre esta materia al Superior de una de las casas de su Congregación: «*Tan lejos está de ser malo —le dice— recibir consejos de otros, que, por el contrario, es conveniente e incluso necesario hacerlo cuando la cosa de la que se trata es de importancia, o cuando solos no la podemos resolver bien. Por lo que toca a los asuntos temporales, se suele buscar el consejo de algunos abogados o de otras personas externas, que sean inteligentes; y en cuanto a las cosas que corresponden al interior de la casa, se consulta con los Oficiales destinados para eso, y también con algunos otros de la Comunidad, cuando se juzga conveniente. En cuanto a mí, yo consulto a menudo incluso a nuestros Hermanos, y acepto sus consejos en las cosas correspondientes a sus oficios; y cuando esto se hace con las precauciones debidas, la autoridad de Dios, que reside en los Superiores no recibe ningún deterioro; más bien al contrario, el buen orden que se sigue de ello la hace más digna de amor y de respeto. Le ruego que obre así, y que recuerde, que cuando se trata de cambios o de asuntos extraordinarios, se los proponga al Superior General».*

Y en otra ocasión, al aconsejar a otro Superior que use del mismo estilo: *«Vivan entre ustedes —le dice— cordial y sencillamente, de forma que viéndoles a todos juntos, no se pueda saber quién es el que tiene la condición de Superior. No resuelva nada por poco importante que sea, sin oír sus consejos, y, sobre todo, de su Asistente. En cuanto a mí, reúno a los míos cuando hay que resolver alguna dificultad en la forma de actuar referente a las cosas espirituales o eclesiásticas. Y cuando se trata de asuntos temporales, me aconsejo también con los encargados de ellos. Pregunto también el parecer a los Hermanos en lo tocante al cuidado de la casa y a sus oficios, por el conocimiento que*

tienen de ellos. Eso ayuda mucho al Superior a tomar una decisión. Por eso le ruego que se sirva de ese medio para obtener éxito en su cargo».

Después de haberse aconsejado y decidido de esa manera lo que había que hacer, se mantenía firme y constante en la ejecución, y no escuchaba más los pensamientos contrarios que le podían venir a la mente.

«Después de haber encomendado algún asunto a Dios —decía un día a algunos de los suyos sobre este tema— *y habernos aconsejado, debemos atenernos firmemente a lo que se ha decidido, rechazando como tentación todo lo que nos pudiera venir en contra, con la confianza de que Dios no lo considerará desagradable y que no nos censurará, pudiendo decirle como legítima excusa: Señor, yo te he encomendado el asunto, y me he asesorado, que es todo lo que puedo hacer para conocer Tu Voluntad. El ejemplo del Papa Clemente VIII viene muy bien para este caso. Le habían propuesto un asunto de mucha importancia, que interesaba a todo un Reino. Le habían enviado donde él varios mensajeros, y había pasado un año sin que los hubiera querido oír, aunque le hubieran podido avisar de ello. Pues bien, encomendó la cosa a Dios, y trataba la cuestión con los que tenía mayor confianza y consideraba más capaces y más inteligentes: al fin, después de varias consultas, tomó una resolución ventajosa para la Iglesia. Y con todo, después de eso, tuvo un sueño, en el cual le parecía que Nuestro Señor se le presentaba con una cara severa, censurándole lo que había hecho, y amenazándole con castigarlo. Al despertarse, asustado por tal visión, manifestó el sueño al cardenal Toledo, el cual, después de considerarlo todo ante Dios, le dijo que no debía sufrir ninguna pena por ello; que aquello sólo era una ilusión del demonio, y que no había ninguna razón para temer, pues había encomendado el asunto a Dios, y se había aconsejado, que era todo lo que podía hacer. Y aquel buen Papa, tranquilizado por aquel consejo, no sintió más preocupación alguna por aquella cuestión».*

Aunque el Sr. Vicente se sirvió de este modo de las luces y de los consejos de los demás, no se creía por eso dispensado de usar por su parte toda la atención y la vigilancia posible para apartar el mal, y procurar el bien de los que estaban bajo su dirección. Siempre tenía el ojo avizor para conocer lo que sucedía entre los suyos, y para mandar, disponer y proveer a todo lo que podía exigirse a sus cuidados. Pero actuaba en esto con una muy grande prudencia y circunspección, que era otra propiedad de su conducta, y en la que sobresalió notablemente. Todos los que lo han conocido han podido notar cuán prudente y considerado era en todo lo que decía y hacía, principalmente cuando se trataba de la dirección y conducta de otros, o cuando se veía obligado a dar su parecer sobre algún asunto: porque era muy reservado y circunspecto en sus palabras, pues no decidía de ordinario de forma absoluta las cosas por sí mismo, sino proponiendo sencillamente sus ideas, como sometiéndolas en cierto modo al juicio de los que le pedían consejo.*«Me parece*—decía— *que podría enfocar este asunto de esta manera. Quizás haríamos bien en obrar de este modo. Si les parece bien servirse de este medio, hay razones para creer que Dios lo bendecirá»*; y otros términos parecidos de los que se servía habitualmente para proponer sus ideas, evitando las palabras demasiado fuertes y las

maneras de expresarse que podían manifestar un espíritu de suficiencia, o la presunción de estar acertado en los consejos. Nunca decía absolutamente: Le aconsejo que haga tal y tal cosa. Y muy raramente: Este es mi consejo o mi opinión, sino sencilla y humildemente: Este es mi pensamiento, o bien, Esto es lo que me parece. Sin embargo, cuando adelantaba alguna propuesta, o algún consejo, cuya resolución estaba expresamente contenida en las máximas del Santo Evangelio, en ese caso no dudaba, sino que se atenía absolutamente a ese Oráculo de la Verdad.

Tenía por norma que había que temer que un consejo dado en el acto, no fuera más bien del propio espíritu particular, que del Espíritu de Dios; y creía que había que consultar siempre antes de hablar o de responder, salvo en ciertas ocasiones, cuando no se puede retrasar dar el parecer sobre algún asunto urgente y cuando hay que responder inmediatamente a los que preguntan. El Sr. Vicente a veces ha actuado de esa forma, aunque rara vez en cosa de importancia; pero fuera de que nunca lo hacía sin elevar su espíritu a Dios y pedirle interiormente luz y asistencia, habitualmente no ofrecía ninguna solución, que no la apoyara en algún pasaje de la Sagrada Escritura, o en algún hecho del Hijo de Dios relacionado con el tema consultado.

Necesitaba elegir una persona adecuada y capaz para ejercer el Consulado de Túnez en Berbería y puso los ojos en el Sr. Husson, abogado del Parlamento de París, que vivía entonces en MontmirailenBrie y reunía para dicho cargo todas las buenas cualidades deseables. Le propuso la idea que tenía por medio de una carta; en ella le expuso ampliamente los pros y los contras, sin persuadirle de otra manera, dejándole plena libertad para decidirse.

«Para conocer lo que Dios quería de mí —dice el abogado— *fui a verme con el Sr. Vicente. Mi mayor dificultad nacía del miedo que tenía de marcharme de Montmirail demasiado a la ligera, o de mantenerme aquí demasiado obstinadamente. Y para evitar lo uno y lo otro de esos peligros, era necesario estar cierto de lo que Dios me pedía. Había, pues, acudido al Sr. Vicente para decidirme. El, por su parte, deseaba mucho que yo me aconsejara de uno distinto que él. Pero, como yo insistiera en que sólo quería aconsejarme de él, mire, finalmente, de qué manera me habló el día de Pascua de 1653»: «He ofrecido a Nuestro Señor* —me dijo— *al celebrar la Santa Misa, las penas, los gemidos y las lágrimas de usted, y a mí mismo, después de la Consagración: me eché a los pies de Nuestro Señor, rogándole que me iluminara. Hecho esto, he considerado atentamente lo que hubiera querido haberle aconsejado hacer en la hora de mi muerte; y me ha parecido que si hubiera tenido que morir en aquel mismo instante, yo hubiera quedado consolado por haberle dicho que fuera a Túnez por los bienes que usted puede lograr, y hubiera experimentado, por el contrario, un gran pesar, si le hubiera disuadido. Eso es sinceramente lo que pienso. Usted, con todo, puede ir, o no ir»*

«Confieso —prosigue el mismo abogado— *que ese procedimiento tan desinteresado me hizo ver claramente que Dios me hablaba por su boca. Y él se manifestó tan poco apegado a su propio parecer y al consejo que me había dado, que la cosa se puso*

de nuevo en deliberación; y él no asistió a la resolución que me aconsejaron, sino porque le supliqué con mucha insistencia».

No quería destinar por sí mismo a los Misioneros que destinaba a países lejanos: no escogía sino a los que habían sentido antes inspiración de Dios y disposición interior para esas misiones extraordinarias, y que además habían pedido varias veces marchar allí, pensando prudentemente que un hombre llamado por Dios logra más fruto que muchos otros que no tienen una vocación pura.

A esta prudencia y circunspección que usaba en su gobierno, unía la fuerza y la entereza para mantener la exactitud y la regularidad. A propósito de esto decía, que las personas encargadas de otros debían mantenerse firmes en la observancia y, sobre todo, en preocuparse seriamente en no ser causa de relajación por falta de entereza o de regularidad; y que, entre todo lo que puede hacer venir a menos a las Comunidades de su buen estado, no había nada que fuera más peligroso, que cuando están gobernadas por Superiores u otros Oficiales demasiados blandos, y que desean dar gusto a todos y hacerse querer.

Añadía que "*como los malos resultados de una guerra se atribuyen ordinariamente al General del Ejército, así los defectos de una Compañía provenían ordinariamente de las faltas del Superior; y que, por el contrario, el buen estado de los miembros dependía de la buena dirección del Jefe. Que había visto una Comunidad de las más regulares que había en la Iglesia, venir a menos en cuatro años por el descuido y la cobardía de un Superior. De ahí concluía con estas palabras:« Si pues todo el bien de una Comunidad depende de los Superiores, ciertamente se debe pedir mucho a Dios por ellos por estar encargados, y por tener que dar cuenta de todos los que están bajo su responsabilidad».*

Algunas personas de diferentes disposiciones de las que unas eran menos observantes y otras muy exactas y virtuosas, vivían en una misma casa. El Sr. Vicente escribió al Superior, que se quejaba de todos, la carta siguiente: *«Siento mucho lo de usted, y no sin razón, por la conducta del Sacerdote y del Hermano, de los que usted me escribe. ¡Dios les conceda la gracia de abrirles los ojos para ver el peligro en que están de seguir así los movimientos de la naturaleza rebelde, que nunca está de acuerdo con el Espíritu de Jesucristo! ¡Oh! ¡Qué difícil es —dice la Escritura— que los que después de haber sido iluminados, caen, se levanten! Ciertamente, tienen muchos motivos para temer que se puedan perder por desgracia, si abandonan el camino donde Dios los ha puesto; porque ¿cómo cumplirán su deber en el mundo, si no lo cumplen en la situación, en que están? Aquí están ayudados con tantas gracias de Dios, y con socorros espirituales y temporales, de los que no podrán disponer fuera de su vocación Sin embargo, no hay por qué extrañarse de ver así a unos espíritus vacilantes y que se salen. Lo mismo acontece en las más santas Compañías; y Dios lo permite para dar a conocer a los hombres la miseria del hombre, y para dar motivos de temer a los más firmes y más decididos. También es para probar a los buenos y para hacer practicar a los unos y a los otros varias virtudes. Usted me escribe con ocasión de esas dos personas inobservantes y descontentas, que la*

virtud de los señores N. y N. es un poco pesada para los otros, y yo lo creo; pero es para los que observan menos regularidad y vigilancia por su propio progreso y el de sus Hermanos. Sí, señor, el celo y la observancia de aquéllos molestan a los que no los tienen, porque el fervor de aquéllos condena la flojedad de éstos. Le confieso que la virtud tiene dos vicios a ambos lados, el defecto y el exceso: pero el exceso es de alabar, si lo comparamos con el defecto, y debe ser más tolerado. Esos dos buenos Misioneros elevan su virtud hasta un grado al que los otros no pueden alcanzar; éstos se imaginan que hay exceso, y delante de Dios no lo hay. Encuentran criticable su modo de obrar, porque ellos no tienen el valor de imitarlos. Dios nos conceda la gracia de encontrar en Nuestro Señor todo lo bueno que hay en lo que no es malo».

Escribió también a uno de sus Sacerdotes que estaba dando misiones, en estos términos: *«Usted, señor, se encargará de la dirección de los que están en su Compañía, y le ruego a Nuestro Señor, que les haga participar de su espíritu y de su dirección. Emprendan, pues, esta Santa Obra con ese espíritu: honren la prudencia, la previsión, la mansedumbre y la observancia de Nuestro Señor. Usted hará mucho, si hace observar el Reglamento como conviene, porque eso es lo que atrae la bendición de Dios sobre todo lo demás. Comience, pues, con la puntualidad en las horas de levantarse y de acostarse, en la oración, en el Oficio divino, en los demás actos. ¡Ah señor! ¡La costumbre de esas cosas, una vez formada, es un rico tesoro, y, lo contrario lleva inconvenientes tras de sí! ¿Por qué, pues, no se va a esforzar usted en cumplir con los deberes para con Dios, puesto que vemos que las personas del mundo observan en su mayor parte tan exactamente el orden que se han propuesto en sus negocios? Rara vez se ve a los funcionarios de la Justicia faltar al levantarse, al ir a Palacio y al volver a las horas habituales; tampoco a los comerciantes, abrir y cerrar sus tiendas: solamente nosotros eclesiásticos, que somos tan amantes de nuestras comodidades, andamos sólo según el movimiento de nuestras inclinaciones».*

El Sr. Vicente no sólo recomendaba la exacta observancia del Reglamento en las casas de la Congregación y en las Misiones, donde trabajaban los suyos; también quería que guardaran el Reglamento, en cuanto era posible, en los viajes que emprendían.

La mayor parte de sus Sacerdotes pueden informar adecuadamente de todo esto. Solamente referiremos aquí lo que uno de ellos ha declarado sobre esta materia por escrito en estos términos: *«El Sr. Vicente me ordenó marchar con otro Sacerdote de la Compañía a una Provincia lejana. El día antes de salir por la tarde, nos tuvo a los dos bastante rato en su habitación, indicándonos lo que teníamos que hacer durante el viaje, que iba a ser de once a doce días, junto con el correo de Toulouse, que llevaba consigo a otras muchas personas de diversa condición».*

«Entre otras cosas nos recomendó especialmente cuatro: la primera, que no dejáramos nunca de hacer la oración mental, incluso a caballo, si no teníamos tiempo para hacerla en otra ocasión; la segunda, que celebráramos todos los días la Santa Misa, si era posible; la tercera, que mortificásemos la vista por el campo, pero, sobre todo, por las ciudades, y también la boca con la sobriedad en las comidas entre las personas del mundo;

y la cuarta, que tuviéramos el catecismo con los sirvientes y las criadas de las posadas y, sobre todo, con los pobres».

Aunque su gobierno fue exacto hasta en los menores detalles, y se mostró firme para mantener esa observancia, sin embargo, acompañaba esa entereza con una gran mansedumbre y suavidad, imitando en eso la forma de actuar del mismo Dios, el cual, como dice el Sabio, alcanza fuertemente sus fines, y dispone suave mente todas las cosas para llegar a aquellos. El Superior de una casa de la Congregación ha dado sobre esto el testimonio siguiente en estos términos: *«El Sr. Vicente era muy riguroso consigo mismo y muy estricto; pero lleno de mansedumbre y de caridad con los demás, a quienes trataba de contentar en todo lo que podía razonablemente. Le pedí un día permiso para salir a la ciudad, y me lo negó, aunque con pena, y me dijo (aunque yo no tenía por qué pedir ninguna explicación, pues solamente su voluntad era ley para mí) que era, porque habían salido varios, y yo podía ser útil a la casa. Sin embargo, como pensó que me había molestado, porque yo le había manifestado cierta insistencia, el día siguiente mandó buscarme, y me pidió que fuera a la ciudad, adonde yo quisiera, porque tenía por costumbre usar siempre palabras muy amables, pues no solía emplear palabras de mandato, ni otras parecidas que hicieran aparecer su poder y su autoridad; sino que usaba ruego, y decía: Le ruego, Señor o Hermano, que haga esto o aquello», etc*

Tenía la costumbre de hacer acudir a su habitación, la tarde anterior a la salida, a los que mandaba a misionar, o de viaje; y allí les hablaba como un verdadero Padre; y a la vuelta, los recibía con los brazos abiertos con un afecto cordial. Uno de ellos ha dicho lo siguiente, y todos los demás podían decir lo mismo: *«No puedo admirar suficientemente la caridad y bondad de ese gran corazón. Cuando marchaba de viaje o cuando volvía, me hallaba como embalsamado por sus abrazos, y por la cordial acogida que me hacía. Sus palabras totalmente llenas de una especie de unción espiritual eran tan suaves y, a pesar de eso, tan eficaces, que lograba que hiciera todo lo que él quería sin coacción alguna».*

Cuando se veía obligado a negar alguna cosa, quería que se dieran cuenta, sin que se viera obligado a declararlo claramente, de su miedo a causar pena. Alguno de los suyos una vez trató de urgirle a que le consintiera una cosa que le proponía, y que a él no le parecía oportuna, y le respondió en estos términos: Le ruego que me lo recuerde en otra ocasión

Escribiendo a otro que sentía la marcha de uno que trabajaba con él: *«No me cabe duda* —le dice— *de que la separación de ese querido compañero y de ese fiel amigo le resultará muy dolorosa, pero acuérdese, señor, de que Nuestro Señor se separó de su propia Madre y de que sus Discípulos, a los que el Espíritu Santo había unido tan estrechamente, se separaron unos de otros para ir a servir a su Divino Maestro».*

Un Superior se le quejaba de las dificultades que hallaba en su cargo y de la dificultad que tenía en contentar a los de dentro y a los de fuera. Le escribió en esto términos: «*Siento las penas que usted sufre, pero no se debe extrañar de las dificultades,*

y, aún menos, dejarse desanimar; pues se las encuentra por todas partes. Basta con que dos hombres vivan juntos, para que se presten a ello; y aún cuando usted viviera solo, estaría molesto con usted mismo y hallaría en usted con qué ejercitar su paciencia. ¡Tan cierto es que nuestra desgraciada vida está llena de cruces! Alabado sea Dios por el buen uso que hace usted de las suyas, estoy persuadido de ello. Estoy demasiado enterado de la sabiduría y de la mansedumbre de su espíritu, como para dudar que le falten en esas ocasiones enojosas. Si usted no logra contentar a todo el mundo, por eso no tiene por qué afligirse; pues Nuestro Señor tampoco lo hizo. ¿Cuántos hubo, y cuántos hay todavía, que han encontrado qué censurar de sus palabras y de sus actos?».

Tenía la costumbre de adivinar las disposiciones de los suyos para los trabajos difíciles, y para los sitios lejanos adonde pensaba destinarlos para el servicio de Dios.

«Le escribo —le dice a uno de sus Sacerdotes— *para conocer cómo está su salud, y qué inspiración le dará Dios ante la propuesta que le voy a hacer. Nos llaman a N. para una fundación, y con la intención de destinar a cuatro o cinco Misioneros. He puesto los ojos en usted para que sea el Superior. Por eso, señor, sólo le falta dirigirse a Dios para escuchar lo que El le diga sobre este asunto. Y le ruego que me escriba cuanto antes su disposición, tanto del cuerpo como del alma, para esta santa empresa. Suplico a Nuestro Señor, que nos haga a todos la gracia de responder siempre y en todos los sitios, a su adorable Voluntad».*

Actuaba casi del mismo modo con los que estaban presentes, pero siempre de modo diferente según la disposición y el natural de cada uno; y ordinariamente los acogía de manera muy alegre y muy cordial. Ahí va un ejemplo. Queriendo un día destinar a uno de sus Misioneros a Roma, le preguntó si estaba dispuesto para hacer un viaje largo para el servicio de Dios, sin decirle a qué lugar. El interesado le respondió que estaba dispuesto. Pero es fuera del Reino, —añadió el Sr. Vicente. —No me importa, respondió el otro. —Mire, que hay que atravesar el mar, le añadió. —Me da lo mismo ir por tierra que por mar, respondió el Misionero. —Pero hay mil doscientos cuartos de legua de distancia, añadió una vez más el Sr. Vicente sonriendo, preparándole así alegremente a hacer aquel viaje. Y hacía lo mismo de ordinario con todos los suyos, aunque con otros términos, para prepararlos más suavemente a hacer las cosas que Dios les pedía para su servicio.

SECCION I pág. 781: Continuación del mismo asunto

El gobierno del Sr. Vicente era tal como lo hemos visto en este Capítulo; veamos cómo era el orden que seguía. En primer lugar, trabajaba para destruir el pecado, los defectos y desarreglos en las personas y en las casas que dependían de su dirección. Para eso obligaba a los que querían ser admitidos en su Congregación a entrar en el Seminario Interno, creado expresamente como si fuera una Escuela de Virtud para extirpar los vicios y las malas inclinaciones con la práctica de la humildad, de la mortificación, de la

obediencia, de la oración y de los otros actos de la Vida Espiritual. Y después de haber residido allí el tiempo necesario, si había entre ellos algunos que tuvieran que estudiar Teología, o también Filosofía, los dedicaba a ello. Pero por miedo a que la adquisición de esas ciencias no fuera a enfriarlos en su primer fervor, o que el deseo inmoderado de saber y la curiosidad no se mezclara en los estudios, vean los avisos notables que les daba: *«El paso del Seminario a los estudios es muy peligroso, y en él naufragan muchos; si hay algún tiempo en que hay que tener cuidado de sí mismo es el de los estudios, pues es muy peligroso pasar de un extremo al otro, como el vaso que pasa del calor del horno a un lugar frío corre peligro de romperse. Por eso, es muy importante mantenerse en el primer fervor para conservar la gracia recibida, y para impedir que la naturaleza se apodere de uno. Si cada vez que iluminamos nuestro entendimiento, procuramos también calentar la voluntad, podemos estarseguros de que el estudio nos servirá de medio para ir a Dios. Hemos de considerar como un principio indudable que, en la medida en que trabajemos por la perfección de nuestro interior, iremos haciéndonos más capaces de producir fruto para con el prójimo. Por eso, al estudiar para salvar almas hemos de procurar llenar la nuestra de piedad tanto como de ciencia, y para ello, leer libros buenos y útiles y abstenerse de la lectura de los que no sirven más que para satisfacer la curiosidad, pues la curiosidad es la peste de la vida espiritual. La curiosidad de nuestros primeros padres fue la causa de que entraran en el mundo el hambre y las demás miserias; por consiguiente, hemos de evitarla como raíz de toda clase de males»*

No desterraba de su Compañía solamente la curiosidad; también quería excluir de ella la sensualidad.

«¡Ay del que busque —decía— sus propias satisfacciones! ¡Ay del que huya de su cruz! Pues encontrará cruces tan pesadas, que acabarán derrumbándolo. El que no hace caso de sus mortificaciones externas, diciendo que las internas son mucho más perfectas demuestra muy bien que no es mortificado ni interior ni exteriormente». «En la mayoría de los que fallan en su vocación, he observado que se habían relajado en dos cosas: la primera, en levantarse por la mañana, ya que no eran puntuales; y la segunda, la falta de modestia en el pelo, ya que se dejaban crecer demasiado los cabellos y se dejaban llevar sensiblemente a otras vanidades parecidas».

Quería que todos los eclesiásticos de su Congregación llevaran los cabellos muy cortos, y cuando veía que en alguno los cabellos le cubrían el cuello, aunque fuera un poco, él extendía su mano y tiraba de ellos sonriéndose un poco, dándole a entender de esta manera que se acordara de hacérselos cortar, o también se lo decía expresamente, incluso en presencia de otros, para que este defecto fuera visible a todos.

Sabía que entre las personas espirituales, y, sobre todo, en las Comunidades había ciertos vicios que eran más de temer que otros, particularmente la envidia y la murmuración. Para provocar más horror a los suyos acerca de esos vicios, les decía, entre otras cosas, que los dardos de la envidia y de la detracción traspasan en primer lugar el corazón de Jesucristo, antes de alcanzar a las personas a quienes van dirigidos.

Empleaba, a su vez, otro medio para desterrar los vicios y las inobservancias de las casas y de las personas que estaban bajo su dirección, a saber: la corrección fraterna; mas él sazonaba este medio, que, por lo demás, es un poco amargo para el gusto de la naturaleza, con tanta dulzura y tanta gracia, que se ha verificado en él la palabra del Sabio, que dice que las heridas del que ama son mejores y más desea bles que los besos embusteros del enemigo.

Para conseguir eso, habitualmente no hacía las correcciones en el acto, y jamás por impulso de la naturaleza, sino siempre por espíritu de caridad, después de haber pensado delante de Dios, y considerado las disposiciones de quien quería corregir, y los medios de hacer la corrección útil y saludable.

En ese espíritu, cuando tuvo que hacer una vez alguna advertencia a una persona bastante culpable y bastante difícil para aceptar una corrección, hizo tres días seguidos la oración mental sobre ese asunto para pedir a Dios más luz, a fin de conocer de qué manera debía actuar

Cuando hacía alguna advertencia, era siempre con una gran bondad y, no obstante, con firmeza, mezclando juntos el aceite y el vino, como el buen samaritano y, de ordinario, procedía de ese modo.

En primer lugar, manifestaba algún aprecio a la persona a la que deseaba darle algún aviso, y hasta la alababa por alguna buena calidad que reconocía en ella; y, por ese medio, se insinuaba en su corazón; después, le hacía ver la falta en toda su amplitud, exagerando, tanto como era necesario, las circunstancias de la persona, del lugar, del tiempo y otras parecidas; a continuación, le sugería el remedio; y para hacérselo recibir más de buena gana, se ponía siempre de su parte, y según que la especie de la falta lo exigiera, decía: Señor, o Hermano, usted y un servidor necesi tamos trabajar en adquirir la humildad, ejercitarnos en la paciencia, practicar la ob servancia; y así otras virtudes que quería recomendar.

Cuidaba mucho, tanto cuanto de él dependía, de hacer su advertencia no solamente útil, sino también, en cierto modo, agradable al que quería corregir: sobre todo, usaba de todas las precauciones posibles para no descubrir nunca al que le había informado de la falta, y, antes hubiera omitido dar el aviso al culpable, que darle motivo para desconfiar de alguien. Tan persuadido estaba de que la paz y la unión en las Comunidades eran preferibles a todo otro bien.

Hablando un día a los suyos para alejarlos del deseo de los cargos, les dijo entre otras cosas que: *«Quien está al frente de otros es responsable de sus faltas, si no se las advierte cuando es necesario y en espíritu de humildad, de mansedumbre y caridad. Que la primera vez que se da un aviso a alguno, era necesario hacerlo con gran dulzura y bondad, y tomar el tiempo adecuado para ello; la segunda, con un poco más de severidad y más gravedad, pero que fuera acompañado por la mansedumbre, sirviéndose de oraciones y de reconvenciones caritativas; y, finalmente, la tercera, con celo y firmeza, manifestando a la*

vez al culpable lo que se verá obligado a hacer como último remedio».

Queriendo un día corregir a uno de los suyos, le preguntó antes, si le gustaría que le diera un aviso. El otro le contestó que estaba dispuesto, y aquella manera de obrar le ganó de tal manera el corazón, y le hizo tal impresión, que más adelante ha asegurado que le hizo mucho efecto, y que rara vez ha vuelto a caer en adelante en aquella falta, sin que dejara de acordarse de la mesura de aquel aviso, que el prudente Superior le había dado con tanta bondad.

Un Misionero estaba para el servicio de Dios en una ocupación bastante peligrosa para él, y muy difícil para las personas con las que tenía que tratar. El Sr. Vicente le prescribió prudentemente lo que debía hacer y dejar de hacer. Pero en lugar de atenerse a lo mandado, hizo caso omiso de ello varias veces; y Dios permitió que, por haber hecho aquellas faltas estuviera sufriendo. El Sr. Vicente le hizo por aquello una paternal corrección, haciéndole ver por su misma experiencia los inconvenientes que ocurren por ir contra las órdenes de los Superiores; y terminó su carta en estos términos: *«Le ruego, señor, que acepte la sencillez con que le hablo y que no se entristezca, sino que haga como esos buenos pilotos que, cuando se ven agitados por la tempestad, redoblan sus ánimos y se vuelven contra las olas más furiosas del mar, que parecen elevarse como si quisieran tragárselos».*

El Superior de una casa no ejecutó una orden que el Sr. Vicente le había reiterado varias veces, que era que enviara un Sacerdote a otra casa. Se vio obligado a urgirle, y, a la vez, a hacerle conocer su falta; pero lo realizó de la más suave manera que le fue posible. Porque en lugar de escribirle que resistiéndole a él, resistía a la obediencia, le dijo solamente estas palabras: Me parece, señor, que vislumbro en su retraso la sombra de la desobediencia.

Corregía con suave fuerza a los que sorprendía en alguna falta; y cuando se humillaban, les felicitaba, tomando aquella humillación por una buena señal; y nunca les reconvenía, ni ponía ante sus ojos una falta de la que ya se habían humillado.Un Superior de una de las casas de su Congregación, pensando que habían escrito en contra suya al Sr. Vicente, le rogó que le avisara de sus faltas; pero el Sr. Vicente, al ver que sospechaba de alguien sin motivo, le previno de una manera extremadamente dulce: *«Usted puede pensar* —le dijo— *que si tuviera alguna corrección que hacerle, se la haría muy sencillamente. Pero gracias a Dios, va usted bien, y su comportamiento me parece muy bueno. A propósito de esto le diré, que no recuerdo que me hayan dado ninguna información contraria a usted. Y aún cuando así fuera, le conozco a usted demasiado bien, para temer que me lo hagan creer. Según esto, debe usted guardarse de sospechar de nadie siempre que pueda, y dirigirse directamente a Dios».*

Veamos cómo avisó a un Superior que se le había quejado por el mal comportamiento de un inferior, que le hablaba con poco respeto y se le había enfrentado en cierta ocasión. La carta está enteramente escrita por él, y es de las más notables,

conteniendo buenos consejos para regir una casa: *«Participo de la pena que le ha causado esa persona de la que me escribe. Quiero creer que habrá hecho eso sin darse cuenta, pero creo que, cuando piense un poco en todas las circunstancias que sucedieron en aquella ocasión, se dará cuenta que no puede seguir así; y que también usted, señor, reconocerá que es una pequeña prueba que Nuestro Señor le ha enviado, para que se esfuerce más en atender a las personas que se le han encomendado. Esto le hará ver cuán grande fue la bondad de Nuestro Señor al soportar a sus Apóstoles y Discípulos, cuando estaba en la tierra, y cuánto le hicieron sufrir los buenos y los malos. También le hará comprender que los Superioratos encierran sus espinas, como las de otros estados; y que los Superiores que quieren cumplir bien con su deber de palabra y de ejemplo, tienen que sufrir mucho de sus subordinados, no sólo de los díscolos, sino incluso de los mejores. Así pues, señor, pongámonos en las manos de Dios para servirle en esta condición, sin pretender ninguna satisfacción de parte de los hombres. Nuestro Señor nos las concederá en abundancia, si trabajamos como es debido en ser más fieles en la observancia de las Reglas, en la adquisición de las virtudes propias del verdadero Misionero, especialmente en las de la humildad y de la mortificación. Y me parece, señor, que convendrá que le diga a esa buena persona, cuando vaya a hacer su comunicación, o en alguna otra ocasión, que haga el favor de avisarle a usted de sus faltas, ya que en el cargo que ocupa es difícil que no cometa usted alguna, no sólo como Superior, sino como Misionero y como cristiano; no tenga miedo en hacerlo, aunque, al principio, parezca que la naturaleza se deprima o exalte, o que se le escape alguna palabra de impaciencia. Es lo que les sucede de ordinario en el primer movimiento a los mayores Santos: la animalidad, siempre viva en el hombre, quiere adelantarse a la razón, la cual ayudada por la gracia, saca increíbles ventajas de las advertencias que se nos hacen. También me parece que haría usted bien en manifestar, de vez en cuando, a su Familia, que le gustaría que le advirtiese de sus defectos el que en su casa está destinado para hacerle esa caridad; y que sentiría que no le amonestase, y que se abstuviera de escribir al Superior General, según es costumbre en todas las Compañías bien ordenadas. Y asegúreles que no leerá nunca las cartas que ellos me escriban ni las que yo les mande a ellos. ¡Ah señor! ¡Qué grande es la miseria humana y cuánta paciencia deben tener los Superiores!».*

«Acabo encomendándome a sus oraciones; y le ruego que las dirija frecuentemente a Dios por mí, para que me perdone las faltas incomparables que cometo todos los días en el cargo que tengo, a pesar de ser el más indigno de los hombre y peor que Judas para Nuestro Señor».

Otro Superior poco satisfecho de algunos de los que tenía a su cargo, escribió al Sr. Vicente que preferiría manejar animales que hombres. Este Santo Varón le dio también una respuesta tan juiciosa como indiscreta era esa expresión: *«Lo que usted me indica* —le dice— *tiene cierta explicación; pues lo que usted me dice es verdad en los que quieren que todo se doblegue ante ellos, que nada les resista, que todo vaya según su gusto, que se les obedezca sin replicar y sin demora alguna, en una palabra, que se les adore; pero no ocurre esto con los que aceptan la contradicción y el desprecio, con los que se juzgan servidores de los demás, con los que gobiernan pensando en el gobierno de Nuestro Señor,*

el cual toleraba en su Compañía la rusticidad, la envidia, la poca fe, etc., y que decía que no había venido a ser servido, sino a servir. Sé muy bien, señor, que, gracias a Dios ese mismo Señor le hace obrar con humildad, con condescendencia, con mansedumbre y con paciencia, y que no empleó usted esa palabra más que para expresar su pena y convencerme de que le quite del cargo. Así pues, procuraremos enviar a otro en su lugar».

A este Superior, que era un servidor de Dios, le pareció la respuesta de su Padre tan adecuada, que le escribió de nuevo: *«He admirado y sigo admirando su respuesta, tan hermosa como enérgica; la aprecio mucho, la respeto y me la aplico», etc.*

El Sr. Vicente después de haberle relevado de su cargo, le escribió estas palabras: *«Enviamos al Sr. N. en su lugar, después de las súplicas que usted nos hizo, para que le quitáramos de Superior».*

Le decía eso, porque aún debía residir en la misma casa. Y es de notar, que, al retirar del cargo a los Superiores, los dejaba con bastante frecuencia de súbditos en la misma Familia para ejercitarlos en una más perfecta humildad y obediencia.

Un Sacerdote de la Misión, Rector de un Seminario, que era muy piadoso y lleno de celo, pero que naturalmente estaba dotado de un espíritu un poco áspero y que, por eso, no trataba a los seminaristas con toda la mansedumbre conveniente, dio ocasión al Sr. Vicente de escribirle la siguiente carta*: «Creo —le dice— en lo que me escribe más que en las cosas que veo; tengo demasiadas pruebas de su interés en procurar el bien del Seminario para dudar de ello. Eso hace que suspenda mi juicio sobre las quejas que me han dado de su trato demasiado seco, hasta que usted me haya escrito lo que hay. Sin embargo, le ruego que medite sobre su forma de actuar, y que se dé a Dios para corregir con su gracia lo que usted encuentre de descortés: porque, además de que se ofende a su Divina Majestad, aunque usted tenga buena intención, con todo, ocurren otros inconvenientes».*

«El primero es que esos Señores salen descontentos del Seminario, pueden cansarse de la virtud, caer en el vicio, y perderse por haber salido demasiado pronto de esa santa escuela y no haber sido tratados en ella bondadosamente. Lo segundo es que desprestigian al Seminario, e impiden que entren otros, que, de otra forma, hubieran venido, y allí hubieran recibido las enseñanzas y las gracias convenientes para su vocación. Y en tercer lugar, la mala fama de una casa particular recae sobre toda la Compañía, que, al perder parte de su buen olor, recibe un notable perjuicio para el progreso en sus actividades, y ve disminuir el bien que Dios ha querido hacer por medio de ella».

«Si usted dice que no ha notado esos defectos en usted, eso indica que tiene muy poca humildad; porque, si usted tuviera tanta como Nuestro Señor pide de un Sacerdote de la Misión, se juzgaría el más imperfecto de todos, y se consideraría culpable de esas cosas, y atribuiría a alguna secreta ceguera no ver lo que los otros ven, sobre todo, después de que usted ha sido avisado».

«Y a propósito del aviso, me he informado también que usted se molesta si se le avisa. Si es así, señor, su situación es de temer, y está lejos de la de los Santos, que se han humillado ante el mundo, y se han alegrado cuando se les han indicado las pequeñas faltas que había en ellos. Eso no es imitar bien al Santo de los Santos, Jesucristo, el cual permitió que se le echara en rostro públicamente el mal que no había hecho, y que no dijo ni una palabra para ponerse a cubierto de aquella confusión. Aprendamos de El, señor, a ser mansos y humildes de corazón. Esas son las virtudes que usted y yo le debemos pedir sin cesar, y de las que debemos preocuparnos particularmente, para no dejarnos llevar de las pasiones opuestas, que destruyen con una mano el edificio espiritual que va levantando la otra. ¡Quiera ese mismo Señor iluminarnos con su Espíritu, para ver las tinieblas del nuestro, y para someterlo a los que El ha puesto para dirigirnos, y animarnos con la dulzura infinita de El, a fin de que ella se extienda sobre nuestras palabras y nuestros actos, para ser agradables y útiles al prójimo!»

Hablando un día a su Comunidad sobre este mismo asunto, y, al tiempo que le daba un aviso de gran importancia, con su humildad habitual:

«Declaro —dijo— *que los que observan faltas que llevan a la ruina y al desorden de la Compañía, y no dan cuenta de ellas son culpables de la ruina y del desorden de la misma Compañía. Según esto, debo estar dispuesto para que también a mí se me avise, de modo que, si yo no me corrigiera de alguna falta escandalosa que promoviera el desorden y la destrucción de la Congregación, o bien, si enseñara o sostuviera alguna cosa contraria a la doctrina de la Iglesia, la Congregación, reunida en asamblea debería deponerme, y, además expulsarme».*

En otra ocasión, respondiendo a un Superior de una de las casas sobre las advertencias, que él creía que estaba obligado a dar ante la Comunidad: *«En dos o tres casos* —le dijo— *se le debe avisar a la Comunidad de la falta de un individuo: en primer lugar, cuando el mal está tan inveterado en el culpable, que se piensa que sería inútil advertírselo en particular. Por esta razón es por lo que Nuestro Señor avisó a Judas en presencia de los demás Apóstoles, con palabras veladas, diciendo que uno de los que metían la mano en el plato con El le iba a traicionar. En segundo lugar, cuando se trata de caracteres débiles, que no pueden aguantar una corrección, por suave que sea, aunque, por lo demás, sean buenos, porque con esa bondad que tienen, una recomendación general sin nombrarlos les basta para corregirse. Y en tercer lugar, cuando hay peligro de que otros se dejen llevar por la misma falta, si no se llama la atención sobre ella. Fuera de esos casos, me parece que los avisos se han de dar sólo al interesado».*

«En cuanto a las faltas que se cometen contra el Superior, indudablemente se ha de avisar de ellas al inferior, pero observando dos o tres cosas. Primera, que no sea jamás en el momento, sin una necesidad especial. Segunda, que sea suavemente y al caso. Tercera, que sea en forma de razonamiento, representándole los inconvenientes de su falta, y eso de modo que pueda conocer que el Superior no le da ese aviso por mal humor, ni porque la cosa le afecta, sino por su bien y por el de su Comunidad».

El Sr. Vicente no se contentaba con remediar el vicio y las faltas de las casas y de las personas que estaban bajo su dirección. Además, hacía todos los esfuerzos para establecer en ellas la perfección y la más observante regularidad. Para eso, el medio primero y más eficaz, que empleaba, era el buen ejemplo que daba, haciéndose imitador de su Divino Maestro, quien, como dice el Santo Evangelio, empezó primero a hacer, y después se puso a enseñar. Y efectivamente, este prudente y celoso Superior era tan exacto en los actos de Comunidad, y especialmente en la oración de la mañana, que se levantaba, como los demás, a las cuatro, aunque hubiera descansado muy poco por la noche a causa de las molestias de la fiebre, o por algún otro inconveniente; y, además los días en los que debía ser sangrado o tomar alguna medicina, y el día siguiente de dicho día, incluso en su ancianidad, no se permitía ningún descanso, y no dejaba de asistir a la oración con los demás. No podríamos saber cuánto influyeron los ejemplos de fervor y de observancia del caritativo Padre en sus Hijos, para inducirlos a hacer lo mismo a imitación suya; y se puede decir que su ejemplo ha sido una de las causas más eficaces del buen orden que siempre se ha visto y admirado en la casa de San Lazáro, desde que los Sacerdotes de la Misión se han instalado allí; y que ha causado tanta edificación a las personas externas. Quería también que los Superiores fueran siempre de los más exactos cumplidores y los primeros en los actos de la Comunidad, con tal de que su salud y sus ocupaciones se lo permitieran.

«Hablando un día de los Sacerdotes de su Congregación decía que 'los que no se mostraban fieles, sobre todo, a levantarse por la mañana y a hacer su oración en el lugar y a la hora de los demás, aunque tuvieran, por otra parte, mucho talento y capacidad para gobernar, no eran los más adecuados para ser Superiores de las casas ni Directores de los Seminarios'. Y añadía que 'cuando se trata de nombrar Superiores, hay que fijarse muy bien para ver si los elegidos para esos cargos son observantes y ejemplares, pues de lo contrario les faltaría una de las principales cualidades en los que han de dirigir a los demás».

Así escribió un día sobre esa misma cuestión al Superior de un Seminario, para hacerle saber de qué manera debía portarse con los eclesiásticos que estaban a su cargo: *«Alabo a Dios* —le dice— *por el número de eclesiásticos que les envía el Sr. Obispo de N. Hará usted bien en realizar todos los esfuerzos posibles por educarlos en el verdadero espíritu de su condición, que consiste especialmente en la vida interior y en la práctica de la oración y de las virtudes; porque no basta con enseñarles el canto, las ceremonias y un poco de moral; lo principal es formarles en la devoción y en la piedad sólida. Para ello hemos de ser nosotros los primeros que nos llenemos de ella, pues sería casi inútil darles la instrucción y no el ejemplo. Hemos de ser embalses llenos para hacer que fluya nuestra agua sin agotarnos jamás, poseyendo ese mismo espíritu que queremos que anime a los demás; pues nadie puede dar lo que no tiene. Pidámoselo, pues, a Nuestro Señor y entreguémonos a El para esforzarnos en conformar nuestra conducta y nuestros actos con los suyos. Entonces su Seminario derramará una gran suavidad dentro y fuera de su diócesis, y hará que se multipliquen en número y bendiciones; por el contrario, el mayor obstáculo para ello sería querer actuar como dueños sobre los que están a nuestro cargo,*

no cuidando de ellos o desedificándolos; es lo que pasaría, si quisiéramos tratarnos bien, lucir mucho, presumir, buscar los honores y distinciones, divertirnos, ahorrar esfuerzos y tratar mucho con los de fuera. Hay que ser firmes sin ser duros en nuestra actuación y evitar una mansedumbre fofa, que no sirve para nada. Es de Nuestro Señor de quien podemos aprender cómo hemos de proceder siempre con humildad y con gracia, para atraerle los corazones sin cansar a nadie».

Escribiendo a otro Superior, le dijo:

«Tengo la gran esperanza de que contribuirá usted mucho, con la gracia de Dios, a la salvación de los pueblos, y que sus ejemplos servirán a sus hermanos para que se aficionen a esta buena obra, y se dediquen a ella en los sitios, tiempos y maneras, que usted les indique, después de consultar a Dios, como otro Moisés, y de recibir de El la ley para dársela a los que va a gobernar. Acuérdese de que la forma de gobernar de aquel Santo Patriarca fue paciente, mansa, tolerante, humilde y caritativa, y que en la de Nuestro Señor estas virtudes alcanzaron su mayor perfección, a fin de que nosotros nos conformásemos a ellas».

El Superior de una de sus casas le había escrito para pedirle que entregara su cargo a otro: *«Por lo que toca a que le libre del cargo —le dice— le ruego que no piense en ello, sino que espere que bajo las cenizas de esa humildad, que le hace desear someterse a otro, está oculto el Espíritu de Nuestro Señor, que será El mismo la dirección de la actuación de usted, su fuerza en la debilidad, su ciencia en las dudas y su virtud en sus necesidades. Por su parte, señor, dése a El para no causar penas a nadie, para tratar a cada uno con mansedumbre y respeto, para usar siempre de ruegos y palabras amistosas y nunca de palabras ásperas o imperiosas. No hay nada tan capaz de ganar los corazones como la manera de obrar humilde y suave, ni por consiguiente, de lograr los fines de usted, que son que Dios sea servido y las almas santificadas».*

Escribiendo a otro sobre el mismo tema: *«Tan lejos están* —le dice— *las razones que me aduce para que le libre de la Superioridad, de moverme a poner los ojos en otro, que más bien me confirman en la resolución de dársela a usted. La visión que tiene usted de sus defectos y de su incapacidad, debe emplearla para humillarse y no para desanimarse. Nuestro Señor tiene bastante virtud y en cantidad suficiente para El y para usted; déjele, pues, obrar, y no dude de que si usted se mantiene en los humildes sentimientos en los que está, y en una humilde confianza en El, su gobierno santificará el de usted. Espero mucho, de su bondad y del buen uso que usted hace de sus gracias, que será así; y en esta esperanza le envío la carta que le constituye Superior de su Comunidad. Usted se la puede leer, para que ella le vea a usted en Nuestro Señor, y a Nuestro Señor en usted, así se lo ruego».*

Antes de acabar este Capítulo, introduciremos también aquí un párrafo de una carta del Sr. Vicente a una Hija de la Caridad, que contiene algunos consejos dignos de ser destacados sobre la forma de proceder en el ingreso de las que eran recibidas en la

Compañía de esas buenas Hermanas, o con las que salían de ella.

«La respuesta —le dice— *que usted le dará a esa buena joven, que para ingresar en la Compañía de ustedes quiere estar segura en ella de por vida, es que eso no se puede; que hasta ahora a ninguna se le ha dado semejante seguridad; y que no se le dará a nadie por temor a que algunas, al relajarse en sus actos piadosos, resulten escandalosas, y se hagan indignas de la gracia de su vocación. Porque si le ocurriera esa desgracia a alguna persona de mala índole ¿no sería razonable cercenar ese miembro gangrenado, para que no dañe a otros? Pero, Hermana, usted sabe que no se despide a nadie sino en raras ocasiones y sólo por faltas notables; y nunca por faltas comunes, ni siquiera por extraordinarias, a no ser que sean frecuentes y considerables; y aún entonces, eso se lleva a cabo lo más tarde que se puede, y después de haber soportado durante mucho tiempo las caídas de semejante persona, y empleado en vano los remedios adecuados para su corrección. Sobre todo, se usa paciencia y caridad con las que no son del todo nuevas, y aún más con las antiguas, de manera que, si salen algunas, es porque ellas mismas se marchan o por ligereza de espíritu, o porque, por haber sido flojas y tibias en el servicio de Dios, Dios mismo las vomita y las arroja, antes de que los Superiores piensen en despedirlas».*

«Decir que las que son fieles a Dios y sumisas a la santa obediencia salen de la Compañía es algo que no sucede, gracias a Dios, ni tampoco las que se portan bien, ni las que están enfermas. Se hace lo que se puede por conservarlas a todas, y se toman todos los cuidados posibles de unas y de otras, hasta la muerte. Así pues, si esta buena joven quiere decidirse a entrar donde ustedes y a morir ahí, será tratada igualmente con mucha caridad. Pero dígale, por favor, que le corresponde a ella asegurar su vocación con buenas obras, según el consejo del Apóstol San Pedro. Y para eso, debe apoyarse sólo en Dios, y esperar de El la gracia de la perseverancia. Que si ella quiere fiarse más de los hombres, parece que busca otra cosa distinta de Dios, en cuyo caso hay que dejarla, y no preocuparse más de ella».

SECCION II pág. 789: Gobierno en los asuntos temporales de las casas de la Congregación

Hemos visto en alguno de los Capítulos anteriores qué grande era la confianza del Sr. Vicente en la Providencia de Dios, en lo tocante a los bienes externos necesarios para la subsistencia de las casas de su Congregación; y cómo tenía seguro, que si los suyos observaban fielmente sus Reglas, y desempeñaban fielmente todos los deberes de su Instituto, la Divina Providencia no permitiría jamás que les fuera a faltar las comodidades requeridas para la vida, fundándose en la promesa que el Hijo de Dios hizo cuando dijo: Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo de más, que necesitéis se os dará por añadidura.Eso no impedía que él velase por conservar y administrar, con toda la

economía que le era posible, los bienes temporales de su Compañía: tanto porque Dios, al ordenar que los hombres ganaran su vida con el sudor de su frente, ha establecido, al mismo tiempo, la necesidad del concurso de las causas segundas para cooperar con El en la producción y la preparación de las cosas que necesitan; como porque corresponde a los Padres de familia alimentar a sus hijos; a los generales de los ejércitos suministrar armas y víveres a los soldados, y a los Jefes de las Compañías influir en el espíritu y en la vida de sus miembros. Según esto, el Sr. Vicente estaba obligado a proveer a la subsistencia de los suyos. Trabajaba, pues, en eso puramente porque Dios lo quería, y porque el bien de las almas lo exigía así. Por eso, él hizo las dos cosas. La primera, hacer valer los pocos bienes que poseían, y la segunda, administrar bien la pequeña renta.

En primer lugar, para hacer valer los bienes de la Compañía y conservarlos, no solamente instituyó Procuradores para ello otras personas inteligentes para ayudarle bajo su dirección, sino que de tal modo era bajo su dirección, que no hacían nada sin su consejo: él les señalaba lo que tenían que hacer y, a menudo, lo que debían decir, y después, hacía que rindieran cuentas. Habitualmente les pedía cuentas al anochecer de lo que habían llevado a cabo durante el día, y les daba las órdenes para el día siguiente; y para que nada quedara descuidado, les decía frecuentemente, que, después de empezar un negocio, había que seguir con él hasta terminarlo. Cualquiera que fuera el cuidado, que hubieran tomado de los negocios quienes estaban señalados para ello, no podía sufrir que hicieran nada, ni dentro, ni fuera sin hablar con él sobre dicho asunto, por poco importante que fuera, y si eran demasiado propensos a obrar por sí mismos, los deponía. Y lo mismo a los Superiores de las otras casas de su Congregación que realizaban cosas extraordinarias, como construir, demoler y derribar, sin contar con él y sin haber recibido su aprobación y consentimiento; porque, de otro modo, —decía él—, si cada uno hace lo que quiere, se destruiría la dependencia instaurada de Dios, y sólo se verían cambios y desórdenes en las casas.

Ponía en explotación algunas fincas de la Comunidad de San Lázaro con las manos de los Hermanos de su Compañía, y podía decir con el Apóstol, que los Misioneros trabajan con sus manos en la publicación del Evangelio. Con los Hermanos empleaba también a criados para las labores de las fincas, para tratar de conseguir la provisión de trigo; alimentaba en ellas rebaños y animales domésticos para ayudar a los demás gastos de la casa de San Lázaro, que, como eran muy grandes, requerían el uso de todos los recursos posibles para hacerles frente. Procuraba enterarse de las menores cosas, así como de las más grandes, y veía de cuando en cuando las cuentas de la pequeña relación del corral de San Lázaro. Vigilaba todo, llevaba cuenta de todo, y cuidaba de todo, también de los árboles y de los rendimientos de las huertas, para que nada se perdiera o se malgastara por falta de previsión o manejo inadecuado; en una palabra, estaba persuadido de que no había nada que fuera indigno de su preocupación.

Aunque mantuvo que todas las misiones se dieran gratuitamente, y se haya introducido entre los suyos la costumbre de no recibir ningún regalo ni retribuciones de personas evangelizadas por ellos, a pesar de eso, para adaptar su conducta a la de

Nuestro Señor, que recibía limosnas, de ordinario no rechazaba las que le llegaban fuera del tiempo de las misiones, con tal de que tales dádivas se hicieran por caridad y no como salario o recompensa. He aquí lo que escribió un día a uno de sus Sacerdotes sobre esta materia: *«No hay dificultad en recibir la caridad del Señor N. Y si ya la ha rechazado usted, preséntele sus excusas; no tenemos derecho a rechazar lo que él nos da por amor».*

En segundo lugar, para administrar bien la pequeña renta, compraba las provisiones de víveres y de telas no sólo en los tiempos más adecuados, sino también en los sitios más propios; hecho eso, recomendaba a los que tenían esas cosas a su cargo, que no dejaran perder nada; estaba alerta para que la frugalidad se observara en todas las cosas y, para que cada cual se contentara con las ropas y la comida que le daban, aunque pobres. En los años malos, cuando los víveres estaban muy caros, se fijaba si había algo que quitar a las porciones habituales de vino o de carne, a fin de que cada uno sintiera un poco la incomodidad pública, y que el gasto no fuera tan grande.

Una vez que la helada había estropeado los trigos y las viñas, pronunció un hermoso discurso para animar a los suyos a compartir la aflicción pública, y terminó con estas palabras: *«Hemos de gemir bajo la carga de los pobres y sufrir con los que sufren; si no, no somos discípulos de Jesucristo. ¿Qué vamos a hacer? Los habitantes de una ciudad asediada miran de vez en cuando los víveres de que disponen. ¿Cuánto trigo tenemos? Tanto. ¿Cuántas bocas? Tantas. Y según eso, tasan el pan que debe tener cada uno, y dicen: ¿Con dos libras por día podemos llegar hasta tal fecha? Y cuando ven que el asedio puede durar más, y que los víveres van disminuyendo, se limitan a una libra de pan, a diez onzas, a seis o a cuatro onzas para resistir más tiempo e impedir ser conquistados por el hambre. Y en el mar, ¿qué es lo que hacen cuando un barco ha sido arrojado por la tempestad, y detenido mucho tiempo en algún rincón? Cuentan las galletas, toman nota del agua que queda, y, si hay poco para poder llegar adonde desean ir, disminuyen la ración; y cuanto más tardan, más la racionan. Pues bien, si los gobernadores de las ciudades y los capitanes de los barcos obran de ese modo, y si la prudencia misma requiere que obren con esa preocupación, ya que de otra forma podrían perecer, ¿por qué no vamos a hacer nosotros lo mismo? ¿Acaso los demás burgueses no recortan también su presupuesto, y las mejores casas no miden también su vino, al ver que este año no se podrá vendimiar, y quizá resulte difícil encontrar vino el año que viene? Ayer mismo, algunas personas de la ciudad, de buena posición, que vinieron a verme, me decían que en la mayor parte de las casas tendrían que privar totalmente de vino a sus sirvientes; les dirán: Buscadlo vosotros; aquí no hay vino más que para el dueño».*

«Todo esto, Hermanos míos, nos ha hecho pensar en lo que teníamos que hacer; ayer reuní a los Sacerdotes antiguos de la Compañía para pedirles su parecer. Hemos creído conveniente reducir el vino a un cuartillo por comida, por este año. Esto le disgustará a algunos, que creen necesitar un poco más; pero como están acostumbrados a someterse a las órdenes de la Providencia y a superar sus apetitos, sabrán aceptar este contratiempo, lo mismo que hacen, cuando se trata de otra clase de mortificación, que no se quejan. Quizás algunos se quejen por estar apegados a sus propias satisfacciones:

espíritus carnales, hombres sensuales e inclinados a sus placeres, que no quieren perder ninguno y que murmuran de todo lo que no les sale a gusto. ¡Oh Salvador, líbranos de este espíritu de sensualidad!».

Evitaba el Sr. Vicente toda clase de gastos superfluos; adquiría de lo necesario lo menos que podía; no escatimaba nada para la caridad, como ya lo hemos dicho en otra parte; daba todo para Dios y para la salvación de las almas; pero a la carne, a la sensualidad, a los placeres y las comodidades, lo menos que podía; nada de construcciones que no fueran absolutamente necesarias, nada de adornos ni pinturas; tampoco de ornamentos, de mueblaje, ni de arreglos, que no fueran de extrema necesidad.

Y aunque él solía estar a menudo obligado a hacer y a cambiar muchas cosas que parecían útiles, y hasta convenientes, siempre se mantenía firme para no emprender tales gastos, y daba como razón que Dios, como no estaba obligado a dar más que lo necesario, no debía empeñarse en lo superfluo.

Un Superior de una de sus casas le apremiaba a que le consintiera construir un pabellón y que la casa de San Lázaro contribuyera a ello, ya que no disponía de recursos para edificarlo; y le indicaba que, de no disponer de él, dejaban de hacer mucho bien, y que los particulares, al no poder vivir allí, estaban hastiados y desordenados.

Veamos la prudente carta que le envió*: «Usted me habla de empezar su pabellón. ¡Oh Jesús! Señor: No hay que pensar en eso. Es una gran misericordia que Nuestro Señor ha hecho a la Compañía darle esa casa tal como está, a la espera de que plazca a su Divina Bondad enviarnos ayuda. En cuanto a los inconvenientes que usted me alega, ya que no podemos obrar de esta forma, nosotros no seremos la causa de ellos, y, además, esta conducta, me parece que tiene alguna relación con la conducta de Dios con su pueblo, ya que permitió durante varios siglos un gran desorden y la perdición de infinidad de almas para poner un orden enteramente divino, y salvarlos a todos con la venida, la vida, la pasión y la muerte de su Hijo, a quién envió, cuando vio a su pueblo más dispuesto a recibirlo, después de tantas reconvenciones, profecías y anhelos realizados para eso. Si es que no tengo razón, cargo con la culpa, y si usted me ofrece una mejor, se la aceptaré con mucho gusto».*

El Sr. Vicente solía evitar una manera de gastar en la que caen los Superiores demasiado condescendientes: Por principio, a los hombres les gusta naturalmente el cambio; suele ocurrir que se cansan de un lugar, y con el pretexto de que el aire, o el trabajo, o las personas con quienes están nos les van, se imaginan que estarán mejor en otro sitio; o bien, los Superiores particulares, cuando no están contentos con alguno, desean librarse de él y tener otro a su gusto. Para eso, si se les hiciera caso, habría que estar cambiando gente, y, a veces, hacerles hacer largos viajes, y enviar a otros a costa de grandes gastos; y eso por falta de mortificación y de aguante. Hay pocas casas donde no se den esas situaciones. Pero el Sr. Vicente no podía concederles esas idas y venidas: les

rogaba que esperasen por el momento, les animaba con la paciencia, se excusaba con la dificultad de ocupar sus puestos, y les decía que, con el tiempo, ya se vería; esperaba que, entre tanto, ellos perderían las ganas de cambiar. No es que él no haya hecho cambiar de vez en cuando a algunos, pero esto se debía a otros motivos importantes, y no por favorecer la inconstancia de ellos y sus propias satisfacciones, contra las cuales ha manifestado una firmeza extraordinaria en esas ocasiones. He aquí la respuesta que dio a uno de sus Sacerdotes, que le pedía cambiar de casa. Bastará como ejemplo de muchas otras que ha escrito en parecidas circunstancias: «*Como Dios ha querido —dice— concederme el conocimiento de la Congregación, y particularmente el estado y las necesidades de cada casa y de las disposiciones de los individuos, no veo que, de momento, pueda usted ser útil en otra parte. En nombre de Dios, señor, quédese en su puesto y esté seguro que no le faltarán las bendiciones de Dios. Una de las alegrías más sensibles que tengo es verle donde está usted, y espero que algún día muy grande nos veremos en el cielo».*

No trataba únicamente de ahorrar todo lo posible, evitando cuidadosamente los gastos menos útiles para poder satisfacer las cosas necesarias, y hacer servir las necesarias sólo para los asuntos de Dios, con un gobierno muy santo. Sino que ese mismo gobierno le ha hecho también administrar su tiempo, que le era muy precioso, en un número tan grande de obras y de negocios diferentes de los que estaba encargado en lo temporal y en lo espiritual, tanto de su Congregación, como de otras Compañías que él dirigía. Por eso, no quería perder ni un solo momento. En primer lugar, estaba casi incesantemente ocupado en rezar, en hablar, en escribir, en recibir o en dar consejos, y en ir y venir, en resolver y ejecutar las cosas resueltas. En segundo lugar, una parte de la noche se la tomaba a costa de su sueño para dedicarla al gobierno; porque, además de que se acostaba una o dos horas más tarde que los demás por hablar con unos, y entregarse a la lectura de las cartas, y a otras cosas; por la noche, pensaba en los asuntos de su cargo; y se podía decir bien de él, que era un Pastor vigilante de su rebaño. En tercer lugar, los otros Sacerdotes de su Congregación disponían de unas dos horas de recreo cada día; es decir, una hora, más o menos, después de cada comida; y el Sr. Vicente dedicaba esas horas a la atención de su cargo. En cuarto lugar, a pesar de que él les daba la oportunidad a los que le hablaban, especialmente a los externos, para decirle todo y retirarse satisfechos, con todo, no hablaba con ellos de cosas inútiles, cambiaba las charlas, evitaba las digresiones, hasta en las reuniones piadosas, en las que solía encontrarse a causa de los pobres, o por otros proyectos caritativos. Decía a menudo: Volvamos al tema, concluyamos, veamos lo que falta. Señor,o Señora, ¿le parece bien que terminemos?, etc. En quinto lugar, hacía pocas visitas, si es que no se veía obligado por alguna necesidad de asuntos, de agradecimiento, o de caridad.

He aquí brevemente la idea de su gobierno, descrita en el discurso siguiente, que ha sido recogido, como digno de nota, por el mismo al que se lo hizo, y que se puso a redactarlo, por eso mismo, en cuanto salió de estar con él.

SECCION III pág. 792: Consejos del Sr. Vicente dados de viva voz a un Sacerdote de su Congregación, antes de enviarlo a otra casa para encargarse de ella

«¡Ay señor! ¿De qué importancia y responsabilidad cree usted que es la ocupación de gobernar las almas a las que Dios llama? ¿Qué oficio cree usted que es el de los Sacerdotes de la Misión, que están obligados a guiar y a conducir unos espíritus, que sólo Dios conoce? Ars artium regimen animarum.Esa fue la ocupación del Hijo de Dios en la tierra; para eso bajó del cielo, nació de una virgen, entregó todos los momentos de su vida y sufrió una muerte dolorísima. Este es el motivo de que tenga usted que apreciar grandemente lo que va a hacer».

«Pero, ¿qué medio hay para desempeñar debidamente este cargo de llevar las almas a Dios, de oponerse a torrentes de vicios de un pueblo o a los defectos de un Seminario, de inspirar los sentimientos de virtud cristiana y eclesiástica a los que la Providencia ponga en sus manos, para que contribuya a su salvación o perfección? Ciertamente, señor, en todo esto no hay nada humano: no es obra de un hombre, sino obra de Dios. Grande opus. Es la continuación de la obra de Jesucristo y, por tanto, el esfuerzo humano lo único que puede hacer aquí es estropearlo todo, si Dios no pone su mano. No, señor, ni la Filosofía, ni la Teología, ni los discursos logran nada en las almas; es preciso que Jesucristo trabaje con nosotros, o nosotros con El y con su espíritu, lo mismo que El estaba en su Padre y predicaba la doctrina que le había enseñado: tal es el lenguaje de la Escritura».

«Por consiguiente, señor, debe vaciarse de sí mismo para revestirse de Jesucristo. Ya sabe usted que las causas ordinarias producen los efectos propios de la naturaleza: un cordero engendra un cordero, etc., y un hombre otro hombre; del mismo modo, si el que guía a otros, el que los forma, el que les habla, está animado sólo del espíritu humano, quienes le vean, escuchen y quieran imitarle se harán demasiado humanos; cualquier cosa que diga o que haga, sólo les inspirará una mera apariencia de virtud, y no el fondo de la misma; les comunicará el mismo espíritu del que está animado, lo mismo que ocurre con los maestros que inspiran sus máximas y sus maneras de obrar en el espíritu de sus discípulos».

«Por el contrario, si un Superior está lleno de Dios, impregnado de las máximas de Nuestro Señor, todas sus palabras serán eficaces, de él saldrá una virtud que edificará, y todas sus acciones serán otras tantas instrucciones saludables, que obrarán el bien de todos los que tengan conocimiento de ellas».

«Para conseguir todo esto, señor, es menester que Nuestro Señor mismo imprima en usted su sello y su carácter. Pues, lo mismo que vemos cómo un arbolillo silvestre, en el que se ha injertado una rama buena, produce frutos de la misma naturaleza que esa rama, también nosotros, desgraciadas criaturas, a pesar de que no somos más que carne, ramas secas y espinas, cuando Nuestro Señor imprime en nosotros su carácter y nos da, por así

decirlo, la savia de su espíritu y de su gracia, estando unidos a El, como los sarmientos de la vid a la cepa, hacemos lo mismo que El hizo en la tierra, esto es, realizamos obras divinas y engendramos lo mismo que San Pablo, tan lleno de Su espíritu, nuevos hijos de Nuestro Señor».

«Una cosa importante, a la que usted debe atender de manera especial, es tener mucho trato con Nuestro Señor en la oración: allí está la despensa de donde podrá sacar las instrucciones que necesite para cumplir debidamente con las obligaciones que va a tener. Cuando tenga alguna duda, recurra a Dios y dígale: Señor, Tú que eres el Padre de las luces, enséñame lo que tengo que hacer en esta oca sión».

«Le doy este consejo, no sólo para las dificultades con las que se va a encontrar, sino también para que aprenda inmediatamente de Dios lo que tenga que enseñar, a imitación de Moisés, que no anunciaba al Pueblo de Israel más que lo que Dios le había inspirado: Haec dicit Dominus».

«Además, debe recurrir usted a Dios por medio de la oración para conservar su alma en su temor y en su amor, pues tengo la obligación de decirle, y lo debe usted saber, que muchas veces nos perdemos, mientras contribuimos a la salvación de los demás. A veces uno obra bien en particular, pero se olvida de sí mismo, preocupándose de los demás. Saúl fue encontrado digno de ser rey, porque vivía bien en la casa de su padre, pero, después de haber sido elevado al trono, decayó miserablemente de la gracia de Dios. San Pablo castigaba su cuerpo por miedo de que, después de haber predicado a los demás y haberles enseñado el camino de la salvación, se viera a sí mismo reprobado"

«A fin de no caer en la desgracia de Saúl o de Judas, debe unirse inseparablemente a Nuestro Señor y decirle muchas veces, elevando el espíritu y el corazón hacia El: ¡Oh Señor! No permitas que, queriendo salvar a los demás, tenga la desgracia de perderme; sé Tú mismo mi pastor, y no me niegues las gracias que concedes a los demás por medio de mí y de las funciones de mi ministerio».

«También debe recurrir a la oración para pedir a Nuestro Señor por las necesidades de las personas que están bajo su dirección. Esté seguro de que obtendrá usted más fruto con este medio que con todos los demás. Jesucristo, que debe ser el ejemplo de su forma de actuar, no se contentó con utilizar sus predicaciones, sus trabajos, sus ayunos, su sangre y su misma muerte, sino que a todo esto añadió la oración. El no necesitaba orar por sí mismo: por nosotros fue por quienes tantas veces rezó, y para enseñarnos a hacer lo mismo, tanto por lo que a nosotros se refiere, como por lo que toca a aquellos cuyos salvadores debemos ser con El».

«Otra cosa que le recomiendo es la humildad de Nuestro Señor. Diga muchas veces: Señor, ¿qué he hecho yo para tener este cargo? ¿Qué obras tengo que corres pondan a la carga que han puesto sobre mis espaldas? ¡Dios mío!Lo voy a estrope ar todo, si Tú no guías mis palabras y mis acciones. Consideraremos siempre en nosotros todo lo que tenemos de humano y de imperfecto, y encontraremos demasiado de qué humillarnos, no

sólo delante de Dios, sino también ante los hombres y en presencia de nuestros inferiores».

«Sobre todo, no tenga usted la pasión de parecer Superior ni el Amo. No opino lo mismo de una persona que, hace unos días, me decía que, para dirigir bien y mantener la autoridad, era preciso hacer ver que uno era el Superior. ¡Dios mío! Nuestro Señor Jesucristo no habló de esa manera; nos enseñó todo lo contrario de palabra y de ejemplo, diciéndonos de Sí mismo que había venido, no a ser servido, sino a servir a los demás, y que el que quiera ser el amo tiene que ser el servidor de todos».

«Acepte, pues, este santo principio, y pórtese con aquéllos con quienes va a convivir quasi unus ex illis,diciéndoles de antemano que no va a enseñarles nada, sino a servirles; hágalo así por dentro y por fuera y ya verá cómo le va todo bien».

«Hemos de referir sólo a Dios todo el bien que se hace por medio de nosotros; por el contrario, atribuirnos todo el mal que ocurre en la Comunidad. Sí, acuérdese que todos los desórdenes vienen principalmente del Superior que, por su negligencia o por su mal ejemplo, introduce el desorden, de la misma forma que todos los miembros del cuerpo se debilitan, cuando la cabeza está enferma».

«La humildad tiene que llevarle a evitar toda complacencia, que suele brotar principalmente en las ocupaciones que llevan consigo cierto esplendor. ¡Ay señor, qué veneno tan peligroso de las buenas obras es la vana complacencia! Es una peste que corrompe las acciones más santas y que hace que nos olvidemos pronto de Dios. Guárdese de ese defecto, en nombre de Dios, como del más peligroso que yo conozco para el progreso en la vida espiritual y en la perfección».

«Para ello entréguese a Dios, a fin de hablar con el espíritu humilde de Jesucristo, confesando que su doctrina no es de usted, sino del Evangelio. Imite, sobre todo, la sencillez de las palabras y de las comparaciones que Nuestro Señor siguió en la Sagrada Escritura, cuando hablaba al pueblo. ¡Qué maravillas podría El haberle enseñado al pueblo! ¡Qué secretos no habría podido descubrir de la divinidad y de sus admirables perfecciones, El que era la eterna Sabiduría de su Padre! Pero ya ve usted cómo hablaba de forma inteligible y se servía de comparaciones familiares: el labrador, el viñador, el campo, la viña, el grano de mostaza. Así es cómo tiene que hablar usted, si quiere que le entienda el pueblo al que anuncia la palabra de Dios».

«Otra cosa en la que debe poner una atención especial es sentirse siempre dependiente de la conducta del Hijo de Dios; o sea, que, cuando tenga que actuar, haga esta reflexión: ¿Es esto conforme con las máximas del Hijo de Dios?Si así lo cree, diga: Entonces, bien, hagámoslo; por el contrario, si no lo es, diga: No lo haré».

«Además, cuando se trate de hacer alguna buena obra, dígale al Hijo de Dios: S e ñor, si Tú estuvieras en mi lugar ¿qué harías en esta ocasión? ¿cómo instruirías a este pueblo? ¿como consolarías a este enfermo de espíritu o de cuerpo?».

«Esta dependencia tiene que extenderse también a respetar mucho a los que representan para usted a Nuestro Señor, y que ocupan el lugar de Superiores suyos. Créame, su experiencia y la gracia que les comunica Jesucristo por su Bondad, en virtud de su cargo, les ha enseñado muchas cosas para el buen gobierno de los demás. Le digo esto, para que no haga nada de importancia, ni emprenda nada extraordinario sin pedirme consejo; y si la cosa es urgente y no tiene tiempo para conocer mi decisión, diríjase al Superior más cercano, preguntándole: Señor, ¿que haría usted en esta ocasión? Tenemos experiencia de que Dios ha bendecido el gobierno de los que han actuado así, mientras que ha sucedido lo contrario con los que no lo han hecho, metiéndose en asuntos que, no sólo les ha dado muchas preocupaciones, sino que incluso nos han puesto en apuros».

«Le ruego también que ponga mucha atención en no querer distinguirse en su gobierno. Deseo que no obre por afectación, sino que siga siempre viam regiam, el camino ancho, para poder caminar con toda seguridad y sin ninguna queja. Quiero decirle con esto que se conforme en todas las cosas con las Reglas y las santas costumbres de la Congregación. No introduzca nada nuevo, sino siga los avisos que han sido trazados para los que dirigen las casas de la Compañía y no prescinda de nada de lo que se hace en ella».

«Sea, no sólo fiel, en la observancia de las Reglas, sino exacto en hacerlas observar a los demás; si no, todo irá mal. Y como ocupará usted el lugar de Jesucristo, tiene que ser también, como El, una luz que ilumine y caliente: Jesucristo —dice San Pablo— es el esplendor del Padre; y San Juan dice que es l a luz, que ilumi na a todo hombre que viene a este mundo».

«Veamos cómo las causas superiores influyen en las inferiores. Por ejemplo, los ángeles que pertenecen a una jerarquía superior esclarecen, iluminan y perfeccionan las inteligencias de la jerarquía inferior; de igual modo, el Superior, el Pastor y el Director tiene que purificar, iluminar y unir con Dios a las almas que Dios mismo le ha encomendado».

«Lo mismo que los cielos envían sus benéficos influjos sobre la tierra, también los que están por encima de los demás deben derramar sobre ellos el espíritu principal, que debe animarles; para ello, tiene que estar usted lleno de gracia, de luz y de obras buenas, lo mismo que vemos cómo el sol comunica a los otros astros de la plenitud de su claridad»

«En fin, es preciso que sea usted como la sal: Vos estis sal terrae, impidiendo que la corrupción llegue hasta el rebaño que le tiene a usted por pastor».

Después que el Sr. Vicente me dijo todo esto, con un celo y una caridad inexplicable, llegó un Hermano de la Compañía, que le habló de un asunto temporal referente a la casa de San Lázaro; y cuando salió aquel Hermano, aprovechó la ocasión para darme los consejos siguientes: *«Ya ve, señor, cómo, de las cosas de Dios de que estábamos hablando, he de pasar a los negocios temporales; de ahí puede deducir que toca al Superior mirar no solamente por las cosas espirituales, sino que ha de preocuparse también de las cosas temporales; pues, como sus dirigidos están compuestos de cuerpo y alma, debe mirar por las necesidades del uno y de la otra, y esto según el ejemplo de Dios*

que, ocupado desde la eternidad en engendrar a su Hijo, y el Padre y el Hijo en producir al Espíritu Santo, además de estas divinas operaciones ad intra creó el mundo ad extra, ocupándose continuamente en conservarlo con todas sus dependencias y produciendo todos los años nuevos granos en la tierra y nuevos frutos en los árboles, etc. Y el mismo cuidado de su adorable Providencia llega hasta a hacer que no caiga ni una sola hoja de un árbol sin su aprobación; tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, y alimenta hasta el más pequeño gusanillo y hasta una larva. Esta consideración me parece muy oportuna para hacerle comprender, que no debe dedicarse únicamente a lo que es más elevado, como son las funciones que se refieren a las cosas espirituales, sino que además es preciso que el Superior, que, en cierto modo, representa toda la amplitud del poder de Dios, atienda a las más menudas cosas temporales, sin creer que esta atención es indigna de él. Así pues, entréguese a Dios para buscar el bien temporal de la casa adonde va».

«El Hijo de Dios, al enviar al principio a sus Apóstoles, les recomendó que no llevaran dinero; pero, luego, al crecer el número de sus Discípulos, quiso que hubiera uno del grupo qui loculos haberet,y que se cuidara, no sólo de alimentar a los pobres, sino también de atender a las necesidades de sus compañeros. Más aún, dejó que algunas mujeres fueran tras El por este mismo fin, quae ministra bant ei; y si manda en el Evangelio que nadie se preocupe por el día de mañana, esto debe entenderse de no estar demasiado apurado ni solícito por los bienes de la tierra, pero no de que tengamos que descuidar por completo los medios para poder vivir y vestirnos; de lo contrario, no sería necesario sembrar»

«Y acabo; ya basta por hoy. Repito una vez más que lo que va a hacer usted es una obra muy grande, grande opus.Pido a Nuestro Señor que bendiga su gobierno. Pídale usted, por su parte, juntamente conmigo, que me perdone todas las faltas que he cometido en el cargo en que estoy».

CAPITULO ULTIMO pág. 797

Conclusión de toda esta Obra, con la que se satisface a la observación que se podría hacer, por qué en este Libro no se narra ningún milagro hecho para probar la santidad del Sr. Vicente

Los que escriben la Vida de las personas que se han distinguido en la virtud, cuentan, de ordinario, al terminar la Obra, los milagros que Dios ha operado en su favor, para que sirvan de testimonio auténtico de su santidad. Y aunque no se debe creer a la ligera todo lo que se dice acerca de esas obras extraordinarias y milagrosas, tampoco hay por qué rechazarlas temerariamente o negarlas: porque la mano de Dios no se ha acortado, y su poder no es menor en estos últimos siglos que en los precedentes. El es el Soberano Señor del Universo, que puede siempre hacer todo lo que le place en el cielo y

en la tierra. Y como el don de milagros es uno de los principales medios que ha querido usar para fundar su Iglesia y plantar la fe en los corazones de los hombres, no hay por qué dudar de que pueda servirse de ellos y, en efecto, se sirve de ellos de cuando en cuando, para fortalecer esta misma Iglesia y despertar esta fe, que parece a veces que está dormida en la mayor parte de los cristianos.

Siendo esto así, alguno quizás pregunte por qué en todo el relato de la vida del Sr. Vicente no se ha contado ningún milagro. Porque siendo esta vida, tan virtuosa y tan santa, ¿cómo ha podido ser que Dios no haya hecho en ella alguno en su favor? Y si hizo alguno, ¿por qué se le mantiene en silencio y no se le hace público?, ya que, según el testimonio de un ángel:«Opera Dei revelare et confiteri honorificum est» Tob 12 Es cosa honorable y gloriosa pa ra Dios declarar y manifestar las obras de su poder.

Pero se puede responder en primer lugar, que no es una consecuencia necesaria, que, cuando una persona ha llevado una vida santa, esa vida esté acompañada del don de milagros, ya que vemos muchos grandes Santos, reconocidos como tales por toda la Iglesia, y que, sin embargo, no leemos que hayan hecho ningún milagro. El Evangelio nos declara expresamente que San Juan Bautista, por más que la boca del mismo Hijo de Dios lo declaró el mayor de todos los hombres, no hizo ningún milagro; y la Historia Eclesiástica nos pone ante nuestros ojos a un grandísimo número de Santos, de todos los estados y condiciones, que no los hicieron nunca, y, con todo, la Iglesia no deja de reconocer y honrar su santidad. Por consiguiente, aunque Dios no haya hecho ningún milagro por medio del Sr. Vicente, eso no debería disminuir en nada la estima que merecen sus virtudes, ni la veneración que debemos a la memoria de su santa vida.

Podría, incluso, responder, que si no se ha referido ningún milagro hecho en favor de este Santo Varón, eso no quita que varias personas muy dignas de fe hayan manifestado diversas cosas que hizo durante su vida y que se han sabido después de su muerte, que bien podrían ser reconocidas como milagrosas. Como, por ejemplo, que predijo varias veces unas cosas antes de que sucedieran; que conoció y declaró otras, enteramente interiores, que sólo podía conocer Dios; que libró de unas penas interiores muy grandes a varias personas que estaban extraordinariamente angustiadas desde hacía mucho tiempo y para las cuales no habían podido encontrar ningún alivio; por no hablar de la curación de otras personas afligidas en sus cuerpos por enfermedades muy molestas y que parecían incurables, curación que se realizó de un modo que supera totalmente las fuerzas de la naturaleza, cuando esas personas han recurrido a las intercesiones de este gran Siervo de Dios.

Pero aunque se pudieran narrar varios ejemplos de ésas y de otras cosas semejantes que están comprobadas y basadas en testimonios irrefutables, y que merecían indudablemente el crédito del Lector; a pesar de eso, se ha preferido ocultarlas bajo el velo del silencio, tanto para prestar una obediencia más exacta a las órdenes de la Santa Iglesia, que no quiere que se publique ningún milagro sin que haya sido previamente reconocido y aprobado por la autoridad de los Obispos, como para conformarse con

mayor perfección al espíritu de este Padre de los Misioneros, cuya humildad no podía sufrir que se pusieran al descubierto los dones y las gracias extraordinarias de Dios, queriendo que se las tuviera ocultas, hasta que su misma Providencia las manifestara por los medios que ella juzgará más convenientes.

Finalmente, si no presentamos en este Libro ningún milagro como muestra de la santidad del Sr. Vicente, se debe a que disponemos, por otra parte, de pruebas tan fuertes, que son más que suficientes, no sólo para convencer, sino también para persuadir a un espíritu razonable y cristiano. Se cuenta de un cardenal muy anciano, que, estando presente en el Consistorio durante la lectura que se hacía de las Informaciones que el Soberano Pontífice había ordenado para proceder a la canonización de una persona que había vivido y que había muerto con fama de santidad; mientras se leía un gran número de curaciones milagrosas de varias enfermedades hechas por intercesión de ella, dicho Cardenal parecía estar del todo amodorrado, vencido por el sueño; pero que, a continuación, cuando se llegó a relatar que un día, cuando en plena calle recibió una injuria tremenda, y un baldón muy espantoso, lo había soportado con una paciencia admirable, sin que diera muestras de alterarse y que, por el contrario, había manifestado mucha caridad y amor a quienes le trataban mal, dijo en alta voz: Eso sí que es un milagro.Queriendo dar a entender con aquellas palabras, que los actos virtuosos, y especialmente los que son heroicos y muy superiores a la capacidad de la naturaleza humana, deben figurar como las pruebas más fuertes y más convincentes de la santidad de los que los han practicado hasta la muerte.

Siguiendo esta norma, los que quieran fijarse, sobre todo, en lo que se ha referido del Sr. Vicente, hallarán abundantemente con qué convencerse acerca de esta cuestión: porque si se pueden llamar milagrosas las obras que están muy por encima de las actuaciones comunes de la naturaleza, las que superan con mucho sus fuerzas y las que van mucho más lejos del modo ordinario del común de los cristianos, se puede decir con todo derecho que la larga vida del Sr. Vicente ha sido casi un continuo milagro, pues no ha sido otra cosa que un tejido de actos de las virtudes más excelentes, en cuya práctica el fiel Siervo de Dios ha perseverado siempre constantemente hasta el fin.

Pero para dar aún más luz a lo que deseamos dar a entender al Lector, observará éste, si le place, que, como Dios no se ha servido sólo de los milagros, sino que también ha usado de otros medios para hacer creíbles los misterios y las verdades de nuestra Religión, de igual manera su Divina Providencia no siempre quiere manifestar la santidad de sus más fieles servidores con obras maravillosas que realiza por medio de ellos, pudiendo servirse de otros recursos, cuando le place, que no son menos aptos ni menos eficaces para este fin. Así vemos en la Historia Eclesiástica, que El hizo a algunos célebres por una vocación extraordinaria del todo, y por una manera de vida muy elevada por encima de lo común, y más angélica que humana, por la cual son objeto de veneración, así como de la admiración de todos los fieles.

El ha querido que sólo el martirio, sin ningún otro efecto milagroso, haya

canonizado a un gran número de otros; y que muchos, por un camino diferente, se hayan hecho ilustres y recomendables en la Iglesia por su erudición y doctrina singularísima y santísima.

Mas para su Siervo, Vicente de Paúl (si se nos permite penetrar en los secretos de su Providencia) parece que ha querido por un medio muy especial, y no menos maravilloso, servirse de sus rebajamientos para elevarlo, y de su profunda humildad para hacerlo más digno de honor y de veneración en su Iglesia; de modo que en este humilde Sacerdote se encuentra particularmente verificado lo que Jesucristo dijo que: El que se humilla será ensalzado.

Ciertamente, si por un lado se considera con alguna atención el desprecio que el Sr. Vicente hacía de sí mismo, y el deseo continuo que tenía de pasar por una nulidad, por un pobre siervo inútil, por un desgraciado, por un abominable pecador, así se llamaba; y si por otra parte nos fijamos en las cosas extraordinarias y casi increíbles que Dios quiso llevar a cabo por medio de él, se verá obligado a reconocer que si esas cosas han prosperado con semejante bendición, eso no ha venido de la habilidad ni de la virtud del hombre, sino que son efectos de una dirección especialísima de la Sabiduría y del Poder de Dios, y casi de tantos milagros obrados por su Bondad, para manifestar que Le placía y que aprobaba lo que su fiel Siervo emprendía y hacía para Su servicio.

Porque, ¿no habrá motivo para considerar una cosa en cierto sentido milagrosa el que el hijo de un simple campesino, nacido en la oscuridad de la más baja condición que se da entre los hombres, educado de una forma totalmente rústica, guardando animales y después reducido a una desdichada cautividad, y que se ha mantenido siempre oculto, cuanto ha podido, en la sombra de una vida vulgar y abyecta, haya, a pesar de todo eso, aparecido en la Iglesia como un nuevo sol que ha iluminado un número casi incontable de pobres almas que yacían en las tinieblas y en la sombra de la muerte, como habla un Profeta, es decir, que pasaban toda su vida en una espantosa ignorancia de Dios y de las cosas necesarias para su salvación; y que, no sólo haya iluminado, sino también calentado y vivificado con el fervor de su celo, a infinidad de personas que estaban muertas a la vida de la gracia y como sepultadas en el pecado, y avivado en los corazones de muchos otros el fuego del divino Amor?

¿Que un sencillo Sacerdote sin Beneficios, sin bienes exteriores y sin ningún poder ni autoridad en la Iglesia, haya sabido remediar eficazmente un número muy grande de desarreglos que había en el Clero; y que haya hecho en ese terreno, y felizmente dirigido, como Jefe, dentro y fuera del Reino de Francia, lo que los más grandes Prelados y los más celosos habían determinado apenas emprender en sus propias diócesis, y en los lugares dependientes de su jurisdicción, con toda su autoridad y todas sus rentas cuantiosas?

¿Que un hombre pobre y desprovisto de todos los medios y de todas las comodidades haya encontrado el medio de socorrer y de asistir en su extrema necesidad a los pobres, no de una sola ciudad, sino de varias Provincias enteras; no durante alguna

parte de una mala estación, sino durante un gran número de años; y que durante todo ese tiempo haya procurado que fueran provistos de cuanto necesitaban para su alimentación, ropas y otras necesidades; que haya repuesto a las iglesias arruinadas por las gentes de guerra, dotándolas de ornamentos; que haya procurado a los Sacerdotes y a los Párrocos la subsistencia necesaria; que haya provisto de medicamentos y de comida a un número casi infinito de enfermos pobres, repartidos por todos los sitios de las aldeas de Francia, Saboya, Italia y otras Provincias aún más alejadas; y eso, no por un poco de tiempo, sino durante más de treinta años, y que haya encontrado unos recursos inagotables para continuar siempre esas asistencias, mientras las Cofradías de la Caridad instituidas por él duren?

Finalmente, ¿que un hombre del más bajo origen, no ocultado por él, sino publicado por todas partes, que se declaraba pobre ignorante, que no manifestaba al exterior ningún talento que lo hiciera notable, que no ha compuesto ningún libro ni predicado en ningún púlpito célebre, y que más bien ha hecho todo lo posible para mantenerse oculto, o hacerse vil y despreciable; que, a pesar de todo eso, este hombre desconocido haya adquirido una fama que se ha extendido casi por todo el mundo; que haya sido honrado y buscado por los más Grandes, y hasta llamado a los despachos y a los Consejos de los Soberanos?

Seguramente, quien sopese rectamente todas estas cosas se verá obligado a reconocer que la mano del Señor ha estado con su fiel Siervo para obrar todas esas maravillas, y que la vida, la dirección, las obras y los resultados de las empresas del Sr. Vicente han sido unas obras singulares de la sabiduría y del poder de Dios, que sabe, cuando quiere, hacer salir la luz de las tinieblas, y sacar de la nada lo que hay de más grande y de más brillante en el universo

Después de todo, el Lector hallará aquí un gran motivo para glorificar a Dios, y de bendecirle por todos estos grandes ejemplos de virtud, que El le ha puesto ante los ojos en la persona de su fiel Siervo. San Gregorio Niseno, hablando de San Efrén, decía que Dios le había puesto en la tierra como una gran luminaria para iluminar al mundo, o bien, como alta columna, viva y animada, para enseñar a los hombres los caminos de la virtud y de la santidad, al modo de los Mercurios que se ponían en los caminos reales; y nosotros podemos, con toda clase de razones, decir lo mismo del Sr. Vicente: Es Dios quien lo ha hecho nacer y quien lo ha dado a su Iglesia para procurarle grandes bienes, pero, sobre todo, para dejar en ella el ejemplo de su vida santa, como una dirección segura para conocer el camino que conduce a la perfección sólida, para que a la vista de todo esto se anime a tomar esta ruta, y buscando, a su imitación, antes que cualquier otra cosa, el Reino de Dios, el cumplimiento de sus deseos y el crecimiento de su honor y de su gloria

FIN